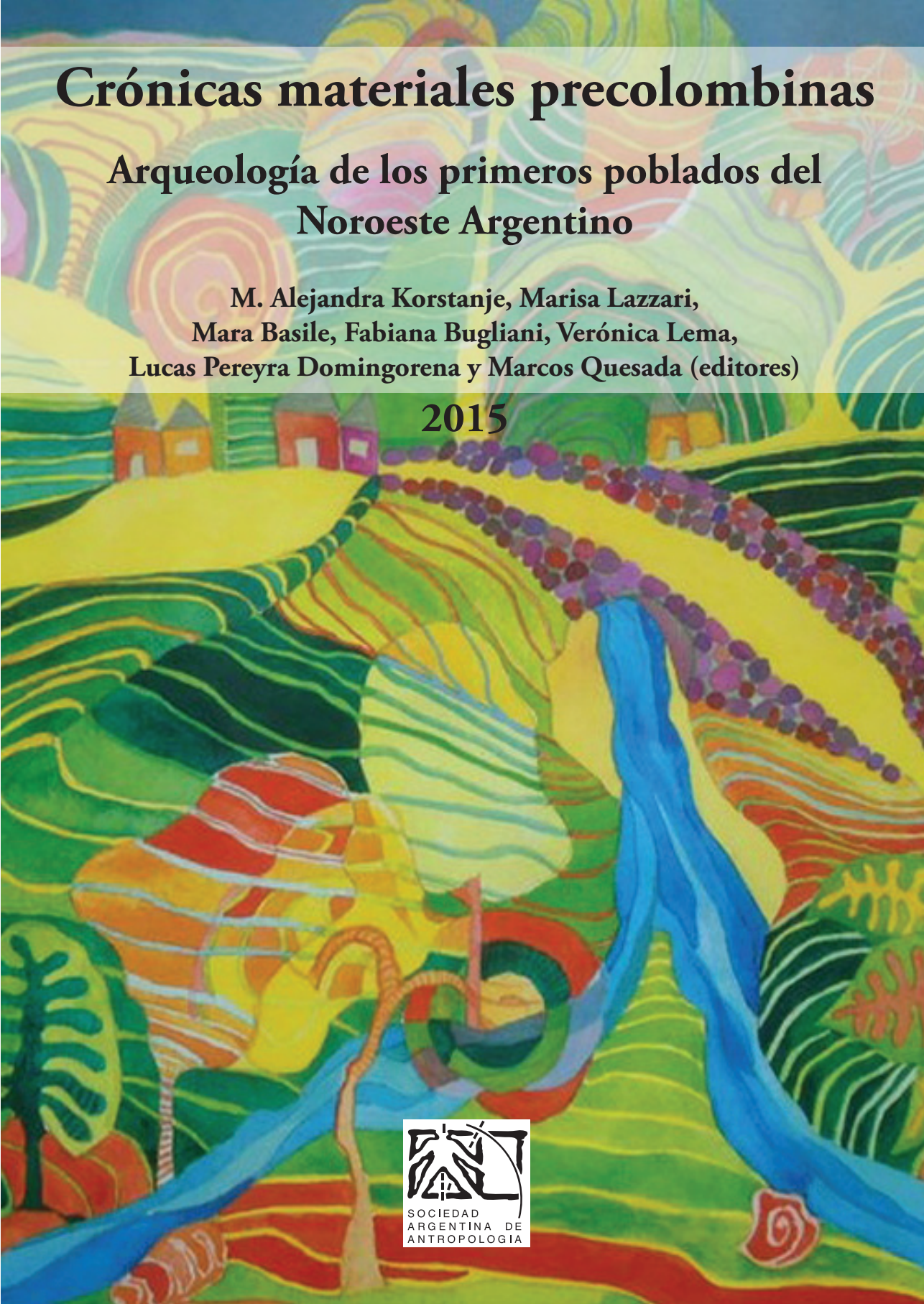
Crónicas materiales precolombinas

Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino

M. Alejandra Korstanje, Marisa Lazzari,
Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema,
Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada (editores)

2015



SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA

Crónicas materiales precolombinas: arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino / María Alejandra Korstanje ... [et al.] ; compilado por María Alejandra Korstanje ... [et al.]. -
1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sociedad Argentina de Antropología, 2015.
Libro digital, PDF - (Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología / Luna, Leandro Hernán)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1280-27-8

1. Arqueología. I. Korstanje, María Alejandra II. Korstanje, María Alejandra, comp.
CDD 930.1

Fecha de Catalogación: 1/12/2015

Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.
Serie dirigida por el Dr. Leandro Luna (CONICET/Museo Etnográfico J.B. Ambrosetti)
edicionessaa@gmail.com

Libro coeditado por M. Alejandra Korstanje, Marisa Lazzari, Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema, Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada.

Comité Asesor:
Lic. Carlos A. Aschero (CONICET/Instituto de Arqueología, Universidad de Tucumán)
Dr. Billie R. Dewalt (Musical Instrument Museum)
Dra. Dominique Legoupil (CNRS / Universidad de La Soborna).
Dra. Lidia R. Nacuzzi (CONICET /Universidad de Buenos Aires).
Dra. Mónica Quijada (CSI / Centro de Humanidades del Instituto de Historia Madrid).
Dra. Alcira R. Ramos. (Departamento de Antropología, Universidad de Brasilia).
Dra. Alejandra Siffredi (CONICET /Universidad de Buenos Aires).
Dra. Myriam N. Tarragó (CONICET /Universidad de Buenos Aires).
Dr. Hugo D. Yacobaccio (CONICET /Universidad de Buenos Aires).

Diseño de Tapa en base a obras de Andrés Tríbulo.

Diagramación: Beatriz Bellelli.

©2015, by Sociedad Argentina de Antropología

Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350. (1091) Buenos Aires.
sociedadargentinaantropologia@gmail.com

ISBN 978-987-1280-27-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina- Printed in Argentina

Diseño de tapa en base a fragmentos de "Horco Molle".
Autor: Andrés Tríbulo, artista tucumano.

Diseño de separadores en base a: "Girasoles".
Autor: Andrés Tríbulo, artista tucumano.

Crónicas materiales precolombinas
Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino

M. Alejandra Korstanje, Marisa Lazzari, Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema,
Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada (editores)

– 2015 –

INDICE

PREFACIO 19

INTRODUCCIÓN 25

1 FORMATIVO: EL NOMBRE Y LA COSA.
María Cristina Scattolin 35

SECCION 1 – Cambios y continuidades en la arqueología del Período Formativo

2 CONTRIBUCIONES AL ESTUDIO DE SOCIEDADES ALDEANAS EN EL NOROESTE ARGENTINO: EL CASO DE LA QUEBRADA DE LOS CORRALES (EL INFIERNILLO, TUCUMÁN).
Nurit Oliszewski, Jorge Martínez, Eugenia Di Lullo, C. Matías Gramajo Bühler, Guillermo Arreguez, Hernán Cruz, Eduardo Mauri, Cecilia Mercuri, Ana Muntaner y M. Gabriela Srur 51

3 PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN SOCIAL DURANTE EL PRIMER MILENIO EN EL VALLE DE TAFÍ.
Julián Salazar y Valeria Franco Salvi 81

4 PAISAJES Y PRÁCTICAS SOCIALES EN LAS SELVAS MERIDIONALES DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN (1° MILENIO D.C.).
Gabriel Eduardo Miguez y Mario Alejandro Caria 111

SECCION 2 – Paisajes, territorios y redes de interacción

5 LA OCUPACIÓN HUMANA DE LAS NACIENTES DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA EN EL RANGO 3.000-1.000 A.P.: EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS, DISCUSIÓN Y PERSPECTIVAS.
Juan B. Leoni y María Isabel Hernández Llosas 151

6 HACIA LOS PRIMEROS POBLADOS EN AZUL PAMPA, JUJUY.
Lidia Clara García, Elvira Inés Baffi y Patricia Soledad Higa 183

7 LA GENTE Y SUS PRÁCTICAS EN LAS TIERRAS BAJAS Y ALTAS DEL OESTE TINOGASTEÑO EN LOS SIGLOS I A XIII D.C. (CATAMARCA, ARGENTINA).
Norma Ratto, Mara Basile, Anabel Feely, Irene Lantos, Luis Coll, Dolores Carniglia y Juan Pablo Miyano 215

8 TRAS LAS HUELLAS DEL FORMATIVO. NORTE DE LA PROVINCIA DE LA RIOJA.
Adriana Callegari, María Elena Gonaldi, Gisela Spengler, María Gabriela Rodríguez, María Eugenia Aciar, Roberto Pappalardo y María Lucia Wisnieski 247

9 UNA PUESTA AL DÍA SOBRE EL FORMATIVO DE LA QUEBRADA DEL TORO (SALTA, ARGENTINA).
María Eugenia De Feo 277

10 REMODELANDO EL FORMATIVO. APORTES PARA UNA DISCUSIÓN DE LOS PROCESOS LOCALES EN LAS COMUNIDADES AGROPASTORILES TEMPRANAS DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (CATAMARCA, ARGENTINA).
Sara M. L. López Campeny, Andrés S. Romano y Carlos A. Aschero 313

11 ARQUEOLOGÍA EN ESPACIOS CONTRASTADOS EN LOS PIEDEMONTES ORIENTAL Y OCCIDENTAL DE CUMBRES CALCHAQUÍES (TUCUMÁN-ARGENTINA) DURANTE EL 1° Y 2° MILENIO DE NUESTRA ERA.
Mario Alejandro Caria y Julián Patricio Gómez Augier 355

12 PRÁCTICAS SOCIALES EN EL PASADO Y PRESENTE DE LAGUNA BLANCA (DPTO. BELÉN, CATAMARCA): REFLEXIONES EN TORNO AL MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO.
Daniel D. Delfino, Valeria E. Espiro y Alejandro R. Díaz 385

13 HABITAR, CIRCULAR, HACER. EL PUNTO DE VISTA DE LA QUEBRADA.
María Cristina Scattolin, María Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena, Leticia Inés Cortés, Marisa Lazzari, Andrés Darío Izeta y Cristina Marilin Calo 427

14 CAMBIOS DEL PAISAJE DURANTE EL FORMATIVO EN LA REGIÓN ANDINA DEL NOA Y CHACO.
Julio Kulemeyer, Ricardo Cortés y Liliana Lupo 465

SECCION 3 – Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones

15 ENTRE MUROS Y VASIJAS: ENTIERROS Y MEMORIA EN SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL.
Romina Spano, M. Solange Grimoldi, Valeria Palamarczuk y Alina Álvarez Larrain 485

16 A LA LUZ DEL HOGAR: VESTIGIOS DE LA COMUNIDAD DOMÉSTICA FORMATIVA EN EL SITIO SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL (CATAMARCA).
Liliana J. Baigorria Di Scala, Carlos R. Belotti de Medina, Juan P. Carbonelli y Erico G. Gaál 519

17 LA VARIABILIDAD DE UN ESTILO: AVANCES Y DISCUSIONES EN TORNO A LA CERÁMICA VAQUERÍAS DEL NOROESTE ARGENTINO.
Lucas Pereyra Domingorena, María Eugenia De Feo y María Fabiana Bugliani 549

18 EL FORMATIVO EN EL VALLE DE HUALFÍN, UNA REVISIÓN CRÍTICA DESDE LA FUNEBRIA.
Bárbara Balesta, Nora Zagorodny y Federico Wynveldt 575

19 IMÁGENES Y MEMORIA: LAS PRESENCIAS ANCESTRALES EN EL FORMATIVO.
Marisa Lazzari, Jorgelina Garcia Azcarate y Cristina Scattolin..... 603

20 EL ABANDONO EN LAS SOCIEDADES FORMATIVAS DEL NOROESTE ARGENTINO. CASOS Y DISCUSIÓN.
Inés Gordillo y Diego Leiton 635

21 EL FORMATIVO EN LA PUNA MERIDIONAL: DE LA OPCIÓN PRODUCTIVA A LAS SOCIEDADES AGROPASTORILES PLENAS.
Daniel Olivera, Patricia Escola, Alejandra Elías, Susana Pérez, Pablo Tchilinguirian, Pedro Salminci, Martina Pérez, Lorena Grana, Jennifer Grant, Aixa Vidal, Violeta Killian Galván y Paula Miranda 663

SECCION 4 – Ámbitos de producción y extracción: habitar y crear terrenos

22 PENSANDO AL FORMATIVO DESDE LA REGIÓN PEDEMONTANA DE LAS YUNGAS DE JUJUY.
Gabriela Ortiz, Cecilia Heit Lanart, Luis Nieva, Facundo Zamora, Natalia Batallanos y Fernanda Chapur 695

23 GENTE, TIERRA, AGUA Y CULTIVOS: LOS PRIMEROS PAISAJES AGRARIOS DEL NOROESTE ARGENTINO.
M. Alejandra Korstanje, Marcos Quesada, Valeria Franco Salvi, Verónica Lema y Mariana Maloberti 721

EPÍLOGO 751

EVALUADORES

Evaluadores que participaron del Taller:
Carlos Aschero, Carlos Belotti, Leticia Cortés, Patricia Cuenya, María Eugenia De Feo, Daniel Delfino, Valeria Franco Salvi, Jorgelina García Azcárate, Inés Gordillo, Marisa López Campeny, Jorge Martínez, Pablo Mercolli, Nurit Oliszewski, Garbriela Ortiz, Daniel Olivera, Clara Rivolta, Valeria Palamarzuk, Norma Ratto, Cristina Scattolin, Constanza Taboada, Federico Wynveldt, María Isabel Hernández Llosa, Juan Leoni.

Evaluadores externos al Taller:
María Ester Albeck, Victoria Castro, Beatriz Cremonte, Francisco Gallardo, Marco Giovannetti, Rossana Ledesma, Gabriel Lopez, Mariel López, Ana María Lorandi, Bárbara Manasse, Bernarda Marconetto, Enrique Moreno, Hernán Muscio, Verónica Puente, Paola Ramundo, Claudio Revuelta, Mario Rivera, Marina Sprovieri, Paul Tchilinguirian, Andrés Troncoso, Simón Urbina, José María Vaquer, Verónica Williams, Hugo Yacobaccio, Amalia Zaburlín.

Pre-Columbian material chronicles.
Archaeology of the first villages of north-western Argentina

M. Alejandra Korstanje, Marisa Lazzari, Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema,
Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada (editores)

– 2015 –

INDEX and ABSTRACTS

FOREWORD 19

INTRODUCTION 25

1 FORMATIVE: THE NAME AND THE THING.
María Cristina Scattolin 35

SECTION 1: Changes and continuities in the archaeology of the Formative period

2 CONTRIBUTIONS TO THE STUDY OF VILLAGE SOCIETIES IN NORTH-WESTERN ARGENTINA: THE CASE OF QUEBRADA DE LOS CORRALES (EL INFIERNILLO, TUCUMAN).
Nurit Oliszewski, Jorge Martínez, Eugenia Di Lullo, C. Matías Gramajo Bühler, Guillermo Arreguez, Hernán Cruz, Eduardo Mauri, Cecilia Mercuri, Ana Muntaner & M. Gabriela Srur 51

The study area Quebrada de los Corrales (El Infiernillo, Tucumán) is located at 3000 masl in the north portion of the Aconquija mountain system. Archaeological research in this area began in 2005, and the main objective of this chapter is to present the current state of research in order to contribute to the general knowledge of the pre-Hispanic societies of northwestern Argentina (NWA). The study area offers a long record of human occupation from *ca.* 7400 to 650 years B.P., which makes it an ideal case study to address the issue of late Holocene transition. This was a time when groups moved from hunting-gathering lifestyles to producing their own food, finally establishing themselves in villages as their economy became based on farming-herding practices towards the beginnings of the Christian era.

Keywords: Middle Holocene – Late Holocene – Hunter-gatherers – Agropastoral village

3 PRODUCTION AND SOCIAL REPRODUCTION DURING THE FIRST MILLENNIUM AD IN TAFÍ VALLEY.
Julián Salazar & Valeria Franco Salvi 81

This paper analyzes the social reproduction strategies of the agents that built and dwelled in Tafí valley villages during the first millennium A.D. Drawing upon the study of village landscape, house compounds and crop-growing structures, we aim at demonstrating that social phenomena regarding either the clustering or the scattering of settlements could be explained as resulting from the practices of competitive extended households within segmentary identity frameworks. The inclusion of new agents with change and agency faculties in the analysis of historical processes allows revising previously proposed period categorization for the study area.

Keywords: Archaeology – Social Reproduction – Landscape – Temporality

4 LANDSCAPE AND SOCIAL PRACTICES IN THE SOUTHERN RAINFOREST AREA OF TUCUMAN PROVINCE (FIST MILLENNIUM A.D.).
Gabriel Eduardo Míguez & Mario Alejandro Caria 111

The prehispanic archaeology of the lowlands of northwest Argentina has had less development in comparison to that of other sub-areas (*e.g.* valleys, Puna). In this context, the southern piedmont of Tucumán province has been one of the least investigated sections of the lowlands. We suggest that among other reasons, this is the result of on the one hand the limitations of the theoretical and methodological perspectives followed by previous studies (where the piedmont was seen as a peripheral area to highlands "centers") and, on the other the traditional perception of poor preservation in this kind of environment. Recent investigations focused on the study of archaeological landscapes involved the application of a field methodology that has enabled us to register sites and contexts that allow a deeper approach concerning the communities that inhabited these rain-forests during the first 1200 years A.D. We summarize the evidence of two sites (Santa Rosa and Yánimas 1) to interpret landscapes and social practices in the area, hoping to demonstrate that another perspective about piedmont archaeology is possible.

Keywords: Southern Yungas – prehispanic landscapes – social practices – first millennium d.C.

SECTION 2: Landscapes, territories and interaction networks

5 HUMAN OCCUPATION OF THE RIVER SOURCES AT QUEBRADA DE HUMAHUACA BETWEEN 3000-1000 B.P.: ARCHAEOLOGICAL EVIDENCE, DISCUSSION AND PERSPECTIVES.
Juan B. Leoni & María Isabel Hernández Llosas 151

The development of village societies with herding-farming economy took place in the

South Central Andes between 3000 and 1000 B.P. However, this process remains poorly understood in the area of Quebrada de Humahuaca and its surroundings. Unlike other parts of northwestern Argentina and northern Chile, only fragmentary evidence from a handful of sites is available for these two millennia, thus rendering the assessment of the particularities of this crucial cultural process in this specific area extremely difficult. In this paper we present and discuss archaeological information from the northern sector of Quebrada de Humahuaca, where we are currently carrying out investigations, organizing it diachronically in three temporal segments (*ca*. 3000-2800 B.P.; *c*a. 1900-1800 B.P.; *ca*. 1600-1300 B.P.). We then contextualize it in a broader spatial picture, trying to piece together the available information to build a preliminary discussion of the cultural process that unfolded in the area in the two millennia considered. We emphasize along the discussion the fragmentary nature of the available archaeological evidence, and point out potential shortcomings of the theoretical models employed so far. We discuss how both factors prevent the development of a fine-grained chronology and a sophisticated characterization of the social landscapes of these two millennia.

Keywords: Humahuaca Quebrada– chronological segments – archaeological evidence

6 TOWARDS THE FIRST VILLAGES IN AZUL PAMPA, JUJUY.
Lidia Clara García, Elvira Inés Baffi & Patricia Soledad Higa 183

In the northern sector of north western Argentina, at Azul Pampa microrregion, the earliest occupations with ceramics were found in caves and rock shelters dating to *ca* 3000 B.P. Two in particular, Inca Cueva and Tomayoc, offer evidence of planned reoccupation within a possibly annual sedentary circuit. Considering ceramics as basic indicators of change towards a productive subsistence strategy, other evidence suggests that these settlements developed from earlier hunter-gatherer local occupations. The first semi-permanent settlements, instead, at the same locality, are found *ca*. 1000 B.P. In this paper we will treat on the possible links between them, focusing on landscapes, territories and interaction networks, considering especially our case studies. This research included previous analysis of palaeoenvironment local studies and ethnoarchaeological local research in order to model on this spatial observation unit for the *ca.* 3000-1000 B.P. temporal block selected. Drawing upon anthropological biological analysis, zooarchaeology, radiocarbon datings, rock art, and ceramics, among other lines of evidence, the chapter discusses the process towards increasingly permanent settlements the reuse of key places with basic resources, and the interaction between the different archaeological sites investigated.

Key words: Pastoralism – 1000 B.P. – Mobility – Interaction

7 PEOPLE AND THEIR PRACTICES IN THE LOWLANDS AND HIGHLANDS OF THE WESTERN TINOGASTA AREA FROM THE 1ST TO THE 13TH CENTURY A.D., (CATAMARCA, ARGENTINA).
Norma Ratto, Mara Basile, Anabel Feely, Irene Lantos, Luis Coll, Dolores Carniglia

& Juan Pablo Miyano 215

In this article we present the results of different lines of research that enabled us to outline the social and environmental process of Western Tinogasta throughout the 1st to 13th centuries A.D. (including production, distribution and use of ceramic and lithic objects; visual languages; organization of space; consumption of animal and vegetal resources; food production; paleoenvironmental studies; among other approaches). The regional process is characterized by the repetition of certain practices by societies of the first millennium A.D., which remarkably continued in time beyond the boundaries, set by the current periodization for Northwest Argentina. The highlands and lowlands of this region were occupied and inhabited contemporarily by these populations, in continuous, sporadic and/or alternate manners, partially depending on the periods of environmental instability that affected the region. Therefore, the settlement process was neither lineal nor characterized by continuities. On the contrary, it presented intra-regional modalities that resulted from particular contexts of appropriation and construction of these spaces.

Key-words: Western Tinogasta – Different Analytical Lines – Regional Process – Environmental Instability – 1st to 13th centuries A.D.

8 FOLLOWING THE FOOTPRINTS OF THE FORMATIVE PERIOD IN NORTHERN LA RIOJA PROVINCE.
Adriana Callegari, María Elena Gonaldi, Gisela Spengler, María Gabriela Rodríguez, María Eugenia Aciar, Roberto Pappalardo & María Lucia Wisnieski 247

This article considers Formative Period archaeological manifestations in north La Rioja Province. It is with this goal that we discuss three case studies that have been approached through different projects over the last years: Faldeos de Anillaco (Dpto. Castro Barros); La Cuestecilla at the Antinaco Valley (Dpto. Famatina) and the Rincones system in the Vinchina Valley (Dpto. General Lamadrid). The "Formative" concept will be discussed in general, and in particular its applicabilityto the prehistory of Argentina's north western region and La Rioja Province.

Keywords: Formative Period – North La Rioja Province – Local archaeological manifestations

9 AN UPDATE OF THE FORMATIVE PERIOD IN QUEBRADA DEL TORO (SALTA, ARGENTINA).
María Eugenia De Feo 277

This paper summarizes recent progress made in researching early formative occupations (700 BC-500 A.D.) in Quebrada del Toro (Salta, Argentina). Recent studies have documented a large number of archaeological sites with this chronology, showing wide variability in their locations, architectural features, artifact sets, and functional characteristics. This updated

record includes villages already known and others identified in recent years, rock art sets, cave occupations, eaves grazing sites, among others. Information collected is used to discuss the organization and use of space model traditionally proposed for the area, particularly regarding the assumption that early village communities were economically self-sufficient. The results lead to rethink this concept in the context of socio-economic strategies that involved regional and macro-regional mobility, and included formally and functionally different settlements located in microenvironments with differential availability of resources.

Keywords: Formative – space models – variability – mobility

10 REMODELLING THE FORMATIVE. CONTRIBUTIONS TO THE DISCUSSION OF LOCAL PROCESSES AMONGTHE EARLY AGRICULTURAL-HERDING COMMUNITIES OF ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (CATAMARCA, ARGENTINA).
Sara M. L. López Campeny, Andrés S. Romano & Carlos A. Aschero 313

Twenty years have passed since the interrelationship between environmental variables and agro-pastoral communities in the Antofagasta de la Sierra basin (Catamarca) was first discussed in an integrated manner and a model proposed. This came to be known as the "Dynamic-Sedentism Model" or as a new way to understand the "Regional Formative". Over those twenty years, new research has greatly enriched the archaeological knowledge and enhanced our understanding of the puna landscape. This paper discusses relevant aspects of the accepted model in light of new evidence and an expanded data-set of radiocarbon-age determinations based on local processes occurring during the first millennium A.D. We discuss evidence associated with the continuity of certain practices, such as funerary rituals and the provision of distant resources; the persistent use of the landscape; relationships established with Valliserrana and lowland areas populations; the important role played by high yield environmental areas; and the integration of new analytical methods that contribute to the discussion of pastoralist mobility patterns.

Keywords: Formative – continuity – dynamic – settlement

11 ARCHAEOLOGY OF CONTRASTIVE SPACES IN THE EASTERN AND WESTERN PIEDMONTS OF THE CUMBRES CALCHAQUIES (TUCUMAN, ARGENTINA) DURING THE 1ST AND 2ND MILLENNIUMS A.D.
Mario Alejandro Caria & Julián Patricio Gómez Augier 355

This chapter synthetises and discusses archaeological knowledge generated over nearly a decade of work in the eastern and western slopes of the Cumbres Calchaquíes (Tucumán Province, Argentina. Traditionally, archaeologists considered both slopes as partially disconnected halves rather than seeing them as an articulated unit as suggested by pre-Hispanic practices. These spaces, while having highly contrasting environmental characteristics, have maintained over time close ties that justify an integrated approach to their cultural development. In this paper we consider the area of the summits not as a barrier/obstacle, but

more as an element that shapes, gives coherence and historical identity to the pre-Hispanic populations related to it. In order to visualize these relationships in historical perspective, investigations aimed at characterizing the spatial process of occupation of the area with a particular focus on first millennium A.D. sites as they can be considered representative of Formative period lifestyles, with marked differences to those observed in earlier and later periods. We offer an explanatory model of the historical processes that unfolded in the area, integrating palaeoenvironmental information, settlement patterns, movement of goods and social relations between the pre-Hispanic groups.

Keywords: explanatory models – historical processes – contrasting environments

12 PAST AND PRESENT SOCIAL PRACTICES IN LAGUNA BLANCA (DEPARTMENT OF BELÉN, CATAMARCA): REFLEXIONS ON THE COMMUNITARIAN 'AGRO-CENTRIC' LIFESTYLE.
Daniel D. Delfino, Valeria E. Espiro & Alejandro R. Díaz 385

Since the beginning of the 1990s we are part of an experience in the region of Laguna Blanca that integrated multiple disciplines, objectives and actors. Our challenge is to rethink and reverse the historical construction on this region, which was characterized as a point in a map (as site or oasis), which simplified the social dynamics of a complex territory and made it to gravitate as a periphery of processes generated in distant places. In this article, we resumed the discussion of the local processes in terms of regional history, critically reflecting the way has cut the time and space and has been interpreted to their historical subjects. Returning to our critique to the concept "Formative" and in the light of new studies, we delve into an alternative located starting from the proposal for a "Modo de Vida Comunitario agrocéntrico". Applying this concept to the local history of Laguna Blanca, we use a "drawer of shoemaker" which includes "tools" taken from a set of practices that have been linked to societies of diverse traditions, geographies and times, take of ethnographic observations, historical studies, archaeological evidence and other sources.

Keywords: Mode of Life – Agrocentric – Social practices – Laguna Blanca

13 DWELLING, CIRCULATING, MAKING. THE VIEW FROM LA QUEBRADA.
María Cristina Scattolin, María Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena, Leticia Inés Cortés, Marisa Lazzari, Andrés Darío Izeta & Cristina Marilin Calo 427

We present our team research work on village societies of the southern Calchaquí valleys area. We examine regional archaeology over the long term combining several lines of evidence: habitats, ways of doing, practices of circulation, and networks of interaction.
This chapter is centered in the area of La Quebrada with the purpose of exploring how localities were built as 'places from where the world is looked at'; that is, as material configurations strongly localized yet open and flexible that participated in wider material, social and symbolic entanglements.

La Quebrada is situated in the occidental slope of the Cajón Valley, encompassing the sites of Cardonal and BordoMarcial. The village of Yutopián is located a few kilometers to the north. All three sites are very informative of Formative Period life ways, everyday practices, and of people's own perspective of inhabiting and perceiving in past Andean worlds. This work will discuss evidences gathered in these specific places within a wider frame of other contemporary archaeological occupations of the area, such as those from the western flanks of the Aconquija Sierra and the Santa María Valley.
This research is based upon diverse methods, such as the technological study of artefacts, zooarchaeology, archaeobotany, physical and chemical analysis (AANI, stable isotopes, DRX, EDAX), chronometric and spatial analysis. The main objective is to understand the changes in the mechanisms of interaction, production, consumption and representation through time, in order to comprehend the specific dynamic by which societies of this period constituted their everyday local worlds in entangled ways.

Keywords: villages – pottery – settlement pattern – lithics - circulation

14 CHANGES IN THE LANDSCAPE DURING THE FORMATIVE IN THE ANDEAN REGION OF NOA AND CHACO.
Julio Kulemeyer, Ricardo Cortés & Liliana Lupo 465

This paper presents a review of the main results of several multidisciplinary projects in northern Argentina, linked to late Holocene paleoenvironments in the Andean cordilleras and Chaco plains. The presented case studies can be grouped into five geographic areas: Puna, Eastern Cordillera, Subandean Sierras, northwestern Sierras Pampeanas and the Chaco Plains. These areas were selected for comparison because of thesimilarities and complementarities in their environments. They are also valuable geoarchives to be integrated in the reconstruction of the landscape's history over the past millennia, a period closely linked to human activities.
Changes in geomorphodynamics since the Formative period, which are at least partly related to the increase of anthropogenic activities, are highlighted at a regional level. The Andean valleys suffered degradation processes that manifest in a reduced vegetation cover, widespread soil erosion and a progressive increase in extreme rainfall events. The impact of the re-activation of geomorphological processes had its effects on the Chaco plain. Due to increased sediment inputs, the lateral mobility of the great rivers enhanced. The environmental degradation that initiated during the Formative period persists until today. The causes and processes related to their origin and development need to be further studied in the future, to optimize land use planning.

Keywords: late Holocene – landscape – degradation

SECTION 3 – Time and cultural experience. Artefacts, architecture, representations

15 BETWEEN WALLS AND VESSELS: BURIALS AND MEMORY IN SORIA 2,

YOCAVIL VALLEY.
Romina Spano, M. Solange Grimoldi, Valeria Palamarczuk & Alina ÁlvarezLarrain 485

In this chapter we reflect on the material remains of ancient mortuary rituals in Andalhuala (Yocavil Valley, Catamarca) and their relationship to the construction of collective memory. To accomplish this we focus on funerary contexts from the site of Soria 2, the remains of a domestic structure in which -sub-adult burials were placed. The chapter describes the construction features of the burials, the ceramic containers and associated funerary accompaniment, and the characteristics of the human remains. This evidence is discussed in the light of data obtained from the larger context of the Andalhuala-Banda stream terrace, which provides a local setting to examine the relationship between funerary practices and memory.

Keywords: Funerary practices – household – memory – Yocavil

16 UNDER THE LIGHT OF THE HEARTH: VESTIGES OF A FORMATIVE DOMESTIC COMMUNITY IN THE SITE SORIA 2, YOCAVIL VALLEY (CATAMARCA).
Liliana J. Baigorria Di Scala, Carlos R. Belotti de Medina, Juan P. Carbonelli & Erico G. Gaál 519

In this paper we will share the conclusions of various lines of research that are being developed at the Soria 2 site (Andalhuala, Southeast of Yocavil valley, Catamarca). The site is a residential unit composed of at least two rooms. Contemporary archaeological strata, dated circa 1940 ± 80 RCYBP, have been uncovered in both structures. These have been interpreted as remains of an occupancy floor belonging to the Formative period of Northwest Argentina (*ca.* X B.C. to VI A.D.). The chapter synthesizes and discusses data from various thesis and papers generated throughout our ongoing research project. It focuseson how everyday past practices, such as feeding or tool manufacture (ceramics, lithics, etc.,) contributed to the reproduction of the material conditions of life in this household structure. The authors subscribe to different theoretical positions, such as phenomenology, behavioural ecology and historical materialism. The chapter offers an integrative approach around the concept of social reproduction –understood as the causal nexus between practices– which gives some continuity to the relationships constitutive of a social totality.

Keywords: Formative – Social Reproduction – Domestic Community – Yocavil

17 VARIABILITY OF A STYLE: ADVANCES AND DISCUSSIONS AROUND THE VAQUERÍAS WARE OF NW ARGENTINA.
Lucas Pereyra Domingorena, María Eugenia De Feo & María Fabiana Bugliani 549

Vaquerías is a distinctive polychrome formative pottery style with broad geographic distribution in Northwestern Argentina (NWA) but meagerly represented at particular sites.

Its chronology goes from the fourth century B.C. until the end of the first millennium D.C.
The occurrence of this style is regularly mentioned in the literature of the period, but few authors have advanced detailed characterization of its distinctiveness in each area. This paper contributes to its characterization by reviewing the information and interpretations reached to date and providing new evidence from two sectors of NWA: Quebrada del Toro (Salta) and southern Cajon Valley (Catamarca). Pottery materials recovered from these areas were stylistically and technologically analyzed through the definition of morphological and iconographic attributes and the application of petrographic techniques.
While Vaquerías-style pottery usually occurs in domestic contexts atvillage sites in the areas considered here, it has also been found in burials in Quebrada del Toro. Although both assemblages share attributes that allow defining Vaquerías as a stylistic and morphological unity, there is also considerable variability in fabric composition. There are also differences in the way in which this style behaves in each sector relative to local pottery styles. This information is discussed in relation to questions about technological choices made by ancient potters, as well as wider circulation and social interaction issues in the Northwestern Argentina during the Formative.

Keywords: Vaquerías – style – petrography – iconography

18 THE FORMATIVE PERIOD IN THE HUALFIN VALLEY. A CRITICAL REVISION CONSIDERING FUNERARY EVIDENCE.
Bárbara Balesta, Nora Zagorodny & Federico Wynveldt 575

In the seventies, funerary materials belonging to Ciénaga portion of Muñiz Barreto Collection were used to define Formative/Early Period in Hualfín Valley (González and Cowgill 1975). The proposed categories and relative chronology based on pottery decoration have been in use until present date. A critical review of these materials allowed us to suggest a different spatial characterization of Ciénaga "cemeteries" (*sensu* Weiser and Wolters 1924-1926). Current chronological criteria and the classical dichotomy between figurative and non figurative images are questioned on the bases of semiotic methodology. Indicators of planning in pottery manufacture are identified and differences among tombs and funerary grave goods are interpreted as competition between individuals and/or groups related to resources.

Keywords: Hualfín Valley – funerary space – Ciénaga – pottery manufacture

19 IMAGES, PRESENCES, MEMORY. GENEALOGY AND GEOGRAPHY OF STONES DURING THE FIRST MILLENNIUM A.D.
Marisa Lazzari, Jorgelina Garcia Azcarate & Cristina Scattolin 603

This paper explores the social and symbolic roles of stone artifacts that emerged along with the growing importance of settled life in NW Argentina. We discuss these artefacts as part

of a lineage of ancestral practices that characterized the south-central Andes in the early centuries of the Era. Starting from the widely discussed ancestral roles of the Tafí del Valle monoliths, we look into them as powerful presences, whose power emanated not only from their physical and sensory properties, or from their figurative designs, but also from the social practices that linked them with various other objects and places. Following widely studied Andean concepts of vital force and ancestral manifestation, the paper explores what we call "ancestral practices" in this period. Integrating the results of different lines of inquiry traditionally considered separately, we discuss the available information on these artefacts and their contexts. We propose an alternative interpretative framework that considers a wider "system of stone" that included the monoliths and other figurative stone artefacts as well as other stone artefacts traditionally considered utilitarian.

Keywords: monoliths – stone – ancestors – memory – materiality

20 SITE ABANDONMENT AMONG FORMATIVE SOCIETIES OF NW ARGENTINA. CASES AND DISCUSSION.
Inés Gordillo & Diego Leiton 635

This chapter discusses the identification of material evidence related to practices of abandonment through the analysis and comparison of two specific case studies.
The sites of La Rinconada (Ambato Valley, Catamarca) and Alamito (Campo del Pucará, Catamarca) here examined, present archaeological contexts showing abandonment resulting from different historic and social backgrounds. Even though these sites differ in a number of ways, our ongoing research shows that specific practices related to their abandonment warrant comparison, particularly those related to the ritual closure of households, towns and/or territories. In this chapter we concentrate on the sacrifice of objects and places, the deposition of offerings, the ritual firing of structures, among other practices and features.
The chapter seeks to encourage the discussion of the abandonment processes occurred during the Formative Period, with specific attention to their spatial and temporal dimensions, focusing on the following aspects: 1) spatial variations at intra-site, site, region or inter-region; 2) the time scale, referring to whether abandonment was gradual/abrupt and/or temporary/permanent; and 3) the mode of abandonment, particularly whether it was planned or unplanned, whether returns were expected or not, and what kinds of associated practices took place (*e.g.* closing ceremony, recovery, retreats, destruction, concealment, fire, etc.). We synthesize and review available information in order to explore the particular ways in which abandonment took place at various sites. In this way, we hope to contribute to a general framework for the analysis and interpretation of abandonment processes at a regional scale.

Keywords: Abandonment – Ritual Practices – Ambato valley – Campo del Pucará

21 THE FORMATIVE PERIOD IN THE SOUTHERN PUNA. FROM THE PRODUCTIVE OPTION TO FULLY AGRICULTURAL-HERDING SOCIETIES.
Daniel Olivera, Patricia Escola, Alejandra Elías, Susana Pérez, Pablo Tchilinguirian,

Pedro Salminci, Martina Pérez, Lorena Grana, Jennifer Grant, Aixa Vidal,
Violeta Killian Galván & Paula Miranda 663

In Antofagasta de la Sierra (southern Puna of Argentina), between *ca*. 10000-5000 years B.P., the economy of human groups was oriented to the hunting and gathering of wild plants and animals. These societies generated significant changes, most notably the adoption of camelid herding and agriculture from *ca*. 5000-4500 years B.P. onwards, which probably resulted from an earlier camelid domestication process. The incorporation of this productive option into the lifestyle of these groups carried significant changes in their economy and diet, as well as profound changes in social organization and symbolism. These changes were reflected in new patterns of mobility and use of space as well as changes in technology, patterns of social and political relationships, mythical/symbolic cosmovision, and even biological effects on reproduction and human metabolism. These processes, which developed alongside a changing environmental framework that influenced the supply and availability of subsistence resources for humans, led to a new kind of society generally known as Formative. This paper summarizes the investigations focused on Formative communities/groups that since 1983 have been carried out in this hitherto understudied region, exposing the questions that have led the study of this complex regional process and the progress made so far.

Keywords: Argentine Puna – Antofagasta de la Sierra – Agro-pastoralist Societies – Andean Formative

SECTION 4: Production and extraction spheres: inhabiting and creating terrains

22 THINKING THE FORMATIVE FROM THE FOOTHILLS REGION OF THE JUJUY YUNGAS.
Gabriela Ortiz, Cecilia Heit Lanart, Luis Nieva, Facundo Zamora,
Natalia Batallanos & Fernanda Chapur 695

This chapter discusses the implications of traditionally defined indicators to characterize the Formative period, with a particular focus on the productive option model, based on new archaeological data obtained in recent years in the region of the San Francisco River. Assessing different evidentiary strands, the chapter reflects on the process of sedentarization and economic strategies used by the ancient inhabitants of the foot hill of Yungas region in Jujuy. Due to their environmental characteristics, regions with important biodiversity favor successful long-term adaptations based on optimal exploitation of the numerous resources available. In such settings, the process towards increasing dependence on agriculture would have neither been linear nor generalized. The chapter also reflects on the usefulness of the concept of evolution, usually associated with the term "formative", to understand the archaeology of the region, which is characterized by the significant stability of its social formations and the absence of evidence of transition towards centralized social and political organization over more than thousand years.

Keywords: San Francisco Tradition – Yungasregion – Economy – NW Argentina

23 PEOPLE, LAND, WATER AND CROPS: THE FIRST AGRARIAN LANDSCAPES OF NW ARGENTINA.
Alejandra Korstanje, Marcos Quesada, Valeria Franco Salvi, Verónica Lema & Mariana Maloberti 721

In this article we bring together knowledge concerning pre-Hispanic agriculture resulting from the work of different research groups pursuing various lines of evidence in different areas. We reflect on the formation of the first agricultural landscapes in northwest Argentina, specifically on the way in which the relations between people, crops, water and land were organized in a particular spatiality during the period that has been defined as "Formative". Part of this reflection led us to revise some assumptions about plant production in the Formative period, trying to avoid traditional schemes that translate the pre-Hispanic history into evolutionary stages, each of them conceived as internally homogeneous and organized under a typological perspective. As a result of recent research, with the contribution of new methodological and theoretical approaches, we think of agriculture in a broader sense than those assumed by previous research in the region, conceiving it as a way of doing and being in a particular ambit with their social forms of appropriations. This leads us to consider the continuities, breaks, overlaps and the multiples ways of dwelling within the productive landscapes in regional agrarian history.

Keywords: agricultural landscapes – early food production – agricultural practices

EPILOGUE 751

PREFACIO

Sobre el por qué de este libro

El Noroeste argentino (NOA), ubicado dentro de los Andes Centro Sud y Meridionales, si bien comparte algunas características importantes con los Andes Centrales, presenta identidades y procesos marcadamente distintos. En abril del año 2011 un poco más de cien profesionales en arqueología que trabajamos principalmente en el noroeste argentino, nos encontramos en Tafí del Valle (Tucumán, Rep. Argentina) para entablar un espacio de dialogo que denominamos "*Arqueología del Periodo Formativo en Argentina: un encuentro para integrar áreas y sub-disciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso*".

El objetivo principal era dar continuidad a la discusión sobre los procesos de construcción y deconstrucción del conocimiento arqueológico sobre un periodo conocido en el área andina como "Formativo". Sin embargo, es preciso aclarar que el encuentro no fue para discutir la propiedad o no de la categoría cronológica "Período Formativo", sino para preparar este volumen y sentar las bases para otro libro de divulgación general que está en curso.

El plan de realizar dos libros relacionados pero diferentes en cuanto a audiencia, responde a la necesidad de examinar las trampas discursivas en las que caemos a menudo los arqueólogos. Si bien existe un saber adquirido en la comunidad científica que facilita entender a qué nos referimos con "periodo formativo", no todos hablamos de lo mismo cuando nos referimos a esta categoría, y esto puede generar incertidumbre y dificultades a la hora de comunicar los avances de nuestras investigaciones al público en general.

El desafío de conversar acerca de los avances de las investigaciones de los últimos años a la luz de la problemática que presenta la necesaria relación de divulgación hacia el público en general no fue menor. Las discusiones e intercambios resaltaron las dificultades que provoca siempre la transmisión de conocimientos de manera que hagan justicia a las sutilezas y complejidades de la conducta humana del pasado. Esta incertidumbre no debe ser resuelta necesariamente, o al menos no de un modo unívoco, dado que se generan perspectivas de gran riqueza que están basadas en la diversidad de la experiencia humana en el NOA en el pasado. Todo parece indicar, pues, que llegar a una categoría única y seguida por todos –"formativo", o su reemplazo– no es importante para el avance de nuestras investigaciones. En este sentido, el primer capítulo-ensayo que solicitamos a Cristina Scattolin ofrece un panorama de la diversa historia del concepto que nos reúne, a través de la lente de su larga experiencia en el tema.

Existen numerosos antecedentes de reuniones realizadas para debatir este periodo y sus implicancias como concepto (ver lista en nota final)[1], sin embargo no se había producido

hasta ahora una publicación que organice la temática de modo integral. Por otra parte, la divulgación del tema a todo público mostraba un considerable retraso. Este encuentro pretendió ser más abarcador que los anteriores en dicho sentido y también al incluir (o al menos haber invitado) a investigadores de todas las áreas geográficas y subdisciplinas que encaran el tema. Pretendíamos de ese modo dar forma a un volumen lo más completo posible que dé cuenta del estado de nuestras investigaciones, preguntas y debates. Este volumen muestra la diversidad de enfoques, ofreciendo una puesta al día de las investigaciones en este tema.

De lo utópico a lo posible

En la reunión que tuvo lugar aquel otoño en la amable villa de Tafí del Valle, la discusión estuvo basada no tanto en los datos más recientes –a diferencia de los congresos y talleres más tradicionales en arqueología–, sino en las síntesis actualizadas del avance de nuestras investigaciones y conocimientos en los últimos veinte años. Eso incluyó hablar de los procesos construcción y deconstrucción del conocimiento arqueológico sobre este periodo particular bajo una nueva forma participativa y con algunas metas más amplias. También incluyó el objetivo de integrar los relatos, enhebrando distintos grupos de investigación de origen pero que trabajan temáticas similares, para poder discutir diferencias y coincidencias, o matices, que los mismos temas presentaban en diferentes áreas y formas de encarar los problemas.

Sabemos que este último objetivo no fue alcanzado de manera plena, e incluso en varios casos los autores optaron por formatos de artículos diferentes a las síntesis generales propuestas, pero algunos trabajos aquí presentes dan cuenta de esa innovación. Además, con alegría vemos que hemos abierto un camino en esa metodología de trabajo inter-grupal, ya que otros talleres posteriores en cerámica y arqueobotánica tomaron algunas de las pautas que fuimos pensando para éste, con mayor o menor éxito, dado que no siempre es fácil cambiar nuestros esquemas de producción y discusión científica.

Es también importante recordar que el organizar y reunir a los colegas en este encuentro se nos presentó como una necesidad a partir de la experiencia de trabajo en conjunto con comunidades rurales e indígenas en los últimos veinte años. El trabajo más articulado con la sociedad al que ha tendido la arqueología nos ha permitido observar el considerable retraso con el que el relato arqueológico sobre este particular período llega al público no-académico. Fue por eso que el objetivo de fortalecer el discurso que se transmite a la sociedad toda a través de diferentes medios (textos escolares y de divulgación, películas, museos, etc.), se trabajó durante el encuentro en forma de búsqueda de instrumentos de comunicación que nos permitan articular y ampliar estos espacios. Fueron convocados, como veedores, especialistas externos a la arqueología, de diversas áreas de la educación y comunicación, pueblos originarios y agentes de turismo rural del valle de Tafí, entre otros/as, para que escuchando y preguntando en el momento mismo en que ponemos a consideración de los colegas nuestros conocimientos, ellos pudieran pensar cómo transmitir eso, con rigurosidad pero amplitud, a sus propios ámbitos de vida y trabajo. Como mencionamos ya arriba, se hizo especial énfasis en aclarar que se esperaba que participen también investigadores de aquellas especialidades que normalmente no se sienten integradas en estas discusiones (especialmente aquellas ambientales), y todas las áreas y provincias donde se use o haya usado el concepto de Formativo o similares.

Para pensar estos ámbitos de discusión y el cómo llevar a cabo las propuestas contamos para la valiosa colaboración de un Comité Académico Asesor formado por Ma. Cristina Scattolin, Daniel Olivera, Adriana Callegari, Bernarda Marconetto, Carlos Angiorama y Hernán Muscio.

El encuentro fue organizado con el apoyo institucional del Instituto de Arqueología y Museo de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán (IAM), del Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES-CONICET-UNT) y del Departamento de Arqueología de la Universidad de Exeter; con el apoyo financiero de CONICET (Subsidio a reuniones científicas) y con el auspicio académico de la Asociación de Arqueólogos Profesionales de la República Argentina (AAPRA) y la Sociedad Argentina de Antropología (SAA).

A nivel de auspiciantes, el evento contó con el apoyo del Ente Cultural de Tucumán y el Ente Tucumán Turismo, la Fundación TIEMPOS, y el laboratorio *BETA Analytics.*

La dinámica del encuentro

Nos costó definir y explicar –y de hecho creemos que entramos en contradicciones más de una vez– que la reunión no era ni un congreso, ni un taller técnicamente hablando. El formato "congreso" es muy conocido por todos nosotros: consiste en exposiciones más o menos breves sobre un tema afín al congreso, presentado por una persona o un grupo de investigación homogéneo, y un tiempo para preguntas específicas. Con suerte, en algunos hay tiempo para un debate final, pero esto tiende a ser una excepción. El formato "taller", por el contrario, presupone por sobre todas las cosas la discusión conjunta acerca de un tema dado, con o sin exposiciones por equipo. Esa discusión suele ser sobre los aspectos más conspicuos, novedosos o aquellos donde es necesario llegar a algún tipo de acuerdo en la comunidad académica.

Ninguno de estos formatos se adaptaba bien a los dos objetivos de síntesis temática que tenía éste: la síntesis académica actualizada y la síntesis de divulgación actualizada. Por ello, tomamos un poco de cada uno y le llamamos como las reuniones que tenemos con las comunidades indígenas y rurales: un "encuentro", una "juntada", en el más claro sentido de conversar, escucharnos, ponernos de acuerdo en algunas cosas, sin necesidad de llegar a acuerdos "firmes", pero buscando escribir algo sobre esto después. El "encuentro" fue, entonces, algo así como un "congreso-taller para escribir un libro, o dos, en conjunto".

Una vez confirmados los interesados, se les solicitó que estructuren su participación en un artículo de síntesis, y una lista de preguntas para discutir en el simposio, a los efectos de que pudiéramos organizar con tiempo los tópicos de la discusión. Se pidió que las exposiciones fueran en grupos de trabajo (no individuales en lo posible) y en base a las propuestas recibidas y aprobadas. De este modo, durante el encuentro la discusión grupal se realizó según los ejes y pautas establecidos con anterioridad y conocidos por todos los participantes. Y sólo se discutieron los trabajos enviados con el objetivo de aportar a la discusión general y de consensuar cómo integrar cada uno de ellos en este volumen especial, resultado de esta experiencia.

El audio del encuentro fue íntegramente registrado a los efectos de captar algunos matices importantes para la parte de divulgación (no para este volumen). A su vez, las principales decisiones tanto sobre cómo armar este volumen y los subsiguientes formatos de divulgación

fueron realizadas por votación de todos los/as participantes (por ejemplo, el título de este libro es una elección conjunta).

El comité editorial fue ampliado luego de una decisión tomada de manera conjunta con los participantes del taller. Los cinco colegas que se ofrecieron con entusiasmo para llevar adelante este volumen también son parte de diferentes grupos de investigación, y a través de su trabajo dan testimonio de una gran diversidad de temas, criterios y formas de ver la arqueología. Va aquí nuestro profundo agradecimiento a los co-editores, Mara Basile, Fabiana Bugliani, Verónica Lema, Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada, que trabajaron arduamente, codo a codo, con buenas ideas, tiempo y alegría por y para la concreción de este volumen.

Queremos agradecer también enfáticamente a todos los revisores –anónimos o no–, que han participado con su trabajo, a veces menos visible directamente, pero que impacta directamente en la calidad de un volumen como este y que por lo tanto, son efectivamente parte activa del mismo.

Alejandra Korstanje y Marisa Lazzari, organizadoras del encuentro

Buenos Aires, agosto de 2015

---

[1] Existen numerosos antecedentes de reuniones que han dado cuenta de las discusiones sobre este periodo tanto en la Argentina como en otros países del Área Andina. La genealogía de reuniones precedentes enumeradas a continuación demuestra el gran interés de la comunidad científica en el tema, el cual dista de ser agotado.

1999-2000

DESARROLLO DE LAS SOCIEDADES AGROPASTORILES ANTERIORES AL 1000 A.D. EN EL AREA CENTRO-SUR ANDINA. Simposios coordinados por Marta R. A. Tartusi, Víctor Núñez Regueiro y María Carlota Sempé en:

- XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA ARGENTINA. Córdoba, 4 al 8 de Octubre de 1999. Publicado en las Actas del Congreso.
- XV CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA ARGENTINA. Rosario, 11 de marzo de 2000. Publicado en las Actas del Congreso.

ESTRUCTURACION, ORGANIZACIÓN E INTERACCION INTERNA DE LOS POBLADOS Y ALDEAS ARQUEOLOGICAS. Simposios coordinados por Cristina Scattolin, Alejandra Korstanje y María Ester Albeck en:

- XIII CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGIA ARGENTINA. Córdoba, 4 al 8 de Octubre de 1999. Publicado en las Actas del Congreso.
- XV CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA ARGENTINA. Rosario, 11 de marzo de 2000. Publicado en las Actas del Congreso y algunos artículos en prensa en libro especial sobre la temática arquitectónica editado por las coordinadoras.

2001

ARCAICO Y FORMATIVO EN LAS PERIODIZACIONES DEL NOROESTE ARGENTINO. Mesa organizada por Hugo Yacobaccio y Hernán Muscio en:

- VI ENCUENTRO DE ARQUEOLOGÍA. Instituto de Ciencias Antropológicas (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) , Buenos Aires, Julio de 2001.

2002
SOCIEDADES AGROPASTORILES Coordinadores: Sara M. L. López Campeny (UNT) y Gabriel Montini (UNT) en:
• VII CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIANTES DE ARQUEOLOGÍA, SAN PEDRO DE COLALAO, TUCUMAN, SEPTIEMBRE DE 2002.

2003
EMERGENCIA Y DIVERSIDAD DEL PROCESO FORMATIVO TEMPRANO EN LOS ANDES (6000-2000 AÑOS AP). Simposio coordinado por Lautaro Núñez, Myriam Tarragó y David Pereyra en:
• 51 CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS, Santiago de Chile, 14 a 18 de julio de 2003. Publicado en las Actas del Congreso.

2007
LAS SOCIEDADES FORMATIVAS EN EL NOA: APORTES, DISCUSIÓN Y REPLANTEO. Simposio coordinado por Clara Rivolta y Rossana Ledesma en:
• XVI CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA ARGENTINA. San Salvador de Jujuy, 8 al 12 de octubre de 2007. Publicado en Resúmenes expandidos del Congreso y en prensa en Revista ANDES Nº 20.

2008
EL PERIODO FORMATIVO: ENFOQUES Y EVIDENCIAS RECIENTES. CINCUENTA AÑOS DE INVESTIGACIONES JAPONESAS EN SU CONTEXTO ACTUAL.
• VI SIMPOSIO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGÍA PUCP: Pontificia Universidad Católica del Perú, San Miguel, Lima, 5, 6 y 7 de septiembre de 2008.

2010
EL FORMATIVO EN LOS ANDES SEPTENTRIONALES. SUR ECUATORIANO – NORTE PERUANO. En:
• TALLER INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGÍA-HISTORIA. Piura, 1 al 17 de Julio de 2010.

Algunos momentos y participantes en el encuentro de Tafí del Valle

INTRODUCCIÓN

A continuación ofrecemos a los lectores un panorama de qué contenidos, avances en el conocimiento y perspectivas encontrarán en los diferentes artículos que componen este libro, recordándoles que se trata de artículos unitarios, conversados, discutidos previamente y que han sido sometidos a un proceso de doble revisión (un evaluador/a que ha sido participante del taller y otro/a externo al mismo), pero que no están articulados entre sí. Para realizar esta breve semblanza de cada artículo, también hemos tenido en cuenta las consideraciones positivas que los diferentes evaluadores han realizado de los artículos y/o comentarios propios de los integrantes del comité editorial.

SECCION 1: Cambios y continuidades en la arqueología del Período Formativo

2 CONTRIBUCIONES AL ESTUDIO DE SOCIEDADES ALDEANAS EN EL NOROESTE ARGENTINO: EL CASO DE LA QUEBRADA DE LOS CORRALES (EL INFIERNILLO, TUCUMÁN). Nurit Oliszewski, Jorge Martínez, Eugenia Di Lullo, C. Matías Gramajo Bühler, Guillermo Arreguez, Hernán Cruz, Eduardo Mauri, Cecilia Mercuri, Ana Muntaner y M. Gabriela Srur

En este capítulo los autores presentan una síntesis de las investigaciones arqueológicas realizadas en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán), localizada en el sector norte del sistema montañoso Aconquija. Los estudios presentados contribuyen al conocimiento de las sociedades que habitaron el área valliserrana del Noroeste argentino. Particularmente, las evidencias arqueológicas permiten analizar la transición socio-económica acaecida en el Holoceno entre los cazadores recolectores hacia grupos humanos productores de alimentos, y el posterior establecimiento de las sociedades aldeanas agro-pastoriles a inicios del primer milenio d.C. Finalmente, se explica la abrupta interrupción de las ocupaciones prehispánicas en el área de estudio como una reacción al impacto negativo de un evento volcánico de gran magnitud que habría sucedido hacia mediados del siglo V d.C.

3 PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN SOCIAL DURANTE EL PRIMER MILENIO EN EL VALLE DE TAFÍ. Julián Salazar y Valeria Franco Salvi

En esta contribución, Salazar y Franco Salvi analizan las estrategias de reproducción social de los pobladores que construyeron y habitaron las aldeas ubicadas en el sector norte del valle de Tafí (Tucumán) durante el primer milenio d.C. A través del análisis del paisaje

aldeano, los ámbitos residenciales y las instalaciones productivas, los autores postulan que los fenómenos vinculados a la conformación de asentamientos concentrados o a la dispersión de núcleos domésticos pueden ser explicados a partir de las prácticas llevadas adelante por personas constituidas como miembros de grupos domésticos extensos con identidades altamente segmentarias y competitivas entre sí. Estas prácticas sociales habrían posibilitado la formación de grupos humanos de gran escala demográfica, producción agrícola intensiva y alta inversión de tecnología sin la aparición de un sistema político de alta centralización. Además las configuraciones espaciales han sido interpretadas como el resultado del trabajo campesino a lo largo de varios siglos denotando la continuidad de las lógicas prácticas en la formación, crecimiento y dispersión de estas aldeas prehispánicas.

4 PAISAJES Y PRÁCTICAS SOCIALES EN LAS SELVAS MERIDIONALES DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN (1° MILENIO D.C.) Gabriel E. Míguez y Mario A. Caria

Míguez y Caria exploran en su capítulo la conformación de "espacialidades", o la mutualidad en la constitución de relaciones espaciales y sociales, que fueron particulares y específicas a los modos de vida que se desarrollaron en las selvas meridionales de Tucumán durante el primer milenio de la Era. Los autores examinan diversas líneas de evidencias complementarias, entre las que consideran la producción de alimentos y artefactos, el consumo de alimentos, la circulación de bienes y la constitución del espacio doméstico, a fin de revertir las nociones más tradicionales sobre la arqueología de las selvas meridionales. Los autores argumentan que las investigaciones arqueológicas en esta subárea geográfica fueron históricamente limitadas debido no sólo a las habituales consideraciones acerca de la supuestamente pobre preservación de los vestigios arqueológicos, sino también a que la misma fue considerada como periférica en relación a otras áreas propuestas por diversos autores como centros de desarrollo socio-cultural y político regional. La ausencia de marcadores 'diagnósticos' de complejidad socio-política, según los esquemas evolutivos tradicionales, fomentó el abandono de esta área y la desvalorización de su potencial para comprender la historia regional. Para superar este sesgo, los autores proponen un sofisticado marco de análisis que considera el paisaje animado selvático no sólo como 'entorno' de las relaciones sociales sino también como efecto o artefacto de las mismas, en una relación recursiva y enriquecedora. En este marco, las supuestas 'deficiencias' del registro del área, las ausencias y/o vacíos empíricos, son también informativos acerca de las formas antiguas de entender y habitar significativamente diversos órdenes espaciales, desde lo doméstico a lo regional, contribuyendo a revelar una historia regional diversa y nutrida de significación.

SECCION 2: Paisajes, territorios y redes de interacción

5 LA OCUPACIÓN HUMANA DE LAS NACIENTES DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA EN EL RANGO 3.000-1.000 A.P.: EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS, DISCUSIÓN Y PERSPECTIVAS. Juan B. Leoni y María Isabel Hernández Llosas

El artículo de Leoni y Hernández Llosas aborda un área y una cronología poco estudiadas desde la arqueología regional: las nacientes de la Quebrada de Humahuaca entre

el 3000 y 1000 A.P. A partir de evidencia dispersa y fragmentaria, los autores logran tejer el panorama de los desarrollos locales y sus vínculos con otras áreas, sumándose también el trabajo pormenorizado en diversos sitios arqueológicos, tanto asentamientos como estaciones de arte rupestre. Es así que establecen tres momentos dentro de la temporalidad antes mencionada,integrando en ellos los distintos tipos de evidencia surgidos del análisis de fechados radiocarbónicos, secuencias arqueológicas, cerámica, artefactos vinculados al procesamiento de alimentos, análisis arquitéctonico e iconográfico, entre otros. Gracias a este trabajo minucioso y reflexivo los autores logran tanto afianzar la caracterización de procesos locales (sobretodo posteriores al 2000 A.P.), como también bosquejar aquellos aspectos de las sociedades que habitaron el norte de la Quebrada de Humahuaca y que aún son esquivos a la arqueología, fundamentalmente para el momento más temprano de los abordados en este trabajo. Evaluando procesos de formación de sitios, patrones de ocupación espacial, procesos sociales del pasado y marcos teóricos empleados en las investigaciones arqueológicas, los autores nos ofrecen un trabajo que enriquece nuestra comprensión de cuan variable son las situaciones de acuerdo a las regiones que explora el presente libro.

6 HACIA LOS PRIMEROS POBLADOS EN AZUL PAMPA, JUJUY. Lidia Clara García, Elvira Inés Baffi y Patricia Soledad Higa

Centradas en la microrregión de Azul Pampa, García, Baffi e Higa presentan un *racconto* de las investigaciones que tuvieron lugar en la misma a lo largo de más de veinte años. Esta rica experiencia de investigación ofrece una caracterización de las ocupaciones entre el 3000 y 1000 A.P. en este sector de la puna jujeña a partir de estudios bioarqueológicos, arqueológicos y etnoarqueológicos. A través de descripciones concisas y contundentes, las autoras nos permiten vislumbrar los posibles procesos que habrían antecedido y/o llevado a la instalación de los primeros poblados en el área, para luego aportar a su caracterización y al entendimiento de las redes de interacción y movilidad que sus ocupantes habrían tenido, vinculándose tanto con quebradas próximas, como también con sectores más alejados dentro del ámbito puneño-quebradeño.

7 LA GENTE Y SUS PRÁCTICAS EN LAS TIERRAS BAJAS Y ALTAS DEL OESTE TINOGASTEÑO EN LOS SIGLOS I A XIII D.C. (CATAMARCA, ARGENTINA). Norma Ratto, Mara Basile, Anabel Feely, Irene Lantos, Luis Coll, Dolores Carniglia y Juan Pablo Miyano

En la contribución de la Dra. Ratto y su equipo de investigación se presenta una exhaustiva síntesis de los estudios arqueológicos desarrollados, hasta el presente, en relación con las ocupaciones humanas prehispánicas correspondientes a los siglos I al XIII d.C. en el sector oeste del Departamento Tinogasta de la provincia de Catamarca (Argentina). Los autores integran distintas líneas de investigación como la producción, distribución y consumo de objetos cerámicos y líticos, lenguajes visuales, organización del espacio, consumo de recursos animales y vegetales, producción de alimentos, estudios paleoambientales, entre otras. De esta manera, desde un abordaje de escala regional, se define un proceso histórico complejo para el área donde las esferas de lo social y lo ambiental se denotan íntimamente ligadas.

8 TRAS LAS HUELLAS DEL FORMATIVO. NORTE DE LA PROVINCIA DE LA RIOJA. Adriana Callegari, María Elena Gonaldi, Gisela Spengler, María Gabriela Rodríguez, María Eugenia Aciar, Roberto Pappalardo y María Lucia Wisnieski

A lo largo de este capítulo, Callegari y su equipo de trabajo realizan, luego de años de investigación en el área, un sustancioso aporte a la discusión de la complejidad de este proceso para el Norte de la provincia de La Rioja. Esta discusión no había sido abordada para la provincia en forma integral hasta este momento. Para ello, presentan la evidencia recuperada durante las intervenciones en tres sitios de la región que representan tres momentos en el largo desarrollo de este proceso. Su análisis pone de manifiesto la gran variabilidad en el modo en que el Formativo adquiere materialidad en un área cuya geografía habría dificultado la interacción entre algunos sectores favoreciendo desarrollos materiales y espaciales particulares. La presentación de las distintas líneas analíticas abordadas en cada sitio y los fechados asociados demuestran que los límites temporales definidos por los cuadros cronológicos son nuevamente superados por la evidencia arqueológica.

9 UNA PUESTA AL DÍA SOBRE EL FORMATIVO DE LA QUEBRADA DEL TORO (SALTA, ARGENTINA). María Eugenia De Feo

En el capítulo de De Feo se presenta la nueva evidencia arqueológica vinculada con las ocupaciones agropastoriles tempranas de la Quebrada del Toro. En esta región las investigaciones fueron retomadas luego de un largo lapso de silencio, permitiendo documentar un importante número de instalaciones y evidenciando un registro caracterizado por una amplia diversidad, manifiesta en la variedad de emplazamientos y registro material. La incorporación de la nueva evidencia, a la luz de la información etnográfica y arqueológica de otras áreas andinas, facilita el redireccionamiento de la mirada, más allá de los límites de la aldea, para construir escenarios más complejos, conformados por sitios con características estructurales diferentes, integrados social y económicamente en esquemas espaciales que comprenden paisajes diversos. Si bien la autora considera necesario afinar la cronología de las distintas ocupaciones, la evidencia presentada permite discutir los modelos previamente propuestos para abordar la dinámica social del uso del espacio en la Quebrada del Toro.

10 REMODELANDO EL FORMATIVO. APORTES PARA UNA DISCUSIÓN DE LOS PROCESOS LOCALES EN LAS COMUNIDADES AGROPASTORILES TEMPRANAS DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (CATAMARCA, ARGENTINA). Sara M. L. López Campeny, Andrés S. Romano y Carlos A. Aschero

Luego de dos décadas desde los primeros trabajos que abordaron en profundidad la relación entre el entorno ambiental y las comunidades agropastoriles tempranas en la Puna Meridional de Antofagasta de la Sierra, López Campeny y colaboradores se apoyan en estos sólidos trabajos para proponer nuevas miradas sobre los conceptos, modelos e interpretaciones previamente planteados y reflexionar, a la luz de nueva evidencia, acerca de este momento particular del devenir histórico de las poblaciones puneñas. Este capítulo constituye una síntesis que integra los nuevos resultados, líneas de trabajo e interpretaciones para discutir la vigencia de estas propuestas anteriores y reflexionar sobre el énfasis puesto en el fenómeno del cambio como carac-

terística distintiva del período. Presentan, en contraste, un conjunto de testimonios materiales que dan cuenta de la continuidad, desde momentos mucho más antiguos, de ciertas prácticas y tradiciones asociadas al uso persistente del paisaje, al plano ritual y a las relaciones postuladas con el ámbito valliserrano de las comunidades agrícola-pastoriles locales.

11 ARQUEOLOGÍA EN ESPACIOS CONTRASTADOS EN LOS PIEDEMONTES ORIENTAL Y OCCIDENTAL DE CUMBRES CALCHAQUIES (TUCUMAN-ARGENTINA) DURANTE EL 1° Y 2° MILENIO DE NUESTRA ERA. Mario Alejandro Caria y Julián Patricio Gómez Augier

En esta contribución los autores presentan y discuten los resultados de sus investigaciones en las vertientes oriental y occidental de las Cumbres Calchaquíes en la provincia de Tucumán. Buscan resaltar la interacción e integración en la región, superando la división artificial establecida tradicionalmente a partir de los contrastes ambientales existentes entre ambas vertientes. Asimismo analizan las relaciones históricas que vincularon a los pueblos asentados a ambos lados de las Cumbres Calchaquíes y las consecuencias de estas relaciones para las sociedades. Planteando como hipótesis que la producción de alimentos y la obtención de recursos claves para la subsistencia se efectuó en un marco de complementariedad típicamente andina, consideran los factores intervinientes en las distintas formas de ocupación del espacio. Para ello estructuran su aporte tomando como ejes la caracterización paleoambiental; el manejo del espacio prehispánico y el desarrollo de los espacios productivos.

12 PRÁCTICAS SOCIALES EN EL PASADO Y PRESENTE DE LAGUNA BLANCA (DPTO. BELÉN, CATAMARCA): REFLEXIONES EN TORNO AL MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO. Daniel Delfino, Valeria E. Espiro y Alejandro R. Díaz

El trabajo de Delfino, Espiro y Díaz ofrece una reflexión teórica acerca de la incapacidad de la categoría de Formativo para interpretar el registro arqueológico de dos milenios en Laguna Blanca. Luego de realizar una concisa revisión de los usos del concepto de Formativo, los autores ofrecen como alternativa el concepto de "Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico", basado en lineamientos teóricos derivados de la Arqueología Social Latinoamericana y la etnografía andina. El trabajo ejemplifica con resultados de investigaciones arqueológicas y etnográficas efectuadas en la región en las últimas décadas la utilidad de esta propuesta para articular las características peculiares del registro arqueológico de Laguna Blanca con la búsqueda de categorías teóricas no esencialistas que permitan dar cuenta de una realidad históricamente situada. Los autores ofrecen también un análisis crítico de sus propias categorías, al discutir los límites y posibilidades de la categoría de 'campesinos' para referirse a los agentes sociales del proceso histórico de la región.

13 HABITAR, CIRCULAR, HACER. EL PUNTO DE VISTA DE LA QUEBRADA. María Cristina Scattolin, María Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena, Leticia Inés Cortés, Marisa Lazzari, Andrés Darío Izeta y Cristina Marilin Calo

¿De qué manera lo local se constituye como "un lugar desde donde se mira al mundo"?,

¿cómo es que objetos, materia y sentidos del aquel mundo más o menos distante devienen parte de lo cotidiano? Estos son algunos de los interrogantes que Scattolin e integrantes del equipo revisitan en este capítulo. El enfoque es astuto. Localizan la mirada en las aldeas formativas del valle de El Cajón para rastrear desde allí la vasta red de relaciones que las vinculaba con otras escalas espaciales y temporales pero sin dejar de señalar la especificidad de tales vínculos según los modos de hacer y habitar propios de esos mundos de la vida. Por otra parte, deslocalizan la mirada hacia los procesos regionales. El campo es ahora el área valliserrana y puneña meridional, pero tal panorámica, en lugar de reparar en los elementos comunes y homogéneos que suelen vincularse a esa escala de observación es la excusa para destacar la heterogénea variedad de situaciones en las que lo regional deviene en cada contexto local. Ambas perspectivas son aprovechadas por Scattolin y equipo para ofrecer una discusión convincente e informada de por qué deberíamos descreer de la antinomia entre lo local y lo foráneo para centrarnos, en cambio, en sus relaciones significativas.

14 CAMBIOS DEL PAISAJE DURANTE EL FORMATIVO EN LA REGIÓN ANDINA DEL NOA Y CHACO. Julio Kulemeyer, Ricardo Cortés y Liliana Lupo

El capítulo de Kulemeyer, Cortés y Lupo muestra que el lapso del Holoceno entre el 3000 y el 1000 A.P. además de estar marcado por profundas transformaciones sociales y tecnológicas, aquellas que suelen ser vinculadas al Formativo, es también un periodo de marcados cambios en el ambiente, en particular en los recursos hídricos, cobertura vegetal y suelos a escala regional. Los autores sospechan que ambos procesos están vinculados y que los cambios en el paisaje son, en alguna medida, una "respuesta del ambiente a variaciones significativas en el uso de la tierra, principalmente las actividades de pastoreo, agricultura (riego), recolección de leña, etc.". Para desarrollar el argumento, presentan información de secuencias sedimentarias, polínicas, estudios mineralógicos, etc. con control geocronológico y contextualizados geomorfológicamente de casos localizados en la Puna y Cordillera Oriental jujeñas, Sierras subandinas salteñas, Llanura Chaqueña en Formosa y Sierras pampeanas noroccidentales en Catamarca.

SECCION 3: Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones

15 ENTRE MUROS Y VASIJAS: ENTIERROS Y MEMORIA EN SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL. Romina Spano, M. Solange Grimoldi, Valeria Palamarczuk y Alina Álvarez Larrain

En este capítulo los autores reflexionan acerca de los restos materiales de los rituales mortuorios en un sitio del valle de Santa María o Yokavil (Catamarca) y su relación con la construcción de la memoria colectiva. Se centran en las características de construcción de los entierros, los recipientes de cerámica, el acompañamiento funerario asociado, y las características de los restos humanos, que van interpretándose en base a prácticas sugeridas por la bibliografía. Se trata de un tema muy interesante que abarca un momento poco conocido para la región, y que se analiza a la luz de un contexto más amplio, que proporciona un entorno local para examinar la relación entre las prácticas funerarias y la memoria, el

abandono y el retorno como dinámicas de la comunidad, por la cual las personas transforman, conservan y resignifican los espacios como parte del proceso de reproducción social.

16 A LA LUZ DEL HOGAR: VESTIGIOS DE LA COMUNIDAD DOMÉSTICA FORMATIVA EN EL SITIO SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL (CATAMARCA). Liliana J. Baigorria Di Scala, Carlos R. Belotti de Medina, Juan P. Carbonelli y Erico G. Gaál

Este trabajo reúne diferentes líneas de evidencia arqueológica para brindar una imagen global de las actividades desplegadas por los habitantes de una unidad doméstica, Soria 2, localizada en el sudeste del valle de Yocavil (Catamarca). Partiendo de la idea que la unidad residencial constituye un microcosmos sociocultural, un vértice en el que confluían las trayectorias espacio-temporales de la vida cotidiana y las prácticas que hacían posible la continuidad objetiva y subjetiva de los sistemas societarios, estudian la amplitud de actividades productivas evidenciadas en un espacio restringido, que se corresponde con la imagen de sociedades agricultoras organizadas en comunidades domésticas análogas, orientadas a la producción para autoconsumo. Analizan aquí el modo de producción doméstico atendiendo a la manufactura de artefactos líticos, los modos de elaboración alfarera y los recursos constituyentes del sistema alimentario implementado.

17 LA VARIABILIDAD DE UN ESTILO: AVANCES Y DISCUSIONES EN TORNO A LA CERÁMICA VAQUERÍAS DEL NOROESTE ARGENTINO. Lucas Pereyra Domingorena, María Eugenia De Feo y María Fabiana Bugliani

El trabajo de Pereyra Domingorena, De Feo y Bugliani ha tomado y capitalizado positivamente las propuestas del encuentro de Tafí del Valle, en un doble sentido: por un lado, está organizado como una síntesis del conocimiento sobre una categoría estilística cerámica y como aporte a la caracterización de un estilo propio del período Formativo a través de la integración de dos áreas de estudio donde el mismo está presente. Por el otro, incorpora la mirada integradora de dos equipos de trabajo distintos, que han realizado aportes valiosos contribuyendo a entender la variabilidad, los modos y las formas en que se manifiesta este ítem de la cultura material.

No se trata de un trabajo que reformule la problemática de Vaquerías como estilo y su definición clásica, sino por el contario, es un trabajo que suma nueva información –en base a una muestra de procedencia confiable, situación de la que han carecido la mayoría de los estudios anteriores– para comprender la variabilidad existente dentro de la misma desde una perspectiva nunca antes explorada en este estilo: la tecnológica –a través del estudio petrográfico de las pastas–, combinada con aspectos de diseño y morfología de las piezas.

Los resultados son analizados en el contexto de información previamente publicada sobre Vaquerías, ampliando y reforzando el trabajo de síntesis en el valle de El Cajón y Quebrada del Toro, dos áreas que les permiten evaluar críticamente el conocimiento alcanzado hasta la fecha sobre la distribución, contextos de aparición, cronología e interpretaciones propuestas al respecto.

18 EL FORMATIVO EN EL VALLE DE HUALFÍN, UNA REVISIÓN CRÍTICA DESDE LA FUNEBRIA. Bárbara Balesta, Nora Zagorodny y Federico Wynveldt

En este trabajo los autores realizan una revisión crítica de la secuencia cronológica construida por González y Cowgill (1975) en el Valle de Hualfín, y que fuera tomada como base para la cronología del NOA. Específicamente analizan la disposición de los entierros y el ajuar funerario cerámico correspondiente a la zona de los "catorce cementerios" de La Ciénaga excavados por Weiser y Wolters en la década de 1920, con el objetivo de generar un nuevo aporte a la definición de Formativo del valle del Hualfín.

La originalidad y significación del artículo radica en que abordan para ello distintas líneas de evidencia: análisis del discurso, semiótica, análisis espacial de las tumbas y ajuares, y estudios arqueométricos sobre la cerámica hallada en el área.

Detectan así ciertas inconsistencias en la periodificación tradicional –para la cual proponen algunas modificaciones de interpretación–, e identifican algunas particularidades en la construcción del espacio funerario en base a la información compilada en las libretas de campo (emplazamiento de los sepulcros y de los materiales acompañando las tumbas). También es valioso el aporte a la caracterización composicional de las pastas de la cerámica funeraria de La Ciénaga, que realizan a partir del análisis petrográfico de materiales de superficie.

19 IMÁGENES Y MEMORIA: LAS PRESENCIAS ANCESTRALES EN EL FORMATIVO. Marisa Lazzari, Jorgelina García Azcárate y M. Cristina Scattolin

La contribución de Lazzari, Gracía Azcárate y Scattolin explora de manera exhaustiva el concepto andino de ancestralidad y sus manifestaciones materiales, que emergen junto con la creciente importancia de la vida organizada en asentamientos permanentes. Se centra en el rol de ciertos artefactos líticos atendiendo no sólo a sus propiedades materiales y sensoriales, sino también al sistema de relaciones del cual fue parte y que incluye lugares y otros múltiples objetos. Partiendo de la descripción y análisis de los monolitos del área de Tafí del Valle, examinan las "prácticas de ancestralidad" durante el Formativo en el Noroeste argentino, las relaciones materiales y contextuales que se establecieron entre tales objetos y sus contextos y la posible existencia de un "sistema de piedra" del cual serían parte también otras categorías materiales tradicionalmente consideradas de menor carga simbólica y más utilitarias.

20 EL ABANDONO EN LAS SOCIEDADES FORMATIVAS DEL NOROESTE ARGENTINO. CASOS Y DISCUSIÓN. Inés Gordillo y Diego Leiton

El capítulo elaborado por Gordillo y Leiton versa sobre las prácticas asociadas al abandono o despoblamiento de los sitios arqueológicos. En esta oportunidad, los autores caracterizan y confrontan las evidencias arqueológicas en dos casos de estudios, uno de ellos es La Rinconada, ubicado en el valle de Ambato. El otro yacimiento analizado es Alamito, localizado en el Campo de Pucará, ambos en la porción oriental de Catamarca. A partir de las diferencias observadas, se postulan explicaciones alternativas para las prácticas que los antiguos habitantes tuvieron tanto durante la ocupación como en los eventos de abandono de los asentamientos arqueológicos estudiados. Además se incorporan discusiones acerca de

la forma de habitar estos espacios, la funcionalidad de sitios y estructuras, e incluso sobre las características de la organización social-política de estos grupos aldeanas prehispánicos.

21 EL FORMATIVO EN LA PUNA MERIDIONAL: DE LA OPCIÓN PRODUCTIVA A LAS SOCIEDADES AGROPASTORILES PLENAS. Daniel Olivera, Patricia Escola, Alejandra Elías, Susana Pérez, Pablo Tchilinguirian, Pedro Salminci, Martina Pérez, Lorena Grana, Jennifer Grant, Aixa Vidal, Violeta Killian Galván y Paula Miranda

Olivera y coautores sintetizan los resultados de investigación de varias décadas en el área de Antofagasta de la Sierra para dar cuenta de los cambios y continuidades en la interacción ambiente-sociedad en la región a través del tiempo. El capítulo se concentra en la discusión de tres líneas de evidencia complementarias (tecnología lítica, arqueofauna y análisis de isotopos estables) para examinar las estrategias de subsistencia y asentamiento humano en la región. Partiendo de una sólida caracterización ambiental y paleoambiental, los autores ofrecen el modelo de "sedentarismo dinámico" para comprender la ocupación del espacio y la utilización de recursos durante el primer milenio de la Era. Según los autores, el modelo permite dar cuenta del uso de los diferentes microambientes del área de Antofagasta de la Sierra de manera integrada, en un sistema orientado a minimizar los riesgos asociados a la subsistencia en este particular ambiente de altura mediante la articulación de una variedad de estrategias económicas y sociales (pastoreo, agricultura, caza, recolección e intercambio intra e interregional). Los autores enfatizan que su propuesta es en principio sólo aplicable a su área de estudio y no debería extenderse ni aplicarse acríticamente en otros contextos andinos. Coincidiendo con otros autores acerca de los problemas que surgen a partir del uso de categorías tipológicas para dar cuenta de complejos procesos sociales e históricos, los autores proponen que el Formativo debe ser visto como un proceso (en vez de una etapa) que respondió a necesidades particulares de las comunidades andinas. Estas comunidades implementaron diferentes procesos que implicaron cambios organizacionales internos y externos, asociados a la necesidad de generar economías de amplio espectro que pudiesen responder ante situaciones de riesgo características de las zonas áridas o semiáridas. Lejos de ser un proceso simple o unidireccional, los autores sí afirman que las evidencias sostienen que una vez iniciados, estos cambios organizacionales fueron difíciles de revertir.

SECCION 4: Ámbitos de producción y extracción: habitar y crear terrenos

22 PENSANDO AL FORMATIVO DESDE LA REGIÓN PEDEMONTANA DE LAS YUNGAS DE JUJUY. Gabriela Ortiz, Cecilia Heit Lanart, Luis Nieva, Facundo Zamora, Natalia Batallanos y Fernanda Chapur

Las reflexiones sobre el Formativo en las Yungas se presentan en el trabajo de Ortiz, Heit, Nieva, Zamora, Batallos y Chapur, un equipo destacado por su amplia y consolidada experiencia en esta zona. Equilibrando la balanza con los ámbitos puneños y quebradeños de la provincia de Jujuy que abordan otros trabajos en este libro –sectores preponderantes además a nivel de todo el NOA en lo que respecta a investigaciones arqueológicas– el trabajo de Gabriela Ortiz y equipo nos permite apreciar una situación distinta, no solo desde lo

ambiental, sino también desde la historia sociocultural de los pueblos que habitaron este sector de las llamadas "tierras bajas". Considerando modelos clásicos aplicados a regiones más elevadas, los autores van colocando cada uno de los supuestos que hacen a "el Formativo" sobre el platillo que sostiene el brazo oriental de la balanza, a fin de evaluarlos a la luz de las evidencias con que cuentan. Dichas evidencias son el resultado del trabajo continuo en numerosos sitios arqueológicos vinculados a los denominados grupos San Francisco, al igual que un pormenorizado análisis de diferentes líneas de evidencia: osteológica, cerámica, faunística, arqueobotánica, isotópica y radiocarbónica, entre otras. Todos estos *proxies* le permiten al equipo establecer propuestas fundadas en torno a procesos vinculados a la domesticación del paisaje y los patrones de asentamiento, horticultura, recolección, caza, pesca y paleodietas para la región del río San Francisco entre el 800 A.C. y el 500 D.C., permitiéndonos entender sus particularidades y potencialidades, al igual que ampliar nuestro panorama general sobre este período.

23 GENTE, TIERRA, AGUA Y CULTIVOS: LOS PRIMEROS PAISAJES AGRARIOS DEL NOROESTE ARGENTINO. M. Alejandra Korstanje, Marcos Quesada, Valeria Franco Salvi, Verónica Lema y Mariana Maloberti

Korstanje y coautores discuten aspectos vinculados a la conformación de los primeros paisajes agrarios en el NOA, respondiendo a una de las consignas del taller de realizar síntesis transversales a conocimientos, áreas, problemáticas y equipos de trabajo. Con énfasis en las relaciones recursivas entre personas, cultivos, agua y tierra, los autores analizan los espacios productivos del momento comprendido entre los 1000 A.C. a 1000 D.C., atendiendo también a la significación de la producción de alimentos en general dentro de la historia prehispánica regional. Las diversas experiencias de investigación de los respectivos autores (agroarqueología, paisajes agrarios, domesticación vegetal y otras prácticas de manejo sobre el entorno) son integradas de manera efectiva para revisar críticamente los esquemas evolutivos que han caracterizado tradicionalmente a las aproximaciones a la historia prehispánica del NOA. Los autores afirman que a diferencia de estas aproximaciones, los estudios centrados en la producción agrícola han demostrado la debilidad de los argumentos evolutivos, dado que las formas de producir y habitar los paisajes humanos están plagadas de "múltiples continuidades, quiebres, solapamientos y diversidades" que no obedecen a las expectativas de los modelos secuenciales unilineales. Más que centrarse en el análisis de marcadores tecnológicos que supuestamente caracterizan o definen etapas particulares de las trayectorias sociales, los autores sostienen que es necesario abordar los procesos regionales productivos en un marco de análisis de larga duración.

Mara Basile, Fabiana Bugliani, Marisa Lazzari, Verónica Lema,
Alejandra Korstanje, Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada
Editores

Buenos Aires, Exeter, La Plata, Tucumán, Catamarca - Agosto de 2015

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino – 35-48

FORMATIVO: EL NOMBRE Y LA COSA

María Cristina Scattolin

"…no puedo saber sobre los nombres lo que es cierto y lo que no lo es."
Sócrates

En Argentina, la palabra Formativo recorta un campo de estudios que congrega a especialistas interesados en ciertos temas del pasado prehispánico. Pero ¿cuáles? Su determinación depende de los investigadores implicados en su estudio más que del contenido intrínseco del propio concepto. O mejor dicho, la extensión del término –Formativo– no es independiente del conjunto de las personas que lo estudian. Es que resulta difícil encontrar una definición que satisfaga todas las posibles representaciones del Formativo. De allí que dar con una definición conforme a toda realidad estudiada sea una tarea interminable. Va cambiando en la medida en que cambia el personal de especialistas en su estudio. Por eso tiendo a pensar que el concepto de Formativo tiene, hoy día, un uso más social que científico.

Bajo esa palabra clave fuimos convocados por Alejandra Korstanje y Marisa Lazzari con el propósito de "dar continuidad a la discusión sobre los procesos de construcción y deconstrucción del conocimiento arqueológico sobre un periodo particular, conocido en el área andina como 'Formativo'". El encuentro buscaba reunir a los investigadores de Argentina interesados en dar cuenta de las investigaciones sobre comunidades agropastoriles sedentarias que poblaron el área andina antes de la formación de estados y la fundación de ciudades. Ya sea que los autores de los capítulos de este libro efectuemos análisis de datos, presentemos resultados o propongamos ciertos modelos, el volumen resultante será la expresión dada por nuestro colectivo, el cual es heterogéneo y necesariamente parcial. La ausencia de ciertos autores y la presencia de otros –un hecho contingente, atribuible al azar– puede afectar el retrato de Formativo que surja de estas páginas.

El planteo de la necesidad de una interpretación válida de ciertas categorías y la exigencia de consensos deriva en parte de nuestra tarea como docentes o divulgadores de la ciencia. La divulgación y la enseñanza exigen seguridades. ¿Qué es el Formativo? (Tenemos que enseñarlo.) ¿Cuánto tiempo abarca? ¿A qué se aplica? Son preguntas simples a las que los especialistas suelen dar respuestas imprecisas, variables, de compromiso, aunque las necesidades externas a la investigación exijan contestaciones firmes, y los estudiantes y el público lego no siempre distingan los conocimientos consensuados de los ciertos. Por otra parte, aún en el ámbito especializado, hay ocasiones en que se requiere el uso de conceptos, como el de Formativo, para aludir a sucesos y cosas que no pueden o no necesitan ser identificados con mayor precisión.

El campo semántico del vocablo se ha mantenido, en lo esencial, cerca del significado dado por Willey y Phillips en 1955 y 1958, quienes se basaron en postulaciones previas de Steward (1948 y 1949) y Krieger (1953):

> "(D)efinimos el Formativo del Nuevo Mundo por la presencia de agricultura o cualquier otra economía de subsistencia de eficacia comparable, y por la integración exitosa de este tipo de economía en la vida bien establecida en aldeas sedentarias. Se trata de sociedades de cierta mínima complejidad y estabilidad, cuyos tamaños poblacionales y agregaciones de grupos han sido posibles gracias a específicas economías de subsistencia… La alfarería, los tejidos, la talla en piedra y una arquitectura ceremonial especializada se asocian generalmente con estas culturas formativas de América (Willey y Phillips 1958:146)… Las culturas del estadio Formativo… en América del Sur se esparcen por la Cordillera hasta el centro de Chile y hacia el este a lo largo de los drenajes de las tierras bajas del Amazonas y Orinoco. Su lapso cronológico parece extenderse desde el segundo milenio a.C. … En los Andes del Sur el umbral formativo puede ser tan tardío como el año 1000 d.C. (p. 147)… Las culturas prehistóricas del norte y centro de Chile y noroeste de Argentina presentan los patrones formativos peruanos en forma reducida. Muchas de las plantas alimenticias básicas, las técnicas agrícolas y los animales domesticados (*Auchenia*) son los mismos que en los Andes centrales… (p. 177) La [subsiguiente] Época Clásica en las culturas nativas del Nuevo Mundo marca el comienzo de urbanismo. Es el umbral de la civilización en la medida en que la 'civilización' se define como la vida de la ciudad (p. 182)… Las tendencias regionalistas del Formativo peruano cristalizaron en civilizaciones y estilos distintivos de la etapa Clásica (p. 189)… A lo largo de las tierras altas hay una fuerte tradición de la arquitectura de piedra. El templo de Pucará es un ejemplo clásico del escenario… El famoso recinto Calasasaya, la puerta monolítica, y la gran escalera en Tiahuanaco son aún más notables ejemplos…" (p. 190)

Aparte de brindar esa noción general del concepto, Willey y Phillips opinaron sobre el nombre mismo: "We think that [the word] *Formative* is particularly apt, as it implies the 'formation' of the American village-agricultural pattern, and because this pattern is 'formational' to later and more advanced developments" (Willey y Phillips 1955:729). Desde el principio, era claro que los proponentes no aspiraban a usar el término con fines explicativos de los procesos y de la variabilidad arqueológica. Se trataba de una entre otras categorías que, en conjunto, organizaban los datos arqueológicos y permitían comparaciones generales. Por lo regular esta clase de categorías se aplicaba al examen histórico y cultural de grandes regiones, cuando no a continentes o subcontinentes. Willey y Phillips resumieron la gran cantidad de información disponible para el Formativo de las Américas en casi cuarenta páginas de su obra (1958) por lo que eran conscientes de que reunían una enorme variedad de sociedades del pasado bajo un único rótulo, que funciona como una abreviatura.

Actualmente, el rótulo Formativo se emplea toda vez que se hace necesario indicar la ubicación cronológica de los sitios y artefactos estudiados en prospecciones de superficie, en catalogación de colecciones de museos y, en especial, cuando no se les puede asociar datos radiocarbónicos. Es común en contextos educativos, obras de síntesis, compendios y publicaciones de divulgación. En su mayoría, son situaciones de aplicación aproximativa

de conceptos, en las cuales se lo emplea por razones prácticas, en la premura de la acción (Bourdieu 1997). En circunstancias diferentes, de indagación conceptual y de examen analítico de significaciones, de reflexión teórica, tales nociones las reprobaríamos por vagas, imprecisas, cómodas pero pobres, subdeterminadas o, a veces, sobredeterminadas.

A medida que la arqueología ha incorporado nuevos métodos y herramientas teóricas y la información sobre sitios, artefactos, fechas, contextos y secuencias se ha incrementado, la extensión de la definición de Formativo se ha movido, en el tiempo y el espacio, atribuyendo distintos contenidos, al ingresar algunos o quitar otros. En Argentina, de manera esporádica, se ha tomado una vía por la que hemos sido instados a buscar ciertos acuerdos sobre el concepto y alcanzar un punto de vista común que pueda ser transmitido a las generaciones como conocimiento aceptado. Viene a mi mente la mesa de discusión de julio de 2001 sobre "Arcaico y Formativo en las periodizaciones del Noroeste argentino" en el marco del VI Encuentro de Arqueología del Instituto de Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, luego de la cual los organizadores señalaron las necesidades afrontadas y los acuerdos alcanzados (Yacobaccio y Muscio 2001:248 y 249).

De las distintas concepciones y aplicaciones del Formativo se han ocupado unas cuantas tesis doctorales que han tratado los asentamientos del Noroeste argentino entre el año 1000 a.C. y el 800 d.C. y que fueran presentadas en nuestras universidades en los últimos veinticinco años. Se puede recurrir a ellas y a artículos historiográficos y de reflexión crítica ya publicados (Olivera 2001, Korstanje 2005, Delfino *et al.* 2009, Franco Salvi *et al.* 2009, Muscio 2009, Salazar 2014) para conocer reseñas históricas, críticas y puestas al día de lo que Warren DeBoer llamó "the 'F' word" (2002:122). Un volumen sobre el Formativo de Sudamérica ofreció visiones de conjunto de más amplio alcance geográfico (Lederberger-Crespo 1999).

En vez de interesarnos por adscribir un conjunto de restos o de yacimientos al período Formativo o incluso definir con precisión y fijar los límites del Formativo como tal, en la actualidad nos preocupa más conocer asuntos tales como la trayectoria de cambios en la apropiación de recursos, la incorporación y transferencia de innovaciones técnicas, la estructura y organización de asentamientos, la construcción del paisaje, los procesos de intensificación agraria o de otras estrategias de subsistencia, la producción y reproducción de estructuras sociales, etc. Pero hubo momentos en que la definición correcta del Formativo era más relevante que en la actualidad. Dicha preocupación fue motivo de discusiones en ciertos momentos de la segunda mitad del siglo XX cuando la cronología ocupó un lugar importante en las investigaciones del Noroeste argentino. En ese lapso fue necesario reducir la ambigüedad de los exiguos esquemas cronológicos provistos durante la primera mitad. Recordemos que fue Max Uhle, en 1910, quien formuló la primera cronología para la etapa prehispánica en el Noroeste de Argentina (1912). El siguiente hito significativo fue el esquema de Wendell C. Bennett (Bennett *et al.* 1948), y en seguida vinieron las proposiciones de Alberto Rex González, la primera, de 1955 y las subsiguientes, que empezaron a contar con dataciones radiocarbónicas.

Las periodizaciones del Noroeste argentino oscilaron entre dos modalidades, que podemos equiparar a "un reloj" y a "un retrato". Miramos el reloj en la pared para saber la hora, para darnos cuenta del momento del día en que estamos, si todavía es temprano o si ya es tarde, si llegamos en hora, etc. En cambio miramos el cuadro en la pared, para saber a quién retrata o qué representa, para reconocer la imagen, para identificar el paisaje, para determi-

nar qué es. La distinción se basa en la discriminación entre "unidades de tiempo" (también llamadas "unidades de contemporaneidad") y "unidades de semejanza cultural" según la propuesta que hizo Rowe en 1962. "Si hay motivos para considerar a dos monumentos arqueológicos o a dos unidades cualesquiera como contemporáneos, debemos asignarlos al mismo **período**" (Rowe 1962:44, trad. tomada de Orquera 1974:175). "Se asignan a la misma **etapa** las unidades culturales que comparten uno o más rasgos que han sido seleccionados como diagnósticos para esa etapa, y que carecen de otros rasgos que han sido considerados como diagnósticos con referencia a otras etapas" (Rowe 1962:40, trad. tomada de Orquera 1974:175). La primera clase se ejemplifica con la cronología de Rowe (1962) que divide la historia prehispánica de los Andes Centrales en Períodos Inicial, Intermedio Temprano, Intermedio Tardío y Horizontes Chavín, Tiwanaco, Inka, fundándose en la secuencia cerámica del valle de Ica, que suministró el modelo cronométrico de base[1]. A la segunda clase corresponde, por ejemplo, el esquema de Lumbreras (1969) que distingue las etapas por sus modos de producción: Recolectores: Lítico (15000-3000 a.C.), Arcaico (4000- 1200 a.C.); Agricultores Aldeanos: Formativo (1200 a.C.-100 d.C.), Desarrollos Regionales (100-800 d.C.); Industriales Urbanos: Viejo Imperio (800-1200 d.C.), Estados Regionales (1200-1470 d.C.), Imperio Tawantinsuyo (1430-1532 d.C.); pero puede haber otros esquemas que distingan esas etapas por sus tecnologías, por sus sistemas de subsistencia, por sus modos de vida, etc. según el marco teórico que se adopte. Las etapas –en el sentido de Rowe– constituyen unos conjuntos de rasgos culturales que se suceden en el tiempo en una región dada. Para DeBoer "the Formative is a **rather vague evolutionary stage** that can encompass early shell rings in Colombia and monumental architecture in Peru" (DeBoer 2002:122, énfasis mío). Desde ese punto de vista le comprenderían las generalidades de la ley: tendría las mismas limitaciones que otros tipos evolutivos, advertidas ya por varios analistas (Feinman y Neitzel 1984, Nielsen 1995).

En la década de 1970 hubo en Argentina una polémica sobre periodizaciones que ilustra que aún los cuadros cronológicos suscitan análisis agudo. Había quienes abogaban a favor de que las categorías cronológicas –por períodos– y las culturales –por etapas– se mantuvieran independientes unas de las otras y creían que ambas eran necesarias (Orquera 1974:177). Es decir, periodización cronológica y periodización cultural constituirían dos ordenamientos conceptualmente distintos e indispensables. Para Orquera[2] (apoyándose en Krieger 1953) la palabra "período" debería reservarse para lapsos temporales definidos, como en el "Período Temprano… del año 200 a.C. al 700 d.C."[3] (González 1963), mientras que la palabra "etapa" o "estadio" debería referir a determinados contenidos a lo largo de una secuencia evolu-

[1] Señalemos que en idioma inglés, la cronometría alude a la medición precisa del tiempo ["The science or technique of measuring time with extreme accuracy" (Collins)]; la cronología refiere a la determinación de la secuencia correcta de los eventos del pasado ["The determination of the proper sequence of past events" (Collins)]; y la periodización establece una segmentación de la historia en bloques designados con nombres para hacer el estudio, la comparación y el análisis más fáciles de transmitir ["The act or process of dividing history into periods" (Collins). "Periodization is the field of classifying universal history into named blocks to make the study and analysis of history easier to facilitate. The result is descriptive abstractions that provide convenient terms for periods of time with relatively stable characteristics. However, determining the precise beginning and ending to any 'period' is often arbitrary" (Wikipedia)].

[2] Cuyo artículo es recomendable releer.

[3] Desde el primer hallazgo de cerámica hasta la primera aparición de cerámica con influencias de Tiwanaku.

tiva o histórica, por ejemplo, Etapa de Agricultura Incipiente, Etapa o Estadio Formativo, o como en "Formativo Regional Surandino" (González y Pérez 1966). Esta práctica podría ser útil pero el consejo no se ha seguido de manera consecuente. Según Orquera, incluso "Willey y Phillips recogieron esta distinción pero no hicieron gran uso de ella… se inclinaron decididamente en favor de las etapas", y en los esquemas cronológicos del Noroeste argentino ocurrió algo similar (Orquera 1974:175 y ss.).

Desde el punto de vista opuesto se opinaba que la separación entre ambas clases no era adecuada ya que, en realidad, las segundas serían una elaboración más sofisticada que la primeras (Núñez Regueiro 1975) por adición de nuevos contenidos y mayor precisión teórica, es decir un mejor conocimiento. Si la última es una versión mejorada, volver a la primera sería un anacronismo. En consecuencia, Núñez Regueiro –en contestación a Orquera– no propugnaba el empleo de dos sistemas –de un lado la división en períodos cronometrados y de otro la periodización en estadios–, por el contrario, reprobaba el uso de una periodización cronológica por "abstracta", neutra y carente de teoría y contenidos (Núñez Regueiro 1975). Entonces, inspirado en Lumbreras, empleó la palabra "período" como categoría representativa de niveles de desarrollo (op. cit. 1974:173-174). El rasgo de neutralidad era considerado negativo por Núñez Regueiro. Por el contrario, Rowe y sus seguidores resaltaron las ventajas de disponer de una periodización neutra, aliviada de supuestos históricos y antropológicos: "los períodos ofrecen una base más útil que las etapas para la interpretación cultural, siempre y cuando se definan con referencia a una sola secuencia local que se conozca con precisión" (Rowe 1962:40).

El esquema de González de 1963 usa "unidades de tiempo"; es por lo tanto una periodización cronológica (Figura 1). Parece derivar de un modelo cronométrico que se inició con una seriación de tumbas y luego fue perfeccionado con fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos y estratigrafías del valle de Hualfín y alrededores[4] (González y Cowgill 1975). No obstante, a juzgar por la práctica seguida a posteriori, la querella parece haber decantado a favor de las etapas. Así, la propuesta de González y Pérez (1966) encaja en lo que sería una segmentación en estadios; usa "unidades de semejanza cultural". La mayor parte de los esquemas de periodización en el Noroeste argentino –sobre todo los más usados y citados– caen dentro de este segundo tipo. Se emplearon "unidades de semejanza cultural" –aunque sean llamados períodos– en el esquema de Núñez Regueiro de 1974 (Figura 2), quien aspiraba a fundarlos en modos y relaciones de producción; también en los de Raffino, basados en niveles de organización social –bandas, tribus, jefaturas, etc.– (1989) o en categorías históricas –floreciente, clásico, postclásico, etc.– (Raffino *et al.* 1982:33, Raffino 1994:46, Berberián y Raffino 1997)[5]. Inclusive unidades diferentes del Formativo, como el "Período de Integración Regional", creado en 1990 (Pérez Gollán y Heredia 1990, Núñez Regueiro y Tartusi 1990, 2002, Pérez Gollán 1991), corresponde en realidad a la definición de etapa dada por Rowe-Krieger-Willey&Phillips.

---

[4] En la actualidad los modelos cronométricos pueden componerse usando datos radiocarbónicos mediante estadística bayesiana. Con anterioridad, los cuadros cronométricos establecían la posición de tipos de artefactos, rasgos y contextos en un ordenamiento temporal sin ayuda de la informática e inclusive sin dataciones radiométricas (según se ilustra en la Nota 3).

[5] El trabajo de Nielsen (1997) en la Quebrada de Humahuaca ofrece un modelo cronométrico de cambios en atributos de cultura material, pero no es una periodización según la acepción dada en la Nota 1.

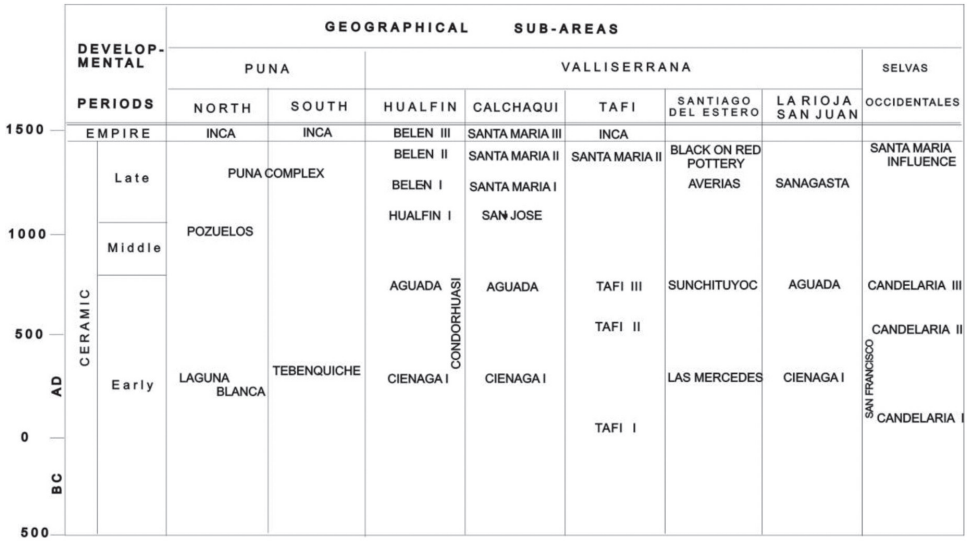


Figura 1. Cuadro cronológico según González 1963. La mayoría de los rótulos son topónimos del Noroeste argentino, áreas geográficas e indicaciones secuenciales. Hay sólo una etiqueta de significado social: "*Empire*".

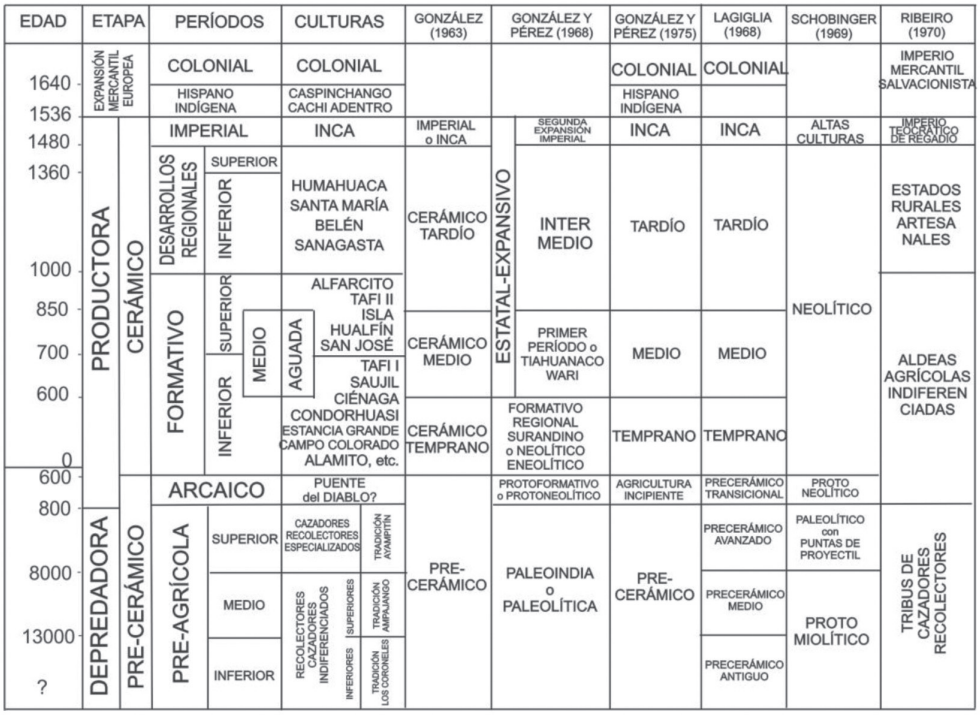


Figura 2. Periodización de Núñez Regueiro 1974. Abundan los rótulos de significación socioeconómica e histórica. Nótese la unidad singular destinada al Formativo Medio-Aguada.

Por otra parte, Olivera ha aplicado "el término Formativo no en referencia a un Período o Estadio cultural, sino para definir un tipo de sociedad que maneja un conjunto de estrategias adaptativas determinadas" (Olivera 2001:85). El autor le dio un destino que hasta el momento nadie le había otorgado; lo empleó para designar el modo en que una población cambia su sistema de actividades económicas en respuesta a tensiones ambientales naturales o sociales con el fin de satisfacer sus necesidades de sustento (Olivera 1992). Utilizó el rótulo en referencia a un sistema adaptativo particular[6], no a un momento histórico determinado ni a una región específica; una estrategia es "formativa" por el mecanismo de obtención de recursos. Sostuvo que "el concepto de Formativo, despojado de su contenido temporal, resulta aplicable a infinidad de sistemas culturales antiguos y contemporáneos" (Olivera 1988:83). Parece haber aquí entonces una tercera unidad analítica introducida en el Noroeste argentino –pero de aspiración universal– a la que se adiciona la etiqueta Formativo. Este uso, sin embargo, no se ha extendido mucho más que entre los investigadores de la región puneña de Antofagasta de la Sierra en Catamarca, donde inicialmente fue aplicado.

En síntesis, con independencia de su contenido empírico y sustancial –que obviamente es variable– el término Formativo ha sido usado para denominar unidades de tiempo y unidades de semejanza cultural –incluidas unas estrategias adaptativas semejantes sin anclaje temporal–. De manera que cuando se adhiere el adjetivo "formativo" a un asentamiento, un objeto cerámico o lítico, un nivel estratigráfico, un sitio o cualquier otro elemento no podemos asegurar a qué clase de unidad se refiere si no se aclara desde qué ángulo estamos adjetivando el elemento. ¿Desde la perspectiva temporal, la cultural, la funcional? ¿Describe su ubicación en el tiempo, su nivel de desarrollo o su lugar/función en una determinada estrategia económica? Por ello, si quisiéramos reducir la ambigüedad en su empleo podría ser útil aplicar cierta vigilancia metodológica mediante la explicitación del sentido cada vez que aplicamos el rótulo. Así lo hace Yacobaccio cuando nos dice explícitamente: "El término Formativo en realidad ha sido tomado muchas veces como un atajo para resumir en una sola palabra la serie de elementos presentes en las sociedades surandinas entre los 3000 y 1000 años AP (por ejemplo, Olivera y Grant 2009:100-101). La connotación dada al mismo en este trabajo es totalmente cronológica y no resume rasgos culturales" (Yacobaccio 2012:32). Es decir, el autor, en este caso, se inclina por la orientación de Rowe que otorga primacía al contenido temporal del concepto.

En la etapa inicial de mi investigación en el valle de Santa María traté de explicitar mi postura cuando, de manera provisional, me tomé

> "la libertad de hablar de 'el primer milenio A.D.' de una manera laxa en razón de la escasez de fechados para el lapso anterior a las ocupaciones santamarianas. De la misma manera, se considera al Período Formativo también en un sentido amplio, que abarca las ocupaciones o componentes arqueológicos agroalfareros anteriores al Período de Desarrollos Regionales o Período Tardío, cuyo comienzo se postula hacia

[6] En época más reciente, quitando el adjetivo "adaptativo" habló de "un tipo de sistema de asentamiento y subsistencia que implica estrategias puntuales de organización socio-económica basadas en prácticas productoras y básicamente sedentarias" y dio una lista de los principales rasgos característicos del Formativo (Olivera y Grant 2008:102).

> 'fines del siglo IX' (Tarragó *et al.* 1997:224)[7]. En el otro extremo, hasta el momento, el fechado más antiguo para un contexto presumiblemente Formativo en el valle Yocavil sería de unos 500 años a.C." (Scattolin 2003:66)

De esa manera buscaba restringirme al contenido temporal del término y despojarlo de sus rasgos culturales y evolutivos. Usar la frase "primer milenio d.C." permite evocar el período Formativo sin tener que afiliarse a expresiones cargadas de supuestos teóricos implícitos o explícitos. Sospecho que quienes usan dicha fórmula buscan también apartarse de esquemas teóricos ajenos.

Algunos de los supuestos que pesaban en mi investigación son los que sostienen la existencia de "el fenómeno Aguada"[8] como la manifestación de una singularidad cultural (ver Figura 2), un motor de cambios en las esferas social, religiosa, artística y técnica en algunos valles de Catamarca, en la segunda parte del primer milenio d.C., que no se aprecia en el resto de las regiones vecinas, las cuales, por decirlo adrede de manera errada, "siguieron siendo formativas" –y esta expresión ya contiene una valoración evolutiva– en el sentido de que no alcanzaron los niveles de desarrollo de ese foco contemporáneo para el que se acuñó el nombre de Período de Integración Regional (Figura 3). En cambio, la expresión Período Medio, en el sentido dado por González en 1963, es más neutra.

En cualquier caso, todavía no se ha investigado si durante esa segunda parte del primer milenio d.C. las diferencias entre los conjuntos materiales del valle del Cajón, valle de Santa María, valle de Tafí y La Candelaria son más acusadas que las diferencias que separan a los conjuntos materiales de Hualfín, Ambato, valle de Catamarca, Abaucán, etc., como para justificar que hubo una única "cultura Aguada" o un "fenómeno Aguada" –con tres variantes regionales[9]– y que, por otro lado, hubo, durante esos siglos, las culturas restantes: una cultura Tafí, diferente de una cultura Candelaria, cada una diferente de otras tantas entidades culturales contemporáneas en Yocavil, en el Cajón, en Aconquija, en Calchaquí, etc. Además, se ignora cuál es la medida de integridad/fragmentación cultural que se toma en cuenta para determinar, por ejemplo, que las poblaciones de Tafí/Candelaria/ Yocavil/Cajón/Aconquija/ Calchaquí/ etc. se consideren desligadas, y que las de Hualfín/Ambato/valle de Catamarca califiquen como una integración jerárquica, una organización más compleja[10]. Creo que esta

---

[7] Actualmente el período de Desarrollos Regionales en mi área de estudio se hace comenzar un siglo después, según la propuesta de Greco para el valle de Santa María (2012), fecha con la cual acuerdo.

[8] Se pone de manifiesto en una zona que comprende el centro y sur de Catamarca, La Rioja y el norte de San Juan, donde aparece cerámica de estilo Aguada en cantidades apreciables.

[9] "… que pasaron a integrarse en una misma esfera supra-regional"… "cuya interrelación social, política, económica y cultural es un tema aún por dilucidar" (Laguens 2004:139).

[10] Todavía prevalece la idea de que hacia mediados del primer milenio D.C. en el Noroeste argentino hubo un faro de desarrollo pionero, único y progresivo en el valle de Ambato desde el cual se produjo una integración jerárquica regional y la expansión del estilo artístico Aguada en múltiples direcciones (González 1998 y 1999, Núñez Regueiro *et al.* 2002, Pérez Gollán 2000) el cual amerita un nombre diferente de Formativo. Cito textual: "… en Ambato existieron sociedades que se ajustarían a la clasificación de Formativas, y un proceso de cambio que lleva a situaciones de mayor complejidad, desigualdad y heterogeneidad, caracterizadas bajo la denominación de Período de Integración Regional… aparecen nuevos tipos de sitios, con rasgos arquitectónicos de gran envergadura, con estructuras constructivas ceremoniales y grandes espacios públicos, como es el caso de la Iglesia de los Indios y las Piedras Blancas, en La Rinconada, o el Bordo de

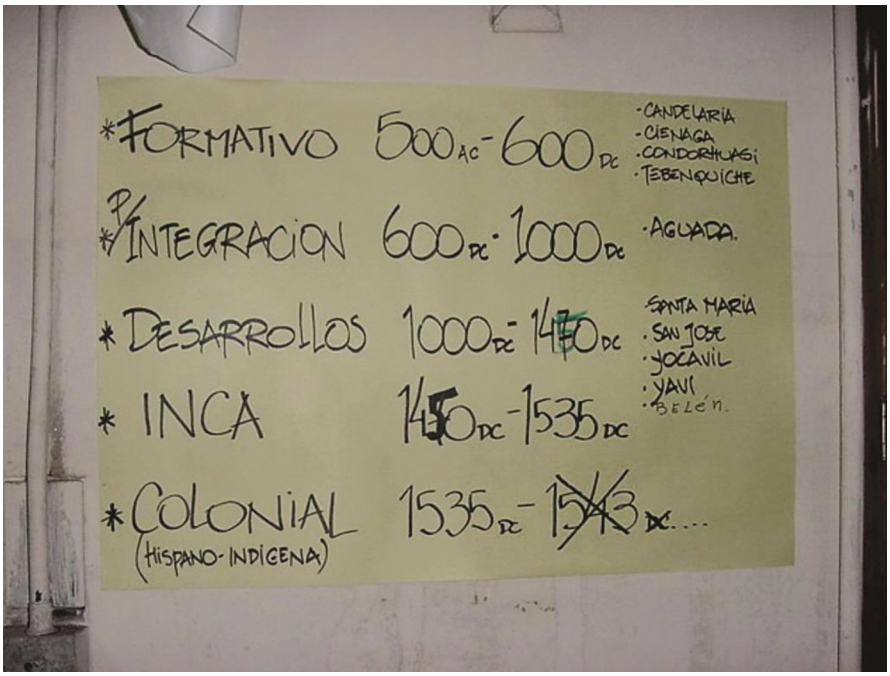


Figura 3. La periodización llevada a la práctica. Cartel autógrafo de José A. Pérez Gollán redactado para usar en la catalogación de las colecciones arqueológicas depositadas en el Museo Etnográfico. A esos fines prácticos, por exigencia de la acción, Candelaria y Tebenquiche no traspasan el 600 d.C. y sólo Aguada ocupa el lapso entre el 600 y el 1000 d.C. , lo cual es inconsistente con la evidencia empírica.

visión todavía carga con la antigua delimitación de culturas como entidades reales del pasado construida en el siglo XX. Usé entonces la expresión "primer milenio d.C." para evitar predicar de las poblaciones que estudiaba conceptos y nominaciones que no están apropiadamente validados y que además acarrean valoraciones sociales –integración, fragmentación, igualitario, jerárquico, complejo, evolucionado, simple, etc.– (Scattolin 2006).

Hay que señalar, por otra parte, que diversos investigadores del Noroeste argentino han declarado su insatisfacción con el concepto de Formativo, renunciando por completo a su uso al proponer formas singulares de descripción –como en el caso de Delfino Espiro y Díaz que aplican la noción de "Modo de vida comunitario agrocéntrico" (2009) a unidades arqueológicas de Laguna Blanca, Catamarca–; o redimiendo el empleo de "unidades de tiempo" estrictas, como en el caso de Muscio que recupera la categoría de "Período Agroalfarero Temprano" (2004, 2009), poco invocada en los últimos tiempos por los investigadores.

No estamos solos en las discusiones por el Formativo: "el inicio del Horizonte Temprano [nuestro Formativo], es el lapso más conflictivo de la secuencia maestra" en los Andes

---

los Indios en Los Talas" (Pérez Gollán *et al.*1996-7:119). Previamente habrían tenido lugar "sociedades con poca diferenciación entre las personas, que comparten una serie de elementos en común con otros grupos de zonas aledañas (usualmente englobados bajo la denominación de sociedades del Período Formativo)" (Laguens 2004:148).

Centrales según un estudio historiográfico de la génesis de los esquemas de periodización actualmente utilizados en Perú (Joffré 2005).

Las que he referido no son certezas sobre un nombre sino tan sólo algunas de las molestias que afectan al Formativo en el Noroeste argentino, otras seguramente saldrán a la luz a lo largo del presente volumen, pero no impiden aprovecharlo, en su uso social, como categoría en torno a la cual congregarnos otra vez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bennett, Wendell C., E. F. Bleiler y Frank H. Sommer
1948 Northwest Argentine Archaeology. Yale University Publications in Anthropology, 38. New Haven.

Bourdieu, Pierre
1997 *Razones prácticas*. Traducido por Thomas Kauf. Editorial Anagrama, Barcelona.

DeBoer, Warren
2002 Review of *Formativo Sudamericano, una revaluación: Ponencias presentadas en el Simposio Internacional de Arqueología Sudamericana, Cuenca-Ecuador, 13-17 de enero de 1992: Homenaje a Alberto Rex González y Betty J. Meggers* by Paulina Lederberger-Crespo. *Latin American Antiquity* 13(1)121-122.

Delfino, Daniel D., Valeria E. Espiro y R. Alejandro Díaz
2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20:111-134.

Feinman, Gary y Jill Neitzel
1984 Too many types: An Overview of Sedentary Prestate Societies in the Americas. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, editado por M. B. Schiffer, 7:39-102. Academic Press. New York.

Franco Salvi, Valeria L., Julián Salazar y Eduardo E. Berberián
2009 Reflexión teórica acerca del Formativo y sus implicancias para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio D.C. *Andes* 20:197-217.

González, Alberto Rex
1955 Contextos culturales y cronología relativa en el área central del NO Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* 11:7-32. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo. Mendoza.
1963 Cultural Development in Northwest Argentina. En *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review.* Editado por Betty Meggers y Clifford Evans. Smithsonian Miscellaneous Collections 146 (1):103-117. Washington.
1998 *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
1999 La cultura de la Aguada y el período Formativo. Evolución e historia en el proceso

cultural del Noroeste argentino. En *Formativo sudamericano, una revaluación*, editado por P. Lederberger-Crespo, pp. 285-301. Editorial Abya Yala, Quito.

González, Alberto Rex y George L. Cowgill
1975 Cronología arqueológica del Valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina, Rosario, 23 al 28 de mayo de 1970,* 383-404. Buenos Aires.

González, Alberto Rex y José A. Pérez
1966 El área andina meridional. En *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas (España 1964)*, 1:241-265. Sevilla.

Greco Maniero, M. Catriel
2012 Integración de datos arqueológicos, radiocarbónicos y geofísicos para la construcción de una cronología de Yocavil y alrededores. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Joffré, Gabriel Ramón
2005 Periodificación en arqueología peruana: genealogía y aporía. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 34 (1):5-33. Lima.

Korstanje, M. Alejandra
2005 La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos, en sociedades agropastoriles formativas (Pcia. de Catamarca, Rep. Argentina). Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Krieger, Alex D.
1953 Basic stages of cultural evolution. En *An Appraisal of Anthropology Today*, editado por Sol Tax, Loren C. Eiseley, Irving Rouse, Carl. F. Voegelin 227-252. University of Chicago Press. Chicago.

Laguens, Andrés
2004 Arqueología de la diferenciación social en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina (S. II - VI d. C.): el actualismo como metodología de análisis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29:137-161. Buenos Aires.

Lederberger-Crespo, Paulina (ed.)
1999 *Formativo sudamericano, una revaluación.* Ediciones Abya Yala. Quito.

Lumbreras, Luis
1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Moncloa-Campodónico, Lima.

Muscio, Hernán J.
2004 Dinámica poblacional y evolución durante el Período Agroalfarero Temprano en el

Valle de San Antonio de los Cobres, Puna de Salta, Argentina. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2009 El Formativo es una unidad de análisis inadecuada en la arqueología evolutiva del NOA. En *Arqueología y Evolución. Teoría Metodología y Casos de Estudio*, editado por G. López y M. Cardillo, pp. 197-213. Editorial SB, Buenos Aires.

Nielsen, Axel E.

1995 El pensamiento tipológico como obstáculo para la arqueología de los procesos de evolución en sociedades sin estado. *Comechingonia* 8:21-46. Córdoba.

1997 Tendencias temporales en la cultura material de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) *ca.* 700-1650 D.C. *Avances en Arqueología* 3:147-189. Instituto Interdisciplinario Tilcara. Universidad de Buenos Aires. Tilcara.

Núñez Regueiro, Víctor A.

1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190. Universidad Nacional de Córdoba.

1975 El problema de la periodificación en arqueología. *Actualidad antropológica (Suplemento de Etnia)* 1-20. Olavarría.

Núñez Regueiro, Víctor A. y Marta Tartusi

1990 Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos* 12:125-160. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

2002 La Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños* 24:9-19. San Pedro de Atacama.

Olivera, Daniel E.

1988 La Opción Productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 83-101. Instituto de Ciencias Antropológicas. Universidad de Buenos Aires.

1992 Tecnología y Estrategias de Adaptación en el Formativo (Agro-alfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Catamarca, RA). Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de La Plata.

2001 Sociedades agro-pastoriles tempranas: el Formativo Inferior del Noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberián y A. Nielsen, pp. 83-126. Ed. Brujas, Córdoba.

Olivera, Daniel E. y Jennifer L. Grant

2008 Economía y ambiente durante el Holoceno Tardío (*CA.* 4500-400) de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). En *Temas de Arqueología: Estudios Tafonómicos y Zooarqueológicos (I)*, A. Acosta, D. Loponte y L. Mucciolo (compiladores). Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires.

Orquera, Luis A.
1974 Acerca de los períodos y otras unidades conceptuales de periodificación. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8:173-197. Buenos Aires.

Pérez Gollán, José A.
1991 La Cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones de Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades* 46:157-173. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
2000 El jaguar en llamas (La religión en el antiguo Noroeste argentino). En: *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, M. Tarragó (dir.) Tomo I:229-256. Ed. Sudamericana. Buenos Aires.

Pérez Gollán, José A. y Osvaldo Heredia
1990 Hacia un replanteo de la Cultura de La Aguada. *Cuadernos* 12:161-178. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

Pérez Gollán, José A., Mirta I. Bonnín, Andrés G. Laguens, Susana Assandri, Leonor Federici, Mónica Gudemos, José Hierling y Sofía Juez
1996-1997 Proyecto arqueológico Ambato: un estado de la cuestión. *Shincal* 6:115-123 Escuela de Arqueología. Catamarca.

Raffino, Rodolfo A.
1994 El NOA y la integración Inka (1471-1535 d. C.). *Rumitacana* 1:43-48. Dirección de Antropología Catamarca.
1989 *Poblaciones Indígenas en Argentina*. TEA, Buenos Aires.

Raffino, Rodolfo A., Gabriela Raviña, Lidia Baldini y Anahí Iácona
1982 La expansión septentrional de la Cultura La Aguada en el N.O. argentino. *Cuadernos* 9:179-82. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

Rowe, John H.
1962 Stages and Periods in Archaeological Interpretation. *Southwestern Journal of Anthropology* 18 (1):40-54.

Salazar, Julián
2014 Análisis historiográfico de la construcción de las sociedades del primer milenio del área Valliserrana como objeto de estudio arqueológico. *Arqueología* 20 (1):73-94.

Scattolin, M. Cristina
2003 Los ancestros de Calchaquí: una visión de la colección Zavaleta. *Cuadernos,* 20:51-79. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy.
2006 Categoremas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehispánico. *Chungará* 38(2):185-196. Tarapacá.

Steward, Julian H.
1948 A Functional-Developmental Classification of American High Cultures. En *A*

Reappraisal of Peruvian Archaeology, editado por Wendell C. Bennett, pp. 103-4. Society for American Archaeology Memoir No. 4. Menasha, Wisconsin.

1949 Cultural Causality and Law: A Trial of the Development of Early Civilizations. *American Anthropologist* 51:1-25.

Uhle, Max

1912 Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas, Buenos Aires, 17 al 23 de mayo de 1910*, pp. 509-540. Buenos Aires.

Willey, Gordon R. and Philip Phillips

1955 "Method and Theory in American Archaeology. II: Historical developmental interpretation," *American Anthropologist* 57:723-819.

1958 *Method and Theory in American Archaeology*. The University of Chicago Press. Chicago.

Yacobaccio, Hugo D.

2012 Intercambio y caravanas de llamas en el sur andino (3000-1000 AP). *Comechingonia* 16:31-51. Córdoba.

Yacobaccio, Hugo D. y Hernan J. Muscio

2001 Arcaico y Formativo en las Periodizaciones del NOA. *Arqueología* 11:247-249. Buenos Aires.

SECCIÓN 1

Cambios y continuidades en la arqueología del Período Formativo

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Cambios y continuidades en la arqueología del Período Formativo – 51-79

CONTRIBUCIONES AL ESTUDIO DE SOCIEDADES ALDEANAS EN EL NOROESTE ARGENTINO: EL CASO DE LA QUEBRADA DE LOS CORRALES (EL INFIERNILLO, TUCUMÁN)

Nurit Oliszewski[1,2], Jorge G. Martínez[1,2,3], Eugenia Di Lullo[1,3], C. Matías Gramajo Bühler[2,3,4], Guillermo A. Arreguez[2], Hernán Cruz[2], Eduardo P. Mauri[2,3], Cecilia Mercuri[5], Ana C. Muntaner[2,3] y M. Gabriela Srur[6]

ABSTRACT

The study area of Quebrada de los Corrales (El Infiernillo Tucumán) where archaeological research began in 2005, is located at 3000 masl in the northern section of the Aconquija mountain system. The main objective of this chapter is to present the current state of research so as to contribute to the general knowledge of pre-Hispanic societies of northwestern Argentina (NWA). The study area offers a long record of human occupation from ca. 7400 to 650 years B.P., rendering ideal as a case study to address the issue of the late Holocene transition. This was a time when groups moved from hunting-gathering lifestyles to producing their own food, finally establishing themselves in villages as their economy turned to farming-herding practices towards the beginnings of the Christian era.

***Keywords**: Middle Holocene – Late Holocene – Hunter-gatherers – Agropastoral village*

[1] Instituto Superior de Estudios Sociales-CONICET.
[2] Facultad de Ciencias Naturales e IML-UNT.
[3] Instituto de Arqueología y Museo- UNT.
[4] Fundación Miguel Lillo.
[5] CEPIHA-CONICET, UNSa.
[6] Museo de Antropología-UNC/CONICET.

INTRODUCCIÓN

Las investigaciones arqueológicas en el Noroeste de Argentina (NOA) tradicionalmente centraron su atención en ciertas localidades o áreas, consibiéndolas como polos del desarrollo prehispánico, mientras que otros sectores fueron percibidos como subsidiarios y/o marginales. En este sentido, en el sector norte del sistema del Aconquija, es representativo el caso de Tafí del Valle que ha concentrado por décadas la atención de los investigadores y como consecuencia de ello cuenta con un cúmulo grande de información, en desmedro de áreas aledañas –como la de El Infiernillo– lo cual generó una visión parcial del pasado prehispánico de esta área. La información producida en los últimos años nos lleva a plantear que El Infiernillo y más precisamente la Quebrada de Los Corrales (QDLC) estuvo lejos de tener un carácter marginal/subsidiario durante el 1º milenio D.C.

QDLC está situada sobre el abra de El Infiernillo (Tucumán), en el sector norte del sistema montañoso del Aconquija, por encima de los 3000 msnm (Figura 1). El área de estudio tiene una superficie total aproximada de 28 km² y comprende a la cuenca inferior, media y superior del río de Los Corrales (que corre por la quebrada homónima). Es llamativo que la única mención en trabajos previos para esta zona, planteara que la misma no habría sido apta para actividades agrícolas, aunque sí para asentamientos con actividad pastoril intensa (Berberián y Giani 2001), siendo que el área es sumamente rica y diversa desde el punto de vista arqueológico. Por lo mencionado, desde 2005 venimos desarrollando investigaciones arqueológicas sistemáticas en la quebrada, las cuales tuvieron como interés principal profundizar en el conocimiento de las ocupaciones humanas prehispánicas en esta microrregión inexplorada.

Nuestras investigaciones permitieron identificar evidencias arqueológicas correspondientes tanto al Holoceno medio como al tardío que abarcan un lapso temporal que se extiende desde *ca*. 7400 hasta 650 años A.P., aunque el mayor *corpus* de evidencias materiales corresponde al intervalo 1750-1550 años A.P. relacionado con la ocupación de unidades habitacionales que conforman un núcleo aldeano de estructuras subcirculares compuestas. Muy próximo a este sector residencial se registraron numerosas estructuras productivas agrícolas (andenes) y pastoriles (corrales) que cubren un área aproximada de 500 hectáreas. La hipótesis que sostenemos –sobre la cual volveremos más adelante– es que los espacios de producción agro-pastoril estuvieron activos en relación directa y sincrónica con las ocupaciones del lapso 1750-1550 años A.P.

La larga secuencia ocupacional registrada en QDLC que abarca al menos 6700 años, convierte a la microrregión en un buen punto de partida para abordar y reflexionar sobre procesos de larga duración en este sector montañoso del oeste de Tucumán. A partir de la presentación de una síntesis de las investigaciones realizadas en el área de estudio, el objetivo de este trabajo es contribuir al conocimiento sobre las sociedades que habitaron un sector del área de valles y quebradas de NOA en un intento por comprender: a) la transición ocurrida hacia fines del Holoceno medio entre grupos con una economía cazadora-recolectora y grupos productores de alimentos y b) el establecimiento pleno de sociedades aldeanas agro-pastoriles alrededor del inicio de la era cristiana.

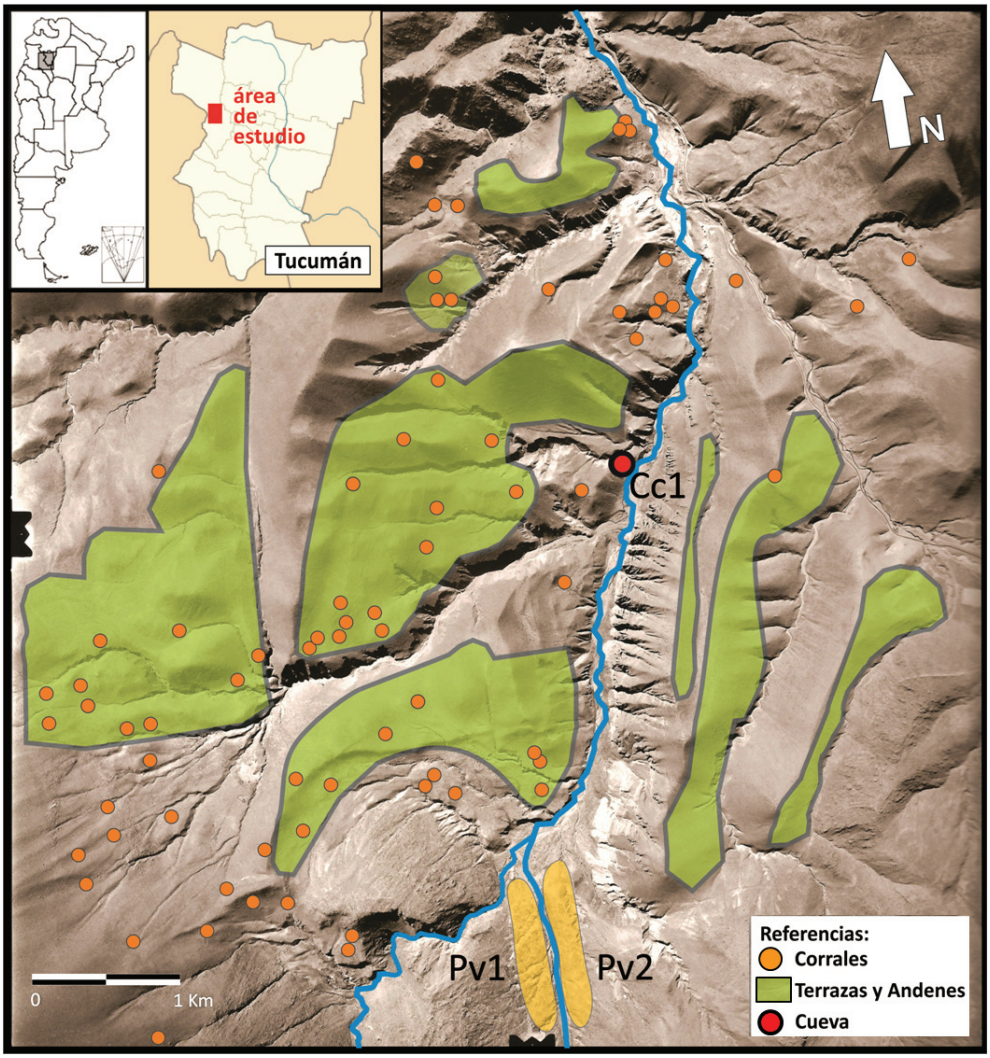


Figura 1. Ubicación geográfica del área de estudio y mapa arqueológico de la Quebrada de Los Corrales. PV1 y PV2: núcleo aldeano (sobre fotografía aérea escala 1:20.000).

LA SECUENCIA OCUPACIONAL DE LA QUEBRADA DE LOS CORRALES

En QDLC fueron registrados numerosos sitios arqueológicos de distintas cronologías y funcionalidades, tanto a cielo abierto como bajo reparo (Figura 1). En la cuenca inferior se ubican Cueva de Los Corrales 1 y 2, en la cuenca media/superior se registran extensas áreas con estructuras agrícolas y pastoriles y finalmente, en ambas márgenes del curso superior, en la localidad arqueológica de Puesto Viejo (PV), se concentran 85 unidades residenciales conformando un gran núcleo aldeano (Oliszewski *et al.* 2008; Caria *et al.* 2010; Di Lullo 2010; Oliszewski 2011). Hacia el sur de PV fue detectado recientemente el sitio denominado Taller Puesto Viejo 1 (TPV1) que tiene la particularidad de contar con una larga persistencia

ocupacional abarcando desde *ca*. 7400 hasta 1750 años A.P. (Martínez *et al.* 2011; 2013). Las dataciones obtenidas hasta el momento se detallan en la Tabla 1[1].

Tabla 1. Dataciones radiocarbónicas de la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán)

Lab./ Cód.	Procedencia	Muestra	Años A.P.	Años calibrados 1 sigma 68,3 % (D.C.)	$\Delta^{13}C$ (‰)	Referencia bibliográfica
UGA 01977	QdLC / CC1, capa 1 (2º extracción), microsector B2D	Poáceas (camada de paja)	630 ± 140	1.252-1440	-24,1	Oliszewski *et al.* (2008)
UGA 04250	QdLC / CC1, mortero 5b1	Poáceas (relleno de mortero)	650 ± 30	1.359-1.387	-23,6	Gramajo Bühler (2011)
UGA 05796	QdLC / CC2, capa 2	Carbón	1.400 ± 30	622-659	-25,2	Oliszewski, (2011)
UGA 04251	QdLC / Puesto Viejo 1, estructura 2	Hueso humano (entierro)	1.560 ± 25	435-491	-18,4	Oliszewski *et al.* (2010b)
UGA 06597	QdLC / Puesto Viejo 2, estructura 1, cuadrícula I7, nivel 8	Endocarpo chañar	1.600 ± 25	484-532	-28,4	Oliszewski (2011)
UGA 06598	QdLC / Puesto Viejo 2, estructura 1, cuadrícula H8, nivel.13	Carbón vegetal	1.690 ± 30	334-403	-26,8	Oliszewski (2011)
UGA 05795	QdLC / Puesto Viejo 2, estructura 1, cuadrícula H8, nivel.18	Carbón vegetal	1.710 ± 30	323-386	-23,8	Oliszewski *et al.* (2010a)
UGA 9095	QdLC / Puesto Viejo 1. TPV1. Cuad C1. Capa 1 (2º extracc),	Hueso animal	1.750 ± 20	279-327	-17,2	Martínez *et al.* (2013)
AA 94581	QdLC / Puesto Viejo 2, estructura 1, recinto 4, nivel5, microsect SO	Endocarpo chañar	1.767 ± 35	273-334	-22,3	Gramajo Bühler (2011)
UGA 01616	QdLC / CC1, microsector C3A, capa 2 (3º extracción)	Poáceas (camada de paja)	2.100 ± 200	388 A.C.–80 D.C.	-22,7	Oliszewski *et al.* (2008)
UGA 07515	TPV-1,Sond.1, L.4(2)	Hueso animal	3.330±30	1.582-1.535 A.C.	-21,4	Martínez *et al.* (2011)
UGA 9096	TPV1(QdLC).C.A1-L.3(3°)	Hueso animal	7.420±25	6.355- 6.292 A.C.	-19,2	Martínez *et al.* (2013)

Lab.= laboratorio. Cód.= código.

[1] Las calibraciones fueron realizadas mediante el Programa Calib Radiocarbon Calibration versión 6.0. M. Stuiver, P.J. Reimer, and R. Reimer, http://calib.qub.ac.uk/calib.

Cueva de Los Corrales 1 (CC1) está situada en la margen oeste del río de Los Corrales, en la cual se detectó por una parte, una secuencia estratigráfica de 30 cm de potencia y por otra, catorce morteros confeccionados en la roca de base. En casi todos los casos, dichos morteros presentan un relleno intencional compuesto por restos animales, vegetales y minerales, los cuales fueron puestos a presión y luego sellados (como camuflaje) por el agregado de un sedimento arcilloso muy compacto. Las excelentes condiciones naturales de preservación permitieron la recuperación de una gran diversidad de restos arqueológicos tanto de origen inorgánico como orgánico. Dicho contexto permitió definir que se trata de un sitio de actividades múltiples, aunque estrictamente no fue un espacio doméstico de uso permanente (incluso es posible que haya tenido un uso ritual dadas sus peculiares características como el relleno y posterior sellado de los morteros). Por el momento, se pudieron establecer las siguientes funciones: procesamiento, consumo y descarte de recursos alimenticios animales y vegetales; producción y aplicación de mezclas pigmentarias empleadas como coberturas cerámicas y producción y mantenimiento de artefactos líticos. En este sentido, uno de nosotros (Gramajo Bühler 2011) ha planteado que las evidencias registradas en tres morteros –restos de plantas alimenticias asociadas con desechos de consumo, material lítico que denota el mantenimiento de instrumentos varios, estructuras de combustión con alto porcentaje de carbones, fragmentos óseos de camélido y placas de dasipódido que en ambos casos presentan evidencias de termoalteración– apoyan las hipótesis de las funcionalidades propuestas. En cuanto a su ubicación temporal, CC1 presenta dos momentos claros de uso con un importante *hiatus* entre ambos: las primeras ocupaciones habrían ocurrido hacia *ca*. 2100 años A.P., en momentos agro-pastoriles tempranos y la ocupación final en momentos tardíos hacia *ca*. 650 años A.P. (Carrizo *et al.* 2003; Arreguez y González Díaz 2007; Babot 2007; Babot y Apella 2007; Funes Coronel 2007; Gramajo Bühler 2007, 2011; Oliszewski 2008, 2009; Oliszewski *et al.* 2008; Srur 2009; Arreguez *et al.* 2010; Arreguez *et al.* 2013; Oliszewski y Babot 2013).

Cueva de Los Corrales 2 (CC2) es una pequeña cueva ubicada en la parte superior de un farallón rocoso sobre la margen este de la cuenca inferior del río de Los Corrales. Los hallazgos fueron muy escasos limitándose a fragmentos óseos de ungulados grandes, lascas de cuarzo y carbones concentrados que aluden a eventos de ocupación esporádicos. La estratigrafía de CC2 está conformada por dos capas (capa 1 y capa 2). Basándose en una una datación obtenida sobre hueso proveniente de capa 2, esta cueva habría estado inicialmente ocupada hacia 1400 años A.P. en relación a actividades de caza y/o pastoreo (Oliszewski 2011).

Los espacios de producción agrícola-pastoril, por otra parte, se encuentran representados por sistemas de andenería y corrales que se ubican en laderas con pendientes de 15º a 35º cubriendo una superficie de 500 hectáreas aproximadamente. Cabe aclarar que los sistemas de cultivo no presentan ningún tipo de conexión con el curso fluvial del río de Los Corrales, lo cual permite inferir que este sistema agrícola tuvo como única fuente de riego el agua de lluvia (a secano) (Figura 2). Respecto a los *taxa* que podrían haber sido cultivados se realizaron análisis de microfósiles en muestras de sedimentos procedentes de cuatro andenes correspondientes a un mismo conjunto de estructuras agrícolas (subsector IIb). En todos los casos se detectó a 30 cm de profundidad –en lo que habría sido el nivel de cultivo– la presencia de fitolitos de poáceas que tienen afinidad con los que se citan para *Zea mays* L (cuerpos en forma de cruz con cuatro lóbulos diferenciados) y de microcarbones indicadores de posibles actividades de quema (Gómez Augier *et al.* 2008; Mariela Pigoni, comunicación

personal 2008). Esta asociación de fitolitos afines a maíz y microcarbones en un nivel agrícola, que se diferencia claramente de las capas superficiales, es indicativo del posible cultivo de este cereal en la quebrada, el cual se registra además en forma de macrorrestos en morteros y capas estratigráficas de CC1 y en estratigrafía en la unidad doméstica E1 de PV2 (Caria *et al.* 2006, 2009, 2010; Oliszewski 2008, 2009; Di Lullo 2010, 2012; Oliszewski *et al.* 2010).

Figura 2. Vista de las áreas agrícolas.

Las estructuras correspondientes a corrales son aproximadamente 250 y consisten en recintos de piedra de planta circular de grandes dimensiones (entre 20 m y 25 m de diámetro), ya sean individuales o adosados en número de dos o tres (Di Lullo 2010). Los corrales se ubican dentro de las áreas con andenes de cultivo, es decir, insertos en los espacios destinados a la producción agrícola, pero también fuera de ellos (Figura 3). Cabe destacar que más allá de las variantes mencionadas, todos los corrales tienen como factor común que se sitúan en sectores de laderas inclinadas.

Las unidades domésticas se encuentran agrupadas en el área meridional de la quebrada, en ambas márgenes del curso superior del río de Los Corrales, en un sector denominado Puesto Viejo. Para su estudio, esta localidad arqueológica ubicada a 3100 msnm, ha sido dividida en dos: Puesto Viejo 1 (PV1) en la margen oeste y Puesto Viejo 2 (PV2) en la margen este. Ambos sectores conforman un gran núcleo residencial caracterizado por 85 unidades domésticas en total, las cuales presentan un diseño arquitectónico homogéneo[2] (Figura

[2] En varios sectores de PV1 la acción erosiva del agua de lluvia produjo la destrucción de algunas unidades residenciales por lo cual las 85 registradas constituyen un número mínimo.

4). Consisten en estructuras de piedra circulares y subcirculares compuestas, asimilables al denominado patrón Tafí (*sensu* Berberián y Nielsen 1988). El diámetro de los recintos centrales oscila entre 7 m y 15 m y la cantidad de recintos laterales adosados puede variar de 2 a 5. Las distintas unidades se encuentran separadas por distancias de entre 5 m y 20 m.

Figura 3. Detalle de una estructura pastoril adosada inserta en un área de cultivo.

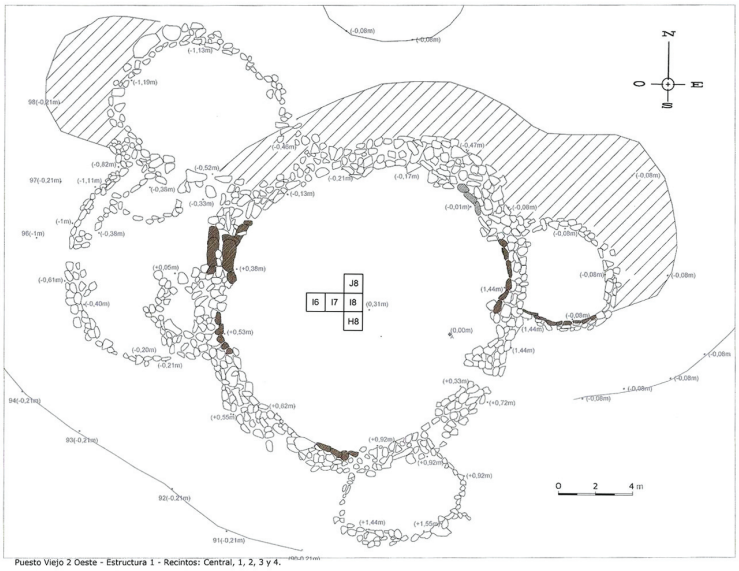


Figura 4. Plano de una unidad doméstica (PV2).

Entre los materiales recuperados en estratigrafía y en superficie, podemos mencionar: a) material lítico tallado en materias primas locales (núcleos, lascas y escasos artefactos formatizados en andesita y cuarzo) (Figura 5); b) material lítico pulido (artefactos de molienda confeccionados sobre granitos locales) (Figura 6); c) material cerámico: fragmentos de diversas facturas, algunos diagnósticos por su decoración y asignables todos a estilos cerámicos conocidos para el 1º milenio D.C. como Tafí, Candelaria, Ciénaga y Vaquerías (Figura 7); d) restos faunísticos correspondientes a camélidos y cérvidos (Figura 8) y e) restos vegetales termoalterados de plantas alimenticias (Cruz *et al.* 2009; Gramajo Bühler 2009; Di Lullo 2010, 2012; Oliszewski *et al.* 2010; Cruz 2013; Gramajo Bühler y Pantorrilla Rivas 2013; Mercuri y Mauri 2013; Srur y Oliszewski 2013).

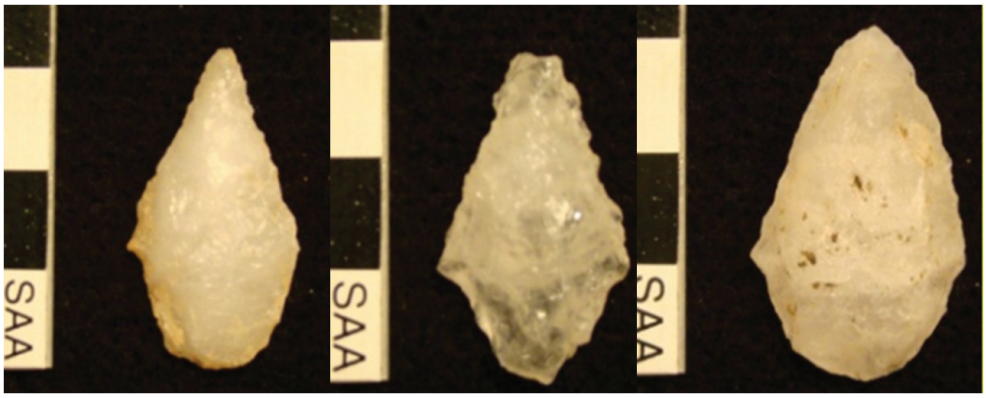


Figura 5. Puntas de proyectil de arco y flecha de cuarzo.

Figura 6. Manos de moler sobre granito.

Figura 7. Fragmentos cerámicos asignables al 1° milenio D.C.

Figura 8. Fragmento de asta de cérvido a la izquierda y punzón de hueso sobre camélido a la derecha.

Como fuera mencionado, el sitio a cielo abierto Taller Puesto Viejo 1 (TPV1), fue recientemente detectado en el sector sur de PV1. Este sitio se encuentra rodeado por estructuras residenciales de planta subcircular asignadas al 1º milenio D.C., presentando en superficie abundante material lítico tallado (artefactos formatizados y desechos de talla) y fragmentos cerámicos (tanto decorados, de estilos característicos del 1° milenio D.C., como de factura tosca). La principal característica del sitio es la singularidad de presentar materiales arqueológicos en estratigrafía. Pudo definirse una secuencia estratigráfica de 1,10 m de profundidad conformada por tres capas (y subcapas): Capa 1 (1ª, 2ª y 3ª), Capa 2 (1ª y 2ª) y Capa 3 (1ª, 2ª y 3ª). Se obtuvieron tres dataciones radiocarbónicas correspondientes a Capa 1 (2ª): 1750 ± 20 años A.P.; Capa 1 (3ª): 3330 ± 30 años A.P.; y Capa 3 (3ª): 7420 ± 25 años A.P. (Martínez *et al.* 2011; 2013). Análisis sedimentológicos y ceramológicos confirman la integridad de los depósitos y el carácter primario de esta secuencia, lo cual denota una larga persistencia en la ocupación de un mismo espacio a lo largo de 5600 años (Gramajo Bühler 2013; Martínez *et al.* 2013).

La información generada hasta el momento pone al descubierto una alta variabilidad de evidencias relacionadas con las ocupaciones prehispánicas en QDLC desde *ca*. 7400 hasta

ca. 650 años A.P., lo cual puede resumirse de la siguiente manera (tomado de Martínez *et al.* 2013 y Oliszewski *et al.* 2013):

– Las primeras ocupaciones humanas se remontan a *ca*. 7400 años A.P. durante el Holoceno medio inicial u Holoceno medio I (*sensu* Yacobaccio 2013), momento donde la caza de camélidos silvestres fue la principal actividad que generó la exploración y ocupación del área. En base a diseños de puntas de proyectil de tipo lanceoladas y triangulares halladas en el sitio, es probable que la primera instalación de grupos prehispánicos en la quebrada sea aún más antigua.
– Hacia 3300 años A.P. diversos indicadores permiten definir una base residencial en TPV1. En capas 1(3ª) y 2 (1ª) se registraron artefactos líticos, artefactos de molienda, fragmentos óseos de ungulados grandes y fragmentos cerámicos. El conjunto de evidencias indica que en este *locus* se habrían llevado a cabo actividades de consumo de animales como camélidos y cérvidos, de manufactura/mantenimiento de artefactos líticos y de molienda.
– Hacia los inicios de la Era Cristiana se habría producido el establecimiento de grupos aldeanos. Así, durante la primera mitad del 1º milenio D.C. (1750-1500 años A.P.) las ocupaciones prehispánicas en QDLC estuvieron organizadas en forma de una aldea orientada principalmente a la producción de alimentos (agricultura y pastoreo).
– Con posterioridad a 1550 años A.P. y hasta 650 años AP, hay un gran vacío de información para la aldea de Puesto Viejo y para QDLC en general. Es notable la ausencia total de evidencias arqueológicas para este lapso. Esta situación es particular para la quebrada, ya que sí se registran ocupaciones en áreas aledañas, como la quebrada de Amaicha y el valle de Tafí.
– Las últimas señales prehispánicas provienen de un único *locus* acotado como la mencionada Cueva de los Corrales 1 (CC1) y se limitan a actividades de consumo de recursos vegetales y animales y mantenimiento de artefactos líticos. Es decir que, durante el 2º milenio D.C. QDLC habría funcionado sólo como un espacio de circulación sin ocupación/producción efectiva y/o como una eventual área estacional de pastoreo de llamas.

En el presente trabajo y a efectos de desarrollar los objetivos propuestos, discutiremos las implicancias de las evidencias correspondientes al inicio del Holoceno tardío y a la primera mitad del 1º milenio D.C. confrontándolas con la información existente para el norte del sistema del Aconquija y otras áreas aledañas del NOA.

OCUPACIONES PREVIAS A LAS SOCIEDADES ALDEANAS DEL NOA

La información disponible para el NOA sobre ocupaciones humanas anteriores a 3000 años AP, es decir, previo al desarrollo de asentamientos aldeanos, proviene casi exclusivamente de sitios del ámbito de la Puna. Dada las características excepcionales del registro arqueológico en esta zona, a lo largo del tiempo fue posible registrar de manera reiterada evidencias de estas antiguas ocupaciones, generando un cúmulo muy grande de información sobre las primeras poblaciones en el área. Esto ha provocado una situación en la cual nuestra disciplina ha naturalizado el hecho de que el poblamiento de nuestro territorio comenzó en este sector particular del NOA. A su vez, las investigaciones realizadas

fuera de este ámbito geográfico han focalizado sus problemáticas casi por completo en las poblaciones agroalfareras, generando información abundante sobre este tema en desmedro de otros. Asimismo, las características propias del registro arqueológico por fuera de la Puna hacen más difícil el registro y la recuperación de ciertas evidencias.

Con respecto a esto, debemos puntualizar que las evidencias que podrían ser asignadas al Holoceno temprano y medio para el área de valles y quebradas del NOA, provienen en su mayoría, de sitios de superficie cuyos materiales carecen de correlato estratigráfico y dataciones absolutas, presentándose en algunos casos obliterados por reocupaciones de períodos posteriores. Por lo tanto, la adscripción temporal "temprana" está dada en forma relativa a partir de semejanzas tecno-tipológicas de artefactos líticos, los cuales pueden ser asociados temporalmente por sus diseños con materiales de estratigrafía de otras áreas como la Puna o bien por datos geoarqueológicos (Cigliano 1968; García Salemi y Durando 1985; Hocsman *et al.* 2003). Recientemente basándose en análisis de VML (*Varnish Microlamination*) se obtuvieron edades mínimas (correlativas) de *ca*. 6500-5900 años A.P. sobre pátinas de artefactos líticos en sitios arqueológicos de superficie de la quebrada de Amaicha, interpretados como espacios de uso persistente (Somonte 2009; Somonte y Baied 2011; Baied y Somonte 2013). Esta técnica no produce dataciones absolutas sino estimaciones de edades mínimas de exposición de artefactos líticos. Por último, se destaca un dato muy importante sobre las ocupaciones del sitio Puente del Diablo, en la cabecera norte de Valles Calchaquíes, cerca de la localidad de La Poma (Salta), donde se obtuvo una datación de 9960 ± 90 años A.P. sobre uno de los entierros humanos de esta cueva (Lema 2009).

Por lo mencionado, la escasez de evidencias arqueológicas tempranas en los sectores de valles y quebradas del NOA, creemos responde más a la falta de investigaciones enfocadas específicamente en este problema, que a cuestiones de preservación y/o de dinámicas particulares del poblamiento temprano, todo lo cual ha provocado una mirada muy sesgada sobre el pasado. Del mismo modo, teniendo en cuenta que la Puna representa sólo un tercio de la superficie total del NOA y que durante los momentos previos a 3000 años A.P. no hubo restricciones paleoambientales que impidieran el asentamiento de personas en diferentes ámbitos del noroeste, consideramos que el esquema de poblamiento actualmente manejado es el menos probable a escala regional.

En este sentido apunta el hallazgo de TPV1, el cual preservó evidencias en estratigrafía de grupos cazadores-recolectores que, por lo menos, desde hace 7400 años ocuparon efectivamente QDLC. Importa destacar que en la secuencia estratigráfica de este sitio fueron identificados varios artefactos de molienda. Los mismos fueron recuperados en las Capas 1 y 2 asociados a *ca*. 1750 años A.P. y *ca*. 3300 años A.P. respectivamente. Todos están confeccionados en granito, materia prima de origen local de fácil acceso y obtención. En particular los tres artefactos registrados en Capa 2, consisten en un molino plano doble –dos caras activas, *sensu* Babot (2004)–, una mano de molino doble –dos caras activas, *sensu* Babot (2004)– y un molino con una superficie activa modificada por abrasión (María del Pilar Babot, comunicación personal 2012). Probablemente estos artefactos hayan sido empleados para la molienda de recursos vegetales de recolección como algarrobo o chañar. Cabe destacar que ambos recursos se registran en varias unidades estratigráficas de QDLC datadas mil y dos mil años más tarde (pisos ocupacionales de unidades domésticas en el primer caso, morteros excavados en la roca de base de una cueva en el segundo) y crecen actualmente en la zona a 30 km de distancia.

Binford (1979) considera a los artefactos de molienda como parte del equipamiento permanente de un sitio debido a su elevado peso y volumen. Babot (2004) a su vez, asevera que este tipo de conjuntos artefactuales son buenos indicadores de regularidad, anticipación en el uso de un sitio y duración de la ocupación. Esto implica determinados comportamientos asociados a ellos ya que los productos procesados necesariamente tienen que ser recolectados, preparados y consumidos, tareas que indican un cierto grado de permanencia en un mismo lugar (Babot 2004). Pérez de Micou (1999) sostiene que las prácticas de recolección son prácticas sociales en cuanto tienden a establecer vínculos y/o relaciones que participan en la reproducción y estructuración social dentro de un grupo. Concordamos con la autora y hacemos extensivo el carácter de prácticas sociales a todas aquellas actividades vinculadas con la preparación, procesamiento y consumo de productos de molienda. Claro está que estos artefactos pudieron haber tenido otro rol además del quehacer relacionado con la molienda de sustancias alimenticias. Es así que coincidimos con Giovannetti (2009) en que estos objetos, además de remitirnos a la recurrencia o continuidad del uso de un sitio pueden, basándose en la asociación con distintos tipos de espacios –productivos, residenciales o de almacenamiento– mostrarnos los tipos de relaciones sociales establecidas a partir de la organización del trabajo, los quehaceres cotidianos u otros tipos de conductas vinculadas con la molienda.

A partir de estas apreciaciones podemos proponer que la muestra está compuesta efectivamente por artefactos de molienda que fueron utilizados simultáneamente y de manera articulada, ya que encontramos tanto artefactos activos/superiores como pasivos/inferiores de diseños diferentes, a lo cual se suma el elevado peso de uno de los molinos que remite a objetos fijos en el espacio. Asimismo es importante tener en cuenta otros materiales asociados a los artefactos de molienda en TPV1. Nos referimos a numerosos fragmentos cerámicos (N=26) registrados en Capa 1(3º) datada en 3330 ± 30 años A.P., los cuales constituyen el hallazgo más antiguo de este material para este sector de valles y quebradas. Dentro del material lítico se registraron artefactos líticos (N=16 correspondientes a 3 m^2), núcleos, percutores y desechos de talla mayoritariamente sobre materias primas locales (cuarzo y andesita). Estos materiales se asocian también a fragmentos óseos de ungulados algunos de los cuales presentan evidencias de corte, termoalteración y fracturas helicoidales típicas de la extracción de médula ósea y espículas de carbón. El conjunto indica que se trata de un área de actividades múltiples, entre ellas de molienda, lo cual permitió plantear a este componente –para esta cronología– como una base residencial (Martínez *et al.* 2013). Justamente, los artefactos de molienda son los que otorgan mayor peso a esta hipótesis ya que se trata de artefactos que no se trasladan más que a pequeñas distancias. Esto indica ya sea un uso continuado o al menos estacional del sitio con recurrencia periódica de un mismo grupo. La asociación de materiales óseos, cerámicos y líticos tallados y pulidos de capa 1(3ª) (38,5 cm a 53 cm de profundidad) datada en 3330 años A.P. se mantiene en capas 2(1ª) y (2ª) hasta los 71,5 cm de profundidad. Dataciones en curso definirán la antigüedad de las capas más profundas. De todos modos, estas evidencias invitan a indagar con mayor detalle en la antigüedad y el significado de las tecnologías cerámicas y de molienda en la zona en momentos transicionales entre sociedades cazadoras-recolectoras y agro-pastoriles.

Las evidencias para este intervalo entre el Holoceno medio y tardío en QDLC, son escasas aún pero ratifican lo anteriormente expresado acerca de la necesidad de realizar

investigaciones enfocadas específicamente en la problemática de la transición entre un tipo de economía y otra y sus implicancias a nivel arqueológico.

A partir de las investigaciones desarrolladas en los últimos años dentro de áreas de estudio próximas a la nuestra, destacamos el creciente número de sitios correspondientes a momentos transicionales (*ca*. 3500 años A.P.) lo cual resulta alentador en cuanto al aporte que implica para avanzar en la comprensión del paso de un modelo extractivo basado en la caza y la recolección hacia una economía de producción pastoril y agrícola. Como ejemplo, contamos con la información del sitio Soria 2, ubicado en valle de Santa María, donde se registró un pozo de desechos con carbones fechados en 3460 ± 70 años A.P., excavado en el piso de una unidad de planta subcuadrangular, datada en 1900 años A.P. (Palamarczuk *et al.* 2007). Por otra parte, en el sitio El Divisadero, localizado en la Quebrada de Amaicha, se registraron dos entierros directos datados en 4114 ± 44 y 3943 ± 55 años A.P. que, si bien están localizados en las inmediaciones de un complejo de estructuras circulares y ovales, no presentan asociación cultural o arquitectónica visible (Gómez Augier y Caria 2012). Finalmente, en el valle del Cajón en el sitio Bordo Marcial, fueron detectados dos entierros humanos datados en *ca*. 3000 años A.P. y asociados a artefactos de cobre (Cortés 2010).

Queda claro que las investigaciones realizadas en los últimos años ponen de relieve la importancia del milenio que va de 4000 a 3000 años A.P. en el sector que vincula al sistema del Aconquija y Cumbres Calchaquíes, para comprender los procesos sociales y la dinámica poblacional de la región.

Para la Puna, se ha propuesto que el pastoreo estaría plenamente establecido hacia 3000 años A.P. (Olivera 1997, 1998). Hacia *ca*. 2500-2000 años A.P. este autor plantea que habría funcionado un modelo logístico de pastoreo con agricultura (Olivera 1998), donde el pastoreo era el eje económico productivo, y que a partir de *ca*. 2000 años A.P. se produjo un incremento de las prácticas agrícolas acompañado por un aumento demográfico (Olivera y Podestá 1995; Olivera 2006). En el caso que nos atañe puede observarse la importancia de este intervalo transicional ya sea en la continuidad en el uso del espacio hasta el 1º milenio D.C. inclusive (casos de Soria 2 y TPV1), en el entierro de miembros del grupo con todas las implicancias de pertenencia social y territorial que ese acto conlleva (casos de Bordo Marcial y El Divisadero) y en el empleo de tecnologías tempranas como alfarería, molienda y metalurgia (casos de TPV1 y Bordo Marcial).

En el marco de los modelos evolutivos tradicionales, la sola presencia de piezas cerámicas o fragmentos de ellas era evidencia suficiente de la práctica de agricultura como modalidad económica de ese grupo humano (Canals Frau 1956; Canals Frau y Semper 1956; Lagiglia 1977). La información generada por las investigaciones implementadas posteriormente permitió superar este tipo de preconceptos. La presencia de cerámica no significa necesariamente que la subsistencia de las poblaciones humanas haya dependido de la agricultura o que ambos (cerámica y agricultura) se hayan incorporado de manera paralela (Gil 2006).

Todas estas evidencias ponen de manifiesto que los grupos tempranos seguramente pervivieron en el tiempo y nos estimulan a continuar la búsqueda de lazos entre sociedades cazadoras-recolectoras y sociedades agro-pastoriles. Para el caso de QDLC queda pendiente evaluar si pudo haber existido continuidad entre estos grupos tempranos que manejaban las tecnologías de la cerámica y de la molienda hacia 3300 años A.P. y los grupos aldeanos establecidos plenamente 1500 años después. Esto se ve reforzado por el registro hacia 2100

años A.P. en CC1 de actividades de procesamiento y consumo de recursos alimenticios animales y vegetales, en momentos previos a la instalación de las unidades domésticas de la localidad arqueológica Puesto Viejo.

LOS GRUPOS ALDEANOS DEL 1º MILENIO D.C.

Así como las primeras ocupaciones humanas en el NOA fueron registradas casi con exclusividad en la Puna, las primeras comunidades aldeanas fueron detectadas especialmente en la zona de valles y quebradas, durante el 1º milenio de la Era Cristiana. Son numerosos los sitios arqueológicos asignables al 1º milenio caracterizados por un patrón de asentamiento de tipo aldeano agrupado: habitaciones circulares compuestas, asociadas a estructuras agrícolas y corrales. En todos los casos es recurrente la presencia de estilos cerámicos como Tafí, Candelaria, Condorhuasi, Ciénaga y Vaquerías.

Para áreas próximas a QDLC, la mayoría de los sitios asignables al 1º milenio D.C. se encuentran en el valle de Tafí: Casas Viejas, Casa Machado y El Potrerillo en las cercanías de la localidad de El Mollar (Núñez Regueiro y García Azcárate 1996; Chocobar y Corbalán 2005); Los Cuartos en la localidad de Tafí del Valle propiamente dicha (Dlugosz *et al.* 2009), El Tolar en el cono del río Blanco (Sampietro y Vattuone 2005); La Bolsa en el noreste del valle (Giani y Berberián 1999; Salazar y Franco Salvi 2009) y El Pedregal en el valle de la Ciénega (Cremonte 1996). Pero también hay algunos sitios en la quebrada de Amaicha como El Divisadero (Gómez Augier 2005), Campo Blanco, El Remate y Bajo los Cardones (Somonte 2002; Aschero y Ribotta 2007; Somonte y Baied 2011); en los faldeos occidentales del Aconquija como Tesoro I, Potrero Antigal y Loma Alta (Scattolin 1990; Scattolin y Gero 1999) y en el valle de Santa María como Bañado Viejo (Scattolin *et al.* 2001) y Soria 2 (Palamarczuk *et al.* 2007).

En el valle del Cajón se encuentran Yutopián, Cardonal y Bordo Marcial con fuertes similitudes con los sitios mencionados para el sistema del Aconquija (Scattolin y Gero 1999; Scattolin *et al.* 2009). Si bien todos estos sitios se inscriben dentro del tipo de diseño arquitectónico aldeano agrupado, es notable que el patrón Tafí caracterizado por un patio central rodeado de recintos más pequeños conformando una "margarita" se extiende por los valles de Tafí y la Ciénega, siendo su límite norte QDLC. Más al norte y el oeste, en la quebrada de Amaicha, valle de Santa María y del Cajón no se registra el patrón Tafí, sino otros tipos de diseños dentro del patrón aldeano agrupado. Volveremos más adelante sobre este tema y sus posibles implicancias.

Como ya fuera mencionado, el conocimiento generado hasta ahora permite postular que la ocupación más intensa en QDLC ocurrió durante la primera mitad del 1º milenio D.C. evidenciada por el registro de numerosas unidades domésticas, las cuales se encuentran agrupadas conformando un núcleo aldeano en el área meridional de la quebrada, en la localidad arqueológica Puesto Viejo. Los datos con los que contamos hasta el momento permiten postular la ocupación inicial de este núcleo aldeano hacia 1750 años A.P. y la ocupación final hacia 1550 años A.P. (273-334 a 435-491 D.C. años calendáricos calibrados con 1 sigma) (Tabla 1).

Excavaciones realizadas en distintos puntos de Puesto Viejo confirman el carácter doméstico de las unidades habitacionales (Oliszewski *et al.* 2010; Martínez *et al.* 2013).

En las mismas se habrían llevado a cabo diversas actividades cotidianas entre las cuales la preparación, consumo y descarte de recursos alimenticios animales como llama (*Lama glama*), quirquincho (*Chaetophractus vellerosus*) y cérvidos y vegetales como algarrobo (*Prosopis* sp.), chañar (*Geoffroea decorticans*) y maíz (*Zea mays*) tuvieron, posiblemente, un papel principal. También se habrían desarrollado actividades relacionadas con la cocción de artefactos cerámicos[3] y el mantenimiento de artefactos líticos. Análisis múltiples realizados recientemente permiten proponer que los recintos centrales y los laterales fueron construidos en forma contemporánea, pero con diseños constructivos diferentes: el recinto central habría sido semi-subterráneo mientras que aquellos contiguos tuvieron un sólo nivel de piso superficial. Los artefactos líticos habrían estado relacionados –en general– con actividades domésticas y cotidianas como procesamiento de alimentos. Pero cabe destacar que en un recinto lateral (recinto 4 de la Unidad doméstica 1 de PV2) se registraron abundantes muescas, fragmentos de artefactos posiblemente bifaciales y lascas de reactivación que son indicadores de actividades específicas como reemplazo y reactivación de artefactos y/o confección y mantenimiento de mangos y/o astiles (Mercuri y Mauri 2013).

En términos generales las cerámicas presentes en Puesto Viejo pertenecen a dos grandes grupos: a) vasijas globulares grandes a medianas de contorno compuesto, pasta gruesa, cocción oxidante y acabado de superficie alisado destinadas posiblemente al almacenamiento de alimentos como semillas y b) vasijas pequeñas de contorno simple, pasta fina, cocción reductora y acabado de superficie pulido/bruñido utilizadas posiblemente para servir y/o consumir líquidos.

En cuanto a la funebria, debajo del piso del recinto central de la unidad doméstica 2 de PV1 se detectó un entierro primario en cista acompañado por dos vasijas cerámicas (Figuras 9 y 10) (Muntaner 2012; Oliszewski *et al.* 2010; Gramajo Bühler y Pantorrilla Rivas 2013).

Cabe destacar que en un espacio comprendido por estas unidades domésticas, se registró en estratigrafía un área de actividad cuya evidencia la constituye una vasija cerámica completa fragmentada *in situ* con rastros de hollín (muy probablemente utilizada para calentar alimentos y/o líquidos) en asociación con artefactos de molienda, semillas termoalteradas de algarrobo y chañar, restos óseos de llama y artefactos líticos. Se trata de la capa 1(2ª) de TPV1 que arrojó una antigüedad de 1750 ± 20 años A.P. (Martínez *et al.* 2013). Esto nos alerta sobre la necesidad de indagar con mayor profundidad acerca del rol de los espacios extramuros pudiéndose tratar de áreas de uso comunitario (Di Lullo 2012). En este sentido, los espacios extramuros de uso común podrían estar indicando dentro del seno de una sociedad igualitaria la pertenencia de los individuos –al mismo tiempo– a la unidad doméstica (núcleo familiar) y a la aldea (comunidad).

[3] Entre 170 y 130 cm de profundidad se localizó un rasgo de combustión cerrado conformado por un sedimento arcilloso que podría haber funcionado como horno de cocción. Asociados a este rasgo se registraron distintas evidencias que se interpretan como producto de la limpieza de un fogón: restos óseos de camélido y cérvido, lascas y artefactos en cuarzo y andesita, fragmentos cerámicos, semillas de algarrobo y chañar termoalterados y carbones. Además se registran terrones de arcilla de color anaranjado (7.5YR 7/8 según la escala de Munsell), que apoyan la hipótesis de un área de actividad destinada a la cocción de artefactos cerámicos probablemente. Se realizó una datación radiocarbónica sobre carbón vegetal proporcionando un fechado de 1690 ± 30 años A.P. (Tabla 1).

Figura 9. Vasija cerámica (acompañamiento entierro Unidad doméstica 2 de PV1).

Figura 10. Vasija cerámica (acompañamiento entierro Unidad doméstica 2 de PV1).

Traspasando la escala de la comunidad, como se mencionó anteriormente, el diseño arquitectónico correspondiente al denominado "patrón Tafí" se reproduce a lo largo de 25 kilómetros desde El Mollar hasta Puesto Viejo. Si bien existen variaciones, es nuestra intención tratar de comprender por qué un mismo tipo de estructura habitacional se encuentra para el mismo lapso temporal distribuido en una amplia franja. Nielsen (2001) señala que la arquitectura doméstica es uno de los medios más eficaces de propagar

mensajes acerca de la identidad de las personas, por lo que es activamente manipulada en la negociación del poder. De este modo las viviendas deben ser entendidas como parte de estrategias de posicionamiento en el marco de las condiciones generales de reproducción de la estructura social. Asimismo, si se tiene en cuenta que la transmisión del *habitus* es de orden práctica (Bourdieu 1977) y que el mismo se reproduce en la relación entre cuerpos, espacios y actividades (Vaquer 2007), resulta interesante indagar si las similitudes que encontramos en los diseños arquitectónicos y patrones de asentamiento de diferentes sitios del 1º milenio D.C. pudo resultar de algunas estructuras estructurantes (*sensu* Bourdieu 1977) compartidas entre las distintas comunidades. Nielsen (2001) sugiere además, que los sistemas de explotación de recursos complementarios pudieron estar basados en obligaciones recíprocas entre unidades productivas territorialmente dispersas, pero de una misma extracción cultural. Es de interés primordial para nosotros explorar este tipo de posibilidades para el área de estudio donde unidades domésticas "patrón Tafí" extendidas por zonas diversas podrían haber estado habitadas por individuos pertenecientes a grupos culturales que compartían rasgos identitarios y lazos que excedían a la propia comunidad. En este mismo sentido, Tarragó (1999) planteó anteriormente, para los primeros siglos de la Era Cristiana, la existencia de sistemas de aldeas vinculadas entre sí por lazos económicos y sociales. Se trata de grupos agrarios que habrían mantenido relaciones de vecindad a través de vínculos de reciprocidad, lo cual les permitía mejorar el acceso a los recursos, asegurar su reproducción y crear contextos de refuerzo social de carácter prolongado. Estas relaciones quedaron expresadas en las tradiciones tecnológicas y estilísticas comunes al igual que en los modos de instalación similares (Tarragó 1999). Se propuso que uno de los sistemas de aldeas más visible y extenso habría funcionado en el valle de Tafí y quebradas subsidiarias de El Mollar, Anfama y El Pedregal conformando una compleja trama de áreas domésticas y de explotación (Berberián y Nielsen 1988; Tarragó 1999). Siguiendo esta misma hipótesis, QDLC habría constituido el límite noroeste de un área de aproximadamente 250 km^2 en la cual la modalidad de viviendas patrón Tafí fue dominante y por lo tanto la forma de organizar los espacios domésticos.

Respecto al fin de las ocupaciones en QDLC, hasta el momento todo indica que la ocupación aldeana tuvo su ocaso hacia 1550 años A.P.

Diversos trabajos de prospección sistemática realizados desde 2005 cubrieron en forma intensiva el área de estudio, dando como resultado el conjunto de evidencias presentado en este trabajo. Excavaciones y análisis varios llevaron en años subsiguientes a la definición de un vacío total de información para la segunda mitad del primer milenio de la era cristiana. La secuencia cronológica de ocupación de la aldea Puesto Viejo que se inicia hacia 1750 años A.P. se interrumpe en 1550 años A.P. A partir de este momento tenemos un notable *hiatus* cronológico en la quebrada hasta dos dataciones de 650 años AP correspondientes a niveles tardíos de CC1. Contamos por lo tanto con un importante lapso de casi 900 años sin el registro de ningún tipo de evidencias materiales sobre ocupaciones humanas en nuestra área de estudio. La única excepción viene dada por el registro aislado –fuera del área residencial– de un nivel del sitio CC2 datado en *ca*. 1400 años A.P.

En una excavación realizada en el interior de un recinto central de la unidad doméstica 1 en PV2, se registró una capa continua de 20 cm de espesor (ubicada entre 40 cm y 60 cm de profundidad) compuesta por un fino sedimento blanquecino, la cual se ubica inmediatamente por encima de la última capa con restos arqueológicos datada en 1600

años A.P. Este sedimento corresponde a un depósito cuasi-primario de ceniza volcánica. Específicamente se trata de una toba vítrea de grano fino, con alto porcentaje de vidrio y algunos cristales (cuarzo y feldespatos potásicos) y materiales líticos (metamórficos de grano muy fino: tamaño limo (Sergio Georgieff, comunicación personal 2012). Fuera del sector residencial de Puesto Viejo, a sólo 1,5 km río abajo fue registrado un depósito primario de toba volcánica en la barranca del río de Los Corrales, el cual podría correlacionarse con la toba identificada en el interior de la mencionada unidad habitacional. Análisis geocronológicos en curso sobre estas muestras (a cargo de Norma Ratto), permitirán definir probables correlaciones cronológicas con eventos volcánicos conocidos de áreas próximas hacia el sector oeste. La presencia de toba en la estratigrafía de este sitio nos permite plantear como hipótesis que el abandono de la aldea, y de toda la quebrada, esté vinculado con un evento volcánico importante. Aun verificándose esta hipótesis, queda pendiente explicar por qué la quebrada o la aldea de Puesto Viejo no fue reocupada con posterioridad a 1550 años A.P.

Respecto a los andenes de cultivo, teniendo en cuenta que la producción agrícola a gran escala en el NOA ha sido asignada mayormente al 2° milenio D.C.[4], el caso de QDLC, con centenares de hectáreas sería un caso particular pero no único, ya que esto mismo ocurre en otras zonas del NOA durante el 1° milenio D.C. como Antofalla (Quesada 2007), Laguna Blanca (Delfino 2005) y el valle de Ambato (Figueroa *et al.* 2010).

De todos modos, consideramos que las quinientas hectáreas de campos de cultivo contabilizadas muy próximas a la aldea de PV, probablemente funcionaron en forma parcial y secuenciada. Dado que, las ocupaciones de la aldea de PV se restringen al lapso que va de *ca.*1750 a 1550 años A.P. y que después de este intervalo no se registran otras ocupaciones en la quebrada ni en sectores próximos, nuestra hipótesis es que los campos de producción agrícola estuvieron activos en relación directa y sincrónica con las ocupaciones de dicho lapso. Definir en forma precisa la contemporaneidad de uso entre estructuras agrícolas y áreas residenciales es un problema vigente en la arqueología del NOA debido a la frecuente ausencia de indicadores cronológicos de las áreas productivas[5], por lo cual ha primado como criterio de asociación temporal, la proximidad espacial entre unas y otras y el hallazgo de cerámicas diagnósticas en áreas agrícolas. Como ejemplos podemos citar, Laguna Blanca (Delfino 2005), el valle de El Bolsón (Korstanje 2010), los faldeos occidentales del Aconquija (Scattolin 1990), Tebenquiche Chico (Quesada 2007), el valle de La Ciénega (Cremonte 1996) o el valle de Ambato (Figueroa *et al.* 2010). En nuestro caso, los campos con andenes no sólo están próximos al sector residencial (400-500 m) sino que están integrados al paisaje arqueológico, con un alto grado de visibilidad y visibilización desde la aldea hacia los andenes y viceversa (Di Lullo 2012). Cabe destacar que esta integración ocurre dentro de un manejo particular del espacio en esta quebrada, debido a que los sectores donde se emplazaron las

[4] El 2º milenio ha sido caracterizado en todo el NOA por una intensificación en las actividades agrícolas con aplicación de tecnologías de riego complejas y por extensos campos de cultivos que cubrieron miles de hectáreas. Entre estos sistemas sobresalen los de Coctaca, Rodero, Alfarcito y Casabindo en Jujuy; la quebrada del Toro y Las Pailas en Salta; Caspinchango, Quilmes, Huasamayo y Azampay en Catamarca (Albeck y Scatolin 1991; Tarragó 2000; Albeck 2010).

[5] Korstanje *et al.* (2010) han intentado avanzar en la problemática de la asignación cronológica mediante la aplicación de dataciones absolutas de muestras obtenidas directamente de estructuras de cultivo.

estructuras productivas, se encuentran totalmente separados de aquellos donde se instaló el núcleo aldeano de PV, a diferencia de otros casos sincrónicos de áreas aledañas como los valles de Tafí (Franco Salvi y Berberián 2011) y La Ciénaga (Cremonte 1996) y la quebrada de Amaicha (Aschero y Ribotta 2007) donde lo residencial y lo productivo no puede disociarse desde un punto de vista espacial y constructivo. En QDLC las estructuras de producción agrícola (andenes) y la mayoría de los corrales se ubican sobre laderas con depósitos loéssicos, mientras que las estructuras residenciales se sitúan sobre depósitos de remoción en masa y en laderas con sustrato de basamento granitoide, delimitando espacios diferenciados entre si (Caria *et al.* 2006, 2009). Uno de nosotros ha propuesto dos hipótesis no excluyentes para comprender las implicancias de la separación entre áreas domésticas y productivas (Di Lullo 2012): a) la separación de las áreas se debió a una cuestión de orden semántica, es decir, que culturalmente las actividades domésticas y las agrícolas/pastoriles se percibían como separadas en campos de significación distintos e incluso opuestos; b) estos escenarios manifestados de forma separada en el espacio, estuvieron estrechamente vinculados a través de las prácticas cotidianas de la población en el pasado.

Debe considerarse también la influencia que pudo haber tenido la propia configuración natural de los distintos microambientes dentro de la quebrada, y los criterios que operaron en la toma de decisiones para definir dónde se ubicarían las áreas residenciales y las áreas productivas. Independientemente de los motivos que llevaron a la ejecución de este tipo particular de organización de los espacios domésticos y productivos, lo que sí es muy probable es que el momento de la instalación de la aldea de Puesto Viejo hacia 1750 años A.P. estuvo directamente vinculado con la construcción y el laboreo de los campos agrícolas a gran escala.

Las evidencias indican, entonces, que durante los primeros siglos de la Era existió en El Infiernillo, una aldea con características particulares ya que, si bien compartía el diseño arquitectónico de las unidades domésticas de la región (patrón Tafí), las mismas se encontraban concentradas conformando un núcleo aldeano claramente separado de las áreas productivas, a diferencia de lo que ocurría con el resto de los sitios arqueológicos del mismo período, donde las unidades domésticas se encontraban asociadas a estructuras agrícolas y corrales.

En este sentido es importante recordar que, originalmente Berberián y Nielsen (1988) propusieron la existencia de dos estadios en el desarrollo de Tafí: la fase Tafí I que habría estado caracterizada por la presencia de un sistema de asentamiento en unidades residenciales dispersas en campos de cultivo con una reducida inversión en tecnologías agrícolas siendo baja la densidad poblacional; y la fase Tafí II caracterizada por la presencia de estructuras de residencia familiar concentradas en aldeas (áreas habitacionales separadas de los campos de producción que habrían sido especializados contando con complejas tecnologías agrícolas). En la misma línea, Manasse (2002) plantea que hacia 1500 años A.P. las investigaciones arqueológicas dan cuenta de la existencia de una creciente complejidad de estas sociedades evidenciadas a través de un aumento de la población y del nucleamiento de las viviendas conformando aldeas.

Como alternativa a este modelo y en base a nuevas evidencias y dataciones absolutas, investigaciones recientes plantean que los poblados concentrados podrían ser los más antiguos, mientras que los más pequeños serían los más recientes, pudiendo haber funcionado ambos sistemas al mismo tiempo en el valle de Tafí (Salazar 2011). El sitio Cardonal en el valle

de El Cajón (Catamarca) es otro ejemplo de una aldea concentrada correspondiente a los primeros siglos del 1º milenio D.C. (Scattolin *et al.* 2009). Las investigaciones de los últimos años están mostrando variantes a los modelos clásicos, permitiendo proponer la existencia de aldeas formadas por viviendas agrupadas y apartadas de las áreas productivas, pero a la vez estrechamente relacionadas entre sí.

La gran cantidad de sitios arqueológicos registrados en los valles y quebradas del NOA, pone de manifiesto que, al igual que en QDLC, las ocupaciones durante el 1º milenio habrían sido intensas y sostenidas a lo largo de cientos de años. Lo que diferencia a Los Corrales de los demás sitios arqueológicos de la época es la gran escala de las estructuras relacionadas con la producción agrícola y su separación con el área residencial.

COMENTARIOS FINALES

Las evidencias arqueológicas registradas hasta el momento revelan el alto potencial que tiene el área de estudio para evaluar procesos de estabilidad y cambio en las estrategias de aprovisionamiento, uso y producción de recursos de subsistencia y en la organización social de los grupos prehispánicos que habitaron QDLC y zonas aledañas a lo largo del Holoceno. En resumen, QDLC, en consonancia con el panorama regional, se muestra como un área que puede aportar nuevos elementos que permitan analizar y reinterpretar las distintas dimensiones que encierra la problemática del surgimiento y perdurabilidad de las sociedades aldeanas en el NOA. Presentamos a continuación una síntesis de las ideas principales discutidas en este trabajo.

Ciertamente un tema en particular interesante es el referente a la ruptura/continuidad entre las ocupaciones anteriores a 3000 años A.P. y las del 1º milenio D.C. En este sentido, las características excepcionales del área de estudio hacen que las investigaciones en torno a los procesos socio-económicos ocurridos en una cuenta de larga duración sean prometedoras. Hacia 3300 años A.P., la presencia de una base residencial conduce a plantear que a fines del Holoceno medio (*ca*. 3.500 años A.P.) se habría producido un cambio respecto a momentos previos, ya que las estrategias de subsistencia habrían combinado la recolección de vegetales silvestres y la caza de camélidos y cérvidos con una actividad pastoril incipiente, tomando como base el modelo propuesto por Olivera (1998) para la Puna meridional. Estos grupos que manejaban tecnologías cerámica y de molienda habrían incursionado en un primer momento en el pastoreo de llamas para luego, más adelante en el tiempo, combinarlo con la producción agrícola. Por el momento, no podemos aseverar cuándo se incorporó la agricultura (establecida plenamente hacia 1750 años A.P.). Como ya se mencionó, nuestra hipótesis es que hubo una continuidad entre estos grupos tempranos y los grupos aldeanos dentro del área de estudio. Las evidencias descriptas para los sectores del sistema del Aconquija y de Cumbres Calchaquíes constituyen un aliciente en cuanto a las posibilidades que brinda la región para comprender este intervalo transicional que condujo al posterior establecimiento de sociedades aldeanas agro-pastoriles.

Hacia los inicios de la Era Cristiana se produce en QDLC el establecimiento de grupos aldeanos. Así, durante la primera mitad del 1º milenio D.C. (1750-1550 años A.P.) las ocupaciones prehispánicas estuvieron organizadas en forma de una aldea orientada principalmente a la producción de alimentos (agricultura y pastoreo). El advenimiento de

condiciones de humedad a partir de 2500 años A.P. (Garralla 1999; Sampietro y Sayago 1998) habría favorecido el afianzamiento de estos extensos grupos productores de alimentos. Durante el 1º milenio D.C. las aldeas florecieron en todo el sector de valles y quebradas del NOA. Para el caso de QDLC es llamativo que las ocupaciones no se extendieran más allá de 1500 años A.P., máxime teniendo en cuenta que las aldeas del patrón Tafí se caracterizaron por haber persistido durante cientos de años hasta finales del 1º milenio D.C. Otra distinción que presenta QDLC es la separación física entre zonas residenciales y productivas a diferencia de otras aldeas.

Con la información disponible, hacia 1500 años A.P. hubo una clara interrupción en las ocupaciones de la aldea de Puesto Viejo. Esta quebrada en general habría sido abandonada, en contraposición con lo registrado para áreas próximas de menor altitud donde las ocupaciones humanas no se interrumpieron (valle de Tafí, por ejemplo). Por el momento, la hipótesis que mejor explica esta desocupación de la quebrada se relaciona con el impacto negativo que habría ocasionado la caída de cenizas producida por un evento volcánico cuya investigación se encuentra en curso.

Por último diremos que la Quebrada de Los Corrales fue un área donde ocurrieron importantes cambios en términos socio-económicos a partir del Holoceno medio, los cuales tienen un correlato armónico con los procesos que operaron a una escala mayor dentro del NOA.

AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones se implementaron en el marco de proyectos subsidiados por el Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Tucumán, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y el CONICET.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arreguez, G. y N. González Díaz
2007 Uso de recursos vegetales en un sitio prehispánico de altura: Cueva de los Corrales 1 (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *Primeras Jornadas de Jóvenes Investigadores UNT-AUGM*:89. Tucumán.

Arreguez, G. A., C.M. Gramajo Bühler y N. Oliszewski
2010 Utilización de recursos vegetales alimenticios en sitios arqueológicos de altura. El caso de Cueva de Los Corrales 1 (El Infiernillo, Tafí Del Valle, Tucumán, Argentina). En *La arqueometría en Argentina y Latinoamérica*, editado por S. Bertolino, G.R. Cattaneo, A. D. Izeta y G. Castellano, pp. 211-218. Editorial de la FFyH (UNC). Córdoba.

Arreguez, G., J. Martínez, N. Oliszewski y G. Ponessa
2013 La problemática de recuperación de macrorrestos arqueobotánicos de tamaño pequeño. El caso de las amarantáceas/quenopodiáceas en sitios arqueológicos del Holoceno Medio y Tardío del noroeste argentino. En prensa en *Avances y desafíos metodológicos en arqueobotánica: miradas consensuadas y diálogos compartidos desde Sudamérica*, editado por C. Belmar y V. Lema.

Aschero, C. y E. Ribotta
2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle,* editado por P.Arenas, B. Manasse y E. Noli, pp. 79-9. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Babot, M. del P.
2004 Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste prehispánico. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
2007 Granos de almidón en contextos arqueológicos: posibilidades y perspectivas a partir de casos del Noroeste argentino. En *Investigaciones arqueobotánicas en Latinoamérica: estudios de casos y propuestas metodológicas*, editado por B. Marconetto, M. Babot y N. Oliszewski, pp. 95-126. Editorial FFyH (UNC). Córdoba.

Babot, M. del P. y C. Apella
2007 Aproximación al proceso de producción de alfarería en el Área Valliserrana de Tucumán, Argentina: un análisis de mezclas pigmentarias y coberturas cerámicas. *En Cerámicas arqueológicas. Perspectivas arqueométricas para su análisis e interpretación*, editado por B. Cremonte y N. Ratto, pp. 13-26. Editorial UNJu. San Salvador de Jujuy.

Baied, C. y C. Somonte
2013 Mid-Holocene geochronology, palaeoenvironments, and occupational dynamics

at Quebrada de Amaicha, Tucuman, Argentina. *Quaternary International* 299:80-89.

Berberián, E. y L. Giani
2001 Organización intrasitio y macroespacial en el Formativo del valle de Tafí (Tucumán). *XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (1):409-415. Córdoba.

Berberian, E. y A. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa Formativa del Valle de Tafí (Pcia. de Tucumán - República Argentina). En *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*, editado por E.E. Berberián, pp. 21-51. Córdoba.

Binford, L.
1979 Organization and formation processes: looking at curated technologies. *Journal of Anthropological Research* 35:255-273.

Bourdieu, P.
1977 Outline of a Theory of Practice. Cambridge University Press, Cambridge.

Canals Frau, S.
1956 Algunos aspectos de la cultura de Agrelo (Prov. de Mendoza). *Anales de Arqueología y Etnología* 12:7-18.

Canals Frau, S. y J. Semper
1956 La Cultura de Agrelo (Mendoza). *Runa* II (2):169-187.

Caria, M., J. Martínez y N. Oliszewski
2006 Geomorfología y Arqueología de la Quebrada del río de Los Corrales (El Infiernillo-Tafí del Valle-Tucumán-Argentina). *III Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología* (1):145-154. Córdoba.

Caria, M., J. Martínez y N. Oliszewski
2009 Los geoespacios arqueológicos durante el Holoceno Superior en la Quebrada del río de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán, Argentina). En *Geomorfología y cambio climático,* compilado por J. Sayago y M. Collantes, pp 145-162. Instituto de Geociencias y medioambiente (INGEMA) Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán.

Caria, M., N. Oliszewski, J. Gómez Augier, M. Pantorrilla y M. Gramajo Bühler
2010 Formas y espacios de las estructuras agrícolas prehispánicas en la Quebrada del río de Los Corrales (El Infiernillo-Tucumán). En *Arqueología de la agricultura: casos de estudio en la región andina argentina*, editado por M. Korstanje y M. Quesada, pp. 144-165. Magna. Tucumán, Argentina.

Carrizo, J., N. Oliszewski y J.G Martínez
2003 Macrorrestos vegetales del sitio arqueológico Cueva de los Corrales (El Infierni-

llo, Tafí del Valle, Tucumán). *Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales.* 5 (2):253-260.

Chocobar, F. y M. Corbalán
2005 Las estructuras arqueológicas olvidadas de Casa Machado. En *Serie Monográfica y Didáctica* (45):13. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. UNT. Tucumán.

Cigliano, E. M.
1968 Panorama General de las industrias precerámicas en el NO Argentino. *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* III:339-344. Buenos Aires.

Cortés, L. I.
2010 Cuerpos en contraste: reflexiones sobre el tratamiento de los difuntos en dos entierros de 3000 años A.P. (valle del Cajón, noroeste argentino) *Revista del Museo de Antropología* 3:5-12.

Cremonte, M. B.
1996 Investigaciones Arqueológicas en la Quebrada de la Ciénaga (Dpto. Tafí, Tucumán). Tesis Doctoral sin publicar, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires.

Cruz, H.
2013 Prácticas y relaciones sociales en contextos de canteras de la Quebrada de los Corrales entre el *ca.* 2000-1000 AP (El Infiernillo, Tucumán. Tesis de grado no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Tucumán.

Cruz, H., E.Mauri y J.G. Martínez
2009 Reconocimiento de fuentes de aprovisionamiento prehispánicas de materias primas líticas en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán, Argentina). *Serie Monográfica y Didáctica*, FCN-UNT (48):11. Tucumán.

Di Lullo, E.
2010 El Espacio Residencial Durante el 1er Milenio d.C. en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). Tesis de grado no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
2012 La casa y el campo en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán): reflexiones sobre la espacialidad en el 1º milenio D.C. *Comechingonia* 16:85-104.

Funes Coronel, J.
2007 Caracterización del conjunto lítico del sitio Cueva de Los Corrales 1 (CC1), El Infiernillo, Tucumán. *Primeras Jornadas de Jóvenes Investigadores UNT-AUGM*:90. Tucumán.

García Salemi, M. y P. Durando
1985 Sobre cronologías y paleoclimas en la quebrada de Amaicha. *Centro de Estudios Regiones Secas* 2(2):45-57.

Garralla, S.
1999 Análisis polínico de una cuenca sedimentaria en el Abra del Infiernillo, Tucumán, Argentina. *Actas del I Congreso de Cuaternario y Geomorfología* I:78-88. La Pampa.

Giani, L. y E. Berberián
1999 Consideraciones acerca de la variabilidad formal en el diseño de las plantas de arquitectura en el NOA durante las etapas Formativa y de Desarrollos Regionales. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I:83-88. La Plata.

Gómez Augier, J.
2005 Geoarqueología y patrones de ocupación espacial en el sitio El Observatorio. Ampimpa, Dpto. Tafí del Valle, Tucumán, República Argentina. Tesis de Grado no publicada. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lilo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Gómez Augier, J. y M. Caria
2012 Caracterización arquitectónica y espacial de los complejos habitacionales y productivos del sitio El Divisadero (Cumbres Calchaquíes-Tucumán). *Comechingonia* 16:105-127. Córdoba.

Gómez Augier, J.P., N. Oliszewski y M. A. Caria
2008 Altitude cultivation: phytolith analysis in archaeological farming structure of Quebrada del Río de Los Corrales site (El Infiernillo, Tucumán, Argentina). *International Meeting on Phytolith Research. 4th Southamerican Meeting Phytolith Research*:64, Mar del Plata.

Gil, A.C.
2006 Métodos e Técnicas de Pesquisa Social 5. ed. São Paulo:Atlas, Brasil.

Gramajo Bühler, C. M.
2007 Caracterización y descripción taxonómica del contenido del mortero 5b1 del sitio Cueva de Los Corrales 1. *Serie Monográfica y Didáctica* FCN-UNT (46):35. Tucumán.
2009 Primera Caracterización del Conjunto Cerámico de La Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Serie Monográficas y Didácticas* FCN - UNT (48):121. Tucumán.
2011 Utilización de Recursos Vegetales en Cueva de Los Corrales 1 (El Infiernillo, Tucumán). Análisis de Macrorrestos Proveniente de Morteros. Tesis de grado no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IMl, Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán.

Gramajo Bühler, C. M. y M. M. Pantorrilla Rivas
2013 La cerámica fragmentaría de quebrada de los corrales (El Infiernillo, Tucumán, Argentina). XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina pp 437. La Rioja.

Hocsman, S., C. Somonte, M.P. Babot, A.R. Martel y A. Toselli
2003 Análisis de materiales líticos de un sitio a cielo abierto del área valliserrana del NOA: Campo Blanco (Tucumán) *Cuadernos* 20:325-350.

Lagiglia, H.
1977 Arqueología y ambiente natural de los valles del Atuel y Diamante. PhD dissertation. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.

Lavallée, D.
2006 Secuencias y consecuencias de algunos procesos de neotilización en los Andes Centrales. *Estudios Atacameños* 32:35-41.

Manasse, B.
2002 Una historia alternativa sobre elpasado prehispánico del valle de Tafí. En Producciones científicas NOA 2002. San Fernando del Vale de Catamarca. SEDECYT-UNCA.

Martínez, J. G., E. Mauri, C. Mercuri, M. A. Caria y N. Oliszewski
2011 Ocupaciones humanas tempranas en el centro-oeste de Tucumán… hay vida más allá del Formativo. En *Poblaciones humanas y ambientes en el Noroeste argentino durante el Holoceno medio*, editado por M. Mondini, J. Martínez, H. Muscioy B. Marconetto, pp. Córdoba, UNCA.

Martínez, J.G., E. Mauri, C. Mercuri, M. Caria y N. Oliszewski
2013 Mid-Holocene human occupations in Tucumán (Northwest of Argentina). *Quaternary International. Human populations and environments during the mid-Holocene in the South-Central Andes,* en prensa.

Mercuri, C. y E. Mauri
2013 El 1º Milenio de la Quebrada de Los Corrales desde los materiales Líticos: análisis del conjunto de PV2 Estructura 1. XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina pp. 347. La Rioja.

Muntaner, A.
2012 Vida y muerte en Puesto Viejo 1: Estudio de un entierro humano del 1º milenio en La Quebrada de los Corrales, El Infiernillo, Tucumán. Tesis de Grado, no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Nielsen, A.
2001 Evolución del espacio doméstico en el norte de Lípez (Potosí, Bolivia): *ca.* 900-1700 d.C. *Estudios Atacameños* 21:41-62.

Núñez Regueiro, V.A. y J. García Azcárate
1996 Investigaciones arqueológicas en El Mollar, Dpto. tafí del Valle, Pcia. de Tucumán *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXV:87-98.

Oliszewski, N.
2008 Metodología para la identificación subespecífica de maíces arqueológicos. Un caso de aplicación en el noroeste de argentina. En *Arqueobotánica y Teoría Arqueológica. Discusiones desde Suramérica,* editado por S. Archila, M. Giovannetti y V. Lema, p. 181-202. Uniandes- Ceso. Bogotá.
2009 El recurso maíz en sitios arqueológicos del noroeste argentino: el caso de la Quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán. *Treballs d'Etnoarqueologia (*7):83-96, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Madrid.
2011 Ocupaciones prehispánicas en la Quebrada de los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (*ca.* 2500-600 años AP). *Comechingonia* 14:155-172.

Oliszewski, N., G. Arreguez, H. Cruz, E. Di Lulo, M. Gramajo Bühler, E. Mauri, M. Pantorrilla Rivas y M.G. Srur
2010a Puesto Viejo: una aldea temprana en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (4):1697-1702. Mendoza.

Oliszewski, N., M. Gramajo Bühler, E. Mauri, G. Míguez, A. C. Muntaner y M. Pantorilla Rivas
2010b Caracterización de un enterratorio humano en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Intersecciones en Antropología* 11:315-319.

Oliszewski, N. y M. del P. Babot
2013 Procesos de selección del poroto común en los valles altos del noroeste argentino en tiempos prehispánicos. Análisis micro y macroscópico de especímenes arqueobotánicos. En prensa en *Avances y desafíos metodológicos en arqueobotánica: miradas consensuadas y diálogos compartidos desde Sudamérica*, editado por C. Belmar y V. Lema.

Oliszewski, N., M.A. Caria y J.G. Martínez
2013 Aportes a la arqueología del noroeste de Argentina: el caso de la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). En prensa en *Materialidades. Perspectivas actuales en cultura material*.

Oliszewski, N., J. G. Martínez y M. A. Caria
2008 Ocupaciones prehispánicas de altura: el caso de Cueva de los Corrales 1 (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 33:209-221.

Olivera, D.
1997 La importancia del recurso Camelidae en la Puna de Atacama, entre los 10.000 y 500 años A.P. *Estudios atacameños* 14:29-41.

1998 Cazadores y Pastores Tempranos de la Puna Argentina. En Past and Present in Andean Prehistory and Early History, Etnologiska Studier, editado por S. Ahlgren, A. Muñoz, S. Sjödin y P. Stenborg, pp. 153-180. Etnografiska Museer, Göteborg.
2006 Recursos Bióticos y Subsistencia en Sociedades Agropastoriles de la Puna Meridional Argentina. *Comechingonia* 9:19-55.

Olivera, D. y M. Podestá
1995 Art resources: rock art and formative settlement-subsistence systems in the argentine meridional Puna. En *Andean Art: Visual Expression and its Relation to Andean Beliefs and Values*, editado por P. Dransart, pp. 265-301. Worldwide Archaeology Series, Glasgow.

Palamarczuk, V., R. Spano, D. Magnífico, F. Weber, S. López y M. Maniasiewicz
2007 Soria 2. Apuntes sobre un sitio temprano en el Valle de Yocavil, Catamarca, Argentina. *Intersecciones en Antropología* 8:121-134.

Pérez de Micou, C.
1999 *La recolección vegetal y la paleoetnobotánica en Patagonia y Puna. En Los Tres Reinos: Prácticas de Recolección*, editado por C. Aschero, M. Korstanje y P. Vuoto, pp. 121-128. Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Salazar, J.
2011 Asentamientos residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el valle de Tafí, Provincia de Tucumán. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Salazar, J. y V. L. Franco Salvi
2009 Una mirada a los entornos construidos en el valle de Tafí, Tucumán (1-1000 AD). *Comechingonia* 12:91-108.

Sampietro, M. y M. Sayago
1998 Aproximación geoarqueológica al conocimiento del sitio arqueológico "Río Blanco", Valle de Tafí, Tucumán, Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17:257-273.

Sampietro, M. M. y M. Vattuone
2005 Reconstruction of activity areas in northwest Argentina. En *Geoarchaeology: An International Journal* Vol.20, editado por Wiley Periodicals, Inc., pp. 337-354.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L.I. Cortés, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. Izeta
2009 Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV:249-272.

Scattolin, M. C., F. Bugliani, A. Izeta, M. Lazzari, L. Pereyra Domingorena y L. Martínez
2001 Conjuntos materiales en dimensión temporal. El sitio formativo "Bañado Viejo" (Valle de Santa María, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVI:167-192.

Scattolin, C. y J. Gero
1999 Consideraciones sobre fechados radiocarbónicos de Yutopián, Catamarca, Argentina. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* III:352-357.

Somonte, C.
2002 El uso del espacio y la producción y/o descarte de materiales líticos en la Quebrada de Amaicha del Valle, Pcia. de Tucumán.. Tesis de Grado no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
2009 Tecnología Lítica en Espacios Persistentes de Amaicha del Valle (Tucumán). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.

Somonte, C. y C. Baied
2011 Recursos líticos, aprovisionamiento y aspectos temporales de fuentes de abastecimiento en Amaicha del Valle, Tucumán, Argentina. *Comechingonia* 14:97-114.

Srur, G.
2009 Estudio zooarqueológico en el sitio Cueva de los Corrales 1 (quebrada de Los Corrales, Tafí del valle, provincia de Tucumán). *VIII Jornadas de Jóvenes investigadores en Ciencias Antropológicas del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*. Buenos Aires.

Tarragó, M.
1999 El formativo y el surgimiento de la complejidad en el noroeste argentino. En Formativo sudamericano: una revaluación, editado por P Ledergerber-Crespo, pp. 302-313. Abya-Yala, Ediciones, Texas.

Vaquer, J. M.
2007 De vuelta a la casa. Algunas consideraciones sobre el espacio doméstico. En *Procesos Sociales Prehipánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, Editado por A. Nielsen, M.C. Rivolta, V. Seldes, M.M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 11-35. Colección Historia Social Precolombina, 1., Editorial Brujas, Córdoba.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Cambios y continuidades en la arqueología del Período Formativo – 81-110

PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN SOCIAL DURANTE EL PRIMER MILENIO EN EL VALLE DE TAFÍ

Julián Salazar*
Valeria Franco Salvi**

ABSTRACT

This paper analyzes the social reproduction strategies of the agents that built and dwelled in Tafí valley villages during the first millennium AD. Drawing upon the study of village landscape, house compounds and crop-growing structures, we aim at demonstrating that social phenomena regarding either the clustering or the scattering of settlements could be explained as resulting from the practices of competitive extended households within segmentary identity frameworks. The inclusion of new agents with change and agency faculties in the analysis of historical processes allows revising previously proposed period categorization for the study area.

***Keywords**: Archaeology – Social Reproduction – Landscape – Temporality*

* CONICET. Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti (Córdoba) . Profesor Asistente de la Cátedra de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Humanidades, U.N.C.
Email: jjsalba@hotmail.com
** CONICET. Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti (Córdoba). Profesora Asistente de la Cátedra de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Humanidades, U.N.C.
Email: valeriafrancosalvi@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Durante el primer milenio y quizás desde unos siglos antes del inicio de la Era Cristiana, el valle de Tafí fue ocupado por poblaciones que subsistían de la agricultura y el pastoreo con un sistema de asentamiento sedentario caracterizado por la instalación de unidades residenciales y estructuras productivas distribuidas en el paisaje tanto de manera dispersa como concentrada.

Debido a la visibilidad y relevancia del registro arqueológico correspondiente a este periodo, distintos investigadores construyeron a lo largo del siglo XX diversas miradas que pretendieron dar cuenta de este dilatado proceso histórico. En las últimas décadas se constituyeron numerosas narrativas del pasado aunque se pueden destacar dos relatos integrales y sistematizadores, que se contextualizan dentro de modelos integradores utilizados en el resto del NOA (Noroeste argentino) y en otros sectores del área Andina.

En primer lugar, un modelo ecológico cultural (Berberián y Nielsen 1988) en el cual los agentes sociales fueron fundidos en totalidades mayores y se consideraron ejecutores de conductas en arreglo a las necesidades funcionales del sistema. Dentro de las expectativas de esta propuesta, se suponía la existencia de dos sistemas de asentamiento que se habrían sucedido en el tiempo: el más temprano se caracterizaba por la presencia de sitios residenciales dispersos y poco especializados, que daban cuenta de una baja demografía y una producción relativamente extensiva. El más tardío, habría respondido a una reconfiguración del uso del espacio a nivel valle, estableciéndose núcleos aldeanos concentrados y sectores productivos especializados. Este sistema caracterizaría a una sociedad que habría incrementado la complejidad de su organización, en respuesta quizás a cierto estrés generado por condicionantes demográficos y/o ambientales.

En segundo término una propuesta neoevolucionista que enfatizaba las estrategias y acciones de ciertas elites cuyos comportamientos habrían estado en la base del surgimiento de la desigualdad social y la centralización política. Estas posturas proponían que ciertos sectores de la sociedad, a través de sus prácticas y sobre todo de sus decisiones, eran los que estructuraban los procesos históricos. Tartusi y Núñez Regueiro (1993, 2001), por ejemplo, formularon una nueva visión de la aparición de la desigualdad social en el desarrollo sociocultural del Noroeste argentino. Sostuvieron que a través del primer milenio de la Era habrían ido surgiendo polos de desarrollo generados por la acción y negociaciones de elites, que tenían la capacidad de gestionar y redistribuir excedentes generados por la creciente eficiencia de las técnicas productivas y la incorporación de variedades de maíz con mayor rendimiento. En principio, habrían existido varias jefaturas incipientes, no unificadas, organizadas en torno al poder religioso y político materializado en los centros ceremoniales, como los que se registraron en el valle de Tafí y en el Campo del Pucará. Legitimadas por la utilización de cierto repertorio ideológico compartido, que a su vez les permitía incluirse en redes de interacción macro-regionales, algunas de estas elites habrían logrado el progresivo eclipsamiento de polos locales, bajo la órbita de centros cada vez más influyentes, proceso que habría desembocado en la Integración Regional, bajo lo que se conoce como Aguada, con centro principal en el valle de Ambato.

Estas dos alternativas configuraron un paisaje teórico con una serie de contradicciones entre determinismos de factores externos a la sociedad y la existencia de agencias cuya naturaleza era construir centros de poder, entre la determinación externa sobre las prácticas

y la libertad de acción de sujetos racionales buscadores de prestigio. Sin embargo también tuvieron algunas concordancias en sus expectativas. Ambas posturas esperaban una fuerte ruptura en el registro arqueológico y en las prácticas que lo habían generado hacia mediados del primer milenio y, a la vez, suponían un progresivo incremento de la complejidad social y la integración.

En este contexto, definido por fuertes contradicciones, consideramos que podría ser provechoso retomar propuestas mediadoras como la de la teoría de la práctica de Bourdieu, la cual intenta escapar tanto al determinismo estructuralista, como al voluntarismo total del individuo, para estudiar las prácticas y el cambio social, girando su mirada hacia las relaciones recursivas entre la práctica y las estructuras (Bourdieu 2002). En este sentido, no existe un fundamento fenoménico para considerar la historia y la estructura como alternativas excluyentes. La historia está fundada en la estructura, ordenación sistemática de las circunstancias contingentes, del mismo modo que la estructura resulta ser en sí misma histórica ya que, en la acción, las categorías por las cuales se orquesta un mundo recogen cierto contenido empírico nuevo que las actualiza y transforma (Sahlins 1985).

Estas ideas generales formuladas originalmente en el campo de la sociología fueron incorporadas a la arqueología a partir de la última década del siglo XX (para una introducción a este tipo de enfoques ver Dobres y Robb 2000 y Pauketat 2001) dentro de lo que se conoce como arqueología de la práctica y aplicadas en distintos proyectos de investigación que se preocuparon por las relaciones dialécticas entre estructuras y prácticas de agentes sociales en el NOA y la variabilidad de los procesos en distintos contextos. Dentro de este marco de pensamiento, una propuesta reciente englobó los procesos vividos por los habitantes del valle de Tafí durante el primer milenio D.C. en un área de interacción más amplia, pero separada de los procesos del sur y oeste de la Valliserrana, conformada por las Selvas Occidentales del sur, el valle de Tafí, la cuenca Tapia-Trancas, el valle del Cajón, Yocavil y el sur del valle Calchaquí, proponiendo tres fases cerámicas para el primer milenio[1]. Este considerable intento por construir un modelo cronológico para un gran espacio del NOA, que siempre había recibido las pautas cronológicas extrapoladas de otros sectores, se mantiene aún como una propuesta tentativa y requiere, sobre todo, de la búsqueda de indicadores más amplios de modificaciones en las prácticas a través de estos distintos momentos. También habría que considerar si estas fases pueden alcanzar a todas las áreas propuestas. En el caso de Tafí, algunos de los indicadores temporales clave, como la cerámica Vaquerías, no tienen una gran presencia salvo en algunos casos puntuales.

Todos estos aportes marcan una clara dificultad para resolver la cronología de los procesos sociales vividos por los pobladores del valle de Tafí y de otros espacios aledaños, que pueden

[1] Scattolin (2004, 2007) propuso la existencia de tres fases distintas, determinadas en base al estudio de un sitio estratificado del valle de Yocavil, Bañado Viejo, y del análisis estilístico de colecciones de cerámicas depositadas en distintos museos del país y del mundo. La fase Chimpa (100 D.C.-450 D.C.) se caracteriza por la presencia de cerámicas Vaquerías, negras y marrón pulido. Posteriormente, en la fase Bañado (450 D.C.-650 D.C.), comienza a aparecer la cerámica decorada por incisión y se abandonan ciertos estándares, incorporándose otros. Emergen motivos decorativos como los espigados. Finalmente en la fase Colalao (650 D.C.-900 D.C.) se presentan muchas continuidades con la anterior, incluyéndose grupos de pasta naranja y estilos pintados de negro sobre ante o negro y rojo sobre ante. En determinados espacios se registra un tipo polícromo que habría correspondido a lo que se llamó Aguada decadente, por no presentar los motivos clásicos de ese estilo.

haber estado intensamente relacionados. Esta dificultad puede generarse en la falta de trabajos sistemáticos en algunas de esas subáreas, como en las selvas occidentales, o en los escasos análisis de sitios extramuros con estratificaciones de gran profundidad temporal (hasta la actualidad, prácticamente se reduce a Bañado Viejo –Scattolin *et al.* 2001–) pero también puede deberse a los modos temporales en los que se han estructurado las prácticas, las cuales no necesariamente hayan respondido al ritmo de cambios registrado en otros sectores.

La consideración de estas dificultades guió a nuestro proyecto de investigación a reflexionar los cambios y las continuidades en las prácticas sociales utilizando la idea de reproducción social, es decir, el proceso histórico mediante el cual las prácticas de agentes, con predisposiciones generadas en el pasado, pero enfrentados a condiciones novedosas nunca idénticas, actualizan las estructuras preexistentes replicándolas y transformándolas (Sahlins 1985; Bourdieu 2002). Resulta de gran interés pensar a las estrategias de reproducción en términos de genealogías de prácticas tratando de interpretar las lógicas culturales y los modos en que esas lógicas permiten afrontar situaciones y esas situaciones las modifican en el tiempo, es decir, ver en cada momento cómo el pasado ineludible y el presente irreducible se articulan en el devenir histórico, es decir, cómo la sociedad se reproduce.

La investigación que se presenta intentó dilucidar las estrategias de reproducción social de los agentes que construyeron y habitaron las aldeas del primer milenio del Valle de Tafí. Básicamente se analizó cómo fue posible que se estructurara un modo de producción y de vida, una manera de relacionarse con el resto de los agentes sociales y con la naturaleza poniendo la mirada en las prácticas de personas construidas como tales a través de procesos históricos específicos, es decir, agentes actuando en condiciones objetivas que no surgen de sus decisiones, pero que a su vez no los determinan totalmente.

A través del análisis del paisaje aldeano, los ámbitos residenciales y las instalaciones productivas se intenta demostrar la hipótesis que sostiene que los fenómenos vinculados a la conformación de asentamientos concentrados o a la dispersión de núcleos domésticos en el valle de Tafí pueden ser explicados a partir de las prácticas llevadas adelante por personas constituidas como miembros de grupos domésticos extensos con identidades altamente fragmentadas y competitivas entre sí.

La aplicación de las herramientas de la teoría de la práctica, concebida fundamentalmente como una agenda de investigaciones sociológicas, al campo específico de la arqueología puede resultar dificultosa. Sin embargo, el presupuesto básico de seguir las prácticas de agentes, como locus donde se actualizan las estructuras, da a la arqueología una apertura muy productiva, en tanto la entendemos como el estudio de prácticas sociales a través de su materialidad. Si bien no podemos analizar directamente lo que los agentes dicen que hacen, tenemos acceso (mediado por los procesos postdepositacionales) a los vestigios materiales de lo que ellos hacen. Los "modos de hacer", sus continuidades y cambios en el tiempo pueden ofrecer indicios sobre principios orientadores de las prácticas, intereses, modos de apropiación, de legitimación, etc. Pero, por otro lado, nos abren la puerta a la red material de la vida de las personas que es la que día a día incorpora estructuras duraderas que orientan las acciones, generan principios de cosmovisión, y reproducen esas mismas estructuras por las cuales fueron creadas (Browser y Patton 2004; Hodder y Cessford 2004; Hendon 2010).

Se intentan analizar las estrategias de reproducción social de los agentes que poblaron el valle de Tafí durante el primer milenio D.C., a través del reconocimiento de trayectorias históricas entramadas mediante prácticas que actualizaron los condicionamientos estructurales

del espacio social a la vez que lo transformaron. En estos procesos, que incluyeron tanto cambios como continuidades, cristalizaron y se desintegraron múltiples clases de colectivos o grupos de agregación, que en su conformación también incluyeron a los objetos materiales.

EL ÁREA DE ESTUDIO

El valle de Tafí está ubicado en el noroeste de la Provincia de Tucumán, en la porción noroccidental de la República Argentina (Figura 1). Este espacio podría ser incluido, considerando una combinación de aspectos físicos y rasgos de los procesos históricos prehispánicos, dentro de la Subárea Valliserrana.

Esta investigación tiene como marco espacial el área norte del valle de Tafí, especialmente los sectores de La Bolsa y Carapunco, aunque las problemáticas planteadas deben ser entendidas en un contexto integral. Las razones de la elección de dicho ámbito responden a:

1. Una lógica imposibilidad de abarcar la inmensidad de la ocupación humana correspondiente al primer milenio en este valle.
2. La existencia de un modelo de sistemas de asentamiento (Berberián y Nielsen 1988) que ha descrito suficientemente los modos de apropiación y utilización del espacio, sistematizando información arqueológica y dando cuenta de la variabilidad del registro a nivel superficial, además de reflexionar sobre los condicionantes objetivos de la vida aldeana en el periodo analizado.
3. La existencia de otros proyectos arqueológicos en el resto de los sectores de Tafí, que aportan un marco de comparación integrador (Sampietro 2002; Caria *et al.* 2007; Gómez *et al.* 2007; Duglosz *et al.* 2009; Oliszewski 2011).
4. La presencia en el área seleccionada de numerosas instalaciones que se distribuyen en el paisaje de diversas maneras, lo que hace posible la contrastación de nuestra hipótesis.

EL PAISAJE ALDEANO

La espacialidad, como constructo social, dinámico y heterogéneo, se constituye como un ámbito esencial para el estudio de la producción y reproducción de la sociedad ya que en él se plasma la constante tensión y relación entre las estructuras sociales y las prácticas de los agentes. El estudio del paisaje que se desarrolla tiene en cuenta dos pasos fundamentales, planteados en numerosas propuestas: análisis formal y análisis de percepción. A través del análisis formal se intenta interpretar los diseños (Blanton 1994) con que fueron construidos paisajes y seres en el Valle de Tafí, en el transcurso del primer milenio D.C., poniendo un énfasis específico en el entorno construido en los asentamientos aldeanos concentrados y dispersos. El análisis de percepción (Mañana *et al.* 2002) pretende acercarse a los lugares en términos de la experiencia de sus múltiples habitantes, los aspectos que se resaltan, que se ocultan, los movimientos que se habilitan o se restringen o las divisiones que se generan (Hillier y Hanson 1984; Parker Pearson y Richards 1994; Criado 1999). Estos dos componentes serán contextualizados en los modos de habitar el espacio aldeano e interaldeano.

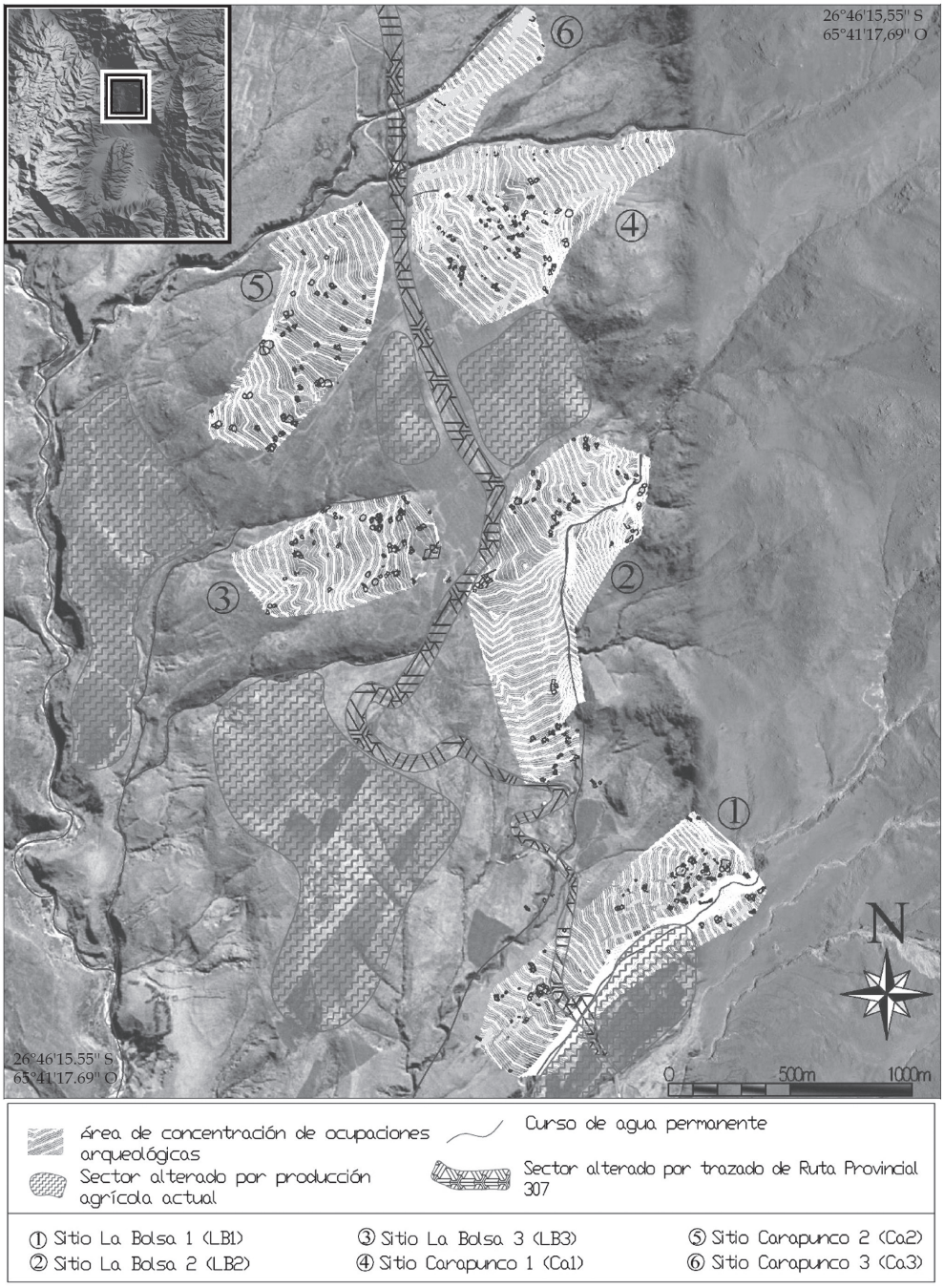


Figura 1. Área de Estudio: Sector norte del Valle de Tafí (Provincia de Tucumán, Argentina).

Posteriormente estos modos se contextualizan en su temporalidad. Se considera que los paisajes aldeanos constituyen palimpsestos, donde se superponen vestigios acumulados de diversas épocas y múltiples agentes. La comprensión de la secuencia de prácticas que ha generado tal superposición requiere de la discriminación de distintos contextos correspondientes a determinados momentos (Bailey 2007). Sin embargo, todos esos componentes también conforman palimpsestos que no pueden ser asociados a un solo momento, a un episodio puntual y congelado. Como sostiene Olivier (1999), siempre vivimos en un paisaje que involucra capas multitemporales. Es decir que todo fenómeno social se construye a partir de relaciones, objetos y personas que refieren a distintos momentos y rememoran determinados hechos (Lucas 2005). Por ello, consideramos, además de la secuencia de construcción y uso del espacio, la persistencia de la materialidad.

EL PAISAJE EN SU ESPACIALIDAD

Con el objetivo de identificar las estructuras arqueológicas y caracterizar las formas que construyeron el paisaje aldeano se realizaron prospecciones pedestres que cubrieron un área total de 10 km² a través de la realización de sucesivas transectas lineales separadas por una distancia de 100m entre sí, las cuales se trazaron en dirección Este-Oeste. Éstas se iniciaron en los puntos de las zonas de ladera de las Cumbres Calchaquíes a partir de los cuales los desniveles comienzan a exceder el 40%, donde las instalaciones son muy escasas, y finalizaron en el curso del río Tafí, colector principal de la zona, que corre en dirección Norte-Sur.

Estas transectas permitieron reconocer el área de manera intensiva, identificando seis sectores de concentración de evidencias arqueológicas. Ellos fueron levantados topográficamente y denominados La Bolsa 1 (LB1), La Bolsa 2 (LB2), La Bolsa 3 (LB3), Carapunco 1 (Ca1), Carapunco 2 (Ca2) y Carapunco 3 (Ca3) (Figura 1).

La caracterización formal de los rasgos arqueológicos superficiales requiere de la utilización de una herramienta heurística que permita un manejo sencillo de la información que se desprende de una gran diversidad de rasgos arqueológicos distribuidos en el espacio. Berberián y Nielsen (1988) propusieron una tipología de estructuras arqueológicas presentes en el valle de Tafí, que resulta útil para sistematizar la variabilidad del registro, considerando algunas modificaciones mínimas. Este sistema está formado por nueve tipos: **T1**: Unidades simples circulares y subcirculares; pequeñas y medianas (2-6m de diámetro); totalmente techables; **T2**: Estructuras simples de planta circular, subcircular y subcuadrangular, grandes (diámetro mayor a 6m); no habrían podido ser techadas en su totalidad. Se interpretan como corrales aunque pueden haber combinado estacionalmente funciones agrícolas; **T3**: Conjuntos arquitectónicos compuestos por un recinto circular de grandes dimensiones (entre 8m y 15m de diámetro), al cual se adosa al menos una habitación de la misma morfología de menor tamaño (entre 2m y 6m de diámetro). En muchos casos la cantidad de estructuras adosadas excede a la decena, y presentan diversidad en su construcción. Conforman espacios residenciales; **T4**: Unidades compuestas por dos o más recintos cuadrangulares grandes adosados. Tienen puertas y pequeños recintos incluidos. Se interpretan como corrales; **T5**: Estructuras destinadas al manejo del agua, tanto almacenaje, distribución y riego, como represas, canales y acequias; **T6**: Estructuras para la protección del suelo, cuya complejidad varía desde unos pocos muros de contención dispuestos paralelamente entre sí y perpendiculares

a la pendiente, hasta sistemas de terrazas y andenes que muestran una tecnología agrícola sofisticada; **T7**: Montículos de elevaciones relativamente poco pronunciadas (en general no mayores a 1m), de morfologías irregulares, dispuestas en la misma dirección de la pendiente. Superficialmente se puede apreciar la presencia en su interior de gran cantidad de rocas, las cuales emergen en casi toda su extensión; **T8**: Montículos de tierra y desechos culturales que presentan una elevación mucho más pronunciada y una morfología más regular, como plantas circulares o elípticas; **T9**: Grupos de molinos de mano fijos (morteros y conanas), de gran variabilidad de formas y tamaño (desde pequeños morteros de 5cm de diámetro y 3cm de profundidad hasta grandes cavidades de 40 cm de diámetro en su boca y más de 40 cm de profundidad), que se disponen sobre bloques o afloramientos rocosos al aire libre.

La Bolsa 1. El sector La Bolsa 1 (LB1) se ubica sobre un glacís cubierto cuya pendiente promedio es del 10%, presentando algunos sectores con pendientes del 15% y amplios planos menores al 8%. En su totalidad abarca unas 50ha.

La instalación está conformada por numerosas unidades residenciales, T3, y un complejo sistema de estructuras agrícolas entre las cuales se destacan un canal para el manejo del agua, aterrazamientos, montículos de despedre, muros de contención del suelo, cuadros de cultivo y áreas de molienda extramuros. La configuración arquitectónica más destacada en el sector superior de esta instalación son las unidades T3, es decir, los conglomerados. En segundo lugar se aprecia, entre las instalaciones residenciales, la presencia de parcelas de cultivo consistentes en cuadros, canchones y campos aterrazados. El sector medio e inferior del asentamiento está conformado casi exclusivamente por áreas de producción agrícola. Finalmente se destacan grandes conjuntos estructurales incluidos dentro del tipo T4, especialmente en las cotas superiores de este sector.

La Bolsa 2. El sector La Bolsa 2 (LB2) se ubica en un amplio sector de los faldeos de las Cumbres Calchaquíes en torno a un arroyo que corre en dirección norte sur. Está emplazado sobre un glacís cubierto cuya pendiente varía bastante, entre el 10% y el 30%. En su totalidad abarca unas 52ha., aunque se observan en su planta grandes espacios vacíos, diferenciándose en este aspecto a LB1.

Está conformado por numerosas concentraciones de estructuras arqueológicas superficiales, especialmente unidades T3 y un sistema de espacios de producción agrícola formados por aterrazamientos, montículos de despedre, líneas de contención, cuadros de cultivo y áreas de molienda extramuros. Se destaca en esta instalación la presencia de una serie de estructuras de manejo del agua y, de manera aislada, un montículo de tierra de grandes dimensiones.

La Bolsa 3. El sector La Bolsa 3 (LB3) involucra predominantemente estructuras residenciales y está emplazado sobre un glacís cubierto cuya pendiente promedio es menor al 10%. En su totalidad abarca unas 30ha. Está conformado por numerosas unidades residenciales T3, algunas estructuras circulares grandes aisladas, conjuntos compuestos por edificaciones de planta rectangular y, en la porción inferior, varios espacios de producción agrícola.

Carapunco 1. El sector Carapunco 1 (Ca1) involucra distintas configuraciones espaciales que remitirían a múltiples funcionalidades, presentando un sector de residencia, un espacio de

producción agrícola y una concentración de corrales en las cotas más altas. Se emplaza sobre un glacís cubierto cuya pendiente promedio es del 10%, presentando algunos sectores con pendientes superiores al 35% y amplios planos menores al 8%. En su totalidad abarca unas 46ha.

Está conformado por numerosas unidades residenciales y un complejo sistema de estructuras agrícolas entre las cuales se destacan aterrazamientos, montículos de despedre, líneas de contención y cuadros de cultivo y áreas de molienda extramuros además de una estructura de manejo del agua, que encierra la salida de una vertiente natural.

Carapunco 2. El sector Carapunco 2 (Ca2) se emplaza sobre un glacís cubierto cuya pendiente promedio es menor al 10%, presentando algunos sectores con pendientes del 15% y amplios planos menores al 8%. En su totalidad abarca unas 42ha. Está conformado por numerosas unidades residenciales distanciadas entre sí, y un complejo sistema de estructuras agrícolas entre las cuales se destacan aterrazamientos, montículos de despedre, líneas de contención, cuadros de cultivo y áreas de molienda extramuros.

Carapunco 3. El sector Carapunco 3 (Ca3) comprende una instalación predominantemente agrícola. Emplazado sobre un glacís cubierto, cuya pendiente promedio es del 17%, abarca unas 10ha, densamente ocupadas por estructuras productivas. Está conformado por numerosos y grandes montículos de despedres de forma alargada, que varían entre unos 40 m y 180 m de longitud. Como en otros asentamientos analizados se disponen en la misma dirección de la pendiente. En asociación directa a estas acumulaciones rocosas, generadas durante la limpieza de los campos agrícolas, se construyeron numerosas estructuras lineales de retención del suelo, dispuestas en forma perpendicular a la dirección de la pendiente. Complementariamente se reconocieron una serie de recintos. Son simples y se disponen de manera asociada a las parcelas de cultivo, por lo que se las interpreta como puestos de control de la producción o lugares de almacenaje de herramientas y productos.

Los trabajos de prospección y relevamiento realizados posibilitaron tener un profundo conocimiento de los asentamientos de este sector. El levantamiento planialtimétrico ha brindado una cartografía arqueológica de una superficie total de 230 ha. En las seis áreas de concentración de evidencias arqueológicas se han detectado diversos sectores que responden a distintas configuraciones espaciales, más o menos concentradas y orientadas hacia cierto tipo de funciones o actividades más que a otras (Tabla 1).

Tabla 1. Variabilidad de estructuras detectadas en superficie en el área de estudio (Cantidades expresadas en números de estructuras)

Sitio	Sup.	T1	T2	T3	T4	T5	T6	T7	T8	T9
LB1	50 ha	20	3	22	4	2	65	18	-	7
LB2	52 ha	10	-	22	5	-	12	7	1	5
LB3	30 ha	5	14	12	4	1	33	4	-	8
Ca1	46 ha	15	8	12	7	2	46	14	-	-
Ca2	42 ha	7	5	23	7	-	34	3	-	5
Ca3	10 ha	5	3	-	1	-	30	14	-	-
Total	230 ha	62	33	91	28	5	210	60	1	25

Esas distintas configuraciones podrían ser clasificadas a través de la utilización de una tipología de asentamientos. Se podría sostener que los sitios más pequeños, más dispersos y de actividades más diversificadas corresponden a tipos diferenciados de los más concentrados, extensos y especializados (Berberián y Nielsen 1988). Sin embargo el análisis de este paisaje aldeano muestra gran continuidad en los modos de diseñar, construir y habitar el espacio, continuidad que disuelve la existencia de tipos de asentamientos y lleva a pensar en una modalidad paisajística, definida por el crecimiento espontáneo generado por unidades sociales fragmentarias.

El estudio intensivo de las evidencias superficiales permite considerar que el paisaje fue apropiado de manera continua y sin límites internos suficientemente claros. Los "sitios", difícilmente se puedan separar uno de otro, ya que nunca llega a haber una disgregación clara entre las últimas estructuras presentes en uno y las primeras de otro. En la mayor "periferia" de un yacimiento siempre se tiene proximidad con nuevas estructuras. Los poblados no presentan en ningún caso conocido estructuras perimetrales como murallas, que permitan pensar en una clara separación entre uno y otro. No se puede definir en ningún caso un espacio interior y otro exterior de los sitios. Las aldeas, si es que se puede hablar en algún caso haciendo referencia a este término como una unidad espacial y social no parecen tener confines. Fueron diferenciadas por constituir espacios de mayor concentración de estructuras residenciales. Tampoco parece haber acceso y circulación restringidos o controlados.

No se distingue en los asentamientos la existencia de lugares centrales que se constituyan en los jalones que ordenan el espacio. No hay plazas o ámbitos públicos que permitan considerar un patrón centrípeto de crecimiento. El hallazgo de un montículo, que posiblemente constituyó el escenario para la realización de actividades comunitarias, refuerza esta idea, dadas las condiciones de su emplazamiento y las características constructivas. El mismo se encuentra en un lugar externo a todos los asentamientos, es de fácil acceso y no tiene ninguna estructura residencial asociada, ni siquiera en espacios cercanos. Quizás el entorno donde se realizaron determinadas reuniones, festejos o rituales, que involucraban a varias familias, no era controlado por ningún grupo en particular, al menos la configuración del paisaje no se diseñó para que se favoreciera algún tipo de control de acceso, visibilidad o proximidad. Tampoco este rasgo ejercía algún tipo de control sobre espacios residenciales.

Por el contrario, las *unidades tipo 3*, son las que parecen instalarse como múltiples nodos en torno a los cuales se estructura la vida de los grupos. Estas edificaciones se destacan visualmente en el paisaje, incluso en la actualidad, debido a sus altos y gruesos paramentos de granitos y por el uso de grandes muros de contención del suelo, construidos en las tareas de nivelación del terreno. También conocidas como viviendas "patrón Tafí" se repiten de manera casi invariable en todos los espacios analizados. Este es el rasgo más recurrente del patrón aldeano registrado en el área de estudio y, podría decirse, de numerosos espacios del área Valliserrana a través del primer milenio D.C.

Dichas unidades se constituyen como conjuntos paisajísticamente aislados de sus vecinos más próximos. Cada uno de estos conjuntos conforma una célula destacada por sí misma. Distanciados por espacios libres, construidos con gruesos muros de piedra que limitan grandes superficies, se constituyen como bloques que marcan el paisaje. La aldea se presenta a la mirada del observador como una suma de unidades residenciales y no como un conjunto integrado de edificaciones. Las distancias entre las unidades más próximas varían entre 2 m y 100 m. Sin embargo, los compuestos residenciales de este tipo se mantienen, en todos

los casos, disgregados entre sí. Cada uno, visto desde el exterior, constituye una unidad distanciada del resto. Además, también conforman hacia el interior una unidad integrada y disgregada de las vecinas.

La disposición de las construcciones posibilita un tránsito en los sitios bastante libre, el cual no se ve restringido por umbrales que haya que atravesar necesariamente para trasladarse de un lado a otro. La separación entre unidad y unidad posibilita que cada una tenga acceso al exterior de manera directa y, de la misma forma, que quien se dirige hacia ellas desde fuera no deba atravesar otros lugares intermediarios.

La distribución general de la totalidad de estructuras no presenta jerarquización ni organización en torno a lugares o construcciones ordenadoras del espacio. Contrariamente los conglomerados residenciales parecen haberse construido independientemente, configurando un trazado de crecimiento espontáneo. Cada una parece irse acomodando al espacio disponible, siempre manteniendo su distanciamiento, pero sin seguir algún tipo de orden preestablecido.

El segundo rasgo superficial que se observa como preponderante en el paisaje aldeano son los *espacios agrícolas*. Las parcelas también evidencian cierta fragmentación: no hay extensos espacios de cultivo, sino más precisamente limitadas superficies de tierra materialmente acotadas, tanto por la presencia de estructuras rectangulares o subcirculares que conforman canchones o cuadros de cultivos, como con la instalación de aterrazamientos y muros de contención perpendiculares a montículos de despedres.

Las superficies agrícolas que se constituyen nunca superan los 350 m^2 a 400 m^2 y siempre se emplazan a distancias no mayores a los 500 metros de las unidades residenciales. Si bien resultaría arriesgado suponer qué agentes o en qué modo se gestionan dichas parcelas, se podría proponer que las dimensiones de las mismas responden a escalas fragmentarias, y su materialidad hace que sean fácilmente distinguibles y diferenciables de otros campos de cultivo.

Las características hasta aquí reseñadas permiten caracterizar al paisaje aldeano como una construcción fragmentaria, secuencial y paulatina, que responde más a la escala doméstica y a la lógica del crecimiento espontáneo de las familias que a la planificación y lógica comunitaria. Todos los lugares fueron colonizados por espacios residenciales y, en la materialidad, ellos fueron enfatizados frente al resto de escalas sociales posibles, tanto la comunal como la individual.

LA TEMPORALIDAD DEL PAISAJE

Hasta aquí se analizó el paisaje aldeano en términos sincrónicos a partir de una imagen congelada, tomada en el presente, de distintos espacios que fueron habitados a través de miles de años por personas cuyas prácticas difirieron considerablemente. Este paisaje conforma un palimpsesto de múltiples temporalidades. La comprensión de la secuencia de prácticas que ha generado tal superposición requiere de la discriminación de distintos contextos correspondientes a determinados momentos. Dicha tarea implica la realización de intensivos trabajos de relevamiento, recolecciones superficiales y excavaciones, las cuales se han efectuado en La Bolsa 1 (LB1) (Figura 2). Las intervenciones en una variedad de contextos han permitido generar datos puntuales que se convierten en indicios de distintos

momentos de la ocupación de este asentamiento y que, a la vez, muestran la duración de ciertas prácticas.

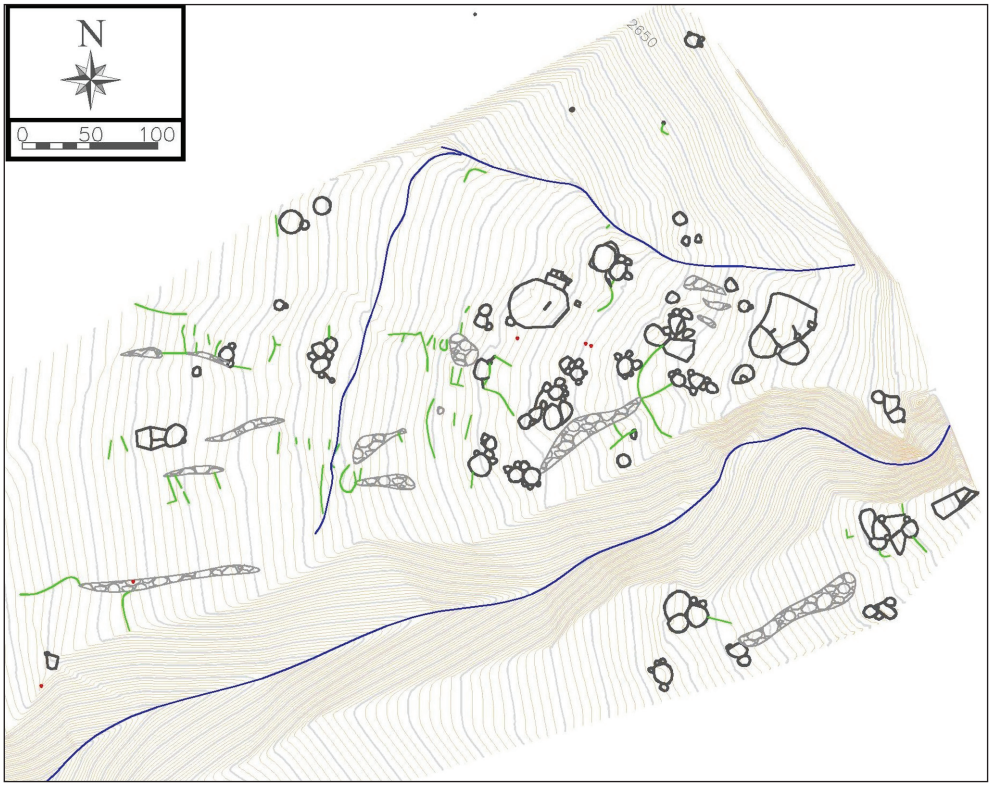


Figura 2. Sectores excavados y fechados de La Bolsa 1 (LB1).

La ocupación inicial del sector La Bolsa 1 se remonta al menos a un siglo antes de la Era. En la porción media del asentamiento se identificó una estructura para el manejo del agua a la cual se le realizaron tres intervenciones detectándose en una de las trincheras una concentración de desechos secundarios o basurero estratigráficamente posterior a la unidad estratigráfica correspondiente al uso de canal. En un conjunto de 948 fragmentos, se reconoció predominantemente cerámica ordinaria de pasta roja y antiplásticos gruesos (91,2%), y en menor medida cerámicas rojas y naranjas con inclusiones finas (7,2%) y grises (1,6%). Los fragmentos decorados fueron muy escasos (sólo el 0,63%), todos ellos, presentando gruesas y profundas incisiones sobre bordes, asas y aplicaciones, lo que genera unos aserrados muy particulares, que no hemos podido asociar a ningún estilo claramente definido. Entre los restos arqueofaunísticos se reconocieron diferentes especímenes de *Camelidae* sp., uno de los cuales fue datado en 2110 ± 66 AP (Franco Salvi 2012).

Las evidencias de esta temprana ocupación resultan aún bastante aisladas pero aseguran de manera fidedigna la presencia de actividad antrópica en ese espacio en algún momento antes del inicio de la Era. Por otro lado, permiten pensar que una de las actividades más tempranas de esta instalación fueron las relacionadas con la producción agrícola. La colonización agrícola

temprana de este asentamiento es corroborada por la materialidad de otro evento, cuyas evidencias fueron detectadas, en cotas más altas de LB1. En un aterrazamiento agrícola, en el espacio contiguo al muro de contención se detectó una concentración de pequeñas rocas que cubrían una serie de restos óseos articulados: las extremidades y el cráneo de un camélido adulto. Este conjunto estaba acompañado de fragmentos de vasijas ordinarias con baño rojo y una pequeña proporción de tiestos cocidos en atmósfera reductora y decorados mediante incisiones, sin registrarse decoraciones con aserrados. El conjunto fue interpretado como el registro generado por un ritual de fertilidad que implicó el sacrificio de un camélido, probablemente en el inicio de la utilización de la parcela de cultivos. Este evento pudo ser fechado en 1883 ± 46 años AP (Franco Salvi 2012).

En los inicios de la Era se construyeron las primeras instalaciones residenciales. La Unidad 14 (LB1-U14) es un conjunto arquitectónico compuesto por siete estructuras: un recinto circular grande R1, al cual se adosan, comunicándose mediante vanos formales, cinco estructuras de la misma morfología pero de dimensiones menores R2, R3, R4, R5 y R6 y hacia el oeste, adosada a este conjunto se observa una construcción más, R7, de planta semicircular (Figura3). Presenta una prolongada ocupación. El fechado más temprano corresponde al estrato más profundo de una cista inhumatoria ubicada en el centro del patio central (R1). En la unidad estratigráfica inferior, junto a restos muy deteriorados de material óseo humano y fragmentos de vasijas de cerámica, se obtuvo una muestra de material vegetal carbonizado cuya combustión se dio, a juzgar por el material sedimentario termoalterado circundante, *in situ* y fue datado en 1799 ± 37 años AP (Salazar 2010).

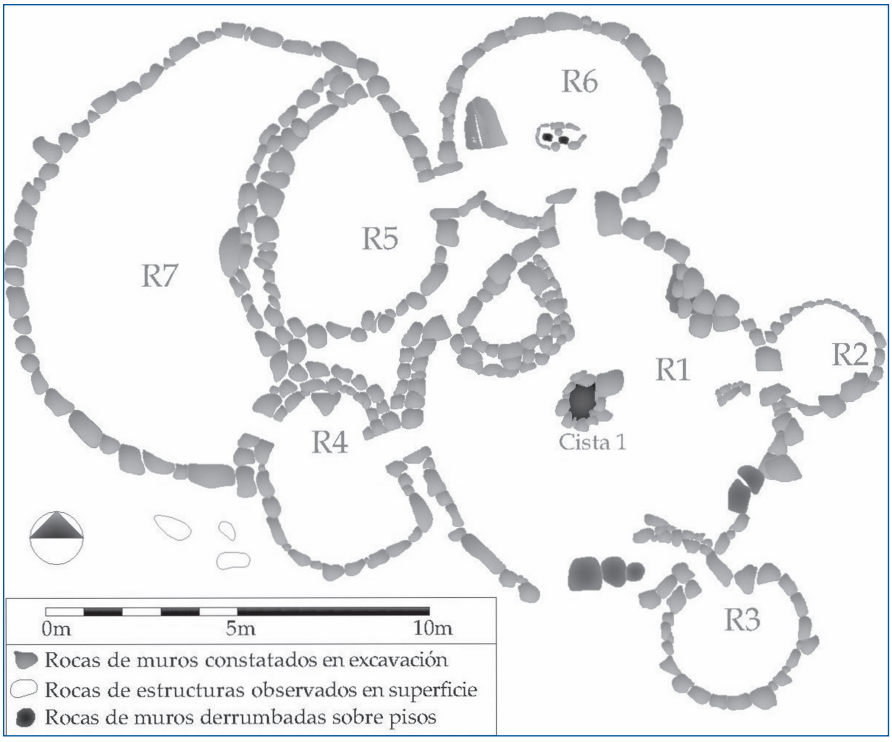


Figura 3. Estructura residencial T3, LB1-U14.

El piso ocupacional del patio, que contenía este rasgo inhumatorio, fue fechado en 1236 ± 37 AP (Salazar 2010) y los de otros recintos adosados de la unidad en 1275 ± 42 AP (R2), 1258 ± 38 AP (R4) y 1330 ± 30 AP (R6) (Salazar 2010). Las vasijas de cerámica asociadas a estos contextos presentan, predominantemente, tamaños grandes y paredes gruesas. Los grupos tecnológicos dominantes corresponden a pastas gruesas y no uniformes cocidas en atmósfera oxidante, presumiblemente a bajas temperaturas. En menor medida se presentan grupos de pastas finas de color beige, y otros cocidos en atmósferas reductoras, constituyendo pastas grises y en menor medida negras, todas correspondientes a fragmentos de vasijas de tamaños pequeños. Las decoraciones se ejecutaron preferentemente sobre estos últimos grupos en los cuales se realizaron incisiones, constituyendo motivos geométricos, líneas curvas, campos rellenados por reticulados, etc. Varios motivos son muy similares a las decoraciones asignadas frecuentemente a estilos Candelaria. Sólo en tres casos se reconocieron tiestos que pueden ser asignados a estilos Aguada.

Complementariamente, se realizó un sondeo en un espacio no excavado de una vivienda denominada U10, cuyos materiales fueron publicados en otra oportunidad (Salazar *et al.* 2008) pero que son estilísticamente muy similares a los descriptos para la Unidad U14. La misma fue datada en 1293 ± 36 AP (Salazar 2010).

Por su parte, los análisis tecnotipológicos efectuados sobre una muestra de 1942 fragmentos de cerámica recolectados en transectas realizadas sobre cada uno de los sectores arqueológicos identificados permiten proponer una serie de consideraciones acerca de la cronología de los rasgos arqueológicos identificados. La presencia, con predominio casi absoluto, de grupos tecnotipológicos asociados de manera recurrente a contextos fechados en el primer milenio permite proponer que la ocupación preponderante de los sectores LB2, LB3, CA1, CA2 y CA3 se produjo durante ese lapso. Esta propuesta se ve fortalecida por el diseño de la totalidad de estructuras residenciales relevadas, el cual ha sido datado entre el 200 D.C. y el 1000 D.C. en distintas áreas aledañas y por equipos de investigación independientes (González y Núñez Regueiro 1960; Berberián y Nielsen 1988; Cremonte 1996; Sampietro 2002; Aschero y Ribotta 2007; Scattolin 2007; Scattolin *et al.* 2007). Otro elemento importante a considerar, más allá de la presencia o ausencia de tipos con asignaciones cronológicas relativamente claras, es la similitud de las relaciones cuantitativas de grupos tecnotipológicos de los conjuntos recuperados en superficie con los de los conjuntos procedentes de excavaciones y asociados a fechados absolutos del primer milenio. Diversos casos datados en este lapso han permitido fechar entre el 200 D.C. y el 850 D.C. conjuntos constituidos por una alta presencia del grupo ordinario sin baño y en menor medida del grupo rojo fino. Complementariamente, y en porcentajes menores, se presentan otros grupos como los grises finos o los rojos (ordinarios y finos) con baños. La proporción de fragmentos decorados nunca excede el 5% y se limita exclusivamente exclusivamente las técnicas de aplicación al pastillaje.

Esta consideración no implica que no se hayan producido ocupaciones posteriores, las cuales estarían evidenciadas en la presencia de algunos fragmentos estilo Santamarianos o Belén, que se recuperaron en el Sector LB3, en las transectas TC y TD. Justamente estos fragmentos fueron recuperados en la superficie de un conjunto de estructuras de grandes dimensiones y morfologías rectangulares, que se distancian tipológicamente de las fechadas dentro del primer milenio. Asimismo se han detectado rasgos arquitectónicos y artefactuales que podrían corresponder a momentos más recientes como los siglos XIX y XX. Sin embargo

la gran mayoría de evidencias apunta a que la mayor ocupación del área investigada se produjo durante el primer milenio.

Una de las expectativas que se desprenden de los modelos anteriormente formulados para dar cuenta de las trayectorias históricas y los cambios en el tiempo registrados en el valle y en sectores aledaños es que ciertos sitios o tipos de sitios pertenecieron a un momento más o menos acotado del primer milenio y que tales tipologías responden a determinadas entidades culturales (Núñez Regueiro y Tarragó 1972), clases de organización social (Tartusi y Núñez Regueiro 1993) o a ciertas estrategias de explotación económica (Berberián y Nielsen 1988).

Esas etapas, sin embargo, no se presentan en el registro de la manera esperada. Los paisajes muestran más continuidades y persistencias a través del milenio que rupturas claras. La apropiación de ciertos lugares residenciales y productivos parece darse de manera continua, con una persistencia muy prolongada en la temporalidad de las ocupaciones.

En el sitio LB1 se puede observar una persistencia en la ocupación del espacio y en la construcción del paisaje, la cual no permite reconocer claramente una diferencia entre los inicios del primer milenio y la segunda mitad de ese lapso.

Esta característica de la duración de los paisajes es consecuente con otros trabajos que han reflexionado sobre la cronología de los conglomerados residenciales del valle y áreas aledañas, los cuales se ubican en un largo lapso que abarca casi la totalidad del primer milenio. Los atributos de distintas materialidades características aparecen y reaparecen en dilatados marcos cronológicos, en distintos contextos ambientales y relacionales.

¿CAMBIO O CONTINUIDAD?

Las narrativas que dieron cuenta del proceso social vivido por los habitantes del primer milenio en el valle de Tafí, poseen algunos elementos en común. Fundamentalmente se espera la existencia de una ruptura significativa en los modos de organización social, patrones culturales y formas de producir, que se vean reflejadas en el registro material.

Los datos presentados permiten pensar en que tal ruptura tiene pocos fundamentos empíricos. En principio, podría proponerse que existe cierta dificultad para identificarla en el registro de Tafí a través de todo el primer milenio, al menos comparándolo con el de otros espacios, como el valle de Hualfín, el Campo del Pucará o Ambato.

La modalidad paisajística no varía demasiado, al menos superficialmente. Se podría proponer la existencia de un paisaje persistente a través del tiempo, definido por el modo de configuración del espacio a través de la arquitectura residencial, de la infraestructura productiva y, sobre todo, de la manera en que los asentamientos fueron creciendo y expandiéndose. A través de relevamientos de las estructuras presentes en superficie y de excavaciones intensivas, se puede proponer que la expansión de la vida aldeana se dio de manera espontánea, gestionada por grupos que pretendían cierta autonomía y en consecuencia intentaban tomar sus propias decisiones. Esta configuración espacial también se mantiene a través del tiempo.

Por otra parte, en el indicador cronológico predilecto de la arqueología, la *cerámica*, ningún elemento permite ver cambios sustanciales, habiéndose propuesto incluso la existencia de una tradición (Cremonte y Botto 2000). Los conjuntos, marcados por el predominio de grupos de pastas gruesas, presentando a veces baños rojos, y en menor medida la presencia de

pastas más finas naranja y gris, con decoraciones incisas, no cambian significativamente en todo el milenio. Las escasas variaciones son producidas por la mínima presencia o ausencia total de algunos estilos, como Vaquerías, Ciénaga o Aguada, que proceden de otras áreas, con las cuales los habitantes del valle se relacionaban.

Estas continuidades en el desarrollo de las sociedades agroalfareras de algunos espacios del NOA, pueden dar la impresión de contextos sociales y políticos estáticos. Sin embargo podrían considerarse como el resultado de negociaciones políticas, económicas, sociales y simbólicas de agentes, y como tales, constituyen un objeto de estudio sustancial para entender los procesos históricos del Sur Andino. Las excavaciones intensivas realizadas en espacios productivos y domésticos en el sitio LB1 nos permiten reflexionar en escala micro algunos de los aspectos de las prácticas y las condiciones de posibilidad que han configurado dichas continuidades.

EL ESPACIO PRODUCTIVO Y LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

Las primeras observaciones realizadas en torno al paisaje agrario permitieron hipotetizar la idea de que fue el trabajo agrícola y su materialidad un ítem importante en la reproducción de unidades domésticas autónomas. Los espacios de producción fueron escenarios de tránsito diario donde los grupos de familias se habrían organizado para su utilización y mantenimiento. En estos lugares donde se pasaba gran parte del tiempo se habrían habilitado en la práctica cotidiana de limpieza de campos, construcción de estructuras, siembra y demás actividades, ámbitos de negociación de distinta índole. Por esta razón, se consideró importante abordar su estudio centrándonos en los procesos de trabajo, la vida doméstica en el campo, las lógicas sociales implicadas, los objetos participantes y el paisaje sincrónica y diacrónicamente.

La agricultura desarrollada en el valle se engloba dentro de la esfera de cultivo andina, no sólo por el área geográfica que ocupa sino también por los vegetales que se habrían cultivado (i.e. maíz, quinoa, tarwi, papa, zapallo y poroto)(Franco Salvi 2012) y la tecnología agrícola empleada. Las rigurosas condiciones ambientales, determinadas sobre todo por los 2600 m.s.n.m. en los cuales se emplaza LB1, no fueron impedimento para que hacia el 200 A.C. se comenzaran a construir terrazas, muros para la contención del suelo, estructuras para el manejo del agua (EMA), cuadros de cultivo y andenes. Se identificaron numerosos terrenos con evidencia de uso agrícola sin asociación a sistemas de riego artificial. Esto sugiere que muchas de las parcelas fueron alimentadas directamente con las precipitaciones pluviales a partir de técnicas de control de escorrentías para su mayor disposición (Treacy 1994). Asimismo, la necesidad de aprovechar al máximo los recursos hídricos disponibles generó el desarrollo de técnicas que posibilitaran la implementación de un sistema de riego. Para tal fin se establecieron numerosas construcciones con la finalidad de detener y/o desviar el curso natural de ríos, arroyos y vertientes.

En sectores colindantes al sitio LB1 se reconocieron estructuras para el almacenaje acuífero, se trata de verdaderas represas que se constituían de terraplenes y anchos muros. El agua reservada en ese espacio se habría destinado al uso doméstico y para el brebaje de los animales. No obstante, una parte de la represa quedó abierta permitiendo el paso del agua hacia los campos de cultivo contiguos. Dentro del mismo sitio, en el cauce del río que lo circunda, se dispusieron sólidas paredes como medio para disminuir la velocidad de la

corriente del agua y dirigirla a sectores sin riego. Se detectaron algunos terrenos que fueron utilizados de manera permanente y otros sólo durante determinados momentos del año. Un ejemplo de uso intensivo de tierras para la agricultura puede observarse en la asociación recurrente muro de contención-despedre en la totalidad de sitios estudiados en el área norte del valle. La utilización constante de los terrenos requirió de la limpieza incesante de los suelos asociados a los muros de contención conllevando la formación de montículos de despedre. Éstos se dispusieron de forma lineal en la misma dirección a la pendiente quedando adosados perpendicularmente numerosos muros de contención. Este diseño presenta características muy favorables para el desarrollo de agricultura a secano. Por un lado, los despedres retienen la humedad y frenan el impacto directo del viento y por otro, los muros retienen el suelo y disminuyen la velocidad de traslación del agua sobre la superficie, permitiendo una mayor infiltración y distribución. Los análisis químicos de paleosuelos de los campos de cultivo del sitio La Bolsa 1 indican que los terrenos se habrían utilizado de forma intensiva al punto que se encontraban parcialmente agotados antes de su abandono. Los niveles de fósforo total son muy bajos en comparación a los registrados en unidades residenciales y a otros campos agrícolas estudiados anteriormente en otros sectores del valle (Franco Salvi 2012).

La excavación de estructuras para el cultivo permitió reconocer una secuencia de construcción de las mismas durante un lapso temporal de once siglos. El paisaje agrario fue producto de la agregación gradual de parcelas discretas gestionadas y utilizadas a nivel familiar. Estas instalaciones presentaban diferentes tamaños con diseños especiales para la topografía, con muros cuidadosamente levantados y mantenidos que requirieron de la remoción de grandes bloques, de una planificación de trabajo y de conocimiento del medioambiente. En La Bolsa 1 se registró un andén de cultivo el cual habría sido sometido a prácticas de mantenimiento y cuidado a través de un largo lapso temporal. Los muros presentaban distintos grados de conservación identificándose que en los sectores donde el arrastre de los suelos era más fuerte, los mismos estaban en peores condiciones. La demanda frecuente de su acondicionamiento, habría llevado a la construcción de un segundo muro quedando en efecto, una gran pared de doble hilera. El resultado de la construcción denotaría, en primera instancia, una gran inversión de fuerza y trabajo, sin embargo, si se observa más detenidamente es posible apreciar que la misma fue llevada a cabo en una secuencia de larga duración. Esto fue identificado también en la modalidad de construcción de los montículos de despedre que a primera vista impresionan por su grandiosidad pero una vez excavados y estudiados el panorama cambia, debido a que su disposición y secuencia de construcción denotaría escalas de trabajo a nivel doméstico (Franco Salvi 2012).

Las dataciones radiocarbónicas y las estimaciones cronológicas relativas (inferidas a partir de la cerámica y la arquitectura) permiten plantear que la apropiación de nuevos espacios en el valle fue realizada mediante la expansión agrícola. Las primeras instalaciones detectadas en el sector Norte se habrían destinado a las actividades productivas mientras que las unidades residenciales se asentaron con posterioridad (Salazar y Franco Salvi 2009). En el sitio La Bolsa 1, los fechados más tempranos fueron obtenidos de una estructura para el manejo del agua (EMA1) y un andén para el cultivo. EMA 1 fue utilizada a lo largo del milenio desde antes del 200 A.C. aunque de manera discontinua constituyendo una de las estructuras agrícolas más antiguas junto al andén, en el que se registró una ofrenda correspondiente al 200 D.C. aproximadamente (Franco Salvi y Berberián 2011). Es importante mencionar, que estructuras para el riego como EMA 1 son construidas hoy por los pobladores del área. Estos

canales son confeccionados y manejados por el grupo familiar sin requerir de la colaboración o la gestión de otras unidades domésticas.

Probablemente, las primeras estructuras para la producción (i.e. muros de contención, despedres, canales, aterrazamientos) hubieran sido partícipes en la estructuración social de un modo muy distinto que en momentos posteriores, donde cientos de estructuras con las mismas características ya habían sido construidas. En un principio, la presencia de pocas estructuras en el terreno se podría relacionar al distanciamiento o delimitación espacial entre las viviendas. Posteriormente, al incorporarse nuevas construcciones, las antiguas perdieron su lugar protagonista y pasaron a constituir una estructura más de las muchas presentes en el paisaje cambiando sus relevancias, valores y utilidades a través de los distintos contextos (Keane 2005).

EL ESPACIO DOMÉSTICO Y LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

En las formaciones sociales donde la reproducción de las relaciones de dominación no está asegurada por mecanismos objetivos, el trabajo incesante que es necesario para mantener las relaciones de dependencia personal estaría condenado de antemano al fracaso si no pudiese contar con la constancia de los habitus socialmente constituidos y reforzados sin cesar por las sanciones individuales o colectivas: el orden social reposa principalmente en el orden que reina en los cuerpos (Bourdieu 2002).

El estudio sistemático de los espacios domésticos tiene el potencial de considerar la reproducción de principios para la acción en tanto es en la vida cotidiana, y a través de la materialidad que la construye, que los agentes van incorporando sus disposiciones para la acción, es decir, habitus.

La Unidad 14 (U14) es un conjunto arquitectónico compuesto por siete estructuras: un recinto circular grande R1, al cual se adosan, comunicándose mediante vanos formales, cinco estructuras de la misma morfología pero de dimensiones menores R2, R3, R4, R5 y R6 y hacia el oeste, adosada a este conjunto se observa una construcción más, R7, de planta semicircular.

Esta unidad residencial fue excavada en su totalidad, considerando que una intervención parcial de la misma brindaría una visión incompleta del registro, sobre todo de un conjunto estructural que fue utilizado integralmente.

El espacio doméstico: Biografía

El análisis detallado de cada unidad estratigráfica registrada en los trabajos de excavación permite establecer que la unidad U14 tuvo una compleja y dinámica historia, con una duración muy prolongada que se remonta al menos a inicios de la era, aproximadamente entre el siglo II y III D.C. La secuencia de crecimiento de la misma se infiere a partir del uso de las matrices de Harris, secuencias de superposición de rasgos arquitectónicos y fechados radiocarbónicos.

Dicha historia habría comenzado con la planificación de la construcción de la unidad residencial. El diseño inicial, no parece haber incluido todos los recintos que se observan

en el plano actual del conglomerado doméstico. Sin embargo, el mismo responde a una configuración repetida una y otra vez en el valle y en sectores aledaños durante el primer milenio, la cual se caracteriza por incluir diversos recintos, posiblemente techables, de planta circular, en torno a un patio de la misma morfología pero dimensiones mayores, que probablemente haya sido abierto.

La obtención de los materiales para la edificación se habría dado localmente. Las rocas fueron seleccionadas según sus formas y tamaños, evidenciándose una preferencia por los bloques grandes que presentaran al menos una cara plana, la cual se disponía hacia dentro de la estructura.

El evento inicial de esta construcción fue el cavado de un pozo con una amplia superficie, cuyos fines fueron generar perfiles para dar una base de apoyo a los bloques del muro y nivelar el terreno. Posteriormente se habría construido el paramento del R1, el patio central, el cual se constituyó como el jalón ordenador de todo el espacio de la unidad residencial. Este muro habría delimitado una superficie de casi 80 m².

La abertura de R1 hacia el exterior se dispuso con dirección suroeste, aunque en ese sector se registró un considerable derrumbe que alteró sensiblemente la configuración constructiva. Es llamativo que, al igual que la abertura hacia el exterior registrada en U10, es mucho más informal y pequeña que las puertas internas de la vivienda. Este manejo de los sectores de paso muestra una búsqueda de mayor fluidez interna que entre el espacio extramuros e intramuros. Dentro del R1 los rasgos (r) construidos en este primer momento pueden haber sido dos: el rC, es decir el muro que acompaña la entrada de R1 a R2 y el rD, es decir la Cista 1.

Los recintos adosados que habrían estado presentes en esta primera etapa fueron R6 y R2. El primero fue construido como una estructura de más de 20 m^2 de superficie, con un muro que involucró rocas muy grandes y que presentan gran compactación en su constitución. El fogón central y su deflector se habrían encontrado desde el primer momento y habrían constituido el espacio de cocción principal de la vivienda.

En algún momento posterior a la construcción y el inicio de las actividades dentro de la U14, se produjeron ciertas modificaciones. En principio se puede apuntar que se adosaron dos nuevas estructuras a la unidad U14, R3 y R4, construcciones que implicaron modificar el muro de R1, generando nuevas aberturas.

Una nueva ampliación de la unidad, que por un lado incorpora el rasgo rA, incluido dentro del recinto R1, el cual constituyó una estructura especializada en el almacenaje de alimentos. Por otro se construyó una gran estructura subcircular mediante un muro perimetral que se apoyó sobre las caras externas de los paramentos de R4 y R6. A estos dos recintos se vinculó mediante puertas también formales. Posteriormente esta edificación sería dividida en dos, configurando las características arquitectónicas finales de la unidad residencial, que se mantuvo hasta poco antes de su abandono.

Más allá del orden de la expansión, que cuenta con ciertas bases empíricas y otras arbitrariamente interpretativas (Salazar 2010), el dato a subrayar es la larga duración de esta vivienda y el crecimiento paulatino de la cantidad de personas dentro de ese ámbito espacial. Esta característica permite proponer la preponderancia de estrategias de reproducción biológica y de crecimiento del grupo que tendían hacia la residencia continuada, coartando la posibilidad de la fisión y reproducción neolocal (*sensu* Blanton 1995).

PRÁCTICAS COTIDIANAS

El panorama de las prácticas que se presenta aborda a las mismas en momentos cercanos al 800 D.C. e incluye múltiples líneas de evidencia: análisis artefactuales, estudio de las configuraciones espaciales, que incluye a los rasgos fijos y semifijos y análisis sedimentológicos, tanto de química de suelos como de materiales microbotánicos. El análisis de áreas de actividades en U14 ha permitido establecer ciertos lugares donde se realizaban y repetían prácticas cotidianas, las cuales no se dan de manera homogénea en todo el ámbito doméstico.

En el recinto R1, se realizaban algunas actividades ciertamente importantes para la reproducción biológica y social de los lazos que unían al colectivo que habitaba esta estructura. Un elemento central fue el almacenaje de alimentos, especialmente de maíz, el cual también era fragmentado y machacado frente a la tumba de los ancestros. Otras prácticas remiten también a ritos de fertilidad, como el hecho de fracturar y depositar estatuillas zoomorfas casi todas ellas representando camélidos, que se hallaron exclusivamente en el patio o R1. La depositación de algunos artefactos alóctonos (como fragmentos cerámicos Aguada gris inciso o Candelaria o colgantes de minerales exóticos) en este espacio puede remitir a la significación de relaciones establecidas con otros lugares y otros pueblos del sur Andino, práctica que se repitió en ámbitos domésticos de distintos confines del Noroeste, como en los pozos de las viviendas de Tebenquiche (Haber 2006), o sectores especiales de las viviendas del valle de El Cajón (Scattolin *et al.* 2009).

Hacia el norte de R1, atravesando un umbral muy amplio, se encuentra el R6, donde parece haberse concentrado las prácticas de procesamiento final y cocción de alimentos, ya que este es el único espacio donde aparece un fogón con una estructura de piedras asociada. El piso de este recinto muestra evidencias que pueden responder a residuos primarios. En las proximidades del hogar, y alrededor de un afloramiento natural con pequeños morteros que fue incorporado como área funcional en el recinto, pudieron recuperarse fragmentos de cerámica que formaban al menos dos ollas con gruesas capas de hollín en su parte inferior externa, un pequeño molino, algunas manos y un instrumento lítico con filo lateral largo, tallado sobre una gran pieza de pizarra. En el área perimetral, contra el muro, se identificaron numerosos tiestos que permiten remontar proporciones considerables de vasijas. Posiblemente en este espacio también se habrían dado las prácticas de descanso, considerando la energía calórica requerida que sólo podía ser ofrecida por el fogón que aquí se presenta.

R4 permite inferir actividades bastante similares a R6, lo cual permite plantearlo como otra área de cocción, la cual se habría incorporado con posterioridad a R6 a la unidad, como surge del análisis arquitectónico. El resto de los recintos no presentan numerosos desechos de facto, salvo un gran mortero ubicado en R3, habiendo sido afectados sus pisos por actividades de mantenimiento y abandono. Sin embargo, plantearemos como idea preliminar la realización de actividades más específicas en estos recintos menores que en el patio central. El R2, por sus dimensiones y características de muros, puede haberse utilizado para depósito, lo cual ha sido propuesto también por otros investigadores (Cremonte 1996).

ACCESO, MOVIMIENTO Y VISIBILIDAD

A partir de los análisis gamma (que estudian el movimiento a través de los espacios, cuantificando las profundidades y permeabilidades –la facilidad de acceso–, valorando el grado de dependencia de unos espacios respecto a otros –Mañana *et al.* 2002, tomando a Hillier y Hanson 1984–) realizados en la unidad U14, podemos observar que la misma muestra un diagrama asimétrico en el cual el recinto R1 juega un papel central. Este ámbito posee el dominio sobre el resto de estructuras en la unidad: controla el único acceso desde el exterior y mantiene la exclusividad de las aberturas que permiten ingresar al resto de recintos. Mientras que las demás tienen uno o dos conectores, ésta posee cinco. Para acceder a cualquier recinto adosado se debe atravesar obligatoriamente ese lugar.

Así como la organización del espacio de la Unidad se estructura de manera centrípeta, el movimiento dentro de cada uno de los espacios que la componen también está dado de esa forma. El recinto R1 presenta, en su porción central, la estructura inhumatoria Cista1, cuya tapa sobresalía unos 30 cm por encima del piso ocupacional, constituyendo una rugosidad que no puede ser sobrepasada, por lo que las personas que habitaban la vivienda habrían realizado sus actividades diarias y transitado alrededor de ese hito central. El mismo efecto se produce en los recintos R4 y R6, donde los fogones centrales organizaban y distribuían el movimiento y las actividades en torno a ellos.

Desde el exterior, es decir, desde el punto ubicado en el umbral de entrada al recinto R1, el interior del patio puede ser parcialmente percibido, quedando ocultos sólo los espacios marginales. De esta manera podemos pensar en éste como un ámbito semi-público, lo cual se ve reforzado por las dimensiones que presenta siguiendo las escalas propuestas por Moore (1996). Los rasgos internos que se habrían destacado a la mirada de quienes lo percibían desde fuera, fueron la Cista1 y el rasgo rA, estructuras que se emplazaron alineadas con la puerta.

El interior de los recintos adosados se mantenía casi totalmente excluido de la percepción desde el exterior, salvo por el caso de R6, cuya abertura se ubicó enfrentada con el umbral principal. Estos ámbitos habrían estado sensorialmente aislados con respecto al exterior. Desde el interior, también estaba bastante limitada la observación hacia fuera, teniendo en cuenta que los muros llegaban casi a los 2 m de altura y que los recintos menores seguramente fueron techados. Finalmente los recintos R5 y R7, no son visibles desde el exterior, aunque no es factible establecer si se techaron o no.

Estos elementos permiten proponer que las viviendas se plantearon entonces como un espacio distinto al afuera y diferenciado del resto de los ámbitos externos del asentamiento. Cada vivienda ocultaba lo que ocurría en su interior. Pero su organización centrípeta hacía que para los coresidentes, sus prácticas y acciones quedaran bastante limitadas y observadas por el resto (Kuen Lee 2007).

ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN SOCIAL Y HABITUS

Hemos podido ver distintos indicios de ciertas continuidades en el registro arqueológico del sector norte del valle de Tafí. Los resultados en los patrones espaciales deben ser entendidos a partir de diversas situaciones sociales, potencialmente conflictivas, asociadas a

la consolidación de la agricultura y la vida aldeana, las cuales fueron resueltas con distintas estrategias dentro de un marco de estructuras limitantes mayormente compartidas.

Las estrategias de reproducción predominantes a lo largo del primer milenio parecen haber puesto énfasis en la autonomía económica y simbólica de los grupos de personas que habitaron espacios residenciales. La idea central del planteo implica aceptar que los agentes en gran medida vieron limitadas sus acciones, identidades e intenciones por su participación dentro de los grupos domésticos que pueden haberse constituido como unidades de acción bastante integradas, sin negar posibles conflictos internos y tomas de posiciones encontradas. Sin proponer una relación apriorística entre espacios residenciales (categoría espacial) y unidades domésticas (categoría antropológica), se ha podido establecer una unidad espacial integrada donde se realizan actividades cotidianas, la cual se reconoce de manera recurrente en el paisaje aldeano. Además, se puede observar que en las mismas han coresidido grupos humanos de tamaños considerables donde los lazos con ciertos ancestros del grupo habrían sido enfatizados materialmente, predominantemente, a través de los enterratorios en cistas. A través de la cultura doméstica esos colectivos cristalizarían como grupos extensos con mayores grados de centralización (Blanton 1995). La conformación de ese lugar, complicadamente construido y cargado de significado constituye un aspecto clave de la reproducción del *habitus,* a través del cual se habría reproducido la identidad de sus ocupantes. Ese entorno entonces era un medio material para negociar tensiones dentro de unidades de parentesco amplias. La ruptura con esa materialidad significaba la fisión de la unidad, para establecerse en otro lugar, legitimada por la utilización de la misma: una nueva vivienda, con sus nuevos ámbitos construidos.

Las continuidades espaciales y temporales de estas prácticas contribuyeron a la continuidad de otro grupo de prácticas, como la manera de habitar, de trabajar campos, hacer cerámica, de vincularse con otras unidades domésticas, etc. La identidad de los grupos domésticos era exaltada y las decisiones individuales poco escaparon a esta estructura social. De la misma manera, la construcción de colectivos mayores también debe haberse enfrentado a esta contradicción, la cual, se postula, estuvo en la base de la permanente fragmentación y dispersión de los asentamientos.

Sin embargo, el énfasis puesto en la autonomía no implicó que la misma fuera total. Los habitantes de Tafí compartían ciertos modos de hacer vasijas, casas, estructuras de cultivos, e instrumentos de piedra. También participaron en algunos eventos comunitarios que incluían a grandes cantidades de personas en ceremonias de consumo masivo de alimentos y bebidas, que podrían haber generado evidencias como el montículo de Casas Viejas en El Mollar (Gómez Cardozo *et al.* 2007), o el de La Bolsa 2. Sin embargo, resulta poco claro que estas estructuras hayan sido asiento de jerarquías de unidades políticas centralizadas. Por un lado, las dimensiones y materiales involucrados en esas estructuras desdibujan algunas de las interpretaciones que las asocian con centros ceremoniales. En este sentido también es interesante considerar la presencia de múltiples menhires-huanca con diferentes motivos en torno al montículo de Casas Viejas, como la presencia materializada en la piedra de diversos ancestros y de los colectivos que representaban. Pero por otra parte, las evidencias etnográficas comparables muestran diversos casos en los cuales agricultores que comparten trabajo bajo relaciones de reciprocidad organizan actividades análogas, sin necesidad de que surjan jerarquías o espacios de poder centralizados (Graham 1994; Stone 1994; David y Kramer 2001).

Según Bandy (2005, 2008) la adopción de estrategias productivas de subsistencia y de la vida sedentaria implicó a nivel global un considerable crecimiento demográfico, fenómeno que parece tener un alto impacto en la conflictividad interna de las sociedades aldeanas. Las características superficiales de los asentamientos aldeanos del sector norte del valle de Tafí muestran una expansión demográfica durante el primer milenio.

En el oasis de Tebenquiche (Puna de Catamarca), por ejemplo, las células domésticas, formadas por unidades de vivienda y redes de riego configuraron un ámbito comunitario bastante fragmentario, donde la toma de decisiones parece haber sido gestionada por las unidades domésticas (Haber 2006; Quesada 2007). Las aldeas del valle del Cajón, parecen haber podido solucionar internamente ciertos conflictos configurándose ámbitos residenciales más integrados, pero aún con una preponderancia de lo doméstico (Scattolin *et al.* 2007). Contrariamente, en algunos sectores más meridionales del NOA, como en el valle de Ambato, el de Catamarca o el de Hualfín, las negociaciones entre los agentes sociales habrían desembocado en la construcción de esferas más inclusivas registradas en sitios comunitarios de cierta complejidad (Gordillo 2004, 2007; Laguens 2004).

Ante este incremento de las personas que lo habitaron, y posiblemente de los conflictos internos, en el valle de Tafí, las negociaciones de los actores sociales parecen haber dado por resultado la configuración de ámbitos sociales y políticos de cierta fragmentación aunque de escala bastante amplia.

Esta lógica, característica de los paisajes domésticos del primer milenio en otros ámbitos del NOA, puede dar cuenta de procesos que hasta ahora resultan difíciles de aprehender como el de la dispersión aldeana. La permanente fragmentación y formación de nuevos poblados, no habría estado relacionada a una racionalización de costos y beneficios, ni a la búsqueda de excedentes impulsada por algunas personas de elite, sino a la resolución de conflictos generados entre las unidades sociales en permanente formación y reproducción. También explicaría la poca variación en la materialidad que se registra durante el primer milenio, ya que esas mismas prácticas naturalizadas en la habituación cotidiana de los objetos era también la que los hacía necesarios. Estructuras producidas y constructores de esquemas generativos, los objetos eran reproducidos, al igual que las condiciones en que vivía la gente, por los agentes habituados a ellos.

CONCLUSIONES

La pregunta fundamental de nuestra investigación gira en torno a las maneras en que el mundo social persiste, o cómo persevera en el ser, es decir cómo se reproducen modos de vivir, modos de hacer, de relacionarse, teniendo en cuenta que en su reproducción, la cultura se transforma y que la transformación cultural es el modo de su reproducción.

Específicamente nos preguntamos por las lógicas prácticas que fueron producidas y reproducidas por los pobladores del sector norte del valle de Tafí a través del primer milenio, las cuales posibilitaron la formación de grupos humanos de gran escala demográfica, producción agrícola intensiva y alta inversión de tecnología sin la aparición de un sistema político de alta centralización.

A través del análisis de la espacialidad y la temporalidad del paisaje se han caracterizado las configuraciones espaciales del área de estudio como palimpsestos que constituyen el

resultado del trabajo campesino a lo largo de varios siglos, denotando grandes continuidades en las lógicas que han llevado a la formación, crecimiento y dispersión de los asentamientos residenciales.

Estas continuidades se generarían en las estrategias de reproducción de personas sociales que pusieron énfasis en la autonomía económica y simbólica de los grupos de personas que cultivaban en distintas parcelas y habitaban los espacios residenciales. Los cuerpos, formados y domesticados dentro de configuraciones espaciales muy particulares, llevaban inscriptas en su interior las lógicas que ponían en el centro de la vida a los ancestros familiares.

El resultado final de las características de los asentamientos del valle de Tafí, hacia el siglo IX o X D.C. no procedió de la racionalización del uso del espacio ni de las estrategias de individuos buscadores de prestigio. Fue un complejo proceso de tensiones y negociaciones, en los cuales las soluciones procedieron de principios que se habían incorporado en el pasado aplicados a situaciones novedosas que los replicaron y en el mismo acto los transformaron.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aschero, C. y E. Ribotta
2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle* editado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli:79-94. Tucumán.

Bailey, G.
2007 Time perspectives, palimpsests and the archaeology of time. *Journal of Anthropological Archaeology* 26:198–223.

Bandy, M.
2005 NewWorld Settlement Evidence for a Two-Stage Neolithic Demographic Transition. *Current Anthropology* 46(S):S109-S115.
2008 Global Patterns of Early Village Development. En *The Neolithic demographic transition and its consecuences* editado por J. Bocquet-Appel y O. Bar-Yosef pp. 333-358. Springer.

Berberián, E. E. y A. E. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en el valle de Tafí. En *Sistemas de Asentamientos Prehispánicos en el Valle de Tafí* editado por E. Berberián pp. 53-67. Ed Comechingonia. Córdoba.

Blanton, R.
1994 *Houses and Households: a comparative Study*. Plenum Press. New York.
1995 The cultural foundations of Inequality in Households. *Foundations of Social Inequality* editado por Price y Feinman pp. 105-127. Plenum Press New York.

Bourdieu, P.
2002 *El Sentido Práctico*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

Browser, B. y J. Q. Patton
2004 Domestic space as public places: an ethnoarchaeological Case of study of houses, gender and politics in the Ecuadorian Amazon. *Journal of archaeological method and theory*. 11 Nº2:157-181.

Caria, M., N. Oliszewski, M. Pantorrilla y J. Gómez Augier
2007 Relevamiento y clasificación del sistema agrícola prehispánico en la Quebrada del Río Los Corrales (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I:49-54. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.

Cremonte, B.
1996 *Investigaciones arqueológicas en la Quebrada de la Cienaga (dto. Tafí, Tucumán)* Tesis para acceder al grado académico de Doctora en Ciencias Naturales. UNLP.

Cremonte, B. e I. Botto
2000 Cerámicas arqueológicas de La Ciénega (Dto.Tafí, Tucumán): Estimación de las temperaturas de cocción en base a las propiedades térmicas de las arcillas. *Revista del Instituto de Geología y Minería*. 13 (1-2):33-40. UNJu, San Salvador de Jujuy.

Criado Boado, F.
1999 Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del Paisaje. *CAPA* 6. Grupo de Investigaciones en Arqueología del Paisaje. Santiago de Compostela.

David, N. y C. Kramer
2001 *Etnoarchaeology in Action*. Cambridge U. Press, Cambridge.

Dobres, M. A. y J. Robb
2000 Agency in archaeology: Paradigm or platitude? In *Agency in Archaeology*, editado por M. Dobres and J. Robb, pp. 3-17. Routledge, London.

Duglosz, J., B. Manasse, M. Castellanos y S. Ibáñez
2009 Sociedades aldeanas Tempranas en el Valle de Tafí: algunas aproximaxiones desde la alfarería. *Andes* 20:161-196, CEPIHA, Facultad de Humanidades-Universidad Nacional de Salta.

Franco Salvi, V.
2012 *Estructuración social y producción agrícola prehispánica durante el primer milenio d.C.* Tesis doctoral. UN de Córdoba.

Franco Salvi, V. y E. Berberián
2011 Prácticas agrícolas de sociedades campesinas en el valle de Tafí (100 a.C.- 900 d.C.). *Revista Chilena de Antropología*. 24, N°2:119-146. Santiago.

Giddens, A.
2006 *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.* Amorrortu editores. Buenos Aires.

Gómez Cardozo, C., M. Chocobar y C. Piñero
2007 El montículo de Casas Viejas: un espacio sagrado. En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle* editado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli pp. 111-134. Tucumán.

González, A. R. y V. Núñez Regueiro
1960 Prelimanary Report on Archaeological Research in tafí del Valle, NW Argentina. *Akten del 34 amerikanisten Kongress*:18-25. Viena.

Gordillo, I.
2004 Arquitectos del rito. La construcción del espacio público en La Rinconada, Catamarca. *Relaciones de la SAA*. 29:111-161. Buenos Aires.

2007 Detrás de las paredes… Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca, Argentina) En *Procesos sociales prehispánicos en el Sur Andino. La vivienda, la comunidad y el territorio* editado por: A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercolli pp. 65-98. Ed. Brujas. Córdoba.

Graham, M.
1994 *Mobile farmers. An ethnoarchaeological approach to settlement organization among the Rarámuri of Northwestern Mexico*. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.

Gramsch, A.
1996 Landscape Archaeology: of Making and Seeing. *Journal of European Archaeology* 4:19-38.

Haber, A. F.
2006 *Una arqueología de los oasis puneños*. Sarmiento Editor. Córdoba.

Hendon, J.
2010 *Houses in a Landscape: Memory and Everyday Life in Mesoamerica*. Duke.

Hillier, B. e I. Hanson
1984 *The social logic of space*. Cambridge University Press.

Hodder, I. y C. Cessford
2004 Daily Practice and Social Memory at Çatalhöyük. *American Antiquity* 69 Nº1:17-40.

Keane, W.
2005 Signs are not the garb of meaning: on the social analysis of material things. En *Materiality*, editado por D. Miller, pp. 182-205. Duke University Press, Durham.

Kuen Lee, Y.
2007 Centripetal settlement and segmentary social formation of the Banpo tradition. *Journal of Anthropological Archaeology*. 26 N° 4:630-675.

Lazzari, M.
2005 The texture of things: objects, people, and landscape in Northwest Argentina (first millenium A.D.). En *Archaeologies of materiality*, editado por L. Meskell, pp. 126-161. Blackwell, Malden.

Laguens, A.
2004 Arqueología de la diferenciación social en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. II-VI d.C.): El actualismo como metodología de análisis. *Relaciones de la SAA*, 29:137-161. Buenos Aires.

Lucas, G.
2005 *Archaeology of time*. Routledge. London.

Mañana, P., R. Blanco y X. Ayán
2002 Arqueotectura 1: Bases teórico metodológicas para una arqueología de la Arquitectura. *TAPA* 25.

Moore, J.
1996 *Architecture and power in the ancient Andes. The archaeology of public buildings*. Cambridge University press.

Núñez Regueiro, V. y M. Tarragó
1972 Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios de Arqueología* 1:36-48. Museo Arqueológico de Cachi: Salta.

Oliszewski, N.
2011 Ocupaciones prehispánicas en la Quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 años AP). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 14:155-172. Córdoba.

Olivier, L.
1999 The Hochdorf 'princely' grave and the question of the nature of archaeological funerary assemblages. En *Time and Archaeology* editado por Tim Murray pp. 109-138. Routledge. London.

Parker Pearson, M. y C. Richards
1994 ordering the world: perceptions of architecture, space and time. En *Architecture and order: approaches to social space* editado por Parker Pearson y Richards pp. 1-37. Routledge.

Pauketat, T.
2001 Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm. *Anthropological Theory* 1:73-98.

Quesada, M.
2006 El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el primer milenio d.C. (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños. Arqueología Antropología Surandinas* 31:31-46.

Sahlins, M.
1985 *Islas de Historia*. Gedisa. España.

Salazar, J.
2010 *Reproducción Social Doméstica y Asentamientos Residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el Valle de Tafí, Provincia de Tucumán*. Tesis doctoral. UN de Córdoba.

Salazar, J. y V. Franco Salvi
2009 Una mirada a los entornos construidos en el Valle de Tafí, Tucumán 1-1000AD). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 12:89-106.

Salazar, J., V. Franco Salvi, E. Berberián y S. Clavero
2008 Contextos domésticos del Valle de Tafí, Tucumán, Argentina (200-1000 AD) *Werken* 10:25-48.Chile.

Sampietro Vattuone, M.
2002 *Contribución al conocimiento geoarqueológico del Valle de Tafí, Tucumán (Argentina)*. Tesis para acceder al grado académico de Doctora en Ciencias Naturales. UNT.

Scattolin, M.
2004 Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María. *Estudios Atacameños. Arqueología Antropología Surandinas* 32:119-139.
2007 Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur* editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio pp. 203-220. Buenos Aires.

Scattolin, C., F. Bugliani, A. Izeta, M. Lázari, L. Pereyra Domingorena y L. Martínez
2001 Conjuntos materiales en dimensión temporal. El sitio Formativo "Bañado Viejo" (Valle de Santa María, Tucumán). *Relaciones de la SAA* 26:167-192.

Scattolin, M., L. Pereyra Domingorena, L. Cortés, F. Bugliani, C. Calo, A. Izeta y M. Lazzari
2007 Cardonal: una aldea formativa entre los territorios de valles y Puna. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales U.N.Ju.* 32:211-225. Jujuy.

Scattolin, C., F. Bugliani, L. Cortés, M. Calo, L. Pereyra y A. Izeta
2009 Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la SAA* 34:251-274. Buenos Aires.

Stone, G.
1994 Agricultural Intensification and Perimetrics: Ethnoarchaeological Evidence from Nigeria. *Current Anthropology* 35(3):317–324.

Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro
1993 Los Centros Ceremoniales del NOA. En *Publicaciones del Instituto de Arqueología* Nº5. Universidad Nacional de Tucumán.
2001 Fenómenos cúlticos tempranos en la Sub-región Valliserrana. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberián y A. Nielsen, pp. 127-170. ED Brujas. Córdoba.

Treacy, J. M. y W. M. Denevan
1994 The Creation of Cultivable Land Through Terracing. In, *The Archaeology of Garden and Field*, editado por N. F. Miller and K. L. Gleason, pp. 91-110. Philadelphia: The University of Pennsylvania Press.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Cambios y continuidades en la arqueología del Período Formativo – 111-148

PAISAJES Y PRÁCTICAS SOCIALES EN LAS SELVAS MERIDIONALES DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN (1° MILENIO D.C.)

Gabriel Eduardo Miguez[*]
Mario Alejandro Caria[*, **]

ABSTRACT

The prehispanic archaeology of the lowlands of northwest Argentina has had less development in comparison to that of other sub-areas (e.g. valleys, Puna). In this context, the southern piedmont of Tucumán province has been one of the least investigated sections of the lowlands. We suggest that among other reasons, this is the result of on the one hand the limitations of the theoretical and methodological perspectives followed by previous studies (where the piedmont was seen as a peripheral area to highlands "centers") and, on the other the traditional perception of poor preservation in this kind of environment. Recent investigations focused on the study of archaeological landscapes involved the application of a field methodology that has enabled us to register sites and contexts that allow a deeper approach concerning the communities that inhabited these rain-forests during the first 1200 years AD. We summarize the evidence of two sites (Santa Rosa and Yánimas 1) to interpret landscapes and social practices in the area, hoping to demonstrate that another perspective about piedmont archaeology is possible.

***Keywords**: Southern Yungas – prehispanic landscapes – social practices – first millennium D.C.*

[*] Instituto de Arqueología y Museo (Universidad Nacional de Tucumán).
[**] Instituto de Geociencias y Medioambiente (Universidad Nacional de Tucumán). CONICET.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo intentar comprender las maneras de vivir que desarrollaron los grupos prehispánicos del piedemonte meridional de Tucumán en el contexto de paisajes y lugares animados, inmersos en un mundo relacional de seres materiales e inmateriales, recreados a partir de las prácticas sociales. En tal sentido, la perspectiva paisajística proporciona un marco para integrar diferentes clases de información y para explorar los diversos aspectos de la vida humana (Thomas 2001:181) que se desenvolvieron en el tejido socioespacial de un remoto pasado. Esta perspectiva plantea una alternativa fértil a aquellas que conciben al paisaje sólo como algo físico, medible, inerte y deshumanizado, propias de líneas teóricas tradicionales y procesuales que han predominado en la arqueología del Noroeste Argentino durante gran parte del siglo XX (Acuto 1999, 2007; Franco Salvi *et al.* 2009; Salazar *et al.* 2011).

En principio, entendemos que el fenómeno social no puede comprenderse en toda su dimensión si no se considera, aunque sea tentativamente, la manera en la cual los grupos humanos pudieron haberse relacionado con el medio que habitaron. Con relación a esta problemática, coincidimos con Ingold (1992:40) en que la cultura y el entorno no deben ser comprendidos como dominios separados, sino que se constituyen mutuamente a partir de una estrecha y continua interrelación. En línea con esta postura, Descola (2001:101-103) señala que, por lo general, los grupos aborígenes americanos (y de otras partes del mundo) no diferencian conceptualmente entre naturaleza y cultura, como tampoco entre lo natural y lo sobrenatural. Según este autor, para estas comunidades los componentes no humanos del medio (ya sea animales, vegetales o minerales) suelen formar parte de sus esferas socio-culturales, estableciendo complejas interacciones con ellos (basadas en el animismo, totemismo y variantes entre estas). En tal sentido, el norte argentino no parece ser la excepción. Aún más, en las últimas décadas varios estudios basados en fuentes etnográficas, coloniales y arqueológicas (Haber 1997; Arenas 2003; Faberman 2005; Llamazares y Sarasola 2006; Ottalagano 2007; Acuto *et al.* 2011; Salazar *et al.* 2011; Suarez 2012; entre otros) sustentan la idea de que las comunidades prehispánicas concibieron, vivieron y experimentaron sus entornos como parte de sus cosmos sociales. Estos grupos habrían tenido una visión de sus universos como totalidades integradas por distintos planos cósmicos contiguos (ordenados según escalas temporo-espaciales diferentes a las de las sociedades modernas occidentales), que se encuentran cohabitados por diversos seres (cerros, piedras, minerales, ríos, bosques, animales, plantas, antepasados, deidades, personajes míticos, espíritus, etc.), a los cuales les atribuyeron características humanas, conductas sociales y hasta poderes especiales. En este contexto, las prácticas chamánicas debieron cumplir un rol fundamental, propiciando la interacción con estos seres y la conexión e intermediación con los diversos planos de esas realidades, manteniendo así un equilibrio entre la comunidad, el entorno y las entidades espirituales (Llamazares y Sarasola 2006). De esta manera, a lo largo de milenios estos grupos habrían desarrollado vínculos con los elementos del entorno que van más allá de las necesidades tecno-económicas, y que se manifiestan en las prácticas que llevan a cabo las personas o grupos, ya sean estas habituales (cazar, recolectar, cocinar, etc.) o eventuales (rituales, ceremonias, etc.).

¿Cuál es el rol que las prácticas juegan en la constitución de los lugares y en la formación de los paisajes sociales? Según Ingold (1992:51-52), a medida que habitan el entorno, las

personas lo perciben y experimentan a través de sus acciones, las cuales generan permanentes relaciones con los componentes humanos y no humanos del mismo, basadas en las posibilidades que estos ofrecen para el desarrollo de las diversas tareas. Estas tareas (acciones prácticas que los agentes llevan a cabo en el transcurso de sus vidas) adquieren sentido en relación con otras actividades llevadas a cabo antes, durante o después en el proceso de habitar, conformando todas ellas un conjunto interrelacionado de tareas o taskspace (Ingold 1993:158, 2000:195). La reproducción de estos conjuntos relacionados de acciones genera vínculos entre los individuos y grupos con los distintos lugares, cargando estos espacios de significados basados en las sensaciones y experiencias que dichas personas viven en ellos. Asimismo, estas acciones articulan temporo-espacialmente varios lugares en el entorno habitado, de tal manera que cada lugar se comprende en relación a los demás (Ingold 1993).

Por otra parte, las experiencias adquiridas a partir de las prácticas, y compartidas con los demás actores de una sociedad, pudieron haber sido el estímulo para que los grupos humanos crearan clasificaciones y categorías sobre los componentes de sus entornos (lugares, animales, plantas, etc.), así como también creencias, historias, leyendas, mitos y otros relatos que los vinculan significativamente a ellos, y que fueron conformando, en parte, sus cosmovisiones. La cosmovisión, entendida como la concepción que los grupos humanos tienen acerca de la totalidad que los rodea, tiene un fuerte carácter estructurante sobre la sociedad y se expresa en todo momento de la vida cotidiana (Llamazares y Sarasola 2006:65). Esto sugiere que el desarrollo de las prácticas está condicionado por las estructuras sociales y cognitivas que las articulan, las direccionan y las restringen. Pero, asimismo, también dependen de la capacidad de decisión de los agentes en relación a la continuidad (rutinización) o transformación de dichas acciones (Giddens 1984:15). Por lo tanto, las prácticas o acciones conjugan creencias, conocimientos y categorías compartidas por la comunidad que son, a su vez, aprehendidas, reproducidas o transformadas por los agentes sociales.

Consideramos, entonces, que el paisaje social puede entenderse como una entidad viva y relacional conformada por una red de lugares constituida, reproducida y transformada por las personas a través sus acciones e interacciones con componentes humanos y no humanos del entorno (Thomas 2001:174-177), en el contexto de sus cosmovisiones. Como conjunto relacionado de lugares, el paisaje puede ser construido y reproducido por conjuntos de tareas relacionadas (taskspace) llevadas a cabo por los agentes durante el proceso de habitar (Lazzari 2005:130; Scattolin *et al.* 2009), sean estas cotidianas o no. Cabe aclarar que si bien las prácticas integran, ordenan, significan y resignifican los lugares, de la misma forma estos últimos lo hacen con aquellas. De esta manera las personas incorporan los lugares en su ser y vida social, generando una fuerte identidad con ellos que, con el tiempo, le otorgan especificidad histórica a un paisaje (Thomas 2001). Así, las comunidades desarrollan maneras particulares de concebir y habitar el paisaje, donde se entrelazan las acciones, vivencias y experiencias, donde se entrecruzan las biografías e historias de las personas con los lugares y los objetos, donde se imbrican y comparten diversos modos de ser y hacer en el mundo. En estas diferentes formas de vivir un paisaje se intersectan, a su vez, diversas temporalidades y espacialidades a través de las acciones. Mientras que la temporalidad es tiempo experimentado por los actores en las prácticas que llevan adelante a lo largo de su vida (Ingold 1993:157), la espacialidad o espacio social se genera en el seno de las relaciones humanas, o sea, en el contexto de la vida comunitaria (Soja 1989:120). En tanto espacio vivo y activo, la espacialidad constituye (y es constituida por) la producción y reproducción

de prácticas y relaciones sociales, las cuales son llevadas a cabo por agentes humanos en mutua interacción con los lugares y los materiales que los componen (Acuto 1999, 2007). Este permanente juego de interrelaciones entre prácticas sociales, lugares y materiales en el habitar fue dejando registros particulares en el paisaje, huellas tangibles (e intangibles) manifestadas en la presencia/ausencia de restos materiales y sus relaciones contextuales, así como también en las interrelaciones espaciales entre dichos contextos.

La estrategia metodológica consistió en tres etapas orientadas a abordar el piedemomonte meridional de Tucuman desde una escala micro, a nivel del sitio y su entorno inmediato (en este caso, en los sitios Santa Rosa y Yánimas 1). Una etapa fue prospectiva, desarrollada de acuerdo con las características de cada sitio (visibilidad, accesibilidad, estado de preservación, etc.) e involucró una serie de técnicas basadas en criterios probabilísticos y no probabilísticos utilizadas para maximizar la detección y relevamiento de estructuras y contextos (García Sanjuán 2005) en ambientes de vegetación densa. Por ejemplo, para sectores con vegetación densa se recurrió al uso de transectas con equidistancias cortas entre operadores, mapeo de estructuras y concentraciones de restos, entre otras actividades. En espacios abiertos, además de transectas, se llevaron a cabo croquis de sectores, así como también mapeo de áreas extensas. Se relevaron asociaciones, continuidades y discontinuidades superficiales y se sondearon diversos sectores para observar la potencia y riqueza de los depósitos culturales. Durante estas prácticas se efectuaron recolecciones de materiales, mayormente indiscriminadas, con el objeto de obtener una mayor representatividad de la variabilidad de restos presentes en los sitios, entendidos éstos no como concentraciones definidas de restos arqueológicos sino como distribuciones (regulares o irregulares, continuas o discontinuas) de estos materiales (Chapa Brunet *et al.* 2003). Para estimar las extensiones de estas distribuciones se desarrollaron inspecciones superficiales detalladas, se practicaron sondeos y relevamientos de perfiles naturales. Estas tareas fueron complementadas con otros tipos de observaciones en campo (relevamiento y diagnóstico de procesos de formación de sitio) y a través de la percepción remota (fotografías aéreas e imágenes satelitales). Estas actividades se complementaron con el recorrido de senderos, cursos cercanos, y otros sectores ubicados en los alrededores de los asentamientos para relevar los recursos líticos y biológicos existentes y efectuar anotaciones relacionadas con la percepción y experimentación de los espacios prospectados.

La segunda etapa implicó el diseño y puesta en práctica de las tareas de excavación, las cuales estuvieron orientadas al registro de contextos que nos permitirían abordar las prácticas y los espacios que conformaron estos paisajes, por lo que se trató de buscar sectores para excavar que, por sus características superficiales y subsuperficiales (obtenidas a partir de sondeos, en la etapa anterior), tuvieran mayores probabilidades de contener contextos preservados. En la medida que fue posible, se plantearon excavaciones areales con el objeto de registrar con mayor detalle estructuras y áreas de actividades. Se utilizaron niveles artificiales de 10 cm debido a que en ningún caso pudo observarse con claridad diferencias de capas sedimentarias. Durante el proceso de excavación se llevó a cabo un registro detallado de rasgos, restos, asociaciones y alteraciones del registro arqueológico, tanto en planta como en perfil. Todo el sedimento excavado fue tamizado en zaranda de malla gruesa (1 cm) y cuando fue posible, también en malla fina (2 mm). La tercera etapa correspondió al desarrollo de múltiples análisis efectuados a los materiales recuperados de las etapas anteriores, incluyendo análisis físico-químicos, zooarqueológicos, arqueobotánicos, ceramológicos y técnico-morfológicos en materiales líticos tallados. El objetivo de esta etapa fue la integración de

diferentes líneas de evidencias que, junto con el análisis contextual, nos permitieron apreciar mejor las múltiples actividades desarrolladas en cada sitio y sus vinculaciones espaciales.

En síntesis, nuestras intervenciones fueron planificadas estratégicamente para poder abordar estas ocupaciones en un sentido amplio, con el objeto de poder comprender cómo se articulan los lugares y las prácticas desarrolladas en ellos. Luego, el análisis contextual y de los distintos tipos de restos nos permitió avanzar en el conocimiento de varios aspectos de la vida diaria de los agentes y de sus íntimas relaciones con los espacios habitados, sus materiales y el entorno.

MITOS DE LA ARQUEOLOGÍA PEDEMONTANA

Como es sabido, la arqueología del área pedemontana del NOA tuvo escaso desarrollo en comparación con otras áreas de esta región tales como la valliserrana. Particularmente en el piedemonte meridional tucumano se han llevado a cabo pocas y esporádicas investigaciones, por lo que existe un profundo desconocimiento de su pasado prehispánico. Nos preguntamos sobre las razones por las cuales esta área ha recibido escasa atención y, al respecto, creemos que existieron algunos supuestos o postulados asumidos por los investigadores de forma implícita o explícita, que han generado una visión negativa sobre ella, manteniéndola fuera de la agenda científica.

El primer supuesto predica que el piedemonte es un área periférica a los centros ubicados en los altos valles andinos. El uso del enfoque centro-periferia, estrechamente relacionado con el modelo de áreas culturales, tiene una profunda raíz histórica en la arqueología del Noroeste Argentino, afectando fuertemente la construcción de su pasado prehispánico (Scattolin 2006; Quesada *et al.* 2012). Por ejemplo, tradicionalmente la mayor parte de esta región ha sido considerada como parte del área meridional, la que a su vez forma parte de la macroárea andina (González y Pérez 1966; Lumbreras 1981, entre otros), y fue concebida como un espacio marginal a los principales núcleos culturales de los Andes centrales y el área circum-Titicaca (González 1963, 1977, 1979), pensamiento que se remonta a los inicios del siglo pasado (Uhle 1912; Boman 1923). Desde esta postura se argumentó que varias culturas de esta región (Tafí, Alamito, Aguada, entre otras) se originaron como producto de influencias provenientes de otras entidades situadas en el altiplano boliviano (Chullpa Pampa, Tiwanaku), basándose en ciertas semejanzas observadas entre sus rasgos culturales (*e.g.* González 1963, 1964; Núñez Regueiro 1971; entre otros).

El propio Noroeste Argentino fue subdivido en áreas, subáreas, regiones o subregiones culturales (por lo general, Puna, Valliserrana, Selvas Occidentales y Chaco-santiagueña) (*e.g.* González y Pérez 1972; González 1977, 1979) y las relaciones interculturales entre estas áreas también eran explicadas, generalmente, en términos de centros y periferias. Los primeros eran ubicados en el área valliserrana (ámbito de las culturas "avanzadas", como la Aguada o la Santamariana), mientras que las tierras bajas (Selvas Occidentales y llanura Chaco-santiagueña) eran concebidas como marginales. Este razonamiento predominó desde los inicios de la arqueología en la región. Por ejemplo, a principios del siglo XX se consideraba que las poblaciones pre-coloniales de la llanura santiagueña eran parte de la civilización Diaguita-Calchaquí, cuyo centro estaba en los Valles Calchaquíes (Ambrosetti 1901). Tiempo después Palavecino (1948) manifestaba que en el Noroeste Argentino existieron

dos grupos culturales bien definidos: uno andino, que ocupó la Puna, quebradas y valles occidentales (núcleo principal), además de la llanura Chaco-santiagueña; y otro subandino, que habitó en zonas intermedias (estribaciones orientales y piedemonte de Jujuy, Salta y Tucumán, y serranías cordobesas) (Palavecino 1948). Por su parte, Heredia (1975) a pesar de reconocer un proceso particular forjado por los grupos que compartieron la "cultura Candelaria" en la porción meridional de las Selvas Occidentales, consideró que los cambios observados en la alfarería y en las modalidades funerarias fueron el resultado de la difusión de rasgos de culturas más "evolucionadas" como Aguada o Santa María.

En las décadas siguientes (1980-2000) algunos autores cuestionaron la supuesta dependencia de esta región con respecto a los principales núcleos del área circum-Titicaca y formularon explicaciones acerca de la dinámica de los procesos socioculturales pre-incaicos, integrando al piedemonte en esta nueva reconstrucción histórica (*e.g.* Núñez Regueiro y Tartusi 1990, 2002; Pérez Gollán 1991, 1994; Tartusi y Núñez Regueiro 1993; entre otros). En este contexto, se postuló que para el primer milenio D.C., en ciertos valles tales como Ambato, Alamito y Tafí existieron centros políticos/ceremoniales que actuaron como polos de desarrollo y que ejercieron influencia en amplios territorios. Estos nodos habrían sido controlados por comunidades organizadas a nivel de jefaturas o señoríos, compuestas por una elite político-religiosa (jefes-sacerdotes) que ostentaba el poder de controlar la organización de la sociedad, la distribución de los recursos, ciertas tecnologías y el mundo sagrado, ya que dirigían ceremonias multitudinarias en las que se congregaban numerosos grupos locales y foráneos (*e.g.* Gordillo 1990, 1994; González 1998; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2001a; Núñez Regueiro y Tartusi 2002, 2003; Pérez Gollán 2000).

En el marco de estas nuevas propuestas, el piedemonte tucumano es considerado como una porción de la Macroárea Pedemontana, que comprende el borde oriental andino desde el Noroeste Argentino hasta el norte de Sudamérica. Esta macroárea no sería ni amazónica ni andina, sino que estaría definida por sus características históricas particulares y, como tal, tendría una relevante incidencia en el desarrollo sociocultural prehispánico del Noroeste Argentino (Núñez Regueiro y Tartusi 1990). Sin embargo, en vez de poner el acento en las sociedades locales y sus procesos, se propuso que el piedemonte tucumano fue un escenario de migraciones y ocupaciones de las culturas andinas y de las entidades de la llanura santiagueña y, al mismo tiempo, un área puente para la difusión de rasgos de los primeros hacia el oriente y de los segundos hacia el occidente (Ottonello y Lorandi 1987; Núñez Regueiro y Tartusi 1990; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2003). Por lo tanto, más que resaltar su relevancia, estas posturas reflejaban una doble marginación de estos espacios pedemontanos. De esta manera, se estableció una marcada asimetría del paisaje regional, que estigmatizó al piedemonte como periferia y relegó a sus habitantes a la marginalidad. Esto queda demostrado en los textos que sostienen que estos entornos selváticos, durante el primer milenio D.C., fueron ocupados por poblaciones poco densas organizadas socialmente en "pequeños grupos familiares" (García Azcárate y Korstanje 1995:177) o por satélites establecidos por los señoríos vallistos (Aguada) para la explotación de ciertos recursos necesarios para diversos fines (Tartusi y Núñez Regueiro 2001b), siguiendo el modelo de verticalidad de Murra (1975).

Estos marcos interpretativos han sido cuestionados. Se ha criticado la continuidad en el uso de categorías e ideas heredadas del normativismo (cultura, área cultural, núcleo y periferia), los cuales se entremezclan con la aplicación de modelos holísticos sobre la sociedad que enmascaran las particularidades de los múltiples procesos prehispánicos sucedidos

en diferentes zonas del NOA (Scattolin 2006; Franco Salvi *et al.* 2009). También puede notarse una continuación en la aplicación de criterios difusionistas, ahora utilizados para explicar los procesos intrarregionales (*e.g.* Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Finalmente, se ha cuestionado también el uso de criterios neoevolucionistas para clasificar como jefaturas o señoríos las sociedades vallistas del primer milenio D.C., ya que además de homogeneizar la variabilidad de los sistemas sociales prehispánicos, dichas categorías no tendrían sustento en el registro arqueológico (Cruz 2007).

Los estudios llevados a cabo en el piedemonte meridional de Tucumán (Korstanje 1992; Scattolin y Korstanje 1994; Manasse 1997; Rendace *et al.* 2006) y en zonas adyacentes a esta (Gómez 1975; Pantorrilla y Núñez Regueiro 2006) no fueron ajenos a los cuestionados marcos interpretativos normativos, difusionistas y evolucionistas. A partir de metodologías prospectivas (recolecciones superficiales y sondeos) estos trabajos proporcionaron información sobre las características de algunos sitios y materiales prehispánicos (principalmente cerámicos y, en menor medida, líticos y óseos, entre otros). Sin embargo, se observa en ellos un escaso aporte a la comprensión de los procesos locales y al conocimiento de las propias comunidades pedemontanas. Ello se debe, en gran parte, a que partiendo de la identificación de elementos culturales diagnósticos (particularmente la cerámica decorada y ciertos rasgos arquitectónicos), las ocupaciones prehispánicas relevadas fueron consideradas manifestaciones de culturas o tradiciones andinas (Tafí, Condorhuasi, Aguada) cuyos centros de desarrollo se situaban en los valles ubicados al occidente (Tafí, Alamito y Ambato), o bien se las ha asignado como asentamientos de culturas procedentes de la llanura santiagueña, tales como Sunchituyoj y Averías (*e.g.* Gómez 1975; Núñez Regueiro y Tartusi 1990; Korstanje 1992; García Azcárate y Korstanje 1995; Manasse 1997; Tartusi y Núñez Regueiro 2003). Desde esta perspectiva, la construcción del pasado prehispánico en el piedemonte estuvo sesgada desde el punto de vista teórico-metodológico, ya que se partía de la base que este ambiente siempre estuvo sujeto a la colonización de grupos originarios de los valles o de la llanura, constituyéndose en un área donde lo local parece estar ausente.

Ahora pasemos al segundo postulado que tradicionalmente se acepta para el área de estudio: el piedemonte es un área complicada para el desarrollo de las investigaciones arqueológicas. Tal afirmación se basa en una serie de características ambientales y culturales que posee dicha área, que han sido considerados –de manera implícita o explícita– como factores limitantes para el desarrollo de la disciplina (*e.g.* García Azcárate y Korstanje 1995; Manasse 1997), a saber: la espesa vegetación y los intensos procesos de sedimentación y formación de suelos, que generan una baja visibilidad de los restos arqueológicos; los elevados índices de humedad y temperatura que no solo afectan la preservación de los vestigios de origen orgánico, sino que también alteran otros materiales (*e.g.* cerámica, artefactos líticos) y sus asociaciones contextuales a causa de, por ejemplo, la erosión y el arrastre hídrico que producen las intensas lluvias durante los períodos estivales anuales (octubre-abril); y el avance de la agricultura moderna y la progresiva urbanización (desarrollos particularmente intensos en el piedemonte), que han provocado un fuerte impacto antrópico en gran parte de los sitios registrados. En consecuencia, se suele tener una visión negativa sobre esta área debido a que estas y otras condiciones dificultan las prácticas arqueológicas de campo y hacen poco probable el registro de sitios, estructuras, contextos y restos orgánicos bien preservados que permitan explorar, por ejemplo, las características de los espacios ocupados y las maneras en que fueron habitados. Este problema se acentúa cuando concentramos la atención en la

porción meridional del piedemonte tucumano, ya que es una de las zonas más húmedas de la región y, también, una de las más afectadas por la agricultura moderna, factores que habrían motivado la falta de interés en ella por parte de los arqueólogos (Miguez 2012).

Sin embargo, entendemos que considerar al piedemonte como un entorno extremadamente limitado para la preservación de contextos y restos biológicos constituye más un mito que una realidad que pueda generalizarse para toda esta área. Como podrá observarse más adelante, existen sitios donde se han registrado estructuras y contextos bien preservados, además de abundantes y diversos materiales orgánicos (arqueobotánicos, arqueofaunísticos y restos humanos), como es el caso de aquellos ubicados del curso superior del río Marapa (*e.g.* Yánimas 1 y Finca Elías 1) (Rendace *et al.* 2006; Miguez 2010). Creemos también que las condiciones que afectan estos sitios y las prácticas arqueológicas (baja visibilidad, densa vegetación, elevadas precipitaciones, fuerte impacto antrópico, etc.) han sido sobredimensionadas al considerarlas como factores limitantes que obstaculizan el desarrollo de esta disciplina. Por el contrario, para nosotros estas dificultades representan estímulos, puntos de partida para pensar y diseñar estrategias metodológicas que tengan como principal objetivo maximizar las posibilidades de detección de sitios y estructuras, y el descubrimiento de contextos primarios bien preservados, cuyo análisis nos permitirá lograr un acercamiento más profundo a las sociedades prehispánicas pedemontanas, a través del estudio de sus paisajes y prácticas sociales. En tal sentido, en este trabajo intentaremos aportar datos que nos permitan desestimar estos supuestos y así, desmitificar tanto la práctica de la arqueología en el piedemonte como los modelos construidos acerca de su pasado.

EL PIEDEMONTE MERIDIONAL DE TUCUMÁN

El piedemonte meridional de la provincia de Tucumán se emplaza al pie de los faldeos orientales de la Sierra del Aconquija (con alturas que superan los 5.500 msnm) y serranías menores adyacentes (Cumbres de Santa Ana, Cerro Quico, Cumbre de los Llanos). Estas sierras constituyen el borde occidental de este espacio (hasta una altura aproximada de 1.000 msnm) y la zona de transición con la llanura tucumano-santiagueña (350-400 msnm) representa su margen oriental, mientras que en sentido N-S se extiende desde la localidad de Monteros hasta el límite interprovincial con Catamarca (Figura 1). El área de estudio delimitada no constituye en absoluto un espacio homogéneo desde el punto de vista medioambiental. Por el contrario, entre sus características principales se destaca un importante gradiente altitudinal (*ca.* 400-1.000 msnm), además de un relieve irregular (lomadas en cadenas o aisladas, terrenos ondulados, geoformas sobre-elevadas, entre otras). Asimismo, debido a una particular configuración estructural cambiante de sur a norte, el régimen anual de precipitaciones varía entre 800 y 2.000 mm (Sesma *et al.* 1998). Este paisaje pedemontano, complejo y cambiante, es atravesado por numerosos cursos fluviales que nacen en las serranías occidentales y se dirigen hacia el oriente hasta desembocar en el río Salí o en el dique Frontal de Río Hondo (Miguez y Collantes 2012).

Una gran diversidad de vegetales y animales habitan este espacio pedemontano. Originalmente el área considerada estuvo dominada por formaciones selváticas (Selva Montana, entre 1000-700 msnm, y Pedemontana, entre 700-400 msnm) componentes de la provincia fitogeográfica de las Yungas (Brown *et al.* 2001; Brown y Malizia 2004). Hacia el oriente, en

la zona de transición entre el piedemonte y la llanura tucumana, se forman ecotonos entre la Selva Pedemontana y la vegetación xerófila del Bosque Chaqueño Semiárido, debido a la disminución de las precipitaciones (Pérez Miranda 2003). Desde hace más de un siglo, esta vegetación viene siendo reemplazada por grandes extensiones de monocultivos, conservándose sólo algunos relictos de carácter secundario (Brown y Malizia 2004). La fauna que se encontraba en estas selvas y bosques corresponde a la Región Biogeográfica Neotropical, Provincias de las Yungas (Subregión Amazónica) y del Chaco (Subregión Chaqueña) (Morrone 2002).

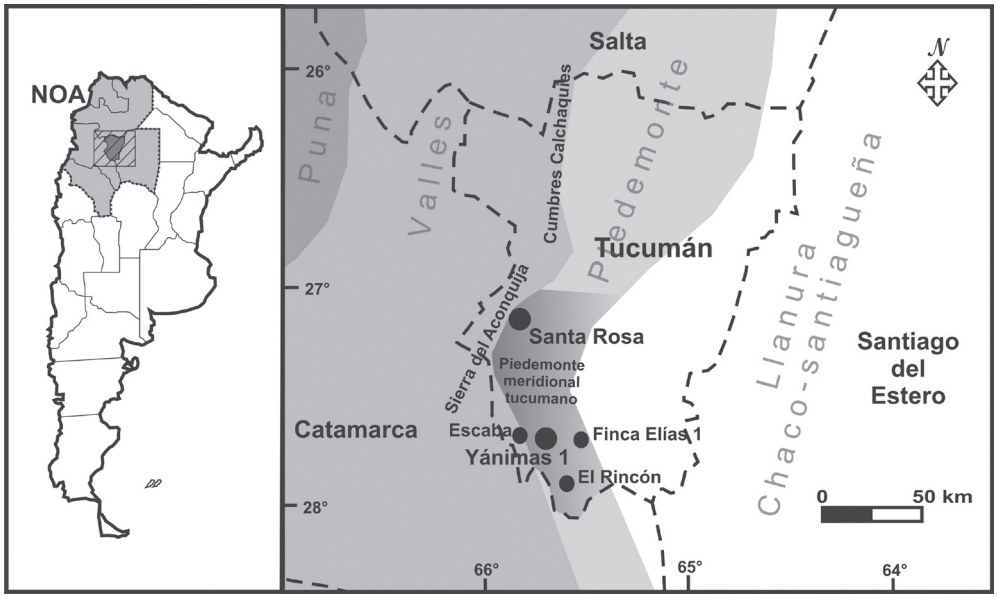


Figura 1. Mapa de ubicación Santa Rosa, Yánimas 1 y otros sitios mencionados en el texto.

Debemos aclarar que debido a la inexistencia de investigaciones paleoambientales en el área de estudio, ignoramos cuáles fueron las características ecológicas imperantes en tiempos prehispánicos. Sin embargo, de acuerdo con los resultados de estudios paleoclimáticos llevados a cabo en áreas aledañas tales como la cuenca Tapia-Trancas y los valles de Tafí y Santa María (Caria 2004; Gómez Augier y Caria 2009; entre otros), durante el Holoceno tardío se produjeron cambios climáticos a nivel regional que pudieron haber afectado el piedemonte sur de Tucumán. Por ejemplo, desde *ca.* 500 años A.C. hasta el 800 D.C. se habría desarrollado un período más húmedo y cálido (con respecto a momentos anteriores), que pudo haber propiciado el aumento de las áreas boscosas en la región. Luego hacia el 800-1000 D.C. se produce un cambio significativo en las condiciones climáticas tornándose más frías y secas, que se habrían intensificado en los siguientes siglos, provocando en algunas áreas (por ejemplo, la Cuenca Tapia-Trancas) la retracción de los bosques y selvas y el aumento de zonas con vegetación herbácea (Caria 2004). Con algunas variantes locales, consideramos factible aplicar este marco paleoambiental a nuestra zona de estudio.

En nuestra área de trabajo se han registrado hasta el momento unos 40 sitios arqueológicos. Superficialmente presentan restos cerámicos, artefactos de molienda y materiales líticos, en

algunos casos distribuidos de manera irregular o discontinua (sitios Rocha, Santa Rosa, Loma Grande) y en otros se disponen de forma más regular (sitios Cáceres1, Cáceres 2, La Escondida, Yánimas 1, Yánimas 2, entre otros). Algunos de estos sitios poseen una gran extensión, alcanzando varias decenas de hectáreas. Además de Yánimas 1 y Santa Rosa, podemos citar otros ejemplos como Rocha (30 ha) y Cáceres 2 (50 ha) en el Departamento Monteros, y La Loma (más de 100 ha) en el Departamento Chicligasta (Miguez 2011). Se hallan situados en diferentes unidades geomorfológicas tales como lomas-glacis (sitios Loma Grande, Loma de Marapa), planos interfluviales (Cáceres 2, Moyaseco, Yánimas 1, Yánimas 2), niveles aterrazados (Santa Rosa, Moyaloma) y paleoconos aluviales (Rocha, Cáceres 1, Cochamolles 1, la Loma), entre otros (Miguez y Collantes 2012). La gran mayoría están afectados por el avance de la frontera agrícola, tanto a nivel superficial como en profundidad. Actividades como los desmontes, los despedres y la roturación de la tierra, cuyo impacto es intensificado por los agentes naturales (principalmente la erosión hídrica), han alterado fuertemente contextos y restos arqueológicos (Miguez 2012).

Sin embargo, se han registrado sitios en los que se preservan vestigios de estructuras consistentes en elevaciones monticulares y/o alineamientos de piedras que indican la presencia de construcciones prehispánicas, como por ejemplo en Santa Rosa, Yánimas 1 y El Rincón (Soria *et al.* 1974; Manasse 1997; Tartusi y Núñez Regueiro 2001b, 2003; Miguez 2010; Miguez y Collantes 2012; Miguez *et al.* 2012a; Miguez *et al.* 2012b). En nuestras investigaciones hemos seleccionado dos de estos sitios, Santa Rosa y Yánimas 1 (Figura 1), porque además de presentar evidencias arquitectónicas, poseen un buen estado de preservación. Consideramos que ambos factores son relevantes para lograr una mejor definición de los paisajes sociales, trabajando a una escala micro que abarca el sitio y su entorno inmediato. En este trabajo, presentamos los resultados de las intervenciones efectuadas en estos dos sitios y los avances en los análisis realizados en los materiales recuperados y sus contextos, con el objeto de abordar las prácticas sociales y lugares desarrollados en estos paisajes.

PAISAJES PEDEMONTANOS. LOS CASOS DE SANTA ROSA Y YÁNIMAS 1

Santa Rosa

Este sitio se emplaza al pie de la ladera oriental de la Sierra del Aconquija, en la zona basal del Parque Nacional Campo de Los Alisos (Dpto. Chicligasta). Se extiende sobre niveles aterrazados de la ribera meridional del río Las Pavas, en un ambiente de Selva Montana. En intensivas actividades prospectivas se han registrado varios alineamientos de piedra, fragmentos de vasijas, restos líticos y artefactos de molienda móviles y sésiles (Miguez *et al.* 2009). Estos restos se distribuyen de manera irregular a lo largo de 300 ha. El sitio fue subdividido en 3 macrosectores: Los Chorizos (LC), que abarca la porción más alta del sitio; Santa Rosa II (SRII), ubicado en una posición intermedia; y Santa Rosa I (SRI), en la parte más baja del mismo. Los alineamientos de piedra, que fueron registrados fundamentalmente en los macrosectores LC y SRII, poseen diferentes formas (circulares, semicirculares, lineales, etc.) y tamaños. Podrían corresponder a restos de diversas estructuras prehispánicas, cuestión que futuras investigaciones podrán determinar con mayor precisión. Varias de estas posibles estructuras presentan materiales culturales asociados, tales como fragmentos de vasijas y restos líticos

tallados y pulidos, estos últimos correspondientes a artefactos de molienda (manos y molinos) confeccionados en materias primas locales (granitos y metamorfitas). En SRI se ha relevado en superficie molinos y morteros sobre grandes bloques de roca, además de otros artefactos de molienda móviles y algunos fragmentos cerámicos. Si bien se han observado algunos alineamientos de piedra en este macrosector, estos eran poco claros y no se hallaron materiales culturales asociados. Tal vez, esta situación sea consecuencia de la alteración producida por actividades agrícolas (desmonte, despedres y uso del arado tradicional) llevadas a cabo décadas atrás, en tiempos previos a la creación de la mencionada área protegida

Las excavaciones se llevaron a cabo en SRII y SRI. En este último se realizó una excavación de 2x1 m (unidades A y B) en las proximidades de un mortero confeccionado sobre bloque rocoso, en un sector desmontado donde predomina la vegetación herbácea. Se alcanzó una profundidad de 70 cm, registrándose material cultural hasta los 60 cm. La mayor frecuencia de restos se concentra aproximadamente entre los 10 y 40 cm de profundidad. El material registrado incluye fragmentos de cerámica tosca (N=909), material lítico tallado y una mano de moler a los 35 cm de profundidad. Las rocas y minerales utilizados para la talla son de origen local (vulcanitas, metamorfitas y cuarzos), mayormente obtenidos mediante la selección de rodados en ríos y arroyos cercanos, donde hemos observado estas materias primas. Un análisis técnico-morfológico preliminar de una muestra del conjunto total de restos líticos recuperados en esta excavación, correspondiente a la unidad A (N=183), permitió determinar que se compone de escasos artefactos formatizados (2,2%) y numerosos desechos de talla (97,8%) (Miguez 2011). El registro arqueológico indica que en este lugar se desenvolvieron acciones vinculadas al uso de instrumentos de molienda (procesamiento de alimentos u otras sustancias) y también prácticas relacionadas con la selección de materias primas y talla de artefactos líticos.

En SRII, la excavación (también de 2x1 m, unidades A y B) se efectuó junto a un alineamiento de piedra semi-circular con molino de mano asociado (sector 1, estructura 3 -Figura 2), y se llegó a una profundidad máxima de 100 cm. Se recuperó abundante material cerámico y lítico, particularmente entre los 10 y 70 cm de profundidad, además de otros tipos de restos. Aproximadamente desde los 5 cm hasta los 30-35 cm de profundidad se desenterró un conjunto de piedras asociadas que cubría buena parte de la superficie excavada y que estaba vinculado con el alineamiento superficial (Figura 2). Este conjunto de rocas fue interpretado como el derrumbre de un muro (Miguez *et al.* 2012). Inmediatamente por debajo de este derrumbre, entre los 30 a 70 cm (niveles 4 a 7) se registran las mayores frecuencias y variedades de materiales por nivel. En estos niveles se encontraron, por ejemplo, fragmentos cerámicos con residuos de carbón, en algunos casos asociados a carporrestos termoalterados. También se observó una mancha de sedimento pardo-amarillenta (posiblemente un área rubefactada) con carbones entre los 30 y 35 cm (unidad A) (Miguez 2011; Miguez *et al.* 2012). Los carporrestos carbonizados son escasos, se encuentran muy bien preservados y fueron hallados entre los 30-60 cm de profundidad. A partir de un análisis macroscópico y microscópico de caracteres cuantitativos (dimensiones) y cualitativos (forma, textura, superficie), estos restos se identificaron taxonómicamente como semillas de Phaseolus vulgaris var. vulgaris, que es la variedad domesticada del poroto común (Figura 3). Estas evidencias (restos y asociaciones) llevaron a proponer la existencia de un nivel de ocupación prehispánica, para el cual se obtuvo un fechado cuyo resultado fue 1686 ± 38 años A.P. (AA94212, semilla) (Miguez *et al.* 2012).

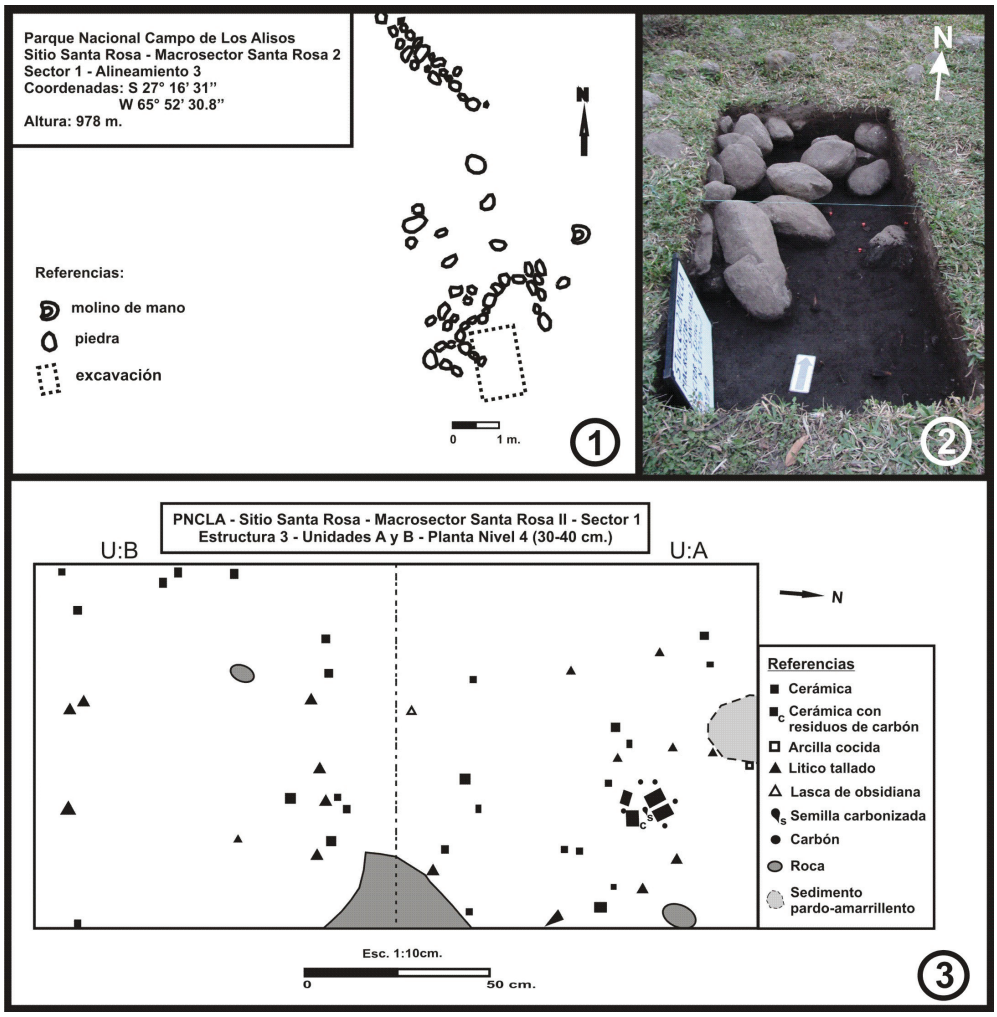


Figura 2. Estructura (1), derrumbe (2) y contexto (3) registrado en Santa Rosa, este último correspondiente al nivel inmediatamente inferior al posible muro derrumbado.

La muestra cerámica (N=1374) es, comparativamente, de mayor tamaño que la descripta anteriormente. Está constituida mayormente por fragmentos toscos, de superficies alisadas, no decoradas y de cocción oxidante. Se registraron escasos fragmentos de cerámica fina, pulida o alisada, que en pocos casos se hallan decorados con pintura roja sobre el color natural de la pasta, o con blanco sobre rojo pintados en líneas paralelas (uno de estos tiestos presenta restos de pintura negra). Por las características de los fragmentos recuperados resultó muy difícil apreciar o reconstruir formas de vasijas. Los restos líticos tallados son más abundantes que en la excavación realizada en SR I. De acuerdo con los resultados preliminares del análisis técnico-morfológico de la muestra lítica correspondiente a la unidad A (N=214), se han identificado varios artefactos formatizados (5,6%) y abundantes desechos de talla (94,4%), en materias primas locales (cuarzos, vulcanitas y metamorfitas) y no locales (Miguez 2011).

En esta muestra se han reconocido tres desechos de talla de obsidiana (Figura 3), y además otro ha sido recuperado en la unidad B. Resulta relevante este hallazgo, ya que constituye el primer registro de obsidiana en el piedemonte meridional de Tucumán. De acuerdo con el análisis de XRF efectuado sobre tres de los cuatro especímenes, estos restos de obsidiana corresponden a la fuente de Ona (Dpto. Antofagasta de La Sierra, Catamarca), distante a unos 270 km al noroeste de Santa Rosa (Glascock 2012; Miguez *et al.* 2014).

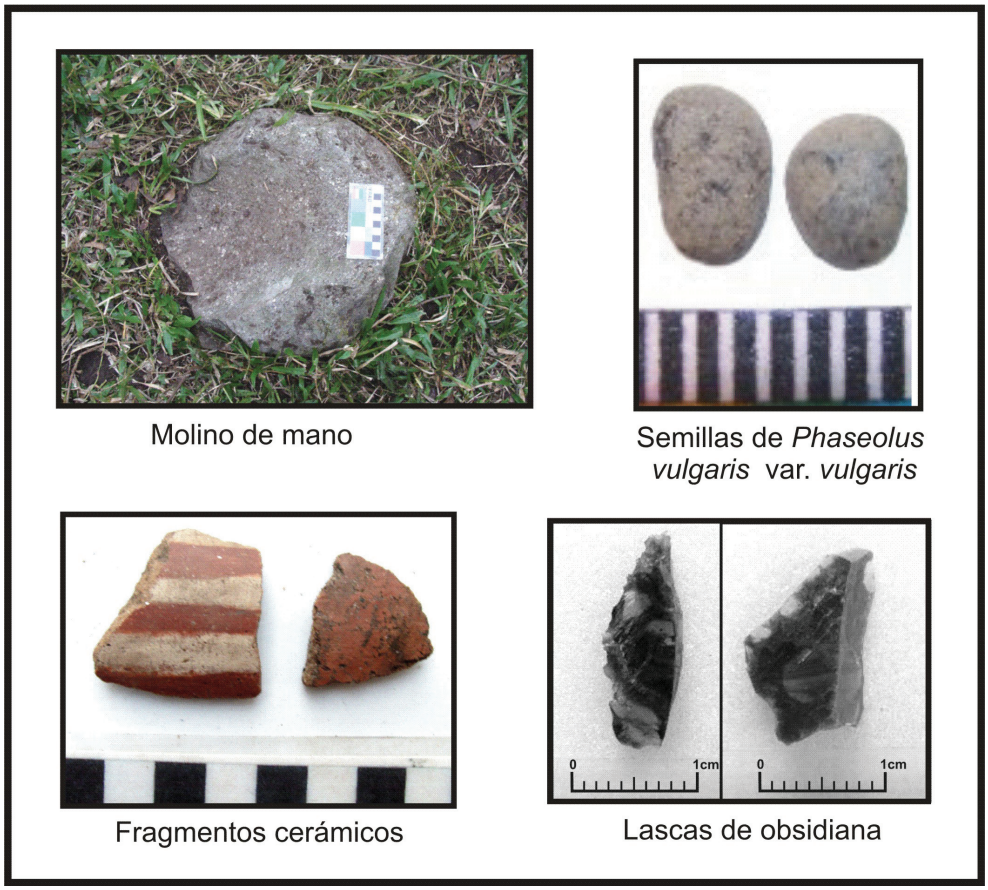


Figura 3. Materiales registrados en Santa Rosa.

En base a estos datos, se ha planteado que en este lugar se efectuaban tareas como la preparación y consumo de alimentos a partir del uso de artefactos de molienda y vasijas expuestas al fuego, así como también acciones relacionadas con la talla y posible uso de artefactos líticos confeccionados en materias primas locales y también foráneas, entre otras actividades. Podríamos sugerir que el aumento en la frecuencia de restos cerámicos y líticos tallados en este espacio (comparado con el otro lugar excavado, en SRI) podría ser el resultado de una mayor intensidad en el desarrollo de las actividades cotidianas. Estos datos, sumado a los indicios de actividades culinarias, más el derrumbe y el posible fogón registrados, nos permiten pensar en un lugar residencial (Miguez *et al.* 2012). Cabe señalar que cerca de esta

estructura se detectaron otros alineamientos de piedra, fragmentos cerámicos, restos líticos tallados y artefactos de molienda, evidenciándose una estrecha relación espacial entre estos restos. Concentraciones similares de materiales culturales se relevaron en algunos sectores de LC (Miguez 2011).

En síntesis, los datos son escasos pero permiten plantear algunas hipótesis a ser testeadas en futuras investigaciones. La enorme superficie en la que se distribuyen los restos y la fuerte potencia arqueológica observada en los perfiles estratigráficos permiten proponer que en Santa Rosa parece haberse desarrollado una ocupación extensa y sedentaria, que cronológicamente se ubicaría en la primera mitad del primer milenio D.C. Si bien sus restos son poco visibles por estar enterrados y ocultos bajo la densa vegetación, las intensas tareas de prospección han posibilitado descubrir y apreciar un paisaje fuertemente antropizado. De acuerdo con las evidencias disponibles, podemos sugerir que este paisaje habría estado conformado por grupos de viviendas construidas con muros de piedra, dispersos al pie de la Sierra del Aconquija. Además, el hallazgo de las semillas de poroto común domesticado abre la posibilidad de plantear el desarrollo de cultivos locales vinculados a estos espacios habitados. Por sus características ecológicas esta zona es óptima para el cultivo de diversas especies de plantas domesticadas, además de la identificada, sin necesidad de recurrir a la construcción de estructuras agrícolas (Miguez *et al.* 2012).

Hasta el momento en Santa Rosa no se han registrado restos óseos correspondientes a seres humanos o animales. La ausencia de estos restos podría deberse a varias razones. Si bien algunos factores pueden estar incidiendo en la falta de preservación de estos materiales (*e.g.* precipitaciones de 2.000 mm anuales, suelos moderadamente ácidos) debemos resaltar que las excavaciones efectuadas hasta el momento son muy escasas, más aún si se tiene en cuenta el tamaño que posee este asentamiento. No se descarta que en futuras intervenciones puedan hallarse vestigios zooarqueológicos y otros tipos de restos orgánicos. Por estas razones no desestimamos la posibilidad de un aprovechamiento de recursos faunísticos como complemento a los productos cultivados registrados hasta el momento.

Tampoco se observan espacios diferenciados ni elementos arquitectónicos sobresalientes a nivel superficial que indiquen algún tipo de distinciones o jerarquías espaciales y/o sociales. Esto apunta a espacios habitados por grupos familiares, que se habrían autoabastecido a partir de cultivos locales y de diferentes recursos silvestres que ofrecían estos ambientes selváticos. A partir del registro arqueológico, y principalmente en relación a los materiales líticos, se observa una estrecha vinculación con los cursos de agua cercanos donde, entre otras posibles actividades (recolección de agua, arcillas, arenas, etc.), las personas buscaban y seleccionaban rodados de distintos tamaños y materias primas para la confección de artefactos líticos y para la construcción de sus viviendas. Asimismo, estos grupos habrían mantenido relaciones de intercambio con otras comunidades en el marco de redes de tráfico de ciertos materiales, como la obsidiana, en las que también habrían participado poblaciones que ocuparon el piedemonte occidental de la Sierra del Aconquija durante los primeros siglos del primer milenio D.C. (Scattolin 1990; Scattolin y Lazzari 1997), como también otras que habitaron el sector septentrional del piedemonte tucumano durante el mismo milenio (Caria *et al.* 2009).

Yánimas 1

Este sitio se ubica en la ribera meridional del tramo superior del río Marapa, abarcando la finca Yánima Berries y sus alrededores (comuna de Yánima, Departamento La Cocha). Se encuentra emplazado en el piedemonte ondulado situado al oriente del cerro Quico, en un ambiente de Selva Pedemontana, a una altura de 440 msnm. Los restos registrados son abundantes y superficialmente se distribuyen de manera regular en una extensión aproximada de 40-50 ha. A los efectos de ordenar el registro arqueológico en el espacio, el sitio fue dividido en sectores: Central (SC), Norte (SN), Noreste (SNE), Este (SE), Sureste (SSE), Sur (SS), Suroeste (SSO), Oeste (SO) y Noroeste (SNO).

En este trabajo presentamos la información registrada fundamentalmente para el SC. En éste se destacan una serie de estructuras monticulares (EM 2, EM 3 y EM 4) alargadas que miden entre 120-150 m de longitud, las cuales conforman una U que rodea un espacio plano de aproximadamente una hectárea. Estrechamente vinculado a la EM 2 se ubica la EM 1, el montículo menos extenso y más elevado del sitio (Figura 4). Este SC es el que se encuentra mejor preservado, a pesar de tener varias partes alteradas por las actividades humanas (Miguez 2010). Llevamos a cabo intervenciones en algunas partes de los montículos y en el espacio plano central. En la porción noroeste de este sector, efectuamos dos excavaciones areales, una de ellas en la EM 1 y la otra en el extremo oeste de la EM 2, cerca de la unión de esta con el extremo norte de la EM 3. De acuerdo con el registro arqueológico

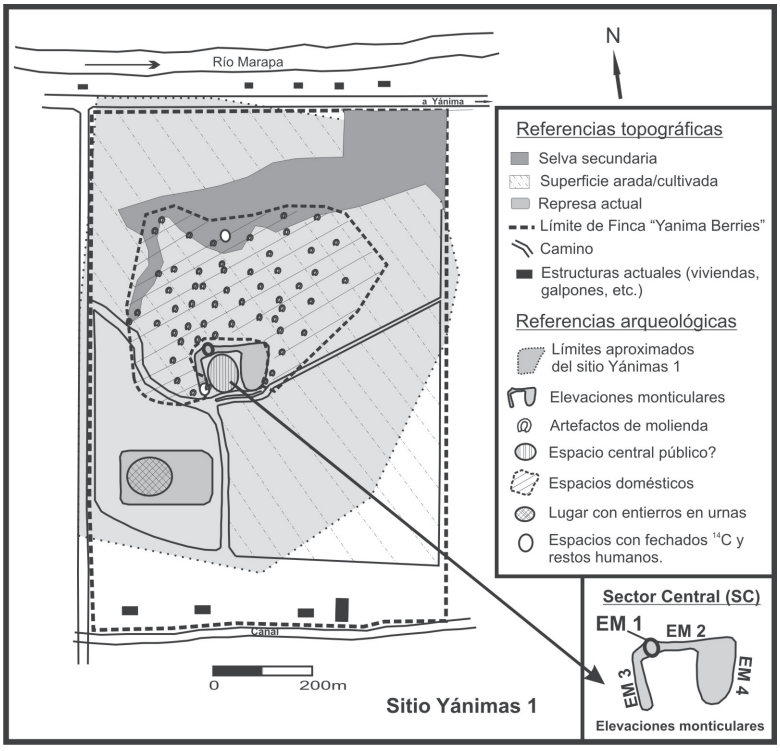


Figura 4. Plano del sitio Yánimas 1 con algunos espacios y materiales registrados.

obtenido hasta el momento, los montículos habrían sido construidos por una comunidad que habitó este sector pedemontano entre ca. 1100-800 años A.P., según se desprende de los fechados obtenidos para este sitio: 960 ± 70 años A.P. (LATYR-2185, hueso) y 1060 ± 60 años A.P. (LATYR-2403, hueso). Sin embargo, es necesario señalar que en este sitio se registran ciertos materiales cerámicos comparables con estilos que cronológicamente serían más tempranos (*e.g.* Condorhuasi Polícromo) a la ocupación que se describe más adelante. Estos restos fueron recolectados en sectores donde se produjeron alteraciones que implicaron la profunda remoción de sedimentos (como por ejemplo, la construcción de la represa del sector SO, de más de 2 m de profundidad), por lo que es posible que hayan existido asentamientos anteriores o tal vez un proceso continuo de ocupación desde los primeros siglos de la era cristiana, el cual todavía no ha podido registrarse estratigráficamente. A continuación detallamos los resultados obtenidos en los sectores intervenidos de este sitio y sugerimos hipótesis sobre las prácticas sociales y los espacios que habrían sido ocupados hacia fines del primer milenio D.C.

La EM 1 es un montículo con forma de cono truncado y planta oval que sobresale en el paisaje local con sus 3 m de altura (Figura 5). En la cúspide de este montículo planteamos una excavación de 5 unidades (1, 2, 4, 6 y 8) de 1 x 1 m dispuestas en forma de cruz. El registro arqueológico obtenido fue excepcional y presentaba algunas características particulares en relación a otros espacios excavados (Miguez 2011). En primer lugar debemos destacar la variabilidad de restos arqueológicos, la forma en que se distribuyen y la matriz que los contiene. Los materiales más abundantes son fragmentos de vasijas, vestigios faunísticos y macrorrestos vegetales carbonizados, generalmente muy bien preservados. Con menor frecuencia se recuperaron restos líticos tallados, unos pocos fragmentos de artefactos de roca pulida y algunas piedras. Además se hallaron cuatro tubos de pipas, un diente humano, tres cuentas de collar, dos laminillas de oro y un bezoar. Aunque en general estos vestigios se presentan de forma dispersa, se han registrado algunas concentraciones interesantes en varios niveles excavados. A modo de ejemplo, mencionamos que en el nivel 4 (30-40 cm de profundidad) de la unidad 8, se identificó una asociación de fragmentos cerámicos grandes, cáscaras de huevo de Rhea sp., una extremidad articulada de Hippocamelus antisensis (taruca) y otros restos faunísticos, una lasca de cuarzo y algunas piedras; otra asociación se observó en el nivel 5 (40-50 cm) de las unidades 4 y 6 donde se reconoció una asociación que se compone de varios tiestos, dos fragmentos de tubos de pipas, caparazones de moluscos, cáscaras de huevo, algunas lascas, restos de camélidos y otros animales, y un silbato de hueso (Figura 6). Estos materiales y asociaciones se encontraban depositados en una matriz de sedimentos sueltos, secos, ligeramente alcalinos y con granulometría franco-arcillo-arenoso. Otra particularidad de este contexto es la presencia, en la mayoría de los niveles, de abundantes carbones y manchas blanquecinas de aspecto ceniciento. Los resultados de las determinaciones químicas (P y MO) efectuadas en muestras de estos sedimentos manifiestan una variación irregular (aumentos y descensos) a lo largo de la secuencia arqueoestratigráfica (Miguez *et al.* 2012). Un fenómeno similar ocurre con las frecuencias de los restos cerámicos, líticos y otros de origen orgánico (Miguez 2011; Nasif y Miguez 2014).

A partir de estos datos hemos sugerido en otro trabajo que el montículo habría sido construido por depositaciones de paquetes de materiales (y tal vez sedimentos) en eventos que posiblemente estén vinculados a ritos y ceremonias (Miguez *et al.* 2012). Varias propiedades del registro arqueológico de EM 1 (asociaciones de determinados restos, variación irregular

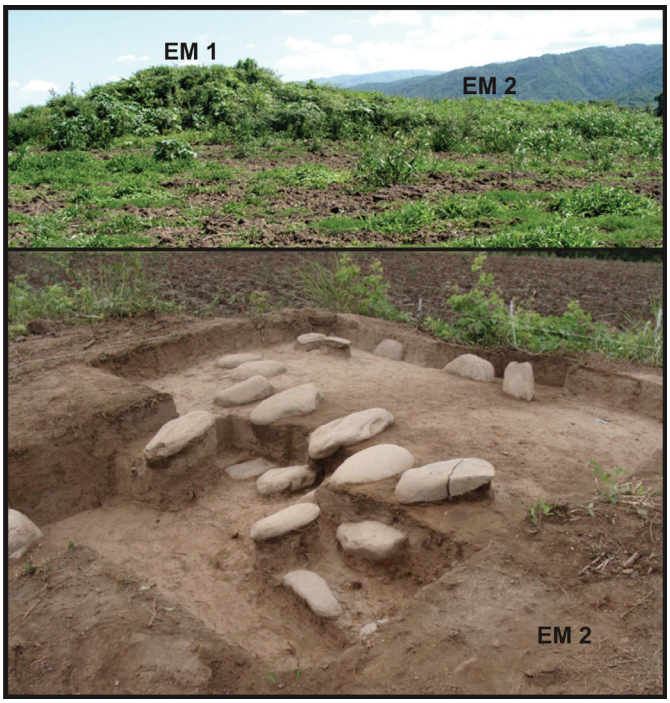


Figura 5. Montículos de Yánimas 1. Arriba, EM1 y EM2 (parte occidental); abajo, estructura de tierra y piedra registrada en el extremo oeste de EM2.

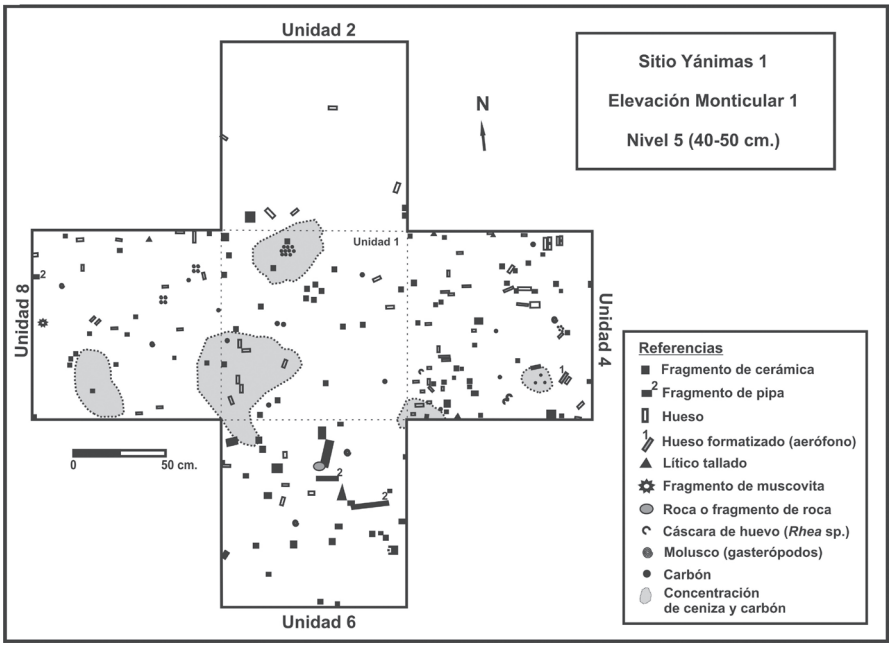


Figura 6. Contexto registrado en el montículo EM 1, entre los 40-50 cm de profundidad.

en la frecuencia de diversos materiales, concentraciones de ceniza) nos indican que se trataría de un espacio más relacionado con experiencias rituales y ceremoniales que con acciones cotidianas propias de ámbitos domésticos. Los sedimentos cenicientos pueden estar indicando, además, que en este mismo lugar se habrían llevado a cabo la quema de ofrendas, una práctica ritual común y aparentemente milenaria en los Andes (*e.g.* Lecoq y Fidel 2003; González y Tarragó 2004:398; Núñez *et al.* 2005:307), o quizás que las quemas fueron realizadas en otro lugar y luego los restos y cenizas resultantes fueron depositados finalmente en EM 1. La presencia de restos orgánicos e inorgánicos con signos de haber sido expuestos al fuego podría estar corroborando esta hipótesis. La ritualidad de este lugar (EM 1) se manifiesta, además, en ciertos materiales recuperados (metales, bezoares, silbato, pipas), varios de ellos presentes solo en este montículo. Sobre ellos se han efectuado estudios que aportan datos a esta hipótesis y a la discusión sobre las prácticas rituales en este sitio.

Por ejemplo, las dos laminillas metálicas recuperadas (Figura 7), según los análisis composicionales puntuales (EDS), se componen principalmente de oro, con porcentajes menores de plata y cobre. La observación con lupa binocular permitió inferir que estos objetos fueron confeccionados por martillado, luego recortados para darle forma y finalmente pulidos. Una de estas laminillas se destaca porque parece ser la representación de un rostro. La forma del contorno con dos salientes a modo de orejas, la presencia de tres orificios que habrían representado los ojos y la boca, y el pulido solo en una de las caras (anverso) sustentan esta interpretación (Miguez 2014). Estas materias primas habrían sido obtenidas por intercambio, ya que en el área de estudio no existen yacimientos de oro, al menos apropiados para su explotación en épocas prehispánicas. La elevada carga simbólica que porta este material y su escasez en el piedemonte sugieren que su acceso y uso pudo haber estado restringido a personas de cierto prestigio.

Es sugerente también el hallazgo en este contexto de una piedra bezoar (Figura 7), cálculo que se forma en el sistema digestivo o renal de diversos mamíferos (camélidos, tapires, etc.). De acuerdo con sus características formales (forma semi-circular, estructura concéntrica, superficie lisa) y composición (fosfato anhidro de calcio y magnesio) ha sido asignado a un mamífero herbívoro, posiblemente camélido (Nasif y Miguez 2014). Otras piedras de rasgos similares, también procedentes de este montículo, se hallan actualmente en proceso de análisis. Los bezoares de camélidos han sido muy valorados en el mundo andino tanto en tiempos coloniales como prehispánicos ya que, entre otras cualidades que les eran atribuidas, se los utilizaba para la cura de males físicos (digestivos, dolores estomacales, venenos) y mentales o espirituales (miedo, melancolía) (Browman 2004; Loza 2007), y se los empleaba en prácticas rituales vinculadas con el sacrificio de llamas (Lecoq y Fidel 2003). Aun más, se trata de objetos que con frecuencia suelen hallarse en huacas o lugares sagrados en ciertas regiones de los Andes centrales (Renard-Casevitz *et al.* 1988:69). Debido a la relevancia de estos objetos, es posible que hayan sido utilizados en sesiones terapéuticas por agentes con cierto prestigio (curanderos, chamanes) en el seno de algunas comunidades prehispánicas. En tal sentido, destacamos el hallazgo de un atado de cuero con objetos rituales y preparados medicinales en un abrigo rocoso del cerro Pallqa (localidad de Amaguaya, Dpto. La Paz, región circum-Titicaca), dentro del cual había una piedra bezoar (Loza 2007:325, 328, 332). Resulta interesante que la autora considera que este atado habría sido propiedad de un agente médico-religioso del período Tiwanaku (Horizonte Medio, 400-1100 D.C.).

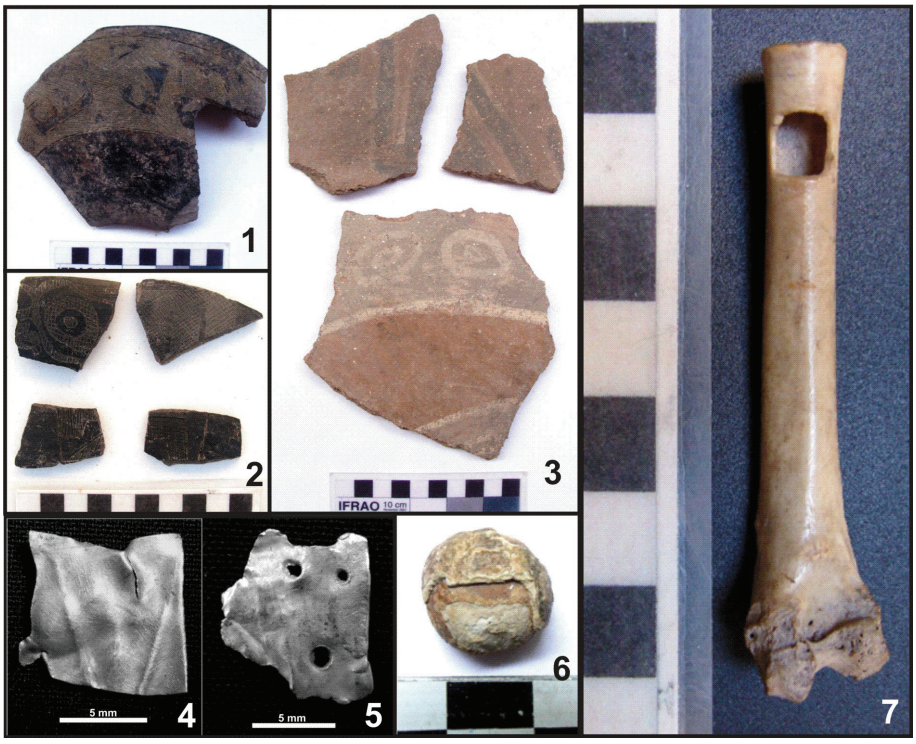


Figura 7. Materiales registrados en Yánimas 1. 1 y 2- fragmentos de cerámica negra fina con decoración grabada e incisa; 3- fragmento de cerámica tosca pintada; 4 y 5- laminillas de base oro; 6- bezoar de camélido y 7- aerófono tipo silbato, confeccionado en hueso de ave.

Las pipas encontradas fueron confeccionadas en cerámica. Son cuatro fragmentos de tubos, dos de ellos pequeños (menores a 10 cm de longitud), sin boquilla y con superficies externas alisadas, mientras que los otros dos son más largos, con boquillas y están pulidos. Muestras del contenido interno de estos tubos fueron analizadas al microscopio. Se observaron microrrestos correspondientes a Anadenanthera colubrina var. cebil y Nicotiana spp., lo que sugiere el consumo de sustancias psicotrópicas en prácticas fumatorias (Martín Silva *et al.* 2013). El cebil es una especie arbórea local que se encuentra en forma de ejemplares aislados en áreas abiertas como riberas de ríos y arroyos (Ayarde 1995), o formando bosques en cumbres de lomadas y en sectores de ladera, estos últimos muy comunes en la vertiente oriental de la Cumbre de los Llanos (Miguez 2011). En el caso del tabaco, en cambio, podría tratarse de una especie que tal vez no sea local. Sin embargo, el hecho de que haya sido identificado a nivel de género obliga a la realización de estudios complementarios para poder determinar con certeza las especies presentes en la muestra. De confirmarse el uso de especies no locales, ello podría estar sugiriendo el empleo de redes de tráfico e intercambio para la obtención de estas plantas y su consecuente uso como un elemento articulador en el establecimiento de relaciones de interacción interregionales, como se plantea en otros casos de estudio para el área surandina (Angelo Zelada y Capriles Flores 2000, entre otros). Por último, no podemos dejar de resaltar que en este montículo se ha recuperado un aerófono tipo silbato en excelente estado de preservación (Figura 7), formatizado en un fémur de

ave rapaz situado a la misma profundidad (40-50 cm) y relativamente cercano a dos tubos de pipas, en un nivel inmediatamente inferior a una de las láminas de oro (Miguez *et al.* 2013). Dicho instrumento es muy similar a los silbatos chaqueños registrados en contextos etnográficos de comunidades del norte argentino (lules, matacos). Usualmente han sido utilizados por chamanes en rituales tales como sesiones terapéuticas o vuelos espirituales, inducidas por enteógenos (Califano 1975; Pérez Bugallo 1989), como los identificados en las pipas. Cabe señalar que Cruz (2006:135) menciona el hallazgo de dos silbatos de este tipo (chaqueños) en un contexto interpretado como de actividades rituales, registrado en la estructura denominada Recinto Alto del sitio Piedras Blancas (Valle de Ambato, Catamarca). En síntesis, todos estos objetos y sus relaciones contextuales nos permiten sostener la idea de que este lugar (el montículo EM 1 y sus inmediaciones) posee un fuerte componente simbólico-religioso.

Si nos enfocamos en el registro arqueofaunístico, a partir del análisis de una muestra (procedente de las unidades 2 y 4) en base a la determinación de caracteres anatómicos, taxonómicos y tafonómicos, se identificó una alta diversidad de especies (Nasif y Miguez 2014), hecho que se manifiesta sólo en este montículo. Por ejemplo, se reconocieron restos de mamíferos tales como camélidos (entre ellos Lama glama) y cérvidos (Hippocamelus antisensis, Mazama sp.), varias especies de roedores (cricétidos, ctenómidos y chinchíllidos, como la vizcacha), quirquinchos y un félido chico; vestigios de aves (de tamaño grande como Rhea sp., pero también otras medianas y pequeñas), reptiles, anfibios (anuros), peces (bagres y bogas) y hasta invertebrados (moluscos gasterópodos). Este abanico de recursos faunísticos tiene un amplio patrón de distribución geográfica, abarcando diferentes ambientes (pastizales de altura, selvas y chaco semiárido), altitudes (desde los 3000 a los 300 msnm) y hábitats (terrestres, aéreos y acuáticos) (Nasif y Miguez 2014). Vale decir que es notable como en esta pequeña muestra analizada está representado todo el universo animal y ambiental del entorno pedemontano y sus alrededores. Entre los rasgos tafonómicos de origen antrópico, además de termoalteraciones, se han reconocido fracturas intencionales y marcas de corte principalmente en huesos de camélidos, quirquinchos y roedores. Probablemente estas huellas estén indicando que estos animales fueron consumidos y quemados en momentos previos a su depositación final en EM 1. Por último, el silbato ya mencionado es el único hueso formatizado en esta muestra, pero no en todo el montículo.

En este conjunto arqueofaunístico, los restos de camélidos y cérvidos conforman el grupo más frecuente. Nos interesa destacar la presencia de Hippocamelus antisensis (taruca), un ciervo sagrado en la cosmovisión andina que es utilizado en rituales curativos (Loza 2007). En tal sentido, además de su identificación en la muestra analizada, resaltamos que en algunas unidades excavadas en EM 1 (unidades 2 y 8) hemos exhumado extremidades articuladas de este cérvido. También, es sabido que camélidos tales como Lama glama han sido muy venerados en el NOA prehispánico y esto ha sido expresado en diversas manifestaciones materiales, como en la cerámica de estilo Candelaria (González 1977) y en determinadas prácticas rituales (Franco Salvi y Berberián 2011; entre otros). Entre los macrorrestos vegetales, destacamos el registro de carporrestos mayormente carbonizados de plantas silvestres como algarrobo (Prosopis nigra, Prosopis sp.) y chañar (Geoffroea decorticans), así como también de especies domesticadas (Phaseolus vulgaris var. vulgar, Zea mays y Z. mays var. oryzaea) (Arreguez *et al.* 2012). Este conjunto de carporrestos es, hasta el momento, el único registrado en el sitio y consideramos que su presencia en EM 1 pudo derivarse de

prácticas cúlticas. Se sabe a partir fuentes etnohistóricas, etnográficas y arqueológicas que tanto la algarroba como el maíz han sido importantes recursos subsistenciales en la región y, además, han tenido gran importancia simbólica en las cosmovisiones de estas comunidades, a partir de su uso ritual en ofrendas y en la elaboración de bebidas fermentadas que fueron consumidas en diversos rituales y ceremonias festivas (Olizewski 1999; Noli 1999; Korstanje 2005; Cremonte *et al.* 2009; entre otros). Algarrobos y chañares se encuentran cercamos al sitio Yánimas 1, en los ecotonos orientales.

Entre otros vestigios recuperados, los fragmentos de vasijas son los más abundantes (más de 2700 tiestos de diversos tamaños). Esta muestra comprende tanto cerámicas finas (con inclusiones de granulometría hasta 1 mm) como toscas (con inclusiones hasta 3 mm). Dentro de las primeras se reconocieron dos grupos, uno que presenta características tecno-estilísticas (color negro/gris oscuro, superficies pulidas, pasta compacta, decoraciones grabadas/incisas) compatibles con el estilo Ambato Negro Grabado (González 1998), y otro que se compone de fragmentos de colores rojos/anaranjados tanto en pasta como en superficies (las cuales suelen estar muy alisadas o pulidas), que en ocasiones presentan decoración pintada. Dentro de las cerámicas toscas, además de tiestos no decorados (los más frecuentes), se identificó un grupo que posee atributos (formas de tamaño grande, abundantes inclusiones de mica y cuarzo, superficies alisadas y decoración pintada en negro y blanco sobre el color variable de superficie) comparables con el estilo Ambato Tricolor, (Gordillo 1990; González 1998), o también con el Alumbrera Tricolor (González 1956; Núñez Regueiro 1998; Tartusi y Núñez Regueiro 2003). Dentro del conjunto de cerámicas toscas se registran tiestos con residuos de carbón por exposición al fuego. La cerámica descripta se registra prácticamente en toda la estratigrafía del montículo y en gran parte del sitio. Hasta el momento no tenemos evidencias que indiquen restricciones en el espacio en relación al acceso y uso de vasijas, tanto finas como gruesas. Sin embargo, destacamos que la mayor cantidad de fragmentos similares al Alumbrera Tricolor o Ambato Tricolor se registran en EM 1. Resulta interesante que algunos autores han propuesto que los grandes vasos o tinajas propios de este estilo pudieron haber servido para el consumo de bebidas fermentadas en actividades rituales (González 1998). En EM 1 también se recuperaron restos líticos, mayormente desechos de talla y algunos artefactos, principalmente elaborados en materias primas locales tales como cuarzos y esquistos, aunque también se identificaron otras no locales (sílices). También se registraron fragmentos de artefactos de molienda (Miguez 2011).

Consideramos que la diversidad de restos orgánicos e inorgánicos presentes en EM 1, es congruente con la idea de que este montículo es el resultado de la depositación de ofrendas en el marco de prácticas rituales. Otros contextos de similares características en el NOA han sido tradicionalmente considerados como basureros. El término basura constituye una categoría del mundo occidental que atribuye una fuerte connotación negativa a ciertos elementos, por ser considerados, de manera despreciativa, como desperdicios o materiales inservibles que deben ser descartados y olvidados (Moore 1986). Por lo tanto, el uso de este tipo de categorías para clasificar contextos prehispánicos es inadecuado porque, entre otras razones, simplifica la complejidad y relevancia que pueden tener ciertas estructuras y sus restos asociados, ya que los despoja de sus posibles significaciones socio-simbólicas. Para nosotros, varios objetos registrados en EM 1 y sus asociaciones se vinculan a prácticas chamánicas, posiblemente involucradas en diversos rituales tales como curaciones físicas y espirituales, vuelos extáticos para comunicarse con los antepasados o las entidades del bosque, para proteger a la comunidad

de las amenazas de espíritus malignos o de enfermedades, para desinfectar el ambiente de plagas, entre otras. Quizás no todos los rituales fueron desarrollados en este lugar o en sus inmediaciones, pero el hecho de que objetos como el silbato, el bezoar y las laminillas de oro hayan sido depositados allí y no en otros lugares revela la importancia de este hito en el paisaje local donde se han acumulado, conservado y monumentalizado estas experiencias mágico-religiosas. Tal vez, parte de los restos orgánicos registrados pudieron haber formado parte de comidas compartidas en el marco de ceremonias festivas, en las que, quizás, también se pudieron haber consumido bebidas fermentadas en grandes vasos. Por último, destacamos que la presencia de ciertos elementos que pudieron haber tenido propiedades curativas y mágico-religiosas estaría indicando la presencia de un agente con cualidades de poder y prestigio que pudo haber liderado o coordinado ciertos rituales y ceremonias comunales (sin que esto signifique la existencia de un poder hegemónico de orden político/religioso concentrado en un líder o elite) en ciertos eventos durante el año.

En otros sectores del SC se llevaron a cabo otras intervenciones cuyos resultados nos permiten acercarnos a la naturaleza de otras espacialidades. Uno de esos sectores es el extremo oeste de la EM 2, que se ubica adyacente a la EM 1, donde la inspección superficial determinó la presencia de algunas piedras y también hoyos cuya morfología y profundidad serían testigos de otras rocas que fueron removidas y que se alineaban con las demás en sentido este-oeste, a lo largo de la parte superior de esta elevación monticular. Estas piedras conforman dos alineamientos paralelos y longitudinales, que estarían delimitando un espacio de circulación tipo pasillo (Miguez 2010). La excavación de esta estructura permitió registrar la presencia de una construcción de tierra con piedras colocadas en su interior (sin advertirse la presencia de columnas o paredes), las cuales se hallan separadas por distancias que varían entre 15 y 40 cm (Figura 5). Estas rocas internas pudieron haber sido usadas para darle fortaleza estructural al montículo. Entre las piedras se encontraron escasos fragmentos de cerámica tosca no decorada y unos pocos restos líticos. La estrecha relación espacial de este espacio con EM 1 nos lleva a pensar en una especie de pasillo o plataforma construida para circular hacia el montículo más alto del sitio, tal vez en el marco de prácticas rituales.

Otro de los espacios intervenidos en el SC se ubica en la porción sur de la EM 3, donde se llevaron a cabo actividades de rescate en un área de 20 m^2. Se relevaron los restos de una estructura de piedras semienterradas y alineadas en forma de L, de 1 x 1,5 m de longitud en cada lado. En los alrededores se hallaron fragmentos cerámicos y restos óseos de fauna. La muestra cerámica se compone de numerosos fragmentos decorados pintados y grabados, pero también varios tiestos de vasijas de factura tosca, con paredes y granulometrías gruesas (con algunas partes de bases), algunos con presencia de residuos de carbón en superficies internas y externas. Entre los restos faunísticos, se identificaron huesos de camélidos (Lama glama) y de aves (Norma Nasif, comunicación personal), parte de los cuales tienen huellas de la acción humana, como marcas de corte y termo-alteraciones. A pocos metros se registraron huesos humanos que habrían formado parte de un entierro directo, encontrándose un conjunto de 36 cuentas de collar (la mayoría de las cuales fueron confeccionadas en minerales de cobre) y fragmentos cerámicos asociados al mismo. De este lugar también proceden seis partes de pipas, entre las que se pueden reconocer cinco tubos y el fragmento de un hornillo decorado con aplicaciones al pastillaje y pintura roja. Artefactos de molienda, instrumentos líticos formatizados en metamorfitas, piedras y trozos de barro cocido (posiblemente adobe) completan el registro arqueológico que procede de este sector (Miguez 2011). Estos restos y sus

relaciones contextuales nos indican que podría tratarse de un espacio mayormente vinculado a acciones cotidianas tales como el uso de vasijas para diversos fines, la preparación y consumo de alimentos o la talla de artefactos líticos, quizás en torno a una vivienda de la que sólo pudo registrarse parte de su base pétrea y, tal vez, algunos unos pocos restos de pared. Pero en este mismo espacio también se llevaron a cabo otras acciones cargadas de mayor significación simbólica como la depositación de restos humanos y prácticas fumatorias de enteógenos. Constituye, entonces, un lugar donde se desarrollaron múltiples actividades estrechamente relacionadas.

El espacio plano central delimitado por las elevaciones monticulares también ha sido intervenido mediante tareas de prospección y excavación. En razón de la ausencia de estructuras y la escasa presencia de restos culturales (algunos fragmentos cerámicos y restos líticos tallados) tanto en superficie como en estratigrafía, planteamos la posibilidad de que este amplio espacio haya constituido, sobre todo, un lugar de reunión en ocasión de rituales y ceremonias comunitarias. También pudo constituir un espacio de tránsito y comunicación entre diferentes agentes y/o grupos habitantes de este paisaje, entre otras actividades que suelen dejar pocos vestigios, pero que son tan importantes como las otras que hemos propuestos para los demás espacios.

Fuera del SC, las tareas de campo consistieron fundamentalmente en inspecciones superficiales, recolecciones indiscriminadas de fragmentos cerámicos y restos líticos tallados, registro in situ de artefactos de molienda y piedras y, por último, se ha efectuado un sondeo y una excavación. En estos sectores el sitio presenta una gran cantidad de restos arqueológicos en superficie, representados por fragmentos cerámicos, materiales líticos tallados y pulidos, piedras, estatuillas, entre otros. Más de 50 artefactos de molienda (molinos de mano, manos de moler y manos de mortero) han sido registrados fundamentalmente en los sectores NE, N, NO y O (ver Figura 2). Los hay de diferentes tamaños, tipos morfológicos y materias primas, predominando los confeccionados en metamorfitas y granitos (locales). La alta frecuencia de estos artefactos, así como también de piedras de diferentes tamaños, la abundancia de fragmentos cerámicos y la presencia de restos líticos tallados (principalmente en cuarzo y metamorfitas), entre otros restos, nos brindan elementos para considerar que en estos sectores se localizaban los espacios domésticos y las estructuras de viviendas, en las cuales se desplegaron diversas acciones cotidianas. En tal sentido, una excavación efectuada en el SN de 2x1 m, que lamentablemente no pudo terminarse (se excavaron solo 4 niveles de 10 cm), brindó información que sustenta esta hipótesis.

Destacamos también la presencia en estos sectores de pipas y estatuillas. Entre las primeras se cuenta con una pipa casi completa (SSO) y dos partes de tubos (SN). Poseen una menor calidad de factura que las halladas en el SC. En una de ellas también se identificó el consumo de enteógenos. En relación a las estatuillas, excepto dos casos, la mayoría fueron recuperadas fuera del SC (SN, SON y SO). De las que proceden del SC, una fue encontrada cerca de la porción meridional de la EM 3 y la otra en EM 4. Esta última está confeccionada en piedra y representa un torso humano (sin cabeza por fractura) con hendiduras en las muñecas y el pecho que podrían interpretarse como adornos, tal vez representaciones de brazaletes y una placa o disco metálico. La demás estatuillas también son antropomorfas, están fracturadas y elaboradas en arcilla (Miguez *et al.* 2014). Algunas de ellas presentan rasgos que las asemejan a las que en la literatura arqueológica han sido clasificadas como de estilo Aguada (cfr. González 1998). El análisis ceramológico de las estatuillas indica que fueron elaboradas

a partir de trozos de arcilla con agregado de inclusiones de granos de cuarzo y mica (la pasta presenta similares características a la observada en la cerámica tosca del sitio). Luego habrían sido modeladas, alisadas y cocidas en atmósfera oxidante. Estas estatuillas habrían estado vinculados a espacios de viviendas, por lo que quizás estén relacionadas con cultos y ritos de orden doméstico y, en tal sentido, representarían objetos con fuertes connotaciones simbólico-religiosas que habrían formado parte de la vida de las personas que habitaron este sitio (Miguez *et al.* 2014).

Entonces, hacia fines del primer milenio D.C., en Yánimas 1 tuvo lugar una ocupación de grandes dimensiones con lugares públicos (espacio plano central) y rituales (montículo EM 1, posiblemente en vinculación con la estructura de EM 2) y con espacios domésticos concentrados alrededor del mismo. El tamaño del sitio y la diferenciación de ciertos espacios que lo conforman permiten pensar en un cierto grado de complejización en la organización social de esta comunidad, posiblemente vinculada a la heterogeneidad de espacios, las actividades que se desenvolvieron en ellos y los agentes que las habrían llevado a cabo (y no tanto con la existencia de jerarquías establecidas). En este contexto pudieron existir actividades comunitarias involucradas en la construcción de parte de los montículos descriptos (EM 2), las cuales pudieron haber estado coordinadas por ciertos agentes que habrían cumplido un rol de liderazgo (a nivel grupal o comunitario). Al respecto, algunas evidencias registradas en este sitio plantean la posibilidad de que hayan existido chamanes, los cuales pudieron haber ejercido un importante papel en esta sociedad, tanto desde el punto de vista medicinal como espiritual. Nos referimos específicamente a ciertos elementos hallados en EM 1 (silbato, pipas, bezoares) que podrían vincularse con prácticas shamánicas curativas y vuelos extáticos, entre otras. Además, la gran diversidad de restos orgánicos e inorgánicos, sus asociaciones, la monumentalidad de esta estructura y su posición estratégica, plantean la posibilidad de pensar en un lugar más relacionado con ritos, ceremonias, festividades y otras prácticas de carácter simbólico-religioso (llevadas a cabo en torno al montículo EM 1), tal vez, en estrecha relación con el espacio plano central, este último considerado como un lugar donde se congregaba las personas para la realización de diversas prácticas comunitarias. Por último, los datos sugieren que la subsistencia habría estado basada en una economía que complementaba la producción agrícola de cultivos locales (según lo sugiere el registro de semillas de maíz y poroto en EM 1 y la gran cantidad de artefactos de molienda detectados en los alrededores de la zona monticular), con la recolección de frutos silvestres (Arreguez *et al.* 2012) y las actividades de caza y pesca (Nasif y Miguez 2014).

DESMITIFICANDO LA ARQUEOLOGÍA DEL PIEDEMONTE. NUEVA MIRADA AL PASADO PREHISPÁNICO DE LAS SELVAS MERIDIONALES DEL SUR DE TUCUMÁN

Es indudable que tanto en los hábitats prehispánicos descriptos como en sus alrededores se desarrollaron múltiples actividades que muestran las estrechas vinculaciones que las comunidades pedemontanas tenían con el entorno natural y con otras comunidades de entorno pedemontano y de otras áreas. Es posible aproximarse a estas prácticas apelando a la enorme batería de materiales registrados y sus asociaciones, entre los que se incluyen varios elementos derivados del ámbito mineral, animal y vegetal. A partir de ellos nos ha sido po-

sible indagar en prácticas relacionadas con la obtención de materias primas, el desarrollo de tecnologías y la subsistencia, como también en las actitudes simbólico/religiosas que tiñen estas y otras actividades, las cuales habrían moldeado diferentes maneras de vivir y experimentar estos paisajes y lugares.

Con respecto a las relaciones establecidas entre las comunidades prehispánicas con los recursos vegetales y animales, en el plano de la subsistencia, la evidencia presentada (carporrestos termoalterados de plantas domesticadas, gran cantidad de artefactos de molienda, restos óseos de animales con indicios de procesamiento, entre los que se destacan los camélidos con presencia de individuos de diferentes edades) nos permite plantear, a nivel de hipótesis, el desarrollo de cultivos locales y el manejo de fauna doméstica en los alrededores de estos asentamientos, cuyos productos habrían sido procesados y aprovechados para diversos fines (consumo, elaboración de artefactos, actividades rituales, entre otras). Los restos arqueobotánicos y arqueofaunísticos correspondientes a especies silvestres recuperados en Yánimas 1, sugieren, además, que agentes de esta comunidad desarrollaron prácticas de caza, pesca y recolección de diversos animales y vegetales en diferentes ambientes (bosques semiáridos, selvas, pastizales de altura, ríos), a partir de lo cual se plantea una notable movilidad en el desarrollo de dichas prácticas, basada en el profundo conocimiento de la diversidad de recursos que ofrece el área de estudio y sus zonas adyacentes. En tal sentido, más que una subsistencia sustentada en prácticas agropastoriles, parece ser más factible la posibilidad de un manejo del ambiente local en sistemas similares a la agro-silvicultura, tal como se ha propuesto para sociedades prehispánicas formativas de áreas selváticas en la cuenca amazónica (Neves 2007).

Pero también, ciertas evidencias nos permiten plantear que las interacciones con la fauna y vegetación registrada pudieron haber sido más profundas y complejas. El consumo de plantas psicotrópicas en pipas, el uso de ciertos elementos con propiedades terapéuticas o propiciatorias de transformaciones chamánicas (bezoar de camélido, silbato en hueso de ave) y la presencia de restos de animales y vegetales en el montículo EM 1, conformando asociaciones con otros materiales que interpretamos como posibles ofrendas (u otro tipo de depósitos con alto valor simbólico), sugiere la posibilidad de que los vínculos con ciertas plantas y animales no solo se sustentaron sobre bases económicas sino también simbólicas y espirituales. Relaciones de este tipo han sido ampliamente registradas en estudios arqueológicos y etnográficos tanto en el Noroeste Argentino como en regiones aledañas (Miller 1977; Vuotto 1999; Lecoq y Fidel 2003; Franco Salvi y Berberián 2011; López de Medina 2012, entre otros).

El aprovisionamiento de materias primas (cuarzos, metamorfitas y vulcanitas) para la elaboración de artefactos líticos tallados y pulidos habría sido principalmente local. Estas procederían de cursos de agua (fuentes secundarias), ya que varios de los materiales líticos recuperados poseen restos de corteza que permiten inferir su selección a partir de los rodados fluviales, aunque no se descarta la obtención de materias primas líticas a partir de canteras cercanas (fuentes primarias). La presencia de rodados de estas materias primas en el lecho de ríos y arroyos aledaños a los sitios nos lleva a proponer que las actividades involucradas en la distinción y elección de las mismas se habrían desarrollado en espacios cercanos a los asentamientos. La talla de estos materiales se registra tanto en los lugares residenciales como en otros situados en los alrededores. Pero el aprovisionamiento de recursos líticos no se limitó a cuestiones vinculadas con la producción de artefactos tallados y pulidos, sino que

también se extienden a prácticas de selección y traslado de piedras para construcción de estructuras residenciales y de otro tipo, registradas en algunos sitios como Yánimas 1, Santa Rosa y El Rincón.

Con respecto a la producción alfarera, si bien no podemos afirmar que los artefactos cerámicos hayan sido elaborados localmente, algunos datos sugieren que, al menos, parte del repertorio cerámico registrado pudo haberse producido en estos paisajes prehispánicos. En primer lugar, se han observado depósitos de arcillas expuestos en los perfiles de las riberas de varios cursos fluviales, tanto en zonas cercanas al sitio Santa Rosa (Scattolin y Korstanje 2004) como también sectores ubicados en las riberas de los ríos Marapa (cerca de Yánimas 1) y Medina. Además en algunos sitios se han registrado, tanto en superficie como en estratigrafía, materias primas y posibles artefactos que pueden vincularse al proceso de manufactura cerámica. Por ejemplo, en Yánimas 1 se hallaron porciones de arcilla (algunas termoalteradas), fragmentos de rocas (entre los que se destacan gneises y esquistos que en algunos casos se disgregan con bastante facilidad), trozos de mica, piedras pequeñas con superficies pulidas que podrían constituir alisadores/pulidores y abundante presencia de artefactos de molienda. Manasse (1997) ha registrado materias primas líticas (rodados y fragmentos de roca) de características similares en el sitio El Rincón y propone también los esquistos friables encontrados en el este último sitio pudieron ser aprovechados como antiplástico en materiales alfareros. Además, esta autora señala que a partir de un análisis mineralógico comparativo entre parte del material cerámico recuperado en este sitio y muestras de arcilla procedentes de fuentes cercanas al mismo, se obtuvieron resultados que sugieren una composición similar entre ambos (Manasse 1997:148), dato que parece confirmar la producción local de alfarería, al menos para sitios ubicados en el piedemonte oriental de la Cumbre de los Llanos. Es también necesario destacar la presencia de otros recursos útiles para la alimentación de los hornos en el proceso de cocción de las vasijas, tales como las abundantes maderas con alta capacidad calorífica (por ejemplo, Prosopis sp., registrado en Yánimas 1), los marlos de Zea maiz y el estiércol de llama (Lama glama), especies también presentes en Yánimas 1.

Las evidencias de uso de materias primas no locales plantean el desarrollo de vínculos sociales (intercambio) entre estas comunidades con otras, probablemente, ubicadas al occidente del área de estudio, en diferentes momentos del primer milenio D.C. Por ejemplo, para la primera parte de dicho milenio se registran desechos de talla de obsidiana (sitio Santa Rosa) procedentes del norte de la puna catamarqueña. Hacia fines del primer milenio D.C. (y comienzos del segundo), se registran otros elementos que apuntan a contactos e interacciones con poblaciones valliserranas como la presencia de cuentas de minerales de cobre y objetos de oro, entre otros materiales, registrados en el sitio Yánimas 1. La cerámica es otro indicador que puede estar planteando relaciones con comunidades distantes, o incluso con otras que pudieron haber cohabitado estos entornos selváticos. Pero estas evidencias no solo sugieren relaciones intercomunitarias, sino también vínculos metafísicos con el mundo mineral. En tal sentido, puede observarse que el material alfarero, no solo se constituye de vasijas de pastas toscas (decoradas y no decoradas), sino también de cerámicas finas excelentemente pulidas y en varios casos decoradas con diversos motivos (antropomorfos, zoomorfos, geométricos) que manifiestan un rico simbolismo, fundamentalmente en los sitios Yánimas 1 y El Rincón. Estas expresiones artísticas de fuerte carga simbólica, al menos en el primer sitio, se encuentran presentes en diversos espacios de estas ocupaciones, razón

por la cual pensamos que tal vez no existieron restricciones en la distribución y uso de estos objetos. Otros materiales también pueden indicar vínculos con los minerales que van más allá de lo tecnológico. Por ejemplo, las cuentas halladas en EM 3 (asociadas a restos humanos), las láminas doradas (una de ellas representando una figura) recuperadas de este último montículo y la estatuilla de piedra con motivos decorativos excepcionales (brazaletes y pectoral), nos inducen a pensar en la importancia que estos materiales habrían tenido en la cosmovisión de estas comunidades.

Otro punto relevante en relación a las maneras en que estos grupos concibieron el mundo es el tema de la muerte y los antepasados. Tanto en Yánimas 1, como en El Rincón (Tartusi y Núñez Regueiro 2003) y en el sitio Finca Elías 1 (Rendace *et al.* 2006), se han registrado entierros humanos en los mismos espacios residenciales o en lugares adyacentes. Estos datos contribuyen a reforzar la idea de la estrecha vinculación entre las comunidades prehispánicas del NOA y los antepasados, de los difuntos formando parte del paisaje y las prácticas cotidianas, sacralizando los espacios habitados (Salazar *et al.* 2011; Acuto *et al.* 2011). En Yánimas 1 ciertos objetos de fuerte carga simbólica, como las estatuillas cerámicas y las pipas, permiten pensar también en lugares domésticos donde lo sagrado (manifestado en ciertas prácticas rituales familiares o individuales) se entrelazaba con las actividades de la vida diaria. Sin embargo, también consideramos que en este sitio pudieron desarrollarse ciertas prácticas grupales (como pueden ser rituales de iniciación u otros relacionados con fechas importantes del ciclo agrícola, ceremonias comunitarias, danzas, etc.) que se habrían llevado a cabo eventualmente en lugares específicos quizás seleccionados por la comunidad para tal fin, como podría ser el caso del espacio plano central en directa vinculación con el montículo EM1 y el extremo oeste de EM2. Estos pudieron haber representado momentos y espacios donde la sacralidad y todo el simbolismo que la caracterizaba se manifestaron de manera más enfática o explícita (de tal forma que las personas los hayan vivido y experimentado con mayor intensidad) y donde los miembros de la comunidad hayan reforzado sus vínculos interpersonales y con los diversos entes no humanos del entorno, tanto materiales como inmateriales.

Estas proposiciones están en línea con la idea de paisajes como entidades relacionales que se construyen en el habitar, en los que a partir de múltiples tareas y lugares interrelacionados se entrelazan diversos agentes en una compleja trama de interacciones. Tanto las prácticas tecnológicas y de subsistencia aquí sugeridas, como las relaciones establecidas con los antepasados y otros agentes en el contexto de la vida cotidiana (en el marco de entornos construidos de gran extensión), permiten sostener que algunas de las ocupaciones prehispánicas del piedemonte meridional tucumano representan paisajes cargados de historicidad y habitados por generaciones de familias que desarrollaron procesos locales significativos, en los que se pueden observar ciertas diferencias. En tal sentido, consideramos que Santa Rosa y Yánimas 1 representarían dos maneras distintas de habitar el entorno, que dieron como resultado la formación de distintos paisajes sociales, donde las relaciones y las diversas prácticas pudieron haberse desenvuelto en el contexto de espacialidades y temporalidades disímiles que, en cada caso, interconectaron de forma diferente los lugares que conformaron estas ocupaciones prehispánicas.

En definitiva, si bien aceptamos que existieron vinculaciones entre estas poblaciones y otras de áreas aledañas (como las del valle de Ambato), los resultados de nuestras investigaciones permiten romper con el primero de los supuestos que hemos discutido en

párrafos anteriores ya que, a nuestro criterio, estos sitios no serían colonias que responden a centros o polos de desarrollos socioculturales "andinos". Aún más, de acuerdo con el grado de modificación y la estructuración de los espacios reflejados en sitios como Yánimas 1, por ejemplo, con importantes formaciones monticulares que delimitarían diferentes lugares (públicas, privadas, espacios de múltiples actividades, otros más específicos y con alta carga simbólico/religiosa), cabría proponer que estas sociedades poseían cierta complejidad, que no se plantea desde las desigualdades y jerarquías sociales, sino más bien relacionada con la heterogeneidad de roles que cumplían las personas y grupos dentro de la misma sociedad.

También es posible plantear ciertas prácticas comunitarias en la construcción de estructuras de tierra y/o piedra. En tal sentido, es importante señalar que además de las obras relevadas por nosotros, otros investigadores mencionan el registro de estructuras de tierra y/o piedras. Por ejemplo, en la localidad de Huasapampa Sud, Soria y su equipo (Soria *et al.* 1974) y Manasse (1997), relevaron interesantes estructuras de piedra en distintos sectores de la ladera oriental de la Cumbre de los Llanos y, en el piedemonte adyacente, elevaciones monticulares en cuyo interior se excavaron paredes de adobe con columnas de piedra y contextos relacionados a espacios residenciales. Según Manasse (1997:148), las estructuras observadas en la ladera corresponden a muros de piedra que se disponen de manera regular y escalonada en depresiones y cursos estacionales, como también a recintos cuadrangulares en algunos espacios intermedios elevados. En recientes prospecciones que llevamos a cabo en un sector de esta zona, hemos corroborado la presencia de montículos posiblemente antropogénicos al pie de la sierra y de estructuras de piedra en ciertas partes de su ladera oriental. Con respecto a estas últimas, tanto Soria y colaboradores (1974) como Manasse (1997) sostienen que se trata de estructuras vinculadas a la producción agrícola, que se extienden por gran parte de la ladera oriental de la sierra. Sin poner el foco en la función que pudieron haber tenido, la construcción y mantenimiento de estas estructuras debió requerir de importantes esfuerzos comunitarios, tal vez coordinados por ciertas personas en su rol de líderes grupales.

Los datos proporcionados en este trabajo permiten avanzar con el panorama de la arqueología del área pedemontana meridional de la provincia de Tucumán. Actualmente podemos pensar en ocupaciones que abarcaron extensos espacios construidos, habitados con mayor o menor densidad de personas, pero en definitiva, observamos que esta área presenta una intensa ocupación prehispánica que apenas está comenzando a ser explorada. El enfoque teórico-metodológico propuesto ha sido sumamente útil, no sólo porque permitió profundizar en diversos aspectos de la vida de estas comunidades, sino porque posibilitó el registro de estructuras y contextos primarios preservados e integrados por una amplia variedad de vestigios, que en algunos casos incluyen restos arqueofaunísticos y arqueobotánicos (Miguez 2010; Miguez y Collantes 2012; Miguez *et al.* 2012 a y b; Arreguez *et al.* 2012; Nasif y Miguez 2014). Estos hallazgos ponen en tela de juicio el mito que estigmatiza al piedemonte como un área con escasa o nula preservación de restos biológicos, estructuras y contextos arqueológicos. Sin embargo, ante el progresivo impacto que estos sitios están sufriendo a causa del desarrollo de la agricultura moderna, dejamos planteada la urgente necesidad de llevar a cabo nuevas investigaciones sistemáticas en esta área.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acuto, F.
1999 Paisaje y Dominación: La constitución del espacio social en el Imperio Inka. En *Sed non satiata. Teoría social en arqueología latinoamericana contemporánea*, editado por A. Zarankin y F. Acuto, pp. 33-75. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.
2007 Fragmentación vs. integración comunal: repensando el período tardío del Noroeste Argentino. *Estudios Atacameños* 34:71-95.

Acuto, F., M. Kergaravat y C. Amuedo
2011 Experiencia de la muerte y la representación de las personas en las prácticas funerarias del Valle Calchaquí. *Comechingonia* 14:23-54.

Ambrosetti, J.
1901 Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 51:164-176.

Angelo Zelada, D. y J. Capriles Flores
2000 La importancia de las plantas psicotrópicas para la economía de intercambio y relaciones de interacción en el Altiplano Sur Andino. *Complutum* 11:275-284.

Arenas, P.
2003 *Etnografía y alimentación entre los toba-ñachilamole#ek y wichí-lhuku'tas del Chaco Central (Argentina)*. Edición del autor, Buenos Aires.

Arreguez, G., G. Miguez y N. Olizewski
2012 Recursos vegetales alimenticios en poblaciones prehispánicas del área pedemontana meridional del Noroeste Argentino: Yánimas 1 como caso de análisis (provincia de Tucumán, Argentina). Trabajo presentado en I Simposio Boliviano de Etnobotánica, La Paz, Bolivia.

Ayarde, H.
1995 Estructura de un sector de selva pedemontana. Reserva Fiscal Parque La Florida, Tucumán (Argentina). En *Investigación, Conservación y Desarrollo en Selvas Subtropicales de Montaña*, editado por A. Brown y H. Grau, pp. 69-78. Publicaciones LIEY, Tucumán.

Boman, E.
1923 Los Ensayos para establecer una cronologia prehispanica en la región diaguita (República Argentina). *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 6:1-31.

Browman, D. L.
2004 Tierras comestibles de la Cuenca del Titicaca: Geofagia en la prehistoria boliviana. *Estudios Atacameños* 28:133-141.

Brown, A. y L. Malizia
2004 Las selvas pedemontanas de las Yungas. En el umbral de la extinción. *Ciencia Hoy* 14 (83):52-63.

Brown, A., H. Grau, L. Malizia y A. Grau
2001 Los Bosques Nublados de la Argentina. En *Bosques Nublados de Latinoamérica*, editado por M. Kappelle y A. Brown, pp. 623-659. Editorial INBio, Costa Rica.

Califano, M.
1975 El shamanismo mataco. *Scripta Etnológica* 3(2):7-60.

Caria, M.
2004 *Arqueología del paisaje en la cuenca Tapia-Trancas y areas vecinas (Tucumán-Argentina)*. Tesis Doctoral no publicada. Facultad Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Caria, M., P. Escola, J. Gómez Augier y M. Glascock
2009 Obsidian circulation: new distribution zones for the argentinean northwest. *International Association Obsidian Studies Bulletin* 40:5-11.

Chapa Brunet, T., A. Uriarte González, J. Vicent García, V. Mayoral Herrera y J. Pereirasieso
2003 Propuesta metodológica para una prospección arqueológica sistemática: el caso del Guadiana Menor (Jaén, España). *Trabajos de Prehistoria* 60 (1):11-34.

Cremonte, B., C. Otero y M. Gheggi
2009 Reflexiones sobre el consumo de chicha en épocas prehispánicas a partir de un registro actual en Perchel (Dto. Tilcara, Jujuy). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 34:75-102.

Cruz, P.
2006 Complejidad y heterogeneidad en los Andes meridionales durante el Período de Integración Regional (IV-X d.C.). *Bulletin de l'Institut Francais d'Études Andines* 35(2):121-148.
2007 Hombres complejos y señores simples. Reflexiones en torno a los modelos de organización social desde la arqueología del Valle de Ambato (Catamarca). En *Procesos sociales prehispánicos en el Sur andino: la vivienda, la comunidad y el territorio*, compilado por A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercolli, pp. 99-122. Ed. Brujas, Córdoba.

Descola, P.
2001 Construyendo Naturalezas. Ecología simbólica y práctica social. En *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas Antropológicas*, editado por P. Descola y G. Pálsson, pp. 101-123. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Faberman, J.
2005 Las salamancas mestizas. De las religiones indígenas a la hechicería colonial. Santiago del Estero, siglo XVIII. *Memoria Americana* 13:117-150.

Franco Salvi, V. y E. Berberián
2011 Prácticas agrícolas de Sociedades Campesinas en el Valle de Tafí (100 a.C- 900 d.C). *Revista Chilena de Antropología* 24 (2):119-145.

Francon Salvi, V., J. Salazar y E. Berberián
2009 Reflexión teórica acerca del Formativo y sus implicancias teóricas para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio d.C. *Andes* 20:197-217.

García Azcárate, J. y M. A. Korstanje
1995 La ocupación prehispánica de las selvas de montaña tucumanas. En *Investigación, conservación y desarrollo en selvas subtropicales de montaña*, editado por A. Brown y H. Grau, pp. 175-182. Publicaciones LIEY, Tucumán.

García Sanjuán, L.
2005 *Introducción al Reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*. Ed. Ariel, Barcelona.

Giddens, A.
1984 The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration. University of California Press, Berkeley and Los Angeles.

Glascock, M.
2012 Final Report on the Analysis of Andesite and Obsidian from Northwestern Argentina. Ms. en archivo, Archaeometry Laboratory, University of Missouri, Missouri.

Gómez, R.
1975 Arqueología del sudeste de Tucumán y sus relaciones con Santiago del Estero. *Revista del Instituto de Antropología* 5:67-72.

Gómez Augier, J. y M. Caria
2009 La simbología prehispánica e histórica del Noroeste Argentino y su relación con los cambios paleoambientales. *Anales del Museo de América* 7:96-105.

González, A. R.
1956 La cultura Condorhuasi del Noroeste Argentino (Apuntes preliminares para su estudio). *Runa* 7(1):37-86.
1963 Las tradiciones alfareras del Período Temprano del N.O. Argentino y sus relaciones con las de las Áreas Aledañas. *Anales de la Universidad del Norte* 2:49-65.
1964 La cultura de La Aguada del N. O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 2-3:203-253.
1977 *Arte precolombino de la Argentina, introducción a su historia cultural*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

1979 Dinámica cultural del NO Argentino. Evolución e Historia en las culturas del NO Argentino. *Antiquitas* 28-29:1-15.
1998 *Cultura La Aguada, arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, A. R. y J. A. Pérez
1966 El area andina meridional. *Actas y Memorias del 36° Congreso Internacional de Americanistas*: 241-265. Sevilla.
1972 *Argentina Indígena. Vísperas de la Conquista*. Paidós, Colección Historia Argentina I, Buenos Aires.

González, L. y M. Tarragó
2004 Dominación, resistencia y tecnología: la ocupación incaica en el Noroeste Argentino. *Chúngara* 36 (2):393-406.

Gordillo, I.
1990 Entre pirámides y jaguares. *Ciencia Hoy* 8:18-25.
1994 Arquitectura y religión en Ambato, organización socio espacial del ceremonialismo. *Publicaciones Ciffyh. de la Universidad Nacional de Córdoba* 47:55-109.

Gosden, C.
1994 *Social being and time*. Blackwell, Oxford.

Haber, A.
1997 La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 14:383-391.

Heredia, O.
1975 Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología* 5:73-102.

Ingold, T.
1992 Culture and the perception of the environment. En *Bush base: forest farm. Culture, environment and development*, editado por E. Croll and D. Parkin, pp. 39–56. Routledge, London.
1993 The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2):152-174.
2000 *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge, London.

Korstanje, M. A.
1992 Avances en el conocimiento del Formativo en el piedemonte oriental del Aconquija (SO de Tucumán). *Cuadernos* 4:175-181.
2005 La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina). Tesis Doctoral no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel del Tucumán.

Lazzari, M.
2005 The texture of things: Objects, People and Landscape in Northwest Argentine (First Millennium A. D.). En *Archaeologies of Materiality*, editado por L. Meskell, pp. 126-161. Blackwell, Malden.

Lecoq, P. y S. Fidel
2003 Prendas simbólicas de camélidos y ritos agro-pastorales en el sur de Bolivia. *Textos Antropológicos* 14(1):7-54.

López de Medina, C.
2012 En compañía de los muertos. Ofrendas de animales en los cementerios de La Isla (Tilcara, Jujuy). *Intersecciones en Antropología* 13:345-357.

Loza, C.
2007 El atado de remedios de un religioso/médico del periodo Tiwanaku: miradas cruzadas y conexiones actuales. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 36(3):317-342.

Lumbreras, L.
1981 *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Batres, Lima.

Llamazares, A. M. y C. M. Sarasola
2006 Reflejos de la cosmovisión ordinaria: arte indígena y chamanismo en el Noroeste argentino prehispánico. En *Tesoros Precolombinos del Noroeste Argentino*, editado por M. Goretti, pp. 63-92. Fundación CEPPA Ediciones, Buenos Aires.

Manasse, B.
1997 La región pedemontana del sudoeste de la provincia de Tucumán: Dptos. de Alberdi y La Cocha. *Shincal* 6:141-152.

Martin Silva, V., M. A. Korstanje y G. Miguez
2013 El uso prehispánico de enteógenos en selvas del Noroeste Argentino. Trabajo presentado en el I Simposio Internacional de Anadenanthera, Cusco, Perú.

Miguez, G.
2010 Paisaje y espacialidades del sitio Yánimas 1 (provincia de Tucumán). En *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo (Actas XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina)*, editado por R. Bárcena y H. Chiavazza, pp. 449-454. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
2011 Paisajes arqueológicos y dinámica de ocupación prehispánica en el piedemonte meridional tucumano. Informe de avance de tesis doctoral, Ms. en archivo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
2012 Lo pasado…arado. Impacto del desarrollo agrícola moderno sobre el patrimonio arqueológico prehispánico del área pedemontana meridional de la provincia de Tucumán (Argentina). *Comechingonia* 16 (2):31-54.

2014 Brillan en la selva: contexto y análisis técnico de objetos de oro hallados en un sitio prehispánico del piedemonte tucumano. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 39 (1):277-284.

Miguez, G., G. Arreguez y N. Olizewski
2012a Primeros hallazgos de la forma doméstica del poroto común en el piedemonte tucumano (1° milenio d.C). *Comechingonia* 16 (1):307-314.

Miguez, G. y M. Collantes
2012 Geoarqueología de un sector del Piedemonte Meridional Tucumano. Trabajo presentado en el V Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología, Río Cuarto.

Miguez, G., M. Caria y M. Pantorrilla Rivas
2014 Las estatuillas cerámicas en la vida de las poblaciones prehispánicas de las selvas subtropicales meridionales del NO Argentino. *Revista Española de Antropología Americana* 44 (1):39-63.

Miguez, G., P. Cuenya y M. Caria
2012b Observaciones arqueopedológicas vinculadas a una ocupación prehispánica registrada en el sitio Yánimas 1 (Tucumán). Trabajo presentado en el V Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología, Río Cuarto.

Miguez, G., J. Funes Coronel y J. Martínez
2014 Primer registro prehispánico de obsidianas en el piedemonte meridional de la Provincia de Tucumán (Argentina): Análisis tecnológico y de procedencia. *Revista del Museo de Antropología*, en prensa.

Miguez, G., M. Gramajo Bühler y P. Ojeda
2009 Prospección arqueológica en el sector pedemontano del Parque Nacional Campo de Los Alisos, Dpto. Chicligasta, Provincia de Tucumán. Trabajo presentado en el 9° Encuentro de Jóvenes Investigadores, Santiago del Estero.

Miguez, G., N. Nasif, M. Gudemos y S. Bertelli
2013 Aves, sonidos y chamanes. Estudio interdisciplinario de un instrumento musical óseo procedente de una ocupación prehispánica de las selvas meridionales del noroeste de Argentina. *Anales del Museo de América* 21:137-168.

Miller, G.
1977 Sacrificio y beneficio de camélidos en el sur de Perú. En *Pastores de Puna*, editado por J. Flores Ochoa, pp. 193-210. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Moore, H.
1986 *Space, Text and Gender. An Anthropological Study of the Marakwet of Kenya*. Guilford Press, New York, London.

Morrone, J.
2002 Presentación sintética de un nuevo esquema biogeográfico de América Latina y el Caribe. En *Proyecto de Red Iberoamericana de Biogeografía y Entomología Sistemática*, editado por C. Costa, S. Vanin, J. Lobo y A. Melic, pp. 267-275. Monografías Tercer Milenio, Zaragoza.

Murra, J.
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Institutos de Estudios Peruanos, Lima.

Nasif, N. y G. Miguez
2014 La fauna relacionada a una comunidad prehispánica del piedemonte meridional de la Provincia de Tucumán (Argentina). *Folia Histórica del Nordeste* 22:203-232.

Neves, E.
2007 El Formativo que nunca terminó: la larga historia de estabilidad en las ocupaciones humanas de la Amazonía central. *Boletín de Arqueología* 11:117-142.

Noli, E.
1999 La recolección en la economía de subsistencia de las poblaciones indígenas: una aproximación a través de fuentes coloniales (piedemonte y llanura tucumano- santiagueña, gobernación del Tucumán). En *En los tres reinos: prácticas de recolección en el Cono Sur de América*, editado por C. Aschero, M. A. Korstanje y P. Vuotto, pp. 205-215. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Núñez, L., I. Cartagena, C. Carrasco y P. de Souza
2005 El templete de Tulán y sus relaciones formativas panandinas (norte de Chile). *Bulletin de l'Institut Francais d'Études Andines* 34 (3):299-320.

Núñez Regueiro, V.
1971 La cultura Alamito de la subárea valliserrana del Noroeste Argentino. *Journal de la Société des Américanistes* 60:7-62.
1998 *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*. Ed. Interdea, San Miguel de Tucumán.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1990 Aproximaciones al estudio del área Pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:125-160.
2002 Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños* 24:9-19.
2003 Mecanismos de control y organización del espacio durante los períodos Formativo y de Integración Regional. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* 20:37-50.

Olizewski, N.
1999 La importancia del algarrobo en el Campo del Pucará (Andalgalá, Catamarca) du-

rante el Período Formativo. En *En los tres reinos: prácticas de recolección en el Cono Sur de América*, editado por C. Aschero, M. A. Korstanje y P. Vuotto, pp. 171-177. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Ottalagano, F.
2007 Algunas referencias en torno al simbolismo de las aves en los registros etnohistóricos y etnográficos de guaycurúes y mataco-mataguayos. *Arqueología Suramericana* 3 (2):213-228.

Ottonello, M. y A. M. Lorandi
1987 *Introducción a la arqueología y etnología: 10.000 años de Historia Argentina*. Ed. Eudeba, Buenos Aires.

Palavecino, E.
1948 Áreas y capas culturales en el territorio argentino. *Gaea* 8:447-523.

Pantorrilla, M. y V. Núnez Regueiro
2006 Investigaciones arqueológicas en la zona de Escaba, provincia de Tucumán: asentamientos Condorhuasi y Aguada en las Yungas. *Intersecciones en Antropología* 7:235-245.

Pérez Bugallo, R.
1988-89 Los silbatos chaquenses. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 17(2):87-97.

Pérez Miranda, C.
2003 *Tucumán y los recursos naturales*. Bifronte, Buenos Aires.

Pérez Gollán, J. A.
1991 La Cultura de la Aguada vista desde el Valle de Ambato. *Publicaciones del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades Arqueología* 46:157-174.
1994 El proceso de integración en el Valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. *Rumitacana* 1:33-42.
2000 El jaguar en llamas. La religión en el antiguo Noroeste Argentino. En *Nueva Historia Argentina, Tomo 1: Los pueblos originarios y la conquista*, dirigido por M. Tarragó, pp. 229-256. Ed. Sudamericana, Barcelona.

Quesada, M., M. Gastaldi y M. G. Granizo
2012 Construcción de periferias y producción de lo local en El Alto-Sierra de Ancasti. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 37:435-456.

Renard-Casevitz, F., Th. Saignes y A. Taylor
1988 *Al Este de Los Andes. Relaciones entre sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII*. Ed. ABYA-YALA – Instituto de Estudios Andinos, Lima.

Rendace, S., D. Argañaráz Fochi, A. Cordomí y P. Cuenya
2006 Pedología y niveles de ocupación arqueológica. En *Actas III Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología*, editado por J. Sanabria y G. Argüello, pp. 827-836. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Salazar, J., V. Franco Salvi y E. Berberián
2011 Una aproximación a la sacralidad de los espacios domésticos del primer milenio en Valle de Tafí (Noroeste Argentino). *Revista Española de Antropología Americana* 41(1):9-26.

Scattolin, M. C.
2006 Categoremas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehispánico. *Chúngara* 38(2):185-196.

Scattolin, M. C. y M. A. Korstanje
1994 Tránsito y frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología* 4:165-197.

Scattolin, M. C., y M. Lazzari
1997 Tramando redes: obsidianas al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14:189-209.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Cortés, C. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. Izeta
2009 Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 34:251-274.

Sesma, P., E. Guido y M. Puchulu
1998 Clima de la Provincia de Tucumán. En *Geología de Tucumán*, editado por M. Gianfrancisco, M. Puchulu, M. Durango de Cabrera, y F. Aceñolaza, pp. 41-46. Colegio de Graduados en Ciencias Geológicas, San Miguel de Tucumán.

Soja, E.
1989 *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Verso, Londres y Nueva York.

Soria, D., M. Ortiz y S. Quagliatta
1974 Agricultura y desarrollo cultural en Tucumán. Ms. en archivo, Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán.

Suárez, M. E.
2012 Espíritus vinculados con el bosque y sus plantas en el mundo de los wichís de Chaco Semiárido salteño. En *Etnobotánica en zonas áridas y semiáridas del Cono Sur de Sudamérica*, editado por Pastor Arenas, pp. 145-177. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires.

Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro
1993 Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 5:1-49.
2001a Fenómenos cúlticos tempranos en la subregión Valliserrana. En *Historia Argentina Prehispánica*, vol. 1, compilado por E. Berberián y A. Nielsen, pp. 127-170. Ed. Brujas, Córdoba.
2001b "La presencia de La Aguada en la Provincia de Tucumán, Argentina". *IV Mesa Redonda: La cultura de La Aguada y su dispersión*, San Pedro de Atacama. Octubre 2001 http:www.geocities.com/aguadamesaredonda (Visitado: 07 mayo 2013)
2003 Procesos de interacción entre poblaciones de los valles intermontanos del noroeste argentino y las del piedemonte. En *Anales Nueva Época,* vol. 6, editado por P. Cornell y P. Stenborg, pp. 43-62. Universidad de Goteborg, Suecia.

Thomas, J.
2001 Archaeologies of place and landscape. En *Archaeological Theory Today*, editado por I. Hodder, pp. 163-186. Polity Press, Cambridge.

Uhle, M.
1912 Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*:509-540. Buenos Aires.

Vuotto, L.
1999 Recolección animal entre los Tobas de Formosa. En *En los tres reinos: prácticas de recolección en el Cono Sur de América*, editado por C. Aschero, M. A. Korstanje y P. Vuotto, pp. 253-260. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Zarankin, A., M. X. Senatore y M. Salerno
2011 Tierra de nadie: Arqueología, lugar y paisaje en Antártida. *Revista Chilena de Antropología* 24:148-171.

SECCIÓN 2

Paisajes, territorios y redes de interacción

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 151-182

LA OCUPACIÓN HUMANA DE LAS NACIENTES DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA EN EL RANGO 3000-1000 A.P.: EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS, DISCUSIÓN Y PERSPECTIVAS

Juan B. Leoni*
María Isabel Hernández Llosas**

ABSTRACT

The development of village societies with herding-farming economy took place in the South Central Andes between 3000 and 1000 B.P. However, this process remains poorly understood in the area of Quebrada de Humahuaca and its surroundings. Unlike other parts of northwestern Argentina and northern Chile, only fragmentary evidence from a handful of sites is available for these two millennia, thus rendering the assessment of the particularities of this crucial cultural process in this specific area extremely difficult. In this paper we present and discuss archaeological information from the northern sector of Quebrada de Humahuaca, where we are currently carrying out investigations, organizing it diachronically in three temporal segments (ca. 3000-2800 B.P.; ca. 1900-1800 B.P.; ca. 1600-1300 B.P.). We then contextualize it in a broader spatial picture, trying to piece together the available information to build a preliminary discussion of the cultural process that unfolded in the area in the two millennia considered. We emphasize along the discussion the fragmentary nature of the available archaeological evidence, and point out potential shortcomings of the theoretical models employed so far. We discuss how both factors prevent the development of a fine-grained chronology and a sophisticated characterization of the social landscapes of these two millennia.

***Keywords**: Quebrada de Humahuaca – chronological segments – archaeological evidence*

* CONICET - Departamento de Arqueología, Escuela de Antropología, FHyA, UNR.
** CONICET - Instituto de Arqueología, FFyL, UBA.

INTRODUCCIÓN: CONCEPTOS Y ESCALAS DE INVESTIGACIÓN

En este trabajo discutimos la información arqueológica disponible para el lapso 3000-1000 A.P. en el sector norte de la Quebrada de Humahuaca. Los autores hemos desarrollado investigaciones en esta zona, inicialmente de manera individual y actualmente de manera conjunta en el marco de un proyecto general que se enfoca en el análisis de las formas de ocupación e interacción humanas a través del tiempo. Las investigaciones pasadas y en curso han producido variada información correspondiente al lapso considerado en este trabajo e intentamos sistematizarla aquí desde una perspectiva diacrónica, discutiéndola y situándola en un contexto regional más amplio, constituido principalmente por áreas aledañas como el sector medio de la Quebrada de Humahuaca, la Puna jujeña, y las yungas y valles orientales jujeños y salteños.

El rango temporal considerado coincide mayormente con el Formativo de las periodizaciones en uso en el Noroeste argentino (NOA), aunque aquí optamos por no emplear dicha categoría, al menos en su sentido teórico y cronológico original. La información arqueológica disponible indica que en distintos lugares de los Andes Centro Sur se manifestaron durante este lapso, aunque con marcadas variaciones locales y temporales, importantes cambios culturales, que implicaron la transformación sustancial de la organización de la subsistencia, el asentamiento, la tecnología, las estructuras sociales intra e intergrupales y las formas de concebir el mundo. En este proceso, las prácticas económicas productivas agropastoriles, la instalación en aldeas estables y la introducción de nuevas tecnologías jugaron un rol central, sirviendo tradicionalmente para definir arqueológicamente al Formativo en el NOA. Sin embargo, este concepto, útil en un principio para describir un momento del desarrollo cultural prehispánico, ha ido perdiendo su valor al quedar reducido a una categoría fuertemente ahistórica, esencialista y tipológica, que subsume una diversidad de experiencias espaciales y temporales bajo un modelo ideal de sociedad inspirado, en última instancia, en el Neolítico childeano. Diversos autores han señalado los aspectos inadecuados del concepto e intentado reformularlo desde distintas perspectivas teóricas, reemplazarlo por otras categorizaciones o directamente abandonar su uso (*e.g.* Olivera 1988; Korstanje 2005; Lumbreras 2006; Staller 2006; Uribe 2008; Delfino *et al.* 2009; Franco Salvi *et al.* 2009; Muscio 2009). Teniendo en cuenta esto, hemos preferido abordar la problemática desde una perspectiva históricamente situada, buscando caracterizar el devenir humano en un lugar y tiempo específicos a partir del análisis de las evidencias arqueológicas. Nos focalizamos en las características de conformación y cambios ocurridos en las sociedades que habitaron este espacio durante estos dos milenios, tanto en su relación con el entorno ambiental como en su dinámica intra e intergrupal, y priorizamos la construcción de una secuencia local específica que de cuenta de la evidencia disponible, más que la adecuación a modelos teóricos y esquemas cronológicos predeterminados.

Si bien la Quebrada de Humahuaca es una de las regiones arqueológicamente más investigadas del NOA, el conocimiento de la secuencia cultural prehispánica es desigual. En efecto, para los momentos previos al año 1000 A.P. se dispone de mucha menos información que para los momentos más tardíos de la secuencia. Los sitios conocidos para el lapso 3000–1000 años A.P. son pocos, y aunque la información ha aumentado gradualmente en los últimos años, sigue siendo por lo general muy fragmentaria, supeditada en muchos casos a hallazgos accidentales por acción de factores antrópicos o naturales. Si bien las sociedades

que habitaron la Quebrada de Humahuaca y áreas aledañas parecen haber compartido muchas de las características mostradas por grupos contemporáneos de otras partes del NOA, la escasez de información obliga muchas veces a recurrir a inferencias interpretativas basadas en la comparación con otras áreas mejor conocidas (*e.g.* Quebrada del Toro, Valles de Tafí, Hualfín y Santa María) o en modelos teóricos de desarrollo sociocultural que predicen sociedades con ciertas características para estos momentos de la secuencia prehispánica, obviando de esta manera potenciales matices específicos que podría haber tomado el proceso cultural humahuaqueño. Asimismo, esta misma escasez de información lleva muchas veces a considerar toda la evidencia disponible para un lapso de casi dos milenios como un bloque único y de características más o menos homogéneas, impidiendo discernir variaciones a través del tiempo y el espacio.

La escala espacial de este trabajo corresponde al sector norte de la Quebrada de Humahuaca, donde se localizan sus nacientes. Esta zona se encuentra disectada por varias quebradas que discurren en sentido norte-sur, procedentes de la vertiente occidental de la Sierra de Santa Victoria y que desembocan en la margen izquierda del río Grande, que corre aquí con sentido noroeste-sureste. Este sector general se interpone entre la Puna al oeste y al norte, la vertiente oriental de los Andes y tierras bajas hacia el este, y el sector medio de la Quebrada de Humahuaca hacia el sur, constituyendo una especie de "umbral" geológico, geográfico y ecológico donde estos diferentes ambientes convergen, posibilitando el acceso directo desde y hacia cada uno de ellos (Hernández Llosas *et al.* 2009). Dentro de este entorno espacial general, nuestra investigación se concentra en las cuencas formadas por tres quebradas, Chaupi Rodeo, Corral Blanco y Cóndor, así como en los alrededores del actual pueblo de Tres Cruces (Figura 1). Cabe destacar que entre las dos primeras quebradas mencionadas se ubica la Quebrada de La Cueva, considerada por algunos autores como la prolongación natural de la Quebrada de Humahuaca y vía de acceso natural hacia el Altiplano boliviano en el pasado (*e.g.* Casanova 1933), que está siendo actualmente estudiada por otro equipo de investigación (Ramundo 2012), razón por la cual sólo es tratada en este trabajo en base a información bibliográfica publicada.

A continuación se presentan las características principales de nuestra área de estudio, describiendo brevemente los aspectos físicos y ambientales de las distintas quebradas, la ocupación actual y los antecedentes de investigación arqueológica. Posteriormente se presenta brevemente la evidencia arqueológica disponible para el lapso considerado. A pesar que la información es variada, resulta claramente fragmentaria e incluso escasa para un lapso temporal tan amplio. Aún así, en vez de considerar toda la información disponible como parte de un único bloque sincrónico, intentamos aproximarnos a la interpretación del proceso cultural ocurrido en esta área a lo largo de dos milenios a través de un enfoque diacrónico. Para ello, discutimos la información disponible organizándola según tres grandes rangos temporales, que son definidos en función de los fechados radiocarbónicos (no calibrados) de que disponemos hasta el momento y que se agrupan en torno a los rangos señalados más abajo. Es necesario enfatizar que estos rangos temporales no constituyen fases cronológicas ni de desarrollo cultural per se, sino que sirven en este punto fundamentalmente como recurso heurístico para organizar la información disponible, así como para facilitar su comparación con otros sitios y/o áreas. No se descarta que en el futuro puedan efectivamente servir como base para una cronología local, o incluso regional, más fina, aunque como se discutirá más abajo, la información disponible no permite por el momento diferenciar

claramente a nivel regional los dos rangos temporales más recientes. Los lapsos sin evidencia arqueológica entre los distintos rangos son considerados provisoriamente como "vacíos de información", aunque no de actividades en el pasado, y se espera que la profundización de las investigaciones permita llenar gradualmente dichos vacíos. Luego, se sitúa nuestra información en un contexto regional más amplio, comparándola con evidencia procedente de sitios de la Puna jujeña, el sector medio de la Quebrada de Humahuaca y la vertiente oriental jujeño-salteña, intentando caracterizar el proceso cultural que se desenvolvió a nivel regional en el lapso comprendido entre los años 3000 y 1000 A.P. Finalmente, se discuten las implicancias y aporte potencial de la información proveniente de nuestra área de estudio para la comprensión de dicho proceso cultural.

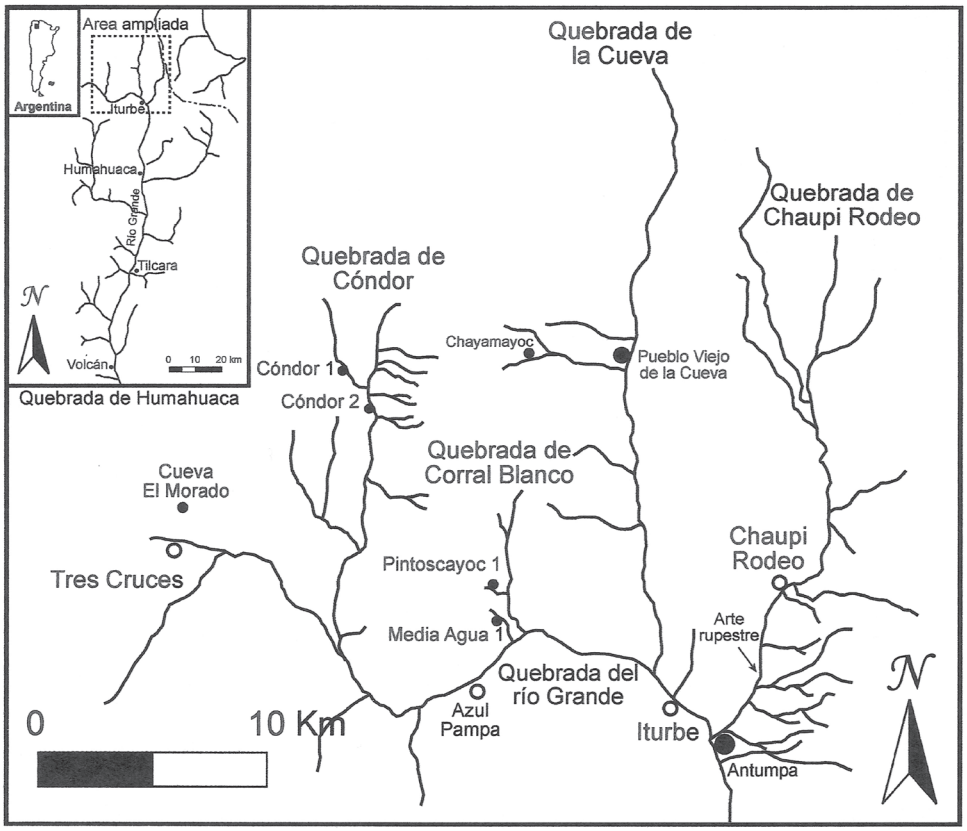


Figura 1. Mapa del sector norte de la Quebrada de Humahuaca con ubicación de sitios arqueológicos.

EL ÁREA DE ESTUDIO: ENTORNO AMBIENTAL Y ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

Las quebradas de Chaupi Rodeo, Corral Blanco y Cóndor comparten características ambientales generales, aunque muestran también variaciones, producto tanto de las diferencias altitudinales como de sus características geomorfológicas específicas. El clima actual es frío y

seco en invierno, y cálido y seco en verano, con gran amplitud térmica diaria. Las precipitaciones (entre 200-300 mm anuales) son estivales y torrenciales, producto de vientos húmedos provenientes del norte y el este. Las heladas son muy frecuentes en invierno (Buitrago y Larran 1994). La vegetación corresponde a las Provincias fitogeográficas Prepuneña, Puneña y Altoandina (Ruthsatz y Movia 1975), dependiendo de la altura de los distintos sectores de las cuencas que conforman. La fauna, por su parte, es la típica del Dominio Andino (Ringuelet 1961).

Los estudios paleoambientales disponibles son escasos, aunque documentan cambios significativos en el pasado en zonas cercanas. Es el caso del estudio de Jorge Fernández (1984), quien planteó que los sedimentos acumulados en las barrancas del río Grande en el paraje Esquinas Blancas (situado a corta distancia hacia el oeste de Iturbe) indicarían la existencia de un régimen hidrológico diferente al actual, sin las típicas crecientes estacionales, entre los años 5000 y 2000 A.P., resultado tal vez de precipitaciones más distribuidas a lo largo del ciclo anual. Por su parte, los trabajos de Julio Kulemeyer (2005) en la cuenca del río Yavi, también indican variaciones climáticas y morfodinámicas durante el Holoceno en la región, identificando un cese de la acumulación de sedimentos y un incremento de la incisión de los valles a partir del año 2000-1500 A.P. Asimismo, otros trabajos sugieren también la existencia en el NOA de ciclos de mayor humedad en el lapso aquí considerado (*e.g.* Caria *et al.* 2009), lo que resulta relevante en tanto podrían haberse visto incrementadas las posibilidades de la práctica de la agricultura en las quebradas bajo estudio, generalmente consideradas de limitado potencial agrícola en la actualidad.

La Quebrada de Chaupi Rodeo es la más oriental de las aquí consideradas (Figura 1). Tiene una extensión aproximada de unos 20-25 km y se ubica entre los 3300 y 4000 msnm. En la confluencia del arroyo Chaupi Rodeo con el río Grande se encuentra el extenso sitio Antumpa, originalmente identificado y descrito por A.R. González (1960) y uno de los escasos sitios conocidos para el lapso temporal en cuestión en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca. Fuera de esto, la quebrada registraba escasos antecedentes de investigación antes de que los autores desarrolláramos, con casi veinticinco años de separación, investigaciones en la zona (Hernández Llosas *et al.* 1983-85; Leoni 2007, 2007-08; Leoni *et al.* 2012). Producto de estos trabajos se dispone actualmente de un amplio conjunto material, variadas evidencias arquitectónicas y nuevos fechados radiocarbónicos que confirman que una parte substancial de la ocupación de Antumpa se encuadra en el lapso bajo estudio en este trabajo (ver más abajo).

La Quebrada de Corral Blanco es la menos extensa de las tres, con unos 7 km de extensión (Figura 1). Es muy estrecha, con una gran dinámica hidráulica estival, que hace variar constantemente su morfología y ha prácticamente borrado sus terrazas fluviales. Posee varias quebradas tributarias menores, entre las que destaca la Quebrada de Pintoscayoc, de unos 2,5 km de largo y ubicada entre 3600 y 3800 msnm. En esta última focalizó su investigación Hernández Llosas (1998), en especial en el sitio Pintoscayoc 1 (Alero de las Circunferencias) donde se identificó una larga historia de ocupación que se remonta hasta el Holoceno Temprano, así como una gran densidad de pinturas rupestres (Hernández Llosas 1998, 2000). Asimismo, en la cercana Quebrada de Media Agua se localizó el sitio Media Agua 1 (Abrigo de los Emplumados) (Figura 1), que presenta pinturas rupestres de gran relevancia para la secuencia rupestre regional y que fueron fechadas radiocarbónicamente (Hernández Llosas 1998; Hernández Llosas *et al.* 1998).

La Quebrada de Cóndor, por su parte, se extiende unos 25 km, entre 3600 y 4000 msnm (Figura 1), siendo la más cercana a la Puna, con la cual se conecta directamente a través de numerosas sendas. No registra antecedentes de investigación publicados previos a nuestras investigaciones en curso, siendo las investigaciones más próximas las realizadas por Márquez Miranda (1952) en el Antigal del Km 1.333/500 y la Cueva del Cerro El Morado (posteriormente retomada por Fernández [2000a]), en las cercanías del pueblo de Tres Cruces. La investigación sistemática se ha iniciado recientemente y las primeras prospecciones han confirmado el potencial arqueológico de esta quebrada, al haberse identificado variadas evidencias correspondientes a diferentes momentos temporales de la secuencia cultural prehispánica (Hernández Llosas *et al.* 2009; Leoni *et al.* 2013).

La ocupación humana actual de estas tres quebradas es dispar, aunque en general se ha reducido significativamente en tiempos recientes, como lo manifiestan una multitud de puestos y viviendas abandonadas. La cuenca del arroyo Chaupi Rodeo es la que registra mayor ocupación actual y subactual, con varios poblados y caseríos dispersos, así como una mayor actividad económica, facilitada por la menor altitud y por la cercanía con la vía de comunicación con la vertiente oriental y los pueblos de Iruya, Colanzulí y Nazareno (Salta). Le sigue la Quebrada de Cóndor, con una ocupación dispersa de viviendas y puestos aislados distribuidos por toda la cuenca y algunas concentraciones en lugares más amplios y con disponibilidad de agua, donde se localizan amplios canchones de cultivo y corrales. Finalmente, en la Quebrada de Corral Blanco sólo se registran canchones de cultivo y puestos de pastoreo de uso estacional, dependientes de familias que habitan en sectores más bajos, cerca del río Grande. Una vasta red de sendas atraviesa toda esta región, intercomunicando las tres quebradas entre sí y con la Quebrada de La Cueva, así como con zonas ambientales y poblaciones ubicadas hacia el norte, este, oeste y sur.

LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

En esta sección se presenta y discute la información arqueológica para nuestra área de estudio entre los años 3000 y 1000 A.P., organizada en tres rangos temporales definidos en función de los fechados radiocarbónicos (no calibrados) disponibles. Como se señaló más arriba, el propósito es intentar una aproximación diacrónica al proceso cultural ocurrido en esta área a lo largo de los dos milenios considerados, aunque los rangos presentados no constituyan en sí mismos subdivisiones estrictas o definitivas de ese proceso.

Rango ca. 3000-2800 A.P.

Este primer rango temporal agrupa a nivel regional un conjunto de evidencias escasas y diversas, procedentes sobre todo de cuevas y aleros, que situarían las primeras indicaciones de la presencia de grupos de economía agropastoril y con tecnología cerámica alrededor del año 3000 A.P. En nuestra área de estudio las evidencias correspondientes a este rango son fragmentarias, consistiendo sólo en un contexto de tipo ritual en Pintoscayoc 1, evidencias indirectas de un posible asentamiento a cielo abierto en Antumpa y, tentativamente, algunos conjuntos de arte rupestre identificados en la Quebrada de Chaupi Rodeo.

El hallazgo más significativo en este rango temporal procede del sitio Pintoscayoc 1. Se trata de la denominada Estructura F, un contexto con restos humanos depositados en una fosa sobre la apertura del alero (Figura 2). En el fondo de la fosa, sobre una camada de paja, se apoyaron partes del esqueleto postcraneal de un niño de 6-8 años de edad, articuladas pero con gran parte de la porción superior del torso faltante; algunos dientes acompañaban al conjunto. Asociado a los restos humanos había un puco de interior negro pulido con incrustaciones de mica formando un motivo geométrico (Figura 2). Todo el conjunto estaba tapado por cinco fragmentos de morteros planos, uno de ellos con vestigios de pigmento rojo, y un mortero plano entero. Los restos humanos se fecharon radiocarbónicamente en 2906 ± 53 A.P. (GX-20443-G-AMS) (Hernández Llosas 1998). Muy cerca del contexto se halló un caracol terrestre (*Strophocheilus oblongus musculus* [Fernández 1973]), abundante en el ambiente de ceja de selva, con abundante pigmento rojo en su interior. No se registraron otras evidencias de ocupación del alero contemporáneas con este contexto (Hernández Llosas 1998, 2000).

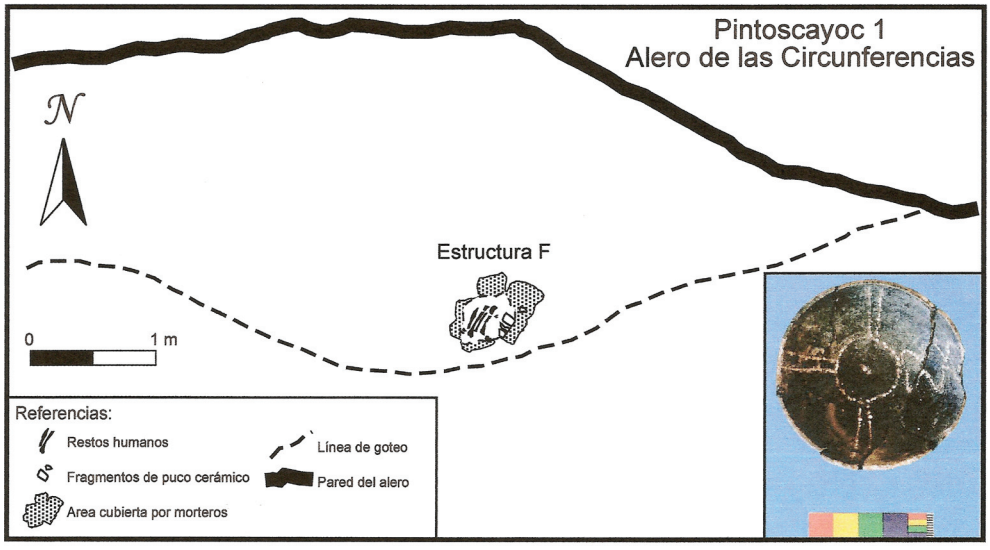


Figura 2. Pintoscayoc 1, Estructura F, entierro ritual de un niño. Derecha abajo: detalle del puco cerámico con interior negro pulido e incrustaciones de mica asociado con los restos humanos.

Este enterratorio brinda información variada, concerniente no sólo a las prácticas rituales sino también a aspectos económicos y sociales. En efecto, el análisis tecnológico del puco permitió determinar que la pasta del mismo difiere de las producidas en la Quebrada de Humahuaca, asemejándose a los materiales cerámicos conocidos como "Los Morros variante A" de la zona del río Loa, en el norte de Chile (Acevedo 2010). Esto, junto con la presencia del caracol terrestre de la vertiente oriental, resulta indicativo de la existencia de lazos de interacción o intercambio con grupos que habitaban otras regiones, aunque la forma que tomaba esta interacción permanece mayormente desconocida. Por otra parte, el contexto aporta información indirecta sobre las prácticas económicas de estos grupos, indicando posiblemente un mayor peso de las prácticas productivas. Por un lado, el análisis de isótopos

estables en los restos humanos permite inferir una dieta con gran peso de las proteínas y grasas animales, complementada con el consumo de plantas de tipo C3, como quinoa, tubérculos y calabaza (Olivera y Yacobaccio 1998). Por el otro, la presencia de morteros, artefactos generalmente empleados en el procesamiento de alimentos vegetales, podría estar reflejando una importancia creciente de la agricultura (Hernández Llosas 1998).

Por otra parte, las investigaciones en Antumpa produjeron evidencias tentativas de una posible ocupación a cielo abierto, contemporánea con el contexto de Pintoscayoc. En efecto, existen en Antumpa al menos dos montículos de origen artificial y las excavaciones desarrolladas en uno de ellos (Montículo 1), permitieron identificar una compleja estratigrafía, compuesta por una combinación de depósitos resultantes tanto de la ocupación directa del lugar, como de acumulación y redeposición secundaria. Es así que se obtuvieron fechados radiocarbónicos de 2860 ± 50 A.P. (LP-1897) y 2900 ± 80 A.P. (LP-1899) (Leoni *et al.* 2012:120) para muestras de carbón procedentes de las capas B y C, en ambos casos depósitos de espesor considerable que ocupan un lugar intermedio en la estratigrafía y que contienen una alta densidad de variados materiales culturales. Si bien supusimos inicialmente que podría tratarse de evidencias directas de ocupación correspondientes a este rango temporal, la identificación posterior de arquitectura y niveles de ocupación bien preservados por debajo y con fechados mucho más recientes, nos llevó a revisar esta interpretación inicial. Más bien, evidenciaría que las mencionadas Capas B y C contienen materiales de mayor antigüedad redepositados, tal vez producto de actividades tales como la construcción y/o relleno de alguno de los recintos hallados, así como otras actividades que implicaran el cavado de pozos o movimiento de sedimento.

Resulta claro que estas fechas radiocarbónicas no pueden interpretarse como evidencia directa de una ocupación en este rango temporal. Sin embargo, es sugestivo que los fechados sean plenamente coincidentes con el de Pintoscayoc, así como con otros obtenidos en cuevas y aleros ubicados en la Puna o borde de Puna (*e.g.* Inca Cueva alero 1 [Aschero *et al.* 1991; García 1996], Cueva de Cristóbal [Fernández 1988-89], alero Tomayoc [Lavallée *et al.* 1997]). Esto permite conjeturar que podría haber existido algún tipo de ocupación humana en Antumpa en esos tiempos en el lugar en que luego se formó el Montículo 1, aunque hasta el momento no hayamos identificado evidencias contextualmente claras de ello. Por lo tanto, evaluamos estos fechados como indicadores hipotéticos de ocupaciones a cielo abierto correspondientes a este rango temporal, aunque perturbadas por las posteriores ocupaciones del lugar.

Finalmente, incluimos en este rango temporal algunos de los conjuntos de grabados rupestres identificados en el tramo sur de la Quebrada de Chaupi Rodeo, a corta distancia al norte de Antumpa (Figura 3). Se trata principalmente de motivos mascariformes o de rostros humanos, y si bien su cronología absoluta no puede determinarse con certeza, su similitud con motivos típicos de finales del Arcaico y de comienzos del Formativo (*ca.* 3000-2500 A.P.) en el NOA (Aschero *et al.* 1991; Olivera y Podestá 1993; Aschero y Korstanje 1996; Hernández Llosas 2001) permite incluirlos, al menos tentativamente, en la discusión de la evidencia para este rango temporal. Se destaca el panel denominado Chaupi Rodeo 3, ubicado en un lugar altamente visible en un recodo del arroyo, sobre su margen derecha. Allí, sobre una roca vertical de superficie rojiza, a unos 2 m sobre el lecho actual de la quebrada, se hallan cinco caras o máscaras (una muy perturbada), realizadas raspando la pátina roja natural y dejando expuesto un trazo blancuzco que define las figuras. Los motivos

son simples y constan de cuatro trazos, correspondientes a las cejas y nariz, ojos y boca. Dos camélidos y un motivo geométrico completan la escena. La ubicación de este panel indica una intención de gran visibilidad, siendo claramente perceptible para cualquiera que transite por la quebrada. Otros conjuntos cercanos (*e.g.* Chaupi Rodeo 4, 5 y 6) han sido ejecutados a través de picado en la cara plana de rocas esquistosas de pequeño tamaño, y entre los motivos se incluyen un mascariforme similar a los anteriores, espirales, antropomorfos y camélidos (Figura 3). A diferencia del conjunto de mascariformes, estos conjuntos no han sido diseñados con la intención de conspicuidad. Ubicados en la cara plana superior de rocas dispersas, sólo son visibles si se pasa muy cerca de ellos.

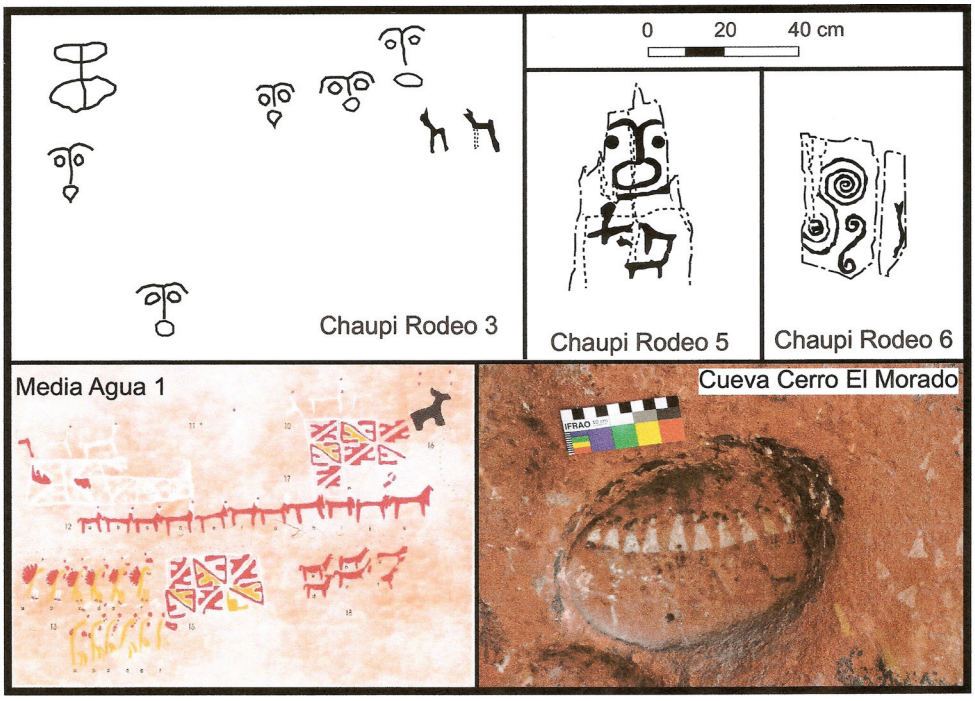


Figura 3. Arte rupestre de las nacientes de la Quebrada de Humahuaca: arriba, grabados de la Quebrada de Chaupi Rodeo; abajo izquierda, panel principal del Alero Media Agua 1; abajo derecha, escena de lucha en Cueva Cerro El Morado.

Rango ca. 1900-1800 A.P.

Para este rango las evidencias de ocupación humana en nuestra zona se limitan a un conjunto de representaciones rupestres en los sitios Media Agua 1 y Pintoscayoc 1, que integran la denominada Modalidad Estilística Media Agua (Hernández Llosas 1998, 2000, 2001). Las representaciones rupestres del primer sitio están mejor preservadas y consisten en un solo componente estilístico, integrado por hileras de antropomorfos estilizados de perfil, con detalles de vestimenta, emplumaduras dorsales y cefálicas, y ornamentos en pies y brazos (Figura 3). El personaje que encabeza una de las hileras porta un objeto interpretado

como una pipa. Camélidos con pecheras y composiciones geométricas complejas completan la escena (Hernández Llosas y Podestá 1983; Hernández Llosas 1998). Uno de los motivos antropomorfos fue fechado radiocarbónicamente en 1880 ± 110 A.P. (CAMS-25383) (Hernández Llosas *et al.* 1998). En cuanto al segundo sitio, las representaciones se sitúan en un sector muy bajo del alero, posiblemente a ras del suelo al momento de la ejecución, correspondiendo a antropomorfos estilizados tricolores (blanco, amarillo y rojo) dispuestos en dos hileras e idéntica morfología, técnica de realización y colores que los de Media Agua 1. Las excavaciones en ambos sitios no brindaron evidencias contemporáneas de ningún otro tipo, indicando que ambos emplazamientos sólo fueron utilizados en ese momento para la realización de las pinturas (Hernández Llosas 1998, 2001).

Adicionalmente, en las cercanías de la Quebrada de Cóndor, aunque no directamente en su cuenca, se encuentra la Cueva del Cerro El Morado (también conocida como Cueva del Indio o de Tres Cruces), descripta por Márquez Miranda (1952) y Fernández (2000a), cuya investigación hemos retomado recientemente. En este sitio, situado en una estrecha quebrada alta labrada en afloramientos rojizos de la Formación Pirgua y con abundantes montecillos de queñoa, hay representaciones muy detalladas de escenas de lucha entre hileras de antropomorfos ataviados con vestimentas de distintos colores, portando arcos y flechas y adornos dorsales (Figura 3). Camélidos de distintos tamaños y colores, y motivos geométricos completan las escenas. La semejanza con los motivos, unidad temática y técnicas de ejecución de la Modalidad Estilística Media Agua, en sitios muy semejantes entre sí por ubicación y emplazamiento, llevaron a Hernández Llosas (2001) a plantear su inclusión en dicha modalidad, junto con ejemplos presentes en otros sitios cercanos en los que las escenas de luchas y la asociación temática entre antropomorfos con armas, adornos dorsales y cefálicos, camélidos y motivos geométricos se repite consistentemente (*e.g.* Chayamayoc, Angosto de Hornaditas, Coctaca, Inca Cueva cueva 1, El Portillo).

Rango ca. 1600-1300 A.P.

Para este lapso temporal disponemos en nuestra área de estudio de un creciente corpus de información procedente principalmente del sitio Antumpa (Hernández Llosas *et al.* 1983-85; Leoni 2007, 2007-08; Leoni *et al.* 2012). Este componente del sitio incluye áreas de habitación de distintas características (recintos circulares y rectangulares, montículos), así como estructuras de posible uso agrícola, extendidas sobre la terraza del arroyo Chaupi Rodeo y el faldeo pedemontano adyacente. Si bien el trazado espacial del sitio en este momento parece haber sido el de una aldea o poblado disperso, presenta la peculiaridad de que el espacio habría estado marcadamente estructurado por la presencia de grandes conjuntos de canchones de cultivo construidos de manera muy regular (Figura 4). Esto último, junto con la gran representación de instrumentos líticos de posible uso agrícola (i.e. palas/azadas) en los contextos de excavación, indicaría que la instalación humana y la consecuente modificación de paisaje local habría estado centrada en gran medida en torno a la práctica de la agricultura.

Los recintos circulares y rectangulares, en general muy perturbados, se hayan dispersos entre las instalaciones de cultivo. El Recinto 2, una estructura circular de 7,70 m de diámetro emplazada dentro de un canchón rectangular, es el que produjo mayor variedad de evidencias,

permitiendo identificar dos ocupaciones (Hernández Llosas *et al.* 1983-85; Leoni 2007, 2007-08). La más antigua de ellas está relacionada con la construcción y uso original del recinto. El hallazgo de un contexto formado por tres palas/azadas líticas cubiertas con la base de una vasija cerámica invertida mostraría una dedicación a prácticas agrícolas por parte de sus ocupantes. El resto de los materiales recuperados incluye cerámica mayormente sin decoración y de probable uso doméstico, con la sola excepción de un apéndice modelado antropomorfo, con incisiones formando ojos, boca y cabellos (Hernández Llosas *et al.* 1983-85), así como varios fragmentos de rama horizontal de pipas cerámicas, de posible uso ritual. Las puntas de proyectil líticas son pequeñas, pedunculadas, con aletas y limbo triangular, similares a las descritas para momentos Formativos en diversas partes del NOA (Escola 1991). La ocupación posterior, por su parte, habría consistido básicamente en una reocupación temporaria del recinto para fines específicos (*e.g.* actividades de caza y/o pastoreo) y fue datada en 1360 ± 70 A.P. (LP-105; huesos de camélido) (Hernández Llosas *et al.* 1983-85:530), sin registrarse mayores cambios en los materiales culturales asociados.

Por el contrario, la excavación de otros recintos, circulares (*e.g.* Recintos 5 y 6) y rectangulares (*e.g.* Recinto 7), no produjo evidencias de ocupación significativas, indicando que habrían sido empleados con poca intensidad, tal vez funcionando como puestos de uso temporario relacionados con la práctica de la agricultura. Existen también en Antumpa sectores con material arqueológico en superficie aunque sin una asociación clara con estructuras bien definidas. La excavación en uno de ellos, ubicado dentro de un canchón, produjo evidencias de ocupación en estratigrafía que fueron fechadas radiocarbónicamente en 1606 ± 30 A.P. (Ua-43082; paja quemada; $\delta^{13}C$ = -22.1‰).

Es la excavación del Montículo 1, una pequeña elevación artificial cerca de la actual barranca del arroyo Chaupi Rodeo (Figura 4), la que ha producido mayores evidencias de ocupación humana, incluyendo los restos parciales de al menos tres estructuras en su base (denominadas Recintos 4, 8 y 9). Estas estructuras están representadas por tramos de muros curvos y rectos, asociados con depósitos estratigráficos que corresponderían a los niveles de ocupación de estos recintos, dado que contenían áreas de combustión y abundantes materiales culturales. Los fechados radiocarbónicos obtenidos (1330 ± 70 A.P. [LP-1996; carbón)]; 1360 ± 80 A.P. [LP-2122; carbón]; 1450 ± 60 [LP-2595; carbón]; 1530 ± 60 A.P. [LP-2265; carbón]) (Leoni *et al.* 2012:120) permiten plantear una contemporaneidad general entre los mencionados recintos, durante el primer milenio D.C.

Los materiales asociados con estos restos arquitectónicos han sido parcialmente analizados, y presentan tanto similitudes como diferencias con otros sitios contemporáneos del área de la Quebrada de Humahuaca (ver Leoni *et al.* 2012) (Figura 5). Entre las semejanzas podemos señalar la presencia de artefactos como puntas de proyectil triangulares pedunculadas pequeñas, palas/azadas líticas, fragmentos de pipas cerámicas, cuentas de collar o brazalete de distintos materiales, la predominancia de cerámica ordinaria y de variantes rojas y marrón/negro pulidas, así como la composición del conjunto arqueofaunístico con amplio predominio de los camélidos. Aspectos que parecen más específicos de Antumpa, por otro lado, incluyen la ausencia de cerámica gris pulida (comúnmente conocida en la región como "Alfarcito Gris Pulido") y de variantes pintadas bicolores o tricolores, así como de las grandes ollas tubulares o de piezas correspondientes a la Tradición San Francisco, que suelen constituir hallazgos corrientes en sitios contemporáneos de la Quebrada de Humahuaca (Palma y Olivera 1992-93; Olivera y Palma 1997). La presencia en Antumpa de cerámica

con decoración aplicada reticulada similar al denominado "Complejo Arasayal" de las tierras bajas salteñas (Dougherty *et al.* 1978; Ventura 1991) (Figura 5d), por otra parte, parece ser una característica única de este sitio, no habiéndose reportado hasta el momento hallazgos similares en otros sitios contemporáneos de la región.

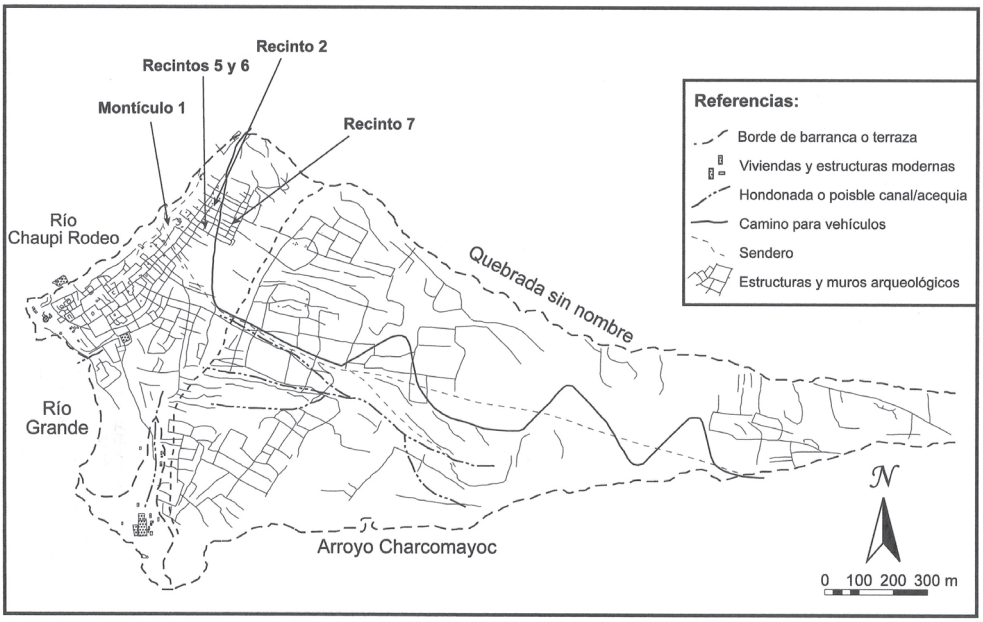


Figura 4. Plano general del sitio Antumpa.

Figura 5. Artefactos de Antumpa: a) rama horizontal de pipa cerámica; b) palas/azadas líticas; c) puntas triangulares pedunculadas de obsidiana y sílice; d) cerámica con decoración reticulada aplicada.

Este conjunto de estructuras localizado en la base del montículo podría haber constituido uno de los núcleos principales de la ocupación del sitio durante el primer milenio de la era cristiana, contemporáneo de otras estructuras tales como el Recinto 2. Sin embargo, a diferencia de este último, la ocupación de esta área fue continuada y más intensa. Los recintos originales fueron rellenados con sedimento y basura tras su abandono, y se construyeron nuevas estructuras (de las que se han identificado evidencias parciales) por encima de las más antiguas. Este proceso de sucesivas ocupaciones en el mismo lugar, desarrollado a lo largo de varios siglos, fue responsable de dar forma al montículo actualmente existente.

Finalmente, las probables instalaciones agrícolas prehispánicas de Antumpa se extienden desde el borde de la terraza del arroyo Chaupi Rodeo hacia el sector más alto del sitio, sobre al faldeo ubicado al este. Aquellas ubicadas en el sector más bajo del sitio forman conjuntos regulares de estructuras rectangulares, trapezoidales y cuadrangulares, de entre 20 y 30 m de lado, en directa asociación con las áreas de habitación arriba mencionadas. Las ubicadas en la parte más alta del sitio, por otro lado, son más grandes e irregulares, no observándose aquí recintos ni material arqueológico superficial en densidad significativa. Si bien es probable que estos vestigios conformen en conjunto un palimpsesto resultante de la ocupación humana del lugar desde tiempos prehispánicos hasta el presente, la vinculación directa de varios conjuntos de estructuras con recintos y áreas de ocupación tempranos nos inclinan a pensar que al menos parte de ellos puedan haberse construido y utilizado durante el primer milenio D.C., aunque, por supuesto, esto no obsta que hayan sido reutilizados, modificados y ampliados con posterioridad (Leoni 2007; 2007-08).

CRONOLOGÍA LOCAL Y PROCESO CULTURAL REGIONAL

La información actualmente disponible para la Quebrada de Humahuaca y sus áreas inmediatamente aledañas es extremadamente fragmentaria, lo que dificulta la caracterización precisa del proceso cultural ocurrido en los dos milenios considerados. Esto contrasta notablemente con el norte de Chile y con otras partes del NOA, donde ha sido posible construir una interpretación detallada de procesos locales, identificando cambios diacrónicos relevantes. Para nuestro caso, la construcción de una secuencia local inevitablemente requiere la comparación e incluso la extrapolación de información de áreas mejor conocidas, buscando paralelos y similitudes. Sin embargo, esto debe hacerse con cautela para evitar pasar por alto las especificidades del caso de estudio particular y sin esperar que el mismo replique exactamente lo ocurrido en otras partes de los Andes Centro Sur.

3000-2800 A.P.: ¿Sociedades aldeanas en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca?

Las evidencias arqueológicas sugieren que se desarrolló un proceso de domesticación de camélidos en los Andes Centro Sur durante el Holoceno Tardío (*ca.* 4500-4000 A.P.), específicamente en ambientes de Puna. Diversas evidencias halladas en sitios como Huachichocana III (Yacobaccio 2001), alero Tomayoc (Lavallée *et al.* 1997), alero Unquillar (Yacobaccio 2001), parecen sustentar esta proposición para las tierras altas jujeñas. El desarrollo de la agricultura en el NOA, por otra parte, es mucho menos conocido, aunque

se han registrado también evidencias de uso de vegetales domesticados en cuevas y aleros de Jujuy alrededor del año 4000 A.P. (*e.g.* Inca Cueva 7 [Aschero y Yacobaccio 1995]).

Más allá del valor indudable de estas evidencias, no es claro aún si implican una economía agropastoril plenamente consolidada o más bien documentan un largo proceso de transición gradual desde prácticas cazadoras-recolectoras a economías productivas. Si se suele considerar el año 3000 A.P. como los comienzos del Formativo en la zona, es porque se han hallado varios contextos que muestran la presencia de cerámica por primera vez alrededor de esta fecha. Es entonces la aparición de este elemento tecnológico lo que básicamente se emplea a nivel arqueológico como indicador del cambio cultural, aún a pesar que las evidencias de cambios en las prácticas de subsistencia hacia modalidades productivas son indirectas o incompletas, y a pesar que discusiones recientes han coincidido en cuestionar la validez de este criterio tecnológico como indicador del surgimiento de sociedades del tipo Formativas (Lumbreras 2006; Staller 2006; Delfino *et al.* 2009; entre otros).

Para el rango 3000-2800 años A.P. la evidencia de ocupación humana más firme proviene de cuevas y aleros en quebradas altas y Puna, tales como Pintoscayoc 1 (ver más arriba), Inca Cueva alero 1 (Aschero *et al.* 1991; García 1996), Cueva de Cristóbal (Fernández 1988-89; Fernández *et al.* 1992; Hocsman *et al.* 2010), cueva El Portillo (Fernández 1997), alero Tomayoc (García 1996; Lavallée *et al.* 1997) y Morro del Ciénego Chico (Yacobaccio *et al.* 2001) (aunque en este último caso se trata de la inhumación de la cabeza de una mujer ligeramente posterior, fechada en 2750 ± 100 y 2460 ± 60 A.P. [Yacobaccio *et al.* 2001]). El uso de estos sitios fue en general breve y específico, en muchos casos vinculado con actividades de tipo ritual, tales como los entierros de partes esqueletarias humanas o la ejecución de arte rupestre. Las evidencias de uso doméstico de estos sitios suelen ser escasas, y también apuntan a un uso limitado, estacional o vinculado con prácticas económicas muy específicas (pastoreo, caza, tránsito entre zonas ambientales). Para todos estos sitios se ha planteado la articulación funcional con bases residenciales permanentes o semi-permanentes a cielo abierto, presumiblemente ubicadas a niveles altitudinales más bajos, en fondos de quebradas más aptos para la práctica de la agricultura (Fernández 1988-89, 1997; García 1996; Lavallée *et al.* 1997; Hernández Llosas 1998, 2000; Hocsman *et al.* 2010). Sin embargo, las investigaciones no han tenido éxito en identificar este tipo de sitios aún. Sólo algunas evidencias en extremo fragmentarias, tales como estructuras muy perturbadas en Alto Zapagua (García 2003; García y Fernández 2008) y los fechados tempranos descontextualizados de Antumpa, podrían constituir los inciertos vestigios de estas supuestas bases residenciales aldeanas. No han sido detectadas tampoco evidencias de asentamientos aldeanos en la Puna jujeña aún, pero es significativo que al parecer sí existían ya grupos aldeanos en las yungas y valles orientales, como lo indican algunos hallazgos tempranos relacionados con la Tradición San Francisco (Dougherty 1975; Fernández Distel 1994; Ortiz 2003). Lo mismo ocurría en el norte de Chile, donde existen evidencias claras de procesos de desarrollo y consolidación de la vida aldeana en una diversidad de zonas ambientales hacia el año 3000 A.P., con raíces claras en el Arcaico previo y alcanzando niveles de complejidad notables hacia *ca*. 2500-1500 años A.P. (Núñez *et al.* 2006; Adán y Urbina 2007).

La escasez de este tipo de evidencia arqueológica en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca puede deberse a varias razones: en primer lugar, la actuación de procesos geomorfológicos (remoción en masa, sedimentación, erosión) que han destruido u ocultado la mayoría de los sitios, especialmente los ubicados en los fondos de quebrada cercanos a

cursos de agua, terrenos más favorables para la práctica de la agricultura. Las cuevas y aleros, por el contrario, constituyen un espacio más protegido para la evidencia arqueológica y de ahí su mayor representación en el registro. Esto los convierte en fuentes de información valiosa aunque sesgada, representativa sólo de una parte muy reducida de la gama de prácticas sociales de los grupos humanos de esos momentos.

Por otro lado, y aún considerando los procesos de transformación arriba mencionados, una baja densidad demográfica original podría también contribuir a explicar la baja visibilidad arqueológica actual. En efecto, es necesario pensar también la posibilidad de que las formas de organización social y uso del espacio hacia el año 3000 A.P. no necesariamente coincidan con lo esperable según los modelos interpretativos empleados actualmente o con la secuencia de desarrollo documentada para el norte de Chile u otras partes del NOA. Por lo tanto sería necesario tener en cuenta formas de asentamiento alternativas, tales como pequeños sitios o estancias rurales habitadas por unidades domésticas, dispersas sobre amplias extensiones y con dependencias como puestos de pastoreo o campos de cultivo en otros lugares específicos, pero sin que existieran necesariamente nucleamientos de tipo "aldeano" propiamente dichos. De ser así, se explicaría en parte la infructuosa búsqueda de las "aldeas del 3000 A.P.". Así, formas de ocupación dispersas y de baja densidad demográfica, sumadas a la actuación posterior de intensos procesos de transformación geomorfológicos, limitarían en gran medida la posibilidad de acceder arqueológicamente a los vestigios de estas sociedades.

Restringidos como son, los hallazgos disponibles brindan algunos datos acerca de la organización y funcionamiento de estas sociedades. En relación a los aspectos económicos, se suele deducir de manera indirecta la importancia de las prácticas productivas. Si bien es notorio el predominio de los restos de camélidos en los conjuntos faunísticos de los sitios conocidos, la dificultad para distinguir camélidos domésticos de silvestres no permite determinar con certeza qué grado de importancia real había alcanzado el pastoreo en estos momentos. Las evidencias en este sentido provienen fundamentalmente del análisis de paleodietas humanas a través de isótopos estables, que en los pocos casos analizados indicarían dietas compatibles con la actividad pastoril (Olivera y Yacobaccio 1998). Estos estudios también apuntan al consumo de plantas domesticadas (quinoa, tubérculos), algo también sugerido por los análisis realizados sobre la cerámica de Cueva de Cristóbal (Fernández *et al.* 1992), y tal vez también por el énfasis otorgado a artefactos de procesamiento de alimentos vegetales en un contexto simbólicamente cargado como el entierro de Pintoscayoc 1. Si bien estos datos apuntarían a una importancia creciente de las prácticas productivas en la subsistencia, su caracterización como sociedades plenamente agropastoriles parece, en el estado actual del conocimiento, incierta. No debería descartarse la existencia de una combinación de estrategias de subsistencia que integrara las prácticas productivas con la caza y la recolección, y que esto tuviera su correlato en formas de asentamiento y uso del espacio que implicaran la dispersión de la gente en el paisaje y su agregación episódica o estacional, en función por ejemplo de las necesidades de la agricultura, el pastoreo, la explotación de ciertos recursos silvestres o la realización de rituales o ceremonias religiosas integradoras que permitieran formar y mantener redes extensas de relaciones sociales.

En términos tecnológicos se observa tanto una continuidad en la distribución de ciertos tipos de materiales (*e.g.* puntas de proyectil triangulares pedunculadas), como especificidades locales, como en el caso de la cerámica. En este último caso, predomina la variabilidad, tratándose las variantes identificadas hasta el momento de alfarerías de manufactura local

de uso generalmente utilitario (Fernández *et al.* 1992; García 1996), lo que contrasta notablemente con el puco hallado en el contexto funerario de Pintoscayoc 1, de posible procedencia no local (Acevedo 2010). Sumado a otras evidencias de Pintoscayoc y otros sitios, esto confirma la existencia de acceso a bienes de otras regiones, incluso distantes geográficamente, continuando con una tendencia ya evidenciada entre los grupos cazadores-recolectores que habitaron la región con anterioridad. Sin embargo, no existen evidencias que permitan discernir si se trataba de intercambios directos, de bienes intercambiados como parte de vínculos de parentesco real o ficticio, de un incipiente tráfico caravanero, de movimientos de personas o grupos entre las distintas regiones, o incluso de un cierto control vertical de zonas ecológicas complementarias. En todo caso, la evidencia arqueológica disponible parece documentar la existencia para estos momentos de la secuencia de un conjunto de localidades, de baja densidad demográfica pero interconectadas directa o indirectamente, ocupando una amplia extensión geográfica que comprendía zonas ambientales distintas.

Finalmente, el arte rupestre aporta también indicadores significativos. El énfasis en las representaciones humanas que caracteriza este momento (encuadradas en el denominado Grupo Estilístico B) ha sido interpretado como un correlato de los cambios en la estructura social de los grupos en este momento, al ampliarse y reestructurarse las unidades sociales y surgir nuevas formas de agregación (Aschero *et al.* 1991). En esta misma línea, es significativa también la amplia distribución de los motivos de máscaras o rostros humanos, algunos muy similares a los de Chaupi Rodeo, en sitios cercanos como el Angosto de Rodero (Fernández Distel 1992-93) o Playa Colanzulí (Fernández 2000b), y en diversos sitios de la Puna jujeña (*e.g.* Peñón de las Máscaras, Cerro Torre, Cerro Bayo y Barconte [Fernández Distel 1998]). Estos motivos son generalmente interpretados como expresiones materiales de ancestros (Aschero y Korstanje 1996; García Azcárate 1996), y su presencia podría reflejar la consolidación de grupos de descendencia vinculados a territorios específicos. Sin embargo, la estricta correlación cronológica entre motivos rupestres y restos de ocupaciones en cuevas y a cielo abierto es algo que debe refinarse, si es que quieren establecerse interpretaciones culturales sólidamente fundamentadas.

En suma, los escasos indicios arqueológicos disponibles para estos momentos, combinados con la acción de intensos procesos de transformación, naturales y antrópicos, no permiten plantear con certeza la existencia de lo que tradicionalmente se define como sociedades aldeanas agropastoriles. Sin embargo, existe también la posibilidad de que la organización social, económica y espacial de estos momentos haya consistido en formas que no necesariamente estarían bien descriptas por el modelo aldeano agropastoril tradicional. Existen esquemas teóricos (*e.g.* "sociedades de nivel familiar" [Johnson y Earle 1987]) y casos de estudio arqueológicos (*e.g.* Wills y Windes 1989) que plantean formas de organización social de baja demografía, basadas en unidades sociales reducidas y mayormente autónomas, que se reúnen o agregan ocasionalmente, con fines rituales, económicos y sociales, aunque manteniendo siempre una flexibilidad notable en su estructura social. En este cuadro general, la adopción de prácticas económicas productivas no produce por sí misma un cambio hacia formas de organización social más complejas que las existentes en momentos precedentes. Esta agregación episódica puede incluso generar sitios similares en extensión y trazado a aldeas de ocupación permanente, por lo que la interpretación de un sitio como tal debería hacerse sólo tras una investigación intensiva, algo no siempre posible en nuestro medio. El registro arqueológico de localidades interconectadas arriba descrito podría tal vez reflejar formaciones

sociales de este tipo, aunque tampoco lo aquí planteado deja de ser un ejercicio de inferencia teórica. Sólo con más evidencias empíricas podrá resolverse esta cuestión y profundizarse el conocimiento de los grupos que habitaron la región en los inicios del primer milenio A.C.

2100-1100 A.P.: Radicación aldeana y transformación del entorno

Si bien al presentar más arriba la información de nuestra área de estudio distinguimos dos rangos temporales durante el lapso del primer milenio D.C. (*ca.* 1900-1800 A.P. y 1600-1300 A.P.), el estado actual del conocimiento arqueológico a nivel regional no permite diferenciarlos claramente todavía como momentos discretos de un proceso cultural general. Es por esta razón que nos vemos forzados a discutir provisoriamente la información regional correspondiente al primer milenio D.C. como un conjunto único, aunque esto no implica suponer que no se hayan producido cambios durante ese extenso lapso temporal. Es de esperar que con la futura ampliación de las investigaciones a nivel regional y la disponibilidad de nueva información empírica se puedan llegar a identificar con mayor precisión cronológica instancias de cambio sociocultural dentro de este lapso, así como a establecer relaciones más precisas entre las distintas secuencias locales y el proceso cultural regional general.

El comienzo de la "radicación aldeana" (*sensu* Scattolin 2010) en la región parece ubicarse varios siglos después del inicio del primer milenio A.C., aunque los reparos planteados anteriormente para momentos previos aplican también para este caso. La información disponible actualmente situaría la evidencia aldeana más antigua en la Puna jujeña, en el sitio Torre o Coch 39. Se trata de una pequeña aldea situada en la confluencia de los ríos Coranzulí y Las Burras, formada por varias estructuras circulares de piedra cuya excavación brindó fechados de 2140 ± 70, 1835 ± 50 y 1350 ± 55 A.P. (Fernández Distel 1998). Más al norte, cerca de la frontera argentino-boliviana, La Quiaca Vieja se compone de varias estructuras monticulares producto de la habitación continuada con viviendas de adobe o tapia, con fechados obtenidos de un nivel de ocupación inferior de 1810 ± 140, 1780 ± 100 y 1570 ± 110 A.P. (Krapovickas 1987-88; Albeck y Zaburlín 2008).

Evidencias fragmentarias procedentes de Alfarcito y Estancia Grande indicarían un proceso similar en el ámbito del sector medio de la Quebrada de Humahuaca en momentos aproximadamente comparables. En Alfarcito, se logró fechar un nivel de ocupación identificado en un perfil expuesto en 2020 ± 100 y 1970 ± 70 A.P. (Zaburlín *et al.* 1996; Tarragó y Albeck 1997), mientras que en Estancia Grande la excavación de un basural removido por una construcción posterior produjo fechados de 1510 ± 70 y 1900 ± 60 A.P. (invertidos estratigráficamente) (Palma y Olivera 1992-93; Olivera y Palma 1997). Si bien se deduce que en ambos casos se trataba de aldeas o poblados dispersos similares a los existentes en otras partes del NOA, al tratarse de excavaciones limitadas en sitios multicomponentes con intensa reocupación Tardía resulta muy difícil definir realmente cuál era la extensión y el trazado de estos sitios a comienzos de la era cristiana.

En efecto, el hecho de que tanto en la Quebrada de Humahuaca como en la Puna jujeña los restos tempranos suelan aparecer en los niveles inferiores de las excavaciones de sitios multicomponentes o en perfiles expuestos accidentalmente, dificulta notablemente obtener una visión de conjunto de estos contextos arqueológicos y discernir con cierta precisión características de tamaño, trazado y variedad de estructuras de las supuestas aldeas, obligando

a recurrir a la comparación con partes del NOA mejor conocidas. En conjunto, las fechas aludidas resultan ligeramente posteriores a lo identificado en otras zonas del NOA, donde existen evidencias de aldeas a partir de la mitad del primer milenio A.C. (Albeck 2000; Olivera 2001; Scattolin 2010), aunque no puede descartarse que futuras investigaciones obtengan fechas más tempranas, más acordes con el contexto regional general.

Los conjuntos materiales adquieren características distintivas, mostrando la distribución espacial amplia de ciertos artefactos como las puntas de proyectil triangulares pedunculadas, palas/azadas líticas, pipas cerámicas y cerámicas monocromas ordinarias y más finas, con terminación pulida (grises, rojas, ante, marrón), aunque con una amplia variabilidad en los respectivos conjuntos, supuestamente por influencia tanto de los materiales disponibles como de las predilecciones locales. A diferencia de los valles mesotermales del sur del NOA, no son comunes los estilos cerámicos policromos de alta factura técnica, aunque variantes finas de cerámica San Francisco y del norte de Chile aparecen en varios sitios de quebrada y Puna, sugiriendo una profundización de las interacciones interregionales ya evidenciadas desde principios del primer milenio A.C.

Este cuadro básico persiste durante la mayor parte del primer milenio D.C., con supuestas aldeas dispersas en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca, la Puna jujeña y la vertiente oriental, con una amplia distribución de ciertos tipos de artefactos pero al mismo tiempo una gran variación tanto inter como intra categorías artefactuales (Olivera y Palma 1997:84), tal vez reflejo de un paisaje social regional caracterizado por la existencia de múltiples identidades locales, aunque compartiendo un amplio repertorio de prácticas culturales y simbólicas básicas. Si bien hay una mayor disponibilidad de evidencias hacia mediados y finales del milenio, sumándose los hallazgos de sitios como Antumpa (ver más arriba), Tilcara/Malka (Mendonça *et al.* 1991, 2002; Rivolta y Albeck 1992; Rivolta 1996; Bordach *et al.* 1999; Nielsen 2001; Instituto Interdisciplinario de Tilcara [IIT] 2010) y Vizcarra (Nielsen 2001), esto debe interpretarse con precaución. En efecto, esta situación no puede traducirse directamente en evidencia de crecimiento demográfico o de un cambio socioeconómico, sino que puede en buena medida ser producto de sesgos resultantes de la preservación arqueológica diferencial o de la escasez de investigaciones. Por otra parte, tanto Estancia Grande y Alfarcito como Antumpa mostrarían la importancia que empiezan a adquirir las instalaciones de cultivo. Si bien la datación precisa de este tipo de estructuras arqueológicas es metodológicamente problemática, parece seguro inferir que estos sitios evidencian el inicio de un proceso de modificación del entorno y de construcción de paisajes agrícolas, que se consolidaría durante el transcurso del primer milenio d.C, y momentos posteriores.

Los sitios en cuevas y aleros siguen mostrando durante este lapso un uso esporádico y específico, relacionado sobre todo con la explotación de recursos animales y el tránsito entre zonas ambientales diferentes (Lavallée *et al.* 1997; Fernández Distel 1998). Varios de ellos presentan representaciones rupestres asignables a la Modalidad Estilística Media Agua, aunque no se dispone de fechados absolutos (exceptuando el de Media Agua 1), ni de evidencia en estratigrafía relacionada directamente con ellas (Hernández Llosas 1998, 2001).

En las yungas y valles orientales continúa consolidándose la denominada Tradición San Francisco, expandiendo su dispersión territorial por fuera de su núcleo original, como lo indica la evidencia de ocupación del sitio Volcán, en el sector sur de la Quebrada de Humahuaca, datada en 1940 ± 40 y 1940 ± 70 A.P. (Garay de Fumagalli y Cremonte 2002), aunque no se registran hallazgos significativos más allá de la mitad del primer milenio d.C,

(Ortiz 2003). Al norte del área de la Tradición San Francisco, más cercana geográficamente a nuestra área de estudio, el panorama arqueológico sigue siendo poco conocido. En el área del río San Andrés (afluente del Bermejo, Salta), al oriente de las Serranías de Zenta, existen evidencias de ocupaciones tempranas en el sitio multicomponente de Antiguito, de donde se obtuvo un fechado de 2020 ± 170 A.P., aunque la investigación aún no ha permitido caracterizar con precisión a estas ocupaciones y los materiales asociados (Ventura 1991). Para los sectores altos de los valles de los ríos Iruya y Nazareno (Salta), Bennett y colaboradores (1948) definieron el llamado "*Iruya Complex*", originalmente ubicado entre el 900 y 1500 D.C., aunque definido por algunos rasgos distintivos que suelen ser típicos de contextos más tempranos en el ámbito de la Quebrada de Humahuaca (*e.g.* grandes ollas tubulares, palas líticas, habitaciones de planta circular o elíptica, cuadros de cultivo simples), lo que hace pensar que esta categorización tipológica pueda incluir tanto elementos cronológicamente tardíos como tempranos. Finalmente, el hallazgo en Antumpa de cerámica con decoración aplicada reticulada, característica del denominado "Complejo Arasayal" (Dougherty *et al.* 1978; Ventura 1991) de las áreas de selva montana y pedemontana al oeste del río Bermejo, podría evidenciar interacciones entre los grupos que habitaban las nacientes de la Quebrada de Humahuaca con los de las yungas y las tierras bajas septentrionales, más que con el área nuclear de la Tradición San Francisco, ubicada más al sur.

Diversos aspectos de las sociedades que habitaron el ámbito general de la Quebrada de Humahuaca durante el primer milenio D.C. permanecen poco conocidos. Las limitaciones del registro arqueológico impiden profundizar en la inferencia de aspectos básicos de organización social y política. En efecto, se suele asumir que el lapso considerado corresponde a sociedades igualitarias, sin jerarquización ni centralización institucionalizadas, pero al no disponerse de investigaciones detalladas de sitios específicos es difícil evaluar los niveles de diferenciación interna expresados, por ejemplo, en el acceso y utilización de bienes suntuarios y no locales, así como sus variaciones a través del tiempo. Sólo los conjuntos de entierros hallados accidentalmente en Tilcara brindan alguna información al respecto, mostrando ciertas diferencias en tratamientos corporales (*e.g.* deformación craneana, modificaciones dentarias), ajuares y construcción de las tumbas (Bordach *et al.* 1999; Mendonça *et al.* 1991, 2002). No se han hallado aún contextos similares en otros sitios como para determinar si era ésta una situación extendida o específica a Tilcara/Malka, y correspondiente sobre todo a la segunda mitad del primer milenio D.C. Esto no permite interpretar con certeza estas diferencias, si realmente reflejan la existencia de diferenciación social y política entre grupos o individuos y, de ser así, si se trata de diferencias efímeras o institucionalizadas.

Las mismas limitaciones aplican para el entendimiento de los aspectos rituales y simbólicos de estos grupos. Si bien los aleros y cuevas, y el arte rupestre hallado en ellos, aportan algunos datos importantes, no parecerían en general constituir el locus de rituales comunitarios o suprafamiliares de gran audiencia, sino más bien de eventos de un carácter más íntimo y restringido. Es posible que se llevaran a cabo variadas prácticas rituales en los poblados y lugares residenciales, fundamentalmente a nivel de las unidades domésticas, tal vez con el propósito de reforzar la integración y continuidad de estas unidades sociales. Esto podría ejemplificarse con enterratorios en el interior de patios y viviendas (de los que hay escasos ejemplos conocidos, sin embargo), y el consumo de alucinógenos con pipas cerámicas, halladas con cierta regularidad en sitios de estos momentos. Por otro lado, al no disponerse de plantas completas de sitios resulta difícil determinar la existencia de

espacios públicos que sirvieran de escenario a rituales comunitarios religiosos y/o políticos, o la segregación espacial de sectores ceremoniales específicos, tales como cementerios, montículos o estructuras especiales (como ocurre en Tulán 54 [Chile], El Mollar en Tafí o las aldeas ceremoniales de Alamito). Sin embargo, su existencia no puede descartarse. Numerosos ejemplos etnográficos y modelos teóricos señalan cómo las sociedades aldeanas suelen desarrollar estructuras de relaciones suprafamiliares que vinculan a los grupos locales, interconectándolos en extensas redes de intercambio y apoyo personal, definidas y reforzadas a través de ceremonias específicas (*e.g.* Braun y Plog 1982; Bender 1985; Jonhson y Earle 1987; Hegmon 2010).

En suma, si bien se dispone de más información para este rango temporal, resulta claro que la misma es menor cuantitativa y cualitativamente que la existente para otras partes del NOA y los Andes Centro Sur. La configuración y consolidación de una organización aldeana pareciera fuera de discusión, aunque sus aspectos sociales, económicos y simbólicos específicos siguen siendo muy poco conocidos. Es posible también que haya existido una estructuración social compleja del territorio, en la que convivían tanto nucleamientos de tipo aldeano tradicional como formas más dispersas como las planteadas para el momento anterior. Estas sociedades podrían encuadrarse en su conjunto dentro de algunas de las variantes de las "sociedades de nivel de grupo local" de esquemas clásicos de evolución sociocultural (Johnson y Earle 1987). Sociedades de este tipo implicarían una mayor densidad demográfica que en el momento anterior, con la población organizada en grupos locales subdivididos en segmentos corporativos (tales como grupos de descendencia), con derechos de propiedad sobre territorios y capital productivo, e integrados supralocalmente por redes de intercambio basadas en ceremonialismo y distintas formas de liderazgo grupal. Sin embargo, las limitaciones del registro arqueológico impiden contrastar adecuadamente categorizaciones teóricas como estas en nuestra área de estudio, debiendo limitarnos por el momento a planteos hipotéticos o incluso a meras conjeturas.

Recién hacia fines del primer milenio D.C. comenzaría a producirse un cambio significativo, claramente visible arqueológicamente, que implica modificaciones sustanciales en la forma de instalación, el uso del espacio y la cultura material. En efecto, se inicia la tendencia a ocupar lugares más altos y con mayor visibilidad, con una mayor densidad de edificación y una aglomeración incipiente que se consolida con el paso del tiempo, con una separación espacial más clara entre áreas de habitación y actividades productivas. La cultura material, por su parte, muestra cambios en las formas y tipos de artefactos empleados, caracterizándose la cerámica por los estilos del llamado "componente Isla/Alfarcito" (Nielsen 2001, 2007). Numerosos sitios en la región presentan fechados radiocarbónicos en torno al año 1000 A.P. o ligeramente anteriores, aunque se los suele considerar como representantes de un momento cronológico/cultural posterior, por presentar algunas de estas nuevas características. Un caso de este tipo es el cercano Pueblo Viejo de La Cueva, en la Quebrada de La Cueva (Casanova 1933; Basilico 1992) (Figura 1). Se trata de un extenso sitio con estructuras de habitación rectangulares dispersas entre instalaciones de cultivo, del que se obtuvo un fechado de 1180 ± 50 A.P. (Basilico 1992). Esto haría probable cierta contemporaneidad con la ocupación de Antumpa arriba señalada, aunque el conjunto cerámico se caracteriza por la presencia materiales de tipo Isla Polícromo, más característico de momentos posteriores. De cualquier manera, dada la magnitud del sitio, no puede descartarse que haya estado ocupado desde momentos previos, plenamente contemporáneos con las evidencias de Antumpa.

Si bien todos estos cambios indican modificaciones notorias en las prácticas sociales y culturales de los grupos que habitaban la región, aún no es claro cuáles fueron las causas que desencadenaron este proceso. En todo caso, la situación parece contrastar claramente con otras partes del NOA como el Valle de Santa María, en donde este "cambio de escala" (*sensu* Scattolin 2010) se produce algunos siglos antes, mostrando el surgimiento de asentamientos con arquitectura y trazado parecido al de los sitios típicos del Tardío aunque con conjuntos materiales propios del Formativo. Por otra parte, no hay tampoco ninguna evidencia de la presencia de centros ceremoniales especializados y de una parafernalia material que indique un rol central de la religión en la organización política de la sociedad.

Las nacientes de la Quebrada de Humahuaca en el primer milenio D.C.: Discusión y potencial

En este marco general, nuestras investigaciones pasadas y en curso en el sector norte de Quebrada de Humahuaca aportan información significativa para caracterizar las sociedades del primer milenio D.C., y presentan un gran potencial para plantear hipótesis y profundizar líneas de investigación con respecto a distintos aspectos de esas sociedades. En particular, una mejor comprensión de características de la organización y dinámica social intragrupal y la evaluación de la existencia de competencia y conflicto intergrupal, así como aspectos diversos de la vida social, económica y simbólica de estos grupos.

Por un lado, Antumpa, al no haber sufrido una reocupación tan intensa durante el Tardío (a diferencia de Estancia Grande y Alfarcito, así como algunos sitios de la Puna jujeña), ni haber sido sepultada por la dinámica aluvial (como el caso del poblado de Tilcara/Malka), ofrece la posibilidad de estudiar el trazado espacial de un sitio de la época. Lo determinado hasta el momento no necesariamente replica lo conocido para otras partes del NOA que suelen usarse como ejemplos del típico patrón de asentamiento Formativo (*e.g.* Tafí). Así, el espacio en Antumpa parece estar rígidamente estructurado por conjuntos regulares de canchones de cultivo, y los núcleos de habitación combinar tanto recintos circulares y rectangulares aislados o en grupos, como montículos. Estos últimos resultan de gran interés y podrían ser el resultado de la reocupación continuada de ciertas partes del sitio y debería explorarse si jugaron también algún tipo de rol ritual. Si bien apenas estamos comenzando a comprender la historia de ocupación del sitio, esta variabilidad arquitectónica y espacial podría reflejar una intensa dinámica sociocultural intrasitio, tal vez fruto de cambios en la organización social y política experimentados por la comunidad a lo largo de varios siglos, incluyendo una diferenciación interna creciente (Leoni 2012).

Por otro lado, la Modalidad Estilística Media Agua ofrece información sugerente. La compleja asociación de motivos antropomorfos con adornos cefálicos y dorsales, grupos de camélidos y composiciones geométricas, ha sido planteada como un tema general con variaciones específicas a cada sitio, e interpretada como una forma de establecer marcas territoriales relacionadas con el control, fundamentalmente, de áreas de pastoreo por parte de comunidades en competencia. La popularidad que adquieren las escenas de lucha, con grupos de antropomorfos con vestimentas y adornos diferentes enfrentados entre sí, podría apuntar a la existencia de conflictos armados en estos momentos, por competencia por recursos, territorios u otros motivos (Hernández Llosas 1998, 2001). En efecto, modelos teóricos

clásicos (Johnson y Earle 1987; Hegmon 2010) han planteado que en las sociedades de nivel de grupo local la territorialidad suele estar cuidadosamente delimitada, correspondiéndose con la propiedad corporativa de los recursos productivos. No es casual en contextos de este tipo el surgimiento de competencia intergrupal, expresada en guerras ligadas a la defensa territorial, y el arte rupestre podría estar evidenciando esta situación.

Si bien la información contextual procedente de los sitios excavados es escasa como para corroborar la existencia en estos momentos de conflictos violentos en la región, algunas evidencias apoyarían por lo menos la presencia de cierto grado de violencia intra o intergrupal. Por ejemplo, los entierros de Tilcara incluyen individuos con golpes en el cráneo, así como un adulto masculino con una punta clavada en el talón izquierdo y otra punta de proyectil dentro de su cavidad torácica (Mendonça *et al.* 1991; Bordach *et al.* 1999). En Alfarcito, sector Los Colorados, Lafón (1957:54) identificó un individuo adulto enterrado dentro de un cántaro, con una punta triangular pedunculada de obsidiana, similar a las empleadas en estos momentos en la región, sobre la columna vertebral, probable causante de la muerte del individuo. Por otra parte, cabe también la posibilidad que las representaciones rupestres no fueran el reflejo de una realidad contemporánea, sino más bien relatos reproducidos materialmente en el curso de rituales realizados en las cuevas y aleros, o incluso la descripción de un evento histórico recordado y trasmitido por vía gráfica. En todo caso, esta es una línea de investigación de gran importancia que esperamos profundizar en el futuro inmediato (Ross *et al.* 2008).

Finalmente, las investigaciones en curso en la Quebrada de Cóndor han permitido ubicar ya por lo menos dos sitios con potencial para profundizar diversos aspectos del conocimiento del lapso temporal considerado. El primero de ellos, Cóndor 2, ubicado en el tramo superior de la quebrada, es un posible poblado disperso sepultado por sedimentos aluviales y luego expuesto en el perfil de la barranca por la erosión hídrica. Se han identificado dos claros niveles de ocupación, el más antiguo de los cuales brindó un fechado de 1130 ± 70 A.P. (LP-2872; carbón; $\delta^{13}C$ = -24‰) (Leoni *et al.* 2013), y cuya investigación permitirá generar nueva información sobre materiales y prácticas sociales de finales del primer milenio D.C., aportando potencialmente al entendimiento del "cambio de escala" ocurrido en esos momentos. La cueva Cóndor 1, ubicada a corta distancia al norte del anterior, posee gran potencial también, considerando la mayor visibilidad arqueológica del registro correspondiente a los dos milenios en estudio que presentan los aleros y cuevas de la región. Las observaciones preliminares permiten anticipar una adscripción temporal temprana para los niveles inferiores de su estratigrafía, aunque esto debe aún confirmarse con excavaciones. Por último, la continuación de investigaciones en sitios como la cueva del Cerro El Morado (Fernández 2000a) o Playa Colanzulí (Fernández 2000b), situados en las cercanías de Tres Cruces y caracterizados por su notable arte rupestre, permitirá explorar y profundizar algunos de los puntos planteados más arriba en relación al arte rupestre y su relación con diversos aspectos de las sociedades de este momento.

COMENTARIOS FINALES

El lapso temporal 3000-1000 A.P. vió en el NOA y los Andes Centro Sur el desarrollo de sociedades sedentarias con economías productivas, aunque las distintas secuencias locales

y regionales muestran una amplia variabilidad, tanto respecto a la cronología como a las configuraciones materiales y espaciales de este proceso general. Las sociedades que habitaron la Quebrada de Humahuaca y sus áreas aledañas parecen haber compartido muchas de las características generales con grupos contemporáneos del NOA, aunque también podrían haber desarrollado características específicas, vinculadas con su particular entorno ambiental y social, así como con su propia dinámica interna. Sin embargo, la evidencia empírica disponible sigue siendo fragmentaria, lo que no permite alcanzar un grado fino de precisión a la hora de caracterizar a estos grupos humanos y su devenir durante estos dos milenios. En este sentido, las investigaciones pasadas y en curso en las nacientes de la Quebrada de Humahuaca han producido información valiosa para una mejor comprensión de este proceso, y se espera que su continuación y profundización, permita generar un corpus de información mayor al presentado en este trabajo. Esto, a su vez, permitirá avanzar en la construcción de una secuencia local sólidamente basada, que aporte a llenar los diversos vacíos en el conocimiento existentes actualmente y, en definitiva, a un mejor entendimiento de los procesos culturales específicos ocurridos durante estos dos milenios en el ámbito general de la Quebrada de Humahuaca y áreas adyacentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acevedo, V.
2010 *Tecnología, uso y consumo de los conjuntos cerámicos del alero Pintoscayoc 1, Quebrada de Humahuaca, Jujuy*. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Adán, L. y S. Urbina
2007 Arquitectura formativa en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 34:7-30.

Albeck, M. E.
2000 La vida agraria en los Andes del sur. En *Nueva Historia Argentina: Los pueblos originarios y la conquista*, editado por M. Tarragó, pp. 187-228. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Albeck, M. E. y M. A. Zaburlín
2008 Aportes a la cronología de los asentamientos agropastoriles de la Puna de Jujuy. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIII:155-180.

Aschero, C. A. y M. A. Korstanje
1996 Sobre figuraciones humanas, producción y símbolos. Aspectos del arte rupestre del Noroeste Argentino. *XXV Aniversario del Museo Arqueológico Dr. Eduardo Casanova*, pp. 13-31. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, FFyL, UBA, Tilcara.

Aschero, C. A. y H. D. Yacobaccio
1995 20 años después: Inca Cueva 7 reinterpretado. *Cuadernos del INA* 18:7-18.

Aschero, C., M. M. Podestá y L. C. García
1991 Pinturas rupestres y asentamientos cerámicos tempranos en la Puna Argentina. *Arqueología* 1:9-49.

Basilico, S.
1992 Pueblo Viejo de La Cueva (Dpto. Humahuaca, Jujuy). Resultados de las excavaciones en un sector del asentamiento. *Cuadernos FHyCS-UNJU* 3:108-127.

Bender, Barbara
1985 Emergent tribal formations in the American Midcontinent. *American Antiquity* 50(1):52-62.

Bennett, W., E. C. Bleiler y F. H. Sommer
1948 *Northwest Argentina Archaeology.* Publications in Anthropology, vol. 38. Yale University Press, New Haven.

Bordach, M. A., L. B. Dalerba y O. J. Mendonça
1999 *Vida y muerte en Quebrada de Humahuaca. Antropología física prehistórica del sitio Til 20*. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

Braun, D. P. y S. Plog
1982 Evolution of "tribal" social networks: theory and prehistoric North American evidence. *American Antiquity* 47(3):504-525.

Buitrago, L. G. y M. T. Larran
1994 *El clima de la Provincia de Jujuy*. Cátedra de Climatología y Fenología Agrícola, Facultad de Ciencias Agrarias, Universidad Nacional de Jujuy.

Caria, M., M. M. Sampietro y J. M. Sayago
2009 Las sociedades aldeanas y los cambios climáticos. En *Arqueología Argentina en los inicios de un nuevo siglo. Publicación del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, editado por F. Oliva, N. de Grandis y J. Rodríguez, pp. 217-224. Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

Casanova, E.
1933 *Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva*. Anales del Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia, Tomo XXXVII, Buenos Aires.

Delfino, D. D., V. E. Espiro y A. R. Díaz
2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20:111-134.

Dougherty, B.
1975 *Nuevos aportes al conocimiento del Complejo Arqueológico San Francisco (Sector septentrional de la Región de las Selvas Occidentales)*. Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Dougherty, B., H. Calandra y R. Crowder
1978 Arqueología en las Selvas Occidentales del norte. *Sapiens* 2:40-50.

Escola, P. S.
1991 Puntas de proyectil de contextos Formativos: Acercamiento tecno-tipológico a través de cuatro casos de análisis. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Tomo II, pp. 175-184. Museo Nacional de Historia Natural, Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago de Chile.

Fernández, J.
1984 Variaciones climáticas en la prepuna jujeña intervalo 5.000-2.000 años a.p. de interés para la arqueología. *Anales del IANIGLA (Instituto Argentino de Nivología y Glaciología)* 6:73-82.
1988-89 Ocupaciones alfareras (2860 ± 160 años A.P.) en la cueva de Cristóbal, Puna de Jujuy, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVII:139-182.
1997 Arqueología de El Portillo (Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy) y la cerámica imbricada temprana en la región de la Puna. *Avances en Arqueología* 3:41-70.
2000a Escenas de guerra en el arte rupestre de la cueva del Cerro Morado, cerca de Tres Cruces, Jujuy. *Pacarina*. *Arqueología y Etnografía Americana* 1(1):86-117.

2000b Algunas expresiones estilísticas del arte rupestre de los Andes de Jujuy. En *Arte en las rocas*, editado por M.M. Podestá y M. de Hoyos, pp. 45-61. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Fernández, J., H. Panarello y A. Ramos
1992 El análisis de elementos traza y de las relaciones entre isótopos estables del carbono en cerámicas del Temprano (3000 años AP) de la Puna jujeña, como indicadores de su manufactura autóctona y funcionalidad probable. *Cuadernos de la FHyCS-UNJU* 3:13-19.

Fernández, D.
1973 *Catálogo de la malacofauna terrestre*. Monografías Nº 4, Comisión de Investigaciones Científicas, La Plata.

Fernández Distel, A.
1992-93 Noticias sobre un alero con "pisadas" y un grupo de máscaras grabadas, en la Puna jujeña. *Avances en Arqueología* 2:22-35.
1994 Noticia sobre el sitio arqueológico de Abra de Los Morteros y otros lugares de valor prehistórico en la región de Santa Bárbara (Jujuy, Rep. Argentina). En *De costa a selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro-Sur*, editado por M.E. Albeck, pp. 255-300. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, FFyL, UBA, Tilcara.
1998 *Arqueología del Formativo en la Puna Jujeña (1800 A.C. al 650 DC)*. Colección Mankacén, Centro Argentina de Etnología Americana, Buenos Aires.

Franco Salvi, V., J. Salazar y E. E. Berberián
2009 Reflexión teórica acerca del Formativo y sus implicancias para el estudio del valle de Tafí durante el primer milenio D.C. *Andes* 20:197-217.

Garay de Fumagalli, M. y M. B. Cremonte
2002 Ocupaciones agropastoriles tempranas al sur de la quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Chungara* 34(1):35-52.

García, L. C.
1996 Asentamientos formativos y ocupaciones posteriores en cuevas y aleros del área de Azul Pampa (Jujuy). *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina.* Tomo XXIII, pp. 63-75. San Rafael, Mendoza.
2003 Azul Pampa en etapas productivas. *Cuadernos FHyCS-UNJU* 20:15-35.

García, L. C. y S. Fernández do Río
2008 La ocupación humana en la quebrada de Zapagua (Puna de Jujuy). En *Arqueología de las Tierras Altas de Argentina: evolución y cambio cultural*, editado por H. Muscio y G. López, pp. 19-32. BAR, Oxford.

García Azcárate, J.
1996 Monolitos-huancas: un intento de explicación de las piedras de Tafí (Rep. Argentina). *Chungara* 28(1 y 2):159-174.

González, A. R.
1960 Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón. Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología*, *Córdoba* 1:303-331.

González, A. R. y J. A. Pérez
1972 *Argentina indígena, vísperas de la conquista*. Paidós, Buenos Aires.

Hegmon, M.
2010 The archaeology of tribal social formations: selections from American Antiquity and Latin American Antiquity. En *The archaeology of tribal social formations: selections from American Antiquity and Latin American Antiquity*, editado por M. Hegmon, pp. 1-7. Society for American Archaeology Press, Washington DC.

Hernández Llosas, M. I.
1998 *Pintoscayoc: Arqueología de quebradas altas.* Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2000 Quebradas Altas de Humahuaca a través del tiempo: el caso Pintoscayoc. *Estudios Sociales del NOA* 4(2):167-224.
2001 Arte rupestre del noroeste argentino: orígenes y contexto de producción. En *Historia Prehispánica Argentina.* Tomo I, editado por E. E. Berberián y A. E. Nielsen, pp. 389-446. Editorial Brujas, Córdoba.

Hernández Llosas, M. I. y M. M. Podestá
1983 Las pinturas rupestres del Abrigo de los Emplumados, Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy. *Cuadernos del INA* 10:387-406.

Hernández Llosas, M. I., S. Renard de Coquet y M. M. Podestá
1983-85 Antumpa (Departamento Humahuaca, Provincia de Jujuy). Prospección, excavación exploratoria y fechado radiocarbónico. *Cuadernos del INA* 10:525-531.

Hernández Llosas, M. I., A. Watchman y J. Southon
1998 Fechado absoluto y análisis de pigmentos para las pinturas rupestres de Pintiscayoc (Departamento Humahuaca, Jujuy). *Estudios Sociales del NOA* 2(1):31-60.

Hernandez Llosas, M. I., J. B. Leoni, M. López, R. Quinteros y M. Castro
2009 *Variaciones temporales en la ocupación humana del umbral entre tierras altas y bajas. Arqueología de las nacientes de la Quebrada de Humahuaca*. Proyecto PIP – CONICET Nº 11220090100242, 2010-2012.

Hocsman, S., A. D. Calisaya, A. A. Gerónimo y R. E. Pichón Figueroa
2010 Relevamiento y excavaciones sistemáticas en Cueva de Cristóbal (El Aguilar, Puna de Jujuy): resultados preliminares. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo IV/V, editado por J.R. Bárcena y H. Chiavazza, pp. 1569-1571. Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo e Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, CONICET, Mendoza.

Instituto Interdisciplinario de Tilcara (IIT)
2010 *Documento: Rescate arqueológico Malka 2*. Instituto Interdiciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. http://tilcara.filo.uba.ar (Visitado: 14 abril 2013).

Johnson, A.W. y T. Earle
1987 *The Evolution of human societies. From foraging group to agrarian state*. Stanford University Press, Stanford.

Korstanje, M. A.
2005 *La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina)*. Tesis Doctoral no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto M. Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Krapovickas, P.
1987-88 Nuevos fechados radiocarbónicos para el sector oriental de la Puna y la Quebrada de Humahuaca. *Runa* XVII-XVIII:207-219.

Kulemeyer, J.
2005 *Holozäne Landschaftsentwicklung im Einzugsgebiet des Río Yavi (Jujuy/Argentinien)*. Tesis Doctoral no publicada, Universität Bayreuth, Bayreuth, Alemania.

Lafón, C. R.
1957 Nuevos descubrimientos en El Alfarcito (Dep. de Tilcara – Prov. de Jujuy). *Runa* VIII:43-59.

Lavallée, D., M. Julien, C. Karlin, L. C. García, D. Pozzi-Escot y M. Fontugne
1997 Entre desierto y quebrada. Tomayoc, un alero en la Puna. *Avances en Arqueología* 3:9-40.

Leoni, J. B.
2007 Investigaciones arqueológicas en Antumpa y la Quebrada de Chaupi Rodeo (Depto. Humahuaca, Jujuy): contribuciones al estudio del período Temprano en el sector norte de la Quebrada de Humahuaca. *Revista de la Escuela de Antropología (UNR)* XIII:183-196.
2007-08 Revisitando Antumpa: Poblado temprano, paisaje agrícola. *Arqueología* 14:189-198.

2012 Variabilidad intrasitio como indicador de diferenciación social en un sitio Agroalfarero Temprano del sector norte de la Quebrada de Humahuaca. *Anuario de Arqueología (UNR)* 4:219-232.

Leoni, J. B., J. Sartori, G. Fabron, A. Hernández y G. Scarafia
2012 Aportes al conocimiento de las sociedades aldeanas del Período Temprano en la Quebrada de Humahuaca: una visión desde Antumpa. *Intersecciones en Antropología* 13:17-131.

Leoni, J. B., G. Fabron, D. Tamburini, A. Hernández y C. Brancatelli
2013 Arqueología de la Quebrada de Cóndor (Depto. Humahuaca, Jujuy): primeros resultados. Trabajo presentado al XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja.

Lumbreras, L. G.
2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.

Márquez Miranda, F.
1952 En la Quebrada de Humahuaca, Argentina. *Separata del Congreso Internacional de Americanistas* XXX:101-109. Cambridge.

Mendonça, O., M. A. Bordach, M. Rruiz y B. Cremonte
1991 Nuevas evidencias del Período Agroalfarero Temprano en Quebrada de Humahuaca. Los hallazgos del sitio Til20 (Tilcara, Jujuy). *Comechingonia* 8(7):29-45.

Mendonça, O., M. A. Bordach, M. V. Grosso y L. D. Dalerba
2002 Ambiente, comunidad y comportamiento biosocial en el Formativo de Tilcara, Quebrada de Humahuaca. *Pacarina. Revista de Arqueología y Etnografía* 2:135-147.

Muscio, H. J.
2009 El Formativo es una unidad de análisis inadecuada en la arqueología evolutiva del NOA. En *Arqueología y evolución: teoría, metodología y casos de estudio*, editado por G. López y M. Cardillo, pp. 197-214. Editorial Santa Bárbara, Buenos Aires.

Nielsen, A. E.
2001 Evolución Social en la Quebrada de Humauaca (AD 700-1536). En *Historia Prehispánica Argentina.* Tomo I, editado por E.E. Berberián y A.E. Nielsen, pp. 171-264. Editorial Brujas, Córdoba.
2007 El Período de Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca: aspectos cronológicos. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinamica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V.I. Williams, B.N. Ventura, A.B. Callegari y H.D. Yacobaccio, pp. 235-250. Taller Internacional de Arqueología del NOA y Andes Centro Sur, Buenos Aires.

Núñez, L., I. Cartagena, C. Carrasco y P. de Souza
2006 El templete Tulán de la Puna de Atacama: emergencia de complejidad ritual durante el Formativo Temprano (norte de Chile). *Latin American Antiquity* 17(4):445-473.

Olivera, D. E.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentin. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: el Formativo Inferior del Noroeste argentino. En *Historia Prehispánica Argentina*. Tomo I, editado por E. E. Berberián y A. E. Nielsen, pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.

Olivera, D. E. y J. R. Palma
1997 Cronología y registro arqueológico en el Formativo Temprano en la región de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:77-99.

Olivera, D. E. y M. M. Podestá
1993 Los recursos del arte: arte rupestres y sistema de asentamiento-subsistencia Formativos en la Puna Meridional argentina. *Arqueología* 3:93-141.

Olivera, D. E. y H. D. Yacobaccio
1998 "Estudios de paleodieta en poblaciones humanas de los andes del sur a través de isótopos estables". *Boletín de la Asociación de Estudios de Paleopatología*, Universidad Complutense de Madrid, España. www.ucm.es/info/aep/boletin/actas/24.pdf (Visitado: 15 abril 2013).

Ortiz, G.
2003 Estado actual del conocimiento del denominado complejo o tradición cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En *La mitad verde del mundo andino: investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 21-71. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, Argentina.

Palma, J. R. y D. E. Olivera
1992-93 Hacia la contrastación de un modelo arqueológico para el Formativo regional en Humahuaca: el caso de Estancia Grande. *Cuadernos del INAPL* 14:237-259.

Ramundo, P.
2012 Quebrada de la Cueva (Humahuaca, Jujuy): cronología, especialidad y cerámica arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVII(2):329-354.

Ringuelet, R. A.
1961 Rasgos fundamentales de la zoogeografía argentina. *Physis* 22(63):151-170.

Rivolta, M. C.
1996 Calle Lavalle y Sorpresa: Aportes a la investigación arqueológica de la Quebrada de Humahuaca. En *XV Aniversario Museo Arqueológico Eduardo Casanova. Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, pp.129-135. Tilcara.

Rivolta, M. C. y M. E. Albeck
1992 Los asentamientos tempranos en la localidad de Tilcara: Sjuj Til.22 Provincia de Jujuy. *Cuadernos FCSyH-UNJU* 3:86-93.

Ross, J., D. Valenzuela, M.I. Hernández Llosas, L. Briones y C. Santoro
2008 More than the motifs: the archaeological analysis of rock art in arid regions of the southern hemisphere. *Chungara* 40:273–294.

Ruthsatz, B. y C. P. Movia
1975 *Relevamiento de las estepas andinas del noreste de la Provincia de Jujuy*. FECYC, Buenos Aires.

Salas, A. M.
1948 Un nuevo yacimiento arqueológico en la región Humahuaca. *Actas y Memorias del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 643-648. Paris.

Scattolin, M. C.
2010 La organización del habitat precalchaquí (500 a.C.-1000 d.C.). En *El hábitat prehispánico: Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M.E. Albeck, M.C. Scattolin y M.A. Korstanje, pp. 13-49. EdiUnju, Jujuy.

Staller, J. E.
2006 La domesticación de paisajes: ¿Cuáles son los componentes primarios del Formativo? *Estudios Atacameños* 32:43-57.

Tarragó, M. N. y M. E. Albeck
1997 Fechados radiocarbónicos para el sector medio de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:101-129.

Uribe Rodríguez, M.
2008 El Formativo: ¿progreso o tragedia social? Reflexiones sobre evolución y complejidad social desde Tarapacá (Norte de Chile, Andes Centro Sur). En *Sed Non Satiata II: Acercamientos sociales en la Arqueología Latinoamericana*, editado por F.A. Acuto y A. Zarankin, pp. 303-324. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.

Ventura, B.
1991 Síntesis de las investigaciones arqueológica en el sector norte de las Selvas Occidentales. *Arqueología* 1:51-73.

Wills, W. H. y T. C. Windes
1989 Evidence for population aggregation and dispersal during the Basketmaker III Period in Chaco Canyon, New Mexico. *American Antiquity* 54(2):347-369.

Yacobaccio, H. D.
2001 La domesticación de camélidos en el noroeste argentino. En *Historia Prehispánica Argentina.* Tomo I, editado por E.E. Berberián y A.E. Nielsen, pp. 7-40. Editorial Brujas, Córdoba.

Yacobaccio, H. D., C. Madero y M.C. Reigadas
2001 Inhumación de una cabeza aislada en la Puna argentina. *Chungara* 33(1):79-82.

Zaburlín, M. A., H. E. Mamaní, S. R. Dip y M. E. Albeck
1996 S Juj Til-41: Alfarcito. Variaciones sobre un clásico. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13° Parte).* Tomo XXV, pp. 71-86. San Rafael, Mendoza.

HACIA LOS PRIMEROS POBLADOS EN AZUL PAMPA, JUJUY

Lidia Clara García[*], Elvira Inés Baffi[**] y Patricia Soledad Higa[***]

ABSTRACT

In the northern sector of north western Argentina, at Azul Pampa microrregion, the earliest occupations with ceramics were found in caves and rock shelters dating to ca 3000 B.P. Two in particular, Inca Cueva and Tomayoc, offer evidence of planned reoccupation within a possibly annual sedentary circuit. Considering ceramics as basic indicators of change towards a productive subsistence strategy, other evidence suggests that these settlements developed from earlier hunter-gatherer local occupations. The first semi-permanent settlements, instead, at the same locality, are found ca.1000 B.P. In this paper we will treat on the possible links between them, focusing on landscapes, territories and interaction networks, considering especially our case studies. This research included previous analysis of palaeoenvironment local studies and ethnoarchaeological local research in order to model on this spatial observation unit for the ca. 3000-1000 B.P. temporal block selected. Drawing upon anthropological biological analysis, zooarchaeology, radiocarbon datings, rock art, and ceramics, among other lines of evidence, the chapter discusses the process towards increasingly permanent settlements, the reuse of key places with basic resources, and the interaction between the different archaeological sites investigated.

***Keywords**: Pastoralism – 1000 B.P. – Mobility – Interaction*

[*] CONICET – Instituto de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
[**] CONICET – Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti". Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
[***] Instituto de Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

OBJETIVOS Y ALCANCES DEL MANUSCRITO

El objetivo de nuestro proyecto es analizar y discutir los cambios en el registro arqueológico microrregional de Azul Pampa (Figura 1). Esta unidad espacial de análisis está ubicada en el Departamento de Humahuaca, Provincia de Jujuy, Noroeste de Argentina. Nos centraremos en este trabajo para los fines de este libro, especialmente en las ocupaciones a cielo abierto en la microrregión Azul Pampa ubicadas alrededor del año 1000 A.P., tratando de enfocarnos en el tema paisajes, territorios y redes de interacción. Para ello, partiremos de la historia de las investigaciones desarrolladas en el lugar, de las cuales nosotros formamos parte. Luego haremos referencia a los antecedentes regionales y los esquemas cronológicos utilizados, para pasar a presentar luego los datos obtenidos para el año 1000 A.P. de antropología biológica, zooarqueología, cronología absoluta y arte rupestre. Presentaremos también algunos datos sobre cerámica. De este modo, nos dedicaremos a la caracterización de la ocupación inicial del antigal de Alto Sapagua (AAS), ubicada hacia el final de nuestro bloque temporal, así como una evaluación preliminar de su vinculación con Hornaditas A (HA) e Inca Cueva (IC), comparando los datos obtenidos en esta investigación entre el comienzo y el final del período considerado dentro de la microrregión en estudio. Luego, compararemos nuestras evidencias con las de otros investigadores a nivel regional.

Figura 1. Microrregión Azul Pampa, Provincia de Jujuy. Se marcó Aguilar (Tomayoc).

ANTECEDENTES

Primeras investigaciones de las que formamos parte

Inicialmente, el tema que desarrollaremos aquí se integró en investigaciones macro, nacionales e internacionales. Las mismas no siempre fueron coincidentes en cuanto a los encuadres e intereses. En el proyecto nacional, se planteaba una comparación de las microrregiones Azul Pampa - Puna de Jujuy - con Antofagasta de la Sierra - Puna de Catamarca – (Aschero 1988), con énfasis en el desarrollo de las ocupaciones de cazadores recolectores, analizando especialmente el desarrollo del arte rupestre local, que abordaremos más adelante en profundidad. En el proyecto internacional, que se vinculó con el nacional, se planteaba una comparación de las ocupaciones de cazadores recolectores y el inicio de la domesticación de camélidos en Telarmachay, Sierra de Cajas, Puna de Junín –Perú– con una investigación a realizarse en Sierra del Aguilar, Puna de Jujuy, Argentina (Lavallée 1977, 1986; Lavallée y Julien 1987). Ambos proyectos consideraban de suma importancia poder relacionar las ocupaciones de la transición al llamado "Formativo" con las investigadas en el extremo sur de la cuenca del Salar de Atacama y sobre la cuenca del río Loa, Chile, tales como Tulán 54 y 85 así como Chiu-Chiu 200 (Benavente 1982; Núñez 1988 en Aschero *et al.* 1991). Las investigaciones del lado chileno, tuvieron un amplio desarrollo posterior que no vamos a tratar aquí por falta de espacio.

En las investigaciones nacionales, había en 1986 una fuerte tradición de los enfoques Histórico Culturales, a pesar de que ya se notaba fuertemente la incorporación del enfoque Procesual.

En el proyecto internacional, en la misma fecha, el referente existente era la escuela de Leroi-Gourhan, que era parte del enfoque Histórico Cultural. En ambos proyectos, el uso de este enfoque presentaba problemas desde el punto de vista del Procesual, referente por ejemplo a la utilización de categorías de análisis esencialistas, la periodización en fases y escalas etnográficas de análisis.

Nuestro trabajo incluyó tomar a cargo una parte de la investigación en ambos casos. En el proyecto nacional, dentro de la llamada microrregión Azul Pampa, Jujuy, con centro en la quebrada de Inca Cueva. Y en el proyecto internacional, en Sierra del Aguilar, lo que incluyó su prospección en ambas laderas hasta la divisoria de aguas, localizando y estudiando varios sitios a cielo abierto, así como el alero Tomayoc (To, Aguilar, Figura 1).

Se va a considerar como trabajo propio lo logrado por distintos proyectos que las autoras hemos integrado[1]. El tema de investigación inicial fue el estudio de la transición hacia una economía productiva, valorizando las primeras ocupaciones con cerámica en cuevas y aleros como formando parte de un sistema de asentamiento y subsistencia dentro de una microrregión como unidad espacial de análisis. Las líneas de evidencia consideradas incluyen el arte rupestre como indicador de cronología relativa en base a las superposiciones de grupos estilísticos de Inca Cueva. Para modelar el uso del espacio, se realizó etnoarqueología local,

[1] Fundamentalmente, proyectos Ubacyt desde 1994, (por ejemplo, FI054, 1994-1997: "Sitios a cielo abierto y cultivo de secano en el departamento de Humahuaca, provincia de Jujuy"), que continúan hasta el presente. Luego de integrar una de las autoras paralelamente el PID CONICET 1992-96 3609/92: "Arcaico a Formativo Inicial en el N.O.A. altoandino. Estudios microrregionales".

respetando el principio de uniformidad (considerando los cambios y/o continuidades paleoambientales) y apuntando a responder los problemas arqueológicos. También se estableció la necesidad de obtener cronologías absolutas, necesarias para afinar las secuencias relativas, para el estudio del bloque temporal elegido, que inicialmente fue 3000 - 1500 A.P. y posteriormente se corrigió a 3000 - 1000 A.P.

En el Noroeste Argentino, las primeras ocupaciones con cerámica se encuentran en cuevas y aleros *ca* 1000 A.C. en diferentes sitios de la Puna norte y sur. Estos sitios son Inca Cueva alero 1 (ICa1, 3700 msnm), Tomayoc (4170 msnm), Cueva de Cristóbal (3750 msnm) y Pintoscayoc (3600 msnm) en Jujuy, al noroeste de la Quebrada de Humahuaca y Punta de la Peña 11 (3400 msnm), en Antofagasta de la Sierra, Catamarca, que es aún anterior (para momentos más tardíos, en Inca Cueva cueva 5 –ICc5– las ocupaciones cerámicas tempranas están fechadas desde el 58 A.C.). Todas estas ocupaciones en cuevas y aleros se consideran como complementarias de ocupaciones a cielo abierto dentro de un sedentarismo anual. Se han establecido además, conexiones con el Norte de Chile para estos momentos tempranos, básicamente Tulán – 54 (García 1988-89, 1998-9; Aschero *et al.* 1991; Núñez Atencio 1994, 2007; Lavallée *et al.* 1997; Olivera y Palma 1997; Fernández Distel 1998; Aschero 2000b, 2006; Olivera 2001; Núñez *et al.* 2007). La evidencia que se encuentra de este lado de la cordillera, considerando los sitios a cielo abierto, aunque son posteriores, incluye los casos de Antumpa y Estancia Grande en la Quebrada de Humahuaca (Olivera y Palma 1997; Leoni y Hernández Llosas 2012).

Investigaciones previas sobre las ocupaciones de cazadores recolectores en la microrregión Azul Pampa (Yacobaccio 1990; Aschero y Yacobaccio 1994) ya señalaron el intercambio a larga distancia, teniendo en cuenta la relación contigua de las quebradas de Sapagua e Inca Cueva, así como su vinculación con Tres Cruces y Humahuaca. Para este momento existen también innumerables casos de arte rupestre en ambas quebradas, registrados en lugares diferentes. (*e. g.* Aschero 1979).

Un primer acercamiento a las investigaciones en Inca Cueva estuvo dado por el estudio de materiales de excavación dentro del período estudiado. A nivel arqueológico, habíamos registrado ya una larga continuidad tecnológica en la región de los Andes Centro - Sur para la producción del fuego. El análisis tipológico de los artefactos de producción de Inca Cueva y Huachichocana en comparación con otros sitios de la región, nos permitió sostener un alto grado de continuidad tecnológica y cohesión en el patrón andino (García 1985).

Antecedentes regionales y esquemas cronológicos

El desarrollo de las sociedades con economías productivas en la región de los Andes Centro Sur muestra procesos diversos a nivel local, con rupturas y continuidades. Los casos considerados en distintas síntesis, tomando en cuenta indicadores como la aparición de los primeros cultígenos o la domesticación de animales, nos hacen retrotraer el inicio del proceso de domesticación a la etapa de cazadores recolectores (Yacobaccio y Korstanje 2007).

Con respecto al período que nos ocupa (3000 - 1000 A.P.), se ha propuesto la explotación agrícola de tierras localizadas en los cursos medio y superior de las quebradas subsidiarias a la de Humahuaca, en las que la agricultura habría sido a temporal y/o con riego rudimentario, con alta dependencia del clima. Es el caso de Antumpa, El Alfarcito (ocupación inicial) y

Estancia Grande (Palma y Olivera 1992-93). La elección de estos lugares radicaría en el acceso a una mayor diversidad de recursos con el menor desplazamiento, combinando agricultura con ganadería. Sin embargo, Albeck (1992-93) señala la posibilidad de que las ocupaciones tempranas sufran el resultado de la baja visibilidad arqueológica por su enterramiento, lo que estaría evidenciado en los sitios de Tilcara (Tarragó y Albeck 1997).

A pesar de que la cerámica ha sido considerada un indicador cronológico relativo, su sola presencia no es considerada en otros encuadres como indicio de transición a una economía productiva, a menos que se trate de casos "diagnósticos". Considerando el estilo decorativo cerámico como indicador principal, para el 1000 D.C., se han señalado vinculaciones con Bolivia y Norte de Chile (Tarragó *et al.* 2010). Aunque el sitio típico de La Isla no posee fechados, existen diez sitios que tienen 17 fechas para Alfarcito/Isla en Quebrada de Humahuaca (Nielsen 2007), siendo el caso de Alfarcito Antiguo, en el esquema de este autor, localizado en pocos sitios. A su vez, considerando la arquitectura, contexto alfarero, emplazamiento, superficies ocupadas y otros indicadores, Rivolta (2007) propone la denominación de Primeros Poblados hacia el 1000 D.C. Las primeras ocupaciones con cerámica, consideradas del Período Temprano (González y Pérez 1983) o Alfarcito Antiguo (Nielsen 2007), tienen cronologías coincidentes con las que consideramos acá. Aclaramos que en el antigal de Alto Sapagua, si bien existe cerámica Isla, no se encuentra directamente asociada a los contextos que describimos más adelante.

En relación al Período Medio (650-850 D.C.), en el norte, Isla y Alfarcito fueron sólo considerados inicialmente en el mismo como tentativos (González y Pérez 1983). Nielsen retoma el tema de estos estilos cerámicos, con los fechados ahora existentes, y considera que Alfarcito Antiguo suele ubicarse entre 700 y 1200 D.C., mientras que Isla/Alfarcito estaría entre 800 y 1300 D.C. (Nielsen 2007). Sin embargo, el arte rupestre del estilo C-3 estudiado en Inca Cueva ha sido relacionado a un momento Isla por Aschero (1979). Algunos autores, no consideran la existencia del Período Medio en el norte (Bennett *et al.* 1948). Por ejemplo, en la Puna norte, Albeck (2000) menciona que no hay diferencias básicas en cerámicas o patrón de asentamiento durante los períodos Medio y Tardío.

Por lo que hemos mencionado, consideramos que las secciones Norte y Centro-Sur-Este establecidas por Bennett *et al.* (1948) para el Noroeste argentino, continúan mostrando procesos diferentes.

INVESTIGACIÓN PROPIA

En esta investigación, hemos trabajado a nivel microrregional, considerando la quebrada de Inca Cueva como su centro (Figura 1), donde buscamos las ocupaciones cerámicas tempranas consideradas como un desarrollo del modo de vida cazador-recolector. Las ocupaciones previas en Inca Cueva cueva 7 (ICc7) e Inca Cueva cueva 4 (ICc4), mostraban complejas y sofisticadas características y relaciones de sus ocupantes con las áreas de Y*ungas* y costa del Pacífico (Aschero 2000a). Se consideró que las ocupaciones con cerámica en cuevas y aleros de esta quebrada no eran los únicos sitios utilizados por esta población, sino que debieron haberse complementado con ocupaciones a cielo abierto de zonas más bajas (presumiblemente AAS y Hornaditas). En esta zona la población presumiblemente se concentró de manera creciente a lo largo del tiempo. Esta unidad espacial de análisis está

ubicada en el Departamento de Humahuaca, Provincia de Jujuy, Noroeste de Argentina. El período considerado abarca entre los 3000 A.P., momento en el cual los cambios ambientales anteriores cesaron y se establecieron condiciones similares a las actuales, hasta los 1000 A.P., cuando pequeñas fluctuaciones de humedad a nivel continental son tentativamente correlacionadas con la intensificación en prácticas agrícolas, combinadas dentro de esta microrregión con el pastoreo, así como con la caza y recolección, que continuaron.

El ambiente y sus recursos en relación a las ocupaciones humanas

Para evaluar el paleoambiente, se tomaron en cuenta y se discutieron oportunamente varias síntesis como las de Graf (1992), Grosjean *et al.* (1995), entre otros (García 1998-99). Pero para nuestro caso de estudio, Markgraf (1985, Markgraf *et al.* 1992) para Sierra del Aguilar y Lupo (1993) en Inca Cueva, son los casos de mayor interés.

De acuerdo a las investigaciones paleoambientales con que se cuenta, el establecimiento de las condiciones actuales en Inca Cueva se produjo antes que en Aguilar, y a su vez, ambas son anteriores a San Pedro de Atacama. Por otro lado, el impacto antrópico que podría indicar sobreexplotación por pastoreo, se da desde 2700 años atrás en Inca Cueva y desde hace 2000 años en Aguilar (Markgraf 1985). Todo esto, con los debidos recaudos, nos vuelve a la quebrada de Inca Cueva como localidad de mayor interés.

Para el modelo de uso del espacio y sus recursos a nivel local construido a partir de la investigación etnoarqueológica, interesa que el período anterior al que estudiamos fue más seco. En el desierto de Atacama, esta sequía fue más prolongada, pero también preanuncia las condiciones modernas (Grosjean *et al.* 1995), y de acuerdo a los datos del altiplano en Perú (Seltzer *et al.* 1995), parece haber habido un enfriamiento creciente a través de los últimos 3000 años.

Los cambios ambientales producidos en la región con anterioridad al período en estudio habrían favorecido una mayor tendencia hacia una economía pastoril por parte de los cazadores recolectores, en base a la cual podían tener un control de sus recursos que a su vez iniciaba el camino hacia un modo de vida sedentario en términos anuales. Esto a su vez habría permitido un aumento de la población. El ambiente en este lugar proporcionaba recursos vegetales amplios que cubrían gran parte de las necesidades básicas. En este contexto, la caza continuó siendo una fuente de alimentos.

El aumento del sedentarismo en términos anuales, la interacción humana por la agregación y el aumento de la población, habrían producido la aparición de nuevas tecnologías, como la cerámica. En base a la cual pudieron conservarse y prepararse alimentos con mayor elaboración. La tecnología lítica también denotó cambios al variar proporcionalmente la relación entre tecnologías conservadas y expeditivas.

Se habría comenzado a experimentar con agricultura a nivel local. La población (básicamente la familia extensa), se habría comenzado a ubicar en distintas clases de sitios localizados en proximidad de campos de pastura y de agricultura en los cuales se habría alojado parte de la unidad social mayor durante períodos distintos para realizar sus actividades, rotando la ocupación de los mismos a lo largo del año y también de año en año, acorde a los constreñimientos climáticos. Paralelamente a esta organización social a nivel local, debe haber habido flujo de energía e información con grupos muy distantes, en pleno desierto

y selva de manera regular, intercambiando bienes específicos en base a necesidades mutuas. Con el tiempo, estas redes se irían haciendo cada vez más estables, cristalizándose muchas veces a través de alianzas matrimoniales en las cuales las reglas de residencia post-marital podrían haber sido también una estrategia de adaptación a los desafíos ambientales y la necesidad de contrarrestar su *stress*.

LA INVESTIGACIÓN ETNOARQUEOLÓGICA

De acuerdo a lo anterior, para modelar y para apreciar la concepción *emic* del paisaje, se realizó una investigación etnoarqueológica local (García 1998-9, 2001). Los trabajos palinológicos locales consideran que el ambiente no ha cambiado sustancialmente en los últimos 4000 años. En esta investigación se recabó, para los últimos 100 años, lo que los diferentes miembros de la familia extensa Lamas - Corimayo[2] referían en relación a cada paraje y su carga simbólica, funcional y cosmovisional. Se trata de los habitantes de Inca Cueva, Alto Sapagua y Hornaditas (Figura 1), cuyos árboles genealógicos muestran que se cruzaron entre sí a lo largo de cuatro generaciones, entre "los de arriba" y "los de abajo". Desde el punto de vista altitudinal, no hay grandes diferencias entre Alto Sapagua y Hornaditas. Pero los pobladores se refieren a "arriba" y "abajo" de acuerdo a dónde se ubican. Cuando hablan desde Alto Sapagua, "arriba" son los Andes y "abajo" llega hasta la selva[3]. Esta investigación cubrió todos los aspectos que surgieron a través de la observación participante. Se relevaron en detalle los recursos de lugar, (por ej. los vegetales recolectados y la caza), los movimientos anuales, y demás datos actualísticos que derivaron en un mapa viviente de cuatro grupos de asentamientos vinculados entre sí a través de diferentes funciones y grado de permanencia dentro de un circuito anual. Se relevaron también las rutas e intercambios de caravanas que cruzaban regularmente la microrregión Azul Pampa.

Los matrimonios complementarios y el mapa viviente muestran claramente los cruces de las distintas familias que se han asentado colonizando Rodero, Hornaditas, Chorrillos, Las Cuevas, Alto Sapagua, Piedra Grande (campo del Toldito) y la desembocadura de la quebrada de Mocote, en Humahuaca. Los circuitos de todos ellos cambian con los años de acuerdo a la disponibilidad de agua para los pastos, con lo cual el pastoreo, y no la agricultura, es la actividad económica principal. Viniendo de la Puna, se vinculan insistentemente los Lamas de Sapagua-Inca Cueva, con los Corimayo-Gutiérrez-Apasa de Hornaditas, Coctaca, Rodero y finalmente se conectan con Valle y Selva[4].

Hoy en día, y en tiempos históricos, el sentido mítico de la realidad concuerda y respalda cada actividad. La mayoría de ellos tiene un momento y lugar precisos y *Pachamama* y otros seres mitológicos relacionados con ella, son la base. El pedido de fertilidad, en todas sus dimensiones, un gran respeto y honra frente a los antepasados, y una manera de involucrarse

[2] Se tiene permiso de nombrar a las personas con sus nombres y apellidos.

[3] Estas son denominaciones *emic*. En el ámbito académico, pueden ser reemplazadas por ejemplo por puna, prepuna, quebradas, valles, yungas. Pero haría referencia al ámbito geográfico. Y como se observa en lo que decimos acá, las denominaciones arriba y abajo cambian según donde se localicen los pobladores.

[4] Esta información proviene de nuestro trabajo con los árboles genealógicos, con lo cual acá se utilizan los términos académicos.

personalmente en el ritual que se centra en la comida se presentan como básicos. Los sentidos profundos no son hablados sino vividos. Por ejemplo, cada uno de los elementos utilizados para la pintura interior de las paredes parecen relacionados con esta cosmovisión (García 1999).

Se observa también que hay un circuito "micro" y otro "macro" en las interacciones. Paralelamente, existen los circuitos representados por las caravanas, que intercambian desde tiempos muy tempranos los elementos necesarios entre Costa, y *Yunga* (Núñez y Dillehay 1978; Núñez Atencio 2007).

Los resultados de las investigaciones etnoarqueológicas locales que intentamos resumir en los párrafos anteriores indican que los pastores-agricultores-cazadores-recolectores actuales de la microrregión Azul Pampa se han movido dentro del ciclo anual, ocupando distintas clases de sitios permanentes, semipermanentes y ocasionales que funcionaron de manera complementaria.

Nuestras preguntas eran arqueológicas. Queríamos ver cómo se equipaban, usaban, y aparecían los sitios permanentes *versus* los semi-permanentes u ocasionales. En segundo lugar, queríamos observar cómo se organizaba una comunidad, si esta organización se reflejaba en el uso del espacio y en la manera en que manejaban su cultura material. En tercer lugar, si los comportamientos que observábamos tenían correlatos materiales, y especialmente, si las cerámicas eran indicadores sensibles y cuáles eran las variables a considerar para la puesta a prueba arqueológica de las hipótesis construidas a partir de los resultados de la investigación etnoarqueológica.

La primera consecuencia arqueológica de nuestra investigación etnoarqueológica es que la microrregión Azul Pampa como unidad espacial de análisis (Aschero 1988) es útil solo parcialmente para comprender las ocupaciones formativas iniciales en Inca Cueva (que fue nuestro problema inicial de investigación arqueológica). Esto concuerda con la visión actual del territorio por parte de los habitantes del lugar (García *et al.* 2013) quienes no reconocen la microrregión. Otra observación que se deslinda de estas investigaciones es que las estrategias para tratar con un ambiente tan estresante (*e. g.* Escola 1996) pueden ser variadas, dentro de una continuidad histórica, y que han probado ser útiles. Las alianzas matrimoniales, así como el arte y la religión, pueden ser pensados entonces como contribuyendo también para resolver necesidades básicas. Las comunidades han logrado desarrollar y mantener en el tiempo un conjunto finito de estrategias a implementar según su necesidad.

A nivel microrregional, volviendo a la visualización del paisaje desde las comunidades actuales, se han producido grandes cambios desde que comenzamos esta tarea. Pero en este bloque de los últimos cien años, Inca Cueva, o "Las Peñas" ha sido un lugar de encantos, de relatos míticos, de enterratorios (aunque algunos comuneros sitúan hoy los mismos, históricamente en la quebrada de La Cueva) y un lugar donde las lagunas representan los ojos de *Pachamama*, donde seres mitológicos actúan en relación a los visitantes. Dentro del período arqueológico en estudio, los casos de ICc4, ICc5 e Inca Cueva cueva 8 (ICc8), muestran evidencias de una larga presencia de su uso como lugar de enterratorio.

Un trabajo reciente de dos de las autoras, sintetiza las distintas etapas de esta larga línea de investigación, sus cambios y medios (García e Higa 2014).

ARQUEOLOGÍA DE LA OCUPACIÓN DE *CA.* 1000 A.P. EN ALTO SAPAGUA

Enfatizamos aquí la evidencia del final del período en estudio en la microrregión Azul Pampa. Principalmente nos centraremos en el sitio arqueológico AAS y la quebrada homónima sobre la que se localiza (Figura 2).

Figura 2. Antigal de Alto Sapagua en la Microrregión Azul Pampa, Jujuy, con la delimitación de la superficie principalmente intervenida, marcando los rescates y áreas mencionados en el texto.

Prospección, sondeos y excavación inicial

El cultivo en esta quebrada se evidencia en los despedres, canchones y andenes presentes en sus laderas que se localizan en distintas márgenes y a distintas alturas en su recorrido, parte de lo cual se informó en otra publicación (García y Fernández Do Río 2011). Dentro de lo que describimos en dicho trabajo como Área 1, "Alto Sapagua Norte", los despedres, ubicados entre AAS y el Abra del Altar, que comunica con la quebrada de Inca Cueva, se vincularían con el cultivo de secano, postulado como posiblemente implementado en momentos tempranos de la ocupación agroalfarera de la localidad. Como se menciona en el citado trabajo, las estructuras circulares ubicadas en el Área 2 de la prospección, margen derecha del arroyo Sapagua, fueron sondeadas y sus resultados fueron estériles. En el Área 3, denominada "Los pintados", se excavó una estructura circular en la cual se ubicó un posible piso, aunque no se hallaron restos arqueológicos. Este lugar está ubicado cerca de otros recintos circulares y por encima de los grabados llamados Los pintados. Otro círculo cercano (Churqui Asiento) brindó solamente materiales de superficie. En el Área 5, "El Sauce", sobre la margen derecha del arroyo, se localizan grandes círculos pircados y material cerámico en superficie. También se ubicaron terrazas de cultivo con material cerámico decorado negro

sobre rojo, con engobe morado y con pintura negra. En el Área 6, "antigal de Alto Sapagua", el sector R, presenta varias estructuras, tanto de forma cuadrangular como circular, muchas de las cuales fueron huaqueadas. La parte principal fue relevada, sondeada y se efectuaron recolecciones superficiales.

Anteriormente, se postuló una vinculación entre las ocupaciones de los niveles cerámicos tempranos de ICa1 con bases residenciales en Alto Sapagua-Churque Aguada (García 1993). Producto de recolecciones realizadas posteriormente en la superficie del sitio arqueológico AAS, se recuperaron distintos materiales entre los que destacamos fragmentos cerámicos con decoración adherida al pastillaje e incisiones de estilo tentativamente de reminiscencias Candelaria, similares al complejo El Talar (Ventura 1991), materiales de general adscripción a momentos tempranos, así como cerámica con vírgulas y puntos blancos, lascas de obsidiana, cuentas de valva, líticas azules y verdes, perforadores, puntas de proyectil de distinta morfología (algunas similares a las formativas iniciales de ICa1), torteros y una azada lítica. También, una cabeza de llama felinizada en cerámica y un fragmento de cabeza antropomorfa, así como un fragmento de cabeza de camélido (pico vertedero) (Figuras 3, 4, 5 y 6). Materiales similares, pertenecientes a la colección privada Fernández Mar, provenientes del sitio, vinculan con ocupaciones tempranas de la Quebrada de la Cueva hacia el norte (Fernández Distel, comunicación personal 2008). Aparentemente, el material de este Antigal es la base del Museo Municipal de Humahuaca y también forma parte de la colección Justiniano Torres Aparicio, en Humahuaca. Parte de estos conjuntos coinciden con el material cerámico de La Isla de Tilcara y Alto de la Isla (Rivolta 2000).

Figura 3. Vasija tricolor del antigal de Alto Sapagua.

Figura 4. Figurina de cerámica hallada en superficie del sitio Alto Sapagua por los pobladores. Posiblemente temprana.

Figura 5. Fragmento de vasija con pico vertedero del antigal de Alto Sapagua, con manchas felínicas.

Figura 6. Fragmento de vasija con pico vertedero, cabecita de camélido. Antigal de Alto Sapagua.

La prospección sistemática de esta quebrada, realizada en seis sectores con evidencias de ocupación humana, permitió recuperar materiales que también están mostrando vinculación de las mismas con Inca Cueva y Hornaditas. Durante dicha prospección, en el antigal mencionado, se realizó a pedido de los pobladores el rescate 0 (García 1996), que se describirá en detalle más abajo.

Con respecto a la arquitectura, el sitio está caracterizado por una serie de recintos de pirca simple y doble con relleno, tanto de forma cuadrangular, rectangular (en muchos casos reutilizados por los pobladores actuales que han recuperado allí hallazgos significativos) como circular, muchos de ellos huaqueados. En ocasiones, existen recintos circulares no cerrados, en forma de medialuna, de pirca simple. La distribución espacial de ambos tipos de recintos se extiende en casi toda la superficie de la terraza en la margen izquierda del arroyo. En ambas márgenes se encuentran estructuras, paredones y terrazas. Varias de las estructuras circulares fueron mapeadas, recolectadas, sondeadas, y excavadas (García 1998-9; García y Fernández Do Río 2011). Además, se encuentran jambas a la entrada del antigal, similares a las localizadas en las nacientes de Inca Cueva o *Katarioj*, como lo denomina la población del lugar.

Procesos de formación del sitio

Los trabajos de excavación y gabinete no están terminados, restando aún delimitar la ubicación completa del sector de la ocupación del primer poblado, teniendo en cuenta la presencia de sectores de reocupación y la influencia de los procesos de formación del sitio. Estos últimos incluyen a nivel cultural: (i) recolecciones y excavaciones varias sin publicar; (ii) huaqueos de estructuras circulares; (iii) materiales en al menos dos colecciones privadas y un museo municipal sin datos de proveniencia que sabemos por comunicaciones personales

y registros antiguos que pertenecen al sitio; (iv) reocupación periódica actual (últimos cien años) por diferentes miembros de la familia extensa, parte de la cual vive actualmente sobre el antigal; (v) actividades de pastoreo que implican estructuras y aleros cercanos, reutilizados como corrales y el paso de los animales por el sitio; y (vi) paso de una topadora de la empresa Norandina por encima del sitio (García y Ramundo 2002).

A nivel de procesos naturales: (i) lluvias torrenciales de verano que, dada la pendiente del terreno y la friabilidad de los sedimentos, forman cárcavas; y (ii) el arroyo de la quebrada de Sapagua (carta IGM 2366-23-I – Rodero), el cual ha ido labrando su curso haciendo que la barranca sea cada vez más alta y se desmorone, destruyendo el sitio.

Excavaciones y contextos: antropología biológica, zooarqueología, fechados

En AAS, hemos realizado siete rescates de materiales que por lo antes dicho, estaban en peligro. Es así que hemos recuperado en trabajo común con los pobladores de la familia Lamas, que viven actualmente sobre el antigal, información coetánea de distintos tipos de enterratorios, con diversos ajuares y deformaciones craneanas. La mayoría de estos rescates han sido ampliados en excavación sistemática para recuperar así los contextos asociados, que se han mostrado muy ricos y no se han agotado. Modificamos por lo tanto nuestra estrategia inicial, y nos centramos en rasgos como unidades de excavación, aunando de esta manera el interés de los pobladores con el nuestro, para demarcar los límites de la ocupación que nos interesa.

Aquí nos referiremos a cuatro de los mismos, en los que se presentan restos humanos con diferente información sobre la sociedad andina de alrededor del 1000 D.C., sobre los que tenemos tres fechados radiocarbónicos coincidentes, que abarcan los cuatro rescates mencionados (0, 1, 2 y 3). Esto se observa en la Tabla 1.

El primer rescate que hicimos (0 en Figura 2) proporcionó restos de dos mujeres inhumadas en una olla que cayó de la barranca del antigal que lava la lluvia. Se trataba de una calota y cinco huesos largos (estos últimos, malogrados en un intento de fechado en el INGEIS, luego de su determinación biológica). También se recuperaron restos faunísticos en asociación. Se pudo precisar el lugar desde el que cayeron, a 43 cm de profundidad. En el mismo nivel, había algunos pucos sin decoración. La base de esta capa fértil se encuentra a 63 cm de la superficie. Al pie de la barranca, se encontraron fragmentos de la vasija, con los huesos. Se trata de una gran olla de base plana, con grandes asas transversales, labio evertido, de factura tosca y antiplástico grueso. Se realizó una recolección de material de superficie, para ubicar el hallazgo de manera relativa (García 1996). Este enterratorio secundario fue fechado posteriormente a través de una de sus costillas humanas por AMS (1020 ± 40 A.P., Beta – 117246, ver Tabla 1).

Una de las inhumadas es una mujer joven de menos de 25 años, que presenta deformación craneana circular erecta. Hay indicios de hiperostosis porótica, recuperada hace largo tiempo en la bóveda, pero sin indicios de patologías vinculadas con anemias en el techo de las órbitas. Presenta indicios de artritis funcional. La hiperostosis señalaría carencias nutricionales en su niñez o adolescencia, ya que es un indicador de anemia vinculada con déficit de hierro. Este episodio de estrés fue superado, y no está vinculado con la muerte. El desgaste dentario es el esperado para la edad y la zona. El segundo individuo, también femenino, de alrededor de 25 años, de constitución más pequeña, no presenta indicios de patologías ni fracturas en sus huesos largos.

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos obtenidos para las ocupaciones discutidas en este texto. Se trata de fechados obtenidos en este proyecto exclusivamente para el Antigal de Alto Sapagua, dentro del bloque temporal tratado

MUESTRA	Lab y N°	A.P. convencional	Cal A.C./D.C.	Cal. 1σ (68% prob.)	Cal. 2 σ (95% prob.)	13C/12C	Material	Técnica	Observaciones
AAS (0) 60 cm. Prof. Bca.	Beta - 117246	A.P. 1020 ± 40 (medido: 890)	**Cal D.C. 1015**	**Cal D.C. 995 a 1030**	Cal D.C. 975 a 1045 y Cal D.C.1105 a 1115	Menos 17.0%o	Hueso - colágeno	AMS	13C/12C: Considerando condiciones dietarias y ambientales, normal, así como para hueso. Cal por Beta. Vogel *et al.* 93.
AAS (1 y 3) 28ASRESCATE3A	Beta - 267098	A.P. 980 ± 40 (medido: 800)	**Cal D.C. 1030** (Cal A.P. 920)	**Cal D.C. 1020 a 1040** (Cal A.P. 930 a 910) y **Cal D.C. 1100 a 1120** (Cal A.P. 850 a 830)	Cal D.C. 990-1160 (Cal A.P. 960 a 790)	Menos 13.9%o:Im=1	Hueso - colágeno	AMS	13C/12C: Rango 1 poco + alto que AAS (0) (menos negativo) que C3 alim vegetal Cal. por Beta. Intcal04.
AAS (2) Rot.5 - 5/13	LP - 1971	A.P. 840 ± 90 (medido: 840)		**D.C. 1055: 1056 D.C./** **1151 D.C.:1296 D.C.**		Menos 24 %o ± 2=1	Carbón vegetal	Normal	Calib. por Latyr con Calib. 5.0.1. y S. y Reimer 93.

El material faunístico asociado fue determinado por la Dra. D. Elkin (García 1996, Apéndice 2). Se encontraron evidencias de camélidos silvestres y domesticados (*L. vicugna* y *L. glama*). Se trata de al menos tres animales: dos llamas juveniles y una vicuña adulta. A su vez, la mayoría de los restos corresponden a metapodios.

Hacia el este de la ruta actual, se encuentran los rescates 1 y 3 (Figura 2), que forman una unidad (lo que pudo ser establecido fehacientemente en la campaña 2012), y que están siendo lavados por una cárcava intermedia en épocas de lluvias. Se ha realizado un fechado directo a través de un fragmento de cráneo del enterratorio del rescate 3, en tierra (que fecha ambos), y resultó coincidente con los números 0 y 2 (980 ± 40 A.P., Beta - 267098, ver Tabla 1). El Rescate 1 consta de una gran olla subglobular de base plana, de una altura mayor a 43 cm, diámetro de 45 a 50 cm (campo y remontaje), cuello evertido de 10 cm de alto (aprox. máximo) y diámetro de 30 cm, con un asa encontrada fragmentada en cuerpo, cercana al cuello, oblicua. Su color externo es morado a grisáceo (Münsell: 10R4/2,5YR 4/1 y 5 YR2.5/1). Como decoración presenta una línea blanca en sector interno del cuello, fina, paralela al supuesto borde. Además, presenta hollín (García 2011). El contexto incluía en un piso de ocupación que pudimos seguir, por debajo del cual se encontraba la olla (cuya boca aparecía en la superficie), tiestos de otras cerámicas, torteros, puntas de proyectil y cuentas líticas verdes y azules, guijarros pulidos, y espículas de carbón, macrorrestos vegetales, así como lascas de sílice y cuarcita, entre otros elementos.

El contexto del Rescate 3 (que además integra un posible omóplato humano a 30-40 cm de profundidad, en cercanías del cráneo con deformación) presenta una olla con huesos en su interior por encima del cráneo y hueso mencionados antes. El mismo no es de *Camelidae* ni *Cervidae*. Este hallazgo se encuentra enfrentado a la gran olla del rescate 1, próximo al camino, que cortó esta ocupación.

En cuanto al enterratorio, se trata de un neurocráneo, falta la cara o macizo facial y su base, posiblemente femenino (por apófisis mastoidea y aspecto general de gracilidad), de edad adulto. Presenta deformación artificial tipo tabular erecto, afectando frontal y occipital. Asociado a una cabeza de húmero derecho, adulto, sin patología evidente. Así como un fragmento de rama ascendente de mandíbula izquierda, cóndilo, de adulto. Aparece asociado a un fragmento de hueso largo y plano de fauna y un metapodio distal de camélido no fusionado, de lo que se informa más adelante.

Con relación al rescate 2 (Figura 2, al oeste del perímetro que marca las intervenciones), realizamos un relevamiento exhaustivo de la barranca. Donde se podían observar cráneos que se desmoronan en las épocas de lluvia, y quedaban luego sepultados. Por encima de uno de ellos, siguiendo la barranca, en dirección norte, luego de una pirca que delimita el sitio, y por encima de un sector que mostraba una olla en la barranca que fue rescatada, se trabajó sobre este caso. Se trató del enterratorio de un párvulo. El fechado fue coincidente con los dos casos anteriores (840 ± 90 A.P., LP - 1971, ver tabla 1). En el ajuar había cuatro ollitas, una de las cuales era subglobular, de 9,1 cm de alto por 10,2 cm de diámetro, con cuello no determinable, de color marrón grisáceo, Münsell 7,5 YR 6/2 (ver comparaciones en García 2011). Había tres ollas más, de tamaños similares, en el interior de una de las cuales se encontraron varias "fichas" similares a torteros pero sin horadación. Además, se recuperaron tiestos de otras dos ollas, algunos remontados *in situ*, varias cuentas líticas, un mortero partido con manchas de hollín, entre otros hallazgos. Especialmente, había asociados

materiales faunísticos y torteros. Así como poco material lítico de cuarcita y obsidiana. Entre este último material, un posible filo retocado.

Con respecto al enterratorio, se halló un párvulo completo con ajuar (mencionado arriba), que lamentablemente a nivel óseo humano, puede informarnos muy poco sobre estilo de vida. La edad de este individuo oscila entre nueve y medio y diez y medio meses lunares. Es decir, perinato. El cráneo se encontró delimitado por una pequeña pared. El sedimento presentaba litos pequeños, la mayoría de ellos quemados. La fauna asociada, sin embargo, no presenta huellas de haber sido quemada. El sedimento mencionado estaba mezclado con los huesos humanos y en los alrededores, pero no debajo del cuerpo.

En cuanto al análisis faunístico, en el caso particular de los rescates 1, 2 y 3, fueron considerados en su conjunto, para los análisis de NISP y MNI, ya que son coincidentes en su fecha (considerando además que 1 y 3 son un mismo evento). Otro fechado coetáneo corresponde al rescate 0, que mencionamos previamente, que ya ha sido analizado por Dolores Elkin. El grupo conformado por los rescates 1, 2 y 3, cuenta con 432 especímenes, de los cuales 308 son considerados como no identificables taxonómicamente. De los especímenes identificables, se reconoció un NISP de 66 para el orden de los *Rodentia*, de 37 para el orden de los *Artiodactyla*, y de 21 para la familia de los *Camelidae*. El MNI, para los órdenes de los *Rodentia* y *Artiodactyla,* así como para la familia de los *Camelidae*, es de 2 respectivamente.

Se han reconocido marcas antrópicas en 14 especímenes, lo que hace al 3% de la muestra que componen los rescates 1, 2 y 3. De estos especímenes, 12 tienen marcas de corte (2 de *Artiodactyla,* 5 de *Camelidae* y las demás en fragmentos no identificables), 3 especímenes poseen marcas de corte dudosas (una en *Artiodactyla,* una en *Camelidae* y una en *Rodentia*). También hay presencia de un espécimen lascado y otro con marcas de raspado. Hay que mencionar que una de las marcas de corte dudosas se encuentra realizada sobre un fragmento de hueso de *Rodentia*, que si bien no ha sido determinado más precisamente, es de tamaño similar al de la familia *Chinchillidae*.

Las termoalteraciones que se observaron solo afectan al 7% de la muestra y posee en iguales proporciones especímenes quemados, carbonizados y calcinados. Acá también hay que hacer una aclaración sobre la aparición de un fragmento de hueso largo carbonizado de roedor indeterminado, pero de un tamaño más parecido al de la familia de los *Cricetidae*.

Considerando que esta muestra fue tomada como un todo debido a su temporalidad, pero, a su vez se encuentra separada espacialmente, se estimó pertinente realizar los análisis tafonómicos y de procesos de formación de manera separada. Para dar cuenta de la meteorización se tomaron los estadios propuestos por Behresmeyer (1978). El rescate 1 presenta un 42% de especímenes en el estadio 0, o no meteorizados, un 19% en el estadio 1, un 22% en el estadio 2, un 15% en el estadio 3 y un 1% en el 4. El rescate 2, por otro lado, cuenta con el 70% en el estadio 0, el 10% en el 1, el 13% en el 2 y el 7 % en el 3. Por último, el rescate 3 cuenta con un 52% para el estadio 0, un 2% para el estadio 1, un 23% para el estadio 2, un 16% para el estadio 3 y un 8% del estadio 4. Estos datos, junto con los que se presentan más abajo sobre los otros rescates y excavaciones, llevan a pensar que hay una significativa pérdida de material óseo en todo el sitio, ya que en su conjunto la muestra presenta porcentajes de meteorización de un 59% entre los estadios 1 a 5, siendo el estadio 2 con 23% y el 3 con 17%, los más altos. Esta información no es sorprendente si se considera su ubicación en los bordes de una cárcava.

Otro dato a tener en cuenta son las improntas de radículas, que en el caso del rescate 1 llegan a ser el 32% de la muestra total de óseo del rescate; en el rescate 2 son del 17% y en el del 3 son del 27%. También se tuvo en cuenta el blanqueado que toman los huesos al estar expuestos al sol. En el caso del rescate 1 los especímenes "blanqueados" son el 38% del total de especímenes en el rescate. En el rescate 2 es del 3% y en el rescate 3 del 4%. Por último hay que aclarar que el rescate 1 presenta un 1 % de su muestra con marcas de roedor y dos especímenes con posibles marcas de carnívoros.

El rescate 4, cercano a los rescates 1 y 3, no fue fechado (4 en Figura 2). Pero parece vinculado a los mismos, de los cuales lo separó la topadora mencionada antes, dejando materiales en superficie. Se trata de un *Virque* con material cerámico directamente asociado con decoración con puntos blancos. Es una olla subglobular de base estrecha, de 52,5 cm de altura por 46,7 cm de diámetro. Su cuello no es determinable. Presenta dos asas. Su color es rojizo violáceo (Münsell: 7,5 R ¾). Está muy impregnada de hollín en la base y sector inferior del cuerpo (García 2011).

A nivel faunístico, cuenta con 531 especímenes de los cuales 464 pueden ser identificados taxonómicamente. Gran parte de estos restos se encuentran en el interior de la olla. Para el orden de los *Rodentia* hay un NISP de 420; para el orden de los *Artiodactyla* el NISP es de 34 y para la familia de los *Camelidae*, hay un NISP de 10. El MNI, para el orden de los *Rodentia* es de 28; y tanto para el orden de los *Artiodactyla* como para la familia de los *Camelidae*, es de 1. El material de este rescate no presenta marcas antrópicas y solo posee dos especímenes no identificados quemados. La meteorización que presenta es de un 20 % no meteorizado, un 32% de la muestra del rescate en el estadio 1, un 40% en el 2, un 17% en el estadio 3 y un 1% en el 4. En cuanto a las improntas de radículas, el 7% del óseo del rescate posee estas marcas y el 80% del total de especímenes se encuentra "blanqueado".

El sector marcado como R (Figura 2) es un sector de 80 m^2 que incluye una estructura semi-circular mapeada y sondeada. La misma, no proporcionó material arqueológico significativo, aunque sí se pudieron recuperar materiales en toda la superficie del sector. El mismo, se encuentra ubicado entre los rescates 2 y 1/3, en un sector huaqueado, de donde provienen posibles materiales del Museo de Humahuaca del período que nos interesa, así como de dos colecciones particulares locales. Asimismo, se pudo detectar que no había una preparación para el muro. Éste sólo estaba compuesto por una hilera de piedras acomodadas, sin cantear. Esta característica constructiva está en consonancia con los recintos hallados, sondeados y relevados durante la prospección previa de toda la quebrada.

Este sector, posee 30 especímenes óseos de los cuales el 83% no es identificable taxonómicamente. El NISP es para el orden de los *Artiodactyla* de 1 y para la familia de los *Camelidae* de 4. El MNI en este caso, para el orden de los *Artiodactyla*, y para la familia de los *Camelidae* es de 1. Del total de la muestra hay un 10% que se encuentra calcinado. Los porcentajes de los estadios de meteorización de este sector son, para el estadio 0 de un 30 %, para el 1 y el 2 de un 3% y para el 3 de un 63%. El conjunto tiene un 7% de su total con improntas de radículas, y cuenta con un 13% de marcas de carnívoros.

Como síntesis, a nivel faunístico, los resultados preliminares son los siguientes:
507 especímenes, que hacen al 44% de la muestra obtenida de las campañas de los años 2005, 2006 y 2007, fueron considerados como no identificables, tanto para su taxonomía, como para su identificación anatómica. De lo identificable (648 especímenes) se han podido determinar como del orden de los *Rodentia* el 76% de los especímenes identificables. Este

alto porcentaje está dado por la aparición, en el rescate 4 al interior de la olla, de varios roedores presumiblemente completos (420 especímenes óseos), de un tamaño similar al de la familia de *Cricetidae*. En la excavación no han aparecido cambios en los sedimentos que permitan afirmar de manera segura que su presencia sea tafonómica, pero tampoco poseen observaciones particulares, que indiquen lo contrario. Algo similar ocurre con el rescate 3, donde se ha encontrado el segundo conjunto más numeroso de roedores, también dentro de una olla. Éstos en cambio en su mayoría presentan un tamaño más parecido al de *Chinchillidae*. Si bien tampoco han aparecido cambios en los sedimentos que permitan afirmar de manera segura que su presencia sea tafonómica igual que en el otro caso, sí se han recuperado en cercanías al mismo, un fragmento óseo de roedor carbonizado y otro fragmento con posibles marcas de corte. A su vez hay que considerar que para la zona, pero en momentos anteriores se ha planteado la utilización de *Chinchillidae* como recurso de subsistencia (Mengoni Goñalons 1986). Esto lleva a que no sea seguro afirmar o negar su origen antrópico o tafonómico. Las tres hipótesis principales que podemos plantear son las siguientes: a) por un lado que son tafonómicos y los sedimentos no permiten que se vean túneles o madrigueras; b) que son recursos de subsistencia, pero que por la forma de consumo y posterior depositación no poseen marcas y/o termoalteraciones o no se han recuperado los especímenes con las mismas marcas; c) que incorporar roedores dentro de las ollas tenga fines "rituales". El material está siendo analizado y comparado actualmente.

El resto de la muestra, presenta un 17% del total del orden de los *Artiodactyla* y más específicamente se pudo ver un 7% como perteneciente a la familia de los *Camelidae*. Si no se cuentan los roedores, estas dos categorías son el 83% de la muestra determinable.

Este es un trabajo en proceso, del cual existen desarrollos posteriores que fueron publicados en este período, como García e Higa (2014), pero es la primera vez que se presentan en detalle.

Arte rupestre

En cercanías de AAS y del camino, hemos relevado un nuevo sitio de arte rupestre (Figura 7). Está en muy buenas condiciones (García y Lamas 2009). Se trata de la representación grabada de camélidos, en algunos casos con su cría, esquemáticos y un motivo difícil de interpretar cerca de su base. Se encuentra aguas arriba de Los Pintados de Sapagua, El Pintado, de acuerdo a la denominación de los pobladores locales. La interpretación de este último sitio ha sido relacionada con las figuras pintadas de Inca Cueva. Según Boman (1992 [1908]), en Inca Cueva cueva 1 o Chulín (ICc1), grabados y pinturas son coetáneos. Y varias de las pinturas están realizadas sobre motivos grabados. Este autor, compara los motivos de ICc1 con grabados de Rodero, distinguiendo dos series cronológicamente sucesivas, considerando estilo, dimensiones y colores, en algunos casos superpuestas. La primera, completamente nativa, sin influencia europea, con pequeñas figuras en negro y rojo, con muy poco de color blanco. Dentro de esta primera serie, encontramos una imagen (*op cit*. Figura 194, número 5) que consideramos similar a las de nuestro sitio.

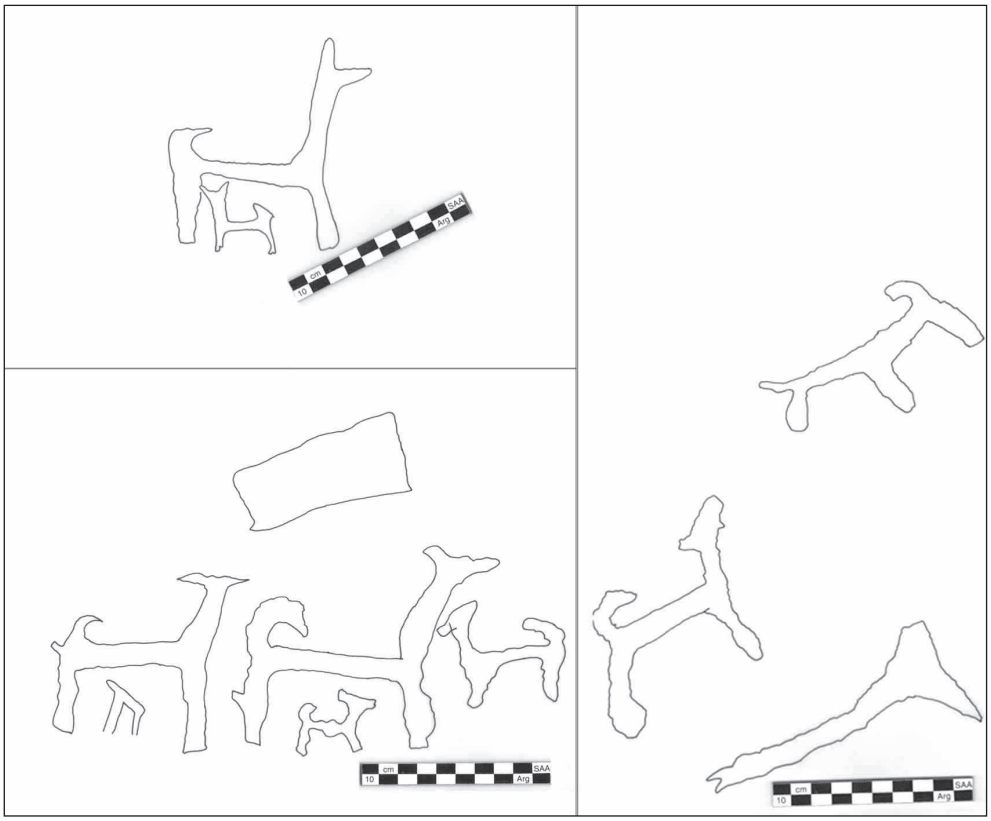


Figura 7. Arte rupestre grabado cercano al antigal de Alto Sapagua.
Presentamos un calco del total de los motivos.

Luego, continuamos comparando con los estilos definidos para ICc1, en el trabajo de Aschero (1979). Este autor, separó su Grupo Estilístico C (GEC) en tres expresiones distintas. Y consideramos de acuerdo a esto y por comparación, que en el sitio con arte rupestre relevado en cercanías de AAS, estamos en presencia de su GEC-3. El Grupo Estilístico B (GEB, anterior en la secuencia), en cambio, se corresponde con la ocupación cerámica temprana de Inca Cueva (Aschero *et al.* 1991). Y el Grupo Estilístico A (GEA), anterior aún, corresponde a la etapa de cazadores recolectores. Los distintos grupos estilísticos son luego encontrados, algunas veces aislados, en otras cuevas y aleros de la quebrada de Inca Cueva, y también en superposiciones y con diferente pátina en los grabados de Los Pintados. El arte rupestre de Inca Cueva y Los Pintados de Sapagua presenta una secuencia comparable. El sitio intermedio relevado por nosotros en cercanías del antigal de Alto Sapagua, se relaciona con ambos. Una ampliación de las vinculaciones entre el arte rupestre de Inca Cueva y Sapagua se trata en García y Lamas (2009) y García e Higa (2014). En los tres Grupos Estilísticos establecidos secuencialmente por Aschero, podemos observar que los camélidos están presentes siempre, pero su estilo es diferente, y también es distinta su frecuencia relativa con respecto a la totalidad de los motivos que integran cada grupo estilístico.

En cuanto a las correlaciones que da Aschero (1979) para el GEC, el mismo plantea que es ICc1 el sitio que las centraliza (con la sola excepción de ICc5), vinculando este grupo

con los sitios próximos de Los Pintados y Angosto de Hornaditas. Considerando que en sus inicios, podría estar ligado al desarrollo de comunidades con cerámica Isla que estaría presente en la región desde la transición entre el Período Temprano y Medio, perdurando hasta el Tardío avanzado. Estas fueron hipótesis de Aschero en 1979, cuando no había fechados aún para las ocupaciones con cerámica en la microrregión Azul Pampa. También menciona el tema de caravanas trabajado por Núñez Atencio (1976) y Yacobaccio (1979). En este sentido, Aschero (1979) consideraba que era una aproximación adecuada para explicar tanto esas manifestaciones de arte rupestre como los sistemas de intercambio que subyacen a la difusión de ciertos bienes muebles. Finalmente, consideraba que este grupo estilístico que integra muchos otros motivos, representa un sistema de expresión simbólica que a través de la figura del camélido explicita las circunstancias, las ofrendas y el culto en el que el mundo del pastor estaba inmerso.

Por lo tanto, en el sitio que nos ocupa, considerando el panel completo, podemos decir que se encuentra representado el GEC-3, relacionado con estas ocupaciones de *ca* 1000 D.C, que fue lo oportunamente planteado por Aschero. Esto coincide con varios de los fechados obtenidos en AAS y es un poco anterior al único fechado radiocarbónico que existe, obtenido por H. Yacobaccio para el Pukará de Hornaditas B (HB), cercano a la Quebrada de Humahuaca, muy cerca de Los Pintados, el cual a su vez se encuentra en cercanías del pueblo viejo de Hornaditas A (HA) que, tentativamente, es anterior. Este sitio de arte rupestre parece haber sido grabado en un punto estratégico, controlando el paso de caravanas, entre Inca Cueva y Hornaditas.

Comparación microrregional

A partir de lo presentado en la Introducción, junto con lo que nos mostró la investigación etnoarqueológica, hemos considerado desde un principio la ocupación de los diferentes grupos de sitios en esta microrregión (Figura 1) como alternativos, considerando el sedentarismo en términos anuales (Rafferty 1985). En este sentido, nos ha sido útil el trabajo etnoarqueológico local mencionado arriba, pero solo como planteo inicial. Las respuestas son las de la investigación arqueológica. La escala de análisis es arqueológica, no etnográfica.

Dentro del bloque temporal estudiado en esta microrregión, consideramos que en el mismo se dieron cambios parciales entre el comienzo (3000 A.P.) y el final (1000 A.P.), con una alternancia en las ocupaciones de Inca Cueva con Alto Sapagua y Hornaditas, dentro de un proceso en el que nos ocupamos acá especialmente del 1000 A.P. En este momento final del período, se observa una tendencia a mayor agregación y sedentarismo en los sitios a cielo abierto, hacia el este dentro de la microrregión Azul Pampa (ver Figura 1) y una vinculación con los sitios coetáneos a nivel regional, parte de cuyos datos a nivel ergológico y cronológico se mencionan seguidamente.

A nivel local, dentro de la microrregión Azul Pampa, en la quebrada de Inca Cueva, desde Cal A.C. 4330 a 3.975 (Beta 124617) informado en García 1998-9:335, pudimos datar de manera directa parte del ajuar de las momias extraídas en 1936 por un coleccionista local (Dr. Justiniano Torres Aparicio), que vincula las mismas con los hallazgos de la capa 1a de las excavaciones de Aschero en ICc4. Se fechó un tapón de madera de un *carcaj* que contenía cráneos dentro, que eran parte del ajuar de las momias. Se pudo precisar esto a través de los

datos de Aschero, quien pudo revisar esta colección con el coleccionista en vida. Dentro de este conjunto de museo privado, se encuentra además, una cuna con un párvulo con el aparato para deformación craneana tabular erecta, así como múltiples detalles de conjunto que permiten vincular estos hallazgos con las ocupaciones del Norte Grande de Chile.

ICc5 presentó ocupaciones desde 58 A.C. hasta 1298 D.C. En una de las cuales se recuperó un diente humano, lo cual tentativamente avalaría el uso de este sitio como lugar de enterratorio. Un análisis palinológico realizado por la Dra. L. Lupo (García y Lupo 2008) de muestras asociadas a los diferentes momentos de ocupación fechados radiocarbónicamente (se trató de una columna de sedimentos obtenidos de un testigo al finalizar nuestras excavaciones en esta cueva), arrojó importantes evidencias con respecto a pastoreo y agricultura. En los momentos más antiguos ya se encuentra la presencia de disturbio antrópico y posteriormente hay presencia clara de agricultura (incluso maíz, en polen y macrorrestos). Dada la imposibilidad de esta última actividad en la quebrada de Inca Cueva, esto refuerza su uso como ocupación complementaria de las localizadas a cielo abierto como las ubicadas en la quebrada de Sapagua y en cercanías de Hornaditas.

También en Inca Cueva, el sitio tentativamente formativo de ICc8, presentaba según sus investigadores, material óseo humano con deformación cefálica. Esta cueva pircada, presentaba dos inhumaciones secundarias en dos sectores de la excavación.

"La dimensión de la cavidad de inhumación era de 1,10 por 1,30. Estaba limitada por bloques diversos. Dentro de la cavidad se hicieron algunos hallazgos marcados en el esquema: un tiesto cerámico, instrumentos activo y pasivo para hacer fuego de madera por fricción rotativa simple... (García 1985)..., plumas verdes y oscuras, lasca de cuarcita gris fragmentada con retoques marginales, cuero ojalado y trenzado bicolor posiblemente de lana. Acompañaban a estos hallazgos restos de huesos de comida, bosta, etc. El pasto de la capa 1 está suelto y sobre el sector superficial de la inhumación B. El sector de la inhumación constituye una fosa con sedimento areno pulverulento gris rojizo con bloques transportados que sobrepasaba los 0,80 m de profundidad. El cráneo estaba apoyado sobre bloques y clastos y por debajo de él (0,45 cm) no se registraron hallazgos aunque continuaban los bloques. En el sector frontal de la excavación, solo la capa 2 brindó hallazgos, huesos, carboncillos y trozos de calcáreo. Las capas inferiores son estériles y su profundización fue abandonada dejando varios testigos. Como conclusión puede decirse que se trata de una inhumación secundaria en una fosa excavada posiblemente desde la capa 2, revestida de bloques sobre los cuales se apoyó el cráneo y los huesos largos, faltando otras piezas esqueletarias (aún la mandíbula). Rellena la fosa, ésta fue cubierta con pasto y paja. Sobre ella, sedimentó la capa 1. Los hallazgos no permiten suponer la existencia de un ajuar. A tal efecto, la cueva fue dividida en dos sectores en que fueron planteadas las cuadrículas. El sector A, ofreció al igual que el B, una inhumación secundaria, que contaba sólo con el cráneo y los huesos largos. Acompañaban al cráneo B, huesos de animales en estrecha relación, enterrados en asociación. Sólo dos tiestos cerámicos atestiguan de su filiación a contextos ya ceramizados. Los cráneos presentaban deformación tabular erecta y anular respectivamente. En ambos sectores, pudimos apreciar que los hallazgos de material, pocos, se circunscribieron a los alrededores de las piezas óseas, no habiendo sido ocupada la cueva sino como lugar de inhumación" (Aschero 1973 *ms*, con permiso de cita según comunicación personal 2013). Esta información también se correlaciona con la ficha del sitio publicada por Fernández Distel (1983:13-14).

Posteriormente, el material óseo humano de esta cueva fue fechado en 910 A.P. (calibrado entre 860 y 1305 D.C.). El inhumado tiene una dieta a base de c4, seguramente maíz, y en superficie de la cueva, Yacobaccio encontró cerámica negro sobre rojo (Yacobaccio, comunicación personal 2013).

Esta información es sumamente importante, porque tanto la fecha, que coincide con las discutidas acá (ver Tabla 1) como los tipos de deformación cefálica que acá se encuentran en dos inhumaciones en una misma cueva y en nuestro caso, con distinta modalidad se hallan en Rescates 0, 1 y 3, nos permiten vincular ambas poblaciones (Inca Cueva y Alto Sapagua) para estos momentos de finales del bloque temporal en estudio. A nivel regional, otros antecedentes de este tema pueden verse en García (2010).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Por todo lo antes mencionado, los momentos iniciales del proceso estudiado dentro de este bloque temporal (3000 A.P.), necesitan aún mayor evidencia y clarificación. Y sobre todo, no se han localizado aún los sitios a cielo abierto de estas fechas, dado que los fechados más antiguos para Antumpa según los investigadores a cargo, resultaron de carbones de relleno (Leoni y Hernández Llosas 2012). De las ocupaciones en cuevas y aleros, lo que se ha podido establecer en el mejor de los casos, es una reocupación para fines específicos de manera estacional sobre las mismas bases (ICa1 y en menor medida, To Fase III). Si nos ampliamos regionalmente, los sitios a cielo abierto para estos momentos, sí se encuentran en Tulán 54 y otros sitios del Norte Grande de Chile.

Con respecto al final del bloque temporal (1000 D.C.), sí tenemos mayor evidencia, así como en Bolivia y norte de Chile. En nuestra región, encontramos varios de los indicadores señalados por Rivolta (2007) y Nielsen (2007) como característicos de los Primeros Poblados, que pueden vincularse con otras ocupaciones consideradas como formativas en Quebrada de Humahuaca y su área de interacción. También con Sierra del Aguilar, dado lo mencionado para Santa Ana de Abralaite (García 1991). Varios de los indicadores señalados que concuerdan, son la arquitectura (a pesar de los intensos procesos de formación mencionados), los datos de antropología biológica y cultural, tales como las deformaciones craneanas y demás datos de estilo de vida, las cerámicas con decoración semejante, y los materiales líticos, especialmente puntas y cuentas. De esta información también se desprende que a nivel macro, AAS ha tenido hacia el final del bloque temporal en estudio, interacción con el resto de los sitios coetáneos a nivel regional. A lo que se agregarían los fechados coincidentes.

También consideramos que en las ocupaciones de AAS, se encuentran sectores habitacionales que han combinado su uso con otros ligados a los caminos que cruzan el sitio en direcciones norte, este y oeste a nivel macrorregional. A su vez, es factible tal vez considerar aquí las condiciones de abandono seguido de reutilización por causas naturales y culturales que señala Rivolta (2007).

En cuanto al circuito microrregional en Azul Pampa, por el momento las interacciones mayores siguen evidenciándose entre las quebradas de Sapagua e Inca Cueva, donde también diversos indicadores como los de antropología biológica, condiciones de enterratorio, fechados coincidentes, parecen marcar una interacción micro y tal vez una alternancia en el uso de ambas localidades para fines complementarios. Sin embargo, cuando tomamos en cuenta el

indicador cerámico que ha sido considerado mayormente para estos momentos, vemos que la información a nivel microrregional es diversa en lo hallado hasta el momento. En general, la cerámica es mayoritariamente sin decoración. Por ejemplo, alrededor de un 87% en la muestra de AAS del año 2006. A pesar de esto, las figurinas (llama felinizada, cabecitas de camélidos y humanas), así como la decoración adherida al pastillaje, solo aparecen en AAS, a diferencia de lo que encontramos en cuevas y aleros. En cambio sí, hemos encontrado cerámica negro/rojo desde momentos tempranos en ambas localidades, pero es una tarea en proceso, y nuestros indicadores principales para la investigación arqueológica no han sido la decoración cerámica. En las ocupaciones más tempranas como ICa1, solamente encontramos cerámica gris desmigable y gris incisa. Y en ICc5, un fragmento de cerámica corrugada (en el nivel datado en 58 A.C., el más temprano) y rojo pulida, para un momento intermedio de las ocupaciones estudiadas. En el caso de control, alero Tomayoc, sólo se halló cerámica tosca de manera mayoritaria, así como algunos fragmentos San Pedro gris pulido, rojo pulido y N/R para estos niveles de ocupación (fases III y IV2a ext.).

A nivel cronológico, las fases arriba mencionadas de Tomayoc, con sus quince fechados radiocarbónicos para este alero, abarcan el total del bloque temporal estudiado. Se han considerado como ocupaciones complementarias de otras situadas en campos más bajos y también posiblemente ligadas al paso de caravanas (Lavallée *et al.* 1997). Aunque otros esquemas que toman en cuenta otros indicadores, no consideran la evidencia de Tomayoc (Nielsen 2007; Rivolta 2007).

En el caso del antigal que nos ocupa en este trabajo, de acuerdo a los materiales diagnósticos hallados, se puede relacionar tentativamente esta ocupación con varios de los sitios mencionados para Alfarcito Antiguo e Isla/Alfarcito, tales como San José/Keta-Kara y Muyuna (Nielsen 1997a, 2007). Dado que las fases Vizcarra y Casa Grande planteadas por Nielsen se superponen parcialmente para el momento que nos interesa (1000 D.C.), no podemos asignar estos datos a una u otra. Además, para la primera de estas fases, el autor aclara que "dado el número limitado de contextos investigados, la caracterización de los conjuntos de este momento es muy tentativa e incompleta" (Nielsen 1997b:107). Consideramos, a través de varios indicadores mencionados con respecto a los Primeros Poblados tales como cerámicas, organización edilicia interna, accesos marcados por jambas, fechados y otros presentados por Rivolta (2007), algunos de los cuales hemos mencionado arriba, que puede haber habido intercambio de la población del 1000 D.C. con los sitios mencionados por esta autora. Vinculación también sugerida con respecto a recursos faunísticos de la Puna analizados para los mismos (Yacobaccio y Catá 2006).

En cuanto a la cerámica con decoración de vírgulas y puntos blancos mencionada arriba para AAS, y que encontramos también en Sierra del Aguilar, sitio Agua de Castilla Norte o 2 (García 1991), la misma fue considerada en sus esquemas cronológicos por Nielsen. Este autor consideró a Alto Sapagua inicialmente dentro de la Fase Muyuna-Calete (*ca.* 900-1280 D.C.) en su trabajo de 1996. Y considerando nuestro trabajo (García 1996) dentro del conjunto Casa Grande/Muyuna, comparable con Pueblo Viejo de la Cueva, Peña Colorada y quizás Falda del Cerro dentro del ámbito quebradeño, así como Santa Ana de Abralaite y Tabladitas en la Puna, dentro del momento más temprano (Nielsen 1997b), siendo Alfarcito (sector Debenedetti) parte del momento II, y quedando las sepulturas de La Isla como parte de ambos grupos. A su vez, en su trabajo de 2001, Nielsen cita la información sobre Agua de Castilla (García 1991), Santa Ana de Abralaite (Krapovickas *et al.* 1979) y la suya de Tabladitas

considerándola como alóctona a la Puna, donde podría haber llegado por intercambio. Sin embargo, recientes trabajos macrorregionales han planteado una diferencia entre la cerámica con vírgulas y puntos blancos de Quebrada de Humahuaca y Puna que tendría correlatos cronológicos. De acuerdo a estos planteos (Zaburlín 2012), hemos revisado nuestras muestras de Alto Sapagua y Agua de Castilla Norte o 2. No hemos podido observar diferencias en las características de puntos o vírgulas en los tres fragmentos disponibles, con lo señalado en su tabla 4 para ambos grupos (considerando, como se indica, mediciones de los diámetros, con calibre, y colores con carta Münsell). De modo tal que seguimos considerando que los materiales que nos ocupan son del tipo Peñas Coloradas, que se correlaciona con el PDRI, según esta autora. Aclaramos nuevamente que en nuestras muestras, se trata de cerámica de superficie, no fechada en relación a los contextos que aquí analizamos.

A partir de los indicadores antropológico biológicos, se puede tentativamente comparar estas poblaciones con las de Til 20 (Bordach *et al.* 1999) así como a través de otros indicadores con otros sitios de la localidad de Tilcara (García 1996; Nielsen 2001).

Consideramos entonces que los circuitos a nivel microrregional planteados desde la etnoarqueología, se dan por el momento entre las ocupaciones complementarias de ICc5 e ICc8 y los sitios relacionados oportunamente de AAS y HA. Y a nivel macro, con los sitios coetáneos de quebrada de Humahuaca, Puna y quebrada de La Cueva, principalmente (Krapovickas *et al.* 1979; Basílico 1992; Nielsen 2007; Rivolta 2007; Tarragó *et al.* 2010).

En relación al material óseo humano, algunos autores (*e. g.* Cocilovo *et al.* 2001) resaltan la necesidad de contar con muestras de proveniencia clara, ya que lo que predomina es el trabajo con colecciones descontextualizadas. El estudio de estilo de vida se muestra mucho más interesante que algunas determinaciones con las cuales comparamos anteriormente a nivel regional, realizadas en base a viejos paradigmas. Resaltamos de estos datos el hecho de encontrar tres enterratorios de características diferentes dentro de una misma población, con distintas deformaciones cefálicas, junto con sus contextos que por otra parte son diferentes entre sí. Otro tema a resaltar es el interés de los pobladores en estos estudios, a los cuales hemos acercado los resultados.

El análisis del desgaste dentario de la mujer de AAS (0) indica una posible dieta en base a maíz, lo cual concuerda con los análisis de C13/12 presentados en la tabla 1, y comparados por Beta Analytic Inc. Tanto para AAS (0) así como para AAS (1 y 3), indican posible dieta en base a maíz, lo cual concuerda con los datos obtenidos por Yacobaccio mencionados para ICc8 así como los nuestros relativos a ICc5. En esta cueva se localizaron macrorrestos de maíz en las capas que coinciden cronológicamente con lo aquí presentado sobre AAS y con presencia de maíz en el análisis de la columna polínica realizada dentro del proyecto a nuestro cargo.

Las conclusiones preliminares con respecto al análisis zooarqueológico de AAS para el final del bloque temporal considerado, se han incluido en el acápite correspondiente. Tentativamente tenemos para este período *Artiodactyla* (que para el momento y la zona probablemente sean camélidos, pero el estado de la muestra no permite determinarlos con más precisión). En conjunto con los camélidos determinados y los roedores, son la fauna más presente en esta ocupación. En cuanto a la problemática de la caza y/o pastoreo de camélidos, se sabe que ha habido una coexistencia de ambas prácticas en estos momentos (Yacobaccio y Catá 2006).

Con respecto al arte rupestre relevado en cercanía del antigal de Alto Sapagua, (sitio intermedio entre Inca Cueva y Los pintados de Sapagua*)*, nos interesó el planteo de Aschero (2000b) que correlaciona el pastoreo, las caravanas y el arte rupestre, discutiendo, para el período 900-1535 D.C., el modelo de tráfico planteado por Núñez y Dillehay (1978) en las microrregiones Antofagasta de la Sierra y Azul Pampa. A su vez, Martel y Aschero (2007) relacionan el arte rupestre producido sobre los 3000 msnm entre Inca Cueva, Antofagasta de la Sierra y Valle Encantado, en Salta. Los autores plantean que los pastores son sus agentes productores, quienes a su vez son difusores de la información que lleva a la estandarización del arte rupestre en el ámbito circumpuneño. Esto se encontraría vinculado a rutas o sendas importantes. Consideramos que todo esto es exactamente lo que está pasando en este nuevo sitio de arte rupestre relevado por nosotros. Por todos los datos mencionados anteriormente, estas vinculaciones e intercambios, hasta el momento se habrían producido sobre el final del período estudiado a nivel regional. En cambio, en los momentos más tempranos, de acuerdo a la evidencia, se enfatiza la interacción a nivel microrregional.

En definitiva, adherimos a planteos como el de Capriles (2014) que revisa los esquemas previos sobre el período Formativo en el altiplano central de Bolivia y considera que son los pastores los que fundamentalmente enfrentaron los riesgos ambientales y sociales a través de la movilidad pastoril. De acuerdo a esto, reevalúa la interpretación corrientemente aceptada para el complejo cultural Wankarani como formado por aldeas permanentes y cita trabajos recientes de Lane (2010) y Dillehay (2011), los cuales según Capriles identificaron y rotularon este sesgo en la investigación como “agrocentrismo”.

AGRADECIMIENTOS

A Gabriel E. J. López por su lectura crítica de un manuscrito anterior. A Carlos Aschero, Hugo Yacobaccio y Alicia Fernández Distel por sus comunicaciones personales mencionadas en el texto. Todos los conceptos vertidos son sin embargo de exclusiva responsabilidad de las autoras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albeck, M. E.

1992/93 Áreas agrícolas y densidad de ocupación prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 2:56-77.

2000 La vida agraria en Los Andes del sur. En *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, vol.1, editado por M.N. Tarragó, pp. 87-228. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Aschero, C.

1973 Copia de libreta de campo 1972-73. Ms. en Sala 2 del Instituto de Arqueología, FFyL, UBA.

1979 Aportes al estudio del arte rupestre de Inca Cueva 1 (Departamento de Humahuaca, Jujuy). Actas Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino. *Antiquitas* 2:419-458.

1988 De punta a punta: Producción, mantenimiento y diseño de puntas de proyectil precerámicas de la Puna Argentina. *Precirculados de las ponencias científicas presentadas al simposio "Las Unidades de Análisis para el estudio del cambio cultural en Arqueología" del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 219-229, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

2000a El poblamiento del territorio. En *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, vol.1, editado por M.N. Tarragó, pp. 17-59. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

2000b Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, editado por M. M. Podestá y M. de Hoyos, pp.15-44. Sociedad Argentina de Antropología, Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires.

2006 De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad Río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna meridional argentina. En *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*, editado por D. Fiore y M. M. Podestá, pp. 103-140. Altuna Impresores, Buenos Aires.

Aschero, C. A., M. M. Podestá y L. C. García

1991 Pinturas rupestres y asentamientos cerámicos tempranos en la Puna argentina. *Arqueología* 1:9-49.

Aschero, C. y H. Yacobaccio

1994 20 años después: Inca Cueva 7 reinterpretado. *Actas y Memorias* XI *Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 13, Nº ¼:116-119. San Rafael.

Basílico, S.

1992 Pueblo Viejo de La Cueva (Dpto. de Humahuaca, Jujuy).Resultados de las excavaciones en un sector del asentamiento. *Cuadernos* 3:108-127.

Behrensmeyer, A. K.
1978 Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4:150-162.

Benavente Aninat, M. A.
1982 Chiu-Chiu 200. Una comunidad pastora temprana en la Pcia. del Loa (II región). *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*:75-94. La Serena.

Bennett, W. C., E. F. Bleiler y F. H. Sommer
1948 *Northwest Argentine Archaeology*. New Haven: Yale University Publications in Anthropology vol. 38. Yale University Press.

Boman, E.
1992 [1908] *Antigüedades de la Región Andina de la República de Argentina y del Desierto de Atacama*, vol. II. Traducido por Delia Gómez Rubio. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.

Bordach, M. A., L. B. Dalerba y O. Mendonça
1999 *Vida y muerte en Quebrada de Humahuaca. Antropología Física Prehistórica del Sitio SJ Til 20.* Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Córdoba.

Capriles, J. M.
2014 Mobile Communities and pastoralist landscapes during the formative period in the central altiplano of Bolivia. *Latin American Antiquity* 25:3-26.

Cocilovo, J. A., H. H. Varela y S. Valdano
2001 Estructura de la población antigua de la Quebrada de Humahuaca. En *Historia Argentina Prehispánica* vol. 1, editado por E. E. Berberián y A. E. Nielsen, pp. 265-287. Editorial Brujas, Córdoba.

Dillehay, T.
2011 Direcciones futuras para la arqueología del pastoreo y el tráfico caravanero sur andino. En *En ruta: arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino*, editado por L. Núñez y A. E. Nielsen, pp. 399-405. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.

Escola, P. S.
1996 Riesgo e incertidumbre en economías agropastoriles: consideraciones teórico-metodológicas. *Arqueología* 6:9-24.

Fernández Distel, A. A.
1983 Mapa arqueológico de Humahuaca. *Scripta Ethnologica* 4.
1998 *Arqueología del Formativo en la Puna Jujeña (1800 A.C. al 650 D.C.)*. Colección Mankacén. Editorial Dunken, Buenos Aires.

García, L. C.
1985 Evidencias arqueológicas de la producción del fuego. *Runa* 15:133-152.

1988/89 Las ocupaciones cerámicas tempranas en cuevas y aleros en la Puna de Jujuy, Argentina - Inca Cueva, Alero 1. *Paleoetnológica* 5:179-190.

1991 Cerámicas de la Sierra del Aguilar, Puna de Jujuy. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II:79-88. Santiago de Chile.

1993 Experimentación en Inca Cueva: Arcillas, Fogones y Combustibles. *Arqueología* 3:69-91.

1996 Hallazgo en el antigal de Alto Sapagua, Departamento de Humahuaca, Puna de Jujuy. En *XXV Aniversario Museo Arqueológico Dr. Eduardo Casanova*, editado por el Instituto Interdisciplinario Tilcara, pp. 65-82. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Fac. de Filosofía y Letras, U.B.A, Tilcara.

1998/1999 Arqueología de asentamientos formativos en la Puna Oriental y su borde, Provincia de Jujuy: el cambio hacia una vida crecientemente sedentaria y productiva en Azul Pampa, Departamento de Humahuaca. Tesis doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1999 Lime and blood. The art of the elders. (Ethnoarchaeology at Azul Pampa, Jujuy Province) World Congress News 95 Proceedings, Volume & CD-rom. Turín.

2001 Women at Work: A Present Archaeological View of Azul Pampa Herding Culture (North West Argentina). En: *Ethnoarchaeology of Andean South America. Contributions to Archaeological Method and Theory,* Ethnoarchaeological Series 4, editado por L. A. Kuznar, pp. 202-220. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.

2010 La población de ca 1.000 AD en las tierras altas de Humahuaca, Jujuy. En *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo, XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, tomo II*, editado por J. R. Bárcena y H. Chiavazza pp. 629-633. Editorial FFyL UNCuyo E INCIHUSA CONICET. Mendoza.

2011 La cerámica de Azul Pampa como evidencia de relaciones sociales a escala comunitaria y regional. En *La Cerámica Arqueológica en la Materialización de la Sociedad. Transformaciones, metáforas y reproducción social*, editado por los M. C. Páez y G. de la Fuente, pp. 114-125. B.A.R. International Series S2294. Southamerican Archaeology Series. Oxford.

García, L. C., P. S. Higa, H. S. Lamas y F. V. Lamas

2013 *La cuenta larga, la cuenta corta y el hoy*. Trabajo presentado ante el Simposio 8 El Pasado presente. XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja.

García, L. C. y S. Fernández Do Río

2011 La ocupación humana en la quebrada de Zapagua (Puna de Jujuy). En Arqueología de la Puna Argentina: Perspectivas actuales en el estudio de la diversidad y el cambio cultural, editado por G. López y H. Muscio, pp. 19-31. B.A.R. International Series 2296. *South American Archaeology Series* 16, Oxford.

García, L. C. y P. S. Higa

2014 Un caso de estudio sobre sociedades productoras de alimentos iniciales a plenas en la Provincia de Jujuy. En *Integración de diferentes líneas de evidencia en la arqueología argentina*, editado por G. Cassiodoro, A. Re y D. Rindel, pp. 1-23. Aspha Ediciones. Buenos Aires.

García, L. C. y H. S. Lamas
2009 *Un nuevo sitio con arte rupestre en Sapagua, Jujuy, Argentina*. Trabajo presentado ante el Simposio 22, Rock Art and Museum, Global Rock Art, Congreso Internacional de Arte Rupestre. Piauí.

García, L. C. y L. C. Lupo
2008 Desarrollo social en Inca Cueva. El caso de la cueva 5. *Libro de Resúmenes de las Jornadas de arqueología del área puneña de los andes centro-sur. Tendencias, variabilidad y dinámicas de cambio (ca. 11000 - 1000 AP)*:116-117. Horco Molle.

García, L. C. y P. S. Ramundo
2002 They are going over our heads! Nos pasan por encima!. En *1999 IRAC Proceedings Volume 2,* editado por W. Whitehead y L. Loendorf, pp. 199-208. American Rock Art Research Association, Tucson.

González, A. y A. Pérez
1983 *Argentina Indígena, vísperas de la conquista*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

Graf, K.
1992 Pollendiagramme aus den Anden. Eine Synthese zur Klimageschichte und Vegetationsentwicklung seit der letzten Eiszeit. *Physische Geographie* 34:1-138.

Grosjean, M. B., Messerly, C. Ammann, M. A., Geyh, K. Graf, B. Jenny, K. Kammer, L. Núñez, H. Schreier, U. Schotterer, A. Schwalb, B. Valero-Garcés y M. Vuille
1995 Cambios medioambientales durante el Holoceno en el Altiplano de Atacama e implicaciones paleoclimáticas. *Bull. Inst. fr. études andines* 24(3):585-594.

Krapovickas, P., A. Castro, M. de las M. Pérez Meroni y R. Crowder
1979 La instalación humana en Santa Ana de Abralaite. Sector oriental de la Puna; Jujuy. Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 13 (N.S.):27-48.

Lane, K.
2010 ¿Hacia dónde se dirigen los pastores? Un análisis del papel del agropastoralismo en la difusión de las lenguas en los Andes. *Boletín de Arqueología PUCP* 14:181-198.

Lavallée, D.
1977 Telarmachay. Campamento de pastores en la Puna de Junín del período Formativo. *Revista del Museo Nacional* 43:61-109.
1986 *Proyecto de investigación en el Noroeste argentino (Dpto. de Jujuy)*. Informe presentado al Departamento de Antropología y Folklore. Jujuy - Argentina.

Lavallée, D. y M. Julien
1987 Programme Jujuy. E.R. 313 *Préhistoire des Régions Andines*. Rapport d'activité 1984-1987. CNRS. Francia.

Lavallée, D., M. Julien, C. Karlin, L. C. García, D. Pozzi-Escot y M. Fontugne
1997 Entre Desierto y Quebrada. Primeros resultados de las excavaciones realizadas en el abrigo de Tomayoc (puna de Jujuy, Argentina). *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 26 (2):141-175.

Leoni, J. B. y M. I. Hernández Llosas
2012 Paisajes, economía y sociedad en las nacientes de la Quebrada de Humahuaca en el rango 3000 - 1000 A.P.: evidencias arqueológicas, discusión y perspectivas. Trabajo presentado en Arqueología del Período Formativo en Argentina: Un encuentro para integrar áreas y sub-disciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso. Tafí del Valle.

Lupo, L. C.
1993 Informe palinológico. Inca Cueva - 4. Ms. en Sala 2 del Instituto de Arqueología, FFyL, UBA.

Markgraf, V.
1985 Paleonvironmental history of the last 10.000 years in Northwestern Argentina. *Zbl. Geol. Paläont* 1(11/12):1739-1749.

Markgraf, V., J. R. Dorson, A. P. Kershaw, M. S. McGlone y N. Nicholls.
1992 Evolution of Late Preistocene and Holocene Climates in the Circum-South Pacific Land Areas. *Climate Dynamics* 6:193-211.

Mengoni Goñalons, G. L.
1986 Vizcacha (*Lagidium viscacia*) and Taruca (*Hippocamelus* sp.) in early southandean economies. En *Archaeozoologia*, *Mélanges*, editado por Pierre Ducos, pp. 63-71. La pensée sauvage editions, Bordeaux.

Martel, A. y C. Aschero
2007 Pastores en acción: imposición iconográfica vs. autonomía temática. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, editado por A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli, pp. 329-349. Editorial Brujas, Córdoba, Argentina.

Nielsen, A.
1997a Nuevas evidencias sobre la producción agrícola Inka en el sector norte de la Quebrada de Humahuaca. *Estudios Sociales del NOA* 1:31-58.
1997b *Tiempo y Cultura Material en la Quebrada de Humahuaca 700 - 1650 d.C.* Instituto Interdisciplinario Tilcara. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. San Salvador de Jujuy.
2001 Evolución social en Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En *Historia Argentina Prehispánica*, vol. I, editado por E. E. Berberían y A. E. Nielsen, pp. 171-264. Editorial Brujas, Córdoba.
2007 El Período de Desarrollos Regionales en la Quebrada de Humahuaca: aspectos

cronológicos. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 235-250. Artes Gráficas Buschi S. A, Buenos Aires.

Núñez Atencio, L.

1976 Geoglifos y tráficos de caravanas en el desierto chileno. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige,* editado por L. Núñez, pp. 147-201. Univ. Del Norte, Antofagasta.

1994 Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la puna de atacama: Las evidencias del sitio Tulán-54. En *Taller de costa a selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro sur*, editado por M. E. Albeck, pp. 85-115. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Fac. de Filosofía y Letras, U.B.A, Tilcara.

2007 Reflexiones sobre el tráfico de caravanas y complementariedad circumpuneña. En *Sociedades precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro* Sur, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 33-57. Artes Gráficas Buschi S. A, Buenos Aires.

Núñez, L. y T. Dillehay

1978 *Movilidad Giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.

Núñez, L., P. de Souza, I. Cartajena y C. Carrasco

2007 Quebrada de Tulán: evidencias de interacción circunpuneña durante el formativo temprano en el sureste de la cuenca de Atacama. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, Tomo II, editado por A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli, pp. 287-304. Editorial Brujas, Córdoba.

Olivera, D.

2001 Sociedades agropastoriles tempranas: El formativo inferior del noroeste argentino. En *Historia Argentina prehispánica,* Tomo I, editado por E. Berberián y A. Nielsen, pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.

Olivera, D. y J. Palma

1997 Cronología y registro arqueológico en el Formativo Temprano en la región de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:77- 99.

Palma, J. y D. Olivera

1992/93 Hacia la contrastación de un modelo arqueológico para el formativo regional en Humahuaca: el caso de Estancia Grande. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 14:237-259.

Rafferty, J.

1985 The archaeological record of sedentariness. Recognition, developments and implications. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 8, editado por M. B. Schiffer, pp.113-156. Academic Press, New York.

Rivolta, M. C.
2000 *90 años de investigación en la Quebrada de Humahuaca: un estudio reflexivo.* Serie Monográfica 5. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. San Salvador de Jujuy.
2007 Abandono y reutilización de sitios. La problemática de los contextos habitacionales en quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños* 34:31-49.

Seltzer, G. O., D. T. Rodbell y M. Abbott
1995 Andean glacial lakes and climate variability since the last glacial maximum. *Bull. Inst. fr. études andines* 24(3):539-549.

Tarragó, M. y M. E. Albeck
1997 Fechados radiocarbónicos para el sector medio de la quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:101-129.

Tarragó, M. N., L. R. González, G. Ávalos y M. Lamamí
2010 Oro de los señores. La tumba 11 de La Isla de Tilcara (Jujuy, Noroeste Argentino). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 15(2):47-63.

Ventura, B.
1991 Síntesis de las investigaciones arqueológicas en el sector norte de las Selvas Occidentales. *Arqueología* 1:51-73.

Yacobaccio, H.
1979 Arte rupestre y tráfico de caravanas en la puna Puna de Jujuy: modelo e hipótesis. *Antiquitas* 2:392-407.
1990 Sistemas de asentamiento de cazadores-recolectores tempranos de los Andes Centro Sur. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Yacobaccio, H. y M. P. Catá
2006 El uso de los camélidos en la quebrada de Humahuaca (1100 D.C.). *Actas del IV Congreso Mundial sobre camélidos* CD Rom. Santa María.

Yacobaccio, H. D. y A. Korstanje
2007 Los procesos de domesticación vegetal y animal. Un aporte a la discusión argentina en los últimos 70 años. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 32:191-215.

Zaburlín, M. A.
2012 La cerámica tricolor de la Puna Jujeña: Variabilidad de los motivos con vírgulas y puntos blancos. *Arqueología* 18:131-152.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 215-245

LA GENTE Y SUS PRÁCTICAS EN LAS TIERRAS BAJAS Y ALTAS DEL OESTE TINOGASTEÑO EN LOS SIGLOS I A XIII D.C. (CATAMARCA, ARGENTINA)

Norma Ratto[*], Mara Basile[**], Anabel Feely[*], Irene Lantos[**], Luis Coll[***], Dolores Carniglia[*] y Juan Pablo Miyano[*]

ABSTRACT

In this article we present the results of different lines of research that enabled us to outline the social and environmental process of Western Tinogasta throughout the 1st to 13th centuries A.D. (including production, distribution and use of ceramic and lithic objects; visual languages; organization of space; consumption of animal and vegetal resources; food production; paleoenvironmental studies; among other approaches). The regional process is characterized by the repetition of certain practices by societies of the first millennium A.D., which remarkably continued in time beyond the boundaries set by the current periodization for Northwest Argentina. The highlands and lowlands of this region were occupied and inhabited contemporarily by these populations, in continuous, sporadic and/or alternate manners, partially depending on the periods of environmental instability that affected the region. Therefore, the settlement process was neither lineal nor characterized by continuities. On the contrary, it presented intra-regional modalities that resulted from particular contexts of appropriation and construction of these spaces.

***Keywords**: Western Tinogasta – Different Analytical Lines – Regional Process – Environmental Instability – 1st to 13th centuries A.D.*

[*] Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti (FFyL-UBA).
[**] CONICET- Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti (FFyL-UBA).
[***] UBA – Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti (FFyL-UBA).

INTRODUCCIÓN

En el oeste tinogasteño se localizan los valles longitudinales de Fiambalá y Chaschuil, encerrados y separados entre sí por las sierras de Fiambalá y las cordilleras de Narváez y Los Andes en dirección este-oeste; mientras que por el norte los circunda la cordillera de San Buenaventura (Figura 1). Esta amplia región de ambientes contrastantes con pisos de valles mesotérmicos (1400-2000 msnm), puna transicional (3500-4500 msnm), precordillera (2200-3500 msnm) y cordillera (superior a 4500 msnm) ha tenido una relevancia menor en la conformación del corpus teórico de la arqueología del NOA. Esto se debe a que no contó con las prolongadas y numerosas expediciones arqueológicas realizadas por los pioneros formadores de nuestra disciplina a fines del siglo XIX; como así tampoco con proyectos de investigación de larga data ya que fueron interrumpidos por los avatares políticos cívico-militares de nuestra historia reciente y, en contraste, fue relativamente intenso el accionar de clérigos en las décadas de 1940 y 1960 (Ratto 2013).

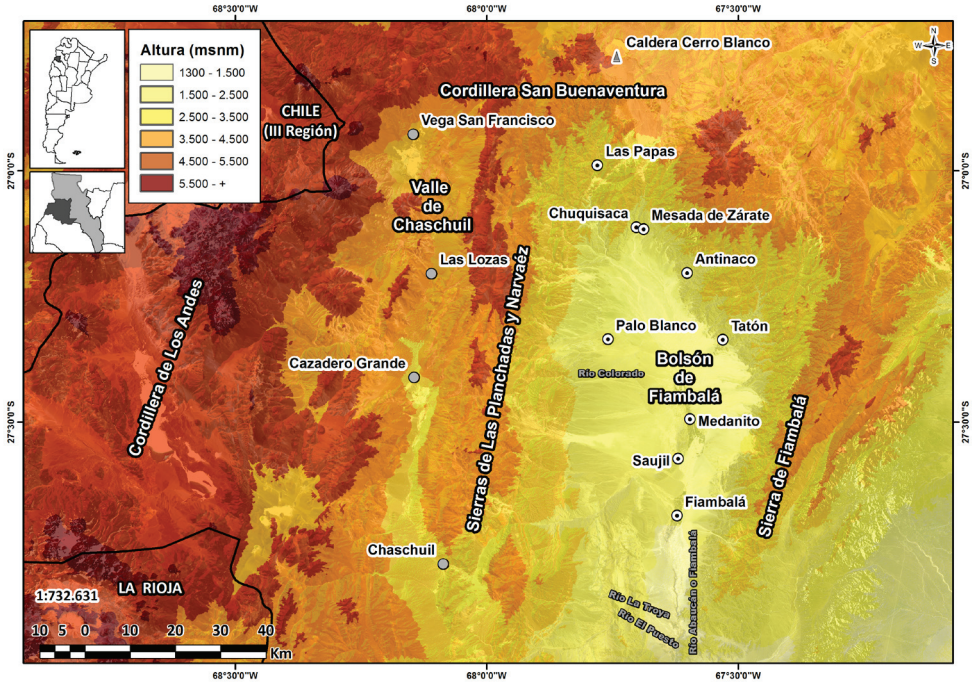


Figura 1. Localidades y parajes de las regiones de Chaschuil y Fiambalá en el oeste tinogasteño.

A mediados de la década de 1970 la única información sistemática que existía para la región se restringía a las tierras bajas, producto de la realización de los trabajos iniciales de los pioneros (González y Sempé 1975; Sempé 1976, 1977). Este escenario recién comenzó a revertirse con los aportes del Proyecto Arqueológico Chaschuil-Abaucán (PACh-A) en cuyo marco se intensificaron las prospecciones, intervenciones, dataciones absolutas y el estudio de colecciones depositadas en museos. Estas tareas, conjuntamente con el desarrollo de distintas líneas de investigación, permitieron ampliar la información socio-ambiental del

oeste tinogasteño a lo largo del amplio proceso de ocupación de estas tierras, que incluye la conquista española (Orgaz 2002; Ratto 2003, 2007, 2013; Ratto y Boixadós 2012; entre otros). Al respecto, una particularidad de la región es que el Formativo presenta ciertas características que lo distinguen de lo que ocurre en otras áreas del territorio catamarqueño, principalmente porque se documenta la continuidad de prácticas dentro del lapso comprendido entre los años 100 al 1200 de la era cristiana, aproximadamente, como así también por los períodos de inestabilidad ambiental aquí registrados (Montero *et al.* 2009, 2010; Ratto, Montero y Hongn 2012). Estos procesos contribuyeron a que tanto las tierras bajas (valles mesotermales) como las altas (montañosas) se ocuparan en forma continua, esporádica o alternada a lo largo de este amplio rango temporal. De esta manera, el Formativo en la región excede los límites cronológicos propuestos por los colegas que plantearon las primeras periodizaciones y subdivisiones de dicho período (González 1963; Núñez Regueiro 1974; Pérez Gollán 1994).[1]

En este marco, el objetivo de este trabajo es delinear el proceso social desarrollado entre los siglos I y XIII D.C., en un sector del Noroeste argentino del oeste del Departamento Tinogasta en la provincia de Catamarca. Este proceso se caracteriza por la repetitividad en el tiempo de ciertas prácticas de las sociedades que llamaremos del primer milenio o Formativas (ver más adelante). Para modelarlo se implementaron distintas líneas de investigación, que abordaron diferentes aspectos socio-ambientales, de las que damos cuenta en este trabajo (organización del espacio, producción, distribución y consumo de objetos cerámicos y líticos, lenguajes visuales, consumo de recursos animales y vegetales, producción de alimentos, estudios paleoambientales, entre otras).

LAS SOCIEDADES DEL PRIMER MILENIO

El Período Formativo en mirada retrospectiva

Entre los años 5000-3000 A.C. se inició en los Andes un proceso socioeconómico complejo que se cristalizó en nuevas formas de obtención de alimento (agricultura y ganadería) que condujeron al crecimiento demográfico, al sedentarismo, a la incorporación de nuevas tecnologías y a la aparición de caseríos y/o aldeas. Este momento de la historia americana recibió el nombre de «Formativo» (*sensu* Willey y Phillips 1958), que en los Andes Centro Sur, y particularmente en Argentina, fue utilizado profusamente en los trabajos de Alberto R. González realizados en las décadas de 1950 y 1970 (González 1963; González y Pérez 1966; entre otros) (ver nota 1).

Remitimos al reciente aporte de Olivera (2012) para acceder al proceso histórico de acuñación, uso y alcance de esta unidad (Formativo) en la arqueología argentina, la que por

[1] Las primeras periodizaciones para el Noroeste argentino le otorgaron al Período Formativo alcances particulares: (a) González (1963) propuso Período Culturales donde el lapso del 600 A.C. al 900/1000 D.C. corresponde al Temprano (primeras culturas -650 D.C.); Medio (650-850 D.C.) y Tardío (850-1480 D.C.); (b) Núñez Regueiro (1974) dividió en un Formativo Inferior (600 A.C. al 700 D.C.); Formativo Medio (600-850 D.C.) y Formativo Superior (700-1000 D.C.) y (c) Pérez Gollán (1994) consideró al Formativo (1000 A.C. al 300 D.C.) y luego planteó un Período de Integración Regional (300-900 D.C.).

su variabilidad regional se convirtió en un concepto ambiguo ya que puede dar cuenta de un período cronológico, de una etapa cultural, de una estrategia adaptativa y/o de una forma de organización social, económica y política. Esta situación redundó en que el concepto fuera discutido y replanteado por distintos colegas en las últimas décadas, al compás de las nuevas evidencias reportadas por los equipos de investigación (Olivera 1988; Tarragó 1999; Korstanje 2005; Scattolin *et al.* 2009; Delfino *et al.* 2009; entre otros), y en que se incluyera el papel cumplido por los cazadores-recolectores del Arcaico Tardío en la delineación del proceso (Aschero 2007, 2009). Al respecto, puede afirmarse que la profundización en la práctica arqueológica de alcance regional en la provincia de Catamarca trajo aparejada una diversidad y variabilidad de contextos históricos que presentan características que permiten encuadrarlos dentro del complejo proceso denominado Formativo y que no hacen referencia específica a una cronología determinada. Entre sus características más representativas pueden mencionarse que: (i) da cuenta de un proceso histórico arraigado en el Arcaico (arte rupestre, manejo de animales y plantas, redes de interacción entre ambas vertientes de los Andes); y presenta: (ii) amplia distribución espacial con ocupación y complementación entre diferentes pisos ecológicos; (iii) un sistema de asentamiento con alto grado de sedentarismo con emplazamiento de las primeras aldeas y uso estacional de cuevas y aleros; (iv) diversidad artefactual y manejo de desechos (basurales); (v) prácticas agro-ganaderas con generación de excedente donde la actividades de caza y recolección continúan como complemento; (vi) estabilidad de los asentamientos con selección de los lugares de emplazamiento en función del acceso a los recursos y el desarrollo de las redes de interacción; (vii) ubicación de los asentamientos relacionada con el desarrollo de prácticas agrícolas y/o de pastoreo; (viii) desarrollo de nuevas tecnologías: cerámica, metalurgia e incorporación de técnicas textiles y de cestería; (ix) aumento poblacional; (x) la familia como unidad productiva y (xi) bajo grado de complejidad política.

Las características reseñadas varían de región en región dentro del territorio catamarqueño y este aspecto, quizás, sea el mayor desafío para aprehender el desarrollo de estas sociedades. De igual manera, el proceso no puede adscribirse a una cronología determinada ya que en algunas regiones se enlaza y arraiga con la historia de los cazadores-recolectores del Arcaico Tardío (Aschero 2009), mientras que en otras se concentra en el desarrollo de las sociedades del primer milenio de la era cristiana (Scattolin *et al.* 2009). En nuestra región en particular, el oeste tinogasteño, aún no podemos sostener que su evolución estuviera enraizada en los cazadores-recolectores del Arcaico Tardío, debido a los recurrentes eventos sísmicos y volcánicos acaecidos en el área (Ratto *et al.* 2012), pero sí estamos en condiciones de afirmar que sus prácticas −sus modos de hacer− se extendieron del siglo I al XIII D.C., al compás de un ambiente físico cambiante e inestable (Ratto *et al.* 2013) (ver más adelante).

La historia regional del oeste tinogasteño: siglos I al XIII D.C.

Las investigaciones en el oeste tinogasteño, iniciadas por nuestro equipo a mediados de la década de 1990, abarcaron grandes bloques témporo-espaciales para delinear su desarrollo cultural y ambiental. Un enfoque desde la perspectiva del paisaje fue apropiado para alcanzar esa meta porque nos permitió comprender el pasado de las sociedades prehispánicas mediante

el reconocimiento y evaluación de las relaciones dinámicas e interdependientes que las personas mantuvieron con las dimensiones físicas, sociales y culturales de su entorno a través del tiempo y el espacio. De esta manera el paisaje fue creado, reproducido y transformado en relación con otros previamente construidos, dotándolo de una dinámica propia donde cada comunidad y cada generación impusieron sus propias concepciones y significaciones al espacio habitado (Criado Boado 1999; Ingold 2000; Knapp y Ashmore 2000; entre otros). Al respecto, consideramos que los contextos socio-históricos se sucedieron y transformaron en el tiempo generando una multiplicidad de paisajes en donde se pusieron en práctica mecanismos de competencia, negociación y acuerdo para privilegiar intereses, imponer sistemas simbólicos y/o reforzar la cohesión social. Sin embargo, todas estas prácticas se desarrollaron dentro de un ambiente físico que no negamos, sino que integramos al proceso de construcción de un paisaje dinámico y articulado con sus diferentes dimensiones a lo largo del tiempo.

Si bien en este trabajo nos focalizamos en el amplio lapso comprendido entre los siglos I y XIII D.C., cabe destacar que la comprensión del proceso histórico acaecido en ese tiempo fue posible gracias a la mirada regional y temporalmente extensa que caracterizó las distintas líneas de investigación desarrolladas por el proyecto desde sus inicios. La estrategia consistió en articular métodos y técnicas de la arqueología, la historia, las ciencias físico-químicas y las naturales para conocer la interrelación y complementariedad entre las tierras bajas y altas de las regiones de Fiambalá y Chaschuil. Los estudios no solo apuntaron a definir la diversidad ecológica, sino también a delimitar las rutas por donde circuló la información para consolidar las relaciones sociales, económicas, políticas e ideacionales que se articularon dentro de un ambiente físico contrastante y cambiante (Ratto *et al.* 2012; Ratto *et al.* 2013).

La interrelación de la información disponible permitió plantear un modelo general de poblamiento que sostiene que desde el siglo I hasta el XVII D.C. las tierras bajas del valle mesotérmico de Fiambalá atravesaron por procesos dinámicos de despoblación y repoblación, vinculados básicamente con tres variables: (a) la inestabilidad ambiental (despoblamiento); (b) la intervención incaica (repoblamiento), y (c) la conquista y colonización española (traslados y despoblamiento) de las que dimos cuenta en un reciente trabajo (Ratto 2013).

Enfocándonos en el proceso histórico ocurrido entre los siglos I y XIII, podemos decir que las intensas prospecciones, las intervenciones de sitios arqueológicos de variados contextos (residenciales permanentes y temporarios, productivos, funerarios) y los 46 fechados radiométricos existentes (Ratto 2013) permiten sostener que las sociedades agro-pastoriles habitaron e integraron las tierras tanto bajas como altas de las regiones de Fiambalá y Chaschuil. Sin embargo, la ocupación del valle se interrumpió a fines del siglo X, mientras que continuó hasta el siglo XIII en las tierras altas, puna transicional de Chaschuil y Cordillera de San Buenaventura. Los estudios paleoambientales aportaron valiosa información para comprender el abandono del fondo del valle por más de dos centurias debido a que no presentaba condiciones adecuadas para su habitabilidad. Cambios en la topografía, en la dinámica fluvial e intensos acarreos de material pumíceo afectaron principalmente el valle como consecuencia de la intensa actividad volcánica y sísmica de la última erupción del Cerro Blanco (Valero Garcés y Ratto 2005; Montero *et al.* 2009; Ratto *et al.* 2013), la cual fue recientemente datada en torno a los 4000 años A.P. (Fernández Turriel *et al.* 2013-2014). Los altos volúmenes de materiales piroclásticos depositados fueron sujetos a la acción de

distintos agentes (principalmente agua y viento) que provocaron su desplazamiento al fondo de valle y que impactaron en forma negativa en las sociedades agropastoriles allí asentadas desde comienzos de la era. Al estado de la investigación podemos afirmar que este impacto se produjo principalmente después del siglo V debido al registro de estratos pumíceos que sellaron pisos de ocupación de distintos núcleos habitacionales fechados en la segunda mitad del primer milenio (entre el 500 y el 1000 de la era) (Ratto 2007; Bonomo *et al.* 2010; Ratto y Basile 2010). Estas condiciones afectaron la vida cotidiana y productiva de la gente y provocaron el despoblamiento del fondo del valle (*ca*. 1000 al 1250 D.C.) y el desplazamiento de las poblaciones a las tierras altas donde continuaron con sus modos de vida (Ratto 2013).

El Formativo, entonces, constituye un proceso social, económico, político e ideológico que se materializa en prácticas concretas de producción y reproducción de personas, materia, energía e información (Ratto 2013). Para aprehender la dinámica del proceso nos enfocamos en conocer la pervivencia, transformación, resignificación y discontinuidad de esas prácticas a lo largo del devenir de esos siglos (I al XIII D.C.) que se materializó en los objetos, paisajes y lugares inmersos dentro de las amplias regiones que estudiamos. En este largo desarrollo, estas sociedades tuvieron un papel central y protagónico en la historia regional del oeste tinogasteño, ya que constituyeron los grupos locales cuyos modos de vida se produjeron y reprodujeron, en interacción también con las que habitaron la puna sur y los valles orientales (Ratto *et al.* 2007, 2013).

Considerando que toda práctica se produce y reproduce en permanente articulación con otras y con las condiciones del medio físico en que se enmarcan, abordamos y desarrollamos las distintas formas en que se manifestaron la producción alfarera y lítica, las manifestaciones plásticas, la subsistencia y formas de consumo, la funebria, la arquitectura, y las estrategias de uso de los espacios. Además, la aplicación de métodos y técnicas de las ciencias físicas, químicas y naturales, que engloban la llamada arqueometría (geofísica, activación neutrónica, geoarqueología, química orgánica, herramientas de análisis espacial, entre otras), aportaron a la definición de dichas prácticas, en conjunción con la participación activa de las comunidades locales.

LAS PRÁCTICAS QUE DEFINEN LOS SIGLOS I AL XIII

Tal como se dijo anteriormente, diferentes líneas de investigación aportaron información para modelar las características que distinguen el largo proceso regional de las sociedades del primer milenio. Durante este amplio lapso se documentó una recurrencia en las prácticas y una repetitividad de las acciones colectivas de producción, uso y consumo de objetos y recursos, de la forma de realización de las imágenes desplegadas en roca y cerámica y de la manera de configurar los espacios construidos, habitados y transitados. En esta oportunidad presentamos los resultados de algunas de las líneas analíticas que contribuyen a delinear el escenario socio-ambiental, abordando las diversas dimensiones prácticas que lo caracterizaron y que se desarrollaron dentro de contextos particulares definidos por ambientes físicos dinámicos e inestables. Las diferentes líneas que presentamos a continuación enfocan distintos aspectos de: (i) la variabilidad de los entornos construidos, (ii) la manufactura, distribución y consumo de bienes cerámicos, (iii) la dimensión visual de las manifestaciones

desplegadas en roca y cerámica, (iv) la tecnología lítica, y (v) la producción y consumo de alimentos.

Los materiales y/o muestras analizadas provienen de diversos sitios arqueológicos emplazados en distintos ambientes o ecozonas que caracterizan a las tierras altas y bajas de las áreas de Chaschuil y Fiambalá y que se ubican dentro del lapso comprendido entre los siglos I y XIII D.C. (Ratto 2013). Es importante señalar que ambas áreas están comunicadas por conectores naturales que fueron utilizados como vías de circulación en el pasado y cuyo tránsito fue fundamental en la construcción de una memoria, un conocimiento y un código compartidos, generados en el curso mismo de la experiencia de recorrer y habitar esos lugares (Ratto *et al.* 2012).

También cabe aclarar que los resultados que aquí se reportan presentan una profundidad analítica diferencial vinculada directamente con las instancias de desarrollo en que se encuentra cada una de las líneas de investigación. Además, esto también está relacionado con las diferencias existentes entre los ambientes que caracterizan las regiones de Chaschuil y Fiambalá (cordilleranos, puneños, precordilleranos y valles mesotérmicos), no solo respecto de los tipos de instalaciones, sino también de los procesos de formación que inciden directamente sobre las construcciones y el contenido material. Al respecto, cabe destacar que en las tierras altas puneñas y cordilleranas los sitios presentan alta visibilidad pero estuvieron sujetos a reclamaciones en tiempos prehispánicos y actuales; además, el material cerámico está ausente, en estado muy fragmentario o presenta alta meteorización. Por su parte, en la precordillera y cordillera se registran sitios reclamados como puestos para el pastoreo de ganado europeo, además del registro de intensos procesos de acumulación por acción eólica (alta tasa de sedimentación), por lo que no se descarta la existencia de otros sitios sepultados por los médanos. Por último, en el valle es donde se registran las instalaciones residenciales permanentes y la mayor densidad y diversidad de material cerámico. Esta ecozona fue y es afectada por la acción fluvial, los aluviones y también por la formación de grandes medanales.

Los Entornos Construidos

En el oeste catamarqueño los pisos altitudinales de fondo de valle, precordillera, puna transicional y cordillera fueron ocupados en forma continua o interrumpida entre finales del siglo I y mediados del siglo XIII de la era cristiana. Esto se manifiesta en distintos tipos de instalaciones de residencia permanente, estacional o temporaria. Las diferentes planificaciones del espacio construido variaron en escala, materiales y técnicas constructivas, pero guardaron similitud respecto de sus organizaciones socio-espaciales (Salminci 2005; Ratto *et al.* 2008). Específicamente, se documentan diferencias en las materias primas y en la preparación de los materiales utilizados para la construcción de muros y cimientos según los lugares de emplazamiento de los sitios dentro de este amplio lapso. Por un lado, en precordillera, puna y cordillera se utilizaron rocas seleccionadas por criterios de forma y tamaño, preferentemente globulares de variadas dimensiones, que provenían de las adyacencias de cada instalación (cursos fluviales o formaciones rocosas). El armado de los muros varió en cuanto a la ubicación y colocación de las rocas, ya que en ambientes de precordillera (2479 msnm) y alta montaña (5000 msnm) presentan muros dobles, donde la primera hilera (ci-

miento) estuvo conformada por rocas de tamaño grande, en forma de poliedro irregular de aristas redondeadas colocadas verticalmente, pero para las sucesivas hileras se utilizaron rocas de forma esferoidal y de menor tamaño. En cambio, en la puna transicional (4000 msnm) presentan muros simples o dobles en pirca seca de rocas en forma de paralelepípedos con ángulos redondeados y de otras, esferoides, que se colocaron en forma horizontal sin diferenciación entre las hileras (Ratto, Carniglia y Coll 2012). Por otro lado, en el valle alto (1900 msnm) se utilizaron materiales de la tierra (sedimentos arcillosos) que fueron moldeados mediante la técnica de encofrado (tapia) sin preparación de cimientos levantados con roca (Ratto y Basile 2010).

Ratto y colaboradores (2008) analizaron la relación existente entre la organización socio-espacial (*sensu* Hillier y Hanson 1984) y determinadas elecciones técnicas documentadas en cuatro conjuntos arquitectónicos de los sitios Palo Blanco (NH-1), Tatón-1, Ojo del Agua-1 y Ranchillos-2. Estos remiten a sociedades del primer milenio tanto por sus fechados absolutos como por las características tecno-morfo-decorativas de los materiales cerámicos recuperados y se encuentran emplazados en distintos ambientes de la región de Fiambalá. El análisis de los arreglos arquitectónicos y de la diversidad de grupos tecnológicos alfareros dio como resultado que los sitios presentan diferencias en sus geoformas de emplazamiento, en las elecciones arquitectónicas (técnicas y materiales constructivos) y en las superficies de los asentamientos, pero se observa una similitud en la organización socio-espacial de los primeros tres conjuntos arquitectónicos mencionados. La similitud en los valores medios de conectividad y accesibilidad indica que existen categorías socio-espaciales y grados de control similares. En el caso de Tatón-1 los valores medios de conectividad y accesibilidad no condicen con la media de la escala (m^2) ni con el costo energético invertido en su construcción, lo cual indica que lo más grande y monumental no necesariamente es más complejo en términos socio-espaciales (Ratto *et al.* 2008). La integración es la única variable socio-espacial que homogeniza los cuatro conjuntos arquitectónicos, lo cual indica que todos tienen iguales restricciones de movimientos, es decir, existe una única forma de acceso a los nodos/recintos independientemente de su variabilidad formal.

En síntesis, se registraron entornos construidos de escala discreta con uso del espacio permanente, temporario o estacional, emplazados en ambientes diversos y levantados con técnicas y materiales constructivos diferentes. Sin embargo, la organización del espacio tiende a favorecer la circulación sin establecer restricciones marcadas y profundas para segregar lo público de lo privado. Iguales niveles de segregación espacial fueron registrados en sitios cuyas cronologías los distancian más de 600 años entre sí.

Antes de finalizar esta sección, consideramos relevante dar a conocer la planimetría y contenido artefactual del sitio arqueológico Casa del Medio, emplazado en plena cordillera de San Buenaventura (3053 msnm) (Figura 2). Por su configuración espacial responde al trazado disperso planificado tipo Tafí (*sensu* Raffino 1988), se destaca que sus dos fechados radiométricos lo ubican entre los 981 y 1274 años de la era (Ratto 2013) y que se recuperó un conjunto cerámico característico de las sociedades del primer milenio asentadas en el valle mesotérmico de Fiambalá entre los siglos I y X (Feely 2010, 2013). Este sitio da cuenta de la continuidad de las prácticas de las sociedades del primer milenio en el siglo XIII y se destaca además que las fechas más modernas con la que contaba este tipo de trazado, remiten a finales del primer milenio de la era en el valle de Tafí y Amaicha (Tucumán) (Berberián y Nielsen 1988; Aschero y Ribotta 2007; Salvi *et al.* 2014; entre otros) Por lo

tanto, observamos tanto en nuestra región como en los valles altos tucumanos la persistencia en las formas de organización del espacio y en las prácticas alfareras que se extienden en el tiempo y que denotan la necesidad de calibrar los esquemas de periodización del Noroeste argentino mediante la construcción de secuencias locales.

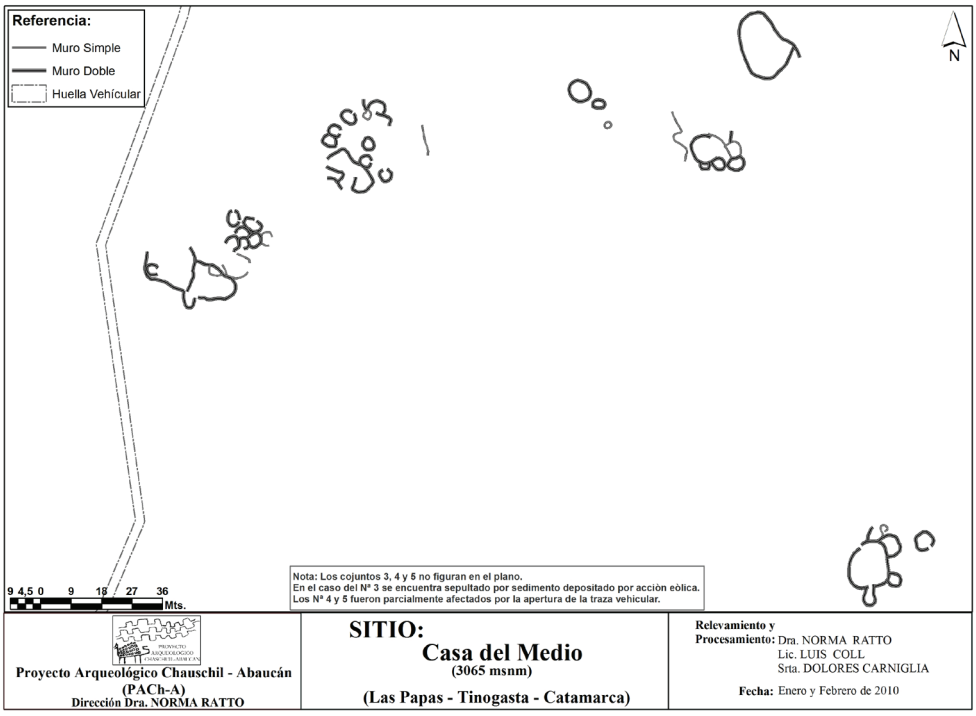


Figura 2. Planimetría del sitio Casa del Medio, Cordillera de San Buenaventura.

La Producción Alfarera (producción, distribución y consumo de objetos cerámicos)

Los estudios tecnológicos realizados sobre la muestra cerámica, al nivel de número mínimo de piezas, nos han permitido observar el empleo de una gran cantidad de elecciones técnicas diferentes, definidas a través de las variables tipo de pieza, cocción, tratamiento de superficie, decoración y tipo de pasta, y sus respectivos atributos, los que tienen una amplia distribución regional (Feely 2010, 2013). Estas opciones se registran en forma exclusiva o compartida en materiales adscriptos a piezas de tipo Ciénaga, Saujil o Aguada sobre la base de sus características tecno-morfo-decorativas. Al respecto, la mayor similitud entre estas categorías se da en las características texturales de las pastas donde predominan las de textura fina (se aclara que para el tipo Saujil también se registran otras texturas de pasta en forma minoritaria). En relación con las técnicas decorativas se destaca que si bien los recipientes clasificados como Ciénaga, Saujil y Aguada comparten el desplazamiento de materia, otras técnicas se registran exclusivamente ya sea en Saujil (pulido en líneas) o en Aguada (grabado, agregado de pigmentos de distintos colores), que es el tipo cerámico que documenta la

implementación de mayor cantidad de técnicas decorativas distintas que fueron aplicadas sobre superficies con pulido regular y completo. Este tipo de tratamiento de superficie no se registra en las piezas de las otras unidades analíticas presentes en la muestra. Por otro lado, la mayor diversidad de atmósferas de cocción registrada en las piezas Aguada (oxidante, reductora y mixta) permite pensar en un manejo intencional por parte de sus realizadores para producir recipientes de distintas tonalidades, hecho no registrado en la muestra analizada para piezas Saujil y Ciénaga que presentan exclusivamente cocción en atmósfera reductora.

En la Figura 3 se presenta el resultado del análisis numérico multivariado (Análisis de Correspondencia Múltiple y corrección de grupos por Análisis de Discriminante) a través del cual se interrelacionaron los estados de las variables: cocción, tratamiento de superficie, decoración y grupos de pasta de las 853 piezas identificadas en la muestra cerámica recuperada. El análisis generó tres grupos predictivos tecnológicos de los que se puede decir que:

a) El primer grupo (582:853) está conformado por piezas que provienen de sitios (SF-04, Casa del Medio, Ojo del Agua 1, Pocitos, Potrerillos, NH-3 y NH-6 de la Localidad Palo Blanco y Tatón 1) emplazados en distintas ecozonas de las regiones de Chaschuil y Fiambalá y articulados por una de las rutas relevadas que conecta ambas regiones a través la cordillera de Narváez (Ratto, Basile y Feely 2012).
b) El segundo grupo (214:853) está conformado por las piezas provenientes de sitios emplazados tanto en las tierras altas del área de Chaschuil (SF-05, El Zorro) como en el valle meridional de Fiambalá (Localidad La Troya-V50).
c) El tercer grupo (57:853) lo componen piezas que indican también una relación entre las áreas mencionadas (sitios Punta Colorada y Los Horcones) pero en este caso a través de una ruta no relevada hasta el momento.

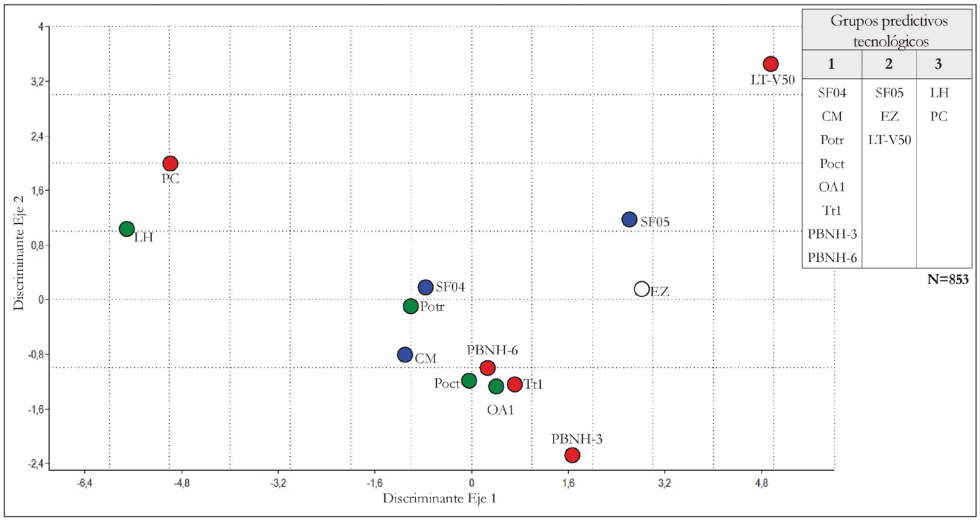


Figura 3. Análisis de Correspondencia Múltiple de las elecciones técnicas de materiales cerámicos procedentes de sitios emplazados en las regiones de Chaschuil y Fiambalá.

La segregación del tercer grupo con respecto al primero, está dada por la frecuencia diferencial de determinadas elecciones técnicas que se presentan exclusivamente en piezas Aguada. La proporción de estos materiales en los dos sitios del tercer grupo asciende aproximadamente al 60% mientras que en el grupo N° 1 esta proporción es de aproximadamente 10%. En el caso del segundo grupo la proporción de Aguada oscila alrededor de un 20%.

Los grupos predictivos tecnológicos brindan información cronológica sobre la base de los fechados radiométricos de los sitios de procedencia de la muestra (Ratto 2013) (Tabla 1).

Desafortunadamente no contamos con calibraciones temporales absolutas en todos los casos pero podemos marcar algunas tendencias respecto de la distribución témporo-espacial regional de las opciones técnicas. Al respecto, se observa que todos los grupos están presentes en todos los ambientes de las regiones en estudio. Sobre la base de los fechados radiométricos disponibles, es interesante destacar que las piezas que integran el grupo N° 1 se encuentran en el fondo de valle hasta el año 1000 D.C., aproximadamente, y a partir de esa fecha se registran en las tierras altas de Chaschuil y Fiambalá. Por su parte, las del grupo N° 2 se desarrollan en forma bastante simultánea entre los siglos III y X, aunque en las tierras altas se presentan hacia finales del siglo II. Por último, si bien las del grupo N° 3 también están en el valle y en la precordillera, la falta de fechados determinó que su registro en las tierras bajas solo pudiera ser delimitado cronológicamente para los siglos VII a X (Tabla 1).

Tabla 1. Distribución de los grupos predictivos tecnológicos cerámicos en las tierras altas y bajas dentro del lapso de los siglos I al XIII

<table>
<tr><th rowspan="3">siglo</th><th colspan="6">Grupos Predictivos tecnológicos en función de sus regiones de procedencia (ver figura 3)</th></tr>
<tr><th colspan="2">1</th><th colspan="2">2</th><th colspan="2">3</th></tr>
<tr><th>tierras bajas</th><th>tierras altas</th><th>tierras bajas</th><th>tierras altas</th><th>tierras bajas</th><th>tierras altas</th></tr>
<tr><td>I</td><td></td><td></td><td></td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>II</td><td></td><td></td><td></td><td rowspan="10"></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>III</td><td></td><td></td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>IV</td><td></td><td></td><td rowspan="5"></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>V</td><td rowspan="8"></td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>VI</td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>VII</td><td></td><td rowspan="4"></td><td rowspan="4">Sin datación (estimado)</td></tr>
<tr><td>VIII</td><td></td></tr>
<tr><td>IX</td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>X</td><td rowspan="4"></td><td></td></tr>
<tr><td>XI</td><td></td><td></td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>XII</td><td></td><td></td><td></td><td></td><td></td></tr>
<tr><td>XIII</td><td></td><td></td><td></td><td></td><td></td></tr>
</table>

En otro orden de cosas, podemos afirmar que en cada una de las instalaciones estudiadas se emplearon diversas «recetas» para confeccionar las piezas. Al respecto, se observa la presencia de vasijas con pastas de distinta textura, ya sea finas (con antiplástico de tamaño menor a 0,5 mm), medias (antiplástico de tamaño mayor a 0,5 y menor a 1 mm) o gruesas (antiplásticos de tamaño mayor a 1 mm), a las que se aplicaron distintos tratamientos para el acabado de las superficies (diferentes intensidades de alisados y pulidos). Además, se ha registrado que entre las piezas cuyas pastas presentan inclusiones de tamaño mayor a 0,5 mm (texturas medias y gruesas) existe una distribución diferencial de los tipos de antiplástico mineral (cuarzo, feldespato, mica y fragmentos de roca volcánica y granítica) en función de las ecozonas de procedencia. Estos datos apuntan a señalar la existencia de diferencias regionales en los tipos de materiales agregados a las arcillas que permiten dar cuenta de la existencia de distintas comunidades alfareras dentro de la región (Feely 2010, 2013). Al respecto, consideramos importante destacar que los resultados de las investigaciones realizadas permiten señalar al área de La Troya como un *locus* de producción de alfarería durante momentos formativos. La zona contó con las condiciones adecuadas de evapo-transpiración, el combustible necesario (representado en bosques de algarrobo) y con estructuras de combustión de forma circular para la cocción de piezas cerámicas, cuyos fechados radiométricos remiten a esos momentos de la ocupación regional (Ratto 2005; Ratto, Feely y Plá 2010, Feely *et al.* 2010). Adicionalmente, los resultados de los análisis por activación neutrónica instrumental indican que estas sociedades que explotaron el alfar de La Troya manufacturaron piezas cerámicas con las que abastecieron instalaciones localizadas en distintas ecozonas del bolsón de Fiambalá y en pisos de altura de la región de Chaschuil (Ratto *et al.* 2002, 2004, 2007, 2009; Ratto, Feely y Plá 2010; entre otros). Sin embargo, si bien el área de La Troya es la única en la que se registró evidencia material de la producción de alfarería, es importante destacar que, debido a la baja visibilidad arqueológica de los rasgos asociados a dicha producción, no es posible descartar la manufactura local en otras instalaciones de la región.

En suma, como resultado de los estudios realizados, observamos que algunos pasos de la cadena operativa de manufactura cerámica, tales como el tratamiento de las materias primas (evidenciado en la inclusión de distintos tipos de antiplástico), registran diferencias en la distribución a nivel regional, mientras que otros, con resultados más visibles en el producto terminado (como la técnica decorativa, el tratamiento de superficie y la morfología de las vasijas), presentan una amplia distribución tanto en las áreas de Fiambalá como de Chaschuil. Estos resultados nos permiten sostener que los grupos que ocuparon la región en el lapso estudiado compartieron una determinada «forma de hacer las cosas» independientemente de la diversidad de ambientes que habitaron, transitaron y articularon. Los conocimientos técnicos se transmitieron a través de las generaciones conformando tradiciones de producción que reprodujeron las elecciones técnicas ejecutadas en los distintos pasos de la cadena operativa de manufactura cerámica. En este sentido, la interacción mutua y frecuente entre individuos generó premisas y entendimientos compartidos. Estas interacciones pudieron existir a distintos niveles de inclusión social, dependiendo de los mecanismos y frecuencia de las interrelaciones sociales entre sus miembros. De acuerdo con Gosselain (2000) y con Sanhueza (2008) consideramos que la distribución más restringida a nivel regional de algunos grupos de pasta hace referencia a la producción de piezas dentro de determinadas comunidades de alfareros, en donde la uniformidad tecnológica resulta de la cercanía y la interacción frecuente y cotidiana entre los individuos. Por otro lado, la distribución regional

de los rasgos más visibles de la cerámica (tratamientos de superficie, técnicas decorativas y morfología) da cuenta de la integración de estas comunidades dentro de redes más amplias de interacción que superan y traspasan a los grupos co-residenciales e interactúan regularmente compartiendo condiciones de existencia y tradiciones de producción.

Las manifestaciones plásticas en roca y cerámica

Los análisis efectuados hasta el momento (Ratto y Basile 2009; Basile y Ratto 2011; Basile 2011, 2012, 2013; entre otros) sostienen que a través de la realización de las manifestaciones plásticas las personas expresaron y fijaron en las rocas o en los objetos cerámicos sus preferencias visuales, configurando a través de ellas una parte significativa de sus modos de ver y construir el mundo en el que vivían (Gallardo 2005). Desde esta perspectiva, los conjuntos de imágenes ligados a los soportes expresivos escogidos definen un lenguaje visual anclado en un espacio y tiempo particulares y presentan características distintivas en función de la red de relaciones, las selecciones y los códigos de diseño compartidos por quienes participan de un mismo entramado social.

Los resultados obtenidos nos permitieron comenzar a delinear la diversidad de soluciones plásticas aplicadas a los repertorios temáticos registrados en una muestra de soportes cerámicos y rupestres de la región, contemplando las diferencias y similitudes entre ambos y definiendo un lenguaje visual propio del lapso comprendido entre los siglos V y XIII. Cabe aclarar que si bien se han documentado manifestaciones rupestres grabadas y pintadas, solo las primeras han sido integradas en el análisis cuyos resultados aquí presentamos. Al respecto, el emplazamiento de las manifestaciones rupestres se restringe en la región de Fiambalá a las distintas cotas altitudinales del valle (1400-2000 msnm), a las quebradas de la precordillera occidental (2400-3500 msnm) y recientemente hemos reportado una nueva zona de localización ubicada en el sector oeste de La Herradura, en la cordillera de San Buenaventura (Ratto y Basile 2012-2014). En contraste, la ausencia de registro de este tipo de manifestaciones continúa siendo una notable característica de la región de Chaschuil, específicamente de la puna transicional y la cordillera andina (Ratto 2003) (Figura 1).

Por su parte, las manifestaciones desplegadas en cerámica que se han analizado corresponden al relevamiento de: (i) materiales fragmentarios procedentes de intervenciones o recolecciones superficiales sistemáticas en distintos sitios arqueológicos y (ii) piezas enteras depositadas en colecciones museográficas conformadas a partir de trabajos asistemáticos. Estos conjuntos dan cuenta de la diversidad existente en las distintas cotas altitudinales que definen a la región desde la puna transicional de Chaschuil hasta los valles bajos de Fiambalá. Sin embargo, cabe aclarar que no fue posible trabajar al mismo nivel de resolución analítica con los materiales procedentes de los sitios emplazados en las tierras altas debido a su estado de alta fragmentación y meteorización (ver más arriba). No obstante, las tendencias documentadas, aún al nivel de análisis limitado que posibilitan estos materiales, tienden a corroborar aquellas observadas en el resto de la muestra cerámica.

Estos trabajos permitieron documentar diferencias en los repertorios temáticos de cada soporte que se vinculan con las características distintivas de cada uno, con los lugares en los que estos se emplazan y con las prácticas de las que participan y que contribuyen a configurar. Al respecto, los dos soportes expresivos están ligados a contextos y a ámbitos diferentes

que podríamos vincular *lato sensu* con los dominios de la vida –las casas y los campos de cultivos–, de la muerte –entierros– o del tránsito –sendas y vías de circulación–; sin embargo, entendemos que todos ellos están integrados de manera tal que no es posible comprender uno sin su puesta en relación con el otro. De esta manera, observamos que la mayoría de los grabados rupestres de estos momentos se emplazaron en soportes de alta visibilidad. Solo en uno de ellos, la visibilidad definida por sus bloques grabados es contrastantemente más baja. A pesar de esta diferencia en términos de visualidad, todos estos sitios configuran lugares de tránsito, segregados visual y espacialmente de aquellos donde se sucedían las prácticas cotidianas más estables (poblados, puestos, campos de cultivo, entierros). Todos funcionaron como estructuras de señalización en ciertos puntos particulares del paisaje a lo largo de las sendas naturales que atraviesan la región (Ratto, Basile y Feely 2012). En contraste, las manifestaciones desplegadas en cerámica conforman conjuntos de objetos que se utilizan en contextos distintos, en las residencias de los vivos (aldeas y puestos) o de los muertos (tumbas y cementerios). En estos casos las representaciones se «fijan» en objetos móviles que se manipulan, que se tocan y se miran de cerca. Objetos con los que se convive dentro de los lugares que se habitan en forma más o menos permanente.

Si profundizamos esta comparación observamos que el despliegue de una alta riqueza de imágenes (camélidos felinizados, figuras humanas, «cartuchos», tridígitos, almenados, meandros, entre otros) grabadas en los soportes rupestres de estos momentos contrasta con la tendencia a la regularidad y la baja riqueza de las imágenes (figuras felínicas, trazos lineales, angulares, figuras circulares) desplegadas en los materiales cerámicos analizados. Sin embargo, existe una unidad que reside en el uso de *recursos visuales* similares, ya que solo uno de los diez grupos definidos por combinaciones de unidades morfológicas, tipos de articulación, contornos de representación, técnicas de ejecución y tamaños semejantes, es exclusivo del soporte cerámico (Basile y Ratto 2011; Basile 2011) (Figura 4). Esto podría ser el correlato de la existencia de cierta homogeneidad en la forma de realizar las imágenes en las distintas ecozonas durante este amplio lapso que da cuenta de una trayectoria común de largo desarrollo local detrás de la diversidad de soluciones plásticas registradas. Más aún, y si bien excede los límites de este trabajo, cabe aclarar que no se observó un corte abrupto respecto de las variables exploradas entre los materiales previos y posteriores al siglo XIII (Basile 2011, 2013). La continuidad de ciertas formas de uso de los espacios plásticos en cerámica y el uso de los mismos *recursos visuales* y la perduración o permanencia de algunas imágenes en el tiempo en ambos soportes les otorga una unidad a los lenguajes visuales a lo largo del tiempo que es ineludible y que da cuenta de la articulación dinámica y del diálogo entre la gente que habitó la región a lo largo de lapso considerado.

La Tecnología Lítica

El conjunto lítico proviene de la intervención sistemática de dos núcleos habitacionales de la localidad arqueológica de Palo Blanco (NH3 y NH6) emplazada en el valle de Fiambalá (1900 msnm), de un sitio estacional localizado en la puna transicional de Chaschuil (El Zorro, 4050 msnm) y de otro temporario ubicado en el sector bajo de la vertiente oriental de la cordillera de Narváez (Ojo del Agua-1, 2400 msnm). El análisis tecnológico realizado por Carniglia (2013) da cuenta del bajo grado de formatización e inversión de trabajo en

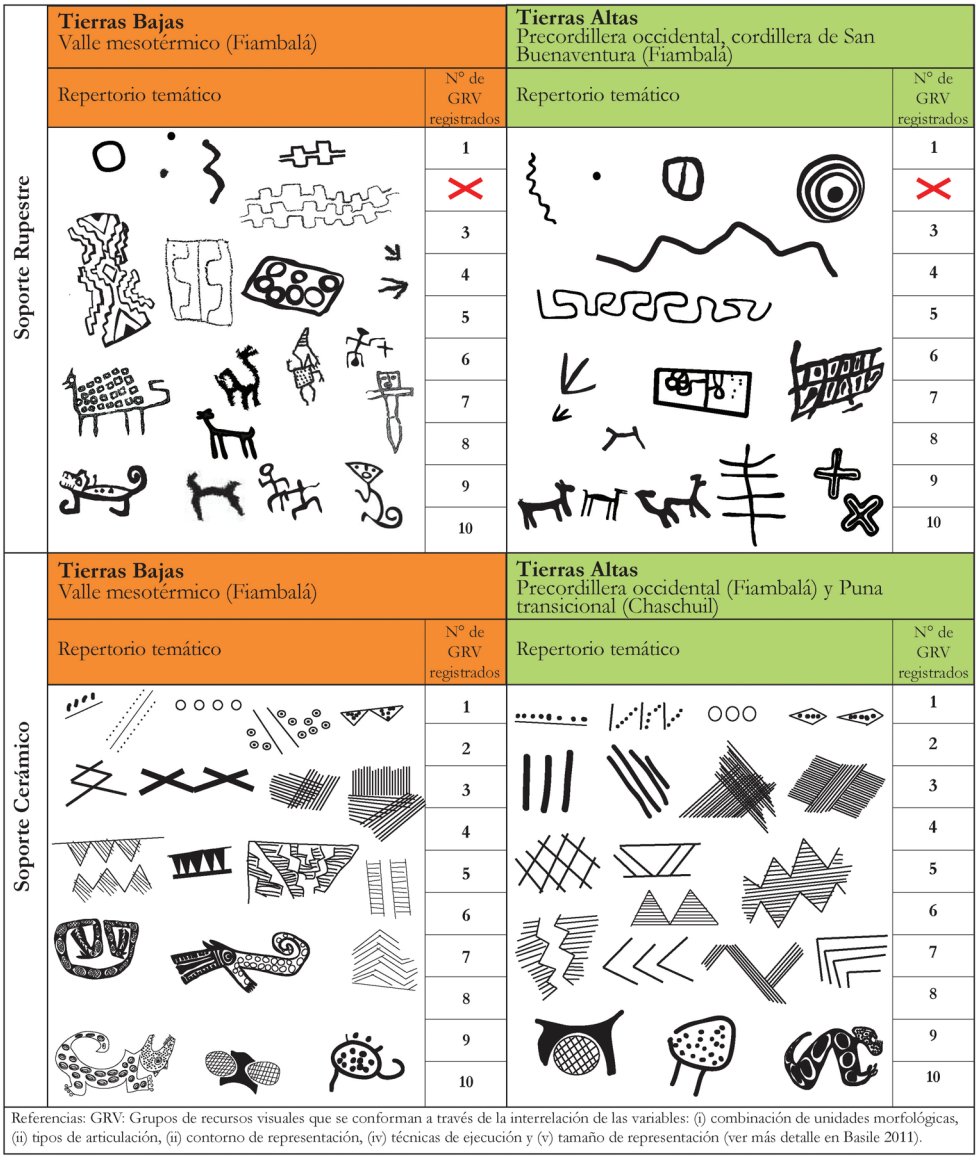


Figura 4. Grupos de recursos visuales utilizados en la realización de las imágenes desplegadas en los soportes cerámicos y rupestres documentados en las tierras altas y bajas de la región entre los siglos V y XIII.

los 507 artefactos líticos recuperados en contextos estratificados que cubren el lapso entre los siglos IV al XI (Tabla 2) de acuerdo con los fechados radiométricos de los sitios de procedencia de la muestra (Ratto 2013:19-20). Esto se desprende, en términos generales, de los tamaños predominantemente medianos a grandes de los artefactos, del reducido número de filos elaborados sobre las piezas y de la ausencia de evidencias de reactivación en estos, independientemente de la ocupación continua o discontinua de cada uno de los sitios.

Tabla 2. Composición del conjunto artefactual lítico de los sitios intervenidos en las diferentes ecozonas

Ecozonas de emplazamiento	Sitios	Artefactos formatizados	Núcleos	FNRC	Desechos	TOTAL (N)
Puna transicional	El Zorro	53	4	13	189	259
Precordillera	Ojo del Agua 1	2	1	0	70	73
Valle mesotérmico	Palo Blanco (NH-3 y NH-6)	13	6	2	154	175
Total del conjunto lítico analizado		68	11	15	413	507

En relación con las estrategias de aprovechamiento de las materias primas se destaca que, para el caso particular de los conjuntos de la puna transicional (259:507), el 97% está compuesta por materias primas locales (volcánicas básicas, volcánicas ácidas y silicificadas, con muy alto predominio de las primeras); el resto corresponde a materia prima no local (obsidiana). Por su parte, el 74% del conjunto de artefactos formatizados (53:259:507) también está elaborado sobre materia prima local, mayoritariamente del tipo volcánica básica. Estos artefactos presentan tamaños grandes, filos simples y baja formatización, como es de esperarse en estrategias expeditivas de uso de materias primas. En el mismo ambiente, los artefactos manufacturados en rocas no-locales, obsidiana, (2:53:259:507), presentan tamaños pequeños y muy pequeños, lo cual coincide con las expectativas arqueológicas de procesos de formatización intensos y estrategias conservadas para el aprovechamiento de los recursos líticos (Andrefsky 1994). Por su parte, los núcleos son de lasca de tamaño mediano-grande y se registra uno de obsidiana y los otros de rocas volcánicas (básica y ácida).

Por su parte, en la precordillera se recuperó una muestra de menor tamaño (73:507) compuesta por dos artefactos formatizados de obsidiana (raspador y cuchillo) y un conjunto de 70 desechos de talla y un núcleo de lasca. Se observa la ausencia de lascas de formatización de núcleos y el predominio de lascas internas (angulares, planas, de aristas, de adelgazamiento y microlascas), mayormente de tamaños muy pequeños y pequeños y con muy alta frecuencia de materia prima no local, obsidiana (56:70:73). A partir del conjunto de desechos puede inferirse que en el sitio precordillerano se llevaron a cabo actividades de mantenimiento de artefactos en materia prima foránea lo que da cuenta de una estrategia conservada. El resto de los desechos de talla (14:70:73) son de materias primas que se encuentran disponibles a nivel regional (volcánicas básicas y ácidas) y presentan tamaños medianos a mediano-grandes en concordancia con la tendencia expeditiva observada en los contextos de puna transicional y de valle mesotérmico (ver más adelante). Por su parte, el único núcleo de lasca (1:73) recuperado es de obsidiana y presenta tamaño mediano.

Por último, en el valle se recuperó una muestra (175:507) que presenta mayor diversidad de materias primas (volcánicas básicas y ácidas, sedimentarias, amorfas –obsidiana–, metamórficas y silicificadas), aunque la tendencia apunta a la selección de rocas volcánicas y amorfas en coincidencia con los núcleos de lasca recuperados. Esta variedad indica la afluencia de recursos líticos provenientes de diversas ecozonas de la región como así también

extra-regionales. En este ambiente se destaca el uso de formas base de guijarros para la manufactura de artefactos de molienda, situación no documentada en los otros contextos.

El reducido número de artefactos formatizados recuperados en el sitio precordillerano imposibilita realizar observaciones respecto a sus características tecno-morfológicas. Sin embargo, los provenientes de la puna transicional y del valle mesotérmico dan cuenta de una gran variedad de grupos tipológicos (*sensu* Aschero 1983 [1975]). Al respecto, en las tierras altas se hallaron artefactos de retoque sumario, cuchillos, raspadores, cepillos, denticulados, raederas, buriles, artefactos de molienda y una punta de proyectil; mientras que en las tierras bajas encontramos artefactos de retoque sumario, cuchillos, cepillos, denticulados, raederas, cuñas, bolas y artefactos de molienda. En ambos casos, la frecuencia de artefactos formatizados es baja en relación con los desechos. Por su parte, la presencia de filos naturales con rastros complementarios, tanto en los contextos de altura como en las zonas bajas (aunque no en precordillera), refuerza la hipótesis acerca del aprovechamiento expeditivo de los recursos líticos en dichos ambientes.

En resumen, a partir del análisis de los conjuntos líticos estudiados hasta el momento es posible inferir la realización de actividades diversas en los ambientes y contextos analizados. Por un lado, en la puna transicional y en el valle se implementaron estrategias expeditivas representadas a través de la reducción primaria de núcleos (alta proporción de desechos como lascas primarias y secundarias de tamaños medianos a grandes) y la ausencia de evidencias de reactivación o mantenimiento en los artefactos formatizados. Asimismo, el hallazgo de instrumentos de molienda, aunque en muy baja frecuencia, da cuenta de actividades de procesamiento de alimentos en ambos ambientes. Por último, la muestra de precordillera, aunque reducida en artefactos formatizados, ofrece un conjunto de desechos del que se infiere la realización de actividades destinadas a la formatización y mantenimiento de los instrumentos manufacturados en materias primas no-locales (obsidiana) que apuntan a la implementación de una estrategia conservada.

Cabe aclarar que las tendencias esbozadas a partir de los materiales procedentes de contextos de excavación temporalmente calibrados también son corroboradas a partir de los materiales recuperados en las recolecciones superficiales provenientes de los sitios intervenidos, que reproducen las tendencias mencionadas.

En síntesis, si bien los sitios analizados presentan diferencias témporo-espaciales, se mantiene la implementación de estrategias expeditivas para los recursos líticos regionales, mientras que se presentan estrategias conservadas para la obsidiana extra-regional. Además, si a estos resultados de excavación los integramos con la estructura del registro arqueológico superficial de la puna transicional (Ratto 2003), se destaca la abundancia de cabezales líticos recuperados en distintas geoformas de las tierras altas. Esto llevó a sostener que la caza de camélidos silvestres siguió cumpliendo un papel importante en las sociedades productivas del primer milenio (Ratto 2006).

Producción y consumo de alimentos

Los recursos animales y vegetales

Los análisis zooarqueológicos y arqueobotánicos permiten contribuir a la identificación de los espacios que interconectaron las sociedades que habitaron y exploraron la región, explotando los recursos de cada ecozona a lo largo del primer milenio.

Respecto del consumo de recursos animales se observa, por un lado, el aprovechamiento de camélidos silvestres (*Vicugna vicugna*) en pisos de altura de alta cordillera, documentado en *ca*. 530-720 D.C. en el sitio Fiambalá 1 (5000 msnm). Esto indica que estas presas fueron cazadas en las vegas de altura de cotas altitudinales más bajas, entre los 4000-4200 msnm (Ratto y De Nigris 2012). Por otro lado, se están realizando análisis en dos de los núcleos habitacionales (NH-3 y NH-6) que componen la localidad arqueológica de Palo Blanco. El registro arqueológico del NH-3, cuya ocupación fue ubicada entre los años 460 y 640 de la era, exhibe una presencia mayoritaria de especímenes óseos identificables asignados a la familia Camelidae (De Nigris y Ratto 2011). Lo mismo ocurre en el NH-6 (Miyano 2011), que se ubica entre los años 700 y 985 de la era. Esto permite sostener que los camélidos fueron una parte importante de la dieta animal de los habitantes de la aldea de Pablo Blanco durante ese lapso.

Por su parte, Sempé (1976) analizó el registro óseo proveniente de los núcleos habitacionales de Palo Blanco que intervino en la década de 1970 (NH-1, NH-2, NH-4 y NH-5) y denominó "*Lama* sp." a los fragmentos correspondientes a camélidos, englobando de esta manera a especies domésticas y silvestres. Esto es coincidente con el registro óseo recuperado en las intervenciones realizadas en los núcleos habitacionales NH-3 y NH-6. Al respecto, De Nigris y Ratto (2011) registraron en el NH-3 la presencia segura de *Lama glama* y dudosa de *Vicugna vicugna* sobre la base de la medición de las primeras falanges que son consideradas buenos indicadores para diferenciar entre especies de camélidos domésticas y silvestres. Desafortunadamente, no se registraron estos elementos en el conjunto óseo del NH-6. Sin embargo, es de destacar que en el sitio cordillerano Fiambalá 1, cuyo lapso de ocupación es coincidente con el de ambos núcleos habitacionales, se pudo determinar el consumo de vicuña, por lo que es posible sostener que la caza continuó teniendo un papel importante para las sociedades productivas.

Dentro de la intervención intramuros del NH-6 se recuperó un conjunto óseo escaso que es concordante con la interpretación que sostiene que ese sector corresponde a un área de almacenamiento (Ratto y Basile 2010). Por el contrario, en la excavación extramuros se recuperó un conjunto óseo diferente, que se caracterizó por una alta frecuencia de especímenes, mayor diversidad de elementos anatómicos, alto grado de termoalteración y marcas de origen antrópico y no-antrópico, que llevaron a interpretarlo como un área de descarte.

A pesar de que en el NH-3 y en el NH-6 no se identificaron fehacientemente especímenes óseos de vicuña, se deja abierta la hipótesis que sostiene que: (i) los habitantes de la aldea llevaban a cabo una estrategia económica que combinaba actividades de pastoreo con las de caza, articulando de esta manera diferentes ecozonas dentro de la amplia región, y (ii) las prácticas de consumo faunístico se mantuvieron sin cambios dentro del lapso abarcado por los años 500 y 1000 D.C., aproximadamente. Para ello como agenda de trabajo se prevé ampliar las intervenciones, especialmente del área de descarte extramuros del NH-6 y de un área de basurero identificada en cercanías del NH-4.

Con respecto a los recursos vegetales, dado que los límites de tolerancia de cada especie se encuentran claramente definidos, es posible distinguir entre los recursos locales y aquellos que son producto de actividades de complementariedad ecológica a través de distintos mecanismos de tráfico (Ratto *et al.* 2010). De esta manera, se destacan los macro-vestigios vegetales recuperados en sitios arqueológicos de ocupación estacional en la ecozona altoandina (Fiambalá-1) y permanente en el valle (Punta Colorada, y Palo Blanco NH-3). Estos dan

cuenta de la explotación y el uso de especies silvestres y cultivadas, las que fueron destinadas para el consumo de alimentos (chañar, algarrobo, maíz), la preparación de tecnofacturas (variedad de gramíneas) y como combustible (variedad de arbustos) (Tabla 3).

Tabla 3. Los recursos vegetales silvestres y cultivados recuperados en sitios del primer milenio de la región

Ecozona	Cronología	Sitio	Tipo de material	Identificación	Distribución (msnm)	Nombre vulgar	Uso
Valle mesotérmico (1900 – 2300 msnm)	*ca.* 460 – 640 años de la era	Palo Blanco NH-3 (1900 msnm)	Carbón	*Acantholippia aff. salsoloides*	1000-2000	rica rica	Combustible
			Carbón	*Adesmia aff. trijuga*	1000-2000	añagua, cuerno de cabra	Combustible
			Cariopsis	*Zea Mays* sp.	0-4000	Maíz	Comestible
			Cesto quemado	*Familia Poaceae*	***	***	Cestería
			Semillas	*Geoffroea decorticans*	0-3000	chañar	Comestible
	ca. 640-1033 años de la era	Punta Colorada (2285 msnm)	Carbón	especies arbustivas no identificadas			Combustible
			Cariopsis	*Zea Mays* (pisingallo, capia)	0-4000	Maíz	Comestible
			Semillas	*Prosopis flexuosa*	0-1500	algarrobo	Comestible
			Semillas	*Geoffroea decorticans*	0-3000	chañar	Comestible
Altoandina (5000 msnm)	*ca.* 650-750 años de la era	Fiambalá 1 (5000 msnm)	Carbón	*Fabiana sp.*	*ca.* 2000-4500	***	Combustible
			Carbón	*Parastrephia* sp.	*ca.* 3000-3500	tola	Combustible
			Carbón	*Adesmia* sp.	*ca.* 3500-4500	***	Combustible
			Madera	*Adesmia aff.caepitosa*	3500-4500	cuerno de cabra	Combustible
			Fruto	*Geoffroea aff. decorticans*	0-3000	chañar	Comestible

Las variedades de maíz Capia y Pisingallo fueron identificadas en Punta Colorada por el Dr. Cámara Hernández; mientras que los restos hallados en el NH-3 de Palo Blanco no permitieron la identificación de su variedad por tratarse de fragmentos de granos sueltos. A su vez, se realizaron estudios de ADN antiguo de los maíces arqueológicos que arrojaron datos acerca de la variación dentro de la especie, lo que permitió agrupar las variedades

dentro de los complejos andino, sudamericano reventón y antecesores de variantes modernas (Lía *et al.* 2007).

Es interesante destacar que algunas de las especies recuperadas en los sitios de altura analizados no son locales (chañar y arbustos) por lo que es posible continuar reforzando la idea de la complementariedad de las distintas ecozonas o pisos altitudinales que definen nuestra región. En esta línea se destaca, por un lado, el transporte de gramíneas y arbustos, que se desarrollan en pisos prepuneños y puneños, a sitios emplazados en las tierras altas (5000 msnm) en los que fueron utilizados como combustible. Asimismo, resulta interesante la recuperación de frutos de chañar en sitios emplazados tanto en el valle alto como en la alta cordillera; teniendo en cuenta su área de distribución (0 - 3000 msnm), esta especie es local en el primer caso.

En síntesis, la presencia de recursos faunísticos, como camélidos que habitan en pisos superiores a 3500 msnm, y de vegetales, como el chañar y el algarrobo (propios de cotas inferiores a 3000 msnm), recuperados en sitios emplazados en ambientes de los que no son propios refuerzan la idea de la integración entre las tierras bajas y altas durante el primer milenio.

Las prácticas culinarias

Las prácticas de elaboración y consumo de alimentos se encuentran bajo estudio a través del análisis de residuos grasos en piezas cerámicas (para detalle del protocolo de análisis ver Lantos *et al.* 2012). Hasta el momento, los casos analizados proceden de intervenciones en sitios emplazados en precordillera (Ojo del Agua-1) y valle mesotérmico (La Troya-V50 y los núcleos habitacionales 3 y 6 de Palo Blanco) (Ratto 2013). Los resultados preliminares indican una tendencia hacia el consumo combinado de productos animales y vegetales, posiblemente cocidos en forma de guisados. La combinación de componentes vegetales y animales utilizados en las recetas se corresponde con los recursos identificados en la región (ver más arriba).

A partir de resultados experimentales se pudo determinar que el maíz tiene un aporte sustancialmente mayor de lípidos en comparación con otras especies vegetales, como cucurbitáceas y legumbres, que no fueron recuperados hasta el momentos en contextos del primer milenio. De esta manera su visibilidad aumenta en los residuos grasos preservados en la cerámica arqueológica. Por otro lado, el aporte animal a las recetas estaría mayormente dado por carne y/o médula de camélidos, tanto silvestres como domesticados, inferidos por la presencia de ácidos grasos característicos (Maier *et al.* 2007).

A través del análisis de las relaciones entre los ácidos grasos mayoritarios (Colombini *et al.* 1999; Eerkens 2007) se observó variabilidad en los perfiles de las muestras arqueológicas, lo que indica la existencia de diferencias en las proporciones de ingredientes vegetales y animales agregados a las comidas. Esta variabilidad se registra en cada uno de los sitios analizados independientemente de sus ecozonas de emplazamiento. En algunos casos se han registrado ollas con diferentes perfiles dentro de un mismo núcleo habitacional (por ejemplo en el NH-3 de Palo Blanco). Por otro lado, no se han observado tendencias de cambio en el conjunto de productos alimenticios consumidos dentro del lapso considerado, por lo que se infiere que no hubo cambios drásticos en la disponibilidad de recursos. Por lo tanto, se considera que dicha variabilidad respondió a las diferentes prácticas alimenticias desarrolladas al interior de cada unidad doméstica, que indica la elaboración simultánea de comidas con

diferentes ingredientes en distintos recipientes. En síntesis, los diferentes perfiles de ácidos grasos responden a la historia de vida de cada una de las ollas, a las recetas que en ellas se prepararon y, por ende, a las decisiones y elecciones de cada grupo doméstico.

La relativa homogeneidad regional y la diversidad intra-sitio documentada permiten postular, en forma tentativa, que la ausencia de cambios marcados en las prácticas de consumo a lo largo de los 500 años contemplados estaría revelando la existencia de una cierta estabilidad en el acceso a los recursos alimenticios. Por lo tanto, se propone que existió una fuerte transmisión y reproducción de prácticas, recetas y modos de hacer y consumir la comida (Gumerman 1997; Mintz y Du Bois 2002) por parte de los grupos que habitaron la región a lo largo de este lapso.

Estos resultados, que por el momento son de carácter preliminar, están siendo actualmente profundizados y ajustados a partir de la implementación de técnicas isotópicas que permiten identificar con más precisión el origen de los residuos grasos depositados en la cerámica arqueológica y, por consiguiente, ampliar las interpretaciones sobre las prácticas culinarias aquí desarrolladas. A su vez, para dar cuenta de la importancia del maíz como base alimenticia de las poblaciones que habitaron la región, se continúa con las investigaciones experimentales y con la generación de bases de datos comparativas de variedades originarias del NOA con el objetivo de profundizar su identificación a través de la microscopía de almidones (Giovannetti *et al.* 2012) y del análisis químico de residuos orgánicos.

INTEGRANDO LAS LÍNEAS DE ANÁLISIS

El proceso social denominado Formativo se manifiesta en la regularidad de ciertas prácticas que, en esta región, se extienden más allá de los límites fijados por la periodización tradicional para el NOA catamarqueño y abarcan el lapso comprendido entre los siglos I y XIII D.C. sobre la base de los fechados de los sitios intervenidos y/o de la cultura material asociada. La repetitividad y reproducción de las acciones a lo largo del tiempo se manifiestan en los resultados de las diferentes líneas de investigación en desarrollo. Cabe aclarar que dichas líneas cubren total o parcialmente el amplio rango temporal debido a que los sitios intervenidos presentan preservación diferencial, ausencia de evidencia o a que las líneas analíticas se encuentran en proceso. Sin embargo, cada una de éstas, en forma independiente y con más fuerza si las articulamos, está dando cuenta de una continuidad de las prácticas en el tiempo, cuando se construyeron y habitaron lugares, se transitó entre ellos, se manufacturaron, utilizaron o trasladaron objetos, se consumieron productos y se desplegaron rituales particularmente relacionados con el culto a los volcanes (Ratto y Orgaz 2009) quizás motivados por un ambiente físico inestable y cambiante producto de la actividad volcánica explosiva y sísmica (Montero *et al.* 2009, 2010).

La región constituye un amplio y extenso territorio con una baja densidad de sitios, distanciados entre sí y con entornos construidos de trazados dispersos, cuyos tamaños permiten inferir también una baja densidad poblacional. Estos sitios, emplazados en ambientes contrastantes, que abarcan desde los valles mesotérmicos (1365 msnm) hasta la alta cordillera (5000 msnm), fueron articulados por la gente a través del tránsito recurrente por distintos conectores naturales que posibilitaron el acceso a recursos propios de cada ecozona. La visión de proceso histórico amplio también permite decir que los entornos construidos en las tierras

altas fueron mayormente reclamados. Al respecto, es significativa la reclamación en tiempos incaicos de sitios formativos emplazados en alta cordillera; estos no registran la modificación de sus arreglos arquitectónicos y están relacionados con la realización de prácticas cúlticas y la apropiación de espacios con alta significación simbólica de las sociedades del primer milenio (Orgaz y Ratto 2013).

De vuelta a tiempos de los siglos I a XIII, observamos que todo este devenir tiene una impronta que se manifiesta en las mismas formas de hacer los objetos, de crear las imágenes, de construir los lugares, de apropiarse de los recursos y de preparar los alimentos.

¿Qué factores contribuyeron o definieron que la gente reprodujera estas prácticas en el tiempo? No estamos aún en condiciones de contestar esta pregunta, pero es posible que el aislamiento producto de la inestabilidad jugara un papel importante en este sentido. Al respecto es llamativa la pervivencia de entornos construidos que en otras áreas del NOA alcanzan una cronología de fines del siglo X y comienzos del XI, pero que en nuestra región fueron documentados en el siglo XIII. Asimismo, es interesante que la cerámica Aguada esté presente tanto en sitios datados en el siglo II como en el XIII con frecuencias diferenciales, pero siempre asociada a las piezas que por sus características tecnológicas, morfológicas y decorativas remiten a Saujil o a Ciénaga. Además, la presencia de Aguada no conlleva aquí cambios en ninguna de las líneas estudiadas hasta el momento.

Consideramos que la repetitividad de acciones permite pensar en la continuidad de los valores y códigos de la gente que circuló y articuló los distintos lugares en el lapso analizado. La gente se asentó y construyó aldeas en los fondos de valle, pero mantuvo un alto nivel de movilidad dentro del paisaje regional. Grupos más o menos reducidos de personas se desplazaron por el territorio y se asentaron en puestos ubicados en precordillera, con recursos aptos para el pastoreo de animales, y/o cazaron en las tierras altas puneñas, donde es llamativa la ausencia de arte rupestre sobre soporte de cualquier tipo (Ratto 2003), y realizaron rogativas en los volcanes de las altas cumbres andinas. Para este momento es posible pensar en una estructura territorial basada fundamentalmente en lugares de asentamiento específicos y senderos que los conectan (Bradley 2000; Ingold 2000). Sin embargo, el uso de todos los espacios no fue continuo en el tiempo, en parte debido a los avatares de la naturaleza que impusieron restricciones, limitaron la transitabilidad y/o imposibilitaron la habitabilidad. Los estudios paleoambientales aportaron valiosa información que permitió definir largos lapsos de inestabilidad ambiental producidos por episodios de origen volcánico y sísmico, cambios en la dinámica fluvial y en la topografía, y acarreos de material pumíceo, que afectaron principalmente el fondo de valle debido a la acción sinérgica de distintos agentes (Valero Garcés y Ratto 2005; Montero *et al.* 2009, 2010; Ratto *et al.* 2012; entre otros). Estos corrimientos o deslaves de material pumíceo tuvieron gran magnitud y extensión, y afectaron los núcleos habitacionales de la localidad de Palo Blanco. Al respecto, el NH-3 fue sepultado por dos eventos de estas características mientras que el NH-6 solo por uno. El primero registrado ocurrió en un tiempo posterior a 500 años de la era, mientras que el último se produjo en algún momento posterior al año 900 (Ratto 2007; Bonomo *et al.* 2010; Ratto y Basile 2010).

Nuestro proyecto nació y se configuró privilegiando la escala espacial amplia para aprehender la complejidad de los procesos históricos acaecidos en la región. Esta decisión tuvo su faceta positiva porque nos permitió captar, comprender y visualizar la diversidad socio-ambiental, las similitudes y las diferencias, las continuidades y las rupturas que se

sucedieron para moldear la historia de las tierras del oeste tinogasteño, particularmente para el primer milenio, que es el lapso que nos ocupa en este trabajo. Para ello es que desarrollamos las distintas líneas de investigación cuyos resultados fueron sucintamente presentados. Sin embargo, la continuidad y repetitividad de las prácticas y códigos compartidos nos lleva a cambiar de escala porque responder las nuevas preguntas que nos estamos formulando requiere que nos focalicemos en escalas más acotadas y puntuales, realizando excavaciones intensivas y extensivas. A modo de ejemplo los interrogantes que actualmente están surgiendo durante las reuniones de equipo son: ¿Qué forma de organización política articula una sociedad de estas características? ¿El control político se da a nivel de cada unidad doméstica o existe algún nivel de integración superior que las nuclee? ¿Qué está ocultando esta aparente homogeneidad? ¿Es un indicador de igualdad o de una estrategia de ocultamiento de las diferencias? ¿Hay una fuerza coercitiva que la impone?

Estos interrogantes ameritan continuar avanzando en el proceso de delinear las particularidades regionales de las sociedades del primer milenio del oeste tinogasteño.

AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones se han llevado a cabo dentro de distintos proyectos de investigación acreditados en organismos nacionales, destacando el UBACYT F139 y F-0357 y PICT-2007-1539 y 2012-0196. A todos los que participaron en las campañas de terreno y contribuyeron a la aprehensión del pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andrefsky, W.
1994 Raw material availability and the organization of technology. *American Antiquity* (59):21-34.

Aschero, C.
1983 [1975] *Ensayo para la clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos.* Apéndices A-C. Revisión Cátedra de Ergología y Tecnología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2007 Comentario. Mesa 1: Interacciones Surandinas. Aspectos económicos, políticos e ideológicos. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Willians, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 99-108. Buenos Aires.
2009 Arqueologías de Puna y Patagonia centro-meridional: comentarios generales y aporte al estudio de los cazadores-recolectores puneños en los proyectos dirigidos desde el IAM (1991-2009). En *Rastros en el camino… Trayectos e Identidades de una Institución*, editado por P. Aneras, C. Aschero y C. Taboada, pp. 257-293. Instituto De Arqueología y Museo, homenaje a sus 80 años y más. EDIUNT, Tucumán.

Aschero, C. y E. Ribotta
2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y procesos Sociales en Tafí del Valle*, compilado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli, pp. 79-110. Imprenta Central de la Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Basile, M.
2011 Continuidades y rupturas en las representaciones plásticas del Formativo (*ca.* 200 AD) a la ocupación incaica (*ca.* 1480 AD) en la región de Fiambalá (pcia. de Catamarca). Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Ms.
2012 Imágenes, recursos visuales y soportes: un recorrido por las manifestaciones rupestres de la región de Fiambalá (Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XXXVII (2):413-434.
2013 Las manifestaciones plásticas de la región de Fiambalá: cambios y continuidades entre los siglos V al XV. En Ratto, N. (comp.) *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*. Serie Publicaciones. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires, pp. 177-250.

Basile, M. y N. Ratto
2011 Colores y surcos. Una propuesta metodológica para el análisis de las representaciones plásticas de la región de Fiambalá (Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* Vol. 16, N°2:75-88. Santiago de Chile.

Berberián, E. y A. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa formativa del Valle de Tafi. En

Sistemas de Asentamientos Prehispánicos en el Valle de Tafí, dirigido por E. Berberián, pp. 21-51. Comechingonia. Edición Especial, Córdoba.

Bonomo, N., A. Osella y N. Ratto
2010 Detecting and mapping buried buildings with GPR at an ancient village in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 37:3247-3255.

Bradley, R.
2000 *An Archaeology of Natural Places*. Routledge, London.

Carniglia, D.
2013 Elecciones técnicas en conjuntos artefactuales líticos del oeste tinogasteño (Catamarca, *ca.* 300-1000 A.D.). En *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño,* compilado por N. Ratto, pp. 403-432. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Colombini, M. P., F. Modugno, M. Giacomelli y S. Francesconi
1999 Characterization of proteinaceous binders and drying oils in wall painting samples by gas chromatography–mass spectrometry. *Journal of Chromatography A* 846:113-124.

Criado Boado, F.
1999 Del Terreno al Espacio: Planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. Criterios y convenciones en arqueología del paisaje. *Capa* 6:1-55.

Delfino, D., V. Espiro y R. A. Díaz
2009 Modos de Vida Situados: El Formativo en Laguna Blanca. *Revista Andes* 20:111-134.

De Nigris, M. y N. Ratto
2011 Explotación y usos de camélidos silvestres y domesticados en sitios arqueológicos del área cordillerana y del valle mesotérmico (dpto. de Tinogasta, Catamarca, Argentina). Trabajo presentado en el *II Congreso Nacional Zooarqueología*. Olavarría (9 al 13 de mayo de 2011). Ms

Eerkens, J. W.
2007 Organic Residue Analysis and the Decomposition of Fatty Acids in Ancient Potsherds. En *Theory and Practice in Archaeological Residue Analysis*, editado por H. Barnard y J. W. Eerkens,pp. 90-98. Oxford, BAR International Series.

Feely, A.
2010 *Tradiciones cerámicas y límites sociales en el valle de Fiambalá (Dto. Tinogasta, Catamarca)*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Ms.
2013 *Los modos de hacer vasijas: elecciones técnicas y estilos tecnológicos del oeste tinogasteño Catamarca). En Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño,* compilado por N. Ratto, pp. 69-130. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Feely, A., M. Pirola, L. Vilas e I. Lantos
2010 Estructuras para la cocción de artefactos cerámicos en La Troya (Tinogasta, Catamarca). Resultados preliminares. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo V:2051-2056. Mendoza.

Gallardo, F.
2005 Arte rupestre, contenido cultural de la forma e ideología durante el Formativo temprano en el Río Salado (Desierto de Atacama, Chile). *TAPA* 33:37-52.

Giovannetti, M., I. Lantos, R. Defacio y N. Ratto
2012 Construcción de un banco de almidones de variedades nativas de Zea mays L. del Noroeste Argentino. Propuesta metodológica y primeros resultados. En *Las manos en la masa arqueologías y antropologías de la alimentación en Suramérica*, editado por P. Babot, F. Pazzarelli y M. Marschoff, pp. 361-385. Corintios 13, Córdoba.

González, A. R.
1963 Las tradiciones alfareras del Período Temprano del NO argentino y sus relaciones con las de las áreas aledañas. *Anales de la Universidad del Norte* 2:49-65. Antofagasta.

González, A. R. y J. A. Pérez Gollán
1966 El área andina meridional. En *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas* vol 1:241-265. Sevilla.

González, A. R. y M. C. Sempé
1975 Prospección arqueológica en el valle de Abaucán. *Revista del Instituto de Antropología* Serie II:7-32, Tucumán.

Gosselain, O.
2000 Materializing Identities: An African Perspective. *Journal of Archaeological Method and Theory* 7 (3):187-217.

Gumerman, G.
1997 Food and Complex Societies. *Journal of Archaeological Method and Theory* 4(2):105-139.

Hillier, B. y J. Hanson
1984 *The Social Logic of Space*. University College London. Londres.

Ingold, T.
2000 *The Perception of the Environment: Essays on livelihood, dwelling and skill.* Routledge. London and New York.

Knapp, B. and W. Ashmore
2000 Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational. En

Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspective, editado por W. Ashmore y B. Knapp, pp.1-30. Blackwell Publishers, Oxford.

Korstanje, A.
2005 La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles Formativas (provincia de Catamarca, República Argentina). Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Lantos, I., M. Maier y N. Ratto
2012 Recreando recetas: una experimentación con variedades nativas de maíz del Noroeste Argentino. En *Las manos en la masa arqueologías y antropologías de la alimentación en Suramérica* editado por P. Babot, F. Pazzarelli y M. Marschoff, pp. 527-552. Corintios 13, Córdoba.

Lía, V., V. A. Confalonieri, N. Ratto, J. Cámara Hernández, A. M. Miante Alzogaray, L. Poggio y T.A. Browns
2007 Microsatellite typing of ancient maize: insights into the history of agriculture in southern South America. *Proceedings of the Royal Society - Biology* 274:545-554.

Maier, M. S., D. L. A. de Faria, M. T. Boschín, S. D. Parera y M. F. del Castillo Bernal
2007 Combined use of vibrational spectroscopy and GC–MS methods in the characterization of archaeological pastes from Patagonia. *Vibrational Spectroscopy* 44:182–186.

Mintz, S. y C. Du Bois
2002 The Anthropology of Food and Eating. *Annual Review of Anthropology* 31:99-119.

Miyano, J. P.
2011 Zooarqueología de la aldea Formativa de Palo Blanco. Plan de trabajo para el análisis del núcleo habitacional Nº 6 (Tinogasta, Catamarca). *Sesión de Posters del II Congreso Nacional de Zooarqueología Argentina.* Olavarría, 9 al 13 de mayo de 2011.

Montero López, M. C., F. Hongn, R. Seggiaro, R. Marrett y N.Ratto
2009 Relación entre el volcanismo y los registros arqueológicos en el bolsón de Fiambalá (Departamento Tinogasta, Catamarca), pp- 131-158. *Entrelazando Ciencias: Sociedad y ambiente antes de la conquista española* (comp. N. Ratto). EUDEBA. Buenos Aires.

Montero López, M. C., F. Hongn, J. A. Brod, R. Seggiaro, R. Marrett and M. Sudo
2010 Magmatismo Ácido del Mioceno Superior-Cuaternario en el área de Cerro Blanco-La Hoyada, Puna Sur. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 67 (2):327-346.

Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cul-

tural del Noreste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Olivera, D. E.
1988 La Opción Productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos Formativos del Noroeste Argentino. En *Precirculados. IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2012 El Formativo en los Andes del Sur: La incorporación de la opción productiva. En *Interculturalidades y Ciencias. Experiencias desde América Latina*, editado por M. T. de Haro, A. M. Rocchietti, M. A. Runcio, O. Hernández de Lara y M. V. Fernández, pp. 15-49. Centro de Investigaciones Precolombinas, Buenos Aires.

Orgaz, M.
2002 Presencia inkaica en los Andes Meridionales: caso de estudio en la cabecera norte del valle de Chaschuil (Tinogasta, Catamarca). San Fernando del Valle de Catamarca, CENEDIT.

Orgaz, M. y N. Ratto
2013 Fragmentos del pasado en la ocupación incaica del oeste tinogasteño (Catamarca). En Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño, compilado por N. Ratto, pp. 311-333. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Pérez Gollán, J. A.
1994 El proceso de integración en el valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. *Rumitacana* 1 (1):33-41.

Raffino, R.
1988 *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y Proceso Social precolombino.* Tipográficas Editora Argentina. Buenos Aires.

Ratto, N.
2003 *Estrategias de caza y propiedades del registro arqueológico en la Puna de Chaschuil (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina)*. Tesis Doctoral, FF y L, Universidad de Buenos Aires.
2005 La Arqueología del Bolsón de Fiambalá a travésde los Estudios de Impacto (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Actas dos I Jornadas Internacionais Vestígios do Passado.* AGIR - Associação para a Investigação e Desenvolvimento Sócio-cultural. Lisboa, Portugal.
2006 El Arcaico y el Formativo en la Puna de Chaschuil a través del diseño de las puntas líticas (Departamento Tinogasta, Catamarca) *Cazadores Recolectores Del Cono Sur. Revista De Arqueología* 1:93-110.
2007 Paisajes Arqueológicos en el Tiempo: La interrelación de ciencias sociales, físico-químicas y paleoambientales (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). En: A.

Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (compiladores) *Producción y Circulación Prehispánicas De Bienes en el Sur Andino*, pp. 35-54. Colección Historia Social Precolombina, Tomo II. Editorial Brujas, Córdoba.

2013 A modo de introducción: la articulación de estudios arqueológicos, paleoambientales e históricos en el oeste tinogasteño (Catamarca). En *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño,* compilado por N. Ratto, pp. 17-44. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Ratto, N. y M. Basile

2009 Un recorrido marcado: Los grabados de Suri Potrero (Fiambalá, Dpto. Tinogasta, Catamarca). En Ratto, N. (comp.) *Entrelazando Ciencias: Sociedad y ambiente antes de la conquista*. Eudeba. Buenos Aires.

2010 La localidad arqueológica de Palo Blanco (Dpto. Tinogasta, Catamarca): Nuevas Evidencias. En *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*, editado por J.R. Bárcena y H. Chiavazza, Tomo IV:1707-1712. Mendoza.

2012-2014 Los grabados más septentrionales del oeste tinogasteño y su conexión con la Puna Sur (Catamarca, Argentina).*MUNDO DE ANTES* 8:195-212.

Ratto, N., M. Basile y A. Feely

2012 Rutas y espacios conectados: las tierras altas y bajas del oeste tinogasteño *ca.* 2000-1000 A.P. (Catamarca). *Revista de Antropología Chilena* 26 (2):33-58.

Ratto, N. y R. Boixadós

2012 Arqueología y Etnohistoria. La construcción de un problema de investigación (Abaucán, Tinogasta, Catamarca). Revista *Memoria Americana* 20 (2):187-220.

Ratto, N., D. Carniglia y L. Coll

2012 Ocupación del área de "Los Seismiles" desde tiempos Formativos a recientes (Departamento Tinogasta, Catamarca): nuevas evidencias. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVII (1):207-216.

Ratto, N. y M. De Nigris

2012 El consumo de camélidos (vicugna vicugna) en un sitio ceremonial de la alta cordillera andina (departamento Tinogasta, Catamarca, Argentina). Revista *Chungará, Revista de Antropología Chilena* 44 (2):287-298.

Ratto, N., A. Feely y R. Plá

2007 La Producción Alfarera en el bolsón de Fiambalá (Departamento Tinogasta, Catamarca) y su Alcance Extra-Regional. En *Cerámicas Arqueológicas: Perspectivas arqueométricas para su análisis e interpretación,* editado por B. Cremonte y N. Ratto, pp. 123-145. Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

2010 Mil años de producción alfarera en el bolsón de Fiambalá: cambios y continuidades (Catamarca, Argentina), en *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena; Valdivia 2006.* Tomo 2:789-800. Universidad Austral de Chile, Valdivia.

2013 Vasijas y barros: una aproximación a la producción, distribución y consumo en el

oeste tinogasteño, siglos I a XIII. En *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*, compilado por N. Ratto, pp. 135-162. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Ratto, N., A. Feely y P. Salminci
2008 Diseños arquitectónicos y propiedades del registro arqueológico cerámico en el valle de Fiambalá (Departamento Tinogasta, Catamarca) En *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, editado por A. Austral y M. Tamagnini, Tomo II, pp. 771-775. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

Ratto, N., M. C. Montero y F. Hongn
2013 Environmental instability in western Tinogasta (Catamarca) during middle Holocene and its relation to regional cultural development. *Quaternary International* 307:58-65.

Ratto, N., M. C. Montero, F. Hongn y B. Valero Garcés
2013 La historia ambiental de las sociedades productivas del oeste tinogasteño (Catamarca), siglos I a XVI. En *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño,* compilado por N. Ratto, pp. 45-66. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Ratto, N. y M. Orgaz
2009 Poder, control y volcanes: El estado Inka en el volcán Incahuasi. (Tinogasta, Catamarca, Argentina). En *Entrelazando Ciencias: Sociedad y ambiente antes de la conquista española* compilado por N. Ratto, pp-159-174. EUDEBA. Buenos Aires.

Ratto, N., M. Orgaz, G. De La Fuente y R. Plá
2002 Ocupación de pisos de altura y contexto de producción cerámica durante el Formativo: el caso de la región puneña de Chaschuil y su relación con el Bolsón de Fiámbrala (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Estudios Atacameños* 24:51-69.

Ratto, N., M. Orgaz y R. Plá
2004 La Explotación del Alfar de La Troya en el Tiempo: Casualidad o Memoria (Departamento Tinogasta, Catamarca, Argentina. *Chungara. Revista de Antropología Chilena* 36 (2):349-361.

Ratto, N., R. Plá, A. Feely y M. Orgaz
2009 Integración del bolsón de Fiambalá y la puna de Chaschuil (Departamento Tinogasta, Catamarca): aprovisionamiento de materias primas, producción y distribución de bienes cerámicos durante la etapa Formativa e Inca, pp. 175-206. *Entrelazando Ciencias: Sociedad y ambiente antes de la conquista española* (comp. N. Ratto). EUDEBA. Buenos Aires.

Ratto, N., M. F. Rodríguez y D. Hershey
2010 Explotación y uso de recursos vegetales en sitios arqueológicos del área cordillerana

y del valle mesotérmico (departamento Tinogasta, Argentina). En Actas del *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena; Valdivia 2006.* Tomo 2:1267-1277. Universidad Austral de Chile, Valdivia

Sanhueza, L.
2008 El concepto de estilo tecnológico y su aplicación a la problemática de las sociedades alfareras tempranas de Chile Central. En *Puentes hacia el pasado: reflexiones teóricas en arqueología,* editado por D. Jackson, D. Salazar y A. Troncoso, pp. 59-72. Editorial LOM, Santiago.

Salminci, P.
2005 *Estilo constructivo y estructura espacial. Un estudio sobre etnicidad y organización social de poblaciones prehispánicas a través del análisis de la arquitectura arqueológica del valle de Fiambalá.* Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas con orientación arqueológica. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Ms.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Cortés, C. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. Izeta
2009 Pequeños Mundos: Hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del Valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV:251-279.

Sempé, M. C.
1976 *Contribución a la arqueología del valle de Abaucán.* Tesis Doctoral Inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
1977 Las culturas agroalfareras prehispánicas del valle de Abaucán (Tinogasta-Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (NS) T XI:55-68.

Tarragó, M.
1999 El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el NOA. En: Formativo Sudamericano, pp. 302-313. Edición P. Ledergerber-Crespo. Cuenca.

Valero Garcés, B. y N. Ratto
2005 Registros Lacustres Holocénicos en la Puna de Chaschuil y El Bolsón de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca): Resultados Preliminares. Simposio Geología del Cuaternario, Paleontología, Geoarqueología, Paleoclimas y Paleoambientes (Coord. J. Rabassa). *Actas del XVI Congreso Geológico Argentino*, T° IV:163:170. La Plata.

Willey, G. R. y P. Phillips
1958 *Method and Theory in American Archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 247-275

TRAS LAS HUELLAS DEL FORMATIVO. NORTE DE LA PROVINCIA DE LA RIOJA

Adriana Callegari[*], María Elena Gonaldi[**], Gisela Spengler[*], María Gabriela Rodríguez[*], María Eugenia Aciar[*], Roberto Pappalardo[*] y María Lucia Wisnieski[*]

A la memoria de María Gabriela Raviña, que anduvo por todos estos lugares……

ABSTRACT

This article considers Formative Period archaeological manifestations in north La Rioja Province. It is with this goal that we discussthree case studies that have been approached through different projects over the last years: Faldeos de Anillaco (Dpto. Castro Barros); La Cuestecilla at the Antinaco Valley (Dpto.Famatina)and the Rincones system in the Vinchina Valley (Dpto. General Lamadrid). The "Formative" concept will be discussed in general, and in particular its applicabilityto the prehistory of Argentina's north western region and La Rioja Province.

***Keywords**: Formative Period – North La Rioja Province – Local archaeological manifestations*

[*] Instituto de Arqueología – Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires.
[**] UTN FRLR – Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales - UNLaR.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene por principal objetivo analizar las maneras en que se manifestó el Formativo (*ca.* 200 A.C. y 1200 D.C.) en el Norte de la Provincia de La Rioja. Para ello, primeramente, se discute cómo el término Formativo fue entendido y utilizado a lo largo de la historia de la disciplina y la arqueología del NOA, evaluando luego su pertinencia para nuestra zona de estudio, con relación a aspectos vinculados a la temporalidad, el tamaño de la población, la organización social, la producción, entre otros. Consideramos al Formativo como un proceso en una suerte de continuun a lo largo de un rango de 1000 a 1500 años. Las sociedades que se desarrollaron en el transcurso de este amplio lapso evidencian rasgos cuali-cuantitativos muy variados según su ubicación en el transcurso de dicho proceso. En relación a esto, Núñez Regueiro (1974) elabora un cuadro cronológico cultural en el cual distingue tres subperíodos para el Formativo: Inferior, Medio y Superior. En el transcurso de los mismos se registra un notorio aumento de la población, acompañado por un incremento de la producción de alimentos y, en algunos casos, una incipiente diferenciación social a nivel local que se materializa en la complejización de la trama arquitectónica y en otras materialidades. Por su parte Raffino (1988) distingue entre un Formativo Inferior y un Superior a partir del desarrollo, en el último, de las sociedades Aguada, portadoras de una rica y variada iconografía de carácter mítico religiosa.

A fin de alcanzar nuestro objetivo nos focalizaremos en tres ámbitos del norte de la provincia de La Rioja, donde en diferentes momentos hemos desarrollado trabajos arqueológicos. En primer lugar nos ocuparemos de los faldeos de Anillaco, en el Departamento Castro Barros, integrado por un sistema de pequeñas aldeas que responden a un mismo patrón arquitectónico. Luego tratamos el caso del valle de Antinaco, en el Departamento Famatina, en donde se identificó una ocupación Aguada de grandes proporciones constituida por un sitio de mayor jerarquía con espacios públicos y aldeas aledañas. Por último, abordamos un sistema de sitios ubicados en los "rincones", en las inmediaciones de la actual localidad de Villa Castelli, en el Valle de Vinchina (Departamento General Lamadrid), con rasgos constructivos y de emplazamiento que remiten a una circunstancia de beligerancia (Figura 1). A grandes rasgos, cada uno de los casos alude a los diferentes momentos del Formativo, Inferior, Medio y Superior (*sensu* Núñez Regueiro 1974), respectivamente.

Los resultados de las investigaciones que venimos realizando han mostrado marcadas diferencias entre los distintos ámbitos que, a nuestro entender, dan cuenta de características ambientales diferenciadas y de procesos históricos particulares.

EL FORMATIVO EN EL NOROESTE ARGENTINO

La noción de Formativo ha ido variando en el transcurso de la historia de la disciplina en función de las distintas corrientes teóricas en boga. De acuerdo a ello también fue cambiando el acento puesto a su contenido. Este concepto surge de la mano de arqueólogos americanistas hacia fines de la década del 40, a modo de estadio evolutivo cultural, a partir del cual se habrían gestado una serie de cambios disparadores de procesos de complejización social posteriores (Bueno Mendoza 1998; Ledergerber-Crespo 2002). De esta manera, se lo utilizó como instrumento teórico para caracterizar el proceso de "neolitización americano"

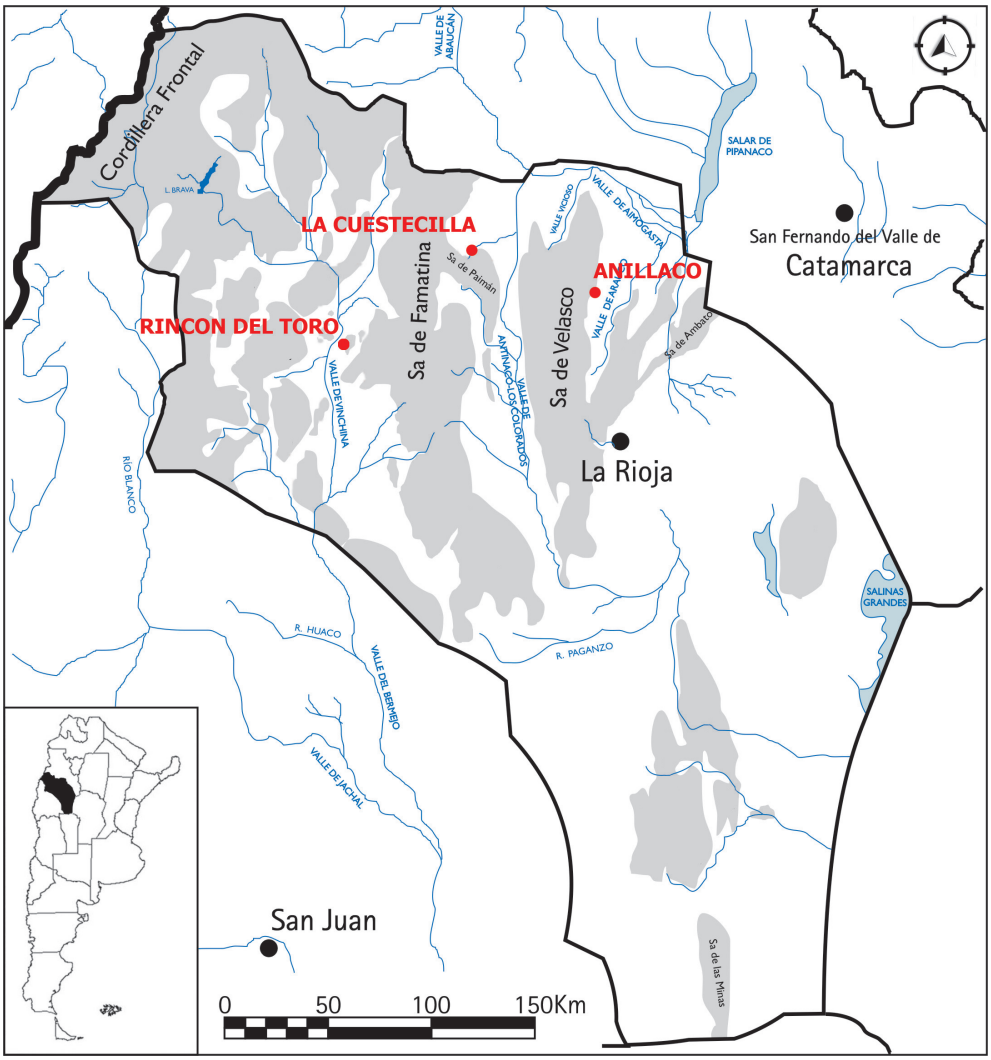


Figura 1. Mapa de La Rioja con la ubicación de los casos de estudio.

(*sensu* Lumbreras 2006), emulando el esquema aplicado al viejo mundo para el desarrollo prehistórico (Bueno Mendoza 1998; Ledergerber-Crespo 2002; Delfino *et al.* 2009).

Se definió a las sociedades Formativas ubicadas en una suerte de etapa de transición entre los cazadores-recolectores nómadas del arcaico y el surgimiento de las altas culturas americanas (Lleras Pérez 2002). Las mismas se caracterizaban básicamente por tres rasgos: 1) el desarrollo de un modo de vida aldeana, es decir, la presencia de grupos sedentarios de baja densidad poblacional; 2) un incipiente desarrollo en la producción de alimentos y la domesticación animal y 3) el surgimiento de nuevas tecnologías, donde la presencia de la cerámica era considerada determinante. Sin embargo, el avance de las investigaciones en diferentes regiones de América mostró que muchas de las sociedades que, sin duda, estaban en una etapa formativa no presentaban algunos de los rasgos señalados como diagnósticos.

Así, por ejemplo, se registraron grupos sedentarios sin una economía productiva, grupos semisedentarios con arquitectura monumental o comunidades sedentarias sin cerámica (Lumbreras 2006; Burger 2007). Estas inconsistencias entre lo teórico y el registro dejaron en claro que tales rasgos no eran tan diagnósticos y, paradójicamente, el Formativo era más complejo y variado de lo que había sido definido. Era necesario entonces, entender sus diferencias como consecuencia del marco ambiental, pero también a partir de los contextos históricos particulares en que cada sociedad se había desarrollado.

La arqueología argentina no fue ajena a los avatares en el uso del concepto Formativo, ni a los presupuestos teóricos detrás de dicha definición. A fines de la década del 40 Bennett y colaboradores (1948), bajo un paradigma histórico-cultural, desarrollan un esquema de periodificación para el Noroeste Argentino (NOA) basado en la seriación de tipologías cerámicas. Sin bien en su esquema no mencionan al término Formativo refieren a un Período Temprano. Siguiendo las corrientes americanas, e inspirado en la propuesta de Bennett, González elabora un modelo basado en el establecimiento de unidades culturales concretas a partir de la reconstrucción de sus contextos y el establecimiento de tipologías cerámicas sustentadas con fechados ^{14}C (González 1950-55). De esta manera, segmenta la secuencia del NOA en siete períodos: Precerámico, Temprano, Medio, Tardío, Inca, Hispano-Indígena y Colonial (González y Pérez 1972; González 1977, 1982, 1998). En esta secuencia, el período denominado como Temprano se correspondía claramente con las definiciones de Formativo que se habían hecho hasta ese momento para los territorios centro-andinos. El Período Medio, identificable en la región valliserrana por la presencia de las manifestaciones plásticas de la denominada "Cultura de La Aguada" (González 1961-64, 1998), era considerado como el resultado de influencias provenientes de Tiwanaku ubicado en el Altiplano. En la década del 70, González (1977) advierte sobre la variabilidad espacial de Aguada proponiendo tres sectores: oriental, septentrional y meridional. A pesar de mostrar cada uno de ellos estilos cerámicos y rasgos propios que los caracterizan, todos compartían un substrato ideológico que se materializaba en el uso del mismo repertorio iconográfico. El sector meridional, que comprende el Norte de la provincia de San Juan y el Norte y centro de la provincia de La Rioja, incluye el área de estudio que aquí nos ocupa.

Desde una perspectiva materialista, y basándose en el modo de producción, Núñez Regueiro (1974) presenta un modelo crono-cultural que renombra la secuencia, ubicando al Período Formativo del NOA entre el 600 A.C. y el 1000 D.C. Como se mencionó al inicio, este autor distingue tres subperíodos para el Formativo: Inferior, Medio y Superior. De manera similar a González, identifica al Formativo Medio por la presencia de Aguada. Al distinguir subperíodos dentro del Formativo, marca una continuidad en el tiempo de estas sociedades, mostrando diferencias a lo largo de dicho continuum. Es por ello que las sociedades del Formativo Inferior mostrarían grandes diferencias, tanto organizacionales como en cuanto a su cultura material, en relación con las del Formativo Superior. Así el período en cuestión se inicia con la transición del Arcaico al Formativo Inferior, y termina hacia fines del Superior con la presencia de sociedades con mayor grado de complejidad social. Posteriormente, Raffino (1988) retoma esta secuencia, discriminando solamente entre Formativo Inferior y Superior, caracterizándose este último por la presencia de Aguada.

Posteriormente, Núñez Regueiro y Tartusi (1988), proponen la utilización del término "Integración Regional" en lugar de Formativo Medio, argumentando que la nueva denominación refleja de manera más acabada el proceso sociocultural que habría supuesto

una integración ideológica que homogeneizó a gran parte de los pueblos que habitaron la región valliserrana del NOA, compartiendo una iconografía de alto contenido simbólico. Estas representaciones, que en su momento González (1961/64) identificara como Cultura de la Aguada, actualmente son denominadas en términos de "fenómeno Aguada", puesto que son entendidas como la manifestación de diferentes sociedades que, en el transcurso de un lapso témporo-espacial que abarcó entre *ca.* 600 y 1200 D.C., compartieron un repertorio iconográfico similar vinculado a un cuerpo de creencias religiosas. En trabajos más recientes, como resultado de años de investigación en Campo del Pucará, Núñez Regueiro (1998) y Núñez Regueiro y Tartusi (2000, 2002) sostienen que los orígenes del fenómeno Aguada pueden rastrearse en la interacción entre las sociedades Ciénaga, Condorhuasi y Alamito.

Por su parte, Olivera señala que el Formativo no debe ser considerado como un período dentro de una secuencia histórico-cultural regional, sino en términos de un tipo de sociedad que maneja un conjunto de "estrategias adaptativas" (Olivera 1988; 2001). De esta manera, sugiere que el paso del Arcaico al Formativo debe ser entendido como un proceso de transformaciones en una suerte de continuum, que involucran la aparición de una serie cambios organizacionales. Caracteriza a los sistemas Formativos por su organización en función de cierta opción productiva, dependiente de la disponibilidad de recursos, la incorporación de nuevas tecnologías, y un mayor grado de sedentarismo reflejado en patrones de asentamiento aldeano con grupos de población reducidos y con escaso nivel de diferenciación social (Olivera 1988, 2001). A su vez, Tarragó (1996) propone que este concepto debe ser despojado de su connotación cronológica, concibiéndolo como un momento del desarrollo cultural en donde predominaron los modos de vida aldeanos basados en economías agropecuarias estables, y con una organización sociopolítica de tipo comunitaria.

Actualmente las definiciones de la periodificación general del NOA, así como de las categorías culturales y de complejidad asociadas a cada uno de los momentos, están siendo discutidas ampliamente en base al análisis crítico de las evidencias locales (Nielsen 1996, 2001; Gordillo 1999, 2007; Baldini *et al.* 2002; Callegari y Gonaldi 2006; Scattolin 2007a, 2007b, entre otros). Los cuestionamientos hacen hincapié en que, como consecuencia del pensamiento tipológico, lo que inicialmente fue definido como categoría descriptiva dentro de un proceso, fue transformándose en una entidad fija e inamovible (Delfino *et al.* 2009:131). Así, en diversas zonas del área valliserrana, yungas y puna, el registro artefactual así como las cronologías absolutas muestran una mayor diversidad de procesos que no se condice de manera estricta con las secuencias definidas décadas atrás (Korstanje 2005; Scattolin 2006a; 2006b; Salvi *et al.* 2007; Delfino *et al.* 2009, entre otros). Como mencionáramos más arriba, el concepto de Formativo se ha aplicado a gran variedad de contextos cronológicos, espaciales, sociales e históricos, homogeneizando así la diversidad cultural existente. Como bien señala Delfino y colaboradores (2009), la condición restrictiva de dicha categoría taxonómica puede ser revisada a través del análisis de contraejemplos que muestren los límites y sesgos en los que se podría estar incurriendo.

EL FORMATIVO EN EL NORTE DE LA RIOJA

Patrocinado por la Universidad Nacional de La Plata, Debenedetti recorre y estudia numerosos asentamientos arqueológicos de la vertiente oriental de la Sierra de Famatina,

encontrando evidencias de momentos Formativos en casos como Rincón de Famatina, Hualco y Chañarmuyo. En el último elabora la conocida segmentación en dos series de características distintivas, la de los barreales y la de los pedregales, que constituye el primer intento de cronología relativa para La Rioja (Debenedetti 1917,1931). Durante la década del 30, de Aparicio lleva adelante investigaciones de diversa índole, describe variadas manifestaciones de arte rupestre, prospecta y releva sitios arqueológicos de diferentes períodos del NOA. Entre ellos cabe mencionar el Rincón del Toro (de Aparicio 1940/42) correspondiente a finales del Formativo e inicios del Período de los Desarrollos Regionales. Cabe destacar la obra póstuma de Boman (1927-32) "Estudios Arqueológicos Riojanos" publicada gracias a los esfuerzos compiladores de Greslebin; donde se dan a conocer y describen una amplia variedad de sitios y los materiales recuperados de diferentes ámbitos de la provincia de La Rioja (Aimogasta, San Blas de los Sauces, Castro Barros, Famatina, Arauco, etc.). Posteriormente De la Fuente (1971a) efectúa trabajos de campo en diferentes zonas de la provincia que publica en obras de carácter sintético referidas a la prehistoria de La Rioja, donde menciona datos significativos sobre nuevos asentamientos. Asimismo presenta reseñas sobre instalaciones prehispánicas, como las del Cerro el Toro (De la Fuente 1971b), Chañarmuyo (De la Fuente1972), Guandacol (De la Fuente 1973a), y los resultados de las prospecciones realizadas en los alrededores de la localidad de Vinchina (De la Fuente 1973b), Famatina (De la Fuente 2002), cuyos sitios mayoritariamente se corresponden a diferentes momentos del Formativo.

Los procesos erosivos que han prevalecido en gran parte de la provincia en el transcurso de los últimos siglos, irremediablemente han provocado la formación de paisajes denudados por la erosión y quebrados por profundas cárcavas en grandes zonas de su territorio. Sobre sus superficies son visibles, en la actualidad, palimpsestos con claros indicadores tanto de momentos Formativos, como anteriores y posteriores. Afortunadamente, algunas zonas más protegidas y con vegetación han mantenido una estratigrafía que ha permitido reconstruir sus historias locales. En los sitios arqueológicos con evidencias formativas de La Rioja la mayoría del registro material se corresponde con los estilos de Aguada meridional. No obstante, con porcentajes muchos más bajos, generalmente aparece material del Formativo Temprano como Ciénaga y Saujil[1].

Como mencionáramos al inicio, las características ambientales específicas y los contextos históricos particulares favorecieron al desarrollo de una alta diversidad entre las sociedades formativas. Con el objetivo de ejemplificar esta variedad presentamos tres casos cuyo estudio abordamos en diferentes momentos y con diferente profundidad (Figura 1).

[1] Cabe aclarar que en los sitios catamarqueños de la región de Fiambalá el último estilo cerámico presenta una amplia proyección temporal, entre el siglo I y XIII.

LOS CASOS

Faldeos de Anillaco, Departamento Castro Barros

Los sitios arqueológicos se emplazan en la ladera oriental de la Sierra de Velasco, entre los 1400 y 1500 msnm, sobre un amplio piedemonte[2], separados por distancias que varían entre 50 y 500 m aproximadamente. De acuerdo a nuestras prospecciones, esta forma de emplazarse en el espacio se extiende a lo largo de 52 km, abarcando las actuales localidades de San Pedro, Santa Cruz, Anjullón, Los Molinos, Anillaco, Aminga, Chuquis, Pinchas, Agua Blanca y Las Peñas (Raviña y Callegari 1992). En el transcurso de las mismas se identificaron una totalidad de 40 sitios, se realizó la planimetría de 17 de ellos ubicados en las inmediaciones de la localidad de Anillaco y de otros tres en las cercanías de las localidades de Aminga, Chuquis y Pinchas (Raviña y Callegari 1992; Baldini y Raviña 1999). Sin embargo otros investigadores que trabajaron en las inmediaciones, han reportado que este tipo de instalación tiene mayor extensión a lo largo del faldeo de este cordón montañoso (Ortiz Malmierca 2001; Dlugosz *et al.* 2007). Fundamentalmente consiste en un sistema aldeano que, con escasas diferencias, reproduce un mismo módulo constructivo consistente en un espacio pircado de forma subrectangular de 30 m de largo y un promedio de 20 m de ancho. Adosados a sus paredes se han construido una serie de recintos que varían entre 5 y 10 unidades, de formas y tamaños variados, que comparten muros medianeros. Las unidades de forma trapezoidal son más grandes con dimensiones promedio de 7x5 m, mientras que las rectangulares y subrectangulares son más pequeñas con dimensiones medias de 3x4 m. Sin excepción, todas las aldeas mostraron un recinto de amplias dimensiones dispuesto de manera lateral dentro de su perímetro pircado que habría funcionado a la manera de "patio". De acuerdo al tamaño de las instalaciones y la distancia que media entre ellas, interpretamos habrían sido ocupadas por uno o varios núcleos familiares emparentados (Figura 2).

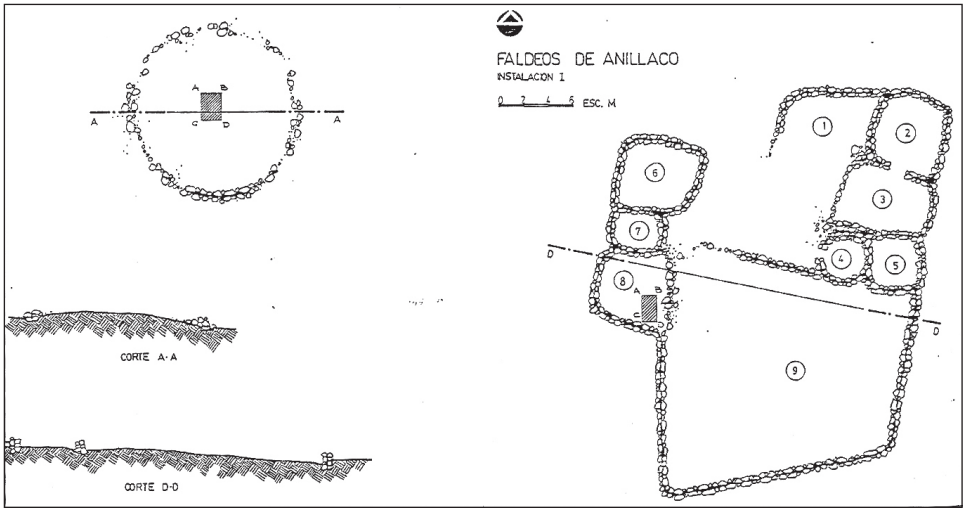


Figura 2. Plano de Faldeos de Anillaco 1 (tomado Raviña y Callegari 1992).

[2] Esta zona es conocida en la provincia de La Rioja como "la costa". Ocupa una angosta depresión tectónica que se forma entre las ramas oriental y occidental en que se divide la sierra de Velasco.

Las excavaciones desarrolladas en los "patios" mostraron el uso compartido de este espacio donde se habrían desarrollado tareas generalizadas, confirmando, de esta manera, dicha funcionalidad. En algunos sitios, como es el caso de Anillaco 28, un par de recintos fueron construidos por fuera del espacio perimetral, aunque adosados al mismo, hecho que nos hace suponer que habrían sido construidos con posterioridad al mismo, a medida que crecía el núcleo o núcleos familiares.

A partir de diferentes propuestas para realizar cálculos poblacionales, Baldini y Raviña (1999) estimaron la población para 16 sitios en una franja de dos 2 km en la zona de quebrada de Anillaco. Los resultados obtenidos para dicha muestra fueron de un mínimo de 308 y un máximo de 462 habitantes.

En ciertos sectores del amplio piedemonte (especialmente entre Anillaco 1, 2 y 3) se identificaron construcciones agrícolas, que se extienden de forma transversal a la pendiente por varias decenas de metros, estas fueron construidas con la técnica de muros simples. Al respecto, cabe señalar que la zona dispone de abundante agua con presencia de numerosas quebradas transversales que bajan desde la cima de la Sierra de Velasco, distribuyéndose de manera regular desde la localidad de San Pedro por el Norte hasta la localidad de Agua Blanca por el Sur. Sin embargo, al alcanzar las zonas bajas en la cuenca sedimentaria de Aimogasta-Pinchas, el agua se infiltra en los sedimentos al no existir un río colector. Es así que, los pobladores de los faldeos tuvieron abundante agua tanto para el consumo diario como para el riego de sus campos de cultivos dispuestos entre las aldeas.

Se realizaron recolecciones sistemáticas de superficie y 11 intervenciones arqueológicas en diferentes tipos de estructuras en Anillaco 1, 28, 39 y en Quebrada de Anillaco[3]. A partir de estas tareas se recuperó cantidad y variedad de registro arqueológico, cuyos resultados se sintetizan a continuación.

El material lítico recuperado, tanto en excavación como de superficie, consiste en una apreciable cantidad de lascas, desechos de talla, como así también raspadores y puntas de proyectil realizados en cuarcita y calcedonia, y un cuchillo sobre laja. En la capa 5 del R2 de la Quebrada de Anillaco se obtuvo una pequeña cuenta de malaquita, y en Anillaco 28 una laja grabada con incisiones finas. Con relación a la metalurgia, en el R2 de Anillaco 39 se obtuvo un pequeño cincel de metal, con uno de sus extremos aguzados y fracturados.

El material cerámico sin lugar a dudas es el tipo de registro más abundante recuperándose, entre colecciones de superficie y excavación, más de 8.000 fragmentos cerámicos correspondientes a vasijas, pucos, jarros, urnas, vasos, coladores, pipas y figurinas. Entre los tipos cerámicos conocidos se identificaron: Ciénaga inciso y pintado, Saujil inciso, Allpatauca, Aguada grabado, Aguada pintado, Cerámica roja o gris alisada (similar a la cerámica Aguada pero de menor calidad técnica); y Ordinarios con abundantes inclusiones medianas a gruesas (en líneas generales corresponden a vasijas de gran tamaño con o sin asas, algunas con improntas de cestería). Otra variedad de cerámica ordinaria corresponde a una cerámica gris de paredes e inclusiones más finas que fue utilizada para confeccionar pequeñas ollas de cuerpo globular y cuellos evertidos (Raviña y Callegari 1992:51-55). El material óseo animal recuperado se presenta en la Tabla 1.

[3] Ocho excavaciones en recintos pequeños, uno de ellos se lo excavó en su totalidad (Anillaco 28); dos excavaciones en recintos mayores o "patios", y otro en el centro del montículo asociado a Anillaco 1.

Tabla 1. Anillaco 1, 28, 39 y Quebrada de Anillaco. Composición taxonómica

Taxones (NISP=14)	%
Camelidae	64,29
Chinchillidae	14,29
Octodontidae	7,14
Hippocamelus	7,14
Rheidae	7,14

Se realizaron dos mediciones radiocarbónicas asociadas a pisos de habitación. El fechado del piso del R2 (capa 3-4: 0,55m) de la aldea Quebrada de Anillaco arrojó una edad de 1210 ± 130 A.P. años ^{14}C, calibrado con 1 sigma 750 D.C. (AC-0927) y el fechado procedente del piso del R8 (capa 6: 0,50-0,60 m) de Anillaco 1 arrojó una de 1200 ± 120 A.P. años ^{14}C, calibrado con 1 sigma 750 D.C. (A.C.-0920). Ambas mediciones parecerían marcar una ocupación Aguada plena, con mayor porcentaje de los tipos cerámicos que la caracterizan, aunque siempre acompañada por materiales Ciénaga con porcentajes muy inferiores.

Por último, se realizó una excavación en el montículo asociado al asentamiento Anillaco 1, obteniéndose una columna estratigráfica de donde se obtuvieron 8 mediciones radiocarbónicas entre la capa 5 (0,40-0,50 m) y la capa 12 (1,10-1,20 m) (Raviña y Callegari 1992). La serie de fechados obtenidos oscila entre 1440 ± 120 A.P. y 1150 ± 140 A.P., y calibrados con 1 sigma entre 640 D.C. y 1038 D.C. (Gordillo 1999:369). A medida que se desciende en la columna estratigráfica, disminuye progresivamente la cerámica Aguada y los estilos asociados (como es el caso de Allpatauca), y son reemplazados por una cerámica rojo o gris alisada similar a la Aguada pero de menor desarrollo técnico, sin registrarse un aumento significativo de Ciénaga. El fechado más antiguo de la columna corresponde a 1440 ± 120 A.P. (510 D.C.), y parecería estar marcando los inicios de la ocupación Aguada en la zona.

Ortiz Malmierca (2001) prospectó en el piedemonte, a lo largo de una franja de 10 km en sentido N-S por 2 km de ancho aproximadamente. La autora reportó seis sitios a la altura de la localidad de Chuquis, y otros dos entre Chuquis y Pinchas (Loma Pircada, El Puesto, Casa de Piedra, Agua del Pobre, Embalse, 24 Morteros, Piedra Pintada, Pozo de la Mora, Finca Walter Barros). De acuerdo a su descripción, se trata de asentamientos muy similares, en cuanto al modo de emplazamiento en el paisaje y al módulo constructivo. Entre todos ellos se diferencia y destaca el sitio Loma Pircada que se ubica sobre la cima del cerro homónimo. El mismo se encuentra circundado por una muralla y en su interior se identificaron 17 círculos de piedra de aproximadamente 3 m de diámetro. En dos de estas estructuras (E1 y E15) se abrieron sondeos recuperándose únicamente (a 20 cm de profundidad) restos de vegetales carbonizados que, después de su análisis en el laboratorio, resultaron corresponder a restos de maíz (*Zea mays*) carbonizado. En función de ello, la autora interpretó que estas estructuras habrían funcionado a manera de silos. Es importante aclarar que no apareció ninguna otra evidencia material ni en superficie ni en excavación. Al pie de este cerro se reporta la presencia de un mortero múltiple o "comunal", y se menciona un abrigo con arte rupestre –Piedra Pintada– compuesto por tres paneles rocosos con pinturas rupestres de tipo abstracto (Ortiz Malmierca 2001).

Con posterioridad, el equipo de Núñez Regueiro llevó adelante intervenciones arqueológicas en el sitio El Puesto, situado sobre una elevación plana entre dos cauces secos del río Yacurmana (Dlugosz *et al.* 2007:287). Tanto el módulo constructivo como el registro cerámico recuperado son muy similares al de los asentamientos cercanos a Anillaco, presentando los grupos morfo-técnico estilísticos: Ciénaga, Aguada, Allpatauca, cerámica gris y roja fina alisada o pulida, y otros ordinarios. Los autores realizaron intervenciones en una unidad doméstica, individualizando un enterratorio entre los -0,50 y -0,70 m, y un puco y cuentas de collar en sus inmediaciones, que posiblemente formaran parte del acompañamiento mortuorio. Los restos óseos de origen animal asignables a género *Lama* recuperados demuestran que anatómicamente están representados casi todas las partes esqueletarias, presentando gran parte de ellas alteración térmica. También se identificaron fragmentos óseos de roedores de gran tamaño, posiblemente vizcacha (*Lagostomus maximus*).

Se recuperó parte de una vasija de gran tamaño, en cuya superficie exterior se detectaron adherencias de escorias de fundición, lo cual hace pensar a los autores que tal vez en las cercanías del fogón de ese espacio doméstico, se habrían desarrollado actividades relacionadas con la metalurgia, aunque aclaran que es necesario recabar más información para contrastar dicho planteo (Dlugosz *et al.* 2007:286). Por último, en las inmediaciones del asentamiento se identificaron andenes de cultivos con características similares a los descriptos para la zona de Anillaco. A partir de las evidencias materiales recabadas (material cerámico y el patrón de asentamiento) los autores ubican temporalmente al sitio en un momento de transición entre el Período Temprano y el Medio (Dlugosz *et al.* 2007).

Valle de Antinaco, Departamento Famatina

El área de La Cuestecilla, ubicada entre las actuales localidades de Pituil y Chañarmuyo, se emplaza sobre la llanura aluvial del río Chañarmuyo, a 1500 msnm. En la actualidad la zona se encuentra muy denudada por la acción de los agentes antrópicos y naturales, conformando los típicos paisajes de barreales. Debido a esto, algunos sectores se encuentran muy erosionados, atravesados por cárcavas, con abundante material arqueológico en superficie y con vestigios de cimientos de construcciones apenas identificables. Sin embargo, en las áreas en donde prevaleció la sedimentación fue posible reconocer la traza de distintos tipos de arquitectura y encarar intervenciones arqueológicas (Gonaldi *et al.* 2008; Callegari *et al.* 2010, 2013).

La escala del sitio La Cuestecilla y su área de influencia tienen una magnitud que se destaca entre los sitios conocidos para la cultura de La Aguada en la zona. La forma de emplazarse en el paisaje es de manera discontinua a lo largo de una amplia extensión. Es por ello que no fue posible establecer límites precisos para este asentamiento, identificándose una zona con mayor concentración de construcciones que va disminuyendo y dispersándose a medida que comienza a aumentar la presencia de estructuras agrícolas, hasta que claramente se identifican pequeñas aldeas de carácter doméstico-productivo. Hasta donde han llegado nuestras prospecciones este patrón aldeano se vería replicado desde la localidad de Pituil hasta Angulos. Consideramos que este modo de establecerse en el territorio, de manera extensiva y dispersa, responde a una determinada racionalidad espacial y a sus códigos de

uso (Callegari *et al.* 2013). Se han realizado estimaciones demográficas cuya media, entre un cálculo de tipo grano grueso y grano fino, arrojó un número aproximado de 2334 personas que podrían haber ocupado el sitio (Rodríguez 2011).

Se realizaron recolecciones intensivas de materiales en toda el área central del sitio, en cuatro de las aldeas aledañas, y en nueve de los campos de cultivos ubicados en la periferia. Se obtuvo un total de 7404 fragmentos cerámicos distribuidos entre los distintos grupos cerámicos que se presentan en la Tabla 2. Para un análisis más detallado del material cerámico recuperado en excavación y superficie consultar (Callegari *et al.* 2013: Tabla 1 y Anexo respectivamente).

El área con mayor densidad de construcciones del sitio propiamente dicho puede describirse como un espacio residencial multicomponente de gran tamaño, con espacios domésticos, productivos y públicos. Estos últimos, con presencia de plazas, plataformas y un gran montículo, se encuentran claramente recortados del resto de la trama arquitectónica, y parecen haber sido destinados a la celebración del ritual (Callegari *et al.* 2010) (Figura 3).

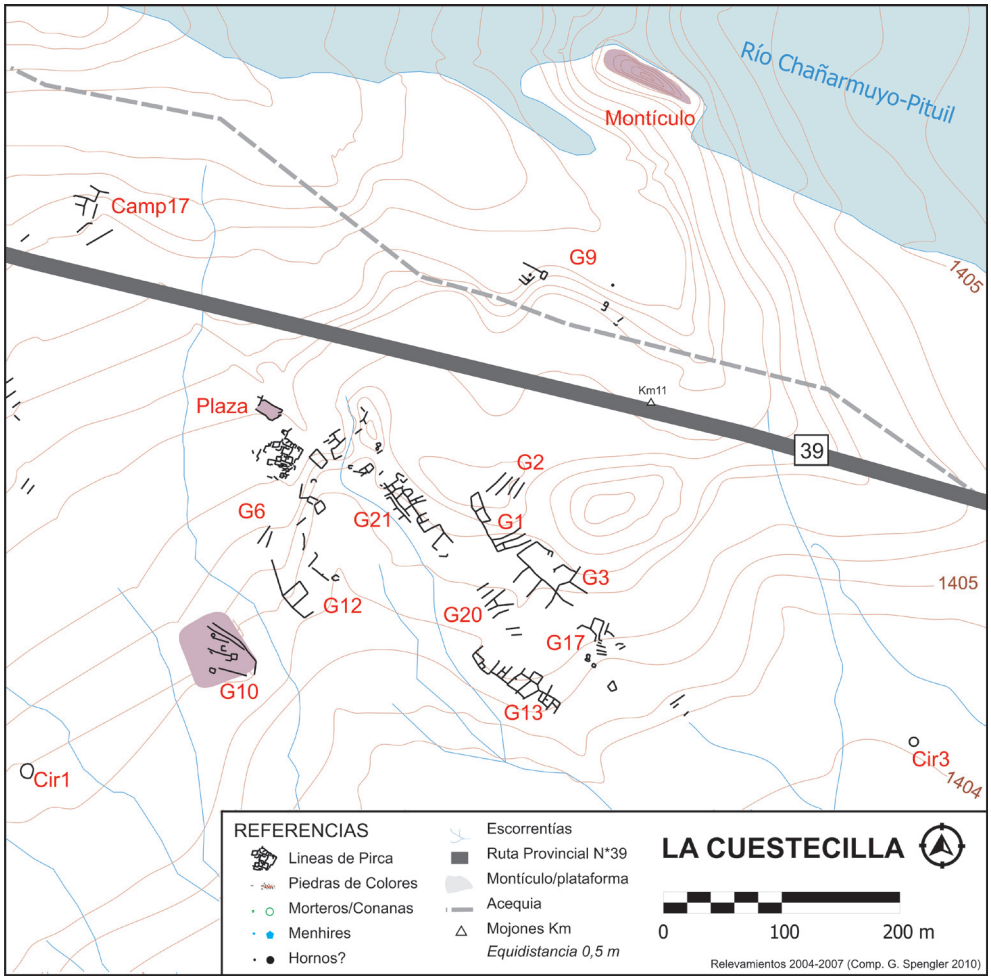


Figura 3: Plano del sector central del sitio La Cuestecilla.

Tabla 2. La Cuestecilla, cuatro aldeas aledañas y nueve campos de cultivo. Material cerámico de superficie

Cerámica N= 7404 frgs.	%
Aguada	39,61
Ordinario	26,30
Inclusiones Finas	16,50
Allpatauca	2,73
Ciénaga	1,59
Saujil	0,32
Sanagasta	0,44
Indeterminados	12,51

Los espacios domésticos presentan una complejidad estructural diferenciada, distinguiéndose grupos arquitectónicos con una pequeña plataforma (G6, G9 y G16), y grupos sin plataforma (G5, G7, G11, G12, G15 y G17). Se realizaron 10 intervenciones en los grupos G6, G10, G16, G20 y G21, obteniéndose un total de 3983 fragmentos, cuya clasificación se presenta en la Tabla 3. Para un análisis más detallado del material cerámico recuperado en cada uno de los grupos arquitectónicos mencionados consultar (Callegari *et al.* 2013:313).

Es de destacar el caso del Grupo 6 (G6), que es el que presenta mejor estado de conservación y condiciones de sedimentación, siendo por tal motivo el más trabajado y de donde proviene la mayor cantidad de las mediciones radiocarbónicas. Dadas las condiciones de preservación fue posible, en este caso, identificar con mayor definición la trama arquitectónica, que comparativamente es más agregada que la de los otros grupos que componen el sitio. Se distinguieron de esta manera 13 recintos (R) que habrían funcionado como espacios domésticos; cuatro espacios más amplios que, por sus características formales, habrían actuado a manera de patio vinculados a más de una vivienda; y una pequeña plataforma con rampas de acceso, de un metro de alto y planta rectangular, cuyas dimensiones oscilan entre 6,3 y 5,5 m (Figura 4). Entre las unidades domésticas podemos distinguir, además, aquellas que presentan un acceso restringido a través deflectores y/o pasillos, de otras con acceso directo.

De las excavaciones efectuadas en los contextos domésticos del G6, se recuperó principalmente material cerámico correspondiente a diferentes estilos, entre los que se destaca la cerámica Aguada, seguida por material Ciénaga, Allpatauca y Saujil. Además se identificaron otros materiales entre los que podemos mencionar: abundante material lítico, una cuenta de calcita, pigmentos varios, un retocador de hueso, un hornillo y fragmentos del tubo de una pipa pintada, entre otros. Cabe destacar la presencia en el interior del R3 de un fogón delimitado por piedras (algunas de ellas que con anterioridad funcionaron como morteros), restos indeterminados de metal, entierros humanos correspondientes a adultos y subadultos, vestigios arqueofaunísticos, marlos de maíz, etc.

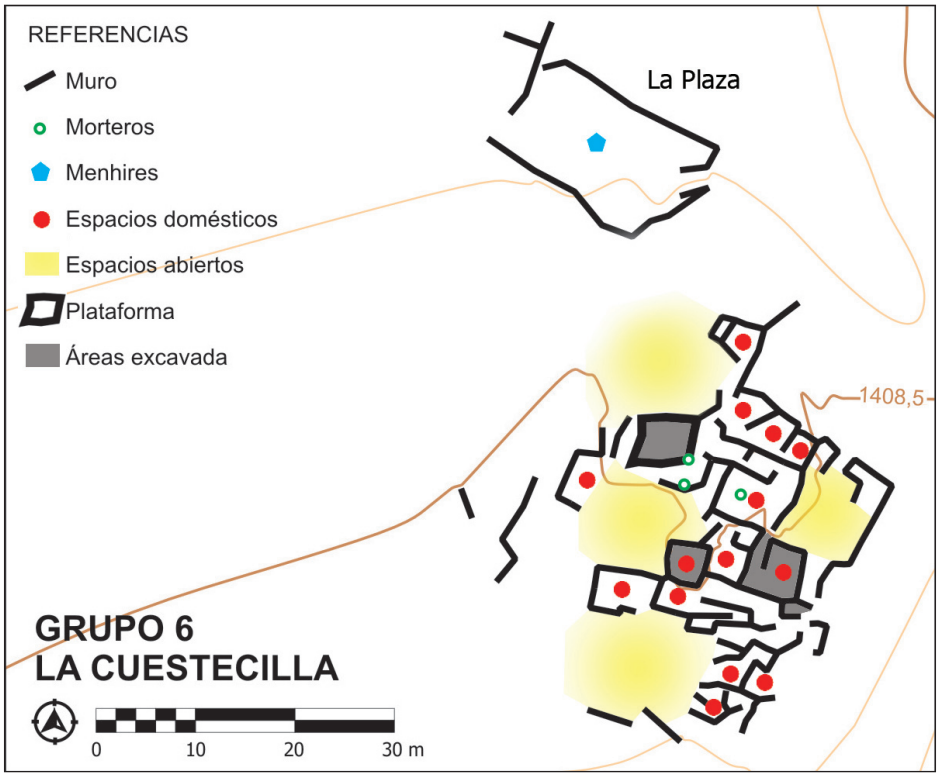


Figura 4. Plano de detalle del Grupo 6 de La Cuestecilla.

Tabla 3. La Cuestecilla. Material cerámico de excavación.
Grupos arquitectónicos 6, 10, 16, 20 y 21

Cerámica N= 3983 frgs.	**%**
Ordinarios	40,03
Aguada	28,85
Inclusiones Finas	17,73
Allpatauca	9,89
Ciénaga	1,14
Saujil	0,75
Sanagasta	0,03
Indeterminados	1,58

Es interesante señalar que, entre los grupos arquitectónicos excavados hasta la fecha, el G6 es el único cuyos espacios domésticos también fueron utilizados como espacios mortuorios,

hecho que sugiere una articulación entre el ámbito de los vivos y el de los muertos[4]. En la excavación del R1 se identificaron cinco enterratorios correspondientes a un adulto femenino de 39/40 años de edad, y cuatro individuos subadultos cuyas edades oscilan entre siete y nueve meses lunares de gestación (Gonaldi 2006; Gonaldi *et al.* 2007; Pappalardo *et al.* 2007). Del R3 se exhumó un MNI de nueve individuos subadultos cuyas edades se ubican en un rango de seis a diez meses lunares de gestación (Pappalardo *et al.* 2007). También se identificaron vestigios de material óseo animal que se presentan en la Tabla 4.

Tabla 4. La Cuestecilla. Composición taxonómica

Taxones (NISP=277)	%
Artiodáctilos	44,89
Roedores Indet.	38,35
Camélidos	12,78
Aves Indet.	1,5
Zaedyus pichy	0,38

Por otro lado, en el R3 fue posible identificar evidencias de una prolongada ocupación (entre 600 y 700 años). La más antigua (Niveles 7 al 8) se remonta al inicio o antes de la era cristiana, de donde se recuperó cerámica Saujil, Ciénaga y Aguada (esta última con porcentajes inferiores a los niveles más modernos). Mientras que en los niveles superiores (Niveles 3 al 5), con fechados de 650-750 cal D.C., se obtuvo mayoritariamente cerámica Aguada, además de Ordinaria.

En el sitio se han identificado también tres espacios públicos de gran tamaño, que se diferencian claramente del resto de las construcciones por sus diseños, dimensiones y lugar de emplazamiento. Estos están conformados por una gran Plataforma, un Montículo de importantes dimensiones, y una Plaza con un menhir en el centro. La Plataforma (G10) se ubica en el sector sur del área central del sitio, y presenta una extensión de 85 m de largo (en sentido Este-Oeste) por 60 m de ancho. Su superficie fue expresamente nivelada, se encuentra reforzada por dos contrafuertes en su sección norte, y es accesible través de dos rampas que culminan en una jamba. Por su parte, el Montículo se emplaza hacia el norte del área central, sobre uno de los brazos del Río Chañarmuyo, que en el transcurso de los años arrastró la mitad septentrional de esta estructura. Se trata de una construcción de forma ovalada de 5,5 m de alto, 95 m de largo, y 20 m de ancho, que puede ser visualizada a gran distancia. En la parte superior se identificaron restos de pircas que parecieran haber conformado recintos, así como abundante material arqueológico en superficie. Por último, la Plaza, ubicada en las inmediaciones de G6, consiste en un recinto de grandes dimensiones (9,5 por 4,5 m) delimitado por piedras clavadas en el terreno, con accesos señalizados en dos de sus esquinas. En el centro de esta construcción se observa un menhir en pie cuya cara ventral presenta una

[4] Recientes excavaciones realizadas en una unidad doméstica de la Aldea 3 muestra que se repite este comportamiento mortuorio, encontrándose dos individuos adultos enterrados por debajo del piso de ocupación.

concavidad, mientras que su cara dorsal muestra una serie de circunferencias grabadas que recuerdan a las manchas del jaguar.

Hacia los alrededores del sitio se observa una importante cantidad de estructuras de carácter agrícola de diferentes tamaños y formas que se extienden a lo largo de grandes superficies. Las mismas están construidas sobre la planicie aluvial siguiendo el declive del terreno, entre las cotas 1418 y 1406 msnm, observándose la mayor concentración entre los 1413 y los 1411 msnm. Por su emplazamiento en las zonas bajas de la planicie aluvial y sus características constructivas, las estructuras de cultivo fueron definidas como "campos o canchones". Ambos conjuntos de estructuras se disponen de manera transversal a la pendiente. Las características arquitectónicas de los campos muestran, en planta, una variabilidad formal que permitió la distinción entre: campos del tipo subcuadrangular y del tipo subparalelo alargado. En un caso sus espacios fueron delimitados por piedras de mediano tamaño; en el otro por piedras más angostas y alargadas, y amontonamientos de tierra y pequeñas rocas. Durante la excavación de los espacios domésticos del G6 se han registrado un total de 17 marlos de maíz (algunos de ellos quemados), lo que demuestra el cultivo y consumo de este tipo de alimento (Raviña 2006; Rodríguez 2011). También se registraron morteros, conanas y manos de morteros dispersos en superficie.

Entre algunos de estos campos de cultivo, en las inmediaciones del asentamiento central, se han individualizado geoglifos o estructuras de piedras de colores rojo, blanco y negro, similares a otras identificadas en diferentes ámbitos de la provincia de La Rioja, que en su momento interpretamos como asociadas a ritos de fertilidad (De la Fuente 1973b; Callegari y Raviña 2000; Gonaldi *et al.* 2008), conformando así un espacio productivo cargado de simbolismo (Rodríguez 2011).

En el sitio también se ha observado la presencia de otro tipo de construcciones relacionadas con el espacio productivo. Se trata de grandes recintos subrectangulares delimitados por muros de roca que fueron identificados como posibles corrales (Rodríguez 2011).

Rodeando al sitio se han identificado un total de 21 aldeas con diferencias en el tamaño y la forma de estructurar el espacio, compuestas por espacios domésticos de diferentes tipos y/o productivos (Callegari *et al.* 2013). Las observaciones realizadas nos han permitido clasificar a las mismas, de manera general, en 3 tipos:

1) Pequeños emplazamientos de un número variable de recintos, con o sin espacios productivos asociados.
2) Asentamientos de mayor tamaño y complejidad cuya trama incluye una o más plataformas similares a las que presentan algunos de los grupos arquitectónicos residenciales de La Cuestecilla (como G6, G9 y G16), pudiendo, además, presentar construcciones productivas asociadas.
3) Amplias extensiones ocupadas exclusivamente por estructuras agrícolas diferenciadas, observándose en algunos casos pequeños montículos de piedras entre sus esquinas linderas producto del despedre. A veces se encuentran asociadas a grandes estructuras rectangulares que, de acuerdo a sus características formales, pensamos habrían funcionado como corrales.

A partir de las mediciones radiocarbónicas obtenidas en una de las aldeas intervenidas, Aldea 3, el material cerámico de superficie y excavación, las técnicas constructivas empleadas y las características formales de las construcciones, nos llevan a postular que, a grandes rasgos,

las aldeas habrían sido contemporáneas y acompañado el crecimiento de La Cuestecilla (Callegari *et al.* 2013 y Callegari y Spengler 2014).

Se han identificado un total de nueve aldeas de mayor tamaño con presencia de una o más plataformas. Siete de ellas presentan espacios productivos asociados, consistentes en canchones y/o corrales. La mayoría de estas pequeñas plataformas se encuentran huaqueadas en el centro, hecho lamentable que nos permitió observar la técnica constructiva, consistente en un relleno de cantos rodados, ripio y tierra, nivelada con un sedimento fino. Cuatro de estas aldeas con pequeñas plataformas presentan además espacios adyacentes relativamente abiertos con menhires (Aldea 12, La Cruz 1, La Cruz 2 y Chañarmuyo 1). En la aldea Cerro La Cruz 1 se identificaron dos menhires que aún permanecen en pie y fueron grabados con motivos abstractos. A diferencia del resto de las aldeas prospectadas hasta el momento, la Aldea 3 y Cerro La Cruz 1 presentan dos plataformas cada una de ellas. En el caso de la Aldea 12 hay un montículo de 3 m de altura, con una base de 23 x 18 m, que por su tamaño y forma se aleja de las pequeñas plataformas mencionadas anteriormente.

En líneas generales, las pequeñas plataformas descriptas presentan dimensiones y formas constantes. En la mayoría de los casos son de forma rectangular, presentan entre 5 y 7 m de lado, con alturas que oscilan entre los 0,70 y 1,50 m. Todas las plataformas, tanto las del sitio La Cuestecilla como las de las aldeas que lo rodean, presentan un espacio abierto enfrentándolas, y siete de ellas poseen menhires en pie o caídos en los espacios adyacentes. Estas similitudes nos sugieren la existencia de un diseño previo compartido en función de la *perfomance* del ritual doméstico y/o semipúblico que en ellas se desarrollaba (Callegari *et al.* 2013).

Consideramos que estas estructuras, por su forma y dimensiones, replican a las que se emplazan sobre la superficie del espacio público de la gran Plataforma (G10) de La Cuestecilla. Este hecho nos lleva a interpretar que el ritual hegemónico u "oficial" se habría reproducido a nivel doméstico en por lo menos tres grupos arquitectónicos del mencionado sitio (G6, G9 y G16), y dentro de su área de influencia, en por lo menos nueve aldeas (Aldeas 1-2, 3, 12, 14, La Cruz 1, La Cruz 2, Chañarmuyo 1, Chañarmuyo 2, Angulos). A su vez, estos soportes necesarios para poner en escena el ritual estarían ausentes en siete grupos arquitectónicos de La Cuestecilla (G1, G3, G12, G13, G20, G21 y G17) y en nueve aldeas (Aldeas 4, 5, 6, 7, 8, El Cantadero 1, 2 ,3 y 4).

A partir del análisis de las excavaciones efectuadas, se han obtenido mediciones radiocarbónicas que indican que la zona tuvo una amplia proyección en el tiempo que comienza hacia el inicio de la era, alcanzando los momentos del Período Tardío alrededor del 1300 D.C. La serie de fechados ^{14}C obtenidos (13 fechados, incluidos los de la aldea 3) oscila entre 2020 ± 70 A.P. y 790 ± 70 A.P., que calibrados con 1 sigma dan entre 101 A.C.- 62 D.C. y 1186 -1288 D.C. (para un análisis detallado del crecimiento del sitio y sus estructuras consultar Callegari *et al.* 2013:314 y Callegari y Spengler 2014)[5].

[5] De acuerdo con los grupos arquitectónicos y estructuras que a la fecha alcanzamos a intervenir el fechado más antiguo proviene del nivel más profundo de la unidad doméstica R3 del Grupo arquitectónico 6 con un fechado de 101 A.C.- 62 cal D.C. El resto de las unidades domésticas intervenidas y pequeñas plataformas cuentan con fechados que se distribuyen entre el 550 y 990 cal D.C. (1 sigma). Para la gran Plataforma contamos con un fechado de 909-976 cal D.C. (1 sigma) y para el Montículo de 1186-1288 cal D.C. De las excavaciones realizadas en la plaza no se pudo obtener material orgánico para su fechado.

Del análisis de la traza arquitectónica del sitio La Cuestecilla, y de las aldeas de menor escala que lo rodean, se ha podido identificar que en ambos casos se repite la presencia de la unidad arquitectónica conformada por una pequeña plataforma y un espacio abierto adyacente, que le da un marco de referencia al espacio público y semipúblico (Callegari *et al.* 2013) (Figura 5). Estos datos nos están sugiriendo que la religión y el rito cumplieron un rol generativo en el desarrollo de las tramas arquitectónicas, constituyéndose en un efectivo

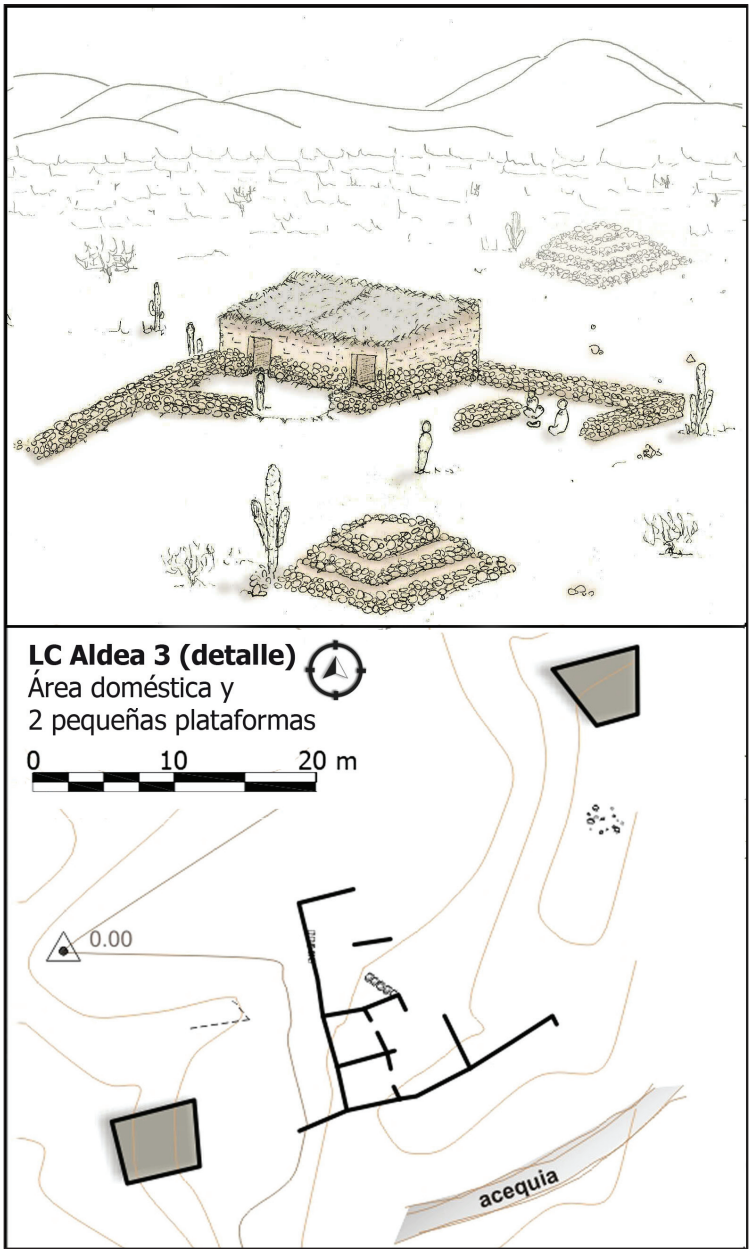


Figura 5. Plano y representación axonométrica de un sector de la Aldea 3.

medio de control social al proveer una serie de metáforas materializadas en plataformas de diferentes tamaños, montículos, estructuras de piedras de colores, plazas o espacios abiertos y menhires, entre otros. (Callegari *et al.* 2010).

El hecho de que tanto algunos de los grupos arquitectónicos que conforman el sitio La Cuestecilla, como ciertas aldeas que lo rodean repliquen en menor escala los espacios públicos del sitio, podría ser entendido como la presencia de una identidad compartida a lo largo del valle.

Sistema de los Rincones, Valle de Vinchina (Departamento General Lamadrid)

En el interior de los "rincones"[6] que forman los cerros El Toro y Aspercito, en el sector central del Valle de Vinchina, se identificó un sistema compuesto por 14 sitios de funcionalidades complementarias: residenciales (Rincón del Toro, Fortaleza del Cerro el Toro y Rincón de la Peña Rosada), productores (Rincón La Cantera, Rincón El Corral y Rincón Las Trojitas), defensivos-ofensivos (Fortaleza del Cerro el Toro), de control (Rincón Adga, Rincón de Caballos, Rincón Adoquines y La Puntilla) y manifestaciones de arte rupestre (Callegari *et al.* 2009). Sin lugar a dudas en el emplazamiento primó una estrategia de invisibilidad (para una descripción detallada de cada uno de estos sitios consultar Callegari (2004, 2007). Todos ellos presentan un registro cerámico fundamentalmente Aguada y las técnicas constructivas usadas fueron similares, consistentes en paredes dobles con relleno de ripio de aproximadamente 0,70 m a 1 m de espesor. En muchos casos las paredes se apoyan sobre grandes rocas, quedando integradas a la estructura. La composición y tamaño de los recintos son muy variados, los hay simples y compuestos por dos o más unidades. También se registran variaciones en su morfología: subcirculares, ovoides, subrectangulares, presentando esquinas redondeadas en la mayoría de los casos. Basado en la cantidad, composición y superficie de las unidades domésticas se hizo un cálculo estimativo de la población, obteniéndose una media de 478 habitantes, entre un máximo de 592 y un mínimo 365 habitantes (Callegari 2005). En cada uno de los sitios se realizó una recolección intensiva de superficie, cuyos resultados se presentan en la Tabla 5.

Tabla 5. Sistema de Rincones. Material cerámico de superficie

Cerámica N= 2190	%
Ordinarios	46,90
Aguada	45,50
Inclusiones Finas	6,20
Allpatauca	30,00
Sanagasta	0,01

[6] Se denomina "rincón" a las entradas sin salida en forma de U que conforman los cerros.

Las evidencias mencionadas hicieron que interpretáramos el sistema de Los Rincones como una ocupación Aguada tardía (Callegari 2004; Callegari y Gonaldi 2006; Callegari *et al.* 2008). Esto se corresponde con la serie de fechados ^{14}C obtenidos que calibrados con 1 sigma se ubica dentro del rango temporal 962 -1037 cal D.C. y 1390-1440 cal D.C. (Callegari y Gonaldi 2006).

Entre todos los sitios mencionados se destacan, por sus dimensiones y complejidad interna, La Fortaleza del Cerro el Toro y el Rincón del Toro, que brevemente describimos a continuación. La Fortaleza del Cerro El Toro fue dada a conocer por De la Fuente (1971b). Se trata de un conglomerado ubicado en la cima del cerro homónimo a 1610 msnm, desde donde se obtiene una amplia visión del valle de Vinchina. Su acceso es dificultoso ya que está rodeado por altos y abruptos farallones de color negro que lo distinguen notoriamente de los otros cerros, donde la población actual sabe ver la figura de un toro echado (de ahí su denominación). De acuerdo con las características del emplazamiento y sus rasgos arquitectónicos, entre otras evidencias, se lo interpretó como una instalación estratégica con una función defensivo-ofensiva (Callegari *et al.* 2008).

La única vía de acceso posible es rodeando el cerro, a través de una senda que se conserva por tramos, presentando refuerzos laterales de pirca y dos puestos de control antes de alcanzar la cima. La fortaleza está integrada por un conglomerado de 50 recintos, muchos de los cuales están unidos por sus paredes medianeras, constituyendo en algunos casos, estructuras compuestas de formas subrectangulares y subcirculares. El ancho de los muros oscila entre 0,70-0,50 m, alcanzando excepcionalmente 1,50 m de altura. Entre las estructuras que componen el sitio cabe destacar restos de murallas muy deterioradas con mirillas o troneras, recintos de diferentes formas y tamaños, alguno de los cuales también presentan mirillas, y una serie de túneles de origen natural que corren por debajo de las instalaciones, evidenciándose en algunos casos el acondicionamiento de sus entradas. La presencia de grabados en las inmediaciones de los túneles con motivos de características específicas, pareciera estar marcando las principales bajadas a los mismos y/o el esquema de su recorrido[7].

El sitio Rincón del Toro (Figura 6) que fuera dado a conocer por de Aparicio (1940/1942), consiste en un poblado aglomerado construido sobre dos conos de deyección del Cerro el Toro, con un total de 87 estructuras de piedra. La mayoría de estas corresponden a unidades domésticas (N=52), y en los sectores más altos y empinados, muy cerca de donde comienzan los abruptos farallones negros que distinguen a su cumbre, presenta algunos muros de contención, plataformas y balcones (Callegari 2005). La técnica constructiva consiste en paredes dobles de piedra con relleno de ripio que alcanzan una altura de hasta 1,2 m desde la base. Las plantas de las estructuras son irregulares, de formas circulares, subcirculares y subrectangulares. Dentro de los límites del asentamiento se individualizaron 13 rocas con grabados, algunos con los típicos motivos de la iconografía Aguada[8] (Callegari

[7] Del interior de uno de ellos se extrajo un fragmento Aguada bicolor con la característica mancha del felino.

[8] Entre ellos cabe mencionar a los P3 y P1 En el primero se representa un personaje vistiendo un *unku* con manchas de jaguar, y lo que pareciera ser un hacha en una de sus manos. En el otro se representó a un personaje con el mismo tipo de vestimenta y portando orejeras. En una de sus manos sostiene de la cabeza a otro personaje más pequeño que también viste un *unku* con manchas, y con la otra tiene un arco. Un

et al. 2009). Se realizaron tareas de excavación en siete unidades domésticas de diferentes tipos: cuatro viviendas simples, dos unidades doméstica compuesta por dos recintos, y una unidad doméstica compuesta por tres recintos[9]. En todas ellas se identificó un único piso de habitación. De estas intervenciones se recuperó un total de 1628 fragmentos cerámicos, cuya clasificación se presenta en la Tabla 6.

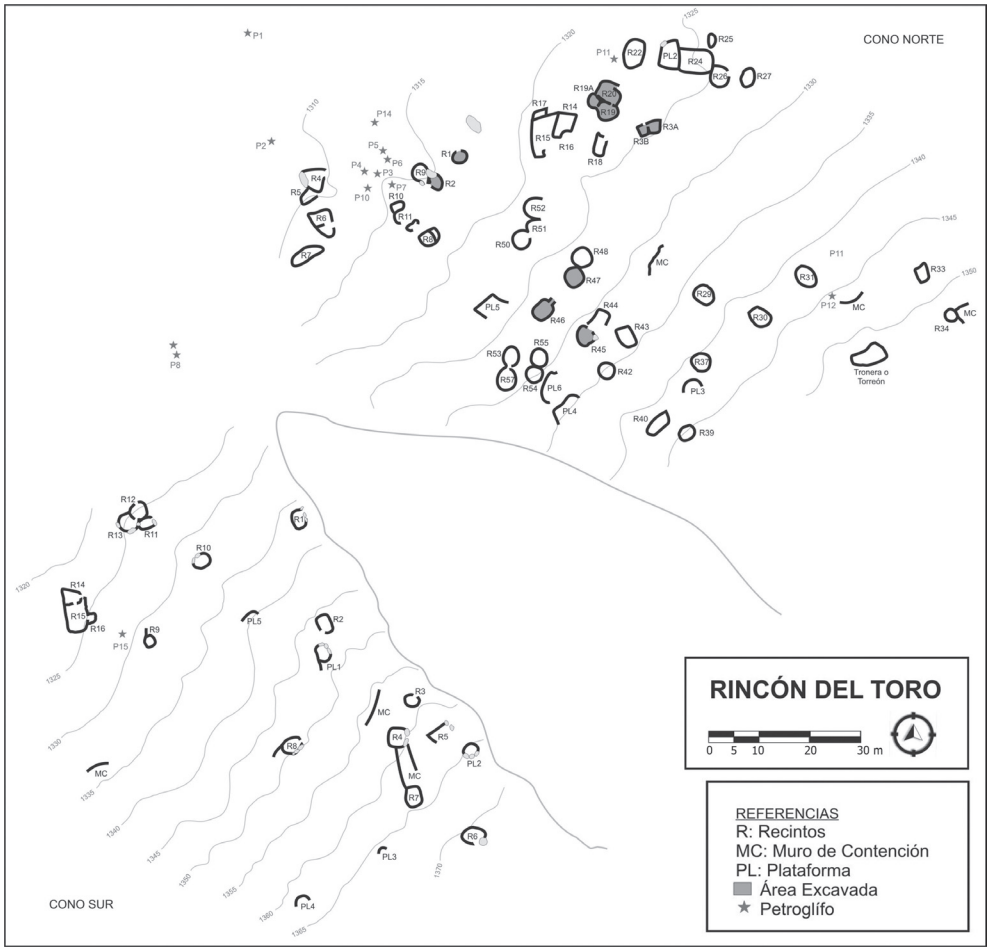


Figura 6. Plano del sitio Rincón del Toro.

motivo muy similar, consistente en un personaje con el mismo tipo de indumentaria, pero sosteniendo elaboradas hachas en ambas manos, fue identificado en las inmediaciones en el Cerro las Marcas (Callegari *et al.* 2009).

[9] Se excavó la totalidad de las unidades domésticas simples R1, R2 y R46 y parte de la R47. Con respecto a las unidades compuestas, se intervinieron los dos recintos que conforman el R3, y de la vivienda compuesta por los R44-R45 sólo el primero. Además se excavó la totalidad una unidad doméstica compuesta por tres recintos.

Tabla 6. Rincón del Toro. Material cerámico recuperado de la excavación de diferentes unidades domésticas

Cerámica N= 1628	**%**
Ordinarios	45,10
Aguada	46,80
Inclusiones Finas	8,00
Allpatauca	0,06
Indeterminados	0,06

También se recuperó una importante colección de artefactos líticos consistentes en: lascas de diferentes tipos y materiales, microlascas, desechos de talla, núcleos, un perforador, puntas de proyectil, entre otros (para ver un detalle del registro material recuperado consultar Callegari 2007).

Con relación a las evidencias de metalurgia cabe destacar el hallazgo de dos gotas de cobre en el piso de habitación del R45, hecho que nos hizo pensar que la fundición relacionada a la metalurgia se habría desarrollado en el espacio doméstico. Asimismo, sobre el piso de habitación del R20, de la unidad doméstica compuesta por tres recintos, se recuperó un pequeño cincel de bronce de fina factura de 2,5 cm de ancho por 0,9 cm largo. El material óseo animal obtenido se presenta en la Tabla 7.

Tabla 7. Rincón del Toro. Composición taxonómica

Taxones (NISP=113)	**%**
Camélidos	44,66
Artiodáctilos	36,89
Chinchillidae	7,77
Roedores Indet.	5,83
Zaedyus pichy	4,85

En líneas generales los sitios productores se caracterizan por haber albergado una muy baja densidad de población dedicada a la producción agrícola y/o ganadera. Entre ellos, el Rincón Las Trojitas fundamentalmente se correspondería con un asentamiento de tipo productivo. Se emplaza en el interior de un amplio rincón que se distingue por la presencia de una gran muralla de entre 1,5 y 2 m de alto, y 2 m de ancho. Desciende desde la ladera de uno de sus cerros con un recorrido de 350 m hasta alcanzar el bajo, circundando en su recorrido a un grupo de andenes de cultivo y a un gran corral. Sobre el sector más alto de algunos de los cerros que forman este rincón se identificaron algunas plataformas de control.

Otro sitio productivo como el Rincón El Corral presenta una gran estructura con otra pequeña en su interior que, por sus características formales, interpretamos habría funcionado como un corral.

DISCUSIÓN FINAL

Los casos presentados ponen en evidencia una gran variabilidad en el modo en que se materializa el Formativo en el Norte de La Rioja. Consideramos que la geografía de la provincia, conformada por amplios valles que corren en sentido longitudinal (norte-sur), a su vez separados por importantes sistemas montañosos (Figura 1), no facilitó la interacción entre algunos sectores (sin por ello negarla) favoreciendo desarrollos materiales y espaciales particulares. De esta manera, y como adelantáramos al inicio del trabajo, consideramos que existieron tantos Formativos como escenarios y trayectorias históricas se desarrollaron.

Uno de los tantos temas que nos han inquietado es la notoria ausencia de aldeas de momentos tempranos o iniciales del Formativo. No obstante, la presencia de cerámica Saujil y Ciénaga, aunque con proporciones muy bajas (especialmente la primera), nos recuerda su existencia. Hecho que no deja de ser lógico, pues a partir del Formativo la población habría ido creciendo de manera paulatina. Ya comentamos la existencia en amplias zonas de la provincia de grandes palimpsestos con diferentes tipos de cerámica (Ciénaga y Saujil junto con Aguada, Sanagasta, Belén e Inca). Los grupos cerámicos Aguada y Sanagasta se destacan siempre por su presencia, aunque suelen presentar una distribución espacial discreta entre ellos. A grandes rasgos este hecho nos está mostrando que las actuales zonas de fondo de valle denudadas por la erosión (barreales) fueron repetidamente elegidas para instalarse. Es por ello que en la actualidad encontramos evidencias de la secuencia cultural del NOA en superficie, desde el Formativo Inicial al Formativo Superior, como así también de los Desarrollos Regionales e Inca.

De alguna manera los tres casos que tratamos están representando tres momentos en el largo desarrollo del Formativo. Así, los fechados más tempranos de los Faldeos de Anillaco y Chuquis, hacia el 500 cal D.C., con un típico patrón de asentamiento aldeano, estaría marcando el momento en que sociedades más tempranas, al ir incorporando a su cosmovisión la ideología religiosa Aguada, se habrían ido constituyendo en ésta. El advenimiento de una nueva ritualidad se vería materializado, entre otros aspectos, en la presencia de una pequeña plataforma en las inmediaciones del sitio, como es el caso de Anillaco 1. Por otro lado, la serie de fechados ^{14}C obtenida está mostrando que este proceso de transformaciones duró ca 400 años, lapso suficiente para adoptar e incorporar una nueva ideología religiosa.

El segundo caso, La Cuestecilla y su área de influencia, representa *prima facie* al Formativo Medio con una importante ocupación Aguada. No obstante, la serie de fechados de ^{14}C nos está indicando que este sitio tuvo un prolongado desarrollo en el tiempo desde ca 100 cal A.C. al 1300 cal D.C. Este rango temporal es coherente con el material recuperado tanto en superficie como en excavación, siendo siempre notoriamente más abundante la presencia de material cerámico Aguada. A pesar de ello, con muy bajos porcentajes siempre está presente la cerámica Ciénaga y Saujil , y casi ausente la cerámica tardía Sanagasta.

La excavación del R3 del Grupo 6 es, hasta la fecha, el único espacio doméstico que claramente mostró dos contextos de ocupación. El más antiguo con un fechado 101 cal A.C./62 D.C., presentó un contexto Temprano con cerámica Saujil y Ciénaga, un fogón delimitado y un enterratorio de párvulo. En el piso superior, a pesar de continuar la presencia de cerámica Ciénaga, es notoriamente más abundante la cerámica Aguada pintada. La presencia de ambos contextos nos dio una pista para interpretar el paso del Formativo Inferior al Medio. Es así que pensamos los inicios de La Cuestecilla como una pequeña

aldea del Formativo Temprano que habría comenzado a concentrar la administración de la ideología religiosa y, por ende, el poder que le confirió ese saber. Este hecho habría provocado un crecimiento poblacional y, a medida que crecía el prestigio religioso del sitio, se habría desarrollado un proceso de agregación de pequeños poblados atraídos por este centro emergente (Callegari *et al.* 2013).

Por último, el caso de los Rincones en el sector central del Valle de Vinchina estaría marcando el fin de este proceso, el Formativo Superior. La secuencia de fechados ^{14}C así lo estaría marcando, ubicándose entre *ca.* 900 y 1400 D.C. En correspondencia con este rango temporal, en las intervenciones realizadas no apareció material cerámico característico del Formativo Temprano, ni tampoco del Período Tardío o de los Desarrollos Regionales. Asimismo, la cerámica Aguada no presenta la calidad técnica y decorativa que se observa en las otras zonas, como, por ejemplo, en La Cuestecilla. Por otro lado, el patrón de asentamiento sobre las laderas con estrategias defensivas y de invisibilidad evoca a la forma de emplazamiento de los Desarrollos Regionales de otras zonas del NOA.

Por otro lado, en el fondo del valle de Vinchina, enfrentando a los asentamientos de los rincones, se localiza el sitio El Carmen y 48 concentraciones de materiales, en donde se recuperó mayoritariamente cerámica Sanagasta. Los fechados ^{14}C obtenidos en este sitio (en total siete) lo ubican entre *ca.* 900 y 1600 D.C. Este rango temporal marca que la sociedad Aguada que habitó en esta zona habría sido contemporánea, por aproximadamente 300 años, y por ende habría interactuado con las comunidades Sanagasta, que caracterizan el Período de Desarrollos Regionales o Tardío en La Rioja (Callegari 2004).

Por último, la serie de fechados ^{14}C obtenidos en cada uno de los casos que desarrollamos, y el registro asociado, una vez más están mostrando que los rígidos límites temporales definidos por los cuadros cronológicos son superados por la evidencia arqueológica. De esta manera consideramos que es más útil abstraerse de casilleros temporales estrictos y entender a las periodificaciones de manera más laxa, a manera de una guía general en el ordenamiento de la evidencia. Asimismo, y a pesar de que a lo largo del trabajo usamos a los estilos cerámicos como indicadores cronológicos relativos, no debemos de perder de vista que, de acuerdo a las trayectorias históricas particulares de cada zona, se registran variaciones temporales importantes entre ellas. Así, y a manera de ejemplo, en nuestro ámbito de estudio el estilo cerámico Saujil siempre está asociado al Formativo temprano, mientras que la región de Fiambalá, Catamarca, su registro se extiende hasta momentos tardíos (Norma Ratto comunicación personal 2014). De la misma manera vimos que en el sector central del valle de Vinchina, la cerámica Aguada, en parte, fue contemporánea con la Sanagasta.

AGRADECIMIENTOS

A las sucesivas generaciones de alumnos de la especialidad de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, que colaboraron con los trabajos de campo, y en el gabinete procesando los materiales recuperados. A los amigos que supimos hacer en todas las zonas donde trabajamos, quienes generosamente nos brindaron importante información e hicieron más llevadera la vida lejos de casa. Sin la ayuda de todos ellos habría sido imposible recabar la información que acá presentamos.

En parte los trabajos estuvieron subvencionados por los Proyectos UBACYT: F169, F 068 y F20020100109.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baldini, L. y M. G. Raviña
1999 De números y procesos… Además de cuántos, cuanto más? En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo II, pp.65-73. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Editorial Universitaria. La Plata.

Baldini, M., J. Carbonari, G. Cieza, M. E. De Feo, M. F. Castillo, R. Huarte, A. Figini, A. R. González y J. Togo
2002 Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (Dpto. de Capayán Catamarca). *Estudios Atacameños* 24:71-82. San Pedro de Atacama.

Bennett, W., E. Bleiler y F. Sommer
1948 *Northwest Argentine Archaeology. Anthropology* 38-39. Pub. For the Dept. of Anthropology Yale University Publications Press.

Boman, E.
1927-32 Estudios Arqueológicos Riojanos. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural* XXXV (72), Antropología. Buenos Aires.

Bueno Mendoza, A.
1998 El Formativo Andino: Análisis, revisión y propuestas. *Cantuta* 15:1-9. Universidad Nacional de Educación.

Burger, R.
2007 Los fundamentos sociales de la arquitectura monumental del Período Inicial en el valle de Lurín Perú. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro Sur*. Editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio pp. 243-262. Artes Gráficas Buschi S. A. Buenos Aires.

Callegari, A.
2004 Las poblaciones precolombinas que habitaron el sector central del valle de Vinchina entre el 900/950 y 1600/1650 d.C. (La Rioja-Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29:81-110.
2005 Análisis demográfico y jerarquización de la sociedad Aguada del sector Central del Valle de Vinchina, La Rioja Argentina. En: *La Cultura de La Aguada y sus Expresiones Regionales*. Secretaría de Ciencia y Tecnología, pp. 35-52. EUDELAR. Universidad Nacional de La Rioja.
2007 Reproducción de la heterogeneidad y diferenciación social en el espacio doméstico del sitio Aguada Rincón del Toro. En: *Procesos Sociales Prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*. Compilado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli. Colección Historia Social Precolombina. Tomo I, pp. 12-37. Editorial Brujas. Córdoba.

Callegari, A. y M. E. Gonaldi
2006 Procesos diferenciados entre las sociedades Aguada (período de Integración) que se desarrollaron en el oeste y centro de la Provincia de La Rioja (centro del valle de Vinchina y valle de Antinaco- Dto. de Famatina). *Chungara* 38(2):197-210.

Callegari, A., M. E. Gonaldi, G. Spengler y M. E. Aciar
2013 Construcción del paisaje en el Valle de Antinaco, Departamento de Famatina, Provincia de La Rioja (*ca.* 0-1300 ad): Tradición e identidad. En: *Arqueología y espacialidad: tendencias teórico-metodológicas y su aplicación a la cultura material*. Editado por A. Nielsen, I. Gordillo y J. M. Vaquer, pp. 303-344. Abya Yala, Quito, Ecuador.

Callegari, A. y G. Spengler
2014 La Cuestecilla y su hinterland. Un Sitio Aguada de la Provincia de La Rioja, Departamento de Famatina, Noroeste Argentino. En *54º Congreso Internacional de Americanistas "Construyendo Diálogos en las Américas"*. Editado por O. Llanos Jacinto. En prensa.

Callegari, A., M. E. Gonaldi, G. Spengler, S. Aumont, M. G. Rodríguez y M. L. Wisnieski
2008 *Los Recursos Arqueológicos de Villa Castelli. Dto. General Lamadrid, La Rioja*. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Dirección Nacional de Patrimonio y Museos. Secretaría de Cultura. Presidencia de la Nación. Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología. Altuna Impresores. Buenos Aires.

Callegari, A., M. E. Gonaldi, M. L. Wisnieski y M. G. Rodríguez
2010 Paisajes Ritualizados. Traza Arquitectónica del Sitio Aguada La Cuestecilla y su área de influencia (Dto. Famatina, La Rioja). En: *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*. Editado por J. R. Bárcena y H. Chiavazza. Vol. II, pp. 443-448. Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, CONICET, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

Callegari, A. y G. Raviña
2000 Construcciones de piedras de colores. El empleo recurrente del negro, rojo y blanco. En: *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, Menhires, y Piedras de Colores en Argentina*, Editado por M. Podestá y M. De Hoyos, pp. 112-120. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Callegari, A., M. L. Wisnieski, G. Spengler, M. G. Rodríguez y S. Aumont
2009 Nuevas manifestaciones del arte rupestre Aguada del Oeste riojano. Relación con el paisaje. En: *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de las Américas*. Editado por M. Sepúlveda, L. Briones y J. Chacama, pp. 381-402. Ediciones Universidad de Tarapacá. Arica. Chile.

De Aparicio, F.
1940/42 La Tambería del Rincón del Toro. *Publicaciones del Museo Etnográfico* 4:239-251. Universidad de Buenos Aires.

Debenedetti, S.
1917 Los yacimientos Arqueológicos Occidentales del Valle de Famatina (Provincia de La Rioja). *Physis* III (15):386-404. Buenos Aires.
1931 *L'ancienne civilisation des Barreales du Nord-Ouest Argentin*. Ars Americana. París.

De la Fuente, N.
1971a Las Culturas prehispánicas en la Provincia de La Rioja. Panorama General. *Publicaciones del Museo Regional Aníbal Montes*. Río Segundo. Córdoba.
1971b La Fortaleza del Cerro El Toro. Revista del *Instituto de Antropología de Córdoba* 1:10-23.
1972 Investigaciones arqueológicas en la quebrada de Chañarmuyo (Provincia de La Rioja). *Antiquitas* 15:22-34.
1973a El Yacimiento Arqueológico de Guandacol, Provincia de La Rioja. *Revista del Instituto de Antropología de Córdoba* 4:151-167.
1973b Informe arqueológico sobre el Valle de Vinchina. Provincia de La Rioja. *Revista del Instituto de Antropología de Córdoba* 4:95-127.
2002 *Arqueología de Famatina. Reseña de la arqueología de Famatina y su relación con zonas aledañas*. Edición particular. Córdoba.

Delfino, D., V. Espiro y A. Díaz
2009 Modos de vida situados: El formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20:111-134.

Dlugosz, J., M. S. Gianfrancisco, A. Richard, F. Villar y V. Núñez Regueiro
2007 Arqueología del sitio El Puesto (Dpto. Castro Barros, La Rioja). En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo II, pp. 283-288. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy.

Gonaldi, M. E.
2006 Prácticas funerarias en un contexto doméstico: sitio La Cuestecilla, Dto. Famatina, La Rioja. *UNLaR Ciencia* 7(2):24-32. Universidad Nacional de La Rioja.

Gonaldi, M. E., A. Callegari, M. G. Rodríguez y G. Spengler
2007 Comportamiento mortuorio en el sitio La Cuestecilla (Dpto. de Famatina, La Rioja). En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, pp. 53-57. Universidad Nacional de Jujuy.

Gonaldi, M.E., A. Callegari, G. Spengler, S. Aumont, M. G. Rodríguez y M. L. Wisnieski
2008 *El Patrimonio Arqueológico del Norte del Dto. Famatina y otros temas generales de la Arqueología*. Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología. Altuna Impresores. Buenos Aires.

González, A. R.
1950/55 Contextos culturales y cronología relativa en el Área Central del Noroeste argentino (Nota preliminar). *Anales de Arqueología y Etnología* 11:7-32.
1961-64 La Cultura de La Aguada del NOA. *Revista del Instituto de Antropología* II:2-21. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.
1977 *Arte Precolombino de la Argentina*. Filmediciones Valero. Buenos Aires.
1982 El Noroeste Argentino y sus vínculos con el área Andina Septentrional. En: *Primer simposio de correlaciones Arqueológicas Andino-Mesoamericanas*, pp. 405-435. Escuela Politécnica del Litoral. Guayaquil.
1998 *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, A. R. y J. A. Pérez
1972 *Argentina Indígena. Vísperas de la Conquista*. Editorial Paidos. Buenos Aires.

Gordillo, I.
1999 Problemas cronológicos del período Medio en el Noroeste Argentino. En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Vol. II:362-371. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata.
2007 Eran otros tiempos. Cronología de la Integración Regional en el NOA. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur.* Editado por: V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio. pp. 221-234, Artes Gráficas Buschi S.A., Buenos Aires.

Korstanje, M. A.
2005 *La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina)*. Tesis Doctoral en Arqueología no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Ledergerber-Crespo, P.
2002 Introducción. En: *Formativo Sudamericano. Una Re-evaluación*. Editado por P. Ledergerber-Crespo, pp. 9-20. Departamento de Antropología, Museo de Historia Natural, Smithsonian Institution. Washington.

Lleras Pérez, R.
2002 El concepto de Formativo en las investigaciones arqueológicas en Colombia: Una revisión crítica. En: *Formativo Sudamericano. Una Re-evaluación*. Editado por P. Ledergerber-Crespo, pp. 86-96. Departamento de Antropología, Museo de Historia Natural, Smithsonian Institution. Washington.

Lumbreras, L.
2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.

Nielsen, A.
1996 Demografía y cambio social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXI:307-354. Buenos Aires.
2001 Evolución Social en Quebrada de Humahuaca (Ad 700-1536). En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberián y A. Nielsen, Tomo I, pp. 171-264. Editorial Brujas. Córdoba.

Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.
1998 *Arqueología Historia y Antropología de los Sitios Alamito*. Instituto Interdisciplinario de Estudios Andinos. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán. Ediciones INTERDEA. San Miguel de Tucumán.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1988 El área Pedemontana y su significado para el desarrollo del Noroeste Argentino en el contexto sudamericano. Trabajo presentado en el 46° Congreso Internacional de Americanistas, Simposio Relaciones prehispánicas Andes-Florestos Tropicales: nuevas evidencias para el desarrollo cultural andino. Amsterdam, Holanda.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
2000 Los orígenes de la Aguada. *Shincal* 6:42-57. Catamarca.
2002 Aguada y el proceso de Integración Regional. *Estudios Atacameños* 24:9-19.San Pedro de Atacama. Chile.

Olivera, D.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. En: *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Buenos Aires.
2001 Sociedades Agropastoriles Tempranas: El Formativo Inferior del Noroeste Argentino. En: *Historia argentina prehispánica*. Editado por E. Berberián y A. Nielsen, pp. 83-126. Editorial Brujas. Córdoba.

Ortiz Malmierca, M.
2001 Estudios Arqueológicos en los faldeos del Velasco, Chuquis. Dpto. de Castro-Barros, La Rioja. *Informe de investigaciones. Agencia Provincial de Cultura. La Rioja. Sub-Gerencia de Patrimonio Cultural y Administración de Museos, Área de Arqueología* Nº2.

Pappalardo, R., M. L. Wisnieski y S. Aumont
2007 Inocencia Interrumpida. Primeros resultados de los análisis realizados sobre los restos óseos recuperados del sitio La Cuestecilla, La Rioja. En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, pp. 67-70. Universidad Nacional de Jujuy.

Raffino, R.
1988 *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y Proceso social Pre-colombino*. Editorial TEA. Buenos Aires.

Raviña, G. y A. Callegari
1992 La presencia de la entidad cultural Aguada en Anillaco (Dto. de Castro Barros). *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 1:50-70.

Raviña, G.
2006 El espacio productivo en La Cuestecilla (Famatina, La Rioja). En: *Actas de la IV Mesa Redonda La Cultura de La Aguada y su Dispersión*, pp.137-136. Universidad Católica del Norte. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo. San Pedro de Atacama. Chile.

Rodríguez, M. G.
2011 *Cultivando espacios. Las personas, los campos y el espacio que las une. Sitio La Cuestecilla en el noroeste de La Rioja*. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas (orientación Arqueología) no publicada. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Salvi, V., J. Salazar y E. Berberián
2007 Las limitaciones del concepto Formativo. Aportes desde el valle de Tafí, Tucumán, Argentina. En: *Actas del CVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo II, pp. 289-296. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy.

Scattolin, M. C.
2006a Categoremas indígenas y designaciones arqueológicas en el Noroeste Argentino Prehispánico. *Chungara* 48(2):185-196.
2006b Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María. *Estudios Atacameños* 32:119-139.
2007a Estilos como recursos en el Noroeste Argentino. En: *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. La Vivienda, la Comunidad y el Territorio. Colección Historia Social Precolombina* 1, compilado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez, y P. Mercolli, pp. 291-322. Editorial Brujas. Córdoba.
2007b Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el Ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 203-220. Buenos Aires.

Tarragó, M.
1996 El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 23:103-119.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 277-311

UNA PUESTA AL DÍA SOBRE EL FORMATIVO DE LA QUEBRADA DEL TORO (SALTA, ARGENTINA)

María Eugenia De Feo*

ABSTRACT

This paper summarizes recent progress made in researching early formative occupations (700 B.C. - 500 A.D.) in Quebrada del Toro (Salta, Argentina). Recent studies have documented a large number of archaeological sites with this chronology, showing wide variability in their locations, architectural features, artifact sets, and functional characteristics. This updated record includes villages already known and others identified in recent years, rock art sets, cave occupations, eaves grazing sites, among others. Information collected is used to discuss the organization and use of space model traditionally proposed for the area, particularly regarding the assumption that early village communities were economically self-sufficient. The results lead to rethink this concept in the context of socio-economic strategies that involved regional and macro-regional mobility, and included formally and functionally different settlements located in microenvironments with differential availability of resources.

***Keywords**: Formative – space models – variability – mobility*

* CONICET. Museo de La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo.

INTRODUCCIÓN

Gran parte del conocimiento alcanzado acerca de las sociedades formativas del noroeste argentino se construyó desde una mirada puesta en la aldea. Esto se debió a que uno de los aspectos tradicionalmente considerado para definir tales ocupaciones fue la presencia de asentamientos estables, conjuntamente con el advenimiento de economías productoras y nuevas tecnologías como la cerámica, entre otras (Willey y Phillips 1958; González y Pérez 1966; Núñez Regueiro 1974; Raffino 1988; Tarragó 1996). Esta perspectiva, que caracterizó a los primeros estudios sobre el Período Formativo, aunque no se limitó a este momento, se vio reforzada inicialmente por una praxis de campo pocas veces orientada por prospecciones sistemáticas, y en gran medida, condicionada por la mayor visibilidad del registro asociado a los sitios aldeanos.

Si bien en la actualidad existe consenso entre los investigadores en que la vida cotidiana de las sociedades formativas se articuló en torno a dichos asentamientos, constituidos simultáneamente como espacios de residencia y producción, y en los cuales se desarrolló un amplio rango de actividades sociales, económicas y rituales (Delfino *et al.* 2010; Scattolin 2010), está claro también que no sólo se circunscribió a éstos. Por el contrario, la evidencia material da cuenta de una compleja dinámica en el uso del espacio, que en muchos casos comprende una amplia diversidad de sitios y escenarios. Este cambio de mirada ha sido en parte resultado de una reorientación de las investigaciones hacia enfoques de carácter regional. Por su lado, los estudios etnográficos y etnoarqueológicos en grupos agropastoriles o pastoriles altoandinos contemporáneos ofrecieron marcos desde los cuales explicar la diversidad arqueológica observada (Merlino y Rabey 1978; Gundermann 1984; Olivera 1991; Yacobaccio y Madero 1994, por ejemplo) o, dicho de otra manera, dinamizar los sistemas de asentamiento de estos grupos. Sobre dichos modelos volveremos cuando discutamos la información presentada.

No obstante, la arqueología de las primeras sociedades sedentarias y productoras de alimentos de la Quebrada del Toro no escapó a esta tendencia que mencionábamos en un inicio. Hacia finales de los años sesenta, la División de Antropología del Museo de La Plata llevó a cabo investigaciones en el área (Raffino y Togo 1970; Cigliano *et al.* 1972, 1976; Raffino 1977), que permitieron localizar seis instalaciones asignadas al Período Formativo Inferior (700 A.C - 500 D.C.), las que fueron definidas como aldeas sobre la base de unos veinte rasgos arquitectónicos y de emplazamiento (Raffino 1977). De estos sitios, sólo Las Cuevas, Cerro El Dique y Potrero Grande fueron excavados de manera más intensiva, mientras que La Mina, Las Capillas y La Encrucijada corresponden a hallazgos aislados. Se observó que todos ellos comparten una serie de rasgos arquitectónicos y patrones en los conjuntos alfareros, tales como la planta circular de tipo semi-subterránea, –entre los primeros– y la presencia de alfarería gris monocroma, tricolor o Vaquerías e incisa y grabada, esta última de importantes semejanzas con la Tradición San Francisco, en lo que respecta al registro cerámico. Sobre la base de la evidencia colectada en estos primeros trabajos, se propuso un modelo de aldeas agropastoriles, económicamente autosuficientes, localizadas próximas a los fondos de valle y cursos de agua permanente (Raffino 1977).

Luego de transcurridas casi tres décadas desde que se realizaron estos trabajos, lapso durante el cual no se llevaron a cabo estudios orientados hacia las sociedades aldeanas formativas, comenzamos a trabajar en el área. En particular, nos motivaba poder someter

a evaluación, a la luz de nuevas evidencias, supuestos y modelos teóricos instalados en el discurso arqueológico, referidos a la manera en que estas comunidades organizaron e hicieron uso de su espacio. En otras palabras, nos interesaba profundizar sobre los procesos sociales de configuración del espacio, entendido este último, como resultado de relaciones que los seres humanos/sociedades entablan con su medio, como de aquellas que establecen con otros seres humanos/sociedades (Ingold 1993). Consideramos además, que tales configuraciones no son simplemente un reflejo de estas relaciones sino también un ámbito donde y a partir del cual éstas se construyen (Gregory 1978; Soja 1989).

Con este objetivo nos propusimos, en primera instancia, ampliar el registro de sitios formativos mediante nuevas prospecciones y caracterizar los contextos propios de cada uno de ellos, atendiendo a cuestiones como su emplazamiento en el medio, arquitectura y conjuntos materiales.

Los trabajos realizados durante los últimos años han permitido no sólo documentar un importante número de instalaciones con cronología formativa sino que, además, evidenciaron un registro caracterizado por una amplia diversidad de sitios. Diversidad que se manifiesta en sus características de emplazamiento, arquitectónicas y artefactuales y que será objeto de discusión en este trabajo.

En los párrafos siguientes, luego de una breve caracterización del área y de la metodología de campo empleada, se sintetizan los principales resultados alcanzados en lo que se refiere a las sociedades aldeanas más tempranas, es decir, aquellas cuyas ocupaciones se sitúan entre el siglo VIII A.C. y el VI D.C., período definido como Formativo Inferior (Raffino 1977) o Temprano. En este recorte se ha dejado a un lado la información recabada acerca de las ocupaciones comprendidas entre la segunda mitad y finales del primer milenio de la era (Formativo Superior *sensu* Raffino 1977). Esto básicamente porque abordar al Formativo en el sentido amplio del mismo sería demasiado extenso en cuanto a la información novedosa recolectada y la complejidad de los procesos verificados. Hacia el final del trabajo se discute, a la luz de nueva información, el modelo de organización y uso del espacio tradicionalmente propuesto para las comunidades formativas locales.

LA QUEBRADA DEL TORO: AMBIENTE Y ESTRATEGIAS DE TRABAJO

El área de trabajo corresponde a las porciones media y septentrional de la Quebrada del Toro y tributarias en el Departamento de Rosario de Lerma, Provincia de Salta (Figura 1). Esta se encuentra dentro del ámbito llamado "Prepuna", en la Cordillera Oriental de la Puna de Salta y borde oriental del altiplano puneño. Se trata de una región de transición altitudinal entre el alto relieve puneño y las llanuras y cordones montañosos del este y sudeste, donde predominan los cordones de disposición aproximada norte-sur, los cuales definen estrechas y pronunciadas quebradas (Vilela 1956). Entre ellas se destaca la del Toro, de aproximadamente unos 100 km de extensión y un sentido noroeste-sudeste, y otras menores, tributarias de la primera, tales como Las Cuevas o Tastil, Las Capillas, Incahuasi y Tres Cruces. Los cursos de agua permanentes que las surcan, irrigan los fondos de valle y originan vegas aptas para el desarrollo de actividades agropastoriles, constituyendo polos de atracción para las poblaciones humanas. También actúan de la misma manera las vegas de altura ubicadas en cotas superiores a los 3700 msnm.

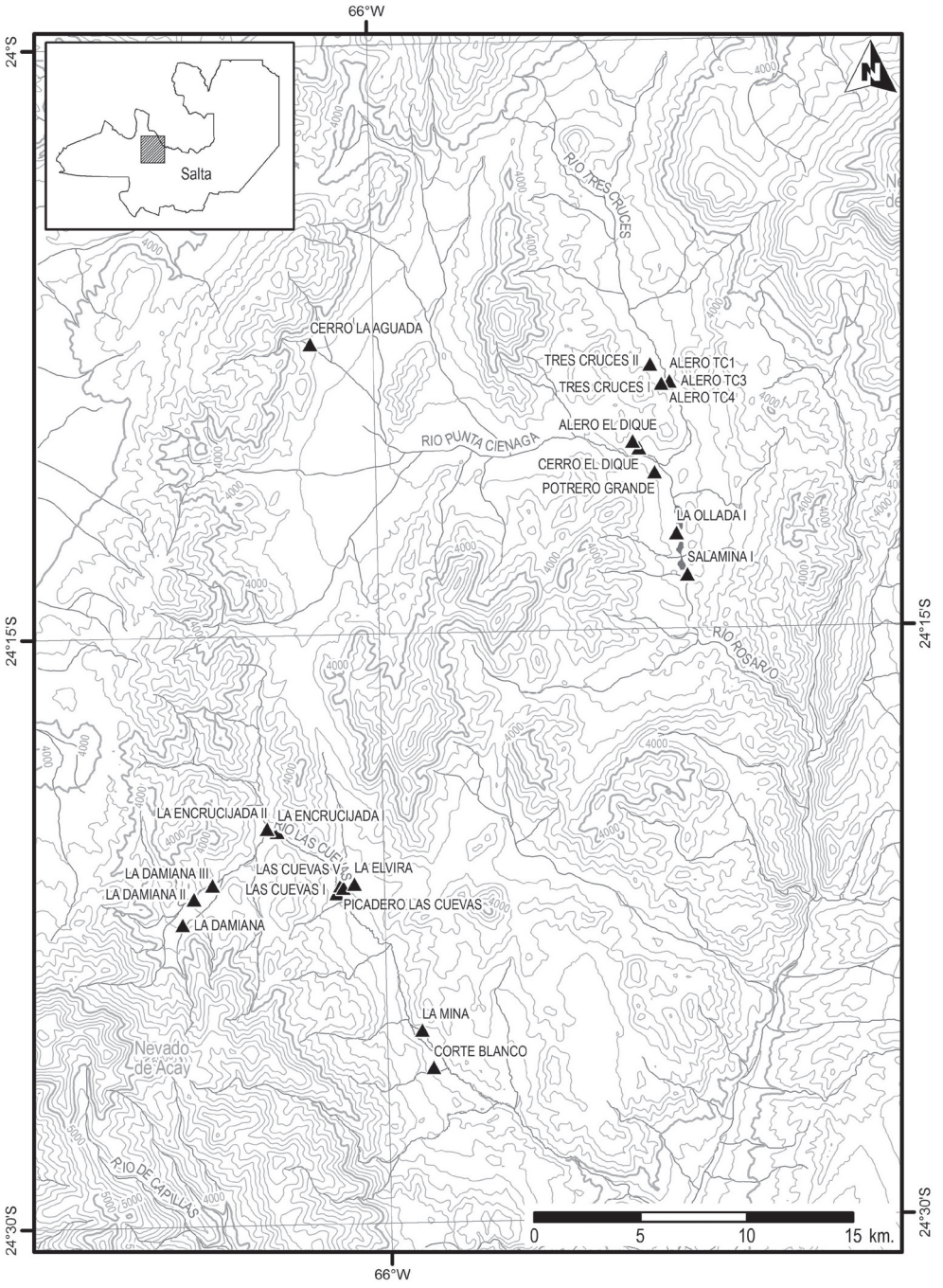


Figura 1. Mapa del área con ubicación de los sitios mencionados en el texto.

En virtud de la gran extensión que ocupa el área de trabajo se seleccionaron dos sectores para su estudio. Su elección respondió parcialmente a una decisión de tipo operativa, dado que gran parte de la información ya existente sobre ocupaciones formativas se concentraba en dichos sectores. Asimismo, se sustentó en la posibilidad que ofrecen para realizar estudios comparativos, ya que si bien comparten las características medioambientales generales del área, poseen algunas particularidades que los diferencian.

El primer sector, denominado Meridional, posee unos 204 km² de extensión y comprende las quebradas de Las Cuevas e Incahuasi, ubicadas sobre la margen derecha de la Quebrada del Toro. Se destacan por sus mayores alturas el Nevado de Acay y el Acay Chico, localizados en el este y noreste del sector. A lo largo de toda su extensión, ambas quebradas poseen tramos sumamente angostos, con escaso desarrollo de suelo y otros más amplios, dominados por amplias vegas. El segundo sector, Septentrional, abarca la porción norte de la Quebrada del Toro. Con una extensión de 250 km², comprende las cuencas de los ríos Tres Cruces y Punta Ciénaga, afluentes del río Toro. A diferencia de otras quebradas del área que suelen ser profundas y angostas, esta cuenca es amplia en su sector norte. Hacia el sur el río da origen a tres lagunas intercomunicadas, conocidas como Lagunas del Toro, que durante la temporada estival forman una extensa vega parcialmente anegada, con abundantes pasturas. Dichas lagunas constituyen un importante reservorio de fauna, entre la que se incluye variedad de peces y aves acuáticas. Asimismo, debido a la disponibilidad de agua y alimento, también concentran otros animales de mayor porte, como suris, zorros o pumas (Ringuelet 1961).

Ambos sectores son corredores naturales de circulación que comunican el área con los valles fértiles del sur, como el Valle de Lerma y al norte con el altiplano puneño. Esto, sumado al carácter ecológico transicional de uno y otro sector, los presenta como de gran potencialidad para el abordaje de procesos de articulación espacial, económica y social.

En lo que respecta a la estrategia de campo implementada, se diseñaron dos programas de muestreos destinados a la localización de nueva evidencia arqueológica. El primero consistió en la realización de transectas con una orientación cardinal similar, cada 20 m, en los dos sectores de muestreo seleccionados. El segundo, se basó en prospecciones pedestres generalizadas y la búsqueda de sitios orientada por datos provenientes de investigaciones previas y pobladores actuales. Para cada sitio localizado se tomaron lecturas de altitud, latitud y longitud mediante el uso de geoposicionador satelital y altímetro barométrico y se levantaron planos de los mismos, a los que se adjuntaron fichas de registro arquitectónico. También se llevó a cabo el relevamiento de su entorno mediante transectas de 1 km de longitud, hacia distintos puntos cardinales. Los aspectos registrados fueron: los límites del sitio, sus condiciones de emplazamiento y aspectos del paisaje tales como fuentes de materia prima, terrenos cultivables, zonas de pastura, vertientes y procesos trópicos y antrópicos que pudieron afectar o afectan actualmente la conservación del registro arqueológico. A los fines de obtener información sobre los contextos de cada uno de los sitios, se realizaron recolecciones superficiales de materiales y excavaciones. Las primeras se implementaron de manera generalizada por sitio o por estructuras. Las unidades de excavación fueron variables e incluyeron sondeos, cuadrículas y excavaciones en área, dependiendo de las características de cada sitio.

NUEVA EVIDENCIA

El conjunto de sitios que se registró como consecuencia de los trabajos de prospección arqueológica realizados recientemente en el área muestra una gran variabilidad en lo que se refiere a su emplazamiento, arquitectura y conjuntos artefactuales. Es necesario subrayar que la información que se presenta para cada unos de ellos no es homogénea en número, calidad y tipo de datos. Por ejemplo, en algunos sitios sólo se han llevado a cabo recolecciones superficiales o sondeos exploratorios, mientras que para otros se cuenta con datos provenientes de excavaciones. De cualquier manera, preferimos incluir toda la muestra de sitios, ya que cada uno de ellos aporta información que se considera relevante para abordar la dinámica social de uso del espacio durante el Formativo.

Este conjunto de sitios, sobre el cual nos referiremos en los próximos párrafos, se presenta organizado en cuatro categorías dentro de las cuales se ha sintetizado la diversidad registrada en lo que respecta a las variables antes mencionadas. Estas categorías poseen además implicancias funcionales.

Los sitios aldeanos:

Las Cuevas V

Las Cuevas V[1] se ubica en la quebrada homónima, a 500 m del conocido sitio Las Cuevas (Figura 1 y Tabla 1). En una superficie de 13.000 m² se relevaron 34 estructuras, mayormente de forma circular, con diámetros entre 1 y 2 m (pequeñas), entre 3 y 7 m (medianas) o superiores a los 7 m (grandes). Las estructuras cuadrangulares son escasas, una de ellas de tamaño grande (superior a los 100 m²) y las dos restantes más reducidas (menores a los 100 m²). En el extremo norte se destaca un extenso muro que circunscribe parcialmente un amplio espacio sin estructuras superficiales. Se registran, además, muros aislados y varios recintos cuya forma no fue posible precisar (Figura 2).

Arquitectónicamente el sitio exhibe una importante homogeneidad en las técnicas y materiales empleados para las construcciones las que, además, son compartidas con otros sitios aldeanos tempranos previamente documentados. Predominan los cimientos dobles rellenos de barro y ripio por sobre la pirca simple. Las rocas usadas son de disponibilidad local, e incluyen esquistos, ignimbritas, basaltos y, en menor medida, granitos y areniscas, regulares en tamaño y de caras más bien planas.

Se excavaron un total de cuatro estructuras. Una circular, de 9 m de diámetro, de tipo semi-subterráneo con paredes dobles de piedra (LCV- Est 1) (Figura 3), con un único acceso delimitado por un escalón. Adosada a la anterior, a manera de deflector, y ubicada al mismo nivel, se excavó otra pequeña estructura semi-abierta, de forma subcuadrangular, de 2 x 2 m, de hileras dobles y simples de piedra (LCV-Est 1a).

---

[1] Una información más detallada sobre el sitio puede consultarse en De Feo 2010 y 2011a. El número de artefactos analizados, o porcentajes de todos los sitios mencionados en este trabajo se especifican con mayor detalle en De Feo 2010.

Tabla 1. Síntesis de la descripción de sitios mencionados en el texto

Sitio	Latitud y Longitud	Altitud	Unidad de emplazamiento	Categoría	Superficie y densidad de ocupación (1)	Edad C14 convencional
Las Cuevas I	24º 21'35" Lat. S 66º 1'19" Long. O	3321 msnm	Piedemonte bajo	Aldeano	10.135 m^2 - 16,83 r/ha	2485±60 A.P. 2150±80 A.P. 2070±50 A.P. 1695±30 A.P. (Cigliano *et al.* 1976)
Las Cuevas V	24°21'23" Lat. S 66°1'12" Long. O	3321 msnm	Terraza fluvial	Aldeano	13.000 m^2 - 24,61 r/ha	1780 ± 70A.P. (De Feo 2010)
Picadero Las Cuevas	24°21'27" Lat. S 66°1'8" Long. O	3322 msnm	Terraza fluvial	Taller lítico	25 m^2 - 0,0025 r/ha	-
La Elvira	24º 21'19" Lat. S 66º 0'39" Long. O	3321 msnm	Terraza fluvial	Puesto de pastoreo?	40 m^2 - 0,004 r/ha	-
La Mina	24º 25'12" Lat. S 65º 35'56" Long. O	3160 msnm	Piedemonte bajo	Aldeano	10.000 m^2 - no calculado (2)	-
La Encrucijada I	24°19'59"S Lat. S 66°2'55" Long. O	3416 msnm	Piedemonte bajo	Aldeano	13.800 m^2 - no calculado	-
Corte Blanco	24°26'4" Lat. S 65°58'43" Long. O	3163 msnm	Piedemonte medio	Puesto de pastoreo	11.000 m^2 - 2,72 r/ha	-
La Damiana I	24º 22' 7" Lat. S 66º 5' 4" Long. O	3800 msnm	Fondo de cuenca	Arte rupestre	1.700 m lineales - sin recintos	-
La Damiana II	24°21'40" Lat. S 66°5'17" Long. O	3678 msnm	Fondo de cuenca	Arte rupestre	160 m lineales (3) - sin recintos	-
La Damiana III	24°21'20" Lat. S 66°4'46" Long. O	3602 msnm	Fondo de cuenca	Arte rupestre	300 m lineales - sin recintos	-
Cerro El Dique	24º 10'22" Lat. S 65º 52 34" Long.	3394 msnm	Piedemonte bajo	Aldeano	15.300 m^2 - 33,98 r/ha	1690±50 A.P. (Raffino 1977)
Potrero Grande	24º11'1" Lat S 65º 52'15" Long. O	3374 msnm	Piedemonte bajo	Aldeano	10.500 m^2 - no calculado	1710±50 A.P. (Raffino 1977)
Tres Cruces II	24°8'15" Lat. S 65°52'18" Long. O	3454 msnm	Piedemonte bajo	Aldeano	9.000 m^2 - 7,7 r/ha	-
Salamina	24°13'38" Lat. S 65°51'23" Long. O	3346 msnm	Fondo de cuenca	Arte rupestre	260 m lineales - sin recintos	-
La Ollada	24°12'35" Lat. S 65°51'40" Long. O	3357 msnm	Fondo de cuenca	Arte rupestre	800 m lineales - sin recintos	-
Alero El Dique	24º 10' 16" Lat. S 65º 52' 48" Long. O	3429 msnm	Piedemonte medio	Ocupación en alero	10 m^2 - sin recintos	-

Nota: (1) Se estimó según la cantidad de recintos por hectárea. Se considera una baja densidad ocupacional a valores inferiores a 5 r/ ha. (2) Por motivos de visibilidad y conservación este valor no fue calculado. (3) En los conjuntos con manifestaciones rupestres, dada su dispersión lineal en el terreno, la superficie se calculó en metros lineales.

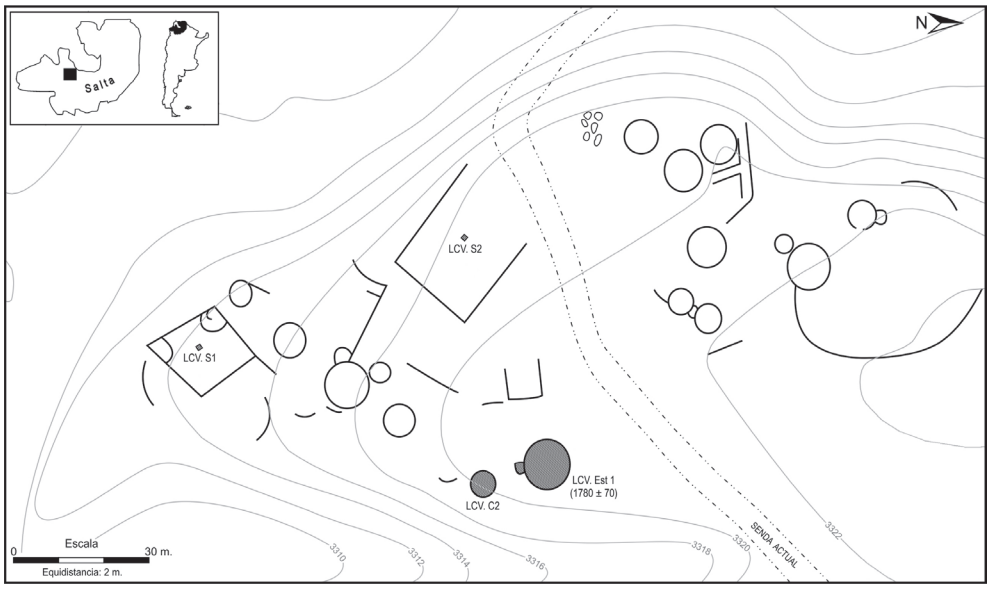


Figura 2. Plano del sitio Las Cuevas V.

Al interior de la primera estructura se identificó un piso de ocupación consolidado, coincidente con las mayores concentraciones de material cultural y sobre el cual apoyan los elementos arquitectónicos como fogones, una pared interna que compartimenta el recinto en su ángulo sudoeste y los pozos de postes. Dentro de los últimos –cuatro en total de forma oval o subcircular, y equidistantes entre sí y del centro del recinto– se conservaron restos de madera que, según determinaron A. Capparelli y V. Lema pertenecen a la familia Cactácea, probablemente *Cereus, Trichocereus o Stentsonia* (De Feo 2010). Por otra parte, la disposición de los postes, la forma circular y el tamaño del recinto sugieren un techado de tipo cónico similar al que se registra etnográficamente para la Puna y su borde (Vivante y Palma 1966).

La Estructura 2 (LCV- Est 2) (Figura 3) dista 20 m de la primera, también es circular, aunque menor, de 4 m de diámetro. Posee paredes dobles, simples por sectores y no se identificaron en ella pozos para postes de techumbre, así como tampoco accesos. Los rasgos más destacados en asociación al piso arcilloso son un sector de descarte, otro de combustión y un pozo de almacenamiento dentro del cual se recuperó una mano de moler y una olla cerámica ordinaria.

Se practicaron además dos sondeos de 1 x 1 m. Uno de ellos, en el interior de la Estructura 13, de planta cuadrangular, de 16 x 17 m, cuya excavación mostró un piso de ocupación de arcilla consolidada. Los conjuntos artefactuales recuperados permitieron su asignación al Formativo Inferior, tratándose así de la primera estructura cuadrangular excavada en el área de la Quebrada del Toro con esta cronología. El segundo sondeo se llevó a cabo en la Estructura 16, cuadrangular semi-subterránea, de 20 x 27 m de extensión, donde no se observó piso de ocupación alguno, y tampoco arrojó material arqueológico en estratigrafía.

Figura 3. Excavación del sitio Las Cuevas V. Arriba: Estructura 1; Abajo: Estructura 2.

Como ocurre con la arquitectura, los conjuntos artefactuales de las distintas estructuras también muestran importantes semejanzas. En las Estructuras 1, 2 y 13 el material arqueológico se halló concentrado mayormente sobre el piso de ocupación. Entre los fragmentos de alfarería predominan los de tipo No Ordinario –que representan alrededor del 60% del total de la muestra (n= 649)–, sobre los Ordinarios[2], de superficies grises o beige pulidas con

[2] El tipo Ordinario reúne aquellos fragmentos que no presentan tratamiento o modificación intencional de su superficie como pulido o decoración. Comprende los tipos denominados como: Las Cuevas ordinario y Cerro El Dique gris externo rojo interno y rojo alisado de Cigliano *et al.* (1976). Los fragmentos característicos poseen superficies con diferente grado de alisado, en algunos casos muy escasamente regularizadas.

diferente grado de regularización (tipos Pulido irregular[3] y Pulido fino), semejantes al tipo 1-2 Gris, Gris Negro o Negro definido por Olivera (1991) para Antofagasta de la Sierra y grupos monocromos del Valle Calchaquí (Tarragó 1980).

Las técnicas decorativas más frecuentes en los conjuntos cerámicos recuperados en el sitio son la incisión y el grabado –con porcentajes del 15%–, sobre piezas de pastas compactas, de cocción reductora y en menor porcentaje oxidante. Por sus características morfológicas y estilísticas estas piezas se asemejan a la cerámica de la Tradición San Francisco (Dougherty 1974), lo mismo, los fragmentos Corrugados, que conforman menos del 2% de la muestra. Los fragmentos pintados de superficie muy pulida y pintura roja y los del tipo Negro Bruñido, de pastas reductoras y paredes muy delgadas están escasamente representados, ambos con porcentajes inferiores al 2%. Los últimos, muestran grandes similitudes técnicas y morfológicas con el tipo Negro Pulido de San Pedro de Atacama (Munizaga 1963).

Los tipos morfológicos observados en la alfarería también son los mismos que han sido mencionados para otros sitios contemporáneos del área (Cigliano *et al.* 1976; Raffino 1977). Incluyen cuencos de contorno compuesto, paredes divergentes y punto angular cercano al borde de tipo vertical, o con punto angular en la parte media de la pieza y borde de paredes cóncavas, y cuencos simples de paredes oblicuas. Todos ellos asociados a los tipos pulidos o bruñidos e inciso-grabados y corrugados. Jarras y ollas subglobulares se asocian al tipo Ordinario y los vasos de paredes verticales y borde directo al tipo pintado (Figura 4).

En la Estructura 1 se recuperó además arcilla cruda y pigmentos. Estos últimos, según se ha determinado por microscopía de barrido EDAX[4], se tratan de óxidos de hierro con contenidos de sílice y magnesio. Los mismos compuestos han sido identificados, mediante esta técnica, en fragmentos cerámicos del tipo Rojo Pintado.

Las excavaciones también arrojaron abundante material lítico, como desechos de talla, fragmentos de artefactos no diferenciados, artefactos de formatización sumaria, artefactos de bisel asimétrico, cortantes, perforadores, puntas y preformas de puntas de proyectil. Estas últimas son el grupo de instrumentos más numeroso (14:47) y por sus características tecnomorfológicas pueden adscribirse a los subgrupos AI y II, A III, A IV y B1 propuestos por Escola (1991) para contextos formativos de la Puna Meridional argentina.

La obsidiana es la materia prima más representada (superior al 85%), seguida por los basaltos y en muy escasas proporciones, los esquistos, sílices amorfos, cuarzo y la arenisca silicificada (grauvacas, metagrauvacas y pelitas de la Formación Puncoviscana). Los análisis de fluorescencia de rayos X determinaron el origen de las variedades de obsidianas Negro uniforme, en bandas y manchado en Zapaleri (en el límite tripartito entre Bolivia, Argentina y Chile); variedades Gris y Transparente en Tocomar (puna de Salta), y Negro opaco en Laguna Cavi (Antofagasta de la Sierra) (Álvarez Soncini y De Feo 2010). A excepción de la obsidiana, de origen alóctono, y los sílices, de los cuales desconocemos su procedencia, las restantes son accesibles en un radio de distancia no mayor al kilómetro desde el sitio, en

[3] Se corresponde con el Grupo gris pulido definido por Cigliano *et al.* (1976), y dentro del cual se ha preferido incluir fragmentos con otras coloraciones, dado que en piezas enteras o parcialmente enteras se observó gran variación en las tonalidades.

[4] Tales análisis fueron realizados en el Centro de Investigaciones y Desarrollo en Ciencias aplicadas (CINDECA) - CONICET.

Figura 4. Piezas parcialmente remontadas procedentes de la excavación del sitio Las Cuevas V. a. Vasija Tradición San Francisco; b. Cuenco de superficie pulida con incisiones en punto angular; c. Jarra ordinaria; d. Jarra de superficie bruñida.

forma de guijarros y nódulos dispersos, en concentraciones relativamente pequeñas en el terreno, o como filones en la ladera del Nevado de Acay (Cuerda1973; Cussi 1994).

En el interior de las Estructuras 1 y 2 se recuperaron además instrumentos líticos de molienda como manos y morteros, manufacturados sobre granito por técnicas de pulido y picado.

El material arqueofaunístico proviene en mayor porcentaje de las Estructuras 1 y 2. Por ejemplo, en la Estructura 1 (NISP 838) el taxón más representado corresponde a la Familia de los camélidos (*Camelidae*) (49,33%). En proporciones marcadamente inferiores están presentes cérvidos (*Cervidae indet.*) y aves (*Anatidae indet.*) (0,49%). Otro grupo identificado numéricamente importante, corresponde a mamíferos de difícil asignación (48,11%) y ungulados que, por su tamaño, podrían ser asignables a camélidos o cérvidos andinos (2,07%). Las marcas de origen antrópico son poco frecuentes (17:375). Al respecto, se registraron marcas de corte y/o negativos de impacto, estos últimos asociados a fracturas frescas de tipo helicoidal y longitudinal. Su concentración mayoritaria en apófisis vertebrales, costillas y diáfisis de huesos largos, estaría asociada con actividades de desarticulación y descarne. La ausencia casi total de termoalteración, implicaría que el asado de la carne no fue la técnica de cocción predominante y que otras técnicas de cocción pudieron haberse llevado a cabo, como por ejemplo el hervido (Izeta 2004). Por su parte, el índice de secado (De Nigris y Mengoni 2004) arrojó un resultado positivo y significativo, lo que daría cuenta

que la actividad de deshidratación de la carne o charqueado, pudo haberse desarrollado en el sitio con el fin de conservar este alimento durante períodos más prolongados de tiempo.

Los rasgos arquitectónicos como fogones, depósitos de almacenamiento y áreas de descarte, así como los conjuntos cerámicos, líticos y arqueofaunísticos de las Estructuras 1 y 2 estarían señalando un contexto de tipo doméstico, donde tuvieron lugar múltiples actividades, entre ellas, el almacenamiento, procesamiento y consumo de alimentos y líquidos, la confección de instrumental lítico y, posiblemente, la manufactura cerámica. Esta funcionalidad propuesta estaría respaldada por las técnicas de construcción de las estructuras que son compartidas con otras unidades arquitectónicas semejantes de sitios como Cerro El Dique y Las Cuevas, también definidas como espacios domésticos (Raffino 1977).

En una escala mayor de análisis se observa que Las Cuevas V también posee importantes similitudes en su emplazamiento –estructuras domésticas dispuestas de forma diseminada; proximidad con cursos de agua permanente; asociación con fondos de valle aptos para el desarrollo de prácticas económicas de tipo extensivo– con sitios anteriormente definidos como aldeas por Raffino (1977).

Se dispone de un fechado radiocarbónico de 1780 ± 70 años A.P. (LP-1893; madera carbonizada) calibrado a 1 sigma en 239 - 404 cal D.C. mediante el programa Calib. 5.1.0 para el Hemisferio Sur (Stuiver y Reimer 1986). Este se obtuvo del fogón principal de la Estructura 1, y sitúa su ocupación durante el Formativo Inferior, lo cual concuerda con la presencia de alfarería gris monocroma e inciso-grabada y corrugada, las dos últimas que presentan similitudes con la Tradición San Francisco. Estos dos últimos tipos cerámicos están ausentes en componentes inferiores de Las Cuevas fechados en 743 - 405 cal A.C. En cambio, están representados en una segunda y tercera fase de ocupación del sitio datadas en 342 A.C - 0 cal D.C., 89 A.C - 57 cal D.C. y, 350 - 527 cal D.C. También se registran en Potrero Grande y Cerro El Dique, con fechados de 263 - 527 cal D.C. y 349 - 532 cal D.C. respectivamente (Cigliano *et al.* 1976)[5].

Además del carácter más temprano de Las Cuevas y su contemporaneidad con los restantes sitios mencionados durante su segunda y tercer fase de ocupación, la evidencia también parece indicar que este sitio no fue abandonado una vez establecido Las Cuevas V, dado que el fechado más tardío es posterior al arrojado para la ocupación de la LCV- Estructura 1.

Tres Cruces II

Otro sitio con similares características es Tres Cruces II. Ubicado en la quebrada de Tres Cruces, este sitio se emplaza sobre un extenso cono de deyección, al borde de una amplia vega, por lo cual están bien representados en su entorno los suelos de alta potencialidad para el desarrollo de prácticas agrícolas y pastoriles extensivas (Figura 1 y Tabla 1). Posiblemente como consecuencia de la importante sedimentación que ocurre en el área, sólo se observan en superficie dos estructuras cuadrangulares grandes adosadas y cuatro circulares menores,

[5] Los fechados ya existentes fueron recalibrados mediante el programa Calib. 5.1.0 para el Hemisferio Sur (Stuiver y Reimer 1986) y se expresan calibrados con 1 sigma. Los mencionados para Las Cuevas son: 2485 ± 60 A.P. (GRN 5852; madera carbonizada; 2150 ± 80 A.P. (CSIC 121; madera carbonizada); 2070±50 A.P. (CSIC 122; madera carbonizada); y 1695 ± 30 (GRN 5399; huesos de camélidos). El fechado de Potrero Grande es de 1710 ± 50 A.P. (CSIC 126; madera carbonizada) y el de Cerro El Dique arrojó 1690 ± 50 A.P. (CSIC 123; madera carbonizada) (Cigliano *et al.* 1976; Raffino 1977).

de alrededor de 5 m de diámetro, de cimientos dobles, y cuya técnica y materiales de construcción son similares a los documentados para Las Cuevas V.

Las investigaciones desarrolladas en el sitio son por el momento de carácter preliminar. Además del relevamiento planimétrico se llevaron a cabo recolecciones superficiales y un sondeo en una estructura circular (TCII - Est. 1) (Figura 5). Al igual que se observó en otros sitios tempranos del área, los tipos cerámicos son los denominados Pulido fino e irregular. En estratigrafía se reconoce, además, la presencia de alfarería de superficie bien pulida, con incisiones paralelas y oblicuas, semejante a la Tradición San Francisco. Dicha alfarería, conjuntamente con la situación de emplazamiento y los atributos de la arquitectura, se ha tomado en cuenta para establecer la cronología temprana del sitio.

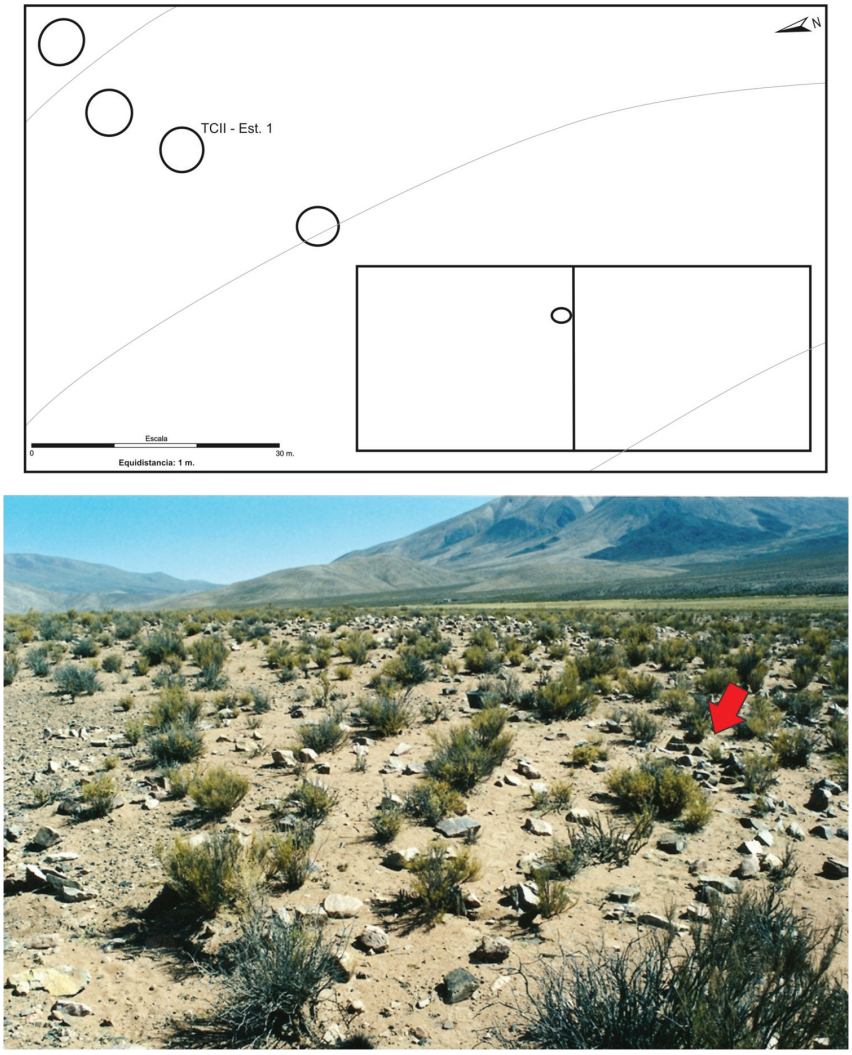


Figura 5. Plano del sitio Tres Cruces II y fotografía con vista superficial de la Estructura I.

Sitios con estructuras expeditivas y/o baja densidad de ocupación:

Esta categoría reúne un conjunto de sitios que comparten el hecho de ser ocupaciones a cielo abierto, mostrar evidencias que remiten a bajas densidades de ocupación, pudiendo poseer o no, estructuras arquitectónicas como las observadas en sitios aldeanos, aunque en todos los casos, sí exponen semejanzas cualitativas con sus conjuntos artefactuales.

Picadero Las Cuevas

Se localiza a 70 m del sitio Las Cuevas V, sobre la misma terraza fluvial, separados por una gran cárcava (Figura 1 y 6. Tabla 1). Consiste en una estructura de planta irregular, de piedras dispuestas formando un pequeño montículo que delimita un espacio interno o compartimiento, en cuyos alrededores se hallaron desechos de talla lítica, junto con algunos pocos fragmentos cerámicos.

El material recuperado procede de la recolección superficial no selectiva efectuada en una cuadrícula de muestreo de 1 x 1 m. Está integrado por 14 fragmentos cerámicos, predominantemente del tipo Pulido fino, beige y gris. El material lítico es numéricamente más importante (n=178) y se compone de un fragmento de artefacto no diferenciado sobre obsidiana, dos lascas retocadas sobre basalto y mayormente lascas, microlascas y desechos no clasificables. La materia prima más representada es el basalto (57,8%), seguido por las obsidianas (28%), la arenisca silicificada (7,8%); y en menor proporción el cuarzo, el ópalo y el granito. Se ha identificado, además, un número importante de lascas de reducción bifacial. La corteza es poco frecuente en el conjunto en general, de alrededor del 10%, con un porcentaje similar dentro del grupo de los basaltos y del 4% entre las obsidianas. El tamaño más representado entre las obsidianas es el pequeño y muy pequeño, mientras que entre los basaltos es el mediano-grande.

La mayor representación del basalto contrasta con lo observado en Las Cuevas V, donde al igual que ocurre en Las Cuevas, la materia prima más abundante es la obsidiana, con porcentajes de desechos e instrumentos que rondan el 85%, mientras que el basalto no supera el 10%. La evidencia sugiere para Picadero el desarrollo principalmente de tareas de formatización de instrumentos sobre basalto, de tipo expeditivos (Escola 2004) y de tamaño mediano-grande a grande. En lo que respecta a la obsidiana, la segunda materia prima más representada, los tamaños de los desechos de talla pequeños y muy pequeños, así como la escasa frecuencia de corteza señalan mayormente la realización de tareas de regularización y mantenimiento de instrumentos.

La Elvira

En la misma terraza fluvial que ocupa Las Cuevas V y a poco más de 1 km del río, se emplaza el sitio La Elvira (Figura 1 y 6. Tabla 1). Se destacan en el área algunos afloramientos naturales de rocas graníticas a las que se anexaron pequeños bloques irregulares sin argamasa para la construcción de una estructura levemente curva, de 8 m de longitud.

Los materiales arqueológicos provienen exclusivamente de las recolecciones superficiales realizadas en el perímetro de la estructura, dado que el sondeo no brindó materiales culturales. Los fragmentos cerámicos corresponden a los tipos Ordinarios o Pulido fino y a una pieza del tipo Inciso-Grabado, semejante a la alfarería de filiación San Francisco, que se tomó para establecer la cronología temprana del sitio hasta tanto se cuente con fechados. Asimismo, se

recuperaron grandes guijarros y lascas sobre basalto, algunas de ellas con retoque sumario y, algunas pocas lascas y microlascas de obsidiana.

Las características de su emplazamiento, alejado del fondo de valle y su arquitectura sumamente expeditiva difieren de aquello observado en sitios aldeanos. Por otro lado, el sitio presenta una baja densidad ocupacional, inferior a la estructura por hectárea (Tabla 1) y escaso material cultural asociado, lo cual hace suponer una ocupación bastante efímera.

Figura 6. Terraza fluvial donde se emplazan los sitios Las Cuevas V, Picadero Las Cuevas y La Elvira. A la derecha materiales cerámicos procedentes del sitio La Elvira.

Corte Blanco

A diferencia de los dos sitios anteriores, este sitio no se caracteriza por el carácter expeditivo de sus instalaciones. Sobre la ladera del Acay Chico, alejados 600 m del fondo de valle (Figura 1 y Tabla 1), se observan en superficie tres sectores de estructuras, de los cuales sólo los dos primeros son tempranos. En el Sector 1 se destaca una estructura circular (Est 1), de 5,80 m de diámetro, con cimientos similares a los detallados para Las Cuevas V y, una abertura delimitada por cuatro jambas, que forman un pequeño pasillo (Figura 7). En el mismo sector, a unos 10 m se ubica una pared de 2,60 m de longitud y alejada unos 40 m del conjunto anterior, en el Sector 2, otra pared doble levemente curva, de 4 m de longitud, ambas manufacturadas con las mismas materias primas y técnicas de construcción.

El área de dispersión de las estructuras arquitectónicas y material de superficie es de unos 11000 m², por lo tanto, similar a la de otros sitios aldeanos. El cálculo de densidad ocupacional al contrario, es de 2,72 recintos/ha., inferior al de sitios como Las Cuevas V, Cerro El Dique, entre otros (Tabla 1).

El material recuperado en Corte Blanco proviene exclusivamente de recolecciones superficiales, dado que el sondeo realizado sobre la Estructura 1 resultó estéril. La cerámica es poco abundante, hecho que contrasta con lo observado para otras ocupaciones formativas del área como Las Cuevas I y V. El tipo más representado –téngase igualmente presente que la muestra es pequeña (n=16)– es el Pulido fino, seguido por los fragmentos del tipo Ordinario y Pulido irregular. El conjunto lítico se compone de tres lascas retocadas sumariamente, una elaborada sobre arenisca silicificada y dos sobre obsidiana y un desecho no clasificable sobre el último material.

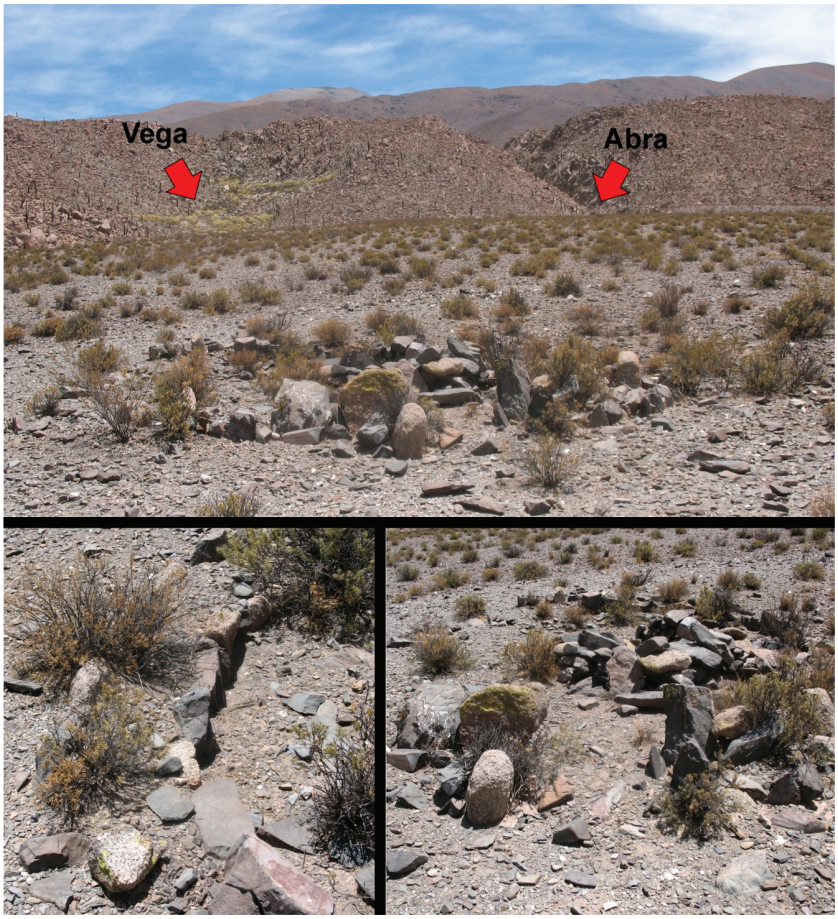


Figura 7. Vista de la Estructura 1 del sitio Corte Blanco con indicación de la vega de altura y el abra. Abajo detalle de la Estructura 1, muros y jamba de acceso.

Corte Blanco comparte ciertas características tecnológicas de la cerámica y la arquitectura con otros sitios aldeanos documentados para el área, hecho que permitió su asignación al Período Formativo hasta tanto se cuente con fechados que posibiliten afinar su cronología. Sin embargo, también posee importantes diferencias. En Corte Blanco la proximidad con los suelos de alto potencial agrícola-pastoril no parece haber constituido un criterio relevante para su emplazamiento, dado que estos están ausentes en el radio inmediato al sitio. Aunque tampoco existe una desvinculación respecto de estos suelos, que si están presentes en un radio de poco más de 15 minutos de marcha, en las áreas de fondo de valle, como en una pequeña vega de altura ubicada pendiente arriba, a 600 m del sitio, en dirección sudoeste. Por el contrario, predominan en su entorno los suelos de estepa, de moderado potencial forrajero y nula aptitud agrícola, al igual que ocurre en La Elvira. Otro aspecto relevante es su intersección con un corredor natural que conduce desde el fondo de valle hasta la vega mencionada, y pasando esta, a través de una pequeña abra del Nevado de Acay, comunica con otras vegas de mayores extensiones (Figura 7).

Otras diferencias con los sitios aldeanos están dadas por la baja frecuencia de artefactos, desechos líticos y fragmentos cerámicos, el menor número de estructuras y densidad de ocupación del sitio. Pero pese a esta baja densidad ocupacional, tanto la inversión de trabajo en la selección de las materias primas como la modalidad de construcción de las estructuras sugieren una ocupación reiterada del sector.

Los conjuntos rupestres:

Cinco en total son los conjuntos con grabados rupestres documentados: La Damiana I, II y III ubicados en la quebrada de Incahuasi[6], unos 12 km al norte de la localidad de Las Cuevas y La Ollada y Salamina, bordeando las Lagunas del Toro, a escasos kilómetros de Potrero Grande y Cerro El Dique (Figura 1 y Tabla 1).

En todos los casos la técnica de ejecución es el picado plano de cuerpo lleno o del contorno de la figura. Los soportes utilizados son bloques de basalto o esquistos, disponibles naturalmente en el área, de un tamaño promedio de 60 x 60 cm.

La heterogeneidad de las temáticas y los diseños representados, la superposición de motivos y los diferentes grados de patinación, han servido como indicadores de la diacronía del conjunto. En este mismo sentido se han considerado conjuntos rupestres de otras áreas del noroeste argentino con cronología establecida. En lo que respecta al contexto asociado al conjunto, las recolecciones superficiales realizadas sólo brindaron fragmentos de alfarería de los tipos Tastil Roja Tosca Pulida y Roja Pulida, característica del Período de Desarrollos Regionales. Los atributos formales de la arquitectura tampoco se asemejan a los descriptos para contextos formativos.

La Damiana I, II y III

Estos sitios se emplazan en un extenso cono de deyección, sobre la ladera noreste del Nevado de Acay, donde el choque de frentes húmedos favorece el desarrollo de importantes humedales. Existen en el área dos cursos de agua de régimen permanente que corren paralelos a los bloques. Uno de ellos es el arroyo Incahuasi, el otro, un río menor que desciende desde el Acay, y desemboca a través de la Quebrada de Las Capillas en la localidad de Santa Rosa de Tastil, unos 30 km hacia el sur (Figura 1).

Por sus características geomorfológicas y la existencia de pasturas naturales esta área fue hasta hace pocas décadas recurrentemente utilizada para el arreo de ganado hacia el altiplano argentino-chileno. En la actualidad, continúa funcionando como paso natural para la circulación de la hacienda hacia los puestos invernales ubicados en las quebradas y vegas de altura del Nevado de Acay.

El conjunto documentado a la fecha en La Damiana I se compone de 72 bloques, que se extienden sobre el terreno a lo largo de aproximadamente unos 1700 m y en los que se contabilizaron un total de 370 motivos de distinta cronología. Los bloques seleccionados están alineados en dirección NE-SO, en forma paralela al río que desciende por el Acay, desde el fondo de valle hasta un sector muy angosto del paisaje, donde la quebrada realiza un

[6] Por más detalle sobre los conjuntos rupestres consultar De Feo y Ferrauiolo (2007) y De Feo (2010).

giro en dirección hacia Las Capillas (Figura 8a). La Damiana II y La Damiana III se ubican hacia el noreste del sitio anterior, y sus bloques están alineados sobre las márgenes del río Incahuasi. El primero consta de seis bloques con grabados con 28 motivos, mientras que en el segundo se registraron 16 bloques, con 70 motivos, en ambos casos con evidencias de utilización en diferentes momentos.

La Ollada y Salamina

Ambos se localizan en el sector septentrional, en la base de lomadas que bordean las Lagunas de Toro. El primero está cercano a la primera laguna y en asociación a un antiguo sendero desde el cual son visibles los motivos representados. Se compone de siete bloques con 28 motivos grabados, muchos de ellos con grados importantes de deterioro. El segundo se ubica 2 km al sur del anterior, y sus bloques, tres en total, también se hallan sumamente afectados. La reutilización de los conjuntos en distintos momentos se verifica por las diferencias de patina entre los motivos de un mismo bloque o por la presencia de cánones de representación propios de distintos momentos.

En términos generales, en los conjuntos mencionados son mayoría las representaciones figurativas, que incluyen figuras antropomorfas esquemáticas, a veces tendiendo a la geometrización ("hombres cigarro") (Figura 8b) semejantes a las documentadas en la Puna de Salta, en sitios como Matancillas 1, 2 y 3 (Muscio 2006: figura 7); en la Puna de Jujuy: sitio Inca Cueva (Aschero *et al.* 1991: figura 2b7), Cueva Cristóbal (Fernández 1988-1989: figura 11 y 12), Cerro Bayo, Barconte y Torre (Coch 39) (Fernández Distel 1998: página 105); en Antofagasta de la Sierra, en sitios como Peñas Coloradas 1, Real Grande 3 (Podestá 1986-1987: figura 4; Olivera y Podestá 1993: figura 12); y en el sitio Quipón, en Valle Calchaquí (Lanza 1996: figuras 5a y b). En Santa Rosa de Tastil, Meninato reconoce esta figura en repetidas ocasiones en sitios como Cerro Abra de Romero, La Covacha y El Negro (Meninato 2008: figura 73, 161, 165).

La figura humana, asimismo, es representada de forma estilizada, a veces con tocados cefálicos, atavíos corporales o portando objetos, aislada o agrupada; entre ellas, algunos motivos de cuerpo lleno, con tocados radiados o con cabeza subtriangular –quizás un gorro–, se asemejan a los identificados en sitios de la Puna meridional como Peñas Chicas 3 y Punta del Pueblo (Olivera y Podestá 1993: figura 6 y 9). También aparece restringida al torso o cabeza. Estos últimos motivos, conocidos como mascariformes (Figura 8c), son frecuentes en contextos tempranos del NOA (Lorandi 1966; González 1977; Olivera y Podestá 1993; Aschero y Korstanje 1996). Meninato registra un número importante de motivos mascariformes en los alrededores de Tastil, que por sus adornos o tatuajes faciales compara con motivos Aguada (González 1977), y los ubica cronológicamente en el Formativo Superior (Meninato 2008: figura 63, 163, 170). Los mascariformes presentes en La Damiana I son, en cambio más esquemáticos y menos ataviados, semejantes a los motivos del Período Formativo Temprano (Aschero y Korstanje 1996). Por su parte, el motivo felínico representado en La Damiana I, de forma lateral pero con sus extremidades frontales, también ha sido registrado por la misma autora (Meninato 2008: figura 35) en el sitio Loma Negra de la localidad de Tastil. Diseños antropomorfos felinizados también son mencionados por Muscio (2006: figura 7) en sitios tempranos de la puna de Salta.

Además se registran motivos zooantropomorfos –por ejemplo figuras humanas con fauces, colas o rasgos de aves–, y zoomorfos (Figura 8d). Los camélidos son los motivos figurativos

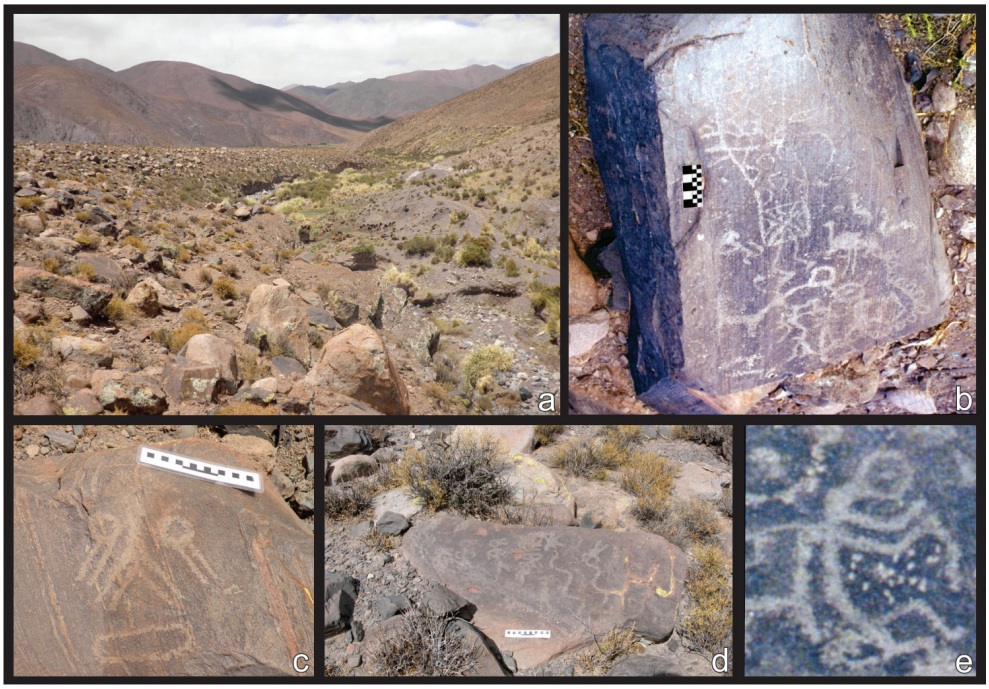


Figura 8. Grabados rupestres de Quebrada del Toro. a. curso de agua transitorio al cual se alinean los grabados en La Damiana I. b. motivo "Hombre cigarro" en La Damiana I. c. motivo mascariforme en La Damiana I. d. motivos zooantropomorfos en La Damiana III. e. detalle de un motivo denominado como "mono" en La Damiana I.

más representados, mayormente de forma estilizada, con o sin pechera, bicéfalos, con abdómenes abultados o acompañados de sus crías ubicadas por debajo, aislados, en hileras o pequeños grupos y, en algunos casos, vinculados a figuras antropomorfas mediante líneas. Los ornitomorfos (suris) se presentan en norma lateral o frontal, aislados o en agrupamientos, en actitud estática o en movimiento, a veces limitados a sus huellas de tipo tridígito y algunos de ellos remiten a especies de vida acuática. También se registran ofidios, saurios y monos de perfil de cuerpo arqueado, con cabeza compuesta por un círculo con punto interior, piernas flexionadas y cola larga enroscada, que recuerdan a los de Campo de las Tobas en Antofagasta en la Sierra (Olivera y Podestá 1993: figura 16) (Figura 8e). Meninato también registra este motivo en el sitio La Covacha (Meninato 2008*:* figura 166).

Finalmente, las representaciones abstractas comprenden puntiformes agrupados, circunferencias o círculos aislados; círculos concéntricos a veces con un punto interior; círculos radiados; espirales aislados o unidos por líneas; líneas onduladas cerradas o abiertas.

Existen determinadas asociaciones o composiciones que resultan en temas frecuentes. Uno de ellos es la figura humana geometrizada de mayor tamaño, aislada o yuxtapuesta a motivos de camélidos, aves y monos. Otro, el rostro humano o mascariforme yuxtapuesto a motivos de camélidos o suris. También son recurrentes las agrupaciones de camélidos o suris alineados en una misma dirección o las hileras o grupos de camélidos precedidos por la figura humana, la que por lo general porta objetos y presenta sus brazos alzados y puede poseer

tocado u orejas. En ciertas ocasiones, las alineaciones de figuras humanas y camélidos o suris se presentan delimitadas por motivos de líneas paralelas onduladas.

Los motivos aparecen predominantemente grabados sólo en una de las caras de los bloques, aunque hay casos que poseen dos o tres caras trabajadas. Estas suelen ser las superiores levemente oblicuas o alguna lateral. En La Damiana I, II y III existe una recurrencia en la orientación de las caras grabadas, que son visibles desde un lateral de los bloques opuesto al rio, o desde el espacio que queda comprendido entre los bloques y la barranca y en pocos casos por debajo de ésta. No parecen señalar una dirección obligatoria de marcha, excepto en La Damiana II donde la mayoría de los motivos pueden ser contemplados con una dirección de movimiento S-N. En La Ollada y Salamina los bloques no están paralelos al curso de agua, ya que se trata de zonas anegables, sino pocos metros por encima del borde de la vega. La cara grabada se orienta en dirección a esta última.

En todos los sitios considerados los bloques usados se encuentran dispersos naturalmente en el área, pero sólo algunos han sido seleccionados para ser grabados. Y a pesar de que no tienen gran tamaño, son altamente visibles, no existiendo restricciones en el acceso visual a los motivos. En parte por la topografía relativamente más llana y la vegetación rala, pero fundamentalmente porque siguen un patrón definido. Un patrón de visibilidad pero también de movimiento, dado que una vez que se accede al recorrido que plantean los grabados, la interconexión visual que existe entre bloques va marcando el recorrido a seguir hasta el próximo grabado. El motivo en cambio, sólo es percibido una vez que nos aproximamos al bloque, transitando en forma paralela a ellos.

Los conjuntos analizados se ubican en sectores de alta productividad o en espacios de tránsito que conducen hacia ellos. Se trata en todos los casos de áreas que, por sus características geomorfológicas y ecológicas (amplias vegas, disponibilidad de agua, pastizales), se convierten en polos de atracción para el desarrollo de prácticas pastoriles y la caza de especies silvestres. A excepción de un grabado aislado, próximo al sitio La Encrucijada (De Feo 2010), no disponemos de evidencias que indiquen asentamientos aldeanos tempranos asociados a los conjuntos rupestres del área. La evidencia por el contrario, estaría sugiriendo un contexto de producción (*sensu* Aschero 1988) vinculado a estrategias de caza y/o pastoreo de camélidos.

Aleros rocosos

Alero El Dique es el único sitio que brindó evidencias de ocupaciones en reparos rocosos que, con cierto grado de certeza, pueden ser asignadas al Período Formativo Temprano (Figura 1 y Tabla 1). Hacia el norte del Cerro El Dique se localiza una formación de arenisca con varios reparos, el mayor de ellos, de unos 5 m de largo y poco más de 1 m de profundidad, con su abertura orientada al norte, presentó en superficie material arqueológico (Figura 9). En el área se realizó una recolección superficial en el perímetro del alero que permitió recuperar material lítico, predominantemente desechos de talla de gran tamaño y algunas lascas retocadas de módulos grandes. Este tipo de piezas son frecuentes en las recolecciones superficiales de Cerro El Dique y Potrero Grande, el primero distante del alero unos 450 m y el segundo, localizado a poco más de 1 km. La materia prima en todos los casos es el basalto, recurso que se encuentra en forma de rodados dispersos en una torrentera estacional ubicada a pocos metros del alero.

Además se recolectaron pequeños fragmentos cerámicos de tipo Ordinario, de superficies de coloración ante o beige, similares a los observados en Cerro El Dique y otros sitios formativos.

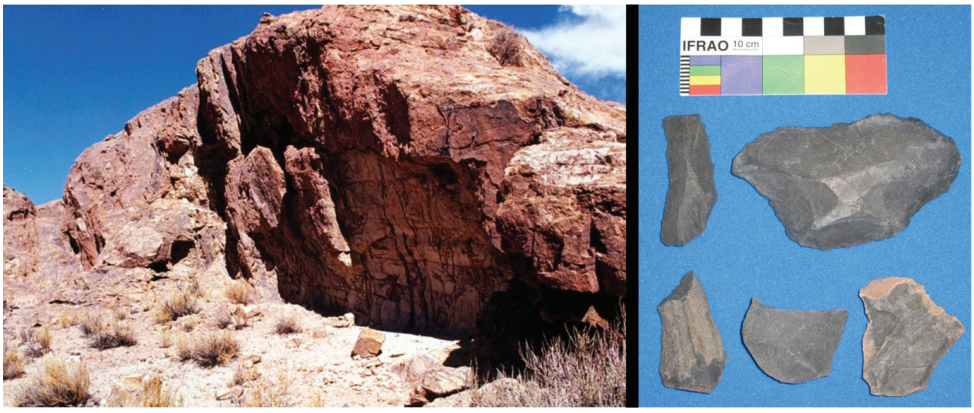


Figura 9. Fotografía del Alero El Dique y materiales líticos de recolecciones de superficie.

DISCUSIÓN DE LA EVIDENCIA: LA VARIABILIDAD DEL REGISTRO

El registro arqueológico del que disponíamos para el Formativo al iniciar nuestras investigaciones, daba cuenta de la existencia de sitios aldeanos que compartían una serie de rasgos comunes en su emplazamiento, arquitectura y organización espacial interna. Entre ellos, su ubicación algunos pocos metros por encima de los fondos de valle; la mayor representación de la planta circular, la construcción semi subterránea y los cimientos dobles, y el uso de la piedra de caras más bien planas. Además, estos sitios aparentaban ser resultado de un crecimiento no planificado, dada la irregularidad en las distancias que separan las estructuras, la ausencia de elementos arquitectónicos que las articulen y las variaciones en los tamaños de las plantas.

Retomando la evidencia presentada en este trabajo, es evidente que algunos de los sitios recientemente estudiados se ajustan al patrón de organización del espacio aldeano propuesto por Raffino (1977), tal es el caso de Las Cuevas V y Tres Cruces II. Ambos se localizan a escasos metros por encima de los fondos de cuenca. Consecuentemente, los suelos de mayor potencialidad económica para el desarrollo de prácticas agrícolas y pastoriles de tipo extensivas se hallan bien representados en sus entornos. Los cursos de agua permanente están próximos a los sitios, a distancias no mayores a los 200 m, separados de estos por las áreas de fondo de valle.

En términos de superficie ocupada, los valores se asemejan a los registrados en otros sitios aldeanos tempranos, que oscilan entre 1 y 1,5 hectáreas (Tabla 1). En lo que respecta al número de estructuras y las densidades de ocupación, estos cálculos en muchos casos se ven dificultados por cuestiones de conservación, por ejemplo en Potrero Grande y La Mina; o porque sus estructuras se hallan enterradas y presentan disposición monticular, como en Las Cuevas. En Tres Cruces II por ejemplo, donde la sedimentación dificulta en gran medida

la observación de las estructuras, se calcularon densidades de ocupación de 7,7 recintos por hectárea y no descartamos que este valor aumente en un futuro dado que la dispersión del material de superficie es más amplia que el área relevada arquitectónicamente. En cambio, en Las Cuevas V, donde se llevó a cabo un registro exhaustivo de la arquitectura, el índice de densidad ocupacional se aproxima bastante al obtenido para Cerro El Dique (Tabla 1).

También en su arquitectura y organización espacial interna Las Cuevas V y Tres Cruces II se muestran semejantes a sitios anteriormente documentados. Por ejemplo, en sus construcciones bajo nivel, muros de pirca doble rellena con tierra y ripio conformados por bloques de esquistos, ignimbritas y basaltos de formas y tamaños regulares colocados con su eje mayor con orientación vertical. Esta uniformidad morfológica y técnica, además, es compartida con otros sitios formativos del NOA y el Área Circumpuneña: Tafí del Valle en la provincia de Tucumán (Berberián y Nielsen 1988); Matancillas y Urcuro en valle de San Antonio de los Cobres (Acuto *et al.* 1993, 1994); Campo Colorado en Valle Calchaquí (Tarragó 1974); Coch 39 y Cobres en la Puna Oriental de Jujuy y Salta respectivamente (Fernández Distel 1998); Ojos del Novillito y Dulce Nombre en Lípez, al sur del Salar de Uyuni (Nielsen *et al.* 2000; Nielsen 2001), por mencionar sólo algunos ejemplos.

Asimismo, los conjuntos artefactuales recuperados en Tres Cruces II y Las Cuevas V, guardan estrechas similitudes con aquellos documentados previamente en sitios aldeanos de la Quebrada del Toro. Estas semejanzas, así como las registradas en las condiciones de emplazamiento y la arquitectura de los sitios, se tomaron como indicadores cronológicos, especialmente para el sitio Tres Cruces II, para el que no se dispone aún de fechados absolutos.

Otro conjunto de sitios, en cambio, presenta características diferentes a las observadas en sitios aldeanos. En ciertos casos no difieren por su situación de emplazamiento, siendo sus entornos muy similares a los registrados en sitios aldeanos, como ocurre con La Damiana III, La Ollada y Salamina, que se localizan muy próximos a los fondos de valle y cursos de agua permanentes. En otros casos, la relación que establecen con sus entornos en muy distinta. En algunos de ellos la cercanía y la accesibilidad a los suelos de mayor productividad agrícola-ganadera no parece haber sido un criterio relevante en la selección del lugar de emplazamiento, tal es el caso de La Damiana I y II, La Elvira y Corte Blanco, alejados espacialmente de estas áreas. Otros como Alero El Dique y Picadero Las Cuevas, se hallan más alejados de los cursos de agua permanentes. Sin embargo, son sus características internas, su arquitectura y conjuntos artefactuales los que marcan mayores diferencias respecto de los sitios aldeanos.

Por ejemplo, no se han documentado sectores de residencia espacialmente asociados a los conjuntos rupestres que puedan ser relacionados con ocupaciones tempranas. En ciertos casos se trata de estructuras de muros simples de ocupación bastante efímera, donde el material de construcción indica además, escasa selectividad, como La Elvira y Picadero Las Cuevas o, se ha utilizado un reparo natural como en Alero El Dique. Distinto es el caso de Corte Blanco, cuya arquitectura se asimila mucho a la registrada en los sitios aldeanos, pero con densidades de ocupación marcadamente inferiores.

En resumen, el registro de sitios dado a conocer aquí, pone en evidencia una diversidad de instalaciones no documentada hasta el inicio de nuestras investigaciones, las que a excepción de Tres Cruces II y Las Cuevas V, no se adecuan a la categoría de aldeas. Esto es así, porque exhiben condiciones de emplazamiento, arquitectura y/o conjuntos artefactuales

que pueden ser bastante diferentes a las observadas para estas últimas, por lo que tampoco pueden ser explicados desde los modelos propuestos por Raffino (1977) para el Formativo local. Pese a estas diferencias, estos sitios comparten con los sitios aldeanos ciertos atributos técnicos-morfológicos y estilísticos en sus conjuntos cerámicos y líticos y en algunos casos en su arquitectura, lo cual además de indicar cierta contemporaneidad, nos sugiere algún tipo de relación entre los mismos ¿Pero, qué características tuvieron estas relaciones?

ORGANIZACIÓN Y USO DEL ESPACIO DURANTE EL FORMATIVO: INTEGRANDO LA VARIABILIDAD

Como mencionáramos, la nueva evidencia que se ofrece en esta contribución surge en el marco de una investigación que busca dar continuidad a los trabajos arqueológicos llevados a cabo décadas atrás en la Quebrada del Toro. Se pretende ampliar la información ya publicada, así como profundizar y rever algunos de los modelos ya enunciados, particularmente, aquellos que se refieren a la dinámica del uso del espacio en comunidades aldeanas formativas.

Estos trabajos previos, postulaban para las comunidades formativas tempranas del Toro, una economía "con énfasis en la ganadería de camélidos y con complemento agrícola y de caza" (Cigliano *et al.* 1976:125). La idea de una economía diversificada se apoyaba en diversas líneas de evidencia. Por un lado, los restos de maíz (*Zea mays* sp.) y calabaza (*Lagenaria* sp.) recuperados en habitaciones y basurales de Cerro El Dique se consideraron indicios del desarrollo de prácticas agrícolas, aunque su baja representación, en contraste con los conjuntos arqueofaunísticos, se tomó como indicador de un modelo de subsistencia basado principalmente en el aporte de la actividad pastoril (Raffino 1977). Las obras de infraestructura agrícola documentadas para estos momentos se limitan a una serie de canchones de cultivo, delimitados por acumulaciones de piedra y tierra que fueron observadas en Cerro El Dique y Potrero Grande. No obstante, la alta frecuencia de hachas planas o azadas halladas en superficie en áreas cercanas al fondo de valle, inmediatamente unos metros por debajo de los sitios, fue considerada señal de esta actividad, al igual que las manos y morteros, localizados en viviendas o áreas domésticas.

Por su parte, las prácticas de recolección quedaban en evidencia a partir de la presencia de restos de Cactáceas, palillos, astiles de madera y cordeles confeccionados con cortadera (*Cortadeira* sp.*)* recuperados por Raffino (1977) en Cerro El Dique. Madera de cardón también fue registrada recientemente por nosotros en estructuras de combustión y al interior de pozos de poste de techumbre de la Estructura 1 de Las Cuevas V, lo cual sugiere en este último caso, su uso para la construcción (De Feo 2010, 2011a).

En cuanto a los conjuntos arqueofaunísticos mencionados, estos atestiguaron tanto el consumo de especies[7] domésticas (*Lama glama*) como de otras provenientes de la caza (*Lama guanicoide*, *Lama vicugna, Cervidae indet., Lagidium* sp.*, Anatidae idet., Chinchilla* sp. y otros roedores) (Tonni y Laza 1976; Raffino *et al.* 1977), lo que fue respaldado por los hallazgos posteriores en Las Cuevas V (De Feo 2010, 2011a). La estructura de las muestras arqueofaunísticas de *Lama* sp. de los sitios Las Cuevas, Cerro El Dique y Potrero Grande,

[7] Se sigue textualmente la descripción taxonómica de Tonni y Laza 1976 y Raffino *et al.* 1977.

con porcentajes similares de individuos adultos y jóvenes, fue señalada por los citados autores como resultado de un manejo ganadero.

Dieron sustento al modelo económico de base pastoril una serie de factores entre los que se destacaron las características medioambientales del área que ofrecen ciertas restricciones para la agricultura –escaso porcentaje de suelos fértiles, bajo aporte hídrico, gran amplitud térmica–; la analogía con economías modernas sustentadas en la cría de ganado con complemento de una agricultura a pequeña escala y la presencia de algunos recintos grandes circulares ubicados al interior de sitios residenciales que fueron interpretados como corrales (Raffino 1977).

Sobre las líneas de evidencia que sustentaron al este modelo de base pastoril, algunas de ellas, como por ejemplo, la mayor representación de los conjuntos arqueofaunísticos en contraposición a la escaza presencia de restos arqueobotánicos e infraestructura para el cultivo, pueden ser consecuencia de la mejor conservación de los primeros, así como también, de factores postdepositacionales que afectaron la preservación y visibilidad de estructuras agrícolas. Por tal motivo pensamos, se torna difícil determinar el aporte relativo que pudo tener la actividad pastoril en las economías de las comunidades analizadas, respecto de la agrícolas y extractivas. Sin embargo, el pastoreo de camélidos se encuentra bien documentado. Basándonos en la información mencionada, su aporte debió ser significativo en la economía de estas comunidades, y como desarrollaremos en los siguientes párrafos, jugó un importante rol en la manera en que las mismas explotaron y estructuraron el espacio regional.

Espacialmente, el modelo económico evaluado se traducía en la existencia de sitios aldeanos, localizados preferentemente en fondos de valle y en asociación con campos agrícolas, estepas de pastoreo y áreas de caza. Se mencionaba al respecto, que: "Cada aldea del Formativo Inferior, en su momento de ocupación, podía ser autosuficiente y de vida económica independiente, dueña de sus espacios vitales para la vivienda, las prácticas del pastoreo de llamas, la agricultura y sus cotos de caza." (Raffino 1977:282). Además, contemplaba la posibilidad de "migraciones" alternadas entre sitios aldeanos o desprendimientos de segmentos de la población hacia ambientes análogos, las que habrían tenido como objetivo minimizar la sobreexplotación de los suelos y favorecer la renovación de recursos en un contexto productivo de tipo extensivo (Raffino 1977:280-281). Se entiende por ambientes análogos a las áreas de fondo de valle, ricas en forrajes y aptas para el desarrollo de prácticas agrícolas extensivas, donde hasta el momento habían sido registradas de forma exclusiva las instalaciones formativas. No obstante, el modelo no menciona la existencia de instalaciones formal y funcionalmente diferentes integradas en este sistema migratorio, básicamente porque el registro con el que se contaba en aquel momento se conformaba exclusivamente por sitios aldeanos.

Los sitios Tres Cruces II y Las Cuevas V responden satisfactoriamente al patrón de organización espacial aldeano planteado a partir de lo observado en Las Cuevas, La Mina, La Encrucijada, Las Capillas, Potrero Grande y Cerro El Dique, y que da sustento a la idea de una economía autosuficiente. Todos ellos poseen entornos que favorecen el control y la explotación de territorios productivos con recursos diversificados, aptos para el desarrollo de prácticas agrícolas y pastoriles extensivas (De Feo 2010). Que asimismo, esta oferta variada de recursos disponibles en radios cercanos a los sitios también involucra el aprovisionamiento de maderas para construcciones y de fibras vegetales usadas en la cestería. Lo mismo podemos afirmar respecto de los materiales líticos que han sido utilizados como materias primas para

la construcción (esquistos, ignimbritas y basaltos) y para la talla de instrumentos (basaltos, cuarzos, cuarcitas y areniscas silicificadas), a excepción de la obsidiana sobre la que volveré más adelante.

Si bien en todos estos casos parecen estar dadas las condiciones para que el modelo de aldeas económicamente autosuficientes haya podido desarrollarse tal cual fue propuesto originalmente, la información presentada aquí permite vislumbrar una situación un tanto más compleja. Esta mayor complejidad está dada por la presencia de sitios que presentan una gran variabilidad formal y funcional y que, por otra parte, no pueden ser explicados independientemente unos de otros.

En las últimas décadas diversos trabajos han abordado el estudio de las comunidades prehistóricas andinas, en particular aquellas con un importante aporte proveniente del pastoreo de camélidos en sus economías, desde perspectivas que enfatizan su carácter móvil (Olivera 1988, 1991; Haber 1992; Nielsen *et al.* 2000; Nielsen 2001; Escola *et al.* 2005 citado en López Campeny 2010; Korstanje 2007). Los modelos propuestos para estas sociedades, en particular para aquellas formativas, plantean un grado importante de movilidad, la que habría estado condicionada por los ciclos de trashumancia propios de la actividad pastoril, y que habría permitido la explotación de microambientes con recursos económicos complementarios o con diferente disponibilidad estacional. Esta estrategia económica tendría como correlato material un registro caracterizado por la presencia de sitios funcionalmente diferentes (Olivera 1988, 1991). Esto último implica la presencia de bases residenciales o aldeas de carácter permanente o semipermanente, ubicadas en sectores aptos para la explotación agrícola-pastoril, como fondos de cuenca y quebradas protegidas, desde las cuales algunos de sus habitantes se habrían desplazado estacionalmente hacia otros espacios relacionados principalmente con el desarrollo de la caza y el pastoreo, y cuyos sitios se caracterizarían por una baja densidad ocupacional y un uso recurrente a través del tiempo. Contemplan además, la presencia de otros sitios como canteras, talleres, etc., también vinculados a la explotación de recursos específicos (Olivera 1988, 1991).

En trabajos previos (De Feo y Ferrauiolo 2007; De Feo 2010) hemos sugerido que los sitios con manifestaciones rupestres registrados en el área pueden ser considerados indicadores del desarrollo de actividades pastoriles con una alta cuota de movilidad. Sus características de emplazamiento –próximos a áreas de alta concentración de recursos forrajeros o senderos que conducen hacia estos–, su disposición en el terreno marcando senderos o recorridos, la amplia mayoría de motivos de camélidos con cánones que representan animales domésticos, y la ausencia de sectores habitacionales cercanos, nos dan pautas para proponer que los conjuntos rupestres pudieron funcionar como dispositivos materiales y conceptuales, organizando la circulación y delimitando espacios productivos en el marco del desarrollo de actividades pastoriles.

Por otro lado, si bien las investigaciones en Corte Blanco poseen un carácter bastante preliminar, se ha dejado planteado anteriormente (De Feo 2013) que este sitio podría haber funcionado como un puesto de altura, vinculado con el aprovechamiento pastoril de los recursos disponibles en la vega cercana. A diferencia de lo que se observa en sitios aldeanos, en Corte Blanco la proximidad con los suelos de fondo de valle no parecen haber constituido un factor determinante en su emplazamiento, si bien no se halla desvinculado enteramente de estas áreas. En cambio, se presenta más cercano a una vega de altura que ofrece agua y forrajes de extensión limitada, aunque de disponibilidad anual. En cuanto al emplazamiento

se observa, además, que el sitio está ubicado en un corredor natural que conduce hacia las vegas de altura del Nevado de Acay. Por otra parte, la baja densidad artefactual y arquitectónica sugieren el uso poco intensivo del sitio, aunque el trabajo invertido en las construcciones puede ser tomado como un indicio de ocupación recurrente. Al momento se han localizado en los alrededores de esta vega grandes estructuras, que posiblemente se traten de corrales, pero no disponemos de evidencias que permitan la asignación cronológica temprana de estos conjuntos.

Otro indicador que apunta hacia esta funcionalidad es la presencia, en las inmediaciones de Corte Blanco, de sitios con manifestaciones rupestres. Meninato (2008) menciona en un área cercana tres conjuntos con grabados, El Gordo, La Covacha y Cortadera, que la autora vincula al pastoreo, basándose en la representación mayoritaria de camélidos, su asociación espacial con pastizales de altura y caminos de mula, y la ausencia de elementos diagnósticos del tráfico caravanero, tales como camélidos con carga y/o la existencia de estructuras arquitectónicas vinculadas funcionalmente a este último, como paskanas, apachetas, lugares de integración comunitaria, entre otros. Asimismo, la presencia de motivos mascariformes y figuras humanas geometrizadas u "hombres cigarro" en el sitio La Covacha sustentan la asignación cronológica, de al menos parte del conjunto, al Período Formativo.

La Elvira, por su parte, posee una situación de emplazamiento muy similar a la registrada en Corte Blanco, alejado respecto de los fondos de valle y cursos de agua, pero a diferencia de este último, su arquitectura es sumamente expeditiva. El material arqueológico no es abundante en recolecciones de superficie y los sondeos realizados resultaron estériles. Basándonos exclusivamente en su localización y baja presencia de material cultural pensamos que el sitio pudo tener alguna función en el contexto del pastoreo de camélidos, considerando además que el mismo se encuentra en un paso natural que lleva hacia un conjunto de vegas localizadas al norte. Posibilidad que deberá ser explorada en el futuro con mayores argumentos.

El sitio Picadero, muy cercano a Las Cuevas V, se encuentra asociado espacialmente a suelos de alta productividad pero, a pesar de ello, sus características arquitectónicas y sus conjuntos materiales no se condicen con una ocupación permanente. No posee estructuras de tipo habitacional, sólo una acumulación de piedras formando un pequeño escondrijo. Fragmentos cerámicos recuperados en superficie fueron diagnósticos para determinar la cronología temprana de la ocupación, aunque en el conjunto recuperado son mayoría los desechos de talla lítica y algunos instrumentos con formatización sumaria. La información documentada señala que en el sitio se habrían llevado a cabo mayormente tareas de formatización de instrumentos sobre basalto, de carácter bastante expeditivo y de tamaño mediano-grande a grande. Instrumental de este tipo es abundante en recolecciones superficiales de Las Cuevas V, no obstante, es poco frecuente en las estructuras de tipo domésticas, donde en cambio, predomina la formatización, uso y descarte de instrumentos manufacturados sobre obsidiana como vimos anteriormente. Es decir, que en Picadero LC se llevó a cabo la manufactura de artefactos cuyo uso, manufactura y descarte, ocurre en baja frecuencia en las estructuras de tipo domésticas excavadas en Las Cuevas V. Lo mismo podría plantearse para los desechos de granito, posiblemente vinculados a la manufactura de manos de moler, documentadas en excavación y recolección de superficie de Las Cuevas V, aunque en el último están prácticamente ausentes los desechos de este material. En lo que respecta a la obsidiana, la segunda materia prima representada en Picadero, los tamaños de los desechos de talla pequeños y muy pequeños, así como la escasa frecuencia de corteza señalan mayormente la realización

de tareas de regularización y mantenimiento de instrumentos, en tanto que en Las Cuevas V parece serlo la formatización de instrumentos (De Feo 2010, 2011a). En síntesis, el análisis conjunto de los materiales líticos de ambos sitios sugiere que en Picadero las Cuevas se desarrollaron diferentes instancias del proceso de producción lítica respecto de las observadas en Las Cuevas V, aunque de carácter complementario.

Sobre Alero El Dique, el escaso reparo que este ofrece, la ausencia de estructuras arquitectónicas asociadas, la baja densidad de artefactos y las características de los conjuntos líticos –compuestos mayormente por desechos o lascas retocadas de manera sumaria– a lo que se agrega la lejanía de cursos de agua de régimen anual, sugieren una ocupación de tipo no permanente. Prospecciones realizadas en los alrededores permitieron observar a escasos metros del alero un área con alta concentración de basalto en forma de guijarros, macroscópicamente muy similares a los registrados en el alero. Además, piezas semejantes a las recolectadas en Alero el Dique, como hicimos referencia, son frecuentes en los conjuntos de superficie de Cerro El Dique y Potrero Grande. Esto nos lleva a pensar que el sitio pudo estar vinculado con el aprovisionamiento, extracción de formas base de basalto y formatización de instrumentos escasamente elaborados. Asimismo, es poco probable alguna función vinculada con el pastoreo de camélidos o la caza, dado el bajo porcentaje de suelos de mayor potencial económico (vegas, fondos fértiles de valle, lomadas bajas) en el entorno cercano al sitio o de corredores que conduzcan hacia estos.

En síntesis, sugerimos que algunos de los sitios estudiados podrían haber funcionado de manera complementaria con los sitios aldeanos, permitiendo la explotación de recursos alternativos o la ampliación de sus áreas productivas, y que tal estrategia habría requerido de un grado importante de movilidad por parte de estas poblaciones, o al menos de algunos segmentos de ellas, tal como ha sido planteado para otras comunidades pastoriles formativas de ambientes altoandinos (Olivera 1988, 1991).

Este nuevo panorama que se presenta nos lleva a repensar la autosuficiencia económica en términos de sitios aldeanos ocupados simultánea o alternativamente, que harían uso de su espacio y recursos circundantes, así como también habrían incorporado sectores más alejados, cuya explotación se habría efectivizado a partir del establecimiento de nuevas instalaciones, en algunos casos con características formales y funcionales bastante diferentes. Por lo que no se trataría exclusivamente de "aldeas" reproduciendo un idéntico modelo de localización como se planteara originalmente.

Desconocemos sin embargo, de qué manera estas relaciones ocurrieron en una escala temporal acotada (años, meses). Apoyándonos en el supuesto de una economía con un aporte importante proveniente del pastoreo de camélidos, y en la estacionalidad de los recursos forrajeros, esto es, buenas pasturas en los fondos de valle durante la temporada estival aunque de menor rendimiento invernal y la reserva anual de forrajes en vegas de altura, sería plausible pensar en una ocupación estacional de por ejemplo, Corte Blanco y las vegas de altura a las que conducen los conjuntos rupestres de La Damiana I, II y III. No obstante, el conocimiento que poseemos de estos sitios es de carácter bastante preliminar como para determinar de forma cierta la temporalidad de las prácticas o, en palabras de Gregory (1994:116), el "esquema geográfico-temporal" dentro del cual se desarrollaron estas actividades.

Otro tipo de información nos permite acercarnos a la manera en que se articularon diferentes espacios en una escala regional y macrorregional. Se trata de bienes de uso y

consumo de procedencia foránea. Por ejemplo, hemos constatado el consumo de aves propias de ambientes lagunares (*Anatidae indet*.) en el sitio Las Cuevas V (De Feo 2010), las cuales hasta hace poco tiempo sólo habían sido documentadas en los sitios Cerro El Dique y Potrero Grande, próximos a tales espacios (Raffino *et al.* 1977). Hábitats propicios para estos ejemplares se hallan a una distancia mayor a los 45 km de Las Cuevas V, en las Lagunas del Toro o en cuencas endorreicas ubicada en quebradas altas del Nevado de Acay, localizadas a similar distancia. También entre los grabados rupestres de La Damiana I se documentan motivos cuyas características morfológicas permiten reconocer aves de ambientes acuáticos. Todo esto es indicativo de una gran movilidad e interacción entre ambientes y sitios; lo cual refuerza lo ya planteado por Raffino (1977), en lo que respecta al carácter abierto de los sistemas culturales formativos de la Quebrada del Toro, evidenciado en la presencia de varios indicadores arqueológicos originarios de ámbitos aledaños, principalmente, aspectos formales de la arquitectura y rasgos morfo-estilísticos de la cerámica.

Sobre esto último, tradicionalmente se ha resaltado la dimensión no utilitaria de los intercambios macrorregionales, cuya explicación ha girado en torno a ciertos bienes de uso y circulación restringida. Más recientemente se ha reconocido que dichas interacciones cumplieron además, un rol importante para la estructuración y reproducción social, política y económica de las sociedades (Aschero 2007; Núñez 2007). En efecto, las obsidianas recuperadas en los contextos presentados son demostración de la importancia que debieron tener estas interacciones macrorregionales en las economías de las comunidades formativas de la Quebrada del Toro. Si bien algunos investigadores han minimizado el papel de las obsidianas como bienes de subsistencia (Haber 2007), los conjuntos líticos documentados por nosotros están señalando una fuerte dependencia hacia esta materia prima alóctona, hecho que se desprende de la alta representación que posee la obsidiana en los contextos formativos estudiados. Los análisis de fluorescencia de rayos X que hemos realizado, junto a otros previamente publicados (Yacobaccio *et al.* 2002) indican un rango de distancia hasta la fuente de origen de estos recursos entre los 70 y 250 km (Álvarez Soncini y De Feo 2010).

PALABRAS FINALES

Pensamos que la información presentada aporta una serie de elementos que permiten discutir los modelos previamente propuestos para explicar la manera en que las sociedades formativas de la Quebrada del Toro estructuraron y explotaron su entorno. En muchos casos se requiere aún de fechados que permitan afinar la cronología de las distintas ocupaciones, así como de otras líneas de evidencia que sustenten algunas de las hipótesis propuestas.

Conscientes de tales limitaciones, consideramos que la principal contribución de este trabajo radica en redireccionar la mirada más allá de los límites de la aldea y desde allí construir nuevos escenarios. Escenarios más complejos, conformados por sitios con características estructurales diferentes, integrados social y económicamente en esquemas espaciales que comprenden aquellos paisajes cotidianos, así como otros lejanos, que se extienden más allá de la experiencia diaria de las personas, aunque se materializan en ella a partir de ciertos bienes.

Claro está que esta perspectiva no es inédita, sino que pretende estar en sintonía con una tendencia que puede rastrearse en un importante número de investigaciones (Olivera 1991;

Nielsen 2001; Göbel 2002; Korstanje 2007; López Campeny 2010; por mencionar algunos ejemplos), que buscan dar cuenta del dinamismo inherente a las sociedades tempranas de ambientes altoandinos o de borde de puna, que poseen un fuerte componente pastoril en sus economías. Esta dinámica se ve materializada en una amplia variedad de sitios, espacios y recursos aprovechados y conjuga un fuerte grado de sedentarismo, con un importante componente de movilidad. El carácter dinámico deviene además de configuraciones espaciales que recurren a múltiples escalas (micro y macrorregionales), en la que distintos mecanismos económicos, políticos y rituales son puestos en juego. Donde la estructuración del tiempo también en un factor que da forma a estas configuraciones, aunque por el momento, esta última variable requiere ser explorada con mayor profundidad.

AGRADECIMIENTOS

Estas investigaciones fueron financiadas por una beca Doctoral otorgada por el CONICET, dirigida por R. Raffino y por diversos subsidios de la UNLP. Deseo agradecer a todas las personas que con su colaboración y esfuerzo hicieron posibles los distintos trabajos de campo. A Mario Brizuela, Irene Meninato y Christian Vitry. A los alumnos Ma. Celina Álvarez Soncini, Lorena Ferrauiolo, Ignacio Liggera, María Pérez, Giovanna Salazar Siciliano y Fernanda Day. A Diego Gobbo por la edición de las imágenes. A V. Lema y A. Capparelli por la determinación de las especies vegetales. M. Glascock por los análisis de FRX. A las autoridades de la Dirección de Patrimonio y Museo de Antropología de Salta, especialmente a Mirta Santoni. A la gente querida del Toro. Finalmente, agradecer a los dos evaluadores anónimos y editores cuyos comentarios y sugerencias contribuyeron a mejorar el manuscrito presentado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acuto, F., H. Muscio y J. Nastri
1993 Un acercamiento a la arqueología de la puna salteña. *Palimpsesto* 3:93-107.
1994 Investigación arqueológica en la cuenca del Río San Antonio de los Cobres. En *Los primeros pasos*, compilado por D. Olivera y J. Radovich, pp. 25-33. Buenos Aires.

Álvarez Soncini, M. C. y M. E. De Feo
2010 Obsidianas en contextos tempranos de la Quebrada del Toro: Análisis tecno-morfológico e identificación de fuentes de aprovisionamiento en los sitios Las Cuevas I y V. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I, pp. 19-24. Mendoza.

Aschero, C.
1988 Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales. Un encuadre arqueológico. En *Arqueología contemporánea Argentina*: actualidad y perspectivas, editado por H. Yacobaccio, pp.109-145. Ediciones Búsqueda. Buenos Aires.
2007 Iconos, *huancas* y complejidad en la Puna Sur argentina. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur Andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 135-165. Brujas. Córdoba.

Aschero, C. y M. A. Korstanje
1996 *Sobre Figuraciones humanas, producción y símbolos. Aspectos del arte rupestre argentino.* Vol. XXV Aniversario del Museo Arqueológico "Dr. Eduardo Casanova", pp. 13-31. Instituto Interdisciplinario Tilcara (UBA) Tilcara, Jujuy.

Aschero, C., M. M. Podestá y L. García
1991 Pinturas rupestres y asentamientos cerámicos tempranos en la Puna Argentina. *Arqueología* I:9-49.

Berberiánn, E. y A. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa formativa del Valle de Tafí. En *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el valle de Tafí, Córdoba*, editado por E. Berberian, pp. 21-51. Comechingonia. Córdoba.

Cigliano, E., R. Raffino y H. Calandra
1972 Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del noroeste argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* N.S. Tomo VI:225-236.
1976 La aldea Formativa de Las Cuevas (Provincia de Salta). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.* N.S. Vol. X:73-130.

Cuerda, A.
1973 Caracteres geológicos del Yacimiento arqueológico de Tastil y alrededores. En *Tastil: una ciudad preincaica argentina,* editado por E. Cigliano, pp. 46-62. Cabargón. Buenos Aires.

Cussi, D.
1994 *Estudio geológico minero del Grupo Minero La Quesera, Depto. Rosario de Lerma*. Tesis Profesional Escuela de Geología no publicada, Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Salta.

De Feo, M. E.
2010 Organización y uso del espacio durante el Período Formativo en la Quebrada del Toro (Pcia. de Salta). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad de La Plata.
2011a Arqueología de la Quebrada de Las Cuevas (Salta, Argentina). Treinta años después: excavaciones en el sitio Formativo Las Cuevas V. *Revista del Museo de Antropología de Córdoba* 4:99-112.
2013 Un Puesto de Pastoreo Formativo en la Quebrada de Tastil, Salta, Argentina. Revista *Cuadernos* N° 43, pp. 103-118. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu.

De Feo, M. E. y L. Ferrauiolo
2007 Grabados rupestres en el borde de Puna: sitio La Damián (Quebrada de Incahuasi, Salta). *La Zaranda de Ideas* 3:41-56.

Delfino, D., V. Espiro y A. Díaz
2010 Las pircas, los límites y sus entornos. Nuevas evidencias de la aldea arqueológica Laguna Blanca. *Actas del XVII Congreso nacional de Arqueología Argentina*, Tomo IV, pp. 1667-1672.

De Nigris, M. y G. Mengoni Goñalons
2004 El guanaco como fuente de carne y grasas en Patagonia. En *Contra viento y marea. Arqueología de Patagonia*, editado por T. Civalero, P. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 537-544. INAPL, Buenos Aires.

Dougherty, B.
1974 Análisis de la variación medioambiental en la subregión arqueológica de San Francisco (Región de las Selvas Occidentales- Subárea del Noroeste Argentino). *Etnía* 20:1-11.

Escola, P.
1991 Puntas de proyectil de contextos formativos: acercamiento tecno-tipológico a través de cuatro casos de análisis. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Museo Nacional de Historia Natural* (1988). Tomo II:175-184. Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.

Fernández, J.
1988-89 Ocupaciones alfareras (2860 ± 160 años A.P.) en la Cueva de Cristóbal, Puna de Jujuy, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVII, 2 (NS):139-178.

Fernández Distel, A.
1998 *Arqueología del Formativo en la Puna Jujeña, 1800 a.c. 650 d.c.* Colección Maneken, Buenos Aires.

Göbel, B.
2002 La arquitectura del pastoreo: uso de espacio y sistema de asentamiento en la puna de Atacama (Susques). *Estudios Atacameños* 23:53-76.

González, A. R.
1977 *Arte precolombino de la Argentina. Una Introducción a su desarrollo cultural*. Filmediaciones Valero. Buenos Aires.

González A.R. y J. Pérez
1966 El área andina meridional. *Actas y Memorias del* XXXVI *Congreso Internacional de Americanistas,* I:241-265. Sevilla.

Gregory, D.
1978 *Ideology, science and human geography.* Hutchinson, London.
1994 *Geographical imaginations*. Blackwell, Oxford.

Gundermann, H.
1984 Ganadería aymara, ecología y forrajes: evaluación regional de una actividad productiva andina. *Chungara* 12:99-124.

Haber, A.
1992 Pastores y pasturas. Recursos forrajeros en Antofagasta de la Sierra (Catamarca), en relación a la ocupación formativa. *Shincal* 2:15-23.

Haber, A.
2007 Comentarios Marginales. En *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yaccobacio, pp. 59-72. Buenos Aires.

Ingold, T.
1993 The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25 (2):152-174.

Korstanje, M. A.
2007 Territorios campesinos: Producción, circulación y consumo en los Valles Altos. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur Andino,* editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, A.M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 191-223. Brujas. Córdoba.

Lanza, M.
1996 Grabados Rupestres en el Valle Calchaquí: avances y perspectivas. *Chungara* 28:223-239.

López Campeny, S.
2010 De un hogar en la puna...Relatos de idas y vueltas. En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 215-242. EdiUnju, Jujuy.

Lorandi, A. M.
1966 El arte rupestre del Noroeste argentino (Área del norte de La Rioja y sur y centro de Catamarca). *Dédalo. Revista de Arte e Arqueología. Museu de Arte e Arqueología II*, 4:15-171.

Meninato, I.
2008 *El arte rupestre de Tastil. Estudio reinterpretativo.* Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta.

Merlino, R. y M. A. Rabey
1978 El ciclo agrario-ritual en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 12 (2):47-70.

Munizaga, C.
1963 Tipos cerámicos del sitio Coyo en la Región de San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte*:99-130.

Muscio, H.
2006 Aproximación evolutiva a la complejidad y el orden social temprano a través del estudio de representaciones rupestres de la Quebrada de Matancillas (Puna argentina). *Estudios Atacameños* N° 31:9-30.

Nielsen, A.
2001 Ocupaciones formativas en el Altiplano de Lípez-Potosí, Bolivia. *Textos Antropológicos* 13 (1-2):256-285.

Nielsen, A., M. Vázquez, J. Avalos y C. Angiorama
2000 Prospecciones arqueológicas en la Reserva Eduardo Avaroa (sud Lípez, depto. Potosí, Bolivia). *Textos Antropológicos* 11:89-131.

Núñez, L.
2007 Reflexiones sobre el tráfico de caravanas y complementariedad circumpuneña. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur Andino*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 33-57. Brujas. Córdoba.

Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.

Olivera, D.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos del Período Formativo del NOA. *Actas IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Simposios*, pp. 83-101. Buenos Aires.
1991 Tecnologías y Estrategias de Adaptación en el Formativo (Agroalfarero Temprano) de la Puna meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. De Catamarca R.A.). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad de La Plata.

Olivera, D. y M. M. Podestá
1993 Los recursos del arte: Arte rupestre y sistemas de asentamiento- subsistencia formativos en la Puna meridional argentina. *Arqueología* 3:93-141.

Podestá, M. M.
1986-87 Arte rupestre en asentamientos cazadores-recolectores y agroalfareros en la Puna sur argentina: Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* XVII (1), (Ns):241-263.

Raffino, R.
1977 Las aldeas del Formativo inferior en la Quebrada del Toro, (Pcia. de Salta. Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II:253-299.
1988 *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Ed. TEA Buenos Aires.

Raffino, R. y J. Togo
1970 El yacimiento arqueológico de Cerro El Dique. Quebrada del Toro. Nota Preliminar. *Revista Itá Aripí*, Departamento de Antropología y Folklore 1,1:5-9.

Raffino, R., E. Tonni y A. Cione
1977 Recursos alimentarios y economía en la Región de la Quebrada del Toro, Provincia de Salta, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.* Vol. XI:9-30.

Ringuelet, R.
1961 Rasgos fundamentales de la zoogeografía de la Argentina. *Physis,* 22.

Scattolin, M. C.
2010 La organización del hábitat precalchaquí (500 a.C. - 1000 d.C.). En *El hábitat prehispánico*, editado por M. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 13-51. EdiUnju, Jujuy.

Soja, E.
1989 *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Verso, Londres.

Stuiver, M. y P. Reimer
1986 A computer program for radiocarbon age calibration. *Radiocarbon* 28:1022-1030.

Tarragó, M.
1974 Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el Valle Calchaquí, Provincia de Salta, Argentina. *Revista del Instituto de Antropología* Nº V:195-216.
1980 Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos* 5:29-53.
1996 El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología (11ra. parte)*. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza). Tomo XXIII (1/4):103-119. San Rafael.

Tonni, E. y J. Laza
1976 Paleontozoología del área de la Quebrada del Toro. *Relaciones* X:131-140.

Vilela, C.
1956 *Descripción geológica de la Hoja 7d Rosario de Lerma, (Salta).* Carta Geológica económica de la República Argentina. Escala 1:200.000. Dirección General de Minas, Geología e Hidrología de la República Argentina. Boletín 84.

Vivante, A. y N. Palma
1966 Habitaciones pozo y semipozo con paredes de guano en la puna argentina. *Revista del Museo de La Plata* (NS) Sección de Antropología, Tomo VI:17-43.

Willey, G. y P. Phillips
1958 *Method and theory in American archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

Yacobaccio, H. y C. Madero
1994 Etnoarqueología de Pastores Surandinos: una herramienta para conocer el registro arqueológico. *Jornadas de Arqueología e Interdiciplina:*203-236.

Yacobaccio, H., P. Escola, M. Lazzari y F. Pereyra
2002 Long-Distance Obsidian Traffic in Northwestern Argentina. En *Geochemical Evidence for Long-Distance Exchange*. Scientific Archaeology for the Third Millenium, editado por M. Glascock, pp. 167- 203. Bergin & Garvey, Westport.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 313-353

REMODELANDO EL FORMATIVO. APORTES PARA UNA DISCUSIÓN DE LOS PROCESOS LOCALES EN LAS COMUNIDADES AGROPASTORILES TEMPRANAS DE ANTOFAGASTA DE LA SIERRA (CATAMARCA, ARGENTINA)

Sara M. L. López Campeny[*], Andrés S. Romano[**] y Carlos A. Aschero[*]

ABSTRACT

Twenty years have passed since the interrelationship between environmental variables and agro-pastoral communities in the Antofagasta de la Sierra basin (Catamarca) was first discussed in an integrated manner and a model proposed. This came to be known as the "Dynamic-Sedentism Model" or as a new way to understand the "Regional Formative". Over those twenty years, new research has greatly enriched the archaeological knowledge and enhanced our understanding of the puna landscape. This paper discusses relevant aspects of the accepted model in light of new evidence and an expanded data-set of radiocarbon-age determinations based on local processes occurring during the first millennium (A.D.). We discuss evidence associated with the continuity of certain practices, such as funerary rituals and the provision of distant resources; the persistent use of the landscape; relationships established with Valliserrana and lowland areas populations; the important role played by high yield environmental areas; and the integration of new analytical methods that contribute to the discussion of pastoralist mobility patterns.

***Keywords**: Formative – continuity – dynamic – settlement*

[*] Instituto de Arqueología y Museo (Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán) e Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET-UNT).
[**] Instituto de Arqueología y Museo (Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán).

A MODO INTRODUCTORIO

Han transcurrido un poco más de dos décadas desde que se abordara por primera vez, en profundidad y de manera integral, la relación entre el entorno ambiental y las comunidades "formativas" o de economía agropastoril plena en Antofagasta de la Sierra (en adelante ANS). Los resultados de este abordaje pionero fueron plasmados en la Tesis doctoral de Daniel Olivera (1992). Desde entonces, se continuaron llevando a cabo investigaciones arqueológicas en el área, las que se materializaron en un importante número de artículos publicados y Tesis de grado y doctorado defendidas, en el marco de numerosos proyectos –dirigidos por el Lic. Carlos Aschero, el Dr. Daniel Olivera y la Dra. Patricia Escola– que profundizaron en la problemática de las poblaciones agropastoriles. Asimismo, durante los últimos años se han obtenido nuevos datos procedentes de áreas cercanas a la microrregión de ANS, en el marco de los proyectos dirigidos por los Doctores Norma Ratto en Tinogasta; Daniel Delfino en Laguna Blanca y Alejandro Haber en Antofalla. Consideramos que todas estas contribuciones –elaboradas desde aproximaciones teóricas diversas– han permitido enriquecer el panorama arqueológico a partir del cual se elaboró la primera propuesta de un "Modelo de Asentamiento para el Formativo Regional" (Olivera 1988, 1992, 1995, 2001), y todas ellas produjeron sustanciales aportes al conocimiento empírico de las ocupaciones, por parte de estas antiguas comunidades, en el paisaje puneño. Es este crecimiento producido en los últimos años, que incorpora nuevas investigaciones y continuas reflexiones teóricas, el que nos permite hoy, revisar, ampliar, modificar y, en otros casos, afianzar –desde una comprensión más profunda– las perspectivas desarrolladas anteriormente. Es por ello que de ningún modo se pretende con esta reflexión criticar las concepciones previas, sino que nos proponemos el ejercicio de repreguntarnos permanentemente acerca de los supuestos teóricos y las evidencias empíricas sobre los que éstas se elaboraron, enriqueciendo progresivamente los juicios anteriores. Es innegable que nuestra contribución se apoya en todo este valioso corpus de datos e interpretaciones precedentes, aunque contamos con la sensación de una cierta maduración y un cambio en la mirada acerca de las dinámicas sociales, como producto lógico de un proceso continuo de construcción de conocimiento en la disciplina.

Ahora bien, para argumentar la presente discusión, nos centraremos en la profundización de algunos de los varios aspectos que caracterizan al "Modelo Formativo" que se propuso originalmente para el área de estudio (Figura 1).

En primer término, reflexionamos sobre el énfasis puesto en el fenómeno de cambio o transformación, como característica recurrente y distintiva del período, oponiendo un conjunto de evidencias vinculadas con la continuidad –desde momentos mucho más antiguos– de ciertas prácticas y tradiciones de las comunidades agrícola-pastoriles. A continuación, pero apoyados en esta misma noción de continuidad, presentamos datos composicionales (mineralógicos y químicos) novedosos, que nos permitieron aportar nuevas miradas sobre la problemática local de las interacciones a distancia y, especialmente, acerca de las relaciones entabladas entre las comunidades puneñas y las poblaciones del área Valliserrana. Finalmente, a partir de una serie cronológica ampliada en los últimos años, nueva evidencia ocupacional y la integración de metodologías de análisis de microfósiles novedosas para el área (estudio de contenido polínico en restos de vellones y guanos de camélidos), se proponen algunas variantes para el modelo de asentamiento, tal como fue originalmente planteado, en lo que respecta fundamentalmente al rol desempeñado por cada

uno de los distintos sectores altitudinales discriminados en el área, y sus vínculos en términos de los tipos de actividades desarrolladas en cada uno de ellos.

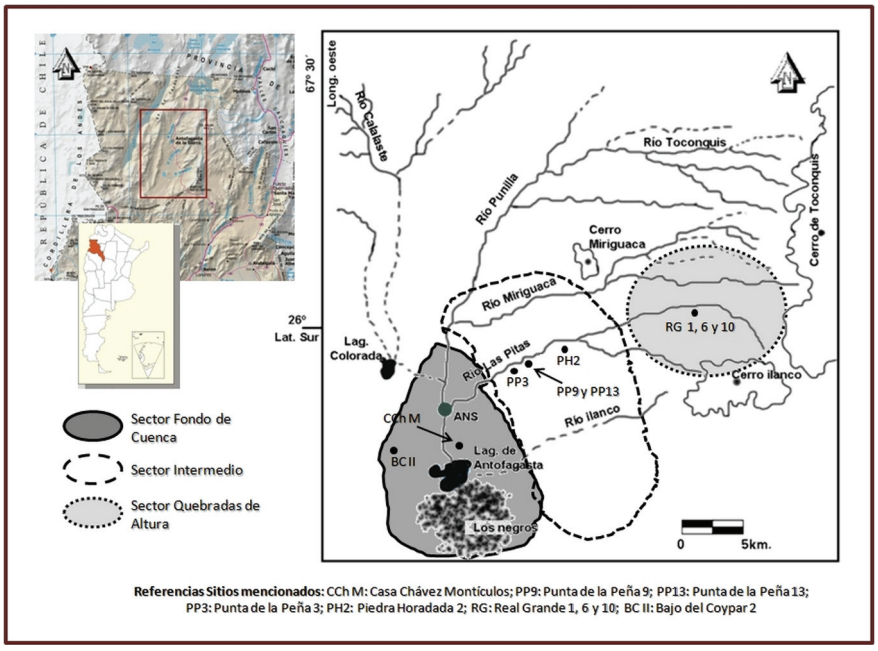


Figura 1. Mapa del área de estudio con ubicación de los sitios arqueológicos mencionados y los sectores altitudinales propuestos por Olivera (1992).

LA NOCIÓN DE FORMATIVO: UNA BREVE INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO

"El desarrollo de los pueblos es necesariamente desigual, dado que cada pueblo debe resolver condiciones materiales diversas" (Lumbreras 2006: 12)

No es el objetivo de este trabajo profundizar en la discusión histórica del concepto de Formativo, por lo que simplemente mencionamos aquí algunas nociones básicas acerca de las implicancias generales del uso del término en la disciplina arqueológica, como una forma necesaria e ineludible de introducirnos a su uso en el área particular de estudio (cfr. Lumbreras 2006 para una discusión actualizada más amplia del concepto).

En la literatura arqueológica americana, el término Formativo comenzó a ser usado de manera intensiva desde, por lo menos, mediados del siglo XX. Aunque con algunas leves diferencias en el contenido particular implicado en su definición, este término ha sido utilizado de modo general para identificar un estadio, período o etapa particular dentro de una secuencia cultural amplia –para un área o espacio geográfico determinado– definido sobre la base de una serie de rasgos o elementos compartidos que suelen ser recurrentes (Willey y Phillips 1958; González y Pérez 1966; Ford 1969; Núñez Regueiro 1975; Tarragó

1992, entre otros). Es decir, ha sido empleado fundamentalmente como una herramienta conceptual y metodológica, en el marco de la construcción de esquemas de periodización, con el fin principal de normalizar las comparaciones entre diferentes áreas y trazar divisiones arbitrarias en un proceso histórico que se supone continuo. En este sentido, puede decirse que se trata de un concepto de corte evolucionista, en cuanto propone un esquema globalizador que parte de la noción de que existen desarrollos similares para todos los pueblos. Sin embargo, como destaca Lumbreras (2006) el concepto no tiene un valor cronológico, ya que en cada región de América alude a distintas temporalidades; ni tampoco histórico, debido a que se emplea para referirse a procesos variados: pre agrícolas, con desarrollo urbano, metalurgia, sedentarismo, etc., donde el referente tecnológico compartido es la aparición de la cerámica. Más aún, creemos que a través de estos continuos intentos por lograr una caracterización amplia del término, se cayó en la trampa de acentuar una búsqueda en pos de una generalización de los procesos, en detrimento de la exploración de la variabilidad de modalidades y opciones culturales que se vislumbran en las historias y desarrollos locales.

En el caso particular de nuestra área de estudio, debe destacarse que la primera propuesta sobre un estudio sistemático del "Formativo" partió de un análisis histórico y crítico de los conceptos asociados al término (Olivera 1988, 1992, 1995, 2001). Aunque se decidió mantener el uso de la misma expresión por una serie de fundamentos explicitados por el autor, esta propuesta se destacó por su avance respecto a enunciaciones anteriores, al apartarse del criterio tradicional de "Formativo" que lo asociaba con una cronología o momento particular dentro de una secuencia histórica cultural. Así, el término fue liberado de su contenido temporal y enunciado para *"definir un tipo de sociedad que maneja un conjunto de estrategias adaptativas determinadas"* (Olivera 2001:85). Este planteo –que partió de un modelo sistémico adaptativo, en el marco de un paradigma Ecológico Evolutivo– fue novedoso para el desarrollo teórico del área. Sin embargo, y como discutiremos en este trabajo, consideramos que más allá de todas sus importantes renovaciones, la propuesta continúa enfatizando ciertos aspectos de las definiciones tradicionales, en lo que respecta a las variables relevantes para su definición. Y pensamos que son justamente estos aspectos los que no parecen ser adecuados para describir el proceso ocurrido en el devenir de las sociedades agrícola-pastoriles que habitaron la puna de Antofagasta de la Sierra durante el primer milenio de la era.

EL RECORRIDO HACIA EL FORMATIVO EN ANS: UN PROCESO DE RUPTURAS Y REEMPLAZOS VS. TRAYECTORIAS DE CONTINUIDAD

"Por eso están aquí las iniciales de mi finado mi hermano mayor (AM, Agapito Morales), han vivido acá años y años." (Testimonio de Vicente Morales, Abril de 2003).

Uno de los aspectos recurrentemente enfatizados en la caracterización del término "Formativo" –en concordancia con nuestro afán de trazar límites netos entre las distintas categorías que conforman los esquemas de periodificación empleados– ha sido la ocurrencia de una serie de transformaciones, cambios o innovaciones, los que en algunos casos fueron definidos como "dramáticos" (Núñez y Tarragó 2006). Estos cambios aluden a aspectos de

tipo organizacionales (sociales y residenciales), modificaciones económicas relacionadas a la subsistencia (con el inicio de las prácticas de domesticación animal y la producción de alimentos) y la incorporación de nuevas tecnologías (especialmente la cerámica, y en menor grado la textil, metalurgia, etc.).

Del mismo modo, también en la propuesta local del modelo se destacó "*la clara aparición de cambios organizacionales"*, en el marco de los cuales se "forman" "*nuevas cadenas de relaciones apuntaladas en la economía de producción y el sedentarismo"* (Olivera 1992:22-23). Sin embargo, consideramos que la evidencia arqueológica que disponemos actualmente para ANS nos plantea la necesidad de reconsiderar si este énfasis en la existencia de una *"nueva situación organizacional"* en algunos aspectos de estas poblaciones no está encubriendo una serie de indicadores que nos hablan de una notable continuidad en otros ámbitos de la vida diaria de las comunidades agrícola-pastoriles, desde momentos previos al señalado como el inicio de las modalidades "Formativas".

Tumbas y Ancestros: Continuidad de Territorios y Linajes

Disponemos actualmente de un conjunto más amplio de evidencias vinculadas con las prácticas funerarias asociadas con cronologías que remiten al primer milenio de la era, lo que posibilitó profundizar en este aspecto de las comunidades puneñas (López Campeny 2000, 2001, 2009a, 2010a; Cohen 2005, 2015; Martel 2006; González Baroni 2008, 2013, 2015; Babot *et al.* 2009). Así, un análisis integrado de este registro, apoyado en sus asociaciones temporales, permitió proponer la existencia de un conjunto de prácticas compartidas, en vinculación con una tradición en la inhumación de restos humanos. Esta interpretación se basó en el registro de ciertas recurrencias contextuales observadas en aspectos tales como: el emplazamiento de los depósitos funerarios, ciertos rasgos formales de su construcción y el contenido de los ajuares (Cohen y López Campeny 2007; López Campeny 2009a; González Baroni 2013).

Ahora bien, en relación con el eje de la presente discusión nos interesa centrarnos aquí en dos aspectos vinculados con este tipo de prácticas: su emplazamiento y ciertos rasgos asociados a los restos inhumados.

En el primer caso, destacamos una recurrente disposición de los depósitos funerarios en sectores directamente asociados o próximos a los loci de residencia y/o producción, donde las relaciones espaciales involucran –para la materialización de las prácticas funerarias– el uso de espacios contiguos, interiores y/o compartidos con las áreas vinculadas a actividades domésticas (López Campeny 2000, 2001, 2009a, 2010a; Cohen 2005, 2015; Martel 2006; Somonte y Cohen 2006; González Baroni 2008, 2013; Babot *et al.* 2009; López Campeny *et al.* 2013a, 2014). En segundo término, los contextos funerarios muestran, de manera frecuente, evidencias de la existencia de eventos de reapertura, posteriores al entierro original, seguidas del traslado de los cuerpos y/o de partes anatómicas de los mismos, a otras localizaciones diferentes (Figura 2 a-c). En otros casos, las evidencias parecen remitir a situaciones donde los cuerpos y/o ajuares –o partes de ellos– han sido trasladados previamente, desde otro locus, antes de su depositación en el lugar final de hallazgo (López Campeny 2000, 2009a, 2010a; Aschero 2007; Babot *et al.* 2009; González Baroni 2013, 2015). Ahora bien, ante la pregunta de por qué enfatizamos aquí ambos rasgos diremos que, en cuanto a la disposición

espacial de las áreas vinculadas a los depósitos funerarios, nos parece relevante remarcar los fuertes vínculos exhibidos entre el espacio de los vivos y el de los difuntos. Esto marca una diferencia con la propuesta previa para el área, en cuanto a que los sitios de enterratorio constituían sectores separados de las áreas habitacionales, en forma de entierros colectivos en estructuras subterráneas aisladas, o bien grupos de enterratorios de planta circular o elíptica (Olivera 1992; Olivera y Vigliani 2000-2002). Diremos por ahora que éste no es un dato menor. En primer término, porque se lo destacó como un indicador más que caracterizaba y distinguía a las poblaciones "de adaptación formativa" de las precedentes. En segundo lugar, por sus implicancias en términos de las interpretaciones propuestas a partir de esta disposición espacial de los cuerpos de los parientes difuntos, pero retomaremos este tema luego.

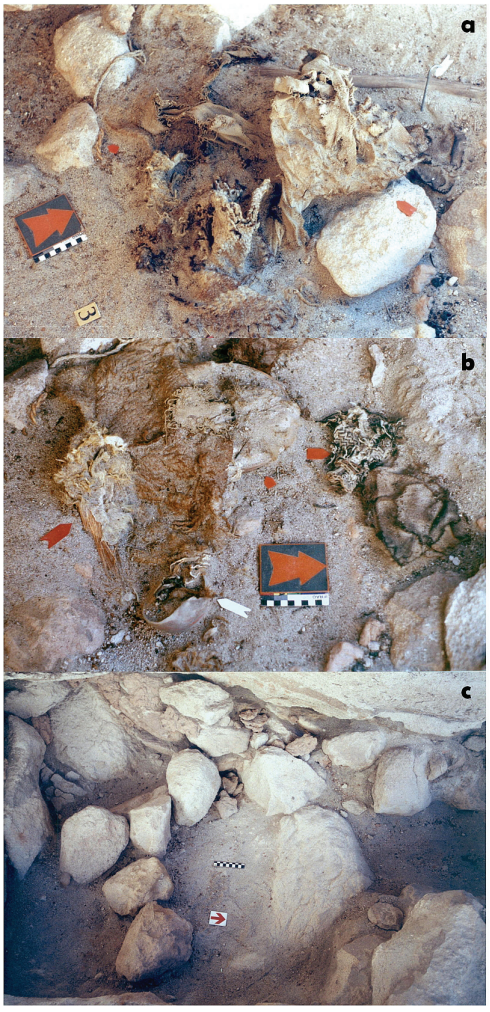


Figura 2. Contexto funerario del sitio PP9, sector III, estructura 2: a) y b) Dispersión de rocas y nódulos de arcilla que conformaban la cista, entre los materiales arqueológicos recuperados; c) Reducción del espacio funerario original luego de la reapertura.

En relación al segundo aspecto mencionado, nos interesa destacar que existe un conjunto de evidencias que permiten plantear una tradición de gran amplitud geográfica y extensa profundidad temporal que presenta, como denominador común, la existencia de patrones funerarios que implican la inhumación de partes anatómicas seleccionadas, eventos de reapertura de los depósitos, traslados y/u otros tipos de manipulaciones de los restos. Al respecto, se disponen de datos asociados con cronologías desde hace *ca.* 10000 a 8000 años A.P., tanto para la propia región de ANS como para un área más amplia, que abarca la puna septentrional argentina y se extiende también hacia el territorio trasandino, e incluye tanto a grupos con economías cazadoras-recolectoras, como a las primeras poblaciones "arcaicas" (Aschero 1979, 2007; Fernández Distel 1986; Standen y Santoro 1994; Yacobaccio 2000; Santoro *et al.* 2001; Aschero *et al.* 2002; Miranda 2007; Martínez 2008, 2014). Estos atributos exhibidos por los depósitos funerarios, así como su marcada asociación espacial con las áreas de residencia y/o subsistencia producción, permitieron enmarcar estas prácticas en relación con una tradición vinculada al "culto a los ancestros", a través de una revitalización permanente de su rol activo entre los vivos. De este modo, las tumbas representarían recordatorios de las relaciones intergeneracionales y, a través de estas prácticas de manipulación frecuente, se legitimarían y reafirmarían los derechos en el territorio, para ciertos grupos, líneas de parentesco o linajes, al materializar la continuidad de una línea familiar ancestral (Yacobaccio 2000 citando a Buikstra 1995, Smith 1995 y Verano 1995; Gil García 2002; Aschero 2007, 2010; Nielsen 2007). En otros términos, se puede considerar a: *"las partes esqueletarias de ancestros muertos como 'reliquias' demarcadoras de sitios con retorno previsto"* (Aschero 2010:272). Esta interpretación estaría apoyada además, en el caso de los contextos arqueológicos locales, por la presencia de un conjunto múltiple de evidencias (estratigráficas, contextuales, artefactuales) que remiten a un uso generacional de los mismos espacios residenciales y productivos, los que habrían sido utilizados de manera persistente en el largo plazo, en ocasiones por períodos que se extienden por más de un milenio. Esta persistencia se habría dado en el marco de estrategias dinámicas y flexibles de uso del espacio, caracterizadas por desocupaciones estacionales, que involucraron una previsión de retorno en el corto y/o mediano plazo a los lugares de residencia. Unida a esta persistencia, a lo largo del eje temporal se ponen de manifiesto procesos dinámicos de reuso y resignificación de los lugares, a través de cambios ocurridos en las actividades realizadas y/o en el tiempo de permanencia en los sitios, huellas de modificaciones o reconfiguraciones arquitectónicas, entre diversas evidencias de innovaciones (López Campeny 2001, 2008a, 2009a, 2009b, 2010a; Cohen 2005, 2007, 2008; López Campeny *et al.* 2005b; Babot *et al.* 2006; Cohen y López Campeny 2007; Babot 2015).

De Lazos Familiares a Redes Sociales: Continuidad de las Interacciones a Distancia

Otro aspecto de continuidad que puede trazarse entre las poblaciones de economía agrícola-pastoril o "formativas" de ANS y las que les precedieron en el tiempo se relaciona con las evidencias que remiten a un uso persistente, en el largo plazo, de ciertas fuentes de aprovisionamiento (líticas, minerales, etc.) locales y microregionales, así como el acceso a bienes y materias primas procedentes de áreas distantes, correspondientes a espacios de ecología diferenciada. En este último caso se documenta, desde momentos tempranos (*ca.*

9000 años A.P.), el registro recurrente de bienes y recursos alóctonos, procedentes de un amplio espacio circumpuneño, que alcanza el área valliserrana meridional, la selva montana y basal, la llanura chaco-santiagueña y la costa pacífica en la vertiente trasandina. Esto da cuenta del aprovechamiento de un área que se extiende hacia los cuatro puntos cardinales, y que abarca un radio de más de 300 km. Este panorama pone de manifiesto que las sociedades cazadoras recolectoras poseían una *"concepción integradora de un paisaje multiecológico, con el uso de recursos de pisos altitudinales múltiples"* (Aschero 2010:260). Los ítems foráneos incluyen un espectro sumamente variable que comprende desde objetos de carácter suntuario o empleados como adorno personal, diversos recursos alimenticios incorporados a la dieta, hasta variadas tecnofacturas y materias primas usadas para múltiples fines tecnológicos (Figura 3). Su presencia pone de manifiesto que, desde el Holoceno temprano, las poblaciones de puna tuvieron acceso, o interactuaron con poblaciones que tenían acceso a recursos de otros pisos ecológicos. Cañas de *Chusquea* para la confección de astiles, calabazas (*Lagenaria*) incorporadas a la dieta y/o usadas con diversos fines tecnológicos, fibras vegetales (*Bromelia, Acrocomia*) integradas a la confección de cordelería y cestería, madera de sauce (*Salix*) formando parte de distintas tecnofacturas, recursos líticos como la obsidiana para la confección de instrumentos tallados, integran, entre otros, algunos de los bienes extra-locales que documentan un uso antiguo, recurrente y continuo (Olivera 1992, 2006; Rodríguez 1999, 2004; López Campeny 2000, 2001, 2008b; 2009a; Rodríguez y Martínez 2001; Aschero *et al.* 2002; Hocsman 2002, 2006; Olivera *et al.* 2003; Babot 2004; Cohen 2005; Rodríguez y Aschero 2005; Aschero 2007, 2010; Escola 2007; López Campeny *et al.* 2013a, 2013b, 2014; Schmitz 2014).

El uso reiterado de los mismos recursos foráneos, a lo largo de una secuencia de casi 10000 años, permitió plantear esta continuidad como el reflejo de redes sociales de interacción, de posible naturaleza familiar, que se fueron consolidando y reforzando a lo largo del tiempo. Esta interpretación cobra verdadero sentido si partimos de una perspectiva en la que la reproducción de las prácticas cotidianas desempeña un rol fundamental en la construcción de un espacio marcado por los vínculos sociales, un espacio en el cual el acceso a bienes no locales, a través de la creación y mantenimiento de redes a distancia, involucra consecuencias (materiales y simbólicas) que exceden a las económicas y tecnológicas. De este modo, el intercambio continuo de productos y saberes, sería uno los mecanismos que permitiría sostener una red social regional y actualizar permanentemente las relaciones de parentesco implicadas. Así, por ejemplo, Haber (2007) propone que concretar matrimonios entre pobladores de residencia lejana, puede haber representado uno de los múltiples intereses de los viajes de interacción a larga distancia. Por su parte, se registran durante todo el período histórico, intercambios de productos entre pobladores de ANS con áreas de la puna norte (Pastos Grandes y Susques), los Valles de Salta (Molinos, Luracatao) y de Catamarca (Fiambalá, Belén, Hualfín, Corral Quemado); que trazan vínculos entre las poblaciones involucradas, y cuya continuidad a lo largo del tiempo establece una relación *"que excede lo simplemente comercial"* (Rolandi y García 2002:68).

Otras esferas de actividades de las comunidades agropastoriles remiten también a esta misma *noción de continuidad* desde momentos previos; característica que ya ha sido enfatizada previamente por uno de nosotros (Aschero 1994, 2007, 2010). Así, por ejemplo, el arte rupestre del Arcaico Tardío muestra elementos de continuidad con el Formativo Temprano en el uso de los espacios plásticos, los que son reapropiados, actualizados o recontextualizados.

Esto ha permitido plantear al arte rupestre como otra práctica y medio para la producción de memoria social (Aschero 2010; Martel 2010; Martel *et al.* 2012).

Figura 3. Ejemplos de recursos y bienes confeccionados con materias primas no locales, recuperados en sitios formativos de ANS: a) anverso y reverso de fragmento textil confeccionado en fibra vegetal (Familia Bromeliaceae, *Bromelia* sp.), sitio PP13 (López Campeny *et al.* 2014); b) Conjunto de cuentas minerales confeccionadas en cuarzo y turquesa, sitio PH2 (López Campeny 2009a, 2014); c) Semillas y endocarpos de chañar (*Geoffroea decorticans*) y algarrobo (*Prosopis* sp.) recuperados en el sitio PH2, estructura 1 (López Campeny *et al.* 2005a); d) Cordelería confeccionada en cabello humano y fibra vegetal (Familia Arecaceae, *Acrocomia aculeata*), contexto funerario del sitio PP9 (III), estructura 2 (López Campeny 2000, 2001); e) Recipiente con restos de pigmento rojo confeccionado sobre calabaza (*Lagenaria*), contexto funerario del sitio PP9 (III), estructura 2 (López Campeny 2001, 2010a) y f) Cestas confeccionadas con fibras de *Acrocomia aculeata* y *Bromelia* sp., sitio PP13 (López Campeny *et al.* 2014).

Otros elementos de continuidad pueden trazarse en el hecho de que los sitios habitacionales ubicados en los Sectores Intermedios de la cuenca del río Las Pitas exhiben una serie de elementos arquitectónicos, estratigráficos y contextuales que remiten a la perduración, desde inicios de la era hasta tiempos hispánicos, de ciertas prácticas de espacialidad recurrentes, persistentes y de larga duración, traducidas en el uso y reuso transgeneracional de los mismos espacios, el retorno previsto a lugares que muestran múltiples ocupaciones y la complementariedad de actividades y funciones entre distintas unidades sociales de un mismo o distintos asentamientos sincrónicos (López Campeny 2001, 2009a, 2010a; Cohen 2005, 2007, 2014; Babot *et al.* 2006; Cohen y López Campeny 2007; Aschero 2010).

Podemos mencionar, como otro ejemplo más, el registro de larga data de ciertos atributos tecnológicos textiles; como el empleo de cabello humano y de hilados zurdos o con torsión final izquierda (Z) efectuados en hilados moliné u "overos"; todos rasgos que poseen connotaciones particulares, asociadas a su "poder" de protección, o esfera "mágica" de acción en ciertos contextos rituales (López Campeny 2006-2007, 2014). Las evidencias más tempranas de hilados "zurdos" en fibra animal, asociadas a contextos que fueron interpretados como de carácter ritual (funebria, depósitos intencionales), se remontan a *ca.* 3.900 años A.P. (Hocsman 2006; Aschero *et al.* 2015) (Figura 4a), registrándose su continuidad durante el período prehispánico temprano (*ca.* 1500 A.P., López Campeny 2000, 2006-2007) (Figura 4b), y tardío (*ca.* 600 años A.P., López Campeny y Aschero 2006) (Figura 4c y 4d), y documentándose su empleo local hasta momentos históricos y actuales (García y Rolandi 2000a, 2000b; Martinez 2009, 2012), por lo que estos atributos textiles muestran una notable persistencia temporal, la que ha sido interpretada como vinculada con su "eficacia" o agencia en el plano mágico ritual (López Campeny 2006-2007, 2010b, 2012a, 2014).

Así, y retomando el eje de la discusión, pensamos que tanto el conjunto de evidencias vinculadas con las prácticas funerarias, la producción de arte rupestre y otras esferas rituales, así como las asociadas con la obtención de productos no locales, entre las principales, permiten plantear una marcada continuidad de procesos socio-culturales entre las poblaciones agropastoriles puneñas y sus predecesoras de economía cazadora-recolectora. Continuidad entendida en términos de *"…transmisión generacional de información y prácticas del hacer a través del tiempo"* (Aschero 2010:258), lo que no invalida las variaciones y cambios, pero traza fuertes vínculos con los momentos "previos", si nos referimos en los términos de nuestros esquemas de periodificación. Podemos así comenzar a cuestionar las fronteras temporales y conceptuales que imponemos a nuestra lectura de los procesos históricos cuando nos basamos exclusivamente en ciertos ámbitos de la vida de las comunidades, tales como la forma de subsistencia, o la tecnología asociada y desenfocamos la mirada en otras esferas que son igualmente relevantes a la hora de delinear los procesos culturales locales, tales como los entramados sociales y familiares, atributos tecnológicos que se apoyan en connotaciones de carácter simbólico y ciertas prácticas asociadas al plano ritual (como el arte rupestre y la funebria), que muestran que hay información, y formas de hacer y saberes que se reproducen, aunque con variaciones, en el tiempo.

Asimismo, pensamos que este mayor énfasis por identificar el cambio y la discontinuidad, en desmedro del reconocimiento de la gran antigüedad y permanencia de ciertos aspectos presentes ya en grupos de cazadores recolectores puneños, puede haber influido en las hipótesis planteadas en relación con el siguiente tema de discusión.

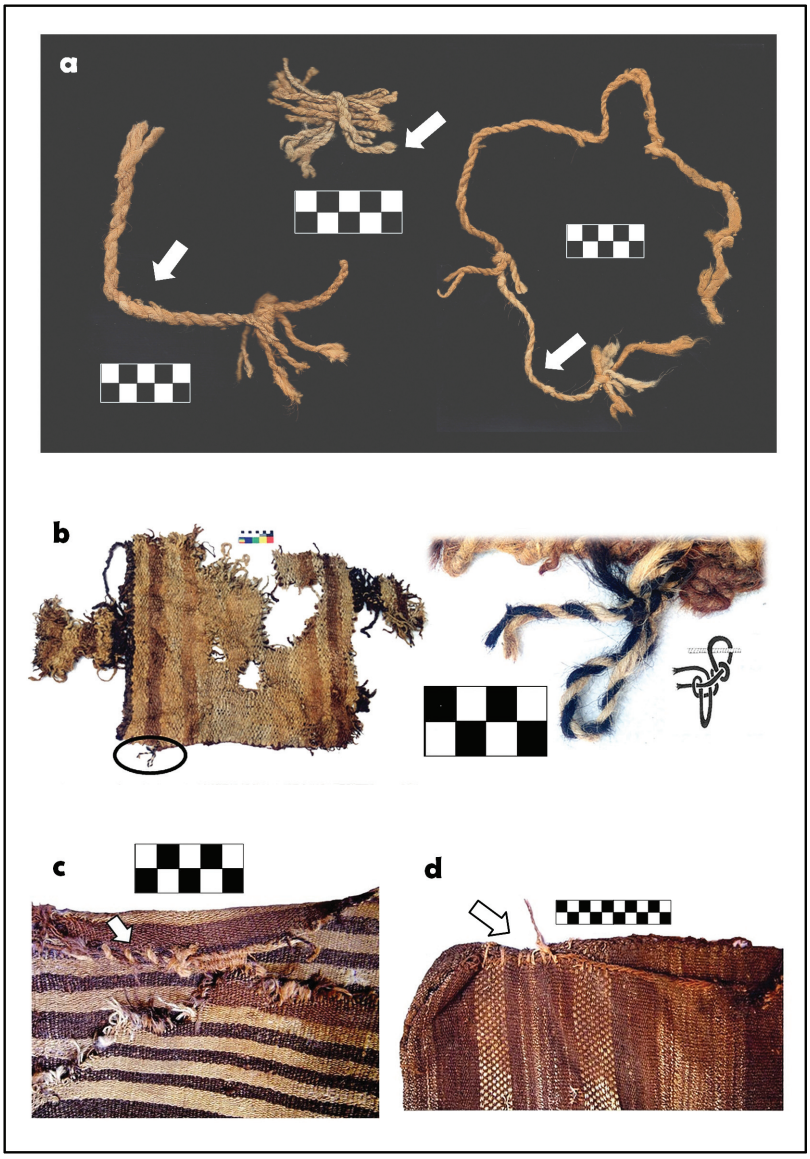


Figura 4. Ejemplos de la persistencia del hilado de torsión izquierda (zurda o *lloque*), asociado a contextos de carácter ritual: a) Cordelería y estructuras textiles procedentes del depósito de objetos del sitio Peñas Chicas 1.5, *ca.* 3900 años A.P. (Hocsman 2006; Aschero *et al.* 2015); b) Vista general y detalle de hilado zurdo anudado en borde de manto, contexto funerario del sitio PP9 (III), estructura 2, *ca.* 1500 años A.P. (López Campeny 2000; 2006-2007, 2014), c) Costura con hilado zurdo en orillo lateral de posible túnica o bolsa y d) Costura con hilado zurdo, que incluye cabello humano, en cierre parcial de bolsa, ambos rasgos asociados al fardo funerario procedente del sitio Punta de la Peña 4, *ca.* 600 años A.P. (López Campeny 2006-2007, 2014).

ENTRE LA PUNA Y LOS VALLES: ÉNFASIS EN LAS INFLUENCIAS EXTERNAS *VS.* LA DINÁMICA PROPIA DE LOS PROCESOS LOCALES

"[En los Valles] *buscábamos leña, maíz, trigo, algarroba (...) la proveeduría que le dicen y desde aquí se llevaba sal, carne, tejidos, maletas*[1] *"* (Testimonio de Vicente Morales, Abril de 2003).

En el marco de la problemática de interacciones, el carácter no local de ciertos bienes recuperados en sitios puneños ha podido determinarse –de manera más o menos precisa– a través de la aplicación de distintas técnicas de caracterización de materiales, integradas a un análisis de las áreas de distribución naturales o fuentes de origen de las materias primas. Ahora bien, esta determinación ha sido relativamente sencilla, o más directa, en el caso de elementos ecofactuales, o de tecnofacturas elaboradas sobre ciertos recursos naturales, en los cuales la materia prima no ha sufrido grandes modificaciones durante el proceso de producción. Sin embargo, otros materiales, como la cerámica, son el producto de una serie de acciones sucesivas que, durante el proceso de manufactura, suelen alterar las características de la materia prima original, complejizando su vinculación con la fuente de procedencia.

En el caso de ANS, un conjunto de tecnofacturas cerámicas, asociadas a los estilos conocidos como Saujil y Ciénaga, han sido recurrentemente recuperadas –tanto en superficie como en estratigrafía– en diversos contextos arqueológicos locales, incluyendo espacios funerarios, domésticos residenciales y productivos. Dichas piezas y fragmentos se caracterizan por mostrar evidencias de desgaste y frecuentes señales de reparación y mantenimiento (Olivera 1992; Haber 2001, 2006, 2007; López Campeny 2001, 2009a; Cohen 2005; Babot *et al.* 2006). Su carácter no local –léase vallista– ha sido inferido a partir de la identificación macroscópica de un conjunto de semejanzas tecnológicas y representativas compartidas (es decir, una misma tradición alfarera), con las cerámicas recuperadas en los valles meridionales (Hualfín, Abaucán), donde estos estilos han sido definidos originalmente. Así, desde el inicio de las investigaciones se interpretó a estos fragmentos como de "*filiación valliserrana"* (Olivera 1992:236) o bien *"tipos cerámicos tempranos relacionados con la Región Valliserrana"* (ibíd.:239). Asimismo, en contribuciones más recientes, estos tipos cerámicos designados como Ciénaga y Saujil fueron recuperados localmente, se denominaron explícitamente como *"cerámicas de la Región Valliserrana"* (Olivera y Vigliani 2000-2002:465), o *"propias de los valles mesotermales"* (ibíd.*:*477).

Estas conclusiones se tradujeron, de forma consecuente, en reflexiones con implicancias en la dinámica de las poblaciones locales ya que se interpretaron como el reflejo de un incremento en las relaciones de interacción entre las comunidades que habitaron ambos espacios geográficos, como consecuencia de fuertes vínculos con influencias por parte de las poblaciones valllistas (Olivera 1992; Olivera y Podestá 1993; Podestá y Manzi 1995; Olivera y Vigliani 2000-2002; Tchlinguirián y Olivera 2000; Olivera *et al.* 2004). Incluso, su esmerada conservación y su particular forma de depositación en los pisos habitacionales se

[1] Maleta es el nombre que se daba a unas bolsas de gran tamaño, tejidas a telar, según testimonio de Don Vicente Morales (Abril de 2003).

vinculó con su carácter de *"soporte de narrativas de las largas distancias que debieron recorrer",* connotadas con el valor de representar materialmente la *"experiencia de vinculación con gente distante"* (Haber 2007:66); en el marco de interacciones a larga distancia caracterizadas por el intercambio de bienes de alto valor agregado (Haber 2001, 2007).

Aún más, la presencia de estos estilos tecnológicos en los sitios puneños se interpretó como un indicador de *"un posible avance de los grupos de la región valliserrana hacia los oasis de Puna"* (Olivera 1992:236); los que a partir de *ca.* 2000 años A.P., habrían comenzado a *"ocupar en forma cada vez más intensiva y permanente los 'oasis' de la Puna Meridional"* (ibíd.:318), desembocando este proceso en *"un incremento de población en la cuenca y una ocupación más extensiva del espacio regional."* (ibíd.:239). Como resultado de estos desplazamientos, se habrían producido cambios en ciertos componentes económicos, a través de un incremento en la incidencia de la actividad agrícola en las prácticas productivas de las comunidades puneñas, caracterizadas por un énfasis previo en la logística pastoril. Las modificaciones propuestas habrían estado asociadas principalmente a cambios en el manejo del espacio productivo, con una mayor optimización en su aprovechamiento (Olivera 1992; Olivera y Podestá 1993; Olivera y Vigliani 2000-2002). La siguiente cita es clara al respecto cuando señala que: *"Es posible que en algún momento, entre el 3.000 y el 2.500 A.P. llegaran a la región la agricultura y la tecnología cerámica a través de relaciones interpoblacionales, o, más probablemente, de grupos portadores de esos elementos… Asimismo, el incremento del componente agrícola en la economía estaría relacionado con la llegada de grupos provenientes de los valles mesotermales más bajos (Hualfín, Abaucán)* (Tchlinguirián y Olivera 2000:102). O bien cuando se afirmó, en base al registro de cambios en el contenido cerámico del sitio Casa Chávez Montículos (CChM), que "*Todo apuntaría a que gente de los valles con un fuerte componente agrícola en su economía se movieron hacia la Puna sur al comienzo de la Era Cristiana"* (Olivera *et al.* 2004:243). Sin embargo, se ha destacado que diversas líneas de investigación que generaron información acerca de los procesos locales de larga data –desde sociedades cazadoras recolectoras– no se condicen con un panorama que implique *"un reemplazo poblacional y/o la llegada de 'paquetes' de rasgos culturales"* (Aschero 2010:258), así como tampoco habría evidencias del *"acceso masivo de grupos con prácticas de subsistencia distintas"* (ibíd.:259).

De lo antes expresado se desprende la conclusión de que las semejanzas estilísticas identificadas entre la cerámica recuperada en sitios de la Puna y la procedente de sitios de los valles intermontanos –donde inicialmente se definieron estos estilos cerámicos– fueron la base sobre la que se sustentó la hipótesis del movimiento de poblaciones vallistas hacia la puna sur a comienzos de la era. Sin embargo, ello se hizo sin contar con el soporte de un análisis composicional comparativo entre los materiales cerámicos procedentes de ambas regiones; asumiéndose su carácter "alóctono" en la Puna en base a un conjunto de similitudes exclusivamente formales y estilísticas. Al respecto, si bien consideramos que la detección de este tipo de semejanzas puede constituir un punto de partida válido para examinar propuestas vinculadas a la circulación de bienes, también creemos que las similitudes formales no constituyen una prueba, en sí mismas, de la existencia de un origen común para las piezas, pudiendo operar otros factores complejos detrás de las semejanzas detectadas. Es por ello que, partiendo de esta problemática, encaramos un análisis de caracterización composicional petrográfica y química –por corte delgado y análisis de activación neutrónica instrumental (AANI)– de una muestra cerámica recuperada en sitios puneños, integrada tanto por fragmentos vinculados con los estilos "valliserranos" en discusión (Saujil, Ciénaga

y Aguada), como por ejemplares interpretados como de producción puneña local (López Campeny 2008b, 2009a, 2012b). Estos resultados fueron, a su vez, comparados con los datos de caracterización composicional disponibles para muestras cerámicas correspondientes a los estilos alfareros valliserranos aludidos que habían sido publicados por otros investigadores (Ratto *et al.* 2002, 2005, 2007; Ratto 2007; Zagorodny *et al.* 2008). Es decir, que partimos del análisis de nueva información empírica y de distinta naturaleza (mineralógica y química) que la considerada hasta ahora en el análisis cerámico, para discutir y proponer aspectos vinculados con las modalidades y la dinámica implicadas en las relaciones de interacción que se dieron entre poblaciones de puna y valles (Figura 5).

En términos sintéticos, podemos decir que los resultados de los análisis composicionales pusieron de manifiesto un panorama de mayor diversidad y complejidad que el hasta ahora bosquejado, que nos llevó a plantear una necesaria reconsideración de la hipótesis básica, que aglutina a varios estilos cerámicos bajo el denominador común de "valliserranos". Así, mientras que los tiestos asimilados inicialmente al grupo local conformaron un conjunto afín composicionalmente, tanto desde un punto de vista petrográfico como químico; no se observó una homogeneidad composicional en la muestra correspondiente a tiestos "no

Figura 5. Parte de la muestra cerámica, asociada a estilos "valliserranos", recuperada en sitios de ANS (PP9 y PH2), que fue sometida a diversos análisis composicionales petrográficos y químicos (López Campeny 2009a, 2012b). Dibujos de Raúl Zelaya.

locales", expectativa que habíamos basado en su correspondencia con estilos que han sido definidos para el área valliserrana del NO argentino. En otras palabras, sólo algunos de estos fragmentos "valliserranos" pudieron ser vinculados macro y microscópicamente entre sí, ya que integraron los distintos grupos predictivos definidos de acuerdo con sus atributos químicos composicionales, incluso el conformado mayoritariamente por los ejemplares "locales". Esto nos permitió pensar en la posibilidad de que algunos fragmentos, que guardan una importante similitud formal desde el punto de vista tecnológico y estilístico, podrían haber sido manufacturados con materias primas diferentes. Es decir, podemos comenzar a bosquejar un panorama donde, en algunos casos, una intención de imitar o copiar la apariencia final de ciertas vasijas, o una misma "manera de hacer"; o tradición tecnológica común, o un conocimiento artesanal alfarero compartido, involucra diferentes lugares de manufactura o fuentes de materia prima (López Campeny 2012b)[2].

Indicadores directos e indirectos que respaldan la hipótesis de una posible producción cerámica local están representados por la ocurrencia de recursos básicos en el área. En primer término, se registran fuentes de arcilla próximas al emplazamiento de los sitios, algunas de ellas aún en uso actual y cuyo conocimiento productivo se remonta a tradiciones históricas, transmitidas por línea familiar (por ejemplo el caso de la fuente en Punta del Barro, López Campeny 2009a). En segundo lugar, la presencia de combustible de uso potencial está representada por la disponibilidad de recursos vegetales leñosos locales y guano de camélido.

A partir de estos resultados, nos parece sumamente interesante explorar en profundidad la hipótesis de que ciertas piezas cerámicas no locales, así como las producidas con materias primas locales, pero asimilables formalmente a estos estilos "foráneos", puedan vincularse con la procedencia no local de las/os esponsales que residían en ANS, como parte de los vínculos familiares que enlazarían poblaciones de diferentes espacios geográficos, y cuyo rol relevante venimos aludiendo en relación a las estrategias de acceso a recursos distantes. Esta propuesta ya ha sido anticipada por uno de nosotros, cuando interpretó a estas cerámicas como el producto artesanal de: *"…mujeres que vienen de afuera –elegidas como cónyuges en lugares distantes– acompañadas de sus vasijas o de sus particulares conocimientos sobre cómo hacer cerámica. Mujeres que en los espacios domésticos en que operan están dejando las vasijas que traen o produjeron localmente, repitiendo las formas por ellas conocidas"* (Aschero 2007:100). Esta dinámica habría estado apoyada en redes de parentesco sostenidas por el entramado social conformado desde las sociedades cazadoras recolectoras, a través del contacto entre familias o linajes (Aschero 2010). En este sentido, es interesante señalar que los registros parroquiales muestran frecuentes vínculos matrimoniales entre pobladores antofagasteños y residentes de los valles próximos, como Fiambalá, Belén, Saujil, Molinos, Laguna Blanca, entre otros (García y Rolandi 2003). Otro tipo de redes familiares trazadas se reflejan en la costumbre común de elegir "extraños", o personas no residentes en ANS (originarias del otro lado de

[2] Al respecto son interesantes algunas conclusiones de Schuster (2007) en base al análisis cerámico composicional de una muestra procedente del sitio Tebenquiche Chico (Antofalla). La autora concluye que piezas incorporadas en una misma categoría estilística -no local en todos los casos- exhiben composiciones mineralógicas diferentes en sus pastas. Esto le permite proponer una diversidad de posibles lugares de manufactura para piezas formalmente similares y una eventual "imitación" de estos atributos visuales en diversos lugares.

la Cordillera, o moradores de los valles próximos), para que oficiaran de padrinos/madrinas en las ceremonias de bautismo, práctica que afianzaba las relaciones preexistentes (García y Rolandi 2003).

Recapitulando, no estamos aquí negando la importancia que tuvieron las relaciones entabladas con las poblaciones del área valliserrana –las que como ya dijimos vienen siendo señaladas por numerosos investigadores[3]– ni aún la posibilidad de que las similitudes formales observadas en los conjuntos cerámicos de ambas áreas se apoyen, en menor o mayor medida, en estos vínculos. Lo que señalamos es que los análisis composicionales muestran una situación de mayor complejidad que nos obliga a ser cautos a la hora de sostener que todos los casos pueden ser uniformados bajo el rótulo de "cerámica valliserrana", aludiendo con ello exclusivamente a una elaboración no local de las piezas y, por el contrario, destacamos la necesidad de dejar abierta la posibilidad de la existencia de otros procesos actuando (copia de estilos, modos tecnológicos o tradiciones cerámicas compartidas, etc.). Y así, más que pensar en un proceso marcado por desplazamientos, reemplazos y/o avances por parte de grupos poblacionales, desde el área valliserrana hacia la puna[4], que se darían con mayor énfasis a partir de un determinado momento del devenir histórico de estas poblaciones "formativas" (cercano al comienzo de la era), vislumbramos una historia continua y mucho más antigua de interacciones, basadas en redes de intercambio y/o parentesco, trazadas milenios antes de ese "Formativo Regional" y mantenida entre la gente que habitaba estos paisajes (Aschero 2010).

REMODELANDO EL FORMATIVO: DISCUTIENDO ASPECTOS DEL SISTEMA DE ASENTAMIENTO

"Porque cuando había pasto sabíamos cambiarnos de Estancia. Como en el domicilio, para el cerro, hay mucho pasto de raíz, cuando no hay pasto de semilla cuando no llueve"
(Testimonio de Vicente Morales, Abril de 2003).

Las características ambientales y topográficas particulares del área de estudio, integradas a los modelos etnográficos y actuales sobre el uso del espacio en comunidades andinas con énfasis en el pastoralismo, desembocaron en la propuesta de un modelo de asentamiento para el Formativo en ANS, que permitía describir e interpretar la dinámica de ocupación

[3] Los vínculos entre las poblaciones puneñas y las del área valliserrana también se sustentaron en la identificación de relaciones estilísticas entre el arte rupestre local y los estilos cerámicos "vallistos" (Olivera 1992; Olivera y Podestá 1993; Podestá y Manzi 1995). Análisis posteriores integraron, al examen comparativo entre estos dos soportes, la iconografía plasmada en prendas textiles recuperadas en sitios puneños (López Campeny 2000, 2001). Más recientemente, Escola y Hocsman (2011) plantearon relaciones a partir de la identificación de un "tipo morfológico recurrente", materializado en un artefacto lítico particular -las raederas de módulo grandísimo (RMG)- que cuenta con ejemplares recuperados en ANS y en sectores valliserranos próximos, como el Valle de Hualfín.

[4] En relación con esta hipótesis, es sugerente el hecho de que la documentación histórica del siglo XIX, disponible para la puna oriental jujeña (Yavi y Humahuaca), hace referencia a una movilidad pastoril desde la región de Puna hacia los Valles, y no a la inversa (Gil Montero 2004:152-153).

desplegada por los grupos agropastoriles locales. En este sentido, y a diferencia de los modelos clásicos, dónde la caracterización de los patrones de asentamiento ha puesto el énfasis en el alto grado de sedentarismo exhibido por las comunidades "formativas", en este caso se destacó –de manera pionera y original– un marcado dinamismo para el sistema, como característica asociada a los modos de uso del espacio. En concordancia con esto, el modelo fue denominado "Sedentarismo Dinámico", por implicar un alto grado de sedentarismo como correlato de las prácticas agrícolas, pero sumado a un marcado componente de movilidad trashumántica, vinculada tanto con la dinámica propia del pastoralismo –que requiere un acceso estacional a las pasturas– como con la continuidad de las prácticas de caza y recolección durante este período. Como correlato material, el modelo predecía la existencia de diferentes tipos de asentamientos, con funcionalidades complementarias, que se integraban para ser usados de manera periódica o estacional. La propuesta incluía la existencia de dos tipos principales de localizaciones: *Bases residenciales*, de asentamiento permanente y *Puestos Temporarios*, de ocupación periódica o estacional, asociados a actividades de caza/pastoreo. A estos dos tipos básicos de sitios, vinculados principalmente con las actividades de habitación y de manejo estacional de los rebaños, se sumarían otros de diferente funcionalidad entre los que se mencionaban: fuentes de extracción de materias primas (canteras líticas, fuentes de arcilla, acopio de sal, entre otros); sitios de producción agrícola, en general cercanos a las bases residenciales y sitios de uso alternativo, incluyendo parapetos de caza, senderos, aguadas, acequias, estructuras rituales y contextos funerarios (Olivera 1992). La dinámica en el uso del espacio permitía contar con pasturas durante todo el ciclo anual y, al mismo tiempo, aprovechar los recursos de diferentes ecozonas altitudinales. Es decir que, el pastoreo habría constituido el eje organizador del sistema de asentamiento-subsistencia, en función de aprovechar distintos tipos de pasturas[5], con frecuencia estacional, ubicadas en diferentes sectores microambientales (Olivera y De Aguirre 1995).

El modelo partía del reconocimiento de una distribución discontinua y concentrada de los recursos, principalmente en zonas de oferta hídrica permanente presentando además, estos sectores, diferencias de potencialidad, abundancia, estacionalidad y accesibilidad a los recursos, diferencias vinculadas, principalmente, con cambios altitudinales en la corta distancia. Se diferenciaron así tres sectores[6]: Fondo de Cuenca (3450 a 3500 msnm), Sectores Intermedios (3600 a 3800 msnm) y Quebradas de Altura (3900 a 4600 msnm), los que habrían sido usados por las comunidades, de manera complementaria y diversa, mediante la realización de prácticas económicas distintas. Así, el modelo de asentamiento se sustentó, apoyándose principalmente para su formulación, sobre la base de esta diversidad ambiental y altitudinal.

---

[5] Este uso del espacio integrado se traduciría en un modelo de Pastoreo Puneño-prepuneño (Haber 1992). Este implicaría el uso integrado de los sectores de pasturas comprendidos entre los 3400 a 4600 msnm, es decir, tanto las vegas prepuneñas bajas y pajonales como los sectores de vega de altura, incluyendo la existencia de prácticas de riego de pasturas. Parte de la población permanecería en el fondo de cuenca la mayor parte del año, mientras que la restante se ocuparía de los traslados temporarios del ganado, en relación al sistema de movilidad anual (Haber 1992).

[6] Una propuesta más reciente agrega algunas variables topográficas y de vegetación, más una cuarta zona a la realizada previamente por Olivera (1992). Así, siguiendo el perfil altimétrico de los cauces afluentes del colector principal (Punilla), es posible diferenciar cuatro zonas diferentes en términos de disponibilidad de recursos y topografía (Aschero 2006:104-106).

El avance lógico de las investigaciones y la posibilidad que plantea el contar con evidencia empírica adicional a la que se disponía al momento de elaborar el citado modelo, nos permite al presente discutir algunos aspectos del mismo, enriqueciendo de este modo las interpretaciones propuestas sobre la dinámica de estas comunidades "formativas".

Integrando Nueva Evidencia Arqueológica: el Rol de los Sectores Intermedios

Como anticipamos, una de las características ambientales del área de estudio es que el perfil altimétrico de los cauces (principalmente el caso del río Las Pitas) que atraviesan las quebradas permite diferenciar, en recorridos de unos pocos kilómetros, zonas que presentan distintas topografías y una consecuente disponibilidad diferencial de los recursos. Así, el modelo de Sedentarismo Dinámico se apoyó, para su contrastación, fundamentalmente en las evidencias arqueológicas asociadas a dos de los sectores altitudinales antes mencionados.

En primer lugar, el Fondo de Valle de las cuencas endorreicas. Fue definido como el sector que presentaba las mejores potencialidades agrícolas en base a su topografía abierta y presencia permanente de agua, además de posibilitar un pastoreo de verano. De ello se concluyó que *"…la mayor disponibilidad de tierra cultivable y condiciones climáticas más benignas para las prácticas agrícolas hicieron que éstas se limitaran a los sectores más bajos del fondo de cuenca*" (Olivera 1992:60). Este sector se planteó además como el lugar de establecimiento de las Bases Residenciales o asentamientos permanentes, de ocupación anual, representadas, como caso arqueológico, por el sitio Casa Chávez Montículos (CChM), cuyos fechados radiocarbónicos asociados permitieron situar las ocupaciones entre 2120 y 1440 años A.P.[7].

Sin embargo, debemos decir que ambas características ponderadas en este sector en términos de su potencial agrícola –volumen del caudal hídrico y topografía– deben evaluarse en conjunto, además de considerar otros factores como el grado de permeabilidad del suelo. Así, los terrenos excesivamente planos de los fondos de cuenca, donde tiende a haber una menor pendiente y un sustrato más arenoso, dado que son cuencas de depositación, son menos aptos que los terrenos con pendientes medias de los tramos intermedios de las cuencas (para más detalles sobre estos aspectos consultar Haber 2006). De todos modos, creemos que esta afirmación debe ser evaluada a la luz de las diferentes escalas de los sistemas productivos. En el caso de las comunidades agrícola-pastoriles del primer milenio de la era, se plantea una agricultura a pequeña escala de gestión. En cambio, se propone que las amplias planicies del Fondo de Cuenca habrían sido más efectivas para la práctica de una agricultura de riego a mayor escala de movilización de fuerza productiva de trabajo, con la incorporación de nueva tecnología y para sostener una mayor densidad de población; tal como se ha interpretado en relación a las evidencias de extensas áreas de producción agrícola –restos de

[7] Dado que el fechado más temprano del sitio está por encima de la base de ocupación identificada mediante las excavaciones, Olivera (1992) considera que el lapso más probable de ocupación del sitio estaría situado entre 2400 y 1300 años A.P. Posteriormente, Olivera y Vigliani (2000-2002:465) amplían este lapso cuando agregan que: *"…la presencia de cerámica Aguada en cantidades importantes permite, hipotéticamente, extender este lapso hasta 900/1000 años A.P."* Sin embargo, en una publicación posterior (Olivera *et al.* 2004:243) se afirma que, a partir de 1650 a 1700 años A.P., en el marco de condiciones ambientales de menor humedad, se produce el *"… abandono de la aldea de CChM y la posterior aparición de una nueva aldea, al otro lado del río… en el piedemonte de Bajo del Coypar."*, sitio éste último (B.C. II), para el que se mencionan fechados radiocarbónicos desde *ca.* 1100 años A.P. (Olivera y Vigliani 2000-2002).

andenería, cuadros de cultivo y canales de riego– vinculadas a ocupaciones de inicios del segundo milenio de la era y período incaico (Olivera y De Aguirre 1995; Olivera y Vigliani 2000-2002; Tchilinguirián y Olivera 2000; Olivera *et al.* 2004). Pero volveremos sobre este tema a continuación.

El segundo sector que desempeñó un rol fundamental en la contrastación empírica del modelo fueron las Quebradas de Altura las que, debido a la presencia de pendientes abruptas y suelos rocosos, entre otros factores altitudinales y microclimáticos, carecen de potencialidad para el desarrollo de prácticas agrícolas. En contraparte, la presencia de vertientes y vegas extensas, próximas a los cursos de agua, las convierten en un sector sumamente apto para la realización de prácticas pastoriles trashumantes y actividades de caza. Por ello, se postuló como el espacio donde se habrían establecido los Puestos Temporarios, de ocupación periódica o estacional (posiblemente durante mayo a octubre o período invernal), los que habrían funcionado de manera integrada con los sitios residenciales del Fondo de Cuenca, estando ligados a la explotación de recursos vinculados con el pastoreo y/o la caza. Desde el punto de vista arqueológico, los sitios Real Grande (RG)1, 6, y 10 fueron interpretados como ejemplos de este tipo de localizaciones (Olivera 1992).

Sin embargo, una importante franja espacial, correspondiente a los sectores altitudinales comprendidos entre los dos espacios antes mencionados (3600 a 3800 msnm), no tuvo el mismo peso en la formulación y discusión del modelo de asentamiento[8]. Originalmente se relevaron en este sector altitudinal intermedio –en relación con el período cronológico de interés– un conjunto de grabados rupestres, ejecutados sobre los soportes de farallones ignimbríticos y se enfatizó fundamentalmente su carácter de espacio transicional, al considerarlos como *"las vías lógicas de desplazamiento desde el Fondo de Cuenca hacia el sector de Quebradas Altas"* (Olivera 1992:130). En este sentido, creemos que importantes factores de potencialidad presentes en los sectores de alturas intermedias –sobre los que nos explayaremos a continuación– han sido subvalorados en este modelo inicial. Al respecto, las investigaciones arqueológicas –dirigidas por el Lic. Carlos Aschero– efectuadas en estos Sectores Intermedios, a partir de fines de la década de 1990, permitieron identificar un conjunto de evidencias (desde *ca.* 2000 años A.P. y hasta momentos históricos), asociadas con un uso múltiple y persistente de estos espacios para la realización de diversas actividades. Esta evidencia adicional permitió a Olivera y Vigliani (2000-2002), con posterioridad a la formulación del modelo original, extender la posibilidad del emplazamiento de bases residenciales a las quebradas de altitudes intermedias, al reconocerlos como sectores aptos para la producción agrícola y pastoril, a diferencia de la antes ponderada exclusividad del Fondo de Cuenca. Estas evidencias incluyen diversos rasgos arquitectónicos (algunos vinculados con ocupaciones de carácter permanente a semipermanente) y lugares asociados a prácticas residenciales –procesamiento, consumo, almacenamiento, uso y descarte de diversas materialidades– tareas extractivas, productivas y tecnológicas –agrícolas, pastoriles, talla lítica, confección cerámica, producción de cuentas, arte rupestre, extracción de diversos minerales– y contextos relacionados con actividades rituales de distinta naturaleza, incluyendo contextos funerarios, depósitos intencionales, arquitectura ceremonial, etc.; las que ponen de manifiesto el importante rol desempeñado por estos espacios durante el primer milenio de la

[8] Destacamos que el mapa donde se delimitan los sectores de muestreo en la cuenca de ANS, muestra que esta zona altitudinal quedaba fuera –en su mayor extensión– de este análisis inicial (Olivera 1992, fig. 2:56).

era (López Campeny 2001, 2009a, 2009b, 2010a; Cohen 2005, 2015; López Campeny *et al.* 2005a, 2005b; Babot *et al.* 2006, 2009; Martel 2006; Somonte y Cohen 2006; Cohen y López Campeny 2007; López Campeny y Escola 2007; González Baroni 2008, 2013, 2015; Urquiza *et al.* 2013; Babot 2015).

Pensamos que esta situación concuerda con la importante potencialidad económica presentada por los Sectores Intermedios. En primer lugar, debido a la presencia de niveles aterrazados próximos al cauce del río y de extensión moderada a amplia, los que constituyen espacios aptos para el desarrollo de cultivos de mediana extensión, que podrían ser manejados por pequeños grupos familiares, a escala doméstica. A su vez, el cauce angosto del río, con disponibilidad hídrica anual, aporta un buen caudal para el riego de las terrazas bajas adyacentes, con una menor inversión de trabajo que en las más extensas planicies del Fondo de Cuenca. Se suma la posibilidad de concretar actividades de pastoreo, debido a una importante oferta forrajera de carácter estacional que permite plantear para estos Sectores Intermedios del río Las Pitas una capacidad que podría sustentar los rebaños de camélidos de unidades familiares con una demografía baja[9]. Aunque las vegas en estos sectores son más estrechas que en otras franjas altitudinales, en algunos tramos se ha logrado extender su superficie, mediante prácticas de riego, aumentando su área de pastura. En este punto, nos parece importante notar que, si bien los Sectores Intermedios presentan vegas estrechas, en comparación con las registradas en las Quebradas de Altura, estos primeros sectores se combinan con una importante cobertura de gramíneas y arbustos (vegetación de estepas). Esta zona esteparia ofrece a los camélidos, después de la temporada húmeda, una oferta forrajera con mayor aporte de proteínas que la aportada por los ambientes de vega[10]. Los sectores de quebradas subsidiarias presentan, además, lugares aptos para el asentamiento. Se suma una oferta importante de recursos líticos y minerales para actividades de talla, la presencia de depósitos arcillosos para su posible empleo en la confección de alfarería y/o actividades constructivas, además de una buena provisión de leña. Además, podemos mencionar que, a nivel microregional, los Sectores Intermedios formados por vegas y quebradas parecen haber sido más estables ante las variaciones climáticas y ambientales que los sectores de Fondo de Cuenca (Tchilinguirián *et al.* 2007), especialmente en la cuenca de Las Pitas, a diferencia de otros cauces cercanos (Grana *et al.* 2015). Finalmente, estos sectores de quebradas intermedias brindan la posibilidad de un rápido acceso a los sectores de vegas de altura, que constituyen opciones estacionales de pasturas invernales y presas de caza (camélidos y chinchíllidos) de mayor predictibilidad. Trabajos más recientes, orientados a la problemática de la organización económica, política y social durante el período Tardío local (entre 1000 y 1500 años D.C.), han ponderado otros factores y propiedades estéticas

[9] Para evaluar la capacidad forrajera de los Sectores Intermedios recurrimos a datos de capacidad de carga obtenidos para rebaños de llamas en los Andes y el Altiplano. Así, para el altiplano boliviano se registra una capacidad de carga ambiental (en adelante CPA) de 0,3 a 0,4 llamas por hectárea por año, para zonas secas de estepas y de 3,0 a 3,8 llamas por hectárea por año, para zonas húmedas o de vega (Genin y Alzarreca 1995:50). Por su parte Palacios Ríos (1988) nos informa de una CPA de 3 alpacas por hectárea para la zona de bofedal. Cabe aclarar que recurrimos a estos datos por no contar, hasta el momento, con trabajos de este tipo para nuestra área de estudio.

[10] Un estudio de la dieta de vicuñas bajo libre pastoreo realizado en Laguna Blanca ha demostrado que, si bien en las vegas hay una mayor disponibilidad neta de recursos forrajeros, las estepas ofrecerían a las vicuñas una mayor calidad de dieta al finalizar la época húmeda, a pesar de su baja cobertura vegetal (Benítez *et al.* 2006).

del paisaje presentes en estos Sectores Intermedios de la cuenca de Las Pitas. A partir de ello, se ha propuesto una lectura alternativa acerca del rol desempeñado por los asentamientos y pobladores ubicados en los Sectores Intermedios, que discute el modelo tradicional de organización política (centro/periferia; elites/campesinos), con un poder centralizado en el Fondo de Cuenca y con injerencia sobre los sectores alejados o "marginales" a este centro (Cohen 2010, 2014).

En síntesis, consideramos que un aspecto en el que se han producido importantes aportes, reside en poder contar actualmente con un panorama de evidencias arqueológicas ocupacionales –o base empírica– más amplia y variada, que nos permite emprender un análisis del uso del espacio, por parte de las comunidades agropastoriles, más integrador, que considera los diferentes sectores altitudinales identificados en el área como espacios continuos, aunque desempeñando roles diferenciales y complementarios, cada uno con su propia relevancia dentro de la dinámica ocupacional.

Hacia la Construcción de una Secuencia Continua: Integrando Nueva Evidencia Cronológica

En segundo lugar, pero en íntima relación con el aspecto antes planteado, están los aspectos cronológicos asociados con el modelo de Sedentarismo Dinámico. El mismo se definió como de carácter "sincrónico funcional", aunque se contrastó inicialmente con evidencia empírica de carácter diacrónico. Esto es debido a que no se dispone al presente, de fechados absolutos que permitan plantear –más allá de un plano interpretativo– ocupaciones contemporáneas entre el asentamiento residencial de CChM, ubicado en el Fondo de Cuenca y los puestos temporarios emplazados en las Quebradas de Altura, definidos como sitios de uso complementario y sincrónico. Así, se afirmó que, mientras se desarrollaban múltiples actividades en la base residencial permanente de CChM, *"Al mismo tiempo se utilizan aleros y cuevas de los sectores altos de las quebradas tributarias (sitios RG1 y RG6 entre otros) para puestos de ocupación periódica con caza y pastoreo de camélidos"* (Olivera *et al.* 2004:243).

Lo que sí podemos afirmar, si consideramos los datos radiocarbónicos disponibles, es que los tres contextos funcionalmente similares (sitios RG1, RG6 y RG10), emplazados en las Quebradas de Altura a corta distancia entre ellos, muestran un uso contemporáneo entre sí, pero no hay hasta ahora vínculos cronológicos comprobados de forma fehaciente con la base residencial de CChM, cuyas ocupaciones más tardías preceden por más de 300 años al uso de estos puestos de caza y/o pastoreo de altura[11].

Por otra parte, pero en vinculación con lo que acabamos de sintetizar, las investigaciones arqueológicas realizadas en los últimos años en los sectores de alturas intermedias, a las que nos referimos previamente, permitieron ampliar la base cronológica disponible; y contar así

[11] Las dataciones sitúan las ocupaciones del alero RG1 entre 1110 y 680 años A.P. (Olivera y Vigliani 2000-2002; Olivera 2006) aunque, basado en el hecho de que estratigráficamente por debajo del fechado más antiguo existen unos 50 a 60 cm de sedimento fértil sin datar, Olivera (1992:102) estima que la cronología de este alero comprende un lapso de ocupación entre 700 y 2000 años A.P., el que luego es acotado, refiriendo el mismo autor un límite inferior de 1600 años A.P. (*ibíd.*:142). Respecto a RG10, la más temprana de las dos dataciones radiocarbónicas que se disponen corresponde a una fecha de 1140 ± 100 años A.P. Finalmente, el más temprano de una serie de cuatro fechados disponibles para RG6, corresponde a una fecha de 1120 ± 100 años A.P. (Olivera y Vigliani 2000-2002; Olivera 2006).

con nueva información radiométrica sobre la base de la cual es posible proponer otras formas posibles de articulación entre las múltiples actividades realizadas en los distintos sectores, que introducirían algunas variantes al modelo tal como fue originalmente propuesto (Tabla 1a y 1b y Figura 6).

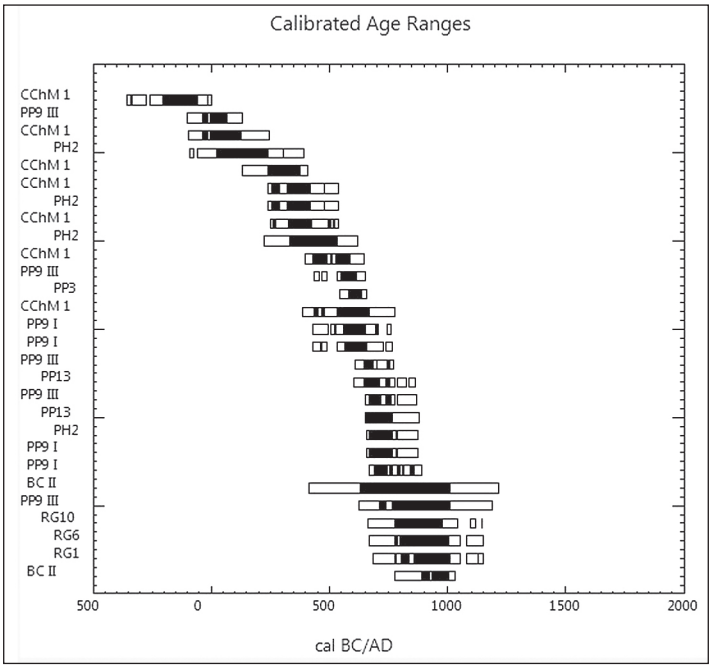


Figura 6. Multiplots de fechados radiocarbónicos comprendidos entre *ca.* 2000 a 1000 años A.P. elaborado empleando el Programa Calib rev 7.0.4 . Referencias bibliográficas y detalles de los contextos pueden encontrarse a continuación en la Tabla 1 (Primera y Segunda Parte).

En primer lugar, si consideramos la cronología de ocupación de CChM que ha sido precisada por los fechados radiocarbónicos (*ca.* entre 2100 a 1440 años A.P.), podemos destacar que la mayor parte de esta secuencia, hasta aproximadamente una fecha en torno a 1630 años A.P., se vincula con ocupaciones registradas en los Sectores Intermedios, donde los contextos datados corresponden, en todos los casos, a espacios usados con fines productivos vinculados al uso de corrales. Se trata del conjunto de fechados más tempranos que disponemos al presente –asociados al período en discusión– para el sector de las quebradas intermedias (*ca.* entre 2000 y 1600 años A.P.) y proceden de los sitios Punta de la Peña 9 (en adelante PP9) y Piedra Horadada 2 (en adelante PH2), tratándose en todos los casos de capas de guano de camélido, interpretadas como evidencias de antiguos corrales (López Campeny 2001, 2009a). Sólo los fechados más recientes del sitio CChM (desde *ca.* 1530 años A.P.) y próximos a la fecha de su desocupación, serían contemporáneos con ocupaciones que comprenden además contextos de carácter residencial y funerario, también registrados para los Sectores Intermedios (López Campeny 2000, 2001, 2009a, 2010; Cohen 2005, 2015; Babot *et al.* 2006 y 2009; Martel 2006; Somonte y Cohen 2006; López Campeny y Escola 2007; Quiroga y Cohen 2007; Babot 2015).

Tabla 1. Compilación de Fechados radiocarbónicos disponibles para Antofagasta de la Sierra (*ca.* 2000 a 1000 años A.P.)

Sigla [1]	Nombre del Sitio [2] y Sector [3]	Procedencia	Muestra datada	Fecha convencional (Años A.P.)	Fecha Calibrada [4] (2 sigmas) años A.D.	Tipo de asentamiento/ Contexto asociado al material datado	Referencia Bibliográfica
LP- 299	CChM 1 (FC)	Nivel VIII	Hueso	2120 ± 60	360 B.C. a 10 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto	Olivera 1992
UGA- 9076	PP9 III (SI)	E2- Nivel 6	Guano de camélido	1970 ± 50	110 B.C. a 140 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	López Campeny 2001
B- 27200	CChM 1 (FC)	Nivel VII	Carbón	1930 ± 70	100 B.C. a 250 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto	Olivera 1992
LP- 1875	PH2 (SI)	E5- D2 Nivel 14	Guano de camélido	1870 ± 100	60 B.C. a 410 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	López Campeny 2009a
B- 27202	CChM 1 (FC)	Nivel VII	Carbón	1740 ± 60	130 a 420 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto	Olivera 1992
B- 27199	CChM 1 (FC)	Nivel III	Carbón	1670 ± 60	240 a 540 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto	Olivera 1992
LP- 1716	PH2 (SI)	E5- D2- Nivel 12	Guano de camélido	1670 ± 60	240 a 540 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	López Campeny 2009a
LP- 251	CChM 1 (FC)	Nivel IV	Carbón	1660 ± 60	240 a 540 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto	Olivera 1992
LP- 1876	PH2 (SI)	E5- D2- Nivel 5	Guano de camélido	1630 ± 90	220 a 620 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	López Campeny 2009a
B- 27201	CChM 1 (FC)	Nivel Vc	Carbón	1530 ± 70	390 a 650 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto	Olivera 1992
UGA- 9069	PP9 III (SI)	E2- H7- Nivel 3	Semillas de chañar	1480 ± 40	530 a 660 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Contexto funerario infantil c/reapertura	López Campeny 2000
UGA- 15098	PP3 (SI)	Capa 7	Guano de camélido	1450 ± 40	540 a 660 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	Quiroga y Cohen 2007
LP- 295	CChM 1 (FC)	Nivel IX	Hueso	1440 ± 100	390 a 780 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto:	Olivera 1992
LP- 1473	PP9 I (SI)	E3- Nivel 2 (5ª) y (6ª)	Carbón	1410 ± 70	530 a 780 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Contexto de ocupación doméstico	Babot *et al.* 2006
LP- 1430	PP9 I (SI)	E3- Nivel 2 (3ª) y (4ª)	Guano de camélido	1430 ± 60	530 a 690 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	Babot *et al.* 2006
UGA- 9261	PP9 III (SI)	E3+E4 Capa 6	Guano de Camélido	1340 ± 50	600 a 780 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Capa de guano de corral de camélido	Cohen 2005

Tabla 1. (*Continuación*)

Sigla [1]	Nombre del Sitio [2] y Sector [3]	Procedencia	Muestra datada	Fecha convencional (Años A.P.)	Fecha Calibrada [4] (2 sigmas) años A.D.	Tipo de asentamiento/ Contexto asociado al material datado	Referencia Bibliográfica
LP- 1585	PP13 (SI)	S II- E1- C8- Capa 1	Gramíneas	1330 ± 60	600 a 870 cal A.D.	Estructura residencial a cielo abierto: Posible estructura de descarte	Martel 2006
UGA- 15106	PP9 III (SI)	E3+E4 Capa 6 D	Hueso Humano	1290 ± 50	650 a 870 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Evento de inhumación de neonato en urna	Cohen 2005
LP- 1723	PP13 (SI)	Red en urna funeraria	Cordel vegetal	1280 ± 60	650 a 890 cal A.D.	Al reparo de bloque con pintura rupestre: Cordelería asociada a urna con entierro infantil	Martel 2006
UGA- 15101	PP9 I (SI)	E2- Nivel 4	Semilla de chañar	1270 ± 50	660 a 880 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Contexto asociado a manufactura de cuentas	López Campeny y Escola 2007
LP- 1887	PH2 (SI)	E2- Nivel 3	Carbón	1270 ± 50	660 a 880 cal A.D.	Estructura de reparo bajo roca Contexto funerario y de consumo?	López Campeny 2009a
UGA- 15104	PP9 I (SI)	E1	Hueso humano	1240 ± 50	660 a 890 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Estructura funeraria (cista)	Babot *et al.* 2009
UGA- 9070	PP9 III (SI)	E2- C2 Nivel 5	Carbón	1150 ± 150	600 a 1250 cal A.D.	Sitio residencial a cielo abierto: Estructura de combustión (fogón)	López Campeny 2001
-	RG 10 (QA)	-	-	1140 ± 100	660 a 1050 años A.D.	Puesto Caza Pastoreo de altura	Olivera y Vigliani 2000-2002
-	RG 6 (QA)	-	-	1120 ± 110	660 a 1060 cal A.D.	Puesto Caza Pastoreo de altura	Olivera y Vigliani 2000-02
LP- 284	RG 1 (QA)	II 3° extracción	Carbón	1110 ± 100	680 a 1060 cal A.D.	Puesto Caza Pastoreo de altura	Olivera 1992
-	B.C. II (FC)	-	Hueso humano	1230 ± 210	400 a 1250 A.D.	Sitio residencial: contexto funerario (cista) saqueado, en interior de recinto habitacional.	Olivera y Vigliani 2000-2002
-	B.C. II (FC)	-	Carbón	1090 ± 60	770 a 1040 A.D.	Sitio residencial: concentración de ceniza y carbón, limpieza de fogón en recinto habitacional.	Olivera y Vigliani 2000-2002

Notas específicas: 1) LP = Laboratorio de Tritio y Radiocarbono (LATYR), Universidad Nacional de La Plata; UGA = Center for Applied Isotope Studies (CAIS), Universidad de Georgia; B = Beta Analytic, Miami, Florida. 2) CChM = Casa Chávez Montículos; PP9 = Punta de la Peña 9; PH2 = Piedra Horadada 2; PP3 = Punta de la Peña 3; RG = Real Grande; B.C. = Bajo del Coypar. 3) FC = Fondo de Cuenca; SI = Sectores Intermedios; QA = Quebradas de Altura. 4) Las edades radiocarbónicas convencionales han sido calibradas usando el programa Oxcal 3, para que sean comparables entre sí, aunque no coinciden en algunos casos exactamente con las calibraciones brindadas por cada laboratorio de origen, las que pueden consultarse en la bibliografía de referencia.

Esta nueva base de información nos permite plantear que, si nos basamos en los contextos para los que se cuenta con una base cronológica absoluta, la mayor parte de las ocupaciones residenciales identificadas en el sitio CChM –un período de *ca.* 550 años de los aproximadamente 660 años precisados por las dataciones radiocarbónicas– son contemporáneas con contextos de los Sectores Intermedios que han sido identificados como espacios productivos pastoriles. En otros términos, y de acuerdo con el modelo de Sedentarismo Dinámico, sería posible plantear que la articulación de espacios se estaría dando –para estos primeros momentos– entre la base residencial de actividades múltiples situada en el Fondo de Cuenca y puestos de pastoreo (o sectores destinados a su uso como corrales) emplazados en las quebradas subsidiarias de alturas intermedias, y no con las más lejanas Quebradas de Altura, tal como se planteó originalmente.

El modelo de Sedentarismo Dinámico propuso una visión original de las sociedades formativas puneñas que complementaba un alto grado de sedentarismo debido a las prácticas agrícolas, con una movilidad trashumante asociada a la dinámica propia del pastoralismo. Para tratar de entender cómo funcionó esta movilidad de los rebaños en tiempos formativos, Olivera (1992) recurrió a una serie de modelos generales de pastoreo andino actuales y a los trabajos de Haber (1992) acerca de las potencialidades de los recursos vegetales locales, en términos de pasturas para los rebaños de camélidos. Es decir, se confrontaron la información actual sobre la dinámica general de pastores de distintos ámbitos –Puna y Altiplano Andino– con la información acerca de la vegetación actual del área de estudio para, de esta forma, buscar el modelo que se ajustara más apropiadamente a las evidencias arqueológicas locales. De este modo, y con las evidencias obtenidas hasta entonces, Olivera (1992) concluyó que la alternancia en la utilización de vegas prepuneñas bajas con vegas y pajonales de mayor altura –donde una parte de la población se trasladaría temporalmente a los puestos de altura, mientras el resto de la población permanecería en las bases residenciales del Fondo de Cuenca– era la modalidad logística que más se ajustaba a las evidencias para entender el manejo de los rebaños durante el Formativo temprano en la microrregión de ANS. No obstante, la cuota de movilidad que exige el modelo podría igualmente haber funcionado con el uso integrado de otros sectores de la microrregión y no necesariamente con la vinculación exclusiva entre Fondo de Cuenca y Quebradas de Altura. Posteriormente, a partir de *ca.* 1500 a 1300 años A.P., los Sectores Intermedios muestran evidencias de un uso más intensivo y diverso del espacio, y que implicaría un mayor tiempo de permanencia en los sitios, momento que coincide con las ocupaciones finales fechadas para el sitio del Fondo de Cuenca (CChM). Es recién para estos momentos más tardíos, y especialmente los próximos al fin del primer milenio de la era, que es posible postular que las ocupaciones de los Sectores Intermedios podrían vincularse con una ampliación de los territorios, asociada a un uso integrado más intensivo de las Quebradas de Altura, en relación a la explotación de pasturas estacionales y/o actividades de caza, que estaría atestiguado por las ocupaciones contemporáneas de los aleros de la Quebrada de Real Grande. Al respecto, también podemos mencionar que los espacios ocupacionales de los sitios emplazados en los Sectores Intermedios presentan evidencias que atestiguan el empleo de recursos –tanto de origen vegetal como líticos– vinculados a un aprovechamiento complementario de los diferentes sectores altitudinales diferenciados en la microrregión lo que, sumado a la información cronológica disponible, nos permite plantear eventos de ocupación contemporáneos entre estos asentamientos y otros loci documentados en diferentes sectores altitudinales a lo largo de la cuenca hidrográfica principal. Así, testimonios de contextos productivos, de explotación de recursos naturales, múltiples

actividades residenciales, producción de arte rupestre, evidencias funerarias y otras prácticas asociadas a la esfera ritual se integran en un uso variado y complementario del espacio, por parte de los diferentes hogares pastoriles (López Campeny 2001, 2009a, 2009b, 2010a; Cohen 2005; Babot *et al.* 2006, 2009; Martel 2006; Somonte y Cohen 2006; González Baroni 2013; Babot 2015). Incluso la dinámica de uso del espacio registrada para tiempos históricos recientes por parte de propietarios y residentes actuales de estos sectores de la microrregión (familia Morales) muestra que son justamente los Sectores Intermedios los que, hasta el siglo pasado, desempeñaron un rol central en la organización de estancias y puestos pastoriles (Aschero *et al.* 2009; Ataliva 2010). Esto no significa que pretendamos proyectar hacia el pasado, de manera acrítica e ingenua, una imagen basada en las observaciones del presente, pero destacamos que esta comparación se apoya sobre la base de un contexto local particular que presenta importantes elementos de continuidad productiva a lo largo de los siglos, en un escenario ambiental semejante.

Por lo tanto, podemos concluir que otro aspecto en el que se han producido aportes, consiste en disponer actualmente de una base cronológica absoluta más amplia –y sin hiatos ocupacionales significativos– para el primer milenio de la era, que permite integrar evidencia ocupacional contemporánea, procedente de los diferentes sectores altitudinales, para una nueva discusión del modelo de asentamiento planteado.

También como consecuencia de los dos aspectos arriba desarrollados, es decir, de la reevaluación –a partir de la consideración de nueva evidencia ocupacional– del rol desempeñado por los asentamientos de los sectores de alturas intermedias y la integración de nuevos datos cronológicos absolutos, se propuso la existencia de grados variables de intensidad residencial en los distintos loci analizados. Así, a partir de un análisis integrado de aspectos estratigráficos, contextuales y de los componentes ecofactuales, artefactuales y arquitectónicos de un conjunto de asentamientos agro-pastoriles se pudo plantear un panorama residencial más complejo que el inicialmente plasmado a través de la dupla bases residenciales/puestos temporarios; el que estaría materializado en la identificación de una mayor variabilidad de sitios, que no pueden encasillarse en alguna de las dos categorías antes señaladas (López Campeny 2010a; Escola *et al.* 2014). Así por ejemplo, un asentamiento como PP9, que ha sido identificado como una base residencial donde se realizaron una amplia gama de actividades, muestra evidencias de desocupaciones estacionales, con una previsión de retorno en el corto y/o mediano plazo. En ese sentido, un conjunto de evidencias arqueológicas vinculadas con características de las secuencias estratigráficas, conductas de almacenamiento o descarte provisorio; estado de integridad y potencialidad de uso de los artefactos conservados y los costos implicados en el reemplazo de los mismos (disponibilidad y dificultad de acceso de la materia prima y esfuerzo de manufactura), remiten a contextos que no responderían a abandonos permanentes, sino a desocupaciones estacionales, seguidas de retornos anticipados o previstos, de acuerdo con lo relevado para numerosos casos etnográficos (Cohen 2005, 2007, 2008; López Campeny 2008a, 2009a, 2010a; Somonte y Cohen 2006). Esto es, la existencia de movimientos planeados de, al menos, algunos de los integrantes del hogar de una residencia a otra, dentro del sistema amplio de asentamiento, implicando tanto la partida planeada como el retorno anticipado a la vivienda –aunque este no siempre se haya concretado– respondiendo a la existencia de circuitos de movimientos estacionales y de complementariedad funcional entre los diferentes sitios.

Por otra parte, estas ocupaciones y sus contextos asociados nos permiten explorar nuevas líneas de investigación para profundizar en las relaciones entre los distintos sectores

ambientales de la cuenca del río las Pitas y su utilización durante el primer milenio de la era. En este sentido, podemos mencionar que se han comenzando a analizar los microfósiles –especialmente contenido polínico y otros palinomorfos– procedentes de los guanos (excremento) de camélidos recuperados de corrales emplazados en sitios arqueológicos de los Sectores Intermedios (PP9 y PH2). Estos análisis apuntan a tratar de definir áreas de alimentación de estos animales en relación a circuitos de movilidad estacional de los rebaños (o hatos) en busca de pasturas adecuadas. En efecto, dentro de la microrregión, tenemos cambios notorios de composición florística –unidades vegetacionales como el tolar, pajonal, estepa y las vegas o bofedales– todas presentes en el área de estudio (Haber 1992; Cuello 2006). De esta forma, el espacio es poblado por especies vegetales discontinuas y diversas, lo cual ofrece buenas expectativas de trabajo para el análisis del polen de animales en movimiento. Así, distintas asociaciones de plantas dan como resultado distintas composiciones florísticas lo que, a su vez, se traduce en patrones polínicos diferentes para cada área de alimentación de los camélidos domésticos dentro de la microrregión.

Cabe destacar que los primeros intentos en esta línea han dado buenos resultados en cuanto a la preservación, abundancia y contenido de palinomorfos de las muestras analizadas, con buenas perspectivas de realizar identificaciones taxonómicas de los materiales conservados en las muestras de guano (Baied y Romano 2007, 2013; Romano y Baied 2012; Romano *et al.* 2014). De forma sintética, y para citar un ejemplo, mencionaremos que los contenidos de polen presentes en guanos provenientes de un corral emplazado en los Sectores Intermedios (sitio PH 2, con fechados cercanos al comienzo de la era) presentan asociaciones de tipos polínicos diferenciales por niveles. De esta forma, dentro de un mismo corral, tenemos muestras de guanos con *Poaceae* y *Asteráceas* junto a tipos polínicos como *Malvaceae-Chenopodiaceae* (que reflejan una fuerte actividad antrópica). Mientras que las muestras de guano de niveles inmediatamente superiores presentaron granos de polen de *Poaceae* en asociación con palinomorfos de zonas más húmedas como *Cyperaceae-Haloragaceae* y arenosas (*Hydrophyllaceae*) (Figura 7).

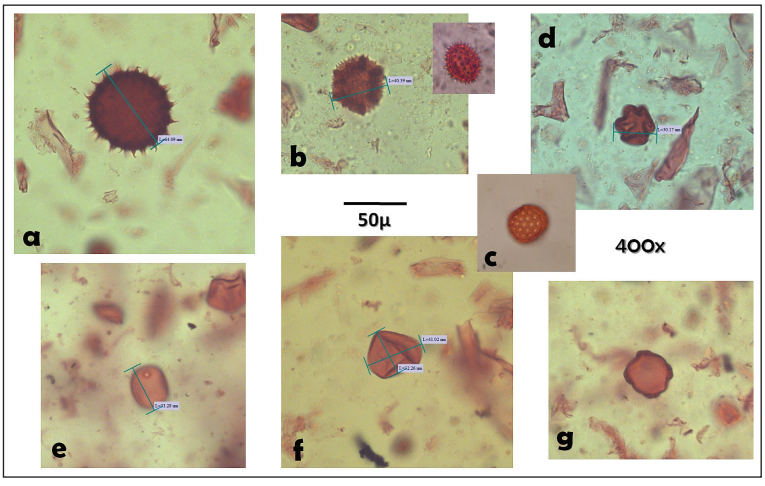


Figura 7. Palinomorfos identificados en capas de guano (excremento) de camélidos, recuperados de corrales emplazados en sitios arqueológicos de los Sectores Intermedios (sitios PP9 y PH2). Corresponden a las siguientes Familias: a) Malvaceae; b) Asteraceae, c) Chenopodiaceae, d) Hydrophyllaceae, e) Poaceae, f) Cyperaceae y g) Haloragaceae (Romano *et al.* 2014).

El modelo de "formativo" planteado por Olivera (1992) puso mucho énfasis, y se apoyó fuertemente, en los modelos etnográficos de manejo de rebaños y uso de pasturas. Sin embargo, hasta el momento, estos modelos no han sido contrastados mediante evidencia empírica procedente de los sitios de estudio como ser, por ejemplo, el contenido botánico de los guanos de animales del rebaño. En este sentido, la evidencia polínica hasta ahora analizada para algunos sitios de ANS nos permite pensar que las áreas de pasturas utilizadas por los grupos familiares "formativos" responden a panoramas complejos y altamente variables y flexibles, difícilmente entendidos de forma íntegra mediante la aplicación de modelos de pastoralismo de otras áreas (Romano y Baied 2012; Romano *et al.* 2014).

A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

La propuesta de "Remodelar el Formativo" implica proponer nuevas miradas sobre los conceptos, modelos e interpretaciones previamente planteados y reflexionar, a la luz de nueva evidencia, acerca de un momento particular del devenir histórico de las poblaciones puneñas. Tratamos de bosquejar aquí una visión del "Formativo" como un proceso de índole familiar, pero con lazos que mantienen y renuevan redes de interacción amplias; con una marcada continuidad de los procesos, manifestada en ciertas prácticas y tradiciones locales; innovando en el uso de los mismos espacios, mediante la logística de un sedentarismo dinámico que relaciona e integra las prácticas asociadas al pastoralismo, la agricultura familiar y la caza-recolección.

Sin desmerecer el valor de las reflexiones aquí vertidas, consideramos que las interpretaciones presentadas tienen el límite lógico que nos impone el estado actual de las investigaciones, aunque podemos apoyarnos de modo optimista en el avance continuo de las mismas, así como en el desarrollo progresivo e incesante de la disciplina y el crecimiento de sus herramientas teóricas y analíticas. Así, si bien algunas respuestas se han ampliado y otras propuestas han cambiado, aún quedan interrogantes planteados sin responder…

Desde el plano empírico es necesario intensificar las investigaciones para sostener (o no) con mayor fundamento las interpretaciones aquí avanzadas y para, seguramente, superarlas a la luz de nuevo conocimiento. No obstante, a través de la integración de los diferentes aspectos aquí discutidos, que hacen a la definición de un "Modelo del Formativo" para el área de estudio –con seguridad no exhaustivos para abordar el estudio de las comunidades agropastoriles de modo comprehensivo– pretendimos profundizar en el conocimiento de las diferentes respuestas sociales desarrolladas por los grupos humanos que habitaron este sector particular de la Puna Meridional Argentina, en Antofagasta de la Sierra, durante el primer milenio de la era.

AGRADECIMIENTOS

Queremos expresar un agradecimiento muy especial a Daniel Olivera, quien se desempeñó como director de Tesis de grado de uno de los autores (SLC), y años después formó parte del tribunal examinador que evaluó la Tesis doctoral de la misma. En el primer caso, por su generosidad al aceptar la dirección del trabajo y por su apoyo permanente a nuestra propuesta

de indagar sobre la problemática del Formativo en ANS. En la segunda oportunidad, por los valiosos comentarios brindados antes y después de la defensa de dicha Tesis doctoral. A la familia Morales, especialmente a la memoria de Don Vicente y su hija Jacoba, quien nos dejó demasiado pronto, no tenemos palabras para expresar nuestro agradecimiento por recibirnos siempre con el mismo afecto, a lo largo de todos estos años, en su propia casa. A Julio y Alejandra Morales por apoyar sin reparos la continuidad de nuestros trabajos en Punta de la Peña y por el entusiasmo que mostraron ante la iniciativa del Centro de Interpretación y su responsabilidad para con este emprendimiento. A todos los compañeros, compañeras, amigos y amigas del equipo de ANS y a los estudiantes y graduados que participaron de las excavaciones en los sitios aludidos, sería imposible nombrar a todos aquí. A los investigadores de las áreas cercanas a ANS, un reconocimiento por los aportes, discusiones y charlas mantenidos en estos años: Norma Ratto, Patricia Escola, Daniel Delfino y Alejandro Haber. A las organizadoras del Taller "Arqueología del Período Formativo en Argentina", Alejandra Korstanje y Marisa Lazzari, por brindarnos la posibilidad de encontrarnos y discutir estas ideas en una reunión que resultó muy amena y super constructiva. A Carlos Baied, por su desinteresada colaboración en la revisión del abstract. A los/as evaluadores/as y revisores/as anónimos/as que aportaron valiosos comentarios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aschero, C. A.
1979 Un asentamiento acerámico en la Quebrada de Inca Cueva: Informe preliminar sobre el sitio Inca Cueva-4. *Actas de las Jornadas sobre Arqueología del Noroeste Argentino, Antiquitas,* pp. 159-183. Buenos Aires.
1994 Reflexiones desde el Arcaico Tardío (6000-3000 A.P.). *Rumitacana* 1:13-17.
2006 De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad *Río Punilla* en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna Meridional Argentina. En *Tramas en la Piedra: Producción y Usos del Arte Rupestre,* editado por D. Fiore y M. Podestá, pp. 103-140. World Archaeological Congress, Sociedad Argentina de Antropología y Asociación Amigos del INAPL.
2007 Comentario. Interacciones Surandinas. Aspectos económicos, políticos e ideológicos. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Willians, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 99-108. Buenos Aires.
2010 Arqueología de Puna y Patagonia centro-meridional: comentarios generales y aporte al estudio de los cazadores-recolectores puneños en los proyectos dirigidos desde el IAM (1991-2009). En *Rastros en el Camino. Trayectorias e Identidades del Instituto de Arqueología y Museo. Homenaje a los 80 años de aniversario,* compilado por C. A. Aschero, P. Arenas y C. Taboada, pp. 257-293. EDIUNT, Ediciones de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Aschero, C. A., M. del P. Babot, M. L. Cohen, S. Hocsman, S. M. L. López Campeny, A. R. Martel, J. G. Martínez, L. Quiroga, A. S. Romano y S. V. Urquiza
2009 Proyecto Circuito Turístico Arqueológico Punta de la Peña-Peñas Coloradas (Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Argentina). En *Crónicas sobre la piedra. Arte Rupestre de Las Américas*, editado por M. Sepúlveda, L. Briones y J. Chacama, pp. 33-46. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Aschero, C. A., S. M. L. López Campeny, S. Hocsman, A. S. Romano, M. G Aguirre, M. A. Schmitz y M. F. Rodríguez
2015 "Amarrar la naturaleza". ¿Rituales propiciatorios u ofrendas funerarias en contextos cazadores-recolectores en tránsito a la producción de alimentos? (Sitio PCh 1.5, Antofagasta de la Sierra). E-book de Resúmenes del Taller *Avances en el estudio de la transición a la producción de alimentos en Antofagasta de la Sierra,* editado por: L. González Baroni, F. Bobillo, G. Aguirre, S. Hocsman y G. Spadoni, pp. 23-24, EDUNT, San Miguel de Tucumán.

Aschero, C. A., R. Zurita, M. G. Colaneri y A. Toselli
2002 El bebé de la Peña. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina,* Tomo II:329-336. Universidad Nacional de Córdoba (1999).

Ataliva, V. H.
2010 El poder de las marcas: representaciones rupestres y Estado en los confines del Te-

rritorio de Los Andes (Antofagasta de la Sierra, Puna de Atacama). *Resúmenes Extendidos del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre*, pp. 216-218. Instituto de Arqueología y Museo e Instituto Superior de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Tucumán y CONICET.

Babot, M. del P.
2004 Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste Prehispánico. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.
2015 Adentro y afuera en Punta de la Peña: de espacios, prácticas y actores en el primer milenio D.C. E-book de Resúmenes del Taller: *Avances en el estudio de la transición a la producción de alimentos en Antofagasta de la Sierra*, editado por: L. González Baroni, F. Bobillo, G. Aguirre, S. Hocsman y G. Spadoni, p. 25, EDUNT, San Miguel de Tucumán.

Babot, M. del P., C. A. Aschero, S. Hocsman, C. Haros, L. González Baroni y S. V. Urquiza
2006 Ocupaciones agropastoriles en los Sectores Intermedios de Antofagasta de la Sierra (Catamarca): Un análisis desde Punta de la Peña 9.I. *Comechingonia* 9:57-75.

Babot, M. del P., L. González Baroni, S. V. Urquiza, M. G. Aguirre, M. G. Colaneri, S. Hocsman y C. Haros
2009 Dinámicas de formación y transformación de un entierro en el desierto puneño (Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina). *Intersecciones en Antropología* 10:183-201.

Baied, C. A. y A. S. Romano
2007 Las flores los producen y las fibras los amontonan: Análisis polínico de fibras de camélidos procedentes de contextos arqueológicos. *Serie Monográfica y Didáctica* 46:23.VIII Jornadas de Comunicaciones de la Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.
2013 Las marcas del paisaje. Sobre camélidos e interacción vista desde Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Argentina. *Actas de resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina,* editado por J. R. Bárcena y S. E. Martín, pp. 239-240. Universidad Nacional de La Rioja.

Benítez, V., M. Borgnia y M. H. Cassini
2006 Ecología nutricional de la vicuña (Vicugna vicugna): Un caso de estudio en la Reserva Laguna Blanca, Catamarca. En *Investigación, conservación y manejo de vicuñas*, editado por B. Vilá, pp. 51- 67, Proyecto MACS-Argentina. Buenos Aires.

Cohen, M. L.
2005 Entre guano y arena… Ocupaciones recurrentes: Un caso de estudio en el sitio Punta de la Peña 9 III, Antofagasta de la Sierra, Catamarca. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

2007 Secuencia estratigráfica y prácticas de espacialidad. Una mirada a partir de las excavaciones en el sitio Punta de la Peña 9-III, Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Resúmenes de la IV Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur,* pp. 101-102. Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

2008 Volver… ¿con la frente marchita? Trabajo presentado en el *Taller Pastoreo y Modernidad en los Andes*, Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES), CONICET-UNT, Tucumán.

2010 Prácticas sociales, estrategias de visibilidad y construcción de la cartografía social durante el lapso ca. 1000-1500 AD en Antofagasta de la Sierra, Catamarca. Perspectivas desde el sitio Peñas Coloradas 3 cumbre. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Ms.

2014 Miradas desde y hacia los lugares de poder. Antofagasta de la Sierra entre 1000 y 1500 años D.C. *Arqueología* 20 (1):47-72.

2015 Una cuestión de límites. Sobre espacios de corral, residencia y ritual. Antofagasta de la Sierra. E-book de Resúmenes del Taller: *Avances en el estudio de la transición a la producción de alimentos en Antofagasta de la Sierra*, editado por: L. González Baroni, F. Bobillo, G. Aguirre, S. Hocsman y G. Spadoni, p. 34, EDUNT, San Miguel de Tucumán.

Cohen, M. L. y S. M. L. López Campeny

2007 Cruzando espacios... dinámica ocupacional de asentamientos residenciales en Antofagasta de la Sierra. *Resúmenes del 2º Congreso Argentino y 1º Latinoamericano de Arqueometría,* pp. 48-49. Comisión Nacional de Energía Atómica, Buenos Aires.

Cuello, A. S.

2006 Guía Ilustrada de la flora de Antofagasta de la Sierra, Catamarca (Puna Meridional Argentina). Tesis de Licenciatura no publicada. Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

Escola, P. S.

2007 Obsidianas en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Willians, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 73-87. Buenos Aires.

Escola, P. S. y S. Hocsman

2011 Circulación macroregional de un diseño artefactual en contextos agropastoriles: el caso de los cuchillos/raederas de módulo grandísimo. En *Arqueología de la Puna Argentina: Perspectivas actuales en el estudio de la diversidad y el cambio cultural*, editado por G. López y H. Muscio, BAR International Series 2296, pp. 97-110, South American Archaeology Series N° 16 (Ed. A. D. Izeta). Archaeopress. Oxford.

Escola, P. S., S. Hocsman y S. M. L. López Campeny

2014 Funcionalidad diferencial de sitios residenciales agropastoriles en Antofagasta de la Sierra (Catamarca). Un abordaje desde los conjuntos líticos tallados. En *Artefactos*

líticos, Movilidad y Funcionalidad de Sitios: Problemas y perspectivas, editado por P. S. Escola y S. Hocsman, BAR International Series 2628, pp. 41-57, South American Archaeology Series N° 20 (Ed. A. D. Izeta). Archaeopress. Oxford.

Fernández Distel, A.
1986 Las cuevas de Huachichocana, su posición dentro del precerámico con agricultura incipiente del Noroeste Argentino. *Beitrage zur Allgemeinen und Vergleichenden Archaeologie* 8:353-430.

Ford, J. A.
1969 A Comparison of Formative Cultures in the Americas. *Smithsonian Contributions to Anthropology*, Vol. 11. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.

García, S. y D. Rolandi
2000a Relatos y ritual referidos a la Pachamama en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXV:7-25.
2000b *Cuentos de las tres abuelas. Narrativa de Antofagasta de la Sierra.* UNESCO, Buenos Aires.
2003 Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca. Su historia en los documentos y la tradición oral. En *Puna de Atacama. Sociedad, economía y frontera*, compilado por A. Benedetti, pp. 137-197. Alción Editora, Córdoba.

Genin, D. y H. Alzérreca
1995 Reseña de la vegetación de la zona de Turco. En *Waira Pampa, un sistema pastoril camélidos-ovinos del Altiplano árido boliviano*, editado por D. Genin, H. J. Picht, R. Lizarazu y T. Rodríguez, pp.35-56. IBTA, La Paz.

Gil García, F. M.
2002 Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. Una discusión orientada a los manejos del tiempo y el espacio. *Anales del Museo de América* 10:59-83.

Gil Montero, R.
2004 *Caravaneros y Trashumantes en los Andes Meridionales. Población y familia en la puna de Jujuy, 1770-1870*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

González, A. y J. Pérez Gollán
1966 El área andina Meridional. *Actas y Memorias del 36º Congreso Internacional de Americanistas,* Tomo I:241-265. Sevilla, España.

González Baroni, L. G.
2008 El espacio funerario vinculado al espacio doméstico y viceversa. El caso del sitio Punta de la Peña 9, Sector I. *Resúmenes de las Jornadas de Arqueología del Área Puneña de los Andes Centro-Sur. Tendencias, Variabilidad y Dinámicas de Cambio (ca. 11.000-1000 A.P.)*, compilado por S. Hocsman, M. del P. Babot y J. Martínez, pp.

50-51. EDUNT, Ediciones de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

2013 Contextos funerarios y vida cotidiana en Antofagasta de la Sierra, Catamarca. Un enfoque desde la bioantropología, el emplazamiento y dinámica de los entierros (ca. 1500-1000 años A.P.). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

2015 Pensando la violencia a través de la evidencia biológica y contextual de la Estructura Funeraria 4 del sitio arqueológico Punta de la Peña 9.I. Antofagasta de la Sierra, Catamarca. E-book de Resúmenes del Taller: *Avances en el estudio de la transición a la producción de alimentos en Antofagasta de la Sierra*, editado por: L. González Baroni, F. Bobillo, G. Aguirre, S. Hocsman y G. Spadoni, p. 37, EDUNT, San Miguel de Tucumán.

Grana, L. G., P. Tchilinguirian, S. Hocsman, P. S. Escola y N. I. Maidana

2015 Fluctuaciones fluviales y repuestas culturales en los ríos Las Pitas y Miriguaca durante el Holoceno Medio y su transición al Tardío. E-book de Resúmenes del Taller: *Avances en el estudio de la transición a la producción de alimentos en Antofagasta de la Sierra,* editado por: L. González Baroni, F. Bobillo, G. Aguirre, S. Hocsman y G. Spadoni, p. 42, EDUNT, San Miguel de Tucumán.

Haber, A.

1992 Pastores y pasturas: recursos forrajeros en Antofagasta de la Sierra (Catamarca) en relación a la ocupación formativa. *Shincal* 2:15-23.

2001 El oasis en la articulación del espacio circumpuneño. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Tomo 1:251-267, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba (1999).

2006 *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, Interacción e Identidad en Antofalla. Primer y segundo milenios d.C.* Universitas libros, Córdoba, en coedición con la Universidad de Cauca, Colombia.

2007 Comentarios Marginales. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Willians, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 59- 72, Buenos Aires.

Hocsman, S.

2002 Cazadores-recolectores complejos en la puna meridional argentina, Entrelazando evidencias del registro arqueológico de la microrregión de Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVII:193-214.

2006 Producción lítica, variabilidad y cambio en Antofagasta de la Sierra (*ca.* 5500-1500 A.P.). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.

López Campeny, S. M. L.

2000 Tecnología, iconografía y ritual funerario Tres dimensiones de análisis de los textiles formativos del Sitio Punta de la Peña 9 (Antofagasta de la Sierra, Argentina). *Estudios Atacameños* 20:29-65.

2001 Actividades Domésticas y Organización del Espacio Intrasitio. El Sitio Punta de la Peña 9 (Antofagasta de la Sierra, Prov. de Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

2006-2007 El poder de torcer, anudar y trenzar a través de los siglos. Textiles y ritual funerario en la Puna Meridional Argentina. *Cuadernos del INAPL* 21:143-155.

2008a ¿La casa en orden? Análisis de procesos culturales vinculados con la producción y disposición espacial de residuos arqueológicos. En *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea, XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (2004), compilado por A. Austral y M. Tamagnini, Tomo II, Capítulo 10:765-769. Universidad Nacional de Río Cuarto, Córdoba.

2008b Portar, Contener y Vestir: Tres líneas de evidencias para la discusión de redes sociales tramadas a distancia. *Resúmenes de las Jornadas de Arqueología del Área Puneña de los Andes Centro-Sur. Tendencias, Variabilidad y Dinámicas de Cambio (ca. 11.000-1000 A.P.)*, compilado por S. Hocsman, M. del P. Babot y J. Martínez, pp. 91-94. EDUNT, Ediciones de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

2009a Asentamiento, Redes Sociales, Memoria e Identidad. Primer milenio de la era. Antofagasta de la Sierra, Catamarca. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.

2009b El hogar, los ancestros y el corral: reocupación y variabilidad en el uso del espacio en unidades domésticas arqueológicas (Sitio Punta de la Peña 9, Antofagasta de la Sierra, Catamarca) En *Arqueología Argentina en los Inicios de un Nuevo Siglo, XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (2001), compilado por F. Oliva, N. de Grandis y J. Rodríguez, Tomo II, Capítulo XV:431-446. Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario. Laborde Editor.

2010a De un Hogar en la Puna… Relatos de idas y vueltas. En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M. E. Albeck, C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 215-242. EdiUNJu, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

2010b La vigencia del pasado… El rol de los datos actuales e históricos en la interpretación del registro textil arqueológico. *Actas del I Congreso de Folklore y Tradición Oral en Arqueología*, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México (CD Rom).

2012a Textiles as medium of multiple symbolic expressions: weaving messages about power and memory… analysis of archaeological case studies in the Northwest of Argentine. *Conferencia Internacional Textiles, Techne and Power in the Andes*, pp.12-13. Birkbeck, Universidad de Londres.

2012b ¿De Valles o de Puna? Discutiendo interacción a partir de la caracterización composicional de conjuntos cerámicos. El caso de Antofagasta de la Sierra, Puna sur argentina. *Estudios Atacameños* 43:139-166.

2014 The agency of textile technology in some archaeological ritual contexts of Northwest Argentina. *Journal of Anthropology and Archaeology* Vol. 2 (2):39-75. DOI: 10.15640/jaa.v2n2a3 URL: http://dx.doi.org/10.15640/jaa.v2n2a3

López Campeny, S. M. L. y C. A. Aschero

2006 Uso, mantenimiento y reciclaje de textiles. Un contexto funerario del sitio Punta de

la Peña 4 (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Actas de las Iº Jornadas sobre Estudio y Conservación de Textiles "Recuperando nuestros textiles… Ayer y hoy",* compilado por Olga Sulca, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán (CD Rom).

López Campeny, S. M. L., E. Del Bel, S. Rodríguez Curletto y A. S. Romano
2005a Evidencias de ritualidad en contextos agropastoriles: el sitio Piedra Horadada 2 (PH2), Puna Meridional Argentina. *Serie Monográfica y Didáctica* 45:19, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

López Campeny, S. M. L. y P. S. Escola
2007 Un verde horizonte en el desierto: producción de cuentas minerales en ámbitos domésticos de sitios agropastoriles. Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino,* compilado por A. Nielsen; C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, Tomo 2:225-258. Editorial Brujas, Córdoba.

López Campeny, S. M. L., D. Olivera, V. Fernández Varela y J. Peña
2005b Procesos tafonómicos, subsistencia y uso del espacio. Análisis de la arqueofauna de un sitio agropastoril de la Puna Meridional argentina (Punta de La Peña 9, Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Intersecciones en Antropología* 6:11-28.

López Campeny, S. M. L., A. S. Romano, M. F. Rodríguez, M. H. Corbalán y A. R. Martel
2013a De lazos familiares a redes sociales: nuevos aportes para la discusión de la interacción entre poblaciones de la Puna y las Tierras Bajas Orientales. En Arqueología y etnohistoria de la vertiente oriental de los Andes de Argentina, Bolivia y Perú, editado por G. Ortiz, B. Ventura y B. Cremonte, EdiUnju, en prensa.

López Campeny, S. M. L., A. S. Romano, M. F. Rodríguez, A. R. Martel y M. H. Corbalán
2014 De aquí y de allá: análisis integral de un contexto funerario. Vínculos e interacciones sociales entre Puna meridional y Tierras Bajas Orientales. *Intersecciones en Antropología* 15:201-218.

López Campeny, S. M. L., M. A. Schmitz, M. F. Rodríguez y J. G. Martínez
2013b Sustancias, estructuras y formas textiles: vínculos tempranos entre poblaciones de Puna y Tierras Bajas (*ca.* 10000 a 8000 años A.P.). *Serie Monográfica y Didáctica* 53:21. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán.

Lumbreras, L. G.
2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.

Martel, A. R.
2006 Informe de las tareas de campo realizadas en el sitio Punta de la Peña 13 (PP13).

Investigaciones arqueológicas efectuadas en el área del curso medio del Río Las Pitas, Período 2005-2006, coordinado por C. A. Aschero. Presentado a la Dirección de Antropología de la Provincia de Catamarca. Copia disponible en la sede de la Dirección de Antropología de la Provincia de Catamarca.

2010 Arte Rupestre de Pastores y Caravaneros: Estudio Contextual de las Representaciones Rupestres Durante el Período Agroalfarero Tardío (900 d.c.-1480 d.c.) en el Noroeste Argentino. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Martel, A., S. Rodríguez Curletto y E. Del Bel

2012 Arte rupestre y espacios de memoria: las representaciones del sitio Confluencia (Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Argentina). *Revista Chilena de Antropología* 25:121-162.

Martínez, J. G.

2008 Contextos funerarios tempranos en Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). *Resúmenes de las Jornadas de Arqueología del Área Puneña de los Andes Centro-Sur. Tendencias, Variabilidad y Dinámicas de Cambio (ca. 11.000-1000 A.P.)*, compilado por S. Hocsman, M. del P. Babot y J. Martínez, p. 26. EDUNT, Ediciones de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

2014 Contributions to the knowledge of natural history and archaeology of hunter-gatherers of Antofagasta de la Sierra (Southern Argentinian Puna): the case of Peñas de las Trampas 1.1. En *Hunter-gatherers from a high-altitude desert. People of the Salt Puna (northwest Argentina)*, editado por E.L. Pintar. British Archaeological Reports (BAR), pp:71-93, International Series 2641, Oxford (UK).

Martinez, M. S.

2009 Tejiendo Memorias en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. *Libro de Resúmenes del IX Encuentro de Jóvenes Investigadores en Santiago del Estero (EJI/9),* p. 45. El Colegio de Santiago, Santiago del Estero.

2012 Prácticas textiles resignificadas en contextos de transformaciones en Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). Integrando materialidad del pasado y oralidad del presente. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

Miranda, P. C.

2007 Evaluación paleopatológica de un hallazgo bioarqueológico a cielo abierto datado en ca. 3700 A.P., procedente del borde del salar de Pastos Grandes, Puna de Salta. *Pacarina*, (Volumen especial dedicado al *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*), Tomo III:171-177.

Nielsen, A. E.

2007 *Celebrando con los Antepasados. Arqueología del espacio público en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina.* Mallku Ediciones, Buenos Aires.

Núñez A., L y M. N. Tarragó
2006 Presentación. *Estudios Atacameños* 32:7-9.

Núñez Regueiro, V.
1975 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.

Olivera, D. E.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina,* pp. 83-101. Instituto de Ciencias Antropológicas, Buenos Aires.
1992 Tecnología y Estrategias de Adaptación en el Formativo (Agro-alfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un Caso de Estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, R.A.). Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.
1995 El Proyecto Arqueológico Antofagasta de la Sierra: una experiencia de arqueología regional. *Actas del I Congreso de Investigación Social*, pp. 443 - 454, Facultad de Filosofía y Letras, UNT, Tucumán.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: el formativo inferior del noroeste argentino En *Historia argentina prehispánica*, dirigido por E. E. Berberián y A. E. Nielsen, tomo I, pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.
2006 Recursos bióticos y subsistencia en sociedades agropastoriles de la Puna Meridional Argentina. *Comechingonia* 9:19-55.

Olivera, D. y M. J. De Aguirre
1995 Arqueología aplicada a la reactivación de sistemas agrícolas prehispánicos: el aporte interdisciplinario. *Hombre y Desierto: una perspectiva cultural*, *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* Tomo I:337-349, Antofagasta (1994).

Olivera, D. E. y M. M. Podestá
1993 Los recursos del arte: arte rupestre y sistemas de asentamiento subsistencia formativos en la Puna Meridional Argentina. *Arqueología* 3:93 -126.

Olivera, D. E., P. Tchilinguirian y L. Grana
2004 Paleoambiente y arqueología en la Puna Meridional Argentina: Archivos ambientales, Escalas de análisis y Registro arqueológico. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIX:229-247.

Olivera, D. E., A. S. Vidal y L. G. Grana
2003 El sitio Cueva Cacao 1A: Hallazgos, espacio y proceso de complejidad en la Puna meridional (ca. 3000 años A.P.). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVIII:257-270.

Olivera, D. E. y S. Vigliani
2000-2002 Proceso cultural, uso del espacio y producción agrícola en la Puna meridional argentina. *Cuadernos del INAPL* 19:459-481.

Palacios Ríos, F.
1988 Bilateralidad y propiedad en una comunidad de pastores. En *Llamichos y paqocheros. Pastores de llamas y alpacas*, editado por Jorge Flores Ochoa, pp. 179-190. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología - Centro de Estudios Andinos, Cuzco.

Podestá, M. M. y L. M. Manzi
1995 Arte rupestre e interacción interregional en la Puna argentina. *Cuadernos del INAPL* 16:367-399.

Quiroga, L. y M. L. Cohen
2007 Múltiples espacios... una misma peña. Diseño arquitectónico y emplazamiento en sitios tardíos. Punta de La Peña, Antofagasta de La Sierra, Catamarca. Trabajo presentado en el XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Salvador de Jujuy.

Ratto, N.
2007 Paisajes arqueológicos en el tiempo: la interrelación de ciencias sociales, físico-químicas y paleoambientales (dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*, compilado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli. Colección Historia Social Precolombina. Tomo 2:35-54. Editorial Brujas, Córdoba.

Ratto, N., M. Orgaz, G. De la Fuente y R. Plá
2002 Ocupación de pisos de altura y contexto de producción cerámica durante el formativo: el caso de la región puneña de Chaschuil y su relación con el Bolsón de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños* 24:51-69.

Ratto, N., S. Quenardelle y A. Feely
2005 Caracterización petrográfica de pastas cerámicas arqueológicas del Bolsón de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Actas del XVI Congreso Geológico Argentino,* Tomo IV:151:156, La Plata.

Ratto, N., A. Feely y R. Plá
2007 La producción alfarera en el Bolsón de Fiambalá (Dpto. Tinogasta, Catamarca) y su alcance extra-regional. En *Cerámicas Arqueológicas: Perspectivas arqueométricas para su análisis e interpretación,* editado por B. Cremonte y N. Ratto, pp. 123-146. EdiUNJu, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Rodríguez, M. F.
1999 Movilidad e intercambios durante el Arcaico en la Puna Argentina. En *En los tres reinos: Prácticas de recolección en el cono sur de América*, editado por C. A. Aschero,

M. A. Korstanje y P. M. Vuotto, pp. 111-120. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán.

2004 Cambios en el uso de los recursos vegetales durante el Holoceno en la Puna meridional argentina. *Chungara* 36 (1):403-413.

Rodríguez, M. F. y C. A. Aschero

2005 *Acrocomia chunta* (Arecaceae) Raw material for cord making in the Argentinean Puna. *Journal of Archaeological Science* 32 (10):1534-1542.

Rodríguez, M. F. y J. G. Martínez

2001 Especies vegetales como recursos arqueológicos en el ámbito puneño. Publicación Especial de la *Asociación Paleontológica Argentina* 8:139-145.

Rolandi, D. y S. P. García

2002 "Me amanecí tejiendo". El valor económico del tejido en una comunidad de la Puna Argentina. *Estudios Sociales del NOA* 5:55-81.

Romano, A. S. y C. A. Baied

2012 Vamos al grano… Análisis palinológico de restos camélidos y sus implicancias para el estudio de la movilidad de pastores puneños. *Libro de resúmenes expandidos de las Jornadas de Estudios Andinos. Pensando la multiplicidad y la unidad en los Andes,* pp. 40-42, Tilcara, Jujuy. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

Romano, A. S., C. A. Baied y S. M. L. López Campeny

2014 Por los pastos de la Puna: evidencias palinológicas del pastoreo de camélidos en Antofagasta de la Sierra (Catamarca, Argentina). *Libro de Resúmenes 12nd International Conference of Archaeozoology (ICAZ)*, pp. 135-136. San Rafael, Mendoza.

Santoro, C. M., V. G. Standen y B. T. Arriaza

2001 ¿Patrón funerario arcaico o alteración postdepositacional? El enterratorio de Patapatane en los Andes Centro Sur. *Chungará* 33 (1):43-49.

Schmitz, M. A.

2014 Análisis Tecnológico de Cordelería Arqueológica (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

Schuster, V.

2007 Petrografía de la cerámica de Tebenquiche Chico (Puna de Atacama). *La Zaranda de Ideas* 3:57-78.

Somonte, C. y M. L. Cohen

2006 Caracterización de los conjuntos líticos del sitio agropastoril Punta de La Peña 9-III: Un aporte a la dinámica ocupacional puneña (Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Argentina). *Werkén* 9:135-158.

Standen, V. y C. M. Santoro
1994 Patapatane-1: Temprana evidencia funeraria en los Andes de Arica (Norte de Chile) y sus correlaciones. *Chungara* 26:165-183.

Tarragó, M.
1992 El formativo y el surgimiento de la complejidad social en el noroeste argentino. En *Simposio Internacional Arqueología Sudamericana. Una reevaluación del Formativo,* Smithsonian Institution, Cuenca, Ecuador.

Tchilinguirián, P. y D. E. Olivera
2000 De aguas y tierras: aportes para la reactivación de campos agrícolas arqueológicos en la Puna Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXV:99-118.

Tchilinguirián, P., D. E. Olivera y L. Grana
2007 Paleoambientes sedimentarios y su aplicación en Arqueología. Antofagasta de la Sierra, Catamarca. En *Metodologías Científicas Aplicadas al Estudio de los Bienes Culturales*, Actas del 1er Congreso Argentino de Arqueometría, editado por A. Pifferetti y R. Bolmaro, pp. 472-482.

Urquiza, S. V., A. S. Romano y S. M. L. López Campeny
2013 Historia ocupacional y prácticas sociales: Un análisis arqueofaunístico contextual. Sitio Piedra Horadada 2, Antofagasta de la Sierra, Catamarca, Argentina. En *De la Puna a las Sierras: Avances y Perspectivas en Zooarqueología Andina*; editado por A. Izeta y G. Mengoni Goñalons. BAR International Series 2564, South American Archaeology Series N° 19 (Ed. A. D. Izeta), pp. 121-144. Oxford, England.

Willey, G. R. y P. Phillips
1958 *Method and theory in American Archaeology*. Chicago: University of Chicago Press.

Yacobaccio, H. D.
2000 Inhumación de una cabeza aislada en la Puna Argentina. *Estudios Sociales del NOA* 4 (2):59-69.

Zagorodny, N., B. Balesta y M. Morosi
2008 Caracterización composicional de la cerámica funeraria de La Ciénaga. En *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (2004), compilado por A. Austral y M. Tamagnini, Tomo II:253-260. Universidad Nacional de Río Cuarto.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 355-383

ARQUEOLOGÍA EN ESPACIOS CONTRASTADOS EN LOS PIEDEMONTES ORIENTAL Y OCCIDENTAL DE CUMBRES CALCHAQUÍES (TUCUMÁN-ARGENTINA) DURANTE EL 1° Y 2° MILENIO DE NUESTRA ERA

Mario Alejandro Caria*
Julián Patricio Gómez Augier*

"Hemos dado al mundo una medida mediante categorías,
que rigen para un mundo completamente fingido"

Nietzsche

ABSTRACT

This chapter synthetises and discusses archaeological knowledge generated over nearly a decade of work in the eastern and western slopes of the Cumbres Calchaquíes (Tucumán Province, Argentina). Traditionally, archaeologists considered both slopes as partially disconnected halves rather than seeing them as an articulated unit as suggested by pre-Hispanic practices. These spaces, while having highly contrasting environmental characteristics, have maintained over time close ties that justify an integrated approach to their cultural development. In this paper we consider the area of the summits not as a barrier/obstacle, but more as an element that shapes, gives coherence and historical identity to the pre-Hispanic populations related to it. In order to visualize these relationships in historical perspective, investigations aimed at characterizing the spatial process of occupation of the area with a particular focus on first millennium A.D. sites as they can be considered representative of Formative period lifestyles, with marked differences to those observed in earlier and later periods. We offer an explanatory model of the historical processes that unfolded in the area, integrating palaeoenvironmental information, settlement patterns, movement of goods and social relations between the pre-Hispanic groups.

***Keywords**: explanatory models – historical processes – contrasting environments*

* Instituto de Geociencias y Medio Ambiente. Instituto de Arqueología y Museo. Facultad de Ciencias Naturales. Universidad Nacional de Tucumán. CONICET.

INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre la relación entre espacios ambientalmente contrastados tienen larga data en el Noroeste Argentino (NOA), sin embargo estos han puesto énfasis en considerar a los mismos como unidades históricamente compartimentadas donde, por ejemplo, lo selvático constituía, simplemente, el complemento de un espacio andino preeminente. El desarrollo social prehispánico fue considerado desde el punto de vista de las investigaciones arqueológicas como un proceso diferencial entre aquello que era propio de las "tierras altas" y aquello otro de las "tierras bajas". Si bien estas categorías conceptuales eran útiles (y aún lo siguen siendo) para establecer diferenciaciones en los modos de vida de los grupos prehispánicos del NOA, creemos que en la situación actual de conocimientos para el área, las mismas deben ser revisadas. El avance en la producción de información, a partir de sitios ubicados en la región del piedemonte y llanura, han generado nuevos modelos y propuestas para entender y articular los niveles de interacción e integración en la región, superando la división artificial establecida a partir de sus contrastes ambientales. Actualmente, ya no se considera a las "tierras bajas" como áreas periféricas o marginales respecto al mundo andino, sino como plenamente integradas al proceso sociocultural prehispánico del NOA. En este sentido, el registro arqueológico permite evidenciar una dinámica notable entre ambas áreas (Núñez Regueiro y Tartusi 1987; García Azcarate y Korstanje 1995; Yacobaccio 2001; Ventura 2001; Ventura y Ortiz 2003; Garay de Fumagalli 2003, entre otros). Núñez Regueiro y Tartusi (1987) proponen al piedemonte selvático de las estribaciones orientales de los Andes (macro-área pedemontana) como un espacio de convergencia y síntesis de elementos andinos y amazónicos con identidad propia. En cuanto a estas relaciones para el NOA se asumió, por lo general, que eran predominantemente Puna-Yungas y no a la inversa; aunque se sabe que las mismas fueron siempre bidireccionales (Caria *et al.* 2009). Estas presunciones se han basado hasta el momento en evidencias que, debido a las posibilidades diferenciales de preservación y localización en ambas áreas (considerablemente más limitadas en el sector de tierras bajas), han generado una falsa percepción acerca de las fuerzas de las relaciones de la interacción entre ellas. Así, las relaciones entre estas áreas han estado, por lo general, definidas a partir de considerar el registro arqueológico en sitios de la Puna, donde se recuperaron elementos procedentes de las Yungas (Aschero 2000). Como señaláramos, esta situación de representación diferencial de los conjuntos arqueológicos ha producido un efecto distorsivo, donde los procesos culturales del piedemonte oriental selvático y la llanura parecerían haber estado subordinados a los de la Puna y los valles intermontanos occidentales.

Por otra parte, la información etnohistórica muestra que para el momento de contacto, el movimiento y circulación de gente se realizaba siguiendo las laderas altas en sentido meridiano y los pasos y abras en sentido este-oeste. Esta práctica, seguramente vigente desde momentos tempranos, contrasta con la visión occidental que priorizaba la utilización de los cauces y fondos de valle como vías naturales de desplazamiento (Lorandi y Boixadós 1987). A partir de la conquista y colonización española, el sistema Cumbres Calchaquíes-Sierra del Aconquija fue visualizado como una barrera topográfica, y las investigaciones arqueológicas reprodujeron luego esta visión que se contradice con los datos arqueológicos.

En este trabajo se presentan y discuten los conocimientos arqueológicos generados a lo largo de casi una década de investigaciones arqueológicas en las vertientes oriental y occi-

dental de las Cumbres Calchaquíes en la provincia de Tucumán. Como objetivo central se busca comprender las relaciones históricas que vinculan a los pueblos asentados sobre ambas vertientes de Cumbres Calchaquíes y las consecuencias de estas relaciones para cada uno de ellos. Otro de los objetivos es determinar a qué factores principales obedecen las diferencias que se observan en las formas de ocupación del espacio; es decir, si responden a causas de orden económico, interétnico, político, simbólicos o si resultan ser multicausales. En ese sentido, creemos que uno de los elementos de mayor peso gira en torno a la producción de alimentos y la obtención de recursos claves para la subsistencia en un marco de complementariedad típicamente andina.

Para un abordaje en perspectiva histórica de nuestra problemática es necesario contar con un marco paleoambiental que permita situar las interpretaciones del desarrollo cultural en el escenario de un entorno que ha sido dinámico a lo largo del tiempo y al que las sociedades han debido adaptarse. Por ejemplo, cambios en el ambiente debieron incidir fuertemente en la producción y obtención de alimentos, entre otros aspectos. La magnitud de algunos de estos eventos de cambio climático ya registrados (de corta, mediana y larga duración) y sus consecuencias ambientales justifican, entonces, considerarlos al momento de analizar el abordaje antes señalado.

Desde lo temporal hemos podido constatar, mediante dataciones absolutas, ocupaciones para estos espacios desde ca. 4800 años A.P.; no obstante, nuestro análisis se concentra en el lapso que va desde el 1500 A.P. hasta el 800 A.P., cuando se verifican profundos cambios en los modos de ocupación del espacio y del repertorio iconográfico –reflejo de la cosmovisión– en sincronía con las marcadas transformaciones ambientales detectadas para el área de estudio (Gómez Augier y Caria 2009, 2012).

Con el objetivo de visualizar los cambios culturales en perspectiva histórica, las investigaciones estuvieron orientadas a la caracterización de los procesos de ocupación del espacio, por ser estos los que mejor reflejan las transformaciones al interior de los grupos, tanto en sus aspectos relacionales como en los económicos-productivos y de creencias. Particularmente nos centraremos en el análisis de aquellos sitios pertenecientes al primer milenio D.C., por considerarlos representativos de los modos de vida señalados para lo que se define como Formativo y contraponerlos con aquellos observados para momentos anteriores y posteriores. Por otra parte, las cronologías absolutas arrojan hasta el momento una mayor visibilidad para aquellas ocupaciones hacia finales del primer milenio, en un momento de transición hacia modos de vida, política y económicamente más complejos, que resultan claves para la comprensión de los cambios operados al interior de los grupos.

Las investigaciones se desarrollaron sobre tres ejes temáticos que analizaron los cambios acontecidos entre el primer milenio y los inicios del segundo milenio de nuestra era. Estos ejes de análisis son: 1) la caracterización paleoambiental; 2) el manejo del espacio prehispánico y 3) el desarrollo de los espacios productivos.

Para una mejor comprensión estructuramos el trabajo desarrollando cada uno de los ejes por separado, para finalmente integrarlos en una propuesta de interpretación general para la arqueología del Formativo en el área estudiada. Los antecedentes, metodología y resultados respecto a cada eje serán tratados para cada uno de ellos en forma sintética o destacando aquellos puntos más importantes para el propósito final del trabajo.

MARCO TEÓRICO REFERENCIAL

Nuestra propuesta lleva implícito un esfuerzo por acercarnos a la alteridad de la percepción del mundo en el pasado tanto tangible como ideal. El paisaje no puede ser considerado solamente como una entidad física externa y pasiva a la cual los humanos se adaptaban sino que debe ser reconocido como un producto cultural creado por la objetivación de la acción social tanto de carácter material como simbólico (Curtoni 2007). De acuerdo a esta idea, la percepción del mundo se manifestará a través de la conducta desplegada sobre el espacio y las cosas de diferentes maneras, generando paisajes sociales históricamente contingentes plasmados en lo que se ha denominado como territorios (Curtoni 1999). Estos territorios o paisajes, por ello, son dinámicos y cambiantes. Nuestra propuesta busca identificar los elementos materiales que nos acerquen a una identificación –al menos parcial– de estos territorios, sus características esenciales, límites e interacción como así también los cambios que experimentaron a lo largo del tiempo.

El análisis lleva implícita, también, una crítica a la visión cartesiana moderna del espacio prehispánico, si bien esta perspectiva ha intentado ser superada en los estudios arqueológicos más recientes (Lorandi y Boixados 1987; Ventura y Ortiz 2003; Curtoni 2007), su proyección hacia el pasado persiste, en particular para el Noroeste argentino. Así, muchas veces, el espacio ha sido compartimentado en segmentos definidos en función de ciertas características notables, por ejemplo, las ambientales, dejando de lado la posibilidad de que determinados territorios históricos no se ajustaran necesariamente a estos ambientes, sino que los atravesaran y enlazaran en formas diferentes y ajenas a nuestra racionalidad.

ÁREA DE ESTUDIO Y CARACTERIZACIÓN DE LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS

El área de estudio abarca las laderas y piedemonte oriental y occidental del cordón montañoso de Cumbres Calchaquíes en la provincia de Tucumán. Las Cumbres Calchaquíes se extienden desde el Abra del Infiernillo al sur, hasta los límites entre Tucumán y Salta al norte (Figura 1).

En términos de su localización y entorno natural, puede ser caracterizada como una zona de transición entre ambientes ecológicamente bien diferenciados: al oeste el seco y árido valle de Santa María y las zonas de pasturas del valle de Tafí y, al este, la selva de los faldeos orientales de Cumbres Calchaquíes; todos estos ambientes se suceden en un rango de tan sólo 40 km en sentido meridiano. El amplio rango de altura existente (desde los 400 msnm a los 5000 msnm) posibilita, asimismo, una marcada zonación biótica vertical (Caria *et al.* 2009). El fenómeno de "sombra de lluvia" origina ambientes altamente contrastados para las laderas y espacios localizados a cada lado del cordón de Cumbres, con consecuencias notables para el desarrollo de los organismos y las posibilidades de instalación y aprovechamiento humano.

Para el área del piedemonte y la ladera occidental, las unidades geomorfológicas son de origen estructural-denudativo, fluvial y eólico. Las laderas denudacionales del flanco occidental de Cumbres Calchaquíes presentan pendientes fuertes y pronunciadas, lo que sumado a las características del clima (en el pasado y en el presente), han generado importantes procesos de remoción en masa formando grandes conos en su piedemonte. Otras geoformas

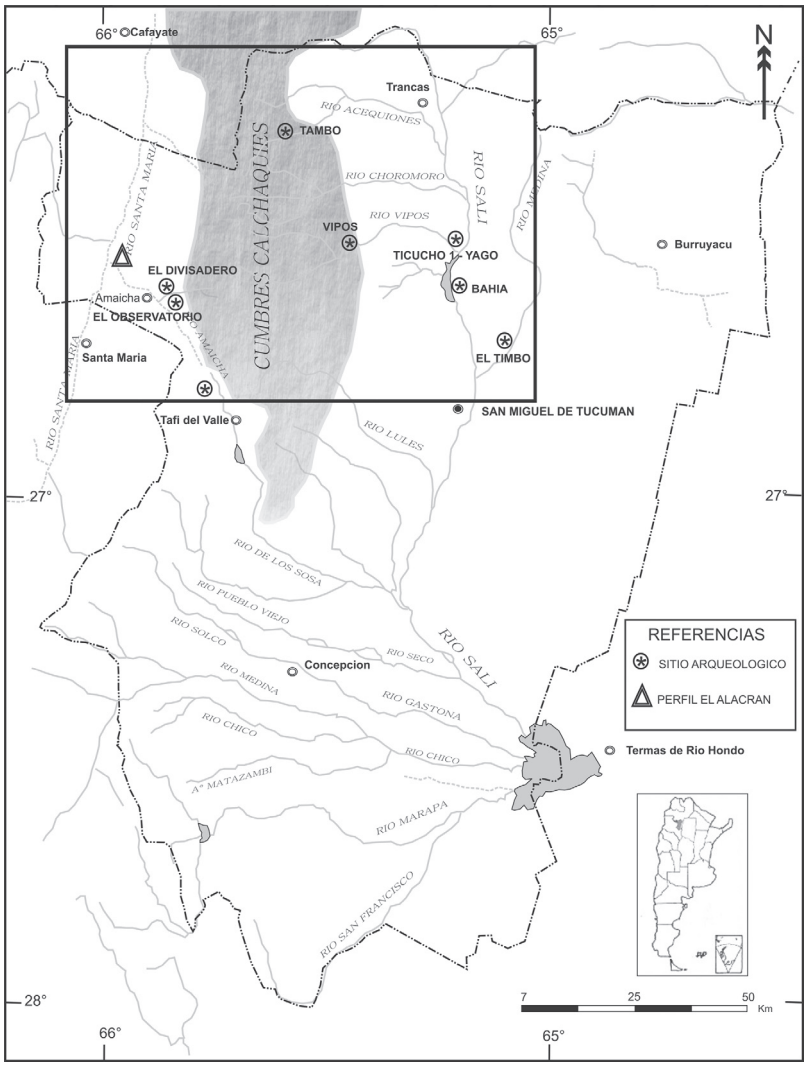


Figura 1. Área de trabajo y ubicación de sitios arqueológicos.

importantes son las superficies erosivas caracterizadas como glacis de erosión (Gómez Augier y Collantes 2006).

El clima de esta área se puede definir como desértico, frío, con temperaturas medias anuales de 19° y con lluvias de verano e inviernos secos. Las precipitaciones son de alrededor de 200 mm anuales. Existe además un marcado contraste térmico estacional y diurno. Sin embargo, el clima no es homogéneo y admite variaciones locales, generalmente relacionadas con altura y posición en el relieve. Las comunidades vegetales presentes en el área corresponden a poblaciones de arbustos xerófilos y cardonales.

En cuanto al área del piedemonte y ladera oriental de Cumbres Calchaquíes se distinguen tres unidades morfológicas que generan, dentro de la fisonomía uniforme del área, tres regiones particulares: área montana, piedemonte y valles fluviales. Circundada por cordones

montañosos predomina un clima sub-húmedo a semiárido con precipitaciones que van desde 500 a 1000 mm de este a oeste. Las características mencionadas han contribuido a formar una vegetación propia del Parque Chaqueño en la parte oriental y central del área que transicionalmente pasa al ambiente fitogeográfico del bosque sub-tropical o Yungas hacia el oeste. Así, en la proximidad de los ríos y cursos de agua se enriquece con nuevos ejemplares de mayor tamaño, cambiando a monte mesófilo al entrar en la franja de mayor precipitación anual, que corresponde al faldeo oriental de las Cumbres Calchaquíes.

Breve caracterización de los sitios analizados

Los sitios arqueológicos investigados por nosotros, en el área de estudio considerada, y que se presentan en este trabajo son los sitios Ticucho 1, Yago, Tambo, Terraza, Bahía y El Timbó, todos ellos ubicados en la ladera oriental y piedemonte de Cumbres Calchaquíes y cuenca Tapia-Trancas. También se incluyen para la ladera y piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes los sitios El Divisadero, El Observatorio, Quebrada de Los Corrales.

El sitio Ticucho 1 se encuentra ubicado en la superficie de un glacis y presenta estructuras circulares de roca de cinco metros de diámetro y gran cantidad de instrumentos de molienda (morteros y conanas). Un piso de ocupación claramente definido pudo localizarse a los 70 cm de profundidad en el interior de una de las estructuras, presentando material arqueofaunístico, cerámico y lítico (lascas de cuarzo, cuarcita, obsidiana y basalto). La datación del mismo arrojó un fechado de 1020±35 años radiocarbónicos A.P. (Caria 2004).

El sitio Yago se localiza al oeste del sitio Ticucho 1 (Caria 2004), sobre la misma superficie del glacis en el que se encuentra este último, y fue recientemente datado en 1359±57 años radiocarbónicos A.P. (AA99230; hueso). Como rasgo distintivo presenta un diseño arquitectónico (o patrón de asentamiento) inédito para el área (Figura 2). El mismo está constituido por 30 estructuras de piedra de diferentes tamaños y formas distribuidas de tal manera que conforman una especie de herradura perimetral que rodea una depresión central. Las estructuras pueden diferenciarse de la siguiente manera: 1) 26 estructuras circulares de piedra cuyos diámetros varían entre 1 y 2 m de diámetro (Figura 3); 2) una estructura cuadrangular de piedra de 2 por 2 m de lado; 3) un empedrado a manera de "rampa" de 5 m de largo por un metro de ancho que se extiende desde el límite interior del perímetro hacia el exterior del mismo; 4) dos alineamientos de piedra en forma de L (2 x 1 m) que se encuentran adosadas a los lados de la "rampa" y que forman parte del perímetro del complejo de estructuras y 5) alineamientos de piedra ubicados entre las caras externas de las estructuras circulares, formando una especie de muro adosado que marca el perímetro del sitio. Constituyendo parte del perímetro del complejo se encuentran distribuidos sobre la superficie ocho instrumentos de molienda (morteros y conanas) confeccionados sobre rocas metamórficas y areniscas (Figura 4). De la excavación de tres de las estructuras circulares se recuperó material cerámico, lítico y arqueofaunístico (principalmente restos de camélidos domesticados) (ver Caria *et al.* 2011). Especialmente el material arqueofaunístico se compone de 122 especímenes entre huesos completos y fragmentos procedentes de las estructuras E5, E6 y E28. Desde el punto de vista tafonómico, el estado general de la muestra es de muy bueno a excelente lo que estaría indicando condiciones relativamente rápidas de soterramiento con escasa exposición a los agentes atmosféricos y un medio sedimentario

favorable a su conservación. Un 15% de los fragmentos de huesos largos (diáfisis) presentan fracturas en espiral y curva, de carácter intencional, y marcas de cortes. La muestra presenta también algunos especímenes que evidencian alteración térmica por exposición directa al fuego. Anatómicamente se pudieron identificar fragmentos de huesos largos (diáfisis y epífisis) y cortos como falanges, vértebras y láminas de costilla así como también algunas piezas dentarias, placas de caparazón y valvas de moluscos. Taxonómicamente la muestra se compone mayoritariamente de fragmentos pertenecientes a camélidos que por tamaño corresponderían a llama o guanaco (*Lama glama; Lama guanicoe*) de individuos jóvenes, adultos y adultos mayores de acuerdo a los criterios de secuencia de fusión epifisial y de erupción y desgaste dentario. Es interesante mencionar el hallazgo de un fragmento de diáfisis de metapodio de camélido (presumiblemente *Lama glama*) sin fusionar, atribuible a un individuo neonato. Se registraron asimismo algunos huesos de aves medianas y pequeñas, aún no identificadas, y la extremidad posterior de un ave grande que se atribuye a ñandú (*Rhea americana*). Asimismo se identificaron huesos pertenecientes a ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*), placas de dasipódidos (*Chaetophractus villosus*), huesos largos y maxilares de roedores tipo *Ctenomys* y extremidades de anfibios (anuros). Por otra parte, se constató la formatización por corte intencional de un fragmento óseo de ave (Caria *et al.* 2011).

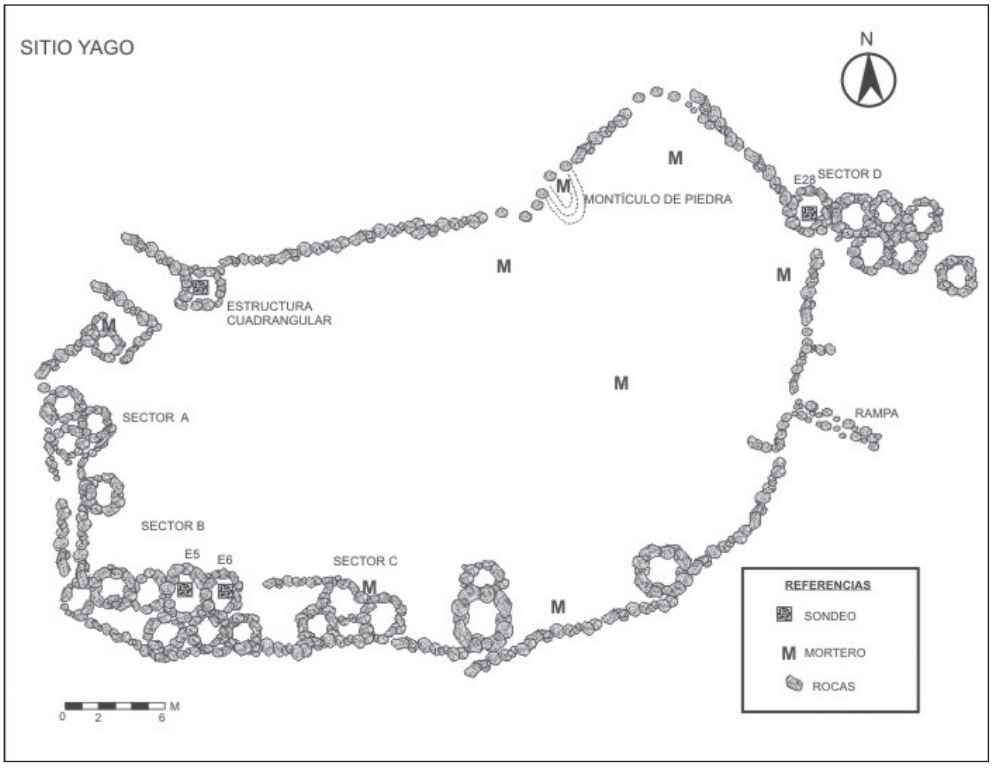


Figura 2. Croquis del sitio Yago (Ticucho).

Figura 3. Estructura del sitio Yago (Ticucho).

Figura 4. Instrumento de molienda ubicado en el sitio Yago (Ticucho).

El sitio Tambo (San Pedro de Colalao), emplazado sobre un glacis y sin estructuras en superficie, podría definirse como un taller lítico. Presenta un amplio registro de desechos y artefactos de obsidiana, junto con materiales cerámicos y huesos de camélidos en estratigrafía. Una datación sobre material de excavación arrojó una edad de 1809±49 años radiocarbónicos A.P. (AA99228, hueso).

El sitio Terraza (Vípos) consiste en 5 estructuras de rocas, semicirculares, poco definidas y dispersas en la superficie de una terraza fluvial. Asimismo se recuperaron algunos tiestos de cerámica gris pulida junto a otros fragmentos de factura ordinaria. Entre el material lítico, se recuperaron numerosas obsidianas. Este sitio, por sus características, es representativo de los asentamientos típicos del primer milenio de nuestra Era para el área.

El sitio Bahía se encuentra localizado en la margen oriental del Embalse Dr. Celestino Gelsi (El Cadillal). En el mismo se detectó una estructura de piedra subcuadrangular y materiales arqueológicos en lo que anteriormente habría sido una lomada en el borde del valle fluvial, actualmente anegado (Figura 5). Los materiales se encuentran aflorando a lo largo de casi 400 m sobre la costa y el sitio se encuentra sumergido durante gran parte del año. Se excavó la estructura sub cuadrangular donde se recuperó material cerámico correspondiente a estilos tempranos, y no muy frecuentes para la zona, como Condorhuasi polícromo y Vaquerías. También se recuperaron otros de filiación típicamente Candelaria, restos de pipas, cuentas, una punta de flecha y numerosas lascas y artefactos de obsidiana y de cuarcita rosada, así como instrumentos de molienda. También se recuperó material óseo perteneciente a fauna (camélidos, cánidos y dasipódidos), algunos de ellos quemados y fragmentados.

Figura 5. Estructura ubicada en el sitio Bahía (El Cadillal).

El sitio Las Salinas (El Timbó, Burruyacu) se encuentra localizado en un paisaje pedemontano con lomadas suaves, disectadas por arroyos y terrazas fluviales en un ambiente de Selva de Transición. Puntualmente el sitio se ubica en el margen del arroyo La Perdiz, sobre un acuífero surgente de salmuera saturada, explotado desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad. Se caracteriza por una alta concentración de material cerámico en estratigrafía, disperso en el espacio y sin asociación a arquitectura superficial. Se encuentran presentes en él diferentes estilos cerámicos que incluyen algunos propios de la llanura chaco-santiagueña (Sunchituyoj y Averías) como así también aquellos típicos del piedemonte y de valles y quebradas (Candelaria, Aguada, Tafí y Santa María). Trabajos recientes han interpretado a este sitio como un yacimiento vinculado a la extracción y circulación de sal de carácter multiétnico (Gómez Augier *et al.* 2007).

El sitio El Divisadero (Ampimpa) se encuentra ocupando un amplio sector de la porción media y apical de un extenso abanico aluvial en el piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes. Numerosos conjuntos de estructuras de rocas circulares agregadas, montículos de rocas y sectores de andenería asociados componen el patrón de asentamiento dominante (Figura 6); presenta asimismo algunas estructuras circulares aisladas de características megalíticas y rocas en posición vertical a la manera de menhires. También se han podido detectar algunos grabados y maquetas sobre bloques de rocas, que por las características de sus motivos y pátinas pertenecerían a dos momentos diferentes; uno a grupos de cazadores del Holoceno Medio y otro a sociedades formativas (Adris 2010). El conjunto de estructuras presenta una complejidad notable y si bien hasta el momento lo consideramos como un solo sitio, no puede descartarse que en realidad se tratara de asentamientos diferentes. El material cerámico recuperado en sondeos y en superficie corresponde a los estilos, Condorhuasi Polícromo, Ciénaga Gris Grabado y Aguada Pintado. El material lítico incluye, lascas y artefactos de basalto, obsidiana, cuarzo y cuarcita rosada. El patrón arquitectónico y los materiales cerámicos y líticos recuperados junto a dos fechados radiocarbónicos (1275 ± 43 años radiocarbónicos A.P. y 1239 ± 47 años radiocarbónicos A.P.) (Gómez Augier y Caria 2012a), sitúan la ocupación del sitio hacia ca. 1200 años A.P. En inmediaciones del sitio, en el sector Apical, se han localizado enterratorios humanos (múltiples) que han arrojado fechados que los ubican en el Holoceno Medio (4114 ± 54 años radiocarbónicos A.P. y 3943 ± 55 años radiocarbónicos A.P.) (Gómez Augier y Caria 2012); esto estaría mostrando una persistencia en el uso del espacio y una vinculación simbólica entre los grupos a lo largo de casi 5000 años.

Contiguo al sitio anterior y separado por el río Ampimpa se encuentra el sitio El Observatorio; el mismo se ubica sobre una superficie de glacis de erosión, donde se han excavado estructuras que por sus características, obligan a considerar, una posible ocupación durante el Tardío (Gómez Augier y Caria 2008). Entre los materiales recuperados en superficie y excavación hay un claro predominio de cerámica de estilo Santamariano (Santamariano Negro sobre Blanco, Famabalasto Negro Grabado y Quilmes). También se recuperó abundante material arqueofaunístico perteneciente a camélidos domésticos y silvestres lo que llevó a proponer al sitio como un espacio destinado al manejo de camélidos, probablemente como un puesto para cría y pastoreo subordinado a un centro poblacional de mayor jerarquía (Gómez Augier 2005).

En cuanto al sitio Quebrada de Los Corrales se ubica sobre el Abra del Infiernillo, con una cota altimétrica promedio de 3200 msnm. Este sitio, está constituido por tres tipos de

Figura 6. Estructura monticular ubicada en el sitio El Divisadero (Ampimpa).

estructuras: 1) recintos habitacionales, 2) corrales para animales y 3) andenes de cultivo. También se ha localizado y estudiado una cueva. El lapso temporal de ocupación prehispánica del mismo habría estado acotado a un rango temporal de ca. 2300-600 años A.P. (ver Oliszewski *et al.* en este volumen). Hallazgos recientes atestiguan ocupaciones tempranas de unos ca. 7000 años para el sitio (Martínez *et al.* 2013) que muestran similitudes con aquellas señaladas para el sector Apical del sitio El Divisadero y estarían marcando posibles tendencias en el uso del espacio para el ámbito regional.

PALEOAMBIENTE

Los trabajos realizados en el valle de Tafí, la cuenca Tapia-Trancas (piedemonte oriental de Cumbres Calchaquíes) y el valle de Santa María, aportaron evidencias concretas sobre las variaciones en el clima del pasado. Esta información junto con la obtenida a partir de investigaciones geológicas y botánicas previas para otras áreas de la provincia permitió generar un esquema paleoambiental regional. En el marco de este esquema observamos que el primer milenio de nuestra era se caracteriza por ser un periodo de mayor humedad respecto a momentos previos y posteriores, y es coincidente con gran parte del periodo Formativo.

Para el área del piedemonte oriental de Cumbres Calchaquíes la información palinológica y edafológica obtenida muestra que con anterioridad a *ca.* 1000 años A.P. el área estuvo

caracterizada por un ambiente con condiciones húmedas y cálidas, como se infiere del espectro polínico analizado en el sitio Acequia (ver Caria y Garralla 2003, 2006; Caria 2004; Caria y Sayago 2008). Información paleoambiental procedente del sitio Ticucho 1 sugiere hacia el año 1000 A.P. un cambio importante en las condiciones ambientales respecto al momento anterior debido a variaciones climáticas. Los taxones característicos de ambientes húmedos son reemplazados por otros propios de regiones áridas y frías, principalmente vegetación arbustiva y xerófila. La alta concentración de loess en las capas correspondientes a este momento enfatiza la idea del desarrollo de condiciones ambientales más secas y frías respecto al momento anterior (Caria y Garralla 2003; Caria 2004; Caria y Sayago 2008).

Para la zona localizada en el límite entre los bloques Aconquija-Cumbres Calchaquíes, Caria y colaboradores (2010) sintetizaron los datos paleoambientales. En el valle de Tafí veinticinco perfiles edáficos relevados muestran que las condiciones paleoambientales durante el periodo *ca.* 2300 a 1200 años A.P. fueron más húmedas que las actuales (Sampietro y Sayago 1998; Sampietro 2002). Este periodo (conocido como Periodo Húmedo del Holoceno Tardío) culminó con el establecimiento abrupto de condiciones de mayor aridez que las actuales, ello está evidenciado por discontinuidades paleoedáficas entre el paleosuelo de ocupación prehispánico y el suelo actual. En este sentido, Garralla (1999) en un perfil de 16 m en la zona de El Infiernillo, muestra que antes del 2000 ± 50 años radiocarbónicos A.P. se observa el predominio de vegetación herbácea con asociación polínica característica de la estepa graminosa. Desde este momento hasta el 875 ± 20 años radiocarbónicos A.P. se registra un incremento en el porcentaje de polen arbóreo y arbustivo con especies típicas del bosque montano subtropical. Esta asociación sugiere, según Garralla (1999), mayor aporte polínico por vientos provenientes del este y cambios de condiciones frías y secas de la base del perfil a frías y más húmedas en el período comprendido entre 2000-900 años A.P. A partir de 875 ± 20 años radiocarbónicos A.P. hasta la actualidad el porcentaje de polen arbóreo y arbustivo volvió a disminuir con dominancia de las especies herbáceas sugiriendo una disminución de humedad respecto al período anterior.

Por otra parte, Strecker (1987) basándose en la presencia de una capa de arenas ricas en materia orgánica en las terrazas del río Santa María, datada en 2190 ± 53 años radiocarbónicos A.P., confirmaría que el Periodo Húmedo del Holoceno Tardío (identificado también para el piedemonte oriental y el valle de Tafí como ya se señalara) alcanzó también los valles áridos del oeste. Las condiciones de aridez habrían comenzado a manifestarse ca. 1200 años A.P. –coincidente con el Período Medieval Cálido– intensificándose en las centurias siguientes, de acuerdo a la descripción y fechados en sedimentos de la margen izquierda del río Santa María. Esta tendencia se corresponde con lo que observamos en la secuencia de El Infiernillo y con el perfil geológico sedimentario analizado y datado del sitio El Alacrán (paraje Encalilla), próximo a la margen derecha del río Santa María (Gómez Augier y Caria 2012b). Este perfil es representativo de las condiciones ambientales para el área en los últimos 1400 años. Desde su base datada en 1385 ± 15 años radiocarbónicos A.P. hasta su techo datado en 165 ± 15 años radiocarbónicos A.P. se observa, a partir de las características sedimentológicas, un incremento gradual en la aridez, al menos en términos locales. En este perfil han sido identificados, en una sola columna estratigráfica, los tres periodos de alternancia climática conocidos como Período Húmedo del Holoceno Tardío, Periodo Medieval Cálido y Pequeña Edad de Hielo (Gómez Augier y Caria 2012).

Sintetizando, para toda el área de estudio, piedemonte y laderas oriental y occidental de Cumbres Calchaquíes, visualizamos como tendencia general que a partir de ca. 2500-

1200 años A.P. el clima está caracterizado por el incremento en las condiciones de humedad (Período Húmedo del Holoceno Tardío). Posteriormente, entre 1200-800 años A.P. se produce un abrupto y marcado desmejoramiento de las condiciones ambientales previas, por un clima excepcionalmente cálido y seco, que se corresponde con una tendencia extra-regional conocida como Período Medieval Cálido (Stine 1998; Sayago *et al.* 2001; Zinck y Sayago 2001). Finalmente, entre 800 años A.P. hasta la actualidad, observamos un leve mejoramiento climático aunque intercalado con un evento frío-seco coincidente con la Pequeña Edad de Hielo (Figura 7).

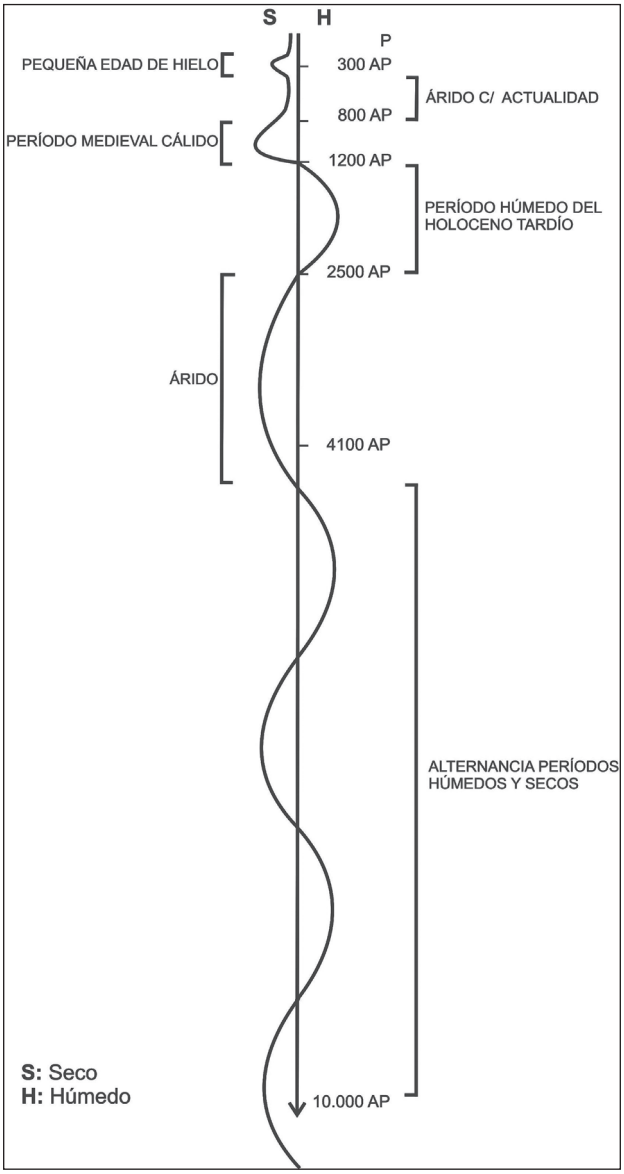


Figura 7. Esquema paleoambiental para la provincia de Tucumán.

EL ESPACIO PREHISPÁNICO

El espacio en el contexto del área de Cumbres Calchaquíes y zonas adyacentes puede ser analizado a partir de dos grandes escalas. La primera de ellas referida a los patrones locales de ocupación de los sitios; la segunda involucra el estudio de las relaciones y vínculos entre las poblaciones localizadas en los ambientes diferentes. Para los patrones locales se discuten los aspectos ligados a la arquitectura y el paisaje, tomando para ello algunos de los sitios trabajado por nosotros y que cuentan con mayor información; mientras que para el estudio de las relaciones y vínculos entre los diferentes ambientes se tienen en cuenta elementos como la distribución de obsidianas, la importancia de la sal y la cerámica en el circuito de movilidad, todo ello ligado también a la cría, uso y consumo de camélidos.

Patrones locales de ocupación

Las sociedades aldeanas en el área se han caracterizado, durante el Formativo, por la utilización de los mismos espacios domésticos y productivos; esta relación es visible claramente en los asentamientos ubicados en el piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes y los valles intermontanos. Para el piedemonte oriental norte de las Cumbres Calchaquíes, sin embargo, no ha sido posible hasta el momento identificar los espacios de producción agrícola, aunque existen evidencias que muestran el procesamiento y consumo de plantas domesticadas (Caria *et al.* 2011), quedando aún por establecer su importancia relativa respecto de la recolección de vegetales y/o la horticultura.

Por otra parte, las formas de ocupación del espacio, es decir, los patrones de asentamiento (entendidos como el emplazamiento geomorfológico y la arquitectura desplegada sobre éste) reflejan las características de los condicionantes locales para la construcción y la ubicación de los sitios. A pesar de estas particularidades y sus atributos específicos, es posible, no obstante, visualizar elementos en común entre las áreas que permiten ligarlos, al menos, en sus componentes sociales y productivos básicos. Un ejemplo de esto puede observarse en la replicación de patrones arquitectónicos similares para sitios localizados en los valles y quebradas intermontanos como los de Tafí (Berberián y Nielsen 1988), La Ciénega (Cremonte 1996), Quebrada de Los Corrales (Caria *et al.* 2006, 2007; Oliszewski *et al.* 2008; Di Lullo 2010), El Divisadero (Gómez Augier y Caria 2012b), El Remate (Aschero y Ribotta 2007) y Sierra de Medina (Krapovikas 1968). Una situación particular es la que se observa para la cuenca de Tapia-Trancas y gran parte del piedemonte oriental norte de Cumbres Calchaquíes, donde los patrones de ocupación del espacio mantienen una regularidad notable a lo largo del tiempo, con excepción del sitio Yago (Caria *et al.* 2011), patrón que sólo se ve complementado con formas nuevas hacia finales del Formativo con el advenimiento de grupos santamarianos (Berberián y Soria 1970; Esparrica 1999; Corbalán 2005). A pesar de esta situación, no obstante, es llamativo observar que este advenimiento no parece haber significado la alteración y ruptura de las formas de vida pre-existentes en los grupos ocupantes de la cuenca y el piedemonte oriental norte; incluso se observa la utilización de los mismos espacios funerarios (Berberián y Soria 1970). Es frecuente además, encontrar asociados estilos característicos de esta área con otros considerados foráneos en espacios domésticos, si bien no están claros aún los términos de estas relaciones (Caria 2004,

2007). Para el piedemonte oriental de Cumbres Calchaquíes se pudo identificar que las unidades geomorfológicas utilizadas con regularidad, durante toda la época prehispánica, fueron los glacis y las terrazas fluviales. Así durante el Formativo las tres cuartas partes de los sitios arqueológicos se encuentran ocupando los glacis, siendo las terrazas fluviales ocupadas menos frecuentemente en este momento. En contraposición, durante el Tardío se produce un aumento en el porcentaje de sitios que ocupan las terrazas. Posiblemente este aumento esté respondiendo a cambios en las condiciones ambientales para ese momento, que afectaron los ciclos de crecida estacionales de los cursos de agua del área. Los sitios de habitación son más numerosos en relación a los enterratorios y los de arte rupestre. Esto respondería a que los espacios habitacionales estarían sujetos a la movilidad del grupo, a la incorporación de nuevos miembros o a la disponibilidad de los recursos estacionales (Caria 2004, 2007). Por el contrario, los lugares de entierro suelen ocupar un único espacio, como lo demuestran los estudios de Heredia (1974) y Berberián y Soria (1970).

Para los valles intermontanos y el piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes, los patrones de asentamiento –arquitectura y emplazamiento– muestran una variabilidad mayor a la señalada para el piedemonte oriental. En este espacio convive una diversidad de patrones que reflejan los importantes cambios sociales, económicos y políticos que tuvieron lugar desde el periodo Formativo al Tardío. En esta transición se observan preferencias en la elección y conformación del paisaje. Durante el Formativo, en general, son recurrentes asentamientos aldeanos de patrón agregado, dispersos en el espacio y articulados directamente con los espacios productivos; aunque este patrón admitiría variaciones locales como el del caso del sitio Quebrada de Los Corrales (ver en este volumen Oliszewski *et al.*). Estos asentamientos se localizan preferentemente en abanicos aluviales ligados al manejo de agua, fondos de valles y superficies de glacis. Asentamientos y espacios productivos se encuentran comúnmente ligados a manifestaciones de arte rupestre que delimitan territorios, señalan caminos y rutas o dan entidad a espacios de orden simbólico. El Tardío, en cambio, se caracteriza en esta área por grandes asentamientos poblaciones de características semi-urbanas separados de los espacios productivos y localizados principalmente sobre grandes abanicos aluviales y secundariamente en las laderas. Son frecuentes también pequeños asentamientos relacionados a estos sitios mayores y destinados a actividades diferenciales como cría de animales, pastoreo o acceso local a recursos puntuales (pigmentos, minerales metalíferos, materias primas para artefactos líticos, recolección de frutos, etc.).

Relaciones y vínculos regionales

Para nuestra zona de estudio, se ha mencionado la posibilidad de una complementariedad de recursos entre las entidades sociales prehispánicas ubicadas a ambos lados del macrosistema Cumbres Calchaquíes-Sierras del Aconquija, a través de la circulación de diferentes productos mediante tráfico humano o caravanero (Núñez Regueiro y Tartusi 1987; Korstanje 1992; Scatolin y Korstanje 1994; García Azcárate y Korstanje 1995).

Como señaláramos, el área de Cumbres Calchaquíes y espacios adyacentes presenta una gran diversidad de ambientes que ha incidido fuertemente en la relación hombre-naturaleza, cobrando importancia la complementariedad de recursos entre las sociedades localizadas en cada ambiente. Esta complementariedad pudo manifestarse de diferentes formas de acuerdo

a la ubicación, período y entidad sociocultural considerada. Algunos modelos propuestos dan cuenta de las posibles formas de complementariedad, como ser el de Verticalidad (Murra 1975), el Modelo Altiplánico (Browman, 1978, 1980) o el de Movilidad Giratoria (Nuñez Atencio y Dillehay 1995). Es probable, por las investigaciones realizadas a lo largo del macro-sistema Sierras del Aconquija-Cumbres Calchaquíes (Scatolin y Korstanje 1994, entre otros), que las poblaciones ubicadas en ambos lados del cordón montañoso practicaran una movilidad cíclica relacionada con el pastoreo de camélidos y la obtención de determinados recursos e intercambio de otros que se aproxime al modelo propuesto por Núñez y Dillehay. Sin embargo, cabe la posibilidad que, para aquellos sitios arqueológicos adscriptos a entidades socioculturales valliserranas (primordialmente sitios Tafí, Aguada y Santamarianos) ubicados en valles mesotérmicos, piedemonte y llanura tucumana, la relación se estableciera también a través de aldeas o asentamientos distanciados de sus núcleos valliserranos y ubicados en otros ambientes para la explotación de uno o varios elementos específicos, respondiendo entonces más a una estrategia de tipo vertical en el control de estos recursos (Gómez Augier *et al.* 2007). La inclusión de nuestra área en este tipo de modelos de circulación y la relevancia de la misma queda establecida a partir de los resultados de nuestras investigaciones.

Coincidimos con Albeck (1994), en que es posible agrupar a todos los productos de intercambio en dos grandes categorías: 1) productos de subsistencia que incluyen los alimenticios y los relacionados con la producción u obtención de los mismos y 2) bienes suntuarios o de prestigio (metales, alucinógenos, minerales y piedras preciosas). El estudio de las rutas caravaneras (antiguas y actuales) pone en evidencia la importancia de productos como la sal para consumo e intercambio y que correspondería a la primera de las categorías antes mencionadas.

La sal ha sido uno de los recursos más buscados en el pasado, no solo para consumo o intercambio, sino también para actividades como la conservación de alimentos y curtiembre. Albeck (1994) plantea que el tráfico de sal se realizaba en tiempos prehispánicos de oeste a este desde la Puna jujeña hacia la Quebrada de Huamahuaca y probablemente hasta los valles orientales del norte del NOA. El hallazgo de una cantidad importante de sal en el basurero del Pucará de Tilcara (Quebrada de Humahuaca) apoyaría esta afirmación. Estudios etnográficos y etnoarqueológicos, mencionan este recurso como parte de los productos utilizados por las poblaciones puneñas (juntos con textiles, objetos cerámicos y otros) para intercambiarlos por carne y productos derivados de animales, vegetales, etc. con los pueblos valliserranos y selváticos (García 1999; García *et al.* 2002). Se afirma que en tiempos prehispánicos la explotación de este mineral fue cada vez más intensa a lo largo del tiempo. Para el caso de Antofagasta de la Sierra-Valles Calchaquíes, se señala que los grupos puneños recolectaban la sal de las salinas que se encontraban en el camino que recorrían hacia los valles. Este elemento era transportado mediante caravanas de llamas y, en épocas hispánicas, mediante caravanas de burros, y se intercambiaba por otros productos tales como maíz, papa, frutas etc. (García *et al.* 2002). Korstanje (1998), integrando datos de encuestas, etnohistóricos y etnográficos, describe otras dos rutas de tráfico e intercambio entre la puna y los valles para el NOA (Laguna Blanca-El Bolsón y Aguas Calientes- El Bolsón), enfatizando el rol de la sal.

Para nuestra área, el estudio del tráfico de sal y de las relaciones derivadas de este, ha sido abordado a partir de las investigaciones realizadas en el sitio-yacimiento de Las Salinas (El Timbó). En este espacio habrían convergido, a lo largo del tiempo y sincrónicamente, una

diversidad de grupos pertenecientes tanto al mundo andino como al de la floresta tropical y el área chaco-santiagueña. Este sitio pone, por lo tanto, en discusión la validez de las propuestas tradicionales que sugieren un esquema de relaciones espaciales predominantemente en dirección oeste-este, al menos en lo que al recurso sal se refiere. La existencia de este recurso confiere al área una importancia mayor a la que se le había otorgado tradicionalmente y le habría conferido en el pasado cierta autonomía respecto a otros espacios como la Puna. Vinculado al flujo de la sal y al funcionamiento de este sitio como un punto nodal, debemos considerar que asociado a éste elemento van adjuntos todo un universo de materialidades, conocimientos e ideas propias del espacio pedemontano oriental que se difunden hacia otras regiones.

Entre las evidencias que mejor reflejan relaciones espaciales a escala regional se encuentra la obsidiana, cuyas características químicas permiten rastrearla desde sus fuentes hasta los puntos de utilización o descarte. A continuación analizaremos la distribución de la misma en los sitios ubicados en nuestra área y sus implicancias en cuanto a movilidad y relaciones entre espacios. A partir de 1990, en el contexto regional, se inician investigaciones orientadas a la localización y caracterización de fuentes de obsidiana y a la determinación de procedencia de muestras arqueológicas. Desde entonces se han localizado y caracterizado varias fuentes de obsidiana como Ona-Las Cuevas, Cueros de Purulla, Chascón, Valle Ancho y Laguna Cavi (Catamarca), Quirón, Alto Tocomar y Ramadas (Salta), Caldera Vilama 1 y 2 (Jujuy) y Zapaleri o Laguna Blanca (Bolivia) (Yacobaccio *et al.* 2002; Escola y Hocsman 2007; Escola *et al.* 2007).

Con respecto a la distribución geográfica que registran las obsidianas de las distintas fuentes es posible establecer dos esferas de circulación principales. La primera, dominada por la fuente Zapaleri en el sector septentrional del NOA y la segunda, dominada por la fuente Ona-Las Cuevas, en el sector meridional del mismo (Yacobaccio *et al.* 2004). A los fines de este trabajo interesa la última de las esferas de distribución mencionadas con un rango de circulación calculado en 340 km. La fuente Ona-La Cuevas se encuentra localizada en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional argentina) y se ha establecido que la obsidiana de esta fuente circuló, durante el lapso de 2200-550 años A.P., entre los sitios arqueológicos de la Puna meridional, el valle del Cajón, la Falda occidental del Aconquija, el valle de Santa María, y hacia el norte el valle de Lerma, y la Quebrada del Toro (Yacobaccio *et al.* 2002).

Asimismo, acompañan a Ona-Las Cuevas en esta esfera de distribución, algunas fuentes menores, de las cuales, interesan en este trabajo sólo dos de ellas: Cueros de Purulla y Laguna Cavi. Respecto de la primera se puede decir que actuó en forma paralela a Ona-Las Cuevas a lo largo del lapso temporal antes mencionado proveyendo de obsidiana a distintos sitios de la Puna catamarqueña, llegando incluso hasta el valle del Cajón (Yacobaccio *et al.* 2004). Por su parte, la fuente Laguna Cavi, ubicada al sur-suroeste del Volcán Galán (Antofagasta de la Sierra), al igual que la fuente Cueros de Purulla, funcionó de manera paralela a la fuente Ona-Las Cuevas aunque con mayor dispersión geográfica que Cueros de Purulla. En efecto, se puede afirmar que su utilización fue detectada en sitios arqueológicos de la Puna catamarqueña, de la Falda occidental del Aconquija, del valle del Cajón, del valle de Santa María y del valle Calchaquí según Yacobaccio *et al.* (2002) y Escola *et al.* (2007) (ver Caria *et al.* 2009).

En base a los análisis realizados por XRF a las muestras de obsidianas procedentes de nuestros sitios Terraza, Tambo, Ticucho 1, El Divisadero, El Observatorio y Quebrada

de Los Corrales, se pudo establecer en primer lugar que las fuentes de procedencia de las muestras de obsidiana de los sitios arqueológicos localizados en ambas vertientes de Cumbres Calchaquíes corresponden a las de Ona-Las Cuevas, Laguna Cavi y Cueros de Purulla. De este modo, podemos afirmar que este sector de Cumbres Calchaquíes es parte integrante de un tráfico de bienes entre grupos prehispánicos de la Puna y el sector valliserrano oriental. En segundo lugar determinamos que la esfera de distribución del sector meridional del NOA, relacionado a la fuente Ona-Las Cuevas, se amplía ahora, en su porción más austral, a las tierras bajas de la provincia de Tucumán. De este modo, se pueden incluir dentro de esta esfera de distribución al piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes (sitios El Observatorio y El Divisadero), el extremo norte de las Sierras del Aconquija (sitio Quebrada del Los Corrales), el piedemonte oriental de Cumbres Calchaquíes (sitios Tambo y Terraza) y la cuenca Tapia-Trancas (Ticucho 1), todos estos en la provincia de Tucumán (Caria *et al.* 2009).

En cuanto a la fuente Cueros de Purulla, cuya distribución espacial, desde la Puna catamarqueña, llegaba hasta el valle del Cajón (Yacobaccio *et al.* 2002), alcanza con estos resultados un mayor rango de distribución, es decir, hasta el piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes (sitio El Divisadero). Lo mismo se puede decir de la fuente Laguna Cavi incluyendo, en este caso, una distribución que toma los piedemontes oriental (sitio Tambo) y occidental (sitios El Divisadero y El Observatorio) de las Cumbres Calchaquíes. Asimismo, se observa la utilización paralela de Ona-Las Cuevas y Laguna Cavi en dos de los sitios (Tambo y El Observatorio) mientras que en el sitio El Divisadero funcionan, también de manera paralela, dos de las fuentes menores, Cueros de Purulla y Laguna Cavi. Se destaca, entonces, de este análisis la inclusión de las tierras bajas orientales en los ámbitos de distribución de las obsidianas localizadas en la Puna de Catamarca (Caria *et al.* 2009) y se postula su distribución como un factor ligado a la movilidad de grupos caravaneros.

En sintonía con la línea argumental anterior es importante discutir la existencia y relevancia del pastoralismo y cría de camélidos en el piedemonte oriental septentrional de Tucumán. Consideramos que esta problemática no ha recibido suficiente atención, a pesar del creciente cúmulo de evidencias que muestran la importancia de este recurso durante el pasado. García Azcárate y Korstanje (1995) señalan que es poco lo que se conoce acerca de la incidencia del recurso ganadero y de la caza para los grupos asentados en el piedemonte oriental y mencionan evidencia indirecta de su utilización en Pampa Grande. No obstante, hallazgos recientes de restos de camélidos (adultos, juveniles y neonatos) en las excavaciones de los sitios Yago, Bahía, Tambo (Caria 2004, 2007; Caria *et al.* 2011), Mortero Hachado (Nasif *et al.* 2007) y Las Salinas (Gómez Augier *et al.* 2007) confirman la utilización de este recurso en las tierras bajas y sugieren actividad ganadera in situ (Caria *et al.* 2011). La presencia del recurso *camelidae* debe entenderse, creemos entonces, no como un elemento secundario o complementario de la economía, sino como uno equivalente a los de la caza, recolección y agricultura. Una arquitectura, basada probablemente en elementos perecederos, hacen dificultosa la visualización de los espacios de cría, aunque se han identificado algunas estructuras de piedra que podrían haber tenido la función de corrales (sitio Moya) (Caria 2004). Es posible pensar, como ya señaláramos, que los camélidos desempeñaron un papel central en las redes de intercambio mediante el tráfico caravanero de sal, obsidianas y cerámicas, por lo que su presencia en el sector oriental podría haber tenido una doble función como alimento y transporte.

Otro elemento diagnostico clásico que ha servido para visualizar la distribución de los grupos en el espacio y "áreas culturales" (Willey y Phillips 1958) es la cerámica. A pesar de los riesgos que implica realizar extrapolaciones directas entre estilos cerámicos y poblaciones (Gómez Augier *et al.* 2007), no obstante, es indudable que la misma constituye un indicador válido para poder observar ciertas relaciones histórico-espaciales. Así, se ha considerado por ejemplo al estilo cerámico Vaquerías (Formativo temprano), como un elemento asociado al tráfico caravanero en los valles intermontanos (Núñez Regueiro y Tartusi 1987; Korstanje 1992; Pantorrilla 2008). La presencia de este estilo en el sector oriental de nuestra área refuerza la idea, coherente con la evidencia ante señalada sobre los camélidos, de que la misma formaba parte integral en la esfera andina de circulación de bienes. También se ha recuperado material cerámico de estilo Condorhuasi y Candelaria en el sitio Bahía y se registraron los estilos Candelaria, Sunchituyoj y Averías en el sitio Las Salinas (El Timbó). En cuanto a la tradición Candelaria, que ha sido considerada como típica de las selvas occidentales al oriente del cordón de Cumbres Calchaquíes (Heredia 1974), vemos que sus estilos en las fases tempranas y medias se encuentran presentes también en espacios tales como los valles de Tafí, Yocavil o Calchaquí. Su rango de dispersión nos lleva a cuestionar la validez del cordón montañoso de Cumbres Calchaquíes como un límite para su distribución, quedando por establecerse la base de su amplia territorialidad (Scattolin 2005). Análisis poblacionales a partir de estudios biofísicos y de ADN permitirán afinar estas cuestiones. De la misma manera, durante el Tardío es frecuente encontrar presente el estilo santamariano en el piedemonte oriental de Cumbres Calchaquíes, si bien el mismo ha sido tradicionalmente adscripto al valle de Yocavil-Calchaquí. Es interesante observar que en el piedemonte oriental y la cuenca Tapia-Trancas este estilo se presenta en sitios bien reconocibles y casi siempre asociado a material cerámico de otros estilos como Candelaria, Condorhuasi y chacosantiagueños (Berberián y Soria 1970; Esparrica 1999; Corbalán 2005). Así, por ejemplo, en el cementerio del sitio Zárate (Berberián y Soria 1970) se encontraron entierros en urnas tanto de estilo santamariano como Candelaria, lo que pone en evidencia la intensidad e importancia de los vínculos entre las poblaciones (si es que se trató de poblaciones distintas). A pesar de la carencia de dataciones absolutas para estos materiales, la clara asociación de los elementos cerámicos de ambos estilos y su contexto hacen suponer, a priori, una sincronicidad de los eventos de inhumaciones, y por ende de su coexistencia espacial. Aunque no podemos descartar taxativamente que los elementos de filiación santamariana hayan sido introducidos con posterioridad, sea cual sea el caso, queda claro que la relación debió ser significativa y fundada en lazos históricos y/o biológicos, lo que podría implicar la existencia de territorios compartidos o fronteras permeables. Por otra parte, en el sitio Mortero Hachado, se encontró material cerámico tipo Santa María Tricolor junto a Famabalasto Negro Grabado y estilos chacosantiagueños. Análisis de pasta demostraron que al menos la cerámica Famabalasto sería de factura local (Corbalán 2005). La presencia de este estilo es recurrente en numerosos sitios santamarianos ubicados en el piedemonte occidental de Cumbres Calchaquíes, como por ejemplo en el sitio El Observatorio (Gómez Augier 2005) y se ha postulado que su utilización, al igual que Vaquerías, estaría vinculada a la circulación de bienes a nivel regional. Observamos entonces que la cerámica, lejos de mostrar una separación entre áreas ubicadas al oriente y occidente de las Cumbres Calchaquíes, corrobora una integración histórica de larga data entre estos espacios.

EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO Y LA OBJETIVACIÓN DE LA TERRITORIALIDAD A LO LARGO DEL TIEMPO

Se han presentado las evidencias materiales de las relaciones espaciales y sociales que muestran que el área de Cumbres Calchaquíes constituyó, a lo largo del tiempo, un bloque integrado a pesar de la heterogeneidad de ambientes y adaptaciones locales que enmascararon los intensos procesos culturales operados al interior del mismo. De todo lo propuesto surgen una serie de interrogantes a ser planteados. ¿Cuál es el origen y condiciones para que estas relaciones prosperaran en el tiempo? ¿Qué mecanismos o causas permitieron una convivencia, aparentemente armónica, entre grupos con modos de vida aparentemente tan diferentes? ¿A qué se debe la supuesta ausencia de conflictos, tan frecuentes en otras áreas de similares características, como sucede en ciertos sectores de los Valles Calchaquíes? Para responder a estos interrogantes, es necesario reflexionar acerca de los procesos históricos que preexistieron a la conformación de las primeras sociedades aldeanas y de los primeros grupos sedentarios. Una explicación, en línea con este pensamiento, nos lleva a proponer, hipotéticamente, un posible sustrato cultural común sobre la base del inicio del Holoceno Medio. Esta base en común permitiría explicar la persistencia de las relaciones y de algunos de los elementos compartidos, principalmente la territorialidad, en el área durante el Formativo, a pesar de las diferenciaciones inherentes a cada grupo y sus trayectorias históricas particulares. La territorialidad debe ser entendida como la percepción ideacional del espacio y estaría reflejada sobre los diferentes ambientes constitutivos del bloque de Cumbres Calchaquíes, lo que podría generar solapamientos o superposiciones de territorios, estos últimos, entendidos como la conducta desplegada sobre el espacio y las cosas (no siempre tangibles). El registro arqueológico analizado en este trabajo puede ser asumido como un reflejo parcial de estos territorios dinámicos, cambiantes y socialmente contingentes. Los mecanismos de producción y circulación de las diferentes materiales analizados para el área, muestran precisamente que la dimensión de la territorialidad facilitó la conformación coyuntural de los territorios en el espacio.

Visualizamos así, que durante todo el Formativo y su transición al Tardío, estos territorios abarcaron ambientes que van más allá de sus núcleos locales de desarrollo. Para el Formativo, vemos un vuelco de los grupos asentados en el piedemonte oriental hacia los valles intermontanos de altura. Por el contrario, durante el Tardío, se visualiza una ocupación desde los valles occidentales hacia el piedemonte oriental y la cuenca de Tapia-Trancas. Una explicación posible a estos movimientos, podría deberse, entre otros factores, a los cambios ambientales, debido a fluctuaciones climáticas, registrados para el área en el lapso considerado (Periodo Húmedo del Holoceno Tardío, Periodo Medieval Cálido y Pequeña Edad de Hielo).

De esta forma, es posible plantear que el área estaría funcionando como un conjunto articulado por mecanismos de solidaridad y/o estrategias de complementariedad ante situaciones de stress ambiental, en un espacio que, como señaláramos al inicio, se caracteriza por su alta sensibilidad ambiental ante modificaciones en el clima regional. El hecho de que esta situación de complementariedad fuera posible estaría apoyado precisamente en la dimensión social de sus territorialidades. Estas últimas permitirían que espacios aparentemente inconexos o ajenos a cada grupo puedan ser compartidos o aprovechados sin una conflictividad aparente. Gráficamente, estos mecanismos podrían visualizarse a través de un modelo de "vasos comunicantes" (Figura 8). En este modelo, los ambientes localizados

a ambos lados del cordón de Cumbres Calchaquíes estarían funcionando como espacios de reaseguro para las poblaciones afectadas por cambios ambientales que pudieran haber alterado en alguna medida sus sistemas productivos, principalmente aquellos ligados al agua. El equilibrio entre los "vasos"–representados éstos por cada espacio– respondería, entonces, a la presión ejercida por los cambios climáticos en cada lugar, generando desplazamientos de gente, materiales e ideas en un vaivén dinámico de direcciones influenciadas por el clima y su impacto sobre cada uno de ellos. Es importante aclarar que estas situaciones de cambios climáticos solo estarían acentuando y profundizando vínculos preexistentes que afloran reforzados por la coyuntura.

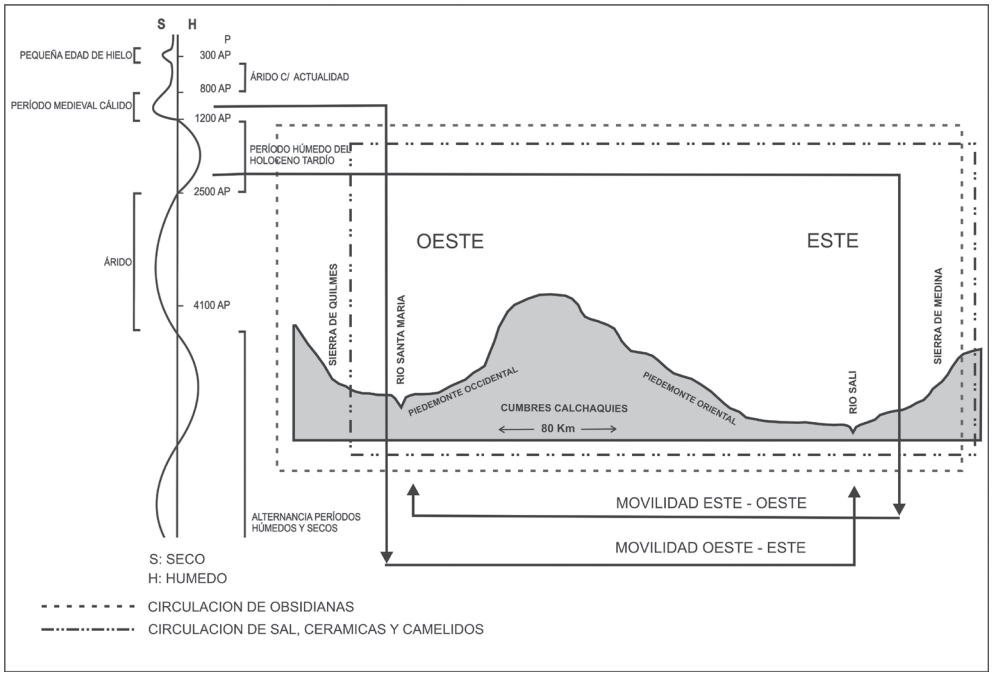


Figura 8. Modelo de relaciones, circulación y movilidad en torno al esquema paleoambiental del área.

En este trabajo hemos analizado las relaciones entre los grupos asentados al oriente y occidente de Cumbres Calchaquíes, sin embargo, no se ha abordado específicamente la situación respecto de aquellos grupos ubicados en el piedemonte oriental del sur de la provincia de Tucumán, donde parece haber existido algún tipo de frontera o límite visible al menos desde la materialidad, principalmente la cerámica. Se ha propuesto al río Pueblo Viejo y la Quebrada del Portugués como un límite espacial que separó procesos socioculturales diferentes para el Formativo (García Azcárate y Korstanje 1995); aquellos localizados al sur en la esfera de Condorhuasi-Alamito y Ambato y aquellos al norte en el ámbito de Candelaria y los valles Calchaquíes. La existencia de este límite podría deberse a que si bien la Quebrada del Portugués constituye una vía natural de comunicación entre el piedemonte selvático (como ambiente homogéneo) y los valles altos al occidente, no obstante esos valles ofrecen recursos diferentes lo que podría haber generado vínculos diferenciales entre las

poblaciones. La posibilidad de que la Quebrada del Portugués constituyera un límite norte-sur para el piedemonte y valles occidentales adyacentes refuerza nuestra propuesta de un bloque articulado por las Cumbres Calchaquíes, con identidad cultural propia y de relaciones históricas persistentes separado de los procesos articulados alrededor del sistema Aconquija-Ambato más al sur. En el estado actual de las investigaciones, sin embargo, debemos ser cautos al sugerir posibles límites ya que no es posible visualizar, claramente aún, los procesos culturales para el área del piedemonte oriental meridional.

Una cuestión a discutir a futuro gira en torno acerca del carácter de los asentamientos formativos en el piedemonte oriental; no resulta claro si es posible hablar de ellos como de verdaderas aldeas, al menos en el sentido tradicional del término. Si bien conocemos el patrón de asentamiento predominante, visible a través de la arquitectura y la dispersión de elementos en el espacio, poco conocemos aún de la relación establecida con el entorno en términos productivos. Análisis de microfósiles sobre artefactos de molienda de los sitios Ticucho 1, Yago, Zarate y Terraza, actualmente en curso, permitirán profundizar en esta problemática (Caria *et al.* 2011). En relación a la cuestión aldeana, García Azcárate y Korstanje (1995) consideran que los sitios en el piedemonte oriental sugieren concentraciones pequeñas de población que no llegaron a estructurar aldeas ni poblados mayores, por lo que la organización social correspondería a la de pequeños grupos familiares.

En conclusión, consideramos al bloque de las Cumbres Calchaquíes como un espacio clave en la articulación y síntesis de elementos culturales para el área. Proponemos al mismo como un elemento integrador y dinámico que conforma y da coherencia e identidad histórica a los grupos prehispánicos localizados sobre ambas vertientes. Trabajos futuros permitirán afinar nuestras interpretaciones y su relevancia en los procesos socioculturales del Noroeste argentino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adris, S.
2010 ¿Objetos ceremoniales, símbolos de poder? Las representaciones rupestres en Cumbres Calchaquíes. Una aproximación a su estudio. Actas del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre, pp. 181-185. Tucumán.

Albeck, M. E.
1994 La Quebrada de Humahuaca en el intercambio prehispánico. En *Taller de Costa a Selva*, editado por M. E. Albeck, pp. 117-132. Facultad de Filosofía y Letras. UBA. Bs. As.

Aschero, C.
2000 El poblamiento del territorio. En *Nueva Historia Argentina 1,* editado por M. Tarragó, pp. 17-59. Sudamericana, Barcelona.

Aschero, C. y E. Ribota
2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle*, editado P. Arenas, B. Manasse y E. Noli, pp. 79-94. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Baied, C. y C. Somonte
2011 Geocronología, paleoambiente y dinámica ocupacional durante el Holoceno Medio y Tardío en la quebrada de Amaicha del Valle, Tucumán, Argentina. En *Poblaciones humanas y ambientes en el Noroeste argentino durante el Holoceno Medio*, editado por M., Mondini, G., Martínez, Muscio, G. y B. Marconetto, pp. 59-63. Córdoba.

Berberián, E. y D. Soria
1970 Investigaciones arqueológicas en el yacimiento de Zárate (Trancas-Tucumán). *Revista Humanitas* 16 (22):165-176.

Berberián, E. y A. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa Formativa del Valle de Tafí (Provincia de Tucumán-República Argentina). En *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafi*, editado por E. Berberián, pp. 21-51. Córdoba.

Browman, D.
1978 Toward the Development of the Tiahuanaco State. En *Advances in Andean Archaeology*, pp. 327-49. Mouton Publisher.

Browman, D.
1980 Tiwanaku expansion and Altiplano Economic Patterns. *Estudios Arqueológicos* 5:107-120. Universidad de Chile.

Caria, M.
2004 Arqueología del paisaje en la Cuenca Tapia-Trancas y áreas vecinas (Tucumán-Ar-

gentina). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

2007 Manejo del espacio geomorfológico en un valle intermontano de la provincia de Tucumán durante la época prehispánica. *Acta geológica lilloana* 20 (1):29-39.

Caria, M. y S. Garralla

2003 Caracterización arqueopalinológica del sitio Ticucho 1 (Cuenca Tapia-Trancas-Tucumán-Argentina). En *Cuaternario y Geomorfología*, editado por M. Collantes, J. Sayago y L. Neder, pp. 421-432. Universidad Nacional de Tucumán.

2006 Evolución paleoambiental del sitio Acequia (Trancas-Tucumán-Argentina) a partir de indicadores polínicos. *Actas de Trabajos III Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología* I:75-84. Universidad Nacional de Córdoba.

Caria, M., J. Martínez y N. Oliszewski

2006 Geomorfología y arqueología de la quebrada del Río de los Corrales (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán, Argentina). *Actas de Trabajos del III Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología* I:145-154. Córdoba.

Caria, M., N. Oliszewski, M. Pantorrilla y J. Gómez Augier

2007 Relevamiento y clasificación del sistema agrícola prehispánico en la quebrada del río de los Corrales (El Infiernillo, Tafí del Vale, Tucumán). *Pacarina* I:49-54. Jujuy.

Caria, M. y J. Sayago

2008 Arqueología y ambiente en un valle intermontano del piedemonte oriental de las Cumbres Calchaquíes (Tucumán, Argentina). *Runa* 29:7-22. Buenos Aires.

Caria, M., P. Escola, J. Gómez Augier y M. Glascock

2009 Obsidian circulation: new distribution zones for the Argentinean northwest. *International Association Obsidian Studies Bulletin* 40:5-11.

Caria, M., M. Sampietro y J. Sayago

2010 Las sociedades aldeanas y los cambios climáticos. En *Arqueología argentina en los inicios de un nuevo siglo*, editado por F. Oliva, T. Grandis y A. Rodríguez, pp. 217-224. Laborde Editorial. Rosario.

Caria, M., J. Gómez Augier, H. Cruz y J. Zapatiel

2011 Aportes a la construcción de la variabilidad material de un sitio arqueológico en el piedemonte oriental de Cumbres Calchaquíes-Tucumán. *Comechingonia* 14:131-152.

Corbalán, M.

2005 Análisis tecnológico comparativo entre cerámica Famabalasto Negro Grabado y Santa María procedentes del sitio Mortero Hachado (comuna de San Pedro de Colalao, Tucumán). Tesis de Grado no publicada. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Cremonte, B.
1996 Investigaciones arqueológicas en la Quebrada de La Ciénega (Departamento Tafí-Tucumán). Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Curtoni, R.
1999 La construcción cultural de paisaje y la perspectiva arqueológica. *Actas Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 156-160. Córdoba.
2007 Arqueología y paisaje en el área centro-este de la Pampa. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro.

Di Lullo, E.
2010 El espacio residencial durante el 1º milenio d. C. en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). Tesis de Grado no publicada. Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

Escola, P. y S. Hocsman
2007 Procedencia de artefactos de obsidiana de contextos arqueológicos de Antofagasta de la Sierra (ca. 4500-3500 AP). *Comechingonia* 10:49-62.

Escola, P., A. Korstanje, N. Sentinelli y M. Glascock
2007 Laguna Cavi y El Médano: obsidianas en circulación caravanera. *Actas del Segundo Congreso Argentino y Primer Congreso Latinoamericano de Arqueometría*, en prensa.

Esparrica, H.
1999 Investigaciones arqueológicas en el sitio S-TUC-TRA-21. Mortero Hachado. Dpto. Trancas-Tucumán. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I:82-91. Universidad Nacional de La Plata. Bs. As.

Garay De Fumagalli, M.
2003 Del Formativo al Incaico, los Valles Sudorientales de Jujuy en los procesos de interacción macro-regionales. En *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones Arqueológicas en la vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina. San Salvador de Jujuy,* pp. 229-260. Universidad Nacional de Jujuy.

García, L.
1999 Los tres reinos en Azul Pampa (Humahuaca, Jujuy). (Eds.). En *Los Tres Reinos: Prácticas de recolección en el cono sur de América,* editado por C. Aschero, M. Korstanje y P. Vuoto, pp. 88-96. Instituto de Arqueología y Museo. Tucumán.

García Azcárate, J. y M. Korstanje
1995 La ocupación prehispánica en las selvas de montaña tucumanas. En *Investigación, conservación y desarrollo en selvas subtropicales de montaña,* editado por A. Brown y H. Grau, pp. 175-182. LIEY, Universidad Nacional de Tucumán.

García, S., D. Rolandi, M. López y P. Valeri
2002 Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina: pasado y presente. *REDES* 2 (5). Bs. As.

García Salemi, M., G. Platanía y P. Durando
1985 Nuevos aportes al estudio de sitios arqueológicos superficiales acerámicos: barnices y cronologías relativas en el valle de Santa María, Tucumán-Catamarca. Ms.

Garralla, S.
1999 Análisis polínico de una cuenca sedimentaria en el Abra del Infiernillo, Tucumán, Argentina. *Acta I Congreso de Cuaternario y Geomorfología* I:78-88. La Pampa.

Garralla, S., C. Muruaga y R. Herbst
2001 Lago El Rincón, Holoceno del departamento de Tafí del Valle, provincia de Tucumán (Argentina): palinología y facies sedimentarias. *Asociación paleontológica Argentina* 8:91-99.

Gómez Augier, J.
2005 Geoarqueología y patrones de ocupación espacial en el sitio El Observatorio. Ampimpa. Departamento Tafí del Valle. Tucumán Argentina. Tesis de Grado no publicada. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Gómez Augier, J. y M. Collantes
2006 Relaciones Geomorfológicas y Arqueológicas del sitio El Observatorio (Ampimpa, Departamento Tafí del Valle. Tucumán, Argentina). *Actas del III Congreso Argentino de Cuaternario y Geomorfología* II:817-826. Córdoba.

Gómez Augier, J., G. Miguez y M. Caria
2007 La exploração de sal no setor das terras baixas do Noroeste Argentino durante o Formativo: ¿espaço de convergência cultural? *Canindé* 10:191-210.

Gómez Augier, J. y M. Caria
2008 Análisis de micropaisajes en el sitio El Divisadero. Piedemonte Occidental de Cumbres Calchaquíes, Noroeste Argentino. Trabajo presentado en el V Congreso Nacional de Arqueología Colombiana, Medellín.

Gómez Augier, J., M. Caria, J. Sayago y M. Collantes
2008 Relationships between palaeoclimatic variability, desertification hazard and human occupations in mountains and valleys of a subtropical region in southern Andes. *Resúmenes de trabajos del 33 International Geological Congress*, pp. 456-466, Oslo.

Gómez Augier, J. y M. Caria
2009 La simbología prehispánica e histórica del noroeste argentino y su relación con los cambios paleoambientales. *Anales del Museo de América* 17:96-105.

Gómez Augier, J. y M. Caria
2012a Los paleoambientes y los procesos culturales en el Noroeste Argentino: una aproximación desde la arqueología de Tucumán. *Acta geológica* 24 (1-2):80-97.
2012b Caracterización arquitectónica y espacial de los complejos habitacionales y productivos del sitio El Divisadero (Cumbres Calchaquíes-Tucumán). *Comechingonia* 16:105-127.

Heredia, O.
1974 Investigaciones arqueológicas en el Sector Meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología* 5:73-132.

Korstanje, M.
1992 Avances en el conocimiento del Formativo en el Piedemonte Oriental del Aconquija (S.O. de Tucumán). *Cuadernos* 4:175-181.
1998 El Médano, es un sitio caravanero? Apuntes sobre contextos de tráfico y terriorialidad para el Formativo. En *Los desarrollos locales y sus territorios*, editado por M. Cremonte, pp. 33-63. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Jujuy.

Krapovickas, P.
1968 Excavaciones arqueológicas en Altos de Medina, provincia de Tucumán. *Rehue* 1. Chile.

Lorandi, A. y R. Boixadós
1987 Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18:227-424. Buenos Aires.

Martínez, J., E. Mauri, C. Mercuri, M. Caria y N. Oliszewski
2013 Mid-Holocene human occupations in Tucumán (northwest Argentina). *Quaternary International*, en prensa.

Murra, J.
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Nasif, N., M. Corbalán, A. Moreno y M. Gavícola
2007 La explotación de recursos faunísticos en el sitio Mortero Hachado (Departamento Trancas, Tucumán). *Pacarina* III:179-185.

Nuñez Atencio, L. y T. Dillehay
1995 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. 2da ed. Universidad Católica del Norte, Chile.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1987 Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:125-160. Bs. Aires.

Oliszewski, N., J. Martínez y M. Caria
2008 Ocupaciones prehispánicas de altura: el caso de Cueva de los Corrales 1 (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIII:209-221.

Pantorrilla, M.
2008 Prospección arqueológica en el valle de Escaba, departamento Juan B. Alberdi. Tucumán. Tesis de grado no publicada. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Tucumán.

Ruiz Huidobro, O.
1972 Descripción geológica de la Hoja 11e, Santa María, provincias de Catamarca y Tucumán. *Boletín* 134, Servicio Nacional Minero Geológico.

Scatollin, M. y A. Korstanje
1994 Tránsito y Frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología* 4:22-38.

Sampietro, M.
2002 Contribución al conocimiento geoarqueológico del valle de Tafí, Tucumán (Argentina). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

Sampietro, M. y J. Sayago
1998 Aproximación geoarqueológica al conocimiento del sitio arqueológico Río Blanco. Valle de Tafí, Tucumán, Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17:257-273.

Sayago, J., M. Sampietro y M. Caria
2001 Los efectos de la Anomalía Climática medieval sobre las culturas del Formativo y su relación con los futuros cambios climáticos en el noroeste argentino. Trabajo presentado en la 1° reunión de geología ambiental y ordenación del territorio. Mar del Plata.

Somonte, C. y M. Collantes
2007 Barniz de las rocas y espacios persistentes: su abordaje desde los procesos de reclamación artefactual lítica en Amaicha del Valle. *Revista Mundo de Antes* 5:119-137.

Stine, S.
1998 Medieval Climatic Anomaly in the Americas. En *Water, Environment and Society in Times of Climatic Change*, pp. 43-67. Kluwer Academic Publishers. Netherlands.

Strecker, M.
1987 Late Cenozoic Landscape in Santa Maria Valley, NW Argentina. Tésis Doctoral no publicada, Cornell University.

Ventura, B.
2001 Los últimos mil años en la arqueología de las Yungas. En *Historia Argentina Prehispánica I*, pp. 447-492. Editorial Brujas, Córdoba.

Ventura, B. y G. Ortiz
2003 Introducción de la mitad verde del mundo andino. En *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones Arqueológicas en la vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina. San Salvador de Jujuy,* pp. 7-20. Universidad Nacional de Jujuy.

Willey, G. y P. Phillips
1958 *Method and theory in American Archaeology*. Chicago. The University of Chicago Press.

Yacobaccio, H.
2001 La Domesticación de camélidos en el noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispánica*, vol. 1:7-40. Córdoba.

Yacobaccio, H., P. Escola, M. Lazzari y F. Pereyra
2002 Long-distance obsidian traffic in Northwestern Argentina. En *Geochemical Evidence for Long-Distance Exchange*, editado por M. Glascock, pp. 167-204. Scientific Archaeology for the Third Millenium. Bergin y Garvey, Connecticut.

Yacobaccio, H., P. Escola, F. Pereyra, M. Lazzari y M. Glascock
2004 Quest for ancient routes: obsidian sourcing research in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31:193-204.

Zinck, J. y J. Sayago
2001 Climatic periodicity during the late Pleistocene from a loess-paleosol sequence in northwest Argentina. *Quaternary International* 78:11-16.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 385-426

PRÁCTICAS SOCIALES EN EL PASADO Y PRESENTE DE LAGUNA BLANCA (DPTO. BELÉN, CATAMARCA): REFLEXIONES EN TORNO AL MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO

Daniel D. Delfino[*], Valeria E. Espiro[**] y R. Alejandro Díaz[***]

ABSTRACT

Since the beginning of the 1990s we have been involved with the region of Laguna Blanca through a series of experiences that integrate multiple disciplines, objectives, and actors. Our challenge is to rethink and reverse the historical construction of this region as a dot on a map (as site or oasis), which has simplified the social dynamics of this complex territory by making it peripheral to processes generated elsewhere. In this article, we review previous discussions of local processes in terms of regional history, critically reflecting on the way they have framed time and space and interpreted historical subjects. We critically examine the "Formative" concept, and in light of recent studies, we propose "Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico" (agro-centric communitarian lifestyle) as a better alternative. Applying the latter to the local history of Laguna Blanca, we implement a 'shoemaker's drawer' approach, which includes 'tools' taken from practices observed in societies of diverse traditions, geographies, and times, including ethnographic observations, historical studies, archaeological evidence and other sources.

***Keywords**: Mode of Life – Agrocentric – Social practices – Laguna Blanca*

[*] Universidad Nacional de Catamarca. Instituto Interdisciplinario Puneño-UNCa, Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca y Escuela de Arqueología. E-mail: dddelfino@yahoo.com.ar.
[**] Universidad Nacional de Catamarca. Instituto Interdisciplinario Puneño-UNCa, Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca y Escuela de Arqueología. E-mail: valespiro@yahoo.com.ar.
[***] Universidad Nacional de Catamarca. Instituto Interdisciplinario Puneño-UNCa, Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca y Escuela de Arqueología. E-mail: alesandrus@yahoo.com.ar.

INTRODUCCIÓN

Desde comienzos de la pasada década del noventa nos encontramos transitando una experiencia académica comprometida en la región de Laguna Blanca, que partió de los planteamientos de una arqueología socialmente útil (Delfino y Rodríguez 1991)[1]. Nuestras propuestas adoptaron, desde un principio, una modalidad programática fundada en un doble "control de calidad". Uno que parte desde la elección teórico-metodológica sobre el que se articulan los estándares y criterios de eficacia científico-académicos (los ya legitimados recursos de la ciencia), y el otro, que respondiendo a los intereses de las comunidades locales –en donde se insertan nuestros estudios (Delfino y Manasse 1986)–, se debe a ellas guiando inicialmente las condiciones que dan fundamento al contrato cognoscitivo (Rabey y Kalinsky 1986)[2]. Habida cuenta que los enunciados, asertos, hipótesis e interpretaciones no son ideológicamente neutros, los mismos tienen la potencialidad de modificar la dinámica presente de las comunidades locales al traer nuevos elementos tendientes a poner en marcha un proceso de re-significación de su historia, modificando los términos de las negociaciones internas hacia sentidos no previstos y que podrían alterar los procesos de autodeterminación y autogestión comunitarios (en términos políticos, económicos, socio-culturales, u otros). Fundado en lo precedente, consideramos que esta propuesta debía partir de un posicionamiento localmente situado de la historia. En este contexto, cobraron sentido las preguntas que nos venimos haciendo sobre el pasado de la región de Laguna Blanca. En el marco de la arqueología de los Andes Centro-sur esta región había sido remitida a lo que denominamos un "imaginario puntiforme"[3], haciéndola gravitar como periferia de procesos sociales generados en lugares distantes (González 1955, 1963, 1979; Núñez y Dillehay 1995 [1978]; Raffino 1991 [1988]; Scattolin y Bugliani 2005; Tarragó 1984, entre otros autores). En el presente escrito, volvemos a discutir los procesos locales en términos de la historia regional en el sentido de revertir este imaginario.

---

[1] Entendemos que una ciencia socialmente útil es aquella que, con una actitud crítica hacia el *statu quo*, reflexiva y politizada se halla comprometida con un proyecto de cambio y emancipación social de las clases subalternas; aquella que apunta a la satisfacción de los fines y necesidades de los sectores populares, tanto a los de mayor trascendencia histórica como a los más inmediatos y "prosaicos" que hacen a sus condiciones materiales de vida (Delfino y Rodríguez 1991).

[2] Este concepto no supone la sustitución de los propios modos de conocimiento por otros ajenos sino que pretende hacer "[...] confluir actitudes, percepciones, fragmentos de visiones del mundo", intereses y expectativas (Rabey y Kalinsky, 1986:16) de un modo tal que "[...] las condiciones del vínculo delimitan el campo de las posibilidades de la verdad" (*idem* p. 12). La comunidad local debe ser necesariamente co-investigador con el arqueólogo. Sólo esta asociación producirá un conocimiento igualmente útil para ambos. (Rabey y Kalinsky, 1986:15) (tomado de Delfino y Rodríguez 1991).

[3] Con este concepto pretendemos describir el mecanismo reduccionista que se ha empleado en síntesis clásicas de la arqueología del Área Circumpuneña mediante el cual se sobre-simplificaron muchos de los procesos acaecidos en vastos territorios equiparándolos a realidades que se ciñen a dinámicas circunscriptas a sitios-oasis (ver Delfino 1999, Delfino *et al.* 2007).

DECONSTRUYENDO AL FORMATIVO

Podemos acordar que todo concepto posee un contexto de generación propio, el cual impregna estas construcciones, no sólo las características teóricas y metodológicas, sino también su marco socio-histórico. En este sentido, el análisis del concepto "formativo" nos remite a un tiempo genésico común para las disciplinas antropológicas e históricas, transportándonos de inmediato a la Europa del siglo XIX y la construcción social del pasado americano. Camino que, en nuestro caso, nos trae hasta el presente de las arqueologías del Noroeste argentino.

De la mano de la creciente economía impulsada por la Revolución Industrial y la expansión colonial, la sociedad europea mediante la síntesis occidental intentó organizar al mundo no-europeo en sus propios términos, articulando un pasado jerárquicamente eurocentrado. Tanto el tiempo como el espacio fueron seccionados y las sociedades indígenas fueron caracterizadas desde una visión fundada en el evolucionismo unilineal. Concordantemente los filósofos europeos colocaron al continente americano en un estadio de "juventud" -así por ejemplo Hegel, tradujo a Europa en términos de presente, asociando a América con el futuro y llevando a Asia a la asimilación con el pasado, mientras que África quedó por fuera de toda consideración en este ordenamiento trascendental (Walsh 2002).

La situación comenzaría a cambiar a partir de finales del siglo XIX. Acompasando los reagrupamientos coloniales y las fricciones generadas con el floreciente imperialismo norteamericano –de inspiración doctrinaria suscripta por James Monroe– los intelectuales fueron reajustando las propuestas sobre el pasado de las Américas. En este marco, surgen las corrientes historicistas y multievolucionistas cuyos mayores desafíos fueron explicar las particulares formas de los desarrollos históricos americanos, dando lugar a diversas propuestas entre las que podemos mencionar las de Spinden (1917), Kroeber (1930), Steward (1948, 1949, 1955), Rowe (1962), Bennett *et al.* (1948), Wissler (1938), Willey y Phillips (1958), Ford (1969), entre muchos otros. Autores que por fuera de sus inclinaciones teóricas particulares, y pretendiendo superar las limitaciones explicativas del evolucionismo unilineal, quedaron conjugados en una base funcional-evolucionista común (Lumbreras 2006).

En términos generales, para dar contenido al concepto de "Formativo" los autores mencionados *ut supra* recurrieron a una serie básica de rasgos esencialistas de inequívoca identificación, los que resultarían sistemáticos e invariables. Estos rasgos emblemáticos, sumados en algunos casos a otros particulares serían: presencia de cerámica, evidencias directas o indirectas de agricultura, agrupamientos sedentarios estables y organización sociopolítica simple. No obstante, a pesar del intento de apartarse de los enunciados del Viejo continente, paradójicamente encontrarían muchas semejanzas con el concepto de "Neolítico" childeano (Staller 2006:44). Así la concepción de Formativo, identificada como un "Período Neolítico Americano", incorporó también en su contenido las mayores debilidades de ese enunciado, que entre otras "asumía como referente tecnológico de base la aparición de la cerámica" (Lumbreras 2006:12).

El afianzamiento de los Estados Unidos desde inicios del siglo XX y su gran despegue producido al finalizar la Segunda Guerra Mundial haría que los intelectuales latinoamericanos, influenciados inicialmente por las propuestas teóricas y metodológicas de Europa, redirigieran su foco de influencia hacia el país del Norte de nuestro continente. En la arqueología aquello se expresó en la utilización de sus marcos teóricos y metodológicos; situación

apreciable muy especialmente en los países donde la "política del buen vecino" (Meneses 1992) nacía para servir de soporte de las apetencias económicas dominantes (ej. Venezuela, México, Guatemala, Perú, etc.).

En nuestro medio, una parte significativa de la Arqueología argentina fue influenciada de manera diferencial por los representantes de la Escuela Histórico-Cultural. Consecuentemente, en el Noroeste argentino (NOA) las construcciones se acercaron a propuestas norteamericanas, desvinculándose de la llamada Escuela de Viena (Boschín y Llamazares 1986). La evidencia más paradigmática de las influencias norteamericanas en la arqueología de la región fue la obra de Bennett *et al.* (1948), quienes a mediados de la década del cuarenta emprenden un exhaustivo análisis bibliográfico sobre la Arqueología argentina (Pérez 1973, Rivolta 1997). Los caminos transitados por estos investigadores estadounidenses –a escala regional–, fueron retomados a partir de los cincuenta por González (González 1954, 1955, 1961-1964, 1980). Formado en la escuela normativa imperante en los Estados Unidos, su extensa labor abarcó diversas temáticas, siendo la búsqueda de un marco crono-cultural "maestro" un aporte crucial para la Arqueología del NOA. En este contexto, y a lo largo de las distintas modificaciones a sus propuestas de periodificación, el "Período Temprano" de González conservó la misma asociación de los "rasgos esencialistas" (agricultura + cerámica) que caracterizarían al concepto Formativo[4].

En consonancia con una Latinoamérica encendida[5], a inicios de los setenta la arqueología asistió a la consolidación de una alternativa científica plasmada en la Reunión de Teotihuacán (Lorenzo *et al*. 1975). La corriente de Arqueología Social Latinoamericana, reconocida como el primer movimiento teórico, crítico y reivindicatorio de los estudios de las historias de los pueblos de nuestro continente, se estructuró sobre bases del Materialismo Histórico. En concordancia con Lumbreras (1969, 1974), Núñez Regueiro (1974) propone una interpretación de los procesos sociales prehispánicos del NOA, introduciendo el concepto de "Formativo" desdoblado en tres sub-períodos según el modo de producción y la forma en que se reflejaría la superestructura.

En los ochenta, junto a la importación de teorías neo-funcionalistas, Olivera (1988:83) propone que el Formativo no debe asimilarse a un período, sino que debe entenderse como un tipo de sistema que implica estrategias adaptativas determinadas y organizadas en función de cierta opción productiva, complementada por la caza y recolección, un mayor grado de sedentarismo y la incorporación de tecnologías adecuadas.

En los noventa, Raffino se acerca al neo-evolucionismo cultural para definir al formativo como el tiempo de los "dominios tribales", de las sociedades comunitarias sedentarizadas en poblados estables y productoras de energía, que se suceden gradualmente a las bandas nómades (Raffino 1991:4). Por otro lado, Tarragó (1996:104) propone abandonar la

[4] Es dable destacar que aunque el período Temprano se caracterizaba por la aparición de cerámica y agricultura, los estudios centraron su atención casi exclusivamente sobre el primer indicador. Como señalaran otros autores el estudio de los espacios de producción agrícola no fue tratado en profundidad hasta los años '90 (Albeck 1993; Korstanje 1996a, 2005, 2011; Quesada 2001, 2006).

[5] Un continente convulsionado donde se enfrentaron proyectos conservadores de la mano de regímenes dictatoriales de derecha con movimientos insurgentes fundados en manifestaciones populares –y donde el uso de las armas subrayó la mayoría de estos argumentos–, y que en conjunto sirvió de teatro de operaciones para lo que fuera denominado, "Guerra Fría".

connotación cronológica del concepto de Formativo y fijar el interés en sus características esenciales: la vida en aldea, de índole comunitaria –siendo las unidades domésticas las que programan su subsistencia– y una producción agropecuaria estabilizada.

En la década pasada, Korstanje (2005:91) ha discutido el concepto entendiéndolo como un evento de larga duración que permite ver los procesos como un juego dialéctico entre la continuidad y discontinuidad histórica, eludiendo las connotaciones de la tradición culturalista que ha seguido esa periodización. Para ello, parte desde una perspectiva agrícola como vía de acceso al problema social, tomando al período aldeano completo y a los campesinos formativos como sus principales actores sociales. Para Korstanje, los agentes compartirían el sistema económico y las estrategias adaptativas definidas por Olivera, la cultura material definida por González y Pérez, y la organización económica definida por Núñez Regueiro, sin ser universales y sin continuar hasta la actualidad.

A manera de síntesis, luego de medio siglo de aplicación del concepto, un puñado de atributos específicos compartidos entre múltiples sociedades prehispánicas parece resumir los acuerdos en torno a su definición. Ahora bien, si acaso llegásemos a consensuar una única categoría invariable, de apariencia flexible, aplicable a todas las interpretaciones generadas para la variabilidad social, ¿resultaría suficiente este "piso" de acuerdos?

Más allá de las diferencias teóricas de quienes empleen el término, buena parte de las bases "esencialistas" continúan operando como supuestos tácitos (Delfino *et al.* 2007d, 2009:116; Muscio 2009). De cualquier modo, la ambigüedad del concepto posibilitó un ámbito fructífero para las discusiones. Una instancia alternativa difícilmente podrá llegar por medios confirmacionistas, en cambio, parece saludable iniciar un camino inverso a través del análisis de contraejemplos que nos muestren los límites, preconceptos y sesgos en los que podríamos estar incurriendo.

LOS "CISNES NEGROS": APORTES DESDE LA REGIÓN DE LAGUNA BLANCA

Como puntualizáramos, el concepto Formativo remitía a la articulación de una serie de rasgos de presencia consuetudinaria ineludible (cerámica, aglutinación comunitaria sedentaria y economía productiva simple), aplicados para caracterizar sociedades de un tiempo definido (por ejemplo para el NOA, remite a una franja temporal que va desde el 600 A.C. al 1000 D.C. *-sensu* Núñez Regueiro 1974). Pues bien, si sometemos su valor descriptivo y clasificatorio a evidencias contra-fácticas como las planteadas a continuación, el concepto parece relativizarse sobre sus mismas bases.

Desde una DIMENSIÓN ESPACIAL

Sobre el flanco oriental del Nevado de Laguna Blanca se presentan siete agrupamientos aldeanos prehispánicos (Delfino 1996-1997, 1999, 2005; Delfino *et al.* 2007a, 2007b; Espiro y Díaz 2005). Paralelamente hemos relevado bases residenciales aisladas que no participan de la modalidad referida como agrupamientos aldeanos y que se distancian de estos, desde unos pocos kilómetros a más de 60 km. Entre estas podemos mencionar a los siguientes sitios arqueológicos: LB 08, Hunquillito 1 y 2, Peñas Blancas 1, 2, 3 y 4, Aguas Calientes 1 y 2,

Pabellón, Río Río, Ciénaga Redonda y L'Aguadita 1 y 2, Playa del Diablito (Delfino 1999), Andrea Quebrada 1 y 2, Ojo Bravo (LB 138 a 145) (Figura 1).

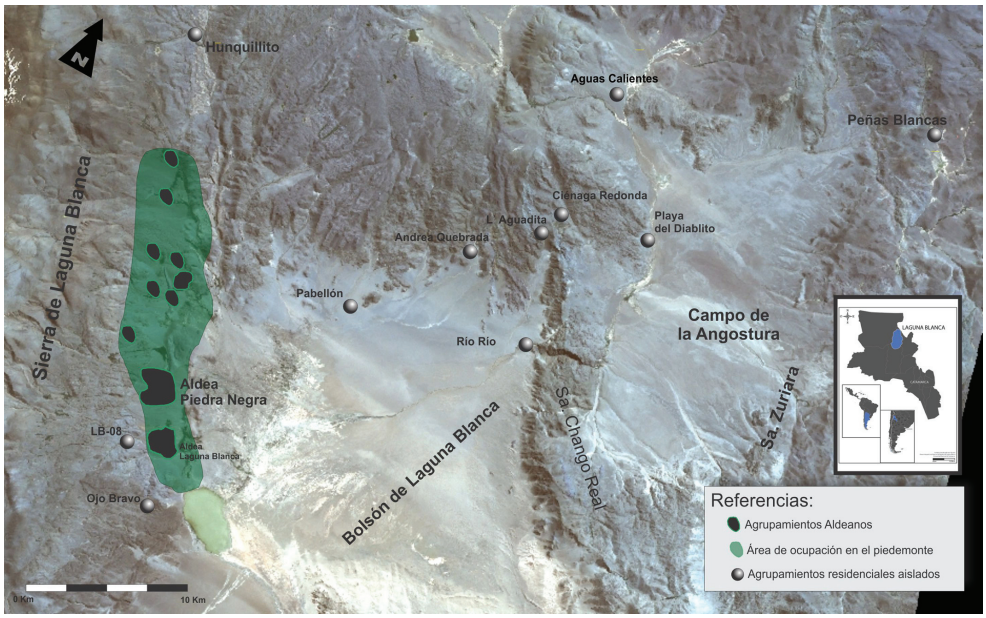


Figura 1. Ubicación de los agrupamientos aldeanos y las bases residenciales distantes en el Bolsón de Laguna Blanca.

De los siete agrupamientos aldeanos hemos estudiado con cierta profundidad dos de estos asentamientos arqueológicos, la Aldea Piedra Negra y la Aldea Laguna Blanca. El conjunto aldeano –Piedra Negra (Figura 2)– posee una extensión aproximada de 450 ha ocupadas por estructuras residenciales que están distribuidas entre un paisaje agrario que pone de manifiesto arquitecturas productivas cuyas diferencias tecnológicas nos hacen presumir actividades diversificadas (Delfino 2005; Delfino *et al.* 2007b; Díaz 2009)[6].

[6] A partir del estudio del paisaje agrario de la Aldea PIN (Díaz 2009, 2013a), hemos considerado la posibilidad de que la mayoría de las redes de riego fueran construidas y gestionadas de manera contemporánea a las ocupaciones del primer y segundo milenio. Para momentos de ocupación incaica, y de manera contraria a lo registrado en otras regiones (Williams 2010), el paisaje agrario no evidencia modificaciones sustanciales o una expansión clara de las superficies de cultivo (Díaz 2013b).
Para la asignación temporal tentativa de las redes de riego se ensayaron dos criterios. El primer criterio se basó en la vinculación y correspondencia espacial de las redes de riego con bases residenciales cuyos contextos pudieron ser fechados mediante radiocarbono; a la vez, se consideró el principio elemental de la cronología relativa, para lo cual se compararon las categorías cerámicas halladas tanto en las redes como en las bases residenciales (Espiro 2013). Al mismo tiempo, y ante la ausencia de cerámicas diagnósticas en varias redes de riego, debimos concebir otro criterio cronológico. Desde un principio, determinamos que en estas redes no se registraban superposiciones de estructuras, es decir que los límites de cada red por lo general constituían otra inmediatamente por abajo. Este hecho nos llevó a considerar que, si dos redes contiguas no se superponían, podríamos suponer que se debía a que el límite fijado por la acequia principal de la red de

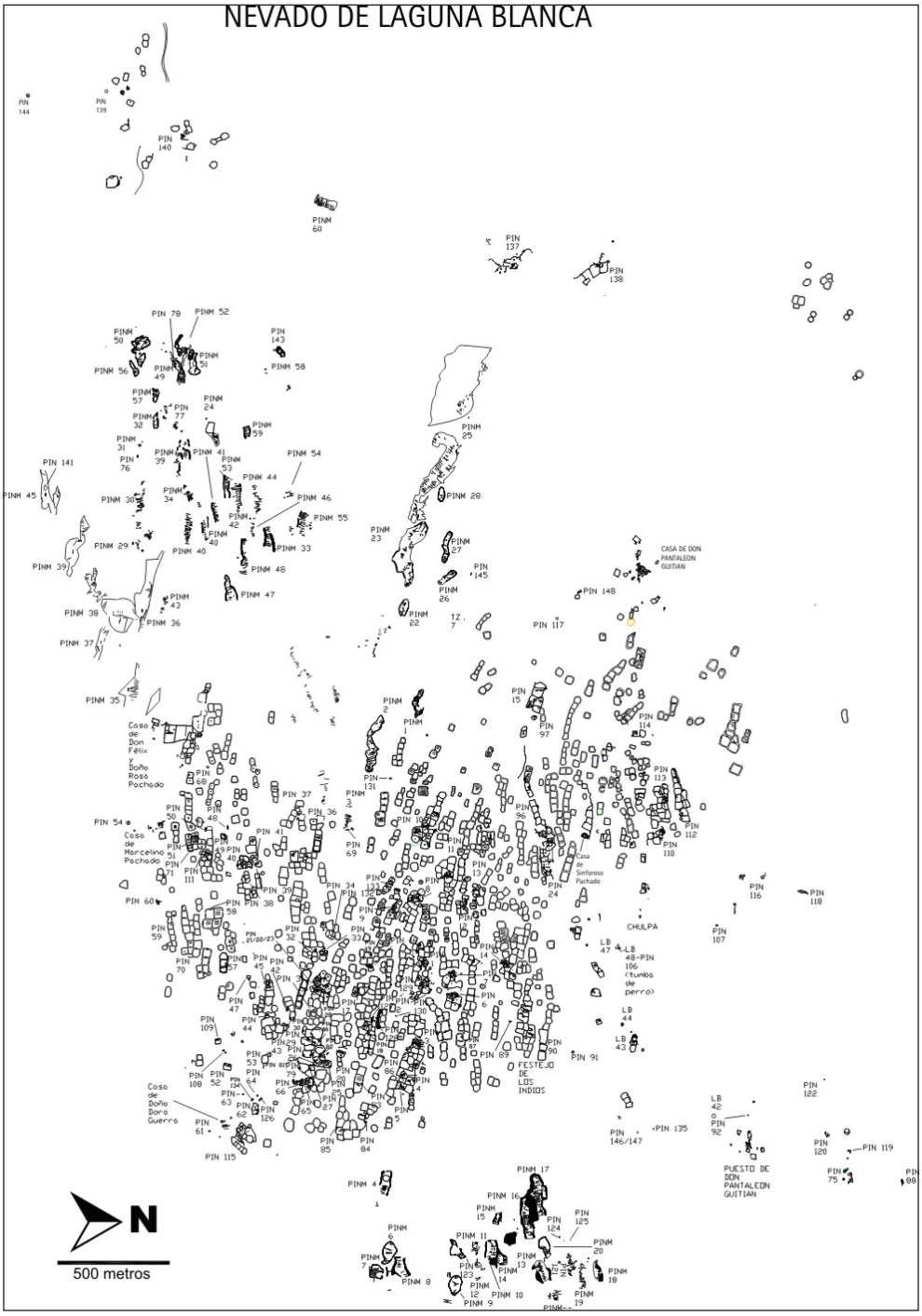


Figura 2. Plano de la Aldea Piedra Negra.

El asentamiento está constituido por 63 bases residenciales –BR– (con un diseño arquitectónico conformado a partir de la reunión de tres o más recintos subcirculares pequeños adosados a uno o más recintos mayores ó "patios"), y 40 puestos –P– (resueltos por el agrupamiento de menos de tres recintos asociados a estructuras agrícolas, o también, aislados entre los espacios de cultivo). Por su parte, la Aldea Arqueológica Laguna Blanca se extiende en un espacio de 250 Ha, entre las cuales relevamos 28 bases residenciales y 38 puestos[7].

La mención de las BR y los P resulta operativa para considerar la materialidad de la organización espacial del sistema de asentamiento involucrado. Ambos tipos de construcciones poseen diferencias visibles en sus diseños arquitectónicos, las cuales quedan acentuadas junto a la concurrencia de características conexas. Las BR fueron resueltas arquitectónicamente comprometiendo mayor fuerza de trabajo en relación a los P, no sólo en relación con sus mayores dimensiones sino también por los cuidados y depuración estructural[8]. Las mismas presentan una complejidad multifuncional de los espacios, sumado a un mayor grado de intercomunicación entre recintos; se constata también una profusión de implementos de molienda, frente a la escasez o total ausencia en los P. Asimismo, la diversidad y abundancia de restos cerámicos, materiales líticos, óseos (restos de consumo y artefactos), objetos metálicos, entre otros, contrasta con las exiguas evidencias de cultura material mueble presente en los P (Delfino 2001).

Ahora bien, como hemos señalado en la región se han relevado bases residenciales aisladas (BRA) distribuidas a diferentes distancias de los agrupamientos aldeanos (Delfino *et al.* 2007d, 2009). Las BRA presentan características arquitectónicas que denotarían configuraciones productivas (agrícolas y/o ganaderas) muy semejantes a las descriptas para las BR de los agrupamientos, todo lo cual hace que resulten prácticamente indistinguibles de los espacios residenciales de las aldeas. Estas coincidencias en el diseño arquitectónico productivo-residencial pueden extenderse también a aspectos tecno-estilísticos de la cultura material. El distanciamiento espacial observado entre los agrupamientos aldeanos y las BRA podría estar

---

riego inferior se encontraba activo, es decir, la red de abajo podría haber estado en uso. De otra forma, el conjunto tecnológico superior simplemente se habría extendido sobre las ruinas de la inferior, lo cual sería arqueológicamente evidente en una serie de superposiciones.

[7] Recientemente, hemos realizado un análisis comparativo entre ambos agrupamientos aldeanos a partir del cual observamos, por un lado, diferencias en la densidad de estructuras y en la sectorización de los espacios productivos agrícolas, y por otro, una posible gestión complementaria entre ambos asentamientos (Delfino *et al.* 2010 y 2012). No obstante, la idea de agrupamientos aldeanos como la sumatoria de varias bases residenciales, no debe suponer la sincronía del total de BR y P por aldeas, aunque sí en cambio podríamos suponer una sincronicidad parcial.

[8] Las diferencias en la inversión de fuerza de trabajo entre BR y P, han sido registradas en investigaciones etnoarqueológicas en el Distrito Laguna Blanca (Delfino 1994, 2001). Esta información luego fue confrontada con los datos arqueológicos (Delfino 2005, Delfino *et al.* 2007b, 2007d, 2009 y 2010). Sintéticamente podemos mencionar que las BR se resolvieron arquitectónicamente a partir de fundaciones y paramentos compuestos (muros dobles y triples) que involucraron elementos estructurales de grandes dimensiones, así también las estructuras de elevación demandaron una selección cuidada de los elementos mampuestos. Contrariamente los P, fueron resueltos a través de estructuras de elevación simples con una selección poco cuidada de los mampuestos y con fundaciones poco profundas y/o inexistentes. Por el carácter expeditivo de la resolución de estos últimos, concluimos una menor inversión de fuerza de trabajo en su construcción en comparación con las BR.

expresando que los grupos, que tradicionalmente fueron referidos como "formativos", se articulaban a una organización social más compleja, conjugando los agrupamientos aldeanos con una red de bases residenciales separadas y distantes. Quizás la situación planteada llegaría a invalidar la gravitación definitoria del "rasgo" aldeano para cumplir la extensión conceptual de lo "formativo". Estas sociedades poseyeron una estructura de ocupación territorial intrincada, en donde sólo uno de sus componentes quedaría definido a partir de la contigüidad residencial relativa (*las aldeas*). En consecuencia el resto de sus integrantes participarían de una estrategia productiva apoyada precisamente en el distanciamiento espacial, prescindiendo de la estrechez locacional para resolver su integración comunitaria en la reactualización de los lazos sociales de vecindad. Estrategia que pudo resolverse sin recurrir a que en estos asentamientos aislados se desarrollaran funcionalidades específicas y diferentes de las primeras, como se ha planteado para otras regiones de la Puna (Olivera 1991a).

Desde una DIMENSIÓN TEMPORAL

El faldeo oriental del Nevado de Laguna Blanca, estuvo sujeto a procesos territorialización dando forma a una serie de áreas discretas donde se aprecian modificaciones arquitectónicas para resolver la articulación del sistema de asentamiento en enclaves productivos agropecuarios. La Aldea Piedra Negra es el mayor de estos agrupamientos y su historia arquitectónica nos permite visualizar una sucesión de cambios a través del tiempo. La percepción de los cambios acaecidos devienen de considerar un conjunto de distintas variables, entre ellas: diseños arquitectónicos diferentes hallados en superposición estratigráfica (Delfino 1999, 2005); la relación entre las estructuras y las características tecno-estilísticas de los materiales cerámicos (Delfino *et al.* 2007a, 2007b; Espiro 2008, 2013); la gestión doméstica/supradoméstica de los espacios agro-hidráulicos (Díaz 2009, 2013a) y los contextos arqueológicos excavados que han sido datados por radiocarbono (Figura 3 - Delfino 1999, Delfino *et al.* 2007b); situaciones confrontadas al someter a prueba un modelo hipotético generado mediante la comprensión de estudios etno-arqueológicos regionales (Delfino 1994, 2001).

Al comienzo del primer milenio D.C., se da inicio a un proceso de configuración aldeano expresado en cierto aglutinamiento de un conjunto de bases residenciales y otros tantos puestos (tal como nos hemos explayado más arriba). En este tiempo todo el sistema de asentamiento muestra una decidida estructuración de recintos circulares o sub-circulares bajo la modalidad de espacios hundidos, los que fueran referidos como casas pozo/semi-pozo (González 1955). Poco antes de mediados del segundo milenio D.C., coincidente con la irrupción incaica sobre la región, se visualizan cambios en algunos aspectos de la arquitectura de los asentamientos, los que fueron resueltos recurriendo a una modalidad de recintos rectangulares o cuadrangulares, con muros dobles para los que se emplearon rocas trabadas con caras elegidas. A diferencia de lo acontecido precedentemente, en estos el piso de ocupación de los recintos conservó el mismo nivel de los espacios externos. Otra de las diferencias apreciables quedó reflejada en que, al menos uno de los paramentos de los recintos menores, formaron parte de un muro perimetral para rodear al asentamiento. En esta crónica de los cambios arquitectónicos de la Aldea, no hemos podido reconocer cambios sustanciales que muestren co-variaciones alineadas a las manifestaciones correspondientes a tiempos coloniales (Delfino *et al*. 2007a). Aunque en el presente se aprecia una predominancia de

diseños rectilíneos, en unos pocos casos hemos registrado la persistencia del uso de recintos con diseños de planta circular, los cuales son utilizados como cocinas (Delfino 2001).

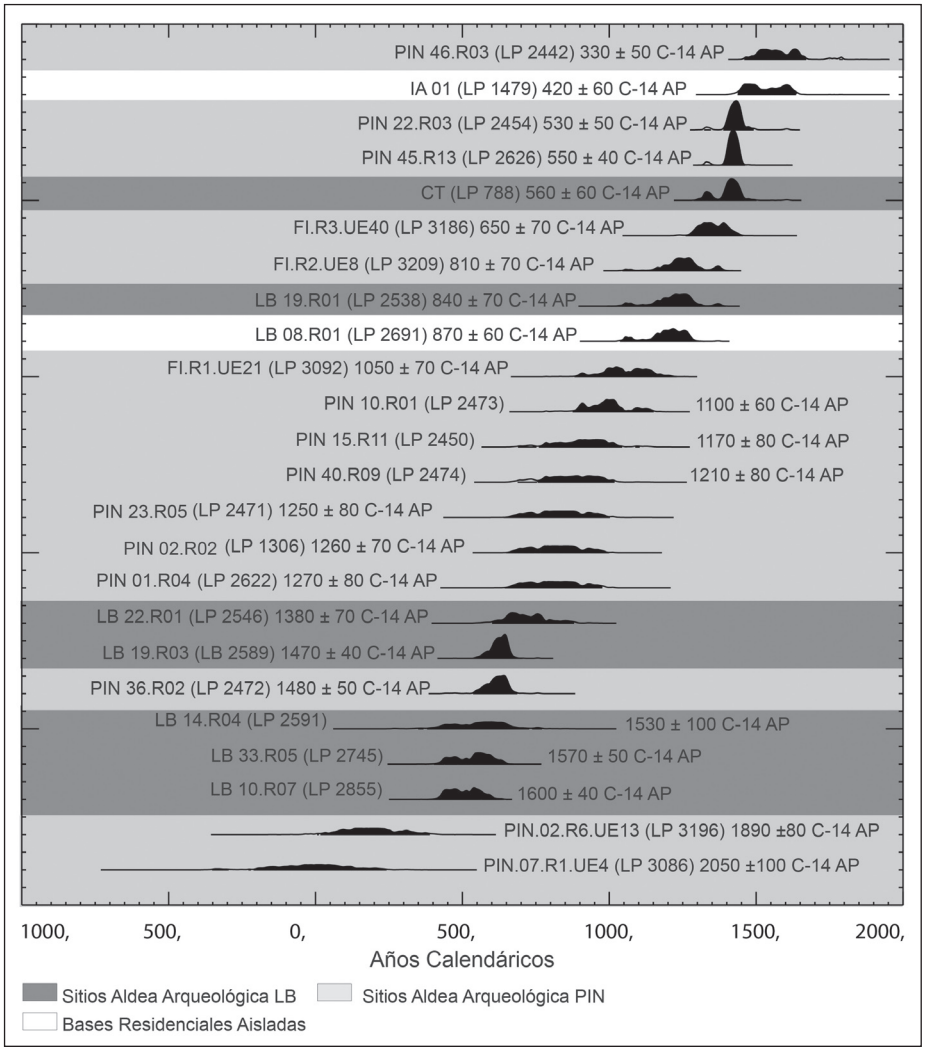


Figura 3. Calibración en años A.D. de los fechados radiocarbónicos, con un sigma, realizados sobre muestras de carbón vegetal recogidos en estructuras de combustión en estratigrafía dentro de recintos habitacionales, se empleó el programa CALIB 6.0.1, en conjunción con Stuiver and Reimer (1993).

A pesar de que podemos identificar los "clásicos" indicadores de cambio socio-histórico (como las transformaciones arquitectónicas en los espacios residenciales y las variaciones en los materiales arqueológicos "diagnósticos" –iconografía alfarera, proporción y morfología del instrumental lítico, etc.–), no observamos una correlación directa con variaciones en las estrategias productivas, es decir, se aprecia una estabilidad estructural entre sistemas de asentamiento y modelación agraria del territorio. Incluso absteniéndonos de la información

etnohistórica e histórica referida a las implicancias políticas y sociales acontecidas con la llegada de los incas, con la administración colonial (Delfino *et al*. 2007a) y los estados nacionales, las interpretaciones devolverían relaciones espaciales doméstico-productivas semejantes desde comienzos del primer milenio D.C. hasta tiempos recientes[9]. Todo lo cual pone en evidencia que la irrupción de los procesos estatales (incluso los imperiales), y el dramatismo que ha sido señalado para otras geografías, no parecen haber tenido en nuestro caso de estudio un correlato sobre la transfiguración de las arquitecturas productivas y las consecuentes modelaciones del territorio. Sin embargo, con ello no pretendemos negar las modificaciones o cambios en las relaciones productivas entre la población local y las avanzadas estatales sobre el NOA, sólo señalamos que el paisaje productivo local pudo mantener una estructura estable a escala doméstica/supra-doméstica (Delfino y Pisani 2010).

Recapitulando, desde hace unos 2000 años la estructuración de la dinámica constructiva en la Aldea Arqueológica Piedra Negra reflejaría una estabilidad de las relaciones entre áreas domésticas y agrícolas (semejante en la Aldea Arqueológica LB). Independientemente de ciertas variaciones y diferencias tecno-estilísticas en las alfarerías y otros conjuntos materiales, se aprecia una persistencia que parece seguir reproduciéndose en relaciones espaciales inter-domésticas semejantes, junto a homologables lógicas de modelación agraria y de regadío.

Los contra-ejemplos podrían multiplicarse si sumamos casuísticas de otras regiones, baste remitirnos a los tratados por Lleras Pérez (2002), Horta (2004), Staller (2006), Lumbreras (2006) y Franco *et al.* (2009). Los casos citados, junto al de Laguna Blanca nos invitan a ensayar planteos más flexibles.

DELETEANDO EL FORMATIVO

Una vez repasada la genealogía del concepto, sus replanteos y las reflexiones y/o desacuerdos suscitados, podríamos preguntarnos por qué continuar empleándolo. Las respuestas podrían ser tantas, como diferentes sus interpretaciones.

---

[9] Debemos destacar que los estudios sobre el diseño de las redes de irrigación (Díaz 2009, 2013a, 2013b) en los dos conjuntos arqueológicos aldeanos (Piedra Negra y Laguna Blanca), nos orientan a considerar que sus características técnicas y gestión pudo mantenerse casi sin modificaciones, a pesar de la yuxtaposición de unidades sociopolíticas de gran escala como imperios (el incario y el español) y estados nacionales. En el caso del sector sur de la Aldea Piedra Negra, los estudios permitieron plantear la gestión del riego y la modelación del paisaje agrario bajo una organización sociopolítica no centralizada. Por otro lado, en la Aldea Arqueológica Laguna Blanca, hemos podido reconstruir un paisaje agrícola donde persiste una lógica de organización descentralizada de las redes de riego, cuya integridad no desaparece con la avanzada incaica que intentó imponer un mayor control en la gestión de las redes. En otras palabras, "los paisajes agrarios de la Aldea Laguna Blanca, pudieron ser el escenario de una disputa entre al menos dos lógicas, dos visiones de organización social que se plasmaron en un mismo espacio. Por un lado, un patrón de disposición espacial de redes de riego que pudieron conformar un complejo técnico funcionalmente dividido, una 'red de regantes' con una organización sin una autoridad definida que controlara tecnológicamente el acceso al recurso. Por otro lado, el advenimiento del 'nuevo orden', que a la vez que expandía los espacios de cultivo empleando formas controladas de acceso al recurso, se articulaba con una lógica local de carácter desarticulado" (Díaz 2013b).

Quizás como sostienen varios investigadores (Núñez Regueiro 1974:176, 1975:13; Olivera 1988:85; Tarragó 1996:104-105), la continuidad conceptual parece responder a una capacidad para explicar una parte de los procesos de cambios en el pasado de los pueblos del NOA. Sin embargo, muchas veces su empleo se convierte en un procedimiento circular, y la simple descripción de las características de los casos estudiados (agrupamiento aldeano, agricultura-pastoreo, determinados estilos de la cultura material) se constituye en un repertorio de elementos simultáneamente definitorios e indicativos. Limitaciones de un procedimiento que, mediante el reconocimiento de ciertas expresiones materiales para lograr pertenencia dentro de la clasificación, no resulta suficiente para explicar los cambios ocurridos en estas sociedades.

Otro argumento reflejado en los diferentes esquemas de periodificación del NOA (González 1979, González y Pérez 1966, Núñez Regueiro 1974, Raffino 1991[1988]), podría hallar sustento en su valor como herramienta cronológico-clasificatoria. En estos términos, el Formativo representaría un bloque temporal sobre el que se asigna entidad material propia y sustancialmente distinta a la de otros períodos. Ahora bien, si acordamos concebir la historia como un proceso de larga duración (con cambios y continuidades, en donde los sucesos acontecidos en distintos momentos encuentran representación sobre una misma espacialidad), coincidiremos con que resultará engañoso apoyarse en planteos que defiendan recortes arbitrarios con pretensiones de hacer corresponder cronologías rígidas con procesos culturales de larga duración. Esta compartimentación estaría reñida con la noción del *continuum* histórico donde los procesos sociales se suceden con impactos diferenciales en escalas sociales diferentes (domésticas, supradomésticas/comunitarias, estatales); asimismo, la casuística ya ha evidenciado que diversos procesos culturales (sedentarismo, la caza, tecnologías, etc.) anteceden, persisten y se descontinúan en el devenir histórico, sin ceñirse a una teleología evolutiva. Sabemos que todo recorte representa un artificio metodológico que responde a diversos fines.

Si bien, hace algunos años se ha planteado la necesidad de deslindar la temporalidad del concepto formativo, los intentos siguieron incurriendo en una noción de etapa cultural de desarrollo, o asociable a un estadío dentro de una secuencia evolutiva (Olivera 1988, Raffino 1991[1988], Tarragó 1996). Dichas asociaciones proyectadas sobre aquellas sociedades que mantuvieron a lo largo de los años (incluso hasta el presente) condiciones de vida coincidentes con las entendidas como Formativas, podrían sugerir de algún modo una escasa receptividad para los cambios, o como dice Korstanje (2005:91), "quitándole historicidad a los procesos".

La entidad de un concepto sólo es validada frente a marcos teóricos particulares que guardan independencia de la realidad y que, a su vez, lo justifican como recurso metodológico. De esta manera, los conceptos nos resultan operativos para interpretar y describir teóricamente los hechos. De-construyendo la historia del concepto "Formativo" y su empleo en la práctica, creemos que su principal limitación fue aunar genéticamente las características de un modo de vida con un compartimiento temporal rígido en una secuencia cultural o evolutiva. Las consecuencias negativas no tardaron en aparecer. Desde ese esencialismo se procedió dogmáticamente a clasificar sociedades, y en muchos casos, a homologarlas a procesos particulares. Como reflejo del pensamiento tipológico (Delfino 2005:265-267, Nielsen 1996), lo que había comenzado como la categoría descriptiva de un proceso, fue transformándose en una entidad fija e inamovible construida de forma

normativa a partir de la reunión de elementos co-variantes que identificaban los momentos de una periodificación[10].

Lo ambiguo de su tratamiento y definición dio por resultado un consenso *inter pares*, acordando una base común sobre algunos puntos de coincidencia que evitaron el tratamiento teórico crítico del mismo. En este marco, dicha situación sería fomentada por la necesidad de sociabilizar las producciones científicas, apelando para ello a esta ambigüedad por resultar constitutiva de la comunicación dialógica (Delfino 1995). En discusiones científicas donde las disquisiciones conceptuales no representan la centralidad de los debates, el empleo instrumental del término "Formativo" no parece acarrear mayores problemas de entendimiento. Quizás como en la historia del "nudo gordiano", la solución directa sea "cortar" el problema. Ante la extraordinaria variabilidad de la casuística, frente a solapamientos que muestran un mosaico de situaciones y recortes arbitrarios que conjugan hechos y datos junto a nominaciones clasificatorias, habrá que volver a pensar ¿para qué y para quién construimos las clasificaciones? Si nuestros colegas son los únicos consumidores de interpretaciones, estos espacios de discusión serán suficientes. Pero como puede apreciarse de manera creciente, la construcción del pasado estará cada vez menos en manos exclusivas de arqueólogos/as y los significados deberán ser negociados con distintos actores, productores y consumidores de pasados (*v. gr.* miembros de pueblos originarios, de comunidades locales campesinas, urbanas, el gran público, etc.). Si las clasificaciones son artefactos conformados desde marcos teóricos particulares, siendo resultado de una conectividad particular sujeta a intereses específicos, podremos acordar con que las motivaciones implicadas detrás de esas decisiones pueden haber quedado obsoletas y entonces aceptar que la manera elegida para referir historias también pudieron envejecer. Algunos intentos modernizadores han pretendido superar la obsolescencia de las categorías (Formativo, Período Temprano/Medio/Tardío, Período de Integración Regional, etc.) recostando las interpretaciones en una estrategia que apela a la temporalización usando el calendario occidental cristiano (Primer Milenio D.C., Segundo Milenio D.C., etc.). Su empleo parece proporcionar un espacio de neutralidad, apelando a ellas por suponer que se encuentran despojadas de connotaciones. El problema, de nuevo, es que este procedimiento no supera necesariamente la limitación tipológica cuando se hace corresponder de forma excluyente los procesos sociales con uno u otro paquete temporal. Esto no superaría la reificación de las categorías.

Ante lo expuesto, en trabajos anteriores propusimos que quizás nos encontráramos en el momento de *formatear* el "Formativo" (Delfino *et al.* 2007d, 2009); sin embargo, es

[10] Este pensamiento se encuentra tan íntimamente arraigado en la praxis arqueológica que muchas veces, aún inadvertidamente, llega a afectar la compresión de los procesos sociales cayendo en enunciados funcionales a la legitimación de los recortes crono-culturales que pretenden negar. Entre los últimos intentos de trascender ciertas características de la definición compilativa de "formativo", Korstanje y Quesada (2011) han señalado que la "estructura espacial" ("casas dispersas entre los campos de cultivo") con la que se lo identificó, permaneció vigente durante el segundo milenio sin ser reemplazada por otros ordenamientos productivos. A pesar de que esta enunciación pone en cuestión la correspondencia de una configuración arquitectónica particular (residencial/productiva) con un tiempo dado, su proposición parecería asumir que la aglomeración de las viviendas segregadas de los campos agrícolas correspondería a un patrón identificable con "(…) la expansión de los señoríos tardíos a partir del siglo X" (*op. cit.*:148). Esta proposición parecería no tener en cuenta la casuística presentada en otras regiones para el primer milenio (Láguens 2006, Oliszewski *et al.* 2010, Pérez Gollan 1992, entre otros).

claro que este proceso puede resultar en un acto de devolución a un "estado original" de la estructura conceptual, por lo cual es posible que ahora podamos pensar, simplemente, en *deletearlo*. Ante esta situación, ensayaremos una alternativa situada en Laguna Blanca.

UN MODO DE VIDA COMUNITARIO AGROCÉNTRICO

Como señaláramos, en los usos generales del concepto Formativo observamos un conjunto de limitaciones que nos llevaron a plantear la inviabilidad del valor explicativo y su aplicación en las situaciones socio-históricas de nuestra región de estudio. En razón de ello, vimos la necesidad de ensayar una noción que armonice con una realidad particular donde se aprecia una relativa estabilidad longitudinal a través de cerca de 2.000 años en: el uso del ambiente; las relaciones estructurales en estrategias productivas expresadas en los sistemas de asentamiento y la modelación agraria del territorio, y; las configuraciones sociales expresadas en un espacio arquitectónico particular. En otras palabras, pensamos una alternativa situada que denominamos Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico (Delfino *et al.* 2007d, 2009)[11]. La condición situada que hemos elegido en esta noción nos exime de pretensiones de universalidad. Esta noción reúne conceptos con los que se busca abordar los distintos aspectos que componen o que caracterizan al devenir histórico de la sociedad y las prácticas de los sujetos responsables de las materialidades visualizadas en las modelaciones del territorio de Laguna Blanca. A continuación desarrollaremos la extensión de cada uno de los conceptos de dicha noción.

Modo de vida

Al abordar la materialidad de los paisajes productivos del pasado situado, consideramos que la noción a utilizar debía remitirnos tanto a las características técnicas de la producción como a las prácticas y relaciones entre los sujetos involucrados en la misma. Encontramos en el concepto de ***Modo de Vida*** propuesto por Iraida Vargas Arenas algunos elementos significativos. Según la autora el modo de vida permite conocer las prácticas de un modo de producción en tanto que representa una respuesta social de un grupo humano a las condiciones objetivas de un ambiente determinado. Un aspecto destacado es que nos permite acceder a las particularidades de una formación económico-social (FES), tomando en cuenta tanto las condiciones técnicas como las sociales de la producción (Vargas Arenas 1985:8)[12].

[11] La definición de la perduración de este modo de vida, en absoluto alude a la ausencia de conflictos; por el contrario, hemos registrado evidencias que predican sobre episodios de violencia simbólica y material, como los relativos a la construcción de la plataforma IA-02 interpretada como un santuario (Delfino y Pisani 2010), implantado en el Nevado de Laguna Blanca durante el Incario que re-significó un probable cerro tutelar de las comunidades locales.

[12] Es dable destacar que el concepto de modo de vida, en su articulación con las expresiones fenoménicas de la cultura material de una sociedad determinada, puede apoyarse en las categorías mediadoras propuestas por Acosta Ochoa (1999) de ***Modo de Trabajo*** y ***Procesos de Trabajo,*** las cuales poseen un gran potencial metodológico permitiendo reconocer la existencia de regularidades y ciclos en las actividades de una sociedad, a través de lo cotidiano, donde las actividades productivas, reproductivas e ideológicas se repiten rutinariamente (*op. cit.*).

Así también, el modo de vida permite aproximarnos a las prácticas de las personas como respuesta social ante condiciones objetivas de producción (sociedad-ambiente) y, a través de ellas, remitirnos –según sus características particulares– a un modo de producción. Nuestra intención no será profundizar aquí la correspondencia del Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico con un determinado modo de producción. Esta propuesta de un Modo de Vida en muchos sentidos podría ser subsumida dentro del Modo de Producción Germánico de Marx (1989[1857-1858]) o del Modo de Producción Campesino de Chayanov (1985[1925]) o del Modo de Producción Tribal o Productor de Vargas Arenas (1985) y Angulo Valdez (1992). Sin embargo, los objetivos de este libro y la extensión de este trabajo, nos limita en lo que debería ser un tratamiento pormenorizado de las implicancias de cada encuadre teórico y la medida en que nuestra propuesta se podría articular o no a cada uno.

En este aspecto debemos señalar que nuestra proposición de un modo de vida toma distancia de cualquier simplificación interpretativa que suponga un ordenamiento bajo parámetros evolutivos unilineales de los modos de producción. Por el contrario, la irrupción de otras FES y el cambio que ello pudo conllevar no representa una declinación de prácticas económicas particulares las cuales pudieron coexistir en una superposición de relaciones sociales atribuibles a distintos modos de producción. Como ya señalara Marx para la particularidad de la economía campesina, una sociedad puede hallarse inserta en un modo de producción dominante, pero aún contener relaciones de producción no subordinadas a él (Bartra 1976). En este sentido, la persistencia histórica de un modo de vida podría suponer que los cambios acaecidos en las relaciones de producción dominantes no influyeron sustancialmente en el desarrollo de las fuerzas productivas ni generaron nuevas condiciones de producción, preservándose posiblemente entre los intersticios del nuevo orden.

Al continuar evaluando el concepto de formativo, vimos que otra de sus limitaciones era la dificultad de identificar a los sujetos socio-históricos, en otras palabras, los "sujetos formativos" eran eclipsados por la búsqueda de la "sociedad formativa". En nuestro caso, al concentrarnos en la revisión de dicho concepto, también omitimos referirnos y reflexionar sobre los sujetos históricos que habrían encarnado en sus prácticas el citado modo de vida (Delfino *et al.* 2007d, 2009). En los últimos años, varios/as arqueólogos/as (Franco *et al.* 2009; Haber 1999, 2004; Korstanje 2005, 2007, 2011; Quesada 2001, 2006, 2011; Tarrago 2007, entre otros autores) han recurrido al empleo de la categoría "campesino" para remitirse a los sujetos sociales desde el primer milenio D.C. en adelante. A nuestro criterio este concepto contiene herramientas útiles para contemplar un modo de vida particular, sin embargo su adopción no debe limitarse a un simple acto de asumir y naturalizar, ya conocemos los excesos del pensamiento tipológico entre los/as arqueólogos/as y su impulso esencialista en el tratamiento de los conceptos. El énfasis particular en "lo campesino" se debe a que su utilización nos aproxima a una racionalidad productiva característica, una forma distintiva en que los sujetos articulan sus vidas a partir de relaciones económico-políticas propias y en relación antagónica a otras clases. En otras palabras, lo campesino nos aproxima –ante todo– a sujetos productores[13], los cuales sólo parecen definirse desde lo económico. Este hecho no resulta casual, ya que los estudios sobre el campesinado surgen desde el análisis

[13] Al referirnos a un sujeto productor, lo realizamos en el sentido marxiano del término (Marx 1975[1867]: Sección VII), donde los sujetos pueden realizar actividades productivas (ej. agricultura, ganadería, etc.) como actividades extractivas (ej. minería, forestal, pesca, etc.).

de su vinculación al capitalismo como a otras FES. En consecuencia, no podemos dejar de destacar el aspecto contextual de esta concepción, la cual representa en muchos sentidos una escisión de los sujetos sociales propia del capitalismo, donde los agentes son identificados a partir de su actividad económica (proletario, campesino, burgués, etc.). La pregunta ahora es, ¿esta situación invalida su potencialidad de análisis? Sin rodeos nos inclinamos por la negativa, no obstante debemos ser conscientes de que recortar al sujeto histórico a partir de su definición económica puede generar una visión limitada del pasado la cual siempre nos remitirá a un aspecto parcial de la sociedad, su producción económica. Esta situación puede ser mayormente confusa si incluso al utilizar la categoría de campesino la constituimos como la base de la identidad de los sujetos sociales del pasado. Probablemente, la definición de los sujetos históricos haya sido tan versátil como sus respuestas a los cambios sociales, así una definición surgida de la auto-adscripción identitaria bien podría haber provenido de la experiencia del ESTAR en un sentido kuschiano, una experiencia histórica, una vivencia contextuada y situacional (Delfino *et al.* 2007c). Esa identidad queda vinculada a lo que el sujeto social reconoce por diversos mecanismos como su lugar de origen, de pertenencia, etc. Es posible que una alusión referencial a una estrategia económica como recorte de lo social pueda no ser suficiente para cubrir todos los aspectos de la identidad social de un grupo, en cambio sí puede resultar útil para comprender aspectos vinculados a su modo de vida.

Entre el conjunto de prácticas[14] asignadas como consuetudinarias del campesinado (Chayanov 1985 [1925]; Cowan Ros y Schneider 2008; Ramírez de Haro Valdéz 1997; Urrutia 1992; Wolf 1982; Zoomers 2002, entre otros autores), se seleccionaron algunas que por sus características pueden construir un andamiaje conceptual para aproximarnos al entendimiento del modo de vida de las sociedades pasadas de Laguna Blanca. Un atributo común de las prácticas seleccionadas es que han podido tener lugar en contextos pre-capitalistas (sin ser exclusivas de estos), lo cual nos alienta a proyectarlos hipotéticamente en situaciones como las estudiadas.

Para diversos autores de tradición materialista (Lumbreras 1974; Marx 1989[1857-1858]; Vincent García 1991; Wolf 1982, entre otros), uno de los rasgos distintivos y comunes de las prácticas campesinas es su vinculación con la tierra y el proceso de trabajo agrícola, relación que sería constitutiva de esa forma de apropiación de los medios de producción (fuerza de trabajo/instrumentos de trabajo/objetos de trabajo)[15]. En otras palabras, el propio trabajo representa en estas sociedades una manera de instauración de un sentido de apropiación. La visualización arqueológica de los procesos de trabajo campesino ha sido abordado por algunos autores en otras regiones (Franco y Berberián 2008; Korstanje 2005, 2007, 2011; Quesada 2001, 2006, 2011), en tanto que para Laguna Blanca se han estudiado los espacios agrícolas de las aldeas arqueológicas PIN y LB a través de un análisis de los diseños de las redes de riego (Díaz 2009, 2013a), empezando a aproximarnos a algunas lógicas de apropiación de los paisajes agrarios.

---

[14] En este contexto, el concepto de práctica resultaría coincidente con el de estrategias de reproducción social propuesto por Bourdieu (Cowan Ros y Schneider 2008), donde las estrategias son concebidas como líneas de acción construidas por los agentes sociales continuamente a través de la práctica y que se definen entre el encuentro del *habitus* y una coyuntura particular del campo.

[15] Esta vinculación se proyecta a actividades no estrictamente agrícolas, como las actividades pastoriles (en la "extensión y cultivo de vegas" o la construcción de puestos), o como en la actividad minera campesina (Deustua 1995), etc.

Ahora bien, el trabajo productivo[16] no parece agotar las vías por las cuales los sujetos pudieron apropiarse de los medios de producción. Al estar en la región centro-sur andina, no puede soslayarse el papel de la ritualidad y su potencial constitutivo que impregna cualquier tiempo y espacio (Delfino 1995, 2001). Así también reconocemos la importancia de otro camino de apropiación, el cual deviene del reconocimiento mítico de los actos narrativos y fundacionales del nombrar (Arnold y Yapita 1998a, 1998b; Martínez 1989). En sociedades pre-capitalistas, la economía no es una esfera autónoma de los aspectos cosmovisionales sino que interactúa de forma dialéctica con los mitos, los relatos y el ritualismo, entre otros aspectos súper-estructurales; esta consideración nos estimula a contemplar que la materialidad a la que nos enfrentamos no tuvo un origen determinista.

A continuación detallaremos algunas prácticas del campesinado en una síntesis que articula propuestas de diversos autores, a las que hemos sumado nuestras experiencias de trabajos etno-arqueológicos y sociales con los pobladores de Laguna Blanca. Debemos advertir que esta es una lista abierta y no exhaustiva. Constituyen a la fecha nuestro "cajón de zapatero", a partir del cual intentamos tomar herramientas para comprender el pasado de Laguna Blanca.

Cosmovisión, ritualidad y economía

Al encontrarnos en la región Andina, no podemos obviar referirnos a la fuerte dialéctica generativa que articula las "prácticas económicas" y todos los otros espacios regulados por la visión de mundo. Todas las actividades económicas y/o políticas se hallan cruzadas por la ritualidad, la clásica oposición Hombre/Naturaleza de la sociedad capitalista occidental se diluye y entremezcla en un mundo vivo, donde los seres (cerros, aguas, animales, mujeres, hombres, etc.) conviven en una relación de mutua crianza. Harris (2010) ha puntualizado que las sociedades andinas no mantenían una separación entre el ritualismo y el trabajo; así éste último, se considera no como un peso o castigo –a la manera judeo cristiana[17]– sino como una bendición, y los trabajos comunales serían una "fiesta y regocijo" que unen a las personas y las divinidades (*op. cit.*).

En consecuencia, la vida en los Andes se halla impregnada de ritualismo y desconocer su influencia en las actividades económicas, es soslayar un aspecto fundamental y constitutivo de las mismas. Retomaremos nuevamente esta temática al tratar sobre la cosmovisión agrocéntrica en un acápite específico.

---

[16] Se específica en el trabajo productivo como una categoría de trabajo específico ya que el concepto de trabajo presentado por Karl Marx (1975[1867]) es amplio, no productivista, y no centralista; es decir que, admite que éste tiene potenciales de autonomía y autorrealización, no lo reduce a la pura actividad instrumental-productivista y, aboga por la disolución del vínculo entre trabajo y supervivencia.

[17] Cabe puntualizar que la palabra "trabajo" viene del latín *tripalium* –que significa 'tres palos'–, el cual era un instrumento de tortura formado por tres estacas a las que se amarraba a un condenado. Con su evolución metonímica, adquirió el sentido de 'penalidad, molestia, tormento o suceso infeliz'. Es decir, este nombre pasó de designar un instrumento de tortura a referirse a uno de los efectos de la tortura: el sufrimiento (Bustos 2008).

Organización, producción, incertidumbre y prácticas

Ante situaciones de incertidumbre los sujetos de las sociedades pre-capitalistas suelen establecer una red de seguridad para responder a la adversidad (Kervyn 1996), a través de actividades complementarias que diversifiquen su sustento, al tiempo que reducen el "riesgo" implicado en escenarios dinámicos (Zoomers 2002). Este conjunto de prácticas podría desplegarse en una multiplicidad de formas que involucran aspectos cosmovisionales, sociales, económicos y políticos. Planteamos –siguiendo a Zoomers (2002:47)– la interdependencia de las actividades económicas de las unidades domésticas[18], considerando distintos tipos de relaciones:

- unas que propician o facilitan a otras actividades (por ejemplo, el pastoralismo y la textilería, la producción alfarera y la preparación de alimentos, el pastoralismo y el caravaneo, etc.);
- otras actividades que no pueden desenvolverse simultáneamente, por entrar en relaciones de competencia (por ejemplo, la migración temporal y la cría doméstica de animales; la migración estacional y el cultivo), y por último;
- otras que comprenden a las relaciones complementarias/compensatorias ante incertidumbre y/o riesgos.

Como se planteará en los acápites siguientes estas relaciones pueden sortearse a través de otras prácticas (manejo de diversidad ambiental, multi-ciclos productivos, redes sociales, etc.).

La dinámica de las prácticas que presentaremos a continuación, se articula de manera variable en la diversidad del territorio como en el devenir del tiempo. Así, la puesta en juego de éstas prácticas no opera de manera rígida sino que se da a través de una articulación que implica relaciones de complementariedad y jerarquización de estrategias móviles, las cuales responden a decisiones y/o negociaciones conceptuales y estratégicas de los sujetos/unidades domésticas/comunidad.

Prácticas ante la diversidad y heterogeneidad ambiental

La región andina se caracteriza por un ambiente heterogéneo determinado principalmente por un fuerte gradiente altitudinal. Ante esta realidad, desde las unidades domésticas se suele diversificar las actividades productivas a través del uso de las diferencias geomorfológicas del territorio para reducir incertidumbre ante situaciones de riesgo (fenómenos meteorológicos límites, presión de predadores, etc.). En este sentido, ante la posibilidad de la disminución o el fracaso de una actividad productiva, las unidades domésticas podrían apoyarse sobre otras actividades que se desarrollan fuera del ámbito del territorio impactado. En el caso de nuestra región de estudio, la heterogeneidad ambiental se halla fuertemente influenciada por la Sierra de Laguna Blanca, la cual constituye la primera barrera orográfica de la región puneña de Catamarca. Este macizo genera en su piedemonte mayores condiciones de humedad, las que han permitido el asentamiento de sociedades a lo largo de los últimos milenios (Delfino

[18] Este concepto alude al grupo social constituido sobre la base relaciones de alianza y/o consanguíneas y/o productivas, que se corresponden con y gestionan un mismo sistema de asentamiento (base residencial, puesto/s, paraviento/s).

2000). Este piedemonte contrasta con el modo de ocupación del territorio del resto de la Puna de Catamarca, donde pareció seguir la lógica de los oasis (Haber 1999, Olivera 1991b, Ratto *et al.* 2002). La variación altitudinal desde los ambientes pre-puneños aledaños hasta el alto-andino de nuestra región fluctúa en más de 3250 m (tomando 54 km lineales desde El Bolsón y Nacimientos de San Antonio, hasta las cumbres del Nevado de Laguna Blanca –6.012 msnm– Figura 4.). Este gradiente genera un vasto y heterogéneo escenario natural con múltiples condiciones climáticas particulares –temperatura, humedad, relieve, vientos– (Delfino 2000, Díaz 2009). Ante este contexto ambiental tan diverso, los habitantes de la región han articulado sus conocimientos para ajustar sus prácticas socio-productivas de un modo complementario en un intento de disminuir los riesgos potenciales. De esta manera, las unidades domésticas de Laguna Blanca suelen integrar sus actividades agrícolas en toda la extensión del piedemonte y las quebradas altas que bajan del Nevado, con la ganadería en vegas de altura y del fondo de la cuenca, actividades que se suman al aprovechamiento de recursos vegetales en distintas altitudes (combustibles, forestales, comestibles, tintóreos, medicinales, etc.), explotación de los salares, las canteras de minerales y materiales líticos. Ahora bien, esta diversidad ambiental y una posible relación de complementariedad con la región de pre-puna colindante (Korstanje 1996b), puede servir para interpretar el uso del territorio en el pasado de Laguna Blanca.

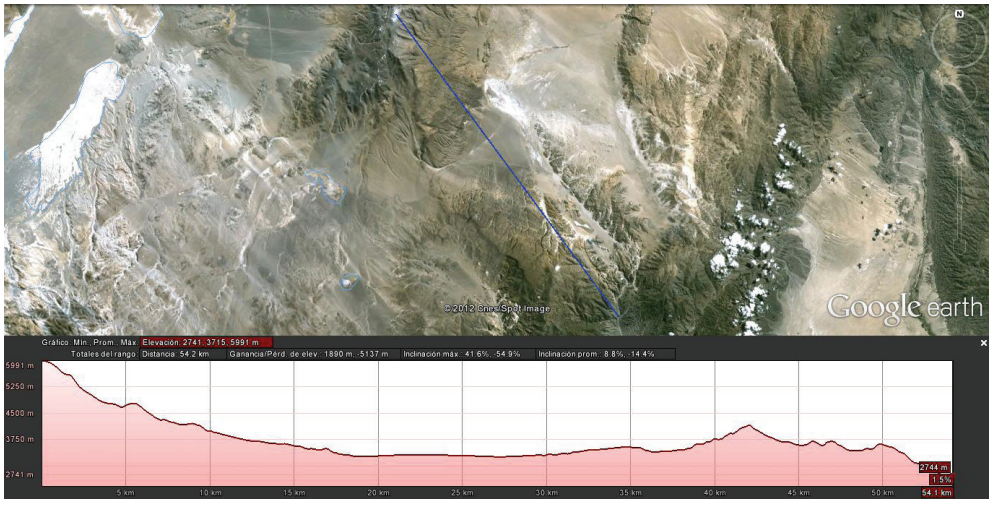


Figura 4. Transecta lineal (54 km) desde El Bolsón y Nacimientos de San Antonio, hasta las cumbres del Nevado de Laguna Blanca. La diferencia altitudinal es de 3741m.

Prácticas productivas multicíclicas

Para profundizar la comprensión de una articulación productiva en un territorio tan heterogéneo mediante estrategias organizativas de las comunidades andinas, nos detendremos en la propuesta de Golte y De la Cadena (1986) sobre actividades económicas multicíclicas en sociedades en los Andes Centro-sur. Estas prácticas productivas combinan el carácter de la organización de la producción y de la reproducción a través de la organización de ciclos productivos (como la agricultura, la ganadería, la textilería, la construcción y refacción de

viviendas, la producción alfarera, la recolección de recursos vegetales, etc.), donde los sujetos concentran su fuerza de trabajo en más de uno de los ciclos productivos, asegurando cubrir las necesidades de su reproducción. Cada ciclo productivo –según sus características– contiene en su interior múltiples sub-ciclos; para el caso de la agricultura y según su ubicación geográfica, la diversidad de cultivos (leguminosas, cereales, tubérculos, etc.) y tecnologías pueden representar sub-ciclos complementarios (con tiempos diferentes de maduración, abonamiento, resistencia a las inclemencias del tiempo, etc.). Así, la práctica productiva complementaria, se sustenta en una forma de aprovechamiento de la diversidad ambiental a partir de una serie de ciclos de producción, cuya suma permite una utilización de la fuerza de trabajo considerablemente mayor que la que se emplearía al impulsar un solo ciclo (*op. cit.*) y, que a largo plazo, reduce las probabilidades de fracaso implicado en cada uno de estos. No obstante, no debe soslayarse que los múltiples ciclos productivos se hallan atravesados por el ritualismo y un conjunto de actos propiciatorios, que le otorga sentido a la noción de integración entre lo natural y lo divino. En este tenor, la reproducción de una actividad como la ganadería no sólo recae en aspectos estrictamente economicistas, sino que, sin una correcta propiciación ritual –que gane el favor de lo divino–, el riesgo de sufrir un "daño" aumentaría su probabilidad.

La estrategia de simultaneidad cíclica puede generar necesidades de cooperación entre los miembros de una comunidad, por ejemplo las que emanan de la organización técnica de la producción o de actividades rituales colectivas. En otras palabras, la cooperación para los ciclos productivos puede tener un distinto carácter e intensidad en el transcurso del año, con variaciones casi diarias en el tamaño y las tareas del grupo cooperante (unidad doméstica, escalas supra-domésticas), así como en su organización y coordinación.

Otras características destacables de las prácticas multicíclicas, son la versatilidad y la inmediatez. Estas particularidades permiten que desde las unidades domésticas, en casos de emergencia (escasez, sequía o exceso de agua, etc.), puedan introducirse cambios oportunos en los dispositivos tecnológicos (por ejemplo, en el caso de la agricultura los cambios de una parcela de cultivos a otra, apoyado en el manejo multicíclico de los cultivos); por otro lado, permite que las unidades domésticas cooperantes modifiquen los sistemas de distribución cuando el recurso ha disminuido, ya sea por atraso de las lluvias o por excesivas tareas comunales (Zoomers 2002).

A partir de las características generales de las prácticas multicíclicas, podemos pensar en distintas posibilidades de interpretación de nuestra casuística. Para el caso de la agricultura, se podría entender la dispersión espacial de estructuras agrícolas discurriendo entre cotas altitudinales inferiores y superiores de los asentamientos aldeanos como la articulación de sub-ciclos de distintos cultivos. Al observar la dispersión de las estructuras agrícolas en la Aldea PIN, hemos determinado que se disponen ocupando tres fajas altitudinales (Figura 5):1) entre los 3250 a los 3270 msnm se ubican exclusivamente campos de melgas (de PIN-M4 a PIN-M22); 2) entre los 3270 a los 3400 msnm se encuentran casi la totalidad de los canchones de cultivos y algunos escasos campos de melgas o despedrados; y, por último, 3) entre los 3400 a los 3530 msnm se disponen el resto de los campos de melgas y despedrados (desde PIN-M1 al M3 y desde PIN-M22 a PIN-M63), junto a algunos pocos canchones en la ribera de los cursos de agua. Como es reconocido, con el incremento altitudinal decrecen las temperaturas, por lo cual las franjas ocupadas por los tipos de estructura podrían

generar entornos propicios para cultivos diferentes[19]. En este contexto, puede entenderse la segmentación tecnológica del espacio a partir de la articulación de sub-ciclos productivos agrícolas. Por otro lado, en el estudio comparado entre las Aldeas Arqueológicas PIN y LB hemos propuesto la posibilidad de que la gravitación en la gestión de los espacios agrarios de estos asentamientos haya pivotado a largo del tiempo en forma alternada (Delfino *et al.* 2010, 2012).

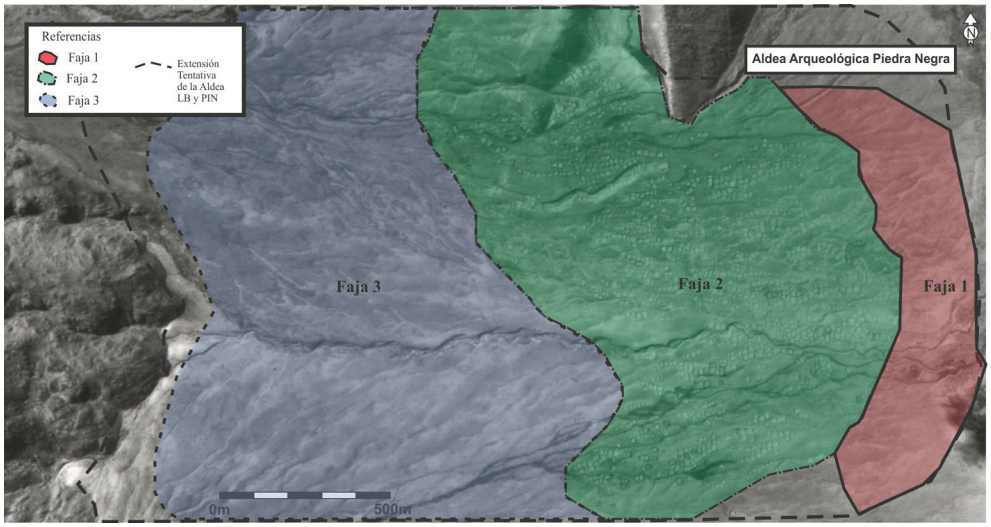


Figura 5. Vista de fotografía satelital de la Aldea PIN, con detalle de las franjas.

Asimismo, vemos que las variaciones de la combinatoria entre el sistema de asentamiento (bases residenciales-puestos-paravientos) y la complementariedad productiva agro-ganadera practicada a lo largo del gradiente altitudinal regional pueden ser diversas. Por ejemplo, es dable suponer que las unidades domésticas pudieron escalonar las actividades agrícolas a través de varios sub-ciclos gestionando las redes de riego, sus parcelas y los cultivos. Por otro lado, con referencia a la dinámica ganadera puede pensarse en el empleo de los paravientos en las vegas del fondo de cuenca próximos a los 3300 msnm, articulados con bases residenciales de altura para el manejo de los rebaños en las zonas de pasturas de altura (alrededor de los 4500 msnm), o viceversa.

Prácticas productivas generalistas

En consonancia con las prácticas planteadas precedentemente ante situaciones de heterogeneidad y fluctuación ambiental y de articulación simultánea de ciclos productivos, puede pensarse que los miembros de una unidad doméstica tiendan a generalizar sus prácticas productivas en lugar de especializarse. Ellos son capaces de realizar múltiples actividades en simultáneo (como la agricultura, la ganadería, la textilería, la producción

[19] A la fecha se han tomado muestras de sedimento representativas que se corresponden con los diferentes tipos de estructuras agrícolas en combinación con las variaciones de las tres fajas altitudinales.

alfarera, la recolección de recursos vegetales, etc.) para poder asegurar su reproducción social. En consecuencia, los sujetos poseen conocimientos variables y generales de cada una de las actividades, lo cual les permite mejorar sus posibilidades ante situaciones de incertidumbre. Estas prácticas pueden pensarse también en el pasado prehispánico de Laguna Blanca; los materiales arqueológicos provenientes de las investigaciones en la región (Delfino 1996-1997, 1999, 2005; Delfino *et al.* 2007b, 2010, 2012), nos orientan a proponer actividades productivas no especializadas[20], como por ejemplo el caso de la manufactura alfarera (Espiro 2013), la producción de artefactos líticos, el hilado, la actividad de molienda o la construcción de tecnologías de riego y agricultura (Díaz 2009, 2013a), entre otras. Ahora bien, no debemos considerar que el planteo de reconocer la capacidad de los sujetos de realizar actividades generalizadas pueda significar que los mismos se involucran en la secuencia completa de las tareas implicadas, lo cual hasta un punto podría entenderse como la autosuficiencia inequívoca de su unidad doméstica. Por el contrario, el hecho de que los sujetos lleven adelante prácticas no especializadas también conlleva a la situación de que su trabajo integre partes de la secuencia productiva de cada actividad[21]. Una situación semejante ha sido inicialmente planteada para la costa norte del Perú, a partir de estudios de contextos multi-artesanales (Goldstein y Shimada 2007; Ramírez 2007). Otro aspecto a destacar de estos trabajos, es que ejemplifican sobre situaciones donde las personas emplean un mismo dispositivo tecnológico para producciones diferentes; situaciones que se han encontrado en casos simples o complejos, por ejemplo: hornos utilizados para cocción de cerámica o en usos metalúrgicos (Goldstein y Shimada 2007); o un perforador lítico para incisiones en la manufactura de una pieza cerámica o para perforar huesos o elaborar prendas de cuero; y morteros que pueden ser usados para granos o pigmentos.

Fines productivos políticamente situados: "Red Social I"

Reconociendo que los fines primarios sobre los que se estructura la producción apuntan a la reproducción de los integrantes de la unidad doméstica, ello no limita que parte de las razones productivas impliquen también la estructura de reciprocidad que acompañan a las relaciones políticas y/o cosmovisionales de la "reproducción" supra-doméstica[22]. En este sentido, al participar de una racionalidad donde lo productivo se concibe también en relación con lo comunitario (es decir en instancias de reciprocidad entre sus miembros), se puede reducir el riesgo implicado en actividades como la agricultura, el pastoralismo, etc. En este contexto, podemos pensar que una comunidad puede constituirse como un "recurso" en sí mismo, ya que ante situaciones de catástrofe o límites, los integrantes de las unidades

[20] La ausencia de actividades especializadas parece ocurrir hasta inicios del segundo milenio d.C. No podemos ser concluyentes respecto a los contextos vinculados a la ocupación incaica debido a que aún se están investigando.

[21] Como en las relaciones productivas contractuales denominadas "al partir", en las cuales los sujetos acuerdan las características del reparto conveniente entre materia prima u objeto de trabajo y fuerza de trabajo para distribuir los resultados de la producción.

[22] Incluso la relación producción/reproducción involucra las relaciones entre las personas y sus dioses implicando ontológicamente deberes y obligaciones mutuas, como por ejemplo los rituales y ofrendas propiciatorias en respuesta a procesos vitales de los minerales (crecimiento y maduración de la sal, arcillas, etc.).

domésticas pueden acudir a otros por ayuda[23]. No debe perderse de vista que aunque nos encontramos en contextos que presupondrían relaciones igualitarias, éstas no se encuentran exentas de diferencias relativas a las manipulaciones políticas. La concepción del poder no supone relaciones omnímodas y jerárquicas, sino una configuración que articula de manera negociada y/o impuesta según los contextos.

Al concebir la comunidad como "recurso", no debe entenderse como desarticulada a la capacidad de las unidades domésticas de integrarse en redes sociales que impliquen otras "comunidades" en una escala espacial más amplia. Así, ante situaciones de incertidumbre productiva, las unidades domésticas por sí solas o articuladas a nivel supradoméstico podrían mitigar los riesgos mediante la interacción con otras comunidades[24]; por ejemplo, en un año de sequía en donde todos los miembros de la "red social I" se vieron afectados, la interacción con comunidades que sobrellevaron este fenómeno podría mejorar las condiciones de la reproducción social.

Resulta claro que esta práctica se encuentra estrechamente vinculada a los aspectos constitutivos de la comunidad como entidad de pertenencia y de configuración política, para lo cual nos extenderemos en el acápite específico de lo "Comunitario".

Tendencia a la madurez de los ciclos de las unidades domésticas: "Red Social II"

Otra de las prácticas sociales estaría vinculada a favorecer las decisiones y relaciones que apuntan a la madurez de los ciclos de las unidades domésticas hacia un estado de clímax. Esta propensión podría considerarse como una práctica –*sensu lato*– de las unidades domésticas para enfrentar al riesgo, alcanzando objetivos productivos mayores. En este sentido, la tendencia puede expresarse a partir de una mayor cantidad de integrantes de la unidad doméstica con capacidad de concentrar fuerza de trabajo y/o con el aporte de trabajo proveniente de la articulación de relaciones externas al *locus* de residencia ("minga", "ayni", etc.[25]). Hacia el interior de cada unidad doméstica puede pensarse en situaciones de delegación de responsabilidades, según el cual, miembros de iguales capacidades pueden reemplazarse indistintamente e independientemente de cuestiones de género y/o etarias. Los estudios etnoarqueológicos de Delfino (2001) han puntualizado que el ciclo de vida de un grupo doméstico incide en la capacidad de administración del trabajo, posibilitando

---

[23] Zoomers (2002) concibe la organización comunal como una "válvula de seguridad", retomando los trabajos de otros autores. También podemos considerar la propuesta de González Olarte (1986) sobre el "el efecto comunidad". Este autor señala que el efecto comunidad aparece como resultado de decisiones y actividades colectivas, que individualmente son menos eficientes y/o menos productivas. Es decir, la organización del proceso de trabajo adquiere formas cooperativas, las cuales permitirían alcanzar mejores resultados productivos que si fueran afrontadas de forma individual. Igualmente, existe un nivel de cooperación inferior o mínimo, que estaría representado por el trabajo recíproco o *ayni*, donde entre familias de una misma comunidad se intercambiarían fuerza de trabajo.

[24] No estamos en capacidad de poder predicar sobre la naturaleza de las interacciones, por lo que pensamos preliminarmente que estas pueden ser diversas y no responder exclusivamente –por ejemplo– a prescripciones interétnicas biunívocas, confiando en que las relaciones pueden expresar una dinámica tendiente a la diversificación de contactos que extendería sustancialmente el acceso a recursos económicos y socio-políticos.

[25] En la actualidad existen relaciones externas al *locus* de residencia que podríamos sumar, como el compadrazgo", el "patronazgo", o el "clientelismo".

cuestionar los frecuentes planteos arqueológicos que correlacionan directamente el tamaño de las bases residenciales con la cantidad de integrantes de la unidad doméstica[26].

Capacidad de generar instancias de experimentación

Una postura activa frente a situaciones de incertidumbre implica una actitud versátil frente a lo imprevisto y una fina capacidad de innovación-experimentación. La visión tecnocrática inaugurada a partir de la modernidad ha favorecido la caracterización de las sociedades pre-capitalistas andinas como regidas por una racionalidad tradicionalista y conservadora, proclives a rechazar cualquier innovación y carentes de iniciativas de cambio (Van Kessel 1992). Por el contrario, los sujetos adoptan prácticas dinámicas, innovan y experimentan en sus actividades y organización[27]. Estos asertos podrían resultar contradictorios a lo planteado en el acápite de re-evaluación del concepto Formativo, donde presentamos una imagen de la región de Laguna Blanca con una relativa estabilidad longitudinal a través de cerca de 2.000 años; sin embargo, ello no debe leerse como que las personas durante ese tiempo hayan mantenido una actitud adversa hacia la experimentación y que por lo tanto no pudieran cambiar. Muy por el contrario, es dable suponer que la estabilidad fuera el fruto de un constante procedimiento de ensayo y error, de prácticas de experimentación cuya tendencia fue la armonización de propuestas auto-gestadas con las influencias externas re-significadas, la que terminó reforzando en cada oportunidad las elecciones e intereses propios.

Como ha podido percibirse, la serie de prácticas presentadas hasta aquí provienen, muchas de ellas, de los estudios sobre el campesinado. Así la situación nos invita a preguntarnos nuevamente si la consideración de este tipo de prácticas nos obliga a reconocer a los sujetos históricos responsables de las materialidades de la región desde los últimos dieciséis siglos, como *campesinos*. Como ya mencionáramos, si consideramos a los sujetos definidos sólo

[26] En el mencionado estudio etno-arqueológico (Delfino 2001), para el que tomamos datos de 26 bases residenciales de la Jurisdicción Laguna Blanca que se corresponden al 70,27 % del total, obtuvimos un promedio de superficie habitada por persona que llega a 29,54 m². Los datos obtenidos nos permitieron realizar un agrupamiento en dos conjuntos mediante un análisis de Chi² relacionando las diferencias etarias de l@s cabezas de cada unidad doméstica con la superficie que resultó "altamente significativo". El promedio de número de miembros por familia era constante en casi todas las unidades domésticas de la muestra, pero cuando l@s cabeza de familia eran ≥ de 40 años, en promedio la superficie de las bases residenciales era de 207,07 m² (es decir 39,92 m² por persona), mientras que cuando l@s cabeza de familia eran < de 40 años, sus bases residenciales poseen un superficie en promedio de 85,25 m² (es decir, de 14,7 m² por persona). Los datos referidos a superficie de BR en relación con la cantidad de personas, no muestra que el aumento en el número de miembros de las unidades domésticas implique un incremento proporcional de la superficie habitada; es decir, no se expresa mediante una relación directa. En cambio la variación registrada muestra que la superficie habitada aumenta en relación con el momento del ciclo de vida de la unidad doméstica.

[27] Cabe destacar que el costo/riesgo de la experimentación, en la generalidad de los casos, es asumida a favor del cambio, a pesar de que el costo del error sea alto. En las investigaciones etno-arqueológicas realizadas en grupos campesinos como los de Aguas Calientes (Distrito Laguna Blanca, Belén), hemos observado la edificación de parcelas que resultaron inviables para la práctica agrícola por sobrepasar los límites superiores del cultivo. En otro ejemplo de experimentación se registró la construcción de una red de riego con un imponente canal principal (700 m de largo) para llevar agua desde el cauce de un río permanente hasta las parcelas de cultivo (atravesando terrenos irregulares que exigieron resoluciones técnicas mediante acueductos de roca, con muros de contención laterales importantes), requiriendo el trabajo a tiempo parcial de dos adultos durante tres meses, y finalmente, la obra fue abandonada por la improductividad del suelo debido a su alta permeabilidad.

desde lo económico (visión clásica, *sensu* Capobianco 2009), nuestra respuesta continuará siendo negativa.

Por otro lado, no perdemos de vista que al hablar del sujeto campesino tomamos un claro posicionamiento ideológico, en tanto su definición nos sumerge en los campos de acción política de sectores subalternos organizados y adscriptos bajo esa figura. En nuestra práctica de una ciencia que se fundamenta sobre la utilidad social del conocimiento (Delfino y Rodríguez 1991), no queda lugar para escindir esa praxis del compromiso social con los grupos subalternos a través de un contrato cognoscitivo (Rabey y Kalinsky 1986). Este acuerdo contractual se basa en el encuentro de las partes, donde cada cual trae su andamiaje conceptual, sus visiones de mundo y sus intereses propios. En este sentido, reconocemos en las conceptualizaciones sobre el campesinado su potencialidad política en las luchas de los sujetos actuales, sin embargo, su adopción para entender los sujetos del pasado trazando una continuidad histórica, queda en las posibilidades y apropiaciones de realización política de las personas del hoy. Sin embargo, su potencialidad política no necesariamente se agota en sí misma, dejando margen suficiente para otras autoadscripciones (*v. g.* étnicas).

Sobre lo COMUNITARIO

Al hacer referencia al modo de vida comunitario debemos remitirnos a la ambigüedad en dos aspectos relacionados al empleo del concepto comunidad. Por un lado, este término resulta *connotado* asociando su existencia con la vigencia de valores como la solidaridad o la igualdad –reconociendo que estos no necesariamente han de estar presentes dentro de una comunidad- (Ramírez de Haro Valdés 1997:104). Por otro, la extensión de su uso *polisémico* (*op. cit.*) muestra ambigüedades, en tanto es utilizado para referirse a entidades muy diversas (una comunidad aldeana, ó una comunidad de propietarios, etc.), o con acepciones que remiten a un espacio físico (*v.g*. la comunidad de Chuchucaruana), o como cuando se emplea para designar un conjunto de relaciones sociales que se desarrollan en ese contexto (*v.g.* la comunidad de olleros).

Para reducir "la ficción promulgada" (*sensu* Isla 2002) operacionalizando el concepto de comunidad en nuestra realidad situada diremos que, la pertenencia a una comunidad no deviene de la proximidad espacial de residencia sino de la reactualización de las relaciones sociales de vecindad, lo que fortalece el sentido de pertenencia (Delfino y Rodríguez 1991). Para Isla (2002) la comunidad no sólo se conforma por *prácticas*, formas organizacionales e instituciones, sino que en ella también operan fuerzas en formas de ficciones o imaginarios, que se refuerzan como tales y simultáneamente a las mismas prácticas. Son estas relaciones las que devuelven una idea de identidad. El lugar de residencia opera como referente identificatorio del grupo, pero no se confunde con él (Delfino y Rodríguez 1991) permitiendo la interpretación de relaciones de vecindad entre personas que residen en lugares distantes dentro del territorio de la comunidad, como observamos arqueológicamente en el caso de las bases residenciales aisladas de los agrupamientos aldeanos (Delfino *et al.* 2009).

Podemos ver en la comunidad la intersección de varias fuerzas que coexisten de manera compleja y conflictiva ya que las unidades domésticas se requieren mutuamente para su reproducción (Isla 2002). Asimismo, otros autores han remarcado que la unidad doméstica necesitaría establecer relaciones de dependencia con otras unidades al carecer de un número

suficiente de miembros para garantizar su reproducción biológica (González Olarte 1986; Meillassoux 1984; Quesada 2011). Por otro lado, ya hemos considerado en el punto de los fines productivos políticamente situados (Red Social I), la articulación de las prácticas de las unidades domésticas para responder a contextos económicos dinámicos y expuestos al riesgo/incertidumbre. En este sentido, las actividades supra-domésticas pueden articular relaciones externas a las unidades domésticas involucradas.

Otro aspecto destacado de las relaciones sociales que se movilizarían en la esfera supra-doméstica es la alternancia en las responsabilidades o gestión de ciertas actividades (Solís 2002). Las características de los repartos de trabajos pueden ser tan diversas como las tareas emprendidas, desde faenas productivas hasta preparaciones de festividades y rituales. Contemplando que las relaciones supra-domésticas se asocian a la esfera de la organización comunitaria, hemos propuesto para la Aldea PIN que el ordenamiento de las bases residenciales pudo gravitar sobre una organización igualitaria expresada en un arreglo del territorio que denomináramos "ortogonalidad topográfica" (Delfino 2005; Delfino *et al.* 2007b – Figura 6). Por otro lado, también en este asentamiento aldeano, propusimos que el paisaje agrario pudo configurarse bajo la lógica de las redes de riego, las cuales pudieron ser construidas y gestionadas en el nivel de las unidades domésticas, aunque estas últimas interactuaran necesariamente en una escala supra-doméstica (Díaz 2009, 2013a). En otras palabras, las unidades domésticas podían generar instancias de apropiación de las tecnologías de riego y cultivo, pero no podían ejercer el control sobre el agua cuya administración se gestaba en relaciones supra-domésticas (*op. cit.*).

Asimismo los estudios sobre la organización de la producción cerámica durante el primer milenio nos están sugiriendo que ésta se resolvía en una escala doméstica. El hallazgo de instrumentos asociados a la manufactura cerámica (alisadores y pulidores cerámicos y líticos, restos de pigmentos, arcillas cocidas, etc.) en la mayoría de las bases residenciales de ambos agrupamientos aldeanos (PIN y LB) nos sugieren que sus miembros participaban, al menos en algunos momentos, dentro de la secuencia de producción (Espiro 2008, 2013). Por otro lado, las semejanzas tecnológicas en las pastas, en las formas y decoración de los materiales cerámicos nos plantean la existencia de elecciones tecnológicas (*sensu* Lemonnier 1992) compartidas, evidenciando un "saber hacer" común entre las distintas unidades domésticas.

El planteamiento del rol supra-doméstico en la organización de actividades puede apoyarse, por ejemplo, en la interpretación de las representaciones del arte rupestre del sitio Pantanito (Delfino 2003, Delfino 2005). En estos petroglifos se ha escenificado la reunión de casi un centenar de personajes antropomorfos unidos entre ellos a partir de una posición corporal de "brazos en jarra" y otros por sus manos. En una escena en particular (Figura 7), un conjunto de figuras antropomorfas se dispone en una formación que parece describir una parábola; entre los individuos que se toman por sus manos se destaca un personaje que posee mayores dimensiones y un tocado cefálico que lo distingue del resto. En esta escena los personajes parecen rodear a un camélido y por fuera de la formación se representaron otras dos figuras, una antropomorfa que estaría sujetando a otra zoomorfa (un camélido). Esta escena puede remitirnos a la realización de encierros de camélidos que en la bibliografía han sido definidos como *chakus*[28]. Por lo registrado en los encierros actuales, esta actividad

[28] Los casos de encierros de camélidos pueden tener distintas finalidades, como los relatados para el Incario por los cronistas de Indias, hasta los actuales de Laguna Blanca (y de otras regiones de la puna andina)

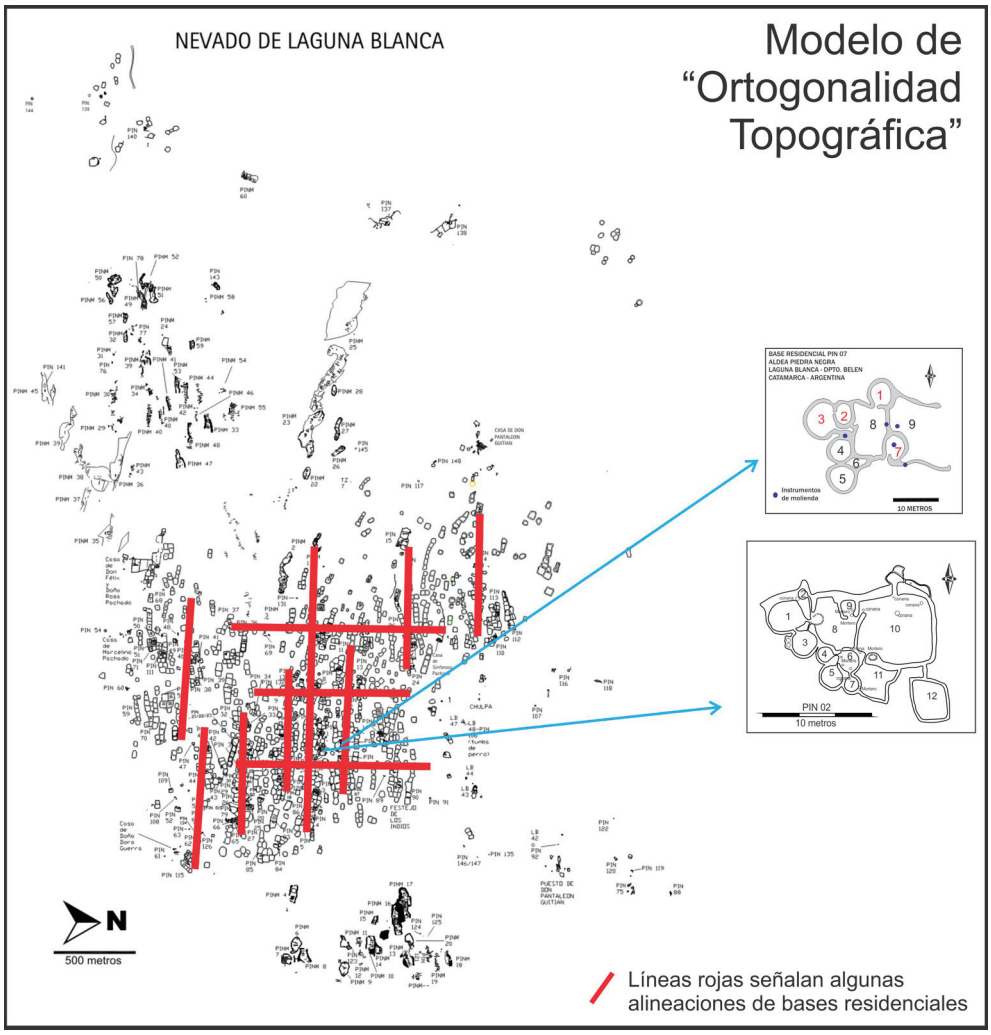


Figura 6. Modelo de "Ortogonalidad Topográfica" propuesto para Aldea PIN.

no sólo implica la coordinación de decenas de personas para su ejecución, sino acuerdos en el reparto y distribución de la fibra y otros derivados (carnes, cueros), como así también prácticas rituales asociadas, todo lo cual nos hace pensar que en el pasado también su práctica implicó de una organización supra-doméstica.

para la obtención de fibra sin dar muerte a los animales, y otros con fines de cacería atestiguados a partir de las macroestructuras registradas por Ratto y Orgáz (2001) en la zona de Cazadero Grande (Chaschuil - Tinogasta). Por otro lado, Haber (2007) y Moreno (2009, 2010) han analizado estructuras semejantes en paisajes de caza de la región de Archibarca (Dpto. Antofagasta de la Sierra).

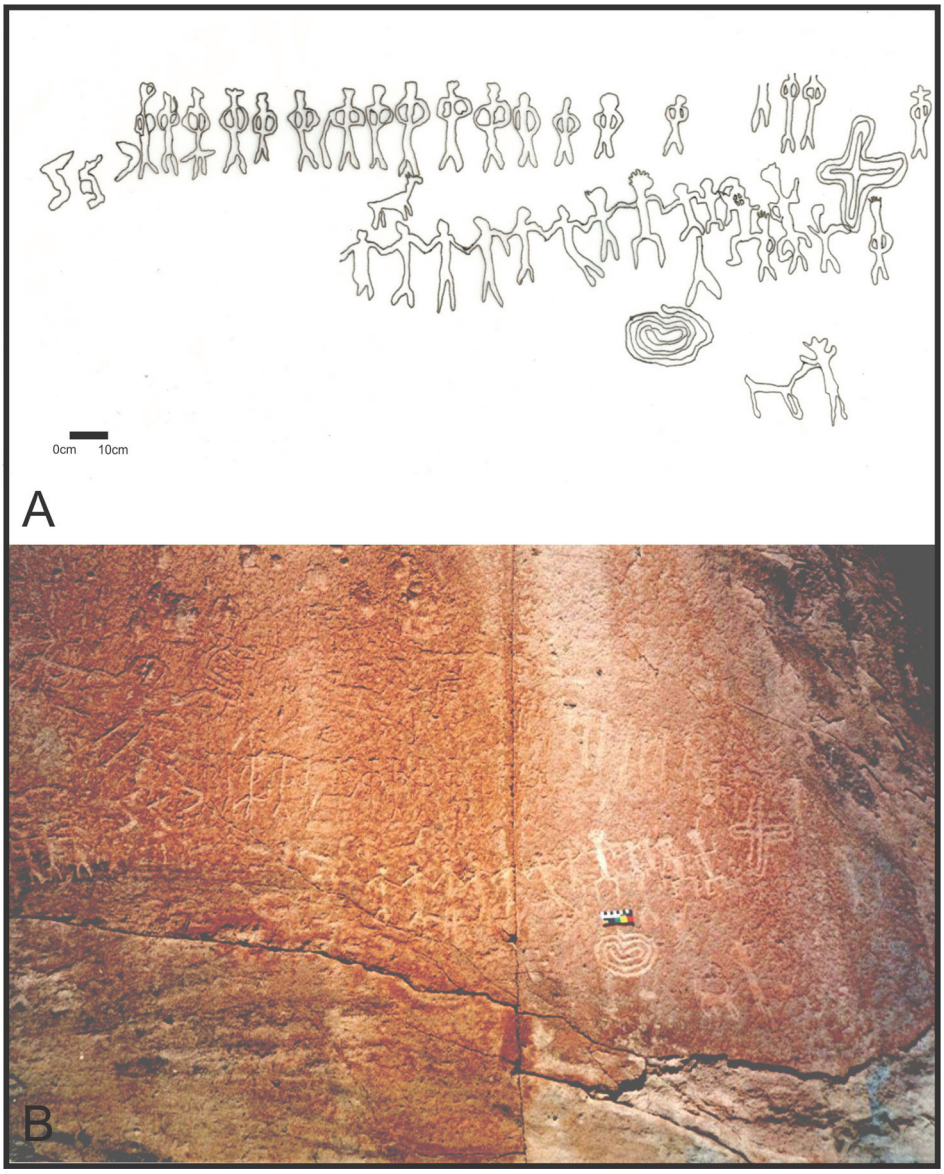


Figura 7. A) Detalle de un sector de los petroglifos del sitio pantanito, B) Fotografía de los petroglifos del sitio pantanito.

Finalmente, debemos remarcar que otros recursos y actividades pudieron haberse articulado sobre la negociación de las relaciones supra-domésticas, como es el caso de los acuerdos para el uso de zonas pasturas, la extracción de sal, la organización de batidas de caza, entre otras.

Sobre lo AGRO-CÉNTRICO

La perspectiva agrocéntrica andina[29] propuesta por Grillo (1990, y con Rengifo 1990) y Rengifo (1991, 2000), nos brinda un punto de partida modélico para comenzar a pensar desde lo agrario (la chacra) la construcción de un territorio cargado de sentidos, de relaciones simbólicas y sociales que reconstruyen la historia intersecando lo productivo. Estos aspectos se verían estructurados en un doble vínculo dialógico entre las personas, la naturaleza y las entidades sobrenaturales, donde las actividades estarían envueltas en un mundo vivo, que se cría y deja criarse. Diálogos generados desde las prácticas productivas (*chacra*: el espacio agrícola) y extractivas (*chaku*: la caza, recolección) que no dividen o jerarquizan a las sociedades que hicieron la historia de esta región. A partir de una visión agrocéntrica, pretendemos situar nuestras interpretaciones desde una dialéctica que se reconstruye desde lo cosmovisional. El cosmos, el mundo es entendido a través de la metáfora agrícola, en otras palabras, las relaciones que se establecen entre los sujetos y el mundo natural va a impregnar sus relaciones mutuas. Entre los lagunistos[30] de hoy, se articulan las actividades agrícolas, ganaderas, mortuorias, extractivas, religiosas, entre otras, en un mundo vivo donde los corrales son para criar los animales y las plantas[31]; los difuntos se siembran, al igual que las ofrendas para la reproducción animal (los restos de las orejas en el ritual productivo de la Señalada); los minerales como la sal y el barro crecen, maduran y se hachan como el "monte" (los arbustos que sirven de leña); la *Pachamama* "se viste con las cosas de los animales del campo" (silvestres); la greda para hacer las ollas se extrae en ciertos momentos del año, "no hay que molestar a la Pachamama ella como la mujer tiene sus días" (Feliciana P.), se *corpacha* para tranquilizar al cerro a través de sus bocas[32], etc.

Con todo, podemos pensar a los lagunistos de ayer compartiendo aspectos estructurales de esta cosmovisión; en este sentido, quizás aquellos lagunistos, aún sin proponérselo, dejaron en la materialización de sus prácticas un territorio con múltiples inscripciones (las señales de los sitios con arte rupestre, las apachetas, las modelaciones agrarias, las plataformas ceremoniales, etc.), todo lo cual nos habla del devenir de las sociedades y las relaciones entre los sujetos y la naturaleza.

---

[29] La noción tras la visión agrocéntrica andina, presenta un paralelismo con la raíz del vocablo aymara *uyw-* analizado por Martínez (1989) para el sistema de *uywiris* de Isluga. Por otro lado, Haber (2007:27) –retomando a Martínez– ha aplicado el concepto de *uywaña*.

[30] Ó "laguchos", como se auto-denominan los habitantes de la Laguna Blanca.

[31] Como se mencionó en un trabajo anterior (Delfino 2001), es interesante notar que los canchones de cultivo son referidos sinonímicamente como "corrales de siembra". Las relaciones de sentido entre las plantas y los animales domésticos parecen cruzarse más de una vez. Mientras dura el barbecho, como parte de los preparativos de los terrenos que van a ser sembrados, los canchones son utilizados como corrales de encierro de animales. Se espera que la hacienda abone la tierra, y al abono se lo llama justamente, "cultivo de animal".

[32] Para más ejemplos y detalles remitimos al trabajo de Delfino (2001).

CONSIDERACIONES FINALES: LAS CUESTIONES ABIERTAS….

Como planteáramos con anterioridad, el Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico nos permite aproximarnos a una realidad situada en la porción puneña del Departamento Belén, pensando en una relativa estabilidad a través de casi 2.000 años de la modelación de un territorio y las configuraciones sociales expresadas en un espacio arquitectónico particular. Esta posibilidad, lejos de restarle historicidad a los procesos, le devolvería una identidad al devenir histórico, como forma de racionalidad (*sensu* Criado Boado 1991:19). Asimismo, cabe señalar que la adscripción de la sociedad local a un Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico, no quita que haya quedado diagonalizada (*sensu* Caillois 1980) a través del tiempo por otras formaciones sociales diferentes (imperiales –Incario/Español–, estatales, etc.).

Esta propuesta constituye un intento de generar un modelo de cómo pudieron articularse las relaciones sociales durante el pasado en la región. Como ha podido apreciarse a lo largo de este ensayo, en buena medida, pensamos la historia de este bolsón puneño anclando parte de nuestra propuesta en un conjunto de prácticas que han sido vinculadas a sociedades de geografías, tiempos y tradiciones diversas, provenientes de observaciones etnográficas, estudios históricos, etc. Esta búsqueda entre la diversidad puede resultar un ejercicio saludable para no acotar nuestras interpretaciones y adoptar esencialismos restrictivos. Así, por ejemplo, al abordar los estudios sobre el "mundo campesino", no nos focalizamos en las particularidades de los sujetos en tanto clase o prácticas singulares, sino que pretendimos llegar a comprender algunos de los mecanismos inherentes a la praxis tendientes a componer un andamiaje modélico que no se desmarca de los aportes de la corriente de la Arqueología Social Latinoamericana, complementada con la propuesta de una Arqueología Subalterna (Delfino *et al.* 2013a y 2013b). Igualmente, somos conscientes que al referirnos a lo andino, hemos considerado las complicaciones derivadas que surgen de este concepto complejo (De la Cadena 2008), las cuales provienen de pretensiones de universalidad y síntesis que no hacen más que diluir y homogeneizar a las historias situadas.

Finalmente, si bien hemos propuesto *deletear* el formativo debido a que como concepto no bastó para explicar el devenir histórico de ésta región, no es nuestra intención sugerir una nueva categoría cuya aplicación la reemplace y que vuelva a cargarse de significados esencialistas para ser proyectada sobre otras regiones/realidades.

Al final de este trabajo, avizoramos un largo camino a desandar en el intento de recomponer los olvidos de la historia de Laguna Blanca. Ante este hecho, recordamos que cuando l@s *lagunist@s* emprenden un viaje llevando animales cargueros (con mercaderías, productos, etc.), sorprende la rapidez en el armado de sus "*chajnas*" (el atalaje y sujeción de los bultos que van a ser transportados), incluso a veces da la impresión de que no se extreman los cuidados que darían por resultado un anclaje más estable, por lo que al ser inquiridos por ello recuerdan que "*en el camino se componen las cargas*". Así, pues, hemos empezado a marchar…

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acosta Ochoa, G.
1999 Procesos de trabajo determinado. La configuración de modos de trabajo en la cultura arqueológica. *Boletín de Antropología Americana* 35:5-21.

Albeck, M. A.
1993 Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata, La Plata.

Angulo Valdés, C.
1992 Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia. En *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas, editado por* Betty J. Meggers, pp. 253-270. Universidad Católica del Norte, Taraxacum.

Arnold, D. y J. D. Yapita
1998a Sallqa: dirigirse a las bestias silvestres en los andes meridionales. En *Hacia un orden andino de las cosas*, pp. 175-212. HISBOL/ILCA, La Paz.
1998b *Río de Bellón, Río de Canto. Cantar a los animales, una poética andina de la creación*. ILCA/HISBOL, La Paz.

Bartra, R.
1976 Introducción a Chayanov. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* 3(1):49-69.

Bennett, W., E. C. Bleiler y F. H. Sommer
1948 Northwest Argentine Archaeology. *Anthropology* 38:1-160.

Boschín, M. T. y A. N. M. Llamazares
1986 La escuela histórico-cultural como efecto retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina. *Etnia* 32:101-156.

Bustos, A.
2008 Etimología de trabajo. Documento electrónico, http://blog.lengua-e.com/2008/, Consultado el 21 de abril de 2014.

Caillois, R.
1980 *Intenciones*. Editorial Sur. Buenos Aires.

Capobianco, S.
2009 La cuestión agraria clásica. Facultad de Ciencias Económicas de UBA, Cátedra Economía Agropecuaria. Texto Docente, Disponible en versión electrónica: http://www.econ.uba.ar/www/departamentos/economia/plan97/agropecuaria/Capobianco%20La%20cuerstion%20agraria%20clasica.pdf (Visitado: 18 diciembre 2012)

Chayanov, A. V.
1985 [1925] *La organización de la unidad económica campesina*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Cowan Ros, C. y S. Schneider
2008 Estrategias campesinas de reproducción social. El caso de las tierras altas jujeñas, Argentina. *Revista Internacional de Sociología* 66(50):163-185.

Criado Boado, F.
1991 Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana*. 24:5-29.

De la Cadena, M.
2008 La producción de otros conocimientos y sus tensiones: ¿de una antropología andinista a la interculturalidad?". En *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*, editado por Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar, pp. 241-270. Envión Editores. Popayán.

Delfino, D. D.
1994 Relevamiento y estudio etnoarqueológico de patrones de asentamiento tradicionales. Implicancias actuales (Distrito de Laguna Blanca, Dpto. Belén. Catamarca). Informe Final del Proyecto de Investigación Inédito. Secretaría de Ciencia y Tecnología. Universidad Nacional de Catamarca.
1995 Mensajes petrificados para la arqueología del presente eterno y la premisa de la Capilla Sixtina. (Jurisdicción de Aguas Calientes, Dpto. Belén. Catamarca). *Shincal* 4:67-93.
1996-1997 Primeras evidencias de La Aguada en Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca) y los indicios de una asociación contextual con Ciénaga. *Shincal* 6:213-231.
1999 Prospecciones en los '90: Nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). *Revista de Ciencia y Técnica* 7:55-80.
2000 Paisajes imaginarios entre diez escenarios espacio-ambientales en la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). Monografía Inédita.
2001 Of pircas and the limits of society: ethnoarchaeology in the la Puna, Laguna Blanca. Catamarca. Argentina. En *Ethnoarchaeology of Andean South America: Contributions to Archaeological Method and Theory*, editado por Lawrence A. Kuznar, pp. 116-137. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor, Michigan.
2003 El Arte Rupestre de Laguna Blanca: presentación de la variabilidad de los procesos estéticos pretéritos en tanto componente del Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca (Belén-Catamarca). *Producciones Científicas NOA 2003. Resúmenes* 1:13-14. Secretaría de Ciencia y Tecnología - Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.
2005 Entre la dispersión y la periferia. Sentido de presencias. Lagunización de La Aguada. En *La cultura de La Aguada y sus expresiones Regionales*, editado por la Universidad Nacional de La Rioja, pp. 263-291. EUDELAR, La Rioja.

Delfino, D. D., R. A. Díaz y V. E. Espiro
2007a ¿Tierras vacas o complicidad administrativa? La reorientación económica del Bolsón puneño de Laguna Blanca a partir de la colonia. *Memorias del III Congreso de Historia de Catamarca* 1:107-124.

Delfino, D. D., V. E. Espiro y R. A. Díaz
2007b Excentricidad de las periferias: la región puneña de Laguna Blanca y las relaciones económicas con los valles mesotermales durante el primer milenio d.C. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. Producción y Circulación de Bienes*, compilado por A. E. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 167-190. Editorial Brujas, Córdoba.

Delfino, D. D., A. Barale, V. E. Espiro y R. A. Díaz
2007c Veinte años de arqueología socialmente útil. Problemas y resultados de una práctica con la comunidad de Laguna Blanca. Trabajo presentado en la IVª Reunión Internacional de Teoría Arqueológica de América del Sur. Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.

Delfino, D. D., V. E. Espiro y R. A. Díaz
2007d Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Actas Congreso Nacional de Arqueología, Universidad Nacional de Jujuy*, 20:281-282. UNJu, Jujuy.
2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes. Antropología e Historia,* 20:111-134.
2010 Las pircas, los límites y sus entornos. Nuevas evidencias de la aldea arqueológica Laguna Blanca. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología* 5:1667-1673. Zeta Editores, Mendoza.

Delfino, Daniel D., R. A. Díaz y V. E. Espiro
2012 La dinámica aldeana del Bolsón Puneño de Laguna Blanca. Nuevos aportes desde el estudio de la Aldea Arqueológica Laguna Blanca". *Aportes Científicos de* 9:169-182.

Delfino, D. D., A. Barale, S. J. P. Dupuy, R. A. Díaz, V. E. Espiro y M. G. Pisani
2013a El Museo Integral de la Reserva de Biosfera de Laguna Blanca como soporte y vehículo de confrontaciones discursivas, de prácticas académicas y campesinas. En *IV Encuentro de Museos Universitarios del Mercosur*, Universidad Nacional del Litoral, 24 y 25 de Octubre, Santa Fe.

Delfino, D. D., A. Barale, R. A. Díaz, S. J. P. Dupuy, V. E. Espiro y M. G.Pisani
2013b Museo y subalternidad. Cuestiones entorno a la práctica de una arqueología subalterna en la puna catamarqueña (Argentina). En *Dábanatà*. *Revista latinoamericana y caribeña de Arqueología*, en prensa.

Delfino, D. D. y B. Manasse
1986 Compromiso profesional del Arqueólogo para con la realidad en que inserta su es-

tudio. Trabajo presentado en Jornadas de Política Científica para la Planificación de la Arqueología en la Argentina, Horco Molle.

Delfino, D. D. y M. G. Pisani
2010 Lejos de los caminos, un nuevo mundo de tambos, santuarios y collcas. Laguna Blanca, Catamarca. En *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*. J. editado por Roberto Bárcena y Horacio Chiavazza, 2:783-788. Mendoza.

Delfino, D. D. y P. G. Rodríguez
1991 *Crítica de la arqueología 'pura': De la defensa del patrimonio hacia una arqueología socialmente útil.* Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos (CEEA). Escuela Superior Politécnica del Litoral, en prensa.

Deustua, J.
1995 *¡Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza! Economía, mercado y campesinos en los Andes: el caso de la minería peruana en el siglo XIX*. Documento de Trabajo, 70. Serie Historia 13. Lima.

Díaz, R. A.
2009 Historias de Agua y Tierra: Introducción a los espacios agrícolas prehispánicos de Laguna Blanca. El caso de estudio de la Aldea Arqueológica Piedra Negra (Departamento Belén-Provincia de Catamarca. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.
2013a Aguas ausentes e historias hendidas. Tecnología de riego y organización social del trabajo agrícola en el primer milenio a.d. (Laguna Blanca – Catamarca – Argentina). En *La espacialidad en arqueología: enfoques, métodos y aplicación*, editado por I. Gordillo y J. M. Vaquer, pp. 101-150. Editorial Abya-Yala, Quito.
2013b Las aguas atrevidas y los antiguos perpetuos: una aproximación desde la irrigación a los espacios agrarios de la Aldea Laguna Blanca (Dpto. Belén, Prov. Catamarca, Argentina). Trabajo presentado en la Mesa de Comunicaciones 1 Noroeste Argentino del 18 Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja.

Espiro, V. E. y R. A. Díaz
2005 Aldea Piedra Negra: Una Aproximación a la historia de sus ocupaciones. *Actas del IX Congreso Nacional y II Latinoamericano de Estudiantes de Arqueología*, Córdoba.

Espiro, V. E.
2008 Características del proceso de manufactura de las alfarerías de la Aldea Piedra Negra, correspondientes al primer milenio de nuestra era, distrito Laguna Blanca, Departamento Belén, Provincia de Catamarca. *La Zaranda de Ideas* 4:09-26.
2013 Comparando alfarerías de contextos domésticos de la Aldea Piedra Negra para mediados y finales del primer milenio d.C. (Laguna Blanca – Catamarca). *Arqueología* 19, en prensa.

Ford, J. A.
1969 *A comparison of formative cultures in the Americas*. Contribution to Anthropology 11. Smithsonian Institution, Washington D. C.

Franco, V. y E. Berberián
2008 Estructuración social y producción agrícola prehispánica durante el primer milenio d.C. en el Valle de Tafí (Tucumán, Argentina). *Comechingonia Virtual* 2:129-144.

Franco Salvi, V. L., J. Salazar y E. E. Berberián
2009 Reflexión teórica acerca del formativo y sus implicancias para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio d.c. *Andes. Antropología e Historia*, 20:197-217.

Goldstein, D. y I. Shimada
2007 Middle Sicán multicraft production: resource and labor organization. En *Craft production and complex socities. Multicraft and producer perspectives*, editado por Izumi Shimada, pp. 44-67. Fundation of Archeological Inquiry.

Golte, J. y M. De la Cadena
1986 La codeterminación de la organización social andina. *Documento de Trabajo Nº 13*. IEP Instituto de Estudios Peruanos. Serie: Antropología Nº5. Lima.
1954 Investigaciones arqueológicas en el N.O. argentino. *Ciencia e Investigación* 10 (7):322-325.
1955 Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. Argentino. Nota Preliminar. *Anales de Arqueología y Etnología* 11:7-32.
1961-1964 La Cultura de La Aguada del N.O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología de Córdoba* 2-3:205-252.
1963 Las tradiciones alfareras del Período Temprano del N.O. argentino y sus relaciones con las de las áreas aledañas. *Anales de la Universidad del Norte de Antofagasta*, 2:49-65.
1979 Dinámica cultural del Noroeste Argentino. Evolución e Historia en las culturas del NOA. *Antiquitas* 2:28-29.
1980 *Arte Precolombino de la Argentina. Introducción a su Historia Cultural*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, A. R. y J. A. Pérez
1966 El área andina meridional. *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas* 1:241-265. Sevilla.

González Olarte, E.
1986 *Economía de la comunidad campesina: una aproximación regional*. 2da edición. Editorial IEP. Perú.

Grillo, E.
1990 'Cosmovisión' andina y 'cosmología' occidental moderna. En *Agricultura y Cultura*

en los Andes, editado por Eduardo Grillo y Grimaldo Rengifo V, pp. 99-140. Hisbol, La Paz.

Grillo, E. y G. Rengifo V.
1990 Agricultura y cultura en los Andes. En *Agricultura y Cultura en los Andes,* editado por Eduardo Grillo y Grimaldo Rengifo V., pp. 141-197. Editorial Hisbol, La Paz.

Haber, A.
1999 Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras- Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2004 Teorías arqueológicas y la negación de la agencia campesina. *Actas XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Universidad Nacional de Río Cuarto.
2007 Arqueología de Uywaña: un ensayo rizomático. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. Producción y Circulación de Bienes*, compilado por A. E Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 13-34. Editorial Brujas, Córdoba.

Harris, O.
2010 Trocaban el trabajo en fiesta y regocijo. Acerca del valor del trabajo en los andes históricos y contemporáneos. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 42(1):221-233.

Horta, H.
2004 Iconografía del Formativo Tardío del norte de Chile. Propuesta de definición e interpretación basada en imágenes textiles y otros medios. *Estudios Atacameños* 27:45-76.

Isla, A.
2002 *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Editorial de las Ciencias. Buenos Aires.

Kervyn, B.
1996 La economía campesina en los Andes peruanos: teoría y políticas. En *Comprender la agricultura campesina en los Andes centrales,* editado por Pierre Morlon. IFEA-Centro Bartolomé de las Casas, Lima/Cusco.

Korstanje, M. A.
1996a Sobre el uso del espacio durante el formativo en el Valle del Bolsón, Belén, Catamarca. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 25(1/4):99-121.
1996b El Médano es un sitio caravanero? Apuntes sobre contextos de tráfico y territorialidad para el Formativo. En *Los desarrollos locales y sus territorios,* editado por B. Cremonte, pp. 33-64. CREA-UNJu, Jujuy.
2005 La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina), Tesis Doctoral en Arqueología no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad

de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

2007 Territorios campesinos: producción, circulación y consumo en los valles altos. En *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. Producción y Circulación de Bienes*, compilado por A. E Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 13-34. Editorial Brujas, Córdoba.

2010 Producción y consumo agrícola en el Valle del Bolsón (1992-2005). En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por Korstanje, M. A. y Marcos N. Quesada, pp. 48-75. Editorial Magma, San Miguel de Tucumán.

Korstanje, M. A. y M. N. Quesada

2010 Introducción. En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por Korstanje, M. A. y Marcos N. Quesada, pp. 07-11. Editorial Magma, San Miguel de Tucumán.

Kroeber, A. L.

1930 Cultural relations between North and South America. Trabajo presentado en 23º Internacional Congress of Americanists, Nueva York.

Láguens, A. G.

2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. IV-X d.C.). *Chungará* 38 (2):211-222.

Lemonnier, P.

1992 Elements for an Anthropology of Technology. *Anthropological Papers* 88:1-24.

Lleras Pérez, R.

2002 El concepto de Formativo en las investigaciones Arqueológicas en Colombia: una revisión crítica. En *Formativo Sudamericano. Una Revaluación*, editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 86-96. Ediciones Abya-Yala, Quito.

Lorenzo, J., L. Lumbreras, E. Matos Moctezuma, J. Montané, M. Sanoja y otros

1975 *Hacia una Arqueología Social. Reunión en Teotihuacan*. Departamento de Divulgación y Promoción Cultural, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Lumbreras, L. G.

1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del antiguo Perú*. Editorial Mondoa y Campodónico, Lima.

1974 *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Histar, Lima.

2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.

Martínez, G.

1989 El sistema de los uywiris en isluga. En *Espacio y pensamiento. I. Andes Meridionales*, editado por Gabriel Martínez, pp. 13-106. HISBOL, La Paz.

Marx, K.
1975[1867] *El Capital. Crítica de la economía política*. Siglo Veintiuno Ed. México.
1989[1857-1858] *Formaciones Económicas Pre-Capitalistas*. Siglo Veintiuno Ed. México.

Meillasoux, C.
1984 *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI Editores, México.

Meneses, L.
1992 Desarrollo histórico de la arqueología venezolana. *Boletín Antropológico* 25:19-37.

Moreno, E.
2009 El paisaje cazador en la quebrada de Antofalla. Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *La Zaranda de Ideas* 5:101-120.
2010 Arqueología de la caza de vicuñas en el área del Salar de Antofalla, Puna de Atacama. Una aproximación desde la arqueología del paisaje. Tesis doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Muscio H. J.
2009 El Formativo es una Unidad de Análisis Inadecuada en la Arqueología Evolutiva del NOA. En *Arqueología y Evolución. Teoría Metodología y Casos de Estudio*, editado por Cardillo Marcelo y G. López, pp. 197-213, .

Nielsen, A.
1996 El pensamiento tipológico como obstáculo para la arqueología de los procesos de evolución en sociedades sin estado. *Comechingonia* 8:21-46.

Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.

Núñez Regueiro, V. A.
1975 El problema de la periodificación en arqueología. *Actualidad Antropológica* 16:1-20.

Núñez A., L. y T. Dillehay
1995 [1978] *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. *Ensayo*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.

Olivera, D. E.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Buenos Aires.
1991a El Formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina): Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos Agro-alfareros Tempranos del

Noroeste Argentino y Norte de Chile. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 2:61-7.

1991b Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (agro-alfarero temprano) en la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Provincia de Catamarca). Tesis doctoral (inédita). UNLP, La Plata.

Oliszewski N., G. A. Arreguez, H. Cruz, E. Di Lullo, C. M. Gramajo Bühler, E. P. Mauri, M. M. Pantorrilla Rivas y M. G. Srur

2010 Puesto Viejo: una aldea temprana en la quebrada de los corrales (El Infiernillo, Tucumán), *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología* 5:1697-1702. Zeta Editores, Mendoza.

Pérez, J. A.,

1973 Arqueología de las culturas agroalfareras de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina). *América Indígena* 33(3):667-679.

Perez Gollan, J. A.

1992 La cultura de la Aguada vista desde el valle de Ambato. *Arqueología* 46:157-173.

Quesada, M. N.

2001 Tecnología agrícola y producción campesina en la Puna de Atacama. Tesis de Licenciatura en Arqueología no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca.

2006 El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el 1er milenio D.C. (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31:31-46.

2010 Agricultura campesina en el área de Antofalla (1997-2007). En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por Korstanje, M. A. y M. N. Quesada, pp. 76-103. Editorial Magma, San Miguel de Tucumán.

Rabey, M. y B. Kalinsky

1986 El contrato cognoscitivo. Los antropólogos también son seres humanos. Trabajo presentado en II Congreso Argentino de Antropología Social, Buenos Aires.

Raffino, R.

1991 [1988] *Poblaciones Indígenas de la Argentina. Urbanismo y Proceso Social Precolombino*. 2da ed. Editorial TEA, Buenos Aires.

Ramírez, S.

2007 It's all in a day's work: occupational specialization on the Peruvian north cost, revisited. En *Craft production and complex socities. Multicraft and producer perspectives*, editado por Izumi Shimada, pp. 262-280. Fundation of Archeological Inquiry.

Ramírez de Haro Valdéz, G.

1997 Estructura económica andina, racionalidad campesina y organizaciones de 'coope-

ración' para el 'desarrollo'. Análisis teórico y estudio del caso de Chinchero (Cusco, Perú), en el período 1980-1992. Tesis doctoral no publicada. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

Ratto N., M. Orgáz, G. De la Fuente y R. Plá
2002 Ocupación de pisos de altura y contexto de producción cerámica durante el Formativo: El caso de la región Puneña de Chaschuil y su relación con el Bolsón de Fiámbala (Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños* nº 24:51-69.

Ratto, N. y M. Orgáz
2002-2004 Cacería comunal de camélidos en los andes: el caso de las macro-estructuras la lampaya y el matambre en cazadero grande (Chaschuil, Dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Revista Arqueología* 12:74-103.

Rengifo Vásquez, G.
1991 Notas sobre el saber campesino andino. En *Educación y Saber Andino*, editado por CREAR, PRATEC, SEBIAE y la Sociedad Periodística El Jote Errante, pp. 31-52. CREAR, Iquique.
2000 *La crianza recíproca: biodiversidad en los Andes.* http://www.grain.org/article/entries/805-la-crianza-reciproca-biodiversidad-en-los-andes (visitado el 18 de diciembre de 2012)

Rivolta, M. C.
1997 Revisión crítica de la obra de Bennett y colaboradores sobre la definición y asignación cronológica de algunos estilos cerámicos de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 3:131-147.

Rowe, J.
1962 La arqueología de Ica. *Revista de la Facultad de Letras* 1 (1):113-131.

Scattolin, M. C. y M. F. Bugliani
2005 Un repertorio surtido: las vasijas del oasis de Laguna Blanca, Puna argentina. *Revista Española de Antropología Americana* 35:51-74.

Solís, J.
2002 Riego campesino: formas organizativas de regantes en comunidades andinas del Cusco. *Sepia* 9:427-470.

Spinden, H. J.
1917 The origin and distribution of agriculture in America. Trabajo presentado en 19º International Congress of Americanists, Washington D. C.

Staller, J. E.
2006 La domesticación de paisajes: ¿Cuáles son los componentes primarios del Formativo? *Estudios Atacameños* 32:43-57.

Steward, J.
1948 A functional-development classification of american high cultures. En *A reappraisal of Peruvian Archaeology*, compilado por Wendel Bennett, pp. 103-104, Society for American Archaeology, Menasha.
1949 Cultural causality and law: a trial formulation of the development of early civilizations. *American Anthropologist* 5:1-27.
1955 *Theory of culture change*. University of Illinois Press, Chicago.

Tarragó, M. N
1984 La Historia de los Pueblos Circumpuneños en Relación con el Altiplano y los Andes Meridionales. *Estudios Atacameños* 7:116-132.
1996 El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 13:103-119.
2007 Ámbitos domésticos y de producción artesanal en el noroeste argentino prehispánico. *Intersecciones en Antropología* 8:87-100.

Urrutia, J.
1992 Comunidades campesinas y antropología: historia de un amor (casi) eterno. *Debate Agrario. Análisis y Alternativas.* 14:1-16.

Van Kessel, J.
1992 *Holocausto al progreso: los Aymarás de Tarapacá*. HISBOL.

Vargas Arenas, I.
1985 Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultural. *Boletín de Antropología Americana* 12:6-16.

Vicent García, J. M.
1991 El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas. *Boletín de Antropología Americana 24*:31-62.

Walsh, C.
2002 Las geopolíticas de conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo. En *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino*, editado por C. Walsh, F. Schiwy y S. Castro-Gómez, pp. 17-44, UASB/Abya Yala, Quito.

Wolf, E.
1982 *Los campesinos*. Ed. Labor. Argentina.

Willey, G. y P. Phillips
1958 *Method and theory in American archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

Williams, V. I.
2010 La Dimensión Social de la Producción Agrícola en un Sector del Valle Calchaquí

Medio. En *Arqueología de la Agricultura: Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por M. A. Korstanje y M. Quesada, pp. 178-207, Edición Magna, San Miguel de Tucumán.

Wissler, C.
1938 *The American Indian. An Introduction to Anthropology*. Oxford University Press, Oxford.

Zoomers, A.
2002 *Vinculando estrategias campesinas al desarrollo. Experiencias en los Andes bolivianos*. Plural Editores. La Paz.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Paisajes, territorios y redes de interacción – 427-464

HABITAR, CIRCULAR, HACER. EL PUNTO DE VISTA DE LA QUEBRADA

María Cristina Scattolin[*], María Fabiana Bugliani[*], Lucas Pereyra Domingorena[*], Leticia Inés Cortés[*], Marisa Lazzari[**], Andrés Darío Izeta[***] y Cristina Marilin Calo[*]

ABSTRACT

This chapter presents our team's ongoing research on early village societies in the southern Calchaquí Valleys area. We examine regional archaeology over the long term combining several lines of evidence: habitats, ways of doing, practices of circulation, and networks of interaction.

Focusing on the area of La Quebrada, the chapter explores how localities were built as 'places from where the world is looked at'; that is, as material configurations that were strongly localized, yet also flexible and open to wider material, social, and symbolic entanglements.

La Quebrada is situated on the western slope of the Cajón Valley, encompassing the sites of Cardonal and Bordo Marcial. The village of Yutopián is located a few kilometers to the north. All three sites are very informative of Formative Period life ways and everyday practices, offering insight into people's own perspectives of inhabiting and perceiving their surroundings in past Andean worlds. The chapter discusses evidence obtained at these specific places, in relation to other contemporary occupations in the area, such as early sites on the western flanks of the Aconquija Sierra and in the Santa María Valley.

This research is based upon diverse methods, including the technological study of artefacts, zooarchaeology, archaeobotany, physical and chemical analysis (AANI, stable isotopes, DRX, EDAX), chronometric and spatial analysis. The main objective is to understand the changes in the mechanisms of interaction, production, consumption and representation through time, in order to understand the specific dynamics by which societies of this period constituted their everyday local worlds in entangled ways.

Keywords: *villages – pottery – settlement pattern – lithics - circulation*

[*] CONICET, Museo Etnográfico, Universidad de Buenos Aires.
[**] Department of Archaeology, University of Exeter.
[***] CONICET, Museo de Antropología, Universidad de Córdoba.

En los paisajes se inscribe el habitar de generaciones que han construido su mundo a través de prácticas cotidianas que refieren a tiempos y lugares cercanos o lejanos, pero siempre relevantes. En el Noroeste argentino, las primeras evidencias formativas (1000 A.C. a 1000 D.C.) permiten diferenciar entre áreas domésticas, sectores funerarios, terrenos agrarios, territorios pastoriles, espacios rituales. Esta multiplicidad de esferas de acción e interacción produjeron formas diversas de diferenciación regional y jerarquización del espacio social. El presente análisis está dirigido a la comprensión de la creación del paisaje, la constitución de territorios y el tejido de las redes de la interacción.

Aquí, entendemos el paisaje como un entramado de prácticas situadas, de ámbitos, trayectorias y personas conectadas en el tiempo (Ingold 1993, 2000). Al aproximarnos desde esta perspectiva, el hábitat se redefine y adquiere una dimensión significativa cuando el énfasis es puesto en las experiencias y prácticas de quienes lo habitan. Las acciones, al sustanciarse en su materialidad y como producto de un cruce de diversas movilidades, toman una dirección e historizan el espacio (de Certeau 2000). Lo local y lo regional hacen a la forma de habitar y crear un modo de vida históricamente específico. De esta manera, el lugar habitado crea relaciones entre personas, cosas y prácticas. Los objetos y las estructuras que forman parte de estos espacios habitados evocan relaciones mantenidas, vividas y constitutivas de las sociedades. Por tanto, la evidencia física deja de lado una realidad unívoca y atemporal para dar paso a las tareas articuladas en lugares y momentos de la vida diaria.

La línea interpretativa que seguimos es aquella que sostiene que el mundo más amplio cobra sentido desde el lugar habitado. Ese microcosmos de lo cotidiano tiene un horizonte de referencia mayor que involucra todas las decisiones, las selecciones de materiales, las disposiciones estéticas y éticas que se hacen con cierto conocimiento de un mundo social, simbólico y material más amplio. Nuestro aporte apunta a disolver el dilema de elegir entre lo local y lo foráneo, disipar la antinomia de lo externo y lo interno, en las sociedades aldeanas del área meridional andina, situándonos desde una perspectiva particular, al colocarnos en el punto de vista de la localidad de La Quebrada (valle del Cajón, Departamento Santa María, Catamarca) durante los primeros siglos D.C. De ese tiempo y lugar conocemos tres sitios, Cardonal y Bordo Marcial, separados entre sí por 500 m, y Yutopián, que dista sólo unos pocos kilómetros de aquellos.

Por distintas vías de evidencia hemos explorado las maneras en que las aldeas se construían como "lugares desde donde se mira al mundo", esto es, desde donde se crea, se interpreta la realidad, se construye el día a día. Este acercamiento nos remite a esos conjuntos de prácticas que se expresan en configuraciones materiales representativas de identidades locales que a su vez están formadas por procesos de selección y descarte de una variedad de recursos disponibles (en el sentido de Goodman 1990). En efecto, las aldeas formaron parte de entrelazados materiales, sociales y simbólicos más amplios, de carácter abierto y flexible, mediante redes de interacción que conectaron personas, objetos, ideas y lugares a una escala regional.

Con tales proposiciones, se llevaron a cabo una variedad de análisis sobre el registro material del área, empleando diversos métodos y técnicas: estudios de arquitectura, análisis estilísticos y tecnológicos de la cerámica, análisis químicos y técnicos del material lítico (AANI, DRX), análisis composicionales físicos y químicos (EDAX), cronométricos (^{14}C), estudios de las prácticas funerarias y bioarqueológicos, análisis zooarqueológicos y arqueobotánicos. Tales estudios sobre los objetos, materias y asociaciones sustentan la idea de un paisaje que es devenir del habitar cotidiano (Ingold 1993), producto de interacciones a distintas escalas.

Este trabajo presenta una síntesis de los resultados obtenidos y –con base en los asentamientos del valle del Cajón– ofrece un panorama general de los estilos de vida de las sociedades del primer milenio D.C. al sur de los valles Calchaquíes. Si sostenemos que los lugares se construyen como efecto de prácticas cotidianas y de relaciones espaciales, sociales y materiales más amplias, las particularidades locales de las aldeas del sur del valle del Cajón sólo pueden entenderse en su relación con el paisaje mayor. Por ende, la discusión se realiza a la luz del conocimiento de otras ocupaciones contemporáneas vecinas, tales como las de la falda occidental del Aconquija y del valle de Santa María. También haremos referencia a ámbitos algo más distantes pero contemporáneos, como la puna catamarqueña, el valle de Tafí, la zona de La Candelaria, los valles de Hualfín y Ambato.

PAISAJES DE CINCO MIL AÑOS DE HISTORIA

El valle del Cajón se extiende en sentido norte-sur a lo largo de 90 km; en su vertiente occidental alcanza los 3200 msnm y se distingue por sus características ambientales de transición, esto es, constituye un escalón intermedio entre las regiones de Puna, valles mesotermales y Yungas (Figura 1). Como hemos mencionado en otro lugar, esta particular localización debió haber cumplido un rol fundamental en el tránsito entre varias regiones ecológicas, siendo tal vez punto obligado de paso en la ruta hacia otras localidades (Scattolin *et al.* 2007, 2009a).

Figura 1. Desde un punto de vista diferente: situación de La Quebrada en relación con otros sitios mencionados en el texto. El Aconquija es tan alto que desde este ángulo los sitios de su falda occidental no se observan, pero desde La Quebrada se pueden ver claramente; y desde los asentamientos de la falda oeste del Aconquija se tiene un amplio panorama y buena vista del occidente del valle del Cajón y las nacientes del valle de Hualfín.

Si bien este trabajo se centra en el período Formativo, es preciso señalar que las evidencias arqueológicas recuperadas nos informan sobre una larga historia ocupacional de, al menos, 5000 años en el área de La Quebrada.

El registro más antiguo disponible hasta el momento corresponde a la inhumación de una mujer adulta recuperada como producto de un rescate en el sitio El Aumento, unos 100 m al norte de la aldea de Cardonal (Cortés 2011). Fechada por AMS en 6133 ± 66 AP (AA87287, 5292-4851 cal A.C., 2σ) esta mujer es la primera evidencia del período Arcaico en esta región (ver Tabla 1, Tumba C640).

A escasos metros de este entierro, un segundo individuo, un hombre adulto, fue depositado en este lugar, pero de acuerdo a los fechados obtenidos (3.683 ± 58 AP, AA97850, 2273-1905 cal A.C., 2σ y 3.678 ± 39 AP, AA97850, 2195-1948 cal A.C., 2σ) habrían pasado 2500 años entre ambos eventos de inhumación (Tabla 1, Tumba C1225).

Hacia el 3000 AP volvemos a tener información de los grupos que concibieron esta localidad como lugar propicio para el entierro de sus muertos. En este caso, la evidencia corresponde a dos tumbas situadas en el sector más alto de la terraza de Bordo Marcial. Las estructuras funerarias se hallaban conformadas por dos paredes cóncavas opuestas y adyacentes entre sí, de piedras subrectangulares clavadas verticalmente (Figura 2). Una de ellas (Tumba C441) contenía el cuerpo de un individuo de entre 8 y 12 años de edad, extendido en posición articulada acompañado de una cuenta de mineral de cobre y un pequeño adorno de cobre. En el mismo lugar, fueron recuperados unos pocos fragmentos óseos de al menos otros tres individuos (Cortés 2010, 2011). El entierro contiguo (Tumba C440) contenía los restos desarticulados y entremezclados de al menos 14 personas –adultos y subadultos– y una máscara antropomorfa de cobre laminado (ver Cortés 2010, 2011; Scattolin *et al.* 2010). Los fechados obtenidos, 3057 ± 50 AP (AA82257, 1432-1132 cal A.C., 2σ) y 3001 ± 49 AP (AA82256, 1398-1058 cal A.C., 2σ) respectivamente, señalan la contemporaneidad de ambas estructuras (ver Tabla 1).

Figura 2. Tumbas en sector más alto de la terraza de Bordo Marcial.

A pocos metros de allí, se hallaron los restos de un niño de 4 o 5 años de edad (Tumba C500), acompañado de más de 1600 cuentas de valva de molusco, que habían estado contenidos en una urna de cerámica tosca, actualmente en estado muy fragmentario. Este hallazgo fue datado en 2190 ± 48 AP (AA87293, 387–113 cal A.C., 2σ). Casi de manera contemporánea, unos dos kilómetros al sur de Cardonal, se realizó el entierro de un hombre adulto en posición hiperflexionada en el sitio Tres Cabezas (2164 ± 47 AP, AA101317, 369-60 cal A.C., 2σ) (Tumba C1222). Y aproximadamente para la misma época una mujer joven fue enterrada junto a su bebé (Tumba C639) en la ladera sur de la terraza de Bordo Marcial (2056 ± 48 AP, AA87286, 194 cal. A.C.–51 cal. D.C., 2σ) (Cortés 2011).

Estos últimos entierros preceden sólo algunos cientos de años a las dataciones disponibles (24 en total) para los asentamientos domésticos en las aldeas de Cardonal, Bordo Marcial y Yutopián todos ellos apenas posteriores al 2000 AP (Tabla 1). Asimismo, un sexto entierro (Tumba C641) al cual nos referiremos más adelante, emplazado en una gran duna de arena fina, equidistante de los primeros dos sitios, resultó también ser contemporáneo a la ocupación de dichas aldeas. Por último, el entierro de un hombre de unos 25-35 años de edad, depositado sin cráneo y junto a dos instrumentos confeccionados con metapodios de camélidos, bajo una estructura de piedras monticular (Tumba C493) en la cima de la terraza de Cardonal y fechado en 1326 ± 43 AP (AA82261, 638-777 cal D.C., 2σ) es la más tardía evidencia de la importancia de este paisaje en la vida de los grupos formativos que habitaron el sur del valle del Cajón (Cortés 2011; Izeta *et al.* 2012).

En síntesis, el asentamiento de las primeras aldeas agrícolas en la región se inserta en esta larga historia de ocupación que, de distintas maneras, fue creando un paisaje que es hoy el palimpsesto de las generaciones que lo han transitado y, que la práctica cotidiana del habitar actual, así como nuestras ocasionales intervenciones, siguen construyendo.

LAS ALDEAS FORMATIVAS DEL SUR DEL VALLE DEL CAJÓN

Cardonal y Bordo Marcial se sitúan sobre dos terrazas de escasa pendiente separadas por un cerro más alto, hallándose muy próximas, apenas a quince minutos de caminata entre sí. Sus viviendas, contextos funerarios y estructuras agrarias se distribuyen en un área de tan sólo 2 km^2 en la localidad de La Quebrada (Figura 3).

Por otro lado, Yutopián está situado sobre una colina que se levanta sobre el fondo de una planicie suavemente inclinada. Dista de Cardonal y Bordo Marcial aproximadamente 7 km hacia el norte, una hora y media de caminata para un poblador local, lo cual si bien no representa un gran esfuerzo para los habitantes actuales, establece una variación en el tiempo y en el espacio, creando ciertas restricciones a las relaciones cara a cara, de índole cotidiana, entre los tres lugares.

Como se mencionó, los tres sitios presentan ocupaciones del período Formativo, aunque Yutopián también fue habitado durante el período Tardío. Es posible que su ocupación reiterada en el tiempo haya resultado en la particular configuración arquitectónica que se observa en superficie, la cual difiere notablemente de las otras dos aldeas.

Cardonal y Bordo Marcial parecen replicar una misma organización espacial. Allí, las estructuras de piedra circulares y subcirculares de diámetros variables fueron construyéndose unas adosadas a las otras conformando conjuntos discretos (núcleos habitacionales) mediados

por espacios abiertos y concentrados en grupos mayores (sectores) dispersos en el terreno. Se distinguen asimismo algunas estructuras de piedra de diámetros más grandes, posiblemente corrales, ubicadas pendiente arriba, pero intermedias entre las áreas de habitación y los lugares más altos, usados para entierros. Otros espacios productivos como parcelas destinadas al cultivo se destacan en laderas y cerros adyacentes por la presencia de arreglos de piedra. En los alrededores, afloramientos de cuarzo blanco revelan la existencia de antiguas canteras de este material.

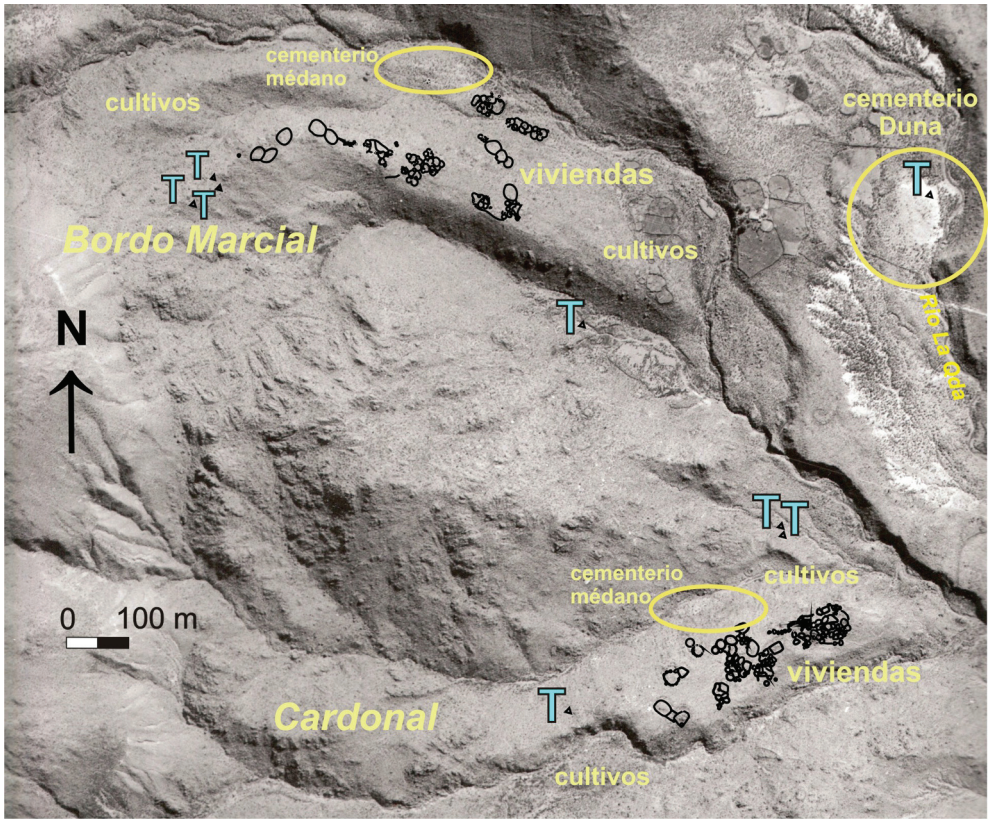


Figura 3. Cardonal y Bordo Marcial en la localidad de La Quebrada.

En Yutopián las construcciones visibles de piedra ocupan la parte superior y las laderas de la loma en un área de 300 x 100 m, pero, a diferencia de Cardonal y Bordo Marcial, se presentan sin solución de continuidad. Hay al menos diez núcleos habitacionales compuestos por un número variable de recintos. En la parte superior plana se hallan dos áreas despejadas como plazuelas. La ladera este está cubierta con una serie de muros de contención paralelos, aterrazados. Existe una gran variación en la configuración de los recintos, en su forma y su tamaño: los hay subcirculares y cuadrangulares (Gero y Scattolin 1994). A los fines de nuestra exposición enfocaremos sólo su ocupación formativa.

La diferencia de organización espacial entre los tres sitios puede resumirse en que los núcleos habitacionales de Cardonal y Bordo Marcial se agrupan en sectores bien escindidos.

En Yutopián, por el contrario, y probablemente debido a las sucesivas ocupaciones y reutilizaciones, las viviendas están vinculadas a otras estructuras, entremezcladas con ellas, de manera que no quedan espacios intermedios sin construcciones.

Los núcleos habitacionales estudiados en las tres aldeas se componen de recintos subcirculares adosados construidos con muros de piedra simple, a veces inclinados hacia el interior; los de tamaño grande deben haber funcionado como "patios" parcialmente techados, y las estructuras de menor tamaño fueron habitaciones cubiertas. Se han estudiado dos núcleos (N1 y N2), un recinto completo (E11) y una veintena de pozos de sondeo en Yutopián; un núcleo de habitación completo (N1) y quince pozos de sondeo en Cardonal y una sola estructura (E18) perteneciente a un núcleo habitacional en Bordo Marcial.

El Núcleo 1 de Yutopián (Figura 4) está compuesto por tres estructuras (E1, E2, E3) que desembocan en un patio mayor (PN1). El núcleo habitacional 2 (N2) lo componen la estructura E4 y el patio E5, mientras que la tercera vivienda corresponde a una sola habitación (E11).

Figura 4. Estructura 1 del Núcleo 1 de Yutopián, al final de su excavación. El Norte: a la izquierda. Fogón en trípode al centro del recinto, entrada abierta al Este, molinos con manos sobre el piso y pozos cavados en la roca de base.

El Núcleo 1 de Cardonal está compuesto por cinco estructuras: una cocina (E1) (Figura 5), un probable depósito (E2) y otro círculo menor (E4) comunican con un recinto más grande (E3) que se abre al exterior a través de un "portal", al cual también desemboca un gran recinto (E5) o "patio" semicubierto (Figura 6).

Figura 5. Estructura 1 (cocina) del Núcleo Habitacional 1 de Cardonal. El Norte: a la izquierda. Obsérvese, la entrada abierta al norte, muy cerca el fogón en rodeado de pozos, uno oscuro y el otro blanquecino; un gran hoyo central con reborde para el poste principal y el área oscura con instrumentos de molienda, en el cuadrante sudeste.

Figura 6. Reconstrucción del Núcleo Habitacional 1 de Cardonal. Dibujo de Sean Goddard.

La habitación E18 del sitio Bordo Marcial forma parte de un conjunto complejo de trece recintos adosados. Tiene un diámetro de 7 m y gruesos muros perimetrales. Se ingresa a ella por una entrada flanqueada por dos jambas macizas, luego de circular a través de tres habitaciones. Es posible que estuviera parcial o completamente techada ya que hacia el centro del recinto se hallaron dos hoyos bien construidos para dar cabida a sendos puntales mayores.

En Cardonal y Bordo Marcial, al igual que en Yutopián, la técnica de construcción de los recintos parece haber sido compartida. Partes de la roca de base fueron cavadas y ahuecadas para alojar las habitaciones, de manera tal que el nivel de superficie externo quedó sobreelevado con respecto al piso interior. Sobre los laterales del piso, se levantaron los muros simples compuestos por bloques de piedra ensamblados sin argamasa y asegurados con pequeñas cuñas. Es común la presencia de artefactos de molienda, muchos de ellos rotos o muy desgastados por el uso, reciclados como material para la construcción de la casa. Esto ocurre con mucha frecuencia en Cardonal donde se pueden distinguir antiguas conanas o pecanas que forman parte de los muros, o reutilizadas como jambas en las entradas de los recintos, así como también manos de moler que sirvieron como calzas o trabas (Calo 2010). Algunos fragmentos de barro batido con improntas de ramas y paja recuperados en las excavaciones de Cardonal pudieron haberse desprendido de la techumbre o de las paredes. Los techos o semitechos en todos los sitios estuvieron sostenidos por uno o varios postes colocados en hoyos cavados en los pisos y asegurados por cuñas de piedra, trozos de morteros rotos, manos o pilones descartados.

Otro rasgo característico de las habitaciones es la presencia de pozos circulares cavados en la roca de base, la mayoría sin rastros de su contenido original que pudiera evidenciar su función. Sin embargo se destacan dos casos en Cardonal de pozos rellenos con cenizas asociados a un fogón central de la E1 y a un área complementaria de combustión en la E5, podrían haber funcionado como puntos asistentes de calor y braseros, complementarios del hogar principal. Algunos de ellos contenían todavía un sedimento limo-arenoso blanco bien distintivo, o piedras pulidas, apoyados en su fondo. Los fogones de E1 y E5 pudieron haber cumplido distintas clases de funciones culinarias, como se desprende de los restos botánicos hallados por flotación en cada uno de ellos. Las áreas de molienda cercanas al fogón de E1 suministraron una gran cantidad de restos de porotos y maíz, mientras que en derredor del área de combustión de E5 había semillas carbonizadas de chañar y *Chenopodium* sp. (Calo 2013).

También en Yutopián, al fondo del piso y en varios sectores de la E1 se hallaron pozos excavados en la roca de base de forma redondeada y de distinto tamaño y profundidad; algunos llegaban a adicionar hasta 60 cm por debajo de la roca de base. La mayoría no contenía nada en especial –algunos fragmentos cerámicos, alguna lasca– pero podemos suponer que se trata de pozos de almacenaje. En la E3 por debajo del nivel del piso se hallaron dos hoyos muy profundos, de diferente forma y dimensión. En el interior del pozo mayor se hallaron fragmentos de cerámica con representaciones de rostros en el cuello y tiestos de estilo Condorhuasi polícromo, entre otros. En la E4 del segundo núcleo habitacional de Yutopián se encontraron varios pozos cavados. Uno de ellos, más pequeño, presentó características especiales, ya que contenía puntas líticas de obsidiana y artefactos de basalto, restos óseos y pigmento ocre. Sobre estos objetos había varias rocas naturales redondeadas y

muy lisas, posiblemente escogidas, por todo lo cual se consideró un escondrijo o un pozo de ofrendas en la base del poste principal de la vivienda.

El fogón de E1 en Cardonal estaba constituido por tres piedras redondeadas que sobresalían por encima de un reborde de arcilla compacto, el cual encerraba una cubeta o superficie hundida. En su interior había una piedra que apareció partida. Aunque el rasgo parecía haber sufrido perturbaciones postdepositacionales, resultó bien identificable gracias a su similitud con los fogones que conocíamos de Yutopián, donde habíamos excavado dos similares pero mejor conservados. En el centro de la E1 de Yutopián había un anillo de arcilla endurecida y quemada junto con cuatro piedras firmemente adheridas para servir de apoyo a un recipiente. Asociados a este fogón se encontraron huesos y restos de maíz y poroto quemados. Además se hallaron artefactos, minerales, un fragmento de tubo cerámico y otros signos que indicaron el uso de este rasgo doméstico para la fundición de cobre. Allí se encontró material burbujeante reconocido como *"vitrified fuel ash"* (VFA), el cual es un producto residual de actividad metalúrgica. Los análisis y la experimentación determinaron que tales residuos habían sido expuestos a temperaturas de 1000°C. Estas temperaturas indican un calentamiento mayor al de las actividades culinarias y son más bien propias de una combustión relacionada con la fundición de metales (Gero y Scattolin 2002).

En la E4 de Yutopián fue claramente identificable una estructura fija de fogón en trípode que ocupaba una buena parte del recinto. Además, la presencia de un estrato oscuro y grasoso que cubría el piso de ocupación era otra señal de las actividades de combustión y de la manipulación de sustancias grasas en esta habitación, donde también se hallaron porotos y endocarpios de chañar carbonizados. Fogones similares se conocen en áreas vecinas como en el valle del Bolsón (Korstanje 2007) y en Ambato (Gastaldi 2010) y aún más lejos, en la puna de Jujuy, hay estructuras de combustión parecidas (Albeck 1995-1996).

Muy probablemente las estructuras de fogones consolidados con piedras de sostén y rebordes endurecidos de arcilla de E1 de Cardonal y de E1 y E4 de Yutopián hayan sido fijadas, cuidadas y mantenidas por largo tiempo. Su prominencia es una consecuencia de la acreción por adición de materia, es decir, la resultante de acciones repetitivas que van agregando sustancia y labrando el rasgo hasta alcanzar una cierta configuración modelada y fijada por el uso y la práctica diaria.

En los flancos de los asentamientos, no muy lejos de las casas, se ubicaron las estructuras de cultivo. En Bordo Marcial estas estructuras son visibles en un pequeño albardón que corre paralelo y hacia el norte del sector de viviendas. Descendiendo por la pendiente sur de la terraza de Cardonal, se construyó otro conjunto de estructuras de contención del terreno y manejo del agua que se disponen perpendiculares a la pendiente. Y sobre la parte baja de la ladera de enfrente se extiende en sentido oeste-este una acequia paralela al área de viviendas que tiene su toma aguas arriba en el arroyo El Cardonal. La parte baja del cerro que flanquea el sitio por el norte presenta, además, un conjunto de canchones de cultivo subcirculares delimitados por muros de piedra. El material cerámico recolectado en estos sitios agrícolas vecinos de Cardonal y Bordo Marcial es asignable al primer milenio D.C. Como dijimos Yutopián presenta recintos cuadrangulares en la parte central y oeste, extensas áreas de cultivo aterrazadas en su flanco oriental y canchones sobre la planicie adyacente, pero estas construcciones pueden corresponder a varias épocas.

Aparte de las viviendas y construcciones agrícolas, las estructuras funerarias constituyen otro elemento fundamental en la creación del paisaje de La Quebrada. Tanto Cardonal como

Bordo Marcial contienen, cada uno, un área medanosa en su flanco norte, con restos de tumbas saqueadas, cuentas de collar dispersas y otras señales de que allí se habrían inhumado difuntos. Notablemente, equidistante a ambos sitios, un tercer cementerio, denominado Cementerio Duna, ubicado en un médano de arena fina y de forma subcircular, se alza como punto de referencia ineludible en el paisaje. Por su gran tamaño, su forma de domo y el reflejo de su arena, se ve desde muchas direcciones. Según informaciones aportadas por pobladores locales, este lugar –que ha sido reiteradamente cavado en época moderna para la extracción de antigüedades– es el sitio de procedencia de una gran parte de la colección del Padre Baudilio Vázquez alojada en el Museo Eric Boman de Santa María (González 1977:448). Producto de un rescate, se recuperó allí un entierro de un hombre de unos 20-25 años de edad que fue depositado en posición hiperflexionada, sin objetos asociados. La postura compacta de su cuerpo es indicativa de que este debió haber estado envuelto en algún tipo de material perecedero (¿cuero, tela, sogas?) que no se ha conservado (Cortés 2011, 2013). Fechado en 1915 ± 47 años AP, AA87292, 32 cal A.C.-224 cal D.C., 2σ), el uso de este cementerio, es por tanto, contemporáneo a la ocupación de Cardonal y Bordo Marcial (Tumba C641).

LOS TIEMPOS, LAS ESCALAS

La primera aproximación a la historia ocupacional de Yutopián se basó en más de veinte pozos de sondeo en diversos sectores del poblado. Así, se logró detectar una diferenciación en la estratigrafía y en la arquitectura y uso del espacio a través del sitio. Se concluyó que la parte sur presentaba ocupaciones del período Tardío; en el centro del sitio había una sobreimposición de ocupaciones tardías por encima de otras más tempranas correspondientes al período Formativo y, por último, en el extremo norte, se hallaron exclusivamente ocupaciones del Formativo intactas y profundas. Las excavaciones se concentraron entonces en las habitaciones formativas del norte, cuyas dataciones posteriores confirmaron la apreciación preliminar basada en la cronología cerámica (ver Tabla 1).

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos de La Quebrada y Yutopián

	Código Lab	Fecha C14	Procedencia	1 σ	2σ
1	AA87287	6.133 ± 66	Tumba 1 El Aumento	5207-5144 A.C. 5139-5091 A.C. 5082-4998 A.C.	5292-5267 A.C. 5228-4897 A.C. 4866-4851 A.C.
2	AA82257	3.057 ± 50	Tumba 2 Bordo Marcial Cima	1395-1268 A.C.	1432-1192 1175-1164 1143-1132
3	AA82256	3.001 ± 49	Tumba 3 Bordo Marcial Cima	1370-1356 A.C. 1316-1191 A.C. 1177-1161 A.C. 1143-1132 A.C.	1398-1112 A.C. 1101-1085 A.C. 1064-1058 A.C.
4	AA87293	2.190 ± 48	Tumba 4 Bordo Marcial Cima	358-277 A.C. 258-196 A.C.	387-152 A.C. 138-113 A.C.

Tabla 1. (*Continuación*)

	Código Lab	Fecha C14	Procedencia	1 σ	2σ
5	AA87286	2.056 ± 48	Tumba 5 Bordo Marcial Barranca	158-134 A.C. 115-19 A.C. 13-1 A.C.	194 A.C.-30 D.C. 37-51 D.C.
6	Beta127006	1.970 ± 90	Yutopián E4	100 A.C.-140 D.C.	210 A.C. -250 D.C.
7	AA87285	1.958±37	Cardonal Estructura A	1-80 D.C.	41 A.C.-92 D.C. 98-124 D.C.
8	Beta 95610	1.940±90	Yutopián E11	50 A.C.-220 D.C.	170 A.C.-320 D.C.
9	AA87292	1.915±47	Tumba 6 Cementerio Duna	25-32 D.C.	32-31 A.C. 20-12 A.C. 1 A.C.-224 D.C.
10	AA82260	1.932±35	Cardonal Núcleo 1 E5 Nivel 6	27-41 D.C. 48-89 D.C. 101-123 D.C.	8 A.C.-39 D.C. 3 A.C.-134 D.C.
11	AA94659	1.880±47	Cardonal PP8 SIII R15 N5(50-60)	73-173 D.C. 192-211 D.C.	26:42 D.C. 47:240 D.C.
12	AA67778	1.878±57	Cardonal Núcleo 1 E2	70-220 D.C. 73-180 D.C. 186-214 D.C.	1-320 D.C. 3-255 D.C. 304-315 D.C.
13	Beta 95608	1.870±60	Yutopián PP12	70-220 D.C.	1-330 D.C.
14	AA 87294	1.869±38	Bordo Marcial R18	83-172 D.C. 193-211 D.C.	66-236 D.C.
15	AA94660	1.861±54	Cardonal PP9 SII R8 N3(40-60)	85-110 D.C. 115-219 D.C.	25-44 D.C. 46-258 D.C. 297-320 D.C.
16	AA82262	1.841±35	Cardonal Núcleo 1 E1	130-220 D.C.	80-245 D.C.
17	Beta 95609	1.830±60	Yutopián E 3	80-320 D.C.	50-350 D.C.
18	Beta127010	1.820±100	Yutopián E 5	80-340 D.C.	1-430 D.C.
19	AA94655	1.817±44	Cardonal PP4 SI R17 N2(20-40)	133-241 D.C.	83-262 D.C. 278:328 D.C.
20	AA94661	1.814±46	Cardonal PP10 SIV R13 N4(30-40)	132-246 D.C.	82-264 D.C. 275-333 D.C.
21	Beta127007	1.800±90	Yutopián Patio Núcleo 1	90-350 D.C.	20-430 D.C.
22	AA94658	1.793±44	Cardonal PP7 SI R28 N5(80-100)	137-199 D.C. 206-257 D.C. 299-318 D.C.	92-99 D.C. 125-349 D.C. 369-378 D.C.
23	AA82259	1.781±35	Cardonal Núcleo 1 E4 Nivel 5	175-191 D.C. 211-262 D.C. 279-327 D.C.	133-340 D.C.
24	AA82255	1.777±45	Yutopián E1 Nivel 6 (90-100)	143-147 D.C. 171-193 D.C. 210-264 D.C. 274-334 D.C.	130-358 D.C. 365-381 D.C.
25	Beta127011	1.730±90	Yutopián E 5	180-430 D.C.	80-540 D.C.
26	Beta127009	1.670±90	Yutopián E 5	250-540 D.C.	130-600 D.C.
27	Beta 95611	1.630±60	Yutopián E 4	340-540 D.C.	250-570 D.C.
28	Beta127005	1.610±90	Yutopián E 4	340-560 D.C.	240-640 D.C.
29	Beta127008	1.600±80	Yutopián E 5	350-560 D.C.	250-640 D.C.
30	AA82261	1.326±43	Tumba 7 Cardonal Cima	654-708 D.C. 747-765 D.C.	638-777 D.C.

Como es sabido, la configuración arquitectónica superficial de los sitios puede dar una falsa apariencia de contemporaneidad de sus ocupaciones. Tanto Yutopián como Loma Alta del Aconquija (Scattolin 1990) registraron esta situación ya que sus estructuras habían sido construidas en épocas distintas según un modelo de palimpsesto. Algo similar podía esperarse en los asentamientos de La Quebrada. Precisamente, para establecer la cronología de Cardonal se analizaron un total de diez muestras radiocarbónicas que cubrían cuatro de los cinco sectores habitacionales del asentamiento. Los resultados indicaron que todo el sitio había estado habitado de manera simultánea (Tabla 1) en el intervalo de unos trescientos años entre 1958 ± 37 y 1781 ± 35 años AP. Asimismo el único fechado disponible para Bordo Marcial también señalaba su ocupación para casi exactamente el mismo momento, 1869 ± 38 años AP. Como se mencionó más arriba, la única tumba excavada sistemáticamente en el Cementerio Duna corresponde a ese mismo momento cronológico, 1915 ± 47 años AP (Tabla 1).

Los resultados nos permiten ahora ofrecer la imagen de un paisaje aldeano localizado en la desembocadura de una quebrada alta compuesto por dos aldeas gemelas cada una con un área de entierros adyacente, otro gran cementerio equidistante a ambas, áreas agrícolas, corrales y otras instalaciones. Este lugar devino tal por el hacer cotidiano (Heller 1977; de Certeau y Giard 1998; de Certeau 2000; Lindón 2000): las prácticas del habitar en Cardonal y Bordo Marcial, del circular y el hacer dentro y fuera de las casas fueron constituyendo los espacios habitados. La recolección de leña, las partidas de caza y el pastoreo de los animales, el entierro y visita a los muertos, las caminatas a otras aldeas, habrían formado parte de estas actividades diarias que han dejado sus huellas en el paisaje (Scattolin *et al.* 2009a y b).

Parte de estas actividades debieron involucrar la recolección de arcillas esparcidas ubicuamente en el área (Calo y Pereyra Domingorena 2013), rocas apropiadas para las herramientas de piedra, leñas, así como hojas y tallos de "cortadera" (*Cortaderia* sp.) utilizados en cestería y ramas para la construcción de techos. Como lo evidencian los restos vegetales carbonizados de chañar recuperados en Cardonal, las actividades de recolección podrían haberse desarrollado también en las áreas de monte cercanas. Hoy, en los alrededores de Cardonal y Bordo Marcial crecen arbustos proveedores de tallos y raíces útiles para encender fuego tales como el "viscol" (*Flourensia* aff. *suffrutescens*), la "sombra de toro" (*Baccharis* sp.), "pichana" (*Psila spartioides*), "quinchamal" (*Baccharis grisenbachii*), "montenegro" (*Cyclolepis genistoides*), "charcoma" (*Chuquiraga rotundifolia*) y "tola blanquita" (*Senecio* sp.) (Calo 2010).

En las partes altas de los cerros, las vegas o ciénagos habrían sido zonas de pasturas para animales silvestres y, por tanto, áreas seguras de caza de guanaco (*Lama guanicoe*) y vicuña (*Vicugna vicugna*) que complementaron la dieta vegetal y la lana y los cueros provistos por la llama (*Lama glama*). Dichas especies están representadas profusamente en los contextos de Cardonal, Bordo Marcial y Yutopián (Izeta 2007).

Como en otras aldeas de los primeros siglos D.C. el material cerámico recuperado consiste en una gran mayoría de fragmentos del grupo ordinario mientras que los materiales del grupo fino solamente alcanzan el 18 por ciento e incluyen fragmentos grises muy pulidos, grises incisos con motivos geométricos, rojos pintados y algunos tiestos con pequeños apliques modelados (Scattolin 2007a; Bugliani 2008, 2010). Es decir, la mayoría de los enseres consistía en ollas para cocinar y cántaros para guardar, sean líquidos o sólidos, usualmente lisos o apenas decorados y, en menor cantidad, se disponía de vajilla

de servicio, de dedicación o de transferencia, con terminaciones más cuidadas y decoración (Figura 7). Los recipientes cerámicos recuperados abarcan un repertorio de formas y diseños variado donde se advierte la utilización de recursos estilísticos seleccionados y combinados de maneras originales e históricamente particulares (Scattolin 2007b). Del estudio de las pastas cerámicas, en Cardonal se determinó la presencia de tres tipos con características petrográficas coincidentes con las del ambiente geológico de la sierra de Chango Real, a cuyos pies se encuentran Cardonal, Bordo Marcial y Yutopián. La litología circundante a los sitios es asimilable a los atemperantes usados en la preparación de las pastas. Esta relación permite sustentar la hipótesis de la producción local para gran parte de la alfarería hallada en Cardonal; pero, como se verá más adelante, los pobladores de Cardonal y Bordo Marcial también usaron recipientes traídos de lejos (Pereyra Domingorena 2012).

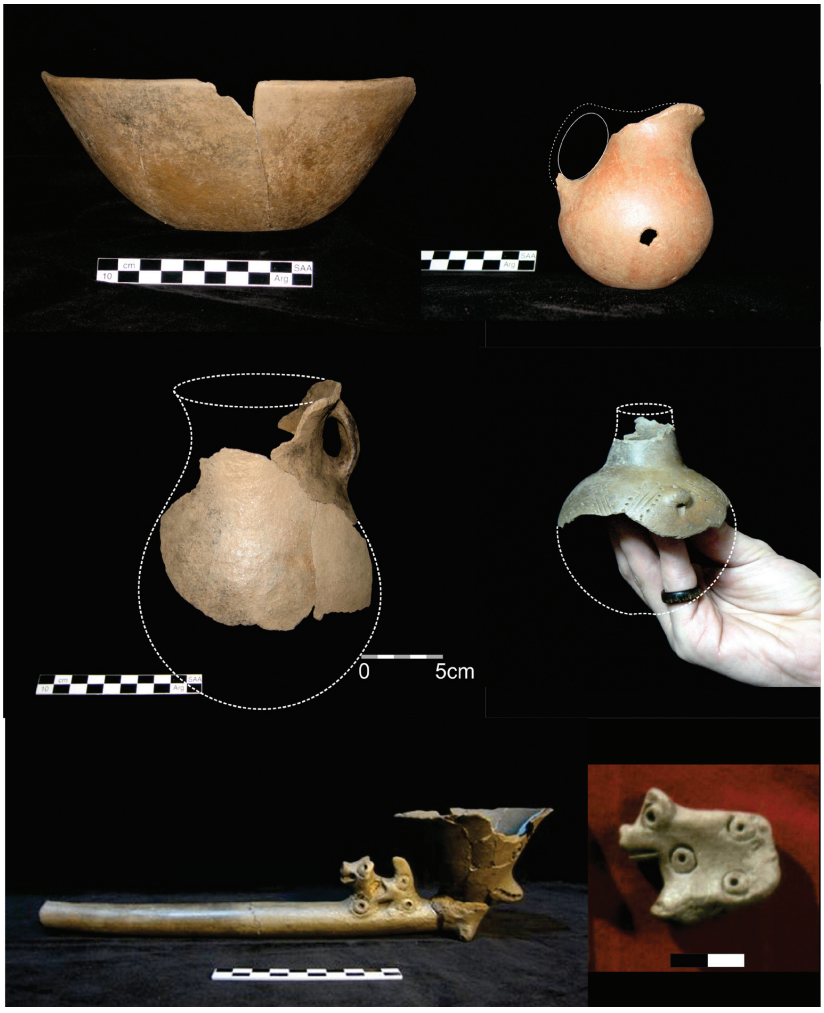


Figura 7. Arriba, cuatro vasijas de la Estructura 18 de Bordo Marcial. Abajo, izquierda, pipa de la Estructura 1 de Cardonal; abajo, derecha, apéndice hallado en un pozo de la Estructura 3 de Yutopián.

Con respecto a las herramientas de piedra, Videla (2011) ha observado que las materias primas más usadas en la vivienda de Cardonal fueron las vulcanitas oscuras (basaltos oscuros o Basalto 1, según Sentinelli 2012) y el cuarzo, las primeras en mayor medida que el último (Figura 8). La presencia de núcleos de ambas rocas hace suponer, igualmente, que la extracción de formas base se realizó en la propia aldea. El cuarzo, está fácilmente disponible en grandes cantidades a pocos metros del sitio, cruzando el arroyo Norte sobre una lomada de fácil acceso, y –atendiendo a Turner (1973)– las vulcanitas oscuras o basaltos oscuros podrían ser accesibles en un radio de 20 km desde La Quebrada (Formación Los Rastrojitos).

Figura 8. Conjunto de artefactos de obsidiana, andesita y basalto (arriba) hallado dentro de un pozo (abajo) en la Estructura 4 de Yutopián.

Son notables las similitudes entre los materiales líticos de este basalto oscuro encontrados en Cardonal y aquellos mencionados por Menghin (1956) en la descripción de la "industria basáltica de La Ciénaga", valle de Hualfín, así como con los instrumentos definidos como Raederas de Módulo Grandísimo para el sitio Punta de la Peña 9 en Antofagasta de la Sierra (Babot *et al.* 2004, 2008), antes llamadas Grandes Lascas con Retoque (Escola 2000). Babot y colaboradores nos dicen que se usaron para la siega de las plantas de quínoa. Los basaltos oscuros también aparecen en útiles sobre lascas, en su mayoría de retoque unifacial. Aún más interesante es que, de acuerdo a los mismos autores, la reducción de estas piezas produce lascas con ciertas características, entre ellas una predominancia del módulo corto-ancho.

Los Análisis por Activación Neutrónica Instrumental (AANI) han informado que la mayoría de las piezas de basalto oscuro de La Quebrada proceden de una misma colada volcánica, así como también varios fragmentos recogidos en Ingenio Arenal-Falda del Cerro, otros obtenidos en el valle del Bolsón y una muestra de la colección obtenida por Menghin (Glascock 2009). La fuente en sí aún no ha sido descubierta. Moreno (2010) publicó material y una cantera de la zona de Antofalla con una gran similitud, la cual deberá ser explorada en el futuro. Es posible que esta materia prima circulara en forma de estas grandes raederas, pero su vida útil fuera extendida más allá de sus inmediatos usos en tareas agrícolas (Lazzari 2006).

Lascas anchas y cortas de vulcanita oscura se han observado entre los materiales de sitios de La Quebrada, en Yutopián (Joan Gero las denominaba *"side strike flakes"*) y también en sitios de la falda del Aconquija, lo cual sugiere que, a pesar de ciertas diferencias (en el Aconquija la reducción parece menos cuidada, menos consistente en cuanto a los módulos, tamaños, etc.), había un cierto estilo técnico en el trabajo de estos materiales que parecería ser impuesto por la forma del artefacto mismo, o por las asociaciones implicadas relacionadas con quienes las manufacturaron o con el lugar de origen de las mismas (Lazzari 2006).

La cocina E1 de Cardonal, cuyos artefactos líticos fueron estudiados por Sentinelli, brindó dos ejemplares de estas Raederas de Módulo Grandísimo y gran cantidad de lascas de reactivación de sus filos. Sentinelli observa que existió una preocupación por prolongar la vida útil de estos instrumentos y un esfuerzo por aprovechar la materia prima con la que estaban confeccionadas, que considera de disponibilidad "mediata lejana", lo que le sugiere una valoración distintiva de este material respecto de los demás (Sentinelli 2012).

En los sitios de La Quebrada, la obsidiana, en cambio, constituye un porcentaje pequeño del total de las materias primas utilizadas: 4% en Cardonal E2, E3, E4 y E5, (Videla 2011) y 2,1% en Cardonal E1 (Sentinelli 2012), situación que se repite en otras áreas estudiadas por nuestro equipo (Falda del Aconquija, Bañado Viejo del valle de Santa María). La variedad que predomina es la que procede de Ona-Las Cuevas y en segundo orden Cueros de Purulla y Laguna Cavi, todas localizadas en la Puna de Catamarca, a más de 100 km desde La Quebrada (Yacobaccio *et al.* 2004). La obsidiana de Ona-Las Cuevas es translúcida, frecuentemente bandeada, y en los sitios aquí considerados suele ocurrir en tonalidades que van del gris al negro. Aquellas procedentes de las otras dos fuentes por el contrario son opacas (en el caso de Cueros de Purulla con un brillo más bien lustroso), a veces bandeadas, y con tonalidades que van del gris al negro (pero ver Escola 2004, 2007; Escola y Hocsman 2007 y Escola *et al.* 2007 para mayor variedad de colores en las fuentes de origen).

En Cardonal y Bordo Marcial hay una alta incidencia de puntas de esta obsidiana opaca. A este fenómeno se suma la ausencia de núcleos de dicha roca, una escasez de formas base

apropiadas para el formato de la mayoría de las puntas y una baja incidencia de artefactos de corte/raspado confeccionados sobre lascas de esa variedad. Esto nos permite pensar que la obsidiana opaca circulaba no solo como materia prima sino como artefacto de manufactura avanzada. Una situación similar, que comentaremos con más detalle en párrafos próximos, ocurre en los sitios del Aconquija, aunque allí las obsidianas de Cueros de Purulla y Laguna Cavi son menos abundantes (Lazzari 2006).

LA REGIÓN EN LA LOCALIDAD

Aproximadamente para la misma época en que se hallaban ocupadas las aldeas del sur del valle del Cajón, otros asentamientos se desarrollaban en áreas vecinas como Antigal de Tesoro y Falda del Cerro de Ingenio del Arenal, en la falda occidental del Aconquija (Lazzari 2006), Soria 2 (Palamarczuk *et al.* 2007) y Pichanal 2 (Nastri *et al.* 2009) en el valle de Santa María, Cueva Pintada y Los Viscos en el valle del Bolsón, Puesto Viejo de la Quebrada de los Corrales (Oliszewski 2011), La Ciénega (Cremonte 1996) y El Mollar (González y Núñez Regueiro 1962) en el valle de Tafí y alrededores. Como mencionáramos, las maneras de hacer al sur de los valles Calchaquíes muestran un carácter local que se define por la combinación particular de recursos materiales compartidos con lugares más distantes.

Casas y aldeas

Así por ejemplo, el patrón habitacional de Cardonal, Bordo Marcial y Yutopián exhibe similitudes con el de otros sitios a lo largo de una faja que se extiende desde la puna hasta las yungas de las sierras subandinas. Algunas de las características constructivas marcan cierta similitud con las "Unidades Circulares Compuestas" descriptas para los valles de Tafí, Quebrada de Los Corrales, Quebrada de la Ciénega y de Anfama, y con las viviendas de Caspinchango-El Ciénago y de Bajo Los Cardones en el valle de Santa María (Cigliano 1960; González y Núñez Regueiro 1962; Berberián y Nielsen 1988; Cremonte 1996; Sampietro y Vattuone 2005; Somonte 2007; Oliszewski 2011). Sin embargo, se advierten también algunas diferencias notorias entre las modalidades constructivas, sobre todo en lo que refiere a la disposición general de las estructuras en el conjunto, la ubicación de los accesos y posibilidades de circulación entre las diferentes habitaciones, así como en la presencia de entierros en los patios (Raffino 1977; Berberián y Nielsen 1988; Núñez Regueiro 1998; Chiappe Sánchez 2007), modalidad de inhumación aún no detectada en las aldeas del Cajón.

En el caso de los asentamientos de Tafí del Valle, La Ciénega, Anfama y Puesto Viejo de la Quebrada de Los Corrales, el patio se constituye como el eje central alrededor del cual se ubican los recintos más pequeños y con el cual se comunican. Desde los recintos hay que traspasar el patio para salir al exterior. Esa modalidad de circulación –que ha sido llamada "Patrón Margarita" (Oliszewski *et al.* 2010)– no ocurre en La Quebrada. Tampoco es común en sitios como Antigal de Tesoro o Ingenio del Arenal-Falda del Cerro, en la falda del Aconquija. Falda del Cerro incluye núcleos habitacionales con patrón celular, grupos de habitaciones con largos y estrechos pasillos de entrada sin conexión entre sí, grandes

estructuras con subdivisiones internas e incluso pequeñas habitaciones circulares dispuestas en forma de anillo (Lazzari 2006; Lazzari y Pereyra Domingorena 2008). Antigal de Tesoro no tiene patios centrales, los recintos adoptan formas irregulares y algunos se conectan por pasillos internos.

Es interesante destacar que la utilización de áreas medanosas para el entierro de los difuntos identificada en La Quebrada parece haber sido una tradición compartida en otras regiones como la falda occidental del Aconquija, lugar donde Weiser menciona el hallazgo de tumbas y cementerios emplazados en los médanos y arenales (Cortés 2011).

En fin, cada uno de estos lugares muestra recursos arquitectónicos combinados de maneras localmente específicas. La diversas formas que, en estas localidades, adoptó la espacialidad, entendida como relación recurrente entre relaciones sociales y espacios habitados, resulta un claro indicador de las estrategias sociales, políticas y económicas que existen en el área en la parte inicial del primer milenio D.C. A su vez, indica que la variabilidad espacial es significativa en términos culturales e históricos, más allá de la adaptación a distintos ambientes (Lazzari y Pereyra Domingorena 2008).

Maneras de hacer vasijas

Si nos centramos en los conjuntos cerámicos, veremos también que en algunas vasijas se aprecian estilos y maneras de hacer que frecuentemente son relacionadas con sitios lejanos y zonas ecológicas diversas. Por ejemplo se han encontrado recipientes con diseños geométricos incisos similares a los de estilos San Francisco y Río Diablo. Algunas piezas modeladas e incisas recombinan maneras de hacer locales con atributos decorativos encontrados en piezas de estilo Candelaria o en las representaciones figurativas modeladas y al pastillaje de piezas de Tafí (Figura 9). El carácter local de estos objetos quedó demostrado, como se dijo antes, por las particularidades de sus pastas (Pereyra Domingorena 2010).

Por el contrario, los materiales de estilo Vaquerías estudiados hasta el momento habrían sido confeccionados fuera del área tratada y provendrían desde otras regiones. Las pastas de estos fragmentos se distinguen notablemente en su composición y textura del resto de las analizadas. Las inclusiones no plásticas propias de esta cerámica –litoclastos metamórficos de bajo grado– no han sido registradas en la geología del área de estudio. Esta situación se repite en sitios de los valles vecinos como en Río Las Piedras de la quebrada de La Cienéga (Cremonte 1996) y en Tolombón y Chimpa del valle de Santa María (Pereyra Domingorena 2010). Estudios geoquímicos recientes (AANI y LA-ICP-MS) han coincidido en confirmar el carácter alóctono de los materiales Vaquerías de La Quebrada, y ofrecen un panorama complejo de circulación de artefactos, materias primas y modos de hacer de las cerámicas del periodo. Esto contrasta con la tendencia marcada a utilizar arcillas locales, incluso para materiales que, como en el caso de varios de la Falda del Aconquija, presentan decoración de estilo Aguada, los cuales fueron en realidad manufacturados localmente con arcillas del área de estudio (Lazzari *et al.* 2009). Estos resultados no sorprenden dada la ubicuidad de fuentes de arcilla en la región, sin embargo, es notable que ciertas cerámicas finas –variedades de Ciénaga pintado, por ejemplo– se confeccionaran con sólo dos de los ocho tipos de arcillas identificados por estos métodos (Stoner y Glascock 2013). Dada la procedencia arqueológica de los especímenes analizados y la ubicación de las fuentes de arcillas, es posible postular la

existencia de redes de aprendizaje y/o intercambio de materiales y saberes propios del sur de los Valles Calchaquíes que serían diferentes de las redes de mayor espectro como la que involucró a Vaquerías (Lazzari y Pereyra Domingorena 2013).

Figura 9. *(a)* y *(b)* Botellones antropomorfos con un ligero baño blanco de las Estructuras 1 y 4 de Yutopián. *(c)* Cántaro de la Estructura 1 de Cardonal. *(d)* Botella negra pulida, incisa y modelada de Agua Amarilla (Instituto de Arqueología y Museo, Universidad de Tucumán). *(e)* Botellita zoomorfa de simetría dorsoventral de la localidad de Yutopián.

Cabe recordar que también se han reportado hallazgos de cerámica Vaquerías en zonas aledañas como en Agua Amarilla (Korstanje 1998); Soria 2 (Palamarczuk *et al.* 2007); Puesto Viejo I, en Quebrada de los Corrales (Oliszewski *et al.* 2010); El Mollar del valle de Tafí (Núñez Regueiro y García Azcárate 1996); El Arbolar I (Tarragó y Scattolin 1999) y Potrero Ralo (Tarragó 1996) del valle Calchaquí sur. No obstante, no sabemos si en estos lugares también fue importada o confeccionada localmente.

La cerámica Condorhuasi es otro estilo polícromo característico de los primeros siglos D.C., de presencia esparcida desde la puna (v.g., en Laguna Blanca) hasta la vertiente andina oriental (v. g., en Yánimas 1, Míguez 2010:452). De nuestras excavaciones hemos obtenido este material únicamente en Ingenio del Arenal-Falda del Cerro y Antigal de Tesoro (Aconquija) y Yutopián (Cajón). El análisis petrográfico de las muestras de la falda del Aconquija permitió identificar dos modalidades técnicas para la elaboración de estas vasijas. Por las similitudes de las pastas se observó una afinidad con la alfarería ordinaria del área. Quienes hicieron las vasijas Condorhuasi muestreadas usaron como atemperante unas arenas con las mismas características petrográficas que las rocas que conforman el ambiente geológico del faldeo occidental del Aconquija. Por lo tanto, se ha postulado que tanto las vasijas ordinarias como las piezas Condorhuasi fueron manufacturadas de manera local (Pereyra Domingorena 2010). Los estudios geoquímicos llevados a cabo hasta el momento coinciden con esta conclusión, y se esperan los resultados de muestras aún en proceso para definir mejor el perfil geoquímico de este estilo en el área. Además se siguen llevando a cabo ensayos experimentales con gredas de diferentes procedencias como la cantera de Las Conchas vecina a Cafayate, de Los Colorados (Amaicha), de Aspereza cerca de Loma Alta y otros filones de arcilla locales (Pereyra Domingorena 2010).

Resulta además interesante notar que en Cardonal y Bordo Marcial, donde aparece material Vaquerías, no se han hallado todavía materiales Condorhuasi. Esta situación también se reporta para Soria 2 y El Mollar. Y a la inversa, donde se halló material Condorhuasi –Yutopián, Falda del Cerro y Antigal de Tesoro– no se detectaron materiales Vaquerías. En cambio, se ha reportado que en Puesto Viejo 1, en la Quebrada de Los Corrales, aparecen ambos estilos a la vez (Oliszewski *et al.* 2010).

Otra evidencia que denota maneras de hacer compartidas la brindan las pipas para fumar halladas en Cardonal y Yutopián. En la cocina de Cardonal (E1) se recuperó una pipa cerámica completa muy similar a otra procedente de una tumba de Laguna Blanca (Fernández *et al.* 1999:38, Lámina III), a otra de Puerta de Belén (Boman 1932:327) y a una tercera hallada en el valle del Cajón (Fundación Tiempos 2003). Comparten los rasgos zooantropomorfos del hornillo, la técnica de incisión y pintura, así como su formato general. Asimismo, un apéndice zoomorfo, hallado desmembrado en el sitio de Yutopián, es igual a la representación modelada de un felino sobre el tubo de la pipa de Cardonal (Scattolin *et al.* 2009a). Los estudios fisicoquímicos realizados sobre la pipa completa y otro hornillos también de Cardonal dieron como resultado la presencia de compuestos propios del género *Anadenanthera* sp. (Bugliani *et al.* 2010), lo cual permite sostener vinculaciones con la vertiente oriental andina.

Obsidianas, basaltos, fuentes y traslados

El análisis tecnológico de materiales líticos de sitios del Aconquija ha permitido formular una serie de hipótesis que hemos comenzado a explorar en La Quebrada. Mientras que la obsidiana de Ona-Las Cuevas ingresó a los sitios del Aconquija en forma de núcleos y lascas grandes que luego fueron reducidas en los sitios y transformadas en instrumental de corte y raspado, las obsidianas opacas, en general, parecen haber ingresado como artefactos de talla bifaciales (preformas y puntas de proyectil) formatizados afuera de los sitios.

El material excavado en el Aconquija no produjo aún evidencia de núcleos, lascas grandes o medianas que pudieran servir para formatizar estos instrumentos de obsidiana opaca. Por el contrario los desechos de obsidiana opaca son de tamaño muy pequeño. Las cadenas operativas de las obsidianas opacas son variables de región en región: por ejemplo, tienen más estadios de reducción en La Quebrada que en Aconquija. No obstante, en ambos casos es posible plantear que las obsidianas opacas habrían sido privilegiadas para la manufactura de puntas de proyectil y que muy posiblemente estas materias primas habrían ingresado como artefactos al menos parcialmente manufacturados.

Sabemos que en los Andes ciertas propiedades visibles de los artefactos y elementos naturales eran tomadas como manifestación de propiedades intrínsecas (ver Lechtman 1977, 1996; Sillar 1996). Es posible que la obsidiana opaca manifestara propiedades que se consideraban propiciatorias para la caza, transformando a dicho material en el preferido para la manufactura del instrumental de quienes aspiraran a una captura exitosa. En el caso de los basaltos oscuros de Cardonal, en los que se confeccionaron las Raederas de Módulo Grandísimo, ligados a la cosecha de vegetales, Sentinelli destaca su valoración distintiva respecto de los demás tipos de rocas utilizadas en la vivienda (Sentinelli 2012)

Cuando miramos en detalle los conjuntos líticos de diferentes sitios como parte de un sistema de relaciones materiales, es posible vislumbrar que el uso de la obsidiana respondía a formas de valoración y tratamiento del material que objetivaban modos de socialización que privilegiaban la relación entre vecinos. Al igual que en otros materiales, esas formas localizadas de concebir y hacer son posibles precisamente porque el material en sí se presta a ellas, un poco por sus capacidades, propiedades materiales y origen, y otro poco por el universo más amplio de relaciones de sentido que podía transformar a la obsidiana en un vehículo apropiado para mediar entre distintos órdenes geográficos, sociales y semánticos.

Por ejemplo, a pesar de que los sitios de la falda del Aconquija pueden considerarse relativamente equidistantes de las fuentes de obsidiana utilizadas, algunos de ellos –que son coetáneos– presentan claras diferencias en cuanto a la abundancia relativa de obsidiana en sus conjuntos. Más interesante aún es que los sitios en ambos extremos del espectro –Antigal de Tesoro con menor abundancia relativa e Ingenio del Arenal-Falda del Cerro con mayor abundancia y más lejos de las fuentes– presentan formas de trabajo relativamente homogéneas. Es más, ambos conjuntos contradicen las expectativas usuales de los modelos de uso de materias primas en relación a su abundancia, entendida como medida aproximativa de la facilidad de acceso a la misma (Lazzari 2006).

La quebrada de Ingenio del Arenal, cerca de Minas Capillitas, pudo constituir el punto de acceso para la obsidiana que llegaba al Aconquija. Ella debió circular como uno entre varios bienes y recursos –metales, cerámicas, cebil– de un conjunto de transacciones y circulaciones, y la frecuencia de su traslado pudo ser lo suficientemente alta como para que

siempre estuviese disponible. No obstante, el grado de uso de las piezas, la alta incidencia de estadios finales de reducción y los muy bajos porcentajes de ocurrencia indican que la obsidiana no fue un material fácilmente asequible para los pobladores del área. En todo caso, hay una tendencia hacia la uniformidad en el tratamiento de la obsidiana en el Aconquija –a pesar de las aparentes diferencias en su acceso– que delata un cierto estilo tecnológico (en el sentido de Lechtman 1977), una forma de modificar la materia prima que responde a un sistema de circulación (de materias, ideas, formas de hacer, gente) entre los sitios más cercanos (Lazzari 2006).

LA REORDENACIÓN DEL PAISAJE ALDEANO

Cardonal, Bordo Marcial y Yutopián nos informaron de la vida aldeana de los primeros siglos de la Era Cristiana en el valle del Cajón. Nuestro conocimiento de momentos posteriores se sustenta en los trabajos que hemos desarrollado en la falda del Aconquija y el valle de Santa María. Hasta hoy día, el valle del Cajón no ha proporcionado componentes arqueológicos sustanciales de la segunda mitad del primer milenio, ni de la primera parte del segundo milenio D.C. Sólo conocemos un reducido puñado de fragmentos cerámicos, atribuible a dicha época, hallado en un rasgo intrusivo en el patio del Núcleo 1 de Yutopián y la Tumba C493 de Cardonal.

Al avanzar el primer milenio D.C. los sitios agrícolas se hicieron visibles por las laderas aluvionales y fondos de los valles, resaltando entonces la larga duración que habría tenido ese persistente cultivo del paisaje cuyo producto material dependió de la continua reproducción de las relaciones sociales aldeanas (Haber 1999; Quesada 2007). Como ha ocurrido también en varios lugares –desde la Puna hasta la vertiente oriental del Aconquija– las superficies aptas para el cultivo fueron intensamente labradas mediante mano humana por erección de muros de contención y paredes perimetrales de terrenos, por la limpieza y despedregado de superficies escabrosas, la nivelación de faldeos, la construcción de redes de riego y el laboreo continuo de los campos. Prueba de ello son los numerosos conos aluvionales cubiertos con los restos de tales trabajos en las laderas de los valles y bolsones semiáridos. Entre los canchones agrícolas se disponen las viviendas, distantes varias decenas de metros unas de las otras y conformando caseríos dispersos, en la distribución típica de las estancias.

Ejemplo de esta clase de asentamientos en el valle de Santa María es la localidad de Caspinchango-El Ciénago (Cigliano 1960:93). En El Ciénago se destaca un núcleo de habitación, entre sus bancales de cultivo. En su entorno, despedregados, canchones y muros contenedores parecen demostrar un prolongado uso del conoide superior para las labores del campo (Cigliano 1960).

Pocos kilómetros al norte, en el paraje Bajo Los Cardones del valle de Santa María, se conocen sitios de vivienda similares pero que añaden montículos funerarios contiguos (Pastor y Rivero 2004; Somonte 2005, 2007; Chiappe Sánchez 2007). Varias unidades de habitación de forma aproximadamente circular presentan túmulos mortuorios de piedra entre sus muros. Además, el material cerámico acompañante de los cuerpos muestra características de estilo similares a la alfarería excavada en Tafí y en La Candelaria (Somonte 2005, 2007; Chiappe Sánchez 2007). Se ha informado también que en superficie han sido

hallados fragmentos de cerámica incisa, modelada con aplicaciones al pastillaje y otros de estilo Vaquerías y Candelaria (Pastor y Rivero 2004:194).

En el valle de Tafí y Quebrada de La Ciénega se han estudiado varios núcleos residenciales de esta época. Sus unidades domésticas comprenden recintos redondos de habitación, comunicados a su gran patio central circular donde se efectuaban diversas actividades domésticas y en el que se incluye un área de tumbas cilíndricas para el entierro de los muertos (González y Núñez Regueiro 1962; Berberián 1988; Cremonte 1996; Sampietro y Vattuone 2005). También se colocaron postes líticos como emblemas al frente de las viviendas, y las tumbas cavadas debajo del piso de los patios habrían permitido retener la memoria de los antepasados y reafirmar el arraigo, la identidad y la continuidad de cada segmento de parentesco.

Más al sur, en el piedemonte occidental del Aconquija había estancias compuestas por viviendas y canchones, que se extendían por los ápices de los conos aluvionales (Scattolin 2001). Los fechados de Loma Alta, desde 1600 ± 120 AP hasta 700 ± 50 AP demuestran que este modelo de ocupación se prolonga aquí bastante tiempo: la zona continuó teniendo este patrón de núcleos habitacionales entre campos de cultivo y corrales hasta mucho después, cuando ya las poblaciones en varios valles se habían empezado a agrupar en poblados conglomerados conocidos como del período Tardío, y es recién entonces que podría serle aplicado el término "rural", por oposición a la nueva modalidad concentrada. Lo mismo parece ocurrir en Tesoro I, Loma Redonda, Ingenio del Arenal Centro y Buey Muerto (Scattolin 2010). En Laguna Blanca se hallan sitios con patrón similar (Delfino 1999). En Tebenquiche la construcción y uso de sus núcleos de vivienda se extendió también hasta más tarde (Haber 1999; Quesada 2007) como en la mencionada falda del Aconquija.

La llanura aluvional más o menos plana en el fondo del valle de Santa María también debió ser objeto de un continuo labrado, aunque los rastros materiales sean menos evidentes por carecer de las paredes de piedra bien preservadas. De allí conocemos un asentamiento residencial en El Bañado con arquitectura de piedra y barro, y habitaciones de planta rectangular, que corresponde, según sus excavadores, a un sitio "típicamente La Candelaria" en referencia a la cerámica asociada (Pelissero y Difrieri 1981:63). Por debajo de sus pisos se encontraron enterramientos en grandes urnas ovoides con la superficie alisada y sin decoración, con base convexa, conteniendo restos humanos y vasijas. Puede que se trate de una ocupación de mediados del primer milenio D.C. (Scattolin 2010) ya que la cerámica fina es del mismo tipo que la hallada en el sitio de Lampacito, algo más al sur, donde apareció la tumba de una mujer con anillos de cobre en sus dedos y un ajuar compuesto de doce vasijas, fechado entre fines del siglo VI y la primera mitad del siglo VII D.C. (AA59414, 1446 ± 36 AP, 540-660 años cal D.C., 2 σ). Estos materiales cerámicos, de estilo Candelaria, tradicionalmente se han vinculado con las yungas, pero se encuentran difundidos también por el valle de Santa María, el valle de Tafí, el valle del Cajón, el sur del valle Calchaquí, Laguna Blanca y la puna de Salta y Catamarca.

Por todas estas regiones, a mediados del primer milenio D.C. uno de los recipientes habituales en las tumbas son las jarras de simetría dorsoventral y cuello vertedero u oblicuo (Scattolin 2006) (Figura 10), lo que indica cierta participación común en algunas prácticas tecno-estilísticas. De allí que el carácter repetitivo y redundante de la arquitectura de estas estancias, creado por las acciones de los ciclos agrarios no debe hacer olvidar que su sistema, aparentemente indiferenciado y autosuficiente, no era cerrado. Cada localidad se insertaba

en un extenso universo articulado e interdependiente, por el que circularon bienes, materias primas y artefactos.

Figura 10. Jarras de color gris-negro, pulidas, de simetría dorsoventral del valle de Santa María (Colección Museo Etnográfico).

Por último, hacia el final del primer milenio D.C. ocurre uno de los primeros ejemplos de asentamientos conglomerados en Santa María. Se trata del sitio Morro de las Espinillas, datado en los siglos IX y X (Scattolin 2003). Se emplaza sobre una terraza alargada, de unos 15 m de alto, junto al río Pajanguillo y ocupa 0,6 ha. Es una aldea pequeña pero concentrada. Comprende unas cuarenta estructuras cuadrangulares, algunas intercomunicadas. Presenta una valla perimetral de piedra y un acceso restringido.

La alfarería de Morro de las Espinillas incluye enseres de cocción, elaboración, almacenamiento, transferencia y vajilla de servicio. La vajilla de servicio presenta decoración geométrica ya sea pintada o incisa, sin decoración figurativa. Las tinajas de Morro de las Espinillas debieron servir para almacenamiento, maceración de substancias, elaboración de bebidas y transferencia de líquidos, sobre todo las no-decoradas. En cambio, las que han tenido inversión de trabajo en su decoración y acabado, pueden haber cumplido funciones de servicio de bebidas en contextos en los cuales la exhibición visual haya sido conveniente.

Este uso de tinajas con buena terminación era compartido al mismo tiempo con otros grupos contemporáneos pero más lejanos, en particular los que se asocian con cerámica Aguada. Precisamente, hacia el sur, en esta época, estaban siendo ocupados los sitios del valle de Ambato con estructuras monticulares y plazuelas, como el caso de La Rinconada, Piedras Blancas, Huañomil y otros que contienen la característica cerámica de estilo Aguada

con su rica iconografía de felinos y figuras humanas. De ellos proviene una gran cantidad de escudillas y vasos negros grabados de excelente factura y profusa decoración. Grandes tinajas pintadas en tres colores, de estilo Ambato o Cortaderas y otras de pasta ordinaria han sido encontradas en el sitio ceremonial de La Rinconada, asociadas a contextos de elaboración y almacenamiento de bebidas fermentadas y se habrían usado en celebraciones (Gordillo 2010). También en Piedras Blancas se usaron ollas y cántaros grandes para bebidas fermentadas o cocidos por hervido de animales trozados (Gastaldi 2010; Pazzarelli 2011). De Choya 68, en el valle de Catamarca, un gran montículo artificial, provienen también grandes vasijas profusamente decoradas en el estilo denominado Aguada-Portezuelo (Baldini *et al.* 2002). Apreciada en esta escala ampliada, la proliferación de estas formas de tinajas y cántaros, junto con escudillas y tazones decorados, en ciertos sitios de distintos valles parece indicar que en este momento hubo un incremento del uso de bebidas en contextos de consumo colectivo y celebraciones festivas.

Nuestros estudios sugieren que, al final del primer milenio D.C. el consumo de estilos había cambiado y tanto la arquitectura como la cerámica participaron de esos cambios. En vez de encontrar la decoración y el impulso estético volcado en los pequeños vasos votivos de alfarería Condorhuasi o Vaquerías, ahora se decoraban grandes cántaros que podían contener muchos litros de bebidas como en las tinajas Ambato tricolor, Aguada bicolor, Aguada-Portezuelo y Guachipas polícromo que se encuentran respectivamente en los sitios La Rinconada y Piedras Blancas de Ambato, Morro del Fraile, Choya 68 y Lázaro de Tolombón, todos con arquitectura distintiva, ya sea por la presencia de montículos ceremoniales o por la aglomeración de recintos en emplazamientos altos o cercados (Scattolin 2010).

De todos modos, el diseño de asentamiento de estancias y caseríos dispersos entre campos de cultivo continuó siendo empleado sin interrupción. Así ocurrió en la falda del Aconquija, Laguna Blanca y Tebenquiche (Delfino 1999; Haber 1999; Quesada 2007). Fenómenos similares ocurren en sitios de Amaicha (Sosa 1994), algunos de ellos, como en El Remate de Los Zazos, que "presenta características similares a las registrados en… La Bolsa y en la Quebrada de La Ciénega" (Aschero y Ribotta 2007). Pero en El Remate el diseño de los terrenos de cultivo incorporó sectores especiales. Según sus excavadores, introducen la andenería como forma especializada para los terrenos dedicados a la agricultura.

La perspectiva multiregional permite así apreciar con mayor claridad que las clases de espacios se van desagregando y emergen jerarquías. Morro de las Espinillas no era la única aldea aglomerada de los siglos IX y X. En el mismo valle de Santa María, Morro del Fraile, un poblado conglomerado con más de setenta estructuras "sobre las crestas del cerro", presenta también cerámica de estilo Aguada no figurativo o Aguada bicolor (además de cerámica de estilo santamariano) (Nastri *et al.* 2009). El sitio Lázaro, en Tolombón, presenta un recinto cercado que incluye varias plataformas de piedra en su interior y cerámica semejante a "los estilos definidos por Serrano como Guachipas polícromo o a una Aguada pintado local..." (Williams 2003:171), podría corresponder a estos últimos siglos del primer milenio y ser contemporáneo de Morro del Fraile y Morro de las Espinillas. En tal caso podría haber cumplido servicios especializados en celebraciones estacionales.

Por la misma época, hacia el norte, el sitio Molinos I en el valle Calchaquí es un asentamiento aglutinado con más de cien estructuras y presenta cerámica considerada de "la transición a los Desarrollos Regionales" (ver Baldini 1992). Finalmente, en el propio valle de Santa María, Rincón Chico y Pichao en los siglos IX y X manifiestan sus componentes

más antiguos conteniendo ya cerámica de estilo santamariano (Cornell y Johansson 1993; Tarragó y Nastri 1999; Tarragó 2000). En estos dos lugares se establecerán más tarde los grandes poblados aglomerados y defensivos típicos del período de Desarrollos Regionales, que durarán hasta la expansión inka y la invasión española.

En síntesis, entre los siglos IX y X, las poblaciones prehispánicas reordenaron su paisaje edilicio y manifestaron una alta diversificación en los medios de edificación, agrupamiento y concentración del espacio construido.

CONCLUSIONES

Las evidencias con que contamos hasta el momento nos muestran una larga historia ocupacional en el ámbito de La Quebrada, representada por eventos aislados de inhumación que se retrotraen hasta el 6000 AP. La historia que los eventos de entierro comienzan a delinear, obtiene mayor nitidez hacia principios del primer milenio de la era, época para la que contamos con un corpus de información abundante sobre las maneras de hacer al sur de los valles Calchaquíes. Los resultados alcanzados nos han permitido esbozar un paisaje aldeano construido en la localidad a partir de un mundo de relaciones y afinidades.

Los sitios Cardonal, Bordo Marcial y Yutopián, denotan maneras compartidas de construir, organizar y habitar, indicando que ciertos aspectos de la vida cotidiana se reprodujeron de maneras similares. Estos modos tiene algunos parecidos con las áreas de vivienda de la falda del Aconquija, de los valles húmedos de Tafí y de los oasis puneños. De todas maneras, las excavaciones de viviendas completas en La Quebrada, Yutopián, la falda del Aconquija y diversos componentes en el valle de Santa María nos ha permitido detectar maneras de hacer propias de lugares específicos que generan formas de circulación, acceso y encuentros que le son específicas. Estos modos de habitar, circular y relacionarse, fueron definiendo también "modos de hacer" particulares, los cuales están presentes en la manera de construir las casas, moler y procesar alimentos, hacer y mantener el fuego, modelar la cerámica, formatizar instrumentos, enterrar a los muertos y vincularse con las plantas y animales silvestres y domesticados.

Los conjuntos cerámicos recuperados muestran la circulación en diferentes actividades de la vida cotidiana: la integración de conjuntos de producción local que presentan distintos elementos estilísticos recombinados con materiales de producción alóctona que debieron incorporarse a partir de diferentes redes de interacción a distintas escalas. Los objetos y formas de hacer pueden ser evocativos de las selvas, la puna, los valles lejanos, pero todos ellos, operando en conjunto, adquieren su sentido específico sólo en el contexto particular de las casas, ya sea en Cardonal, en Bordo Marcial, Yutopián o en Loma Alta.

Una mirada detallada de los conjuntos de artefactos de diferentes sitios como un sistema de relaciones materiales, permite desenhebrar ciertos principios que parecen haber gobernado el empleo de los recursos disponibles de maneras que responden a lógicas microlocales. Esas formas localizadas de entender y hacer son posibles precisamente porque los materiales, por medio de sus propiedades, sus orígenes y sus tránsitos, participan de un universo más amplio de relaciones de sentido. No quiere decir esto que todos ellos actuaban de la misma manera; las categorías a las cuales refieren no son simple imposiciones de sentido sobre materia inerte

sino que emergen como órdenes significantes precisamente por las propiedades particulares sensoriales que las sostienen (Miller 1985; Meskell 2004; Lazzari 2005).

La obsidiana al sur de los valles Calchaquíes se prestaba a esta lógica interna porque sus características físicas (desde el brillo a la capacidad de corte, pasando porque a fin de que circule tiene que fragmentarse, dividirse), su procedencia geográfica (los volcanes, las tierras altas, etc.), más la existencia de redes que sostenían su traslado sin que fuese el objeto primario de dichos vínculos la convertían en material circulante significante. Como toda roca pertenecía al orden de lo durable y lo ancestral (un orden de significación andino, ver Duviols 1979), un fragmento circulante de montañas lejanas, posiblemente considerada con propiedades propiciatorias, pero a diferencia de otras piedras y materiales líticos "fijos", era móvil, transformable, usable en lo cotidiano; un material a medias entre lo deseado y lo disponible, ni exótico ni cotidiano, ni especial ni ordinario (Lazzari 2012).

Otras evidencias nos acercan a esa relación de mutua estructuración entre lo "local" y lo "regional". Los análisis de procedencia de cerámicas y arcillas, combinados con el estudio detallado de su petrografía, sustentan un panorama descentralizado, aunque no insular, de la producción de manufacturas cerámicas (Lazzari *et al.* 2009). Estos avances, aún en progreso, parecen reafirmar las observaciones que se vienen realizando en el marco de las investigaciones del equipo referidas a la fluidez de prácticas técnicas y formas de vinculación empleadas por las sociedades locales del primer milenio D.C., por las cuales la gente circulaba en varios rangos de distancia en virtud de redes de aprendizaje y colaboración en la producción de manufacturas y acceso a materias primas. Es posible pensar que el "modo de habitar" de los antiguos pobladores –establecido y arraigado en localidades con temporalidad profunda– implicaba a su vez la circulación permanente y a diversas escalas de las personas y materiales –entre ellos arcillas en diversos grados de preparación (para ejemplos etnográficos andinos ver Cremonte 1984; Sillar 1996)–, prácticas que también se nutrían de la larga tradición de regímenes de circulación que caracterizan a los Andes centro sur. La observación de patologías óseas en las extremidades inferiores de camélidos de la falda del Aconquija corrobora su uso como bestias de carga (Izeta y Cortés 2006).

Los estudios iconográficos ofrecen su propia contribución (Bugliani y Pereyra Domingorena 2012). La mayoría de las cerámicas estudiadas se confeccionaron en su lugar, de manera local, pero a la vez participando diferencialmente de modos de tratamientos de superficie, de soportes y motivos decorativos semejantes a estilos considerados diagnósticos de otras áreas aledañas, pero usados a su manera. Así el orden material de este momento de ocupación generó un repertorio de objetos y perceptos, poblado de motivos decorativos y técnicas que los artesanos recombinaban localmente en función de sus modos habituales de hacer. Esto resulta en el patrón observado de cerámicas locales que amalgaman hábitos de diseño distintivos, a la vez que generalizados, y en la distribución de ciertos materiales, como por ejemplo la obsidiana y los basaltos, que no encajan en nuestras categorizaciones clásicas de bienes circulantes.

Las líneas de evidencias discutidas, tales como la alta variedad de estrategias y recursos estilísticos en la cerámica desde los inicios del milenio, la gran diversidad de contextos domésticos y funerarios y la circulación de bienes cotidianos, ponen en cuestión la utilidad de pensar a la vida social como el resultado de un mismo principio cultural adaptado a variaciones ambientales. Por el contrario, estos trabajos ponen de manifiesto la riqueza de las prácticas sociotécnicas mediante las cuales se tejían conexiones materiales e inmateriales

entre los antiguos pobladores de esos pequeños e incontables microcosmos que fueron las aldeas formativas.

AGRADECIMIENTOS

A los pobladores de La Quebrada y la falda del Aconquija. A las autoridades de San José y Santa María (Catamarca). A los colegas y estudiantes que colaboraron en los trabajos de campo. A Roxana Cattáneo, Patricia Escola, Natalia Sentinelli y María Victoria Videla. A Joan M. Gero, por facilitar registros de excavación inéditos. A Timothy Jull del Laboratorio de AMS de Arizona, por su atención con los fechados radiocarbónicos. Las investigaciones fueron sostenidas con fondos de varios proyectos de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. La Fundación Antorchas, British Academy y Arts and Humanities Research Council de Reino Unido suministraron fondos para análisis de procedencias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albeck, M. E.
1995-1996 Áreas de actividad doméstica en el Pueblo Viejo de Tucute (Puna de Jujuy). *Estudios Atacameños* 12:61-73.

Aschero, C. y E. Ribotta
2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisaje y procesos sociales en Tafí del Valle*, editado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli, p. 79-94. San Miguel de Tucumán, Instituto de Arqueología de Tucumán y Escuela de Arqueología de Catamarca.

Babot, M. del P., C. Aschero, S. Hocsman y M. C. Haros, L. González Baroni y S. Urquiza
2004 Ocupaciones agropastoriles en los sectores intermedios de Antofagasta de la Sierra, Catamarca: Un análisis desde Punta de la Peña 9. *Comechingonia* 9:57-75.

Babot, M. del P., P. Escola y S. Hocsman
2008 Microfósiles y atributos tecno-tipológicos: correlacionando Raederas de Módulo Grandísimo con sus desechos de talla de mantenimiento en el Noroeste argentino. En *Matices interdisciplinarios en estudios fitolíticos y de otros microfósiles*, editado por M. A. Korstanje y M. del P. Babot, BAR International Series S1870, pp. 187-200.

Baldini, L.
1992 El sitio Molinos I dentro de los esquemas de desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Arqueología* 2:53-68.

Baldini, M., J. Carbonari, G. Cieza, M. E. de Feo, M. F. del Castillo, R. Huarte, A. Figini, A. R. González y J. Togo
2002 Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (Departamento de Capayán, provincia de Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños* 24, 71-82.

Berberián, E. (director)
1988 *Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa formativa del valle de Tafi. Editorial Comchingonia*. Córdoba.

Berberián, E. E. y A. E. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánico en la etapa Formativa del valle de Tafí (Pcia. de Tucumán - Rep. Argentina.) En *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el valle de Tafí,* editado por E. Berberián, p. 21-51. Córdoba, Comechingonia.

Boman, Eric
1932 Pipas de fumar de los indígenas de la Argentina. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural* 35:309-341.

Bugliani, M. F.
2008 *Consumo y representación en el sur de los Valles Calchaquíes (noroeste argentino): Los*

conjuntos cerámicos de las aldeas del primer milenio A.D. BAR International Series, S1774. Oxford, John and Erica Hedges.

2010 Códigos estéticos, expresiones plásticas y modos de representación en la cerámica del Formativo en Yutopián (valle del Cajón, Noroeste argentino). *Revista del Museo de Antropología* 3:22-32.

Bugliani, M. F. y L. Pereyra Domingorena

2012 Una aproximación estilístico-tecnológica a la cerámica polícroma "Vaquerías" del Noroeste argentino. *Estudios Atacameños* 43:121-138.

Bugliani, M. F., M. Calo y M. C. Scattolin

2010 Fumando en la cocina: Determinación de contenidos por técnicas físico químicas en dos pipas cerámicas del sitio Cardonal. En *La arqueometría en Argentina y Latinoamérica*, editado por S. Bertolino, R. Cattáneo y A. Izeta, pp. 231-236. Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Córdoba.

Calo, C. M.

2010 Plantas útiles y prácticas cotidianas entre los aldeanos al sur de los Valles Calchaquíes (600 a.C. - 900 d.C.). Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

2013 Archaeobotanical remains found in a house at the archaeological site of Cardonal, valle del Cajón, Argentina: a view of food practices 1,800 years ago. *Vegetation History and Archaeobotany.* http://link.springer.com/journal/volumesAndIssues/334.

Calo, C. M. y L. Pereyra Domingorena

2013 El ambiente y los recursos: un estudio sobre la recolección en La Quebrada (Catamarca, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 43 (1):133-154.

Chiappe Sánchez, N.

2007 Sobre la construcción social de la muerte. Las prácticas funerarias en un sitio agroalfarero temprano: Bajo Los Cardones -Amaicha del Valle, Tucumán-. Tesis de Licenciatura. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. Ms.

Cigliano, E. (director)

1960 *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María. Publicación del Instituto de Antropología*, N.o 4. Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.

Cornell, P. y N. Johansson

1993 Desarrollo del asentamiento el sitio StucTav 5 (Pichao), Provincia de Tucumán. Comentarios sobre dataciones de 14C y luminiscencia. Publicaciones 2:31-43. Instituto de Arqueología. Universidad Nacional de Tucumán.

Cortés, L. I.

2010 Cuerpos en contraste: reflexiones sobre el tratamiento de los difuntos en dos en-

tierros de 3000 años (valle del Cajón, Noroeste argentino). *Revista del Museo de Antropología* 3:5-12.

2011 Paisaje funerario al sur del valle del Cajón: cuerpos, contextos y trayectorias históricas. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

2013 Bajo los médanos: paisaje funerario y tradiciones compartidas al sur de los valles Calchaquíes, primer milenio de la Era. *Estudios Sociales del NOA* 12. En prensa.

Cremonte, M. B.

1984 Alfareros itinerantes de Los Colorados (Dto. Tafí, Tucumán) Aproximaciones a un estudio de etnografía arqueológica. *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre* 14:247-259.

1996 Investigaciones arqueológicas en la quebrada de La Ciénaga (departamento de Tafí, Tucumán). Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata. Ms.

de Certeau, M.

2000 *La invención de lo cotidiano*. *I. Artes de hacer.* México, Universidad Iberoamericana.

de Certeau, M. y L. Giard

1998 Private spaces. En *The practice of everyday life. 2: Living & Cooking*, editado por M. de Certeau, L. Giard y P. Mayol, p. 145-148. Minneapolis, University of Minessota Press.

Delfino, D.

1999 Prospecciones en los '90: Nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). *Revista de Ciencia y Técnica* 7:55-80.

Duviols, P.

1979 Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace. Le monolithe huanca et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 2, 7-31.

Escola, P. S.

2000 Tecnología Lítica y Sociedades Agro-pastoriles Tempranas. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2004 Variabilidad de explotación y distribución de obsidianas en la Puna meridional argentina. *Estudios Atacameños* 28:9-24.

2007 Obsidianas en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, V.Williams, B. Ventura, A. Callegari y H.Yacobaccio (eds.), pp.73-88. Buenos Aires.

Escola, P. S. y S. Hocsman

2007 Procedencia de artefactos de obsidiana de contextos arqueológicos de Antofagasta de la Sierra (*ca.* 4500-3500 AP). *Comechingonia* 10:49-62.

Escola, P., A. Korstanje, N.Sentinelli y M. Glascock
2007 Laguna Cavi y El Médano: obsidianas en circulación caravanera. *Actas del Segundo Congreso Argentino y Primer Congreso Latinoamericano de Arqueometría*. Buenos Aires.

Fernández, A. M., M. G. Raviña y B. Balesta
1999 Las pipas precolombinas del norte argentino. *Corpus Antiquitatum Americanensium 3*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

Fundación Tiempos
2003 Base de Datos de la Colección Arqueológica del Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán. Formato digital.

Gastaldi, M.
2010 Cultura material, construcción de identidades y transformaciones sociales en el valle de Ambato durante el primer milenio D.C. Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Gero, J. y M. C. Scattolin
1994 Hacia la comprensión del desarrollo de la jerarquización: un estudio en el Valle del Cajón (Catamarca, Argentina). Simposio "El estudio arqueológico de la complejidad y la desigualdad en el Noroeste argentino". *Actas y Memorias XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. San Rafael. Mendoza. (I Parte pp. 136).
2002 Beyond complementary and hierarchy: new definitions for archaeological gender relations. En *In pursuit of gender: Worldwide archaeological approaches*, editado por S. M. Nelson, y M. Rosen-Ayalon, pp. 155-171. Walnut Creek, Altamira Press.

Glascock, M.
2009 X-ray fluorescence analysis and neutron activation analysis of lithic artefacts from the Acoqnuija mountains, Santa Maria valley and El Bolson regions of NW Argentina. Research reactor center, University of Missouri. Ms.

González, A. R.
1977 *Arte precolombino en la Argentina*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

González, A. R. y V. A. Núñez Regueiro
1962 Preliminary report on archaeological research in Tafí del Valle, N.W. Argentina. *Akten des 34 Internationalen Amerikanisten Kongress*, p. 485-496. Viena.

Goodman, N.
1990 *Maneras de hacer mundos*. Madrid, Visor.

Gordillo, I.
2010 De piedra, tierra y madera. Arquitectura y prácticas sociales en la Iglesia de los Indios (Ambato, Catamarca) En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por Albeck, M. E., Scattolin, M.

C. y Korstanje, M. A, pp. 155-185. San Salvador de Jujuy, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Haber, A. F.
1999 Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C. Tesis de doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Heller, Á.
1977 *Sociología en la vida cotidiana*. Barcelona, Península.

Ingold, T.
1993 The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2):152-174.
2000 *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill.* Routledge, London.

Izeta, A. D.
2007 Zooarqueologia del formativo del valle del Cajón. *Pacarina. Número Especial Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. T. I:471-476. San Salvador de Jujuy, Editorial Universitaria UNJU.

Izeta, A. D. y L. I. Cortés
2006 Southamerican camelid palaeopathologies. Examples from Loma Alta (Catamarca, Argentina). *International Journal of Osteoarchaeology* 16(3):269-275. John Wiley & Sons, UK.

Izeta, A. D., G. R. Cattáneo, M. C. Scattolin y L. I. Cortés
2012 Changed into tools. Camelid bones from the Southern Calchaquí Valleys (Formative period, Northwestern Argentina). En *Bone raw material and tools in archaeology*. Alice Choyke (ed.) International Council for Archaeozoology (ICAZ). Oxbow Books. In press.

Korstanje, M. A.
1998 Desempolvando antigüedades: Consideraciones sobre el repertorio cerámico Vaquerías. *Mundo de Antes* 1:69-117.
2007 Territorios campesinos: producción, circulación y consumo en los valles altos. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el mundo andino*, editado por Nielsen, A., M. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 191-223. Córdoba, Editorial Brujas.

Lazzari, M.
2005 The texture of things: objects, people and social spaces in NW Argentina (First millennium AD). En *Archaeologies of Materiality*. L. Meskell (ed.), pp. 126-161. Oxford: Blackwell.
2006 Travelling things and the production of social spaces: An archaeological study of

circulation and value in North Western Argentina. Tesis Doctoral Inédita, Departamento de Antropología, Universidad de Columbia.
2012 Stones to build a world: circulation and the value of things in NW Argentina. *Cambridge Journal of Archaeology* (en revisión).

Lazzari, M. y L. Pereyra Domingorena
2008 Revisitando Ingenio Arenal-Faldas del Cerro (Catamarca): Relevamiento planimétrico y nuevos sondeos. En *Problemáticas de la arqueología contemporánea*, compilado por A. Austral y M. Tamagnini, Tomo II, pp. 761-764. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.
2013 A social landscape without a centre: the circulation of artefacts, materials and skills in NW Argentina (first millennium AD). South American Archaeology Seminar, University College of London. 18 May.

Lazzari, M., L. Pereyra Domingorena, M. C. Scattolin, L. Cecil, M. D. Glascock, R. J. Speakman
2009 Ancient social landscapes of northwestern Argentina: preliminary results of an integrated approach to obsidian and ceramic provenance. *Journal of Archaeological Science* 36:1955–1964.

Lechtman, H.
1977 Style in technology: some early thoughts. En *Material Culture: Styles, Organization and Dynamics of Technology,* editado por H. Lechtman and R.S. Merrill, pp. 3-20. West Publishing Co., St. Paul, Minn.
1996 Arsenic bronze: dirty copper of chosen alloy? A view from the Americas. *Journal of Field Archaeology* 23:477–517.

Lindón, A. (Coordinadora)
2000 *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona, Anthropos.

Menghin, O.
1956 La industria basáltica de la Ciénaga. *Anales de Arqueología y Etnología* 12:289-299.

Meskell, L.
2004 *Object Worlds in Ancient Egypt: Material Biographies Past and Present*. Berg, Oxford.

Miguez, G.
2010 Paisaje y espacialidades del sitio Yánimas 1 (provincia de Tucumán). *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (ed. por R. Bárcena y H. Chiavazza), Tomo II:449-454. Mendoza.

Miller, D.
1985 *Artefacts as Categories: A Study of Ceramic Variability in Central India*. Cambridge University Press, Cambridge.

Moreno, E.
2010 Arqueología de la caza de vicuñas en el área del salar de Antofalla, puna de Atacama. Una aproximación desde la arqueología del paisaje. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Nastri, J., G. Pratolongo, A. Reynoso y A. M. Vargas
2009 Arqueología de la Sierra del Cajón. Poblados, corrales y pinturas. En *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, editado por A. Austral y M. Tamagnini, pp. 715-728. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

Núñez Regueiro, V.
1998 *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*. Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Andinos. Ediciones INTERDEA, San Miguel de Tucumán.

Núñez Regueiro, V. y J. García Azcárate
1996 Investigaciones arqueológicas en El Mollar, Dto. Tafí del Valle, Pcia. de Tucumán. *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13º parte). Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael XXV (1/2)*, pp. 87-97.

Oliszewski, N.
2011 Ocupaciones prehispánicas en la Quebrada de los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 años AP). *Comechingonia* 14:155-172.

Oliszewski, N., G. Arreguez, H. Cruz, E. Di Lullo, M. Gramajo Bühler, E. Mauri, M. Pantorrilla Rivas y M. G. Srur
2010 Puesto Viejo: una aldea temprana en la Quebrada de los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, sin pp. Mendoza.

Palamarczuk, V., R. Spano, F. Weber, D. Magnífico, S. López y M. Manasiewicz
2007 Soria 2. Apuntes sobre un sitio Formativo en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8:121-134.

Pastor, S. y D. E. Rivero
2004 Nuevas evidencias entorno a la ocupación agroalfarera temprana del valle de Yocavil. En *Mosaico. Trabajos en Antropología social y Arqueología*, editado por M. Carballido Calatayud, pp. 189-199. Fundación de Historia Natural "Félix de Azara". Buenos Aires.

Pazzarelli, F.
2011 Una aproximación a la transformación de recursos en Piedras Blancas (Ambato, Catamarca, S X-XI DC) desde los análisis químicos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 36:331-336.

Pelissero, N. y H. Difrieri
1981 *Quilmes.* Ed. Gobierno de la Provincia de Tucumán, Tucumán.

Pereyra Domingorena, L.
2010 Manufacturas alfareras de las sociedades aldeanas del primer milenio d.C. al sur de los valles Calchaquíes. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
2012 Manufacturas alfareras al sur de los valles Calchaquíes entre el siglo primero al quinto D.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 37(2):387-412.

Quesada, M.
2007 Paisajes agrarios del área de Antafolla. Procesos de trabajo y escalas sociales de la producción agrícola. Primer y segundo milenio d.C. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata.

Raffino, R. A.
1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (Prov. de Salta). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, Tomo II:235-299.

Sampietro, M. M. y M. A.Vattuone
2005 Reconstruction of activity areas at a Formative household in Northwest Argentina. *Geoarchaeology* 20(4):337–354. San Francisco, Wiley.

Scattolin, M. C.
1990 Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija. El sitio Loma Alta. (Catamarca, Argentina). *Gaceta Arqueológica Andina* 5(17):85-100.
2001 Organización residencial y arquitectura en el Aconquija durante el I milenio A.D. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo I:439-449. Córdoba.
2003 Recursos arquitectónicos y estilos cerámicos en los siglos IX y X d.C en el valle de Santa María (Catamarca, Argentina). En Local, regional, global: prehistoria, protohstoria e historia en los Valles Calchaquíes editado por P. Cornell y P. Stemborg, *Etnologiska Studier* 46:63-98. Gotemburgo.
2006 De las comunidades aldeanas a los curacazgos en el Noroeste argentino. *Boletín de Arqueología PUCP* 10:357-398. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
2007a Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En *Sociedades precolombinas surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica Cultural del NOA en el Ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 203-219. Buenos Aires, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2007b Estilos como recursos en el noroeste argentino. En *Procesos sociales preshipánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, editado por A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, p. 291-321. Córdoba, Editorial Brujas.

2010 La organización del hábitat precalchaquí (500 a.C. - 1000 d.C.). En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por Albeck, M. E., Scattolin, M. C. y Korstanje, M. A., pp. 13-51. San Salvador de Jujuy, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy.

Scattolin, M. C., L. Pereyra Domingorena, L. I. Cortés, M. F. Bugliani, C. M. Calo, A. D. Izeta y M. Lazzari
2007 Cardonal: una aldea formativa entre los territorios de valles y puna. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 32:211-225.

Scattolin, M. C., M. F. F. Bugliani, L. I. Cortés, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. D. Izeta
2009a Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV:251-274.

Scattolin, M. C., L. I. Cortés, M. F. F. Bugliani, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena, A. D. Izeta y M. Lazzari
2009b Built landscapes of everyday life: a house in an early agricultural village of northwestern Argentina. *World Archaeology* 41(3):396-414.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. I. Cortés, L. Pereyra Domingorena y M. Calo
2010 Una máscara de cobre de 3000 años. Estudios arqueometalúrgicos y comparaciones regionales. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 15(1):25-46.

Sentinelli, N.
2012 Tecnología lítica en una "cocina" del Valle del Cajón (Dpto. Santa María), durante el Período Formativo (600 a.C. a 600 d.C.). Una perspectiva microescalar. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Sillar, B.
1996 The dead and the drying. Techniques for transforming people and things in the Andes. *Journal of Material Culture* 1 (3):259-289.

Somonte, C.
2005 Uso del espacio y producción lítica en Amaicha del Valle (Departamento de Tafí, Tucumán). *Intersecciones en Antropología* 6:43-58.
2007 Espacios persistentes y producción lítica en Amaicha del Valle, Tucumán. En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle,* editado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli pp. 47-78. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

Sosa, J.
1994 Arqueología de Amaicha del Valle y alrededores. Prospección aerofotográfica. Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Stoner, W. y M. D. Glascock
2013 Neutron activation analysis of multiple ceramic types from northwest Argentina. Laboratorio de Arqueometría, Research Reactor Center, Universidad de Missouri. Ms.

Tarragó, M. N.
1996 El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (11º parte). *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXIII (1/4), pp. 103-119.
2000 Chakras y pukara. Desarrollos sociales tardíos. En *Nueva Historia Argentina: Los Pueblos Originarios y la Conquista*, editado por M.N. Tarragó, pp. 257-300. Editorial Sudamericana.

Tarragó, M. y J. Nastri
1999 Dimensiones de la complejidad santamariana. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* II:259-226. Editorial Universidad Nacional de La Plata.

Tarragó, M. N. y M. C. Scattolin
1999 La problemática del Período Formativo en el valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo I:142-153. La Plata.

Turner, J. C.
1973 Descripción de la Hoja 11d, Laguna Blanca. Provincia de Catamarca. Carta Económico-Geológica de la República Argentina Escala 1:200.000. Ministerio de Industria y Minería. Subsecretaria de Minería. Servicio Nacional Minero Geológico. Buenos Aires.

Videla, M. V.
2011 Distribución y consumo de materiales líticos tallados en una vivienda del Período Formativo del Valle del Cajón, Catamarca. En *Arqueogasta. Estudiando el pasado... repensando el futuro*, editado por A. D. Calisaya, V. Erramouspe y V. B. Martin Silva, pp. 82-84. Tucumán.

Williams, V.
2003 Nuevos datos sobre la prehistoria local en la quebrada de Tolombón. Pcia. De Salta. Argentina. En En Local, regional, global: prehistoria, protohstoria e historia en los Valles Calchaquíes, editado por P. Cornell y P. Stenborg, *Etnologiska Studier* 46:163-210. Gotemburgo.

Yacobaccio, H. D., P. S. Escola, F. Pereyra, M. Lazzari y M. Glascock
2004 Quest for ancient routes: obsidian research sourcing in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31(2):193-204. Oxford, Elsevier.

CAMBIOS DEL PAISAJE DURANTE EL FORMATIVO EN LA REGIÓN ANDINA DEL NOA Y CHACO

Julio Kulemeyer[1], Ricardo Cortés[2] y Liliana Lupo[3]

ABSTRACT

This paper presents a review of the main results of several multidisciplinary projects in northern Argentina, linked to late Holocene paleoenvironments in the Andean cordilleras and Chaco plains. The presented case studies can be grouped into five geographic areas: Puna, Eastern Cordillera, Subandean Sierras, northwestern Sierras Pampeanas and the Chaco Plains. These were selected for comparison because of similarities and complementarities of the environment and as valuable geoarchives to be integrated to the reconstruction of landscape history over the past millennia, which is also closely linked to human activities.

Changes in geomorphodynamics since the Formative period, which are at least partly related to the increase of anthropogenic activities, are highlighted at a regional level. The Andean valleys suffered degradation processes that manifest in a reduced vegetation cover, widespread soil erosion and a progressive increase in extreme rainfall events. The impact of the re-activation of geomorphological processes had its effects on the Chaco plain. Due to increased sediment inputs, the lateral mobility of the great rivers enhanced. The environmental degradation which initiated during the Formative period, persists until today. The causes and processes related to their origin and development need to be further studied in the future, to optimize land use planning.

***Keywords**: late Holocene – landscape – degradation*

[1] CIT - U.N.Ju
[2] CIT - CONICET
[3] CIT UNJu CONICET

INTRODUCCIÓN

Al caracterizar al Holoceno en el NOA y áreas vecinas, se puede afirmar que durante el mismo predominaron condiciones de menor actividad geomorfológica y mayor cobertura vegetal de los suelos, si se lo compara con su última parte, el Holoceno tardío. Esta aseveración general no implica omitir o soslayar los cambios en el clima y el ambiente conocidos para el Holoceno Temprano como en el Holoceno Medio del Noroeste Argentino (Markgraf 1985; Kulemeyer *et al.* 1999; Schäbitz et al 2001, entre otros), sino más bien destacar la magnitud de los procesos que se desencadenaron a partir de los asentamientos permanentes en áreas de suma fragilidad ambiental. Nuestro equipo de trabajo ha realizado estudios enfocados en la historia ambiental durante el Holoceno en distintas localidades del NOA y el Chaco, que nos permiten establecer las tendencias generales y sus vinculaciones con la historia de las ocupaciones en la región. En este contexto, el período Formativo del NOA (*ca.* 3000 a *ca.* 1000 A.P.) aparece como un momento destacado, ya que es a partir de este lapso que ocurren muchos de los principales cambios en el paisaje del Holoceno. Los desarrollos locales observados requieren ser evaluados desde una perspectiva regional para poder contar con una primera aproximación a las dimensiones de la problemática, las causas y las consecuencias asociadas.

Entre los antecedentes, son relevantes los estudios previos realizados por Fernández (1984) en los depósitos de terraza del Holoceno Medio y Tardío sobre el río Grande en la zona de Azul Pampa (extremo norte de la Quebrada de Humahuaca). Los mismos están constituidos principalmente por sedimentos finos con intercalaciones de turba; una tendencia que no es consistente con el actual régimen erosivo del río Grande. Los perfiles fueron relevados, y los fechados sobre la secuencia expuesta comprenden el lapso entre *ca.* 4950 ± 130 A.P. y 1830 ± 95 A.P. (Fernández 1984). En el norte de la Puna, Kulemeyer (2005), reconoce este nivel de terraza, que denomina TI, con una edad mínima del depósito de 9260 ± 70 A.P. y la edad máxima de la finalización de la acumulación es 1860 ± 50 A.P.

Morales y colaboradores (2009) discuten el vínculo entre los desarrollos culturales y las variaciones del clima en los últimos 3000 años en la Puna, a partir de la disponibilidad de recursos naturales, como disparadores de las estrategias de sedentarismo adoptadas por los antiguos pobladores de la región. Para el mismo lapso, en el Bolsón de Fiambalá, de las Sierras Pampeanas Noroccidentales, Brunotte *et al.* (1988) y Garleff *et al.* (1993) vinculan a la actividad agrícola con la intensificación de la erosión de suelos y la morfodinámica eólica en el fondo del valle.

Kulemeyer *et al.* (2013), al estudiar la evolución del paisaje en el Bolsón, provincia de Catamarca a partir de la integración de distintos proxys, reconocen variaciones ambientales ocurridas durante el Formativo. Entre 2700 y 2450 A.P. se observan condiciones climáticas más húmedas que las actuales; posteriormente y hasta 675 A.P., se presentan condiciones de aridez creciente y aumento de la temperatura, aunque se mantienen condiciones de humedad local en el valle. Se infiere para este momento la progresiva antropización del medio, con erosión de los suelos de las laderas y un brusco cambio en la dinámica fluvial.

En la Sierra de Santa Victoria, Salta, Zipprich *et al.* (2000) reconocen morenas glaciares y un glaciar de escombros inactivos, ambos atribuidos al Holoceno Tardío; las morenas, denominadas M7, cubren un suelo datado por radiocarbono en 5280 ± 200 A.P. (que es considerada la edad máxima del avance). Desde 2980 ± 50 A.P. y hasta 1530 ± 60 A.P. se

observa en los valles acumulaciones de turba; que implican la disponibilidad de humedad a lo largo de todo el año y un reducido aporte de sedimentos clásticos.

OBJETIVOS Y MÉTODOS

Se presenta una síntesis regional sobre los cambios del paisaje durante el Formativo en la región andina del NOA, a partir de los resultados de distintas investigaciones locales de secuencias sedimentarias, polínicas, estudios mineralógicos, etc. con un buen control geocronológico y contextualizados geomorfológicamente. Sobre la base de estos estudios, se caracterizan las condiciones generales y tendencias en el ambiente contemporáneo a las ocupaciones del Formativo.

Los casos analizados constituyen una particularización de estudios previos en distintas localidades de la región, que se reseñan a continuación (Figura 1):

Yavi, en el norte de la Puna de Jujuy, donde se integraron enfoques paleopalinológicos, geoarqueológicos, sedimentológicos y de minerales pesados con una estratigrafía de detalle (Kulemeyer y Lupo 1998; Lupo 1998; Kulemeyer *et al.* 1999; Schäbitz *et al.* 2001; Kulemeyer 2005).

Antumpa, ubicada en la Cordillera Oriental, al norte de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, fue estudiada desde una perspectiva geoarqueológica, con estudios morfográficos en los valles fluviales y el levantamiento de perfiles de detalle (Cortés 2013).

Yala, en la Cordillera Oriental, a 20 km al NO de San Salvador de Jujuy, fue relevada en el contexto de un estudio geomorfológico y estratigráfico (Alcalde y Kulemeyer 1999; Alcalde *et al.* 2008).

Tartagal, en las Sierras Subandinas, en el norte de la provincia de Salta, se relevó un perfil litoestratigráfico localizado en la localidad homónima, sobre la margen izquierda del río Tartagal (Kulemeyer 2013).

Laguna Yema en la Llanura Chaqueña, en el centro oeste de la provincia de Formosa, se estudiaron testigos de perforación de paleocauces de los ríos Bermejo y Pilcomayo (Speranza *et al.* 2010; Kulemeyer 2013).

El Bolsón, en las Sierras Pampeanas Noroccidentales, en el centro de la provincia de Catamarca, se estudió una perforación de 8m de profundidad en la Laguna Cotagua (Cruz *et al.* 2011; Kulemeyer 2013; Kulemeyer *et al.* 2013).

Los fechados mencionados en el texto, se detallan en la Tabla 1.

CASOS ESTUDIADOS

Norte de la Puna (Yavi, Jujuy, 22° 07' 46" S; 65° 27' 44" O; 3460 msnm)

En el norte de la Puna jujeña, dominado por extensas altiplanicies limitadas por cordones montañosos y recortadas por la erosión retrocedente del sistema del río Pilcomayo, se encuentra el valle del río Yavi, con alturas entre 3250 msnm en la frontera con Bolivia y 5000 msnm en la Sierra de Santa Victoria, donde tiene sus nacientes. Los cursos de agua del río Yavi y sus afluentes, constituyen verdaderos oasis que concentran gran parte de las actividades humanas y la diversidad biológica (Figura 2).

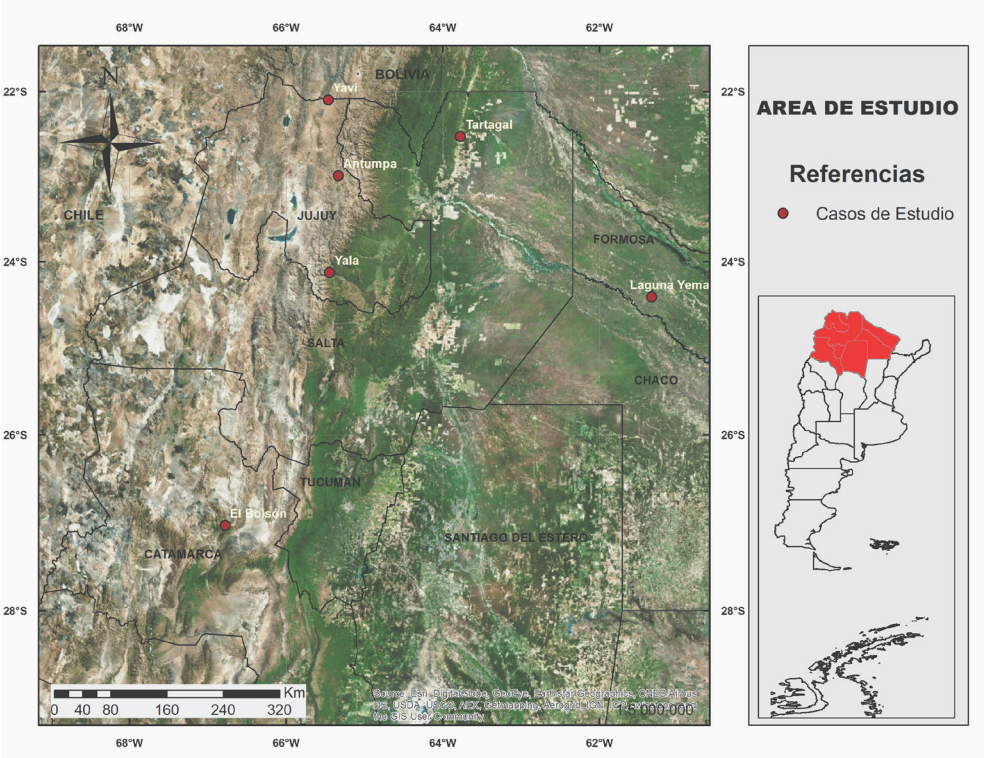


Figura 1. Ubicación de los casos estudiados.

Investigaciones previas (Lupo 1998, Kulemeyer 2005), permitieron establecer los principales hitos de la historia ambiental y ocupacional del área de estudio. La mayor parte del registro estratigráfico se encuentra expuesto en las barrancas excavadas en los sedimentos del valle.

Considerando los procesos evidenciados a partir de 4000 A.P. en el área, es relevante destacar que, en un primer momento, las diversas secuencias estudiadas hasta el presente no presentan cambios relevantes en sus características sedimentológicas respecto a las establecidas previamente, durante el Holoceno Temprano y Medio, con excepción de la reducción de la tasa de sedimentación en aproximadamente un 50% (Kulemeyer 2005) y una débil pedogénesis en la Sierra de Santa Victoria (Zipprich *et al.* 2000). En el registro sedimentario de los valles persiste una acumulación de sedimentos finos, constituidos por arenas finas y medias interestratificadas con limos y arcillas con materia orgánica en los que es frecuente encontrar restos de plantas bien conservados y materiales arqueológicos de diferente tipo. El análisis palinológico del Perfil Palca 9 muestra a partir de 4000 A.P. un incremento de la humedad regional, representada por mayores porcentajes de esporas triletes y monoletes (estas últimas provenientes del sotobosque del Bosque Montano Superior de las Yungas), aumentando la presencia de Podocarpus parlatorei; desde 3000 A.P. los indicadores de disturbio antrópico se manifiestan en porcentajes considerables, reflejando la presencia humana con diversas actividades pastoriles y/o agrícolas (Lupo 1998).

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos de secuencias sedimentarias del Holoceno Medio y Tardío

Región	Localidad	Perfil / Muestra	Material datado	Edad A.P.	Edad años cal A.C./D.C.	Código de Laboratorio	Prof. (m) bajo superficie	Observación
Norte de la Puna (Yavi, Jujuy; 22° 08'-S, 65° 27'O)	Yavi Chico	Chico 1	SO	2330 ± 60	399 ± 111A.C.	Beta-104257	2,00	DT
	La Palca	Palca 5	SO	2020 ± 60	42 ± 74A.C.	Beta-104251	1,20	SF
	La Palca	Palca 6	SO	2260 ± 50	308 ± 69A.C.	Beta-104256	1,80	SF
	La Palca	Palca 4	SO	1860 ± 50	150 ± 59D.C.	Beta-104246	2,50	SF
	La Palca	Palca 9	SO	2380 ± 135	505 ± 199A.C.	Hv-20733	1,39	SF
	Casti	Casti 1	Suelo	1860 ± 50	150 ± 59D.C.	Beta-104245	3,00	SF
	Chalhualmayoc	Chal 1	Turba	2850 ± 60	1033 ± 85A.C.	Beta 104264	0,25	T
Cordillera Oriental Antumpa, Jujuy; 22° 59'-S, 65° 20'O)	Antumpa	AP3	SO	4870 ± 70	3652 ± 87A.C.	LP-2121	1,80	SF
	Antumpa	AP3	SO	5480 ± 80	4334 ± 83A.C.	LP-2128	2,50	SF
	Antumpa	AT1	SO	5034 ± 44	3847 ± 73A.C.	AA100154	1,30	SF
	Antumpa	AT1	SO	6146 ± 48	5095 ± 104A.C.	AA100153	5,90	SF
	Antumpa	AT1	SO	9551 ± 60	8962 ± 139A.C.	AA100152	8,60	SF
Cordillera Oriental (Yala, Jujuy; 24° 07'-S, 65° 27'O)	Yala	R. Yala	SO	470 ± 60	1448 ± 44D.C.	LP-527	1,20	A
	Yala	R. Yala	SO	940 ± 50	1095 ± 55D.C.	LP-526	1,80	A
	Yala	R. Yala	SO	1070 ± 50	953 ± 49D.C.	LP-504	2,30	A
	Yala	R. Yala	SO	1340 ± 60	698 ± 54D.C.	LP-566	3,20	A
Sierras Subandinas (Tartagal, Salta; 22° 32'-S, 63° 47'O)	Tartagal	TG 1	SO	1170 ± 60	855 ± 79D.C.	LP-2656	1,10	A
	Tartagal	Fogón	Carbón	2510 ± 70	632 ± 117A.C.	LP-2642	3,10	A
	Tartagal	TG10	SO	2330 ± 80	430 ± 153A.C.	LP-2629	6,30	A
	Tartagal	TG18	SO	4320 ± 80	2986 ± 97A.C.	LP-2635	13,10	A
	Tartagal	TG21	SO	5090 ± 80	3878 ± 85A.C.	LP-2649	15,20	A
Llanura Chaqueña (Laguna Yema, Formosa; 24° 15'-S, 64° 29'O)	Lag. Yema	LYI	SO	1750 ± 40	288 ± 50D.C.	Poz-40414	0,78	F
	Lag. Yema	LYI	SO	1950 ± 70	44 ± 77D.C.	Poz-40415	2,41	F
	Lag. Yema	LYI	SO	5250 ± 130	4086 ± 148A.C.	Poz-40416	3,56	F
	Lag. Yema	LYII	SO	975 ± 35	1072 ± 50D.C.	Poz-40417	0,22	F
	Lag. Yema	LYII	SO	1580 ± 30	478 ± 42D.C.	Poz-40587	1,37	F
	Lag. Yema	LYII	SO	1600 ± 30	469 ± 46D.C.	Poz-40418	2,09	F
Sierras Pampeanas Noroccidentales (El Bolsón, Catamarca; 27° 02'-S, 66° 47'O)	Villa Vil	Terraza	Hueso	818 ± 36	1214 ± 32D.C.	AA88343 549	2,20	SF
	Villa Vil	Terraza	Carbón	1111 ± 34	931 ± 36D.C.	AA88344 550	5,00	SF
	Nacimientos	Lagunita	Hueso	1391 ± 36	634 ± 20D.C.	AA88345 551	4,50	SF
	Cotagua	Cot8	SO	345 ± 59	1546 ± 67D.C.	AA89446	0,16	A/C
	Cotagua	Cot591	SO	1420 ± 58	610 ± 38D.C.	AA89447	5,90	A/C
	Cotagua	Cot870	SO	5581 ± 40	4415 ± 38A.C.	LTL4411A	8,70	A/C

SO: Sedimento orgánico. DT: Derrubios de talud; SF: Sedimentos Finos; F: Fluvial; T: Turba; A: Aluvial; A/C Aluvial/Lacustre

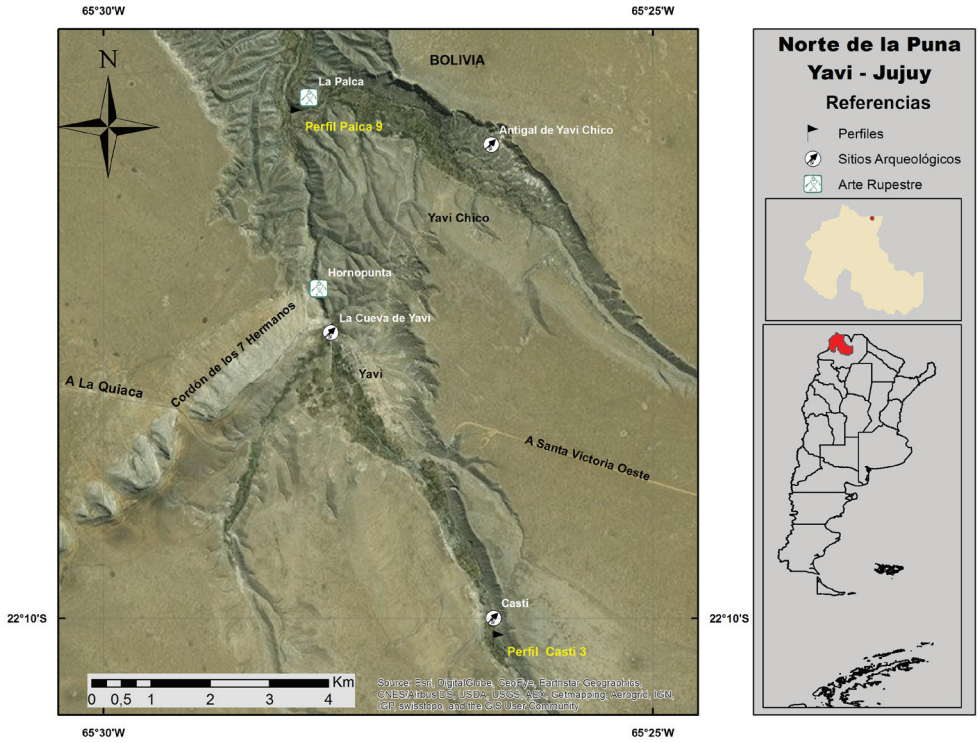


Figura 2. Ubicación de sitios arqueológicos y perfiles en las inmediaciones de Yavi, Jujuy.

A partir de 1800 A.P., la mayoría de los registros de los valles se interrumpen, con un cambio desde el predominio de la agradación a la incisión, que se mantiene hasta el presente.

La profundización de los ríos y arroyos fue interrumpida por breves episodios de acumulación de materiales más gruesos, principalmente gravas. Estos depósitos formaron dos terrazas:

1. **TII** de aproximadamente 1200 -1000 A.P. y solo preservada en la localidad de Casti (Perfil Casti 3 en Kulemeyer 2005). Los depósitos de dicha terraza contienen en un estrato de 50 cm de espesor y ubicado a 40 cm por debajo de la superficie, materiales asignados a un basurero arqueológico que incluyen restos de cerámica, puntas de proyectil, palas de piedra y huesos de camélidos. Estos materiales fueron probablemente arrojados al antiguo lecho del río por los habitantes del sitio arqueológico Casti, localizado a unos 100 m al oeste del borde de la Terraza. Una datación ^{14}C del colágeno de hueso de camélido arrojó una edad de 1090 ± 60 A.P.
2. **TIII**, mucho más reciente, formada entre los siglos XVII y XIX de nuestra era, de amplia distribución en los niveles más bajos del valle. En la misma fue posible hallar restos óseos asignados a fauna doméstica introducida por los españoles, por ejemplo caballos, vacas, etc.

Cordillera Oriental (Antumpa, Jujuy, 22° 59' 30" S; 65° 20' 10" O; 3350 msnm)

Ubicada en el extremo norte de la Quebrada de Humahuaca, el área se centra en el sitio arqueológico de Antumpa (Figura 3). El Río Grande, colector principal, conforma un sistema hídrico alimentado principalmente por deshielos y precipitaciones de verano. Este cauce, de carácter permanente, se halla sustentado por diversos ríos y arroyos que drenan las serranías de Santa Victoria, Zenta y Aguilar.

El fondo de la quebrada es por lo general estrecho, tornándose aún más reducido en los denominados "angostos". De acuerdo a diferencias topográficas, ambientales y disponibilidad de recursos, Hernández Llosas (2002), define como dos de los más significativos, a los "fondos de quebrada" o de valle y a las "quebradas altas". Los "fondos de quebrada", ubicados entre 1900 y 3000 msnm, presentan una planicie aluvial ancha, con una dinámica importante del cauce, en la que se suceden tramos con predominio de erosión, de transporte y acumulación de materiales. La actividad morfodinámica actual en estas zonas es desfavorable para la visibilidad arqueológica actual y la conservación de yacimientos, ya que los importantes procesos erosivos/deposicionales ocultan o destruyen los sitios arqueológicos.

Antumpa presenta evidencias de ocupación que abarcan un rango temporal entre 3000 y 500 A.P. (Hernández Llosas *et al.* 1983, Leoni *et al.* 2012). Investigaciones previas se orientaron a determinar las modificaciones del paisaje, con especial énfasis en los períodos de ocupación del yacimiento. Las distintas unidades, que funcionan como indicadores

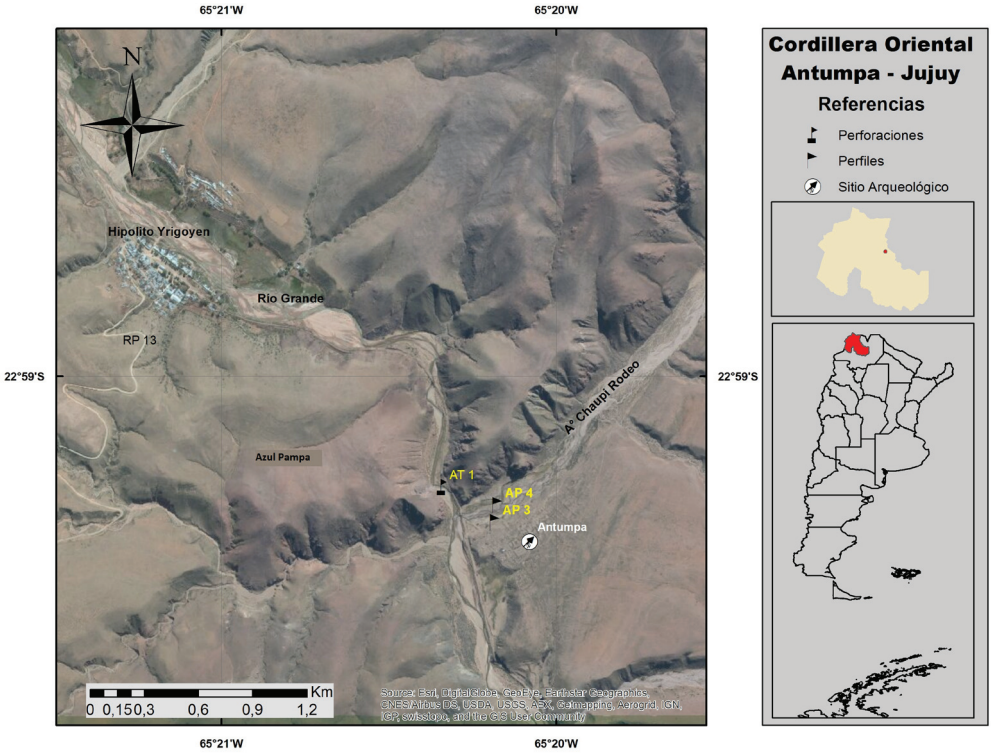


Figura 3. Ubicación del sitio arqueológico Antumpa, la perforación y los perfiles relevados.

paleoecológicos, incluyen terrazas de acumulación fluvial, derrubios y turba. El relevamiento de los depósitos arrojó fechados en la base expuesta de 4870 ± 70 A.P. y 5480 ± 80 A.P., lo que permite correlacionar estas secuencias locales, con aquellas estudiadas por Fernández (1984) en la zona de Esquinas Blancas y Azul Pampa, localidades también ubicadas en la cuenca alta del Río Grande de la Quebrada de Humahuaca, similares sedimentológicamente, que cuentan con una serie de fechados radiocarbónicos entre 5000 y 1800 A.P. El ordenamiento de los depósitos sedimentarios y su posterior correlación con la ocupación del sitio, permitió elaborar un modelo predictivo para el norte de la quebrada de Humahuaca utilizado para la identificación hallazgos arqueológicos.

Dataciones realizadas en una perforación en el lecho del río Grande han revelado que la acumulación de los sedimentos de esta terraza se inició, como mínimo, hacia 9551 ± 60 A.P.

En síntesis, es posible afirmar que a partir de 1800 A.P. se interrumpe un largo período de predominio en la acumulación de sedimentos finos en el norte de la Quebrada de Humahuaca, comenzando luego una fase de incisión y aluvionamiento, que perdura hasta la actualidad (Figura 4).

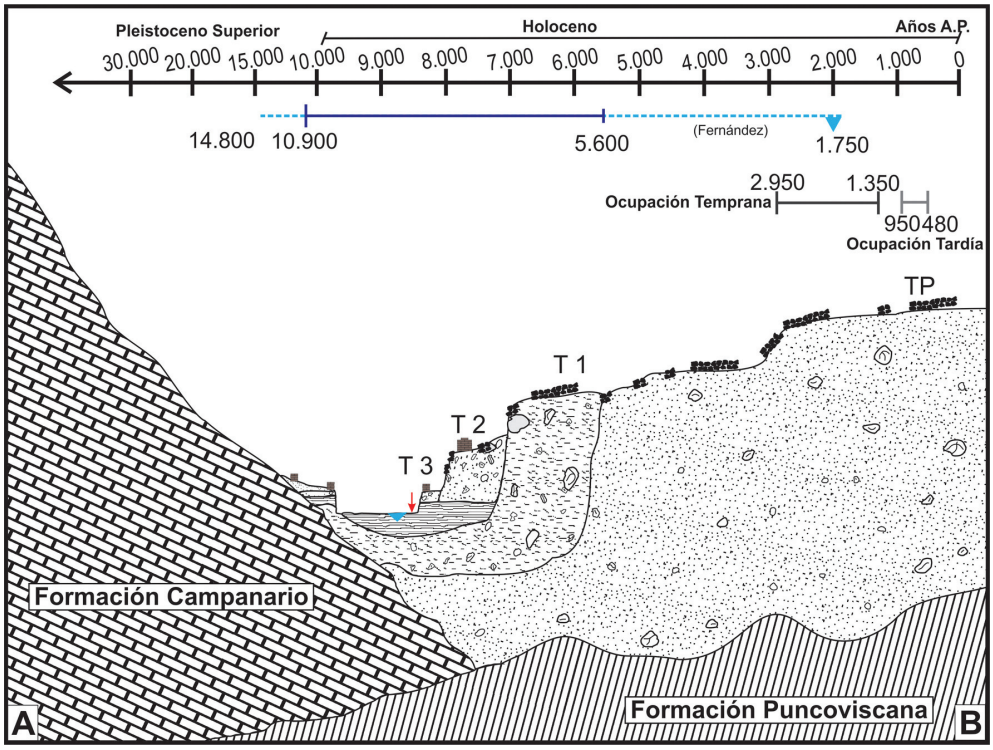


Figura 4. Esquema de la evolución morfocronológica en el Arroyo Chaupi Rodeo, en inmediaciones del sitio arqueológico Antumpa, Jujuy.

Cordillera Oriental (Yala, Jujuy, 24° 07' 17" S; 65° 27' 00" O; 1620 msnm)

Perfil de Yala: ubicado a 15 km al oeste de San Salvador de Jujuy, en la localidad de Yala (Figura 5). El perfil consta de intercalaciones de sedimentos coluvio-aluviales y paleosuelos enterrados del Holoceno Tardío, con una potencia de alrededor de cinco metros. Se presentan dos momentos de edafización con potentes horizontes humosos, que fueron datados entre 1340 ± 60 A.P. y 1070 ± 50 A.P., el primero y entre 940 ± 50 A.P. y 470 ± 60 A.P. el segundo (Alcalde y Kulemeyer 1999; Alcalde *et al.* 2008). Las fases pedogenéticas se interpretan como de predominio de la estabilidad geomorfológica en tanto que las acumulaciones aluviales y coluviales reflejan contrariamente una mayor actividad, con erosión de laderas y acumulaciones en sectores mas deprimidos. Estas últimas condiciones se asignan a episodios de lluvia intensa.

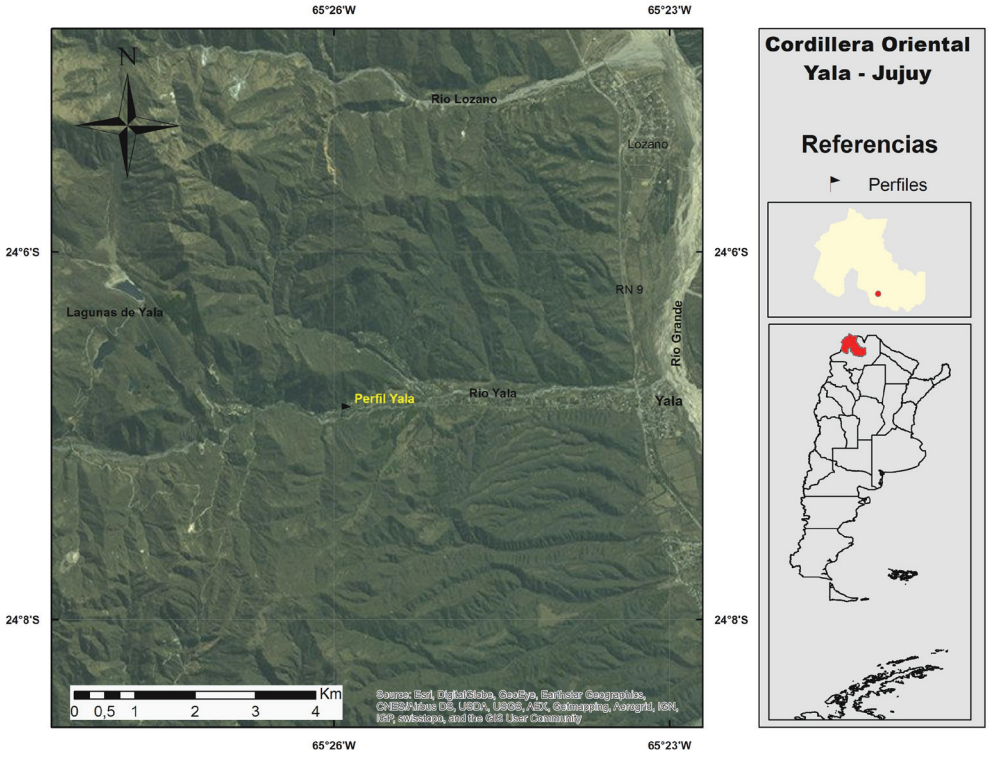


Figura 5. Ubicación del perfil de Yala, Jujuy.

Sierras Subandinas (Tartagal, Salta, 22° 31' 55" S; 63° 46' 39" O; 470 msnm)

En las inmediaciones de la ciudad de Tartagal se iniciaron recientemente las investigaciones vinculadas a la historia ambiental del Holoceno. Al presente, se levantó un perfil litológico en la barranca del río homónimo, a 1.300 m al este de la Ruta Nacional N° 34 (Figura 6). Geomorfológicamente corresponde a la zona apical del cono aluvial que forma el río

al abandonar la Sierra de Tartagal. El cono es achatado, ligeramente convexo y con una pendiente general del orden el 1% orientada hacia el ESE. A pesar de que en la actualidad el drenaje se infiltra totalmente a no mas de 20 o 25 km de abandonar la Serranía, existen indicios que en el pasado desembocaba en un antiguo lecho del río Bermejo, próximos al paraje Corralito, en el Departamento San Martín.

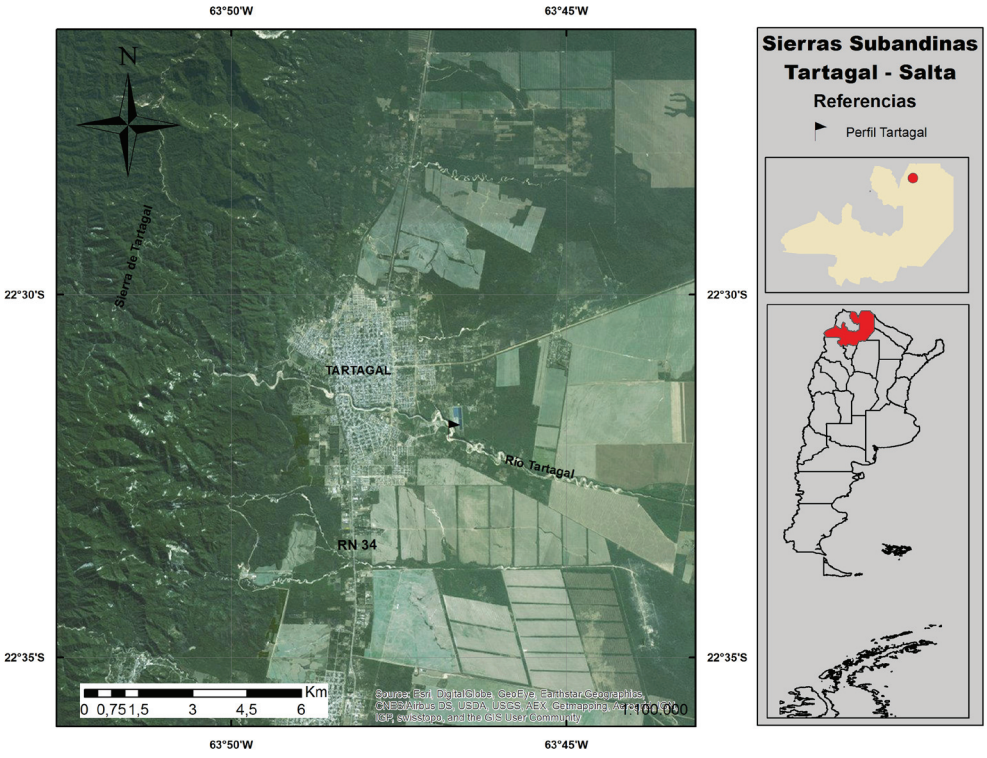


Figura 6. Ubicación del perfil de Tartagal, Salta.

El perfil estudiado tiene un espesor expuesto de 22 m, constituido principalmente por depósitos aluviales y horizontes humosos que representan fases de estabilidad local (Figura 7). Cuenta con cinco fechados entre 5090 ± 80 A.P. a 15,20 m de profundidad y 1170 ± 60 A.P. a 1,10 metros por debajo del techo de la secuencia. La tasa de sedimentación entre ambas dataciones es de aproximadamente 2,8 cm/año. Se destaca particularmente un nivel con abundante carbón vegetal, fechado en 2510 ± 70 A.P., que no pudo ser asociado aún en forma directa a actividades antrópicas; este tipo de niveles es frecuente también en estratos holocenos del Chaco Boliviano (May *et al.* 2008) y en el Piedemonte de las Sierras Subandinas (May *et al.* 2010).

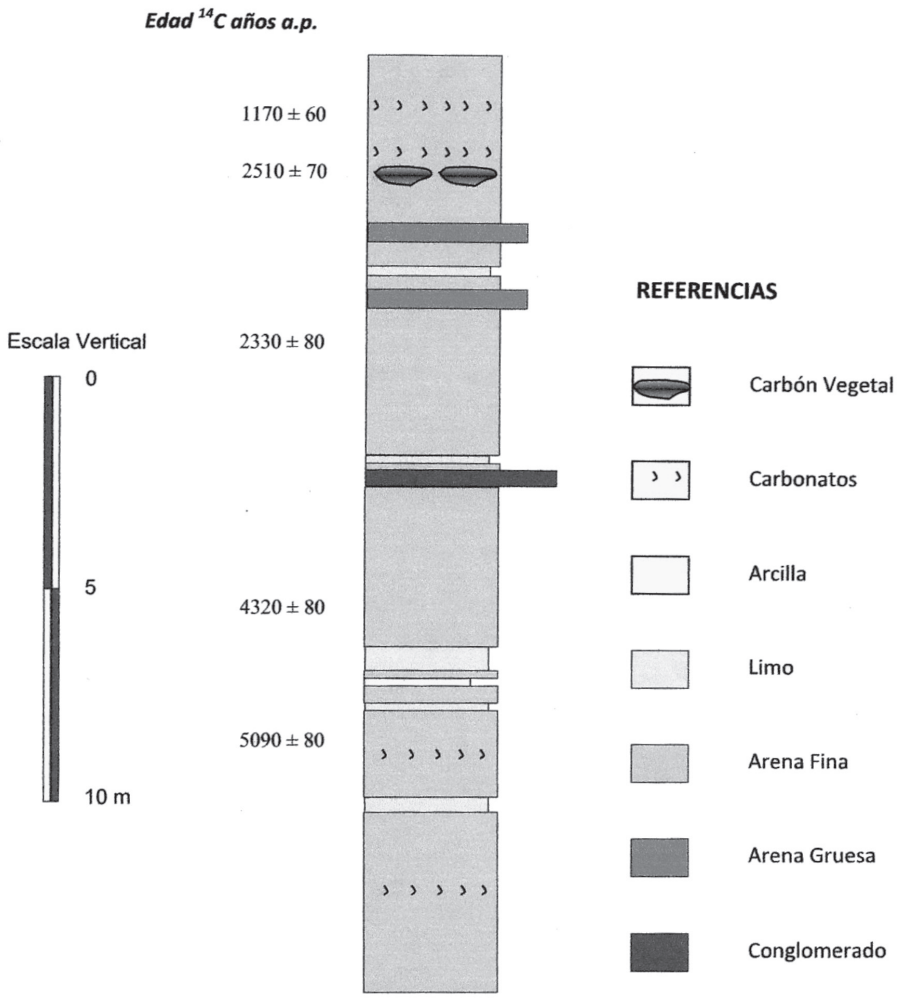


Figura 7. Perfil del Holoceno medio y tardío en el río Tartagal.

Llanura Chaqueña (Laguna Yema, Formosa, 24° 22' 00" S; 61° 23' 00" O; 160 msnm)

Los dos mayores abanicos aluviales del Chaco corresponden al Pilcomayo, que ocupa una superficie de 220.000 km^2 y 610 km de radio, y el Bermejo, que cubre 122.800 km^2 y tiene una longitud de 650 km de radio (Cafaro *et al.* 2009). El estudio se realizó mediante el análisis geomorfológico de sendos testigos de perforación (Figura 8) asignados a paleocauces de ambos ríos, ubicados en las inmediaciones de Laguna Yema (Formosa), denominadas LY-I (paleocauce del Pilcomayo) y LY-II (paleocauce del Bermejo).

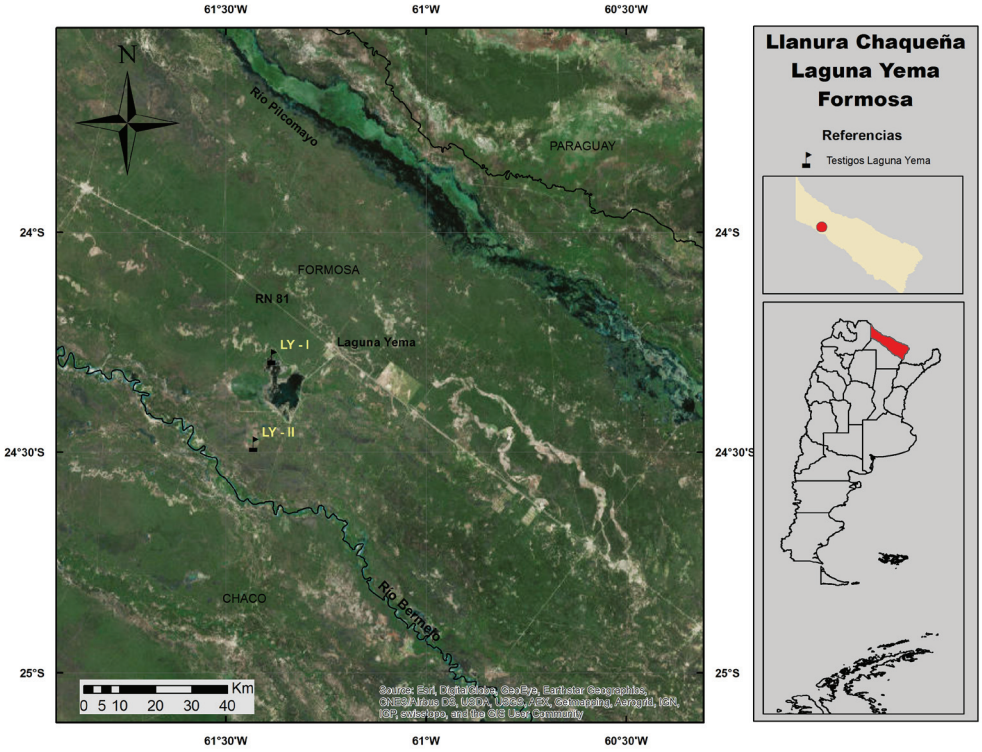


Figura 8. Ubicación de los perfiles en inmediaciones de Laguna Yema, Formosa.

Los paleocauces observados en la superficie del área de estudio se encuentran en un área holocena de interdigitación de los depósitos de ambos cursos fluviales, y permiten interpretar la migración reciente del río Pilcomayo, de 60 km hacia el norte, y del río Teuco, un brazo del río Bermejo, 10 km hacia el sur (Speranza *et al.* 2010).

LY-I presenta una serie de fechados que indican que este paleocauce del Pilcomayo habría estado activo desde antes 5250 ± 130 A.P. a después de 1750 ± 40 A.P.; destacándose un fuerte incremento de la tasa de sedimentación a partir de 1950 ± 70 A.P. desde 0,35 mm/año a 8,15 mm/año. LY-II presenta dos fechados basales similares, que posiblemente correspondan a un único evento de acumulación (1600 ± 30 A.P. a 2,09 m de profundidad y 1580 ± 30 A.P. a 1,37 m de profundidad); hacia el techo, la secuencia culmina con un fechado de 975 ± 35 A.P., con una tasa de acumulación de 1,9 mm/año.

El análisis textural refleja en ambos sondeos la predominancia de arenas con promedios de 80-90% en la mayoría de las muestras. Asimismo, revela una notable diferencia entre el sondeo LY-I (Pilcomayo), con proporciones similares de arena fina y media, respecto a LY-II (Bermejo), en el cual predomina la arena fina y la arena media está en porcentajes muy bajos, del orden del 1%.

Sierras Pampeanas Noroccidentales (El Bolsón, Catamarca, 27° 00' 00" S; 66° 44' 28" O; 2460 msnm)

En el Valle de El Bolsón, Departamento Belén, Catamarca, se estudiaron los depósitos de valle del Holoceno, en distintos contextos vinculados a investigaciones arqueológicas (Figura 9). Se realizó una perforación de 8 m de profundidad en la Laguna Cotagua, que fue fechada entre 5581 ± 40 y 345 ± 59 A.P. En la columna se suceden materiales finos (arenas y arcillas); se interpretaron importantes cambios en el ambiente, especialmente durante el Holoceno Tardío. Se destaca el incremento abrupto de más de 10 veces del valor de la tasa de sedimentación a partir 1420 ± 58 A.P. Los resultados polínicos permiten identificar los taxa representativos de la vegetación regional de estepa arbustiva puneña-monte, de la vegetación local de borde de laguna con Poaceae, Cyperaceae y Juncaceae e indicadores de disturbio antrópico por pastoreo y agricultura con Chenopodiaceae, Malvaceae y Gomphrena (Cruz *et al.* 2011; Kulemeyer *et al.* 2013).

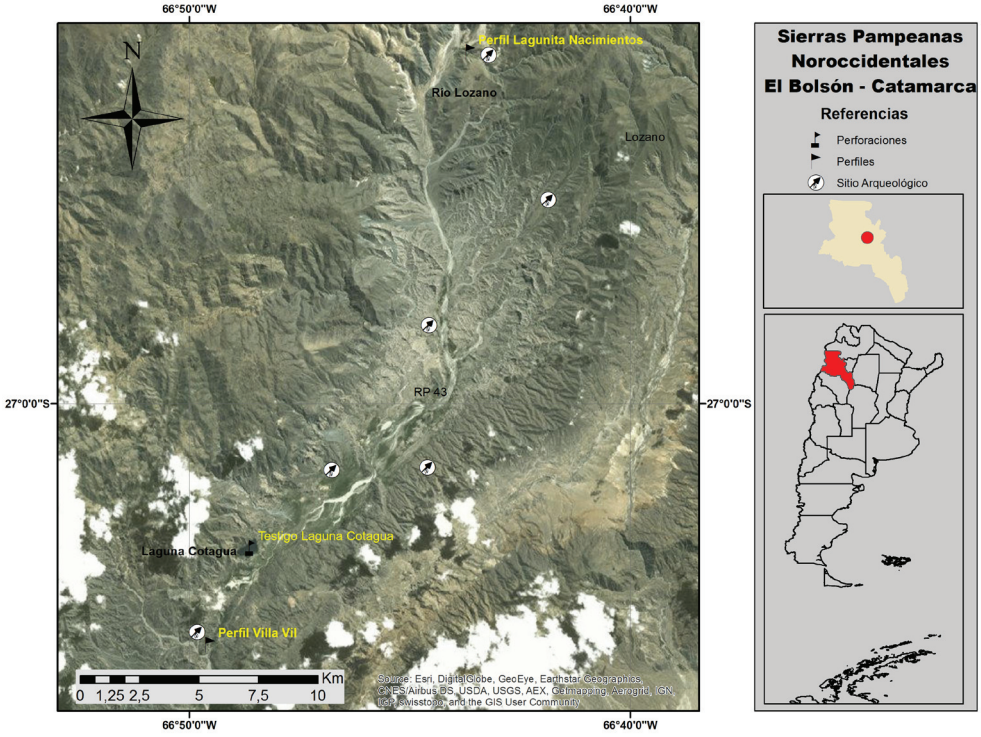


Figura 9. Ubicación de los perfiles, perforación y sitios arqueológicos en El Bolsón, Catamarca.

El estudio de los rellenos evidencia la agradación en los valles, representado por los depósitos de la Terraza I, asignada al Holoceno Tardío, con restos arqueológicos atribuidos al Formativo y el Tardío fechados en 1391 ± 36 A.P. (Lagunita Nacimientos) y en 818 ± 36 y 1111 ± 34 A.P. (Villa Vil). Los materiales que componen la terraza incluyen tanto sedimentos finos arenosos como gravas. Los últimos siete u ocho siglos estuvieron dominados por intensa incisión y mayor frecuencia de episodios aluvionales, que perdura hasta la actualidad.

El importante incremento en la tasa de sedimentación ocurrido *ca.* 1400 A.P. se asocia a la degradación de los suelos arenosos que cubrían los faldeos de las serranías vecinas, probablemente por el deterioro de la cobertura vegetal, asociado a factores antrópicos combinados con los efectos del clima de lluvias escasas pero intensas. Es probable que, al erosionarse la mayor parte de estos suelos y quedar expuesto un sustrato rocoso algo más resistente a la erosión, haya disminuido la infiltración en las vertientes y se incrementara el escurrimiento superficial, que se manifiesta en los tramos del valle de El Bolsón con mayores desniveles en la aparición de la incisión y la torrencialidad (Cruz *et al.* 2011; Kulemeyer *et al.* 2013).

TENDENCIAS EN LA HISTORIA RECIENTE DEL PAISAJE

El análisis del conjunto de los casos presentados permite destacar las siguientes tendencias a escala regional:

1. Durante la mayor parte del Holoceno y hasta hace aproximadamente *ca.* 1800 años A.P. predominaron las acumulaciones de sedimentos finos (arena, limo, arcilla) en los valles de la región andina del NOA. Posteriormente, se presenta una fase con predominio de la incisión y torrencialidad, que es la que perdura hasta el presente.
2. En la región chaqueña, se evidencia que hace aproximadamente 1600 años, los tramos medios de los ríos Pilcomayo y Bermejo se encontraban muy próximos entre si (no mas de 10 km), migrando posteriormente a su posición actual, el Bermejo unos 5 kilómetros al Sur y el Pilcomayo 60 kilómetros hacia el norte. Las sucesivas migraciones por avulsión de estos ríos, pueden vincularse, en principio, a fases con predominio de la erosión a gran escala en el área andina, mencionadas en el punto anterior.
3. Los valles andinos fueron en todo momento sitios aptos para la localización de asentamientos humanos, aun considerando las pérdidas de suelos aptos para la agricultura y ganadería, ya que constituyen importantes humedales naturales, en ambientes marcados por el déficit hídrico.
4. Considerando los registros sedimentarios presentados, se evidencian inicialmente pocos episodios de aluvionamiento, como antecedentes de la morfodinámica imperante en los últimos 1800 años.
5. En sectores como Yala, donde no es conocida hasta el momento una importante actividad humana prehispánica, los cambios observados parecen responder a una alternancia de fases de estabilidad geomorfológica y formación de suelos, con episodios breves de acumulaciones coluviales y aluviales, vinculados a la variabilidad climática.

CONCLUSIONES

Durante el Formativo, especialmente entre 2000 y 1000 A.P., se observan modificaciones en los recursos hídricos, cobertura vegetal y suelos a escala regional, que se interpretan como la respuesta del ambiente a variaciones significativas en el uso de la tierra, principalmente las

actividades de pastoreo, agricultura (riego), recolección de leña, etc. (Brunotte *et al.* 1988; Garleff *et al.* 1993; Lupo 1998; Kulemeyer 2005; Lupo *et al.* 2008; Maggi y Navone 2011; Collantes y González 2012; Kulemeyer 2013 y Kulemeyer *et al.* 2013).

Existen también evidencias para este momento de condiciones climáticas iniciales algo más favorables que las actuales, especialmente hacia 1800 A.P., con evidencias de pedogénesis (estabilidad geomorfológica), por lo que, en principio, se considera que la variabilidad del clima no tuvo un rol decisivo en el desencadenamiento de los procesos observados a escala regional.

Se plantea, entonces, como un momento clave para comprender los inicios del proceso de transformación cultural del paisaje, que perdura hasta la actualidad y se manifiesta regionalmente en el deterioro de la cobertura vegetal, de los suelos, pérdida de tierras de cultivo en las zonas montañosas, mayor frecuencia de eventos catastróficos, etc.

Para responder a este interrogante, se requiere de investigaciones enfocadas específicamente en las complejas relaciones que se establecen entre las actividades humanas y el ambiente. En particular, resultará de importancia establecer indicadores culturales, biológicos y geológicos específicos de los cambios en el entorno causados por las actividades humanas en el Formativo y diferenciarlos de los ocasionados esencialmente por factores naturales, como lo es el clima.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alcalde, J. y J. Kulemeyer
1999 The Holocene in the South-Eastern region of the Province Jujuy, Northwest Argentina. *Quaternary International* 57/58:113-116.

Alcalde, J., N. Solís y J. Kulemeyer
2008 Secuencias sedimentarias cuaternarias de la Cordillera Oriental, provincia de Jujuy. Ciclo Ándico - Etapa Compresional (Paleógeno-Holoceno) - Geología. Relatorio del XVII Congreso Geológico Argentino, Jujuy, 2008:335-341.

Brunotte, E., K. Garleff y H. Stingl
1988 Anthropogene Beeinflussung der Morphodynamik im Bolsón von Fiambalá / Nordwestargentinien. *Abh. Akad. Wiss. Göttingen, Math.-Phys.* Kl., III/41:307-327. Göttingen, Alemania.

Cafaro, E., E. Latrubesse, C. Ramonell y M. Montagnini
2009 Distribución espacial de patrones de cauce en abanicos aluviales chaqueños. Cuarto Simposio Regional sobre Hidráulica de Ríos. Salta, Argentina.

Collantes, M. y L. González
2012 Mecanismos del proceso de desertificación en el valle de Santa María, provincia de Tucumán (Argentina). *Acta Geológica* 24 (1-2):108-122. Tucumán.

Cortés, R. G.
2013 Estudio geoarqueológico del yacimiento Agroalfarero de Antumpa. Depto. Humahuaca, Jujuy, Argentina. *Anuario de Arqueología* 5. Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, UNR.

Cruz, A., L. Lupo y J. Kulemeyer
2011 Los cambios del paisaje a través de la vegetación en el valle del Bolsón (Belén, provincia de Catamarca). Poster. XXXIII Jornadas Argentinas de Botánica, Posadas, Misiones.

Fernández, J.
1984 Variaciones Climáticas en la Prepuna jujeña intervalo 5000-2000 años A.P. de Interés para la Arqueología. *Anales del Instituto Argentino de Nivología y Glaciología*: 73-82. Mendoza.

Garleff, K., H. Stingl y H. Veit
1993 New dates on the Late Quaternary history of landscape and climate in the Bolsón of Fiambalá/Argentina (Province Catamarca). *Zbl. Geol. Paläont*. Teil I (1/2):333-341. Stuttgart.

Hernández Llosas, M.I.
2002 Patrimonio Cultural y desarrollo sostenible en la Quebrada de Humahuaca Potencial y Perspectivas. *Cuadernos* 18:125-152. FHyCS. Universidad Nacional de Jujuy. Jujuy.

Hernández Llosas, M.I., S. Renard de Coquet y M. Podestá
1983 Antumpa: (Depto. Humahuaca, Prov. de Jujuy). Prospección y Excavación Exploratoria y fechado radiocarbónico. Noticias. *Cuadernos* 10:525-531. Instituto Nacional de Antropología.

Kulemeyer, J.
2005 Holozäne Landschaftsentwicklung im Einzugsgebiet des Rio Yavi (Jujuy/Argentina). Tesis doctoral, Fakultät fur Biologie, Chemie und Geowissenschaften der Universität Bayreuth. http://opus.ub.uni-bayreuth.de/volltexte/2005/158/
2013 Los cambios ambientales durante el Holoceno superior en el norte argentino y su relevancia e interacción con la arqueología. *Anuario de Arqueología* 5:51-64. Rosario.

Kulemeyer, J. y L. Lupo
1998 Evolución del paisaje bajo influencia antrópica durante el Holoceno Superior en la cuenca del río Yavi, Borde oriental de la Puna. Jujuy, Argentina. *Bamberger Geographische Schriften* Bd. 15:256-268. Bamberg, Alemania.

Kulemeyer, J.A., L. Lupo, J.J. Kulemeyer y L. Laguna
1999 Desarrollo paleoecológico durante las ocupaciones humanas del precerámico del norte de la Puna, Argentina. *Bamberger Geographische Schriften* 19:233-255. Alemania.

Kulemeyer, J., L. Lupo, M. Madozzo Jaén, A. Cruz, P. Cuenya, M. Maloberti, G. Cortés y A. Korstanje
2013 Desarrollo del paisaje Holoceno en la cuenca de El Bolsón: gente y ambiente en procesos de cambio y estabilidad. *Revista Diálogo Andino,* Universidad de Tarapaca, Arica, Chile.

Leoni, J., J. Sartori, G. Fabron, A. Hernández y G. Scarafia
2012 Aportes al conocimiento de las sociedades aldeanas del período Temprano en la Quebrada de Humahuaca: una visión desde Antumpa. *Intersecciones en Antropología* 13:117-131. Facultad de Ciencias Sociales. UNCPBA. Argentina.

Lupo, L.
1998 Estudio sobre la lluvia polínica actual y la evolución del paisaje a través de la vegetación durante el Holoceno en la cuenca del río Yavi. Borde Oriental de la Puna, Noroeste argentino. Tesis Doctoral, Universität Bamberg.

Lupo, L., M. Bianchi, E. Araoz, R. Grau, C. Lucas, R. Kern, W. Tanner, M. Camacho y M. Grosjean
2006 Climate and human impact of the last 2000 years as recorded in Lagunas de Yala, Province of Jujuy, northwestern Argentina. *Quaternary International*, 158:30-43.

Lupo, L., R. Braun Wilke, G. Guzmán, B.S. Villafañe y J. Kulemeyer
2008 Correlación entre vegetación, deterioro ambiental y registro paleoambiental en Sectores de Alta Montaña. Provincia de Jujuy. Noroeste Argentino. *Revista Agraria* 10:42-55. Ed. UNJu.

Lupo, L. y M. Echenique
2001 Reconstrucción arqueopalinológica de los diversos momentos de ocupación del yacimiento Formativo Moralito. Jujuy, Noroeste Argentino. *Ameghiniana*, Buenos Aires, 8:125-130.

Lupo, L., A. C. Sánchez, N. Rivera y M. Albeck
2010 Evidencias palinológicas en pueblo viejo de Tucute. Período tardío de la Puna de Jujuy. Arqueología de la Agricultura: Casos de Estudio en la Región Andina Argentina. Secretaría de Ciencia y Tecnología, Universidad Nacional de Catamarca. Capítulo 7:120-131.

Maggi, A. y S. Navone
2011 Sitio piloto en la región de valles áridos. En: Evaluación de la desertificación en la Argentina: Resultados del Proyecto LADA/FAO. Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación (Ed.). Gráfica Latina, 469 pp., Buenos Aires.

Markgraf, V.
1985 Paleoenvironmental history of the last 10.000 years in Northwestern Argentina. Zentralblatt für Geologie und Paläontologie, T.1 (11/12):1739-1748, Stuttgart.

May, J.H., J. Argollo y H. Veit
2008 Holocene landscape evolution along the Andean piedmont, Bolivian Chaco. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 260:505-520.

May, J.H., F. Preusser, A. Schellenberger, R. Zech y H. Veit
2010 Alluvial records of late Quaternary environmental change along the eastern Andes. 2010 AGU Fall Meeting: PP31B-1626.

Morales, M., R. Barberena, J. Belardi, L. Borrero, V. Cortegoso, V. Duran, R. Guerci, A. Goñi, A. Gil, G. Neme, H. Yacobaccio y M. Zárate
2009 Reviewing human-environment interactions in arid regions of southern South America during the past 3000 years. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 281, (3-4):283-295, Holanda.

Schäbitz, F., L. Lupo, J. J. Kulemeyer y J. A. Kulemeyer
2001 Variaciones de la vegetación, el clima y la presencia humana en los últimos 15.000 años en el Borde Oriental de la Puna, provincias de Jujuy y Salta, Noroeste Argentino. *Ameghiniana. Pub. Esp.* 8:125-130. Bs. As.

Speranza, F., J. Kulemeyer, S. Giralt, M. Camacho y B. López
2010 Holocene environmental evolution of the Pilcomayo and Bermejo River Basin in Central West Region of Formosa (Argentina). Poster. XVIII International Sedimentological Congress. Mendoza, Argentina.

Zipprich, M., B. Reizner, W. Zech, H. Stingl y H. Veit
2000 Upper Quaternary landscape and climate evolution in the Sierra de Santa Victoria (northwestern Argentina) deduced from geomorphologic and pedologic evidence. *Zbl. Geol. Paläont.* Teil I, Heft 7/8:997-1011, Stuttgart.

SECCIÓN 3

Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones – 485-517

ENTRE MUROS Y VASIJAS: ENTIERROS Y MEMORIA EN SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL

Romina Spano[*], M. Solange Grimoldi[*],
Valeria Palamarczuk[*†] y Alina Álvarez Larrain[*]

ABSTRACT

In this chapter we reflect on the material remains of ancient mortuary rituals in Andalhuala (Yocavil Valley, Catamarca) and their relationship to the construction of collective memory. To accomplish this we focus on funerary contexts from the site of Soria 2, the remains of a domestic structure in which -subadult burials were placed. The chapter describes the construction features of the burials, the ceramic containers and associated funerary accompaniment, and the characteristics of the human remains. This evidence is discussed in the light of data obtained from the larger context of the Andalhuala-Banda stream terrace, which provides a local setting to examine the relationship between funerary practices and memory.

***Keywords**: Funerary practices – household – memory – Yocavil valley*

[*] Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti" (FFyL, UBA) - [†] CONICET.

INTRODUCCIÓN

En el sitio Soria 2 (sur del valle de Yocavil, Noroeste Argentino) prácticas diarias y eventos especiales confluyen en los restos de una casa, habitada alrededor de dos mil años atrás. En este espacio se cumplieron actividades cotidianas (como la molienda, la cocción de alimentos o la confección de útiles, etc.), y también, se enterraron restos de subadultos. El sitio corresponde a uno de los pocos contextos primarios conocidos para inicios del primer milenio de la Era cristiana en Yocavil (Palamarczuk *et al.* 2007). Aquí, nos enfocaremos en los modos en que se materializó la muerte en este ámbito, ofreciendo interpretaciones acerca de las expresiones funerarias e intentando responder a inquietudes generadas por la confluencia espacial de los restos de prácticas de índole doméstica y de los tres entierros de subadultos descubiertos. El conocimiento acerca de los sujetos enterrados, de los objetos involucrados y de la temporalidad de las inhumaciones, así como la evaluación de si éstas se efectuaron en momentos en que la casa se encontraba habitada, o si las mismas tuvieron lugar luego del abandono del sitio como espacio de vivienda, resultaron puntos centrales de la investigación. Este recorrido, a su vez, nos llevó a reflexionar acerca de distintas expresiones y alcances de la memoria social que pudieron ser materializados en las inhumaciones.

El intento por dilucidar estas cuestiones derivó en una serie de estudios desde distintas líneas de análisis (Spano *et al.* 2014), aportando en esta oportunidad información complementaria. En primer lugar, se definieron las características constructivas y contextuales de las inhumaciones (modalidades de entierro y objetos presentes). Se analizó la estratigrafía de los depósitos y se realizaron fechados radiocarbónicos de materiales asociados a los contextos, para comprender la sucesión y naturaleza de los eventos que ocurrieron en el ámbito de la casa. Se encaró el estudio bioarqueológico de los restos humanos para establecer un perfil de cada individuo inhumado y de la muestra en su conjunto. Las vasijas utilizadas en las prácticas funerarias se compararon con las alfarerías del contexto doméstico del sitio y con otros hallazgos funerarios de Yocavil. Por último se desarrolla en este trabajo una descripción de los objetos del acompañamiento funerario.

Entre las sociedades aldeanas formativas del Noroeste argentino ha sido una práctica recurrente el entierro de los miembros del grupo en ámbitos domésticos, en el interior o las inmediaciones de recintos y patios en el ámbito de la aldea, con variaciones o singularidades propias de las diferentes regiones. Una notable recurrencia es el entierro de subadultos en el interior de ollas (Albeck 2000), pauta milenaria que perduró hasta la época Colonial Temprana. Si bien hasta el momento son escasos los datos contextuales disponibles sobre la funebria temprana en Yocavil, contamos con importantes sistematizaciones como la realizada por Cortés (2005), donde se comparan contextos formativos localizados en diferentes pisos ecológicos como los valles y las yungas, o la realizada por Scattolin y colaboradores (2005) centrada en ejemplos de Yocavil, que nos permiten apreciar que las sociedades formativas vallistas participaron de estas tendencias de época.

Los informes sobre entierros tempranos de infantes en vasijas, si bien son escasos, muestran una variedad de situaciones. Son ejemplos los hallazgos del sitio Banda de Arriba 5, norte de Yocavil (Salta), donde se registró una gran vasija que contenía las piezas dentales de un niño menor de 3 años, con una jarra incisa gris pulida, una pequeña vasija zoomorfa (ave), un puco gris/negro pulido y un puco gris (Ledesma 2006-2007). En la zona de Quilmes (Punta del Pabellón, Fuerte de Quilmes, Tucumán) se halló un conjunto de objetos singulares que

integran la colección Schreiter, adquirida por el Museo de Gotemburgo (tres máscaras, dos gorros, un objeto para prender fuego, dos cestos, un collar de vainas de *Prosopis strombulifera* y un mechón de fibras vegetales). Aparentemente estos objetos se disponían en el interior de una urna ovoide, junto con los restos de un infante. Sobre este conjunto se realizaron cinco fechados radiocarbónicos que indican una cronología entre los siglos V y VIII A.C. (Stenborg y Muñoz 1999). En la década de 1960 el equipo de la Universidad Nacional del Litoral encontró en El Bañado una gran olla de pasta gruesa con tapa, que contenía dos subadultos de entre 9-12 meses y entre 5-6 años respectivamente, acompañados por un jarro de cerámica gris con pastillaje e incisiones (Tarragó y Scattolin 1999; Cortés 2005). Un antecedente claro de entierros de subadultos integrando espacios domésticos se observó también en la localidad de El Bañado, donde se excavó una cista con entierros de adultos y párvulos en vasijas ordinarias en el interior de recintos cuadrangulares (Pelissero y Difrieri 1981).

Este repaso permite distinguir un elemento compartido en el entierro de subadultos de épocas formativas en Yocavil: el empleo de ollas ordinarias como contenedores.

Los datos obtenidos para Soria 2 son contextualizados considerando el conocimiento sobre entierros formativos semejantes en el valle, ejercicio que permite acercarnos a aspectos del ritual mortuorio de las comunidades tempranas en Yocavil (500 A.C.-1000 D.C. *sensu* Scattolin 2010), dimensión sobre la cual los antecedentes disponibles son escasos (Cortés 2005). Asimismo nos permiten reflexionar sobre la relación entre las prácticas funerarias y la construcción de la memoria en comunidades aldeanas agropastoriles.

A través de una descripción contextual detallada de las inhumaciones, intentaremos acercarnos a la complejidad inherente al hecho social de la muerte y a las implicancias de enterrar subadultos en espacios domésticos. Reflexionaremos asimismo acerca de los distintos tiempos sociales (Shanks y Tilley 1987) reproducidos mediante el abandono de espacios residenciales y de la ejecución del ritual funerario en ámbitos de vivienda, lugares marcados por su valor histórico para quienes los habitan o mantienen memorias y derechos sobre ellos.

SORIA 2: UNA VENTANA AL PAISAJE TEMPRANO

El sitio Soria 2 está ubicado en una terraza sedimentaria de origen cuaternario localizada entre las Sierras del Aconquija y el sector sudoriental del fondo del valle de Yocavil (Figura 1), al sur de la cual se emplaza una zona de fincas conocida como Andalhuala La Banda. La superficie actual de esta terraza abarca 186,3 ha con una longitud máxima en sentido noroeste-sudeste de unos 4000 m y un ancho máximo de 700 m. Se ubica entre los 2100 y los 2300 msnm con una pendiente general de 5,18 % que buza hacia el noroeste, atravesada por numerosos escurrimientos.

En esta geoforma se emplazan estructuras conformadas por uno o más recintos y líneas irregulares de piedras que definen aterrazados, numerosos montículos de piedras y peñas con morteros (Palamarczuk *et al.* 2007). Relevamientos sistemáticos emprendidos en los últimos años han permitido distinguir al menos dos modalidades en el uso de este espacio. La mayoría parece responder a tipos productivos (terrazas, cuadros de cultivo y morteros móviles y fijos), con un bajo número de conjuntos de recintos dispersos entre ellos.

Estos conjuntos presentan arquitectura de muros dobles con relleno, en buen estado de conservación, con abundante material cerámico de estilos San José/Shiquimil y Santa María en superficie, indicando ocupaciones tardías. Este uso del espacio se vincula a instalaciones productivas, quizás ligadas al asentamiento conglomerado de la Loma Rica de Shiquimil que se levanta inmediatamente al norte de la terraza.

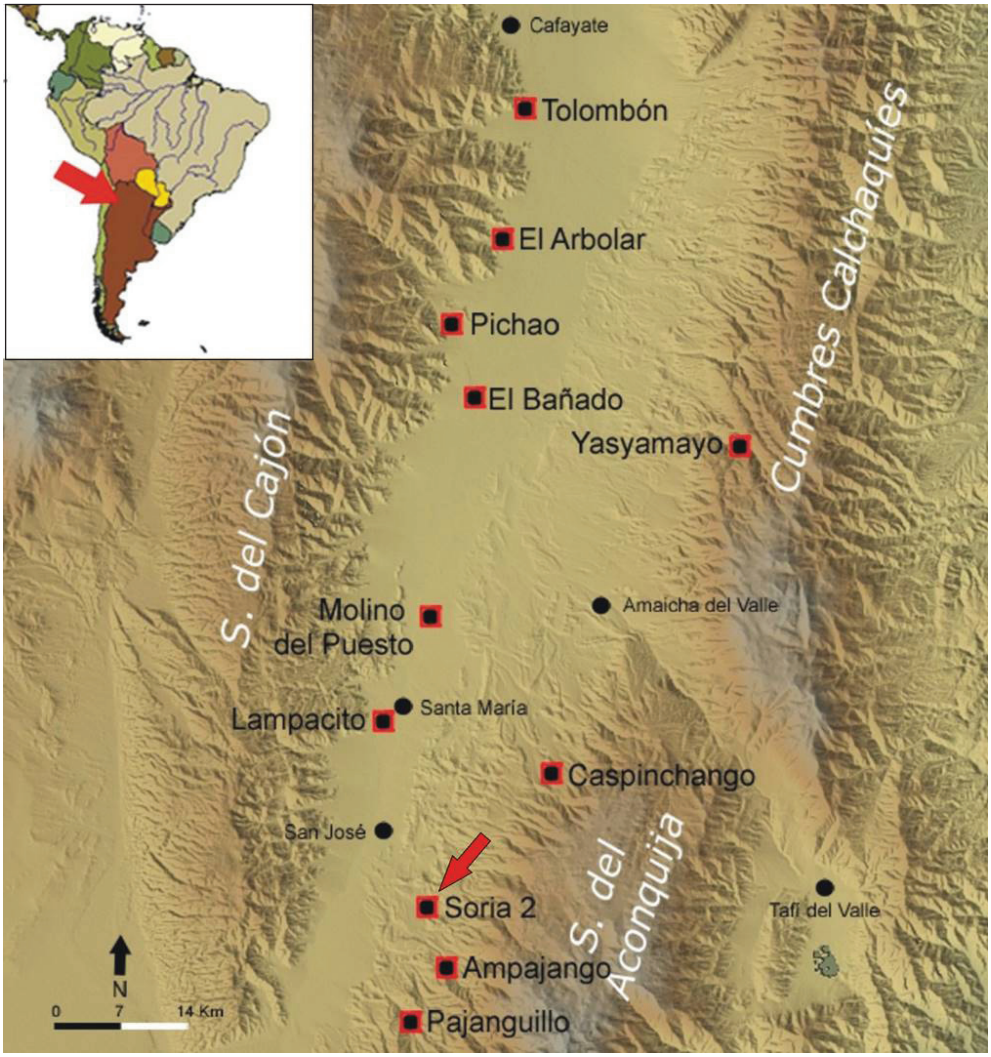


Figura 1. Valle de Yocavil con la ubicación de Soria 2 y de algunos sitios formativos.

Otra modalidad en el uso del espacio se relaciona con momentos previos: un sector oriental de 35 ha como mínimo podría corresponder a un lugar de fisonomía aldeana –habitacional y productivo– de épocas tempranas, no siendo posible reconocer en superficie los tipos de patrones involucrados. La estimación preliminar de esta área se basa en la distribución en superficie de alfarería de estilos tempranos (grises y negros pulidos, Candelaria,

Vaquerías, Ciénaga, Guachipas y modalidades afines) y en una arquitectura poco definida. La acumulación de sedimento y las subsiguientes ocupaciones que fueron reconfigurando el paisaje hasta la actualidad pudieron en algunos casos alterar esta arquitectura previa, situación constatada a través de las excavaciones en el sitio Soria 2, ubicado en este sector. Además, se han registrado numerosos implementos de molienda (morteros comunales en bloques pétreos in situ, conanas y manos de moler), cuya distribución es coincidente con la presencia de evidencia temprana.

El solapamiento entre estas modalidades de uso del espacio en la terraza donde se encuentra Soria 2 es un ejemplo de la dificultad de hallar asentamientos tempranos en lugares que han presentado una ocupación prolongada a lo largo del tiempo (Figura 2), sujetos por este motivo a diferentes transformaciones constructivas, y en este caso también, a procesos dinámicos de erosión - sedimentación.

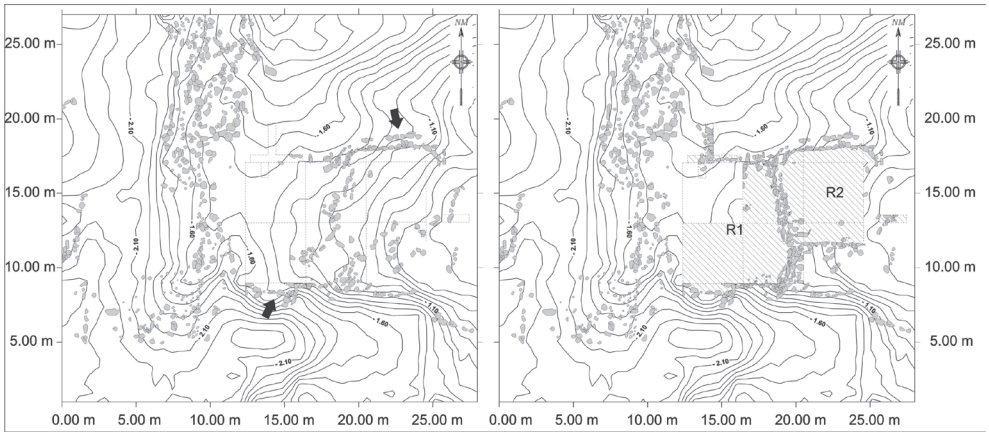


Figura 2. Plantas comparativas del sitio Soria 2. Izquierda: aspecto del terreno previo a las excavaciones. Las flechas indican los sectores de muros visibles en superficie. Derecha: Recintos R1 y R2 parcialmente definidos luego de las excavaciones.

La investigación en Soria 2 permitió abrir una ventana a un ámbito temprano. Se trata de una estructura formada por los remanentes de piedra de los muros de, al menos, dos recintos subcuadrangulares adosados (R1 y R2) (Figura 3). La excavación y el registro de depósitos y materiales se efectuaron a lo largo de siete campañas desarrolladas desde 2002. La estructura se interpreta como una casa, considerando los rasgos presentes –bases de muros de piedra, piso de ocupación, fogón, pozo de descarte, agujeros de poste, etc.–. Abunda la alfarería, destinada a usos culinarios y de servicio. La mayoría corresponde a restos de cerámica ordinaria, de pasta gruesa y porosa, alta proporción de inclusiones de tamaño mediano a grande y cocción en atmósfera oxidante. El resto comprende un conjunto fino consistente en ejemplares de pasta compacta de baja porosidad, inclusiones de tamaño pequeño o no distinguibles macroscópicamente y cocción en atmósfera reductora o pobre en oxígeno, en su mayoría. En este espacio se efectuaron actividades como la elaboración y el consumo de alimentos, confección y uso de útiles de piedra y prácticas fumatorias de psicoactivos (Rosso y Spano 2005-2006; Palamarczuk *et al.* 2007). El R1 ha sido interpretado como

un patio (ver Baigorria *et al.* en este volumen), que a juzgar por la presencia de agujeros de poste, pudo tener un techo o reparo en su lado sur. Se obtuvo un fechado radiocarbónico convencional sobre carbón del fogón del R1, de 1940 ± 80 años radiocarbónicos A.P. (LP-1541) (Palamarczuk *et al.* 2007:127), con un rango de edad posible de 53 cal. A.C.-342 cal D.C. calibrado a 2 sigma según curva del hemisferio sur (Mc Corman *et al.* 2004; programa OxCal v4.1.5 [Bronk Ramsey 2009]). Además se encontraron estructuras destinadas a la inhumación de subadultos. A cada una de ellas se le asignó una denominación numérica según el orden de su descubrimiento (entierros 1 y 3 en el R1, y entierro 2 en el R2).

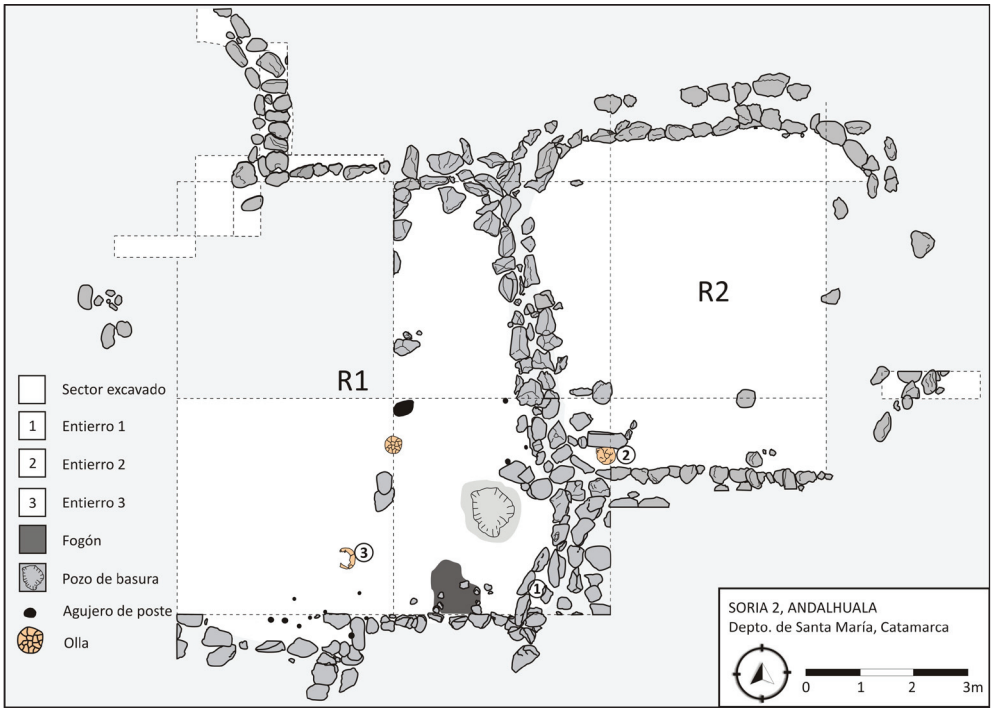


Figura 3. Planta de Soria 2 con la indicación del área excavada y la ubicación de los entierros, el pozo de basura y el fogón.

INHUMACIONES EN EL ESPACIO DOMÉSTICO

En esta sección describiremos cada entierro como una unidad, integrando las diversas líneas de evidencia consideradas.

Con respecto a los restos esqueletales, se realizó un inventario siguiendo los criterios de Scheuer y Black (2000). La estimación de la edad esqueletal se efectuó considerando desarrollo dental (Ubelaker 1978), longitud de los huesos largos (Scheuer y Black 2000) y grado de fusión de elementos del esqueleto (Weaver 1979). Las edades estimadas de acuerdo a cada uno de estos parámetros se expresan siguiendo la terminología de cada autor. A partir de las edades estimadas y con el propósito de uniformar criterios, seguimos la propuesta de Baldini y Baffi (2003) de utilizar las categorías etarias definidas por Bogin (1995) para

grupos vivos. Se buscaron indicadores de procesos infecciosos y traumas e indicadores de estrés nutricional o fisiológico (Lewis 2007). Dado que la mayoría de los rasgos morfológicos vinculados con diferencias sexuales no están presentes en el esqueleto hasta después de comenzada la pubertad, no se tuvo en cuenta la variable sexo, ya que no existe un método consensuado para su determinación en subadultos.

Entierro 1

Se trata del entierro secundario de dos conjuntos esqueletales, con un mínimo de dos individuos; el mismo se hallaba delimitado por una línea simple de piedras de forma y dimensiones semejantes entre sí, con orientación NE-SO, que cerraba la esquina SE del R1, conformando un compartimento cerrado de planta triangular. El sedimento contenido en el compartimento era compacto, limo-arenoso con gravilla, diferente al del piso, compacto y carbonoso. Bajo el bloque emplazado más al norte se encontró un conjunto esqueletal correspondiente a un fragmento de cráneo de subadulto contenido en medio puco (en adelante entierro 1.a); la parte externa de la calota se apoyaba sobre el sedimento, y el maxilar superior apuntaba hacia al SO. El segundo conjunto esqueletal (entierro 1.b) se disponía unos centímetros hacia el E, en el interior del compartimento y directo sobre tierra, compuesto por huesos desarticulados de preservación regular, tapados con una mitad de olla fragmentada en dos partes –borde y cuerpo–, cuya abertura buzaba hacia el norte y el asa apuntaba hacia el cenit, orientada en sentido SE-NO (Figura 4).

Por debajo de la olla también se disponía un instrumento de formatización sumaria de andesita, con ángulo de retoque semejante al de un raspador (Figura 5.a); junto a la vasija se hallaron cinco lascas y un núcleo lítico, restos de fauna (*Artiodactyla*, *Camelidae, Lagidium sp.*, *Cavidae*, ave y una placa de *Chaetopractus vellerosus*) y fragmentos de vasijas gris y negro pulidas de pasta fina (Figura 5.b), uno de los cuales corresponde a un modelado zoomorfo con aplicación de pintura roja post-cocción en su superficie interna (Figura 5.c). Estas alfarerías comparten características estilísticas con el material cerámico asociado al piso de la casa. No es posible afirmar la estricta asociación entre estos materiales y el entierro: al haberse arrojado tierra sobre la fosa para cubrirlo en el momento de la inhumación, cabe la posibilidad de que hayan sido incluidos de manera no intencional.

El fragmento de puco que contenía los restos de cráneo del entierro 1.a, se encontraba roto en tres partes; es semiesférico de borde entrante, con base en botón hundido, con ambas superficies pulidas y de tono gris (atmósfera reductora o pobre en oxígeno). Se levantó mediante la técnica de rodetes y presenta un pequeño aplique al pastillaje en el borde. La pasta es compacta y fina. Su diámetro es de 19 cm de y tiene una altura de 8 cm (Figura 6.a).

La olla que cubría el entierro 1.b es una pieza de tipo ordinario, restringida, subesferoidal, de labio redondeado aguzado y borde evertido. La pieza, originalmente incompleta, estaba fragmentada. El sector superior del cuerpo posee un asa horizontal de doble inserción con remache (desconocemos si la pieza original tenía una o dos asas). El modelado se realizó mediante rodetes, las superficies son alisadas, y el color predominante es marrón rojizo, producto de una cocción oxidante; presenta manchas oscuras de cocción. La pasta posee inclusiones gruesas (mayoritariamente, biotita). Las medidas aproximadas son: diámetro de boca 20 cm; diámetro máximo 40,5 cm; altura estimada de la olla completa 38 cm, volumen estimado de 29 litros (Figura 6.b).

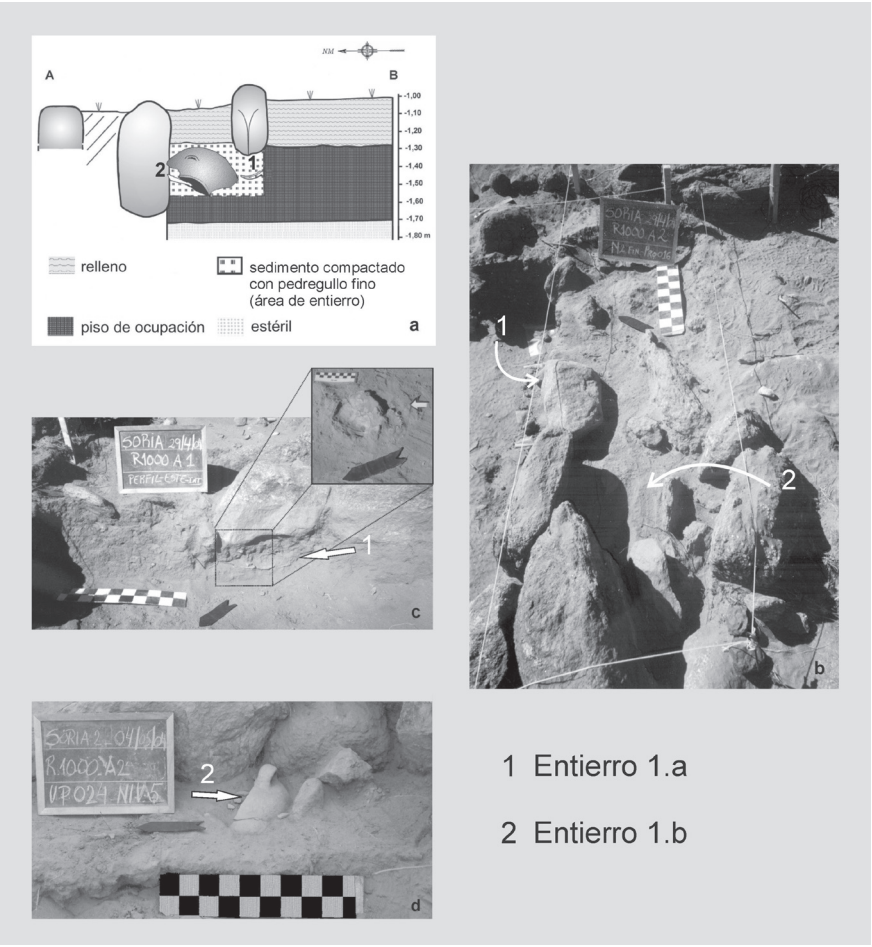


Figura 4. Entierro 1. a) Perfil con ubicación de los conjuntos esqueletales; profundidades expresadas en relación al datum general del sitio. b) Vista superior del área de entierro. c) Perfil del entierro 1.a con proyección del cráneo d) Ubicación del entierro 1.b.

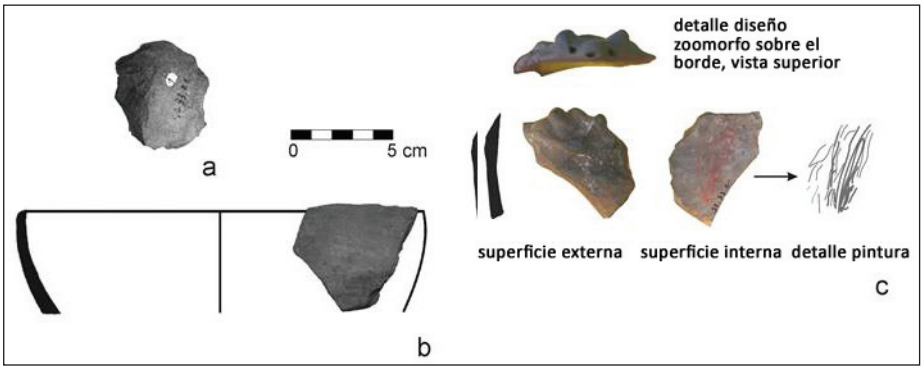


Figura 5. Elementos vinculados al entierro 1. a) Instrumento de andesita. b) Fragmento de puco. c) Fragmento de puco con modelado zoomorfo y pintura post-cocción.

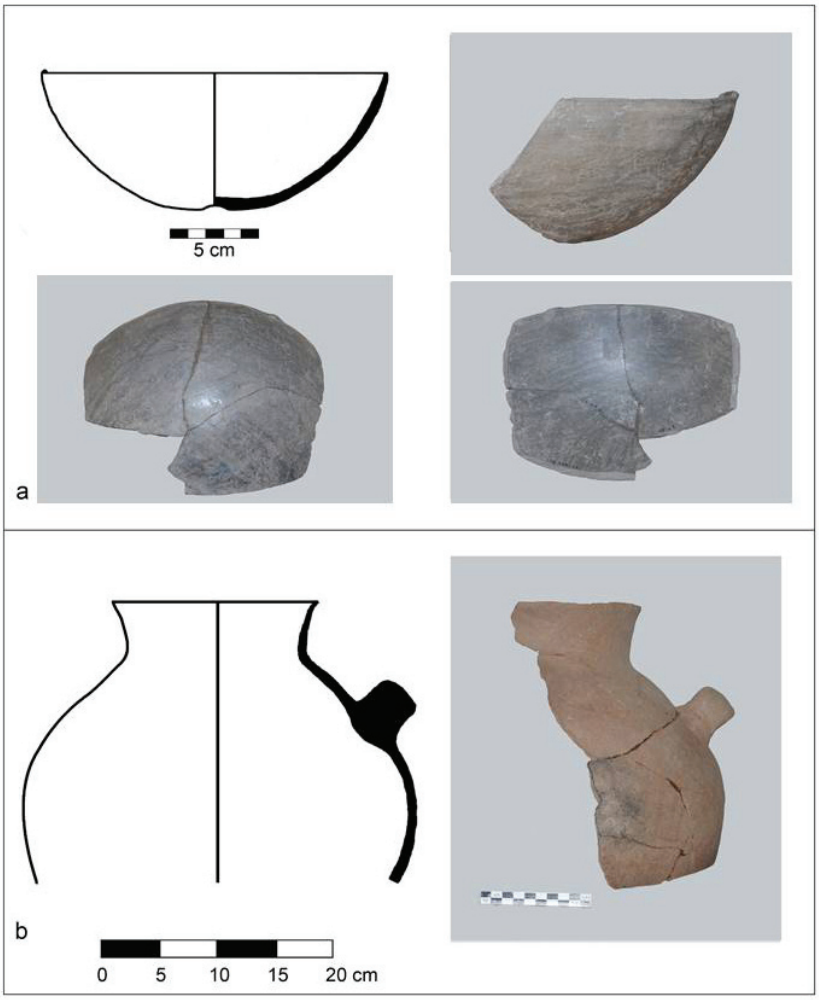


Figura 6. Cerámicas asociadas al entierro 1. a) Fragmento de puco asociado al entierro 1.a. b) Fragmento de olla asociado al entierro 1.b.

Los restos del entierro 1.a y 1.b representarían al menos dos individuos. Siguiendo el esquema de desarrollo dental (Ubelaker 1978), el individuo del entierro 1.a correspondería a un subadulto de alrededor de 3 años (± 12 meses), tratándose de acuerdo a la clasificación de Bogin (1995) de un *niño*. El entierro 1.b, siguiendo el grado de fusión de los anillos timpánicos, corresponde a la etapa 1 de Weaver (1979), siendo la edad estimada para ésta la de un *feto* o *neonato*. De tratarse de un neonato, pertenecería a la categoría *infante* de Bogin (1995)[1].

Un fechado radiocarbónico por AMS efectuado sobre colágeno de la diáfisis del entierro 1.b señaló una edad de 1730 ± 46 años radiocarbónicos A.P. (AA87351). El rango calibrado

[1] Para una descripción más detallada del análisis bioarqueológico remitirse a Spano *et al.* (2014).

para el hemisferio sur es de 244-532 cal D.C., considerando 2 sigma (Mc Corman *et al.* 2004; programa OxCal v4.1.5 [Bronk Ramsey 2009]).

Entierro 2

Se trata de un entierro primario ubicado en la esquina SO del R2, en un espacio conformado entre el muro de la vivienda y una línea de piedras adosadas al mismo. La línea generaba un compartimento abierto hacia el este, en cuyo interior el sedimento se presentó sumamente compacto con rodados muy pequeños. En este espacio se encontraba una olla, completa pero fragmentada, con una sola asa orientada hacia el NO. Dentro de la vasija se disponía el esqueleto articulado de un subadulto, contenido en sedimento muy compacto con gravilla; estaba apoyado sobre su lado derecho, con la cabeza orientada en dirección SO y las extremidades inferiores hacia el NE. La olla no poseía tapa (Figura 7).

Por fuera de la olla, se apoyaba una lámina de mica de forma irregular con tres lados recortados (Figura 7.c y 8.a); a una profundidad intermedia entre la boca y la base se disponían piezas dentales de camélido y una placa de armadillo (*Chaetopractus vellerosus*). En el interior de la olla se encontró una segunda lámina de mica, de forma hexagonal, con los bordes cuidadosamente recortados (Figura 7.d y 8.b). A esa misma altura y cerca de la bóveda craneana había un rollo de arcilla de coloración grisácea, con inclusiones de mica y cocida a baja temperatura; el rollo conservó huellas de manipulación (impronta de dedo y uña) (Figura 7.e y 8.d). Alrededor del esqueleto se colocaron pequeñas masas de arcilla cruda de color parduzco grisáceo (Figura 8.f); también se incluyó un fragmento óseo de fauna con un recorte dentado en un extremo, interpretado como un instrumento quizás vinculado con la producción alfarera (Figura 8.h). Por debajo del esqueleto se halló una cuenta de collar de forma discoidal, hecha posiblemente de crisocola (Figura 8.c). En el interior se hallaron además trozos de carbón vegetal (el más grande de 25 por 17 mm) y fragmentos de huesos de fauna (*Artiodactyla*, *Camelidae* y *Rodentia*), entre los que se incluyó un vómer con marcas de corte (Figura 8.g). La olla también contenía tres fragmentos de cerámica negra pulida –el de mayor tamaño posee huellas de uso (erosión y descamaciones)– (Figura 8.e). Además, el sedimento contenía una semilla quemada de chañar y un pequeño gasterópodo de tierra (*Biomphalaria sp.*).

La olla es de tipo ordinario; posee forma restringida, subesferoidal, borde evertido y boca estrecha. En la parte superior del cuerpo, simétrico, tiene una única asa horizontal de doble inserción con remache, la cual otorga un detalle de asimetría a la vasija. La base es amplia y chata, de contorno levemente convexo-cóncavo. El modelado se llevó a cabo a través de la técnica de rodetes. Exhibe un acabado de superficie alisado, con coloración marrón rojiza; la pasta es de cocción oxidante con abundantes inclusiones de biotita. En la superficie externa de la parte inferior del cuerpo posee una delgada capa de hollín. Las medidas aproximadas son: diámetro de boca 15 cm, diámetro máximo 46 cm y altura 44 cm; el volumen estimado es de 44 litros (Figura 9).

La pieza se encontraba rota en grandes pedazos, pero conservando su forma original. La superficie externa exhibía marcas oscuras, lineales y netas entrecruzadas; las mismas sugieren que la olla pudo estar fragmentada al momento de su empleo funerario; más adelante nos detendremos en este punto.

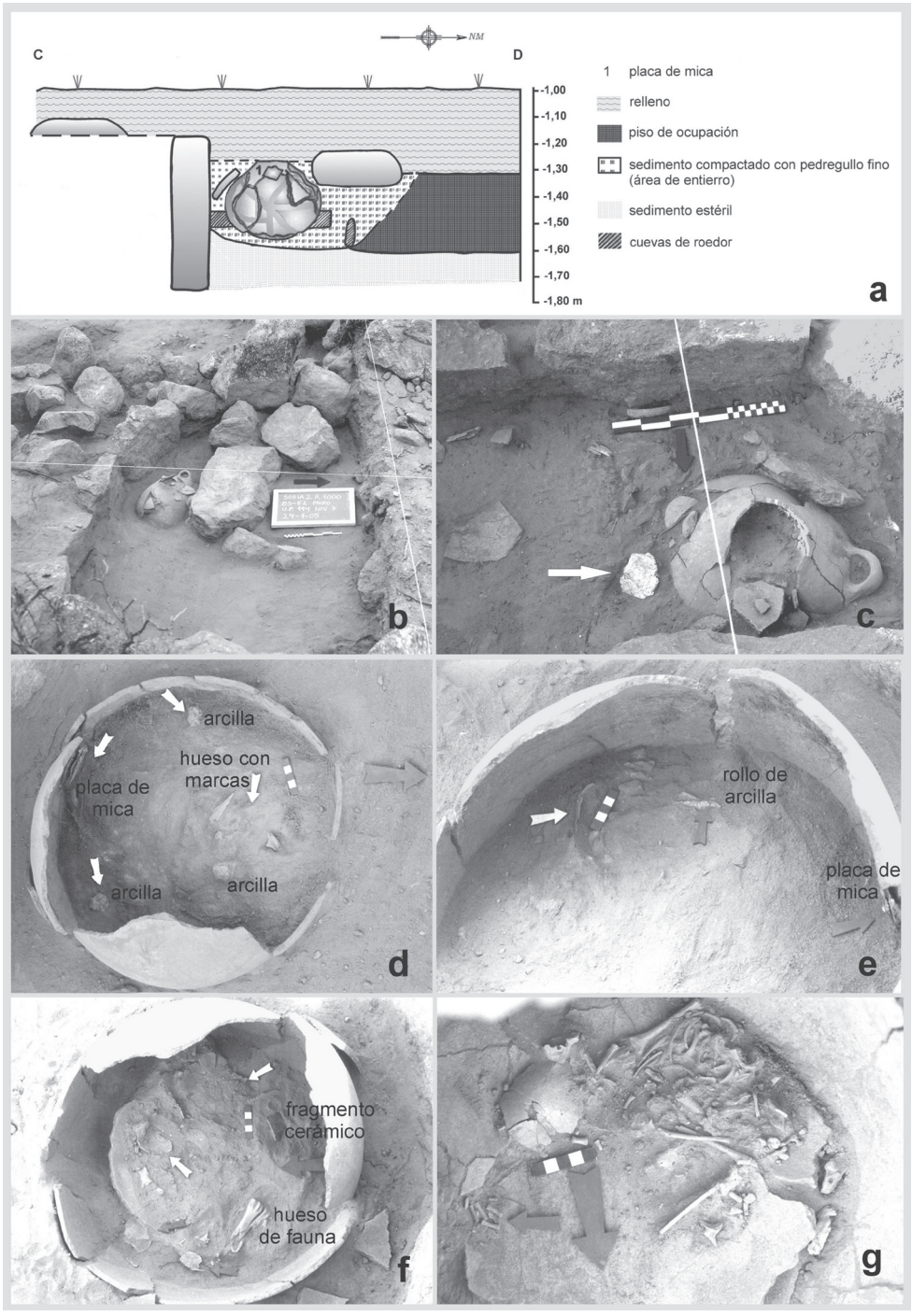


Figura 7. Entierro 2. a) Perfil; profundidades expresadas en relación al datum general del sitio. b) Vista superior del área de entierro. c) Vista de la olla. La flecha señala la localización de la lámina de mica. d-f) Olla y detalles del acompañamiento. g) Esqueleto dispuesto en el fondo de la olla.

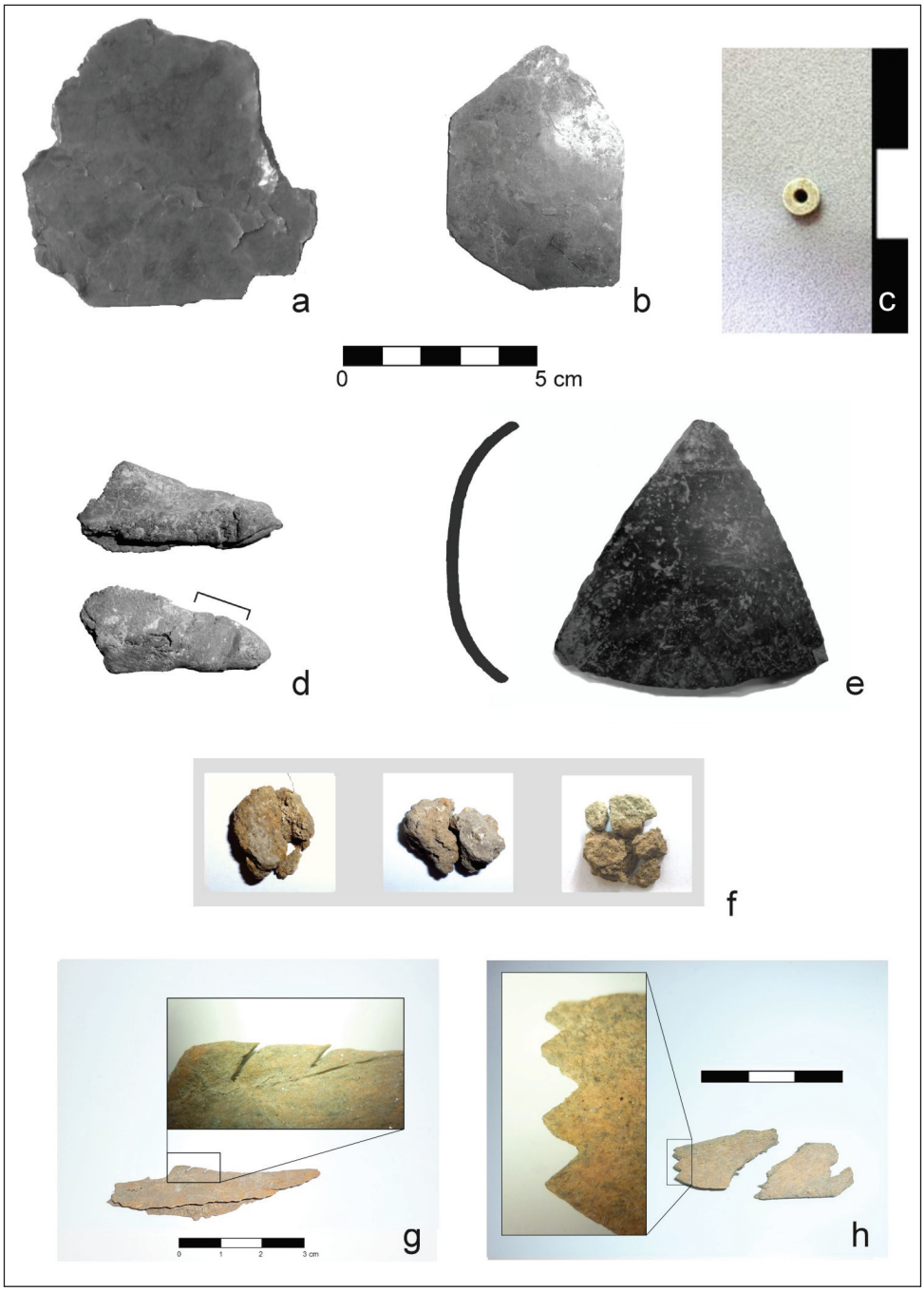


Figura 8. Entierro 2. a) Lámina de mica en el exterior de la olla. b) Lámina de mica al interior de la olla. c) Cuenta. d) Rollo de arcilla con indicación de la marca. e) Fragmento de cerámica pulida. f) Masas de arcilla. g) Fragmento de vómer con marcas de corte. h) Instrumento con extremo dentado.

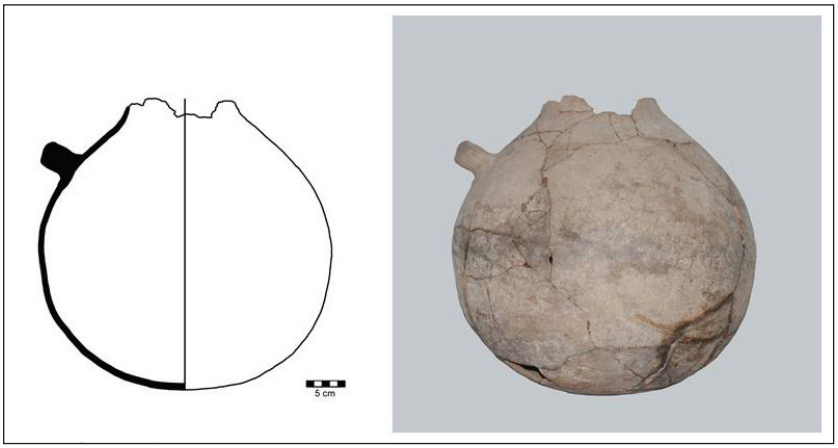


Figura 9. Olla asociada al entierro 2.

El estado de preservación del esqueleto es bueno. El 60% de los elementos del cráneo está presente, con distintos grados de fragmentación, mientras que del esqueleto postcraneal se recuperó el 65% (Figura 10). De acuerdo a Ubelaker (1978) la edad dental corresponde a un *neonato* $\pm$ 2 meses. Basados en la ecuación de regresión de edad, con la longitud máxima del

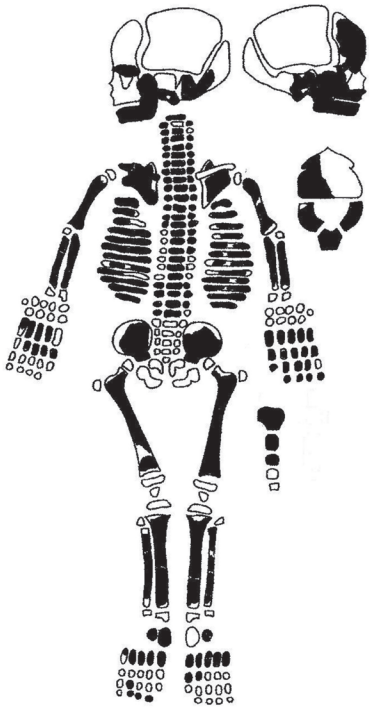


Figura 10. Diagrama de las partes óseas recuperadas sombreadas del entierro 2.

fémur izquierdo y del húmero derecho se estimó una edad de alrededor de 39 semanas (38,92 ± 2,08 para el fémur, 38,96 ± 2,33 para el húmero). Corresponde a un *perinato-* alrededor del momento del nacimiento, desde las 24 semanas de gestación hasta 7 días postnatales- o *neonato a término* –entre las 37 y 42 semanas de gestación– (Scheuer y Black 2000). De acuerdo a Bogin (1995) se trataría entonces de un *infante*. El examen macroscópico y radiográfico no reveló patologías óseas ni traumas.

Se efectuó un fechado radiocarbónico por AMS sobre tres costillas, el cual arrojó una edad de 1762 ± 46 radiocarbónicos A.P. (AA87352). El rango calibrado para el hemisferio sur considerando 2 sigma es de 180-504 años cal D.C. (Mc Corman *et al.* 2004; programa OxCal v4.1.5 [Bronk Ramsey 2009]).

Entierro 3

Corresponde a un entierro primario: en el sector S del R1, a poco más de un metro del muro sur, se depositó una vasija con una sola asa que apunta al NO, en el interior de la cual se hallaban los restos articulados de un subadulto, en una matriz de sedimento compacto. Si bien la vasija se encontraba muy fragmentada, mantenía su forma original. Resulta llamativa la ubicación de la olla, prácticamente en medio del recinto y sin ningún demarcador visual. El sedimento contenido estaba más suelto en su porción superior, afectado por bioturbaciones, y mucho más compacto en las porciones media e inferior. El esqueleto descansaba en el fondo de la vasija sobre su costado derecho, con las extremidades izquierdas extendidas, el miembro inferior derecho flexionado y el cráneo en dirección S mirando hacia el E (Figura 11).

En la porción superior del sedimento contenido en la vasija se halló una masa de arcilla de color verdoso preparada con inclusiones de biotita, de tamaño menor a las depositadas en el entierro 2, un diente de camélido y otros huesos de fauna (de *Camelidae* y *Galea sp)*, espículas de carbón, cuatro lascas y seis fragmentos pequeños de cerámica negra pulida. No es segura la asignación de estos elementos al acompañamiento, ya que la pieza no tenía tapa; no obstante, destacamos las características semejantes de la masa de arcilla a aquéllas colocadas intencionalmente dentro de la vasija del entierro 2.

La olla es de tipo ordinario, forma restringida y cuerpo simétrico ovoidal; su boca estaba rota y no se encontraron los fragmentos correspondientes a cuello y borde. Al igual que la pieza del entierro 2, tiene una única asa horizontal de doble inserción con remache en la parte superior del cuerpo. La base es convexo-cóncava; el modelado de la pieza fue realizado por rodetes; el tratamiento de las superficies es alisado. La coloración marrón rojiza predominante indica cocción oxidante; la pasta posee abundantes inclusiones de biotita. Las medidas son: diámetro de la boca indeterminado; diámetro máximo 39 cm; altura de los restos de la olla –es decir, sin recalcular la estimación de la altura original– 41 cm; el volumen estimado aproximado es de 33 litros (Figura 12).

La preservación del esqueleto es regular. Se identificó cerca del 30% de los elementos del cráneo; del esqueleto postcraneal está presente un 50% de los elementos (Figura 13). Siguiendo a Ubelaker (1978) la edad dental corresponde a la de un *neonato* ± 2 meses. Según la ecuación de regresión de edad (Scheuer y Black 2000) con la longitud máxima del fémur y tibia izquierdos se pudo estimar una edad de 35,91 semanas ± 2,08 (fémur)

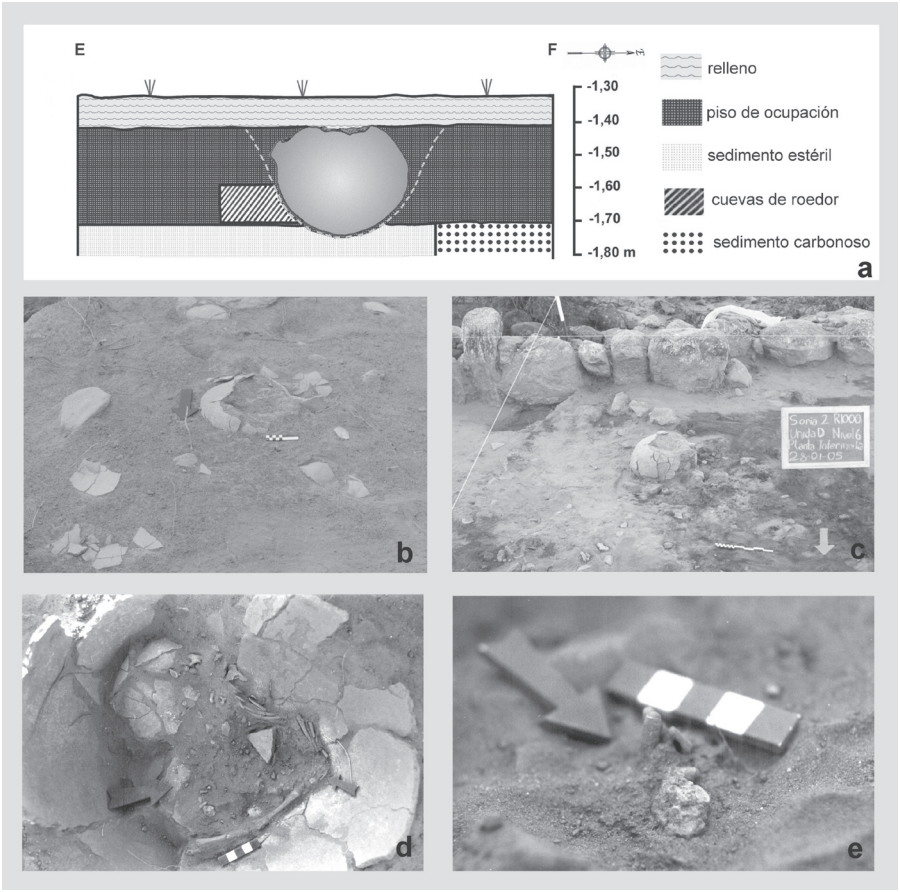


Figura 11. Entierro 3. a) Perfil; profundidades expresadas en relación al datum general del sitio. b) Vista superior de la olla. c) Vista superior de la olla, avanzada la excavación. d) Esqueleto en el interior de la olla. e) Detalle de los huesos de la mano articulados.

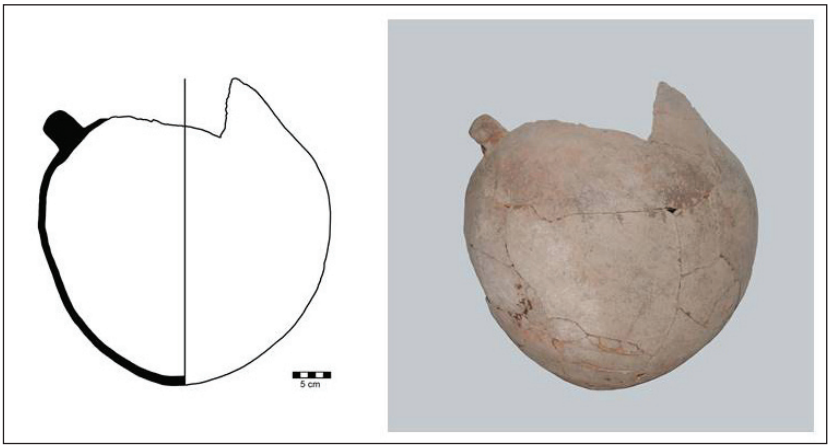


Figura 12. Olla asociada al entierro 3.

y 37,68 semanas ± 2,12 (tibia); se trata de un individuo al límite de un parto prematuro, por lo que hipotetizamos que este *perinato* murió en el útero o inmediatamente después del nacimiento; en caso de haber sobrevivido al parto, correspondería a la categoría *infante* según Bogin (1995).

Se fechó por AMS el fémur derecho, obteniéndose una edad de 1766 ± 46 años radiocarbónicos A.P. (AA87352); el rango calibrado para el hemisferio sur, con 2 sigma, es de 176-433 años cal D.C. (Mc Corman *et al.* 2004; programa OxCal v4.1.5 [Bronk Ramsey 2009]).

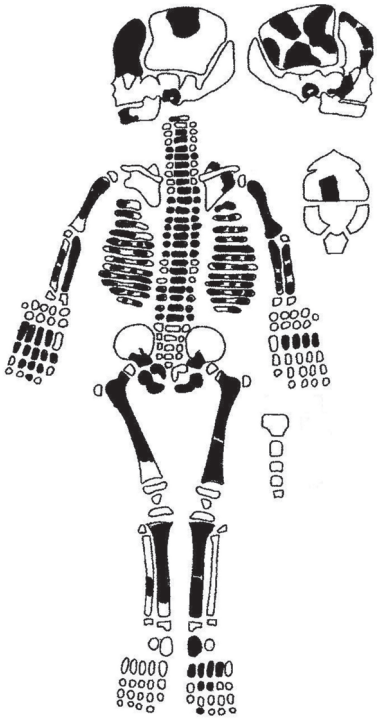


Figura 13. Diagrama de las partes óseas recuperadas sombreadas del entierro 3.

DISCUSIÓN 1: SUCESIÓN DE LOS EVENTOS

El análisis de la estratigrafía fue un paso necesario para conocer cuál fue la sucesión de eventos ocurridos en el ámbito de una casa en la que confluyen espacialmente restos de prácticas cotidianas y funerarias.

En el caso del entierro 1, al efectuarse la inhumación se cavó una fosa en el sector SE del R1, en sentido SO-NE, en el depósito de acreción del piso, y se colocó el medio puco conteniendo los restos del entierro 1.a, y el conjunto esqueletal del entierro 1.b debajo del gran fragmento de olla; desconocemos si la introducción de los conjuntos esqueletales constituye un único evento temporal, o si se trató de dos eventos diferentes. Luego se construyó la

línea de piedras que cierran el compartimento y se cubrió la fosa con tierra. Para colocar la olla del entierro 3 en el sector sur de este recinto, se debió cavar un pozo en el depósito de piso alcanzando una profundidad de unos centímetros por debajo del mismo (durante la excavación arqueológica no fue posible detectar esta intervención a partir de la distinción de variaciones en el sedimento). La boca de la olla se encontraba a igual profundidad que el límite superior del piso, y su altura total se corresponde con la potencia de este estrato. La olla, inferimos, pudo haber sido introducida con posterioridad al lapso de uso del espacio como vivienda.

Para realizar el entierro 2, se excavó en el rincón SO del R2 una fosa en sentido E-O, de igual profundidad que el estrato de piso, en la cual se colocó la olla; después se dispuso la línea de piedras que demarcaba el espacio de entierro y se la cubrió con tierra.

El análisis estratigráfico indica que todas las inhumaciones fueron posteriores al abandono de la vivienda, pero no muy alejadas en el tiempo respecto a la finalización del uso del espacio doméstico, ya que se encuentran por debajo del relleno sedimentario depositado con posterioridad a la ocupación.

La interpretación estratigráfica fue puesta en juego con la información que suministraron los fechados radiocarbónicos. Los cuatro fechados (uno del fogón y tres de los entierros) corresponden a tiempos tempranos; por otra parte, existe superposición entre todos ellos, pudiéndose agrupar los fechados de los tres entierros sobre la base de su cercanía temporal (Figura 14). Así, surge que éstos constituyeron eventos posteriores al fogón; a simple vista, se trataría de una diferencia temporal de alrededor de 200 años. Adicionalmente se ensayó la aplicación del Test T (Ward y Wilson 1978) para determinar si los fechados son

Fechados del sitio Soria 2 - Calibración con curva del Hemisferio Sur

Contexto	Cód. Lab.	Años C14 AP	Rango de años calib. 68,2% de probabilidad	Rango de años calib. 95,4% de probabilidad
Entierro 1 - CEBO	AA87351	1730 ± 46	261-425 DC	244-532 DC
Entierro 2	AA87352	1762 ± 46	259-396 DC	180-504 DC
Entierro 3	AA87353	1766 ± 46	257-394 DC	176-433 DC
Área de fogón R1	LP 1541	1940 ± 80	30-235 DC	53 AC-342 DC

Curva de calibración ShCal04 (McCormac et al. 2004); software utilizado OxCal v4.1.5 (Bronk Ramsey 2009)

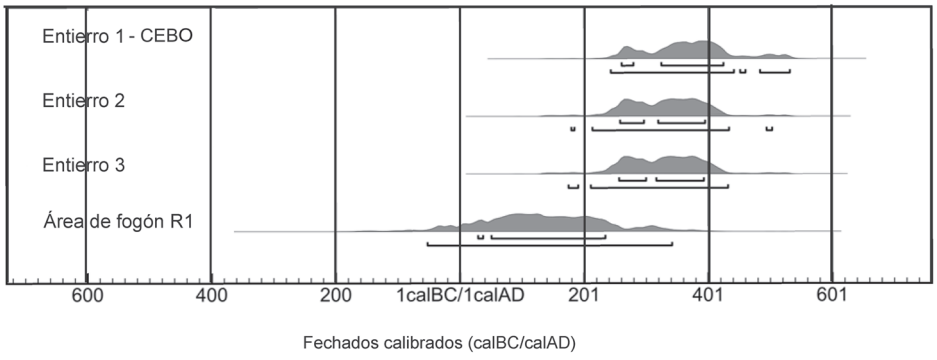


Figura 14. Fechados radiocarbónicos de Soria 2.

estadísticamente indiferenciables. El resultado del test aplicado al fechado del fogón y al promedio de los tres entierros, señala que se trata de eventos diferentes; no así calculando los cuatro fechados de manera conjunta, de lo cual resulta que son indistinguibles. Es fundamental, no obstante, tener en cuenta que el fogón se dató mediante la metodología radiocarbónica convencional, con un desvío estándar de 80 años, mientras que los fechados de las inhumaciones se obtuvieron por AMS, con un desvío estándar de 46 años, por lo cual no son datos estrictamente comparables[2]. Los fechados efectuados apuntalan las conclusiones alcanzadas a través de la revisión estratigráfica respecto a que la conformación del piso y la realización de los entierros representan eventos separados en el tiempo.

DISCUSIÓN 2: VASIJAS PARA LA CASA, VASIJAS PARA LOS MUERTOS

En la apreciación de los objetos cerámicos, consideramos al estilo alfarero como constituido por variables morfológicas, tecnológicas y de diseño integradas, que definen un modo de hacer, contextualizado social e históricamente y producto de la conjunción de decisiones individuales y condicionantes sociales; se trata de aquello que posibilita reconocer a un objeto como parte de un conjunto, vinculado a determinado espacio, tiempo y personas (Miller 1985; Hodder 1990). Los recipientes cerámicos han jugado un papel protagónico en todos los entierros. Si bien, como vimos, las inhumaciones constituyen eventos posteriores a la depositación del piso, se pudo observar que las vasijas presentan afinidades estilísticas con los objetos cerámicos involucrados en las prácticas cotidianas de la casa

El puco pulido que contenía al individuo del entierro 1.a pertenece al conjunto de las alfarerías finas, el cual corresponde, a su vez, a la cuarta parte del material cerámico hallado en el piso (Spano 2008). En esta clase de alfarerías empleadas en la vivienda la forma puco es la más frecuente; ésta es óptima para servir, distribuir y consumir alimentos de distintas consistencias. La alfarería fina es el grupo de cerámicas que suelen abundar en las colecciones museísticas, en virtud de la frecuencia de su hallazgo en tumbas; en este sentido, la presencia del puco pulido se correspondería con el aparente predominio de esta clase de piezas en los contextos funerarios.

Las demás piezas asociadas a los entierros corresponden al conjunto de las alfarerías ordinarias, el cual representa tres cuartas partes de la cerámica vinculada al piso (Spano 2008). Las ollas utilizadas como contenedores o tapa comparten rasgos estilísticos con las alfarerías usadas cotidianamente, como tipos de labios, bordes, bases, asas, pastas, tratamientos de las superficies y color. En un contexto cotidiano, estas vasijas serían más adecuadas para la contención de líquidos que para la cocción de alimentos: las bocas de pequeño diámetro contribuyen a evitar el derrame y la evaporación de fluidos, a la vez que dificultan la introducción de utensilios para revolver preparados culinarios densos; además, no es claro que las manchas de hollín presentes se deban a la exposición al fuego durante el uso culinario o durante su proceso de manufactura. Por otra parte, las tres ollas poseen una sola asa, horizontal (aunque en el caso de la olla asociada al entierro 1, al estar incompleta, desconocemos si pudo haber tenido su par en el fragmento ausente); esta característica condiciona las posibilidades de

[2] La interpretación y evaluación de los fechados fue efectuada con la colaboración de Catriel Greco.

movilidad de las piezas, por lo cual suponemos que pudieron concebirse para ser asentadas firmemente sobre una superficie estable, e inclinadas cada vez que se deseaba verter los líquidos, modo de manipulación, además, particularmente apropiado de acuerdo al diseño cóncavo de las bases y la ubicación superior del asa.

El caso de la olla asociada al entierro 2 es particular, ya que tratándose de una pieza con una boca pequeña, contenía el esqueleto articulado del infante, el cual no pudo haber sido introducido a través de la misma, estando la vasija entera. Quizás existió una rotura producida por un uso previo, o bien pudo romperse intencionalmente en partes grandes para poder introducir los restos articulados con mayor facilidad; luego, el conjunto pudo haber sido sujetado con algún tipo de soga o tiento (cuyas marcas lineales se observan en la superficie externa). Tal vez el recipiente pudo estar cubierto a su vez con telas o tejidos para asegurar la integridad del fardo, si bien no se conservaron evidencias de estos materiales. Para reflexionar sobre estas posibilidades es pertinente recurrir a la referencia de Baldini y colaboradoras (2003) acerca del hallazgo en Las Pirguas de ollas colocadas de modo invertido y con la base rota, potencialmente para introducir los restos humanos; muchas de estas piezas se encontraban reparadas y atadas con cuerdas.

¿Qué aspecto semántico en común alude al mundo cotidiano y al mundo funerario, condensados en la materialidad de estas vasijas ordinarias? Al respecto, resulta de interés la propuesta de Alvarado (1997) del empleo del término *envase* para referirse a grandes vasijas ordinarias usadas tanto para funciones domésticas como para fines funerarios por comunidades mapuches de Chile (arqueológicas y actuales), en el sentido de que se trata de objetos que reciben, contienen y conservan, ya sea los alimentos líquidos consumidos a diario por las personas, como los restos de aquellos que en vida fueron parte de la comunidad. Entendidos de este modo, los contenedores empleados en Soria 2 serían plausibles de recibir, contener y conservar alimentos consumidos por los vivos, y a su vez, recibirían, contendrían y conservarían los restos humanos depositados, generando un espacio de protección para los cuerpos. El hecho de la muerte entonces cambiaría la significación primaria de estos objetos cerámicos, transfiriéndolos a otra clase de uso, pero manteniendo la misma funcionalidad de envase, al constituirse como espacio receptivo (en el caso de los contenedores) o protector (en el caso de la olla-tapa) para que habite el cadáver (Alvarado 1997).

Por otra parte, las similitudes entre las cerámicas rotas del piso y aquellas asociadas a los entierros, plantean un dilema en relación al uso de alfarerías de la misma tradición estilística en un mismo espacio pero en tiempos diferentes, y con usos distintos. Consideramos dos maneras posibles de interpretar estas coincidencias estilísticas. Una consiste en que se hayan mantenido las mismas pautas en la confección de alfarerías a lo largo del tiempo; ante la eventualidad de la muerte de infantes de la comunidad, se habrían seleccionado determinados recipientes del equipo doméstico en uso para reciclarlos y resignificarlos como contenedores de los restos, o bien pudieron elaborarse las vasijas específicamente para su uso funerario. Una segunda posibilidad, no excluyente de la anterior, es que los deudos que enterraron a sus muertos en el lugar que antes fuera una casa, hayan recurrido a vasijas de otros tiempos, conservadas durante generaciones y por ende, valoradas significativamente, como vehículos y a la vez recipientes de la memoria grupal. Esta situación podría haber implicado un doble ejercicio evocativo, es decir, la vuelta a un espacio antiguamente habitado, y la manipulación, arreglo y depósito de objetos del pasado, integrados definitivamente de manera física y simbólica a los muertos de las nuevas generaciones. En su propuesta de una antropología

de la memoria, Severi (2010) destaca la relación entre imágenes y palabras pronunciadas ritualmente integrando ciertas prácticas mnemónicas; existe un modo de construir memoria, vinculado con los rituales y con la formación icónica del conocimiento: las situaciones de ritual generan imágenes complejas que traducen de manera simultánea para las personas participantes, el orden y los rasgos salientes transmitidos por la tradición. Durante los rituales funerarios que tuvieron lugar en la vieja vivienda, quizás los participantes percibieron ciertas imágenes evocativas de tiempos pasados a través de la experiencia de transitar por una casa ya abandonada, de cargar grandes vasijas que tal vez fueron antiguas e invocaban el recuerdo de personas ausentes, para colocar en los rincones de ese lugar los restos de seres que murieron tempranamente. Este escenario de actos evocativos resulta particularmente atractivo de reconstruir; pero considerando la evidencia estratigráfica y artefactual en Soria 2, observamos que no se han distinguido variaciones estilísticas en los conjuntos cerámicos de los distintos niveles del piso, y que las inhumaciones se efectuaron en una época posterior pero cercana al abandono de la vivienda, lo cual avala la hipótesis de una perduración en las pautas estilísticas de elaboración de vasijas. La resolución de esta disyuntiva requiere, en principio, del descubrimiento de otros contextos domésticos contemporáneos al momento de realización de los entierros y/o el seguimiento de un programa de dataciones directas sobre la alfarería (*e. g.*, mediante termoluminicencia).

Hemos podido ver que las ollas que intervienen en los entierros de Soria 2 poseen aspectos singulares; no hallamos antecedentes publicados de esta clase de ollas ordinarias esferoidales u ovoidales con una única asa de doble inserción horizontal, ubicada en el hombro de la vasija. El análisis de las libretas inéditas de V. Weiser y F. Wolters fue particularmente revelador, pues nos permitió reconocer en los dibujos de planta y corte de la VI expedición (1923-1924) el hallazgo en la Quebrada de Chiquimil (Shiquimil) de cuatro ollas con un asa, de forma, tamaño y proporciones semejantes. Dos ejemplares se excavaron en el paraje "El Rincón", no tenían tapa ni restos en su interior (Figura 15). Otros dos, se registraron en el "Campo de Tilica", en este caso las vasijas estaban tapadas con sendas piedras chatas y tampoco conservaban contenido (Figura 16). Las cuatro piezas se encontraron fragmentadas y sólo a una se le asignó numeración de campo (161), aunque no recibió número de colección, y se desconoce el destino de esta vasija; las tres restantes fueron con alta probabilidad abandonadas en el lugar. A pesar de que no contamos con los objetos para efectuar comparaciones con los de Soria 2 este documento aporta información de sumo interés. La ausencia de restos esqueletales en estos casos nos llama la atención y lleva a preguntarnos si se trata de urnas funerarias cuyos restos no se conservaron, ofrendas sin contenido mortuorio o vasijas abandonadas in situ en un espacio doméstico. Esperamos que futuras investigaciones permitan esclarecer estas preguntas. Hasta el momento todos los ejemplares de este tipo de vasija conocidos se concentran en el sector oriental del sur de Yocavil, en las zonas de Shiquimil y Andalhuala.

Figura 15. Hallazgos de ollas ordinarias tempranas en el paraje "Rincón", en la quebrada de Chiquimil (Shiquimil). Según dibujos en Libreta 25, Weiser y Wolters, pp. 37 (1923-1924).

Figura 16. Hallazgos de ollas ordinarias tempranas en Tilica, en la quebrada de Chiquimil (Shiquimil). Según dibujos en Libreta 25, Weiser y Wolters, pp. 38 (1923-1924).

DISCUSIÓN 3: EL ACOMPAÑAMIENTO FUNERARIO, LA AMALGAMA ENTRE LO DOMÉSTICO Y LO EXTRAORDINARIO

Una inspección comparativa entre los acompañamientos de los entierros revela un desbalance entre los mismos en cuanto a la cantidad de objetos incluidos: el entierro 2 es el que reúne el mayor número; al entierro 1 le corresponde un objeto lítico de asociación totalmente segura, sumado a otros ítems de vinculación tentativa; y el entierro 3 no presenta ningún objeto indudablemente asociado. Si bien las dificultades para establecer las asociaciones impiden un análisis cuantitativo y cualitativo detallado, puede resultar de interés plantear algunas consideraciones.

Resulta llamativa la cantidad de ítems vinculados al entierro 2. Cabe aclarar que se trata de objetos pequeños o "modestos", que difícilmente se habrían considerado museables o coleccionables a comienzos del siglo XX. En esta inhumación, la evocación de lo doméstico se objetiva en la colocación de ciertos elementos en el interior de la olla. En primer lugar, nos referimos a las esferas de arcilla con agregado de abundante mica y cuarzo, antiplásticos empleados en la confección de vasijas ordinarias usadas en la vivienda. Al igual que las piezas utilizadas en las inhumaciones, la presencia de estas masas puede ser interpretada como un indicador de la prolongación en el tiempo de un modo de hacer cerámica que estuvo vigente en los momentos de ocupación del sitio. Segundo, el artefacto de hueso con dientes triangulares regulares en un extremo; este rasgo nos hace pensar que podría tratarse de un instrumento de punta múltiple empleado para efectuar trazos en la superficie de la arcilla durante el proceso de elaboración de una vasija (por ejemplo, incisiones o grabados de líneas paralelas). Tercero, el rollo de arcilla cocida; el mismo conserva huellas de haber sido modelado manualmente. El factor común que relaciona estos elementos es su vinculación con el proceso de fabricación de objetos cerámicos: mediante el ritual funerario quizás se estaría delineando una evocación de distintos momentos de la producción alfarera: la preparación de las arcillas, el amasado, el modelado y el tratamiento de la superficie.

A otro orden de cosas pueden pertenecer las placas de mica asociadas a este entierro. Las mismas poseen la propiedad física de reflejar la luz; artefactos semejantes fueron hallados en sitios tempranos de Campo del Pucará, e interpretados como espejos (Tartusi y Núñez Regueiro 2010). También se encontró un espejo de mica dentro de una cista, ubicada en un patio de Tafí (Berberián y Nielsen 1988). En nuestro caso, los espejos no debieron ser objetos de uso personal del difunto, en virtud de su corta edad; pero cabe la posibilidad de que hayan tenido alguna funcionalidad ritual vinculada con sus propiedades reflexivas. Por otra parte, resulta llamativa la colocación de carbones en las adyacencias del cuerpo; algunos antecedentes de hallazgos de carbón o ceniza en entierros han sido sintetizados por Baldini y Baffi (2003), quienes señalan que su presencia podría ser resultado de prácticas incluidas en los rituales funerarios que involucraran fuego. Por último, la cuenta de collar de este entierro constituye el único ornamento personal identificado en el conjunto de las inhumaciones, aunque no necesariamente pudo cumplir esta función.

En el entierro 1.b, la memoria de las prácticas cotidianas se materializa en la depositación de la herramienta de andesita, bajo la media olla. Se han hallado materiales similares en cuanto a materia prima y diseño en el equipo artefactual del piso de ocupación de la casa. La andesita, un recurso disponible en el entorno inmediato de la vivienda, fue la materia prima empleada con mayor frecuencia; como tal, formó parte de la cotidianeidad de las personas

que habitaron este espacio, desde la instancia de la talla hasta las distintas circunstancias de uso de los objetos confeccionados (Carbonelli 2009). La inclusión del instrumento en el ritual funerario alude a prácticas que conformaron el ritmo diario de la casa cuando era un lugar de los vivos, que son rememoradas estando el espacio ya abandonado y transformado en ámbito de los muertos.

Si bien su adscripción al entierro 1.b no es del todo certera, queremos detenernos en el fragmento cerámico con pintura postcocción; se trata de la representación naturalista mediante modelado de la cabeza y parte del cuerpo de un animal, tal vez un murciélago (dado el ancho del hocico y la separación entre los ojos). En el piso de ocupación de la casa se encontraron fragmentos de pucos con manifestaciones plásticas semejantes (Spano 2008); este modo de representación pudo formar parte de un código expresivo vigente a lo largo del tiempo, que involucró a las personas que vivieron en la casa, y a aquellas que participaron del ritual de entierro. Por otra parte, sobre la superficie interna del fragmento se trazaron líneas irregulares y superpuestas con un pigmento de color rojo; en el contexto doméstico del sitio esta técnica se registró solamente en hornillos de pipas. En el sitio puneño de Tebenquiche, el uso de pintura postcocción en vasijas asociadas a tumbas y en materiales hallados en contextos de descarte, ha sido interpretado como un demarcador ritual que señalaba la culminación de su intervención en las prácticas cotidianas, y su nueva pertenencia a una esfera trascendental (Haber 2006). En Soria 2, la inclusión del zoomorfo como acompañamiento sugeriría que pudo haber existido una valoración especial de ciertas alfarerías, resignificadas en la funebria; las marcas de pintura quizás pudieron constituir una manifestación visual de esa resignificación. También pudo ser escogido ese fragmento especial para incluirlo en el entierro precisamente por poseer decoración modelada y pintada.

A modo de balance sobre esta revisión, surgen algunas ideas. En primer lugar, la decisión de enterrar a estos subadultos con acompañamiento indica que pese a su muerte temprana, existió una valoración social de los mismos. Esto se manifiesta de manera especial en el entierro 2, en el cual además de la cantidad de ítems vinculados, existió una cuidada colocación de los mismos en el espacio funerario. Por otra parte, es evidente el predominio de elementos que conectaban las inhumaciones con el mundo de las prácticas cotidianas: el tiempo social en el cual el espacio fue una casa se materializó no sólo en los restos de las actividades diarias, sino también en las tumbas, recordado mediante objetos que remiten a acciones cotidianas, como la fabricación de vasijas o el trabajo con instrumentos de piedra. Las tumbas, entonces, resultan lugares de reconocimiento de los deudos hacia los pequeños, y a la vez, espacios en los cuales se condensa la memoria de la reproducción social de la casa.

DISCUSIÓN 4: APORTES DEL ESTUDIO BIOARQUEOLÓGICO Y EL CASO DE LOS ENTIERROS SECUNDARIOS

En la muestra considerada, integrada por un mínimo de cuatro individuos subadultos, se identificaron las categorías de *infante* (entierros 1.b, 2 y 3)[3] y *niño* (entierro 1.a), sensu Bogin (1995). En un trabajo previo (Spano *et al.* 2014) hemos ofrecido numerosos datos acerca de

[3] Con las salvedades expuestas para el entierro 3.

las características de la muestra bioarqueológica. En esta oportunidad rescataremos algunos puntos de interés para la discusión central de este artículo.

A partir del examen macroscópico y radiológico no se pudo determinar en ningún caso la causa de muerte de los individuos. En cuanto a la preservación de la muestra, es de destacar la alta presencia de elementos esqueletales en los casos de entierros en urnas. En el entierro 2 se encontró el 65% de los elementos esperados para un neonato, mientras que su grado de fragmentación es alto. En el entierro 3 se recuperó el 47% de los elementos esqueletales esperados, con una cantidad total de fragmentos menor al entierro 2.

La cantidad de elementos hallados contrasta notablemente con los recuperados en el entierro 1 (a y b). El escaso número de partes esqueletales recuperado en ambos conjuntos de este entierro, el hecho de que las partes faltantes no son precisamente las más frágiles, así como su disposición desordenada en el caso de 1.b, permiten plantear que se trata de un entierro secundario. Esta modalidad, a diferencia de la de entierro primario, está compuesta por dos etapas esenciales entre las cuales transcurre un lapso de tiempo. En la primera, el cuerpo se descompone naturalmente a través de su exposición o entierro temporal, o bien la carne es eliminada de manera intencional recurriendo al descarne mecánico y desarticulación, al canibalismo o a la incineración. En una segunda etapa, los restos o parte de ellos son trasladados y enterrados –de manera definitiva o no– (Chénier 2009). En los restos recuperados del entierro 1 no se observaron marcas de corte indicadoras de descarne o desarticulación, tampoco marcas de quemado, con lo cual no podemos afirmar que se hayan efectuado dichas acciones y nos inclinamos a pensar en una práctica de recuperación de los restos de entierros anteriores. En relación a la segunda etapa, la depositación de los huesos en el locus funerario implicó un transporte desde una locación o locaciones ubicadas a distancias desconocidas.

En la actualidad sólo se conoce un antecedente de entierros secundarios para épocas tempranas del valle de Yocavil. Éste se encuentra en el sitio Bajo los Cardones, Quebrada de Amaicha, y se trata de un adulto masculino en una cista; si bien esta inhumación es de tiempos pre tardíos, tiene una edad radiocarbónica mínima calibrada a 1 sigma de 686 D.C. (Chiappe Sánchez 2010), es decir, es mucho más moderno que los entierros de Soria 2. Para el vecino sector del valle del Cajón se ha reportado el hallazgo de restos aislados de al menos tres individuos (un adulto, un individuo de edad indeterminada pero posiblemente adulto y un subadulto de pocos meses) muy cerca de un entierro primario de subadulto; la presencia de dichos restos podría constituir un vestigio de prácticas de traslado (Cortés 2010). Existen referencias contemporáneas para otras áreas del Noroeste Argentino, como por ejemplo Las Pirguas (Baldini *et al.* 2003), Campo del Pucará (Roldán *et al.* 2009), el valle del río San Francisco (Ortiz y Nieva 2011) o la región puneña (Babot *et al.* 2009).

Ampliando la búsqueda a sitios de otros tiempos, son interesantes las menciones a entierros secundarios en contextos más antiguos de cazadores-recolectores móviles puneños (Aschero 2007), en algunos de los cuales los restos fueron colocados en el interior de bolsas o conformando fardos o paquetes. En nuestros casos no se recuperaron vestigios de contenedores usados para el transporte de los restos humanos (tejidos, fibras vegetales, cuero, etc.), lo cual puede deberse a que tales implementos no se hayan empleado, a que efectivamente se hayan usado pero no hayan sido depositados en el espacio de entierro, o simplemente a factores de mala preservación de materiales orgánicos.

CONCLUSIONES: TIEMPOS DE VIDA, ABANDONO, MEMORIA Y OLVIDO

En las secciones anteriores discutimos evidencia acerca de la sucesión de eventos ocurridos en la casa, el rol de los objetos involucrados en los entierros y los sujetos inhumados; a partir de estas discusiones, planteamos algunas reflexiones.

Soria 2 constituye un lugar de fusión de distintas dimensiones de significación de la casa, en tanto reguladora de las prácticas cotidianas (Bourdieu 1977) y como ámbito simbólico de reproducción de la memoria. En el acto de regresar a un lugar anteriormente habitado para enterrar a los muertos, se resignificó el espacio, antes doméstico, ahora funerario. Para otros contextos habitacionales cercanos y contemporáneos se ha planteado la coexistencia en el tiempo del espacio de los vivos y el de los muertos; tal es el caso de viviendas en Tafí, en cuyos recintos centrales se ubicaban cistas conteniendo restos de individuos con acompañamiento, cuyas tapas de falsa bóveda sobresalían por encima del piso de ocupación y por ende, visiblemente demarcadas, formaban parte de la dinámica cotidiana (Berberián y Nielsen 1988; Salazar *et al.* 2011); esta situación ha sido interpretada como un evento de conmemoración de los ancestros por parte de los habitantes de la casa (Salazar *et al.* 2011). En cambio, en Soria 2 diferentes tiempos de vida y de muerte se condensan en un mismo lugar físico.

Sería interesante, aunque muy difícil, precisar el lugar en el que residían las personas que enterraron a sus muertos en la casa abandonada; por el momento el conocimiento que tenemos sobre las mismas se basa en su comportamiento ante la muerte. Pero, si entendemos al entierro como el producto de actos ejecutados por personas vivas, es decir, como construcción social, su estudio permite alcanzar una mayor comprensión acerca de la sociedad que lo produjo (Parker Pearson 2000). Las vasijas involucradas en las inhumaciones, conservadas desde tiempos pasados o elaboradas siguiendo estilos perdurables, constituyen segmentos del mundo cotidiano que nos acercan quizás a las prácticas diarias de otra casa que desconocemos, y a los diversos órdenes de usos para los cuales se concebía a los recipientes. La perduración de un modo de hacer vasijas también constituye una expresión de la memoria social, mediante la transmisión a lo largo de generaciones de saberes y hábitos significativos para la reproducción doméstica, los cuales conforman la tradición.

El hecho de que los difuntos sean infantes o niños pequeños nos lleva a reflexionar acerca del alcance temporal que pudo haber tenido la memoria de estas muertes entre los deudos, y sobre su impacto a una escala social más extendida. En comunidades aldeanas no jerarquizadas, las muertes tempranas pudieron tener una trascendencia acotada al entorno del hogar, ya que los perinatos, en particular, no alcanzaron a interactuar en la comunidad; la memoria de estas muertes permanecería así en la esfera del grupo familiar. En este sentido, no habrían tenido un estatus ancestral en la medida en que no habría sido posible una conmemoración de su existencia basada en su descendencia (Waterman y Thomas 2011). Por otra parte, la casa es un importante espacio de socialización de los niños: es en la casa donde transcurren sus primeros años de vida en contacto con la madre, y aprenden hábitos y habilidades de sus mayores; y es la casa el locus que se erige como ámbito de protección y morada definitiva, en la muerte. Tanto los entierros en el espacio doméstico como la alusión a actividades cotidianas en los acompañamientos recrean en cierta manera la pertenencia de los pequeños a la casa y a la familia. De este modo, paradójicamente, el entierro de estos cuerpos contenidos por los muros de la casa, de algún modo los inscribe en el entramado

social (De Lucía 2010), haciéndolos parte de la casa en tanto eje de la continuidad de la comunidad.

Es interesante el caso del entierro 1, que involucra restos de, al menos, dos sujetos depositados secundariamente; podemos pensar en la eventual existencia de dos instancias de memoria: por un lado, el recuerdo del lugar o de los lugares donde estarían enterrados originalmente los cuerpos, y por otro, el del espacio al que se los trasladó de manera definitiva, la casa. Si existió un vínculo parental entre estos dos individuos, y entre ellos con los infantes inhumados en las ollas, no lo sabemos; el parentesco es un factor a considerar en los intentos por explicar la realización de los tres entierros en este espacio. Se han efectuado estudios de ADN antiguo sobre los restos humanos, para contar con más herramientas de análisis para discutir estas posibilidades; lamentablemente los procedimientos para extracción del mismo no han sido exitosos. Más allá del posible vínculo genético, el sentido de pertenencia grupal hacia este espacio por parte de las personas que llevaron a cabo las inhumaciones podría explicar la manipulación, el traslado y la inhumación definitiva de los restos de los entierros 1.a y 1.b. Teniendo en cuenta los aspectos generales que definen a un entierro secundario, y las características de ambos entierros en particular, podemos pensar en las tensiones entre las diferentes escalas de identidad –individual y grupal– que pudieron haberse producido como parte de las negociaciones entre los vivos al considerar la manipulación y traslado de los restos[4]: quizás los difuntos enterrados en otro lado *debieron* ser trasladados a la casa. En este sentido, cada muerte individual pudo ser en alguna instancia incorporada a estrategias tendientes a reforzar la relación grupal con este lugar (Chénier 2009).

Por otra parte, el hecho de que se hayan construido líneas de piedra que operaron como demarcadores visuales en las áreas de los entierros 1 y 2 supone una intervención y modificación de la configuración arquitectónica original de la casa, sumando rasgos perdurables y significativos que alteraron, de algún modo, la fisonomía doméstica. Esta alteración, a su vez, hizo de la casa ya abandonada un escenario donde se materializó la dinámica de la comunidad, por la cual las personas transforman, conservan y resignifican los espacios como parte del proceso de reproducción social. Asimismo, esta demarcación le confiere a las prácticas funerarias visibilidad y persistencia en el tiempo, inscribiéndolas en el conjunto de pautas mortuorias compartidas por la comunidad, esto es, codificando un modo de hacer para el ritual funerario, de manera que pueda ser visto, reconocido y recreado por otros miembros del grupo a través de las generaciones. Contrariamente, la ausencia de demarcadores en el entierro 3 sugiere que la visibilidad del contexto pudo depender solamente de la memoria de aquellas personas que participaron del ritual. La existencia de estas modalidades de entierro no excluye que en el ámbito aldeano se hayan practicado otras clases de inhumaciones, ya sea destinadas a niños o a adultos; de hecho, en las cercanías de Soria 2 se halló una cista circular saqueada, con muros de piedra (de aproximadamente 1,05 m de profundidad, 85 cm de largo por 70 cm de ancho), de cronología desconocida. Hasta el momento no hemos identificado espacios funerarios segregados de cronología temprana; sin embargo, los relevamientos a escala de la terraza permitieron el registro de pequeñas estructuras, de 1,5 m de diámetro aproximado (dimensiones que restringen otras funciones

[4] Aludimos a la identidad del cuerpo de los difuntos en tanto individuos específicos y a la vez, miembros de un colectivo social (grupo familiar, de linaje, comunal, entre otras posibilidades).

posibles), asociadas a rasgos topográficos sobresalientes como la cima de promontorios naturales o bloques pétreos de considerable tamaño (Álvarez Larrain y Lanzelotti 2013), las cuales podrían tener una funcionalidad de tipo funerario.

Los motivos del abandono de la casa son inciertos; más aún, si se trató de un evento que comprometió solamente a ese espacio o si tuvo un alcance a escala de otras unidades domésticas. El abandono de lugares residenciales por parte de sociedades agropastoriles de ambientes semiáridos, ha sido planteado como una estrategia de uso de la tierra en el interior de un mismo territorio; estos planteos requieren vincular patrones de movimiento a escala local y regional (Nelson y Hegmon 2001). Sólo en la medida en que se desarrollen más excavaciones en Andalhuala, podremos contar con más elementos para discutir este punto[5]. Tal vez los habitantes de la casa decidieron irse para residir en otra vivienda, y efectuaron los entierros seguidamente al abandono o algún tiempo después, como una suerte de sello que simbolizaba la clausura del hogar, y a la vez, como una manera de demarcar el espacio antiguamente habitado, ahora transformado en *casa* para sus muertos. De ser ése el caso, el lugar pudo continuar siendo parte de la vida cotidiana de esas personas, ya no como ámbito de reproducción doméstica, sino como un espacio de conmemoración de los difuntos con el cual estar en contacto. Quizás existió un abandono más generalizado, que involucró a habitantes de otras casas desplazándose hacia otros espacios; en ese caso, los actos de inhumación podrían tener una connotación territorial, objetivando en el entierro de los pequeños el lazo histórico de las personas con la casa, y eventualmente con la tierra, preservando sobre ellas derechos socialmente pautados.

Gran parte de los bloques pertenecientes a la edificación de la casa pudo haber sido removida cuando el lugar se acondicionó para las prácticas productivas posteriores, hecho que ocurrió en algún momento después de los entierros; de este modo, las hiladas de piedra del muro registradas en la planta arquitectónica podrían corresponder sólo a su segmento inferior[6]. Esto nos lleva a pensar que la gente que reconfiguró el paisaje en tiempos tardíos, pudo no reconocer el lugar como espacio de sus antepasados. La memoria colectiva se inscribe en el paisaje a partir de los objetos y las edificaciones que allí se encuentran. En este sentido, dichas modificaciones pudieron resultar en una pérdida del vínculo con el pasado que este lugar representa.

Dado que la cultura material juega un rol central en la conformación y la reproducción de la memoria colectiva, la cual posee siempre una dimensión política (Nielsen 2010), es factible que los cambios acontecidos en tiempos tardíos con la conformación de unidades jerarquizadas, hayan implicado la alteración o el simple desinterés por la materialidad temprana, en la cual se plasmó la memoria de la gente que habitó la terraza en los tiempos de Soria 2. La reocupación del mismo espacio en épocas posteriores a partir de un modo de habitar diferente implica un desafío para avanzar en el conocimiento del espacio aldeano temprano y sus prácticas de vida y de muerte.

---

[5] Un sondeo reciente en la terraza de Andalhuala Banda, realizado junto a un muro, en el interior de un recinto de características arquitectónicas similares a las de Soria 2, dio como resultado el hallazgo de un entierro de tiempos tempranos de subadulto en una vasija ordinaria, de estilo semejante a las aquí descritas (Álvarez Larrain *et al.* 2015).

[6] No obstante hay que considerar también que dichos muros pudieron construirse con bases de piedra y superestructuras de otros materiales.

Lo que subyace en estas reflexiones, en definitiva, es la objetivación de distintos tiempos sociales: tiempos de vida, de abandono, de memoria, de olvido o de reelaboración del sentido de pertenencia grupal e histórica. Cada acto social –preparar la comida, modelar una vasija, tallar un instrumento, decidir el abandono de una casa, parir hijos, enterrar a los difuntos, recrear, en fin, el ciclo de la vida– está atravesado de manera simultánea por diferentes temporalidades: la ocasión o evento de la acción, la historia de vida de las personas y el tiempo de la estructura social (Shanks y Tilley 1987). Tanto a través de la ritualización del ámbito de la casa como mediante la colocación de objetos de la vida diaria en los entierros, se expresa la indisoluble amalgama entre lo cotidiano y lo extraordinario que atravesó la vida de las comunidades agropastoriles de Yocavil, y el entramado complejo de prácticas y tiempos sociales materializados en los restos arqueológicos de Soria 2.

Vasijas rotas en decenas de pedazos. Piedras que fueron armas y herramientas. Restos de animales que fueron vida. Frágiles huesos de un recién nacido cobijados dentro de una olla. Paredes que encierran tumbas. Escondidos entre los muros en ruinas de una casa, resisten fragmentos de memoria.

AGRADECIMIENTOS

La identificación de la fauna y los artefactos líticos fue realizada por Carlos Belotti y Juan Carbonelli, respectivamente. También agradecemos a Verónica Lema y a Sonia Lanzelotti por su colaboración en la inspección de materiales asociados a los entierros, y a Luis Bosio, Norberto López Ramos, Inés Baffi y Marta Maldonado, por su orientación en el análisis bioarqueológico. Agradecemos la colaboración de Catriel Greco en la interpretación de los fechados. Las campañas arqueológicas y los análisis técnicos requeridos fueron posibles gracias al financiamiento de los proyectos PICT04-12163, PICT19-34511, PID-CONICET2218, PIP6148 y UBACYTF029, dirigidos por Myriam Tarragó y Luis González.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albeck, M. E.
2000 La vida agraria en los Andes del Sur. En Nueva Historia Argentina: I. *Los Pueblos Originarios y la Conquista*, editado por M. N. Tarragó, pp. 187-228. Sudamericana, Buenos Aires.

Alvarado, M.
1997 La tradición de los grandes cántaros: reflexiones para una estética del "envase". *Aisthesis* 30:105-123.

Álvarez Larrain, A. y S. Lanzelotti
2013 Habitar y cultivar en el este del valle de Yocavil. En *La Espacialidad en Arqueología. Enfoques, métodos y aplicación*, editado por I. Gordillo y J. M. Vaquer, pp. 151-190. Editorial Abya-Yala, Quito.

Álvarez Larrain, A., R. C. Spano y M. S. Grimoldi
2015 *Soria 3. Nuevas evidencias de la ocupación aldeana temprana en Yocavil, Noroeste Argentino. Un ejercicio interpretativo*. Ms. en reserva Proyecto Arqueológico Yocavil, Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti", FFyL, UBA, Bs. As.

Aschero, C. A.
2007 Íconos, *huancas* y complejidad en la Puna Sur Argentina. En *Producción y circulación prehispánica de bienes en el sur andino*, editado por A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vásquez y P. H. Mercolli, pp. 135-165. Brujas, Córdoba.

Babot, M. d. P., L. G. González Baroni, S. V. Urquiza, M. G. Aguirre, M. G. Colaneri, S. Hocsman y M. C. Haros
2009 Dinámicas de formación y transformación de un entierro en el desierto puneño (Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina). *Intersecciones en Antropología* 10:183-201.

Baldini, L. y E. I. Baffi
2003 Niños en vasijas. Entierros tardíos del valle Calchaquí (Salta). *Runa* 24:43-62.

Baldini, M., E. I. Baffi, M. T. Salaberry y M. F. Torres
2003 Candelaria: una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de Las Pirguas y El Alto del Rodeo (Dto. Guachipas, Salta, Argentina). En *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 131-151. EdiUnJu, San Salvador de Jujuy.

Berberián, E. y A. Nielsen
1988 Análisis funcional de una unidad doméstica de la etapa Formativa en el Valle de

Tafí. En *Sistemas de Asentamientos Prehispánicos en el Valle de Tafí*, editado por E. Berberián, pp. 53-67. Editorial Comechingonia, Córdoba.

Bogin, B.
1995 Growth and development: recent evolutionary and biocultural research. En *Biological Anthropology. The state of the science*, editado por N. T. Boaz y L. D. Wolfe, pp. 49-70. International Institute for Human Evolutionary Research Bend, Oregon.

Bourdieu, P.
1977 *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.

Bronk Ramsey, Ch.
2009 Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51 (1):337-360.

Carbonelli, J. P.
2009 Interacciones cotidianas entre materias primas y sujetos sociales en el Valle de Yocavil. El caso del sitio Soria 2 (Andalhuala, Pcia. de Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Cortés, L. I.
2005 Contextos Funerarios del Período Formativo: aportes desde una comparación entre los valles y las yungas. Tesis de Licenciatura no publicada, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2010 Cuerpos en contraste: reflexiones sobre el tratamiento de los difuntos en dos entierros de 3.000 años A.P. (Valle del Cajón, Noroeste Argentino). *Revista del Museo de Antropología* 3:5-12.

Chénier, A.
2009 Bones, people and communities: Tensions between individual and corporate identities in secondary burial ritual. *Nexus: The Canadian Student Journal of Anthropology* 21:27-40.

Chiappe Sánchez, N. R.
2010 Construir, significar, perpetuar… lugares para la muerte, espacios de la vida cotidiana. *Arqueología* 16:35-58.

De Lucía, K.
2010 A child's house: social memory, identity, and the construction of childhood in Early Postclassic Mexican households. *American Anthropologist* 112 (4):607-624.

Haber, A. F.
2006 *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C.* Universidad del Cauca & Jorge Sarmiento, Córdoba.

Hodder, I.
1990 Style as historical quality. En *The uses of style in archaeology*, editado por M. Conkey y C. Hastorf, pp. 44-51. Cambridge University Press, Cambridge.

Ledesma, R. E.
2006-2007 Integración de sitios con arte rupestre y su territorio en la microrregión Cafayate (provincia de Salta). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 21:115-131.

Lewis, M.
2007 *The bioarchaeology of children: perspectives from biological and forensic anthropology*. Cambridge University Press, Cambridge.

Mc Cormac, F. G., A. G. Hogg, P. G. Blackwell, C. E. Buck, T. F. G. Higham y P. J. Reimer
2004 SHCal04 Southern Hemisphere calibration, 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon* 46 (3):1087-1092.

Miller, D.
1985 *Artefacts as categories. A study of ceramic variability in Central India*. Cambridge University Press, Cambridge.

Nelson, M. C. y M. Hegmon
2001 Abandonment is not as it seems: an approach to the relationship between site and regional abandonment. *American Antiquity* 66 (2):213-135.

Nielsen, A. E.
2010 Las *chullpas* son ancestros: Paisaje y memoria en el altiplano sur andino (Potosí, Bolivia). En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M. E. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 329-349. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Ortiz, G. y L. Nieva
2011 Prácticas mortuorias en las poblaciones tempranas del valle del río San Francisco (prov. de Jujuy, Argentina). *Comechingonia* 14:55-73.

Palamarczuk, V., R. Spano, F. Weber, D. Magnifico, S. López y M. Manasiewicz
2007 Soria 2. Apuntes sobre un sitio Formativo en el Valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8:121-134.

Parker Pearson, M. P.
2000 *The archaeology of death and burial*. Sutton Publishing Ltd., Stroud.

Pelissero, N. y H. A. Difrieri
1981 *Quilmes*. Editorial Gobierno de la Provincia de Tucumán, Tucumán.

Roldán, J., M. M. Sampietro Vattuone y V. A. Núñez Regueiro
2009 Tras 50 años de bioantropología en Campo del Pucará (Catamarca, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 39 (2):17-39.

Rosso, C. y R. Spano
2005-2006 Evidencias del uso de alucinógenos en pipas halladas en dos sitios tempranos de los Valles Calchaquíes. *Arqueología* 13:79-98.

Salazar, J., V. Franco Salvi y E. Berberián
2011 Una aproximación a la sacralidad de los espacios domésticos del primer milenio en Valle de Tafí (Noroeste Argentino). *Revista Española de Antropología Americana* 41 (1):9-26.

Scattolin, M. C.
2010 La organización del hábitat precalchaquí (500 a.C. - 1000 d.C.). En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M. E. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 13-51. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Pereyra Domingorena y L. I. Cortés
2005 La señora de los anillos, entre otras tumbas presantamarianas de Yocavil. *Intersecciones en Antropología* 6:29-41.

Scheuer, L. y S. Black
2000 *Developmental juvenile osteology*. Academic Press, San Diego.

Severi, C.
2010 *El sendero y la voz. Una antropología de la memoria*. Grupo Editorial Sb, Buenos Aires.

Shanks, M. y C. Tilley
1987 *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge.

Spano, R. C.
2008 Indagaciones sobre las sociedades aldeanas del Valle de Yocavil; análisis de la alfarería fina del sitio Soria 2 (Andalhuala, pcia. de Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Spano, R., M. S. Grimoldi y V. Palamarczuk
2014 Morir temprano. Entierros de infantes en un espacio doméstico formativo del valle de Yocavil, Noroeste Argentino. *Estudios. Antropología - Historia (Nueva Serie)* 2:141-173.

Stenborg, P. y A. Muñoz
1999 *Masked Histories.A Re-examination of the Rodolfo Schreiter Collection from Northwestern Argentina*. Etnologiska Studier Vol. 43, Göteborg.

Tarragó, M. N. y M. C. Scattolin
1999 La problemática del período Formativo en el Valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1:142-153. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Tartusi, M. R. A. y V. A. Núñez Regueiro
2010 Espejos dieléctricos interferenciales del Formativo del Noroeste Argentino. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 2:69-78. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

Ubelaker, D.
1978 *Human skeletal remains, excavation, analysis, interpretation*. Aldine, Chicago.

Ward, G. K. y S. R. Wilson
1978 Procedures for combining radiocarbon age determinations: a critique. *Archaeometry* 20 (1):19-31.

Waterman, A. J. y J. T. Thomas
2011 When the bough breaks: childhood mortality and burial practice in Late Neolithic Atlantic Europe. *Oxford Journal of Archaeology* 30 (2):165-183.

Weaver, D. S.
1979 Application of the likelihood ratio test to age estimation using the infant and child temporal bone. *American Journal of Physical Anthropology* 50:263-270.

Weiser, V. y F. Wolters
1923-1924 Cuadernos y libretas de la Colección Benjamín Muñiz Barreto. Libretas 23, 24 y 25. VI Expedición. Ms. en archivo, División Arqueología, Museo de La Plata, La Plata.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones – 519-548

A LA LUZ DEL HOGAR: VESTIGIOS DE LA COMUNIDAD DOMÉSTICA FORMATIVA EN EL SITIO SORIA 2, VALLE DE YOCAVIL (CATAMARCA)

Liliana J. Baigorria Di Scala[*], Carlos R. Belotti de Medina[*],
Juan P. Carbonelli[*] y Erico G. Gaál[*]

ABSTRACT

In this paper we will share the conclusions of various lines of research that are being developed at the Soria 2 site (Andalhuala, Southeast of Yocavil valley, Catamarca). The site is a residential unit composed of at least two rooms. Contemporary archaeological strata, dated circa 1940 ± 80 RCYBP, have been uncovered in both structures. These have been interpreted as remains of an occupancy floor belonging to the Formative period of Northwest Argentina (ca. X B.C. to VI A.D.). The chapter synthesizes and discusses data fromvarious thesis and papers generated throughout our ongoing research project. It focuseson how everyday past practices, such as feeding or tool manufacture (ceramics, lithics, etc.,) contributed to the reproduction of the material conditions of life in this household structure. The authors subscribe to different theoretical positions, such as phenomenology, behavioural ecology and historical materialism. The chapter offers an integrative approach around the concept of social reproduction –understood as the causal nexus between practices– which gives some continuity to the relationships constitutive of a social totality.

***Keywords**: Formative – Social Reproduction – Domestic Community – Yocavil*

[*] Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti" (FFyL, UBA) - CONICET.

INTRODUCCIÓN

En este artículo presentamos los resultados de distintas líneas de investigación que se vienen desarrollando en el sitio Soria 2, en Andalhuala, SE del valle de Yocavil (Catamarca). El sitio es una unidad residencial compuesta por un mínimo de dos recintos. Ambos recintos fueron excavados parcialmente, registrándose una estratigrafía similar. Se detectaron así dos depósitos arqueológicos coetáneos, uno por cada habitación, que a partir de los fechados realizados y del estudio de los conjuntos cerámicos pueden asignarse al período Formativo (*ca.* siglos X A.C. a VI D.C.) del Noroeste argentino (NOA). Los primeros siglos del Formativo corresponden al establecimiento y la lenta diseminación de las comunidades aldeanas en el Noroeste.

Lo específico del Formativo sería la visibilidad arqueológica de un nuevo modo de vida en diversos puntos del continente americano y que coincide a *grosso modo* con el Holoceno Superior, entre cuyas propiedades básicas se encuentran la explotación de animales y plantas domésticas, la utilización de manufacturas como la cerámica, la metalurgia y cierto grado de sedentarismo. En publicaciones anteriores, uno de los autores propuso retomar algunas hipótesis de la arqueología social e incluir a las sociedades formativas en la Formación Económico Social (FES) y Modo de Producción (MP) Tribal (Vargas 1985, 1897; Sarmiento 1986; Bate 1998). La fase inicial o aldeana igualitaria de la FES tribal corresponde a sociedades sedentarias con un determinado desarrollo de las tecnologías de producción de alimentos o almacenamiento. Durante esta etapa la comunidad doméstica (sensu Meillassoux 1977) debió dominar el proceso de reproducción social, teniendo a su cargo la producción de sus medios de subsistencia. Esto hace de las unidades residenciales, de la casa, el locus privilegiado de las actividades productivas y reproductivas, así como del proceso de enculturación por el que los individuos adquieren conocimientos y creencias tradicionales, e incluso disposiciones corporales y perceptuales.

El objetivo principal que persigue el presente artículo es brindar una imagen global de las actividades que desplegaron los habitantes del sitio, en la medida que estas puedan ser reconstruidas por la arqueología. Consideramos a la unidad residencial como un microcosmos sociocultural, un vértice en el que confluían las trayectorias espacio-temporales de la vida cotidiana y las prácticas que hacían posible la continuidad objetiva y subjetiva de los sistemas societarios. Hacia la casa y desde la casa, actividades que inician en ella y concluyen afuera, y viceversa. Esto se ve en los materiales y puede ser el reflejo de las relaciones intercomunitarias: asistencia recíproca entre afines y parientes, intercambios matrimoniales, etc.

La unidad doméstica, y la casa como escenario principal de su desarrollo, formaba parte de un paisaje social mayor, local y regional, como un nodo dentro de una red de unidades sociales similares, entrelazadas, económica, cultural y biológicamente (Scattolin *et al.* 2009). Estos espacios comparten un sustrato en común sobre modos de habitar, circular y relacionarse con el paisaje y las personas. Pero como lo definieran Scattolin y colaboradores (2009) también aparecen "modos de hacer" distintivos y exclusivos, los cuales se visualizan en diversas materialidades, como la forma de construir las casas, la producción cerámica, algunos diseños particulares de artefactos de piedra, la gravitación entre caza y pastoreo, las relaciones con las plantas y animales silvestres y domesticados.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS SOBRE EL FORMATIVO

El Formativo como periodo y como Proceso de Evolución Social

Nuestra investigación se sitúa en los albores del período o estadio Formativo del valle de Yocavil. Para los Andes Meridionales la primera definición de esta etapa se la debemos a González y Pérez (1966). Posteriormente, el Formativo del NOA sería redefinido sobre la base de criterios diferentes por Núñez Regueiro (1974), Raffino (1990) y Olivera (2001), entre otros.

Desde una perspectiva evolucionista el Formativo representaría un momento de síntesis (una revolución), donde cobra forma un tipo de sociedad cualitativamente diferente a los cazadores-recolectores del Holoceno. Sin embargo, las sociedades o etapas formativas del continente no conforman un tipo con caracteres fijos, ni reflejan un origen único. Este tipo de esquemas evolucionistas no representan un encadenamiento de desarrollos históricos inevitables sino que, a nuestro entender, la existencia de etapas homotaxiales resulta de una convergencia evolutiva por el interjuego de restricciones internas y externas análogas, sumada a la difusión de innovaciones culturales (Trigger 1991). La evolución de los sistemas sociales resulta de la praxis humana, del ejercicio de su libertad frente a condiciones históricas objetivas y subjetivas, como el medioambiente, las relaciones de producción y los conocimientos, hábitos y creencias que orientan la acción. Por lo tanto, en la corta duración, la evolución sociocultural tiene un componente teleológico, pero no debe perderse de vista que los procesos con los que tratamos son de muy larga duración y que los cambios estructurales seguramente escaparon a las metas y predicciones de los agentes.

En el NOA el Formativo comienza aproximadamente entre el 3000 y el 2600 A.P. Naturalmente, no comenzó de manera simultánea ni de la misma forma en todas las áreas. En un trabajo reciente, Scattolin sintetizó las principales tendencias del Formativo, con énfasis en el sur de los Valles Calchaquíes –faldeo occidental del Aconquija y los valles de Yocavil y del Cajón (Scattolin 2006), área para la cual formuló una secuencia cerámica de tres fases (Scattolin 2007).

Entre los siglos X A.C. y V D.C., y en la fase Chimpa del sur de los valles Calchaquíes (100 A.C. - 450 D.C., ver Scattolin 2007), se establecieron las primeras aldeas en los lugares más adecuados para la agricultura o el pastoreo y su expansión en el área valliserrana ocurrió por fisión. Desde un primer momento se observan distintas modalidades de ocupación del paisaje: las plantas de los recintos pueden ser ortogonales u ovales, las viviendas pueden estar agrupadas o dispersas entre los campos de cultivo, presencia o ausencia de construcciones públicas de naturaleza cultural, etcétera. Esto podría indicar la confluencia de diferentes tradiciones y etnicidades en la primera colonización aldeana, así como la objetivación de principios estructurales diferentes (Scattolin 2006). En resumidas cuentas, este trabajo focaliza en las actividades, en los acontecimientos de un contexto doméstico en un momento preciso en el valle de Yocavil, pero unidas a una cadena de sucesos mayores, a un tiempo de larga duración (Braudel 2006) que es el Formativo como estructura y organización de las sociedades andinas.

Modo de Producción Doméstico

En trabajos anteriores y siguiendo la propuesta original de Núñez Regueiro (1974), tratamos de definir el Formativo por los cambios ocurridos en el modo de producción. En la tradición del materialismo histórico el modo de producción es la unidad inestable del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Bate (1998) y Vargas (1985), entre otros, ampliaron la concepción marxista a partir de un sistema de tres categorías (Formación Económico Social, Modo de Vida y Cultura), las cuales corresponden a diferentes grados de abstracción de los determinantes de la evolución de las totalidades sociales. A modo de hipótesis, se consideró al Formativo Surandino y al periodo Temprano del NOA como un caso particular del desarrollo inicial de la Formación Económico Social (FES) Tribal (Belotti 2007, 2010), tal como lo definieron Vargas (1985, 1987), Sarmiento Fradera (1986) y Bate (1998) Adoptamos también algunas hipótesis de Meillassoux (1977) en torno al modo de producción doméstico y de Wolf (1987) sobre el modo de producción basado en el parentesco. Observemos que estas ideas tienen antecedentes y paralelos en otras reconstrucciones del Formativo surandino.

Las sociedades tribales son caracterizadas como poseedoras de una técnica agropecuaria o de almacenamiento desarrollada, por la propiedad comunal de la tierra y una organización doméstica del trabajo y el consumo. Las principales contradicciones de su modo de producción radican en el crecimiento demográfico, la necesidad de un plusproducto agrícola y la conformación de sistemas regionales de intercambio (Vargas 1985, 1987; Sarmiento Fradera 1986; Bate 1998), a las cuales deberíamos sumar el control sobre la capacidad reproductiva de las mujeres, sobre su fuerza laboral y la de sus descendientes, así como la explotación estratégica de las relaciones de parentesco para crear diferencias de poder y riqueza (Meillassoux 1977; Wolf 1987). Según las circunstancias ambientales e históricas, el desarrollo de estas contradicciones puede resolverse en la expansión de las aldeas por fisión, o en la intensificación económica y el eventual surgimiento de cacicazgos o jefaturas (*chiefdoms*) (Vargas 1985). Esta segunda trayectoria caracterizaría a un estadio superior de la FES Tribal, que puede derivar a su vez en el surgimiento de las primeras sociedades clasistas y estatales.

Todos estos son rasgos observables en un tiempo de larga duración, pertenecen a la estructura de las sociedades, al cúmulo de relaciones fijas que se dan en ellas (Braudel 2006). Sin embargo, quisiéramos advertir que el desarrollo de la FES Tribal no es un proceso lineal, no siempre es continuo ni armónico, sino que puede implicar estancamientos, modificaciones no esperadas o incluso la descomposición de los sistemas sociales. Aquí cobran protagonismo las singularidades de cada contexto, los acontecimientos propios que se sucedieron en el valle de Yocavil ante la revolución en las estructuras productivas y de parentesco, que han repercutido en la esfera de la vida cotidiana.

SORIA 2

El valle de Yocavil, o de Santa María, se extiende entre el noreste de Catamarca, noroeste de Tucumán y el sur de Salta. Corre de sur a norte unos 100 km desde la localidad de Punta de Balasto hasta la confluencia con el río Calchaquí, cerca de Cafayate. En la literatura ar-

queológica se lo incluye dentro de la denominada región valliserrana. El valle está delimitado al este por la Sierra del Aconquija y las Cumbres Calchaquíes, y hacia el oeste por la Sierra del Cajón.

El sitio Soria 2 se encuentra en la localidad de Andalhuala La Banda, sobre una terraza de unas 250 ha. Esta terraza pertenece al tercer nivel pedemontano de la Formación Caspinchango y posee una inclinación en sentido este-oeste.

Las estructuras residenciales del sitio están conformadas por al menos dos recintos subcuadrangulares adosados, a los cuales haremos referencia de aquí en adelante como R1 y R2 (Spano *et al.*, en este mismo volumen Figura 1). Se excavó parte de la superficie de cada recinto y en ambos se detectó un depósito compacto y con alta frecuencia de artefactos y otros productos de la actividad humana, como restos de fauna y semillas. Este se identificó como un piso de ocupación ubicado por encima de un nivel estéril. El R1 fue interpretado como un patio y en él se registró la presencia de un fogón, un pozo de descarte, agujeros de poste, fragmentos cerámicos y artefactos líticos. El contexto definido por el "piso de ocupación" y la arquitectura se interpretó como una casa, que hospedó actividades diversas como la preparación y consumo de alimentos, la talla de artefactos líticos y el consumo ritual de alucinógenos. Se realizó un fechado radiocarbónico a partir de carbón del fogón, obteniendo una fecha de 1940 ± 80 años radiocarbónicos A.P. (LP-1541) (Palamarczuk *et al.* 2007:127), con un rango de edad posible de 53 cal. A.C. - 342 cal D.C. calibrado a 2 sigma según curva del hemisferio sur (Mc Corman *et al.* 2004; programa OxCal v4.1.5 [Bronk Ramsey 2009]).

En un momento posterior a la ocupación doméstica el sitio fue reclamado como espacio mortuorio, con el entierro de infantes en ollas de cerámica (ver Spano *et al.*, en este mismo volumen). Es posible que el uso funerario tuviera lugar a partir del reconocimiento del sitio como un espacio doméstico, proyectando hacia el pasado su identidad y afirmando así el territorio. En cualquier caso, el presente trabajo versa solamente sobre la etapa definida por los pisos de ocupación de R1 y R2.

Manufactura de Artefactos Líticos

Distribución de los recursos líticos

Con respecto a la tecnología lítica, uno de los objetivos de nuestra investigación es contribuir al conocimiento y construcción de la base regional de recursos líticos del valle de Yocavil. Estableciendo como eje el sitio Soria 2 y partiendo de la primera etapa de la secuencia de producción que es la obtención de los recursos, hemos identificado potenciales fuentes primarias y secundarias en el valle de Yocavil.

Un alto porcentaje del conjunto artefactual del sitio Soria 2 corresponde a la denominación general de andesitas. Dicha materia prima es considerada, de acuerdo a las distancias que son transportadas, como inmediatamente locales y locales cercanas, ya que se encuentran en el paisaje inmediato al sitio. A través de un trabajo de prospección hemos registrado la presencia de andesitas como rodados en los ríos Yapes y Ampajango, o en forma de guijarros y bloques en el piedemonte del Aconquija. En el primer caso, los tamaños fluctúan entre los 80 cm hasta los 130 cm. La mayoría de ellos presentan formas ovoides alargadas, similares a percutores. En el segundo caso, los guijarros varían entre los 10 cm y los 30 cm. Las andesitas

también se encuentran disponibles en La Formación Las Arcas (que comprende la franja de sedimento que se extiende entre los ríos Caspinchango y Entre Ríos), en el perfil de la Quebrada de Entre Ríos (Formación Andalhuala), en las formaciones Chiquimil, Yasyamayo y Los Corrales (Ruiz Huidobro 1972). Como consecuencia de la diversidad de calidades para la talla que posee la andesita, se la calificó de regular a buena.

Otro de los recursos líticos cercanos al sitio, sobre en las terrazas de Andalhuala, es el basalto que se presenta en forma de fuentes secundarias (guijarros y rodados en los lechos de los ríos). La muestra analizada corresponde a un fragmento de núcleo, encontrado en un área donde se llevaron a cabo actividades de reducción primaria. Específicamente este ejemplar se encontraba junto con otros núcleos semienterrados de una vulcanita oscura que describimos en un principio como basandesitas o andesitas variedad B. A partir de la presencia de nódulos pequeños de basalto en Andalhuala, es dable pensar que este recurso lítico podría encontrarse en las fuentes secundarias que constituyen el conjunto de rodados de los ríos Yapes, Zampay, Entre Ríos y Andalhuala. De ser así, también podría ser considerada como una materia prima inmediatamente local o local cercana.

Una particularidad del sitio Soria 2 es la presencia, entre sus instrumentos y desechos, de rocas metamórficas que son inadecuadas para la talla por no presentar fractura concoide. Sin embargo, por su estructura abrasiva y dureza pueden resultar apropiadas para el diseño de los artefactos de molienda. Sobre los lechos de los ríos Entre Ríos, Ampajango y Yapes existe una gran disponibilidad de rocas metamórficas, bajo la forma de grandes bloques o rodados de hasta 40 cm. Se pudieron diferenciar esquistos, gneises, filitas y pizarras. Es precisamente en la Formación La Mesada, situada entre los ríos Entre Ríos y Andalhuala, a una altura de 3.500 metros, donde encontramos el mayor conglomerado de rodados de rocas metamórficas, que corresponden al Basamento Precámbrico.

El cuarzo es otra de las materias primas fácilmente disponibles en el paisaje de Yocavil. También se halla en forma de rodados en los lechos de los ríos, pero en una menor proporción con respecto a la andesita. Geológicamente, tanto el cuarzo como la cuarcita se encuentran en los afloramientos del basamento cristalino de la Sierra del Aconquija y del valle del Cajón. El cuarzo no presenta fractura concoide y su calidad para la talla es mala, porque es una roca poco frágil y muy tenaz. Estas características impiden que el tallador pueda predecir el tamaño de sus productos.

Finalmente, podemos destacar que en el sitio Soria 2 se encontraron desechos de talla correspondientes a la cuarcita. Dicha materia prima, de buena calidad para la talla, no ha sido registrada durante las prospecciones y sus posibles fuentes de aprovisionamiento en el sur del valle son inciertas aún.

Las únicas fuentes alóctonas utilizadas en el sitio Soria 2 corresponden a la obsidiana. Dicha materia es considerada excelente para la talla, por su estructura vítrea y porque al fracturarse presenta buen filo cortante. Los análisis de activación neutrónica (AAN) realizados por Richard Burger sobre un núcleo y una lasca de obsidiana indicaron que dicha materia prima proviene de las fuentes Ona-Las Cuevas y Laguna Cavi, ambas en la Puna catamarqueña.

A través de estos datos podemos concluir que en las estrategias de aprovisionamiento de materias primas predominaron ampliamente las rocas locales y, principalmente, la andesita con más del 80 por ciento de los artefactos recuperados.

Trayectorias de producción por materia prima

En trabajos anteriores (Gaál 2011; Gaál y Carbonelli 2011, 2012) hemos podido reconocer las trayectorias de producción de las materias primas más representativas del sitio Soria 2. Al indagar la forma en que las materias primas intervinieron en las prácticas cotidianas de esta comunidad doméstica, pudimos discriminar dos tipos de contextos o de relaciones específicas: las de los recursos locales (andesitas y rocas metamórficas) y las de la obsidiana.

Hasta el momento, registramos 10 artefactos formatizados en el piso de ocupación de Soria 2 (Tabla 1): un raspador, una raedera y dos artefactos de formatización sumaria en andesita, dos cuchillos de filo retocado de filita, dos puntas de proyectil en obsidiana y dos instrumentos de molienda. Por otra parte, los artefactos no formatizados (percutores) y los filos naturales con rastros complementarios (FNRC) se hallan tallados en andesitas y gneises.

Tabla 1. Clases artefactuales por materias primas (N=958)

Clases artefactuales	Andesita	Obsidiana	Metamórfica	Cuarzo	Cuarcita	Indefinida	Total
Núcleos	18	2	-	-	-	-	20
Artefactos Formatizados	4	2	2	-	-	-	8
Artefactos no Formatizados	4	-	5	-	-	-	9
Lascas Internas	554	25	5	39	2	-	600
Lasca Externas	69	-	1	7	5	2	84
Lascas de Reactivación de Núcleo	6	-	-	-	-	-	6
Lascas de Reactivación directa	3	1	-	-	-	-	4
Lascas no diferenciadas	162	9	30	14	3	9	227
Totales	820	39	43	60	10	11	958

Para dar cuenta de la biografía de las rocas (Hermo y Miotti 2007), es decir, de las redes de significación diferentes que se han acumulado a través del tiempo, comenzaremos analizando la obtención de las formas base y la morfología de los núcleos por materia prima. En otras palabras, siguiendo a Moreno (2007), podemos pensar que un objeto puede haber sido descartado en cuanto a su funcionalidad específica, pero permanecer en la interacción cotidiana a través de otras actividades como los rituales de ofrenda y los juegos.

De la totalidad de núcleos registrados en el piso de ocupación del sitio Soria 2 (N=20), 18 fueron tallados sobre andesita y 2 sobre obsidiana (Tabla 1). Con respecto a los tamaños de los núcleos, en andesita predominan los grandes y los medianos-grandes. Sin embargo, el tamaño promedio de las extracciones de los núcleos es menor al tamaño promedio de los artefactos formatizados. De esta evidencia se infiere que sólo en algunos casos se pudieron haber obtenido formas bases adecuadas para talla de instrumentos. Con respecto a la morfología, los núcleos poliédricos prevalecen sobre las otras clases. Esta clase de núcleos

no presentan un diseño estandarizado, sino que poseen formas irregulares ocasionadas por extracción aleatoria de lascas de diverso tamaños en múltiples direcciones.

Con respecto al porcentaje de corteza registrado en los núcleos, su distribución es relativamente homogénea, con un escaso predominio de los núcleos sin corteza. La totalidad de núcleos que presentaban corteza en su superficie son de andesita. Si relacionamos esta información con la distribución de las fuentes potenciales de materia prima, el análisis llevado a cabo sobre los núcleos refuerza la idea de que las fuentes de aprovisionamiento de andesita se encontraban cercanas. Si a estos datos agregamos que el 75 por ciento de los núcleos de andesita no presenta marcas de agotamiento o señales que evidencien causas de abandono (charnelas, fisuras, fenocristales u oxidaciones), podemos sugerir que no se efectuó en Soria 2 una estrategia de economía de materia prima.

Con respecto a las formas base, el alto porcentaje de lascas externas en andesita nos lleva a sostener que fue preferentemente sobre esta materia prima que se realizaron las actividades de descortezamiento de núcleos y la preparación de las formas base. El predominio de las lascas internas de tamaño reducido en este recurso lítico indica que la formatización y regularización de filos fueron etapas de producción destacadas en el recinto doméstico. Por el contrario, la reactivación y el mantenimiento de filos se hallan escasamente representados, dados los bajos índices de lascas de reactivación directa.

Con respecto a las rocas metamórficas, se han utilizado tres tipos de formas base. La primera la constituyen las lascas internas que han sido utilizadas como soportes de artefactos de formatización sumaria. La segunda fueron los guijarros (35 por ciento) utilizados como soporte para los percutores y los artefactos de molienda. Finalmente, la tercera forma base de roca metamórfica fueron las lajas naturales de filita para la obtención de cuchillos de filo retocado.

Los esquistos y gneises fueron exclusivamente reservados como formas base para percutores y manos de molino. Su resistencia a la fractura, la textura y el tamaño de sus granos son factores que señalan a ambas materias primas como las indicadas para la manufactura de esos instrumentos.

Un conocimiento basado en la elección de características similares a las de los instrumentos de molienda, lo encontramos en los cuchillos de filos retocados confeccionados sobre hojas de filitas. Por su composición, dicho recurso lítico no presenta fractura concoidea, sino que sus planos de fractura se dan en forma de láminas. Por lo tanto, resulta impracticable tallar sobre las caras, siendo conveniente aprovechar los ángulos naturales. El tipo de fractura laminar que posee y la forma en la que se manifiesta en la naturaleza no hace factible hallar núcleos de dicha materia prima. Por lo tanto, es dable pensar que los talladores de Soria 2 obtenían las formas base tallando directamente sobre las grandes lajas de filita, persiguiendo como objetivo los buenos filos naturales que se obtienen al fracturarse.

El único recurso no local es la obsidiana. Los análisis de AAN marcan la presencia de artefactos de obsidiana provenientes de dos tipos de fuentes en el sitio: Ona-Las Cuevas y Laguna Cavi (Gaál y Carbonelli 2011, 2012). Esta materia prima, ingresó a Soria 2 en forma de núcleos de tamaño pequeño, lo cual puede ser producto de las intensas reducciones y reactivaciones. No obstante, es factible que en el comienzo del proceso de reducción habrían sido núcleos preparados orientados esencialmente a la obtención de lascas pequeñas y mediano-pequeñas. Por lo tanto, es dable pensar que los habitantes de Soria 2 concibieron un plan distinto de reducción para los núcleos de obsidiana. En estos casos la intencionalidad de

los talladores fue más consciente y anticipada, ya que buscaron obtener como producto final las puntas de proyectil. En la figura 1 podemos observar ambas puntas de proyectil y percibir como en una de ellas se nota claramente un sector sin negativos de retoque en ambas caras de la lasca utilizada como forma base. Aún así, el trabajo invertido debió ser relativamente más alto que el utilizado para el resto de los artefactos formatizados. Más aún si consideramos la utilización del retoque a presión con el cual se tallaron y reactivaron.

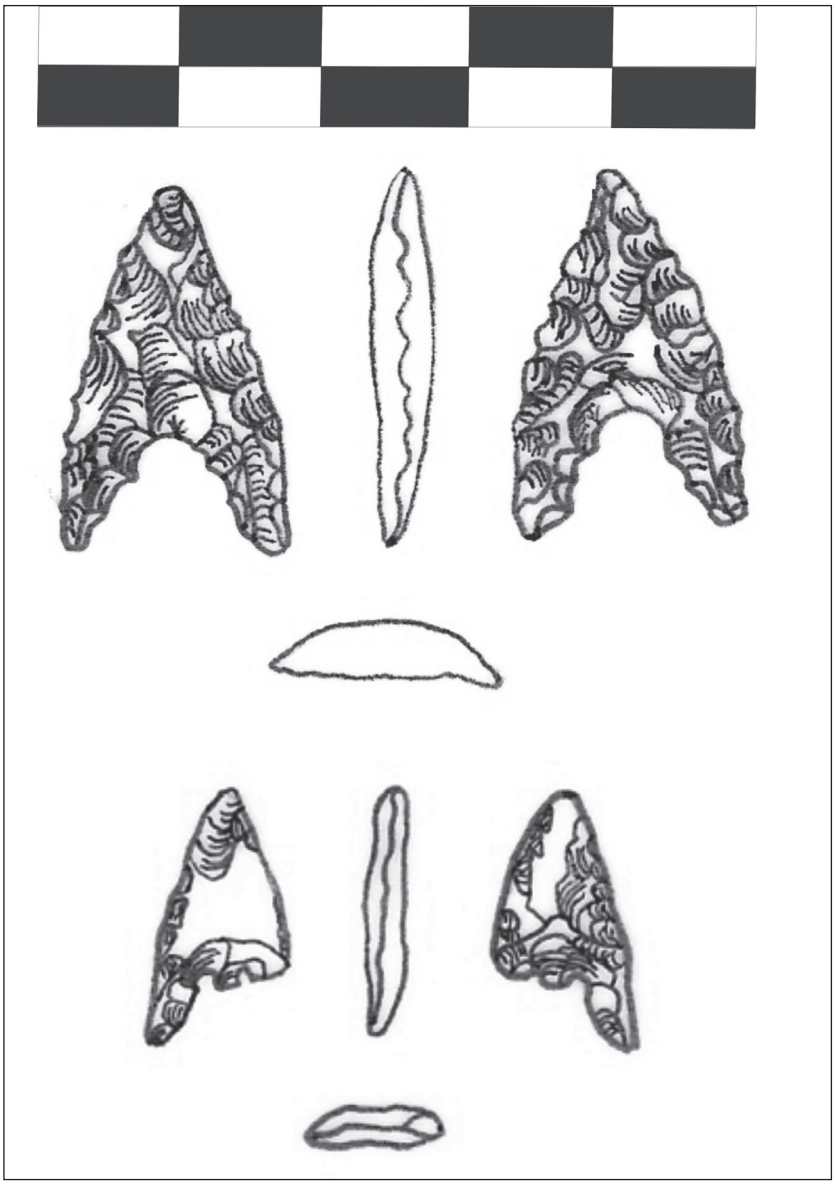


Figura 1. Puntas de proyectil apedunculada (arriba) y pedunculada (abajo) del sitio Soria 2.

"Modos de Hacer" Cerámica, Estilos Tecnológicos y Modalidades Estilísticas

Entendemos la cerámica como una tecnología que, al igual que la producción lítica, funciona como una producción totalizadora (Baigorria Di Scala 2009). Es importante conocer y reconocer cómo interviene la cerámica en la vida de las personas y el simbolismo involucrado y otorgado a esas prácticas. Desde esta mirada, la cerámica y sus atributos son analizados dentro de un contexto más amplio, en el marco de una serie de actividades cultural y socialmente determinadas. Para comprender la importancia de estos aspectos en el estudio de la alfarería, Sillar y Tite (2000) incorporan el concepto de "elecciones tecnológicas" que se refiere al conocimiento de variadas técnicas de producción de una sociedad que están determinadas por la integración del medioambiente, la ideología, el sistema económico y la estructura social. Por lo tanto, la tecnología es una construcción social con efectos sociales y materiales y debe ser analizada desde una perspectiva antropológica para reconocer en el "estilo tecnológico" una función cultural. De esta manera mediante el estudio de los atributos físicos y estilísticos de la cerámica podemos reconocer modos de hacer.

El estudio de la cerámica del sitio Soria 2 se centró en el análisis de la cerámica del piso correspondiente al Recinto 1. En primer lugar se dispuso trabajar diferenciando dos conjuntos: el fino y el ordinario (Baigorria y Spano 2007).

Frente a la necesidad de determinar qué cantidad de vasijas estaban presentes en el contexto analizado de Soria 2, se decidió utilizar el criterio de clasificación de familia de fragmentos (FF), ya que se creyó que era el conveniente por las características y tamaño que presentaba la muestra (N:8707). El método consiste en agrupar a todos los fragmentos pertenecientes a una misma vasija, por lo que es una forma de conexión de tiestos provenientes de un mismo contexto (Orton *et al.* 1997). Para ello, se observaron características macroscópicas tales como la pasta, forma, espesor, color y acabado de superficie para determinar si dos fragmentos serían computados como parte de una misma familia.

Pasta

La pasta predominante en el conjunto ordinario (n:6565) es la de porosidad media y la de porosidad alta a muy alta. Las coloraciones [1] varían entre pastas anaranjadas (2.5YR 3/2, 2.5YR 5,8, 2.5YR 5/6, 2.5YR 4/6), rojizas marrones (7.5YR 5/8, 5 , 7.5YR 5/6, 7.5 YR 3/4, 7.5YR 3/3), rojizas (10R 4/8, 10R 5/8, 10R 2.5/1), castaños (10YR 3/3, 10YR 4/2), pardos (2.5Y 5/2, 2.5Y 4/2) y grises parduzcos (10Y 3/2) con gruesos inclusiones de tamaño entre 0.5 mm a 2,5 mm. El porcentaje de inclusiones varía entre el 20 al 30 por ciento, aunque en algunos casos alcanzan más del 45 por ciento, siendo por lo tanto de moderada a abundante. En la pasta se pueden apreciar inclusiones de cuarzo, aunque se destaca la mica dorada en su variedad biotita casi en la totalidad de los fragmentos analizados. Esta inclusión además de otorgar resistencia a la pasta, también le brinda a la cerámica un brillo característico en la superficie. La atmósfera de cocción en la cerámica ordinaria fue predominantemente oxidante, habiendo además FF que presentan oxidante incompleta o atmósfera mixta. La cerámica del conjunto fino (n:2142), posee pastas compactas finas (excepto 5 FF), con tonalidades que van del gris claro (7,5R 7/0 Gris y 7,5 R 6/0 Gris) al gris oscuro (2,5 Y 5/0 Gris; 7,5 R 4/0 Gris oscuro; 5 Y 3/1 Gris muy oscuro) y también tonos rojizos (5 YR 6/6 Amarillo rojizo; 7,5 YR 7/4 Rojo) (Spano 2008). Las inclusiones aparecen en una proporción del 5 por ciento con excepción de las FF 70 y 161; son de tamaño fino (hasta 0,25 mm) y mediano (de

0,25 mm a 0,50 mm); y corresponden a cuarzo, mica plateada y dorada, presentándose en forma subangular o indeterminada. La fractura es subconcoidal, la porosidad fue baja, con excepción de las FF 34, 44, 67, 70 y 78, en las cuales la misma se presentó en proporción media. De las 315 FF del conjunto fino, el 88 por ciento, corresponden a fragmentos de piezas cocidas en atmósfera reductora (Spano 2008).

Técnicas de manufactura

A partir de la observación y análisis de los fragmentos fue posible reconocer en ambos conjuntos que la técnica primaria (Rye 1981) de levantamiento de las piezas fue la técnica de adición de elementos, en este caso rollos o chorizos. Incluso en muchas FF fue posible visualizar la unión de estos. Las piezas de menor porte no presentaban las irregularidades de superficie propias de la técnica de levantamiento por rollos por lo que se supone fueron construidas por estiramiento a partir de un bollo de pasta como los pucos, vasos, cucharas o cucharones, pipas, botellones y jarras; adicionalmente, se recurrió a la técnica de modelado (*pinching*) de manera secundaria, en la terminación de los bordes y en la aplicación de apéndices al pastillaje (Spano 2008). En piezas de gran porte como las ollas es posible la combinación de técnicas como la construcción de la base por estiramiento para luego continuar levantándola mediante rollos.

Técnicas decorativas

El tratamiento de superficie más utilizado en el conjunto ordinario fue el alisado y en menor proporción los surcos de alisado. El pulido regular y en líneas estuvieron presentes, al igual que el peinado. Las FF con engobes fueron pocas. Sin embargo, se utilizaron frecuentemente baños elaborados con la misma pasta que la pieza como recurso para emparejar la superficie (Baigorria Di Scala 2009).

En cuanto al conjunto fino, el tratamiento predominante es el pulido y el alisado en menor medida. Se definieron tres clases de pulido (Spano 2008): pulido con superficie irregular; pulido en líneas con superficie regularizada; pulido con superficie regular con brillo o bruñido y pulido indeterminado. Un 26 por ciento de las FF del conjunto fino presenta técnicas decorativas tales como el modelado, la incisión, el grabado y la pintura (Spano 2008) (Figura 2).

Otras técnicas, como la aplicación de pintura fueron diferenciadas de acuerdo al momento de su aplicación. De esta forma se identificó pintura previa a la cocción de estilo Vaquerías y pintura post cocción que se presentó en la FF 248, correspondiente a una pipa y en la FF 249, que corresponde a un fragmento de puco sobre el que se trazaron líneas superpuestas en el borde interno; esta pieza fue hallada en asociación al entierro 1 (Spano *et al.* 2013).

Por otro lado se registraron técnicas como el grabado pre-cocción, la incisión; el pastillaje combinado con esta última generalmente presentes en el borde y en algunos casos sobre el cuello o el cuerpo de las piezas. Las representaciones más comunes son rostros ya sea antropormorfos o zoomorfos (Spano 2008).

Mediante el grabado post-cocción se decoraron piezas de forma abierta, más precisamente en la superficie interna de pucos. Según Spano (2008:75) esta técnica se reconoce a partir de "las marcas de saltado dejadas por el instrumento utilizado, y la falta de control sobre los trazos, los cuales son desprolijos".

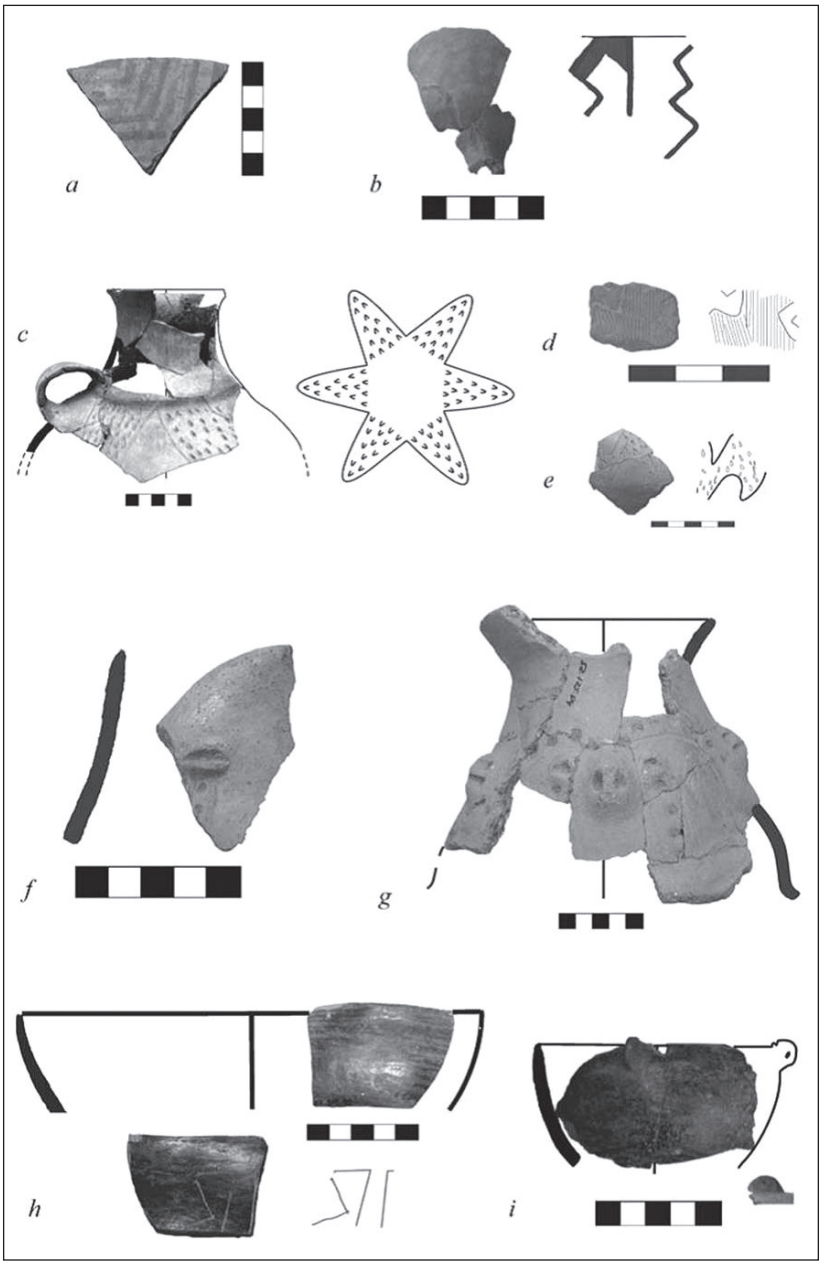


Figura 2. Distintas técnicas decorativas. a: fragmento Vaquerías -FF 304, aplicación de pintura. b: pipa con despliegue de diseños FF 248, aplicación de pintura post cocción muy desvaída; c: botellón inciso con reconstrucción y despliegue de diseños (vista superior) FF 216; d: fragmento grabado -FF 260; e: fragmento inciso FF 285; f: jarra prosopomorfa de contorno inflexionado y simetría dorsiventral, con apliques al pastillaje e incisión que conforman un rostro antropomorfo FF 184; g: botellón con apliques al pastillaje e incisión que conforman un rostro zoomorfo FF 205; h: puco con grabado post cocción en la superficie interna FF 165; i: puco con apliques al pastillaje sobre el borde, conformando una cabeza zoomorfa esquemática FF 155. (Spano 2011).

La técnica más recurrente del conjunto corresponde modelados al pastillaje en pucos. Se presentan como agregados o aditamentos, adheridos a los labios con formas cónicas o subesferoidales; pueden presentar incisiones, mostrando una variedad de representaciones de acuerdo a la clase de trazo (líneas cortas, puntos) y al número de los mismos en cada aditamento. Los apliques pueden encontrarse simples o dobles. Mediante el uso de esta técnica se "lograron elementos de diseño no figurativos y figurativos: zoomorfos naturalistas –en apariencia, cuerpos y cabezas de murciélagos, roedores o cánidos y batracios–, y zoomorfos no naturalistas o esquemáticos, es decir, rostros cuyos componentes se representan apelando a su mínima expresión; en algunos casos, se presentan sin ojos" (Spano 2011:26).

Los fragmentos con decoración del conjunto ordinario han sido 11, representando el 0.17 por ciento. La técnica de incisión está presente en la mayoría de las FF de este conjunto, con variantes sobre la superficie de la pieza o sobre un rollo de arcilla húmeda. Se ha reconocido esta técnica en piezas del sitio formativo Campo Colorado (Tarragó y De Lorenzi 1976).

A partir del análisis del conjunto fino se identificaron modalidades estilísticas a partir de la conjugación de los atributos formales, tecnológicos y decorativos de las FF: A) Alfarerías plomizas pulidas reductoras, B) Alfarerías café pulidas oxidantes, C) Alfarerías alisadas, D) Alfarerías naranja pulidas de pasta fina, E) Alfarerías naranja pulidas de pasta mediana, F) Estilos definidos con anterioridad: Tebenquiche y Vaquerias (Spano 2011).

Morfología

Con el fin de poder registrar el repertorio morfológico del conjunto ordinario y fino se utilizó la clasificación general de formas propuesta por Balfet y colaboradoras (1992). Se dividió en aquellas vasijas abiertas o no restringidas y cerradas o restringidas para luego determinar dentro de cada categoría formas específicas.

En el conjunto cerámico ordinario las formas abiertas reconocidas fueron escudillas, platos hondos, cuencos, cuencos grandes y cucharas y entre las cerradas hubo predominio de ollas y FF asignadas a jarras pequeñas (Baigorria Di Scala 2009) (Figura 3). Dentro del conjunto fino se destacan las formas no restringidas. La categoría, puco o cuenco se encuentra en sus distintas variantes y predomina ampliamente por sobre el resto de las formas. Dentro del conjunto se destacan dos formas diferentes (FF 11 y 19); una correspondiente a un vaso cilíndrico de base plana y un asa vertical, definidos por Krapovickas (1955) como de estilo Tebenquiche (Figura 4). Y el otro fragmento pertenece a un puco de borde ondeado de boca asimétrica (Spano 2008).

Entre las formas identificadas en el conjunto fino se encuentran dos FF que corresponden a pipas. La FF 27 es un fragmento de tubo; la FF 248 está conformada por medio hornillo de tronco-cónico y el remache que adhiere parte de la base del mismo con el tubo; pertenece a una pipa de tipo acodado. Esta última fue hallada como basura primaria en el pozo de desechos del patio (Spano 2008). El consumo de plantas alucinógenas mediante pipas pudo establecerse a partir de los análisis de cromatografía gaseosa acoplada con espectrometría de masa efectuados sobre los contenidos del hornillo de la FF 248 donde se identificó la presencia de alcaloides compatibles con *Anadenanthera colubrina* variedad Cebil (Rosso y Spano 2005-2006).

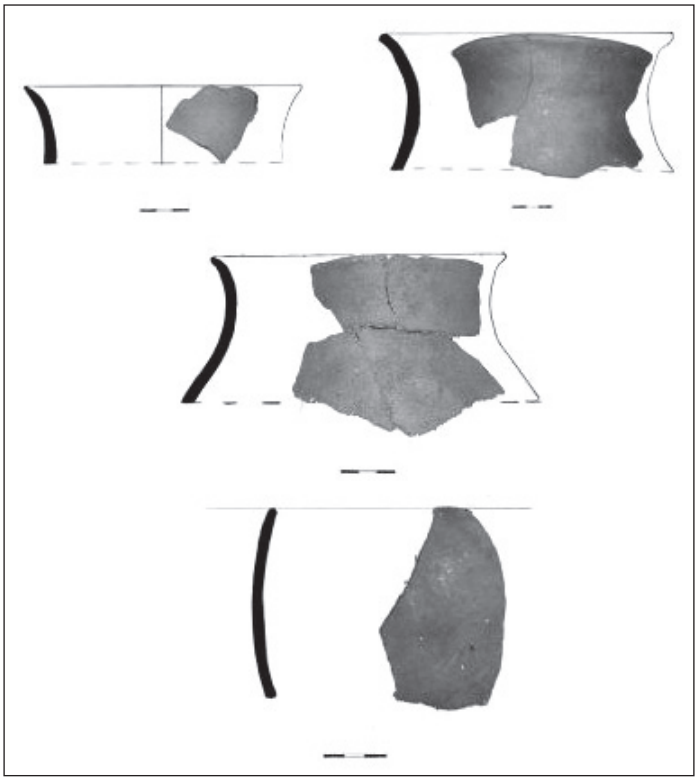


Figura 3 Formas cerradas conjunto ordinario (Baigorria Di Scala 2009).

Figura 4. Vaso de estilo Tebenquiche (Spano 2008).

Objetos cerámicos y prácticas

Debido a la cantidad y posición privilegiada de los fragmentos cerámicos in situ se han podido relevar las prácticas en las cuales las vasijas estuvieron involucradas. La cerámica se distribuyó homogéneamente en el patio tanto en el piso de ocupación como el pozo de basura, por lo que fue posible identificar FF, o sea fragmentos pertenecientes a una misma pieza que tuvieron un uso específico en la vida de los habitantes de Soria 2. En el conjunto ordinario en las categorías formales se destacan ollas y en el conjunto fino los contenedores, en su mayoría formas abiertas y pucos no restringidos, tratados con distintas modalidades de pulido confiriendo impermeabilidad a las vasijas, lo que favorece la contención de líquidos (Spano 2011).

De acuerdo a Spano (2008) si bien las vasijas con forma abierta son las que mejor se ajustan a prácticas de servicio y consumo de comidas y bebidas (Rice 1987; Orton *et al.* 1997) y para mezclar y almacenar temporalmente alimentos (Bugliani 2008); no puede afirmarse que el servicio haya constituido el único uso específico. Por lo tanto plantea que para el caso de vasos y botellones la contención de líquidos y la distribución individual pudo ser su función primaria.

Se destacan en ambos conjuntos formas tipo cucharas o cucharones con presencia de desgaste en los bordes y con diferentes grados de concavidad lo que indicaría su uso para mezclar alimentos y contenerlos transitoriamente.

En tanto en el conjunto ordinario se pudo inferir la función a partir de la morfología, aunque también se consideraron otros aspectos tecnológicos como la pasta, el acabado de superficie externo e interno, evidencias de uso y frecuencia basándonos en el modelo funcional de Rice (1987). La función y los usos posibles de esta cerámica fueron básicamente domésticos. Se asignaron a ollas de cuello y boca restringida funciones relacionadas al almacenamiento de sólidos y líquidos (Menacho 2001); además de vasijas para cocer alimentos como ollas con rastros de hollín, se observaron cuencos grandes y escudillas que pudieron ser utilizadas para el procesamiento sin calor de sustancias en donde la manipulación del contenido era cómodo. Entre las formas destinadas al transporte se encontraron cuatro jarras pequeñas útiles para el servicio de líquidos. Y para servir comida creemos que los cuencos y escudillas, por su tamaño reducido, pudieron ser útiles para cumplir dicha función para uso individual, mientras que algunos cuencos grandes y platos hondos pudieron emplearse para uso comunal. Entonces el estudio de la cerámica ordinaria determinó que se realizaron actividades múltiples entre las que se encontraba cocinar, procesar, almacenar y consumir los alimentos. Con relación al conjunto en su contexto, planteamos que, al igual que el conjunto fino, la dispersión del conjunto ordinario fue homogénea en el piso del patio con concentraciones puntuales de fractura in situ.

En Soria 2, se seleccionaron tanto vasijas finas y ordinarias que cumplieron un rol importante en eventos significativos, como son las prácticas funerarias que tuvieron lugar luego del abandono de este espacio como área doméstica, pero que estilísticamente son afines a la cerámica del piso de ocupación (Spano *et al.* 2013). Si bien se empleó una amplia mayoría de vasijas de la serie ordinaria, también los objetos elaborados en alfarería fina cumplieron un rol en el marco de las prácticas cotidianas. Más allá de las potencialidades propias de la forma y terminación de las vasijas, las prácticas sociales construidas históricamente determinaron que los sujetos apelaran a categorizaciones de las piezas cerámicas, independientemente de sus características intrínsecas (Spano 2011). Asimismo, las similitudes entre la alfarería

asociada al entierro 1 y aquella vinculada a prácticas cotidianas remiten a la vigencia de los modos de hacer objetos cerámicos en el tiempo.

La caracterización de modalidades estilísticas permitió, en una escala espacial más amplia, reconocer elementos relacionados con otras áreas cercanas como las Yungas, el área de Tafí del Valle, la falda occidental del Aconquija, el valle del Cajón, el valle Calchaquí y el oasis de Laguna Blanca (Bugliani y Domingorena 1999; Scattolin 2006; Bugliani 2008). Estos recursos estilísticos como los pucos reductores con pulido en líneas, las técnicas de apliques al pastillaje para generar elementos de diseño no figurativos y biomorfos, los puntos incisos en representaciones de cejas y lágrimas fueron compartidos incluso mediante prácticas y formas de elaboración (Spano 2011). De acuerdo a Spano (2008) la presencia de elementos como Vaquerías y vasos Tebenquiche, remite a la circulación a distancia que vinculaba e integraba las comunidades. Estos bienes fueron valorados significativamente desde momentos muy tempranos en toda la región (Albeck 2000).

Una serie de elementos constructivos y decorativos fueron compartidos entre ambos conjuntos, de lo cual se infiere que la cerámica funcionó como una producción social totalizadora independiente del modo de hacer. La confección de cerámica con un control sobre la producción permitía que una misma vasija, a pesar de compartir ciertas características morfológicas, dimensionales y tecnológicas, no necesariamente haya tenido que usarse para una función determinada (Spano 2011) ya que las vasijas pueden cumplir con una variedad de propósitos (Rice 1987:299). Esto demuestra una planificación y destreza en la manufactura de cerámica que pudo haberse transferido de padres a hijos desde muy corta edad, incorporándolos en la secuencia de producción e iniciándose como un juego. Así, pudieron crearse piezas de pequeño formato, e incluso ser utilizadas por los niños como juguetes (Crown 2007) y de esta manera continuar con la tradición tecnológica.

Sistemas Alimentarios

Una de las líneas de trabajo que venimos desarrollando en Soria 2 es el estudio de los sistemas alimentarios, es decir, las condiciones bajo las cuales ocurre la producción, distribución, consumo y descarte de los alimentos (Gumerman 1997). Desde esta perspectiva se considera a la alimentación como un hecho complejo en el que intervienen factores medioambientales, biológicos, económicos, sociales e ideológicos (Gumerman 1997), y es por lo tanto un aspecto destacado de las estrategias de reproducción social. Hicimos una primera aproximación a este problema desde la zooarqueología. Se recuperaron materiales faunísticos de las excavaciones de ambos recintos. Los métodos de análisis y los resultados se presentan con más detalle en otro trabajo (Belotti 2011), aquí nos limitamos a una exposición de las pautas más destacadas y su interpretación preliminar.

El conjunto recuperado en el Recinto 1 está conformado por 3877 especímenes. En la Tabla 2 se resumen los resultados de su identificación, con 765 especímenes caracterizados taxonómicamente (19,8 por ciento) y otros 669 asignados a alguna clase de tamaño corporal. Para la clasificación por tamaño o porte utilizamos la escala publicada por Izeta (2007):1. animales muy pequeños (*e. g. Ctenomys* sp.) o menores, 2. animales pequeños a medianos (*e. g. Lagidium* sp., *Chaetophractus vellerosus*), 3. vertebrados medianos (*e. g. Pterocnemia pennata*), 4. animales grandes (*e. g. Lama* sp.) y 9. vertebrados de tamaño indeterminado.

Tabla 2. Composición del conjunto faunístico (NSP) del sector excavado del piso de ocupación de los recintos 1 (izq.) y 2 (der.), Soria 2.

Taxón	Tamaño Corporal	Total NSP	
		Recinto 1	Recinto 2
Artiodactyla	4	334	23
Cervidae	4	1	-
Hippocamelus antisensis	4	1	2
Camelidae	4	389	38
Lama sp. cf *guanicoe* cf *glama*	4	3	-
Lama glama	4	7	-
Lama guanicoe	4	3	-
Vicugna vicugna	4	2	-
Rodentia	1	5	4
Caviidae	1	1	-
Chinchillidae	1-2	3	-
Lagidium sp.	2	11	-
Chaetophractus vellerosus	2	5	2
Subtotal identificados (NISP)		765	69
No identificable	1	2	1
No identificable	1-2	18	1
No identificable	2	9	4
No identificable	2-3	23	-
No identificable	3	14	-
No identificable	3-4	405	31
No identificable	4	198	18
No identificable	9	2443	47
	TOTAL	3877	171

El conjunto recuperado en el Recinto 2 es pequeño comparado con el anterior, lo que se debe a la menor superficie excavada. Asciende a 171 especímenes (Tabla 2) de los cuales pudieron identificarse 69. Nuevamente se nota un predominio de los ungulados (Camelidae y Artiodactyla). De los restos asignados a las clases 3 y 4, la mayoría no presenta indicios de meteorización (NSP 101). No analizaremos en detalle este conjunto y la información presentada a continuación corresponde solo al Recinto 1.

La mayoría de los restos identificados del Recinto 1 pertenecen a Camelidae, Artiodactyla y grandes vertebrados indeterminados (clases 3-4 y 4). Se registró el grado de meteorización

de los especímenes pertenecientes a vertebrados con un peso superior a 5 kg (i. e. clases 3 a 4), siguiendo los lineamientos establecidos por Behrensmeyer (1978). Solo en el 9,73 por ciento de los casos el hueso o fragmento considerado se encontraba en un estadio superior a 0 (NSP 132, de un total de 1357). Tampoco tuvieron demasiada incidencia otros agentes naturales, ya que solo 18 especímenes presentaron marcas de roedores, 13 de carnívoros y 62 de raíces. Como veremos más adelante, tampoco hay evidencias de procesos destructivos mediados por densidad ósea.

El subconjunto Camelidae del Recinto 1 está conformado por 404 especímenes y el número mínimo de individuos (MNI) estimado es nueve: seis animales subadultos y tres animales adultos. El MNI de máxima distinción para animales adultos, obtenido en este caso a partir de la identificación de tipos morfológicos específicos, asciende a cuatro y está conformado de la siguiente manera: un individuo de *Lama glama*, dos de *Lama guanicoe* spp. y uno de *Vicugna vicugna*.

Los elementos apendiculares predominan sobre los axiales, situación que difiere a la registrada en puestos y viviendas de pastores modernos de la Puna, donde lo común es una mayor representación del esqueleto axial (Madero y Yacobaccio 1994, Yacobaccio *et al.* 1998). Para evaluar si estos resultados eran una función de la resistencia diferencial de los huesos a la atrición, aplicamos el análisis de correlación no-paramétrico r de Spearman, utilizando los valores de densidad ósea publicados por Stahl (1999). Obtuvimos un resultado negativo (-0,016528) y no significativo (p. <0,05, 0,869691). El análisis se repitió sobre cada elemento con cuatro o más *scan-sites*, pero no se obtuvieron resultados concluyentes.

Descartada la destrucción mediada por densidad ósea, procedimos a evaluar otros modelos que puedan dar cuenta de la selección de partes como resultado de la conducta humana. El marco de referencia fue la anatomía económica de los camélidos, que es un factor objetivo que pudo incidir sobre las elecciones de los actores en situaciones como el transporte desde un sitio de matanza o el reparto de productos animales mediado por diferencias sociales. Siguiendo la sugerencia de Marean y Frey (1997), este análisis se realizó por separado para los huesos largos y no-largos. Se utilizaron los índices de utilidad alimenticia o FUI (*Food Utility Index*) para *Lama glama*, publicados por Mengoni (1991).

Para los huesos no-largos se obtuvo una correlación negativa (*r* -0,729487) y significativa (p. 0,016647), mientras que para los huesos largos la correlación es positiva y no significativa (*r* 0,379536, p. 0,313717). Estos resultados son contradictorios y difíciles de interpretar. Para empezar, cabe suponer que Soria 2 fue el *locus* de la preparación y consumo de los animales por la comunidad doméstica. Por lo tanto, la correlación negativa obtenida para huesos no-largos es contraria a lo que podríamos esperar. Este fenómeno es lo que se denomina una curva inversa (*reverse utility curve*), que puede resultar de la destrucción mediada por densidad. Otra observación pertinente es que el valor FUI más alto corresponde a las costillas, cuya identificabilidad taxonómica es muy baja en caso de estar fragmentadas. Otro problema a tener en cuenta es que, dado el escaso número de especímenes identificados al nivel de especie, el MAU debió calcularse para la familia Camelidae en su conjunto, de manera que no se discriminaron los aportes relativos de la caza y el pastoreo. Ambas actividades pueden estar sujetas a constreñimientos diferentes, por ejemplo la distancia entre los lugares de matanza, procesamiento y consumo.

Otro modelo es el "efecto *ch'arki*" de Miller (1979). Este autor afirma que en los sitios de preparación de *ch'arki* estarían sobrerrepresentados los cráneos, metapodios y falanges, y

que el patrón inverso correspondería a los lugares de consumo. También tuvimos en cuenta la revisión de este modelo y las alternativas propuestas por Stahl (1999). Ninguno de los perfiles hipotéticos se correspondía con la frecuencia de elementos observada en Soria 2.

Se registraron las marcas de procesamiento. Para el esqueleto axial: los restos de mandíbula exhiben marcas de corte oblicuas y transversales sobre las caras medial y lateral de la rama, que de acuerdo a lo observado por Binford (1981) pudieron producirse durante el corte del músculo masetero y la remoción de la mandíbula. Una epífisis de vértebra cervical presenta otra huella de corte, que podría estar asociada a la separación de la cabeza. También hay marcas de corte sobre el íleon y el isquión, así como una marca de machacado sobre el segundo. Las primeras pueden resultar de la separación del sacro y la pelvis, mientras que las marcas sobre el isquión podrían haberse producido durante la separación de las patas traseras.

En el esqueleto apendicular: hay marcas de corte y de machacado sobre fragmentos de húmero y radioulna, en sectores próximos a las articulaciones. También se observaron cortes sobre un astrágalo, un navicular, un cuboides y sobre la porción antero-proximal de un metatarso. Por su localización todas estas huellas debieron ocurrir durante el desmembramiento de las carcasas. Una rótula presenta un corte que pudo tener lugar durante la remoción de carne ya que en ocasiones esta actividad deja marcas en la cara anterior de la diáfisis distal del fémur, justo sobre la superficie de la tróclea.

En resumen, hay bastantes evidencias de procesamiento y desarticulación (trozado primario y secundario). No hay signos de remoción de los músculos, aunque debemos tener presente que las marcas de procesamiento son un efecto secundario influido por factores como la dureza y filo de los instrumentos o la destreza del operario.

Los restos de camélido presentan un alto grado de fragmentación. Si se omiten dientes sueltos y sesamoideos, el número de huesos completos asciende a 100, en su mayoría carpos, tarsos y falanges mediales y distales. Para el estudio de las fracturas nos limitamos a los fragmentos de huesos con cavidad medular (huesos largos, calcáneo y falanges primera y segunda). Su longitud media es 55,16 mm (DE 28,98 mm). De los especímenes para los cuales pudo identificarse el estado del hueso al momento de su rotura, 41 estaban frescos y 35 estaban secos. Unos 16 fragmentos presentaban negativos o muescas de impacto sobre las diáfisis. La fractura intencional pudo tener por fin la obtención de médula, de grasa ósea o de materia prima para la talla de instrumentos.

Para analizar la termoalteración del conjunto se registró la coloración de los huesos y la presencia de alteraciones superficiales. Casi la mitad del subconjunto Camelidae (NISP 199) presenta alguna evidencia de combustión. Además de los cambios en la coloración y la textura, 12 especímenes presentan trazas como cuarteaduras y exfoliaciones. Los huesos pudieron quemarse como combustible, durante la preparación de alimentos o como resultado accidental del descarte.

DISCUSIÓN

La arqueología, como la historia, es una disciplina conjetural que reconstruye hechos y procesos accesibles a través de evidencia fragmentaria. Los artefactos, rasgos, ecofactos y relaciones contextuales del piso de ocupación son indicios de una variedad de actividades

productivas y reproductivas que debieron tener lugar en las inmediaciones de la unidad residencial.

El tópico central de la discusión será la reproducción de la comunidad doméstica. En el sentido que le solemos dar en las ciencias sociales, la reproducción implica tres procesos: 1. renovación de las condiciones materiales de existencia a partir de la dialéctica producción-consumo, así como reproducción biológica del grupo (procreación, crianza, subsistencia); 2. reproducción de las relaciones sociales que vinculan a los actores; 3. conocimientos, creencias y disposiciones que orientan la acción. La reproducción en cada uno de sus componentes es muy inestable e involucra además la confrontación de capacidades y disposiciones subjetivas con circunstancias externas a los actores, como la tecnología, el entorno sociocultural y natural, etc.

En referencia a las diversas actividades cotidianas en las que la tecnología lítica formó parte, podemos pensar que dentro de las relaciones que las personas mantenían entre sí y con sus objetos, las andesitas y las rocas metamórficas se encontraban presentes en múltiples tareas –como la molienda y el procesamiento de los recursos faunísticos– a través de la talla y uso de artefactos formatizados con funciones potenciales de corte, raído y raspado.

En lo que hace a las actividades de talla, consideramos que cualquier sujeto podría haber tallado los artefactos formatizados de andesita, ya que todos ellos parten de una tecnología de núcleos amorfos en la cual no es necesario controlar el tamaño o la forma de las lascas. Esto se evidencia también en el uso preponderante del retoque sumario y las formas base de distintos tamaños. Este tipo de retoque no requiere un mayor dominio de la técnica y su ejecución afecta más los bordes que las caras de los instrumentos.

Tanto el uso predominante de la andesita dentro del conjunto instrumental, como la preponderancia del retoque sumario en los artefactos formatizados son características generalmente presentes en otros asentamientos agropastoriles cercanos y pertenecientes al período aquí abordado, como lo mencionan Scattolin y colaboradores (2009) para el sitio Cardonal en el valle del Cajón, Somonte (2009) para el sitio Los Cardones en el Valle de Tafí y Lazzari (1997) para el sitio Loma Alta ubicado en la Falda del Aconquija.

En lo relativo a la práctica de la molienda, seguimos a Babot (2007) cuando se basa en los datos etnoarqueológicos para afirmar la existencia de una afinidad y vinculación entre la mano del operador y la elección de la mano de molino que elige utilizar. Creemos que al momento de elegir los rodados para utilizar como artefactos de molienda se debió haber realizado una doble consideración. Por un lado, tener en cuenta ciertas cualidades relativas a la forma, peso y tamaño de las piezas, de acuerdo a su potencial ajuste a las tareas para las que iban a ser destinadas, considerándose también la inversión de trabajo necesaria para que resulten operativas y desempeñen correctamente su función. Pero, por otro lado, para realizar esta selección de formas y tamaños fue necesario tener cierto conocimiento del entorno natural. Esta selección constituyó una clave en el paisaje, un hito, ya que fue en ese momento cuando se materializaron los hilos de la experiencia (Ingold 2000), los procesos de aprendizaje, los errores, las tradiciones heredadas y las memorias colectivas en la relación con las materias primas.

Evidentemente, el procesamiento de alimentos mediante la utilización de instrumentos de molienda resulta ser una pauta muy característica de los conjuntos artefactuales agropastoriles en el NOA. Un excelente ejemplo de ello resulta ser el sitio Cardonal, en el cual se recuperó una extraordinaria cantidad de instrumentos de este tipo (Scattolin *et al.* 2009).

Otro caso interesante es el sitio formativo La Bolsa 1, en el cual se recuperaron numerosos instrumentos activos y pasivos de molienda, algunos de los cuales poseían fitolitos afines al maíz y gramíneas silvestres (Gazi y Salazar 2013). Este sitio forma parte del paisaje del valle del Tafí el cual, según Salazar y Franco Salvi (2009), fue construido a través de un cúmulo de situaciones provocadas por estrategias sociales y negociaciones entre diversos agentes, lo que produjo la coexistencia en un mismo espacio de prácticas comunales y domésticas.

Cardonal y La Bolsa 1 se localizan relativamente cerca del emplazamiento de Soria 2 y comparten con éste el uso del patio como un espacio en donde tuvieron lugar actividades de procesamiento de alimentos vegetales mediante la utilización de la molienda. De esta forma, el patio adquiere centralidad e importancia como un espacio "contenedor" en donde se materializaron las actividades diarias del ámbito doméstico a través del procesamiento de distintos recursos, donde se condensó y reprodujo la identidad grupal (Salazar y Salvi 2009).

A diferencia de lo que aconteció con los recursos locales, la asociación unívoca entre obsidiana y puntas de proyectil nos sugiere que esta roca ocupó otros espacios en las acciones cotidianas de la comunidad formativa. Esto debió ser así, en primer lugar, porque la posesión de un instrumento de obsidiana encerraba toda la información codificada sobre las relaciones sociales mantenidas con otros grupos humanos y con las comunidades formativas de la Puna (Carbonelli 2011). Y en segundo lugar, porque las puntas de proyectil están destinadas para la caza, una actividad ligada a la esfera extradoméstica (Moreno 2005), interconectándose con otras experiencias y sentidos distintos a los rutinarios, como el pastoreo.

Así, algunos ítems de la evidencia lítica y ceramológica nos remiten a la preparación y consumo de alimentos, actividades en las que la comunidad doméstica se perpetuaba biológica e ideológicamente. Una evidencia más directa de los sistemas alimentarios la tenemos en la zooarqueología. Bajo cualquier modo de producción, la forma en que se producen y consumen los alimentos tiene un rol determinante. Condiciona el costo de reproducción y la ampliación de la fuerza de trabajo disponible, sus condiciones técnicas influyen en la movilidad y las formas de cooperación entre productores así como en las modalidades de propiedad sobre la tierra.

El conjunto faunístico del Recinto 1 se caracteriza por el predominio de Camelidae, en consonancia con las tendencias conocidas para el valle de Yocavil y el NOA en general (*e.g.* Olivera 1997; Izeta 2007; Pratolongo 2008). Entre los animales adultos, la aplicación de análisis morfométricos multivariados permitió el diagnóstico de los morfotipos *L. guanicoe*, *L. glama* y *V. vicugna*. Las proporciones entre animales domésticos y silvestres deben interpretarse con algún escepticismo por dos razones. Uno, la muestra es muy pequeña en relación al conjunto (NISP 12). Dos, esta técnica sólo es aplicable a huesos completamente formados, de modo que cuando se aplica a elementos con un único centro de fusión sirve solo para detectar el morfotipo de mayor porte (*L. glama*).

Lo que sí podemos afirmar es la coexistencia de la caza y el pastoreo entre las actividades de subsistencia. La cría de ganado pudo proveer a la sociedad aldeana de recursos como carne, lana y abono, fuerza motriz para el transporte de mercancías, etc. Los huesos mismos pueden utilizarse como materia prima para confeccionar artefactos. A diferencia de los animales silvestres, las llamas eran un medio de producción en el que se acumulaba el trabajo y conocimiento de muchas generaciones. Eran con seguridad propiedad de la comunidad doméstica y su cuidado requirió del dominio de otros factores de producción, como pasturas

y aguas. Por esta misma razón, su control por los jefes de la familia habría de reforzar las relaciones de poder intergeneracionales.

En cuanto a los animales silvestres, a falta de otras especies domésticas, la caza pudo funcionar como una estrategia de reducción del riesgo que impedía la sobreexplotación del ganado (Göbel 1994). Más allá de sus funciones económicas, la caza conectaba a la unidad doméstica con un mundo mayor, tal vez con otras aldeas y etnias. Desconocemos la distribución prehispánica de *V. vicugna*, pero en la actualidad se restringe a alturas superiores a los 3500 msnm (Vila 2006). El guanaco debió ser una especie local dado que su distribución actual abarca un amplio espectro de eco-regiones, desde los Andes hasta el Chaco húmedo y la estepa patagónica (Vila 2006). Por otra parte, ocupa el mismo nicho que la llama y es un eventual competidor. Por lo tanto, también se los pudo cazar fuera de la localidad, tal vez durante los movimientos estacionales vinculados al pastoreo. La caza también pudo estar a cargo de partidas especiales. No se puede descartar tampoco el intercambio.

Una diferencia importante entre el conjunto de Soria 2 Recinto 1 y los de depósitos contemporáneos como Yutopián y Bañado Viejo (Izeta 2007) es la mayor frecuencia de camélidos juveniles a subadultos. Olivera (1997) propuso que el predominio de animales subadultos en algunos sitios formativos podía deberse a la regulación del crecimiento de los rebaños frente a una disponibilidad limitada de pasturas. Si es así, esto echa una luz diferente sobre el predominio de morfotipos silvestres: *L. glama* puede estar subrepresentada porque los animales domésticos se sacrificaban jóvenes o eran víctimas de enfermedades de corral como la enterotoxemia.

CONCLUSIONES

La vida social se desenvuelve en una sucesión de escenarios, algunos ocasionales y otros que albergan a las mismas actividades repetidas por años o décadas. Las actividades cotidianas, a la par que satisfacen las necesidades materiales de un grupo humano, actualizan vínculos políticos, económicos e ideológicos. En el presente trabajo tratamos de ofrecer algunas inferencias sobre las actividades registradas en el sitio Soria 2 y su imbricación con el paisaje social del sudeste de Yocavil y regiones aledañas.

Durante los años que duró la ocupación del sitio se fueron acumulando los vestigios de un modo de vida. Detrás de los muros del Recinto 1 se utilizaron morteros y manos de molino, se presume que para la preparación de vegetales cultivados y/o recolectados. La abundancia de desechos de talla de andesita indica la producción local de los artefactos formatizados, la presencia de instrumentos en rocas metamórficas indica una relación personal con las piezas, cuyas biografías se entrelazaron. Las evidencias faunísticas, cerámica y lítica, y rasgos como el fogón, permiten postular que al menos las etapas finales del procesamiento de carcasas de camélidos silvestres y domésticos, su preparación y consumo tuvieron lugar *in situ*. También se realizaron ceremonias que involucraban el consumo de cebil. Cada una de estas actividades pondría en juego roles diferenciados por edad, género y parentesco y evocaría saberes, creencias e historias de una tradición que se iban modificando con el tiempo. La casa misma pudo materializar principios de clasificación y percepción sociales.

La amplitud de actividades productivas evidenciadas en un espacio restringido se corresponde bien con la imagen de las sociedades tribales o de agricultores neolíticos

organizados en comunidades domésticas análogas y orientadas a la producción para autoconsumo. En este escenario la casa funciona como vértice de las acciones e interacciones de la unidad doméstica y, por lo tanto, del proceso global de reproducción social.

La evidencia de Soria 2 permitió además explorar el paisaje social del Formativo de Andalhuala, que incluía espacios productivos como campos de cultivo, pasturas, áreas de canteras para la extracción de rocas, etc. Los indicios de consumo de cebil hallados en un hornillo de pipa, la explotación directa o indirecta de las fuentes de obsidiana puneña, la caza de guanacos y vicuñas y el universo de motivos decorativos en la cerámica remiten a un espacio extralocal y redes sociales que se extienden de las yungas hasta la puna. Lo mismo ocurre con otras unidades domésticas formativas. La interacción de prácticas en escenarios socialmente construidos –física y simbólicamente–, desde la vivienda al espacio vallisto, conformaban un mundo social objetivo y hábitos y saberes subjetivos que se reforzaban recíprocamente.

Finalmente, el sitio Soria 2 presenta similitudes y diferencias con el registro formativo de la región valliserrana. Scattolin (2006) sugiere que la diversidad puede responder en parte a la concurrencia de diversas tradiciones culturales e identidades en la primera etapa de la expansión del modo de vida aldeano. También pudo abonar a la diversidad la experimentación. Las aldeas formativas debieron ser pequeñas y escasamente jerarquizadas, y su propagación inicial pudo ser por fisión de los grupos aldeanos frente al crecimiento demográfico. Los primeros siglos del Formativo bien pudieron ser una etapa de experimentación en cuanto a las técnicas agropecuarias y constructivas, incluso propicia a la innovación accidental.

Por el momento es difícil trazar un cuadro más detallado que el presentado aquí. En los últimos años se ampliaron las excavaciones en el Recinto 2 y el material recuperado está en proceso de análisis. Además de las líneas de evidencia reseñadas, estamos trabajando en el análisis de macrorrestos vegetales y fitolitos y la datación de nuevas muestras. También se llevaron adelante nuevas prospecciones sobre la meseta de Andalhuala. Esperamos que esta evidencia y la comparación con el registro arqueológico regional nos permitan llegar a hipótesis más complejas sobre Soria 2 y las sociedades formativas de la meseta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albeck, M. E.
2000 La vida agraria en los Andes del Sur. En *Nueva Historia Argentina*. *Los Pueblos Originarios y La Conquista*, editado por M. Tarragó, Vol. 1. pp. 187-228. Sudamericana, Buenos Aires.

Álvarez Larrain, A. y S. Lanzelotti
2013 Habitar y cultivar en el este del valle de Yocavil. En *La Espacialidad en Arqueología. Enfoques, Métodos y Aplicaciones*, editado por Inés Gordillo y José María Vaquer. Editorial Abya–Yala, Quito. En prensa.

Babot
2007 Organización social de la práctica de la molienda: casos actuales y prehispánicos del Noroeste argentino. En *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio,* editado por A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 259-291. Editorial Brujas, Córdoba.

Baigorria Di Scala, L. J.
2009 *El sitio formativo Soria 2: estudio tecno-morfológico del conjunto cerámico ordinario*. Tesis de licenciatura en Cs. Antropológicas. FFyL. UBA. Ms

Balfet, H., M. F. Fauvet-Berthelot y S. Monzón
1992 *Normas para la descripción de vasijas cerámicas*. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. México.

Bate, L. F.
1998 *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica, Barcelona.

Behrensmeyer, A. K.
1978 Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 1:150-162.

Belotti, C. R.
2010 Una primera aproximación al desarrollo del modo de producción tribal y la evolución del registro zooarqueológico en el sur de los valles Calchaquíes (Catamarca). En *Zooarqueología a principios del siglo XXI. Aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio*, editado por M. A. Gutiérrez, M. De Nigris, P. M. Fernández, M. Giardina, A. Gil, A. D. Izeta, G. Neme y H. Yacobaccio, pp. 189-198. Ediciones del Espinillo, Buenos Aires.
2011 Zooarqueología del sitio formativo Soria 2, valle de Yocavil (Catamarca), siglo I d.C. *Revista del Museo de Antropología* 4:3-16.

Bennett, W. C.
1948 *Northwest Argentine Archaeology*. Yale University Publications in Anthropology, New Haven.

Binford, L. R.
1981 *Bones: ancient men and modern myths*. Academic Press, New York.

Bronk Ramsey, Ch.
2009 Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51 (1):337-360.

Bugliani, F. y L. Pereyra Domingorena
1999 Conjuntos cerámicos en el sitio formativo de "Bañado Viejo" (Tucumán). En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, vol. 2:347-358. Córdoba.

Bugliani, F.
2008 *Consumo y representación en el Formativo del sur de los Valles Calchaquíes (Noroeste argentino): Los conjuntos cerámicos de las aldeas del primer milenio A.D.* British Archaeological Reports, International Series, S 1174. Oxford.

Carbonelli, J. P.
2011 "Motivos porque y para" en la tecnología lítica de un sitio formativo en el Valle de Yocavil, provincia de Catamarca. *Intersecciones en Antropología* 12:31-45.

Crown, P.
2007 "Life histories of pots and potters: Situating the individuals in Archaeology". *American Antiquity* 72 (4):677-690.

Gaál, E. G.
2011 Base regional de recursos líticos y fuentes potenciales de aprovisionamiento en el sur del valle de Yocavil, Catamarca. *Acta de resúmenes extendidos del XII Congreso Nacional de Estudiantes de Arqueología*:70-73. Universidad de Horco Molle, San Miguel de Tucumán.

Gaál, E. G. y J. P. Carbonelli
2011 Tendencias preliminares en el registro artefactual lítico del sitio formativo Soria 2, valle de Yocavil, prov. de Catamarca. *Al Comienzo del Camino*, *actas del XI Congreso Nacional de Estudiantes de Arqueología* 1:103-120. Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de San Juan. Editorial de la Universidad de San Juan.
2012 Caracterización de las materias primas y la tecnología lítica del sitio formativo Soria 2, Andalhuala, Valle de Yocavil, prov. de Catamarca. En *Entre pasados y presentes III. Estudios Contemporáneos en Ciencias Antropológicas,* compilado por N. Kusperszmit, T. Lagos Mármol, L. Mucciolo, M. Sacchi, pp. 708-818. MNEMOSYNE, Buenos Aires.

Gazi, V. y J. Salazar
2013 Determinación de las àreas de actividad y organización del espacio doméstico en una unidad residencial del sitio aldeano temprano La Bolsa 1 (Tafí del Valle, Tucumán, Rep. Argentina). *Arqueología Iberoamericana* 17:3-22.

Göbel, B.
1994 El Manejo del Riesgo en la Economía Pastoril de Susques. *Zooarqueología de Camélidos* 1:43-56.

González, A. R.
1998 *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, A. R. y J. A. Pérez Gollán
1966 El Área Andina Meridional. En *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1:241-265. Sevilla.

Gumerman, G. I. V.
1997 Food and complex societies. *Journal of Archaeological Method and Theory* 4:105-139.

Hermo, D. y L. Miotti
2011 La obsidiana en el Nesocratón del Deseado (Santa Cruz, Argentina). En *Biografías de paisajes y seres*, coordinado por D. Hermo y L. Miotti, pp. 111-133. Encuentro/Humanidades, Córdoba.

Ingold, T.
2000 *The Perception of the Environment. Essays in Livelihood, Dwelling and Skill.* Routledge, Londres, New York.

Izeta, A. D.
2007 *Zooarqueología del sur de los valles Calchaquíes (Provincias de Catamarca y Tucumán, República Argentina)*. British Archaeological Reports, Oxford.

Krapovickas, P.
1955 *El yacimiento de Tebenquiche*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Lazzari, M.
1997 La economía más allá de la subsistencia: intercambio y producción lítica en el Aconquija. *Arqueología* 13:36-45.
2006 Traveling Things and The Production of Social Spaces: An Archaeological Study of Circulation and Value in North Western Argentina. Tesis doctoral no publicada, Graduate School of Arts and Sciences, Columbia University.

Madero, C. M. y H. D. Yacobaccio
1994 El registro faunístico del pastoreo actual y sus implicancias arqueológicas. En *Zooarqueología de Camélido*, editado por D. E. Elkin, C. M. Madero, G. L. Mengoni, D. E. Olivera, M. C. Reigadas y H. D. Yacobaccio, pp. 73-94. GZC, Buenos Aires.

Marean, C. W. y C. J. Frey
1997 Animal bones from caves to cities: reverse utility curves as methodological artifacts. *American Antiquity* 62 (4):698-711.

Mc Cormac, F. G., A. G. Hogg, P. G. Blackwell, C. E. Buck, T. F. G. Higham y P. J. Reimer
2004 SHCal04 Southern Hemisphere calibration, 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon* 46 (3):1087-1092.

Meillasoux
1977 *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo.* Siglo XXI, México.

Menacho, K.
2001 Etnoarqueología de trayectorias de vida de vasijas cerámicas y modo de vida pastoril. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVI:119-144.

Mengoni Goñalons, G. L.
1991 La llama y sus productos primarios. *Arqueología* 1:179-196.

Miller, G. R.
1979 An introduction to the ethnoarchaeology of andean camelid. Tesis de doctorado no publicada, University of California, Berkeley.

Moreno, E.
2005 Artefactos y prácticas. Análisis tecno-funcional de los materiales líticos de Tebenquiche Chico 1. Tesis de licenciatura no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Moreno, E.
2007 El tiempo, el espacio y las prácticas en el análisis del material lítico. Trabajo presentado en la IV Reunión de Teoría Arqueológica de América del Sur, Catamarca.

Núñez Regueiro, V. A.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.

Oliszewski, N.
2009 Ocupaciones prehispánicas en la Quebrada de los Corrales, el Infiernilllo, Tucumán (ca. 2500-600 años AP). *Comechingonia* 14:155-173.

Olivera, D. E.
1997 La importancia del recurso Camelidae en la Puna de Atacama entre los 10.000 y 500 años A.P. *Estudios Atacameños* 14:29-41.

Olivera, D. E.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: el formativo inferior del Noroeste Argentino.

En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberian y A. E. Nielsen, vol. 1. pp. 83-125. Editorial Brujas, Córdoba.

Orton, C., P. Tyers y A. Vince
1997 *La Cerámica en Arqueología.* Ed Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona.

Palamarczuk, V., R. Spano, F. Weber, D. Magnífico, S. López y M. Manasiewicz
2007 Soria 2. Apuntes sobre un sitio formativo en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8:121-134. Olavarría.

Pratolongo, G. J.
2008 Estudio de los restos faunísticos de dos sitios tardíos en el valle de Yocavil, provincia de Catamarca: Rincón Chico 15 y Las Mojarras 1. En *Estudios arqueológicos en Yocavil*, editado por M. N. Tarragó y L. R. González, pp. 81-126. Asociación de Amigos del Museo Etnográfico, Buenos Aires.

Raffino, R.
1990 *Poblaciones indígenas en Argentina*. Tipográfica Editora Argentina, Buenos Aires.

Rice, P. M.
1987 *Pottery Analysis. A Sourcebook*. The University of Chicago Press. Chicago.

Rosso, C. y R. C. Spano
2005-2006 Evidencias del uso de alucinógenos en pipas halladas en dos sitios tempranos de los Valles Calchaquíes. *Arqueología* 13:79-98.

Ruiz Huidobro, O.
1972 Descripción Geológica de la Hoja 11E Santa María, provincias de Catamarca y Tucumán. *Dirección Nacional de Minería*, Bol. Nº 134. Buenos Aires.

Salazar, J. y V.L Franco Salvi
2009 Una mirada a los entornos construidos en el valle del Tafí, Tucumán (1-1000 AD). *Comechingonia* 12:91-109.

Sarmiento Fradera, G.
1986 La sociedad cacical agrícola: hipótesis y uso de indicadores arqueológicos. *Boletín de antropología americana* 13:35-64.

Scattolin, M. C.
2006 De las comunidades aldeanas a los curacazgos en el Noroeste Argentino. *Boletín de Arqueología PUCP* 10:357-398.
2007 Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura,

A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 203-219, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Scattolin, M. C., F. Bugliani, L. Cortes, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. Izeta
2009 Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del Valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV:251-274.

Sillar, B. y M. S. Tite
2000 "The challenge of 'technological choices' for materials science approaches in Archaeology". *Archaeometry* 42 (1):2-20.

Somonte, C.
2009 Tecnología lítica en espacios persistentes de Amaicha del Valle (Tucumán). Tesis doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Spano, Romina
2008 Indagaciones sobre las sociedades aldeanas del Valle de Yocavil; análisis de la alfarería fina del sitio Soria 2 (Andalhuala, provincia de Catamarca). Tesis de licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Spano, R. C.
2011 Primera sistematización de las características estilísticas de la alfarería fina del sitio Soria 2 (Valle de Yocavil, Noroeste argentino). *Revista del Museo de Antropología* 4:127-144.

Spano, R. C., M. S. Grimoldi, V. Palamarczuk y A. Álvarez Larrain
2013 *Entre muros y vasijas: entierros y memoria en Soria 2, valle de Yocavil*. Ms.

Stahl, P. W.
1999 Structural Density of Domesticated South American Camelid Skeletal Elements and the Archaeological Investigation of Prehistoric Andean Ch'Arki. *Journal of Archaeological Science* 26:1347-1368.

Tarragó, M. y M. De Lorenzi
1976 Arqueología del Valle Calchaquí. *Etnia* 23/24:1-35. Olavarría.

Trigger, B. C.
1991 Distinguished Lecture in Archaeology Constraint and Freedom. A New Synthesis for the Archaeological Explanation. *American Anthropologist* 93:551-569.

Vargas Arenas, I.
1985 Modo de vida: categoría de las mediaciones entre formación social y cultura. *Boletín de antropología americana* 12:5-16.

1987 La formación económico social tribal. *Boletín de antropología americana* 15:15-26.

Vila, B.
2006 Suborden Tylopoda, Familia Camelidae. En *Mamíferos de Argentina. Sistemática y distribución*, editado por R. M. Barquez, M. M. Días y R. A. Ojeda, pp. 116-118. SAREM, San Miguel de Tucumán.

Wolf, E.
1987 *Europa y la gente sin historia.* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Yacobaccio, H. D., C. M. Madero y M. P. Malmierca
1998 *Etnoarqueología de pastores surandinos*. Grupo Zooarqueología de Camélidos, Buenos Aires.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones – 549-573

LA VARIABILIDAD DE UN ESTILO: AVANCES Y DISCUSIONES EN TORNO A LA CERÁMICA VAQUERÍAS DEL NOROESTE ARGENTINO

Lucas Pereyra Domingorena[*], María Eugenia De Feo[**] y María Fabiana Bugliani[***]

ABSTRACT

Vaquerías is a distinctive polychrome formative pottery style with broad geographic distribution in Northwestern Argentina (NWA) but meagerly represented at particular sites. Its chronology goes from the fourth century B.C. until the end of the first millennium D.C.

The occurrence of this style is regularly mentioned in the literature of the period, but few authors have advanced detailed characterization of its distinctiveness in each area. This paper contributes to its characterization by reviewing the information and interpretations reached to date and providing new evidence from two sectors of NWA: Quebrada del Toro (Salta) and southern Cajon Valley (Catamarca). Pottery materials recovered from these areas were stylistically and technologically analyzed through the definition of morphological and iconographic attributes and the application of petrographic techniques.

While Vaquerías-style pottery usually occurs in domestic contexts a tvillage sites in the areas considered here, it has also been found in burials in Quebrada del Toro. Although both assemblages share attributes that allow defining Vaquerías as a stylistic and morphological unity, there is also considerable variability in fabric composition. There are also differences in the way in which this style behaves in each sector relative to local pottery styles. This information is discussed in relation to questions about technological choices made by ancient potters, as well as wider circulation and social interaction issues in the Northwestern Argentina during the Formative.

Keywords: *Vaquerías – style – petrography – iconography*

[*] CONICET. Museo Etnográfico. UBA.
[**] CONICET. Museo de La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo.
[***] CONICET. Museo Etnográfico. UBA. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

INTRODUCCIÓN, OBJETIVOS, PROBLEMA

Vaquerías es un estilo cerámico caracterizado por la presencia de diseños polícromos pintados en negro, marrón y/o rojo, aplicados sobre una base clara que varía del blanco al anaranjado claro y que en algunos casos es un engobe uniforme y de terminación bien lograda. Cronológicamente fue asignado a los primeros siglos de la Era Cristiana. Presenta una amplia dispersión geográfica en el Noroeste argentino (NOA) aunque está exiguamente representado en los sitios y, en muchos casos, sus contextos de asociación se hallan pobremente documentados. Si bien su presencia es asiduamente mencionada, pocos autores (Heredia y Pérez 1972; Heredia *et al.* 1974; Korstanje 1995, 1998; Cremonte 1996) han avanzado en la caracterización detallada de los rasgos propios de esta alfarería en cada área.

Este trabajo busca contribuir a esta problemática sintetizando la información y las interpretaciones alcanzadas hasta el momento y aportando nuevas evidencias procedentes de dos sectores del NOA: la Quebrada del Toro (Salta) y el sur del valle del Cajón (Catamarca). Procura caracterizar la cerámica Vaquerías integrando datos procedentes del estudio petrográfico de las pastas, hasta la actualidad poco explorados, con aspectos de diseño y morfología de las piezas. Asimismo, se analiza de qué manera esta alfarería se comporta respecto de los estilos cerámicos locales.

Entendemos al estilo como modo de hacer y expresar socialmente construido, que objetivamente se presenta como una serie de recursos disponibles, que adquieren un determinado arreglo, en el cual se conjugan elementos formales, funcionales, de representación y que se manifiesta de acuerdo a condiciones sociales y culturales particulares (Bugliani 2008).

Sobre la base de los análisis propuestos, aportamos a la caracterización de esta alfarería, remarcando su unidad estilística al tiempo que reconocemos la variabilidad al interior del conjunto estudiado.

Toda esta información es puesta en el contexto de los interrogantes sobre las elecciones tecnológicas, la circulación de estilos y la interacción social en el Noroeste argentino durante el Período Formativo (600 A.C. - 1000 D.C. *sensu* Núñez Regueiro 1974).

ANTECEDENTES EN LA CARACTERIZACIÓN DE VAQUERÍAS

El universo cerámico que hoy conocemos como Vaquerías fue construido históricamente a partir del aporte de diferentes investigadores. Para el valle de Hualfín, González (1956) discriminó dentro de Condorhuasi un conjunto de vasijas que denominó Condorhuasi Tricolor. Posteriormente Heredia y Pérez (1972) tras revisar esos materiales y los de otras colecciones denominaron a ese conjunto Vaquerías, separándolo así de Condorhuasi. De acuerdo a sus argumentos, en la primera denominación de esta cerámica había primado el criterio de asociación, es decir, habían sido clasificadas de ese modo por haberse encontrado junto a piezas del estilo Condorhuasi. Sin embargo luego de que diferentes investigaciones en distintos sectores del Noroeste argentino hallaran este material asociado a otros estilos alfareros, estos mismos autores establecieron su amplia dispersión y la necesidad de individualizarlo como un estilo diferente. En aquella época ya se había publicado la presencia de esta cerámica tricolor en Quebrada del Toro (Cigliano, *et al.* 1972), en el valle de Lerma (González y Heredia 1972) y en el sector sur de las Selvas Occidentales (Heredia 1974).

Con posterioridad a estas contribuciones, el registro de piezas fue aumentando y se incrementó también el número de sitios en los cuales se hallaron fragmentos Vaquerías. La Tabla 1 sintetiza esta información mencionando los contextos arqueológicos en los cuales se recuperaron elementos de este estilo.

Tabla 1. Sitios con presencia de cerámica Vaquerías publicados

Área	Sitio/Zona	Referencias bibliográficas	Contextos
Valle de Hualfín	Dpto. Belén	Heredia *et al.* 1974	Colección
	Sitio 1 y 2 del Río Diablo	González y Cowgill 1975	Recolección de superficie
	Las Barrancas (1)	Berberián y Massidda 1975	Funerario
Bolsón de Andalgalá	Dpto. Andalgalá	Heredia *et al.* 1974	Colección
Valle del Bolsón	La Mesada	Korstanje 1998	Recolección de superficie
Valle de Tafí	Río Las Piedras	Cremonte 1996	Funerario
	El Mollar	Núnez Regueiro y García Azcárate 1996	Estructura monticular
	Puesto Viejo. Quebrada de Los Corrales	Gramajo Bühler 2009, Oliszewski *et al.* 2010	Recolección de superficie en área residencial
Valle del Cajón	Agua Amarilla	Korstanje 1995, 1998	Colección
	Cardonal	Scattolin *et al.* 2009a	Recolección de superficie en área residencial / Doméstico
	Bordo Marcial	Pereyra Domingorena 2009, 2010	Recolección de superficie en área residencial / Doméstico
Valle Santa María	Tolombón (2)		Recolección de superficie
	Chuscha (3)	Tarragó y Scattolin 1999	Colección
	Chimpa	Heredia *et al.* 1974	Recolección de superficie
	San José	Korstanje 1995, 1998	Colección
	Soria 2	Palamarczuk *et al.* 2007	Doméstico
	Bajo Los Cardones	Pastor y Rivero 2004	Recolección de superficie en área residencial
Valle Calchaquí Norte	Potrero Ralo	Tarragó 1996	Sondeo en perfil de cárcava
	El Arbolar. Sitio 1 (4)	Tarragó y Scattolin 1999	Recolección de superficie
Yungas tucumanas	Chuscha	Heredia *et al.* 1974	Basural
Puna salteña	Cobres	Santoni y Buliubasich 1988	Recolección de superficie
Puna catamarqueña	Tebenquiche	Haber 1996	Relleno entre muros
Quebrada del Toro	Las Cuevas	Cigliano 1970, Cigliano *et al.* 1972, 1976	Basural y Doméstico
	Cerro El Dique	Cigliano *et al.* 1972, 1976	Funerario
	Potrero Grande	Cigliano *et al.* 1972, 1976	Funerario y Basural
	Tres Cruces I	De Feo 2007, 2010	Doméstico

Tabla 1. (*Continuación*)

Área	Sitio/Zona	Referencias bibliográficas	Contextos
Valle de Lerma	San Nicolás	Cigliano *et al.* 1972	Basural
	Tilián	Cigliano *et al.* 1972	Basural
	Corral de la Viña	Cigliano *et al.* 1972	Recolección de superficie
	Guachipas	Cigliano *et al.* 1972, Heredia *et al.* 1974	Recolección de superficie
	Valle de los Demonios	Cigliano *et al.* 1972	Recolección de superficie
	Vaquerías	Cigliano *et al.* 1972, Heredia *et al.* 1974, Raffino *et al.* 1982, González y Baldini 1989	Recolección de superficie
	La Represa	Raffino *et al.* 1982	Sondeo sin datos de contexto
	Las Garzas	Cremonte *et al.* 1987	Recolección de superficie
	Viñaco	Korstanje 1998	Recolección de superficie
	Silisque Tilián 2	Escobar 1996, 2008	Doméstico
	Taritolay	Escobar 2008	Doméstico
	Guachipas	Heredia *et al.* 1974	Recolección de superficie
	Pampa Grande	Korstanje 1998	Estratigrafía en cueva
Puna jujeña	Cochinoca 39	Fernández Distel 1998	Doméstico
	Cerro Colorado	Krapovikas 1977 (5)	Basural
Subregión Río Salado (Chile)	Localidad de Turi	Núñez A. *et al.* 1975, Castro *et al.* 1994	Recolección de superficie
San Pedro de Atacama (Chile)	Tulor 1	Llagostera *et al.* 1984	Doméstico
	Tulor algarrobo, Tchecar, Solor 3, Tulor, Coyo	Heredia y Pérez 1972 Heredia *et al.* 1974	Sin datos
	Coyo	Núñez A. *et al.* 1975	Funerario
	Sequitor, Quitor	Tarragó 1989	Funerario
	Ghatchi 1B	Agüero y Uribe 2011	Recolección de superficie en área residencial

Nota general: (1) En la publicación los autores catalogaron a estas piezas Condorhuasi Tricolor y Condorhuasi Rojo sobre Ante, posteriormente (Korstanje 1995) se consideró que estas piezas debían ser consideradas Vaquerías, posición con la que coincidimos.
(2) La expedición Lafón-Krapovickas de 1956 halló dos fragmentos Vaquerías (56-26 y 56-45), dicho material se encuentra depositado en el Museo Etnográfico "Juan B. Ambrossetti" de Buenos Aires. De acuerdo al Catálogo N° 12 del Depósito de Arqueología, el fragmento 56-26, procede de una recolección en "las cercanías de la casa de Llampa", en tanto que el fragmento 56-45 procede de "las cercanías de la casa de Cruz, Trinchera IV Superficie".
(3) Las autoras remiten a una pieza de la Colección Bravo relevada y registrada por M. T. Carrara en los años sesenta. De acuerdo a Scattolin (2006) se trata de la pieza N° 138 de dicha colección.
(4) Las autoras señalan que en el manuscrito de Heredia y colaboradores de 1974 "Ensayo de un cuadro cronológico del sector meridional del valle Calchaquí" correspondiente a la ponencia presentada al III Congreso Nacional de Arqueología Argentina realizado en la ciudad de Salta, se menciona la presencia de material cerámico Vaquerías en el Sitio I de El Arbolar ubicado en los alrededores de la localidad de San Carlos (Salta).
(5) Este material corresponde a lo que Krapovikas denominó Tipo Cerro Colorado Polícromo. Posteriormente otros investigadores han asociado el material publicado por Krapovickas con el estilo Vaquerías a partir de semejanzas estilísticas (Korstanje 1998; Tarragó 1989).

De la tabla se desprende su amplia distribución en el área andina meridional (Heredia *et al.* 1974; González y Baldini 1989; Korstanje 1995, 1998; Ortiz 2007), abarcando sectores con características ecológicas muy disímiles como los valles y quebradas, las yungas y la puna. En efecto, fragmentos Vaquerías han sido documentados en los valles de Hualfin, Tafí, Bolsón, del Cajón, Santa María, Lerma, Calchaquí Norte, Quebrada del Toro, Bolsón de Andalgalá, así como también en las yungas tucumanas y puna catamarqueña y jujeña. Asimismo, un número restringido de fragmentos proviene de sitios del norte de Chile, en San Pedro de Atacama y Subregión Río Salado (Bugliani y Pereyra Domingorena 2012: Figura 1).

Por otra parte, esta cerámica ha sido registrada en contextos domésticos, al interior de unidades habitacionales o integrando depósitos de basura. En otros casos, fue encontrada formando parte del acompañamiento funerario o asociada a estructuras de tipo monticular.

Otra característica que define al estilo es su cronología temprana. En un primer momento, Heredia, Pérez y González (1974) apoyándose en contextos y fechados de Quebrada del Toro (Cigliano 1970; Cigliano *et al.* 1972), lo ubicaron cronológicamente entre el 200 A.C y 400 D.C. Esta primera asignación temporal posteriormente fue reforzada con la presencia de nuevos hallazgos en diferentes sitios del Noroeste argentino y norte de Chile. Por ejemplo, en el valle de Tafí, el componente formativo donde se detectó cerámica Vaquerías, fue fechado entre 1955 ± 55 y 1880 ± 65 años radiocarbónicos A.P. (Núñez Regueiro y García Azcárate 1996). Asimismo, en el sur del valle de Santa María, en Soria 2, un fogón asociado a cerámica Vaquerías fue datado en 1940 ± 80 años radiocarbónicos A.P. (Palamarczuk *et al.* 2007). Por su parte, en el valle del Cajón las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial presentaron fechados que ubican su ocupación en los dos primeros siglos D.C. (Scattolin *et al.* 2009a). Finalmente, en San Pedro de Atacama en el sitio Tulor I (Llagostera *et al.* 1984) fecharon el componente inferior de una unidad habitacional donde verificaron la presencia de fragmentos Vaquerías en 1800 ± 60 o 1850 ± 60 años radiocarbónicos A.P. según diferentes valores de vida media considerados.

Pese a la extensa dispersión geográfica y variedad de contextos en que se hallan presentes, los fragmentos Vaquerías no suelen ser abundantes en cada sitio, hallándose representados en escasa proporción. Si bien los datos publicados (ver Tabla 1) no siempre son comparables, los autores resaltan la escasa representación de Vaquerías en relación a otros conjuntos contemporáneos. Las piezas enteras también son pocas en comparación a las de otros estilos. Se contabilizan unas 52, si se tienen en cuenta las pertenecientes a colecciones privadas o de museos y aquellas recuperadas en excavaciones arqueológicas. Estas últimas, 7 en total, proceden exclusivamente de contextos funerarios. Las demás no poseen información sobre su procedencia o la misma es poco específica respecto del contexto de aparición.

En la década de 1990 Korstanje (1995, 1998) llevó a cabo un relevamiento exhaustivo de todas estas piezas. A partir de la información disponible realizó una caracterización del estilo considerando los aspectos del diseño y morfológicos. Además planteó interrogantes en torno a su origen, dispersión, asociaciones culturales y cronológicas. Sobre la primera cuestión señala la recurrencia con que piezas del estilo se asocian a elementos tradicionalmente considerados de las Selvas Occidentales, en particular con el complejo alfarero San Francisco, sugiriendo además cierto origen común. Se refiere también, a la amplia dispersión de Vaquerías. A partir de la relativa abundancia de piezas y fragmentos de este estilo observada en valle de Hualfín y de su continuidad en la forma y motivos con otros estilos locales, cuestiona el carácter

intrusivo asignado al mismo. Además reconoce gran variabilidad en las formas, los colores de fondo y pintura entre Hualfín y el valle del Lerma, aunque estas diferencias no permitirían establecer una separación en dos grupos. De igual manera, se vale de la presencia de piezas y fragmentos del estilo en contextos domésticos para cuestionar las interpretaciones que lo proponen como un bien de prestigio o excepcional.

Como ya fuese mencionado, esta autora y más recientemente Bugliani y Pereyra Domingorena (2012), examinaron los repertorios morfológicos y los recursos plásticos propios de piezas que han sido definidas como Vaquerías. Al respecto de las formas, las vasijas incluyen unas pocas clases bastante recurrentes aunque pueden presentarse con algunas variantes (dicha variabilidad se ilustra en Cigliano *et al.* 1972: Figuras 1, 3 y 4, Heredia *et al.* 1974: Figuras 2, 8, 9, 10 y 11; Korstanje 1996: Figura 2; Bugliani y Pereyra Domingorena 2012: Figura 2). Una de las formas características son los vasos cilíndricos o subcilíndricos de paredes levemente cóncavas, no restringidos. Presentan bordes a veces evertidos con labio recto o convexo, base plana y asa vertical subrectangular. También existen jarras de cuerpo subglobular con cuello corto cilíndrico o de paredes levemente cóncavas, con bordes evertidos, la mayoría de las veces engrosados. En la unión cuello-cuerpo de las mismas se distingue un punto angular a veces con una línea excisa que lo resalta. Otra categoría está conformada por los cuencos de perfil compuesto, con punto angular en el tercio inferior de la altura de la pieza, paredes suavemente cóncavas y borde por lo general engrosado. De manera menos frecuente aparecen ejemplares de cuencos hemisféricos de perfil simple, vasijas subglobulares de base plana y cuello corto y vasijas ovoides de cuello corto. En cada una de las formas se han detectado diferentes modos de organizar y delimitar los campos de representación (Bugliani *et al.* 2012: Figura1).

Dentro del repertorio iconográfico, los autores han destacado los motivos geométricos rectilíneos: líneas paralelas, escalonadas, rombos concéntricos, reticulados, triángulos en hilera (banderines). En limitados casos aparecen representaciones figurativas, pero no están realizadas a través de la pintura sino por el modelado de toda o parte de la pieza y/o por la aplicación de pequeños apéndices al pastillaje. En estas no se pierde el diseño geométrico pintado característico sino que se combinan ambas representaciones.

El uso de la policromía combinado con los elementos geométricos seleccionados, son aspectos que definen las configuraciones de diseño resultante. No todos los recipientes tienen más de dos colores en sus diseños. Se usaron el negro, el marrón, el rojo y el crema/blanco amarillento, pero hay que tener en cuenta que la policromía también está dada por la amplia variedad de tonalidades y las diferentes combinaciones que se registran en los diseños. Sobre esto, estudios realizados a las pinturas de algunos de los fragmentos han indicado la presencia de óxidos de hierro en forma de hematita en los diseños rojos. Por su parte, se han detectado compuestos de manganeso (bixbyita y jacobsita) combinados con magnetita como fuente de las distintas tonalidades de negro (Bugliani *et al.* 2012).

LAS MUESTRAS ESTUDIADAS

Los resultados aquí analizados proceden del estudio de materiales cerámicos Vaquerías correspondientes, como mencionamos, a dos sectores del Noroeste argentino: el sur del valle del Cajón (Catamarca) y la Quebrada del Toro (Salta), dos espacios transicionales

comúnmente designados como de borde de puna. En la actualidad, así como lo hicieron en el pasado, dichos espacios constituyeron paisajes y corredores naturales que conectan tanto con los valles mesotermales como con los ambientes puneños y, como señala la evidencia, han tenido una intensa interacción con áreas distantes (Scattolin y Lazzari 1997; Lazzari 2005; De Feo 2010).

En el valle del Cajón la cerámica de este estilo está presente en contextos domésticos aldeanos tempranos. Ha sido hallada tanto en la aldea de Cardonal como en Bordo Marcial. En ambos casos estos hallazgos resultan interesantes dado que se trata de contextos bien preservados, están presentes en recintos sistemáticamente estudiados y con varios fechados.

En la aldea de Cardonal, fragmentos Vaquerías fueron hallados en los pisos de ocupación de las cinco habitaciones que integran una vivienda totalmente excavada (Scattolin *et al.* 2007; Scattolin *et al.* 2009a y b). Esta cerámica aparece asociada a otros estilos, formas e iconografías reconocidos para el período Formativo, tales como representaciones figurativas modeladas y al pastillaje características de Tafí, diseños geométricos incisos como en Río Diablo, figuras zoomorfas similares a las presentes en Candelaria y recipientes grises pulidos de pastas finas. Los fechados para esta vivienda van desde 1932 ± 35 a 1781 ± 35 años radiocarbónicos A.P. (Scattolin *et al.* 2009a). De este sitio, se analizaron cuatro muestras de este estilo polícromo, tres provienen del núcleo habitacional y una cuarta corresponde a una recolección superficial del área de vivienda.

En Bordo Marcial por su parte, se recuperaron fragmentos Vaquerías durante la excavación de un recinto (E18) que corresponde también a una vivienda característica del Formativo del Cajón. El fechado obtenido para el piso de ocupación donde apareció cerámica de este estilo es de 1869 ± 38 años radiocarbónicos A.P. (Pereyra Domingorena 2010). Para el mismo se seleccionaron para su análisis tres tiestos obtenidos por recolecciones de superficie y otro hallado dentro del contexto doméstico excavado.

Los materiales Vaquerías analizados de Quebrada del Toro proceden de los sitios Las Cuevas, Potrero Grande, La Encrucijada II y Tres Cruces I, los dos primeros correspondientes a momentos más tempranos del Formativo (600 A.C. a 400 D.C.) y los dos últimos más tardíos (400 D.C a 900 D.C.).

Del primero de ellos se analizaron dos fragmentos, ambos procedentes del montículo Oeste; uno hallado en el interior de un recinto circular (RC4 o LC Est. 4) de 4 m de diámetro definido como una vivienda y el otro, en un basural asociado a otra estructura también circular, aunque de mayores dimensiones (LC S7/CB. 3) (Cigliano *et al.* 1976). Este montículo y los materiales Vaquerías allí documentados no han sido datados en forma directa, no obstante un fechado obtenido en el montículo Sur ubica temporalmente este estilo alrededor del 2150 ± 80 años radiocarbónicos A.P. (Cigliano *et al.* 1976).

El fragmento de Potrero Grande proviene de la excavación de un área de basural (S1). A pesar de que este último no ha sido fechado, otros fragmentos Vaquerías localizados en el basural S4, fueron datados en 1710 ± 50 años radiocarbónicos A.P. (Raffino1977)[1].

En ambos sitios los fragmentos Vaquerías se asocian estratigráficamente con otros estilos propios del Formativo temprano como el San Francisco y también, con fragmentos no

[1] El fechado de Las Cuevas de 2150 ± 80 A.P fue recientemente recalibrado en 361 A.C. - 59 cal D.C. (CSIC 1212; madera carbonizada; 2 sigmas). Mientras que el fechado de Potrero Grande de 1710 ± 50 A.P fue recalibrado en 256-537 cal D.C. (CSIC 126; madera carbonizada; 2 sigmas) (De Feo 2010).

decorados, mayormente de los tipos Pulido Fino y Pulido Irregular (Cigliano *et al.* 1976; Raffino 1977; De Feo 2010).

El fragmento de La Encrucijada II fue recuperado en una recolección de superficie. Y si bien no se poseen fechados para este sitio, sobre la base de los materiales cerámicos de superficie y excavación y sus características arquitectónicas, se estima que el sitio fue ocupado durante el Formativo temprano y tardío (De Feo 2010).

Finalmente, el fragmento de Tres Cruces I procede de la excavación de una estructura semisubterránea, subcircular (TC-Est. 3), cuyo contexto ha permitido definirla como una unidad doméstica (De Feo 2010). El fragmento analizado fue hallado en el piso de la vivienda, cuya ocupación fue datada en 1230 ± 70 años radiocarbónicos A.P.

En este último sitio los fragmentos Vaquerías aparecen conjuntamente con otros no decorados, mayoritariamente del grupo ordinario. Entre los fragmentos que acompañan los Vaquerías y que han recibido algún tratamiento plástico predominan los incisos o grabados estilísticamente semejantes a los de la fase III de Candelaria definida por Heredia (1974) (Raffino 1977; De Feo 2010).

Además, comparativamente se analizaron dos fragmentos Vaquerías: uno procedente de recolecciones de superficie efectuadas en Tolombón por la expedición Lafón-Krapovickas de 1956 y otro de Chimpa, también producto de una recolección de superficie realizada en 1960 por el equipo de arqueología de la Universidad de Rosario. Ambas localidades se ubican al norte del valle de Santa María. Estas cerámicas resultan de interés porque representan parte de la cultura material de las sociedades anteriores al siglo IX D.C., en un área en donde se privilegiaron los estudios sobre el Período Tardío (Tarragó y Scattolin 1999; Scattolin 2000). Además provienen de una zona que debió ser un espacio nodal en las comunicaciones e intercambio entre las antiguas poblaciones, ya que en este sector se articulan el valle de Santa María, el Calchaquí Norte y la quebrada de Las Conchas.

METODOLOGÍA DE TRABAJO

Los aspectos morfológicos y de diseño fueron analizados a partir de la identificación de los repertorios de forma y de la determinación de motivos y configuraciones estilísticas. En la descripción de los fragmentos se utilizaron los criterios de Balfet y colaboradores (1983) y categorías aplicadas en trabajos previos (Bugliani 2008). Se consideraron aquellos rasgos diagnósticos a partir de los cuales se pudieran identificar algunas de las secciones o partes de la vasija (puntos angulares e inflexiones, zonas de borde o bases, inserción de asas, etc.). Para acceder al diseño se estudiaron los patrones y recursos de composición en relación con el espacio decorativo, repertorios de motivos, configuraciones, simetrías y colores.

Los aspectos técnicos de esta cerámica se analizaron a través del estudio petrográfico de las pastas. Las secciones delgadas fueron examinadas a través de un microscopio de luz polarizada Leica modelo DME-P. Para cada corte delgado se obtuvo una caracterización cuantitativa y composicional de las pastas cerámicas. El procedimiento instrumentado en este estudio incluyó cuatro fases. En primer lugar se describió el fondo de pasta. Con este término se alude a la matriz arcillosa y los elementos no plásticos menores a 15 µm. Para ello se tuvieron en cuenta su coloración, estructura y los microelementos observados. La coloración se registró en el microscopio con luz transmitida. Las estructuras de fondo de

pasta se clasificaron a partir de los criterios definidos por Courtois (1976). Se estableció el tamaño mínimo de las inclusiones no plásticas en 15 µm dado que aquellas menores a este límite no pueden ser identificadas petrográficamente de forma precisa. De esta forma fueron discriminados los elementos propios de la materia prima arcillosa y los elementos no plásticos (Courtois 1976; Cremonte 1996).

La segunda fase consistió en la determinación mineralógica de las inclusiones mayores a 15 µm. Estas se clasificaron en cristaloclastos, es decir, fragmentos de cristales o cristales de minerales individuales como cuarzo, feldespato potásico, biotita, turmalina, entre otros. También se detectaron fragmentos de rocas –litoclastos–, los cuales pueden tener un origen ígneo (volcánico o plutónico), sedimentario o metamórfico. Además se observaron otros elementos como minerales opacos, vidrio volcánico, gránulos de arcilla y tiesto molido. Según sus hábitos y formas, los clastos fueron clasificados en tabulares, laminares, angulares, subangulares, subredondeados y redondeados (Cremonte 1996). Para los tamaños de las inclusiones se utilizó la escala de clasificación granulométrica de Wentworth (tomada de Adams *et al.* 1997 [1984]).

En la tercera fase se observaron y clasificaron las cavidades (poros y oquedades) presentes en las pastas. Se registró su abundancia, tamaños y formas. Éstas últimas fueron clasificadas en redondeadas, alargadas y/o irregulares.

La cuarta y última fase consistió en el cálculo porcentual de la distribución modal de los componentes que integran la pasta (matriz, inclusiones y cavidades). Para ello se efectuó un conteo mínimo de 300 puntos (*point counting*) por corte delgado. Durante esta etapa además se registraron las formas y tamaños de las inclusiones no plásticas utilizándose para ello la escala micrométrica del microscopio.

En suma, el procedimiento implementado permitió caracterizar la pasta cerámica mediante la descripción de las estructuras de fondo de la matriz arcillosa y la cuantificación e identificación tanto de los materiales no plásticos como de las cavidades.

RESULTADOS ALCANZADOS

A partir del estudio de muestras de Quebrada del Toro y sur de los valles Calchaquíes se buscó definir la manera en que la cerámica Vaquerías se manifiesta en cada uno de los sectores considerados, integrando los estudios estilísticos y los análisis petrográficos. Asimismo el análisis comparativo de los registros de las pastas cerámicas y el empleo de técnicas estadísticas permitieron elaborar agrupamientos basados en las características petrográficas cualitativas y cuantitativas (Tabla 2).

El primer grupo comprende todas las muestras analizadas procedentes del valle del Cajón (M1 a M8), el fragmento de Tolombón (M9) y el de la Encrucijada II (M10) (Figura 1). Los diseños son geométricos, registrándose figuras sólidas y figuras de línea. Entre las figuras sólidas aparecen triángulos, rombos, escaleriformes y triángulos en hilera unidos por unos de sus vértices (banderines). Las figuras lineales están presentes como líneas quebradas múltiples en forma de V, líneas quebradas en forma escalonada y líneas paralelas verticales. Las configuraciones mayores se lograron a partir de la combinación de ambos tipos de elementos, la mayoría de las veces las figuras rellenas están orladas por figuras de líneas. Predominan los rojos, marrones, negro y un beige claro o blanco amarillento existiendo

tonos, valores de color y grados de saturación en una amplia escala. En la mayoría de los casos se combinan diseños rojos y negros sobre una base más clara que puede presentar o no un engobe blanco amarillento; también se utilizan dos tonalidades de marrones sobre esa misma base, otros son bicolores. Se observa un muy buen acabado de la superficie. Entre las formas aparecen piezas cerradas y abiertas. En las últimas se reconocen un cuenco con borde engrosado y otro de perfil compuesto.

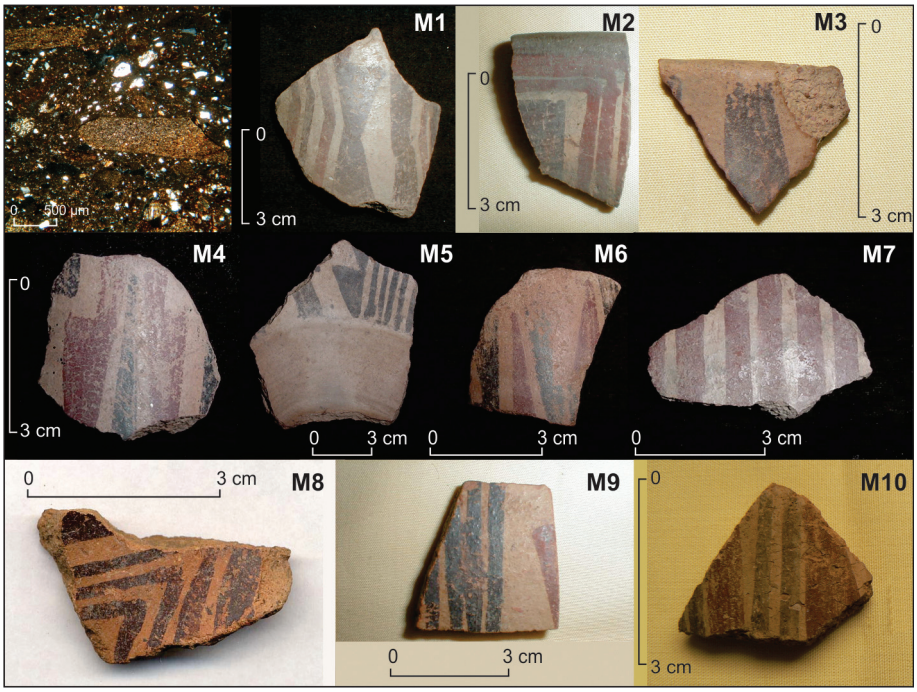


Figura 1. Fotomicrografía de la pasta del Grupo 1 y fotografías de los fragmentos correspondientes a las muestras M1 a M10.

Los cortes delgados de estas muestras presentan en general una matriz de color castaño, en algunos casos rojizo (M3, M7, M9) y en otro (M2) castaño oscuro. Como se observa en la Tabla 2 predomina la estructura de fondo criptofilitosa, aunque en algunos ejemplos se presenta algo microgranosa y con microcristales de cuarzo. Además se reconocieron microlaminillas de biotita (M2) y microcristales de plagioclasas (M4). También se detectó una pasta microgranosa algo pseudolepidoblástica (M8).

Tabla 2. Síntesis del análisis morfológico, estilístico y petrográfico de las muestras seleccionadas

Muestra	Fragmento	Figura	Forma	Campo Decorativo	Motivos	Colores utilizados	Estructura de fondo	Inclusiones			Cavidades	
								%	Tipo predominante	Granulometría predominante	Forma	Tamaño
1	C250-3 (V15) Cardonal	1	¿Cerrada?	Superficie externa	Rombos y triángulos en hileras	Marrones 7.5YR 3/2 y 7.5YR 4/3 sobre fondo blanco grisáceo 10R 6/3	Criptofilitosa algo microgranosa	24	P-F, A, Qz	Arena gruesa (500 µm -1000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
2	C26-T45 (V9) Cardonal	1	Abierta. Cuenco de borde engrosado	Superficie interna y externa	Rectángulos y líneas	Rojo 7.5R 3/6 y negro 5 YR N2.5/1 sobre fondo blanco 7.5YR 5/4	Criptofilitosa	21	P-F, A, Qz	Arena gruesa y arena muy gruesa (500 µm – 2000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
3	C84-T3 (V10) Cardonal	1	¿Abierta?	Superficie externa	Triángulos	Marrón 10R 3/2 sobre pasta natural 7.5YR 6/4	Criptofilitosa	25	P-F, A, Qz, TM	Arena gruesa y arena muy gruesa (500 µm – 2000 µm)	Alargadas e irregulares	500 µm
4	C206-T2 (V19) Bordo Marcial	1	¿Cerrada?	Superficie externa	Triángulos	Negro 2.5YR 2.5/0 y rojo 10R 3/6 sobre pasta natural 7.5YR 6/4	Criptofilitosa algo microgranosa	23	Qz, P-F, A, TM	Arena y arena gruesa (250 µm – 1000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
5	C161-1 (V20) Bordo Marcial	1	Abierta. Cuenco de perfil compuesto	Superficie interna y externa	Triángulos y líneas paralelas	Marrón 7.5YR 3/1 sobre fondo beige 7.5YR 6/4	Criptofilitosa algo microgranosa	23	P-F, A, Qz	Arena gruesa y arena muy gruesa (500 µm – 2000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
6	C217-1 (V22) Bordo Marcial	1	¿Cerrada?	Superficie externa	Triángulos en hilera	Rojo 5R 3/4 y negro 2.5 YR N2.5/1 sobre pasta natural 7.5YR 5/4	Criptofilitosa algo microgranosa	18	P-F, Qz, TM	Arena y arena gruesa (250 µm – 1000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
7	C217-5 (V23) Bordo Marcial	1	¿Cerrada?	Superficie externa	Líneas paralelas	Rojo 10 R 3/6 sobre fondo crema 7.5YR 6/4	Criptofilitosa algo microgranosa	26	TM, P-F, A, Qz	Arena gruesa y arena muy gruesa (500 µm a 2000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm

Tabla 2. (*Continuación*)

Muestra	Fragmento	Figura	Forma	Campo Decorativo	Motivos	Colores utilizados	Estructura de fondo	Inclusiones			Cavidades	
								%	Tipo predominante	Granulometría predominante	Forma	Tamaño
8	Laz083 Cardonal	1	Abierta	Superficie interna	Líneas paralelas en V	Marrón 7.5YR 3/1 sobre pasta natural 7.5YR 6/4	Microgranosa algo pseudolepidoblástica	19	Qz, TM, P-F	Arena fina y arena (125 µm – 500 µm)	Alargadas e irregulares	600 µm
9	Corte 2 [56-45] Tolombón	1	Abierta	Superficie interna y externa	Triángulos y líneas paralelas	Negro 5YR 2.5/1 y rojo 7.5R 3/6 sobre pasta natural 7.5YR 6/4	Criptofilitosa	25	P-F, A, TM, Qz	Arena gruesa (500 µm – 1000 µm)	Alargadas, irregulares y redondeadas	400 µm
10	2.4/10 La Encrucijada II	1	Cerrada	Superficie externa	Líneas paralelas y figuras sólidas no identificadas	Negro 10YR 3/2 y rojo 10R 4/4 sobre pasta natural 7.5 YR 6/4	Criptofilitosa algo microgranosa	25	P-F, TM, Qz	Arena y arena gruesa (250 µm – 1000 µm)	Alargadas e irregulares	500 µm
11	LC R4 (0,40-0,60) Las Cuevas	2	Abierta	Superficie interna y externa	Triángulos en hilera, líneas verticales y en zigzag	Rojo 5YR 4/4 y marrón 10YR 3/2 sobre fondo crema 10YR 6/3	Criptofilitosa algo microgranosa	25	Qz, TM	Arena fina y arena (125 µm – 500 µm)	Alargadas e irregulares	300 µm
12	LC S7/CB 3/12 Las Cuevas	2	Jarra subglobular de cuello corto y asa en cinta	Superficie externa	Líneas paralelas y figuras sólidas no identificadas	Rojo 5YR 4/3 y marrón 7.5 YR 3/2 sobre fondo crema 10YR 6/3	Cripotofilitosa algo microgranosa	22	Qz, TM	Arena fina y arena (125 µm – 500 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
13	PG S1 C5 Potrero Grande	2	Abierta. Con base plana	Superficie externa	Líneas escalonadas y figuras sólidas no identificadas	Rojo 5YR 4/3 y marrón 5YR 3/2 sobre fondo crema10YR 7/3	Criptofilitosa algo microgranosa	24	Qz, P-F	Arena fina, arena y arena gruesa (125 µm – 1000 µm)	Alargadas e irregulares	400 µm
14	43.3/16 Tres Cruces I	3	¿Cerrada?	Superficie externa	Cuadros concéntricos	Marrón 10YR 3/2 sobre fondo crema 10YR 7/3	Pseudolepidoblástica algo microgranosa	37	P-F, Qz, A	Arena y arena gruesa (250 µm – 1000 µm)	Alargadas e irregulares	600 µm
15	Corte 3 Chimpa	3	¿Cerrada? Con borde directo	Superficie externa	Reticulado rodeado por líneas gruesa	Marrón 10YR 3/2 sobre fondo crema 10YR 6/3	Criptofilitosa	37	P-F, Qz, A	Arena y arena gruesa (250 µm – 1000 µm)	Alargadas e irregulares	600 µm

P-F: pizarra-filita; Qz: cuarzo; A: arenisca; TM: tiesto molido.

El análisis petrográfico determinó que las pastas tienen entre un 18% y 26% de inclusiones mayores a 15 µm. Se reconocieron en todos los casos litoclastos metamórficos (pizarra-filita), arenisca, cristaloclastos de cuarzo y tiesto molido. Además, de forma escasa, se registraron feldespato potásico, plagioclasas, microclino, biotita, muscovita, anfíboles-piroxenos, carbonatos, minerales opacos, vidrio volcánico y gránulos de arcilla. Los litoclastos metamórficos presentan formas tabulares. Los cristaloclastos de cuarzo son subangulares, subredondeados y redondeados. Los tiestos molidos tienen formas irregulares. Aunque la granulometría de las inclusiones oscila entre el limo grueso y la arena muy gruesa (30 µm a 2000 µm), la mayoría de los atemperantes se presentan como arena gruesa (500 µm a 1000 µm). Las cavidades son escasas, representan un 2% del total de la pasta, pero en algunos casos este porcentaje es mayor, alcanzando hasta un 5,6% (M1). En general poseen formas alargadas e irregulares pero también se registraron algunas cavidades redondeadas (M9) y sus tamaños varían entre 400 µm y 600 µm.

El segundo agrupamiento está compuesto por las dos muestras procedentes de Las Cuevas (M11 y M12) y la de Potrero Grande (M13) (Figura 2). Los fragmentos presentan figuras geométricas sólidas como banderines, líneas verticales que delimitan espacios rellenos por líneas zigzag, líneas paralelas horizontales, verticales o escalonadas. Todos los diseños son tricolores. Presentan un buen acabado de la superficie aunque no se observa el brillo característico de los fragmentos del agrupamiento anterior. Entre las piezas analizadas se registró una pieza abierta con diseños en el interior y el exterior. También una jarra de borde evertido levemente engrosado, con asa en cinta vertical labio adherida y con línea excisa que resalta la unión entre cuello y cuerpo. Además se describió un vaso cilíndrico de base plana.

Estas pastas presentan en general una matriz de color castaño, a excepción de M13, de coloración negruzca. Como se observa en la Tabla 2, la estructura de fondo en todos los casos es criptofilitosa algo microgranosa, con microcristales de cuarzo.

El análisis petrográfico determinó que las pastas tienen entre un 21% y 26% de inclusiones mayores a 15 µm. Se reconocieron en todos los casos cristaloclastos de cuarzo, tiesto molido y litoclastos metamórficos (pizarra-filita). Además, de forma escasa, se registraron feldespato potásico, plagioclasas, muscovita, turmalina, anfíboles-piroxenos, litoclastos graníticos, arenisca y minerales opacos. Los cristaloclastos de cuarzo son subangulares y subredondeados. Los tiestos molidos tienen formas irregulares y los litoclastos metamórficos son tabulares. Aunque la granulometría de las inclusiones oscila entre el limo grueso y canto pequeño (30 µm a 4000 µm), la mayoría de los atemperantes se presentan como arena fina y arena (125 µm a 500 µm). Las cavidades son escasas, representan un 5% del total de la pasta. En general poseen formas alargadas e irregulares y tamaños que varían entre 300 µm y 400 µm.

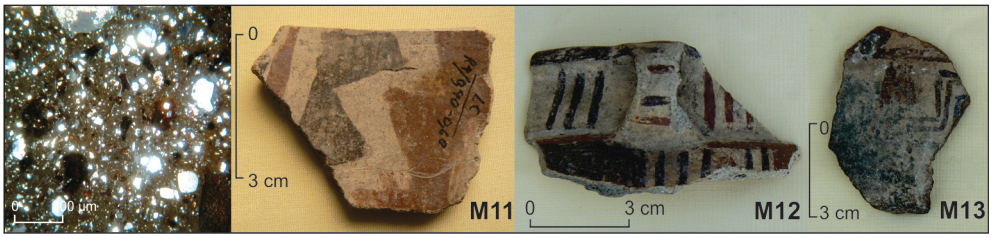


Figura 2. Fotomicrografía de la pasta del Grupo 2 y fotografías de los fragmentos correspondientes a las muestras M11 a M13.

El tercer grupo se compone sólo de dos muestras, una procede de Tres Cruces I (M 14) y otra de Chimpa (M 15) (Figura 3). Los diseños observados incluyen reticulados delimitados por líneas gruesas y cuadros concéntricos. Estos fueron realizados en color marrón sobre engobe crema de apariencia opaca, aunque los diseños pintados se muestran muy pulidos. No se pudieron determinar las formas.

La M14 presenta una matriz de color castaño con estructura de fondo pseudolepidoblástica algo microgranosa, con microlaminillas de micas (biotita y muscovita) y microcristales de cuarzo. En cambio, la matriz de M15 es castaña pero con estructura de fondo criptofilitosa (Tabla 2).

El análisis petrográfico determinó que las pastas tienen un 37% de inclusiones mayores a 15 µm. Se reconocieron mayoritariamente litoclastos metamórficos (pizarra-filita), arenisca y cristaloclastos de cuarzo. Además, de forma escasa, se registraron feldespato potásico, plagioclasas, litoclastos graníticos, vidrio volcánico, tiesto molido y minerales opacos. Los litoclastos metamórficos son tabulares, la arenisca y los cristaloclastos de cuarzo son subangulares y subredondeados. Aunque la granulometría de las inclusiones oscila entre el limo grueso y arena muy gruesa (30 µm a 2000 µm), la mayoría de los atemperantes se presentan como arena y arena gruesa (250 µm a 1000 µm). Las cavidades son escasas, representan el 5% (M14) y 7% (M15) del total de la pasta. En general poseen formas alargadas e irregulares y tamaños de 600 µm.

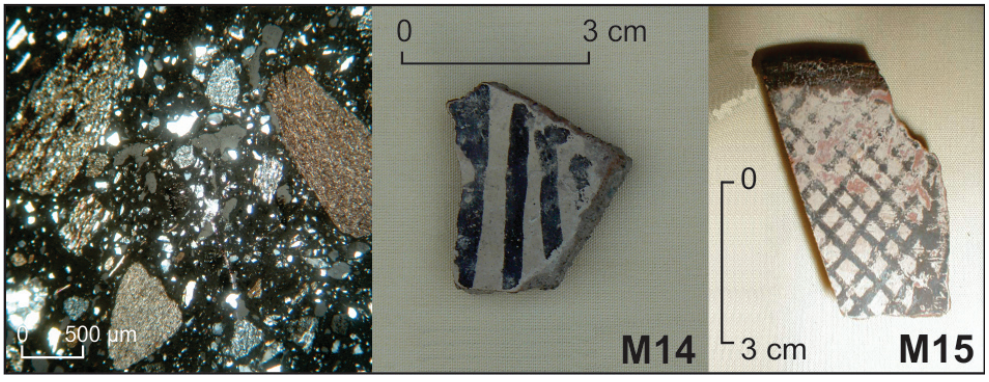


Figura 3. Fotomicrografía de la pasta del Grupo 3 y fotografías de los fragmentos correspondientes a las muestras M14 y M15.

DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS Y CONSIDERACIONES GENERALES

De la lectura de los resultados alcanzados observamos que existe variabilidad en la manera en que se expresa este estilo en la muestra considerada. Estas variaciones se registran en el acabado de superficie, las tonalidades del fondo y de los diseños pintados y en los repertorios morfológicos. En las características petrográficas de las pastas las diferencias están dadas por los tipos de atemperantes usados, las mezclas alcanzadas y las proporciones de inclusiones agregadas a las masas arcillosas por las alfareras y alfareros que elaboraban estas cerámicas.

Los materiales Vaquerías de ambos sectores comparten repertorios iconográficos y recursos de organización del diseño. Tanto en las muestras de Quebrada del Toro como en las del sur

del valle del Cajón aparecen unidades mínimas de composición tales como líneas paralelas y quebradas, triángulos (banderines), cuadros concéntricos y reticulados. Estas unidades se organizan a veces en hileras y otras en la combinación de figuras sólidas y motivos de líneas que rodean a las primeras.

En la selección de los campos de representación vemos que los cuencos suelen presentar diseños pintados tanto en su interior como en su lado externo, variando la sección elegida en cada caso. Además los bordes engrosados o salientes se hallan pintados dando un delineado, generalmente oscuro, a la terminación de la pieza. Los vasos cilíndricos y subcilíndricos están pintados con diseños geométricos en toda la extensión de su cuerpo, a veces el diseño se extiende en un solo campo, otras está segmentado en campos delimitados por líneas pintadas o por las mismas inflexiones de la pieza. Las jarras de contornos inflexionados o compuestos también presentan dos campos diferenciados con diseños distintos, demarcados por el punto angular o de inflexión que recorta el cuerpo del cuello. Cuando las vasijas presentan asas, las mismas conforman otro campo decorativo que contiene un diseño más simple.

Como se desprende de lo dicho anteriormente, en los repertorios morfológicos de ambos sectores, están presentes los cuencos, los vasos cilíndricos y subcilíndricos y las jarras subglobulares de cuello cilíndrico y asa en cinta. Se reconocen bordes directos, levemente evertidos y de labio plano que también fueron hallados en piezas Vaquerías del valle de Hualfín (Heredia *et al.* 1974). Además aparecen bordes engrosados, registrados en otros lugares como Chimpa, Chuscha, Guachipas (Heredia *et al.* 1974) y Tolombón (Tarragó y Scattolin 1999).

Ahora bien, si comparamos el repertorio morfológico Vaquerías con el de otros tipos asociados en un mismo contexto, encontramos importantes diferencias entre ambos sectores. En el valle del Cajón se observa un claro contraste entre las formas presentes del estilo Vaquerías y las otras reconstruidas para los tipos definidos en Cardonal y Bordo Marcial. Por ejemplo, los cuencos de contorno compuesto con punto angular en el tercio inferior de la pieza son exclusivos del estilo. En cambio, en Quebrada del Toro, las siluetas de los cuencos de contorno simple, los vasos cilíndricos y las jarras subglobulares son formas compartidas por Vaquerías y otros tipos locales como el Pulido Fino y el Pulido Irregular. Lo mismo las ollas globulares de cuello con punto angular, forma observada en otras piezas Vaquerías de esta área.

Por su parte, el análisis petrográfico de las pastas de las muestras consideradas permitió distinguir hasta el momento tres grupos. El primero agrupa pastas intermedias con agregado de rocas metamórficas (pizarra-filita), arenisca, cuarzo y tiesto molido como atemperantes. El segundo aúna también pastas medias pero en ellas el cuarzo tiene una mayor abundancia relativa en relación con las rocas metamórficas (pizarra-filita) y el tiesto molido. Finalmente el tercer grupo reúne pastas gruesas con antiplásticos metamórficos (pizarra-filita) y cuarzo, ambos en alta proporción si comparamos su abundancia con la de los otros dos grupos. Es decir, que si bien entre estas tres agrupaciones se observan variaciones en las proporciones de los atemperantes, existe una recurrencia en la incorporación a la masa arcillosa de rocas metamórficas de bajo grado (pizarra-filita), cuarzo, arenisca y tiesto molido, que podría estar remitiendo a una tradición de manufactura particular.

Basándonos en la evidencia actual, se podría platear una asociación entre estos grupos de pasta establecidos y el acabado de la superficie. Por ejemplo, los fragmentos del primer grupo de pastas poseen superficies finamente pulidas, en ocasiones espejadas. Diferente es

el caso del segundo grupo, que como mencionamos presentan un buen acabado, pero sin el brillo del conjunto anterior. Finalmente también existe correspondencia entre la pasta de los fragmentos asignados al tercer grupo y su acabado, caracterizado por un grueso engobe crema y motivos en marrón bien pulidos.

Como mencionamos anteriormente todas las muestras del valle del Cajón se reúnen dentro en un mismo grupo, conformando un conjunto homogéneo a nivel de los tipos, proporciones y granulometría de los atemperantes usados. A su vez, este conjunto de pastas se diferencia de las observadas en el resto del material cerámico de otros estilos registrados en los mismos contextos (Pereyra Domingorena 2010) al igual que ocurre en los diseños y formas.

Esta situación difiere de la observada en Quebrada del Toro, donde las muestras Vaquerías presentan mayor variabilidad en sus pastas. En este sector los materiales analizados se separaron dentro de los tres grupos anteriormente mencionados. Es decir, si bien todos los fragmentos presentan los mismos componentes varían en sus proporciones y granulometría. Es preciso señalar que las tres muestras cuya cronología se establece para el Formativo Inferior (*sensu* Raffino 1977), es decir, las dos de Las Cuevas (M11 y M12) y la de Potrero Grande (M13) se reúnen en un mismo grupo, el segundo. Mientras que el tiesto de La Encrucijada II (M10) y el de Tres Cruces I (M14), corresponden respectivamente al grupo uno y tres. La similitud registrada en las pastas de fragmentos de los dos primeros sitios, distanciados entre sí alrededor de 40 km, refuerza la idea de interacción entre las comunidades locales durante momentos tempranos, lo cual fue plateado a nivel del diseño y las formas de la alfarería, los conjuntos líticos y el patrón arquitectónico, entre otros (Raffino 1977; De Feo 2010).

Por otra parte, las diferencias observadas a nivel petrográfico en las muestras del grupo tres tendrían un correlato cronológico sobre el cual volveremos más avanzada la discusión.

Además, es interesante resaltar que en Quebrada del Toro las pastas Vaquerías se asemejan a las documentadas en otros tipos cerámicos locales (tipos Ordinario, Alisado, Gris Pulido Irregular) por los atemperantes registrados. Estas semejanzas nos llevan a preguntarnos sobre posibles áreas de producción para esta alfarería. La geología del área presenta una litología metamórfica de bajo grado en la Formación Puncoviscana. Esta unidad está compuesta por pelitas, areniscas, grauvas y metacuarcitas afectadas por metamorfismo variable que ha dado lugar a filitas, pizarras y grauvacas, esquistos y hornfels (Blasco *et al.* 1996). Como hemos mencionado, varias de estas rocas han sido detectadas como inclusiones dentro de las pastas Vaquerías del área. Estas similitudes entre la litología de la región y los atemperantes nos permiten plantear como hipótesis la producción local de toda la cerámica analizada de Quebrada del Toro.

En cambio, en el caso de los materiales Vaquerías hallados en el valle del Cajón es posible fundamentar su carácter alóctono dado por el uso de materias primas no disponibles en la zona. Previamente se han encontrado diferencias entre las pastas Vaquerías y las del resto de los estilos registrados en este valle, cuyo carácter local fue señalado (Pereyra Domingorena 2009, 2010). En estas pastas locales se hallaron fragmentos de rocas graníticas migmatíticas y cristales de cuarzo con extinción ondulante característicos de un ambiente geológico de metamorfismo de alto grado. Tal fenómeno es propio de la sierra de Chango Real a cuyos pies se encuentran las aldeas de Cardonal y Bordo Marcial. Esta serranía es parte de la Formación Chango Real, un macizo del Terciario constituido por migmatitas graníticas (Turner 1973). Por lo tanto, la litología circundante a los sitios es coincidente con los atemperantes usados

en la preparación de las pastas cerámicas locales. Pero en las pastas Vaquerías del Cajón los elementos graníticos migmatíticos están ausentes. Las inclusiones no plásticas de esta cerámica (litoclastos metamórficos de bajo grado) no han sido registradas en la geología del área. Tampoco están presentes los compuestos de manganeso encontrados en las pinturas analizadas (Bugliani *et al.* 2012). Dado que en esta zona no se han detectado formaciones con pizarras-filitas es muy posible que el o las áreas de producción de esta cerámica se encuentren en ambientes metamórficos de bajo grado ubicados en otras regiones.

Para establecer las áreas de producción se está ejecutando un programa de análisis de activación neutrónica instrumental (ANNI) que procura identificar las huellas químicas de las arcillas usadas en la producción de alfarería Vaquerías procedentes de distintos sectores del NOA (Lazzari *et al.* 2009). Asimismo se iniciará un estudio específico de las matrices arcillosas a través de la técnica del LA-ICP-MS (*laser ablation inductively coupled plasma mass spectrometry*) para lograr su caracterización química. La combinación de los datos de ambos métodos, junto con la información estilística, morfológica y petrográfica permitirá avanzar en la determinación de posibles áreas de procedencia de dicha cerámica.

El estilo Vaquerías se asocia respecto de otros tipos cerámicos de manera diferencial en cada uno de las áreas donde está presente. En los dos contextos domésticos analizados del valle del Cajón, esta alfarería se encuentra junto a materiales producidos localmente como vasijas de tipo gris y ante pulido, rojo pintado y otros que reelaboran diseños modelados propios de la cerámica Candelaria y Tafí. Asimismo aparece con piezas y fragmentos con formas y diseños de la fase Río Diablo definida por González (1977).

En el valle de Hualfín, González y Cowgill (1975) también observan esta última asociación. Lo mismo es mencionado por Berberián y Massidda (1975) para la tumba 2 excavada en el sitio Las Barrancas. Por su parte, en el ámbito de las yungas orientales los materiales Vaquerías se presentan conjuntamente con tipos cerámicos Candelaria incisos, grabados y pintados (Heredia 1974), mientras que en el valle de Tafí, en el sitio el Mollar, se encuentran junto a materiales de la tradición Tafí y con fragmentos cerámicos de estrecha similitud con alfarería de la tradición San Francisco (Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Esta última asociación se repite en el valle de Lerma (González 1983; Escobar 2008).

Las asociaciones contextuales en Quebrada del Toro se presentan de manera diferente. El ajuar de la tumba 3 del sitio Cerro El Dique contenía dos piezas tricolores Vaquerías, un vaso cilíndrico y una olla subglobular (Cigliano *et al.* 1972:1972: Figuras 1 y 3) junto a cerámica gris pulida y un hornillo de pipa con aplicación zoomorfa. En la tumba 1 de Potrero Grande donde se halló una particular pieza efigie Vaquerías que representa un ofidio (Cigliano *et al.* 1972: Figura 2) ésta se asocia a una olla del tipo ordinario. En cambio, en los basurales excavados en este último sitio, fragmentos Vaquerías aparecen conjuntamente con otros estilísticamente similares a los de la tradición San Francisco definida por Dougherty (1977). Esta misma asociación ocurre en basurales y recintos de Las Cuevas (Cigliano *et al.* 1972).

Con referencia a esto se han planteado afinidades estilísticas entre la cerámica Vaquerías y la San Francisco, sobre todo en relación a los elementos del diseño (Dougherty 1977, González 1998, Ortiz 2007). Los elementos geométricos hallados en los tipos cerámicos Incisos y Pintados Rojo sobre Ante del valle de San Francisco, entre los que se destacan los escalonados, banderines y rombos también son propios del estilo Vaquerías. De hecho estas afinidades han llevado a plantear que el origen de este estilo podría encontrarse en la cerámica bicolor San Francisco, mientras que también se han destacado las similitudes entre

diseños incisos que se manifiestan tanto en San Francisco como en Río Diablo (Dougherty 1977).

Como adelantamos, los resultados de los análisis efectuados y la sistematización de la información previamente publicada permiten discutir la cronología de este estilo cerámico. Los fechados obtenidos para los contextos de hallazgo en el valle del Cajón quedan comprendidos dentro del rango temporal estimado para el estilo en función de las dataciones disponibles hasta la fecha, el cual se extiende entre el siglo II A.C. y el siglo IV D.C. Por el contrario, la evidencia de Quebrada del Toro dilata su presencia en el tiempo de manera significativa. Al respecto, la recalibración del fechado de 2150 ± 80 A.P. del sitio Las Cuevas retrotrae su antigüedad en el área al 361 A.C. - 59 D.C. (calibrado 2 sigmas). Mientras que los fragmentos Vaquerías recuperados en la Estructura 3 del sitio Tres Cruces I, cuyos contextos fueron asignados al Período Formativo Superior y fechados en 688 D.C. - 988 D.C. y 642 - 966 D.C. (calibrados 2 sigmas), amplían su presencia prácticamente hasta finales del primer milenio de la era cristiana (De Feo 2010).

Así como los fragmentos del primer y segundo grupo petrográfico podían asociarse a momentos tempranos del Formativo[2], el fragmento de Tres Cruces I (M14) perteneciente al tercer grupo, proviene de contextos cuya cronología se establece más tardía. Además de sus características petrográficas éste comparte con el fragmento analizado de Chimpa (M15) los motivos en tonos de marrón sobre fondo blanco (Figura 3). En el caso de la muestra de Quebrada del Toro se trata de un fragmento donde se representan cuadros concéntricos en tonos de marrón sobre un fondo blanco. El proveniente del valle de Santa María muestra reticulados delimitados por líneas más gruesas, también en marrones sobre crema. Motivos y composiciones similares a esta última están presentes en un fragmento de la misma estructura en Tres Cruces I (ver De Feo 2007: Figura 8), aunque la pintura es tricolor. También estos motivos reticulados y la combinación de tonos, ya sea bicolor o polícroma, han sido documentados en fragmentos procedentes de varios sitios del valle de Lerma, que Escobar (1996, 2008: Figura 5d y 5e) asigna a la Fase la Viña y sitúa cronológicamente entre el 460 y 730 D.C, es decir, contemporáneos a los fechados del sitio Tres Cruces I. Además en ambos casos se presentan asociados con alfarería incisa o grabada, similar a la fase III de Candelaria definida por Heredia (1974). Estas similitudes presentes entre los fragmentos de Tres Cruces I, Lerma y Chimpa podrían sugerir una cronología más tardía para el tercer conjunto de pastas definido en este trabajo, lo cual se ve respaldado por lo fechados de Tres Cruces I y Puente Río la Viña II, Silisque - Tilián 2 y San Nicolás 2, en Lerma.

Sobre las interpretaciones en torno al estilo, se ha señalado a los materiales Vaquerías como bienes de prestigio debido a su aparición en contextos funerarios, su baja frecuencia en los sitios y su amplia dispersión geográfica (González y Baldini 1989). Siguiendo estas ideas esta cerámica polícroma fue asociada al caravaneo especializado en objetos rituales –cerámica, ornamentos, alucinógenos, etc.– y al culto del felino (Tartusi y Núñez Regueiro 1993). La revisión de la bibliografía disponible (Tabla 1) muestra por el contrario una amplia variedad de contextos en los cuales aparecen: tumbas, viviendas, basureros, rellenos de muro. En Quebrada del Toro se encontró material Vaquerías en tumbas de Cerro El

[2] Dado que el sitio La Encrucijada II parece tener una larga ocupación durante el Formativo, y considerando que el fragmento analizado proviene de una recolección de superficie, debemos sin embargo, ser cautelosos en las interpretaciones.

Dique y Potrero Grande así como en contextos domésticos habitacionales y de descarte de momentos tempranos (sitios Potrero Grande y Las Cuevas) y tardíos del Formativo (sitio Tres Cruces I). En cambio, en el valle del Cajón solamente han sido registradas hasta la fecha, en pisos de ocupación de varios contextos domésticos, formando parte de la vida cotidiana de los habitantes de Cardonal y Bordo Marcial (Scattolin *et al.* 2009b).

La multiplicidad de contextos en los cuales aparece esta cerámica es un indicador de diversos modos de consumo por parte de las comunidades aldeanas formativas. La alfarería Vaquerías participó de las actividades cotidianas como lo indican los fragmentos recuperados en pisos de viviendas y basurales y con posterioridad pudo integrar los contextos funerarios, según se documentó en tumbas excavadas. Pese a esta diversidad de contextos su baja representación está sugiriendo, por el momento, que se trató de un bien de circulación y uso exiguo. Es importante destacar que a diferencia de lo que ocurre con los tipos cerámicos locales, que además están representados en mayores porcentajes, el material Vaquerías se presenta en los niveles de ocupación exclusivamente en forma de fragmentos, no siendo posible la reconstrucción de piezas. Al respecto, planteamos, siguiendo a Haber (2007), la posibilidad de que estos fragmentos fueran conservados por las comunidades como soporte de narrativas sobre intercambios, interacciones y relaciones sociales.

Actualmente se desconocen los mecanismos particulares –manufactura local, intercambio, redes de caravaneo, gente movilizándose por los cuales esta cerámica estuvo disponible en diferentes sectores del NOA donde fue documentada. No obstante, el análisis de la evidencia aquí presentada sugiere un origen alóctono para los fragmentos de valle de Cajón, en contraposición a las muestras de Quebrada del Toro, que señalan una manufactura local. En tal sentido, su presencia en sitios de diferentes ámbitos ecológicos estaría señalando no sólo la circulación de piezas y/o fragmentos sino de ideas y formas de representación, materializadas en la presencia de formas y diseños, algunos de ellos también documentados en otros estilos cerámicos contemporáneos.

Finalmente, por sobre la variabilidad en las pastas y en los acabados de superficie, a la que hemos hecho referencia, destacamos un modo de hacer Vaquerías, que incluyó elecciones recurrentes de las alfareras y alfareros en relación con las siluetas de las vasijas, el uso de la policromía y las configuraciones del diseño y que le confieren unidad al conjunto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adams, A. E., W. S. Mackenzie y C. Guilford
1997 [1984] *Atlas de rocas sedimentarias*. Barcelona, Masson.

Agüero, C. y M. Uribe
2011 Las sociedades Formativas de San Pedro de Atacama: Asentamiento, cronología y proceso. *Estudios Atacameños* 42:53-78.

Balfet, H., M. F. Fauvet-Berthelot y S. Monzón
1983 *Pour la normalisation de la description des poteries*. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. Paris.

Berberián, E. y F. Massidda
1975 Investigaciones arqueológicas en Las Barrancas (Dpto de Belén, Catamarca). Nuevas contribuciones para el estudio de la cultura Condorhuasi del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología.* Tercera Serie 2:7-48.

Blasco, G., E. Zappettini y F. Hong
1996 Hoja Geológica 2566-I, San Antonio de los Cobres, *Boletín N° 217.* Secretaria de Minería de la Nación, Buenos. Aires.

Bugliani, M. F.
2008 *Consumo y representación en el sur de los valles Calchaquíes (Noroeste argentino): Los conjuntos cerámicos de las aldeas del primer milenio A.D*. BAR (British Archaeological Reports), International Series, S1774. Oxford.

Bugliani, M. F., C. Di Lello, E. Freire, G. Polla, A. Petragalli, M. Reinoso y E. Halac
2012 Empleo de Espectroscopía Raman, Difracción de Rayos X y microscopía electrónica para el análisis de pigmentos en cerámicas Vaquerías. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 17(2):65-74.

Castro, V., C. Aldunate, J. Berenguer, L. Cornejo, C. Sinclaire y V. Varela
1994 Relaciones entre el Noroeste argentino y el Norte de Chile: el sitio 02-TU-002, Vegas de Turi. En *De costa a selva: Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro-Sur*, editado por M. E. Albeck, pp. 215-236. Instituto Interdisciplinario Tilcara-Facultad de Filosofía y Letras-UBA, Tilcara.

Cigliano, E.
1970 Problemas referentes al sitio arqueológico de Las Cuevas, Departamento de Rosario de Lerma, Provincia de Salta. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* V:99-104.

Cigliano, E., R. Raffino y H. Calandra
1972 Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del

Noroeste argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VII:225-236.

Cigliano, E., R. Raffino y H. Calandra
1976 La aldea formativa de las Cuevas (Provincia de Salta). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* X:73-130.

Cremonte, M. B.
1996 Investigaciones arqueológicas en la Quebrada de la Ciénaga. (Dpto. de Tafí, Tucumán). Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. La Plata.

Cremonte, M. B., N. Flegenheimer y L. De Santis
1987 El yacimiento de Las Garzas, Valle de Lerma, Salta. *Boletín del Colegio de Graduados en Antropología* 16:21-28.

Courtois, L.
1976 *Examen au microscope pétrographique des céramiques archéologiques*. Notes et monographies techniques N° 8. CNRS. Paris.

De Feo, M. E.
2007 Revisando antiguas cuestiones: nuevas evidencias acerca de la cronología y organización del espacio en el sitio Tres Cruces (Quebrada del Toro, Salta). *Cuadernos FHyCS-UNJu* 32:91-109.
2010 Organización y uso del espacio durante el Período Formativo en la Quebrada del Toro (Pcia. de Salta). Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata.

Dougherty, B.
1977 Análisis de la variación en el complejo San Francisco. *Obra del Centenario del Museo de La Plata*. Tomo II:237-252.

Escobar, J. M.
1996 El período agroalfarero temprano en el valle de Lerma: El caso del sitio Silisque-Tilián 2. (Departamento de Chicoana, Provincia de Salta). *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (11º parte). Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXIII (1/4), pp. 33-49.
2008 *Período Formativo Inferior del valle de Salta (Salta Argentina). Una interpretación*. La Terminal Gráfica. La Plata.

Fernández Distel, A.
1998 *Arqueología del formativo en la puna jujeña (1800 AC al 650 DC)*. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.

González, A. R.
1956 La cultura Condorhuasi del Noroeste argentino (apuntes preliminares para su estudio). *Runa* VII:37-85.
1977 *El arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Filmediciones Valero. Buenos Aires.
1983 Nota sobre religión y culto en el Noroeste argentino prehispánico. A propósito de unas figuras antropomorfas del Museo de Berlín. *Baessler-Archiv,* Neue Folge XXXI:219-282.
1998 *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero. Buenos Aires.

González, A. R. y M. Baldini
1989 Vaquerías: la más antigua alfarería polícroma del Noroeste argentino. *Más allá del objeto* 14:8-12.

González, A. R. y G. Cowgill
1975 Cronología arqueológica del valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas y trabajos del primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 383-404. Buenos Aires.

Gramajo Bühler, M.
2009 Primera caracterización del conjunto cerámico de la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Serie Monográfica y Didáctica* 48:121-123.

Haber, A.
1996 El temprano en perspectiva investigaciones arqueológicas en Tebenquiche. *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (11º parte). Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXIII (1/4), pp. 77-81.
2007 Comentarios Marginales. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yaccobacio, pp. 59-72. Editorial Brujas, Buenos Aires.

Heredia, O.
1974 Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología* V:73-132.

Heredia, O. y J. A. Pérez
1972 Una nueva entidad cerámica del Noroeste argentino. *Diario La Prensa* 27 de agosto. Buenos Aires.

Heredia, O., J. A. Pérez y A. R. González
1974 La antigüedad de la cerámica polícroma en el Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* V:133-151.

Korstanje, M. A.
1995 Nuevas reflexiones en torno a Vaquerías, un estilo cerámico polémico. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 5:169-179.
1998 Desempolvando antigüedades: Consideraciones sobre el repertorio cerámico Vaquerías. *Mundo de Antes* 1:69-117.

Krapovikas, P.
1977 Arqueología de Cerro Colorado (Departamento Yavi, Provincia de Jujuy, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*. Tomo II:123-148.

Lazzari, M.
2005 Travelling objects and spatial images: exchange relationships and the production of social space. En *Global Archaeological Theory. Contextual Voices and Contemporary Thoughts*, Editado por P. P. A. Funari, A. Zarankin y E. Stovel, pp. 191-210. Kluwer, Nueva York.

Lazzari, M., L. Pereyra Domingorena, M. C. Scattolin, L. Cecil, M. D. Glascock y R. J. Speakman
2009 Ancient social landscapes of northwestern Argentina: preliminary results of an integrated approach to obsidian and ceramic provenance. *Journal of Archaeological Science* 36:1955–1964.

Llagostera, M. A., A. M. Barón y L. Bravo
1984 Investigaciones arqueológicas en Tulor I. *Estudios Atacameños* 7:133-151.

Núñez, A. L., V. Zlater M. y P. Núñez H.
1975 Relaciones prehistóricas trasandinas entre el N.W. argentino y Norte Chileno (Período Cerámico). *Series Documentos de Trabajo* 6:1-24.

Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* V:169-190.

Núñez Regueiro, V. y J. García Azcárate
1996 Investigaciones arqueológicas en El Mollar, Dto. Tafí del Valle, Pcia. de Tucumán. *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13º parte). Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXV (1/2), pp. 87-97.

Oliszewski, N., M. Gramajo Bühler, E. Mauri, Ga. Miguez, A. Muntaner y M. Pantorrilla Rivas
2010 Caracterización de un entierro humano en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). *Intersecciones en Antropología* 11:315-319.

Ortiz, G.
2007 El paisaje macroregional. Uso del espacio social expandido a través de la circulación

de objetos. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, editado por A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P H. Mercolli, pp. 305-328. Editorial Brujas. Córdoba.

Palamarczuk, V., R. Spano, F. Weber, D. Magnífico, S. López y M. Manasiewicz
2007 Soria 2. Apuntes sobre un sitio Formativo en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8:121-134.

Pastor, S. y D. E. Rivero
2004 Nuevas evidencias entorno a la ocupación agroalfarera temprana del valle de Yocavil. En *Mosaico. Trabajos en Antropología social y Arqueología*, editado por M. Carballido Calatayud, pp. 189-199. Fundación de Historia Natural "Félix de Azara". Buenos Aires.

Pereyra Domingorena, L.
2009 Análisis petrográfico de los recipientes cerámicos del sitio Cardonal. En *Arqueometría Latinoamericana: Segundo Congreso Argentino y Primero Latinoamericano*, vol. 1, editado por O. M. Palacios, C. Vázquez, T. Palacios y E. Cabanillas, pp. 40-46. Centro Atómico Constituyente-CNEA, San Martín.
2010 Manufacturas alfareras de las sociedades aldeanas del primer milenio d.C. al sur de los valles Calchaquíes. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Raffino, R.
1977 Las aldeas del Formativo inferior en la Quebrada del Toro, (Pcia. de Salta. Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II:253-299.

Raffino, R., G. Raviña, L. Baldini y A. Iácona
1982 La expansión septentrional de la Cultura La Aguada en el N.O. argentino. *Cuadernos del Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 9:179-82.

Scattolin, M. C.
2000 Santa María durante el Primer Milenio A. D. ¿Tierra baldía?. *Årstryck* 1995-1998:63-83.
2006 Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María. *Estudios Atacameños* 32:119-139.

Scattolin, M. C. y M. Lazzari
1997 Tramando redes: obsidianas al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14:189-209.

Scattolin, M. C., L. Cortés, M. F. Bugliani, C. M. Calo, A. Izeta, M. Lazzari y J. Izaguirre
2007 Una aldea formativa en el valle del Cajón. *Revista Pacarina.* Número Especial. Tomo II:337-341.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Cortés, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena y A. Izeta
2009a Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIV:251-274.

Scattolin, M. C., L. Cortés, M. F. Bugliani, C. M. Calo, L. Pereyra Domingorena, A. Izeta y M. Lazzari
2009b Built landscapes of everyday life: a house in an early agricultural village of northwestern Argentina. *World Archaeology* 41(3):396-414.

Tarragó, M.
1989 Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación de los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí. Tesis Doctoral no publicada. Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario. Rosario.
1996 El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Actas y memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (11º parte). Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXIII (1/4), pp. 103-119.

Tarragó, M. N. y M. C. Scattolin
1999 La problemática del Período Formativo en el valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo I:142-153. La Plata.

Tartusi, M. y V. Núnez Regueiro
1993 Los Centros Ceremoniales del NOA. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 5 (Serie: Ensayos 1):1-49.

Turner, J. C.
1973 *Descripción geológica de la Hoja 11d, Laguna Blanca*. Boletín 142. Servicio Nacional Minero Geológico. Buenos Aires.

CRÓNICAS MATERIALES PRECOLOMBINAS. Arqueología de los primeros poblados del Noroeste Argentino
Sección Tiempo y vivencia cultural: artefactos, arquitectura, representaciones – 575-602

EL FORMATIVO EN EL VALLE DE HUALFÍN, UNA REVISIÓN CRÍTICA DESDE LA FUNEBRIA

Bárbara Balesta[*], Nora Zagorodny[*] y Federico Wynveldt[**]

ABSTRACT

In the seventies, funerary materials belonging to Ciénaga portion of Muñiz Barreto Collection were used to define Formative/Early Period in Hualfin Valley (González and Cowgill 1975). The proposed categories and relative chronology based on pottery decoration have been in use until present date. A critical review of these materials allowed us to suggest a different spatial characterization of Ciénaga "cemeteries" (sensu Weiser and Wolters 1924-1926). Current chronological criteria and the classical dichotomy between figurative and non figurative images is questioned on the bases of semiotic methodology. Indicators of planning in pottery manufacture are identified and differences among tombs and funerary grave goods are interpreted as competition between individuals and/or groups related to resources.

***Keywords**: Hualfin Valley – funerary space – Ciénaga – pottery manufacture*

[*] Laboratorio Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. UNLP.
[**] Laboratorio Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. UNLP. CONICET.

INTRODUCCIÓN

El Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina) ha sido el marco –y el objeto de estudio– de numerosas investigaciones arqueológicas, algunas de las cuales se focalizaron en momentos y materialidades que en otras regiones se han asociado al Período Formativo y que en esta área fueron adjudicadas al Período Temprano (Figura 1). La Colección Muñiz Barreto, obtenida a partir de excavaciones en la década de 1920, sirvió de base para caracterizar la funebria del Temprano en el valle y para realizar la primera secuencia cronológica del noroeste argentino, que se contrastó con fechados radiocarbónicos procedentes de sitios de habitación.

En el presente trabajo se propone una revisión crítica de los fundamentos de dicha secuencia, intentando contribuir, desde el ámbito funerario, a la discusión sobre el concepto de Formativo en el área. A la luz de distintas metodologías de abordaje –análisis del discurso, semiótica y estudios arqueométricos–, se propone una nueva caracterización espacial de los "catorce cementerios" de La Ciénaga (*sensu* Weiser y Wolters 1924-1926) y una lectura diferente sobre la significación de la manufactura y decoración alfareras. Se formula una propuesta para la caracterización de los "cementerios" que trasciende lo meramente espacial, se analizan indicadores que sugieren una planificación de la manufactura cerámica funeraria y se cuestiona la dicotomía decorativa clásica entre figuración/no figuración, así como el criterio usado para la distinción temporal sobre la base de la decoración cerámica. Finalmente, se vinculan algunas diferencias halladas entre las tumbas con probables competencias entre individuos y/o grupos por el acceso a los recursos.

EL FORMATIVO Y EL VALLE DE HUALFÍN

Si bien las publicaciones arqueológicas pioneras de fines del siglo XIX y principios del XX referidas a materiales del Valle de Hualfín tienen indudablemente un gran valor científico e histórico, fueron las expediciones financiadas por Benjamín Muñiz Barreto y ejecutadas por Vladimiro Weiser y Federico Wolters durante la década de 1920 las que generaron la gran base de información arqueológica de la cual dispusieron los investigadores de allí en adelante (Balesta y Zagorodny 2000).

En la elección de dicho valle para la construcción de su secuencia, Alberto Rex González no sólo tuvo en cuenta su ubicación estratégica, sino también el hecho de ser una unidad geográfica muy bien definida y, sobre todo, la posibilidad de contar con los materiales y las anotaciones completas de los contextos funerarios de 1.200 tumbas de la colección Muñiz Barreto depositada en el Museo de La Plata, producto de las expediciones antes mencionadas. Sobre la base del análisis de dichos materiales y de nuevos aportes de excavaciones propias, González y Cowgill conformaron los contextos culturales y definieron las culturas arqueológicas que fueron ordenadas en cuatro períodos (González y Cowgill 1975). Esta secuencia tuvo tal peso que fue aplicada también a otras regiones, que de a poco fueron incorporando innovaciones a los esquemas locales. En cambio, en el valle mismo, aquel "esqueleto cronológico" de González se mantuvo casi inalterado.

En las últimas décadas, a pesar de que hubo nuevos aportes sobre diferentes aspectos como la funebria y la producción cerámica para los períodos Temprano y Medio, no ha habido una revisión crítica de los fundamentos de la secuencia original para esos momentos –excepto el

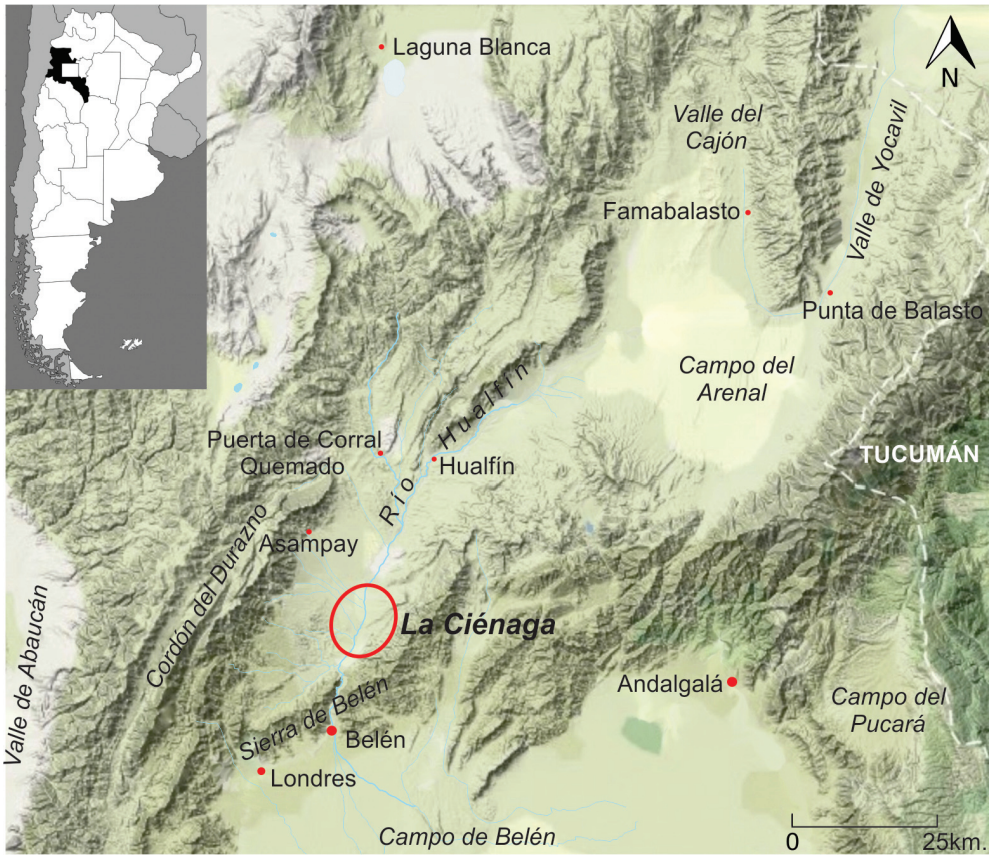


Figura 1. Mapa con la ubicación de La Ciénaga, el Valle de Hualfín y regiones aledañas.

trabajo de Balesta (2000)–, siendo que la mayor parte de los estudios que cuestionan las bases cronológicas corresponden al Período Tardío/Inka –por ejemplo Wynveldt (2009). En lo que respecta particularmente a los períodos Temprano y Medio, la muy baja representatividad de sitios que permitieran definir patrones de asentamiento y de contextos domésticos en el registro arqueológico han sido algunos de los factores más influyentes en la permanencia del esquema original, imposibilitando avanzar en interpretaciones acerca de algunas de las características que definen clásicamente al Formativo.

A continuación presentamos el análisis de un conjunto de tumbas correspondiente a la zona de los "catorce cementerios" de La Ciénaga y distintos aspectos de sus ajuares, intentando generar un nuevo aporte a la definición del Formativo del valle de Hualfín.

LOS "CATORCE CEMENTERIOS" DE LA CIÉNAGA

Como ya se ha comentado, en la localidad de La Ciénaga, Vladimiro Weiser y Federico Wolters excavaron lo que dieron en denominar "catorce cementerios". Los mismos se sitúan en las márgenes del río Hualfín y sus confluencias con diversos cauces, entre los que se

destacan el Güiliche y el Diablo. Asimismo, se recuperaron materiales en sectores intermedios de estos "cementerios" a los que los autores denominaron "sepulcros entre cementerios", "sepulcros aislados" y "urnas aisladas", según el caso.

Los materiales correspondientes a los ajuares funerarios fueron recogidos en su totalidad mientras que los restos esqueletales fueron redepositados en las tumbas, no obstante lo cual, la información quedaba fielmente registrada en las libretas de campo. Cabe aclarar que este registro fue llevado a cabo alternativamente por Weiser o por Wolters, y dado que no siempre resulta posible determinar cuál de ellos escribe, en las citas se incluye a ambos; en los casos en que se identifican se incluye la especificación.

Weiser y Wolters, en función de la presencia/ausencia de enterratorios, determinaron que cada uno de los distintos sectores excavados en los que había presencia continua de hallazgos correspondía a un "cementerio". De tal modo, registraron la existencia de esos catorce cementerios y algunos entierros aislados en la localidad de La Ciénaga.

Con el fin de rescatar los criterios usados por los excavadores para definir un "cementerio", se implementó una técnica de análisis del discurso basada en lo efectivamente expresado en los textos de las libretas (*sensu* Magariños de Morentín 1998). El análisis determinó que los criterios se definían fundamentalmente a partir de marcas visibles, la presencia de sepulcros, su sectorización, la disposición en filas, la presencia de urnas conteniendo niños y la estrategia de excavación.

Según lo señalado en los diarios por Weiser y Wolters, la primera evidencia para distinguir un cementerio estaba dada por la existencia de límites definidos. Estos límites estaban constituidos por marcas visibles, que en muchos casos les permitieron localizar y visualizar los cementerios, a partir de la presencia de grandes piedras, que podían estar alineadas o no, y que aparentaban ser cimientos de casas. Los límites contenían unidades espacialmente discretas, integradas por grupos de sepulturas. En algunos sectores de los cementerios se presentaban límites bien diferenciados; cuando esto no ocurría, la ausencia de entierros se transformaba en la evidencia de la finalización de un cementerio.

En función de la cantidad relativa de urnas funerarias presentes en cada cementerio, los autores definían la existencia de sectores especiales dedicados al entierro de niños y otros utilizados para el entierro de adultos. Con respecto a la existencia de estos sectores con franjas etarias definidas, Weiser manifiestan: "Sorprendente fue el destapar entre unos 150 sepulcros de niños apenas 10 sepulcros de adultos..." (Weiser y Wolters 1924:55).

Otra modalidad particular de enterrar estaba definida por el entierro en filas; al respecto señalan: "Un arreglo claro en su posición no se pudo constatar, pero en algunos lugares se tuvo la impresión de que habían sido enterrados en filas" (Weiser y Wolters 1924:51).

A partir de lo reseñado por los autores se interpreta que la estrategia de excavación empleada consistía en excavar un área en la medida en que se seguían encontrando evidencias de tumbas, tomando una dirección determinada; las excavaciones se daban por finalizadas cuando los resultados de las mismas eran estériles. Sin embargo, existen algunos grupos de tumbas a los que denominan: "sepulcros entre cementerios", "urnas aisladas", "conjunto de cuatro urnas", sector en el que "todavía hay algunos sepulcros", "sepulcros aislados cerca de…", etc. Todos estos aglutinamientos no constituirían para los expedicionarios cementerios en sí, sino sectores de entierro aislados. Creemos que los mismos podrían conformar sectores intermedios de menor densidad que aquéllos denominados "cementerios" y que darían continuidad a toda la zona. Por otra parte, es llamativa la diferencia en el número

de unidades de entierro que componen cada "cementerio": el cementerio 1 consta de 189 tumbas, el cementerio 2 contiene 118 tumbas, el 3 exhibe 39, el 4 presenta 104 sepulcros, el cementerio 5 tiene 25, el 5a sólo 5 tumbas, el cementerio 6 consta de 89, el cementerio 7 exhibe 7 tumbas, el 8 contiene 67, el 9 consta de 34, el 10 de 118 y los sepulcros entre cementerios de 36. También se registra una sola tumba a la que denominan "lugar fuera del cementerio 6". En cuanto a los cementerios de la zona sur: el número 11 tiene 17 tumbas y registran 9 sepulcros aislados en sus inmediaciones, el cementerio 12 contiene 9 tumbas, el 13 presenta 72 y en el 14 hay 45 tumbas (Tabla 1).

Tabla 1. Tumbas por cementerio

Espacios definidos por Weiser y Wolters		**Cantidad de tumbas**
Cementerio	1	189
	2	118
	3	39
	4	104
	5	25
	5a	5
	6	89
	7	7
	8	67
	9	34
	10	118
	11	17
	12	9
	13	72
	14	45
Sepulcros entre cementerios		36
Sepulcros aislados cerca del cementerio 11		9
Fuera del cementerio 6		1
Total de tumbas		**984**

Los resultados de nuestro análisis indican que el criterio principal seguido por los expedicionarios para definir la presencia de un cementerio es netamente espacial y está dado por la existencia o no de núcleos densos de tumbas. Por otra parte, los mismos no tuvieron en cuenta las diferencias en los tamaños relativos de los cementerios ni el perfil mortuorio de los mismos para establecer si cada una de estas unidades espaciales podía ser efectivamente definida como un cementerio. Al referirnos al "perfil mortuorio" hacemos alusión a las diferencias en el número de tumbas que componen cada cementerio. Esta situación, sumada al análisis de la composición etaria en cada uno de ellos –que indican fuertes desequilibrios–, no sería compatible con lo esperable en función de las expectativas de vida de una población, aún teniendo en cuenta una alta mortalidad infantil (Castro Martínez *et al*. 1993-94). En estas sociedades los grupos de edades deberían guardar lo que se denominan como "proporciones naturales" –mitad adultos y mitad subadultos– (Howell y Kintigh 1996). Al respecto se puede señalar que para nuestra muestra, sólo el cementerio

10 exhibe una proporción *aproximadamente* natural (40% de adultos y 60% de subadultos), mientras que en los cementerios 1 y 9 se muestra una gran desproporción al respecto (31 y 69% y 79 y 21% respectivamente).

Igualmente Weiser señala sus dudas acerca de la separación o continuidad de los distintos sectores: "Observando el croquis que abarca el sitio de nuestras principales excavaciones de este año y del año pasado, se ve que poco a poco empiezan a unirse los diferentes cementerios. Momentáneamente trabajamos en el cementerio 10 y creo que alcanzaré a unir los cementerios 10, 9 y 1" (carta de Weiser a Muñiz Barreto del 20-4-1926).

Weiser también había notado que las separaciones entre sectores y consecuentemente las diferencias de tamaño entre los cementerios podían obedecer a fenómenos de erosión, que hicieran desaparecer áreas que podrían haber conectado los mismos. Al respecto encontramos una referencia sobre el cementerio 7: "Visiblemente, era este cementerio ya muy disminuido en su parte Oeste por la erosión, que en muchas zanjas y zanjitas había una gran parte llevado de la orilla del cementerio" (Weiser y Wolters 1926:140).

La aplicación del término "cementerio" por parte de los expedicionarios –probablemente influidos por la concepción europea contemporánea sobre los mismos–, implicaba la existencia de un área espacial de límites precisos, probablemente asociada a alguna forma geométrica reconocible, de lados rectos y con una modalidad de entierro en filas. En todos aquellos lugares en los que no se cumplían estas condiciones, determinaron que si bien se trata de lugares de entierro, eran exteriores a los cementerios propiamente dichos.

Teniendo en cuenta las similitudes encontradas en las modalidades de entierro, disposiciones de cuerpos y ajuares –que se comentarán con más detalle– así como los efectos de la erosión que pudieron afectar la presencia continua de tumbas, consideramos que los racimos espaciales denominados "cementerios" por parte de los excavadores no necesariamente son reales, sino que serían la consecuencia tanto de efectos naturales como de la estrategia de excavación empleada. En consecuencia proponemos que el área de entierros a la vera del río Hualfín constituye una gran necrópolis –con subáreas que muestran modalidades diversas– usada durante varios cientos de años por sus pobladores.

Análisis de la localización de cuerpos y piezas de ajuar dentro de las tumbas

De acuerdo a la distribución etaria por tumba podemos distinguir entre unidades de entierro de subadultos, adultos, y mixtas. Estas últimas combinan la existencia de las dos categorías en una misma unidad de entierro.

Para el estudio de la modalidad de entierro se tomó una muestra conformada por 377 tumbas del sector Noreste de la necrópolis –los cementerios 1, 9, 10 y sepulcros entre dichos cementerios en la confluencia del Hualfín con el Güiliche–. Al respecto podemos señalar un porcentaje abrumadoramente mayor de entierros individuales: en los cementerios 1, 9 y 10 entre el 82% y el 87% y el 67% en los sepulcros aislados.

Con referencia a las posiciones de los cuerpos la muestra quedó conformada por 245 esqueletos. En el caso de los subadultos se tuvieron en cuenta sólo los entierros directos ya que no resulta posible determinar cómo se ubicaban los niños depositados dentro de las urnas. Tanto en adultos como en subadultos se consideraron únicamente los casos en que se podía determinar claramente –a través del análisis de cortes y plantas de las tumbas– la posición en

que se encontraba el cuerpo. Esta información, en las libretas de campo, se complementa con descripciones escritas por Weiser y Wolters (1924-26) sobre las ubicaciones de los cuerpos en cada unidad de entierro.

Las disposiciones para la muestra definida indican que las dos modalidades más frecuentes son: extendidos –en posición decúbito dorsal– y flexionados. Los entierros flexionados se pueden subdividir en: posición decúbito dorsal, flexionados sobre el lado derecho y sobre el lado izquierdo, con claro predominio de los primeros, según se observa en la Tabla 2.

Tabla 2. Disposiciones de los cuerpos

Espacio funerario	Edad	Cantidad de cuerpos	Extendidos decúbito dorsal	Flexionados			
				Decúbito dorsal	Lado derecho	Lado izquierdo	Porcentaje total
Cementerio 1	Adultos	63	6%	38%	44%	12%	94%
	Subadultos	46	26%	59%	15%	0%	74%
Cementerio 9	Adultos	23	10%	50%	40%	0%	90%
	Subadultos	3	0%	68%	32%	0%	100%
Entre cementerios	Adultos	24	0%	32%	63%	5%	100%
	Subadultos	12	0%	75%	25%	0%	100%
Cementerio 10	Adultos	61	8%	32%	51%	6%	92%
	Subadultos	13	0%	54%	46%	0%	100%

Con referencia a las características estructurales de las tumbas, en líneas generales se puede puntualizar que las mismas se presentan del siguiente modo: entierros en contenedores funerarios (urnas, virques o tinajas *sensu* Weiser y Wolters 1924-26) para subadultos y entierros directos para adultos y algunos subadultos. En los casos de entierros directos existen algunas unidades de entierro que presentan como característica particular, adiciones constructivas realizadas con grandes bloques de piedras a modo de paredes y/o separaciones entre cuerpos.

Prevalecen los entierros flexionados sobre los extendidos, tanto en subadultos como en adultos.

Si comparamos los cementerios entre sí, la modalidad de disposición espacial de los cuerpos con respecto al norte geográfico –señalizado en las plantas de las tumbas– no muestra preferencias. Las distinciones más apreciables se registran con referencia a las edades de los cuerpos enterrados: entierros en contenedores cerámicos para los subadultos, sectores de entierro casi exclusivamente dedicados a ellos y con menor cantidad de ajuar funerario que los de mayor franja etaria.

Asimismo, se registró una gran variedad con respecto a la ubicación de las piezas al interior de las tumbas: en algunos casos parecen distribuidas entre los cuerpos, como si distintos individuos compartieran el mismo ajuar; en otros parecen actuar como separadores de los esqueletos y a veces se pueden atribuir ciertas piezas a cada cuerpo. Esto último se da especialmente en los casos de objetos fabricados con materias primas que aparecen con baja frecuencia, tales como cobre y malaquita, que suelen situarse sobre distintos sectores de cada cuerpo (cuello, brazos, pecho).

Se detectan prevalencias de entierros de subadultos o de adultos, individuales o múltiples, configurando distintas subáreas. Por ejemplo, en el cementerio 1, en el espacio excavado en 1924/25, se observa un predominio absoluto de tumbas de subadultos, baste remarcar que la primera tumba de adultos aparece luego de haberse excavado 47 entierros de subadultos contiguos. En el denominado "sector continuación del cementerio 1", excavado posteriormente, los entierros múltiples se agrupan configurando una subárea. A partir de los datos del registro se puede sugerir que existe un patrón de disposición por sectores en los que se marcan distinciones fundamentalmente entre edades y modalidades de entierro. Este patrón indica una organización en la que la diferenciación individual se favorece sobre la identidad grupal, ya que en todas las áreas existe un predominio de entierros individuales. Cuando se habla de identidad se define como la identificación de los individuos sobre la base de diferencias socialmente sancionadas como significativas. La identidad, a través de sus expresiones materiales, puede aludir a edad, género, status, rol, etnicidad, membrecía, genealogía, entre otros aspectos y puede referirse a la relación de un individuo consigo mismo o como integrante de un grupo (Tilley 1999; Díaz Andreu y Lucy 2005).

En base a lo expuesto, creemos que hay una clara intencionalidad en la ubicación de los cuerpos y objetos en subáreas determinadas y probablemente una planificación, que estaría manifiesta a través de la ubicación de entierros en hileras, por edades, por modalidad de entierro y por clases de ajuar –este último aspecto se desarrollará más adelante–.

LOS ACOMPAÑAMIENTOS CERÁMICOS

Las morfologías más frecuentes de las vasijas depositadas como acompañamiento funerario están representadas por cuencos, vasos y jarros (*sensu* Balfet *et al*. 1992). Hay urnas de formas abiertas y cerradas; la mayoría se clasifica como tinaja. Las formas aparentes de las urnas son esencialmente similares a las de las piezas más pequeñas, pueden ser simples o compuestas, con una o dos asas colocadas de diversas maneras, cuellos más o menos prolongados, siendo sólo su mayor tamaño la diferencia apreciable a simple vista (Balesta 2000; Zagorodny y Balesta 2005).

Existe muy poca diversidad morfológica en el universo relevado. Sobre una muestra de 551 vasijas, correspondientes al sector Noreste de la necrópolis, las formas registradas son básicamente dos para las piezas abiertas (cuenco y vaso) mientras que para las cerradas se observa una sola morfología (olla) con tres variantes (tinaja, olla y jarro).

La mayor parte de los cuencos tienen una boca que mide entre 10 cm y 16 cm (80%) y una altura de 5 cm a 9 cm (86%). Los vasos, en su mayoría, tienen una boca de 9 cm a 11 cm (62%) y una altura de entre 8 cm y 11 cm (71%). Los jarros, en general, presentan bocas que miden entre 6 y 11 cm (66%) y alturas entre 6 y 14 cm (61%).

La gran mayoría de las urnas son piezas cerradas (83%). Las formas aparentes de las mismas son esencialmente similares a las de las piezas más pequeñas, siendo sólo su mayor tamaño la diferencia apreciable a simple vista. Sus bocas alcanzan rangos de 23 a 25,9 cm (52%) o de 30 a 31,9 cm (24%) y su altura está entre 31 y 35,9 cm (76%).

De lo expuesto se puede deducir que desde el punto de vista del tamaño existe un rango acotado de medidas para la producción de cada clase de piezas. La morfología más regular

en este sentido está representada por los vasos, que son los que presentan menor rango de variación.

El volumen más importante está representado, en todos los cementerios, por vasijas de tamaño mediano en el sentido establecido por Balfet *et al.* (1992) –según las cuales los cuencos se consideran *grandes* cuando su abertura sobrepasa los 19 cm mientras que denominan *vaso grande* a dicho tipo de piezas cuyo diámetro de abertura es superior a 12 cm.

La decoración de la cerámica Ciénaga y sus implicancias cronológicas

La decoración de la cerámica de la Colección Muñiz Barreto ha sido la base fundamental para adjudicar distintas etapas cronológicas a los materiales recuperados en el Valle de Hualfín, que sirvieron de base para establecer fases temporales que se extendieron a todo el NOA. La secuencia cronológica formulada para el área fue condensada fundamentalmente en el trabajo de González y Cowgill de 1975 en el cual propusieron una cronología para el área, en fases temporales basándose en la seriación de tumbas de los materiales de La Ciénaga recuperados por Weiser y Wolters y en fechados radiocarbónicos de algunos sitios de habitación cercanos. A fin de realizar la seriación de tumbas los autores clasificaron los materiales en tipos, para lo cual definieron a un tipo como "...un conjunto de rasgos técnicos y estilísticos claros y objetivos" (González y Cowgill 1975:384). Los tipos se obtenían en función de rasgos decorativos y tecnológicos –estos últimos contemplaban el acabado de superficie y la técnica empleada para decorar–; una vez obtenidos, se estudiaban las asociaciones por tumba y luego se disponían dichas asociaciones en secuencia. La secuencia se llevaba a cabo mediante la utilización de programas de computación y se asumía que las discontinuidades obtenidas por este medio reflejaban cambios drásticos en las tradiciones cerámicas.

El lapso que nos ocupa –200 D.C. a 600 D.C.– refleja tres fases en dicha secuencia. En la Tabla 3 se enumeran los tipos definidos por los autores como aquéllos más característicos para cada fase, no obstante se realizan algunas salvedades a continuación.

En la primera fase –denominada La Manga, entre 200 y 300 D.C.– apuntan, "en determinado momento", la aparición de la técnica a la que denominan Incisa Puntiforme, el tipo Ciénaga Línea Gruesa y "los motivos espigados y punteados" (González y Cowgill 1975:389).

En la fase llamada Güiyischi o Ciénaga II –entre 300 y 450 D.C. –, persisten el Ciénaga Rojo sobre Ante y el Ciénaga Rojo Morado; además, se agregan el Ciénaga Inciso Puntiforme y el Ciénaga Rojo Liso. Estos tipos, junto a los denominados Ante Liso, Crema Liso, Línea Gruesa, Negro Liso y Negro sobre Ante son los que estos autores definen como diagnósticas de la fase II. También anotan como "comunes", las figuras de saurios, antropomorfas simples, zoomorfas y ornitomorfas (González y Cowgill 1975:389).

Finalmente, la fase Casa Vieja o Ciénaga III –que abarca entre 450 y 600 D.C. –, es considerada como una etapa de transición entre Ciénaga y Aguada. En ella continúan siendo "comunes" las figuras de saurios, antropomorfas y ornitomorfas pero los autores especifican que las mismas se hallan estilística y técnicamente "mejor elaboradas" (González y Cowgill 1975:390).

También consideran importante puntualizar que en esta fase aparecen tipos Aguada, como Aguada Gris Motivos geométricos y Aguada Gris Lisa.

Tabla 3. Tipos característicos para cada fase definidos por González y Cowgill (1975)

La Manga / Ciénaga I	Güiyischi / Ciénaga II	Casa Vieja / Ciénaga III
Inciso Simple	Ante Liso	Ante Liso
Inciso Simple Pintado	Crema Liso	Crema Liso
Rojo sobre Ante	Rojo sobre Ante	Rojo sobre Ante
Rojo Morado	Rojo Morado	Anaranjado Liso
-	Inciso Puntiforme	Inciso Puntiforme
-	Línea Gruesa	Línea Gruesa
-	Negro Liso	Negro Liso
-	Negro sobre Ante	Allpatauca Inciso
-	Rojizo Liso	Urnas grises lisas

Por otra parte, González y Cowgill (1975) enumeran en las primeras etapas de Aguada, la "continuidad" de ciertos tipos a los que denominan como Ciénaga de Transición:

– Allpatauca Inciso
– Ciénaga Ante Liso
– Ciénaga Dibujos Negros
– Ciénaga Negro sobre Ante
– Ciénaga Negro y Rojo sobre Ante
– Ciénaga Línea Gruesa

Al intentar realizar la adscripción de las piezas según las tipologías establecidas en los trabajos señalados se presentaron dificultades para reconocer los tipos. En algunos casos esto se debió a que sus características no se hallan claramente descritas y en otros, porque las características atribuidas a los tipos se mezclan, produciéndose de este modo la imposibilidad de identificarlas y atribuirlas a una sola fase.

Las principales dificultades encontradas en el transcurso del trabajo que guardan relación con el modo en que fueron elaborados los tipos se detallan a continuación:

– los tipos no se hallan descritos y las denominaciones no siempre son unívocas, por ejemplo no se explica qué diferencia existe entre el Ciénaga Negro sobre Rojo y el Ciénaga Dibujos Negros que aparece en Aguada;
– en las categorías que implican arrastre de material –Inciso Simple, Inciso Puntiforme y Línea Gruesa– no se especifica si la denominación se refiere a la línea de contorno, al relleno de la figura, o a ambas; ni tampoco a qué grosor de línea se hace alusión (Balesta 2000). Por otra parte, se han detectado numerosos casos en que las técnicas se combinan en una misma pieza (Figura 2);
– la continuidad del Inciso Puntiforme a través de las tres fases le quita valor como tipo diagnóstico;
– cuando comienzan las referencias a la fase Aguada, los autores especifican que "en las primeras etapas continúan los tipos Ciénaga de Transición" (González y Cowgill 1975:391) como el Negro y Rojo sobre Ante y Ciénaga Dibujos Negros. Sin embargo, estos tipos no habían sido nombrados en ninguna de las tres fases anteriores;

- el tipo Ciénaga Negro sobre Ante de la fase II, que aparentemente había desaparecido en la fase III, vuelve como un tipo de transición hacia Aguada;
- el tipo Negro Liso, en este corpus, resulta de difícil adscripción, ya que en general la pasta se ve en distintas gamas de grises, aún dentro de la misma pieza. Tomando en consideración cada vasija, por efecto de la cocción, se pueden observar diferentes tonalidades que pasan también por tonos castaños y en algunos casos exhiben manchas negras;
- los tipos Ante Liso, Rojizo Liso y Anaranjado Liso, resultan confusos al momento de adscribir una pieza en función del color de la pasta;
- el apelativo "comunes", aplicado al caso de saurios y ornitormorfos no resulta operativo, ya que no se sabe si se refiere al grado de elaboración de las figuras o al número relativo de las mismas en el universo;
- la alusión a "antropomorfo simple" resulta insuficiente, puesto que no especifica si se refiere a que las figuras carecen de rasgos humanos o a las técnicas de ejecución del dibujo;
- las urnas grises lisas se proponen como tipo diagnóstico para la fase III; no obstante, el resto de los contenedores funerarios no aparecen nombrados en las fases anteriores. Parecería que el criterio de los autores se inclina a colocar urnas aparentemente más simples en la última fase, ya que siguiendo un criterio evolutivo, resultaría más lógico explicar la desaparición gradual de estos contenedores como modalidad de entierro a medida que nos aproximamos hacia el fenómeno Aguada. Cabe señalar que en las urnas decoradas se registran diseños figurativos que podrían indicar su pertenencia a las fases I (espigados, incisión simple), II (figuras zoomorfas y antropomorfas, distintos tipos de pintura) y aún a la fase III (figuras de saurios y antropomorfas);

Figura 2. Figuras geométricas con camélidos.

– la adscripción de las urnas como un tipo específico, introduce un nuevo criterio clasificatorio, que contempla la funcionalidad de las piezas y que no había sido enunciado cuando los investigadores comentan la metodología empleada;
– otros objetos –pipas, piezas escultóricas, cerámica "tosca"–, no fueron incluidos en el análisis, aun cuando constituyen ítems importantes en la caracterización de esta cultura.

Según se ha referido, los criterios diagnósticos propuestos no funcionan de forma inequívoca y los tipos y fases propuestos resultan insuficientes para una efectiva adscripción de las piezas.

El complejo felínico en la "Fase Ciénaga"

En "The Felinic Complex in Northwest Argentina", González (1972) subdivide a Ciénaga en tres fases principales y explica que el complejo felínico se halla ampliamente representado en su cerámica. Concede particular importancia al hecho de que a través de su análisis se puede seguir una evolución desde la representación de un felino simple hasta las figuras complejas denominadas "draconianas" y atribuye este cambio a influencias provenientes del norte. Según este autor, Ciénaga representa un momento transicional en el desarrollo, a continuación de Condorhuasi. Con el desarrollo de Aguada, la iconografía felínica alcanza su pico de frecuencia y su máximo desarrollo tanto artístico como tecnológico.

Para definir el complejo felínico, González utilizó las piezas que presentaban representaciones icónicas zoomorfas identificadas como camélidos, en las que observaba, en algunos casos, ciertos grados de "felinización". El conjunto de características diagnósticas propuestas para cada fase establece: la fase Ciénaga I carece de diseños figurativos y las vasijas están decoradas con patrones incisos sobre superficies de acabado gris o negro. En Ciénaga II reaparecen elementos figurativos: "...the feline now looks llamalike, and is drawn in a sketchy and rigid fashion, with straight lines" (González 1972:123).

Dentro de esta fase identifica distintos momentos: "At the beginning, the feline figures are distinguished by their straight and pointed ears, rectangular or triangular body, and simple tail. In the following step, it is possible to see the appearance of protruding claws, and prominent lines of teeth all of the figures look forward. In a more advanced step, the head is turning back, the legs and tail are curved, the simple straight lines are replaced by a more frequent use of curved lines. The use of circular design representation of the feline spot is more and more frequent" (González 1972:123). A cada uno de estos momentos González los denomina como etapas 1, 2 y 3 dentro de la fase Ciénaga II.

Para la última fase (Ciénaga III), sólo menciona que existe una complejidad creciente en los diseños lo cual, a su criterio, está marcando la transición hacia la cultura de la Aguada.

En vista de la importancia atribuida por González a la figura del camélido/felino para establecer indicadores cronológicos se procedió a analizar el contenido cerámico de las tumbas donde aparecían las piezas que contienen este tipo de imágenes (Balesta 2000). Las representaciones se trabajaron de acuerdo a lo establecido en su clasificación del año 1972, a fin de identificar las etapas propuestas y combinar esta clasificación con las pautas de la publicación de 1975 en la que se incluyen las representaciones no icónicas, con el objeto de reconstruir las asociaciones contextuales dentro de cada unidad de entierro.

A continuación se incluye, a modo de ilustración, un ejemplo correspondiente a la tumba 15, del denominado "cementerio 1" que contiene las piezas catalogadas del 7800 al 7802:

La vasija 7800 es una olla (*sensu* Balfet *et al.* 1992) gris lisa, usada como contenedor funerario. De acuerdo con la tipología de González y Cowgill (1975) se adscribiría a la fase III.

El cuenco 7801 (Figura 3, izquierda), de pasta gris, presenta camélidos/felinos con una cabeza hacia el frente y otra dada vuelta. Podría representar la fase Ciénaga II, etapa 3, no obstante, no hay utilización de líneas curvas y no tiene patas ni colas. Atendiendo a las orejas y el cuerpo podría adjudicarse a la fase II, etapa 1, aunque por las fauces, se ubicaría en la etapa 2 o 3. Considerando la morfología de la vasija y la configuración felinizada de la imagen, podría adscribirse como de transición hacia Aguada, sin embargo, no presenta líneas curvas.

La vasija 7802 (Figura 3, derecha) es una olla gris, que presenta sobre el borde una guarda de incisiones cruzadas; por debajo, en el cuerpo, hileras de rombos concéntricos en juego de figura/fondo con relleno de líneas. Sobre los bordes y entre los rombos hay triángulos con sus bases apoyadas sobre las líneas que limitan la banda. Podría clasificarse como Ciénaga Incisa Simple y por lo tanto pertenecer a Ciénaga I.

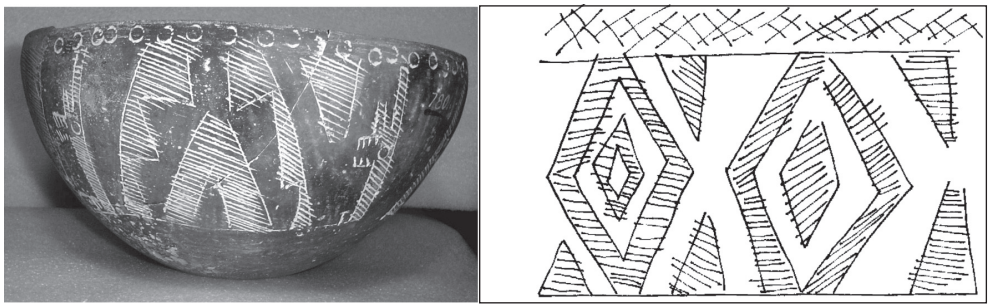


Figura 3. Izquierda: cuenco 7801. Derecha: decoración de la olla 7802.

Según la descripción realizada, se observan dificultades para adscribir la vasija 7801 siguiendo las características establecidas en el trabajo de 1972. Aún si dejáramos de lado la ubicación de la imagen según etapas y optáramos sólo por decir que pertenece a la fase II, nos encontramos con la dificultad de que las otras dos vasijas pertenecerían a distintas fases (III y I respectivamente).

Como puede observarse, a partir del ejemplo planteado, cuyos impedimentos persisten en toda la muestra (Balesta 2000), las características establecidas por González (1972) para la adjudicación de los camélidos/felinos a distintas fases y etapas no se muestran en las imágenes de forma clara y excluyente, sino que se mezclan en la composición de cada figura, ocasionando dificultades para su adscripción.

Análisis semiótico de las figuras de camélidos

A raíz de las inconsistencias reseñadas en la caracterización del complejo felínico se decidió estudiar las vasijas decoradas con figuras de camélidos aplicando una técnica de análisis semiótico de imágenes (Balesta 2000; Zagorodny y Balesta 2005).

La porción Ciénaga de la Colección contaba según los catálogos, al momento de su ingreso al Museo de La Plata, con 2418 piezas cerámicas. No todas se pudieron hallar en depósito al momento de realizar los diversos registros y su número ha ido variando por pérdidas, roturas y/o traslados de materiales, por lo cual se puede hablar de más de dos mil, de las cuales aproximadamente el 50% están decoradas. De esas mil vasijas decoradas, sólo 45 exhiben representaciones icónicas identificables como camélidos. Estas piezas fueron comparadas entre sí, a partir de lo cual se registraron las unidades mínimas que conformaban cada uno de los animales representados.

Se determinaron relaciones de equivalencia entre unidades, cuando éstas adoptaban la misma posición relativa dentro de cada figura y se configuró el repertorio de unidades usadas para representar camélidos –cabezas, pescuezos, lomos y patas–. También se detectaron segmentos que no se corresponden con la anatomía del género *Lama*, tales como garras, fauces y manchas –que habitualmente se atribuyen a felinos–.

Luego se compararon las figuras con las características físicas y las conductas adjudicadas a los camélidos; se pudieron observar modalidades de expresión que exhibían características diferenciales entre los animales. Por ejemplo, animales de distintos tamaños con distintas posiciones en sus cabezas (Figura 3, izquierda), con las patas recogidas (Figura 4), por lo que se propone que en algunos casos están en movimiento, en otros parados y quietos. Frecuentemente los animales muestran una elevación en el lomo, que sugiere que se trata de llamas cargadas –a veces se dibujan cordeles–. Otros camélidos presentan líneas sobre el cuerpo (Figura 4) que podrían representar buena cantidad y calidad de pelo.

Figura 4. Camélidos icónicos alineados.

Las diferencias detectadas en las formas de representación fueron atribuidas a la intención de reflejar: diversos tamaños, características anatómicas específicas, números variables de individuos por friso y actitudes de los animales. Dichas diferencias fueron interpretadas como reflejo de: tamaños variables de los rebaños, diferencias entre tamaños y/o edades de

los animales, variedad de posturas, distancia entre los mismos y con respecto al observador, diversos comportamientos y/o funciones.

Se observa en las figuras una gran diversidad en el modo de representación, para lo cual se usó un repertorio finito de unidades, combinadas para ilustrar diferentes imágenes. Algunas se presentan como más naturalistas, en algunos casos más estáticas, en otras ocasiones más dinámicas. Dentro de las piezas de ajuar decoradas el número de vasijas con representaciones de camélidos es muy exiguo –2% sobre más de mil como ya se ha señalado–; además, las diferencias registradas entre cada una de ellas las constituye en ejemplares únicos.

Las características establecidas por González (1972) para la adscripción de las figuras de camélidos/felinos a diferentes fases que marcarían cronologías diferentes no se muestran, en las representaciones, en forma clara y excluyente, sino que se mezclan en la composición de cada figura, ocasionando dificultades para la categorización de las mismas. Por otra parte, las diferencias detectadas no parecen configurar evidencias que –hasta el momento–, permitan establecer distinciones cronológicas.

Al realizarse la segmentación de las imágenes se puso de manifiesto que las mismas unidades mínimas que las conformaban se hallaban representadas en guardas clasificadas como "geométricas". El repertorio de unidades reconocido en las representaciones icónicas fue identificado en las guardas no icónicas, pero dispuestas en combinaciones que generaron figuras distintas. A continuación proporcionamos algunos ejemplos ilustrativos.

En la Figura 2 se identificaron cabezas y pescuezos de camélidos en negativo, compartiendo un lomo escalonado sobre fondo de líneas incisas, dentro del cual se ubican triángulos concéntricos. Las distintas texturas operan de figura y de fondo alternativamente y los animales se pueden reconocer tanto si mantenemos la vasija apoyada sobre su base como dándola vuelta.

En la pieza de la Figura 5 se observan animales con pescuezos rectilíneos, cabezas rectangulares y orejas representadas por dos líneas verticales. Los cuerpos están constituidos por escalonados y son compartidos por pares de animales, que se hallan al derecho e invertidos. Los escalonados, pescuezos y cabezas se hallan en negativo y el fondo es espigado; entre dos pares de animales se ubica una fila vertical de rombos concéntricos.

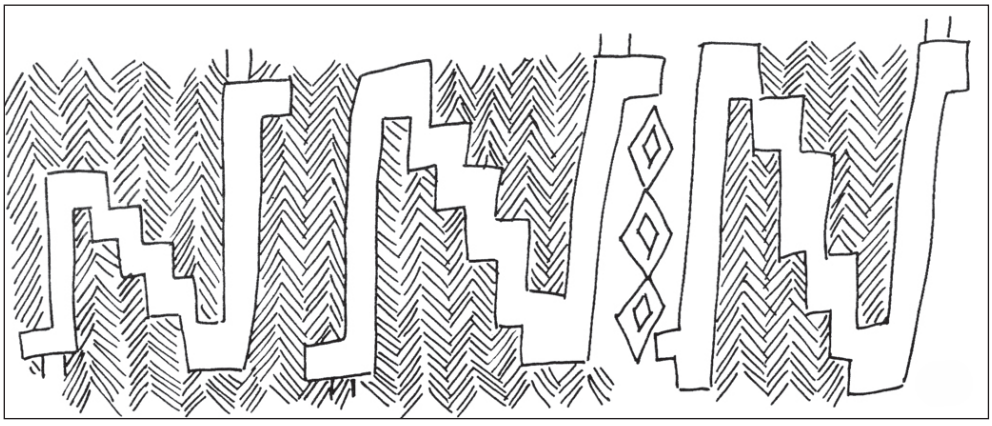


Figura 5. Camélidos incluidos en guarda geométrica.

El análisis llevado a cabo y los ejemplos comentados demuestran que para estas expresiones no rigió el modelo occidental que distingue entre imágenes figurativas/no figurativas, ya que la presencia de los camélidos fue detectada aún en frisos caracterizados como "geométricos".

La fragmentación detectada en las figuras icónicas a través de lo realmente expresado por los productores alfareros (Magariños de Morentín 1998) permitió develar una estructura cognitiva –reflejada en un conjunto relativamente pequeño de unidades mínimas en diversas combinaciones–, que luego se pudo descubrir en las figuras de apariencia geométrica. En tal sentido, el trabajo realizado a través de la aplicación de la metodología semiótica difiere de las clasificaciones anteriores (González 1972; González y Cowgill 1975) que parten de la intuición de quienes las formularon.

Análisis petrográfico de las pastas cerámicas de La Ciénaga

Uno de los objetivos del presente trabajo se halla vinculado con el análisis e identificación de indicadores que sugieren una planificación de la manufactura cerámica funeraria. Una de las vías de abordaje para su tratamiento fue el estudio de las pastas cerámicas a partir de la composición de las mismas. Para este fin se realizaron cortes delgados de tiestos conspicuos que fueron analizados con microscopio de polarización. La recurrencia de ciertos tipos de inclusiones permitió diferenciar distintas "recetas" para la confección de las pastas con las cuales fueron manufacturados los objetos cerámicos destinados a ser acompañamientos de los cuerpos inhumados. La significación de estas diferencias aun no puede ser interpretada dado que las mismas no se vinculan a clases morfológicas específicas ni a representaciones determinadas plasmadas en las vasijas. No obstante no creemos que las mismas hayan tenido un correlato cronológico, o sea que se hayan utilizado distintos modos de hacer las pastas en diferentes momentos de su larga historia ya que vasijas análogas tanto en morfología como en decoración, representantes de estas diferencias, estuvieron asociadas en una misma unidad de entierro.

La caracterización composicional de las pastas de la cerámica funeraria de La Ciénaga fue realizada a partir del análisis petrográfico de fragmentos recolectados en los barreales correspondientes al área de los "catorce cementerios" de La Ciénaga. Para tal fin se diseñó una prospección y recolección controlada en la zona que permitió obtener un conjunto de alrededor de 500 fragmentos. Los mismos sirvieron de base para la realización de estudios tecnológicos que permitieron caracterizar la composición de las pastas Ciénaga, evitando de este modo la utilización de los materiales de colección.

El material recolectado fue sometido a estudios comparativos con las piezas enteras de la colección Muñiz Barreto del Museo de La Plata. Del conjunto total se seleccionó una muestra de 60 tiestos correspondientes a bordes y cuerpos, mayoritariamente decorados, en los cuales se reconocieron atributos casi idénticos, tanto a nivel tecnológico como decorativo, a los registrados en la porción Ciénaga de la Colección.

El análisis petrográfico permitió reconocer tanto las características generales de las pastas como identificar sus componentes principales. En todos los casos, en la confección de la cerámica se ha utilizado un sedimento fino a muy fino caracterizado por la presencia de abundante material micáceo y félsico. Las partículas presentan una orientación preferencial paralelas a la trayectoria del fragmento. Las partículas mayores no se distinguen a ojo desnudo,

a excepción de dos casos que poseen un tamaño máximo de 0,25 mm. La matriz, en general, tiene un color ante uniforme con variaciones menores dentro de esta tonalidad.

Con respecto a las inclusiones presentes se analizaron los componentes cristalinos, líticos y vítreos. A partir del estudio y descripción de los cortes delgados fue posible individualizar tres grupos que indican distintos orígenes para las inclusiones –plutónico, volcánico y metamórfico–.

El grupo mayoritario (45 tiestos) se caracteriza por la presencia de abundantes vitroclastos (pumitas y trizas) y cristaloclastos, básicamente de plagioclasas, en algunos casos euhedrales y fracturados que evidencian su carácter genético vinculado a depósitos piroclásticos (vulcanismo explosivo). Se han identificado litoclastos accesorios (volcánicos) y escasos plutónicos y metamórficos.

El segundo grupo, representado por cuatro fragmentos, se caracteriza por la presencia de litoclastos plutónicos, en algún caso acompañados de microclino y cuarzo con extinción ondulante. No se encuentran litoclastos volcánicos ni vitroclastos. Las inclusiones suponen una procedencia a partir de rocas del basamento cristalino.

El tercer grupo de fragmentos, en total ocho tiestos, se caracteriza por una mezcla de inclusiones de litoclastos volcánicos (lavas y tobas), con otros de origen plutónico y/o metamórfico que se asocian en ocasiones con granos de cuarzo policristalino con extinción ondulante y microclino. Este grupo carece de inclusiones de origen piroclástico tales como pumitas y trizas vítreas. Las características de las inclusiones en este último grupo evidencian diferentes áreas de aporte a partir de rocas volcánicas y plutónicas y/o metamórficas.

La ausencia de ciertos componentes (vitroclastos y litoclastos diagnósticos) en tres ejemplares, ha impedido incluirlos en los grupos descritos. Esto podría vincularse a defectos en la confección de los cortes delgados. Se observan fracturas internas, con espacios vacíos que podrían interpretarse como el arrastre de material a consecuencia de la utilización de materiales abrasivos gruesos o inapropiados.

Los resultados del análisis petrográfico de los fragmentos cerámicos seleccionados indican que existe una correspondencia composicional con rocas aflorantes en los alrededores de los sitios arqueológicos. Por el momento podemos plantear la existencia de dos pastas base para la confección de la cerámica que, con variantes menores se repiten en la mayoría de los fragmentos. La segregación de dos tipos de pastas se basa en la presencia/ausencia de material piroclástico asociado.

La pasta correspondiente a la mayoría de los tiestos (75%) estaría compuesta por un sedimento fino, rico en material micáceo y félsico correspondiente a la mátrix y abundante material piroclástico evidenciado por la presencia de fragmentos pumíceos y trizas vítreas. A nivel de cristaloclastos se destacan el cuarzo, las micas (mayoritariamente biotita con muscovita subordinada); feldespatos y plagioclasas y anfíboles. En cuanto a los litoclastos, se reconocen de tipo volcánico, plutónico (asociados con microclino) y en menor proporción de origen metamórfico. Esta pasta corresponde al grupo 1. La presencia de inclusiones de procedencia volcánica explosiva se vincula con los depósitos correspondientes a la formación geológica regional –piso denominado araucanense– y en parte al complejo volcánico al cual se asocia.

Una segunda fórmula estaría compuesta por una mátrix similar a la anterior pero carente de material piroclástico. Las inclusiones identificadas corresponden, a nivel de los litoclastos, a material tanto plutónico como volcánico de distinta procedencia. Los cristaloclastos presentes

son coincidentes con la pasta anterior. Esta pasta se corresponde con los denominados grupos 2 y 3 y se vincula composicionalmente con rocas madres de naturaleza ígnea (volcánica y plutónica) y en menor medida, metamórficas que afloran en el área de estudio.

Las pastas caracterizadas se corresponden con sedimentos que están presentes en los perfiles descritos en la zona (Andreis 1962). Por lo tanto, es altamente probable que las materias primas utilizadas sean de origen local.

Dichas materias primas, transformadas en pastas cerámicas, habrían sido utilizadas por los alfareros de La Ciénaga a lo largo de todo su desarrollo, ya que los fragmentos muestreados combinan el rango completo de atributos técnicos y decorativos atribuidos a la cerámica representativa de la entidad Ciénaga (Zagorodny y Balesta 2005).

COMPOSICIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LOS ACOMPAÑAMIENTOS FUNERARIOS

A fin de evaluar la significación diferencial de los acompañamientos funerarios, los mismos se dividieron en dos categorías:

– material cerámico
– material no cerámico

En el análisis de la primera categoría se consideró la cantidad de objetos acompañantes por tumba –sobre la muestra del sector Noreste de la necrópolis– y la presencia en las mismas de objetos cerámicos poco frecuentes –pipas, esculturas, representaciones icónicas zoomorfas y antropomorfas–. También se analizaron objetos de escasa presencia confeccionados con otros tipos de materia prima tales como piedra, cobre y malaquita.

En la contabilización de las piezas cerámicas que acompañaban a los esqueletos inhumados por cada unidad de entierro se tuvieron en cuenta las diferencias por categoría etaria y por modalidad de inhumación (individual o múltiple).

Análisis cuantitativo de la cerámica

Los ajuares cerámicos del cementerio 1 estuvieron representados por 398 objetos, el cementerio 9 por 136, para los sepulcros entre cementerios se contabilizaron 124 piezas y 367 para el cementerio 10.

A los efectos de realizar un análisis desde el punto de vista cuantitativo se agruparon los entierros en:

– aquéllos sin acompañamiento cerámico,
– los que exhibían uno o dos piezas, y
– los que contaban con tres o más de tres objetos.

Este criterio obedece al hecho de que existen altos porcentajes de ajuares que presentan una y dos piezas, mientras que es escaso el número de tumbas con tres, con cuatro, con cinco, etc. por lo cual se decidió formar dos grupos representativos y contabilizar aparte las tumbas sin ofrendas (Tabla 4).

En el cementerio 1, para la categoría subadultos, es elevado el porcentaje de tumbas sin objetos tanto en unidades de entierro individuales como múltiples (45% y 46%

respectivamente). El número de piezas acompañantes es significativamente mayor en las tumbas múltiples que en las individuales (en estas últimas sólo el 17% presenta tres o más de tres objetos, mientras que esto acontece en el 31% de las múltiples). En los adultos, el 33% de las tumbas carece de ajuar en los entierros individuales, mientras que todos los entierros múltiples presentan por lo menos una pieza. Por otra parte, en las tumbas de adultos individuales el 67% consta de tres piezas o más y en los casos de entierros múltiples este porcentaje se eleva al 77%.

En las tumbas de subadultos individuales del cementerio 9 –no hay entierros múltiples en esta categoría– el 33% no presenta objetos mientras que el 67% exhibe tres o más. En adultos individuales no hay entierros sin acompañamiento y el 60% presenta tres o más piezas en tanto que en los adultos múltiples la totalidad de las tumbas presentan ajuares con tres o más de tres objetos.

En los sepulcros entre cementerios en la categoría subadultos individuales el 10% se presenta sin acompañamiento y el 35% con un mínimo de tres objetos. Existe una diferencia significativa respecto de los entierros múltiples de subadultos, ya que todos ellos exhiben tres o más piezas. En los adultos, tanto individuales como múltiples, no hay tumbas sin ajuar y entre el 60% (tumbas individuales) y el 100% (tumbas múltiples) presentan tres o más vasijas.

El 41% de los entierros de subadultos del cementerio 10 no tiene acompañamiento y sólo el 15% presenta tres o más piezas. En las tumbas individuales de adultos se registra un porcentaje inusitadamente alto para esta categoría etaria, de entierros sin ajuar (50%) mientras que el 39% tienen tres o más piezas; en cambio en todas las tumbas múltiples de adultos se registran por lo menos tres vasijas.

Tabla 4. Análisis cuantitativo de la cerámica

Espacio funerario	Edad	Modalidad	Sin ajuar	1/2 objetos	3 o más objetos
Cementerio 1	Subadultos	Individual	45%	38%	17%
		Múltiple	46%	23%	31%
	Adultos	Individual	33%	0%	67%
		Múltiple	0%	23%	77%
Cementerio 9	Subadultos	Individual	33%	56%	11%
		Múltiple	-	-	-
	Adultos	Individual	0%	40%	60%
		Múltiple	0%	0%	100%
Entre cementerios	Subadultos	Individual	10%	55%	35%
		Múltiple	0%	0%	100%
	Adultos	Individual	0%	40%	60%
		Múltiple	0%	0%	100%
Cementerio 10	Subadultos	Individual	31%	44%	15%
		Múltiple	-	-	-
	Adultos	Individual	50%	11%	39%
		Múltiple	0%	0%	100%

Los resultados obtenidos indican algunas tendencias generales en lo que respecta al número de piezas cerámicas ofrendadas en relación con la edad de los inhumados. Se puede observar que existe una mayor presencia de objetos cerámicos en tumbas de adultos y que los ajuares con mayor número de piezas corresponden a entierros múltiples de adultos.

Objetos cerámicos significativos

Entre las vasijas cerámicas se ha observado que algunas tienen características significativas. Se trata de piezas escultóricas –antropomorfas, zoomorfas y zooantropomorfas–, que requieren mayor dificultad y/o destreza para su fabricación y que se presentan con muy baja frecuencia.

Los objetos escultóricos en la muestra son 11; tres son antropomorfos, siete zoomorfos y uno zooantropomorfo. Una de las vasijas se encontró en el área de Sepulcros entre cementerios, dos en el cementerio 1, dos en el cementerio 9 y seis en el cementerio 10. Los objetos de esta clase se depositaron en tumbas individuales de subadultos –cinco ejemplares– o en tumbas múltiples de adultos –seis especímenes–. Se asocian frecuentemente a otros objetos de escasa presencia tales como cuentas y collares de malaquita, una pipa, una aguja y pulseras de cobre. En ocho tumbas se presentan con acompañamientos cerámicos abundantes –tres objetos en una tumba y de cuatro a 23 vasijas en las demás–. En los tres casos restantes –todos entierros de subadultos individuales–, cada objeto de este tipo se constituye en la única pieza cerámica presente, en uno de ellos acompañada por un pan de pigmento rojo –elemento que tampoco es habitual en estas inhumaciones–.

También se han considerado con una significación diferencial las imágenes que exhiben representaciones figurativas, tanto zoomorfas como antropomorfas, que constituyen un 4% de la muestra.

Las representaciones zoomorfas son 19; 12 de ellas fueron identificadas como camélidos (parte de las que aquí se han tratado dentro del complejo felínico propuesto por González 1972). Dentro de los camélidos, 10 se hallan en el cementerio 1 "sector continuación" –adyacente al cementerio 10– y dos en el cementerio 10. Tres son representaciones de anfibios (*sensu* González 1977), todas localizadas en el cementerio 10; tres corresponden a marimonda o mono araña (*sensu* Berberian y García Azcárate 1975) y se hallaron en el cementerio 1 mientras que la única representación ornitomorfa se encontró en el cementerio 9.

Las representaciones antropomorfas registradas son seis, tres corresponden a piezas del cementerio 1 y tres al cementerio 10. Todas las piezas con representaciones antropomorfas se encuentran en entierros de adultos; las del cementerio 1 se hallaron en tumbas múltiples de adultos.

Sobre un total de 25 piezas con representaciones icónicas, 16 se hallan en el cementerio 1 (nueve de las mismas en el "sector continuación"), ocho en el cementerio 10 y una en el cementerio 9.

Las piezas analizadas se reparten en seis tumbas de subadultos (24%) y 19 de adultos (72%). Todos los entierros de subadultos en que se registraron son individuales mientras que en los de adultos pueden ser individuales (28%) o múltiples (72%)

Otros objetos poco frecuentes están representados por las pipas, que en la muestra suman 12 especímenes. Diez de ellas fueron fabricadas en cerámica y dos en piedra (Fernández *et al.*

1999). Todas las pipas se registraron en tumbas de los cementerios 1 "sector continuación" y 10. En el cementerio 1 correspondían a entierros múltiples de adultos próximos entre sí, en algunos casos contiguos. En el cementerio 10 se hallaron en tumbas de adultos, con excepción de una inhumación de un subadulto, acompañada por una cuenta de malaquita. En la mayor parte de los casos la presencia de pipas se asocia a ajuares cerámicos profusos.

Acompañamientos funerarios no cerámicos

Los acompañamientos funerarios estuvieron compuestos en su gran mayoría por objetos cerámicos (88%). Sin embargo, se registra la aparición en algunas tumbas, de objetos realizados en otras materias primas tales como piedra, cobre y malaquita.

La piedra se usó para manufacturar bolas, morteros, vasos y dos de las pipas; la malaquita para collares y pulseras y el cobre para collares, pulseras e instrumentos.

Las materias primas utilizadas para confeccionar bolas, morteros, vasos y pipas corresponden a rocas ígneas y metamórficas presentes en la zona (Balesta 2000).

En cuanto a la existencia de cobre y malaquita en los ajuares podemos señalar que los yacimientos más próximos y de relevancia detectados hasta el presente se encuentran a 35 km de La Ciénaga, entre 3300 y 3500 msnm (Angelelli *et. al.* 1970), si bien existe una referencia acerca de la existencia de "pequeñas manifestaciones de minerales de cobre, a saber: calcopirita, bornita y malaquita" (Angelelli 1950:337) en el Distrito Culampajá (Departamento de Belén), cercano al área abarcada en este estudio.

En función de los yacimientos relevantes identificados y de la referencia acerca de la amplia difusión de los minerales de cobre y la existencia de pequeñas manifestaciones en algunas vetas de otros metales, se pueden plantear dos alternativas: que estas materias primas no provenían de fuentes de obtención locales, sino que eran traídas desde yacimientos de relevancia relativamente lejanos o que provenían de fuentes cercanas pero escasas. La escasez de objetos confeccionados con estos materiales podría implicar dificultades para su obtención, ya sea desde el punto de vista de la localización como de la cantidad de mineral extraíble.

En el cementerio 1 hay 38 objetos de esta clase: 48% corresponden a ejemplares de piedra, el resto en porcentajes iguales a cobre y malaquita. El registro del cementerio 9 indica 26 objetos: 42% de ellos son de piedra, 31% de cobre y el 27% de malaquita. Los sepulcros entre cementerios sólo presentan cuatro objetos de esta clase: tres de cobre y uno de malaquita. En el cementerio 10 se relevaron 41 objetos: el 46% corresponde a especímenes de malaquita y el resto se reparte entre piedra y cobre. Si correlacionamos la información obtenida con el tipo de tumba en la que se encontraban, podemos apreciar que:

– en el cementerio 1, la totalidad de los objetos se encuentran distribuidos en 23 tumbas (12 de subadultos, 10 de adultos y una sin adscripción). En las tumbas de subadultos el mayor porcentaje corresponde a objetos de piedra y en adultos la mayor proporción de objetos están realizados en cobre.
– en el cementerio 9 los objetos se encuentran repartidos en siete tumbas, una de subadulto y seis de adultos. Sólo se registra presencia de cobre y malaquita en tumbas de adultos.
– en los sepulcros entre cementerios hay seis objetos distribuidos en cuatro tumbas -sólo una de subadultos. Aparecen únicamente cobre y malaquita, el primer material acompañando a esqueletos de adultos y el segundo en una tumba de subadulto.

– en el cementerio 10 se registraron estos materiales distribuidos en 22 entierros –ocho corresponden a subadultos y dos no tienen adscripción– pero en los entierros de subadultos no hay objetos de cobre, mientras que en los de adultos no hay piedra.

A modo de síntesis sobre los acompañamientos

A modo de síntesis de lo expuesto sobre la composición y distribución de los ajuares se puede apuntar que los entierros de adultos en todos los cementerios presentan mayor cantidad y proporciones de ofrendas por tumba –tanto en el registro cerámico como no cerámico– que los de subadultos. Los entierros múltiples registran mayor profusión de acompañamiento cerámico que los individuales, tanto en adultos como en subadultos.

El cementerio 9 y los sepulcros entre cementerios presentan los mayores promedios de piezas cerámicas por entierro –4 y 3,4 piezas respectivamente–. Por otra parte, el cementerio 1 es el que presenta el mayor porcentaje en tumbas de adultos individuales entre cero y dos piezas. Estos resultados se pueden correlacionar con el hecho de que el cementerio 9 es el que contiene mayor proporción de adultos y el cementerio 1 de subadultos. Un dato llamativo es el alto porcentaje de adultos sin ajuar registrado en el cementerio 10.

Con respecto a los objetos significativos, se ha observado que las piezas escultóricas localizadas en tumbas de subadultos siempre corresponden a entierros individuales, mientras que las asociadas a adultos se hallaron en tumbas múltiples. Por otra parte, las vasijas con frisos icónicos se encuentran fundamentalmente en los cementerios 1 –sobre todo en el sector continuación– y 10. Las pipas se asocian mayoritariamente a tumbas con mayor cantidad y diversidad de ajuar, localizadas en sectores adyacentes a los denominados cementerios 1 y 10 y en algunos casos, en entierros contiguos entre sí. Su aparición es casi exclusiva en tumbas de adultos, con mayor frecuencia en los entierros múltiples. Los especímenes de cobre son escasos; en general artículos ornamentales; se trata de argollas en forma de anillos, cuentas enhebradas sobre los cuellos y brazos de los individuos, mayoritariamente inhumados en tumbas de adultos. Finalmente, la malaquita es escasa, utilizada para elaborar adornos, fundamentalmente presente en tumbas de adultos aunque también se halla en las de subadultos.

Según los resultados comentados se puede señalar la existencia de un patrón sectorizado para la disposición de objetos poco frecuentes, que privilegia su localización en mayor medida en el "sector continuación" del cementerio 1 y en el cementerio 10 –que son adyacentes–, mientras que los acompañamientos cerámicos más profusos se hallan en el cementerio 9 y los sepulcros entre cementerios.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL FORMATIVO Y LA SIGNIFICACIÓN DE LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS EN EL VALLE DE HUALFÍN

En la formulación del Formativo se puede seguir un recorrido histórico que lo ha caracterizado como etapa cultural y cronológica, como un momento de consolidación en las estrategias de producción de alimentos y alfarería, de estabilización de un modo de vida sedentario, de aparición de arquitectura y parafernalia ceremonial, como propio de

sociedades multicomunitarias y productoras de energía (González y Pérez 1966; Núñez Regueiro 1974; Raffino 1977, 1988; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, González 1998; Olivera 2001; Delfino *et al*. 2009; Franco Salvi *et al*. 2009; entre otros). No obstante, desde estas conceptualizaciones, surgen preguntas en torno a si existen rasgos o conjuntos de rasgos que representen un correlato material que permita, a través de su presencia, identificar este momento Formativo.

Ante la problemática de la aparición de discontinuidades en el registro, tanto a nivel espacial como temporal, generalmente se ha usado la cerámica como fósil guía, tal es el caso de la secuencia formulada por González y Cowgill (1975) para el Valle de Hualfín. Específicamente en lo que concierne a este valle, hemos detectado diversas inconsistencias en la periodificación tradicional, por lo cual buscamos identificar los motivos que las produjeron y proponer una explicación de lo que estaba sucediendo, a partir de la interpretación de la evidencia funeraria de la necrópolis de La Ciénaga.

El análisis realizado nos posibilitó identificar características particulares tanto respecto de la construcción del espacio funerario como de los acompañamientos colocados en las tumbas. Con respecto al espacio se detectaron diferencias en el número de tumbas que componen cada "cementerio", lo cual podría habernos llevado a pensar que la densidad de la población fue variando en el tiempo; sin embargo, las variaciones en el número de tumbas por cementerio y en la composición etaria de cada uno de ellos indican fuertes desequilibrios que nos llevaron a descartar esa idea.

Por otra parte, si comparamos los cementerios entre sí, la modalidad de disposición espacial de los cuerpos dentro de las tumbas no muestra diferencias. Como ya se ha comentado, las distinciones más apreciables en términos generales se registran con referencia a las edades de los cuerpos enterrados, la modalidad de entierros en contenedores cerámicos para los subadultos, la existencia de sectores casi enteramente dedicados a cada categoría etaria y cantidades y calidades diferenciales de ajuar funerario en los entierros.

Como síntesis de lo expresado se puede concluir que existe un patrón de disposición por sectores en los que se marcan distinciones entre edades, modalidades de entierro y ajuares.

Con respecto a los acompañamientos funerarios cerámicos, los estudios realizados indican que hubo una planificación en la manufactura de vasijas destinadas a ser depositadas junto a los cuerpos. Esta enunciación queda atestiguada por:

– la relativa homogeneidad en la composición de las pastas y la alta probabilidad de utilización de materiales provenientes de la misma zona;
– la baja diversidad morfológica y la escasa variación en el tamaño de las piezas;
– la elección reiterada de áreas específicas, en cada morfología, para la aplicación de determinados trazados decorativos, y
– el escaso número de unidades mínimas utilizadas para las representaciones, que se aplican tanto a la conformación de frisos icónicos como no icónicos, lo cual indica la continuidad de una estructura cognitiva plasmada en la decoración.

A las evidencias de planificación ya comentadas se suman otros indicadores que sugieren que se trató de piezas hechas para el destino funerario y no para uso cotidiano, tales como la ausencia de huellas de uso doméstico –con excepción de pocos casos constituidos por los "jarros calceiformes"– y la aparición de piezas semejantes en morfología y/o dimensiones y/o decoración dentro de una misma tumba (Figura 6).

Figura 6. Ajuar cerámico de la tumba 181.

Por otra parte, se ha detectado una distribución diferencial para acompañamientos funerarios cerámicos y no cerámicos poco frecuentes –objetos escultóricos, frisos icónicos, pipas y objetos confeccionados con cobre y malaquita– sobre la cual ya hemos comentado su sectorización.

¿Cuál es entonces la significación de la evidencia funeraria en el análisis de estos momentos del Valle de Hualfín y cómo puede aportar a la discusión sobre el Formativo?

Creemos que los depósitos funerarios conforman prácticas sociales que integran diversas dimensiones –material, temporal y social– que configuran el paisaje, concebido tanto en su materialidad como en su capacidad para significar y direccionar relaciones sociales (Smith 2003; Wynveldt y Balesta 2009; Balesta *et al*. 2011). La realización de estas prácticas sociales no constituye sólo un conjunto programado de acciones preestablecidas, sino que dichas acciones adquieren significación en el momento en que se llevan a cabo, en relación con las personas inhumadas, pero también involucran intereses y representaciones sociales que incluyen al mundo de los vivos. En tal sentido, las prácticas funerarias, además de plasmar ideologías y costumbres, constituyen el reflejo de intereses sociales de los grupos involucrados, sobre la base de las posibilidades materiales que permiten su implementación y su reproducción (Lull 1997-1998).

Cada tumba representa un ingreso de trabajo social, tanto en su construcción y preparación como en su contenido.

Lull (1997-98) sostiene que cuando se produce un deceso, el protagonista no es el individuo sino el trabajo social. Los muertos son ajenos al producto del ritual que los incluye

y que paradójicamente consumen. La sociedad, en cada ritual funerario, exige una cierta producción, que reproduce un orden social deseado y que amortiza, a través de este ritual, el trabajo social consumido. Los individuos enterrados son productos sociales y si entre ellos existen disimetrías, se deben al trabajo social invertido en sus tumbas y en sus contenidos.

Por tal motivo hemos tratado de evaluar las diferencias entre las mismas. Los resultados obtenidos muestran variaciones en el registro material que no parecen corresponder a cuestiones cronológicas sino a diferencias entre individuos y/o grupos. Dos situaciones particulares en tal sentido están constituidas por la existencia de tumbas individuales de subadultos con ajuares relevantes y de un alto porcentaje de entierros individuales de adultos –sectorizados en el cementerio 10– que no presentan ofrendas.

Diversos autores han relacionado las expresiones funerarias, especialmente las localizaciones de tumbas y características y composición de ajuares, con la reafirmación de derechos de propiedad, consolidación de relaciones domésticas, lazos de descendencia y/o cuestiones de etnicidad (Goldstein 1976; Charles y Buikstra 1983; Nielsen 2006).

Por otra parte, en las sociedades domésticas agrícolas el proceso de reproducción se cumple a través de procedimientos de largo término, como la filiación. Ésta, y consecuentemente la sucesión, sancionan las ceremonias más significativas, entre las cuales se encuentran los funerales (Meillassoux 1985).

Teniendo en cuenta que nos ubicamos en un momento de consolidación en la producción agropastoril y considerando las evidencias en la funebria, existentes para el Formativo/Temprano en el Valle de Hualfín, se registra una transformación de prácticas funerarias que se configuran en la "tradición Ciénaga" que se diferencia del registro existente para momentos previos (González 1955; Sempé *et al*. 2005) y se refleja en el patrón de recurrencias comentado *ut supra*.

El surgimiento de la tradición funeraria Ciénaga se podría constituir en un punto de inflexión que marca la aparición de competencia entre grupos sobre recursos –como la tierra y el agua–, que configuran ya no objetos, sino medios de producción (Meillassoux 1985). En el registro funerario, el acceso diferencial a los recursos se refleja en la disposición de cantidades y calidades de artículos en algunos entierros individuales de subadultos y en los entierros múltiples en los que se exalta la membrecía grupal. Esta interpretación se puede articular y contrastar con la propuesta de competencia social, detectada en el ámbito doméstico, para otras áreas del NOA (Franco Salvi *et al*. 2009).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andreis, R.
1962 *Composición mineralógica de los sedimentos provenientes de la Barranca del Río Hualfín, frente a los cementerios*. Informe disponible en el Laboratorio de Análisis Cerámico. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Angelelli, V.
1950 *Recursos Minerales de la República Argentina. I. Yacimientos metalíferos.* Revista del Instituto Nacional de Investigaciones Científicas B. Rivadavia, Ciencias Geológicas, Tomo II, Buenos Aires.

Angelelli, V., J. C. Fernández Lima, A. Herrera y L. Aristarain
1970 *Descripción del Mapa Metalogenético de la República Argentina. Minerales Metalíferos*. Anales XV, Dirección Nacional de Geología Minera, Buenos Aires.

Balesta, B.
2000 La significación en la funebria de La Ciénaga. Tesis doctoral no publicada. Biblioteca de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Balesta, B., N. Zagorodny y F. Wynveldt
2011 La configuración del paisaje Belén (Valle de Hualfín. Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 36:149-175.

Balesta, B. y N. Zagorodny
2000 Memorias e intimidades de una colección arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 25:41-50.

Balfet, H., M. Fauvet-Berthelot y S. Monzón
1992 [1983] *Normas para la descripción de vasijas cerámicas*. Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, México.

Berberián, E. y J. García Azcárate
1975 Dos Manifestaciones Plásticas de la Cultura Arqueológica "La Ciénaga" del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán*. Serie III. Volumen 2:189/196.

Castro Martínez, P. V., R. W. Chapman, S. Gili Suriñach, V. Lull, R. Micó Pérez, C. Rihuete Herrada, R. Risch y M. E. Sanahuja Yll
1993-94 Tiempos sociales de los contextos funerarios argáricos. *An- Murcia* 9-10:77-105.

Charles, D. y J. Buikstra
1983 *On Mortuary Analysis -With Special Reference to the Saxe- Binford Research Program*. Plenum Publishing Corporation, New York.

Delfino, D., V. E. Espiro y R. A. Díaz
2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20:111-134.

Díaz Andreu, M. y S. Lucy
2005 Introduction. En *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, editado por M. Díaz *et al.*, pp. 13-42. Routledge, London.

Fernández, A., G. Raviña y B. Balesta
1999 *Las pipas precolombinas del Noroeste Argentino*. Corpus Antiquitatum Americanensis, Union Academique International/Academia Argentina de la Historia, Buenos Aires.

Franco Salvi, V., J. Salazar y E. Berberián
2009 Reflexión teórica acerca del formativo y sus implicancias para el estudio del Valle de Tafí durante el primer milenio D.C. *Andes* 20:197-217.

Goldstein, L.
1976 *Spatial Structure and Social Organization: Regional Manifestations of Mississippian Society*. Northwestern University, Evanston.

González, A. R.
1955 Contextos culturales y cronología relative en el Área Central del N. O. Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* 11:7-32.
1972 The Felinic Complex in Northwest Argentina. En: *The Cult of the Feline*. Trustees for Harvard University, Washington D. C.
1998 *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

González, A. R. y J. A. Pérez
1966 El Área Andina Meridional. *Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1:241-265. Sevilla.

González, A. R. y G. Cowgill
1975 Cronología arqueológica del Valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas del I Congreso de Arqueología Argentina*:383-395. Rosario.

Howell, T. L. y K. W. Kintigh
1996 Archaeological Identification of Kin Groups Using Mortuary and Biological Data: An Example from the American SouthWest. *American Antiquity* 61:537-554.

Lull, V.
1997-1998 El Argar: la muerte en casa. *An-Murcia* 13-14:65-80.

Magariños de Morentín, J. A.
1998 Manual Operativo para la Elaboración de "Definiciones Contextuales" y "Redes Contrastantes". *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 7:233-253.

Meillassoux, C.
1985 *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI, México.

Nielsen, A. E.
2006 Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las forma-

ciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31:63-89.

Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.

Olivera, D. E.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: el Formativo Inferior del noroeste argentino. *Historia Argentina Prehispánica*, Tomo I:83-125. Editorial Brujas, Córdoba.

Raffino, R. A.
1988 *Poblaciones Indígenas en Argentina.* Editorial TEA, Buenos Aires.

Sempé, M. C., S. Salceda y B. Desántolo
2005 El Período Temprano Inicial en Azampay y sus relaciones. En *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, editado por Sempé, M. C., S. Salceda y M. Maffia. pp. 203-232. Editorial Al Margen. La Plata.

Smith, A.
2003 *The Political Landscape*. University of California Press, Los Angeles.

Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro
1993 *Los Centros Ceremoniales del NOA*. Publicaciones 5, Serie Ensayos 1. Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Tilley, C.
1999 *Metaphor and material culture*. Blackwell. Great Britain.

Weiser, V. y F. Wolters
1924-1926 Correspondencia y libretas de campo expediciones al NOA años 1924 a 1926. Departamento Científico Arqueología. Museo de La Plata.

Wynveldt, F.
2009 *La Loma de los Antiguos de Azampay: un sitio del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina).* Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Wynveldt, F. y B. Balesta
2009 Paisaje socio-político y beligerancia en el Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina). *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 8:143-167.

Zagorodny, N. y B. Balesta
2005 Estudio multidimensional de la alfarería de La Ciénaga. *Presente y pasado de un pueblito catamarqueño,* editado por C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia, pp. 267-288. Ediciones Al Margen, La Plata.

IMÁGENES, PRESENCIAS, MEMORIAS. GENEALOGÍA Y GEOGRAFÍA EN LA PIEDRA DURANTE EL PRIMER MILENIO D.C.

Marisa Lazzari[*]
Jorgelina García Azcárate[**]
María Cristina Scattolin[***]

ABSTRACT

This paper explores the social and symbolic roles of stone artifacts that emerged along with the growing importance of settled life in NW Argentina. We discuss these artefacts as part of a lineage of ancestral practices that characterized the south-central Andes in the early centuries of the Era. Starting from the widely discussed ancestral roles of the Tafí del Valle monoliths, we look into them as powerful presences, whose power emanated not only from their physical and sensory properties, or from their figurative designs, but also from the social practices that linked them with various other objects and places. Following widely studied Andean concepts of vital force and ancestral manifestation, the paper explores what we call "ancestral practices" in this period. Integrating the results of different lines of inquiry traditionally considered separately, we discuss the available information on these artefacts and their contexts. We propose an alternative interpretative framework that considers a wider "system of stone" that included the monoliths and other figurative stone artefacts as well as other stone artefacts traditionally considered utilitarian.

***Keywords**: monoliths – stone – materiality – memory*

[*] Department of Archaeology, University of Exeter.
[**] Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.
[***] CONICET, Museo Etnográfico, Universidad de Buenos Aires.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo responde a una de las mociones del taller de discusión sobre el período Formativo, en particular, aquella que solicitaba trabajos que reunieran perspectivas, equipos de trabajo, líneas de evidencia y áreas geográficas habitualmente no integradas en las investigaciones y discusiones arqueológicas en el Noroeste Argentino. Es así como nos propusimos explorar las relaciones significativas posibilitadas por un universo material particular –un universo de piedra– que emergió en el Noroeste Argentino junto con las prácticas de subsistencia y residencia asociadas a la producción de recursos. Nos interesaba examinar las variaciones emergentes de la relación con los antepasados, la ascendencia y la evocación manifestadas por ciertos objetos líticos originales en la prehistoria regional, así como la red de relaciones materiales que fueron tejidas a su alrededor y posibilitaron un nuevo orden material y semántico. Comenzamos por tratar los monolitos de Tafí del Valle –considerados artefactos especiales por su potencial carga simbólica– y discutimos sus propiedades intrínsecas y sus relaciones espaciales y semánticas. Luego proseguimos con máscaras líticas y esculturas en bulto contemporáneas, para examinar después otros artefactos de piedra de uso cotidiano y por ende considerados utilitarios. Proponemos de esta manera un ejercicio que recorre progresivamente varios contextos arqueológicos ejemplares para interpretar estos materiales –analizados, por lo común, de manera separada– a fin de poner en evidencia nuevas relaciones hasta ahora inexploradas.

Las fuentes coloniales abundan en descripciones y comentarios que permiten vislumbrar las concepciones de "ancestralidad" en los Andes, así como también existen numerosos estudios etnográficos y arqueológicos que han documentado cambios, variaciones y duraciones en dichas concepciones. Un aspecto que emerge repetidamente, aunque de manera variada, es que los antepasados pueden asumir diversas formas y materias y establecer diversas relaciones. Así, en los Andes Centrales, los *huanca* eran los monolitos de piedra de forma oblonga, plantados en los campos (*huanca chacrayoc*) o en las aldeas (*huanca marcayoc*). A su vez, el *huanca* era tenido por el doble mineral del cadáver sagrado (o *mallqui*), una especie mineral en cuyo interior las relaciones de parentesco, la jerarquía de poderes y de prestigios, era paralela a aquellas de la vida real. El *huanca* se tomaba por el equivalente del antepasado ejemplar del ayllu, fundador de la *marca* o la *chakra* y también cumplía la función de fecundar a la tierra, propiciar y garantizar el ciclo agrícola (Duviols 1979). Tales piedras se percibían como la encarnación misma de las cosas o las ideas; "they were 'presentations' rather than 'representations' and were not susbstitutive" (Dean 2010:40-41).

Es mucho lo que ignoramos aún acerca de este tema en el mundo andino, y particularmente para nuestra área, el Noroeste Argentino. No obstante, se conocen de allí formas materiales particulares del universo artefactual ligado a la creciente importancia de la vida organizada en asentamientos permanentes, que se pueden examinar como parte de un linaje de prácticas de memoria social. Aunque reconocemos los problemas de extender acríticamente las analogías etnográficas y etnohistóricas al pasado más remoto, el presente trabajo, como análisis genealógico, reconoce líneas de conectividad en el tiempo y el espacio. También atiende a las particularidades del Noroeste Argentino durante el período Formativo, un mundo vivido, en una porción de los Andes, bajo sus propias condiciones históricas.

Diversas formas materiales se ofrecen a la interpretación como posibles *huanca* o ancestros. Los monolitos del valle de Tafí (provincia de Tucumán) han sido propuestos como algunas

de las presencias ancestrales que ordenaban el espacio y el tiempo social (Aschero y Korstanje 1996, García Azcárate 1996). Prolongando estas ideas, sostenemos que estas esculturas eran presencias poderosas cuyo poder emanaba no sólo de sus propiedades sensoriales o de los sistemas iconográficos en los que participaban, sino también de una serie de relaciones, tanto físicas como simbólicas, con lugares y con otros objetos. Estas estelas, y otras piezas con roles potencialmente similares, permiten examinar lo que llamaríamos "prácticas de ancestralidad". Estas prácticas de "hacer lo ancestral" son modos históricamente constituidos por medio de los cuales los individuos y las comunidades se entretejen con el pasado a través de órdenes materiales que tienen elementos duraderos que los trascienden, pero que a su vez emergen a partir de nuevas coyunturas (Lazzari 2015). Para este fin, pensamos en dos ejes de análisis que son relevantes para el período y pueden ser enriquecidos al incluir estos materiales:

1) La acción de la memoria social, puesto que la vida de las comunidades en este período estaba cambiando en gran medida por la sedentarización progresiva, las nacientes actividades productivas, la explosión de nuevas formas materiales, estilos y artefactos antes desconocidos, entre otros aspectos. Esta aparente ebullición de innovaciones se dio en el marco de prácticas antiguas de circulación, arraigo continuado a la tierra, saberes heredados y conocimientos adquiridos del paisaje, pero a su vez generó un nuevo vínculo con ese territorio largamente transitado. Las nuevas relaciones promovieron formas y significaciones inéditas de enfatizar la pertenencia al lugar de residencia y producción, sin por ello desapegarse de la larga historia de circulación de la región, de la remembranza de lugares recorridos y de las tradiciones comunes.
2) El desempeño o *performance* de los objetos, ya sea de aquellos asociados a "prácticas de ancestralidad", tal como las estelas de piedra, ya sea de artefactos mundanos o utilitarios, tal como los útiles domésticos de piedra tallada. Ambas clases –no sólo los primeros– indican la existencia de formas incorporadas de hacer y habitar de larga duración, y de incluirse o desplazarse en el espacio. Nos referiremos aquí exclusivamente a las herramientas líticas como bienes utilitarios y móviles, en contraste con aquellos que fueron depositados, enterrados o insertos en el terreno ocupado. Convendría, obviamente, explorar también los materiales de piedra usados para la construcción de viviendas y estructuras productivas, pero esto excede el espacio disponible en este trabajo.

Además examinaremos las siguientes relaciones contextuales que consideramos relevantes: la piedra y los antepasados en los Andes, los ancestros materiales en el Noroeste Argentino, los antepasados de piedra y de hueso y, por último, los artefactos de piedra ancestrales y los mundanos. Buscamos, a la par, ofrecer una síntesis de perspectivas y observaciones, propias y otras ajenas que han tratado este tema con anterioridad, a fin de establecer una plataforma para explorar un sistema de relaciones entre objetos, lugares y materiales que, creemos, está vinculado con las transformaciones en los modos de organizar y experimentar la vida cotidiana en la región.

LA PIEDRA Y LO SAGRADO EN LOS ANDES

El mundo andino ha generado diversos registros que atestiguan acerca de la inseparabilidad de órdenes cotidianos y sagrados de la experiencia social, una inseparabilidad que se observa

de manera recurrente a través de las categorías sociales y a lo largo del tiempo. Salomon y Urioste (1991) refieren que el manuscrito de Huarochirí revela una cosmovisión en la cual las cosas se ordenan jerárquicamente según la fuerza animada que poseen o *camay.* El término *camay* alude a la fuerza vital que se obtenía del *camac*, el prototipo cosmológico o "doble" que cada forma terrenal poseía. Cada *camac* animaba su manifestación terrenal cargándolo con una dosis específica de energía y esencia (Taylor 1974-76:234; Bouysse Cassagne 1987). *Camac* no era una idea abstracta; por el contrario, como Salomon (1991:16) explica, un *camac* era: "a being abounding in energy as physical as electricity or body warmth", el cual continuaba actuando sobre los seres terrenales relacionados mientras continuasen existiendo. De esta manera, las cosas, las personas y los lugares eran categorizados según la presencia y el grado de *camay* que incorporaban. A su vez, MacCormack (1993:338) advierte que los escritos de Garcilaso de la Vega revelan que, si bien muchas cosas eran *huacas*, no todas eran igualmente merecedoras de adoración, aunque sí de respeto y veneración. Se entiende así que hay aspectos de lo sagrado en los Andes que deben concebirse en el marco de su propia lógica.

La variedad de relaciones entre la piedra y los ancestros ha sido discutida ampliamente en los Andes, resaltando la piedra como un material significativo en sí mismo, turgente de potencial simbólico (Paternostro 1989). Entre sus cualidades perceptibles resalta su perpetuidad: no se echa a perder, no se transforma en el transcurso de una vida. A diferencia de otras materias, es tenaz. Y debido a su capacidad de perdurar, de permanecer, puede atravesar las generaciones, trascender la corta existencia de los seres mortales. Esta cualidad de trascender la vida humana la hace particularmente apta para encarnar lo imperecedero, lo inmortal. Tales virtudes convierten a la piedra en un material privilegiado para manifestar la fuerza animada de aquellos *camac* más poderosos (ver Astvaldsson 1998), lo cual se evidencia en las diversas versiones de los mitos de petrificación registrados a lo largo del territorio andino (Duviols 1978, Galdamés Rosas 1987).

No sorprende entonces que, aunque no todas las piedras eran igualmente valoradas (Dean 2010), el mundo mineral haya sido uno de los objetivos primarios de los extirpadores de idolatrías, como Arriaga (1920:25), quien recomendaba prestar atención aun a las piedras más pequeñas que presentasen formas, colores, brillos o cualquier otra característica inusual, dado que las mismas eran potencialmente consideradas como seres animados que protegían las casas, las personas y los animales (ver también Duviols 1967).

Estos registros señalan una particular "economía de substancias": un sistema de relaciones e interacciones entre materiales que fueron producidos, usados y circulados en base a jerarquías de valor culturalmente admitidas; una ontología que desafía a las premisas utilitarias y funcionalistas sobre la relación entre los artefactos, la gente y los lugares, pero también entre los artefactos mismos (Salomon 1998; Lazzari 2005, 2006, 2015). Sin embargo, el conocimiento de la existencia de este sistema de relaciones referenciales requiere objetar su uniformidad y, en contraste, habrá que explorar las formas por medio de las cuales dichas relaciones se vieron implicadas en "prácticas de ancestralidad", que se manifestaron de manera variada en diferentes lugares de los Andes, por lo que se requiere insertarlas en su propia historicidad.

LOS ANTEPASADOS DE PIEDRA EN EL NOROESTE ARGENTINO

"…en el camino serrca de Lunacatao derribamos una Piedra blancagrande,
q era muchadero mui antiguo deellos con sus Varas y Plumas…"
P. Diego de Torres 1927 (1609-1614):199

A fines del siglo XIX, con las primeras prospecciones en el valle de Tafí, Ambrosetti (1897) dio a conocer ciertos artefactos líticos de gran porte, que no habían sido descriptos anteriormente: los monolitos de Tafí, también conocidos como menhires (Figura 1 a, b). En la localidad denominada El Mollar, había además de pircas, graderías, viviendas y un montículo oblongo más una plazuela circular que conformaban un lugar escenográfico en la prehistoria del valle. Esta descripción que luego se fue ampliando con las de Bruch (1911), Jaimes Freyre (1915), Boman (1922) y Schreiter (1928) marcó un conjunto único y particular en el Noroeste Argentino. Más tarde, otros ejemplares de pilares líticos se encontraron en varios conjuntos residenciales situados a lo largo del valle (González y Núñez Regueiro 1962; González 1983; Berberián 1988).

¿Cuál era la singularidad de esas grandes piedras paradas? La mayoría de estos pilares tienen una forma prismática y aguzada en la punta. Varios presentan un surco a su alrededor que manifiesta su carácter fálico, lo cual sustenta su correspondencia con la función simbólica de fecundación de la tierra madre, acto masculino, recurrente en la cosmovisión andina. Si bien los monolitos son artefactos tridimensionales, sus grabados se labran sobre una sola cara, es decir que fueron diseñados para ser vistos desde una única posición; los antropomorfos y zoomorfos podían ser orientados para mirar hacia una determinada dirección. Hay una mayor abundancia de atributos humanos, a veces combinada con rasgos animales y figuras geométricas simétricas opuestas por un eje central y/o vertical explícito. Un monolito excavado en El Mollar conservaba aún restos de pintura roja, posiblemente de origen mineral (González y Núñez Regueiro 1962). Pudieron ser adornados con materiales perecederos como plumas o tejidos.

Respecto al significado de estas imágenes se ha sostenido que refleja una cosmovisión compartida a través del área andina. Según A. R. González: "Es posible que el centro geográfico de estas ideas religiosas deba buscarse en la olla del Titicaca… Aquí fueron incorporadas por las culturas locales con las consiguientes adaptaciones y modificaciones… La imagen barbada de uno de los monolitos [de Tafí] puede compararse con una figura de Tiahuanaco. Aunque la falta de destreza del escultor impuso limitaciones de ejecución" (González 1983:257).

Para Ambrosetti (1897:12) "(e)n cuanto a los menhires, todos ellos han sido transportados quizá desde muy lejos, pues allí en el suelo [en El Mollar], no se halla la piedra en que han sido tallados, ni tampoco bancos de la misma, que puedan dar trozos de la longitud casi constante de 3,20 metros que tienen en su mayor parte". Pero hay que dejar de lado esta observación en razón de recientes análisis realizados sobre las rocas utilizadas. De un total de 114 monolitos censados en 1989 en el Parque Los Menhires (hoy desmantelado), 63 (55,26 %) fueron confeccionados en roca metamórfica y entre ellos se encuentran los de mayor porte. Los otros 51 (44,74%), fueron realizados en granito y, en general, tienden a

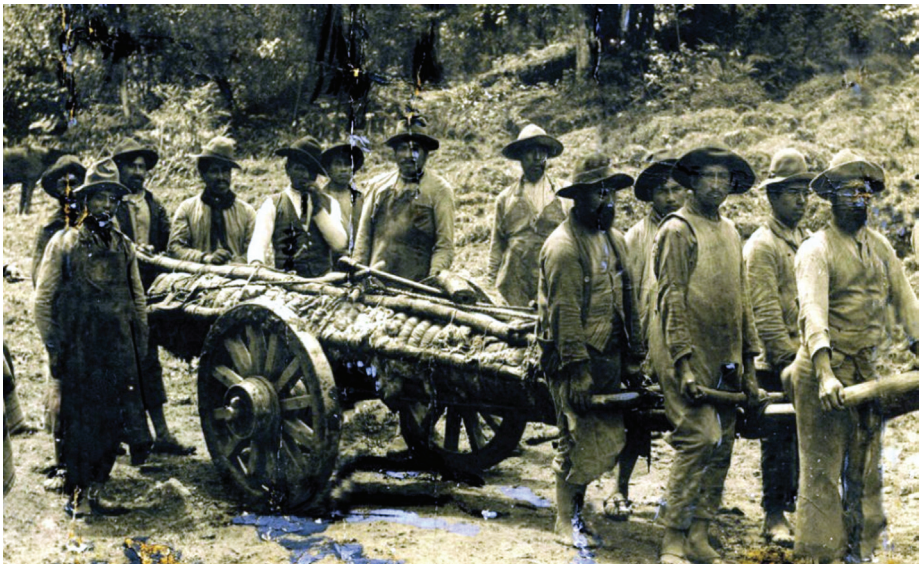


Figura 1. *(a)* El "Menhir Ambrosetti" fotografiado poco después de su emplazamiento en el parque 9 de Julio, ciudad de Tucumán (de una foto publicada en el periódico La Gaceta de Tucumán, 28 de Diciembre 2014). *(b)* Traslado del "Menhir Ambrosetti" desde Tafí hasta el parque 9 de Julio en la ciudad de Tucumán (de una foto publicada en el periódico La Gaceta de Tucumán, 28 de Diciembre 2014).

ser de menor tamaño. Las observaciones mineralógicas texturales y la comparación con los afloramientos disponibles en el valle de Tafí, indicaron que el área de aporte de la materia prima abarca un radio no mayor de 5 km desde el sitio arqueológico de El Mollar (García Azcárate e Indri 1999:73). Los granitos debieron ser obtenidos del Cerro Ñuñorco, distante 2,5 km al sur del sitio de El Mollar. En cambio, los afloramientos metamórficos de esquistos se localizan más lejos, en La Angostura, en la quebrada de Los Cuartos, en la ladera noreste del Cerro Ñuñorco y en El Infiernillo.

Los esquistos, por su estructura planar, ofrecen facetas chatas en cuerpos tabulares de variadas dimensiones, muy apropiadas para la producción de postes de superficies rasas y estelas. De todas maneras, mientras que la disponibilidad de materia prima es local, las dimensiones y el peso de los bloques (1,5 a 2 toneladas) indican que todo el proceso debió requerir mano de obra cuidadosa, destreza en el acarreo y una planificación de la cadena operatoria hasta la finalización del artefacto en su totalidad, incluida su ubicación final (García Azcárate e Indri 1999:78). No todos los bloques de esquisto disponibles en el área reúnen las cualidades apropiadas para ser transformados en puntales. Debieron elegirse cuidadosamente aquellos con caras planas, con máximas magnitudes para su dimensión de longitud y mínimas medidas para el ancho y espesor. Su destino era la posición erguida y firme. Su verticalidad era un atributo que se conseguía con agudeza en su búsqueda y con esfuerzo de mano de obra en la colocación final. La mayoría de los bloques tiene una altura superior a la estatura humana, uno de ellos alcanza más de 4 m de altura, es decir que hubo marcado interés en resaltar esa dimensión vertical como efecto visual (García Azcárate 1996). Tal atributo, unido al punto de vista dominante, desde lo alto, refuerza su función apotropaica, de tutela y protección del lugar (Gombrich 1999 [1979]:259).

Aunque no sabemos si existieron en ese entonces objetos similares confeccionados en materiales perecederos –como los ídolos de madera del período Tardío del Noroeste Argentino (González 1983) o los postes funerarios mapuches (Dillehay 1995:291)– se ha resaltado que "la cultura Tafí tuvo una especial dedicación al trabajo de los materiales de piedra" (González 1977:107); es más, el arte escultórico en piedra desarrollado durante el período Formativo no se prolongó más allá el primer milenio después de Cristo. Durante el período de Desarrollos Regionales o Tardío no hay registro de uso de pilares de piedra grabados como los que venimos describiendo.

En cualquier caso, el registro arqueológico coetáneo de la cultura Tafí, en el área Centro Sur andina, abunda en estatuaria, como lo atestigua el estudio de la escultura lítica de Wankarani, Chiripa (Pa-Ajanu), Pukara, Formativo de Cochabamba y Tiwanaku (Chávez y Mohr Chávez, 1970, Portugal Ortiz 1998) a la que aludiremos más adelante. Teniendo en cuenta estos materiales arqueológicos formativos del área centro sur andina, se puede sostener que la selección de la materia prima de los monolitos de Tafí se relaciona con los variados registros ya comentados que indican que la piedra fue usada en los Andes como un material privilegiado que trascendía la existencia humana. Según Chávez y Mohr Chávez (1970:25), "[t]he fact that the monoliths [de Puno, Perú] are of stone, a less plastic and more permanent material than, for example, ceramics, requiring more time and work to produce, leads us to believe their function was an important one, in many cases reflecting a portion of the society's ideological or belief system". Notablemente, las etnografías contemporáneas indican una preferencia de la piedra para artefactos con roles similares, reservándose la madera para imaginería religiosa de extracción católica (Astvaldsson 1998; Barcelos Neto 2008).

Como menciona Duviols (1979:12, traducción nuestra) los monolitos andinos "son la expresión tangible del acto primordial de ocupación, de construcción, de puesta en valor, acto a través del cual se asegura la conservación y la perennidad ejemplar. El poste lítico es la imagen materializada, imputrescible de este acto de posesión y de esta creación inicial y por su título es una garantía de su repetición en el tiempo". Es posible entonces pensar que se priorizaron las cualidades de este material sobre otras materias blandas, frágiles y/o perecibles, lo cual indica que las cualidades de dureza, resistencia, volumen y "presencia" –entendida como actuación perdurable en el tiempo– eran relevantes.

Además hay que resaltar que, a diferencia de otros artefactos, los monolitos no pasan a ser descartados: en general, no se los encuentra en esa situación. Por su gran porte y prominencia no se prestan para ser desechados en basureros o en lotes vacantes. Hasta el día de hoy se han incorporado como parte constitutiva de cercos de vivienda y de muros de corrales. Por todo esto, es posible aseverar que materializan las cualidades de durabilidad y permanencia. El entramado de relaciones físicas y espaciales que constituyen su materialidad está sin dudas relacionado con la intención de recordar en el presente un acto del pasado con proyección hacia el futuro, ya sea inmediato o a largo plazo. Como sostiene Candau (2002:93): "(l)os monumentos le deben aparente indestructibilidad al hecho de que se los considera 'memoria mineral' eternamente válida". En el caso de los monolitos, esta capacidad de lo monumental estaría relacionada con su rol de indicadores o proveedores de señales del evento inaugural de su erección cuya memoria debía asegurarse o reactivarse periódicamente, como lo sugieren restos de cerámica rota enterrados a sus pies (Berberián 1988:60).

Del mismo valle de Tafí es necesario destacar también la presencia de otros artefactos líticos esculpidos. Se trata de cabezas con rasgos humanos trabajadas sin demasiados detalles, cuya parte posterior presenta una clavija cuya función sería la de sujeción en un muro, por lo que habrían estado empotradas para ser observadas desde una posición frontal (Figura 2). Hay también morteros, fuentes y platos votivos. Aunque se desconocen datos de sus contextos originales, la variabilidad de formas escultóricas que emergieron en este y otros valles durante el período Formativo indica la capacidad del material lítico para canalizar un imaginario cultural particular[1].

A su vez, de Alamito y zonas aledañas provienen, al parecer, las esculturas conocidas como "suplicantes", estatuas antropomorfas distintivas, confeccionadas en rocas volcánicas (Figura 3 d) Algunos autores los interpretan como "...el doble lítico e incorruptible del ancestro tutelar, hombre-dios, bisagra entre el pasado y el presente, protector de la agricultura, creador de los campos agrícolas y de las obras de riego, colonizador del territorio y fundador de la aldea. Desde el enfoque artístico, Giancarlo Puppo (1979) describe a los suplicantes como representaciones de seres humanos en cuclillas o hincados que se toman la cabeza con las manos y tienen el rostro siempre vuelto hacia arriba" (Pérez Gollán 2000:22) (Figura 3 e). También se los ha relacionado con figuras míticas andinas, como la deidad Chiqui, la cual según algunas interpretaciones es una figura negativa a la cual hay que calmar con

[1] En el Noroeste argentino la relación directa entre antepasados y monolitos durante el período Formativo se ha verificado en el Sector 1 del Cementerio Salvatierra (sitio SSalCac91, localidad de Cachi, valle Calchaquí), cuyas tumbas fueron guarnecidas con pilares de piedra hincados a su lado, como marca mineral del cadáver venerado. No conocemos más detalles de este conjunto de evidencias –fundamental para nuestra argumentación– que se ha dado a conocer de manera muy reciente (Rivolta 2015).

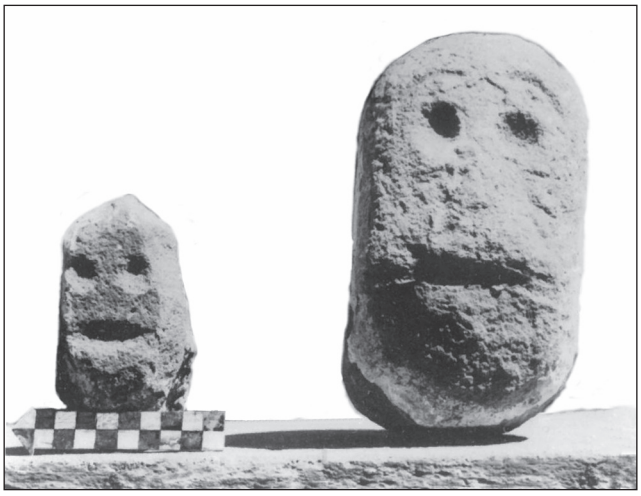


Figura 2. Otras piedras labradas. Cabezas clavas de Tafí del Valle (Museo de La Banda, Tafí del Valle. Archivo fotográfico de Alberto Rex González, foto tomada en 1960).

sacrificios (cf. Raffino *et al*. 1997; Gentile 2001). Raffino *et al*. (1997) los vinculan por un "aire de familia" con las máscaras funerarias usadas para cubrir o sustituir el verdadero rostro humano, las cuales también presentan ojos y bocas abiertas.

Estas observaciones se relacionan con las interpretaciones que proponen a las máscaras funerarias como manifestaciones de las fuerzas ancestrales, así como también a los "mascariformes", nombre con que se conoce a los motivos de rostros grabados o pintados en paneles rupestres y paredes de cuevas o abrigos (Aschero y Korstanje 1996; Aschero 2000, 2007). Se trata de "grandes rostros humanos de contorno trapezoidal o casi cuadrado, con líneas en las mejillas, son idénticos a los dibujados en las estelas de la cultura Tafí… También incluimos… una serie de "máscaras" [mascariformes] casi en relieve que se encuentran en la localidad de El Tolar, frente a La Ciénaga" (González 1977:375 y Fig. 330).

Esta síntesis de los diversos análisis que han identificado artefactos ancestrales en el Noroeste Argentino, ilustra cómo la materia prima elegida está íntimamente relacionada con la capacidad de acción directa atribuida al ancestro tutelar, protector de los campos y del rebaño, custodio vigente del territorio. Sus atributos de duración, perpetuidad y visibilidad, ya sea por su materia, conformación, tamaño o por sus diseños, fundamentan la noción de que, más que ser una representación figurativa del ancestro, encarnaban por sí mismos a los antepasados, haciendo presente la fuerza vital que ellos aportaban a la vida comunal (Figura 3 a). La sección siguiente introduce la red de relaciones espaciales generada por el emplazamiento de estos objetos.

ANCESTROS DE PIEDRA Y DE HUESO. ESPACIOS DE DEPOSITACIÓN Y DEMARCACIÓN

Establecer la procedencia precisa y el lugar original de emplazamiento de los monolitos del valle de Tafí ha tenido sus dificultades ya que han sido removidos y trasladados repetidamente

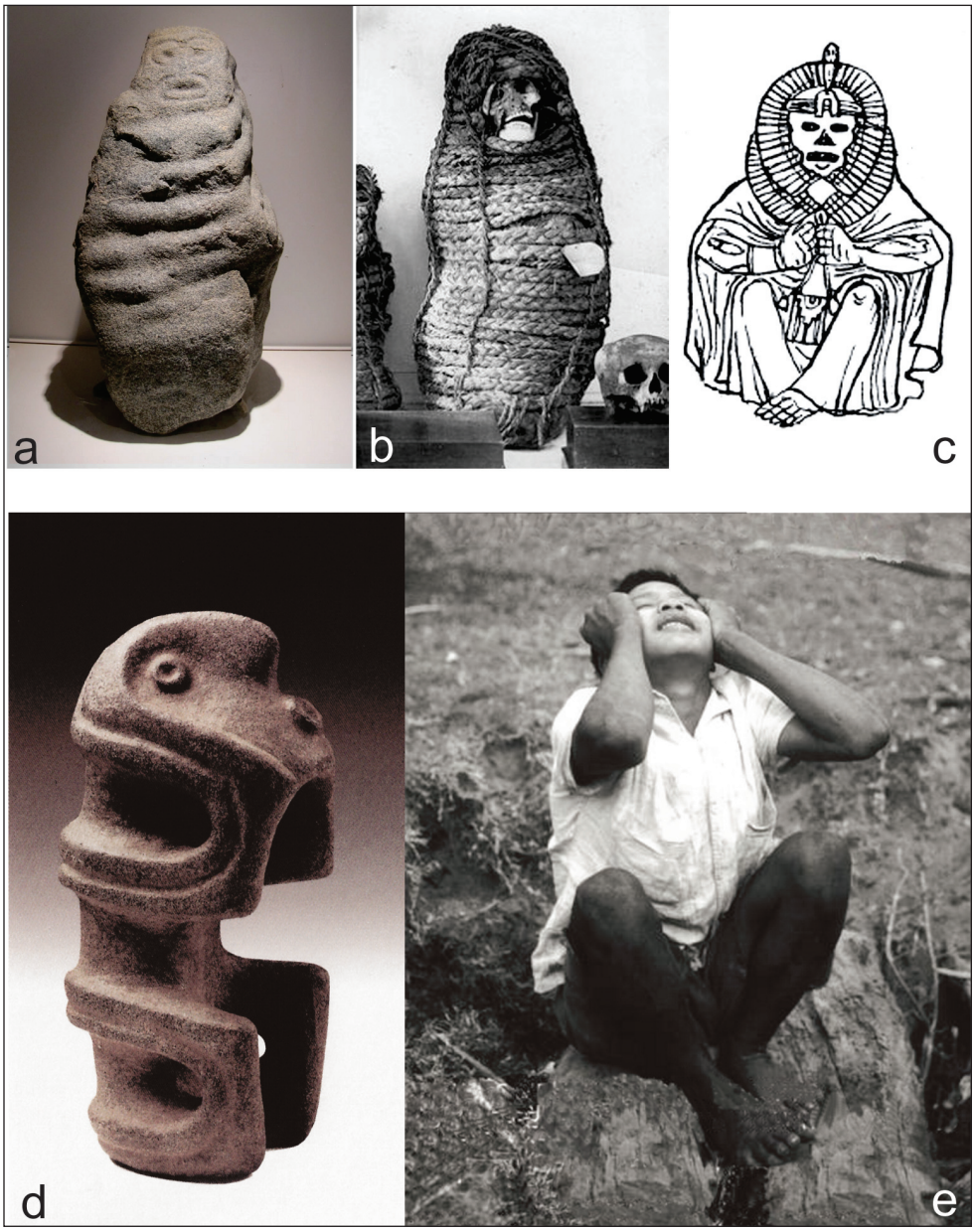


Figura 3. Los ancestros y la muerte. *(a)* El *mallqui* de Cachi, escultura antropomorfa en piedra, procedencia La Poma, Salta, Museo Arqueológico Pío Pablo Díaz, Cachi, disponible en http://pueblosoriginarios.com/sur/andina/noa/museos/cachi/cachi.html; *(b)* momia peruana como un *mallqui* (tomado de revista *Life*); *(c)* imagen de la veneración de los muertos, tomado de Guaman Poma de Ayala, Nueva Corónica y Buen Gobierno, Lám. 100, pág. 259; *(d)* "suplicante" de piedra, colección Museo de la Plata; *(e)* un joven indio aché-kwaré imita la posición de la muerte en una tumba (foto de L. Sebag, 1969, Copyright © Laboratoire d'anthropologie sociale / fonds des archives photographiques, Collège de France y École des hautes études en sciences sociales, Paris) (*d* y *e* tomadas de Scattolin 2006:365).

(Figura 1 b). La información arqueológica es de calidad variable. Al momento en que la arqueología empezó a interesarse por ellos, en su mayoría estaban ubicados en ambas márgenes del río El Rincón entre unidades domésticas y productivas construidas en piedra (Figura 4). Otro grupo se asociaba a una estructura singular, "el montículo de El Mollar" cuya compleja estratigrafía permitió distinguir varios momentos de uso/acumulación (Núñez Regueiro y García Azcárate 1996). A partir de los materiales y artefactos recuperados en su excavación (entierros de adultos en cista y partes desarticuladas de párvulos y camélidos, eventos de quema, depositación abundante de tiestos, punzones, agujas, una cuchara, fragmentos de tubos de pipa, figuritas zoomorfas de cerámica, lascas, puntas de proyectiles, una lámina de cobre, trozos de mica perforada, cuentas de collar de varios materiales) el emplazamiento de los postes líticos a su alrededor y un recinto cercano con estelas, el lugar se interpretó como un espacio ritual (González y Núñez Regueiro 1962; Tartusi y Núñez Regueiro 1993, García Azcárate 1996; Gómez Cardozo *et al*. 2007).

> "(El) montículo medía 30 m de largo y 3 m de alto. Hacia el centro, en su parte más profunda se halló a 3,20 m un enterratorio de dos sujetos adultos sin ajuar. Alrededor del montículo se encontraron una serie de estelas de piedra trabajadas total o parcialmente… Además del montículo, se excavó dentro del mismo sector, un gran recinto de planta circular, formado por paredes de piedras escogidas, con puertas de entradas de jambas monolíticas. En el centro de este recinto se encontraron sepultados en los sedimentos, dos estelas, una de las cuales tenía esculpido un rostro antropomorfo del que nace una línea ondulada serpentiforme… El diámetro de 20 m no deja lugar a dudas que el recinto tenía capacidad para albergar en su interior, a un crecido número de asistentes y oficiantes. Pocas dudas caben de su carácter ceremonial" (González 1983:256).

En torno al montículo, los pilares se distribuían a una distancia máxima de 60 m y una mínima de 6 m según los cálculos realizados por Gómez (1973) de acuerdo a las correcciones de los planos originales. El túmulo rodeado de estelas y la plazuela con los pilares centrales conformaron un espacio excepcional. "Este espacio, ocupado a inicios de la era, debió seguramente ser el contexto de celebraciones realizadas por unidades sociales superiores a grupos familiares, donde se puede ver el crecimiento de los niveles de integración que se estaban dando ya a inicios del primer milenio" (Salazar 2010:14).

De la base del montículo se han reportado dataciones de unos 2296 ± 70 años A.P. (González y Núñez Regueiro 1962; González y Lagiglia 1973). Durante los primeros siglos de la era cristiana todavía estaría en uso o se habría renovado la acumulación, ya que, en estratos más altos, ofreció fechas radiocarbónicas de 1955 ± 55, 1950 ± 60, 1930 ± 60 y 1920 ± 65 años A.P., es decir, tres o cuatro siglos más tarde que su fecha más antigua (González y Lagiglia 1973). Hay, además, dos fechados por termoluminiscencia de 370 ± 100 y 120 ± 120 años D.C. (Núñez Regueiro y García Azcárate 1996:91). No debería descartarse tampoco que el uso del montículo y los menhires se haya prolongado por un tiempo mayor al que proporcionan estos fechados. Al decir de González: "Es probable que correspondan a diferentes épocas en la vida de la cultura Tafí y que el recuerdo de su significación haya perdurado en los valles del N.O. hasta el momento de la Conquista" (González 1977:108).

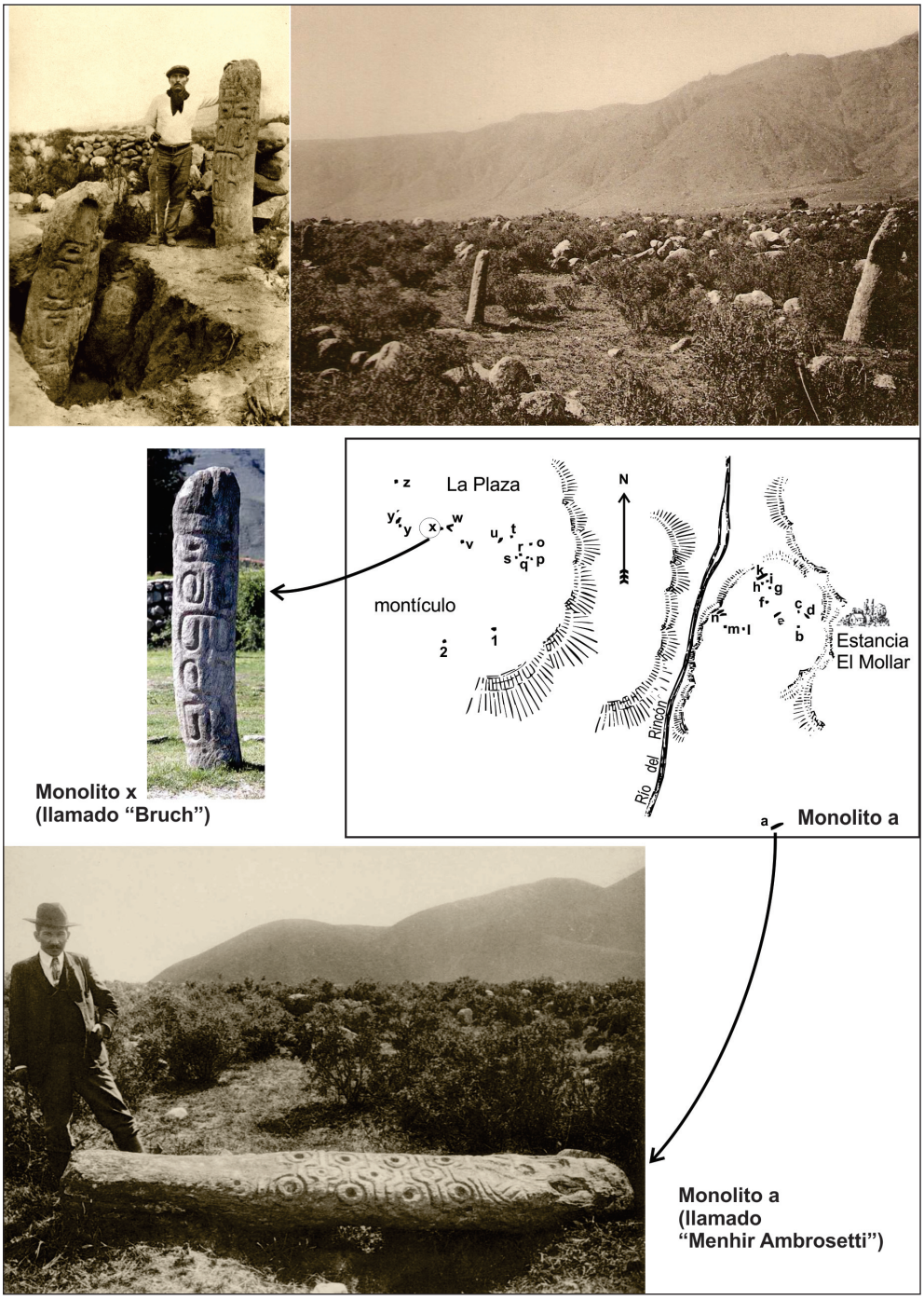


Figura 4. Arriba, hace un siglo, monolitos *huanca* todavía erguidos en ambas márgenes del río del Rincón en la zona de El Mollar (tomado de Schreiter 1928: Lám. XIV y Bruch 1911: Lám. III). Centro y abajo: ubicación de los menhires en El Mollar (según Bruch, 1911: Fig. 3, pág. 5 y Lám. III).

Por otra parte, hay registros de algunos postes líticos ubicados aislados en diversos puntos del valle, como el río Blanco, El Rincón, Carapunco, El Infiernillo, cumbres de Mala Mala y la quebrada del Portugués. Berberián informa que en el Cerro Muñoz, a 2900 msnm, hay una "estructura excepcional" (1988:31, Láms. VI y XIII): sobre una elevación rocosa de gran visibilidad fue construida

> "…una muralla perimetral de trazado irregular que cierra en forma continua las partes accesibles de la elevación, definiendo un espacio interior accidentado y libre de construcciones. La muralla perimetral es de 0,50 a 1,00 m de altura por 0,60 a 1,00 m de ancho, construida en piedra natural sin cantear. No se utilizó mortero. Llama la atención la presencia de grandes piedras trabajadas en forma de menhires que sobresalen de la muralla en cuyo trazado se encuentran integrados. En el centro de una pequeña plataforma subcircular delimitada por una curvatura de la muralla, se constató la presencia de un menhir (1,20 m de alto) conservando aún su posición vertical original. Al pie de la elevación y en lugares próximos se disponen varios corrales… La situación apartada en que se encuentra la construcción, su carácter escenográfico y la presencia de menhires [tres adicionales aparte del mencionado] sugieren… una función vinculada al culto" (Berberián 1988:31-32).

La excavación de un sondeo proporcionó desechos de talla sobre cuarzo, mientras que en superficie fueron hallados una conana y un mortero (Berberián 1988:32). La Figura 5 ofrece una reconstrucción hipotética del emplazamiento de los monolitos en Cerro Muñoz.

También se erigieron piedras *huanca* en conjuntos residenciales domésticos, como en el Recinto 1 de la unidad U75A del sitio La Bolsa (Berberián 1988:86 y Lám. VI). Según Salazar (2010:267) "(s)e podría afirmar que en cada conglomerado residencial se estaba conformando una 'comunidad de memoria', es decir aquellas que a través de la acción e interacción une individuos, lugares y cultura material y en ese proceso crea personalidades relacionales. Las comunidades de memoria están inscriptas en un dominio material específico que da al cuerpo humano memoria, conocimiento y subjetividad a través de acciones e interacciones con personas y cosas en un ámbito espacial particular". No obstante, Salazar (op. cit. 263) considera que, los entierros contribuyeron más a la construcción de lo ancestral que los *huanca*: "en estos compuestos los lazos con ciertos ancestros del grupo habrían sido enfatizados materialmente, predominantemente, a través de los enterratorios en cistas y, en menor medida, por medio de la ubicación de piedras Huanca".

En suma, en el valle de Tafí los monolitos se encontraban emplazados en diferentes contextos espaciales: en unidades domésticas, entre andenerías de cultivo y corrales, en sitios excepcionales y distintivos, en el centro de un recinto cercado, en torno a un montículo singular, y en senderos o pasos que comunican el lugar con otros ambientes (García Azcárate 1996).

En otras áreas de los Andes Centro Sur, en fechas similares a las de El Mollar, se dan los desarrollos de las fases Chiripa Tardío, Pukara y Tiwanaku I y II. En los Andes del sur, una buena parte de esas estelas, pilastras, cabezas clavas y postes de piedra están asociados a plazas públicas, patios hundidos, plataformas, taludes, cima de montículos o pirámides, cumbre de cerros y recintos o espacios abiertos de grandes dimensiones; una cierta cantidad ocurren en viviendas y chacras, y aún allí en ubicación destacada. Para González: "la práctica de erigir

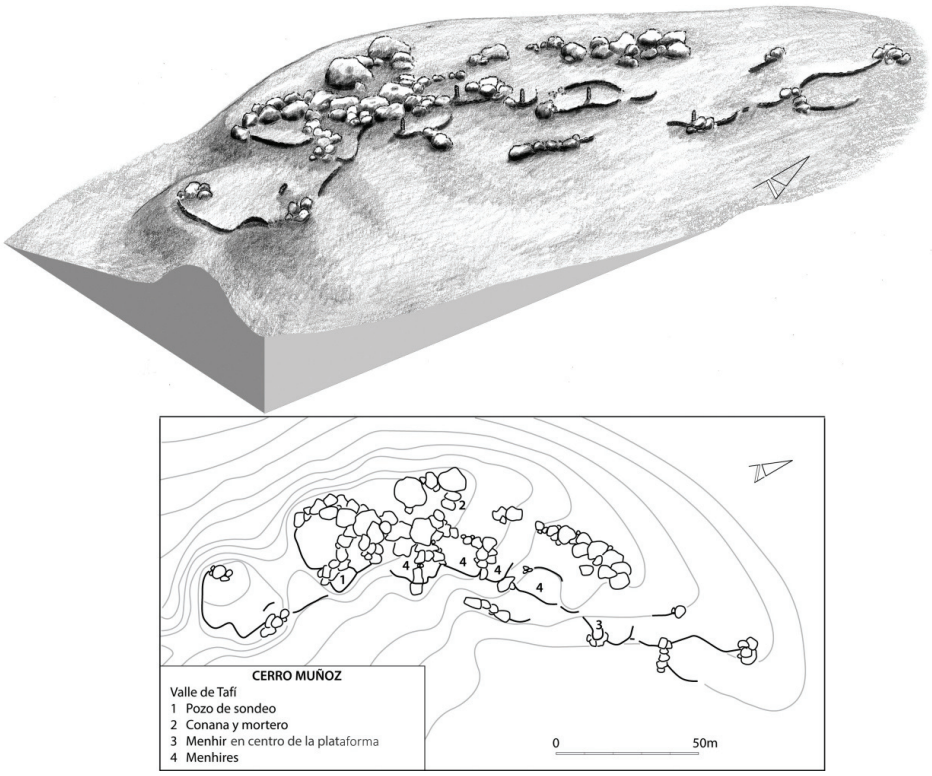


Figura 5. Reconstrucción hipotética del sitio Cerro Muñoz con ubicación de los postes líticos (dibujo de Seán Goddard en base al plano de Berberián 1988:32).

estelas y recintos ceremoniales tiene un origen bastante más remoto [que Tiwanaku]… Sus raíces están en las viejas culturas andinas como Qaluyu… por eso no resulta sorprendente que estas manifestaciones cúlticas tiahuanacotas o no, aparezcan en el N.O.A., en fechas tempranas" (González 1983:257). En dicho lapso se difundió el uso de estelas líticas de estilos Yayamama y Khonkho Wankane en el Titicaca (Figura 6), sobre todo en relación con plazas y centros ceremoniales (Mohr Chávez 2001; Janusek *et al.* 2003). En suma, tanto en Bolivia como en el Noroeste de Argentina hubo por esa época un desarrollo de la escultórica en piedra (González 1977; Pérez Gollán 2000) y en particular, de la escultura de postes líticos.

En cuanto a los otros artefactos de piedra tallada mencionados, debe notarse que la escultura de la denominada "mujer saurio", recuperada en el sitio B0 de Alamito, estuvo emplazada entre dos plataformas ceremoniales y a su pie se halló un recipiente de piedra (Figura 7); en tanto, las cabezas clavas talladas se encontraban *in situ* sobre la Plataforma 1 del sitio D1 de Alamito, Catamarca y habrían estado emplazadas de manera similar a las de los sitios del Titicaca (Núñez Regueiro 1971). Por otra parte, la exacta procedencia de los suplicantes es desconocida, contándose solamente con una mera relación de distribución geográfica que abarca parte de las provincias de Tucumán (Departamento de Monteros, Río Chico y Chicligasta) y Catamarca (Campo del Pucará, el Bolsón de Andalgalá y el valle de Paclín) (Raffino *et al.* 1997; Pérez Gollán 2000).

Figura 6. Estelas del Titicaca, (imágenes tomadas del Museo de Taraco, Puno, Perú (disponibles en http://www.sscnet.ucla.edu/ioa/collasuyu/museo/celebration.html; http://www.casadelcorregidor.pe/colaboraciones/Museoliticotaraco_1.php).

Es necesario recordar que existen decenas de ejemplares de máscaras líticas de este período en el noroeste de Argentina, un hecho que lo distingue respecto de otras regiones del área andina. De unas 45 máscaras de piedra conocidas, diecisiete vienen de Catamarca (diez de Belén, dos de Andalgalá, dos de Santa María, y el resto no determinado), cinco de Tucumán (dos son de Tafí del Valle) y una de Salta. Scattolin *et al*. (2010) han informado que, aunque la mayoría carece de procedencia precisa, las pocas que la poseen provienen de contextos funerarios (Figura 8). Es decir, las máscaras están asociadas a espacios y restos funerarios, a veces directamente emplazadas sobre los cuerpos mismos, un contexto que difiere de aquel de los monolitos. Esta situación las vincula directamente con la veneración o representación de los antepasados. Aschero y Korstanje (1996), siguiendo a Duviols (1978), consideran que

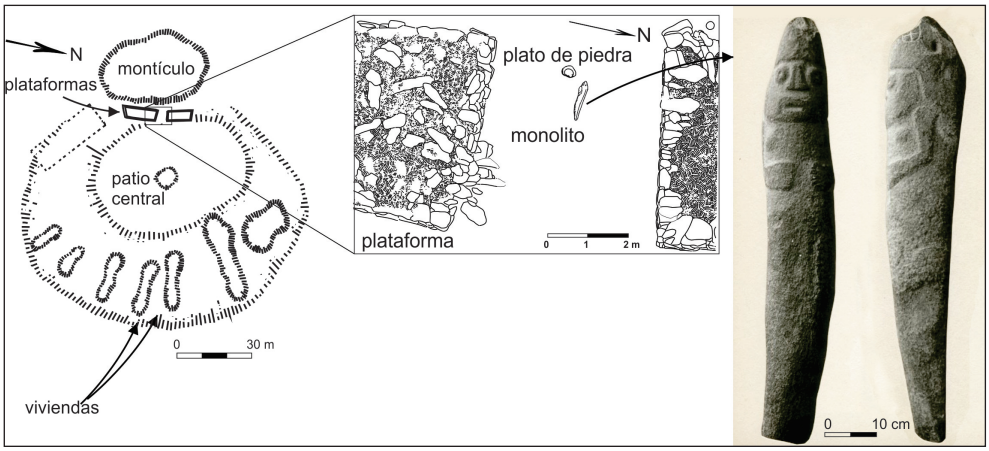
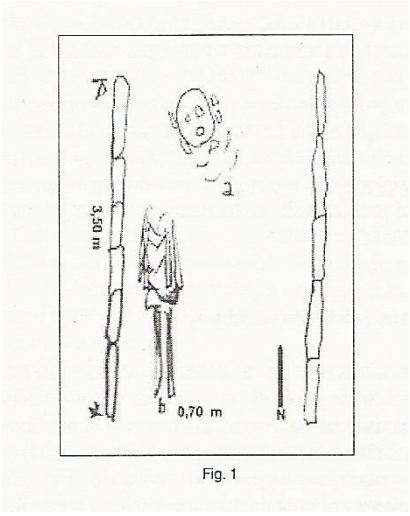


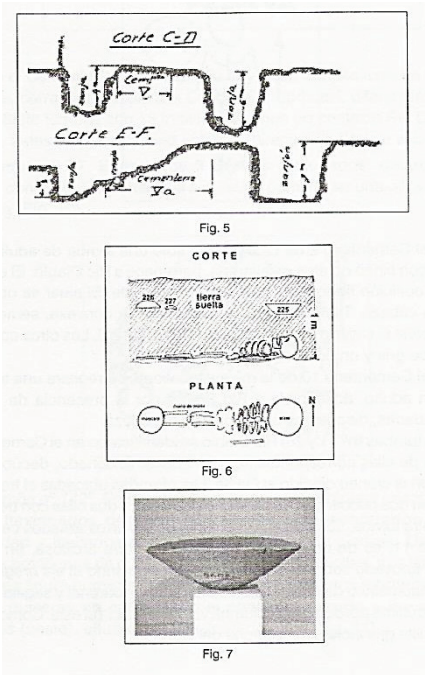
Figura 7. Monolito de la "mujer saurio" del sitio B0 de Alamito, Catamarca; se infiere que estuvo hincado entre las dos plataformas revestidas de piedra, y a su pie fue colocado un plato de piedra votivo (tomado de Núñez Regueiro 1998:63 y 83 y modificado de Scattolin 2006:382, Fig. 30).

las máscaras de piedra cumplen una función particular como expresiones de la litomorfosis del ancestro, y es la del *huauqui*, es decir, aquel objeto portable que acompaña al cadáver o al viviente como doble, distinta de la función del *huanca,* que encarna al muerto en el mundo de los vivos. La misma función de *huauqui* se atribuye a los rostros mascariformes en los paneles rupestres aludidos antes.

Las capacidades de conservación de una memoria que posee la piedra, en conjunción con los símbolos labrados sobre ella y las variadas y específicas posiciones que les fueron asignadas a las estelas y demás objetos, crearon lugares colmados de significaciones que debieron transmitir información y convirtieron el espacio puramente geográfico en un paisaje cargado de sentido, comprensible y elocuente. Cualquiera hayan sido las señales visibles que comunicaban los objetos líticos, geométricos y figurativos –animales, humanos, masculinos o femeninos– hincados en prominencias rocosas, senderos, portales de viviendas, terrenos cultivados, lindes, etc., pudieron aludir a distinciones genealógicas (por mostrar la efigie del progenitor de un linaje), sexuales (por ser varón o mujer), generacionales (por inaugurarse o renovarse en cierto momento, por ser el más viejo o el más nuevo), de dominio (por ocupar cierto terreno), de alianza (por establecer límites y vínculos), de protección (por presencia dominante), etc., y de esa manera permitieron canalizar estrategias de inversión simbólica, es decir, pudieron encauzar lo que Bourdieu (1994:6, traducción nuestra) describe como "acciones que tienen por objeto conservar o aumentar el capital de reconocimiento, privilegiando la reproducción de los esquemas de percepción y apropiación más favorables a sus poseedores y produciendo las acciones susceptibles de ser apreciadas favorablemente según esas categorías (por ejemplo, mostrar la fuerza para no servirse de ella)."

Las señales objetivadas en la materia pétrea debieron resultar muy convenientes para aumentar el capital de reconocimiento de una cierta categoría social en relación con un orden sexuado, genealógico, generacional y/o espacial ("erigido aquí", "masculino", "el primero", "el más antiguo"). Su erección en un espacio cargado de significaciones y su categorización según dimensiones tales como masculino/femenino, humano/animal, alto/bajo, oeste/este, arriba/abajo, derecha/izquierda, celeste/terrestre, superior/inferior, entre otras, sustentan la





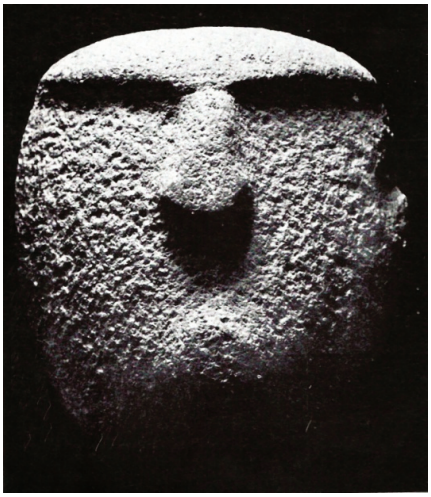


Figura 8. Arriba, máscara de piedra en una tumba de Azampay, Catamarca (tomado de Sempé, *et al.* 2005:205, Figs. 1 y 2). Abajo, una tumba de un cementerio de La Ciénaga del Valle de Hualfín, Catamarca, contenía una máscara de piedra sin terminar, con sus formas apenas esbozadas, dispuesta sobre los miembros inferiores del esqueleto de un adulto, junto con un puco liso (tomado de Sempé *et al.* 2005:209: Figs.5, 6, 7 y González 1977:222, Fig. 165).

existencia de un mundo de objetos que van llenando de significado la acción de cualquier persona mediante la inculcación silenciosa de los mismos principios que rigen ese mundo (Bourdieu 1990).

Salazar (2010:269) señala que "el análisis de los patrones funerarios del Valle de Tafí, durante el primer milenio AD, muestra que la materialidad de los difuntos, sus cuerpos, acompañamientos y estructuras funerarias tuvieron gran participación en la consolidación de grupos domésticos". Como los postes esculpidos se ponen de manifiesto, con fuerte impacto visual, en el espacio comunal colectivo de la unidad doméstica, familia, linaje o grupo de parentesco, su erección debió enmarcarse de seguro en ceremonias colectivas: hincar la tierra, acción de apertura y fecundación, acto masculino por excelencia, merece cumplirse de manera solemne y pública, a la faz del grupo (Figuras 6 y 9). Y, al colaborar en la construcción de genealogías y de derechos de herencia de las cosas, contribuirían también a instituir los principios que fundan diferencias entre segmentos sociales, es decir las jerarquías de los segmentos de linajes. Al labrar la piedra y el paisaje mismo, se proyectaba –o se disputaba– la estructura de relaciones sociales, económicas y simbólicas sobre las prácticas cotidianas o extraordinarias, de un modo en el que el espacio, el parentesco generacional, la invocación de antigüedad de linaje y la preeminencia sexual se imbricaban uno en otro en la construcción jerarquizada de los segmentos sociales.

«Les observations qui précèdent nous conduisent tout naturellement à noter le caractère masculin du huanca. D'abord son symbolisme morphique : le monolithe oblong et dur est planté verticalement dans la terre à posséder (allpa) et marque cette possession ; il est planté en même temps dans la terre à féconder (pacha), il est le phallus qui plonge dans le ventre de mama pacha. Ceci nous amène évidemment à rapprocher le huanca du bâton fertile (d'or ou d'argent) avec lequel divers conquérants, dont Manco Capac est le plus célèbre, éprouvent le sol du nouveau territoire de la Terre promise : **si le bâton magique (lui-même à rapprocher de la taclla « bâton à fouir ») s'enfonce aisément dans la glèbe, si celle-ci l'accepte, le reçoit, c'est que les épousailles de l'homme et de la terre seront couronnées de succès et qu'il convient de se fixer**.

Aussi n'est-il pas question, dans les textes, de huanca femelle. Les femmes éponymes, ou primordiales — il y en a — qui ont participé à la première occupation à, la fondation, ont un autre rôle, lui aussi lié à la fécondité, mais à la fécondité féminine. Ainsi la légende rapporte que lorsque les conquérants Rupay Jirca et Punchau Jirca arrivèrent au village d'Acas en compagnie de leur soeur Chuchu Puquio, les deux frères se transformèrent en huanca et leur soeur en puquio, c'est-à-dire en source, en fontaine, la nature concave et vaginale du puquio correspondant évidemment au sexe féminin de la pacha. Cependant les puquio sont toujours considérés comme le produit d'une création masculine, non du fait du huanca lui-même mais de la turgescence ou de la miction d'un héros huari avant sa lithification : rappelons que Corcuicallan et Capavilca suscitèrent des sources en urinant sur le sol, l'eau (comme l'urine) étant considérée comme élément masculin (Hacas 1656: fol. 28).»

Extracto tomado de Duviols 1978, pág 21.

Figura 9. La estructura de relaciones sexuadas (tomado de Bingham 1922:120 y Orlove, *et al.* 2004:78). En las labores agrícolas, el varón hinca la *taclla* en la tierra y la mujer abre el surco para depositar la semilla.

ARTEFACTOS MUNDANOS Y GEOGRAFÍA DE LA MEMORIA

No experience of the world is self-contained...
Schutz and Luckmann (1989:104)

Esta capacidad de las piedras *huanca* de proyectar la estructura de relaciones sociales sexuadas, generacionales y estatutarias sobre intercambios mundanos y extraordinarios se vuelve apreciable si ampliamos aún más el contexto de relaciones relevantes para comprender la trama de la ancestralidad en el pasado, e incorporamos a los objetos de piedra comunes en este sistema de relaciones. Así, los materiales líticos utilizados en tareas domésticas, como las herramientas de obsidiana talladas para los quehaceres diarios presentes en los sitios del período Formativo, pueden situarse en relaciones supralocales no sólo con sus fuentes de origen (significativas de por sí), sino también con otros lugares culturalmente significativos para el período.

No alcanza el espacio aquí disponible para examinar el entramado de relaciones sensoriales y significativas establecidas con todos los materiales de este universo artefactual. Es además necesario recordar que se pueden obtener interpretaciones muy diferentes de este período según las asociaciones y relaciones materiales que se decida investigar, porque las diversas clases de materiales crean texturas geográficas distintas, reveladas por sus localizaciones, condiciones y contextos. La obsidiana, una de las materias primas utilizadas para la manufactura de artefactos cotidianos en este período, permite explorar los nexos socio-semióticos de manera diferente (y tal vez más efectiva a los fines de la discusión presentada en este capítulo) a la que permitiría la consideración de otros materiales líticos cotidianos (como, por ejemplo, las piedras de construcción de paredes en viviendas y canchones o las piedras de molienda).

La obsidiana fue un material ubicuo en los asentamientos del período Formativo. Aunque la baja frecuencia de esta roca en los conjuntos artefactuales indica que cumplía un rol limitado en la tecnología lítica respecto de otras materias primas, su presencia, aun cuando exigua, revela la amplitud espacial y la profundidad temporal de las redes de circulación de materiales en los Andes Centro Sur. La obsidiana circuló en el Noroeste Argentino a gran escala desde las primeras ocupaciones del territorio, manteniéndose cierta estabilidad a lo largo del tiempo en el alcance de las fuentes más importantes como Ona y Laguna Blanca-Zapaleri (Figura 10). Estas áreas de alcance de las fuentes presentaron escasa superposición (por ejemplo, en la Quebrada del Toro), pero compartieron sus territorios de influencia con una variedad de fuentes menores en el sentido de la frecuencia y el rango espacial de la distribución de su material (Yacobaccio *et al*. 2004; ver resultados más recientes en Escola *et al.* 2007; Lazzari *et al.* 2009; Seelenfreund *et al*. 2010 y varios capítulos en este libro).

La obsidiana es un material de alta calidad que fue principalmente destinado en el Noroeste Argentino a la fabricación de herramientas de caza, aunque en muchos casos esto no excluyó su uso para otros útiles de corte, punzado y raspado (Escola 2004). Aunque se la suele clasificar como un material de alto valor por sus características intrínsecas y su baja disponibilidad geográfica, cabe explorar los criterios de valor locales específicos de cada situación en la que se la encuentra. Así, por ejemplo en los contextos del faldeo occidental

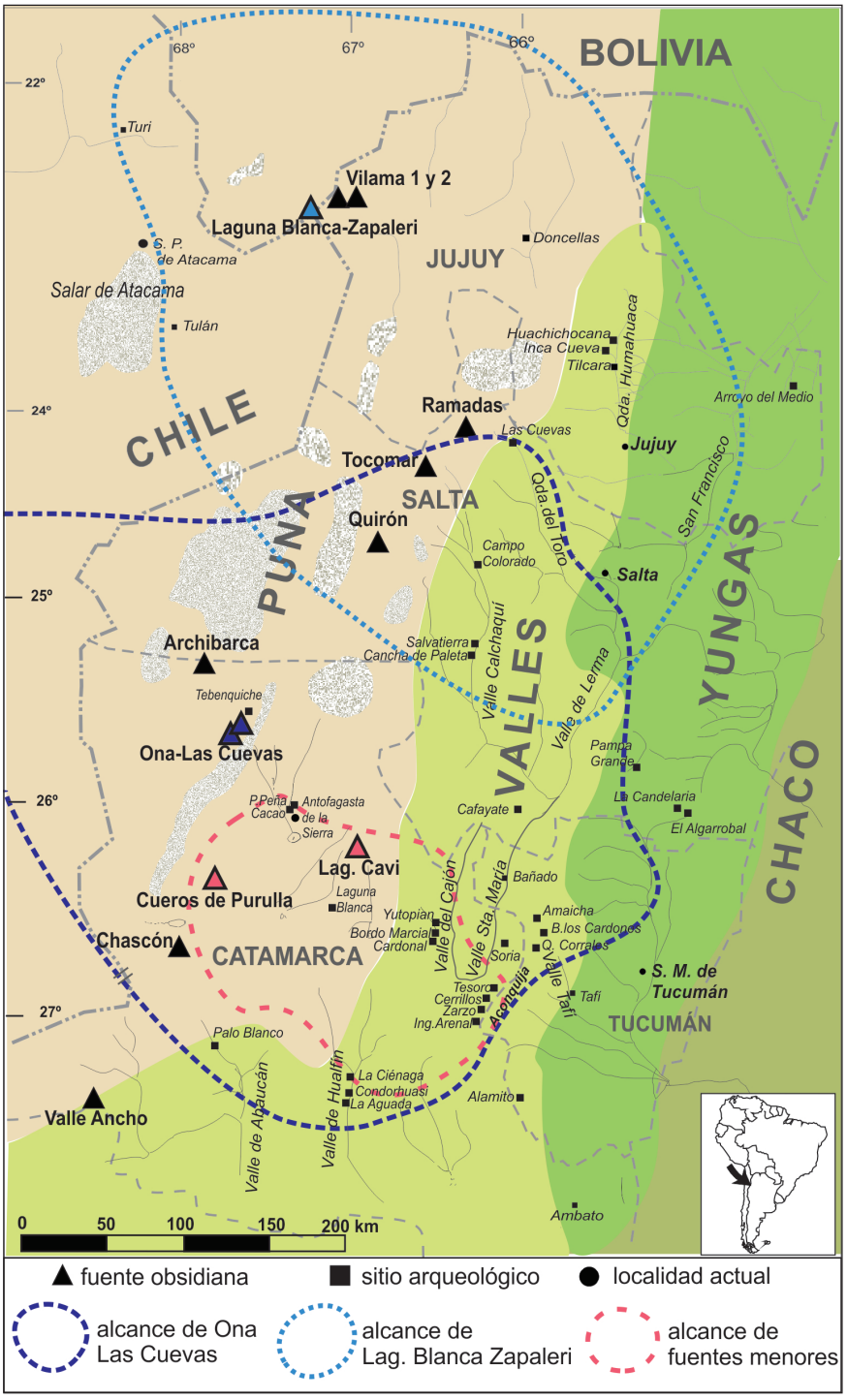


Figura 10. Geografía de la obsidiana: las fuentes y su alcance. Datos de la distribución de los distintos tipos de obsidiana tomados y modificados de Yacobaccio *et al.* (2004) y Lazzari *et al.* (2009).

de la Sierra de Aconquija, ocupados a lo largo del primer milenio D.C. se observaron similitudes en la forma en la cual este material fue tratado en los diferentes sitios. Además de aparecer en contextos domésticos exclusivamente (no se halló en depósitos especiales ni tumbas), el estudio tecno-tipológico permitió identificar que, si bien la obsidiana habría sido conservada de manera relativa a otros materiales, no lo fue tanto como para ser considerada necesariamente un material extraordinario o irreemplazable (Lazzari 1997; 2006; ver Scattolin *et al*. en este volumen).

Varios aspectos del uso y circulación de la obsidiana en este período indican que fue una materia prima ambiguamente clasificada entre el orden de lo permanente o transcendente y el dominio de lo cotidiano o mundano. La obsidiana en general fue reducida a lo largo del camino que recorrió, a juzgar por el tamaño pequeño de los artefactos y desechos que se encuentran en los sitios habitacionales a través del área, su escasa representación en los conjuntos líticos, y las cadenas operativas fragmentadas que se encuentran en los sitios. A diferencia de otros materiales líticos de circulación de menor rango, la obsidiana permitía a su vez encadenar una serie de lugares y personas no sólo en términos espaciales sino también temporales en relación a la antigüedad de las rutas. Además, sus propiedades físicas permitían una serie de posibilidades técnicas concretas, mientras que su saliencia visual hace que fuera perfectamente distinguida. Su asociación con áreas de volcanes, secas, altas, asociadas simbólicamente en el imaginario andino con el fuego y sus propiedades (Lecoq 1987), tampoco puede ser descartada, aun si vagamente conocida por quienes la usaron en regiones distantes. Así la obsidiana era una suerte de elemento durable pero a la vez "consumible"; una piedra cercana a lo contingente y variable dado su rol cotidiano en la obtención, preparación y/o procesamiento de alimentos y materiales orgánicos, pero sin embargo potente en tanto durable y potencialmente ligada a topografías remotas cargadas de sentido. La obsidiana así corporizó una categoría cultural intermedia, ambigua y mediadora de varios ordenes de existencia social (Lazzari 2005, 2006, 2015).

Es muy posible que la obsidiana, si bien destinada principalmente a fines utilitarios, haya sido ante todo un bien significativo en tanto material capaz de hacer presente, de actualizar aquellos lugares y topografías remotas.

> "[H]ay otra dimensión de los objetos todavía inadvertida que se hace evidente cuando se consideran las herramientas ordinarias, sin decoración, y, en particular las que circulaban entre las personas y los lugares… [puesto que] la biografía de todos los materiales, sustancias y objetos adquiere significado cuando transitan diferentes localizaciones y usos. Lo que queda de lado al soslayar los artefactos más mundanos es la "presencia" de estos objetos, cargados de la gente y los lugares invisibles de dónde provienen y hacia dónde pueden ir. Se podría decir que hay una inmanencia del mundo social más amplio encarnado en estos objetos. (Lazzari 2005:142).

Es decir, por su poder evocativo de geografías distantes, de narrativas de viajes remotos y de encuentros, su valor resultaba de su procedencia y de su carácter de material circulante, más que de su potencial utilitario, algo que ya se ha notado para otros contextos (Sheppard 1993) y que se ha aplicado asimismo a la cerámica foránea en la Puna (Haber 2007:66). En general parecen ser más comunes los contextos en los cuales la obsidiana no es sacada de circulación mediante el uso de depósitos especiales. Pero también en este período hay

contextos con depósitos finales de este material, como por ejemplo algunas tumbas descriptas por Schreiter (1934) y Raffino (1991), y los pocos casos conocidos de depósitos en contextos domésticos (Haber 2000; Scattolin y Gero 1999).

Este patrón de consumo y depositación de los artefactos de obsidiana de este periodo debe ser considerado como integral a un "sistema de piedra" (Lazzari 2015) como un todo, con sus relaciones/posiciones estructurales. La división de las cosas y de las prácticas dentro de universos simbólicos integrados "…recibe su necesidad objetiva y subjetiva de su inserción en un sistema de oposiciones homólogas, [alto/bajo, diario/extraordinario, móvil/fijo] etc., que al ser patentes por la diferencia, son lo bastante concordantes para sostenerse mutuamente, en y por el juego inagotable de las transferencias y las metáforas y lo bastante divergentes para conferir a cualquiera de ellos una suerte de densidad semántica… por las armonías, las connotaciones y las correspondencias" (Bourdieu 1990:8). Por eso nos arriesgamos a proponer que la obsidiana, en tanto material circulante y dada su movilidad, que evocaba lugares remotos, se alineó dentro de una jerarquía de artefactos y materiales con "poderes de presencia" (Armstrong 1993; Gell 1998; Dean 2010), entre los cuales los monolitos *huanca*, inmóviles, encarnaban a los ancestros y por lo tanto ofrecían el parámetro principal para evaluar la potencia animada de los demás elementos dentro del sistema (Lazzari 2015).

Al respecto, los estudios antropológicos de la circulación de bienes han destacado la relación estructural que se repite en varios contextos culturales entre los objetos que circulan y aquellos objetos inamovibles que rara vez participan de las redes de dones y contradones que caracterizan a las sociedades humanas. Los trabajos de Munn (1986) y Weiner (1992) explican que los objetos, saberes y hasta palabras que circulan, generan regionalidades, es decir órdenes amplios de experiencia social, que si bien se resignifican localmente, hacen que las formas de habitar lugares específicos estén en referencia a horizontes de significado más amplios. Weiner (1992) afirma que todo sistema social se constituye por el juego dialéctico entre lo que es alienable –lo que puede ser dado en préstamo o intercambiado– y lo inalienable –aquello que nunca lo es–. Esta dialéctica se desarrolla de diferentes maneras según cada sociedad, manifestándose en sistemas particulares de intercambio y circulación configurados en diferentes versiones de la paradoja que ella denomina "*keeping-while-giving*" (dar mientras se retiene), un juego en el que las personas intercambian activamente un sinnúmero de bienes de diferentes órdenes y jerarquías a fin de evitar que otros bienes (materiales y/o inmateriales) considerados fundacionales (que definen la identidad de los linajes o clanes) no entren en el sistema de dones y contradones. Es de destacar que Salomon (1991:15) comenta sobre la existencia de nociones comparables en los Andes, que aparecen con más frecuencia en los pocos registros escritos tempranos que sobreviven hasta hoy sobre el orden simbólico andino. Señalan la repetida distinción entre la cualidad de centricidad de ciertos objetos inmóviles, por su condición de ser centros de esferas de acción, y la de movilidad de los artefactos que circulan en torno a los primeros.

Aprendemos así que la circulación de todas las cosas, aún las más humildes, es culturalmente significativa y merece ser analizada en relación a aquellas consideradas inalienables (y viceversa) (Lazzari 2005, 2006, 2010). Dada la naturaleza inmóvil y la localización espacial de los monolitos de Tafí, estos artefactos se constituyen en muy buenos candidatos para manifestar lo inalienable, aquello que no circula y que materializa la relación ancestral de los linajes o familias. Sabemos menos de las trayectorias de las máscaras pero la asociación con

depósitos funerarios indica su posible estatus de objetos inalienables, al menos en las etapas últimas de su ciclo de uso.

En este contexto, los significados de la litoescultura, aún variable de región en región, debieron sostenerse en las facultades de animación (Gombrich 1999:171), de creación de seres animados en materia, presentaciones (en el sentido de Dean 2010) más que simples representaciones sustitutivas, es decir, presencias ancestrales concretas que ordenaban el mundo y la lógica de los intercambios en cada contexto. Como objetos irremplazables, establecían el parámetro para la clasificación del valor de las demás cosas de menor jerarquía por medio del alto grado de fuerza animada que canalizaban.

Este capítulo aceptó el desafío de integrar líneas de análisis y evidencias normalmente consideradas de manera separada bajo nuevos marcos conceptuales. Esperamos que el trabajo haya ofrecido una mirada sobre la existencia social en el Noroeste Argentino durante el inicio de la vida sedentaria que, aunque inevitablemente parcial, provee los pasos iniciales hacia una mayor comprensión de los marcos de referencia socio-materiales de los antiguos modos de vida en la región. Tal desafío no nos aparta de la convicción que las formas particulares en las cuales los pilares *huanca* –o cualquier otra manifestación similar– actuaron en mundos de vida locales, pueden ser mejor entendidas a través de un análisis de las relaciones físicas y semióticas establecidas con otros elementos de ese universo artefactual compartido. Así, las variaciones temporales (el ritmo, la escala, la frecuencia, de las variaciones) en los modos de hacer otros artefactos, como por ejemplo las cerámicas, las casas o el resto del instrumental lítico pueden potencialmente informarnos mejor sobre la importancia y el rol de los monolitos como guardianes y potenciadores de tradiciones locales y regionales que lo que pueden hacer tales artefactos considerados en aislamiento o únicamente en relación con otros objetos escultóricos del período. Una tarea que nos debemos para el futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ambrosetti, J. B.
1897 *Los monumentos megalíticos del Valle de Tafí (Tucumán)*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Tomo XVIII, Buenos Aires.

Armstrong, R. P.
1981 *Powers of Presence: Consciousness, Myth and Affecting Presence*. University of Pennsylvania Press. Philadelphia.

Arriaga, P. J. de
1920 [1621] *La extirpación de la idolatría en el Perú*. Sanmartí y Cía. Lima.

Aschero, C. A.
2000 Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en Argentina,* editado por M. Podestá y M. de Hoyos, pp. 15-44. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
2007 Iconos, *huancas* y complejidad en la puna sur Argentina. En *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino,* editado por A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M.M. Vázquez y P.H. Mercolli, pp. 135-166. Editorial Brujas. Córdoba.

Aschero, C. A. y M. A. Korstanje
1996 Sobre figuraciones humanas, producción y símbolos. Aspectos del arte rupestre del Noroeste argentino. En *XXV Aniversario Museo Arqueológico Dr. Eduardo Casanova*, pp. 13-31. Instituto Interdisciplinario Tilcara. Jujuy.

Astvaldsson, A.
1998 The powers of hard rock: meaning, transformation and continuity in cultural symbols in the Andes. *Journal of Latin American Cultural Studies* 7 (2):203-23.

Barcelos Neto, A.
2008 Choses (in)visible et (im)périssables. Temporalité et matérialité des objects rituels dans les Andes en Amazonie. *Gradivha* 8 n.s:113-129.

Berberián, E. (director)
1988 *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*. Ed. Comechingonia. Córdoba.

Bingham, H.
1922 *Inca Land. Explorations in the Highlands of Peru*. The Riverside Press Cambridge, Boston & New York, Houghton Mifflin Company. (Consultado 6 enero 2015) http://www.gutenberg.org/files/10772/10772-h/10772-h.htm#d0e1640

Boman, E.
1908 *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama.* Tomo I. Imprimerie Nationale, Paris.

Bourdieu, P.
1990 La domination masculine. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 84:2-31.
1994 Stratégies de reproduction et modes de domination. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 105:3-12.

Bouysse-Cassagne, T.
1987 *La identidad aymara. Aproximación histórica (Siglo XV, Siglo XVI)*. Travaux de l'Institut Français d'Etudes Andines 34. HISBOL- IFEA, La Paz.

Bruch, C.
1911 *Exploración arqueológica en las provincias de Tucumán y Catamarca.* Biblioteca Centenaria, Tomo V, Universidad Nacional de La Plata.

Candau, J.
2002 *Antropología de la memoria*. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.

Chávez, S. y K. Mohr Chávez
1970 Newly discovered monolith from de Highlands of Puno, Perú. *Expedition* Summer: 25-39.

Dean, C.
2010 *A Culture of Stone: Inka Perspectives on Rock.*. Duke University Press. Durham.

Dillehay, T. D.
1995 Mounds of social death: Araucanian funerary rites and political succession. En *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, editado por T. D. Dillehay, pp. 281-313 Dumbarton Oaks, Washington D.C.

Duviols, P.
1967 Un inédit de Cristóbal de Albornoz: la instrucción para descubrir todas las guacas del Piru y sus camayos y haziendas. *Journal de la Société des Américanistes* 56:7-39. Paris.
1978 Un symbolisme andin du double: la lithomorphose de l´ancêtre, *Actes du XLII Congrès International des Américanistes* IV, pp 359-364. Paris.
1979 Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace. Le monolithe "huanca" et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 19(2):7-31. Paris.

Escola, P.
2004 Variabilidad de explotación y distribución de obsidianas en la Puna meridional argentina. *Estudios Atacameños* 28:9-24. San Pedro de Atacama.

Escola, P., M. A. Korstanje, N. Sentinelli y M. d. Glascock
2007 Laguna Cavi y El Médano: obsidianas en circulación caravanera. *Actas del Segundo Congreso Argentino y Primer Congreso Latinoamericano de Arqueometría*, pp. 103-108. Buenos Aires.

Galdamés Rosas, L. A.
1987 Vitalidad de la piedra y petrificación de la vida. Notas sobre la mentalidad andina. *Diálogo Andino* 6:129-143. Lima.

García Azcárate, J.
1996 Monolitos-huancas: un intento de explicación de las piedras de Tafí (Rep. Argentina). *Chungará* 28:159-74. Arica.

García Azcárate, J. y D. Indri
1999 Obtención de materias primas para el trabajo de monolitos. *En los Tres Reinos: Prácticas de Recolección en el Cono Sur de América*, editado por C. Aschero, M.A. Korstanje y L. Vuoto, pp.71-82. Ed. Magna. Tucumán.

Gell, A.
1998 *Art and Agency. An Anthropological Theory.* Clarendon Press. Oxford

Gentile, M. E.
2001 Chiqui: etnohistoria de una creencia andina en el noroeste argentino. *Bulletin de l'Institut Francais d´Etudes Andines* 30 (1):1-75. Lima.

Gombrich, E. H.
1999 [1979] *El sentido del orden.* Versión castellana de Esteve Riambau di Saurí. Debate, Madrid.

Gómez, R. M.
1973 *Aportes para el Parque Arqueológico de los Menhires (Tafí del Valle)*. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de Tucumán.

Gómez Cardozo, C., F. Chocobar y C. Piñero
2007 El montículo de Casas Viejas: un espacio sagrado. En *Paisajes y procesos sociales en Tafí. Una mirada interdisciplinaria desde el Valle (Tucumán, Argentina)*, compilado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli, pp. 111-133. San Miguel de Tucumán.

González, A. R.
1974 *Arte, Estructura y Arqueología*. Fichas, Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.
1977 *Arte precolombino en Argentina*. Filmediciones Valero. Buenos Aires.
1983 Nota sobre religión y culto en el Noroeste argentino prehispánico. *Baessler-Archiv*, Neue Folge 31:219-282. Berlín.

González, A. R. y H. Lagiglia
1973 Registro Nacional de fechados radiocarbónicos: necesidad de su creación. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (N. S.) 7:291-312. Buenos Aires.

González, A. R. y V. Núñez Regueiro
1962 Preliminary report on archaeological research in Tafí del Valle, NW Argentina. *Akten des 34 Internationalen Amerikanisten Kongresses*:485-496. Viena.

Haber, A. F.
2000 Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d.C. Tesis de doctorado inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2007 Comentarios marginales. En: *Sociedades precolombinas surandinas: temporalidad, interacción y diámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, V. I. Williams, B. N Ventura, A. B. M. Callegari & H. D. Yacobaccio (eds.), 59-72. Buenos Aires.

Jaimes Freyre, R.
1915 El monolito de Tafí. *Diario La Gaceta de Tucumán*.

Janusek, J. W., A. T. Ohnsted y A. Roddick
2003 Khonko Wankane and the rise of Tiwanaku. *Antiquity* 77 (296). Disponible en http://antiquity.ac.uk/projgall/janusek/janusek.html (Visitado: 19 setiembre 2014).

Krapovickas, P.
1968 Arqueología de Alto de Medina, Provincia de Tucumán. República Argentina. *Rehue* 1:89-124. Concepción.

Lazzari, M.
1997 La economía más allá de la subsistencia. Intercambio y producción lítica en el Aconquija. *Arqueología* 7:9-50. Buenos Aires.
2005 The texture of things: objects, people and landscape in northwestern Argentina (first millennium A.D.). En *Archaeologies of Materiality*, editado por L. Meskell, pp. 126-61. Blackwell, Oxford.
2006 *Travelling Things and the Production of Social Spaces: An Archaeological Study of Circulation and Value in North Western Argentina*. Tesis Doctoral. Department of Anthropology, Columbia University. New York.
2010 Landscapes of circulation in NW Argentina: the workings of obsidian and ceramics during the first millennium AD. En *Social Archaeologies of Trade and Exchange. Exploring Relationships among People, Places, and Things,* editado por A. Agbe-Davis y A. Bauer, pp. 49-68. Left Coast Press, Walnut Creek.
2015 Stones to build a world: circulation and the value of things in ancient NW Argentina. *Cambridge Journal of Archaeology* 25 (4): 22 pages.
DOI: http://dx.doi.org/10.1017/S0959774315000074

Lazzari, M., L. Pereyra Domingorena, M. C. Scattolin, L. Cecil, M. D. Glascock y J. Speakman
2009 Ancient social landscapes of north western Argentina: preliminary results of an integrated approach to obsidian and ceramic provenance. *Journal of Archaeological Science* 36:1955-1964.

Lecoq, P.
1987 Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosí en Bolivie. *Bulletin de l'Institut francais d'études andines* 16(3-4):1-38.

MacCormack, S.
1991 *Religion in the Andes. Vision and Imagination in Early Colonial Peru.* Princeton University Press.

Mohr Chávez, K.
2001 La culture Chiripa: religion et sacralité sur les rives du lac Titicaca, Tiahuanacu; une civilisation des Andes. *Les Dossiers d 'Archéologie* 262:24-29.

Munn, N.
1986 *The Fame of Gawa. A Symbolic Study of Value transformation in a Massim Society.* Duke University Press, Durham.

Núñez Regueiro, V. A.
1971 Excavaciones arqueológicas en la unidad D-1 de los yacimientos de Alumbrera (1964). (Zona de El Alamito). Dpto. Andalgalá. Provincia de Catamarca, República Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 24-25:33-76. Mendoza.
1998 *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito,* Ediciones INTERDEA. Tucumán.

Núñez Regueiro, V. A. y J. García Azcárate
1996 Investigaciones arqueológicas en El Mollar, Dto. Tafí de Valle, Pcia. de Tucumán. Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13ª parte), *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, XXV (1/4):87-97. San Rafael.

Orlove, B., J. C. H. Chiang y M. Cane
2004 Etnoclimatología en los Andes. *Investigación y Ciencia* 330:77-85. Barcelona. http://www.investigacionyciencia.es/revistas/investigacion-y-ciencia/numero/330.

Paternostro, C.
1989 *Piedra abstracta. La escultura Inca: Una visión contemporánea*. Tierra Firme FCE.

Pérez Gollán, J. A.
2000 *Los suplicantes: Una cartografía social*. Temas de la Academia, Arte Prehispánico: creación, desarrollo y persistencia, Año 2, Nº 2:21-48. Academia Nacional de Bellas Artes. Buenos Aires.

Portugal Ortiz, M.
1998 *Escultura prehispánica boliviana*. Universidad Mayor de San Andrés. Ed. Punto Cero Artes Gráficas Latina. La Paz.

Raffino, R.
1991 *Las poblaciones indígenas de Argentina*. Editorial TEA,. Buenos Aires.

Raffino R., A. Iácona y V. García Montes
1997 *Los "Suplicantes" del Museo de La Plata*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Rivolta, M. C.
2015 La construcción del espacio ritual en el cementerio de Salvatierra (Valle Calchaquí Norte). Ponencia a las *XII Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales*, 9, 10 y 11 de septiembre de 2015, San Salvador de Jujuy.

Salazar, J.
2010 Reproducción social doméstica y asentamientos residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el valle de Tafí, Provincia de Tucumán. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.

Salazar, J., V. Franco Salvi, E. Berberián y S. F. Clavero
2007 Contextos domésticos del valle de Tafí (200 a 1000AD). *Werken* 10:25-47.

Salomon, F.
1991 Introducción: tres enfoques cardinales en los actuales estudios andinos, en *Reproducción y Transformación de las Sociedades Andinas de Siglos XVI-XX*, editado por S. Y. Moreno y F. Salomon, pp. 7-26. ABYA-YALA, Quito.
1991 Introductory essay. In *The Huarochiri Manuscript: A Testament of Anceint and Colonial Andean Religion*, F. Salomon and G. Urioste (eds), 1-38. University of Texas Press, Austin.
1998 How the huacas were: The language of substance and transformation in the Huarochirí Quechua Manuscript. *RES: Anthropology and Aesthetics* 33:7-17.

Salomon, F. y G. Urioste
1991 *The Huarochirí Manuscript: A Testament of Ancient and Colonial Andean Religion*. University of Texas Press, Austin.

Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. I. Cortés, L. Pereyra Domingorena y M. Calo
2010 Una máscara de cobre de tres mil años. Estudios arqueometalúrgicos y comparaciones regionales. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 15 (1):25-46. Santiago.

Scattolin, M. C. y J. M. Gero
1999 Consideraciones sobre fechados radiocarbónicos de Yutopián (Catamarca, Argentina). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 3:352-357. San Rafael.

Schreiter, R.
1928 Monumentos megalíticos y pictográficos de los altos valles de la provincia de Tucumán. *Boletín del Museo de Historia Natural, Universidad Nacional de Tucumán* 2 (1):4-10.
1934 La civilisation de "La Candelaria" et son extension dans la province de Tucumán. *Journal de la Société des Américanistes* 26 (1):53-66. Paris.

Schutz, A. y T. Luckmann
1989 *The Structures of the Life-World.* Vol. 2. Northwestern University Studies in Phenomenology and Existential Philosophy. Evanston.

Seelenfreund, A., M. Pino, M. D. Glascock, C. Sinclaire, P. Miranda, D. Pasten, S. Cancino, M. I. Dinator y J.R. Morales
2010 Morphological and geochemical analysis of the Laguna Blanca/Zapaleri obsidian source in the Atacama Puna. *Geoarchaeology: An International Journal* 25 (2):245–263.

Sempé, M. C., S. Salceda y B. Desántolo
2005 El período temprano inicial en Azampay y sus relaciones. En *Azampay. Presente y pasado de un pueblito catamarqueño*, editado por C Sempé, S. Salceda y M. Maffia, pp. 203-231. Ediciones Al margen. La Plata.

Sheppard, P.J.
1993 Lapita lithics: Trade/Exchange and Technology. A View from the Reefs/Santa Cruz. *Archaeology in Oceania* 28:121-137.

Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro
1993 Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5:1-49. Instituto de Arqueología. Universidad Nacional de Tucumán.

Taylor, G.
1974-76 Camay, camac et camasca dans le manuscrit quechua de Huarochirí. *Journal de la Société des Américanistes* 63:231-44. Paris.

Torres, Diego de
1927 (1609-1614) Carta del P. En: *Documentos para la Historia argentina. Iglesia. Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús* Tomo XIX (1609-1614) Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas. Buenos Aires.

Weiner, A. B.
1992 *Inalienable Possessions: The Paradox of Keeping-while-Giving*. University of California Press, Berkeley (CA).

Yacobaccio, H.D., P. S. Escola, F. X. Pereyra, M. Lazzari y M. D. Glascock
2004 Quest for ancient routes: obsidian research sourcing in north-western Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31 (2), 193-204.

EL ABANDONO EN LAS SOCIEDADES FORMATIVAS DEL NOROESTE ARGENTINO. CASOS Y DISCUSIÓN

Inés Gordillo* y Diego Leiton**

ABSTRACT

This chapter discusses the identification of material evidence related to practices of abandonment through the analysis and comparison of two specific case studies.

The sites of La Rinconada (Ambato Valley, Catamarca) and Alamito (Campo del Pucará, Catamarca) here examined, present archaeological contexts showing abandonment resulting from different historic and social backgrounds. Even though these sites differ in a number of ways, our ongoing research shows that specific practices related to their abandonment warrant comparison, particularly those related to the ritual closure of households, towns and/or territories. In this chapter we concentrate on the sacrifice of objects and places, the deposition of offerings, the ritual firing of structures, among other practices and features.

The chapter seeks to encourage the discussion of the abandonment processes occurred during the Formative Period, with specific attention to their spatial and temporal dimensions, focusing on the following aspects: 1) spatial variations at intra-site, site, region or inter-region; 2) the time scale, referring to whether abandonment was gradual/abrupt and/or temporary/permanent; and 3) the mode of abandonment, particularly whether it was planned or unplanned, whether returns were expected or not, and what kinds of associated practices took place (e.g. closing ceremony, recovery, retreats, destruction, concealment, fire, etc.). We synthesize and review available information in order to explore the particular ways in which abandonment took place at various sites. In this way, we hope to contribute to a general framework for the analysis and interpretation of abandonment processes at a regional scale.

***Keywords**: Abandonment – Ritual Practices – Ambato valley – Campo del Pucará*

* Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
** Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo enfoca los procesos de abandono mediante su caracterización y confrontación en dos áreas largamente estudiadas de la porción oriental de Catamarca: valle de Ambato y Campo del Pucará. Antes de abordar esa problemática en particular, y para contextualizarla, ofrecemos un breve panorama arqueológico de ambas áreas (Figura 1).

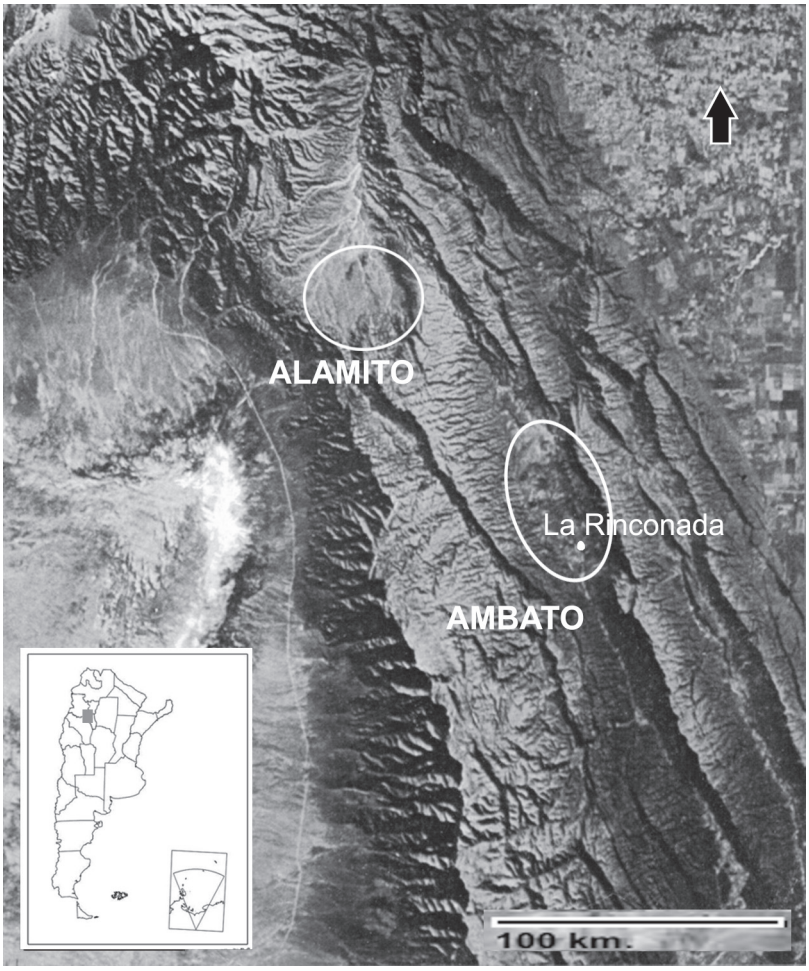


Figura 1. Ubicación de las áreas de estudio de los sitios Alamito en el Campo del Pucará y de La Rinconada en el Valle de Ambato.

La cuenca del río Los Puestos, conocida en la arqueología del Noroeste argentino como el valle de Ambato, ha sido objeto de investigaciones durante varias décadas (Pérez y Heredia 1990; Pérez Gollán *et al.* 1996-97; Gordillo 2004; Cruz 2006; Laguens 2006; entre muchos) y ofrece un perfil social del Período de Integración Regional bastante completo y discutido. Los grupos sociales que habitaron el área durante esa época, entre los siglos VII y XII, han dejado abundante testimonio de su presencia. El registro arqueológico exhibe allí numerosos

sitios de vivienda en las planicies del fondo de valle, construidos en piedra y tapia y formados por una o más unidades patio-habitaciones, así como estructuras agrícolas de distinta clase que se extienden a lo largo de la cuenca, especialmente en su margen occidental. Algunos de los sitios, como La Rinconada (o *Iglesia de los Indio*), se destacan por su magnitud y por la presencia de arquitectura ceremonial. Entre los bienes compartidos por los habitantes de los distintos sitios se destaca la cerámica negra grabada con una iconografía centrada en las imágenes felínica y antropomorfa (estilo *Ambato Negro Grabado*) y las grandes tinajas de superficies rojizas, pintadas en negro y/o blanco (*Ambato Tricolor*).

Las investigaciones sobre Aguada de Ambato abordan una multiplicidad de problemas. Entre ellos, la forma de organización sociopolítica y los procesos de evolución social en la región constituyen dos de los temas que mayor controversia han generado en los últimos años. Para algunos autores hay suficientes elementos para hablar de la emergencia de sociedades complejas con algún grado de jerarquización social y política hereditaria (Pérez Gollán 1991; González 1998; Laguens 2006). En tanto, para otros las evidencias señalan una sociedad heterogénea sin jerarquías institucionalizadas (Cruz 2006; Gordillo 2007; Ares 2007). Al respecto, el caso de Ambato es paradigmático. El registro arqueológico del valle muestra una importante densidad y variedad de instalaciones, con sitios de distinta magnitud y arquitectura, donde unidades residenciales simples coexisten con sitios complejos. Sin embargo, todos ellos presentan similares técnicas y estilos constructivos, así como un patrimonio común de elementos muebles y desechos, sugiriendo la ausencia de diferencias en el acceso a los recursos alimenticios, materiales y simbólicos. Sobre esta base, Laguens (2006) interpreta que las desigualdades sociales en Aguada de Ambato fueron generadas, mantenidas y reproducidas a través de un discurso material ambiguo, que paralelamente ocultaba y sostenía las diferencias: los bienes y recursos materiales eran compartidos sin restricciones, pero su cantidad y acumulación marcaba claras asimetrías. Por el contrario, Pablo Cruz, influenciado por el éxito de los modelos corporativos en el estudio de las poblaciones altiplánicas, no encuentra en el área una repartición muy estratificada del poder. Desafiando el modelo clásico de jefaturas o señoríos, considera más adecuado caracterizar las sociedades que poblaron el valle de Ambato como sociedades heterárquicas, de redes interpersonales que se auto-organizan, con una coordinación y dirección descentrada y negociada entre las instituciones, y donde las relaciones sociales se basaron más en la reciprocidad y cooperación que en la dominación (Cruz 2006).

Otro de los temas que actualmente concentra el interés se refiere al destino final de estas poblaciones, las cuales abandonaron sus tierras a comienzos del segundo milenio. No sabemos aún cómo ocurrió ese proceso, pero hace algunos años se han iniciado estudios en esa materia (Marconetto *et al.* 2007; Marconetto 2009; Gordillo 2009b, 2011, 2013; Marconetto y Laguens 2011; etc.) y precisamente, este trabajo apunta en esa dirección.

En relación con los procesos de continuidad y cambio que confluyen en la formación de Aguada de Ambato, se han discutido ampliamente las conexiones históricas con otras sociedades del Formativo. Al respecto, hay elementos puntuales –como la tecnología arquitectónica, las construcciones monticulares y las grandes tinajas pintadas– que son comunes en los sitios Alamito, de varios siglos atrás. Si bien no sabemos aún cuál es el tipo de relación que vincula a ambas regiones y momentos, algunos autores consideran a las sociedades de Alamito como antecedente directo de Aguada de Ambato (Núñez Regueiro y Tartusi 1990; Núñez Regueiro 1998; etc.). Cabe señalar que, como en Ambato, los sitios de Alamito ex-

hiben un singular registro sobre los procesos de abandono y constituyen en conjunto el otro de los casos de estudio que aquí hemos tomado para abordar tales procesos.

Los sitios "Alamito" se encuentran ubicados en la micro-región del centro-este de la provincia de Catamarca (Argentina) conocida como Campo del Pucará (Aconquija, Andalgalá). Esta zona estructuralmente corresponde a una depresión tectónica periforme con una altura promedio de 1650 msnm, limitada por la Cumbre de Las Lajas hacia el occidente, la Cumbre de Narváez y serranía de Santa Ana por el oriente, y por la Sierra de la Carreta y Cuesta del Molle por el sur (González Bonorino 1950). Se trata de un área de transición entre las yungas que se extienden sobre las faldas orientales de las sierras tucumanas y los bolsones semiáridos catamarqueños del Oeste.

Las investigaciones arqueológicas en el Campo del Pucará se iniciaron hacia mediados de la década del cincuenta (González y Núñez Regueiro 1960). En aquel momento se definió el patrón espacial de un conjunto de asentamientos prehispánicos que pasaron a conocerse como "sitios Alamito". Desde entonces se han registrado más de cincuenta de estos sitios, distribuidos sobre las estribaciones de las laderas occidentales de la Sierra de Santa Ana que se extiende en el lado oriental de Campo del Pucará. Aunque no todos ellos fueron contemporáneos, las dataciones radiocarbónicas obtenidas hasta el momento, sitúan temporalmente las ocupaciones de estos sitios entre los siglos II y VI D.C. (Angiorama 1996, Núñez Regueiro 1998).

Los aspectos que más han llamado la atención de los sitios de Alamito frente a otros asentamientos contemporáneos del NOA, son la trama espacial y la arquitectura (Núñez Regueiro 1971; Tartusi y Núñez Regueiro 1993) (Figura 2). La topografía y morfología de cada sitio está definida por una serie de montículos que, en torno a un espacio central de amplias dimensiones, se distribuyen sobre la mitad oriental. Estas unidades monticulares corresponden a recintos de vivienda tapados, construidos con muros de tapia y columnas de rocas. En la mitad occidental de cada sitio se extienden dos plataformas rectangulares de muros de roca separadas por un pasillo. La situación espacial, el volumen y los atributos constructivos destacan el carácter escenográfico y el impacto visual de estas plataformas (Núñez Regueiro y Tartusi 1992). Hacia el oeste de estas estructuras se encuentra un montículo en ocasiones cuidadosamente delimitado con un muro frontal perimetral. Las dimensiones destacadas, la estratigrafía y el contenido material de estas estructuras sugieren que su formación fue principalmente producto de la depositación de restos originados en actividades residenciales. Por último, en un sector periférico de los patios centrales, y contiguo a las plataformas, se ha definido un área de actividades múltiples que fue denominada "cobertizos". Se trata de ámbitos residenciales abiertos y externos, generalmente techados, donde tuvieron lugar tareas domésticas colectivas, artesanales y eventuales tratamientos de restos humanos e inhumaciones funerarias.

Los sitios Alamito fueron interpretados en un primer momento como pequeños asentamientos autosuficientes del Período Formativo, habitados por familias campesinas extensas con una compleja organización residencial de las ceremonias colectivas y la arquitectura ritual (González y Núñez Regueiro 1960; Núñez Regueiro 1971). En algún momento de su historia habrían sido escenario de situaciones conflictivas y abandonos definitivos, seguidos de movimientos poblacionales e intensos intercambios socio-culturales, posiblemente motivados por lo rudimentario de la tecnología agrícola disponible, la desigual distribución de recursos naturales entre los distintos pisos ecológicos y el creciente aumento demográfico

local (Núñez Regueiro 1975). Sin embargo, el germen contradictorio de las tecnologías y economías campesinas tempranas que éste primer modelo adopta como factores del cambio y la movilidad poblacional, desencaja con la información disponible actualmente que lleva a cuestionar la idea de una tecnología agrícola rudimentaria para aquel momento y la existencia de un importante crecimiento demográfico.

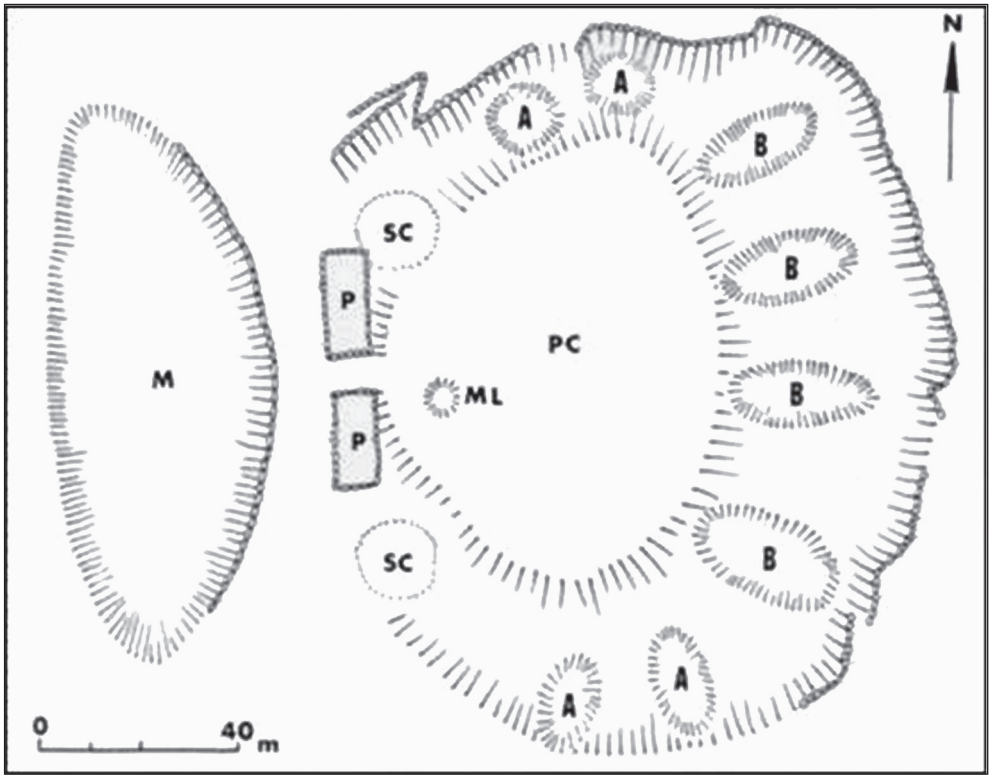


Figura 2. Croquis de un sitio Alamito, con el montículo mayor (M), las plataformas (P), los recintos (tipos A y B), el patio central (PC), cobertizos (SC), montículo de tierra (ML) (tomado de Nuñez Regueiro 1998).

Esta idea de unidades campesinas igualitarias fue modificándose a favor de una lectura que apuntó a resignificar estos sitios como centros ceremoniales que actuaron como "polos de desarrollo" administrando no sólo el servicio del culto sino también las relaciones sociales y económicas de una amplia región circunscrita por fronteras socioculturales concretas (Tartusi y Núñez Regueiro 1993; Núñez Regueiro y Tartusi 1996-97; Núñez Regueiro 1998). Pero la inestabilidad en la reproducción y mantenimiento de los poderes sociales ejercidos desde estos centros, sumada al desarrollo de otros centros de poder en regiones vecinas, habría contribuido al declive definitivo de los sitios Alamito como centros ceremoniales y de su forma de vida, motivando conflictos de distintas escalas, el abandono de asentamientos y el movimiento territorial de sus ocupantes. Según esta visión, el fenómeno de complejización social y política emergente en los sitios Alamito experimentó un proceso de relocalización

y continuidad entre las poblaciones asentadas en el valle de Ambato (Catamarca), donde distintos asentamientos con presencia de arquitectura ceremonial, se habrían consolidado como centros de poder durante el fenómeno conocido como "Aguada" (Tartusi y Núñez Regueiro 2001).

La existencia de indicios de prácticas sacrificiales en contextos con arquitectura ceremonial y evidencias de producción artesanal serían algunos de los indicativos del carácter ceremonial de estos sitios. Sin embargo, quedan varias dudas respecto a que el significado de los mismos remita al ejercicio de la centralización de las actividades religiosas y económicas de una amplia región. Una gran parte de los recursos estilísticos, tecnológicos y materias primas, que integran aquellos contextos, manifiestan una distribución tan amplia y heterogénea, que resulta un tanto forzado sostener que todos los asentamientos de la región por los que circularon estuvieron supeditados al poder centralizador de los sitios Alamito. Por otro lado, si la dinámica de estos centros de poder determinó la conformación de fronteras socio-culturales para sus áreas de influencia, deberíamos sostener entonces que las mismas parecen haber sido permanentemente transgredidas por los habitantes de asentamientos que, aún localizándose dentro de tales fronteras, convivieron con objetos sugerentes de relaciones con poblaciones que se encontraban fuera de estas supuestas áreas (Scattolín y Lazzari 1997).

Ahondando aún más en estas controversias, no podemos dejar de considerar que el carácter político-social que plantea este modelo para los sitios Alamito, nos lleva a asumir que estaríamos indagando en espacios y modos de vida de grupos de elite vinculados al oficio del culto y la producción artesanal, por lo que cabe preguntarse entonces dónde y cómo vivía la gente común (Gordillo 2007b). Los contextos arqueológicos muestran una clara conexión con prácticas de producción y consumo domésticos de un grupo social sin diferencias exhibidas materialmente, que relaciones colectivas orientadas más bien a la reproducción comunitaria de la vida cotidiana, que a la acumulación y redistribución regional de bienes y el servicio cúltico de contingentes que concurrían a estos lugares periódicamente (Leiton 2005, 2006; Leiton *et al.* 2007; Barrales y Leiton 2007). En este sentido, todas las esferas de la vida social residencial parecen superponerse en cada uno de los sitios Alamito y al interior de los mismos, a escala colectiva y/o privada, una variedad de actividades domésticas y productivas se cruzan con prácticas cúlticas de diferente naturaleza y alcance (Gordillo 2007b).

CUESTIONES SOBRE EL ABANDONO

De alguna manera, el registro arqueológico siempre alude al momento final de la ocupación de un lugar. Sin embargo, las cuestiones relativas a la problemática del abandono no han recibido suficiente atención en las investigaciones del NO argentino.

A partir del análisis y confrontación de dos casos específicos, la propuesta es identificar los indicadores materiales y las prácticas asociadas al abandono o despoblamiento, conceptualizando a este último no como un acontecimiento único sino como un proceso dinámico de creación y recreación de paisajes sociales. Los sitios de La Rinconada (valle de Ambato) y Alamito (Campo de Pucará) aquí examinados, posiblemente ligados por relaciones históricas, muestran contextos de abandono particularmente fértiles para su análisis. Si bien hay entre ellos diferencias tangibles de distinto orden –que aluden a desenlaces diferentes

en tiempo y forma–, los resultados obtenidos permiten establecer relaciones en términos de prácticas concretas durante el momento crítico del "deshabitar". Nos referimos especialmente a aquellas vinculadas al cierre ritual de las casas, aldeas o territorios, tales como sacrificios de objetos y lugares, ofrendas, incendios rituales, etc.

Sobre esta base, la idea es abrir la discusión sobre los procesos de abandono ocurridos durante el Formativo, con foco en su dimensión espacial y temporal así como en las distintas modalidades y acciones ligadas a tales eventos, poniendo en tensión la información proveniente de los contextos analizados y su interpretación.

El tema del abandono es crucial para la arqueología, tanto al considerar los procesos y prácticas sociales que involucra como al evaluar su rol en los procesos de formación del registro (Schiffer 1982; Cameron y Tomka 1993; Darras 2003, Tringham 2005, Jimenez Jáimez 2008, etc.).

Por ese motivo y estimulados por el tipo de contextos que ofrecen los sitios de La Rinconada y Alamito, hemos centrado nuestro interés en ese tema. No apuntamos en principio a trazar relaciones de carácter histórico sino a ensayar una comparación donde las analogías y diferencias confrontadas posibiliten una mejor comprensión de cada caso.

En otras oportunidades hemos considerado estas dimensiones en el análisis de los abandonos protagonizados por las sociedades Aguada, comparando los distintos ámbitos desde una mirada interregional, para luego hacer un acercamiento a escala de sitio y de región desde La Rinconada (Gordillo 2009b, 2011, 1013) o bien para el análisis de ciertos contextos registrados en los sitios de Alamito (Leiton 2005, 2006). Sabemos que más allá de las causas del abandono, muchas veces difíciles de desentrañar, es posible abordar el problema a través del análisis de otras dimensiones más fácilmente confrontables con la evidencia arqueológica y que, en la medida de las posibilidades que ofrecen, hemos aplicado al examen de los contextos finales del valle de Ambato y el Campo del Pucará. Al respecto, tomamos en este trabajo tres dimensiones de análisis que necesariamente se correlacionan entre sí; a saber:

1. la escala espacial, a nivel intra-sitio, de sitio, regional o interregional.

2. la escala temporal, en referencia a la forma gradual o abrupta del abandono y a su carácter temporal o definitivo.

3. el modo de abandono, planificado o no planificado, las expectativas de retorno, las prácticas asociadas (actos de clausura, recuperación, retiros, destrucción, ocultamiento, incendios, etc.).

CONTEXTOS FINALES Y ABANDONO EN LA RINCONADA Y AMBATO

La Rinconada o Iglesia de los Indios es un sitio ceremonial Aguada que se localiza en las planicies del fondo de valle, en un área densamente ocupada entre el 600 y el 1200 D.C. No nos extenderemos en su descripción e interpretación dado que ha sido objeto de varias publicaciones (para una síntesis de ellas ver Gordillo 2009a), pero sí es pertinente recordar aquí las principales características del sitio, especialmente de sus sectores residenciales, que son de particular interés para nuestro tema.

El sitio se emplaza sobre la planicie del fondo de valle que se extiende junto a la margen derecha del río Los Puestos, en Ambato, ocupando un área de aproximadamente 130 m

(N-S) por 120 m (E-O). Sus antiguas construcciones se encuentran hoy sepultadas bajo el sedimento acumulado, formando áreas monticulares, con agrupamientos de piedras en la superficie que por trechos aparecen alineadas y superpuestas.

El sitio está formado por un conjunto de estructuras articuladas en una trama ortogonal de unidades adosadas, las que siguen un patrón constructivo de muros dobles y robustos de piedra y/o tapia. En planta, el conjunto de las construcciones configura una gran U abierta hacia el poniente (Figura 3).

La forma en que se distribuyen e integran las distintas unidades arquitectónicas permite diferenciar, al menos, dos grandes espacios vitales dentro del mismo: el espacio público y el residencial. El primero estuvo integrado por la plaza, en torno a la cual se orientaron los arreglos escenográficos de las construcciones que la circundan. Entre ellas se destaca la *plataforma independiente,* una construcción maciza que, con sus rampas de acceso, se extiende por toda el ala sur del sitio. Se trata de la estructura que presenta mayor visibilidad espacial

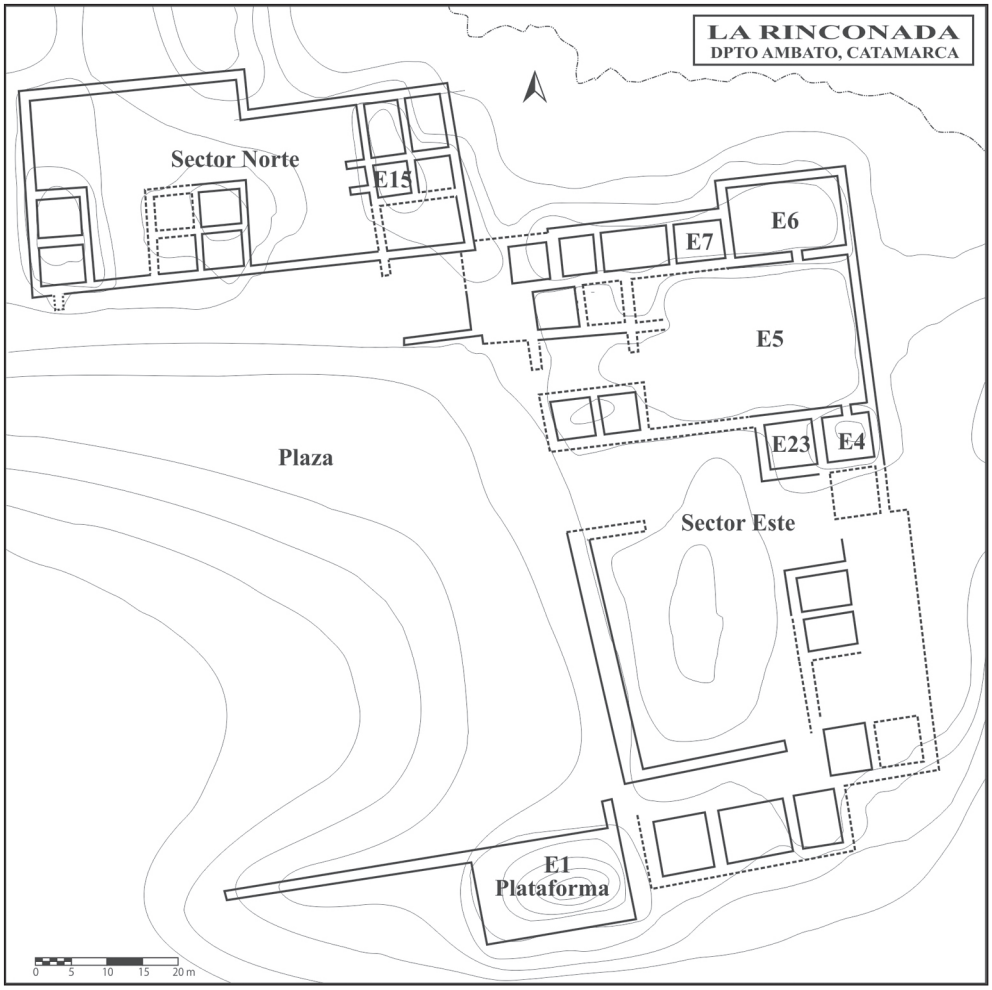


Figura 3. Plano general de Iglesia de los Indios –La Rinconada, Ambato– (dibujo de Inés Gordillo).

y temporal. Fue construida, inicialmente sobre un basurero, en varias etapas constructivas durante las cuales se emplearon los desechos domésticos como relleno y piedras seleccionadas para los muros de contención. Estos últimos muestran una técnica más elaborada y acabada en su vista norte, la que da a la plaza.

Por su parte, el espacio residencial estuvo constituido por las áreas de vivienda de los sectores Norte y Este del emplazamiento. En ellos se integran varios núcleos de vivienda, construidos con una tecnología arquitectónica notablemente elaborada. Las habitaciones adosadas entre sí y con techos leñosos a dos aguas estaban distribuidas en torno a grandes patios con galerías laterales, los que constituyeron espacios semipúblicos de circulación, encuentro e interacción de distinto alcance entre los ámbitos privados y público. En habitaciones y patios se desarrollaron múltiples actividades domésticas vinculadas a la producción de alimentos y bienes, a su consumo y almacenaje, a prácticas rituales, etc., mostrando una estrecha correspondencia con otros sitios coetáneos del mismo valle.

Tales unidades presentan una estratigrafía compuesta básicamente por el nivel de ocupación y un grueso depósito de relleno posterior sin signos de reocupación. Los antiguos pisos, siempre de tierra, se distinguen principalmente por la presencia y disposición de los materiales antrópicos. En algunos casos aparecen depósitos inferiores correspondientes a actividades previas o bien a entierros o pozos de basura.

Uno de los aspectos más notables del registro de la Iglesia de los Indios son las evidencias de incendios generalizados asociados al último momento de ocupación (Figura 4: representación de incendio). En muchos sectores de los espacios residenciales del sitio aparecen los techos quemados y colapsados sobre los pisos de ocupación, sin hiato estratigráfico alguno, sellando en parte los artefactos y materiales que allí estaban en uso activo o potencial –sobre los pisos, mesas, soportes, alacenas, muebles o colgando de los techos y paredes– al momento del abandono y sin evidencias de reocupaciones del lugar. Así, los contextos *de facto* (*sensu* Schiffer 1972) en las habitaciones y patios de La Rinconada muestran una significativa densidad y variedad de materiales, frecuentemente termoalterados, muchos de los cuales refieren a su lugar de uso o depósito. Entre ellos se destacan los recipientes cerámicos con diferente grado de fragmentación y dispersión; los conjuntos artefactuales de molienda (morteros, manos, conanas y fuentes de piedra); los abundantes huesos de *Lama* sp. con marcas y, en algunos casos, articulados; las grandes cantidades de frutos de chañar depositados en tinajas; los objetos de metal, de cobre y bronce; las placas de mica, cuentas de collar y otros adornos de distinto tipo, materia y tamaño; los restos de cráneos humanos con marcas antrópicas de corte; etc.

Estos materiales aparecen, en distinta medida y forma, impactados por el derrumbe de los techos que ardieron y cayeron (Figura 5). Parte de sus componentes leñosos carbonizados (troncos, ramas y paja) así como el torteado superior de los techos y las piedras planas que lo afirmaban aparecen hoy sobre y entre los materiales, conservando en partes su entramado original.

Al reflexionar sobre las prácticas ligadas al abandono del sitio es importante considerar que, además de los incendios, hay signos de probables alteraciones y destrucciones deliberadas de objetos. En ese sentido, el *análisis contextual* de los materiales en la superficie de ocupación permitió considerar signos de ruptura intencional (objetos líticos contundentes directamente superpuestos a vasijas fragmentadas) y de alteración voluntaria de la posición de los objetos (Gordillo 2004). Al respecto, otros estudios específicos sobre los materiales hallados en

Figura 4. Representación tentativa de los incendios de viviendas en La Rinconada (gentileza de Wolf House Films).

Figura 5. Troncos del techo carbonizados sobre la antigua superficie de ocupación del patio E5 de La Rinconada (foto de Inés Gordillo).

esos contextos finales de ocupación nos han permitido comenzar a discriminar entre los artefactos destruidos antes de la caída de los techos y aquellos que fueron impactados por ese colapso (Gordillo y Vindrola 2013). Por ejemplo, el Índice de Fragmentación (*sensu* Schiffer 1983), que considera la cantidad de tiestos por pieza cerámica, muestra en muchos casos vasijas de *facto* cuya alta fragmentación sugiere que habrían sido destruidas en más de un evento de impacto. Asimismo, el análisis de termoalteración permitió establecer que algunas piezas estaban partidas antes del incendio y por ello sus fragmentos aparecen afectados diferencialmente por el fuego. Por otro lado, si bien el examen de la dispersión de los tiestos que componen cada pieza cerámica muestra en general una distribución acotada de los mismos, en algunos casos se observa un alto grado de dispersión, situación que sugiere la posibilidad de transporte antrópico (Gordillo y Vindrola 2013).

Cabe destacar que gran parte de los restos óseos humanos hallados hasta el momento presentan una situación en algunos aspectos similar a la cerámica. Aparecen sobre los antiguos pisos, con localizaciones restringidas y en asociación con los otros materiales *de facto*, incluso en el interior de vasijas. Se trata casi exclusivamente de cráneos que exhiben también un alto grado de fragmentación, diversos grados de termoalteración (exposición directa al fuego y hervido), algunas huellas de corte intencional (especialmente para la desarticulación) y golpes con objetos contundentes. Todo ello sugiere que existió una selección e ingreso deliberado de esa parte esqueletaria dentro del contexto doméstico en relación con prácticas vinculadas a la antropofagia, la conservación de reliquias y/o la realización de ofrendas (Gordillo y Solari 2009). Si bien la muestra es limitada (NMI=9) y hace falta profundizar este tipo de análisis, podemos pensar que alguna de estas prácticas formaron parte del proceso de abandono y que algunos cráneos humanos, como algunas vasijas, fueron sacrificados mediante su destrucción deliberada en el acto de clausura.

En relación con este panorama, es preciso considerar la existencia de depósitos que podrían tener un sentido ritual, producidos antes de la partida y del fuego, como ocurre en el sector noreste del patio E5. Allí, en un lugar acotado junto al muro norte, la concentración de materiales dispares (cráneos humanos, vasijas de diferente clase, marlos, cuentas, pigmento rojo, etc. cubiertos por restos de techumbre quemada) que no parecen responder a una actividad doméstica específica, deja abierta la posibilidad de considerar la ejecución de prácticas rituales –con ofrendas o sacrificios de objetos–, así como su rol en el proceso de deshabitar y su incidencia en la conformación del registro observado (Gordillo 2013; Gordillo y Vindrola 2013). En este sentido, diversos estudios sobre la arqueología del abandono muestran que los cierres rituales suelen incluir la realización de ofrendas, introduciendo en las viviendas y áreas de actividad artefactos o materiales que pueden no guardar relación con las actividades allí desarrolladas durante la fase de ocupación. Aunque no siempre, los procesos de formación ritual frecuentemente tienen como resultado conjuntos artefactuales enriquecidos que pueden confundirse fácilmente con desechos *de facto* abundantes (Jiménez Jáimez 2008).

Otro de los problemas más frecuentes para el estudio de los procesos de despoblamiento es precisar su ubicación y relaciones temporales. A menudo es difícil determinar si las dataciones aluden a los contextos finales de una ocupación. No siempre es certera la relación muestra-evento debido a factores tales como el efecto *old wood* y longevidad de especies vegetales o bien las prácticas de conservación y reutilización de los materiales muestreados. Por otro lado, los errores estadísticos y de la calibración de las edades radiocarbónicas generan,

frecuentemente, rangos temporales demasiado amplios para la escala de los procesos sociales que intentamos interpretar (Gordillo 2004).

En algunos lugares, la claridad de los contextos finales facilita el análisis. Es el caso de varios sitios de Ambato, entre cuyas series radiométricas contamos con dataciones que remiten claramente al último momento de ocupación dado que corresponden a muestras de vegetales de ciclo biológico anual (frutos o tallos jóvenes) carbonizados durante los incendios asociados al abandono definitivo del lugar. Esta circunstancia nos aproxima directamente al límite temporal superior de Aguada de Ambato. Para La Rinconada contamos con varias de las dataciones realizadas sobre muestras de los endocarpios de chañar correspondientes a ese contexto terminal de ocupación (Tabla 1). Su análisis, calibración y tratamiento estadístico permitieron definir un rango cronológico para ese acontecimiento en el sitio entre aproximadamente 1050 y 1200 D.C. (Gordillo 2007a), demasiado extenso para nuestros intereses. Estos resultados son coherentes con las edades obtenidas para el momento final en distintos sitios del valle. Tales edades arrojan, en conjunto, un rango amplio –más de 200 años calendarios– que lamentablemente no permite precisar el momento, el ritmo ni la posición relativa del abandono del sitio dentro del proceso de despoblamiento general del valle (Gordillo 2013).

El sitio fue habitado en forma continua durante varios siglos y, más allá de su final definitivo, es posible considerar variaciones intrasitio en referencia a espacios reconfigurados a lo largo de la ocupación. Al respecto, podemos suponer tentativamente abandonos funcionales (Darras 2003) o prácticas reconstructivas superpuestas donde escenarios previos fueron reemplazados por otros semejantes o diferentes en los mimos *locus*, como aparenta ser el caso de algunas estructuras de la Iglesia de los Indios, o bien del sitio próximo de Piedras Blancas (Gastaldi 2010). La estructura 4, por ejemplo, que se destaca en el conjunto residencial por su posición topográfica elevada y su elaborada arquitectura, fue emplazada sobre un área previamente ocupada según se desprende de las excavaciones allí realizadas, pero no sabemos aún si se realizaron para ello acciones de destrucción, tapado o entierro de unidades preexistentes. Por su parte, la estructura 23, más baja y con un depósito de "relleno" mucho más potente que en los demás recintos, no registra materiales de *facto* y no parece haber sido afectada por el fuego que tan claramente quemó otras estructuras; todo indica que corresponde a un momento inicial en la ocupación del lugar. Cabe recordar que en su interior, adyacente al muro este y asociado a un círculo de ceniza y tierra quemada, se halló un conjunto de elementos (una cabeza de camélido, una masa de arcilla con antiplástico, una fuente de piedra circular, un pequeño artefacto ovoide de cuarzo pulido, una placa de mica recortada y perforada, numerosas cuentas de collar agrupadas, etc.) cuidadosamente colocados unos sobre o junto a los otros, sugiriendo una ofrenda ritual que posiblemente estuvo relacionada con las prácticas del abandono de ese recinto específico pero no del contexto arquitectónico que integraba, según se desprende de su posición estratigráfica.

A escala intersitio, observamos que las características del contexto terminal de ocupación de la Iglesia de los Indios y su rango cronológico son aspectos decididamente análogos a los registros de otras instalaciones del valle en razón de similares materialidades, evidencias de incendios y un marco cronológico que sitúa al despoblamiento del valle en *ca.* 950-1200 D.C. Diversos factores ecológicos, económicos, religiosos, políticos, sociales y demográficos, tanto endógenos como exógenos, pudieron conducir a estos grupos de Ambato hacia una situación de crisis y vulnerabilidad, cuyo final conocemos como resultado, pero no como proceso (Marconetto *et al.* 2007).

Tabla 1. Dataciones de La Rinconada agrupadas, con la estimación estadística de edades verdaderas y los resultados calibrados mediante el programa Calib 4.3, con niveles de confianza del 68% (1 sigma) y 95% (2 sigma). Sobre fondo gris, la cronología correspondiente al final de la ocupación

Código de datación	Muestra Proced.	Edad ^{14}C A.P.	Material y contexto	Estimación de la edad ^{14}C verdadera		Cal A.D.		
						Intersección con la curva	Probabilidades	
							1	2
LP 932	M.8 E5-C1	840 +/- 55	endocarpios de *Geoffroea* sp. quemados en los incendios finales	899 +/- 32		1 1042-1207 2 1030-1219	1043-1091 = 0,465 1119-1140 = 0,204 1155-1188 = 0,323 1205-1205 = 0,008	1037-1143 = 0,635 1148-1213 = 0,365
LP 1206	M.10 E5-C3	930 +/- 40						
H 7004	M.1 E7-P	1260 +/- 40	tronco del techo sobre la superficie de ocupación final	1245 +/- 28	1230 +/- 23	1 725-851 2 679-886	722-742 = 0,210 770-783 = 0,159 789-827 = 0,422 840-862 = 0,209	692-700 = 0,024 715-749 = 0,207 764-885 = 0,769
LP 1199	M.9 E7-C5	1230 +/- 40						
GIF 9412	M.3 E4-3f	1180 +/- 45	tronco del techo sobre la superficie de ocupación final	1205 +/- 36				
Beta 79180	M.5-b E4-4b	1250 +/- 60						
LP 1225	M.11 E4-SC	1220 +/- 80	fragmentos óseos subyacentes al piso de ocupación	1220 +/- 80				
H 7005	M.2 E1-CC nv.21	1380 +/- 40	carbón disperso en el depósito inferior de la plataforma E1	1380 +/40		1 642-670 2 603-690	623-628 = 0,062 638-684 = 0,938	599–695 = 0,931 697-717 = 0,038 748-765 = 0,031

Estos contextos finales recurrentes, junto con la presencia de elementos muy elaborados y fácilmente transportables, restos alimenticios y la ausencia de signos de reocupación del área, son factores que inicialmente nos han llevado a suponer un abandono repentino, no planeado, que constituyó un despoblamiento colectivo, sincrónico y definitivo del lugar (Gordillo 2004; Cruz 2006; Marconetto 2009; etc.). Pero los datos aquí considerados sobre el modo de abandono de los sitios de Ambato permiten otras interpretaciones en el marco de una cronología que aún no resulta lo suficientemente ajustada como para definir el grado de simultaneidad de esos episodios. Por eso, otros escenarios son posibles y podemos pensar también un proceso de abandono progresivo, asociado a prácticas rituales, donde también cobrarían sentido las evidencias de fuego y los signos de destrucción intencional de artefactos que observamos en La Rinconada como parte de los rituales de clausura. Si bien no podemos descartar la existencia de incendios forestales, sobre los que indaga Marconetto (2009), queda planteada además, entre otras alternativas, la posibilidad de quemas voluntarias como parte del cierre ritual de ocupaciones (cf. Gordillo 2013).

EVENTOS Y CONTEXTOS DE ABANDONO EN ALAMITO

Los contextos vinculados a las prácticas y procesos de abandono en Alamito plantean quizás un panorama algo más complejo que los de La Rinconada. En particular porque nos lleva a considerar varias escalas y dimensiones implicadas en los procesos de abandono, tanto temporales como espaciales y contextuales o circunstanciales.

Algo que desde un primer momento llamó la atención sobre los sitios de Alamito fueron las características topográficas de los conjuntos arquitectónicos (González y Núñez Regueiro 1960). En especial, destacaron por aquella época su particular topografía monticular la cual se encuentra comprometida en una regular y planificada trama espacial estructurada en torno a un gran espacio central deprimido. Este modelo morfológico-espacial responde a la disposición anular de un conjunto de montículos de planta oval contiguos unos a otros, cuya formación se ha originado en la depositación de sedimentos y residuos materiales arqueológicos. En este sentido, los montículos expresan en gran medida las acciones y procesos que allí tuvieron lugar, al mismo tiempo que lo ocurrido define esa trama topográfica del paisaje monticular.

Como mencionamos antes, en cada uno de estos sitios se localiza hacia el occidente de la depresión central un montículo de amplias dimensiones cuidadosamente delimitado en ocasiones por un muro frontal de pirca simple. El volumen destacado, la naturaleza heterogénea de la estratigrafía y el contenido material de los depósitos de estas estructuras sugieren que su formación fue producto de la sistemática depositación de restos provenientes de la propia vida residencial, ya sea en carácter de desechos domésticos, artesanales o estrictamente ceremoniales (Núñez Regueiro 1998). Por otro lado, en torno al perímetro de la mitad oriental de la depresión central se define un conjunto de montículos que son el resultado del enterramiento y tapado de distintos recintos de vivienda de forma trapezoidal y subcuadrangular de paredes de tapia, columnas de piedra y techos armados con vegetales y torteado (Núñez Regueiro 1998). La gran mayoría de los elementos hallados sobre los pisos que corresponden al último período del habitar de estos recintos suelen encontrarse alterados y sellados como consecuencia, en gran medida, del incendio y colapso del techo

sobre los contextos de actividad, marcando un evento crucial de la historia residencial. Luego de este acontecimiento, las viviendas quedaron expuestas a procesos que desenlazaron en el rellenado de sus interiores y tapado definitivo de las mismas, originando los montículos que hoy observamos.

Por la recurrencia y características de los contextos definidos, los incendios de los techos han sido entendidos como resultado de acciones sociales deliberadas. Al contrario, los montículos formados por depósitos sedimentarios y arqueológicos que cubren totalmente las viviendas se asumieron como un problema estrictamente natural de los procesos medioambientales que actuaron luego de que el abandono tuviera lugar (Núñez Regueiro 1998). Sin embargo, la reevaluación de la información estratigráfica registrada durante excavaciones de unidades de vivienda y otros ámbitos de actividad; el análisis sobre la variabilidad de formas en que los contextos arqueológicos de distintas épocas se presentan en la zona; las distribuciones, características y volúmenes de los materiales que rellenan el interior de las viviendas; y la evaluación preliminar de la incidencia arqueológica de los procesos naturales de depositación que actúan localmente indicarían que agentes culturales estuvieron involucrados en mayor medida en la formación del relleno que tapa estas estructuras y su consecuente monticulización (Leiton 2005, 2006; Leiton y Giusta 2011).

En los complejos residenciales de Alamito la monticulización de los recintos de vivienda es el resultado de una serie de procesos iniciados con el acto mismo de cavado, transformación y acumulación de sedimentos para su construcción. Así, tales unidades se han inscripto en el paisaje de acuerdo a los atributos técnicos, formales y dimensionales que les fuera concedido en su proceso constructivo. Los muros en todos los casos son de tapia e involucran columnas alzadas con bloques de piedra superpuestos (Figura 6). Los accesos son visibles como vanos en los muros que conectan los recintos con el espacio central deprimido; se trata de aberturas que en ocasiones se prolongan tomando forma de pasillos.

Figura 6. Excavación de un recinto tipo B de Alamito: el recinto 2 del sitio 1H (tomado de Angiorama 1995).

Parte de la ambientación interna de estos escenarios consistió en la construcción de un piso sólido y regular mediante el preparado, agregado y consolidación de una mezcla de sedimentos franco-limosos e inclusiones clásticas de pequeña granulometría (Núñez Regueiro 1971, 1998; Ribotta 1997). Las actividades que tuvieron lugar en el interior de estos ámbitos se desplegaron sobre esas superficies preparadas. Así, depósitos de residuos y rasgos sedimentarios fueron agregados y desagregados progresivamente sobre los pisos de ocupación, actos que en su conjunto contribuyeron a que estos ámbitos de la vida fueran destacándose topográficamente por sobre el nivel inmediato de los espacios centrales.

Los pisos fueron frecuentemente alterados mediante el cavado de pozos donde fueron depositados los cuerpos de individuos muertos, habiéndose registrado varios casos en los que incluso fueron enterradas más de dos personas debajo de las mismas superficies de ocupación. Estas acciones trazaron un evento de fundamental importancia no sólo para el trayecto conceptual y social de estas viviendas sino también para su historia arquitectónica. Las inhumaciones no involucraron tan sólo el cavado de pozos sobre los pisos sino también la remodelación de estos luego de que los cuerpos fueron tapados, dado que por encima de los mismos se construyeron nuevos pisos de ocupación con las mismas características de aquel que quedó sepultado. En todos los casos conocidos, se llegan a superponer entre 2 y 3 pisos con éstas características. Ello da cuenta de que se trató de una práctica periódica, asociada en la mayoría de los casos a la apertura y tapado de contextos de inhumación de cuerpos humanos. En tales procesos, varios objetos (artefactos de molienda, residuos de alimentos, vasijas, etc.) fueron dejados sobre la superficie del piso que fue sepultado por la construcción de uno nuevo. Y, muy probablemente, otros que se encontraban en uso en el piso abandonado fueron conservados y mantenidos en actividad sobre el nuevo piso de ocupación. Encontramos, entonces, que existe aquí una escala espacial y temporal intrasitio e intra-estructura de prácticas de abandono, en la que por razones que desconocemos, los pisos de ocupación más tempranos de los recintos de vivienda fueron abandonados. Asociados a estos eventos fueron construidos otros pisos por encima de los mismos, remodelándose en ocasiones parte de la arquitectura muraria pero manteniendo muy probablemente la misma estructura de techumbre que cubría el recinto de vivienda originalmente.

Este proceso que tuvo lugar entre la rutina de la cotidianidad y la reiteración de eventuales refacciones constructivas de las superficies de habitación, constituye en definitiva una trama de prácticas de sedimentación que sucesivamente contribuyeron a que las viviendas comenzaran a destacarse por sobre la superficie del resto de los ámbitos de actividad de cada compuesto residencial.

Muchos de los elementos hallados sobre los últimos pisos de ocupación de estas estructuras suelen encontrarse alterados y sellados por depósitos sedimentarios carbonosos que contienen, entre otros materiales, restos vegetales carbonizados (troncos leñosos, cañas chusquea, paja, ramas, etc.) y cenizas cuya depositación fue originada por el incendio y colapso del techo que cubría los recintos. Las particularidades de este rasgo estratigráfico ponen de manifiesto la existencia de una estrecha relación entre el incendio y el colapso del techo sobre los contextos de actividad del último piso y el proceso de desocupación, ya que por encima de tales depósitos no se han registrado hasta el momento evidencias que sugieran que tales recintos hayan vuelto a ser empleadas como espacios de vivienda cubiertos o haber nucleado in situ actividades estables (Núñez Regueiro 1998). Luego de este evento, las estructuras quedaron expuestos a procesos que culminaron en el rellenado de sus interiores y tapado

definitivo de sus componentes arquitectónicos, lo cual originó los montículos que definen parte de la trama topográfica característica de la apariencia superficial que actualmente tienen estos asentamientos.

Algo semejante se desprende de los sectores que han sido denominados como "cobertizos", los cuales constituyeron áreas de actividades comunitarias externas a los recintos de vivienda, localizadas dentro del perímetro del gran patio o plazoleta central (Núñez Regueiro 1998). En prácticamente la totalidad de los casos que fueron realizadas excavaciones en tales sectores, se observó que habían estado cubiertos por estructuras de techumbre con las mismas características empleadas en los recintos de vivienda. Al igual que en estos casos, los restos de tales estructuras aparecen carbonizados en las áreas de cobertizos, sellando las superficies de actividad o pisos de ocupación. Buena parte de los objetos cerámicos provenientes de estos sectores parecen haber sido afectados por el colapso de los techos. Y por encima de estos depósitos, suele encontrarse una notable variedad de residuos que, al parecer, estaban sobre el techo antes de que el mismo colapsara. Luego del evento correspondiente al incendio y caída de la estructura del techo sobre las superficies de actividad, tales áreas no volvieron a constituir núcleo alguno de actividades residenciales estables; sin embargo, y al igual que en varios recintos de vivienda, luego de dicho evento tuvieron lugar en algunos casos depositaciones discretas y aisladas de recipientes cerámicos o de otras clases de ítems artefactuales o residuales. Lo observado en los sectores de cobertizos da cuenta que los incendios de techos también estuvieron vinculados a los procesos de abandono, y que las prácticas implicadas en los mismos incluyeron ofrendas aisladas de objetos sobre el área abandonada (Leiton 2005, 2006; Aguirre *et al.* 2006).

En esta misma línea de información, observamos que en los depósitos hallados sobre los restos de techos colapsados de los recintos de vivienda incluyen variados materiales en toda la matriz sedimentaria hasta la superficie (Leiton 2005; Leiton y Giusta 2011). En muchos casos, la presencia de los mismos parece corresponder a restos que integraban el material constructivo de los techos, así como también a objetos que habían sido depositados sobre la estructura de techumbre, antes de que la misma colapsara. Sin embargo, lo interesante es que la información relevada en las excavaciones de los recintos, nos lleva a considerar que ocurrieron también, a lo largo de toda la formación de los depósitos que se encuentran sepultando los restos de los techos, diversos eventos de depositación discretos y otros, al parecer, menos aislados, de diversos materiales. Es decir que con posterioridad al incendio y colapso de la estructura de techumbre, se sucedieron en el tiempo una serie de acciones culturales de depósito que contribuyeron a tapar estos recintos de vivienda y a formar los montículos que observamos actualmente, cubriéndolos. Esto nos lleva a plantear, por un lado, la clase y el sentido de las actividades que estuvieron comprometidas en dicho proceso; y por otro lado, el tema de la temporalidad del mismo; es decir, si tales acciones corresponden a un único episodio de tapado que afectó la totalidad de los conjuntos arquitectónicos, luego del colapso de los techos, o, por el contrario, a varios eventos que se sucedieron en un lapso de tiempo más extenso. Por otra parte, en relación con la escala espacial implicada en estos procesos de abandono, nos preguntamos si todos los recintos y demás espacios de actividad que integran cada uno de estos pequeños asentamientos fueron abandonados conjuntamente. O bien si, por el contrario, pueden enmarcarse dentro de una secuencia de episodios de abandono que sucedieron a escala intrasitio, en donde ciertos espacios de actividad eran desocupados y tapados, mientras otros permanecieron en actividad o se construían.

Los casos de los sectores de cobertizos y de los recintos de vivienda nos plantean, en principio, una relación notable entre los procesos de abandono y los incendios y colapsos de los techos que cubrían dichos espacios. A su vez, las características de los depósitos que se encuentran por encima de las unidades estratigráficas correspondientes a dichos eventos indican que ocurrieron luego acciones tendientes a depositar diversos materiales en los lugares que habían sido desocupados. En el caso de los cobertizos, se trató, al parecer, de depositaciones discretas y aisladas; por el contrario, en los interiores de los recintos de vivienda, dichas acciones comprometieron escalas temporales y espaciales mucho más amplias y heterogéneas, dado que constituyeron uno de los agentes principales responsables del relleno del interior de dichos espacios y de su tapado definitivo.

Otro de los contextos que nos ha aportado información sobre los procesos de abandono que ocurrieron en esta clase de sitios es una inhumación primaria que fue efectuada en la superficie del ámbito de actividad que comprendía uno de los sectores de "cobertizo" existente en el sitio 2(I). Se trata de un área donde gran parte de la producción material y social cotidiana estuvo sujeta a la interacción comunitaria. Este lugar en algún momento de su historia de ocupación fue modificado para inhumar un individuo masculino que falleció entre los 39 y 45 años de edad (Barrales y Leiton 2007). El entierro del individuo fue realizado en la cavidad de un pozo cuya apertura implicó la alteración de la superficie de actividad de aquel lugar de uso comunitario. Este proceso fue acompañado por la colocación de distintos objetos junto al cuerpo, entre los que se destacan un recipiente cerámico de diseño zoomorfo, huesos humanos y faunísticos, fragmentos cerámicos, semillas carbonizadas (Torres Vega 2006) y un pendiente y cuentas de collar manufacturadas en materias primas de diversas procedencias (Leiton *et al.* 2007). La historia social de este sector de actividad comunitaria, donde se desenvolvió aquel evento de inhumación, encontró en este proceso un punto de inflexión definitivo, ya que por encima del entierro no se registró información alguna que sugiriese la continuidad de su uso efectivo por parte de la comunidad. Es decir que, luego de que la inhumación fue realizada y el entierro tapado, el sector dejó de constituir un espacio de actividad dentro del sitio. Esto nos convoca a tratar dos aspectos principales relacionados con los abandonos en esta clase de sitios en distintos tiempos y lugares del mundo (Cameron y Tomka 1993; Darras 2003; Tringham 2005; etc.). Por un lado, nuevamente nos encontramos con la cuestión de determinar qué contextos remiten a procesos de abandono intrasitio y cuáles a aquellos asociados a la desocupación efectiva de todo el asentamiento en su conjunto. Y, por otro lado, indagar sobre las circunstancias que motivaron o en las cuales sucedieron los abandonos. En relación con el caso que acabamos de comentar, y teniendo en cuenta la importancia que asumieron en el devenir de la vida comunitaria estos sectores de cobertizo, nos inclinamos a pensar que dicho evento de inhumación muy probablemente formó parte del contexto en el cual la totalidad del sitio fue abandonado. Si esto sucedió de dicha manera, quizás la muerte de aquella persona y su inhumación en un área comunitaria, acompañada de objetos con características especiales, haya constituido un hecho de notable relevancia en las determinaciones que condujeron al abandono del sitio y al traslado de sus residentes hacia otro asentamiento.

Esta situación nos lleva a considerar de una manera u otra el tema de las temporalidades vinculadas a los procesos de abandono y también a los de la movilidad residencial, dado que los residentes de un asentamiento abandonado debieron trasladarse a otro u otros (Leiton 2005, 2006; Leiton y Giusta 2011). En primer lugar, al considerar la problemática cronológica en

la cual los procesos de abandono en Alamito tuvieron lugar, nos interesa en principio resaltar que no todos los sitios fueron contemporáneos. Las distintas dataciones obtenidas hasta el momento, nos indican que las formas de habitar y estar, asociadas a las ocupaciones de los sitios Alamito, tuvieron un desarrollo de varios siglos desde comienzos del primer milenio de la Era Cristiana (Tabla 2). En este lapso muchos sitios fueron abandonados, al mismo tiempo que otros eran construidos y habitados. Los fechados disponibles, a la vez que los resultados de estudios de seriación cerámica que han sido efectuados, tenderían a indicar que cada sitio fue ocupado en un período relativamente corto de tiempo, de alrededor de 70-100 años (Núñez Regueiro 1998). Esto quizás pueda estar indicándonos que la densidad poblacional vinculada a la ocupación de estos sitios fue relativamente estable en el tiempo a nivel local, y que la desocupación definitiva de un sitio haya estado muy probablemente asociada a la construcción y habitación de otro.

Tabla 2. Edades radiocarbónicas y rango calibrado de las muestras procedentes de los sitios Alamito (tomado de Angiorama 1996)

Código de datación	Edad ^{14}C A.P.	Rango cal A.D. (con 1
L. 476A	1560 +/- 100	427-647
Y.558	1630 +/- 60	415-548
P.344	1655 +/- 48	413-533
T.220	1659 +/- 100	341-555
LP-569	1600 +/- 70	341-535
LP-528	1910 +/- 60	79-235
LP-513	1950 +/- 50	65-141

Algo que puede dar cuenta o llevar a comprender más cabalmente un panorama como éste es el tema del patrón distribucional y de agrupamiento de esta clase de sitios, que se observa en cada una de las tres mesadas geomorfológicas de la zona de Campo del Pucará. En ellas, los asentamientos Alamito forman agrupamientos de entre 3 a 5 sitios con características semejantes (Leiton y Giusta 2011). Asimismo, en muchos casos algunas estructuras monticulares o sectores que integran un sitio se encuentran superpuestos a otros que forman parte de sitios contiguos. Esto, y lo comentado anteriormente respecto a los patrones de distribución y agrupamiento, nos lleva a poner la mirada sobre aquella situación vinculada a los procesos de abandono y movilidad residencial, antes mencionados, acerca de la desocupación y reinstalación entre sitios próximos (Leiton y Giusta 2011).

Teniendo esto en cuenta, aún nos resta definir y comprender mejor el contexto en el cual, alrededor del 500 D.C., el modo de habitar y estar, vinculado a esta clase de sitios, dejó de desarrollarse. No está claro aún si en dicho proceso se dio un abandono definitivo de la zona por parte de la población local que convivía en estos sitios, migrando hacia zonas próximas; o si parte de dicha población u otra, se mantuvo residiendo en el lugar de acuerdo a formas distintas de habitar.

DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES

En los casos que hemos tratado, las prácticas y procesos de abandono tienen lugar a diversas escalas temporales y espaciales. Por un lado, nos encontramos con situaciones que remiten a abandonos intrasitio, e incluso, intra-estructuras, en los que tuvieron lugar abandonos de áreas o ámbitos de actividad, asociados a estructuraciones de nuevos pisos de ocupación y remodelaciones arquitectónicas en los mismos espacios. En cuanto a los recintos de vivienda de Alamito, esos eventos se encuentran comúnmente asociados a inhumaciones funerarias de cuerpos humanos, que pudieron ser el motivo o acompañar la realización de dichas reestructuraciones espaciales. En estos procesos, muchos de los objetos que se encontraban en uso dentro de los recintos fueron dejados sobre la superficie de los pisos abandonados. Otros, en cambio, debieron ser conservados para continuar siendo usados sobre los nuevos pisos de ocupación construidos. Sin embargo, no podemos perder de vista que en casos como estos, algunos de los objetos quedaron intencionalmente depositados en los pisos desocupados –tal vez mediante acciones ritualizadas– como parte del proceso y las circunstancias del abandono.

En La Rinconada, estas situaciones no son tan recurrentes. En principio, no hemos hallado inhumaciones de cuerpos humanos, excepto un entierro secundario consistente en huesos de llama, vicuña y humanos debajo del piso de una de las viviendas (Estructura 7). Además, las variaciones que observamos en la reconfiguración de los espacios no parece obedecer tanto a una práctica periódica o repetida de desplazamiento o renovación de los lugares de vivienda, como al hecho de habitar a largo plazo un mismo sitio, con las transformaciones que ello supone en términos de ampliaciones, refuncionalizaciones, remodelaciones, etc. En este sentido apuntan, entre otros, los contextos registrados en las estructuras 4 y 23 antes mencionados, donde es posible hablar de abandonos funcionales (*sensu* Darras 2003) o de eventos de construcción, donde nuevos escenarios reemplazaron a otros preexistentes en los mimos *locus*.

Paralelamente, ambas áreas de estudio presentan claras evidencias de incendios asociadas a los eventos de abandono. Para el caso de los sitios del valle de Ambato se ha planteado la posibilidad de fuegos forestales naturales para la época que nos ocupa (Marconetto 2009; Marconetto y Laguens 2011). Pero aun cuando este sea el caso, un incendio natural no conduce necesariamente al abandono del lugar (Lindskoug 2013), dado que, tras su reacondicionamiento, los espacios afectados pueden continuar siendo habitados, a menos que se tome la decisión firme de marcharse sustentada en cuestiones de orden social (Gordillo 2013). Desde otra perspectiva, estos paisajes del abandono, generados en la destrucción y el fuego, frecuentemente fueron interpretados como resultado de enfrentamientos violentos que dispararon los procesos de desocupación de los sitios. Sin embargo, la falta de indicios más concretos que remitan a una atmósfera de violencia asociada a aquellos procesos, sumado al hecho de que los incendios de techumbres sucedieron, en distintos sitios y, al menos en el Campo del Pucará, en distintos momentos, nos inclinamos a considerar que los mismos formaron parte de prácticas locales de clausura ritual, las cuales involucraron el sacrificio de objetos y lugares por parte de los propios ocupantes de los asentamientos. Esta interpretación se refuerza con los eventos de depositación y destrucción de diversos objetos –recipientes cerámicos, artefactos de molienda, cráneos humanos y huesos de fauna, entre otros– que fueron identificados en los contextos finales, afectados por el fuego, de distintos ámbitos residenciales de la Iglesia de los Indios como también en los sitios de Alamito.

Con la quema intencional –tal vez el sacrificio de mayor magnitud– habría culminado ese conjunto encadenado de prácticas, seguido por el abandono a distinta escala.

En el caso de los sitios de Alamito, vimos que allí tuvieron lugar acciones de depositación de materiales diversos en el interior de los recintos de vivienda abandonados, las que se prolongaron en el tiempo luego que los techos quemados colapsaron sobre las últimas superficies de actividad. Esto da cuenta, en principio, de sucesivas prácticas sociales comprometidas en los procesos de rellenado y tapado definitivos de estos recintos, y de la consecuente formación de montículos que destacaron la presencia de los recintos abandonados en el paisaje local. De esta manera, la experiencia corporal y visual de la topografía y monumentalidad de los paisajes del abandono residencial pudo haber jugado un rol trascendental en la reproducción de la memoria social y los vínculos simbólicos con el pasado (Leiton 2005, 2006; Leiton y Giusta 2011). En definitiva, la monticulización de las viviendas tras su abandono no constituye otra cosa que –al igual que sus procesos constructivos, refacciones periódicas, incendio de los techos y depósitos que tuvieron lugar en el transcurso de su biografía– una trama de actos consecutivos de sedimentación que contribuyeron a resemantizarlas como monumentos. En este sentido, el tapado marca un trayecto más de su historia social; tal vez el trayecto que clausura ritualmente su proceso constitutivo como lugar de vivienda al mismo tiempo que funda un nuevo ciclo de su vida como monumento. Esto nos lleva a considerar la importancia que el mantenimiento de vínculos y relaciones sociales con los lugares abandonados pudo haber tenido para la reproducción social de la población local. Con lo cual no podríamos hablar en estos casos de que los abandonos significaron una desvinculación de lugares y objetos respecto del mundo de la vida.

Como ocurre con Ambato, para los sitios de Alamito aún no están claras las circunstancias sociales e históricas en las que los incendios de techos y abandonos de estructuras de vivienda tuvieron lugar. Tampoco las razones que llevaron a hacerlo sistemática y periódicamente. En distintas ocasiones se expusieron interpretaciones sobre este tema (Tartusi y Núñez Regueiro 1993, 2001; Núñez Regueiro y Tartusi 1996-97; Núñez Regueiro 1998), sin embargo hasta hace poco tiempo, casi no hubo estudios orientados concretamente a abordar su análisis y discusión, profundizando las implicancias de aquellas propuestas interpretativas. En este sentido son ilustrativas varias líneas de investigación con las que se cuenta actualmente y que hemos mencionado en este trabajo. Por un lado, resulta necesario tener en cuenta que los distintos sitios no fueron ocupados todos al mismo tiempo y que, de acuerdo a la información que hemos expuesto sintéticamente aquí, el abandono de uno estuvo al parecer estrechamente vinculado con la construcción y ocupación de otro en las inmediaciones (Núñez Regueiro 1998). Esto, al mismo tiempo, permite suponer que el recurrente incendio de los techos, la depositación prolongada en el tiempo de materiales en el interior de los recintos desocupados y el abandono de los sitios en general pudieron haber estado implicados en un proceso de movilidad residencial a escala local con cierta periodicidad, vinculado con el desprendimiento de miembros que iniciaban unidades residenciales propias. También, puede considerarse la existencia de ciclos calendáricos o su probable relación con mitos de origen (Núñez Regueiro y Tartusi 1996-97) asociados a la muerte de algún miembro destacado de las aldeas (Tartusi y Núñez Regueiro 1993;Núñez Regueiro 1998). En el marco de estas consideraciones puede tomar mayor sentido lo comentado en torno a la inhumación de un individuo en una de las áreas de cobertizo del sitio 2 (I) y su relación con el abandono definitivo como lugar de residencia. Es probable que la muerte de aquella persona y su inhumación en un área comunitaria, acompañada de objetos con características especiales,

haya constituido un hecho de notable relevancia en las determinaciones que condujeron al abandono del sitio y al traslado de sus residentes hacia otro asentamiento.

Estas cuestiones también son relevantes para interpretar los patrones de distribución y agrupamiento de los sitios Alamito que hemos comentado, así como los casos de superposiciones de sectores de ciertos sitios sobre otros. Esto último sugiere que la construcción y el habitar de ciertos sitios sucedió no sólo con posterioridad a la construcción y ocupación de otros contiguos sino también sobre los mismos, habiendo estado ya abandonados. Un proceso que se desarrolló a lo largo de un lapso menor a 250 años.

No sucede lo mismo en el valle de Ambato, donde parece darse cierres definitivos de los sitios, los cuales, tras los incendios, no fueron re-habitados. A nivel intersitio podemos hablar de simultaneidad en la ocupación de la zona, pero en relación con su final, desconocemos aún si el proceso de abandono fue simultáneo o escalonado en el tiempo, dentro de un rango de 200 años. Tampoco hay evidencias que denoten acciones recurrentes de destrucción-desocupación (abandono) de un sitio seguidas por construcción-ocupación de otro en las inmediaciones, ni de la movilidad residencial que tales acciones conllevan. Las prácticas de destrucción –incluidos los incendios– tan contundentes en La Rinconada se asocian al proceso de abandono definitivo de ese lugar y no hemos distinguido eventos recurrentes de ese tipo durante el lapso de ocupación del sitio, antes de su final. En estos términos, las prácticas de destrucción deliberada de objetos y quema a gran escala en el sitio no parecen ser cíclicas.

Por otra parte, las casas de La Rinconada, a diferencia de Alamito, no fueron convertidas en montículos por acciones sucesivas de relleno, depositación o tapado artificial, pero sí formaron parte de montículos los materiales usados dentro de aquellas casas y luego descartados. Los eventos de depositación y monticulización estuvieron dirigidos a áreas específicas convertidas en monumentos a la memoria del grupo. Es oportuno considerar, por ejemplo, el caso de la plataforma principal –mencionada al comienzo de este escrito–, donde ese descarte fue delimitado y contenido por paredes de piedra. Tal vez se trató de preservar en un espacio confinado y jerarquizado el testimonio de las generaciones anteriores a su construcción (Cruz 2004). De esta manera, la basura, que alude a la historia del lugar, se constituyó como el soporte físico y simbólico del rito público: "*El pasado doméstico trasciende en el ámbito público, dentro del cual se construye la memoria colectiva –en parte materializada en la basura– mediante un viejo discurso material que plantea un nuevo régimen de interpretación espacial y social"* (Gordillo 2007b: 86).

Creemos que la profundización de estas líneas de estudio nos permitará en un futuro cercano comprender de qué forma los rituales y clausuras de abandono pudieron formar parte de la reproducción y movilidad residencial a escala local y regional, y del rol que jugó en todo este proceso, la construcción de la ancestralidad y la memoria social. En este sentido, los resultados obtenidos para los casos de estudio aquí tratados pueden constituirse como fuente de hipótesis para los procesos de abandono en otros lugares y momentos.

Sabemos que los sitios Alamito, hacia el 500 D.C., y los de La Rinconada y Ambato, varios siglos después, fueron abandonados definitivamente. Al respecto, nos preguntamos acerca de la ausencia de ocupaciones posteriores, de la carga sagrada o histórica de estos escenarios abandonados y de su incidencia en la elección de hábitats a posteriori, así como del movimiento y la relocalización de estas poblaciones (Gordillo 2013). Quedan, sin duda, muchas cuestiones pendientes a considerar con el avance de las investigaciones sobre la problemática aquí planteada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguirre, G., D. Leiton y F. Becerra
2006 Techos incendiados y cañas carbonizadas en ámbitos residenciales: Análisis antracológico de recursos vegetales provenientes del sitio 2(B) de Campo del Pucará (Catamarca, Argentina). *Werken* 9:5-26.

Angiorama, C.
1995 *Metalurgia del Periodo Formativo en el Campo del Pucara, Prov. de Catamarca*. Trabajo Final para optar el Titulo de Arqueologo, Facultad de Ciencias Naturales e IML. UNT.
1996 Nuevos aportes a la cronología de Condorhuasi-Alamito. *Palimpsesto. Revista de Arqueología* 5:100-105.

Ashmore, W.
2000 Leaving Home Abruptly. *Mayab* 13:108-112.

Barrales, P. y D. Leiton
2007 El Ancestro y el Quirquincho: Vida y muerte de un lugareño prehispánico de Campo del Pucará (Catamarca, Argentina). En: *Primeras Jornadas de Jóvenes Investigadores. UNT–AUGM*. Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad Nacional de Tucumán. Asociación de Universidades Grupo Montevideo:15.

Cameron, C. M. y S. A. Tomka (Eds)
1993 *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*. Cambridge University Press, Cambridge.

Cruz, P.
2006 Complejidad y heterogeneidad en los Andes meridionales durante el Período de Integración Regional (siglos IV-X d. C.).Nuevos datos acerca de la arqueología de la cuenca del río de Los Puestos (Dpto. Ambato-Catamarca, Argentina) *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 35 (2):121-148.

Darras, V.
2003 La arqueología del abandono: algunos apuntes desde Mesoamérica. *TRACE* 43, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México.

Gastaldi, M.
2010 *Cultura material, construcción de identidades y transformaciones sociales en el Valle de Ambatodurante el primer milenio D. C*. Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

González, A. R.
1998 *Cultura de La Aguada. Arqueología y Diseños. Arte Precolombino*. Filmediciones Valero.

González Ruibal, A.
1998 Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis, *Complutum,* 9:167-191.

González, A. R. y V. Núñez Regueiro
1960 Apuntes preliminares sobre la arqueología de Campo del Pucará y alrededores (Dpto. Andalgalá, Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15:114-162.

González Bonorino, F.
1950 *Geología de la Hoja 13e Villa Alberdi (provincias de Catamarca y Tucumán).* Dirección Nacional de Industria y Minería, Buenos Aires.

Gordillo, I.
2004 *Organización socioespacial y religión en Ambato, (Catamarca), El sitio ceremonial de La Rinconada.* Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
2007a Eran otros tiempos. Cronología de la Integración Regional en el NOA. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur.* Editado por Verónica Williams, Beatriz Ventura, Adriana Callegari y Hugo Yacobaccio, Buenos Aires:221-234.
2007b Detrás de las paredes... Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca). En: *Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales: Perspectivas desde la casa, la comunidad y el territorio.* Compilado por Axel E. Nielsen, M. Clara Rivolta, Verónica Seldes, María M. Vázquez y Pablo H. Mercolli. Editorial Brujas, Córdoba:65-98.
2009a *El sitio ceremonial de La Rinconada: Organización socioespacial y religión en Ambato, (Catamarca, Argentina).* British Archaeological Reports, International Series 7, Oxford.
2009b *Paisajes del abandono. El final de las ocupaciones Aguada en el Noroeste argentino*. Ponencia presentada en el 53° Congreso Internacional de Americanistas, México.
2011 *Arqueología del abandono en el Noroeste argentino*. XVI UISPP WORLD CONGRESS, Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques, Forianópolis, Brasil.
2013 Paisajes del abandono. En: La *espacialidad en arqueología. Enfoques, métodos y aplicación*. Editado por Inés Gordillo y José M. Vaquer, Editorial Abya Yala, Quito, Ecuador:9-22.

Gordillo, I. y A. Solari
2009 Prácticas mortuorias entre las *poblaciones Aguada del valle de Ambato (Catamarca, Argentina). Revista española Antropología Americana,* número 39-1:31-51.

Gordillo, I. y B. Vindrola
2013 ¿El fin de las cosas? Indagando sobre las prácticas destructivas en La Rinconada (Catamarca). XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, La Rioja, 2013.

Jiménez Jáimez, V.
2008 El ciclo formativo del registro arqueológico. Una alternativa a la dicotomía deposicional/ posdeposicional. Universidad de Salamanca *Zephyrus*, LXII:125-137.

Laguens, A.
2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. IV-X d.C.). *Chungara* (Arica), Volumen 38, Nº 2:211-222.

Leiton, D.
2005 Casas, monticulización y memoria: Formas narrativas de estructuración del orden social en las comunidades de Alamito, Campo del Pucará, Catamarca (*ca.* 200-500 D.C.). En: *Actas del IX Congreso Nacional y II Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Arqueología*. Versión CD-ROM. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
2006 *Trabajos de investigación arqueológica en los sitios 2(B) y 2(I) de Campo del Pucará, Dpto. Andalgalá, Catamarca [Año 2004]*. Informe Inédito de Investigación, entregado al Dr. Víctor Núñez Regueiro, en el marco del Programa CIUNT G-219 (2001-2004).

Leiton, D. y M. Giusta
2011 Sacrificio y ritual: Una mirada sobre las dimensiones sociales y políticas del abandono y movilidad residencial en Campo del Pucará (Catamarca) durante el I milenio D.C. En: *Serie Monográfica y Didáctica* Nº 47. FCNeIML. UNT. Tucumán.

Leiton, D., P. Barrales, M. Giusta y L. Torres Vega
2007 Ritual funerario, biografías y lugar: Aproximación a una narrativa ancestral en el sitio 2(I) de Campo del Pucará, Catamarca. En: *Serie Monográfica y Didáctica*, Vol. 46:40. FCNeIML. UNT, Tucumán.

Lindskoug, H. B.
2013 *Fuegos en el pasado. Arqueología, microcarbones y regímenes de fuego en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina*. Videoconferencia Segundo Seminario Científico del Ciclo SemCi + UNdeC, Universidad Nacional de Chilecito, 29 de abril de 2013.

Marconetto, M. B.
2009 Rasgos anatómicos asociados al estrés hídrico en carbón vegetal arqueológico, Valle de Ambato (Catamarca), fines del primer milenio. *Darwiniana* 47(2):247-259.

Marconetto, M. B., A. Laguens, M. Dantas, G. Figueroa, M. Gastaldi, F. Pazzarelli y V. Mors
2007 Contextos arqueológicos de vulnerabilidad en las sociedades aguada del valle de Ambato. En: *Libro de Resúmenes del I Encuentro interdisciplinario de investigadores en problemáticas ambientales.* Universidad Nacional de Cordoba.

Marconetto, M. B. y A. Laguens
2011 El fin de la ocupación Aguada en Ambato: la trama socio-ambiental de una crisis. De las muchas historias entre las plantas y la gente. BAR, Oxford.

Núñez Regueiro, V.
1971 La cultura Alamito de la subárea valliserrana del NOA. *Journal de la Societé des Americanistas,* Tomo LX:7-46. París.
1998 *Arqueología, Historia y Antropología de los sitios de Alamito.* Ediciones INTERDEA. Tucumán.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1990 Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos*. N° 12. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.
1996-97 Los orígenes de Aguada. *Shincal* N° 6, Volumen dedicado a la III Mesa Redonda sobre la Arqueología de la Aguada y su dispersión:45-58.

Pérez Gollán, J. A.
1991 La Cultura de La Aguada vista desde el Valle de Ambato. *Publicaciones* 46:47-99.

Pérez Gollán, J. A, M. Bonnin, A. Laguens, S. Assandri, L. Federici, M. Gudemos, J. Hierling y S. Juez
1996-1997 Proyecto Arqueológico Ambato: Un Estado de la Cuestión. *Shincal*, Nº 6, Volumen dedicado a la III Mesa Redonda sobre la Arqueología de la Aguada y su dispersión:115-123.

Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia
1990 Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos* Nº 12, Instituto Nacional de Antropología:161-179.

Ribotta, E.
1997 *Estudio de la Arquitectura de los Sitios Condorhuasi-Alamito del Campo del Pucará, Catamarca*. Trabajo Final de Grado para optar el título de Arqueólogo. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán. MS.

Scattolín, M. C. y M. Lazzari
1997 Tramando redes: Obsidianas al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14:189-209.

Schiffer, M.
1972 Archaeological context and systemic context. *American Antiquity* 37(2):156-165.
1982 Toward an understanding of site abandonment behavior: evidence from historic mining camps in the southwest Yukon, *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 237-265.

1983 Toward the identification of formation processes. *American Antiquity* 48(4):675-706.

Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro
1993 Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones* N° 5. Instituto de Arqueología. UNT. Tucumán.
2001 Los sitios de Alamito como antecedente de Aguada. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I:149-156.

Tringham, S.
2005 Weaving house life and death into places: a blueprint for a hypermedia narrative. En: *(Un)settling the Neolithic.* Bailey, D., Whittle, A. y Cummings, V. (eds.), Oxford: Oxbow Books:98-111.

EL FORMATIVO EN LA PUNA MERIDIONAL: DE LA OPCIÓN PRODUCTIVA A LAS SOCIEDADES AGROPASTORILES PLENAS

Daniel Olivera[*], Patricia Escola[**], Alejandra Elías[***], Susana Pérez[****], Pablo Tchilinguirian[*], Pedro Salminci[***], Martina Pérez[*****], Lorena Grana[******], Jennifer Grant[***], Aixa Vidal[*******], Violeta Killian Galván[********] y Paula Miranda[***]

ABSTRACT

In Antofagasta de la Sierra (southern Puna of Argentina), between ca. 10000-5000 years BP, the economy of human groups was oriented to the hunting and gathering of wild plants and animals. These societies generated significant changes, most notably the adoption of camelid herding and agriculture from ca. 5000/4500 years BP onwards, which probably resulted from an earlier camelid domestication process. The incorporation of this productive option into the lifestyle of these groups carried significant changes in their economy and diet, as well as profound changes in social organization and symbolism. These changes were reflected in new patterns of mobility and use of space as well as changes in technology, patterns of social and political relationships, mythical/symbolic cosmovision, and even biological effects on reproduction and human metabolism. These processes, which developed alongside a changing environmental framework that influenced the supply and availability of subsistence resources for humans, led to a new kind of society generally known as Formative. This paper summarizes the investigations focused on Formative communities/groups that since 1983 have been carried out in this hitherto understudied region, exposing the questions that have led the study of this complex regional process and the progress made so far.

***Keywords**: Argentine Puna – Antofagasta de la Sierra – Agro-pastoralist Societies – Andean Formative*

[*] Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL), Universidad de Buenos Aires (UBA); deolivera@gmail.com
[**] CONICET, Universidad Nacional de Catamarca.
[***] CONICET, INAPL.
[****] Universidad Católica Argentina (UCA), INAPL.
[*****] INAPL, UBA.
[******] INAPL.
[*******] Universidad Complutense de Madrid.
[********] CONICET, Instituto de Geocronología y Geología Isotópica (INGEIS).

INTRODUCCIÓN

En la cuenca de Antofagasta de la Sierra –ANS– (Provincia de Catamarca), sector meridional de la Puna Argentina, diversas investigaciones han señalado la existencia de un dilatado proceso cultural prehispánico que involucró cambios que abarcaron desde grupos con economías cazadoras-recolectoras hasta la presencia del Estado Inca, e incluyeron el desarrollo de sociedades formativas agro-pastoriles y sedentarias desde *ca.* 2500 años A.P. (Olivera 1992; Elkin 1996; Aschero 2000; Hocsman 2006 a y b; entre otros).

Cuando nuestro equipo de investigación inició los trabajos en 1983, el conocimiento arqueológico y paleoambiental en el departamento de ANS (Figura 1) era casi inexistente (ver Olivera 1992 para un resumen de los escasos antecedentes previos). Originalmente, nuestras investigaciones destinadas a comprender el Período Formativo apuntaron a la formulación de un modelo de interacción ambiente-sociedad, indagando paralelamente en la evolución paleoambiental en una escala macro/meso para el Holoceno. Con el paso del tiempo nuestros objetivos se fueron ampliando, incorporando cuestiones tales como análisis isotópicos y bioantropológicos, y realizando nuevas actividades de campo, algunos de cuyos resultados incluiremos aquí.

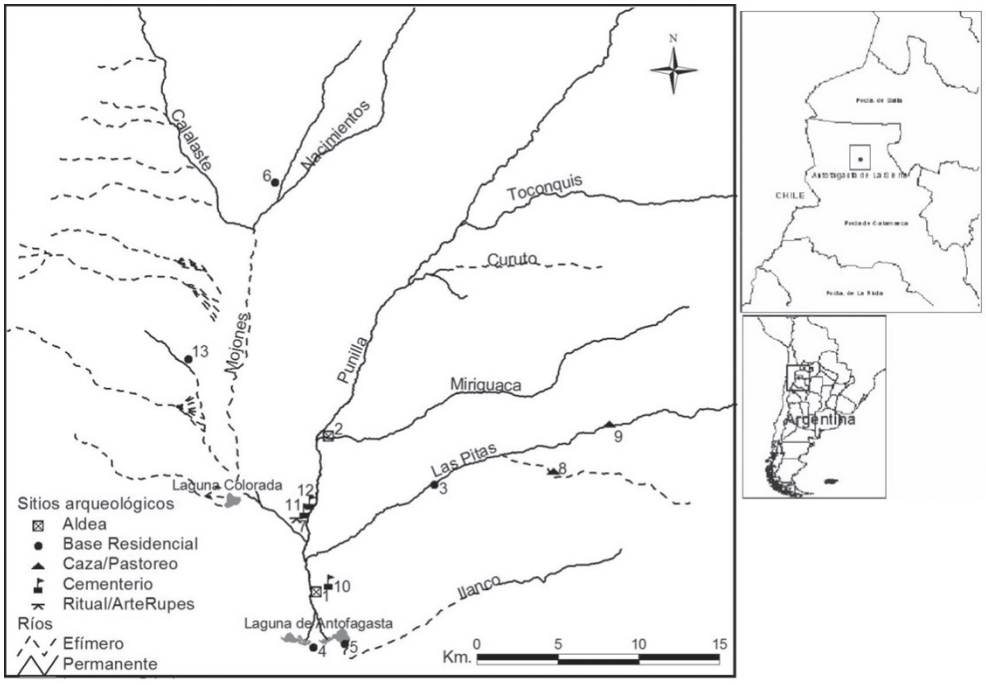


Figura 1. Mapa de ubicación de los sitios formativos en Antofagasta de la Sierra.

Referencias: 1. Casa Chávez Montículos, 2. Las Escondidas, 3. Punta de la Peña, 4. Arroyo Seco, 5. Volcán La Alumbrera, 6. Corral Grande, 7. Confluencia, 8. Quebrada Seca, 9. Real Grande, 10. Casa Chávez Lomas, 11. Casas Viejas A, 12. Casas Viejas B, 13. La Virgencita.

Este trabajo busca resumir el grado de avance alcanzado en el estudio y la comprensión del proceso social formativo en ANS, así como plantear algunas ideas e interrogantes que pueden resultar útiles para la discusión del proceso en el Noroeste Argentino. Debemos aclarar que la mayoría de los datos consignados han sido publicados o están en vías de serlo, y que inevitablemente existirán omisiones o remisiones a otros trabajos para no exagerar la extensión.

AMBIENTE y PALEOAMBIENTE

La microrregión de ANS se caracteriza por su extrema aridez e inestabilidad ambiental. Las precipitaciones medias anuales son altamente variables e inferiores a los 130 mm. La amplitud térmica diaria y estacional es elevada y la presión atmosférica baja. Las heladas ocurren a lo largo de todo el año, aunque son más frecuentes durante el invierno, parte del otoño y la primavera, con congelamiento de suelos. En general, sólo desde noviembre a abril se reúnen las condiciones necesarias para el cultivo y el crecimiento de las plantas, aunque en algunos casos podría extenderse su comienzo a un par de meses antes (Olivera 1992; Olivera *et al.* 2004; Tchilinguirian y Olivera 2011).

La vegetación se encuentra dentro del Dominio Andino, Provincia Puneña, dominando la estepa arbustiva, con presencia de estepa halófila, estepa herbácea y vegas (Cabrera 1976). La fauna está principalmente conformada por vicuñas (*Vicugna vicugna*) y llamas (*Lama glama*), roedores (*Ctenomys sp., Lagidium sp*., entre otros), carnívoros (*Lycalopex culpaeus, Felis concolor*) y aves, especialmente suri (*Pterocnemia pennata*), y numerosas especies que habitan en sistemas lagunares. Con respecto al guanaco (*Lama guanicoe*), si bien actualmente sólo se encuentra en áreas cordilleranas, es muy probable que en el pasado su distribución haya sido más extendida (Olivera 1992).

En el área se han distinguido tres sectores con alta concentración de recursos (Olivera 1992; Olivera y Podestá 1993): a) fondo de cuenca, b) sectores intermedios y c) quebradas de altura (Tabla 1). Se diferencian entre sí por sus características ecológicas y topográficas, la diversidad de recursos faunísticos y minerales y las unidades vegetacionales que presentan (Tabla 2). La forma e intensidad de aprovechamiento de estos sectores por parte de las poblaciones humanas fue cambiando a lo largo del tiempo en la medida que estas experimentaban variaciones en su medioambiente, subsistencia, población, organización social y política (Olivera y Vigliani 2000/2002).

Tabla 1. Sectores ambientales principales en la cuenca de Antofagasta de la Sierra

Sector	Ubicación	msnm	Características
Fondo de cuenca	Curso inferior del río Punilla y Laguna de Antofagasta	3400 a 3550	Altas posibilidades agro-pastoriles, disponibilidad de agua anual
Quebradas y sectores intermedios	Entre el fondo de cuenca y las quebradas altas	3550 a 3900	Posibilidades para el pastoreo y la agricultura a pequeña escala
Quebradas altas	Cursos superiores de los ríos	3900 a 4900	Vegas y pajonal para pastoreo de invierno; leña

Tabla 2. Rendimiento potencial de las Unidades Vegetacionales en Antofagasta de la Sierra

Unidad	Disponibilidad forrajera		Leña	Potencialidad agrícola	Uso actual
	Potencialidad	Rendimiento			
Vega Pre Puneña	Muy Alta	Anual (1), Estacional	Baja	Alta	Pastoreo ovejas y cabras, poco llamas; agricultura de forraje y escasa de vegetales para alimento
Vega Puneña	Alta (2)	Anual	Alta	Muy baja	Pastoreo de llamas
Vega Alto Andina	Baja (3)	Anual	Baja	Nula	Pastoreo de llamas
Tolar	Baja/Muy baja	Estacional (4)	Baja	Nula (7)	Pastoreo ovejas
Tolar/ Pajonal (5)	Muy baja	Anual/Estacional	Baja/ Alta	Nula	Pastoreo de llamas
Campo	Muy baja	Anual	Muy baja	Nula (7)	Sin uso actual
Pajonal (6)	Baja/Alta	Anual	Baja	Nula	Pastoreo de llamas

(1) Estacional para llamas (verano), anual para cabras y ovejas.
(2) Extensión espacial limitada
(3) Limitada extensión, menor cantidad de especies útiles
(4) En general, algo de pastoreo de ovejas y cabras en invierno
(5) Complementario de Vega Puneña
(6) Pastura compartida entre llamas y tropas de vicuñas
(7) En sectores aledaños a las vegas Pre Puneñas puede ser escasamente aprovechada.

Los estudios desarrollados sobre distintos registros paleoambientales han permitido identificar sensibles fluctuaciones climáticas y ambientales a lo largo del Holoceno. Se realizaron análisis en ocho cuencas fluviales (Las Pitas, Miriguaca, Aguada Cortaderas, Mojones, Ilanco, vertiente de Bajo del Coypar, Curuto, Punilla) y cuatro cuencas lacustres –lagunas Antofagasta, Carahipampa, Cavi y Colorada– (Olivera *et al.* 2004; Tchilinguirian 2008).

Los datos indican la existencia de siete fases paleohidrológicas (Figura 2) evidenciadas en ciclos de trasgresiones-regresiones lacustres y/o expansiones-retracciones de los humedales fluviales. Integrando los datos de las 12 cuencas se llegó a la conclusión que las fases regresivas más importantes se desarrollaron entre: 1) 7900-6300 años A.P., 2) 5800-4500 años A.P. y 3) 1500-300 años A.P. Por su parte, las fases transgresivas se desarrollaron entre: 1) >7900 años A.P., 2) 6300-5800 años A.P., 3) 4500-1500 años A.P. y 4) 300-100 años A.P. (Tchilinguirian y Olivera 2005; Olivera *et al.* 2006; Tchilinguirian 2008; Tchilinguirian *et al.* 2008).

La transición Arcaico-Formativo inicial coincide con el dominio de una fase húmeda (4500-1500 años A.P.). El ambiente fue relativamente estable con ríos permanentes que se extendieron más que en la actualidad, como lo demuestran los registros sedimentarios en los ríos Mojones y Curuto. La evidencia de la geomorfología apunta a que también ocurrió una mayor extensión de los humedales en los ríos Ilanco, Pirica y Peñón. En el fondo de cuenca se formaron nuevas lagunas someras con humedales perilacustres, como en las lagunas Colorada y Carachipampa (actualmente salares). Estas condiciones benignas y la mayor oferta de recursos coincidieron y, quizás, favorecieron el inicio y consolidación del pastoralismo de camélidos y los cultivos.

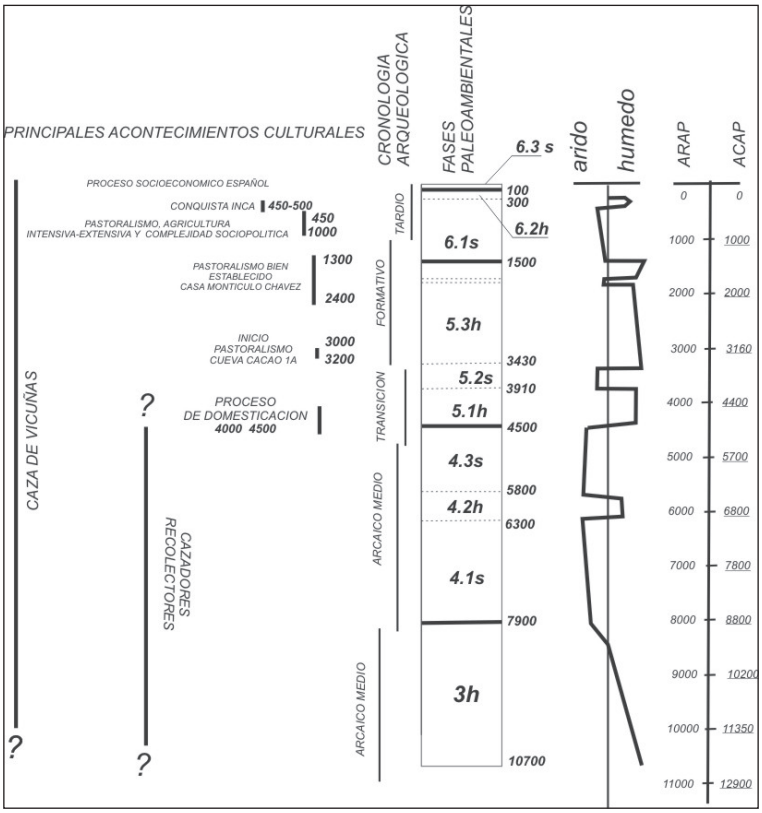


Figura 2. Fases paleohidrológicas en Antofagasta de la Sierra.

Desde *ca.* 1600 a 300 años A.P., las condiciones se tornaron más áridas, las lagunas se retrajeron, parte de los humedales se degradaron o circunscribieron a los sectores más elevados de las valles y el caudal de los ríos habría descendido. Los cauces de los ríos Las Pitas, Calalaste, Mojones, Miriguaca y Curuto se secaron y/o fueron efímeros. Por otro lado, el Punilla, Los Colorados y Aguada Cortaderas mantuvieron un régimen anual permanente. Consecuentemente, disminuyó la disponibilidad de recursos hídricos, animales y vegetales. Ahora bien, en las cuencas altas (por encima de los 4100 msnm) con manantiales permanentes, la respuesta del ambiente ante la aridización fue diferente. Allí, la desecación de las turberas presentó menor intensidad respecto a las cuencas inferiores y la oferta de recursos no habría cambiado significativamente (Tchilinguirian 2008; Tchilinguirian y Olivera 2011).

OCUPACIÓN Y USO DEL ESPACIO: SEDENTARISMO DINÁMICO

Las evidencias disponibles proponen que por lo menos desde *ca.* 3000 años A.P., habrían empezado a consolidarse en la microrregión de ANS sociedades sedentarias, con vida aldeana, estrategias mixtas agrícolas-pastoriles y tecnología cerámica (Olivera 1991, 1992, 1998). Con anterioridad, a partir de *ca.* 5000 años A.P. (Arcaico Tardío), existen evidencias de procesos

de circunscripción territorial, disminución en la distancia de los movimientos logísticos y, quizás, aumento del sedentarismo. Se identificaron bases residenciales con evidencias de actividades múltiples en cuevas y abrigos rocosos de los sectores intermedios y quebradas de altura de la cuenca (Aschero y Hocsman 2011, entre otros).

En las Tablas 3.1, 3.2 y 3.3 hemos resumido la información de los sitios arqueológicos con evidencias de ocupaciones agro-pastoriles formativas más destacados en la cuenca. La primera observación que se desprende es que estos se disponen en todos los sectores ambientales de la microrregión y que las funciones que parecen haber cumplido dentro de los sistemas de asentamiento son amplias, aunque, en general, los del fondo de cuenca y sectores intermedios de las quebradas se asocian especialmente a prácticas pastoriles y agrícolas, y los de las quebradas altas al pastoreo y la caza. Esto último, llevó a plantear el modelo de Sedentarismo Dinámico según el cual los grupos humanos utilizaban recursos de diversos microambientes en forma integrada, en un sistema de asentamiento-subsistencia que apuntaba a la disminución del riesgo a través de ampliar el espectro de recursos y utilizar variadas estrategias (pastoreo, agricultura, caza, recolección e intercambio intra e interregional). Las poblaciones tendrían asentamientos bases, en los que parte de sus integrantes permanecerían año completo, en los fondos de valle de las cuencas endorreicas o en quebradas protegidas, zonas aptas para la producción agrícola-pastoril, y asentamientos de ocupación temporaria o semi-permanente ubicados en otros microambientes, a los que parte del grupo se trasladaría con periodicidad variable, relacionados con el pastoreo y/o la caza y la extracción de otros recursos –por ejemplo, minerales, líticos– (Olivera 1992, 1997, 1998).

Desde por lo menos *ca.* 3000 a 2000 años A.P. se ha sugerido un modo logístico de pastoreo con agricultura (Olivera 1998), en el que el pastoreo es el eje económico productivo. Se verifica en estos momentos el establecimiento del sitio Casa Chávez Montículos (CCHM) sobre la terraza fluvial baja de la margen derecha del río Punilla, en el sector del fondo de cuenca (Figura 1). Este asentamiento corresponde a un conjunto de 10 estructuras monticulares de origen antrópico y dimensiones variables, dispuestas en dos grupos alrededor de un espacio deprimido central, ocupando una superficie de aproximadamente 300 m^2. Se han excavado de manera intensiva dos montículos (1 y 4), de los que se obtuvieron fechados absolutos entre *ca.* 2140-1320 años A.P. Dado que el fechado más temprano se encuentra por encima de la base de ocupación, el inicio del uso de este sitio podría retrotraerse a *ca.* 2400 años A.P. (Olivera 1991, 1992).

Las evidencias registradas en CCHM (estructuras de basural, de combustión, de cavado artificial, sectores de talla lítica, evidencias de fabricación de cerámica, procesamiento y consumo de camélidos) han llevado a caracterizarlo como una base residencial de actividades múltiples con ocupación anual. Cada uno de los montículos probablemente corresponda a áreas de viviendas domésticas, aunque en excavación sólo se han hallado alineamientos de piedra y no ha sido posible establecer la forma exacta de las estructuras de habitación (Olivera 1991, 1992).

Se han identificado a lo largo de la columna estratigráfica del Montículo 1, con base en las diferencias registradas en los sedimentos y la ergología, dos componentes separados por un evento de desocupación: a) Componente Inferior: comprende los niveles VI a XI con cronología entre *ca.* 2400-1700 años A.P., y b) Componente Superior: abarca los niveles III a V, entre *ca.* 1700-1300 años A.P. Como desarrollaremos más adelante, especialmente

basándonos en el material cerámico, se sugirió que en los momentos iniciales de ocupación habrían existido relaciones con el Norte de Chile (Llagostera *et al.* 1984; Sinclair 2004), mientras que en los más tardíos con poblaciones de los valles mesotermales del este, en particular el valle de Abaucán (Olivera 1991, 1992).

Otro sitio de gran interés es Las Escondidas, que se localiza en un nivel aterrazado del río Miriguaca (Figura 1). Comprende un conjunto de seis estructuras de grandes dimensiones y plantas predominantemente subcirculares. Dentro de este patrón general, se pudo apreciar cierta variabilidad que incluía: a) estructuras de planta circular simple con muros de piedra dobles y rellenos de rocas de menor tamaño, registrándose en algunos de ellos recintos interiores y otros perimetrales adosados a los muros e incluyendo rasgos como morteros fijos; b) estructuras de planta circular y muros de hilada simple, de conformación no tan claramente definida como las anteriores; c) acumulaciones de rocas de pequeño y mediano tamaño, de perímetro circular, que conforman montículos de escasa altura o especies de empedrados o pavimentos de formas más o menos circulares. Respecto a los restos asociados, en el interior y en el exterior de las estructuras se observó abundante material superficial, tanto lítico como cerámico. El material cerámico muestra la presencia de tipos negros y rojos pulidos, tratados con técnica de baño o engobe, similares a los estilos característicos del Norte de Chile ya identificados en el Componente Inferior de CCHM. A estos se suman fragmentos marrones-rojizos pulidos, de recurrente aparición en contextos formativos puneños. Por su parte, el material lítico está representado por artefactos de molienda, fragmentos de palas y distintos tipos de artefactos unifaciales y bifaciales en variedades de vulcanita, obsidiana y cuarcita. Se destaca la presencia de puntas de proyectil de pedúnculo destacado, aletas entrantes rectas u obtusas, o aletas entrantes y hombro y limbo lanceolado o triangular de bordes convexos, adscribibles a *ca.* 3200-2000 años A.P. Las Escondidas es junto a CCHM el sitio formativo más antiguo de la micro-región, ya que cuenta con una cronología comprendida entre aproximadamente *ca.* 2400-1500 años A.P. (Escola *et al.* 2013).

En lo que respecta a los cursos inferiores de las quebradas laterales, hasta *ca.* 2000 años A.P., fueron aprovechados por su oferta de forraje, leña y caza dentro de una estrategia básicamente pastoril, no detectándose ocupaciones permanentes asociadas a la agricultura (Olivera 1992; Olivera y Podestá 1993; López Campeny *et al.* 2005a).

Ahora bien, a partir de *ca.* 2000 años A.P., se registra un incremento demográfico creciente entre las sociedades puneñas, lo que parece coincidir con una optimización en el uso de los espacios productivos en la cuenca relacionados especialmente a las prácticas agrícolas (Olivera 1992; López Campeny 2001; Cohen 2005; Babot *et al.* 2006; Olivera *et al.* 2006). El número de sitios identificados en la microrregión aumenta notablemente a partir de estos momentos, en especial asociados a sectores con potencialidades agrícolas (*v.g.*, sectores bajos y medios de las quebradas laterales). Por su parte, CCHM habría aumentado su tamaño, lo que se evidencia en que algunos montículos parecen presentar sólo el Componente Superior de la estratigrafía –por ejemplo, Montículo 4– (Olivera 1992).

Además, recientemente, se han identificado en el fondo de cuenca del río Punilla, en la orilla sur de la laguna Antofagasta, nuevos sitios asignables a esta etapa tardía del proceso formativo: Arroyo Seco (AS) y Volcán La Alumbrera (Vc.LA) (Figura 1 y Tabla 3.1).

El primero presenta una serie de estructuras con formas y dimensiones variables, emplazadas sobre una planicie que divide la laguna y en los afloramientos basálticos del

volcán Antofagasta. Se encuentran construidas con roca basáltica del volcán y en muchos casos se aprovecharon grandes bloques naturales como paredes y límites entre recintos. Preliminarmente, se determinaron varios sectores y subsectores: AS 1, 2, 3, 4 y 5, este último dividido en los subsectores 1, 2, 3, 4 y 5 (Figura 3). Por su parte, Vc.LA se encuentra conformado por una serie de estructuras circulares emplazadas en el extremo oriental de la laguna Antofagasta (Olivera *et al.* 2008, 2013).

Tabla 3.1. Principales sitios arqueológicos agro-pastoriles formativos en Antofagasta de la Sierra. Fondo de cuenca

Sitio	msnm	Recursos potenciales (*)	Tipo de sitio	^{14}C años A.P.
Casa Chávez Montículos	3450	Pastura Tierra para cultivo Agua Leña (?) Materia prima lítica Recolección vegetal Caza (camélidos?, roedores, aves acuáticas) Yacimientos de arcilla	Base residencial de actividades múltiples/ Aldea	1530 ± 70 1660 ± 60 1670 ± 60 1740 ± 70 1740 ± 100 1930 ± 70 2120 ± 60
Casas Viejas A y B	3500		Cementerio	
Casa Chávez Lomas	3480		Cementerio	
Volcán La Alumbrera			Base residencial/ Pastoreo (?)	
Arroyo Seco	3450		Base residencial/ Pastoreo (?)	
Confluencia	3480		Arte rupestre	
Morteral	3480		Arte rupestre	
Ganadería	3480		Arte rupestre	
Punta del Pueblo	3480		Arte rupestre	

(*) Se considera la potencialidad entre ca. 3000 años A.P. y la actualidad.

En los conjuntos cerámicos relevados en superficie en ambos asentamientos, se observa un predominio de fragmentos grises pulidos e incisos semejantes a los estilos Ciénaga y Saujil y algunos a Aguada, en forma similar al Componente Superior de CCHM (Figura 4). Asimismo, cabe mencionar la identificación, en mucha menor frecuencia, de tipos negro y rojo con baño grueso de pintura, característicos del Componente Inferior de CCHM, y, en el caso de AS, fragmentos negro sobre rojo de adscripción Belén (posterior a *ca.* 1000 años A.P.). Las características tecnológicas de los conjuntos cerámicos de ambos sitios permiten sugerir la presencia de diversas actividades de tipo utilitarias (cocción, servicio, procesamiento de alimentos y almacenaje), lo que podría asociarse a contextos domésticos. En lo que respecta a los conjuntos artefactuales líticos, se registraron, como podríamos esperar en una base residencial (Escola 2000; Babot *et al.* 2006), actividades de obtención de soportes y manufactura de instrumentos, así como un considerable número de instrumentos asociados predominantemente a actividades de procesamiento y/o consumo –raederas, raspadores, puntas entre muescas, puntas burilantes, percutores– (Olivera *et al.* 2008, 2013).

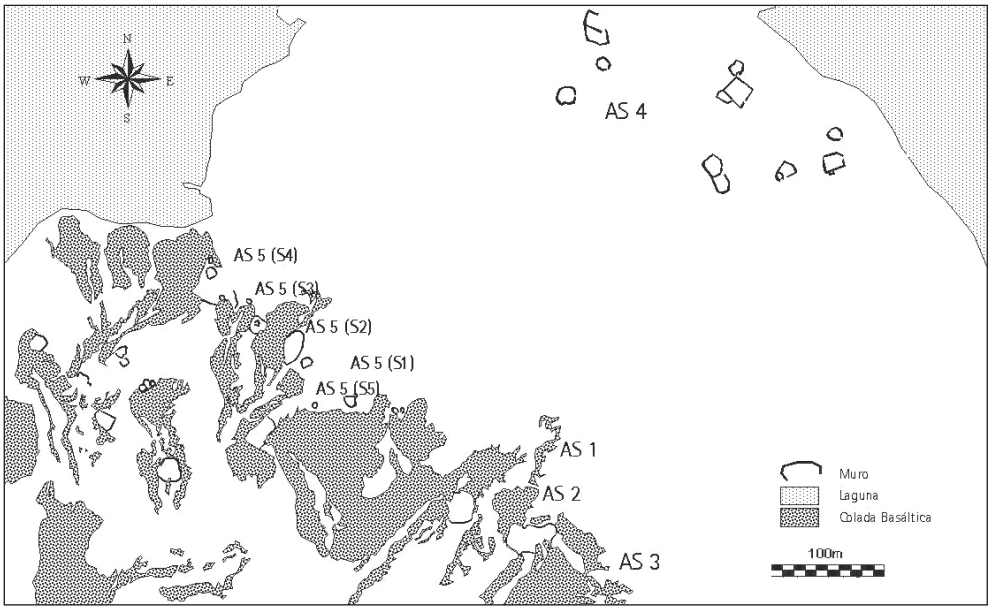


Figura 3. Sectores y subsectores en Arroyo Seco.

Figura 4. Fragmentos cerámicos relevados en Arroyo Seco (der.) y Corral Grande (izq.).

Las tendencias observadas en las distintas evidencias relevadas en ambos asentamientos llevaron a postular que tanto AS como Vc.LA corresponderían a bases residenciales de momentos formativos posteriores a *ca.* 2000 años A.P., orientadas probablemente al pastoreo de camélidos en la vega; esto último basándose en su emplazamiento en las proximidades de antiguas vegas de borde de laguna (totalmente degradadas en la actualidad) y características arquitectónicas. De acuerdo a los estudios paleoambientales realizados, la aridización posterior a *ca.* 1650 años A.P. pudo afectar antes y en mayor medida este sector inferior del fondo de cuenca que el aledaño a CCHM, lo que lleva a proponer que estos sitios dejaron de ser operativos y fueron abandonados antes de la desocupación final de la aldea formativa. Finalmente, cabe mencionar que las estructuras registradas en estos sitios son sumamente

relevantes al ser las primeras identificadas en el fondo de cuenca, asignables a momentos formativos, que conservan su planta original (Olivera *et al.* 2008, 2013).

En los sectores intermedios de las quebradas laterales la optimización en el uso de los espacios productivos relacionados con las prácticas agro-pastoriles llevó a ocupaciones más permanentes. En estos microambientes se registra un aumento en la cantidad de asentamientos con alto grado de estabilidad ocupacional, especialmente hacia *ca.* 1600-1700 años A.P. Es así que en el curso medio del río Las Pitas existen registros de ocupaciones prolongadas, estables y con alta recurrencia, como el sitio Punta de la Peña 9 –PP9– (Figura 1, Tabla 3.2). Este asentamiento, ubicado en la margen izquierda del río Las Pitas, ha sido caracterizado como una base residencial multicomponente, cuya ocupación se iniciaría hacia 1970±50 años A.P. (López Campeny 2001) y continuaría hasta el momento colonial moderno (Cohen 2005). Presenta estructuras arquitectónicas simples, subcirculares y elípticas, dispersas en la terraza alta del río, y estructuras adosadas dispuestas entre desprendimientos rocosos de los farallones de ignimbritas. Se ha planteado que durante el Formativo las mismas fueron utilizadas como espacios domésticos de actividades múltiples, corrales, áreas de descarte y actividades rituales (López Campeny 2001; Cohen 2005; Aschero *et al.* 2006; Babot *et al.* 2006).

Tabla 3.2. Principales sitios arqueológicos agro-pastoriles formativos en Antofagasta de la Sierra. Sectores intermedios

Sitio	msnm	Sector de muestreo	Recursos potenciales (*)	Tipo de sitio	^{14}C años A.P.
Peñas Chicas 1	3600	LAS PITAS (Curso inferior a medio)	Pastura Tierra para cultivo Agua Leña (?) Materia prima lítica Recolección vegetal Caza (camélidos?, roedores, suri)	Puesto agro-pastoril (?)	720 ± 110 3660 ± 60 3590 ± 55
Peñas Chicas 3	3600			Arte rupestre	
Peñas Coloradas 1, 2 y 3	3550			Arte rupestre	
BARP	3550			Arte rupestre	
Punta de la Peña 4	3650			Base residencial (?)	1010 ± 80 3870 ± 90 4060 ± 90
Punta de la Peña 9	3650			Base residencial (?)	530 ± 50 1150 ± 150 1460 ± 40 1970 ± 50
Río Miriguaca 1	3650	MIRIGUACA (Curso inferior a medio)	Pastura Tierra para cultivo Agua y Leña Recolección vegetal Caza menor y camélidos?	Puesto agro-pastoril (?)	
Río Miriguaca 2	3650			Puesto agro-pastoril (?)	
Campo de las Tobas	3700			Arte rupestre	
Cueva Cacao 1	3700	CURUTO (Curso inferior)	Pastura Tierra para cultivo Agua y Leña Recolección vegetal Caza menor y camélidos?	Arte rupestre Puesto agro-pastoril (?)	3390 ± 110 3000 ± 80 2870 ± 40 1240 ± 60 1080 ± 60
Corral Grande 1	3730	EL OTRO RIO		Base residencial (?)	
La Virgencita	3550	CORTADERAS		Base residencial (?)	

(*) Se considera la potencialidad entre *ca.* 3000 años A.P. y la actualidad.

Otro sitio ubicado en los sectores intermedios de la cuenca que correspondería a estos momentos es Corral Grande 1 –CG 1– (Figura 1, Tabla 3.2). Se emplaza en las terrazas del Otro Río (un afluente del río Mojones), 22 km al norte del actual poblado de Antofagasta. Como PP9, constituye un sitio multicomponente con evidencias asignables tanto al Formativo como al Tardío y a momentos históricos –incluso algunos hallazgos de puntas de proyectil en superficie relacionarían el sector con poblaciones cazadoras– recolectoras arcaicas- (Olivera *et al.* 2008, 2013).

Preliminarmente, se ha sugerido que CG 1 constituiría una base residencial con cronología relativa posterior a *ca.* 2000 años A.P. Hasta el momento, se han realizado recolecciones de superficie, incluyendo la mitad completa de un recinto circular (Figura 5). Los fragmentos grises incisos y grises-negros pulidos de filiación valliserrana (Figura 4) predominan en el conjunto cerámico relevado, el que estaría principalmente asociado, en función de sus características tecnológicas, a diversas actividades de tipo utilitarias, lo que podría relacionarse a contextos domésticos. Las tendencias tecnológicas registradas en la evidencia lítica nos lleva a proponer que en este asentamiento habrían tenido lugar muchas de las etapas implicadas en la manufactura de artefactos líticos (obtención de formas base, formatización de instrumentos, regularización, descarte). Por otro lado, se ha identificado un amplio número de materias primas líticas y grupos tipológicos, muchos de ellos asociados a tareas de procesamiento y/o consumo –artefactos de molienda, raederas, raspadores, trinchetes, muescas, puntas burilantes– (Olivera *et al.* 2008, 2013).

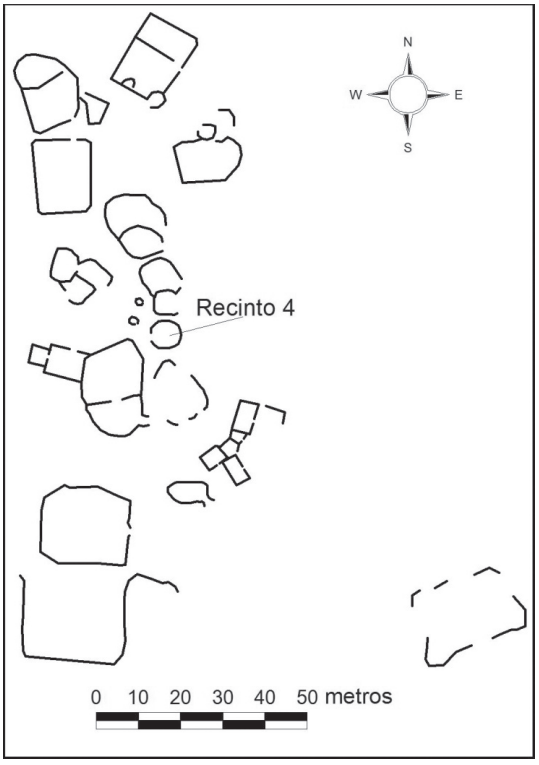


Figura 5. Plano de Corral Grande 1.

Finalmente, resta mencionar que los grupos formativos habrían utilizado puestos de actividades específicas (por ejemplo, Real Grande 1 y 6), de ocupación periódica no permanente, ubicados en las quebradas altas por encima de los 3900 msnm (Figura 1, Tabla 3.3), aprovechadas por su oferta de forraje, disponibilidad de leña y caza (Olivera 1998, 2006). Asimismo, se ubicaron sitios en las vegas altoandinas (por ejemplo, Laguna Diamante 2 y Laguna Purulla 1), que parecen estar destinados a explotar la vicuña mediante prácticas cazadoras.

Tabla 3.3. Principales sitios arqueológicos agro-pastoriles formativos en Antofagasta de la Sierra. Quebradas altas

Sitio	msnm	Sector de muestreo	Recursos potenciales (*)	Tipo de sitio	^{14}C años A.P.
Real Grande 1	4050	REAL GRANDE	Pastura Agua y Leña Materia prima lítica Recolección vegetal Caza menor y camélidos?	Puesto Caza-Pastoreo de altura	680 ± 70 770 ± 60 980 ± 70 1110 ± 100
Real Grande 3	4050			Arte rupestre	
Real Grande 6	4050			Puesto Caza-Pastoreo de altura	420 ± 70 670 ± 100 1120 ± 110
Real Grande 9	4050			Sitio ritual	
Real Grande 10	4050			Puesto Caza-Pastoreo de altura (?)	730 ± 60 1140 ± 100
Quebrada Seca 3	4050	QUEBRADA SECA		Puesto Caza-Pastoreo de altura (?) Arte Rupestre	2480 ± 60 a *ca.* 9050
Laguna Diamante 2	4450	Vega Altoandina		Puesto Caza-Pastoreo de altura (?)	
Laguna Purulla 1	4200			Puesto Caza-Pastoreo de altura (?)	

(*) Se considera la potencialidad entre *ca.* 3000 años A.P. y la actualidad.

ECONOMÍA Y SUBSISTENCIA

Desde *ca.* 4500 años A.P. existen evidencias de un posible proceso local de domesticación de camélidos y microrrestos correspondientes a cultígenos (quínoa, papa, oca) en contextos cazadores-recolectores en transición a pastores en ANS (Babot 2005; Aschero y Hocsman 2011). Este proceso se consolidaría hacia *ca.* 3000 años A.P. con nuevas situaciones económicas asociadas a un control efectivo de recursos mediante la implementación de prácticas agro-pastoriles complementadas con la caza, aunque con variaciones en la incidencia económica de estas actividades a lo largo del Formativo (Olivera 1997; Escola 1999).

En un momento inicial (*ca.* 3000-1700 años A.P.), asociado al Componente Inferior de CCHM, los grupos habrían tenido una economía básicamente pastoril, complementada con agricultura de pequeña escala. Para *ca.* 2400 años A.P. se registran animales de igual tamaño a la llama actual. El cultivo no habría sido una actividad tan destacada, como se deduce del escaso desarrollo de la tecnología agrícola; incluso se ha postulado que parte de la agricultura pudo haber tenido intenciones forrajeras. Por su parte, la caza de vicuñas conformó un componente importante en la subsistencia de estos grupos y quizá el mayor aporte de proteína carnea a su dieta (Olivera 1992, 1997, 1998; Grant 2008; Olivera y Grant 2008).

Desde el comienzo de la Era Cristiana la producción agrícola habría tenido mayor incidencia. El pastoreo de camélidos continuó ocupando un rol esencial en la economía, en especial en los sectores intermedios de la cuenca. El Componente Superior del Montículo 1 de CCHM y la ocupación del Montículo 4 corresponderían a esta etapa del proceso (Olivera 1992, 1998).

A continuación, desarrollaremos las tendencias en tres líneas de evidencias que han aportado a la comprensión de la subsistencia y economía de los grupos formativos antofagasteños y sus cambios en el tiempo: tecnología lítica, arqueofauna e isótopos estables.

Desde fines de la década del ochenta, se han llevado adelante estudios de los conjuntos líticos relevados en CCHM y en los contextos formativos de la quebrada de Real Grande, constituyendo las primeras incursiones sistemáticas en la comprensión de esta evidencia entre sociedades con economías productoras de alimentos y sedentarias del Noroeste Argentino –NOA– (Escola 1991 a, b y c; Dellino 1998; Escola 1999, 2000; Pérez 2003a, entre otros).

Desde momentos precedentes a *ca.* 3000 años A.P., finales de la transición de cazadores-recolectores a sociedades agro-pastoriles, se ha señalado una tendencia a invertir menor tiempo y energía en la producción de los artefactos líticos (Pintar 1995; Hocsman 2006 a y b; Hocsman y Escola 2006/2007). La expeditividad, orientada a minimizar el esfuerzo en la producción de instrumentos, se tornó un componente característico de la tecnología lítica de las sociedades agrícolas-pastoriles formativas antofagasteñas. El desarrollo de un alto control efectivo de los recursos de subsistencia a través de prácticas agro-pastoriles habría implicado cambios en el riesgo de corto plazo asociado a la subsistencia, con la disminución del *stress* temporal y de la impredictibilidad en la obtención de los recursos, propios de las actividades de caza y recolección. Los nuevos riesgos (por ejemplo, malas cosechas) enfrentados por los grupos habrían requerido de diversos mecanismos para ser amortiguados (por ejemplo, mejoramiento de la capacidad de carga del terreno, diversificación de las actividades productivas, almacenamiento y mecanismos sociales de cooperación), llevando esta diversificación de actividades a la necesidad de una programación efectiva del tiempo invertido en cada una de ellas. En este contexto, la baja inversión de esfuerzo tecnológico habría sido una solución mínimamente eficiente en la producción de los instrumentos líticos (Escola 1996, 2000, 2004).

Entre las consecuencias materiales de esta estrategia generalmente se han destacado la presencia de lascas sin formatización, de núcleos no preparados y de técnica bipolar (en relación a que requiere relativamente poco esfuerzo). Sin embargo, Escola (2000) sugiere ampliar el espectro artefactual producto de estrategias expeditivas incorporando los instrumentos con retoque marginal, los que tampoco requieren de considerable esfuerzo en su obtención. Propone el concepto de diseños 'utilitarios', caracterizados por presentar una

mínima selección de las formas bases/soportes, una utilización poco selectiva de las materias primas, baja o nula formatización de sus filos, escasas tareas de mantenimiento y reparación, baja multifuncionalidad y corta vida útil. Este diseño estaría asociado a la realización de tareas específicas e inmediatas en condiciones de bajos *stress* temporal y costo de fracaso en la obtención de los recursos y frente a actividades predecibles. La demanda funcional de los instrumentos y el cumplimiento adecuado de esta serían los condicionantes fundamentales de este tipo de diseño (Escola 2000).

Finalmente, otro factor que habría influenciado en las elecciones tecnológicas de las sociedades formativas y que estaría relacionado con el manejo del riesgo en un ambiente puneño, es la movilidad de los grupos. Basándose en el modelo de Sedentarismo Dinámico (Olivera 1992, 1998), Escola (2000) plantea que los grupos habrían accedido a una amplia variedad de recursos líticos procedentes de los diversos microambientes integrados en su movilidad pastoril.

Ahora bien, no toda la evidencia lítica de las sociedades formativas de ANS es susceptible de ser enmarcada como producto de estrategias expeditivas. Algunos componentes de estos conjuntos líticos podrían caracterizarse como resultado de estrategias conservadas. Es el caso de las palas y/o azadas (Escola 2000; Pérez 2003a), las puntas de proyectil (Escola 2000, 2002), los artefactos asociados a la molienda (Babot 2004, 2006) y las 'grandes raederas con retoque' (Escola 2000) (Figura 6).

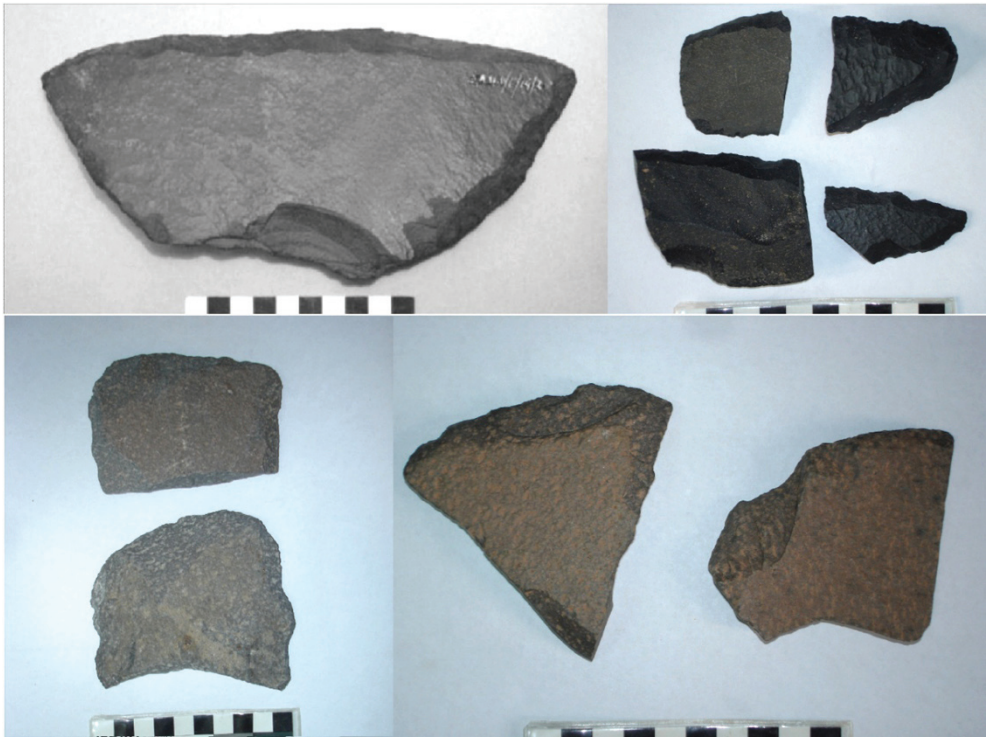


Figura 6. Ejemplares enteros y fragmentos de 'grandes lascas con retoque' y palas y/o azadas líticas relevados en Casa Chávez Montículos y Arroyo Seco.

Respecto de las puntas de proyectil están manufacturadas, casi en su totalidad, en obsidiana. Son altamente estandarizadas, tanto las pedunculadas como las apedunculadas, y parecen ser más abundantes en los sitios de altura (quebrada de Real Grande) que en CCHM. En este se rescataron 38 ejemplares en los montículos 1 y 4, mientras que en Real Grande 1 se relevaron 32 y alrededor de 30 en Real Grande 6 (Escola 2000 y com. per. 2012). Es difícil pensar que esto obedezca a diferencias en los tamaños entre las áreas de excavación ya que esta es sustancialmente inferior en los sitios de Real Grande que en CCHM. Entonces, la abundancia de puntas estaría relacionada con la funcionalidad de los sitios de altura, más asociada a la caza de camélidos silvestres.

En lo referido a las palas y/o azadas líticas, en CCHM se registraron abundantes fragmentos y ejemplares enteros, los que fueron estudiados a partir de diferentes vías de análisis. Inicialmente, se procedió a su caracterización técnico-morfológica y morfológica-funcional siguiendo los lineamientos propuestos por Aschero (1975, 1983) y Pérez (2003a), para así determinar la variabilidad de la muestra. Luego, los resultados obtenidos fueron aplicados a la elaboración de un programa experimental que contempló la realización de actividades relacionadas con las diversas etapas por las cuales pasaron los artefactos: aprovisionamiento y selección de la materia prima, replicación de los artefactos y enmangue de los mismos, y uso. Dado que el objetivo final de este programa experimental era generar información a ser empleada en interpretaciones funcionales sobre los ejemplares arqueológicos, se procedió al análisis de los rastros de uso en la colección experimental en relación a los comportamientos que los generaron. Finalmente, se compararon las características formales y los rastros de utilización entre ambas colecciones, la arqueológica y la experimental de referencia (Pérez 2003a, 2003b, 2004, 2005, 2006).

Los resultados obtenidos permiten afirmar que las palas y/o azadas de CCHM fueron utilizadas en la realización de actividades asociadas a la agricultura y responden a una tecnología conservada, presentando características de un diseño confiable (Bleed 1986; Nelson 1991). Son implementos estandarizados, manufacturados sobre soportes cuidadosamente seleccionados (lajas de vulcanita 8), con evidencias de regularización de bordes y embotamiento intencional de determinados filos de las piezas con el fin de reforzarlos, con cuidadosa manufactura del pedúnculo para lograr un enmangue seguro y evidencias de una larga vida útil. Todo esto implica un importante costo de tiempo y energía en la obtención de estos instrumentos, con el fin de lograr una mayor eficiencia al momento de su utilización. Implica, por otro lado, que su manufactura habría sido anticipada. Esto último quedaría, asimismo, evidenciado por la abundancia de desechos y fragmentos registrados en CCHM en relación a las áreas productivas, teniendo en cuenta que sería en la base residencial dónde se realizarían, con anticipación a su uso, la manufactura y reactivación de estos instrumentos (Pérez 2008, 2010a, 2010b).

Cabe mencionar que las frecuencias de estos implementos varían a lo largo de la secuencia de ocupación de CCHM. El Componente Inferior del Montículo 1 concentra sólo 36,5% del total de palas y/o azadas relevadas, mientras que Componente Superior el 63,5% restante (Pérez 2003a). Sin descartar sesgos de excavación, este incremento se torna llamativo al coincidir con el aumento de la importancia de la agricultura señalado a partir de *ca.* 1900/1800 años A.P.

En lo que respecta al registro arqueofaunístico, los camélidos domesticados (*Lama glama*) y silvestres (*Vicugna vicugna*) se hallan ampliamente representados en CCHM, mientras que

los roedores y aves pequeñas son muy escasos y asociados mayormente a procesos tafonómicos, sin descartar el consumo humano de ejemplares de vizcacha (*Lagidium sp.*). El incremento de la importancia de las agricultura en la subsistencia a partir de inicios de la era cobra importancia al analizar los datos brindados por la osteometría de camélidos. En función de registrar variaciones a lo largo del tiempo en cuanto a la importancia de las actividades de caza respecto a la cría de animales domésticos, hemos agrupado, por un lado, los valores obtenidos para el Componente Inferior del Montículo 1 de CCHM, y por el otro, para el Componente Superior del Montículo 1 y el Montículo 4. Los resultados obtenidos[1] de la comparación de los distintos elementos para los dos componentes tomados por separado, muestran una disminución en la proporción de vicuñas a medida que pasa el tiempo, desde el componente más temprano al más tardío. Esta tendencia ha sido confirmada por análisis estadísticos multivariados, que permitieron asignar un 42% de los especímenes medidos del Componente Inferior a vicuña, mientras que para el Componente Superior ese porcentaje se reduce a un 17% (Grant 2008; Olivera y Grant 2009).

En relación con los isótopos estables, cabe mencionar que desde hace ya varios años se está llevando adelante una exploración sobre la dieta de los grupos prehispánicos puneños durante el Holoceno, que incluye el establecimiento de valores estándar para las posibles especies involucradas en la dieta (Olivera y Yacobaccio 2002). Si bien no contamos con gran cantidad de muestras humanas para la microrregión, ya existen algunos valores que cubren diferentes épocas del Holoceno, los que son resumidos en la Tabla 4.

Tabla 4. Muestras isotópicas de sitios de Antofagasta de la Sierra

Sitio	^{14}C años A.P.	Muestra	Individuo		Fracción orgánica	
			Edad	Sexo	δ^{13}C (‰)	δ^{15}N (‰)
Quebrada Seca 3	4410 ± 50	óseo	NONATO	?	-16,56	+13,44
Punta de la Peña 11	3210 ± 50	óseo	INFANTE (=4 meses)	M	-14,90	+14,36
Punta de la Peña 11	3210 ± 50	piel	INFANTE (=4 meses)	M	-21,07	+19,10
Punta de la Peña 11	3210 ± 50	pelo	INFANTE (=4 meses)	M	-16,10	+10,30
Cueva Cacao 1A	3000 ± 80	pelo	?	?	-19,42±,05	+6,61 ± ,07
Punta de la Peña 9	1500	óseo	ADULTO	M?	-13,20	+11,00
Punta de la Peña 9	1500	uña	ADULTO	M?	-12,76	+10,20
Qda. de La Cueva	1130 ± 60	óseo	ADULTO (24/34años)	F	-12,66 ± ,03	+8,86 ± ,13
Qda. de La Cueva	1180 ± 60	óseo	ADULTO	M	-13,13 ± 13	+9,64 ± ,10
Bajo del Coypar II	1080 ± 210	óseo	ADULTO	M?	-15,83 ± 10	+14,97 ± ,17
La Alumbrera	210 ± 70	óseo	ADULTO (35/45 años)	M	-13,93 ± 22	+10,57 ± ,01
La Alumbrera	210 ± 70	óseo	ADULTO (25/35años)	F	-13,24 ± 16	+11,06 ± ,20

[1] Se considera el índice de distancia de logaritmos de Meadow o Logarithmic Size Index (LSI) (Meadow 1987,1989) y la técnica de *mixture analysis*.

Los valores de $\delta^{13}C$ de los sitios del Arcaico Final apuntan a una dieta basada fundamentalmente en ingesta de carne y/o vegetales C3, lo cual se confirma por los altos valores del ^{15}N. Es interesante notar el descenso del valor de ^{15}N en la muestra de Cueva Cacao 1A, lo que coincidiría con el mejoramiento ambiental y aumento de la humedad que proponen los estudios paleoambientales a partir de *ca.* 3000 años A.P. Otro elemento interesante es la variación de los valores de $\delta^{13}C$ del hueso respecto de los de piel y pelo en el individuo del sitio Punta de la Peña 11 A (*ca.* 3600 años A.P.). Dado que se trata de un infante, los valores reflejan la dieta materna. El valor del hueso, promedio de 10 a 30 años, muestra quizá una dieta más equilibrada entre carne y vegetales, mientras que en el corto plazo (muestra del pelo) parecería haber aumentado la ingesta de plantas C3 o haber soportado algún tipo de *stress* que pudo estar relacionado con aridez ambiental.

Finalmente, los valores del nonato del sitio Quebrada Seca 3 (Aschero *et al.* 2002) parecen coincidir con los esperables en una economía basada en la caza.

Ahora bien, un cambio notable se observa en las muestras provenientes de sitios posteriores a *ca.* 2000 años A.P. En todos los casos el $\delta^{13}C$ muestra un incremento que apunta a una importante ingesta de plantas C4; muy posiblemente el maíz comienza a jugar un rol importante, aunque los valores de $\delta^{15}N$ muestran que la proteína carnea estuvo siempre presente en la dieta de manera importante. Esto nos lleva a pensar en una dieta equilibrada, conformada por vegetales cultivados y carne y grasa de camélidos. Los elementos anteriores se refuerzan si observamos en la Figura 7 la relación entre el $\delta^{13}C$ y $\delta^{15}N$. Se observa que los individuos del Arcaico Final caen en la categoría de herbívoros o superior, mientras que los agro-pastoriles coinciden, en general, con la misma categoría. Esto último podría implicar un aumento de la ingesta de vegetales C3, aunque los valores del $\delta^{13}C$ muestran también claramente una importante ingesta C4 que identificamos con maíz. En conclusión, los datos parecen apuntar a que, aún con el aumento de la incidencia de la agricultura en la economía, los grupos puneños formativos continuaron otorgando singular importancia a la proteína carnea en la dieta, lo que resalta en los resultados de la zooarqueología que dan una crítica importancia a los camélidos.

Por supuesto que dejamos muy claramente sentado que las anteriores observaciones están planteadas a manera de hipótesis y que los resultados obtenidos hasta el momento se refieren a individuos específicos y, por su escaso número, carecen de valor estadístico para estimar la dieta de una población. Por otra parte, dentro de una misma población humana pueden existir marcadas diferencias en la alimentación de los individuos en lo cual intervienen diversas y complejas variables (edad, sexo, posición social, etc.) entre las que no son menores los factores externos e internos como estabilidad ambiental, crisis políticas, hostilidad intergrupal, factores simbólicos, etc. Sin embargo, considerando además de los isótopos estables la totalidad de los elementos contextuales, es útil establecer ciertas tendencias con contenidos cronológico-sociales a partir de la totalidad de la evidencia disponible hasta el momento para trabajar sobre ellas a futuro.

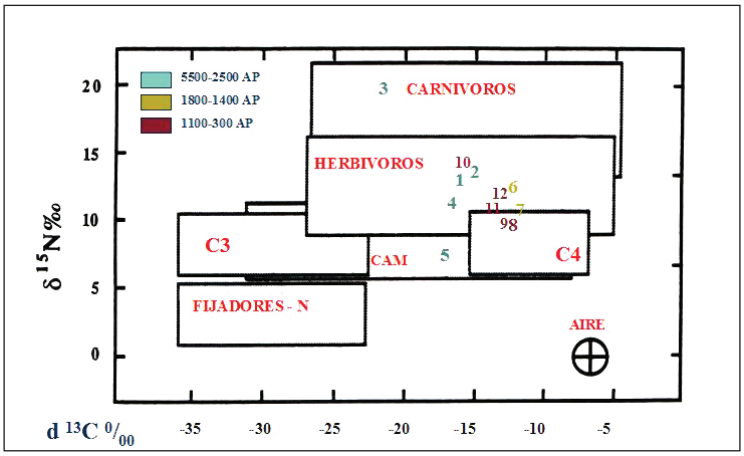


Figura 7. Relación isotópica entre valores de $\delta^{13}C$ y $\delta^{15}N$ en muestras humanas de sitios de Antofagasta de la Sierra.

Referencias: 1) Quebrada Seca 3 (óseo); 2) Punta de la Peña 11 (óseo); 3) Punta de la Peña 11 (tejido orgánico); 4) Punta de la Peña 11 (pelo); 5) Cueva Cacao 1A (pelo); 6) Punta de la Peña 9 (óseo); 7) Punta de la Peña 9 (uña); 8) Quebrada de la Cueva (1) (óseo); 9) Quebrada de la Cueva (2) (óseo); 10) Bajo del Coypar II (óseo); 11) La Alumbrera (1) (óseo); 12) La Alumbrera (2) (óseo).

CONTACTOS Y TRÁFICO

Desde el Holoceno temprano las poblaciones de ANS interactuaron con otras de distintos pisos ecológicos, como los valles mesotérmicos, las selvas de montaña y la selva basal (Aschero 2006, 2007). Por su parte, los grupos formativos habrían sostenido contactos tanto con el Norte de Chile como con distintas áreas del NOA. En momentos formativos iniciales, con base en las evidencias cerámicas del Componente Inferior del Montículo 1 de CCHM, las relaciones habrían sido más intensas con el Norte de Chile, destacando Tulor 1 (Componente Inferior), Chui-Chui 200, Tchaputchayna y algunos asentamientos de Turi, entre otros sitios de San Pedro de Atacama y la región del Loa Superior. Asimismo, se observan importantes analogías con Tebenquiche (Salar de Antofalla, Provincia de Catamarca) y Las Cuevas (Provincia de Salta) (Olivera 1991, 1992).

Luego de *ca.* 2000 años A.P. habrían aumentado las relaciones con los valles mesotermales del este, en particular Hualfín y Abaucán. Esto se manifiesta en el incremento en el Componente Superior de CCHM de tipos cerámicos similares a Ciénaga y Saujil, así como de fragmentos adscribibles a Aguada (Olivera 1991, 1992; Olivera y Podestá 1993). Cabe mencionar el registro de ejemplares de 'grandes lascas con retoque' en este componente, las que presentan llamativas similitudes con materiales de la "Industria Basáltica de la Ciénaga" (Colección Benjamín Muñiz Barreto, Museo de La Plata) relevados en La Ciénaga –valle de Hualfín, Depto. de Belén– (Escola 2000).

Elementos alóctonos como frutos de chañar, algarrobo, porotos, madera de sauce, entre otros, fueron relevados en diversos sitios formativos de ANS, indicando contactos con los valles mesotermales, así como con regiones tan lejanas como la costa pacífica (caracoles en CCHM y CC1A) y las Yungas (López Campeny *et al.* 2005b; Olivera 2006). Se ha sugerido

que las redes de tráfico por las que estos objetos habrían circulado podrían haber estado sostenidas por relaciones de parentesco activas desde momentos tan antiguos como *ca.* 3600 años A.P., en las que habrían estado implicadas mujeres que viajaban desde y hacia los valles (Aschero *et al.* 2002; Aschero 2007).

Ahora bien, más allá de las evidencias mencionadas, existe en la ergología de las sociedades formativas de ANS un material que ha brindado importante información respecto a las posibles redes de tráfico/intercambio existentes entre estas y los habitantes de otras áreas: la obsidiana. La caracterización geoquímica de ejemplares de esta roca de afloramientos y sitios arqueológicos ha permitido acercase a la procedencia de distintas variedades y, de esta forma, desde dónde y hacia dónde circulaban (Escola 2007).

En el NOA solo recién a partir de 1990 se inician investigaciones orientadas a la localización y caracterización geoquímica de fuentes de aprovisionamiento, así como a la determinación de procedencia de muestras arqueológicas (Escola *et al.* 1994; Vázquez y Escola 1995; Yacobaccio y Lazzari 1996/1998). Con el tiempo, se llegaron a localizar y caracterizar geoquímicamente, por medio de XRF y NAA (con la colaboración del Dr. Michael Glascock del Missouri University Research Reactor), once fuentes de obsidianas y se generó una base de datos de las concentraciones elementales de muestras procedentes de estas. Frente a esta base de datos se compararon los resultados obtenidos de la caracterización geoquímica de artefactos arqueológicos procedentes de sitios datados entre *ca.* 2200-400 años A.P., emplazados en distintos sectores de la Puna, los valles mesotérmicos orientales y la selva montana. A partir de estas investigaciones, se sugirió la existencia de dos esferas de circulación principales al norte y sur del NOA. La primera incluiría fundamentalmente la circulación de la obsidiana procedente de la fuente de Zapaleri o Laguna Blanca (sudoeste del Altiplano de Lípez, Bolivia), mientras que la segunda esfera de la variedad procedente de la fuente Ona-Las Cuevas (noroeste de Catamarca). Estas coinciden con las dos esferas de interacción social señaladas por Tarragó (1994) para el Período Formativo del NOA, una en el sector norte, centrada en la quebrada de Humahuaca, la otra en el sector sur o área valliserrana, conocida como cultura Aguada. En ellas, consolidadas entre *ca.* 1300-1000 años A.P. (Tarragó 1999), los recursos de larga distancia habrían circulado por medio de lazos y contactos sociales y políticos mutuamente excluyentes e independientes (Yacobaccio *et al.* 2002, 2004; Escola 2007).

Particularmente en ANS, estudios geoquímicos sobre muestras de obsidiana fueron realizados sobre artefactos procedentes de CCHM. En el Componente Inferior del Montículo 1 se registraron obsidianas procedentes de Ona-Las Cuevas, Cueros de Purulla y Salar del Hombre Muerto, mientras que en el Componente Superior además de las variedades mencionadas se identificó obsidiana Laguna Cavi. En el Montículo 4 se identificaron todas las variedades mencionadas, junto a la desconocida H (Escola 2007).

Los resultados brindados por los análisis geoquímicos junto a estudios tecnológicos de los conjuntos artefactuales de esta roca relevados en el Montículo 1, posibilitaron evaluar no sólo la forma en que las distintas variedades fueron usadas y consumidas, sino también cómo circularon (núcleos, instrumentos terminados) y los cambios en la intensidad de su tráfico. La información recuperada indicaría la circulación paralela a lo largo de toda la secuencia de dos fuentes principales, Ona-Las Cuevas y Cueros de Purulla, siendo la primera ampliamente predominante y la segunda minoritaria -96,2% para Ona *y* 3,8% para Cueros de Purulla siendo n=2870 (Escola 2007).

Ahora bien, más allá de estas tendencias generales, se observan pequeñas variaciones en la intensidad de circulación de estas variedades a lo largo de los dos componentes del sitio. En el lapso de *ca.* 1800-1100 años A.P. (Componente Superior) Ona evidencia un flujo algo más intenso, mientras que Cueros de Purulla decrece respecto al lapso precedente de *ca.* 2200-1800 años A.P. (Componente Inferior). Asimismo, al evaluar la diversidad artefactual de ambas variedades, se destaca que la primera presenta una estructura tipológica similar y una misma orientación tecnológica a lo largo de los dos componentes analizados, y que, por el contrario, Cueros de Purulla muestra una variedad artefactual en el Componente Inferior que no se mantiene en el Superior. Todo esto se torna interesante al considerarlo en el contexto de la información de procedencia de artefactos de obsidiana disponible para sitios formativos de otras regiones. En el segmento temporal más antiguo ambas variedades de obsidiana se registran tanto en asentamientos de la Puna como de los valles, mientras que posteriormente la distribución parece modificarse. Ona sigue circulando en el sector puneño al igual que en los valles, llegando incluso a su máxima dispersión en las tierras bajas del este como lo muestra el sitio Ampascachi. Por su parte, Cueros de Purulla parece restringir su distribución respecto del segmento anterior, siendo registrada exclusivamente en la Puna (Escola 2007).

En conclusión, las tendencias temporales observadas en las frecuencias y características tecnológicas de Ona-Las Cuevas y Cueros de Purulla en CCHM junto a la información de registro de estas variedades en sitios emplazados en ámbitos no puneños, hacen posible avanzar en la comprensión del tráfico en el que estuvieron implicadas, llevando a plantear que probablemente habrían formado parte de distintas redes de circulación y generación de lazos de interacción de diversa naturaleza con distintos grupos (Escola 2007). Esto último cobra sentido en el marco de una discusión más amplia respecto al rol primordial del tráfico caravanero en la circulación de bienes en los Andes meridionales, llevando a considerar la posibilidad que hayan coexistido junto a este otros mecanismos de intercambio (por ejemplo, mano a mano) y sistemas de circulación, implicando distintos materiales e incluso distintas fuentes de obsidiana (Yacobaccio *et al.* 2002).

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de estas páginas se realizó una reseña de los aspectos más salientes del registro Formativo para un sector de la Puna Meridional. Seguramente estarán pobladas de omisiones e incluso de cierto desorden, pero podemos decir en nuestro descargo que no se pretendía un trabajo concluyente sino solo exponer a la consideración de los colegas algunos elementos salientes producto de las investigaciones en ANS, con la esperanza de que aporten y contribuyan a la discusión del Período Formativo en otras regiones.

Deseamos concluir este trabajo exponiendo nuestra consideración del concepto de Formativo, fenómeno complejo y apasionante que ha llevado a los investigadores a más de seis décadas de discusión, sin que aún haya un acuerdo aceptable sobre sus características e implicancias (Olivera 2012).

Ha sido y sigue siendo complejo establecer una generalidad que dé cuenta de todas las posibilidades históricas y sociales en que se desarrolló el fenómeno Formativo. Por ejemplo, Delfino y colaboradores han planteado que la principal limitación del empleo del

concepto "Formativo" es aunar genéticamente las características de un modo de vida con un compartimiento temporal rígido en una secuencia cultural o evolutiva, generando este esencialismo la clasificación dogmática de las sociedades, y en muchos casos, su homologación a procesos particulares. De esta forma, lo que había comenzado como la categoría descriptiva de un proceso fue transformándose en una entidad fija e inamovible. Proponen, entonces, el concepto de Modo de Vida Comunitario Agrocéntrico, entendiendo que su aplicación devolvería identidad al "devenir histórico" de los procesos (Delfino *et al.* 2009). Si bien esta propuesta es interesante al intentar subsanar uno de los elementos claves de la variabilidad del Formativo, las diferencias temporales de origen y persistencia de estos modos de vida, no escapa a una inevitable tendencia tipológica y no es aplicable a todas las condiciones complejas y variadas que nos propone el registro arqueológico de los Andes Sur. Bajo esta misma argumentación, al proponer el modelo de Sedentarismo Dinámico, Olivera (1992) indica que sólo se aplicaría a la microrregión de ANS y que no debe ser necesariamente generalizado a todos los procesos formativos andinos. Es decir, la aplicación de modelos del Formativo en casos específicos no explica forzosamente toda la complejidad del fenómeno.

Particularmente, asumimos una posición más amplia, que puede resultar en cierta forma ecléctica y aún esencialista. Consideramos el Formativo como un *proceso* que se originó a partir de ciertas *necesidades* de las poblaciones humanas de los Andes que, a través de diferentes caminos, introdujeron cambios organizacionales que involucraron tanto las condiciones intrínsecas de la sociedad como su relación con el medio externo, tanto natural como antrópico. La paulatina ocupación de espacios disponibles y el crecimiento demográfico parecen haber jugado un rol importante en la consolidación de este proceso, durante el cual las sociedades intentaron diferentes caminos para buscar nuevos niveles de sustentabilidad y hacer frente a los cambios ambientales que se les fueron planteando, junto a cambios sustanciales en las relaciones sociales intragrupales e intergrupales, la esfera simbólica y la ritualidad (Aschero 2006; Núñez *et al.* 2006).

La introducción de estrategias productivas fue un factor clave, aunque no necesariamente el único ni el primero para muchos de los casos regionales. Se puede pensar, de manera más general, que se trató de un proceso que apuntó a establecer economías de amplio espectro y buscar disminuir el riesgo propio de zonas áridas o semiáridas (ver Escola 1996). Si bien la agricultura fue un elemento importante en muchos casos, no constituyó la única opción para optimizar el rendimiento de los territorios cada vez más densamente poblados. Como bien han sostenido diversos investigadores, el potencial de los recursos del litoral marítimo y de las tierras altas pudo sustentar economías pescadoras, recolectoras, cazadoras y pastoralistas, la mayoría de las veces combinando varias de estas estrategias, de acuerdo a los ambientes específicos. En este sentido, Núñez y colaboradores (2009) plantean que "en distintas regiones del mundo, incluyendo los Andes, se ha observado más recientemente el surgimiento de sociedades transicionales y complejas durante los períodos Arcaico y Formativo junto al manejo de recursos de subsistencia generados en actividades particulares, independientes de la agricultura" (op. Cit:71)

La mayor población y constricción territorial, asimismo, probablemente estimularon el creciente sedentarismo de los cazadores-recolectores del Arcaico Tardío, siempre y cuando este pudiera sustentarse en recursos suficientes, predecibles y de buen rendimiento. Esta opción la ofrecieron los recursos marítimos en el litoral y los camélidos sudamericanos en las tierras altas, apoyada en diversa medida por la recolección vegetal. De esta forma, la larga

coevolución entre animales, plantas y seres humanos llevó a que rápidamente se iniciaran procesos de domesticación que finalmente aseguraron un mayor control de ciertos recursos mediante el pastoreo y la agricultura. Esta no fue una opción de reemplazo sino de ampliación del espectro de recursos ante las nuevas circunstancias organizacionales de la sociedad.

Se destaca el rol jugado por el ambiente, el que constituyó un marco vital en este proceso. Son concretas las evidencias que llevan a sugerir que si bien no determinó las respuestas humanas, sí las permitió y/o limitó de acuerdo a la potencialidad de recursos que cada región y momento cronológico hacían disponibles al hombre (Núñez *et al.* 2005; Olivera *et al.* 2006; Tchilinguirian 2008). Es por ello que establecer cada vez más claramente las condiciones paleoambientales resulta vital en la comprensión del origen, desarrollo y consolidación del fenómeno Formativo.

Este proceso seguramente implicó por parte de las sociedades cazadoras-recolectoras complejas del Arcaico cantidad de intentos fallidos, situaciones mal adaptativas, retrocesos y cambios de rumbo antes de la consolidación de las sociedades Formativas plenas, siendo en estas situaciones de crisis donde probablemente se encuentren algunas de las más excitantes explicaciones de por qué la opción productiva se haya disparado en lugares diferentes, en tiempos distintos y con tal variabilidad de manifestaciones organizacionales. Ahora bien, más allá de esta variabilidad y a que el Formativo como proceso se inicia con diferencias temporales en varios lugares de los Andes (aunque tal vez no tan significativas como parecían hace algunos años), los cambios organizacionales en las sociedades parecen haber tenido un alcance más global. Esto nos lleva a pensar que, tarde o temprano, bajo ciertas circunstancias (circunscripción territorial, aumento demográfico, deterioro ambiental, cambios internos de las sociedades, etc.) esta opción se tornó casi inevitable. Las evidencias apuntan a que si bien no fue excesivamente abrupto, una vez disparado el proceso, éste difícilmente volvió atrás (ver bibliografía al respecto en Olivera 2012). Estos aspectos de la evolución de las sociedades humanas indudablemente exigirían, por su importancia y complejidad, una atención cuyo desarrollo excedería el espacio y los intereses específicos de este trabajo, pero tienen evidente incidencia en los procesos desarrollados en la Puna Meridional Argentina.

Concluimos este aporte, esperando haber contribuido a los objetivos de este Taller, el que abrirá un nuevo y fructífero ciclo de investigaciones y discusiones sobre una de las temáticas más apasionantes de la arqueología andina, el Formativo, proceso que todos coincidimos, más allá de las diferencias teóricas, que para las poblaciones humanas implicó cambios y decisiones tan importantes que repercutieron de manera dramática en su desarrollo posterior.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICA

Aschero, C.
1975 Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Ms. en archivo CONICET, Buenos Aires.
1983 Revisiones ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Apéndices A y B. Ms. en archivo Cátedra de Ergología y Tecnología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2000 Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las Rocas. Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en la Argentina,* editado por M. Podestá y M. de Hoyos, pp. 15-44. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
2006 De cazadores y pastores. El arte rupestre de la modalidad Río Punilla en Antofagasta de la Sierra y la cuestión de la complejidad en la Puna Meridional argentina. En *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre,* editado por D. Fiore y M. Podestá, pp. 103-140. Altuna Impresores, Buenos Aires.
2007 Iconos, Huancas y complejidad en la Puna Sur Argentina. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el Sur Andino*, editado por A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, pp. 135-165. Editorial Brujas, Córdoba.

Aschero, C. y S. Hocsman
2011 Arqueología de las Ocupaciones Cazadoras-Recolectoras de fines del Holoceno Medio de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). *Chungara* 43:393-411.

Aschero, C., R. Zurita, M. Colaneri y A. Toselli
2002 El Bebé de la Peña. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II:229-238. Córdoba.

Aschero, C., A. Martel y S. M. López Campeny
2006 Tramas en la Piedra: rectángulos con diseños geométricos en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). En *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre,* editado por D. Fiore y M. Podestá, pp. 141-156. Altuna Impresores, Buenos Aires.

Babot, M.
2004 Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste Prehispánico. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, S. M. de Tucumán.
2005 Plant resource processing by Argentinean Puna Hunter-Gatherers (*ca.* 7000-3200 A.P.). *The Phytolitharien* 17:9-10.
2006 El papel de la molienda en la transición hacia la producción agropastoril: un análisis desde la Puna Meridional Argentina. *Estudios Atacameños* 32:75-92.

Babot, M., C. Aschero, S. Hocsman, M. Haros, L. González Boroni y S. Urquiza
2006 Ocupaciones agropastoriles en los sectores intermedios de Antofagasta de la Sierra (Catamarca): un análisis desde Punta de la Peña 9.I. *Comechingonia* 9:57-75.

Bleed, P.
1986 The optimal design of hunting weapons: maintainability or reliability. *American Antiquity* 51 (4):737-747.

Cabrera, A.
1976 Regiones fitogeográficas argentinas. En *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería,* Tomo II, 2° edición, editado por W. F Kugler, pp. 1-85. Editorial Acme, Buenos Aires.

Cohen, L.
2005 Entre guano y arena...ocupaciones recurrentes: un caso de estudio en el sitio Punta de la Peña 9-III Antofagasta de la Sierra, Catamarca. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, S. M. de Tucumán.

Delfino, D., V. Espiro y R. A. Díaz
2009 Modos de vida situados: el Formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20:111-134.

Dellino, V.
1998 Puestos de caza y pastoreo de altura: uso y manejo de recursos líticos en la Quebrada de Real Grande (Provincia de Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Elkin, D.
1996 Arqueozoología de Quebrada Seca 3: indicadores de subsistencia temprana en la Puna Meridional Argentina. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Escola, P.
1991a Explotación y manejo de recursos líticos en un sistema adaptativo formativo de la Puna Argentina. *Arqueología Contemporánea* 3 (1):5- 20.
1991b Proceso de producción lítica: una cadena operativa. *Shincal* 3 (Tomo II):5-19.
1991c Puntas de proyectil de contextos formativos: acercamiento tecno-tipológico a través de cuatro casos de análisis. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II:175-184. Santiago de Chile.
1996 Riesgo e incertidumbre en economías agro-pastoriles: consideraciones teórico-metodológicas. *Arqueología* 6:9-24.
1999 La variabilidad tecnológica en contextos agro-pastoriles. *Humanitas* XXII:49-76.
2000 Tecnología lítica y sociedades agro-pastoriles tempranas. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2002 Caza y pastoralismo: un reaseguro para la subsistencia. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVII:233-245.
2004 Tecnología lítica y sociedades agro-pastoriles tempranas. En *Temas de Arqueología. Análisis Lítico*, editado por A. Acosta, D. Loponte y M. Ramos, pp. 59-100. Talleres Gráficos del Departamento de Publicaciones de la Universidad Nacional de Lujan, Lujan.
2007 Obsidianas en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. En *Sociedades precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 73-87. Tanoa, Buenos Aires.

Escola, P., C. Vázquez y F. Momo
1994 Análisis de procedencia de artefactos de obsidiana: vías metodológicas de acercamiento al intercambio. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XIII (1):307-311.

Escola, P., S. López Campeny, A. Martel, A. Romano y S. Hocsman
2013 Re-conociendo un espacio en lugar de un paisaje. *Andes* 24:397-423.

Grant, J.
2008 El Recurso Camelidae en sitios de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina) una aproximación osteométrica. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Hocsman, S.
2006a Producción lítica, variabilidad y cambio en Antofagasta de la Sierra, *ca.* 5500-1500 A.P. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
2006b Tecnología lítica en la transición de Cazadores Recolectores a sociedades Agropastoriles en la porción Meridional de los Andes Centro Sur. *Estudios Atacameños* 32: 59-73.

Hocsman, S. y P. Escola
2006/2007 Inversión de trabajo y diseño en contextos líticos Agro-Pastoriles (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 21:75-90.

López Campeny, S.
2001 Actividades domésticas y uso del espacio intrasitio. Sitio Punta de la Peña 9 (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, S. M. de Tucumán.

López Campeny, S., D. Olivera., V. Fernández Varela y J. Peña
2005a Procesos tafonómicos, subsistencia y uso del espacio: análisis de la arqueofauna de

un Sitio Agropastoril de la Puna Meridional Argentina (Punta de la Peña 9, Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Intersecciones en Antropología* 6:11-28.

López Campeny, S., E. del Bell, S. Rodríguez Curletto y A. Romano
2005b Evidencias de ritualidad en contextos agropastoriles: el sitio Piedra Horadada 2 (PH 2), Puna Meridional Argentina. Trabajo presentado en las VII Jornadas de Comunicaciones, S. M. de Tucumán.

Llagostera, A., A.M. Barón y L. Bravo
1984. Investigaciones arqueológicas en Tulor 1. *Estudios Atacameños* 7:105-115.

Meadow, R.
1987 Techniques for comparing bone measerument data from small simples. Trabajo presentado en *Northeastern Faunal Analysis Conference*. Storrs, Connecticut.
1989 Osteological evidence for the process of animal domestication. En *The Walking larder. Patterns of domestication, pastoralism and predation*, editado por J. Clutton-Brock, pp. 80-89. Unwin Hyman. Londres.

Nelson, M.
1991 The study of technological organization. *Archaeological Method and Theory* 3:57-100.

Núñez, L., M. Grosjean e I. Cartajena
2005 *Ocupación humana y paleoambientes en la Puna de Atacama.* Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Núñez, L., I. Cartajena, C. Carrasco y P. de Souza
2006 El Templete Tulan de la Puna de Atacama: emergencia de complejidad ritual durante el Formativo Temprano (Norte de Chile). *Latin American Antiquity* 17 (4): 445-473.

Núñez, L., V. McRostie e I. Cartajena
2009 Consideraciones sobre la recolección vegetal y la horticultura durante el Formativo Temprano en el sureste de la Cuenca de Atacama. *Darwiniana* 47:56-75.

Olivera, D.
1991 El Formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina): Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológico agro-alfareros tempranos del Noroeste Argentino y Norte de Chile. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II:61-78. Santiago de Chile.
1992 Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (Agro-Alfarero Temprano) de la Puna Meridional argentina. Un Caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, R.A.). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

1997 La importancia del recurso *Camelidae* en la Puna de Atacama entre los 10000 y 500 años A.P. *Estudios Atacameños* 14:29-41.

1998 Cazadores y pastores tempranos de la Puna Argentina. En *Past and Present in Andean Prehistory and Early History*, editado por S. Ahlgren, A. Muñoz, S. Sjödin y P. Stenborg, pp. 153-180. Etnografiska Museet, Goteborg.

2006 Recursos bióticos y subsistencia en sociedades Agro-pastoriles de la Puna Meridional Argentina. *Comechingonia* 9:19-55.

2012 El Formativo en los Andes del sur: La incorporación de la opción productiva. En *Interculturalidad y Ciencias: Experiencias desde América Latina,* editado por M. T. de Haro, A. María R., M. A. Runcio, O. Hernández de Lara y M. V. Fernández, pp. 15-49. Centro de Investigaciones Precolombinas, Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González, Buenos Aires.

Olivera, D. y S. Vigliani

2000/2002 Proceso cultural, uso del espacio y producción agrícola en la Puna Meridional Argentina. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 19:459-481.

Olivera, D. y J. Grant

2008 Economía y ambiente durante el Holoceno Tardío (*ca.* 4500-400) de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). En *Temas de Arqueología. Estudios tafonómicos y zooarqueológicos* I, editado por A. Acosta, D. Loponte y L. Mucciolo, pp. 99-131. Talleres Gráficos del Departamento de Publicaciones de la Universidad Nacional de Lujan, Luján.

2009 Puestos de altura de la Puna argentina: aooarqueología de Real Grande 1 y 6 y Alero Tomayoc. *Revista del Museo de Antropología* 2:151-168.

Olivera, D. y H. Yacobaccio

2002 Estudios de paleodieta en poblaciones humanas de los Andes del Sur a través de isótopos estables. *Actas del V Congreso Nacional de Paleopatología*. Alcalá la Real.

Olivera, D. y M. Podestá

1993 Los Recursos del arte: arte rupestre y sistemas de asentamiento-subsistencia formativos en la Puna Meridional argentina. *Arqueología* 3:93-141.

Olivera, D., P. Tchilinguirian y L. Grana

2004 Paleoambiente y arqueología en la Puna Meridional argentina: archivos ambientales, escalas de análisis y registro arqueológico. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29:229-247.

Olivera, D., P. Tchilinguirian y M. de Aguirre

2006 Cultural and environmental evolution in the meridional sector of the Puna de Atacama during the Holocene. En *Change in the Andes: Origins of social complexity, Pastoralism and agriculture*, pp. 7-15. BAR International Series 1524, Oxford.

Olivera, D., A. Elías, P. Salminci, P. Tchilinguirian, L. Grana, J. Grant y P. Miranda
2008 Nuevas evidencias del proceso sociocultural en Antofagasta de la Sierra. Informe de Campaña Año 2007. *La Zaranda de Ideas* 4:119-140.

Olivera, D., A. Elías, M. Pérez y P. Salminci
2013 Corral Grande 1, Arroyo Seco y Volcán La Alumbrera: avanzando en la comprensión del formativo de Antofagasta de la Sierra (Provincia de Catamarca, Puna Meridional Argentina). Ms.

Pérez, S.
2003a Experimentación y análisis de microdesgaste de palas y/o azadas líticas de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
2003b Aproximación experimental aplicada a la determinación funcional de palas y/o azadas líticas. *Hombre y Desierto* 11:85-113.
2004 Experimentación de uso con palas y/o azadas líticas. *Intersecciones en Antropología* 5: 105-117.
2005 Análisis de microdesgaste por uso en palas y/o azadas líticas de Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca). Aportes para su interpretación funcional. *Hombre y Desierto* 12:23-46.
2006 Arqueometría de palas y/o azadas líticas aplicada a estudios experimentales. El Caso de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). *Actas del Primer Congreso Argentino de Arqueometría "Metodologías Científicas Aplicadas al Estudio de los Bienes Culturales"*: 230-240. Rosario.
2008 La Organización de la tecnología lítica en el Noroeste Argentino. Aproximación a través de experimentación, análisis tecno-morfológico y de microdesgaste por uso de palas y/o azadas líticas. *Comechingonia Virtual* 2 (3):186-222.
2010a Estrategias tecnológicas conservadas en contextos agropastoriles tempranos de la Puna Meridional argentina. *Chungara* 42 (2):405-418.
2010b Variabilidad en la producción de palas y/o azadas líticas de la Puna argentina. *Estudios Atacameños* 40:5-22.

Pintar, E.
1995 Los conjuntos líticos de los cazadores holocénicos de la Puna Salada. *Arqueología* 5: 9-23.

Sinclaire, C.
2004. Prehistoria del Período Formativo en la cuenca del río Salado (región del Loa Superior). *Chungara* 36:619-639.

Tarragó, M.
1994 Intercambio entre Atacama y el Borde de Puna. En *Taller de Costa a Selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*, editado por M. E. Albeck, pp. 199-229. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Universidad de Buenos Aires, San Salvador de Jujuy.

1999 El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el Noroeste argentino. En *Formativo sudamericano, una reevaluación*, editado por P. Ledergerber-Crespo, pp. 302-313. Ediciones ABYA-YALA, Quito.

Tchilinguirian, P.
2008 Paleoambientes holocenos en la Puna austral, Provincia de Catamarca (27° s): implicancias geoarqueológicas. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos, Buenos Aires.

Tchilinguirian, P. y D. Olivera
2005 Evolución paleoambiental e implicancias geoarqueológicas en Laguna Colorada, Puna catamarqueña, Argentina. *Actas XVI Congreso Geológico Argentino*, Tomo IV: 261-268. La Plata.
2011 Agricultura, ambiente y sustentabilidad agrícola en el desierto: el caso Antofagasta de la Sierra (Puna Argentina, 26º S). En *Arqueología de la agricultura: casos de estudio en la región andina argentina*, editado por A. Korstanje y M. Quesada, pp. 102-127. Magna, San Miguel de Tucumán.

Tchilinguirian P., D. Olivera y L. Grana
2008 Expansiones y retrocesos de humedales de altura durante el Holoceno, Puna austral, Argentina. Implicancias ambientales. *Libro de Resúmenes del XVII Congreso Geológico Argentino.* Jujuy.

Vázquez, C. y P. Escola
1995 X-ray fluorescence analysis of obsidian objects from Catamarca, Argentina. *Journal of radioanalytical and nuclear chemistry* 200 (5):373-384.

Yacobaccio, H. y M. Lazzari
1996/1998 Análisis de procedencia y fuentes de aprovisionamiento: la obsidiana en Susques (Puna Argentina). *Palimpsesto* 5:91-99.

Yacobaccio, H., P. Escola, M. Lazzari y F. Pereyra
2002 Long distance obsidian traffic in Northwestern Argentina. En *Geochemical Evidence for Long-Distance Exchange*, editado por M. Glascock, pp. 167-203. Bergin and Garvey, Westport.

Yacobaccio, H., P. Escola, F. Pereyra, M. Lazzari y M. Glascock
2004 Quest for ancient routes: obsidian sourcing research in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31 (2):193-204.

SECCIÓN 4

Ámbitos de producción y extracción: habitar y crear terrenos

PENSANDO AL FORMATIVO DESDE LA REGIÓN PEDEMONTANA DE LAS YUNGAS DE JUJUY

Gabriela Ortiz[*], Cecilia Heit Lanart[**], Luis Nieva[***], Facundo Zamora[***], Natalia Batallanos[***] y Fernanda Chapur[***]

ABSTRACT

This chapter discusses the implications of traditionally defined indicators to characterize the Formative period, with a particular focus on the productive option model, based on new archaeological data obtained in recent years in the region of the San Francisco River. Assessing different evidentiary strands, the chapter reflects on the process of sedentarization and economic strategies used by the ancient inhabitants of the foot hill of Yungas region in Jujuy. Due to their environmental characteristics, regions with important biodiversity favor successful long-term adaptations based on optimal exploitation of the numerous resources available. In such settings, the process towards increasing dependence on agriculture would have neither been linear nor generalized. The chapter also reflects on the usefulness of the concept of evolution, usually associated with the term 'formative', to understand the archaeology of the region, which is characterized by the significant stability of its social formations and the absence of evidence of transition towards centralized social and political organization over more than thousand years.

***Keywords**: San Francisco Tradition – Yungas region – Economy – NW Argentina*

[*] CONICET-CREA-FHyCS. UNJu.
[**] UNJu.
[***] CREA-FHyCS. UNJu.

INTRODUCCIÓN

Las estribaciones pedemontanas del Noroeste de Argentina, son las menos investigadas arqueológicamente. Una de ellas, conocida como la región del valle del río San Francisco, localizada en la provincia fito-geográfica de las Yungas de Jujuy, presenta evidencia de ocupación muy temprana por parte de grupos alfareros, constituyendo hasta el día de hoy, una de las entidades más antiguas del Noroeste de Argentina con conocimiento y ejecución de una compleja y avanzada tecnología cerámica.

A pesar de la escasez de investigaciones en más de un siglo de trabajos discontinuos, se han propuesto diferentes modelos para explicar los modos de vida de las poblaciones que ocuparon la región a comienzos de la era cristiana. Sobre la base de la información obtenida en los últimos años, que incluye excavación sistemática en un sitio ubicado sobre la margen del río San Francisco, se reflexiona sobre diferentes aspectos vinculados al desarrollo de estas poblaciones, especialmente aquellos pertinentes a las prácticas económicas. En esta oportunidad, hemos enfocado la discusión sobre la consideración de que los entornos ambientales biodiversos deben ser entendidos desde un enfoque conceptual que atienda a las características particulares de esta clase de medio. Se incluyen los datos obtenidos en los últimos años a partir del empleo de múltiples líneas de evidencias, las que fueron utilizadas con el objeto de recuperar la mayor cantidad de información en relación a las estrategias empleadas para la obtención de recursos y su impacto en la organización socio política de las poblaciones bajo estudio. Los análisis abarcan estudios de macro y micro-restos vegetales, marcadores biomoleculares, análisis de isótopos estables y bioarqueológicos. Se incluye también una descripción de las características de los sitios conocidos, su emplazamiento, la cronología asociada, y su distribución espacial. A partir de la combinación de todos los datos integrados, se reflexiona sobre los factores que pudieron haber configurado el entorno material para los procesos políticos y sociales ocurridos en esta región, caracterizados por una larga estabilidad sin cambios notables durante más de un milenio.

LOS AMBIENTES SUBTROPICALES DEL NOA. IMPLICANCIAS PARA PENSAR EL PROCESO FORMATIVO

La escasez de estudios arqueológicos en las regiones de la ceja de montaña y los valles bajos adyacentes en el área del Noroeste argentino (NOA), impuso una postal cristalizada en donde los ambientes selváticos –de manera similar a otros espacios considerados "inhóspitos"– fueron semantizados y congnitivamente fundados a partir de un constructo *a priori* sin una base empírica de sustentación (Renard-Casevitz *et al.* 1988; Saignés y Combes 1994). Por su misma condición de exuberancia, fueron supuestos como regiones indómitas y hostiles. Es paradójico que a pesar de los intentos por destacar la importante diversidad ambiental incluso a mesoescala (Sauer 1958 citado en Piperno y Pearsall 1998; Lathrap 1973; Harris 1989; Ventura 1994; Brown *et al.* 2001; Prous *et al.* 2003), la mayoría de las referencias acerca de estos ambientes, siguen siendo objetivadas desde un punto de vista unificador, sobre todo cuando estos discursos provienen de arqueólogos trabajando desde una perspectiva centrada en las regiones altoandinas. Es decir, que a pesar de las numerosas referencias que dan cuenta de la amplia diversidad de biomas en las regiones tropicales de

Sudamérica, cuando se argumentan procesos regionales a macro-escala, estos ambientes son en general englobados bajo un rótulo común que sobre simplifica o distorsiona tal diversidad. Así, las regiones tropicales son en general recreadas como parte de un constructo ideológico y resemantizadas en un paradigma geográfico que tiende a la unificación conceptual a partir de la visón de un mega-paisaje englobado bajo el apelativo de "selvático". Esta supuesta uniformidad resultó ser a su vez, un comodín conceptual para asumir *a priori* la idea de complementariedad ecológica. Por su condición de otredad estos territorios fueron vistos como la contraparte de su opuesto: el "mundo andino"; sin embargo tal como ya fue sugerido, a los fines prácticos esta aspiración de integridad es comúnmente reemplazada por una visión sesgada y fraccionada del espacio andino (Ventura y Ortiz 2003).

Para el NOA no ha habido suficiente cantidad de investigaciones en las regiones boscosas al oriente de los Andes, como para formular modelos alternativos que den cuenta de las formas de organización económica. Salvo algunos casos particulares donde se propusieron ideas tales como la sectorización del ambiente relacionada con diversas maneras de explotación de recursos (Dougherty 1974), la visión del "campesino andino" es tan fuerte en los modelos de desarrollo cultural del NOA, que otras formas pretéritas de organización socioeconómica no han sido aún lo suficientemente comprendidas. Tal como ha sido alertado por otros investigadores, los llamados pastores andinos por ejemplo, son tradicionalmente percibidos como viviendo al margen del cambio y del desarrollo social, y por lo tanto, la crianza de camélidos se percibe como una forma secundaria de producción de alimento comparada con la agricultura (Dillehay 2011, Núñez y Nielsen 2011). Sin embargo, estos grupos sociales se perfilan como organizaciones complejas con arquitectura ritual muy temprana en la región de las Andes Centro Sur, que merecen ser estudiadas y comprendidas de la misma manera que se ha documentado el desarrollo de estados jerárquicos en las economías agrícolas de los Andes (Dillehay 2011).

¿Qué sucede en ambientes con alta biodiversidad y especialmente en aquellos donde los cursos de agua de gran envergadura condicionaron las formas de ocupación y explotación del entorno? Los grupos humanos pretéritos que modelaron el paisaje pudieron implementar la utilización de una multiplicidad de recursos, pero siempre organizada a través de reglas culturales basadas en la racionalidad de las relaciones de producción y en las lógicas organizacionales en cuanto a los vínculos del grupo con el entorno y la generación de recursos. Uno de los aspectos que fue tempranamente reconocido y alertado por los arqueólogos, es que sociedades con economías de producción presentaban características similares a aquellas que habían sido tradicionalmente asignadas a grupos cazadores recolectores (Clastres 1978; Price y Brown 1985; Levi Strauss 1997; Piperno y Pearsall 1998; Smith 2001, entre otros). Al pensar en sociedades que combinan estrategias extractivas y productoras, debemos considerar el hecho de que los grupos sociales generan diferentes conductas hacia el entorno de acuerdo al grado de transición desde un pensamiento extractivo a uno totalmente domesticador (*sensu* Criado Boado 1995). Aquellas sociedades prehispánicas cuya experiencia con la naturaleza haya estado mediada por diversos tipos de prácticas (extractivas y domesticatorias), deberían presentar una combinación de distintas regularidades en lo que respecta a la estrecha identificación entre las prácticas sociales y la naturaleza. Esto significa que "cuando una sociedad transforma su base material, está condicionada por un cambio previo de las formas de organización social que sirven como infraestructura conceptual del modo material de producir" (Descola 1986:330, la traducción es nuestra). Cualquier cambio deberá verse

reflejado en la forma en que la sociedad percibe la relación con el espacio, emergiendo una nueva forma de paisaje social. A esta regularidad se la puede denominar "regularidad primitiva" (en términos de la conceptualización propuesta por Criado Boado 1995). Esta se refiere a una situación que históricamente ha sido identificada con grupos cazadores recolectores pero que de acuerdo a este autor debería poder superarse, para introducir dentro de ella a las primeras sociedades agrícolas y, en general, a todas las comunidades con una agricultura no permanente, agricultura de roza y quema u horticultura. La acción concreta sobre el medio será una transformación sutil del entorno, ya que la persistencia latente de una misma racionalidad que atraviesa ambas prácticas sin solución de continuidad, se verá reflejada en una única forma de entender la relación de la sociedad con el medio. A su vez las diferentes interacciones con el entorno supondrán conductas de "visibilización" distintas, las que darán por resultado diversas construcciones de paisajes arqueológicos. Las alternativas de visibilización-invisibilización que presupone una alteración notable del paisaje reflejan a su vez una determinada actitud hacia el entorno. Así, los diferentes procesos de construcción del paisaje social "pueden ser reconocidos e interpretados observando en qué forma el impacto humano sobre el medio y la acción constructiva del hombre reflejan conjuntamente o por separado, las diferentes estrategias de visibilización social" (Criado Boado 1995:101).

En un interesante trabajo, Staller (2006) propone que más que entender el resultado del proceso llamado Formativo tendríamos que pensar en las causas del mismo, e introduce el concepto de "domesticación de paisajes" ya propuesto anteriormente por Terrel y colaboradores (Terrell *et al.* 2003, citado en Staller 2006). La domesticación del paisaje para el uso humano puede resultar en cambios en la biodiversidad y en la distribución espacial y disponibilidad de especies económicas útiles (Erickson 1983). En el caso particular de los ambientes pedemontanos ¿dónde está puesto el peso de la domesticación del paisaje?

En las últimas tres décadas especialmente, hubo varios intentos en demostrar que lejos de ser ambientes hostiles y antagónicos a la innovación tecnológica y al desarrollo cultural, las selvas sudamericanas, especialmente aquellos sectores correspondientes a las regiones ribereñas o al bosque deciduo semiárido, presentaban oportunidades excepcionales para la innovación (Lathrap 1973; Sauer citado en Piperno y Pearsall 1998), debido justamente a su abundante biodiversidad y condiciones climáticas. Los ambientes ribereños especialmente se presentan como lugares muy propicios, por ejemplo, para la experimentación con vegetales, ya que están más disturbados y reciben mayor luz solar.

Uno de los aspectos a considerar acerca de la intervención de los grupos humanos en entornos ricos es la tendencia a maximizar la explotación regional de plantas útiles y, en consecuencia, a promover la territorialidad y el sedentarismo. ¿Por qué no pensar también en el manejo de otros recursos con el mismo enfoque e intensidad que se ha puesto en el estudio del mundo vegetal doméstico? Suponer que la agricultura fue el motor del cambio o la innovación, es limitar nuestra comprensión acerca de los complejos procesos desencadenados en el pasado, obviando otros mecanismos de evolución social. Al analizar la relación entre humanos y sus ambientes es importante centrarnos en la dinámica interacción entre las técnicas usadas en socializar la naturaleza y los sistemas simbólicos que la organizan (Descola 1986). La agricultura podría ser pensada entonces sólo como uno de los muchos procesos antropogénicos que configuraron los ambientes neotropicales en la prehistoria (Piperno y Pearsall 1998). El manejo de cultivos requiere programas de organización de la producción que van a estar diseñados de acuerdo a reglas culturales. La

lógica de una economía que combina la producción/extracción organizada estacionalmente ayuda a minimizar el riesgo. En ambientes con alta diversidad, diferentes espacios pueden ser pensados como lugares de producción y explotación distintos, pero complementarios. Por ejemplo el río, el monte silvestre y la parcela cultivada constituyen cada uno sitios de producción y extracción singulares, con sus propias reglas de trabajo, tabúes y ritualidades, que se integran y complementan entre sí a los efectos de contrarrestar la incertidumbre (Descola 1986; Levi Strauss 1997 [1952]; Clastres; 1978; Chaumeil 1998). La ecología de una sociedad aparece entonces como un "hecho social total que sintetiza elementos técnicos, económicos y religiosos siguiendo un patrón cuya profundidad estructural es isomórfica con otras estructuras subyaciendo a la totalidad social" (Descola 1986: XIV, la traducción es nuestra). La percepción del espacio y el entorno natural en poblaciones que viven en ambientes altitudinalmente bajos y con una gran biodiversidad, es diferente a la lógica vertical andina. La horizontalidad de los recursos puede ser entendida como una clasificación del ambiente, en donde un espacio que a primera vista puede resultar indiferenciado y sin solución de continuidad, es percibido como la suma de muchos lugares únicos, cada uno de ellos como espacios de producción o extracción individuales y en muchos casos como la recreación en la naturaleza del espacio doméstico residencial (Descola 1986, Levi Strauss 1997). Los límites de cada uno de estos lugares son pautados culturalmente según la cosmología de cada grupo y por consiguiente son utilizados de acuerdo a los principios que los ordenan y definen. En las sociedades llamadas "tradicionales", la separación entre naturaleza y humanidad no existe como tal y tanto plantas como animales tienen atributos de la vida social, siendo considerados sujetos antes que objetos y no pueden en consecuencia ser expulsados a una esfera autónoma (Descola 2005).

De manera similar a otros ambientes, como por ejemplo los altoandinos, la heterogeneidad y el hábil manejo de los recursos en ambientes biodiversos pueden ser la base del éxito, propiciando una dependencia no exclusiva de las plantas cultivadas. Por ejemplo la estacionalidad de los recursos de río (pesca), requiere de la organización comunitaria del trabajo en ciertas épocas del año, mientras que en otras, puede ser resuelto por un solo individuo de la unidad doméstica. El huerto a su vez demanda los tiempos de plantado, cuidado, y cosecha, realizado por uno o varios individuos de una misma familia y el trabajo debe ser planificado de tal manera que no interfiera en los tiempos dedicados a otras actividades productivas. La caza y la recolección están también en función de la estacionalidad y la disponibilidad de especies, y exigen no solo una eficiente organización en la administración del tiempo invertido en tales actividades, sino también un adecuado control de los programas que regulan la explotación de recursos que suelen ser considerados como sujetos de sanciones, tabúes y valoraciones particulares por pertenecer al ámbito de lo "incontrolable" por los humanos.

LA REGIÓN DEL VALLE DE SAN FRANCISCO. REVISANDO LOS INDICADORES ARQUEOLÓGICOS DE LA DOMESTICACIÓN DEL PAISAJE

Las condiciones de vida, economía y subsistencia de las poblaciones arqueológicas de la región subandina de Jujuy son escasamente conocidas. A pesar de que existen diferencias importantes en cuanto al grado de conocimiento arqueológico de las regiones que componen la diversa geografía de la provincia de Jujuy, el período Temprano es el menos conocido para

todas ellas, debido a distintos motivos entre los que se cuentan la preservación diferencial del registro, la escasez de sitios conocidos asignados a ese momento de la secuencia cultural, el mayor potencial de estudio de sitios con alta visibilidad (correspondientes al período Tardío), y los intereses específicos que han orientado los programas de investigación. A su vez, si consideramos la intensidad y el tiempo invertido por los arqueólogos en la exploración de cada una de las regiones, observamos que las llamadas "tierras bajas" y los "valles orientales" han recibido la menor atención así como la participación de muy pocos investigadores, en comparación con las regiones serranas (Quebrada de Humahuaca) o en menor medida la Puna, ambas con una tradición de investigación continua de por lo menos más de un siglo en el NOA.

La llamada región del río San Francisco (Figura 1) fue tempranamente explorada por los miembros de la llamada misión sueca a principios del siglo XX (Nordenskiöld 1903 [1993], Boman 1908 [1991]), pero fue recién a partir de la década de los `60 que comenzaron las investigaciones arqueológicas sistemáticas (Serrano 1962, Dougherty 1975). El río San Francisco nace en la provincia de Jujuy, en la confluencia de los ríos Grande y Lavayén y es quien da el nombre al valle homónimo. Desde allí sigue su curso de sur a norte. Desde su nacimiento recibe muchos afluentes, siendo los más importantes: río Negro, Ledesma, San Lorenzo, Sora y Piedras en la provincia de Jujuy; para luego internarse en la provincia de Salta donde desemboca en el río Bermejo. Pertenece a la macro cuenca del Paraná-Plata por lo que todas las especies ictícolas de esta cuenca se encuentran representadas. Está flanqueado por las Sierras Subandinas. Estas últimas constituyen el encadenamiento más oriental, integradas por elevaciones entre 1000 y 3200 m de altura. Se extienden paralelamente entre la Cordillera Oriental y la Llanura Chaqueña. Las Sierras principales son las de Calilegua, Zapla, Santa Bárbara, la Ronda, Centinela, y Maíz Gordo. El cerro Huasamayo de 3154 m, en la sierra de Santa Bárbara, es el pico más alto. El valle del río San Francisco se caracteriza por su clima estacional con veranos tórridos y regímenes lluviosos e intensos con una estación seca en invierno. Altitudinalmente comprende la franja de los 600 a 700 msnm y está surcado por importantes cursos de agua, algunos de régimen permanente y otros estacionales. Pertenece al distrito de la selva pedemontana de la región fitogeográfica de las Yungas, con la peculiaridad de que en su porción sur se inserta a manera de cuña la formación del bosque seco Chaqueño (Cabrera 1976), siendo esta la vegetación dominante en el fondo del valle. Esta particularidad permite la existencia de animales y plantas de ambos distritos, tratándose de una de las regiones con más alta biodiversidad de la provincia de Jujuy, siendo hasta el día de hoy un coto de caza y pesca para los pobladores locales.

El sector medio y alto de este fértil valle estuvo ocupado por poblaciones prehispánicas, desde aproximadamente mediados del primer milenio antes de Cristo. Las dataciones radiocarbónicas realizadas en más de un siglo ubican la ocupación humana desde el 800 A.C. al 500 D.C. Las sociedades que vivieron durante el período temprano exhiben una marcada estabilidad estilística en sus conjuntos cerámicos por lo que fueron definidas en los años `70 bajo el rótulo de "Tradición San Francisco" (Dougherty 1975). El cementerio arqueológico El Talar ubicado en el límite de las provincias de Salta y Jujuy (Figura 1), fue interpretado como perteneciente a una misma unidad cultural tardía junto con el cementerio Manuel Elordi. Este último, localizado en el departamento Oran (provincia de Salta) y distante a 40 km. de El Talar, fue fechado en 1030 ± 120 A.P. (Ventura 1984-1985). Se trata en ambos casos de cementerios con características distintas al resto de los sitios conocidos en la región,

y El Talar constituye el único sitio reportado hasta la actualidad con una cronología tardía para el valle de San Francisco (Ventura 1984-1985). Llama poderosamente la atención que luego de más de 1000 años de una ocupación continua, con fechas alrededor del 500 d.C., cesa la presencia de evidencia material de ocupación humana en el sector medio y alto del fondo del valle, hasta el siglo XV aproximadamente. Esto es particularmente llamativo dado que se trata de una de las regiones más productivas de la provincia de Jujuy, incluso aún mayor que regiones aledañas como la Quebrada de Humahuaca, que tuvo una ocupación continua a lo largo de toda la secuencia cultural del noroeste de Argentina.

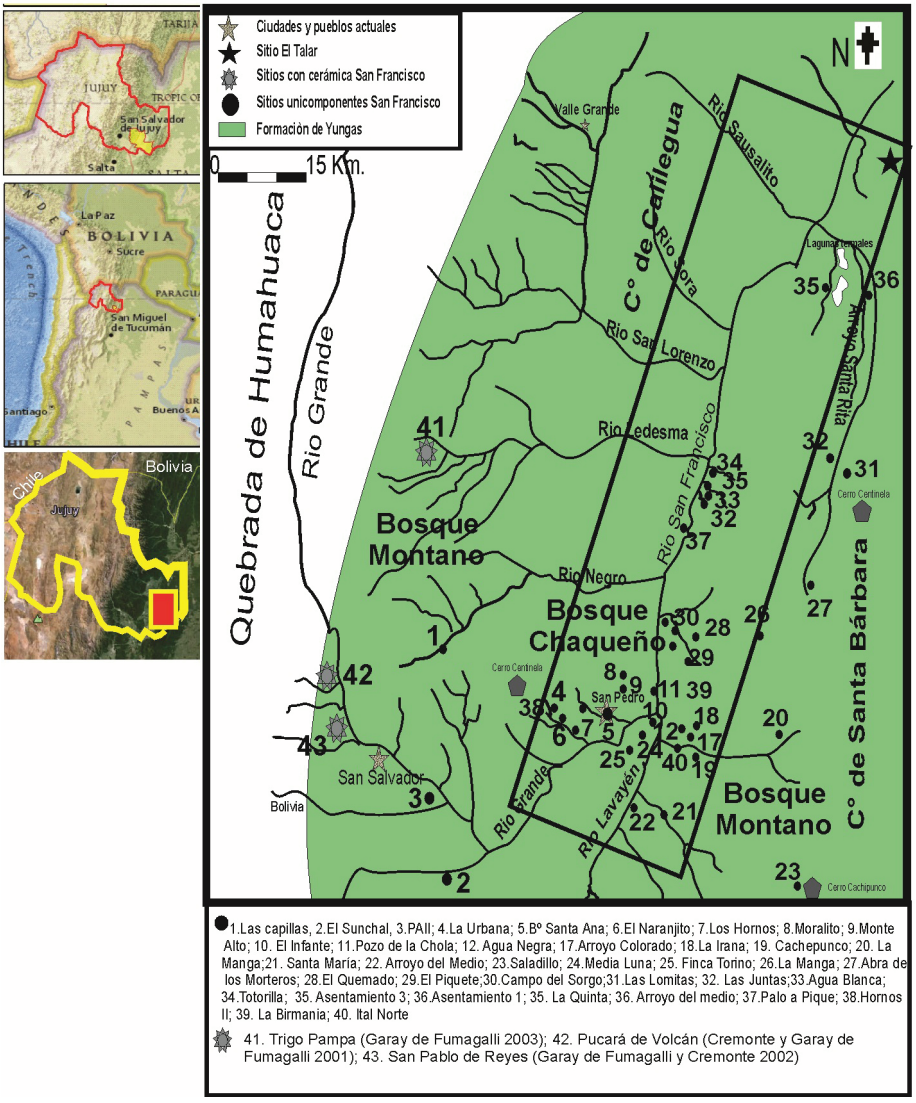


Figura 1. Mapa con la localización del Valle de San Francisco y de los sitios mencionados en el trabajo. Referencias bibliográficas: Nordenskiöld 1903; Boman 1908; Serrano 1962; Dougherty 1974, 1975; Ventura 1984-1985; Ortiz 1993; 2003; 2007; Fernández Distel 1994; Echenique y Kulemeyer 2003).

Sobre la base de los antecedentes de investigaciones arqueológicas, los escasos restos arqueofaunísticos exhumados hasta la década del `80 y la presencia de endocarpos quemados de plantas silvestres en un fogón, se planteó originalmente una economía intensamente extractiva en donde la recolección, la caza y la pesca jugaron un papel importante (Dougherty 1975). No obstante, la supuesta presencia de agricultura fue el denominador más frecuente para caracterizar a estas poblaciones bajo el rótulo de "agroalfareros". Dougherty, quien planteó un modelo de estacionalidad ambiental, propuso diversas prácticas económicas desarrolladas por estos grupos de acuerdo al microambiente donde ubicaron los asentamientos, indicando que en algunos sitios actividades como la caza, la pesca y la recolección habrían sido más importantes que las prácticas agrícolas (Dougherty 1974).

Con el avance de las investigaciones, nuevas excavaciones en sitios con dataciones de comienzo de la era cristiana, así como la aplicación de técnicas orientadas a la recuperación de datos sobre el uso de los recursos en el pasado, han permitido comenzar a pensar el estatus "Formativo" de estas poblaciones. A continuación se discuten algunos de los datos obtenidos en los últimos años en función de los indicadores tradicionalmente propuestos para este tipo de sociedades haciendo especial hincapié en los indicadores de economía.

LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS

A pesar de que las investigaciones en la región llevan más de 100 años, se conoce aún muy poco del patrón de asentamiento. La baja visibilidad impide realizar un relevamiento de cobertura total. Este hecho, sumado a la importante destrucción de la selva pedemontana por el avance de la agricultura extensiva, ha llevado a la desaparición absoluta en algunos casos, de los sitios arqueológicos. Falta aún cubrir una mayor cantidad de terreno y relevar un número más grande de sitios. Hasta el momento, de los 40 sitios arqueológicos conocidos en más de un siglo de investigaciones, 38 se encuentran en las márgenes de antiguos o actuales cursos de agua (Figura 1), lo cual es un claro indicador de la preferencia por asentarse en las proximidades de ríos o arroyos estacionales. Sin embargo también han sido reportados algunos sitios que exceptúan este patrón, algunos de ellos incluso en pisos altitudinales más elevados, en ambiente de bosque montano (Figura 1). La gran mayoría de los sitios conocidos han sido relevados superficialmente, ya sea por presentarse altamente impactados o por el tiempo invertido en su excavación. Solo tres sitios han recibido hasta el momento un estudio más profundo. Uno de ellos, Moralito, fue excavado parcialmente a lo largo de una trinchera de 300 mts de longitud como parte de las tareas de rescate en el marco de la instalación de la red de gas interprovincial (Echenique y Kulemeyer 2003). Se excavó parcialmente lo que los investigadores suponen una unidad habitacional de tipo semipozo. Se recuperó abundante material cerámico asignado exclusivamente al estilo "San Francisco", numerosos restos de arqueofauna, ecofactos y estructuras de tipo horno en forma de campana (Echenique y Kulemeyer 2003). Los grupos cerámicos incluyen 17 formas de contenedores abiertos y cerrados. Se efectuaron análisis polínicos de los sedimentos de los pisos excavados y del interior de vasijas cerámicas (Lupo y Echenique 2001). Once fechados radiocarbónicos realizados sobre carbón vegetal ubican la ocupación del sitio entre el 200 A.C. al 400 D.C. (Echenique y Kulemeyer 2003).

El sitio Agua Negra se encuentra ubicado en el departamento Santa Bárbara en la margen derecha con dirección norte de la ruta provincial N°1 a la altura de la localidad de El Piquete,

y a unos 20 km aproximadamente del pedemonte de la serranía de Santa Bárbara (Figura 1). El suelo es franco arcilloso, alcalino, compacto, con cárcavas erosivas que han expuesto en superficie gran cantidad de material arqueológico. Tiene una extensión aproximada de 2 ha de acuerdo a la dispersión de restos observados en superficie. Se llevó a cabo una recolección sistemática en la superficie total expuesta del sitio, el relevamiento planimétrico, y dos sondeos en aquellos sectores menos alterados (Ortiz 2007). Se recuperaron abundantes especímenes de fauna –tanto animales vertebrados como invertebrados–, material cerámico, lítico, un anillo de cobre y un entierro humano primario correspondiente a un individuo infantil. El fechado realizado al esqueleto arrojó una edad de 1650 ± 80 años A.P. (LP- 2486; hueso; δ13C = -20‰ ± 2).

El sitio Pozo de la Chola se encuentra localizado en una de las barrancas del río San Francisco (Figura 1). A pesar de que aún no se establecido la dimensión total del asentamiento, la distribución observable de restos arqueológicos supera las 5 ha. Hasta el presente se ha excavado en área una extensión total de 88m^2. Se ha recuperado una importante cantidad de artefactos y desechos que incluyen; fragmentos de numerosas vasijas cerámicas algunas parcialmente completas y con adherencias de hollín (sobre un total de más de 10000 fragmentos), restos óseos de fauna, macro-restos vegetales, pequeños lentes fogonosos, dispersiones de carbones, un gran fogón superpuesto en cubeta, un horno subterráneo, desechos de talla lítica, agujas de hueso, panes de ocre y dos artefactos de metal (un anillo de cobre y una pequeña placa rectangular de oro). Se han identificado dos lugares con funcionalidad diferente, una correspondiente a un área de actividades múltiples y un segundo sector interpretado como un área exclusiva de inhumación (UPA y UPB respectivamente). En la primera se exhumaron dos individuos parcialmente completos con la modalidad de entierro primario directo en fosa simple; restos de otros dos entierros primarios que habían sido parcialmente arrastrados en una crecida estacional del río, un entierro primario directo de un infante y restos incompletos de otros once individuos distribuidos en diferentes locaciones (sobre los pisos y sin contexto funerario evidente; y en el interior del fogón en cubeta). En la UPB fueron exhumados cinco individuos (adultos e infantiles) enterrados en forma primaria directa. Dos de los entierros presentaron como acompañamiento mortuorio escudillas grises incisas colocadas a la altura de la cabeza (Ortiz 2013). Cinco fechados radiocarbónicos sobre carbón y huesos humanos indican una ocupación prolongada del sitio desde comienzos de la era cristiana hasta el 500 D.C.

La información disponible para el resto de los sitios es menor: los restos arqueológicos de El Sunchal provienen de una excavación de rescate realizada por personal de la dirección de Antropología de la provincia de Jujuy en el año 1995. Localizado en el Departamento El Carmen, a la vera del arroyo las Pircas (Figura 1) presentó inhumaciones de restos humanos, restos arqueofaunísticos y "una abundante cerámica catalogable dentro de las fases más típicas de la Cultura San Francisco" (Lucas *et al.* 1997:33). Un fechado radiocarbónico realizado sobre carbón vegetal arrojó una edad de 2365 ± 95 A.P. (Lucas *et al.* 1997). Barrio Santa Ana, Fraile Pintado y Arroyo del Medio-Colorado fueron excavados parcialmente por parte de personal no profesional y presentan materiales cerámicos adscriptos exclusivamente al Estilo San Francisco (Figura 1). En los tres se recuperaron restos humanos con diferente grado de integridad, todos con deformación craneana. Las modalidades deformatorias corresponden a las conocidas como tabular erecta, tabular oblicua y anular erecta.

LA ECONOMÍA Y LA SUBSISTENCIA

Numerosas sociedades prehispánicas que ocuparon ambientes de alta rentabilidad encontraron soluciones exitosas con economías sostenidas en el tiempo y viables en el ambiente local, que involucraban solamente un uso complementario de plantas domésticas (Smith 2001). Debido a que la economía de las poblaciones San Francisco fue asumida pero no demostrada, los estudios conducidos en los últimos años se han enfocado en la recuperación de evidencia confiable para discutir la importancia de distintos tipos de recursos. Un segundo objetivo se encaminó a considerar además la intensidad e intencionalidad colocadas en las diferentes especies manipuladas, y como las actividades vinculadas con su obtención impactaron en el repertorio económico de las poblaciones bajo estudio.

Con el objeto de comenzar a explorar la posible presencia de plantas domésticas, se recurrió a distintos métodos para la detección de los contenidos de vasijas cerámicas y de adherencias en las superficies de artefactos líticos. El objetivo fue complementar, a través de procedimientos analíticos diferentes, el estudio de aquellos recursos que pudieron estar involucrados en la preparación de alimentos, superando la barrera de los supuestos o consideraciones subjetivas con la obtención de pruebas directas. A su vez, ampliar el límite de las expectativas arqueológicas tradicionales, que están mayormente enfocadas a considerar aquellos recursos exclusivamente asociados a prácticas agrícolas, limitando la visión en conjunto de todos los recursos que pudieron haber sido potencialmente usados.

Una de las vías utilizada fue la identificación de micro-restos. Complementando estos análisis se llevó a cabo una primera aproximación sobre los recursos arqueofaunísticos potencialmente consumidos, la identificación de macro-restos botánicos y los primeros análisis isotópicos sobre restos óseos humanos, de animales (actuales y arqueológicos) (Ortiz y Killian Galván 2013) y de vegetales modernos (Ortiz y Killian Galván 2013). Las muestras para los análisis de isótopos provienen de seis sitios distintos: Agua Negra; El Sunchal; Pozo de la Chola; Fraile Pintado; Arroyo del Medio-Colorado, B° Santa Ana (Figura 1), y corresponden a 11 individuos humanos y 9 de fauna, actual y arqueológica. Las clases etarias de los individuos analizados corresponden a infantiles y adultos. Se trata en todos los casos de entierros primarios directos en fosas. Las dataciones para algunas de las muestras cubren un amplio rango que va desde el 400 A.C. al 500 D.C. Los restos de fauna provienen de los sitios Pozo de la Chola y El Sunchal. Las muestras cerámicas analizadas para almidones, fitolitos y ácidos grasos fueron recuperadas en los sitios Pozo de la Chola, Fraile Pintado y Agua Negra.

Los estudios de micro-restos (fitolitos y almidones) y de marcadores biomoleculares (ácidos grasos), probaron la presencia de una numerosa cantidad de especies vegetales, algunas de ellas correspondientes a plantas domésticas como maíz (*Zea mays*), batata (*Ipomoea batatas*), poroto (*Phaseolus* sp), papa (*Solanum tuberosum*) y quenopodáceas. En el caso de las quenopodáceas y los porotos se asumen como variedades domésticas sobre la base de los tamaños estipulados para diferenciar las especies silvestres de las domésticas (Zucol y Colobig 2010). También fueron identificadas otras especies, particularmente importante fue la presencia de algarrobo (Zucol y Colobig 2010; Colobig y Zucol 2011; Ortiz y Heit 2013) (Tabla 1). Una gran cantidad de almidones de menor tamaño fueron recuperados de las paredes de diferentes contenedores, sin embargo no pudieron ser identificados por no existir colecciones de referencia. Dada la abundante presencia de estos almidones sin identificación

específica que no son producto de la contaminación de la matriz sedimentaria (Zucol y Colobig 2010), debemos suponer que representan, al igual que los almidones de las plantas domésticas, eventos acumulativos de uso, por lo que se infiere la utilización de otros recursos vegetales silvestres probablemente con la misma intensidad e importancia que las plantas domésticas conocidas.

El emplazamiento de los huertos en la región pedemontana les habría configurado características propias que los diferenciaron de otros en distintos lugares biogeográficos permitiendo un estatus de cultivado pendular para algunas especies entre domesticado y malezoide (Lema 2010). Se asume una proximidad espacial reducida entre los ámbitos de residencia y los espacios de producción, así como también entre estos últimos y el bosque circundante, pudiendo incluso los huertos estar emplazados en el interior de las zonas de bosques. Esta forma de ubicar las parcelas hortícolas es característica de las regiones pedemontanas y de las tierras bajas de Sudamérica en general. Así, se habría posibilitado el entrecruzamiento entre variedades domésticas y silvestres propiciando la hibridación y la diversidad. Si bien hasta el momento no ha sido posible identificar los sectores destinados a la producción de vegetales domésticos, el elevado porcentaje de polen de Poaceae afín a cereales en los sedimentos de las muestras recuperadas en Moralito de los sectores habitacionales (Lupo y Echenique 2001), permite suponer su cultivo en las proximidades del área de residencia, ya que el polen de esta especie tiene la particularidad de su escasa capacidad dispersiva (Galop *et al.* 2004). Considerando la fertilidad actual de la tierra que no requiere preparación para el cultivo ni inversión en sistemas complejos de riego de acuerdo a lo informado por productores locales (informantes de la cooperativa Madre Tierra de San Pedro de Jujuy), es viable suponer una ausencia de estructuras agrícolas o sistemas de regadío elaborados en el pasado. Es probable entonces que los cultivos se hayan desarrollado a secano y en espacios delimitados por materiales perecederos, lo que plantea el problema metodológico de la invisibilidad arqueológica de los huertos.

Los escasos macrorestos recuperados en más de cien años de investigaciones incluyen endocarpos quemados de mistol (*Ziziphus mistol*) y algarrobo (*Prosopis* sp.) en el interior de un fogón (Dougherty 1975), semillas de sacha pera (*Acanthosyris falcata*), tusca (*Acacia aroma*) y algarrobo con evidencias de alteraciones sobre pisos con descarte de basura (Lema 2011; Ortiz y Heit 2013), así como un conjunto de semillas no identificadas recuperadas en los pisos e interior de un horno en el sitio Pozo de la Chola (Lema 2011) (Figura 2). No se ha arribado aún a una identificación conclusiva de estas últimas recuperadas en el sitio Pozo de la Chola, siendo probable su adscripción a la familia *Capparidaceae*, específicamente al género Capparis. Cabe destacar que diversas especies de este género (*C. speciosa* o "bola verde"; *C. retusa* o "sacha poroto", *C. salicifolia* o "sacha sandía", *C. tweediana* o "sacha membrillo") son usadas actualmente por los indígenas chaqueños como alimento, entre otras aplicaciones (Torres *et al.* 2009; Lema 2011). Todas ellas pertenecen a frutos de árboles silvestres y aunque su primer uso es comestible, tres de ellas son utilizadas para producir bebidas con contenido alcohólico (Torres *et al.* 2009). De acuerdo a toda la evidencia obtenida podemos afirmar hoy que estas poblaciones estuvieron haciendo uso de una importante variedad de plantas domésticas entre las que posiblemente también se incluya el algodón a partir del hallazgo de fibras afines a esta especie en el interior del hornillo de dos pipas de cerámica (Andreoni y Lema 2011). Si bien con esta evidencia no es posible por el momento decir si el algodón también fue una de las plantas cultivadas por estas poblaciones, al menos podemos

establecer con seguridad su uso. Fibras afines a algodón fueron también recuperadas en el interior de pipas cerámicas en sitios formativos de los valles Calchaquíes (Andreoni *et al.* 2012), probando tanto la presencia como el uso de esta planta desde momentos tempranos en el NOA por parte de poblaciones que vivieron en diferentes entornos ambientales. Conjuntamente con la explotación de plantas domésticas, las poblaciones del valle de San Francisco aprovecharon una variedad de vegetales silvestres, algunos de ellos conocidos y otros que hasta el momento no han podido ser identificados. Los análisis de ácidos grasos probaron además el uso de peces de río (Ortiz y Heit 2013).

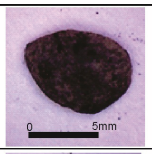
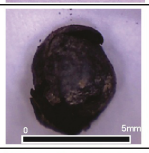
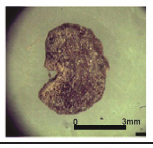
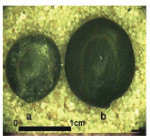
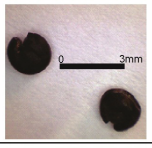
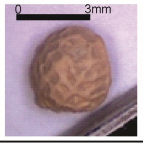
Taxa	Nivel/ Profundidad	Parte	Ejemplar	Referencia
Algarrobo *Prosopis sp. aff. alba*	0,72 m	semilla		Lema 2011
Sacha Pera *cf Acanthosyris falcata*	0,40 m	fruto		Lema 2012
Solanaceae	0,70 m	semilla		Lema 2012
Tusca *Acacia aff aroma*	0,65 m	endocarpo		Lema 2012
Chañar *Geoffroea decorticans*	0,38 m	endocarpo		Lema 2011
No identificadas Posibles semillas de *Capparidaceae*	0,77 m	semillas		Lema 2011
Tala *Celtis tala*	0,80 m	endocarpo		Ortiz 2015

Figura 2. Restos macro-botánicos recuperados en el sitio Pozo de la Chola.

Tabla 1. Identificación de almidones en fragmentos cerámicos del sitio Pozo de la Chola

Muestra	Principales afinidades botánicas
1	Sin identificación
2	*Zea mays*
3	Sin identificación
4	*Zea mays y Prosopis*
5	Sin identificación
6	*Ipomoea batatas*
7	*Solanum tuberosum*
8	*Zea mays*
9	Sin identificación
10	Sin identificación
11	Sin identificación
12	*Zea mays*
13	*Zea mays*
14	*Zea mays*
15	Sin identificación
16	*Phaselous vulgaris*?
17	*Phaselous vulgaris*?
2219	*Zea mays y Prosopis*
2221	*Zea mays, Prosopis, Phaselous vulgaris, quenopodáceas, Solanum tuberosum*
2223	*Prosopis, Phaselous vulgaris,* Quenopodáceas, *Solanum* sp.
2224	*Prosopis*

En lo que respecta a la evidencia arqueofaunística la identificación taxonómica muestra una marcada tendencia hacia el consumo de mamíferos, la mayoría aún sin identificación específica (aunque se han reconocido algún tipo de cérvido, quirquincho, zorro y camélido). En menor medida se encuentran representados los roedores chicos, los peces y los roedores de mayor tamaño como por ejemplo vizcacha (Ortiz *et al.* 2013). Entre los peces han sido identificados hasta el momento, Dorado (*Salminus maxillosus*); Armado (*Pterodoras granulosus*), Vieja del agua (*Rhinelepis strigosa*) y Sábalo (*Prochilodus lineatus*), todos ellos propios de estos ambientes y característicos de la cuenca del Paraná-Plata (Brenner y Bernasconi 1997).

Por su parte, los primeros resultados en estudios de la dieta evidencian una variabilidad interna de las muestras en humanos. Por ejemplo, valores $\delta\,^{13}C$ más empobrecidos fueron hallados en huesos de los sitios de Fraile Pintado y Santa Ana, los cuales pueden ser vinculados con los recursos acuíferos y vegetales con vía fotosintética C_3. En cambio, los individuos de Agua Negra y El Sunchal, poseen una dieta vinculada probablemente al maíz y las crasuláceas comestibles de alto valor energético que se encuentran disponibles en el área (Ortiz y Killian Galván 2011). Sobre la base de los resultados obtenidos en humanos,

ninguno de los individuos analizados tuvo una dieta totalmente compuesta por alimentos bajo un sólo patrón fotosintético. Los valores con los que contamos al presente indican un fuerte énfasis en los recursos terrestres. Resta aún saber si los aportes de los recursos vegetales fueron más importante que las proteínas de origen animal, para lo cual resulta necesario conocer los valores isotópicos locales con el objeto de realizar una mejor interpretación de los datos. Por el momento, podemos inclinarnos a la inclusión en la dieta de herbívoros terrestres y un importante aporte de recursos vegetales, entre los cuales podrían estar no solo el maíz sino las crasuláceas comestibles silvestres (Ortiz *et al.* 2011).

La pesca también parece haber formado parte de la economía posiblemente como un componente estacional en la dieta. Sin embargo dado que la evidencia arqueofaunística coloca a los peces en 3° lugar en la lista de recursos, es importante considerar las tareas y actividades que debieron organizarse en torno a su obtención, sobre todo en algunas épocas del año y en algunos sitios en particular, en que esta actividad pudo ser la más importante de acuerdo las horas diarias que deben ser invertidas para aprovechar la época de mayor abundancia de peces. Aunque se trata de una actividad principalmente masculina las mujeres pueden colaborar usando, por ejemplo, cestas para atrapar a los peces que se acercan a las orillas, sobre la base de información etnográfica para poblaciones de regiones aledañas (Nordenskiöld 1912 [2002]).

La domesticación del paisaje traducida en alteraciones importantes del entorno y manejo de las especies nativas, parece haber impactado más fuertemente en lo que es el área próxima al asentamiento residencial, sobre la base de la evidencia obtenida de los estudios polínicos en el sitio de Moralito donde el bosque nativo se encuentra escasamente representado (Lupo y Echenique 2001). El impacto de la actividad humana sobre el entorno está traducido en la reducción del bosque nativo y la sobre-representación de especies invasoras o antrópicas.

PENSANDO EN LA "OPCIÓN PRODUCTIVA"

El patrón adaptativo de larga duración de las poblaciones San Francisco sugiere una flexibilidad basada en la explotación de una amplia variedad de recursos (tanto terrestres como acuáticos). La disponibilidad estacional de plantas y animales silvestres combinada con la producción de cultígenos domésticos habría contribuido a la flexibilidad más que a la especialización e intensificación de cultivos específicos. Así podríamos preguntarnos ¿qué tiempo se invierte en el huerto? ¿Qué se está haciendo para cosechar determinadas especies? ¿Cómo afecta la estacionalidad de todos los recursos disponibles? No olvidemos que aun cuando los rendimientos de los cultivos afectan el estándar de vida de los productores, la economía global de la unidad doméstica de los pequeños predios agrícolas es uno de los principales determinantes de esos rendimientos. Es decir, factores tales como los momentos de ocio de la familia, el procesamiento de los alimentos, obligaciones sociales y otras actividades ajenas al quehacer agrícola pueden ser tan importantes como los factores ecológicos y de manejo de los huertos (Regalsky y Hosse 2009).

Los datos recabados hasta el momento apoyan la idea de un sistema de explotación económico mixto donde la agricultura fue solo uno más de los varios componentes de la subsistencia sin que la economía haya dependido principalmente, al menos en todos los casos, de los recursos provenientes de la producción agrícola. A juzgar por los valores

isotópicos obtenidos en humanos, especies como el maíz ya estaba incorporado a la dieta desde el 400 A.C. (sitio El Sunchal). El consumo de este cereal se mantiene a lo largo de los siglos sobre la base de los valores de isótopos para un individuo del sitio de Agua Negra, con un fechado de 1650 ± 80 A.P. y los siguientes rangos de edades; 387-562 cal D.C. (p = .05) y 317-623 cal D.C. (p = .95), calibrado a 2 sigma con el programa CALIB 2.0 (Stuiver y Reimer 1986).

Los miembros de una misma unidad doméstica pueden tener ocupaciones muy diferentes que impiden una articulación de la fuerza de trabajo en torno a una sola estrategia productiva. Aunque otros recursos como por ejemplo los provenientes de la pesca, hayan sido un aporte estacional y no estable a la dieta, no debemos desestimar el hecho que en varios sitios arqueológicos los restos de peces son ubicuos y de acuerdo al cálculo realizado en uno de ellos, corresponde al 3° taxón más representado. Es posible entonces que haya existido un grado de organización supradoméstica para otras actividades, como por ejemplo, la pesca comunitaria. En la época de mayor abundancia los pescadores de muchas regiones ribereñas y especialmente de aquellos grupos históricos que explotaron y explotan aún hoy los peces de la cuenca del Paraná-Plata (sistema al que pertenece el río San Francisco), deben planificar la pesca colectiva en donde participan diferentes miembros de una misma comunidad. El arrinconamiento de los peces y su captura dependen del trabajo en equipo e insume varias horas del día y a veces días completos. En muchas comunidades indígenas del Chaco semiárido argentino la pesca colectiva se sigue realizando de manera tradicional incluso con redes de fibra vegetal (*Chaguar* o *Caraguatá*: *Bromelia hieronymi*), y en otros casos mediante la utilización de una lanza de pesca denominada "fija" (Scarpa 2007) (Figura 3 a y b).

La abundancia de mamíferos registrados en los sitios y la diversidad taxonómica de especies indica que la caza de animales silvestres también fue una actividad importante, esperable en un ambiente de esas características. Debido a la diversidad específica (ver Tabla 2), su captura y procesamiento debió requerir de distintas prácticas y tecnologías, e incluso es muy probable que no todos los individuos participaran de la misma manera en su obtención. En el caso de los mamíferos de mayor tamaño como por ejemplo los cérvidos (Tabla 2), se requiere de armas y técnicas de caza diferentes a aquellas utilizadas para animales de pequeño porte como por ejemplo los roedores. Estos últimos pueden ser apresados con trampas, cerca de los lugares de habitación y pueden ser atrapados por cualquier individuo del grupo, tanto adultos como niños.

Si consideramos un calendario hipotético sobre la base de algunos de los recursos que sabemos fueron explotados por los grupos tempranos del valle de San Francisco, podemos observar que las actividades que debieron ser invertidas para conseguir cada uno de ellos abarcan prácticamente el año calendárico (Tabla 2). Si bien los cultivos domésticos cubren un período más amplio, lo que permite suponer la importancia de estos recursos en la economía, la agricultura no reemplaza necesariamente a otras formas de aprovisionamiento de recursos para la subsistencia. Como puede observarse, la caza y la pesca insumen períodos considerables de tiempo que deben ser tenidos en cuenta al momento de pensar las estrategias económicas que pudieron haber usado estas poblaciones así como las prácticas involucradas para la obtención de los diferentes tipos de recursos. La pregunta sería entonces, ¿cómo participan los agentes sociales de las diferentes estrategias productivas y cuánto aporta cada recurso a la economía de la unidad doméstica y del grupo en general?

Figura 3a y 3b. Pesca comunitaria en el río Pilcomayo. Fotografías de Luis Calizaya, 2012.

Es interesante la diversidad de valores isotópicos obtenidos en humanos, incluso en muestras de sitios cercanos espacialmente. Esto nos pone frente a la pregunta acerca de la complejidad de estrategias de consumo en individuos que ocuparon un mismo ambiente con recursos y condiciones climáticas similares. Los datos obtenidos hasta el momento indican que hubo diferentes patrones de consumo alimenticio a lo largo de mil años (Ortiz y Killian Galván 2013). Además, dada la considerable distancia cronológica en los fechados, podríamos proponer que no parecen haber existido cambios unidireccionales en las tendencias alimentarias a lo largo del tiempo, ya que esa diversidad alimentaria se mantuvo a lo largo de la secuencia. Si bien es importante destacar la escasez de fechados radiocarbónicos en relación a las muestras de humanos analizados, a juzgar por los resultados obtenidos en dos de los individuos, el patrón dietario entre ambos es muy similar, a pesar de una distancia cronológica de casi 900 años (sitio Agua Negra y El Sunchal). Esto reforzaría la interpretación de la ingesta de productos domésticos desde los momentos más tempranos con una continuidad durante los siglos subsiguientes, mientras que la diversidad observada a partir de las distintas muestras estaría reflejando las distintas opciones alimentarias escogidas

por estas poblaciones, caracterizadas por la continuidad de estrategias extractivas con la combinación del aprovechamiento de los recursos de huerta. Esta evidencia a ser evaluada a futuro con mayores cantidades de muestras y fechados radiocarbónicos, podría estar ratificando la propuesta de una estabilidad importante debido a la ausencia de situaciones de estrés sobre la base de la explotación de recursos abundantes y disponibles a lo largo del año, lo que no potenció el incremento de la agricultura intensiva ni la dependencia creciente de ella con el transcurso del tiempo.

Tabla 2. Calendario estimativo de algunos de los recursos explotados por los grupos de tradición San Francisco de acuerdo a la estacionalidad anual

ABRIL	MAYO	JUNIO	JULIO	AGOSTO	SETIEMBRE	OCTUBRE	NOVIEMBRE	DICIEMBRE	ENERO	FEBRERO	MARZO
							SABALO (**)				
							DORADO (**) (***)				
						ARMADO (**)					
							VIEJA DEL AGUA (**)				
								HUEVOS (*)			
			QUIRQUINCHO (**)								
VIZCACHA (**)											
								POROTO SILVESTRE (A)			
						QUENOPODACEAS Y AMARANTACEAS (+)					
POROTO DOMESTICO (+) (+)									POROTO DOMESTICO (+)		
									MISTOL (*)		
							ALGARROBO (*) (***) (+)				
TUSCA									TUSCA (*)		
			BATATA (1° cosecha) (+)						BATATA (2° cosecha) (+)		
PAPA (+)											PAPA (+)
									Posibles Capparidáceas (sacha sandía, sacha pera, bola verde) (*)		
CANIDAE (posiblemente zorro) (**)										CANIDAE (posiblemente zorro) (**)	
CERVIDO (posiblemente corzuela) (**)											
AVES (**)											
									ROEDORES GRANDES (**)		

Nota: (*) macrorestos, (**) restos arqueofaunísticos, (***) ácidos grasos, (+) almidones (A) incluido de manera hipotética ya que variedades silvestres de esta especie (llamado poroto del monte) se encuentran naturalmente en la región.

Por último hay que pensar en cómo son incorporados los recursos provenientes de la producción agrícola, ya que la ecología isotópica y su repercusión en los valores en humanos podría estar mostrando, como fuera mencionado por Calo y Cortés (2009) que las poblaciones del NOA y particularmente aquellos que ocuparon la región subtropical de las Yungas, podrían haber seguido distintos caminos en el desarrollo de la agricultura reflejando un proceso mucho más complejo de lo que generalmente se ha supuesto, en relación a la adopción y posible dependencia de las plantas cultivadas.

Por el momento podemos proponer que el manejo del medio estaría reflejado en una baja movilidad basada en la explotación intensiva de porciones reducidas de un ambiente de alta rentabilidad. La abundancia de recursos, su procesamiento y almacenamiento a gran escala tiene a su vez una correspondencia altamente positiva con la abundancia y diversidad de los conjuntos artefactuales, especialmente los contenedores cerámicos.

Considerando este escenario, es viable asumir que la densidad poblacional pudo ser relativamente alta para la época, y esto podría estar reflejado en lo que parecen ser sitios habitacionales con una dimensión importante, en algunos casos incluso, con ocupaciones sedentarias durante varios siglos en un mismo lugar sobre la base de los fechados radiocarbónicos existentes hasta el momento (Figura 4).

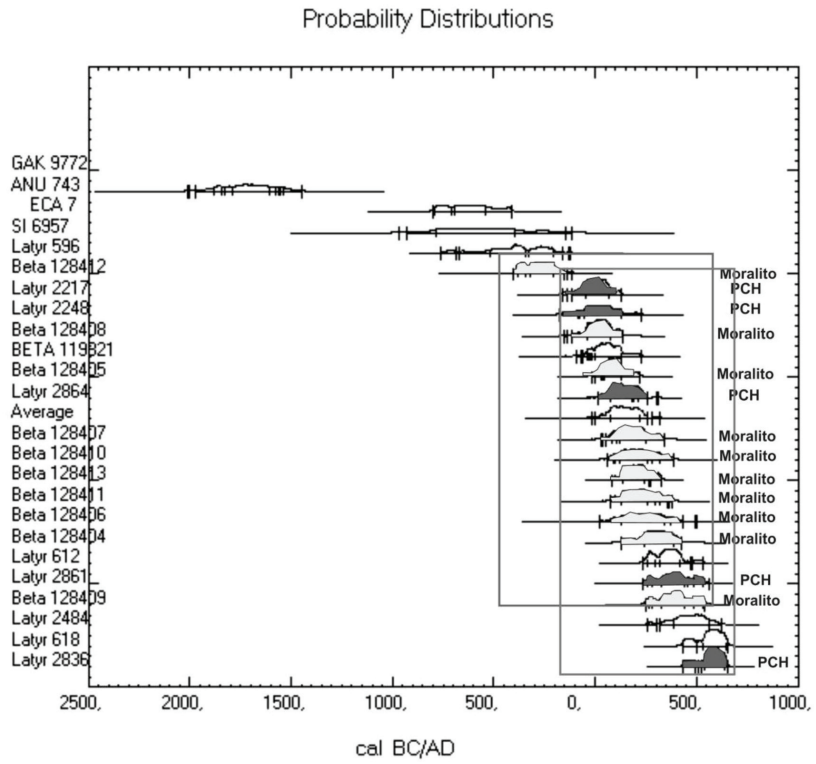


Figura 4. Fechados radiocarbónicos (con dos sigmas de probabilidad), para sitios arqueológicos del valle de San Francisco. En los recuadros se destaca la distribución de fechados asociados con la ocupación en dos de los sitios con mayor cantidad de dataciones (Pozo de la Chola en color negro-PCH- y Moralito en color gris).

Estos asentamientos de mayor tamaño pueden extenderse por centenares de metros modificando el paisaje a la manera de "islas" en un ambiente densamente boscoso (Lupo y Echenique 2001; Echenique y Kulemeyer 2003; Ortiz 2007). Su proximidad a los cursos de agua de envergadura es recurrente, por lo que a pesar de que aún no conocemos como se organizó la ocupación del territorio ni la distribución espacial de la diversidad de sitios reportados, este patrón sugiere una clara preferencia por asentarse en las proximidades de ríos o arroyos estacionales. Sin embargo también han sido relevados algunos sitios en pisos altitudinales más elevados, en ambiente de bosque montano e incluso en la porción sur de la Quebrada de Humahuaca (Dougherty *et al.* 1984; Cremonte y Garay de Fumagalli 2001; Garay de Fumagalli 2003) (Figura 1).

REFLEXIONES FINALES

En este extenso proceso, el modo de vida en el valle de San Francisco permaneció invariable a lo largo de más de 1000 años, lo que demuestra un complejo y eficiente conocimiento del manejo de su espacio vital. La heterogeneidad y la hábil administración de los recursos disponibles fueron posiblemente la base del éxito adaptativo de estas poblaciones. La ocupación exitosa de esta región habría comenzado casi un milenio A.C. Sin embargo no parece tratarse de un proceso local derivado de la colonización del valle por parte de pobladores tempranos anteriores a los que llamamos "San Francisco" ya que no contamos con evidencias arqueológicas previas a las dejadas por estos grupos. Todos los sitios investigados revelan condiciones muy similares en la explotación del ambiente y de los recursos, así como exhiben una importante uniformidad estilístico material. Es muy posible que se trate de grupos que llegaron al valle alrededor del primer milenio A.C. y se adaptaron exitosamente a las condiciones impuestas por el ambiente. Este modo de vida perduró sin mayores cambios durante otros 1000 años hasta que por razones que aún desconocemos culminó aproximadamente hacia el 500 D.C. No tenemos datos acerca de si los portadores de la tradición San Francisco fueron reemplazados por otras poblaciones en los siglos siguientes. Lo que si podemos afirmar es que a pesar de la creciente sedentarización y la transformación de lugares específicos del paisaje por intervención humana que redundó en la antropomorfización del espacio residencial y productivo, dichos cambios no están asociados con el incremento de una agricultura intensiva o con el desarrollo de jerarquías sociales institucionalizadas. No hay indicios en el registro arqueológico de marcadas jerarquías, acumulación de riqueza u otros rasgos que podrían asociarse a la reproducción de desigualdades sociales (Ortiz 2012). Este escenario es muy similar a lo ocurrido en otras regiones del NOA para esa misma época, como por ejemplo el valle de Tafí (Berberián y Nielsen 1988; Salazar *et al.* 2008).

Los testimonios aportados por los conquistadores europeos para esta misma región corresponden a momentos muy tardíos (siglo XV-XVI) por lo que tenemos un *hiatus* sin evidencia arqueológica de más de mil años. Así, el proceso no se erige en formador de nada ya que comenzó y terminó de la misma manera permaneciendo aún desconocidas las causas. La dimensión temporal del término Formativo queda en este caso subsumida a una mera asignación cronológica ya que no da cuenta de un *continuum* histórico. Hace alusión simplemente al momento temporal de una secuencia de larga data en que los grupos que habitaron el valle de San Francisco durante la segunda mitad del 2° milenio A.C. y los

primeros siglos del 1° milenio D.C., configuraron su paisaje y diseñaron un modo de vida lo suficientemente eficiente como para perdurar sin mayores cambios durante cientos de años. Este escenario, también reportado para otros lugares de los neotrópicos de Sudamérica (Staller 2006; Neves 2007; Schaan 2008), marca como una característica notoria la gran estabilidad temporal de formaciones sociales que se desarrollaron allí donde el acceso a una gran variedad de recursos fue regular y aparentemente irrestricto. Esta situación pudo haber sentado las bases materiales para los procesos sociopolíticos considerados. Como lo había destacado Clastrés en la década de los ´60 a partir de la comparación entre numerosas poblaciones de las tierras bajas, la política se caracterizaba por estar basada en el faccionalismo, lo que en la práctica se evidenciaba en la restricción de la emergencia y reproducción de acentuadas formas de centralización política permanente (Clastres 1978). El acceso más o menos igualitario a los medios de producción y los recursos, podría ser la explicación para esta clase de fenómeno. A manera de cierre es pertinente reflexionar en las consecuencias a largo plazo de los procesos ocurridos en esta región, y preguntarnos, parafraseando a Goes Neves "¿qué es mejor?: ¿ejecutar trabajos de manera forzada en la construcción y mantenimiento de los canales de irrigación, o vagar libremente en los bosques y orillas de los ríos?" (Neves 2007:137).

AGRADECIMIENTOS

A los alumnos de la facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy que participaron en las tareas de excavación en el sitio Pozo de la Chola. A los evaluadores anónimos por sus observaciones, las que permitieron enriquecer la discusión. Este trabajo forma parte de los trabajos desarrollados en el marco del proyecto PIP N° 11420090100180 del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina (dirigido por G. Ortiz) y del proyecto PICTO 08-00131 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Jujuy (G. Ortiz investigador participante).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andreoni, D., R. Spano y V. Lema
2012 Nota sobre evidencias de uso de plantas en el sitio Soria 2 a partir del análisis microscópico del contenido de pipas. *Arqueología* 18: 235-243.

Andreoni, D. y V. Lema
2011 *Informe del análisis de raspados sobre fragmentos de pipa de los sitios Fraile Pintado y Arroyo Colorado*. Informe del Laboratorio 1 de la División Arqueología del Museo de La Plata, FCNyM- UNLP.

Berberián, E. y A. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí. En: *Sistemas de Asentamientos Prehispánicos en el Valle de Tafí*, editado por E. Berberián, pp. 20-52, Comechingonia, Córdoba.

Boman, E.
1991 [1908] *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama.* Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy.

Brenner, R. y A. Bernasconi
1997 Aportes de ácidos grasos esenciales de las Series n-6 y n-3 a la dieta humana por pescados comestibles del río Paraná. *Medicina* 5783: 307-314.

Brown, A., R. Grau, L. Malizia y A. Grau
2001 *Argentina. Bosques Nublados del Geotrópico*, Editorial INbio, pp. 623-659, Costa Rica.

Cabrera, A.
1976 Regiones fitogeográficas argentinas. *Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería.* T. II, Fascículo 1: 85, Buenos Aires.

Calo, C. M. y L. Cortés
2009 A contribution to the study of diet of formative societies in northwestern Argentina: isotopic and archaeological evidence. *International Journal of Osteoarchaeology* 19: 192-203.

Chaumeil, J. P.
1998 *Ver, saber, poder. Chamanismo de los Yagua de la Amazonía Peruana*. IFEA, CAEA. Perú.

Clastres, P.
1978 *La sociedad contra el Estado*. Monte Avila Editores, Barcelona.

Colobig, M. de los M. y A. Zucol
2011 *Análisis de presencia de almidones en cerámicas de la localidad arqueológica Pozo de la chola y sitio Monte Alto, Jujuy, Argentina*. Informes del Laboratorio de Paleobotánica 22 (CICYTTP-Diamante), Entre Ríos.

Cremonte, M. B. y M. Garay de Famagalli
2001 Una ocupación temprana en el Pucará de Volcán (Dto. Tumbaya, Jujuy). *Actas del XIII Congreso Nacional de arqueología argentina.* Tomo 1:157-171. Córdoba.

Criado Boado, F.
1995 Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *Spal* 2:9-25.

Descola, P.
1986 *In the society of nature. A native ecology in Amazonia*. Cambridge University Press. Cambridge.
2005 *Las lanzas del crepúsculo. Relatos Jíbaros. Alta Amazonia.* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Dillehay, T.
2011 Direcciones futuras para la arqueología del pastoreo y el tráfico caravanero surandino. En: *En ruta. Arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino*, Editado por L. Nuñez y A. Nielsen, pp. 399-405, Encuentro Grupo Editor, Argentina.

Dougherty, B.
1974 Análisis de la variación medioambiental en la subregión arqueológica de San Francisco (región de las selvas occidentales, subárea del NOA). *Etnía* 20: 1-11.
1975 Nuevos aportes para el conocimiento del Complejo Arqueológico San Francisco (sector septentrional de la región de las selvas occidentales argentinas, subárea del noroeste argentino). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Dougherty, B., A. Fernandez y E. Zagaglia
1984 Arqueología del río Capillas. Departamento Capital, provincia de Jujuy *Revista del Museo de La Plata, Nueva Serie* II: 197-222.

Echenique, M. y J. Kulemeyer
2003 La excavación arqueológica de una "mancha blanca", el sector M43C en el sitio Moralito, departamento San Pedro, provincia de Jujuy, República Argentina. En: *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 99-132, CREA, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Erickson, C.
1983 Sistemas agrícolas prehispánicos en los llanos de Mojos. *América Indígena*, XI (4): 731-755.

Galop, D., J. Carozza, J. Lopez Sáez, B. Vanniere, G. Bossuet, M. Veliz Perez y J. P. Metailié
2004 Historia del medio ambiente en la larga duración y ocupación del espacio en la región de La Joyanca, noroeste de Petén, Guatemala: primeros resultados. En: *XVII Simposio de Investigaciones arqueológicas en Guatemala*, editado por J. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo H., y H. Mejía, pp. 530-542. Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala.

Garay de Fumagalli, M.
2003 Del formativo al inkaico, los valles sudorientales de Jujuy en los procesos de interacción macroregionales. En: *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 229-260, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Harris, D.
1989 An Evolutionary continuum of people-plan interaction. *Foraging and Farming. The evolution of plan exploitation.* Editado por D. Harris y G. Hillman, pp. 11-24. Unwin Hyman, Londres.

Lathrap, D.
1973 The antiquity and importance of long-distance trade relationships in the moist tropics of Pre-Columbian South America. *World Archaeology* 5(2): 170-186.

Lema, V.
2011 *Informe preliminar sobre la identificación taxonómica de semillas del sitio Pozo de la Chola.* Informe del Laboratorio 1 de la División Arqueología del Museo de La Plata, FCNyM- UNLP.
2010 Confluencia y Emergencia: domesticación y prácticas de manejo del entorno vegetal en la frontera. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina.* Tomo III:1043-1048, Mendoza.

Levi Strauss, C.
1997 [1952] *Tristes Trópicos*, Paidós Básica, Barcelona.

Lucas, L., M. Godoy, D. Rivero y L. Paredes
1997 Rescate arqueológico en El Sunchal. Dpto. El Carmen. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* 8:65.

Lupo, L. y M. Echenique
2001 Reconstrucción arqueopalinológica de los distintos momentos de ocupación del Yacimiento Formativo Moralito. Jujuy, noroeste argentino. *Ameghiniana* 8: 125-130. Publicación especial, actas del XI SAPP

Neves, E. G.
2007 El Formativo que nunca terminó: la larga historia de estabilidad en las ocupaciones humanas de la Amazonía central. *Boletín de Arqueología PUCP* 11:117-142.

Nordenskiöld, E.
1993 [1903] *Lugares precolombinos de asentamiento y entierro en la frontera sudoeste del Chaco.* Serie Jujuy en el pasado, Universidad Nacional de Jujuy.
2002 [1912] *La vida de los indios. El gran Chaco (Sudamérica)*.APCOB. Bolivia.

Nuñez, L. y A. Nielsen
2011 Caminante, si hay caminos: reflexiones sobre el tráfico sur andino. En: *En ruta. Arqueología, historia y etnografía del tráfico sur andino*, Editado por L. Nuñez y A. Nielsen, pp. 11-42. Encuentro Grupo Editor, Argentina.

Ortiz, G.
2013 Vida y Muerte en el valle de San Francisco. Prácticas funerarias complejas y diversidad mortuoria en grupos de la selva pedemontana de Jujuy (Argentina). *Dossiê Memória e Narrativas nas Religiões e nas Religiosidades. Revista Brasileira de História das Religiões*, V (15):93-117.
2007 La evolución del uso del espacio en las tierras bajas jujeñas (subárea del río San Francisco). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Ortiz, G. y V. Killian Galván
2013 El consumo como vía para comprender economías mixtas. Su aplicación al sur del valle de San Francisco, región pedemontana de Jujuy (Argentina). Trabajo presentado en el taller La Montaña Tropical Sur-Central y las zonas adyacentes: Desarrollos Políticos Regionales, Intercambio Inter-regional e Interacción Cultural, Sucre, Bolivia.

Ortiz, G., P. Mercolli y V. Killian Galván
2011 Nuevas evidencias en el estudio de la economía y dieta en poblaciones tempranas de la cuenca del San Francisco (800 a.C-500 d.C). *Arqueología y Etnohistoria de la vertiente oriental de los Andes de Argentina y Bolivia. II Taller Internacional de arqueología del noroeste de Argentina y Andes Centro Sur*: 30-35. San Salvador de Jujuy.

Ortiz, G. y C. Heith
2012 Consumo y economía en los grupos pedemontanos tempranos de la cuenca del San Francisco (Jujuy, Argentina). En: *Las manos en la masa, arqueologías y antropologías de la alimentación en Suramérica*, Editado por P. Babot, F. Pazzarelli, y M. Marschoff, pp. 627-643, Museo de Antropología. Córdoba.
2013 Nuevos avances en relación a las prácticas económicas de los grupos tempranos pedemontanos del noroeste de Argentina (800 aC-500 dC), a través de marcadores biomoleculares y microrestos vegetales. *Revista Española de Antropología Americana,* Vol, 43, N°2*:* 369-384, Madrid.

Piperno, D. y D. Pearsall
1998 *The origins of agriculture in lowland tropics*. Academic Press, San Diego.

Price, T. y J. A. Brown
1985 Aspects of hunter-gathered complexity. En: *Prehistoric Hunter-Gatherers: the emergence of Cultural Complexity,* Editado por T. Price y J. Brown, pp. 3-20, Academic Press, New York.

Prous, A., A. Baeta y E. Rubbioli
2003 *O patrimonio arqueológico da regiao de Matozinhos. Conhecer para proteger*, Votorantin-Cimientos. Portugal. Matosinhos.

Regalsky, P. y T. Hosse
2009 *Estrategias Campesinas Andinas de Reducción de Riesgos Climáticos. Estado del arte y avances de investigación en los Andes bolivianos*, CENDA-CAFOD, Cochabamba.

Renard-Casevitz, F., T. Saignes y A. Taylor
1988 *Al Este de los Andes. Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII*. IFEA. Perú.

Saignés, T. e I. Combes
1994 Chiri-Guana: nacimiento de una identidad mestiza. En: *Chiriguano. Pueblos indígenas de las tierras bajas de Bolivi*a, Editado por J. Riester, pp. 25-201, APCOB. Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

Salazar, J., V. Franco Salvi, E. Berberián y S. Clavero
2008 Contextos domésticos del Valle de Tafí, Tucumán, Argentina (200-1000 Ad). *Werken* 10:25-47.

Scarpa, G.
2007 Plantas asociadas a la pesca y a sus recursos por los Indígenas Chorote del Chaco Semiarido (Argentina). *Boletín de la sociedad argentina de Botánica* 42: 333-345.

Schaan, D. P.
2008 The non-agricultural Chiefdom of Marajó island. En: *Handbook of South American archaeology*; Editado por H.I. Silverman y W. Isbell, pp. 339-357. Springer, New York.

Serrano, A.
1962 *Investigaciones arqueológicas en el valle del río San Francisco (Prov. de Jujuy)*.Impresiones Salecianos. Salta.

Smith, B.
2001 Low-level food production. *Journal of Archaeological Research*, 9 (1):1-43.

Staller, J. E.
2006 La domesticación de paisajes ¿Cuáles son los componentes primarios del Formativo? *Estudios Atacameños* 32: 43-57.

Stuiver, M. y P. J. Reimer
1986 A computer program for radiocarbon age calibration. *Radiocarbon* 28: 1022-1030.

Torres, G., M. Santoni y L. Romero
2009 *Los Wichí del Chaco salteño ayer y hoy. Alimentación y nutrición*, Crisol Ediciones, Salta.

Ventura, B.
1994 Un verde horizonte de sucesos. En: *De Costa a Selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro-Sur*, Editado por M. E. Albeck, pp. 301-328, IIT, FFyL, Universidad de Buenos Aires.
1984-1985 Representaciones de camélidos y textiles en sitios arqueológicos tardíos de las selvas occidentales. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. 36:191-202.

Ventura, B. y G. Ortiz
2003 Presentación. En: *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 7-20. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.

Zucol, A. F. y M. de los M. Colobig
2010 *Análisis de presencia de micro-restos en fragmentos de cerámica de la localidad arqueológica Pozo de la Chola, Jujuy, Argentina*. Informes del Laboratorio de Paleobotánica 19 (CICYTTP-Diamante), Entre Ríos.

GENTE, TIERRA, AGUA Y CULTIVOS: LOS PRIMEROS PAISAJES AGRARIOS DEL NOROESTE ARGENTINO

Alejandra Korstanje[*], Marcos Quesada[**],
Valeria Franco Salvi[***], Verónica Lema[****] y Mariana Maloberti[*]

ABSTRACT

In this article we bring together knowledge concerning pre-Hispanic agriculture resulting from the work of different research groups pursuing various lines of evidence in different areas. We reflect on the formation of the first agricultural landscapes in northwest Argentina, specifically on the way in which the relations between people, crops, water and land were organized in a particular spatiality during the period that has been defined as "Formative". Part of this reflection led us to revise some assumptions about plant production in the Formative period, trying to avoid traditional schemes that translate the pre-Hispanic history into evolutionary stages, each of them conceived as internally homogeneous and organized under a typological perspective. As a result of recent research, with the contribution of new methodological and theoretical approaches, we think of agriculture in a broader sense than those assumed by previous research in the region, conceiving it as a way of doing and being in a particular ambit with their social forms of appropriations. This leads us to consider the continuities, breaks, overlaps and the multiples ways of dwelling within the productive landscapes in regional agrarian history.

***Keywords**: agricultural landscapes – early food production – agricultural practices*

[*] Instituto de Arqueología y Museo/ I.S.E.S (CONICET-UNT).
[**] CONICET - Escuela de Arqueología, UNCa.
[***] CEH "Prof. S.A. Segreti". Área Etnohistoria y Arqueología. CONICET.
[****] LEBA/ División arqueología (FCNYM – UNLP) CONICET.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se propone realizar algunas síntesis transversales a conocimientos, áreas, problemáticas y equipos de trabajo, sobre aspectos vinculados a la conformación de los primeros paisajes agrarios en el Noroeste Argentino (NOA en adelante), atentos particularmente a la manera en que el devenir de las relaciones entre personas, cultivos, agua y tierra fueron conformando las espacialidades del momento que ha sido conceptualizado como "Formativo". Entendemos por espacialidades a las configuraciones concretas, situadas y fenoménicas que adquieren los ámbitos de agenciamiento de los seres o entes relacionales implicados. Estas configuraciones producen, reproducen y clausuran las acciones, prácticas y relaciones que las posibilitaron.

Por otro lado, el objetivo del trabajo es también revisar críticamente algunos supuestos en torno a la producción de alimentos proponiendo historias agrarias en función de los avances de las nuevas investigaciones.

Si bien nos centraremos principalmente en el momento comprendido entre los 1000 A.C. a 1000 D.C. aproximadamente, nuestra idea es acentuar la mirada sobre la significación de la producción de alimentos en general dentro de la historia prehispánica regional.

Los autores hemos trabajado antes en diferentes problemáticas, tales como agroarqueología, paisajes agrarios, aspectos vinculados con la domesticación vegetal, así como a otras prácticas de manejo sobre el entorno, intentando ampliar las perspectivas tradicionales en el tema y evitando caer en esquemas –bastante naturalizados ya– donde existen etapas en la historia prehispánica del NOA concebidas como tecnológicamente superadoras unas de otras.

Por el contrario, los estudios centrados en lo agrícola y lo productivo han llevado a contradecir ideas que vinculan avances tecnológicos y evolutivos marcados por momentos comunes y teleológicos. La visión unilineal no nos resulta válida debido a las múltiples continuidades, quiebres, solapamientos y diversidades observadas entre formas de producir y de habitar los paisajes productivos. Por ello adherimos al abordaje que observa los procesos de larga duración por sobre las etapas marcadas por un avance tecnológico en particular.

Siguiendo la propuesta del taller de escribir desestructurando nuestra propia tradición de equipos y tratando de buscar encuentros transversales en temas, áreas o formas de trabajo, es que el presente escrito resulta de la integración de lo que originalmente correspondía a dos ponencias presentadas de manera separada, aunque vinculadas en la temática. Dicha integración permitió potenciarnos con conocimientos y abordajes metodológicos diversos y complementarios que nos llevan a pensar nuevas historias en torno a los primeros paisajes agrarios del NOA. En este sentido, analizaremos algunas de las principales características de la agricultura para el período antes dicho, incorporando nuestras experiencias de investigación junto a otros casos de estudio específicos que hemos elegido e incluyendo también los cambios posibles de observar (o no) con las formas agrícolas que le suceden en el tiempo (Fig. 1).

En cuanto a la elección de los ejemplos, nos guían no sólo las particularidades de los mismos, sino también y sobre todo, la cantidad y calidad de trabajo que se ha invertido en su estudio. Aunque nos hemos tentado de elegir también otros sitios que han sido considerados clásicos dentro de la literatura agrícola, hemos debido optar sólo por aquellos que han sido estudiados con cierto detalle en su complejidad. No obstante esto, haremos mención en el escrito a todos aquellos otros que por algún motivo merecen volver a ser estudiados a la luz de nuevas metodologías.

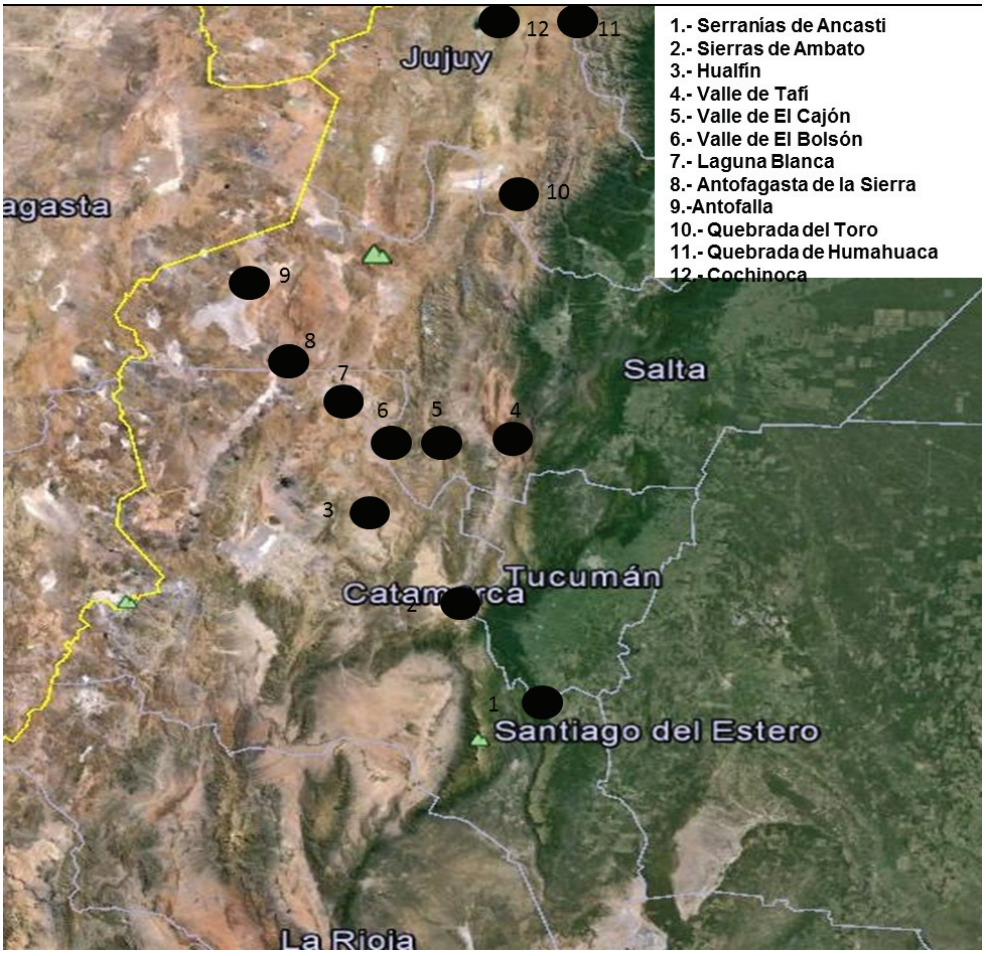


Figura 1. Mapa del área de estudio con ubicación de algunos de los sitios arqueológicos mencionados.

ALGUNOS SUPUESTOS DE LAS PERSPECTIVAS TRADICIONALES

Para comprender cómo los estudios de la agricultura han contribuido a la definición de lo que se asume como Formativo, es necesaria una breve síntesis de algunos de los aportes legados por los investigadores/as de generaciones anteriores.

Los diferentes paradigmas que enfocaron las periodificaciones del NOA no tuvieron prácticamente en cuenta a la agricultura, a pesar de que el período que se estableció como continente de todas las culturas entonces definidas, fue denominado "Período Agro-alfarero" (González y Pérez 1972). "Agro" es principal en la formación del nuevo adjetivo, lo lidera y eso debería implicar que incluso lo defina. Sin embargo lo agrícola no sólo está ausente en la descripción que caracteriza y delimita a este período, sino también en la definición de su segmentación.

La agricultura toma en cambio un papel protagónico, no ya nominal sino conceptual, con la propuesta de periodificación que realiza Núñez Regueiro (1975), inspirada en el materialismo histórico, la cual cristaliza por varias décadas la denominación de "Formativo". A pesar de esto, no será la investigación de la agricultura (necesaria para entender un modo de producción) lo relevante en los próximos trabajos de arqueología en el área, incluso entre quienes se interesaron por definir y caracterizar al Formativo, situación que perdura hasta prácticamente la década de 1990, salvo contadas excepciones que no se encuadran en los tiempos formativos, sino en el Período de Desarrollos Regionales (PDR en adelante). Entre éstas excepciones encontramos los trabajos de Pedro Krapovickas, cuya investigación, a pesar de no haber alcanzado gran profundidad ni producir verdaderos desarrollos metodológicos, impactó en algún grado en investigaciones posteriores. Krapovickas fue el primero en llamar la atención acerca de la importancia de la agricultura en la economía puneña. Recorrió numerosos sitios agrícolas en la Puna de Jujuy y destacó la notable extensión de las instalaciones agrícolas en los sitios de Santa Ana de Abralaite (Krapovickas *et al.* 1979) y Aguas Calientes de Rachaite (Ottonello de García Reinoso 1973), entre otros. Ello le permitió sostener que en la Puna "existió en tiempos prehistóricos una economía mixta en la cual tanto la agricultura como el pastoreo de camélidos tuvieron pareja importancia. Pero es muy posible además que en algunos lugares la primera adquiriera un desarrollo más notable que la segunda" (Krapovickas 1984:118). Entre los sitios investigados por Krapovickas, se cuenta el yacimiento de Tebenquiche Chico, ubicado en una quebrada tributaria de la cuenca del salar de Antofalla. A propósito de este yacimiento, sostuvo que la importancia de la agricultura en la economía puneña no sólo era un fenómeno extendido en toda la región, sino que además era muy antiguo (Krapovickas *et al.* 1980; Krapovickas1984).

Un segundo caso de estudio es el realizado por Raffino (1973, 1975), orientado a comprender la agricultura dentro de la dinámica del sistema económico precolombino, incluyendo la dimensión demográfica del problema de la producción. En estos primeros trabajos analiza, no sólo la evidencia arqueológica en la Quebrada del Toro (Salta), sino también las prácticas agrícolas actuales de tradición indígena integrándolas en la discusión. Este investigador incluye a la arquitectura como un tema importante tanto para profundizar la delimitación cronológica como para resolver consideraciones acerca de la organización social, política y económica. Así, Raffino se propuso explorar y clasificar la diversidad arquitectónica en el NOA obteniendo una primera aproximación al estudio de las estructuras agrarias mediante análisis de los tipos de emplazamientos y asociaciones topográficas de los trazados dispersos del Formativo sobre una muestra de veinte instalaciones que representaban cuatro regiones andinas (i. e. Cerro El Dique, Potrero Grande, Las Cuevas, Campo Colorado y muchos otros, incluido Tafí).

Ya en la década de 1980 el caso de Laguna Blanca fue visto desde otra perspectiva. Allí se localizaron extensas superficies cubiertas de estructuras agrícolas que fueron consideradas como pertenecientes al Período Formativo (Albeck y Scattolin 1984). El estudio de los recintos que se ubican en el piedemonte de la sierra de Laguna Blanca fue realizado sobre la base fotogramétrica y desde allí se intentó distinguir la variabilidad y relaciones que forma, tamaño y agrupamiento sugerían, proponiendo una cronología constructiva u operacional basada en la variabilidad observada entre las plantas de las estructuras.

Tanto los trabajos de Raffino como los llevados a cabo por Albeck y Scattolin, han contribuido a pensar la historicidad en la arquitectura agraria. También es apropiado destacar el

antecedente del modelo de desarrollo del paisaje aldeano propuesto por Berberián y Nielsen (1988) para el valle de Tafí. Uno de los aspectos más significativos de dicho modelo es la traducción de formas particulares de construcción del paisaje agrario con formas generales de economía política, es decir, de relaciones sociales generadas en torno a las prácticas productivas. Es aquí que la idea de lo "aldeano" se afianza para el Formativo, vinculándose los aspectos productivos a la gestión doméstica y comunitaria de forma más concisa. Berberián y Nielsen propusieron un esquema de desarrollo histórico que involucraba dos estadios sucesivos, siendo en el segundo de ellos (Tafí II, a partir del 500 D.C.) donde se habría desarrollado –como resultado de una creciente presión demográfica– un proceso de intensificación agrícola y una reorganización del trabajo productivo a escala comunal. Esto repercutiría en el sistema de asentamiento, dando lugar a la conformación de "verdaderas aldeas", núcleos residenciales agrupados y separados de las áreas de producción.

El modelo evolutivo de Berberián y Nielsen está siendo revisado en la actualidad. Casos del mismo valle de Tafí y quebradas adyacentes parecen mostrar que no se verifica el orden secuencial propuesto por los autores para los dos estadios: aparecen casos muy tempranos de agrupamientos de unidades residenciales a la vez que las unidades aisladas parecen perdurar en el tiempo (Caria *et al.* 2010; Di Lullo 2010; Salazar 2010; Franco Salvi y Berberián 2011). Este resulta un caso claro en el cual puede verse cómo modalidades adscritas a un período cronológico se presentan en otros momentos, desdibujando la idea de una modalidad productiva con un anclaje cronológico de exclusividad. La vinculación casa-campo durante el Primer Milenio no es otra cosa que la manifestación a nivel espacial de la gestión a escala doméstica del trabajo y tecnología agrícola. Sin embargo, no puede dudarse de la importancia del modelo de Berberián y Nielsen para inspirar nuevas investigaciones. Pero además, para nuestro interés actual, nos permite identificar tres de las principales variables mediante las cuales se abordó el estudio arqueológico de la agricultura hasta ese momento: presión demográfica, escala social de la organización de la producción y tecnología agrícola.

Un cambio notable acerca del modo de entender al Formativo surge a partir de la perspectiva sistémica de Olivera y su propuesta de considerar al sistema formativo desde la peculiaridad que la opción productiva (agrícola y/o pastoril) conlleva, tanto en relación con el grado de sedentarismo como a la incorporación de cierta tecnología adecuada (Olivera 1988). El tema agrícola resurge al intentarse una nueva caracterización del Formativo en la que, una vez más, el aspecto económico toma relevancia pero ya no desde una perspectiva histórico cultural o desde el materialismo histórico o desde marcos ecológicos como los hasta aquí mencionados, sino desde las nuevas corrientes procesualistas, sistémicas y adaptacionistas de la arqueología argentina. En este marco, y en el NOA en particular, la definición de Formativo al basarse en lo adaptativo, quita historicidad a ciertos procesos pudiéndose pensar que puede haber sociedades formativas hasta el día de hoy.

Por otro lado, Olivera si bien incluye una caracterización socio-política, sugiriendo que "la organización del Formativo debió ser bastante igualitaria con bajos mecanismos de estratificación social y jerarquización política poco acentuada" (Olivera 2001:92), la misma no está relacionada al núcleo de la definición de Formativo en sí, sino que es un argumento que se adhiere al factor predominante (el económico) y que por lo tanto dificulta la posibilidad de percibir el camino inverso: el de las relaciones sociales como eje o centro posible de los cambios económicos. Desde esta perspectiva, para el caso de Antofagasta de la Sierra se propuso un modelo de subsistencia basado principalmente en los recursos ganaderos, pero

considerando también la caza de camélidos, la agricultura y, en menor medida, la recolección (Olivera 1991). El mayor peso de la economía formativa fue puesto sin duda en el recurso ganadero, mencionándose diversos puestos agro-pastoriles, pero no cuál era el tipo de labor agrícola realizada en dichos sitios. Los sitios de producción agrícola eran inferidos a partir de evidencias indirectas –elementos de molienda e instrumentos relacionados con el laboreo de la tierra– y no por el hallazgo de estructuras agrícolas.

Las investigaciones hasta aquí mencionadas de manera sucinta, se tradujeron en algunos de los importantes aportes para el estudio de la agricultura formativa del NOA, la cual pasó de tener sólo una presencia nominal en las primeras periodificaciones de la región a constituirse como eje de estudio en algunos trabajos. De esto devino el reconocimiento de su importancia en zonas consideradas ecológicamente marginales para la agricultura (Krapovickas *et al.* 1980; Krapovickas 1984), como así también la incorporación del estudio de la arquitectura para pensar los sitios con estructuras agrícolas (Raffino 1973, 1975; Albeck y Scattolin 1984), la propuesta de un modelo de desarrollo del paisaje aldeano vinculado a formas generales de economía política (Berberián y Nielsen 1988) y la incorporación del tema agrícola desde nuevas perspectivas teóricas (Olivera 1988).

AHORA SI: PENSANDO LAS AGRICULTURAS TEMPRANAS DESDE SUS PAISAJES Y PRÁCTICAS

En las últimas dos décadas, el desarrollo de estudios específicos y sistemáticos sobre los ámbitos productivos, llevaron a incorporar una amplia gama de recursos metodológicos que incluyeron desde la excavación de los sitios de producción propiamente dichos; el estudio de la historicidad de sus manifestaciones arquitectónicas, como también de su vínculo con otras manifestaciones materiales del paisaje; el análisis de macro y microrrestos botánicos recuperados en esos espacios y fuera de ellos, etc. El desarrollo metodológico junto a una discusión y retroalimentación teórica permanente, permitieron repensar la agricultura, esta vez, de un modo amplio. En este sentido, la agricultura no se restringe solamente a las prácticas ligadas a las plantas cultivadas, ni se restringe espacialmente al terreno preparado para ello, sino que involucra también otra serie de prácticas. Estas últimas se entrelazan –y comprenden– al considerar la manera en la cual cada sociedad ha conceptualizado sus vínculos con otros sujetos y colectivos sociales (sean estos humanos o no) haciendo de la práctica agrícola no sólo un cúmulo de saber técnico, sino un ejercicio práctico de formas de hacer y ser en un ámbito particular con sus formas sociales de apropiación. Es por lo antes dicho que se podría mencionarse aquí el modelo de crianza mutua o *uywaña* (Martínez 1976) como un "metapatrón relacional" (*sensu* Haber 1997) extendido a lo largo de los Andes, susceptible de ser tomado como marco de significación. Si el modelo de referencia relacional andino es el de *uywaña* –crianza mutua– habría que pensar si el mismo puede ser usado como una herramienta heurística en el acercamiento a la interpretación arqueológica de los modos de relación de las sociedades que poblaron el NOA y su entorno socioambiental. La crianza mutua abarca negociaciones, pactos y diálogos entre humanos y no humanos de manera cotidiana como excepcional, en momentos rituales del ciclo anual (fuertemente ligados, por cierto, al calendario agrícola ganadero) donde ambos términos de la relación –y la relación misma– se reproducen o transforman (Grillo Fernández *et al.* 1994; Lema 2012,

2013a; Pazzarelli 2013). Al entender las lógicas de esta crianza mutua, se ve que los espacios implicados van más allá de las estructuras residenciales y las parcelas de cultivo y que los desplazamientos en el ejercicio práctico de la misma tienen una espacialidad marcadamente amplia (Lema 2013b). Los ámbitos de la crianza no poseen un anclaje fijo en el paisaje, sino que se vuelven dinámicos en lo relacional de acuerdo con los desplazamientos de vínculos y transformaciones generados por criadores y criados, algunos de los cuales podrían entenderse como manifestaciones de domesticidad en espacios no domésticos (Lema 2013c).

La agricultura comprendería también –aunque sobre esto hay más controversias– lo que sucede después de la cosecha: tratamiento, procesamiento, almacenaje, traslado, uso y consumo de plantas. Si tomamos esta visión más amplia –que es a nuestro entender mucho más adecuada para acercarnos al estudio de las primeras sociedades prehispánicas que la pusieron en práctica– deberíamos atender a otras prácticas centradas en la casa o residencia, al igual que no sería apropiado separarla de la producción ganadera con la cual estuvo estrechamente ligada (Korstanje 2004).

Hablar de la adopción y desarrollo de la agricultura nos lleva a considerar la domesticación de especies vegetales, la cual, si bien antecede a la primera constituye en sí misma también un proceso que continua en el tiempo. Entender al cultivo y la recolección como prácticas de manejo y desligar al primero de su asociación única con especies plenamente domesticadas (Lema 2010) ha llevado a la disminución del interés por la búsqueda de "los orígenes" de la agricultura en el resto más antiguo de una planta domesticada, al igual que a considerar, por ende, que hablar de domesticación, agricultura y producción de alimentos no es necesariamente lo mismo. Asimismo, pensar la domesticación como una práctica social, a las plantas manejadas como artefactos bioculturales y considerar que la escala del cambio puede ser pequeña y hasta imperceptible, llevó a una nueva consideración de la materialidad de estos aspectos y, por lo tanto, del tipo de evidencia arqueológica que es posible esperar. De hecho, la perduración de distintas prácticas de manejo es lo que generó un panorama mucho más diverso de lo que se creía –o asumía–, tanto para momentos tempranos como tardíos.

Para el caso del NOA, la agricultura del Primer Milenio de la Era ha sido usualmente caracterizada como de baja extensión espacial, de escaso desarrollo tecnológico y de poca inversión de trabajo para su desarrollo (Núñez Regueiro1975; Tarragó 1980; Olivera 2001). En particular, fue a partir de la discusión sobre la domesticación y los cambios en las poblaciones locales, que se intentaron respuestas, sobre todo de tipo evolutivo (ver síntesis en Castro y Tarragó 1993), sin que esto se integrara al resto de la información arqueológica. Este tipo de estudios siguió un camino paralelo y bastante asistemático, marcado más por la eventual presencia de hallazgos esporádicos de macrorrestos en sitios con buena conservación, que guiándose por un paradigma particular o un proyecto que intentara dar respuestas amplias a la economía de este período. Sobre este tema, que hasta el presente fue más bien errático que programático, preferimos remitirnos a la bibliografía de síntesis más reciente sobre el tema (Lema 2008; Yacobaccio y Korstanje 2008).

Contrariamente, nuestros y otros trabajos referidos a la agricultura han mostrado que algunos elementos considerados de "alta complejidad" fueron registrados desde principios de la Era como el cultivo en terrazas, el riego artificial, rituales elaborados, uso de grandes extensiones de terreno, variedad de cultígenos y técnicas agrícolas sofisticadas (i.e control de la erosión, roturación del suelo, fertilización artificial, combinación de regímenes de cultivo, etc.). Paulatinamente, la idea de agricultura incipiente y sin desarrollo asumida para

el Primer Milenio empieza a desdibujarse, cambiando considerablemente la caracterización de las prácticas productivas tempranas.

Uno de los primeros llamados de atención en relación a la supuesta baja extensión espacial de los espacios agrícolas del Primer Milenio, fue el ya mencionado estudio de Albeck y Scattolin (1984) de algunos de los sitios agrícolas asignables al Formativo de Laguna Blanca. El área de parcelas con paredes de piedras que las autoras le asignan a uno de los sectores agrícolas fue luego medida con mayor precisión en 450 ha por Delfino y su equipo, quienes incluyen también una vasta extensión de campos de melgas que no eran visibles en las fotografías aéreas analizadas por las investigadoras mencionadas (Delfino 2005).

Por otra parte, los relevamientos de Figueroa (2008) de los espacios agrícolas del valle de Ambato dan cuenta de, al menos, 800 ha de parcelas aterrazadas. Estos se tratan sólo de algunos ejemplos, sin embargo, investigaciones en curso informan de la existencia de otros vastos espacios agrícolas en las serranías de Ancasti-El Alto (Quesada *et al.* 2012) y Valle de Tafí (Franco Salvi 2012), entre otras áreas con estructuras agrícolas tempranas (Alvarez *et al.* 2007; Caria *et al.* 2007; Puentes *et al.* 2007; Ratto 2007; Figueroa 2008; Guagliardo 2008; Oliszewski*et al.* 2008; Díaz 2009; Caria *et al.* 2010; Gonaldi y Rodríguez 2010). Los ejemplos mencionados en líneas anteriores tienen la ventaja de tratarse de casos en los cuales a los paisajes agrícolas del formativo no se les han superpuesto otros posteriores, o que tal superposición los ha afectado mínimamente. Esto nos lleva a plantear la importancia de resolver el complicado problema de encontrar indicadores cronológicos fiables para distinguir aquellos componentes diacrónicos de estos paisajes. Se sabe que las dataciones directas son medios limitados para asignar cronologías a los espacios agrícolas, ya sea por su extensión, que hace necesario un número considerable de dataciones (las cuales quedan en general fuera del alcance de los proyectos de investigación por la cantidad de muestras necesarias en relación con los fondos para fechados) o porque se trata generalmente de paisajes en los cuales se suelen encontrar pocos elementos de valor diagnóstico, como cerámica u otros y, además, porque las ocupaciones posteriores pudieron haber alterado significativamente los depósitos más antiguos. Pese a que varias/os arqueólogas/os han realizado creativos avances en el desarrollo de indicadores temporales o sugerido estrategias para la obtención y selección de muestras fiables (Albeck 1994; Quesada 2007; Korstanje *et al.* 2010, entre otros) el problema aún persiste ya que cada sitio supone historias y condiciones particulares que hacen que muchas veces estos avances no sean aplicables o comparables. Sin embargo, es de esperarse que, con el mayor grado de atención que los estudios sobre paisajes agrícolas han cobrado en los últimos años (ver Korstanje y Quesada 2010), logremos un panorama más claro de las cronologías correspondientes a varios otros sitios y que podamos contar con más casos de grandes extensiones de cultivos correspondientes al formativo. Con todo, los casos ya señalados son suficientes para abonar la idea de que la baja escala espacial no parece entonces un elemento definitorio de la agricultura del Formativo.

Otra manera usual en que se abordó el estudio de la agricultura temprana, fue posicionando los componentes de los espacios de cultivo en una escala de complejidad tecnológica. Si bien pensar en términos de una escala de complejidad nos parece hoy ya de por si objetable, la asumida "simplicidad tecnológica" de la agricultura temprana no parece ser tal, dado que algunos elementos considerados de relativamente "alta complejidad" aparecen desde temprano en el Primer Milenio, como el caso del cultivo en terrazas (valle de Tafí, Tebenquiche Chico, Ambato y valle central de Catamarca, etc.) (Kriscautzky 1996-1997; Alvarez 2001;

Alvarez *et al.* 2007; Puentes *et al.* 2007; Franco Salvi y Berberián 2011) y el riego artificial (Tebenquiche Chico, Antofalla, Laguna Blanca, etc.) (Quesada 2006, 2007; Díaz 2009). En muchos casos puede notarse que se invirtió gran esfuerzo en la preparación de las parcelas, las cuales eran niveladas con potentes muros de piedra y despedradas (Figura 2). De igual modo, la confección de las redes de riego incluyó en algunos casos la combinación de variadas técnicas constructivas de canales y el control de la pendiente, entre otros aspectos tecnológicos que permitieron la conducción del agua por dos, tres o más kilómetros (Quesada 2001) (Figuras 3 y 4). Pero además de estas dimensiones de "complejidad" se conoce hoy que los agricultores del Primer Milenio D.C. ponían en práctica una variedad de técnicas agrícolas como el control de los procesos erosivos (Quesada *et al.* 2012), la rotación y alternancia de cultivos y fertilización artificial (valle de El Bolsón) (Korstanje y Cuenya 2008, 2010), combinación de regímenes agrícolas intensivos y extensivos (Tebenquiche Chico y Antofalla) (Quesada 2007), entre otros.

En ese sentido, las técnicas de recuperación, identificación y análisis de microfósiles en sitios a cielo abierto, a partir de muestras procedentes de sedimentos de parcelas agrícolas e instrumentos de procesamiento y manipulación de plantas, han ampliado y complementado la visión que ya se tenía a partir del análisis de macrorrestos vegetales (Korstanje y Babot 2007). Los sitios más tempranos estudiados para el NOA en ambientes semiáridos (valle de El Bolsón y valle de Ambato en Catamarca, quebrada de Los Corrales y La Bolsa 1 en Tucumán), fechados por cronología relativa dentro del Formativo Temprano y Medio, muestran campos de cultivo y sistemas de aterrazados que han sido cultivados no sólo claramente con maíz, sino alternando también con una mayor diversidad de cultivos (Figueroa 2008; Gómez Augier *et al.* 2008; Korstanje y Cuenya 2008; Franco Salvi 2012), tales como quínoa, posiblemente calabazas, papas y ulluco, a veces con riego, y otras a secano (Korstanje y Cuenya 2010; Maloberti 2012; Maloberti y Korstanje 2012) (Figura 5). Es sabido también que el manejo simultáneo de diversidad de especies vegetales suele implicar la implementación de complicados calendarios agrícolas los cuales deben ser flexibles y escalonados a fin de distribuir las tareas según los diferentes ciclos vitales de las plantas. Parece entonces que tampoco, a nivel de diversidad de especies cultivadas, la simplicidad haya sido una característica de estos primeros paisajes agrarios.

Además de una elevada diversidad taxonómica, una aproximación al estudio de los restos macrobotánicos que procure indagar la historia de su conformación como síntesis dialéctica de prácticas y taxa, sugiere también la existencia de múltiples redes de relación entre las sociedades tempranas y su entorno vegetal. A través del análisis de colecciones de macrorrestos botánicos que fueron en su momento consideradas relevantes para el estudio del "proceso de agriculturización" en el NOA (sitios Puente del Diablo, Huachichocana, Pampa Grande, Salvatierra) al igual que de otros sitios ubicados también en la zona pedemontana y de valles y quebradas de acceso a la Puna (Lema 2009), se detectaron y caracterizaron complejos silvestre-cultivado-domesticado en el caso de *C. maxima* y *P. vulgaris* (zapallo y poroto respectivamente) a partir del comienzo de la Era aproximadamente (Figura 6). Esto indica la falacia de pensar que un resto vegetal silvestre indica recolección fuera de los ámbitos de cultivo o que al momento de generar localmente formas domesticadas, serán las mismas las únicas incluidas en las áreas sembradas. Si bien este panorama (que también se comienza a ver en otros sitios tempranos, ver Aguirre 2013; Oliszewski y Babot 2013) surge del análisis de restos recuperados en espacios residenciales y funerarios, los estudios

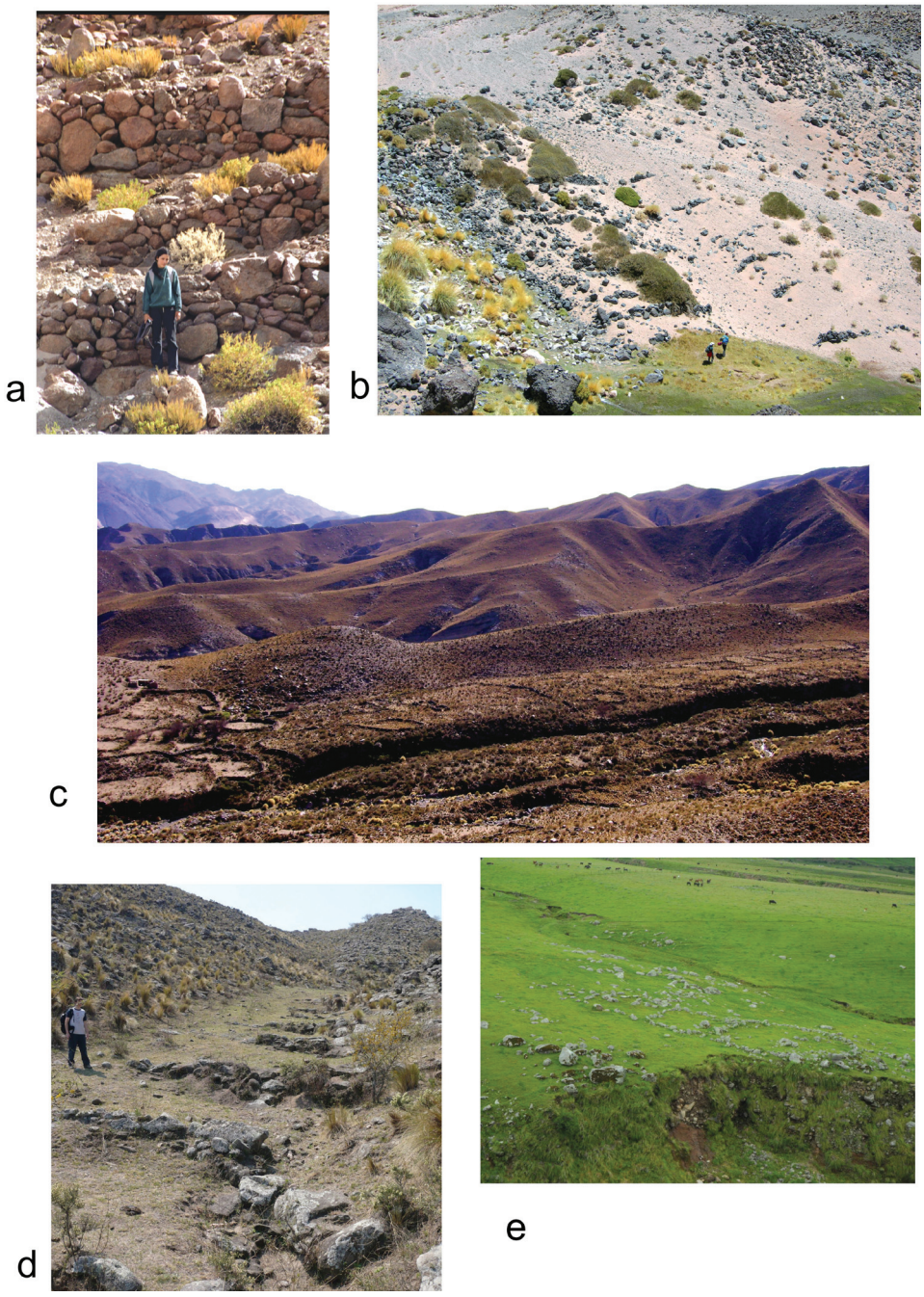


Figura 2. Ejemplos de recintos y espacios agrícolas construidos.
a. Terrazas agrícolas en Tebenquiche chico (3906 msnm). Catamarca. b. Terrazas de cultivo en Encima de la Cuesta (Quebrada de Antofalla, 3675 msnm). c. Canchones de cultivo y paisajes agrícolas en El Bolsón (3100 msnm). Catamarca. d. Terrazas de cultivo en el sector cumbral de las sierras de El Alto-Ancasti (1410 msnm). e. Recintos de cultivo en el valle de Tafí. Tucumán (2350 msnm).

a

b

c

d

Figura 3. Redes de riego prehispánicas en Antofalla y Tebenquiche Chico.
a. Trazas de canales de riego en Campo de Antofalla (3368 msnm). Catamarca. b. Lecho de un canal de riego en Campo de Antofalla. Catamarca. c. Canal principal con una pared lateral en Tebenquiche Chico (3720 msnm). Catamarca. d. Segmento de un canal secundario con dos paredes laterales y el fondo revestido en Tebenquiche Chico. Catamarca.

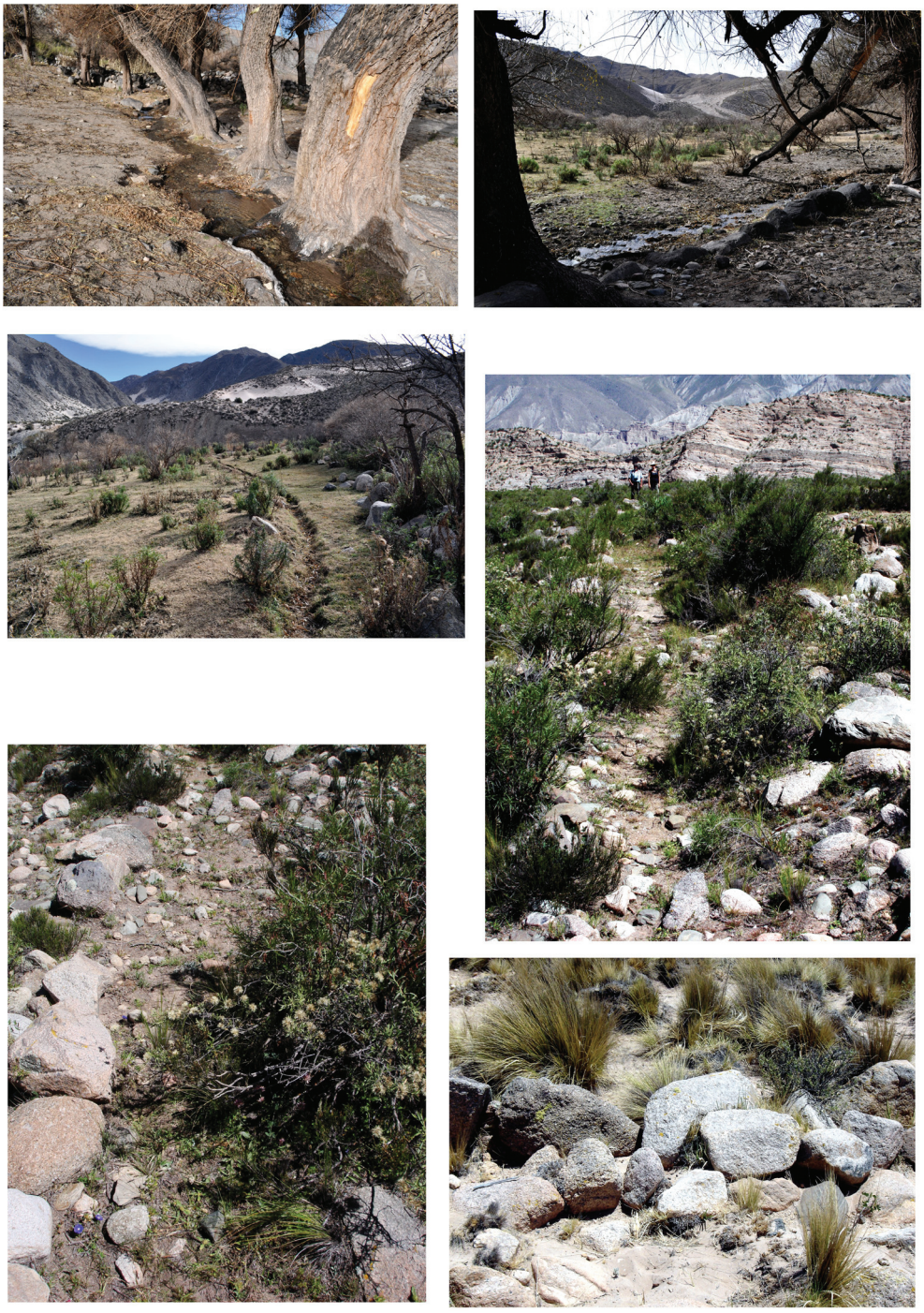


Figura 4. Acequias con borde de rocas en el sitio El Alto El Bolsón (3100 mnsnm), Catamarca.

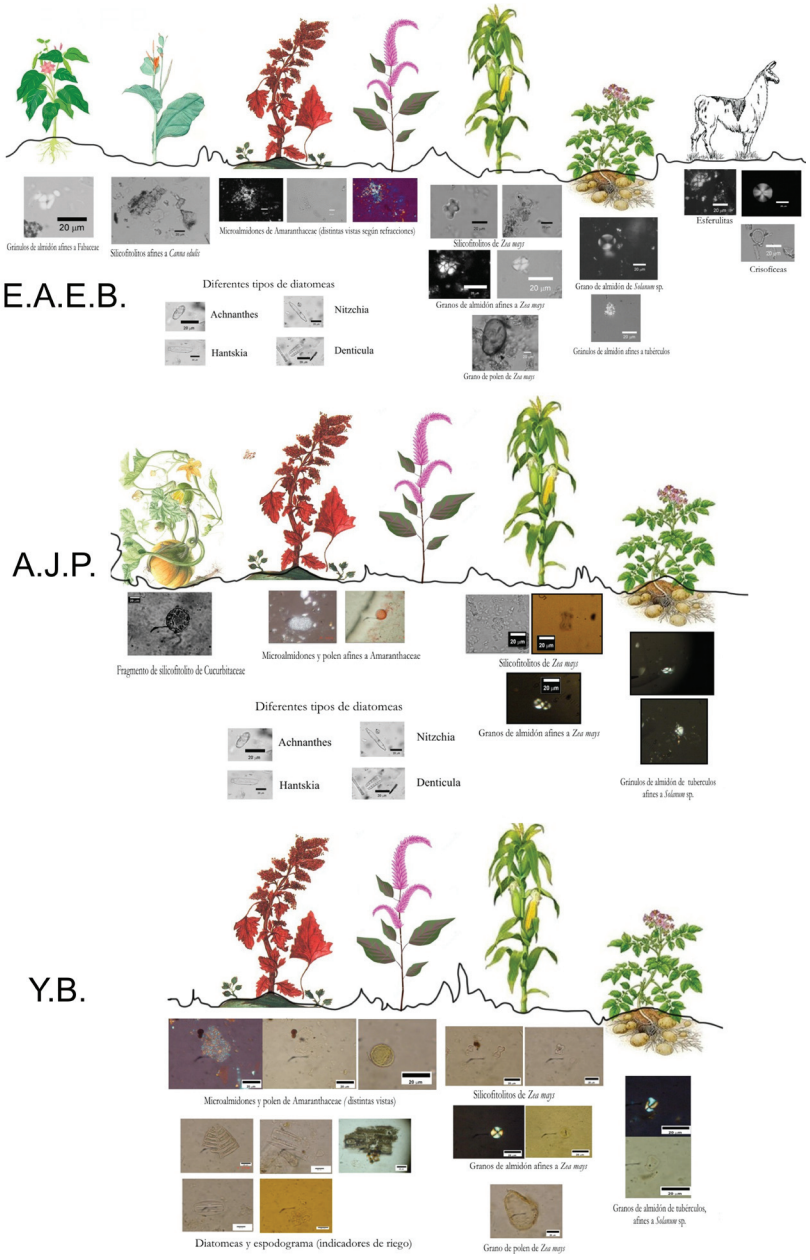


Figura 5. Muestreo de microfósiles y variedad de cultivos y prácticas identificadas en tres sitios del valle de El Bolsón (Catamarca) con cronologías ordenadas de lo más antiguo a más moderno dentro del Formativo:

- **E.A.E.B**. (sitio El Alto El Bolsón, 3100 msnm): Fabaceae, *Canna edulis*, Amaranthaceae (probablemente quínoa); *Zea mays*, *Solanum* sp. y práctica de abonado con guano de Camelidae.
- **A.F.J.** (sitio Alto Juan Pablo, 3000 msnm): Cucurbitaceae; Amaranthaceae (probablemente quínoa); *Zea mays* y *Solanum* sp.
- **Y.B .** (sitio Yerba Buena, 3000 msnm): Amaranthaceae (probablemente quínoa); *Zea mays* y *Solanum* sp.

antes mencionados que se realizaron en áreas agrícolas señalan también una alta diversidad. Asimismo se puede mencionar que, hasta el momento, las formas antecesoras silvestres han sido siempre recuperadas en contextos donde también se encuentran formas domesticadas (del mismo taxa o no). Las evidencias señalan prácticas de manejo flexibles generadoras de heterogeneidad –más que de presiones selectivas homogeneizantes– permitiendo cruzamientos, generando enjambres de híbridos y la proliferación de variantes en espacios de cultivo con límites porosos, permeables, semejantes en su dinámica y diversidad a los huertos actuales de muchas comunidades locales y campesinas. De igual manera se ha avanzado en el nivel de identificación infraespecífico (razas, variedades) para otros taxa además del maíz (Oliszewski 2012), destacándose también en esos casos la existencia de variedades locales –sean para consumo alimentario o no, ya que también se siembra para obtener productos vegetales con otros fines– al igual que cultivares propios de cierto momento y/o región (Lema 2011). La posibilidad de no estancar el análisis una vez identificada una forma domesticada sino procurar ver si, a partir de la misma, las sociedades seguían generando nuevas variedades es también una forma de acercarnos al manejo de la diversidad biocultural a lo largo del pasado prehispánico de una región y parece ser que lo que se cultivaba durante momentos tempranos era particularmente diverso. Esto se acerca más a un panorama fruto del ejercicio de prácticas en el marco conceptual de la crianza mutua (Lema 2013a), que a los de domesticación como dominio y control estricto sobre la dinámica de las plantas y sus espacios, asumidos a partir de casos de estudio y modelos generados fuera de América (Zeder *et al.* 2006).

Por otro lado, recientemente –y gracias al avance de excavaciones en sectores agrícolas– comenzaron a encontrarse algunas evidencias de que la agricultura temprana involucró formas rituales elaboradas. Al respecto un dato significativo proviene del sitio La Bolsa 1 en el sector norte del valle de Tafí donde se identificó un evento de depositación de un paquete esqueletario (cráneo y extremidades) de un llamo adulto datado en 1883±46 años AP (hueso, $\delta^{13}C$=-19,4 Calibrado con el 68% de probabilidades entre 70 y 220 cal DC) al que lo acompañaron tiestos cerámicos, que por su morfología se asocian al consumo de bebidas y alimentos. El camélido fue cubierto con piedras constituyendo una estructura semi-circular. Esto nos señala en qué medida durante estos momentos, el trabajo agrícola estaba imbricado en complejas, y aun prácticamente desconocidas, redes de sentidos que vinculaban lo puramente "utilitario" con otras acciones que solemos incluir en otros órdenes de lo social (Franco Salvi y Berberián 2011) (Figura 7).

Todo lo anterior, nos lleva a cuestionar la imagen de homogeneidad de estos primeros paisajes agrícolas que trasunta la expresión que suele utilizarse para caracterizarlos: "casas dispersas entre campos de cultivo". Esta imagen conceptual tiene la virtud de identificar los principales elementos que componen esos paisajes y de anunciar su intensa relación, al menos espacial, pero presenta dos limitaciones claras. Una de ellas es que se van conociendo cada vez más ejemplos donde las casas no aparecen dispersas entre los campos de cultivo sino agrupadas entre sí y, a veces, algo separadas de los campos agrícolas. Pero aún en los casos en que sí están dispersas entre los campos de cultivo no lo están de la misma manera. Puede haber diferencias notables incluso entre sitios próximos que pudieron haber sido contemporáneos. Desde hace ya unos años algunos investigadores comenzamos a preguntarnos por los motivos de esas diferencias y su significado histórico (Scattolin 2007; Di Lullo 2010; Quesada y Korstanje 2010). Seguramente los motivos son varios, de distinto orden y muchas veces concurrentes, probablemente vinculados con el empleo de determinadas tecnologías,

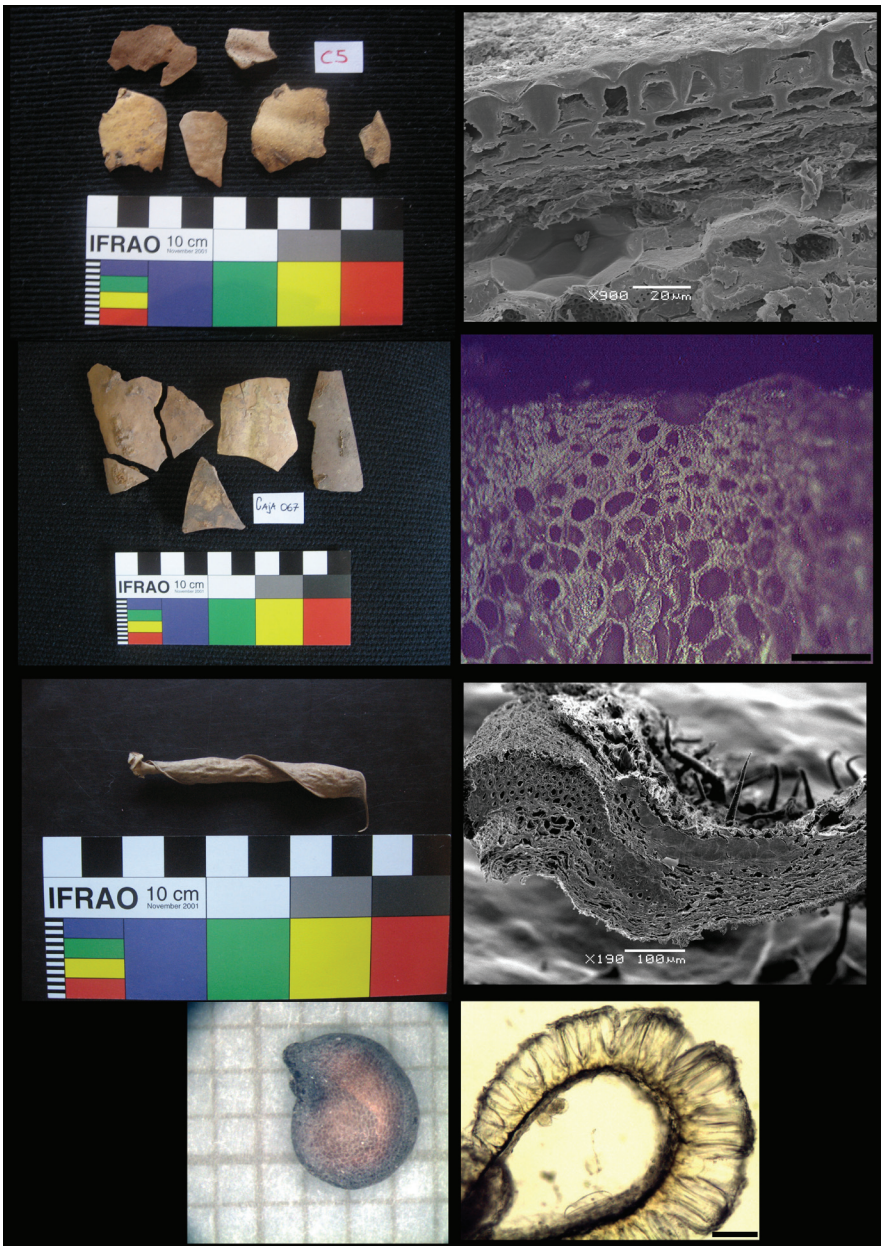


Figura 6. Restos arqueobotánicos correspondientes al complejo silvestre domesticado cultivado (formas intermedias). Pampa Grande (Guachipas, Salta) (entre entre 3000 y 2500 msnm). De arriba abajo y de izquierda a derecha: *Cucurbita maxima* ssp *andreana*; macrorrestos de pericarpios (fruto); corte transversal de pericarpio. *Cucurbita maxima* ssp *maxima* Forma con caracteres intermedios; macrorrestos de pericarpios (fruto), el último fragmento a la derecha corresponde a *Lagenaria siceraria*; corte transversal de pericarpio de *C. maxima* ssp *maxima* (barra= 50 µm). *Phaseoulus vulgaris*. Forma con caracteres intermedios; macrorresto de vaina; corte transveral de valva de la vaina. *Capsicum* aff. *chacoense*; macrorresto, semilla; corte transversal de la cubierta seminal (barra= 100 µm).

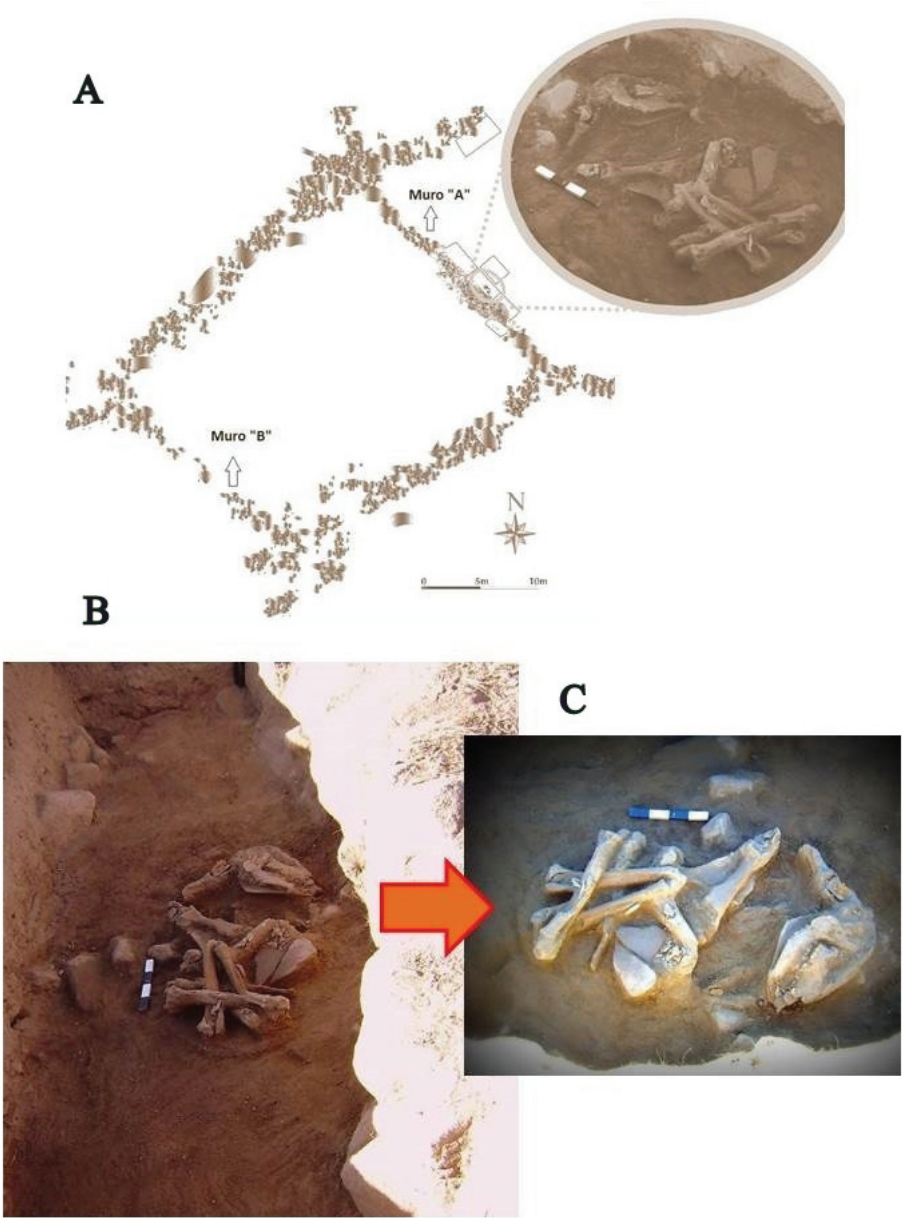


Figura 7. Sitio Arqueológico La Bolsa 1. Valle de Tafí (2350 msnm) A. Plano de planta de la estructura de cultivo y emplazamiento de la ofrenda. B. Cuadrícula y hallazgo. C. Detalle del paquete esqueletario hallado junto a fragmentos cerámicos.

adaptación a distintos relieves u otros aspectos fisiográficos y claro está, diferentes trayectorias históricas y concepciones locales. Lo que importa aquí es que antes que uniformidad, la agricultura registrada como aquella más temprana para la región se presenta como un fenómeno variado. Surge entonces aquí otra vez la pregunta ¿hay algo característico de esta agricultura que sirva, primero para caracterizarla como propia del Formativo y luego para distinguirla de la de otros desarrollos posteriores?

Antes de seguir debemos reconocer que la visión de gran heterogeneidad que acabamos de proponer para los espacios agrícolas tempranos es, en realidad, un artificio de la opción metodológica que siguió el breve análisis que acabamos de realizar. Parece en cambio que si, en lugar de centrarnos en comparar objetos (paisajes o tecnologías agrícolas) como hicimos hasta aquí, nos enfocáramos en los procesos históricos que dieron origen y forma a esos objetos seríamos capaces de reconocer elementos comunes dentro de esa gran variedad. Investigaciones recientes que buscaron historizar la formación de los paisajes agrícolas están encontrando que, en buena medida, los sitios formativos más extensos resultan ser agregados de unidades menores. Por ejemplo, los campos agrícolas de Tebenquiche Chico, Antofalla y los de Laguna Blanca resultaron de un largo proceso de agregación de redes de riego más pequeñas (Díaz 2009; Quesada 2007, 2010). También resulta posible reconocer unidades más pequeñas en otros sectores donde el cultivo no implicó el empleo del riego artificial. Tal sería el caso de la quebrada de El Tala cerca de la ciudad de Catamarca donde Álvarez (2001) identificó varios conjuntos de terrazas delimitadas por un muro perimetral que se asocian cada una a un pequeño recinto a los que llamó "unidades compuestas". En general, los extensos espacios agrícolas de los faldeos de las serranías de Ambato y Ancasti están conformados por conjuntos discontinuos de sectores aterrazados (Cruz 2004; Quesada *et al.* 2012). Para el caso de La Bolsa, en el valle de Tafí, se pudo observar una marcada fragmentación en las áreas de parcelas agrícolas del sitio y, en general, del área norte del valle. En estos sectores los espacios de cultivo nunca superan los 350 a 400 m² de superficie y se expresan como parcelas materialmente acotadas, tanto por la presencia de estructuras rectangulares o subcirculares que conforman canchones o cuadros de cultivos, como por la instalación de aterrazamientos y muros de contención perpendiculares a montículos de despedres (Salazar 2010; Franco Salvi y Berberián 2011) (Figura 2e). En algunos casos resultó incluso posible encontrar unidades menores. Las redes de riego de Tebenquiche Chico y Antofalla (Figura 3) tienen un diseño que podría indicar la existencia de un proceso de ampliación mediante el agregado de módulos funcionales mínimos conformados por una corta prolongación del canal principal y el agregado de un canal secundario. El registro de las relaciones de adosamiento de los muros de las parcelas de los sitios Alto Juan Pablo y Yerba Buena en el valle de El Bolsón muestra un proceso de crecimiento consistente en la agregación de canchones que dio lugar a un patrón como el que Raffino (1988) llamó de "crecimiento espontáneo" (Quesada y Maloberti 2012).

Claramente los espacios agrícolas de Tebenquiche Chico, los faldeos del Ambato y Ancasti, El Bolsón y el valle de Tafí se parecen muy poco, pero se habrían originado mediante similares procesos de pequeños agregados a través del tiempo. En general se interpreta que este fenómeno expresa lo que quizá sí sea característico de la agricultura del Formativo: una marcada importancia de la escala doméstica en la gestión del trabajo agrícola y la tecnología involucrada. La vinculación de las casas y los campos agrícolas sería entonces la espacialización de la relación entre la unidad social y la unidad tecnológica que parece haberse producido y reproducido en los procesos de trabajo agrícola.

RUPTURAS O CONTINUIDADES/ RUPTURAS Y CONTINUIDADES

No está claro si esta agricultura que venimos caracterizando para el periodo comprendido por el Primer Milenio antes y después de comienzos de nuestra Era es propia de ese momento y distintiva respecto a los desarrollos posteriores. Se ha propuesto que a partir del PDR se desarrollaron formas agrícolas diferentes, de explotación más intensiva, orientadas a la generación de excedente y organizadas también a escalas supradomésticas (Raffino 1973; Albeck 1993; Sempé 2005; Williams *et al.* 2010, entre otros). Estas transformaciones dieron lugar a paisajes agrícolas más extensos y elaborados y, ahora sí, claramente separados de las áreas de vivienda. Si bien la aparición de estos espacios agrícolas y nuevas formas de gestionarlos son un fenómeno que alcanza a varios sectores del NOA, parecen no haber alcanzado a remplazar completamente las formas espaciales y laborales anteriores. Resulta claro que ciertas lógicas de la organización del trabajo agrícola del Formativo persistieron en el tiempo, aún hasta la actualidad, dando lugar a paisajes que, si no fueran anacrónicos, serían formativos. Ejemplos de esta perduración podrían ser las marcadas continuidades formales en las redes de riego desde el Formativo hasta la actualidad en Antofalla, señaladas por Quesada (2007) y la similitud de los procesos de crecimientos de los espacios agrícolas del Formativo y el PDR en El Bolsón (Quesada y Maloberti 2012), entre otros.

Debe señalarse además que estas perduraciones no se dieron solamente en ámbitos "marginales" a las transformaciones ya señaladas en los paisajes agrícolas durante el PDR, sino que, al menos en algunos sectores, parecen articularse a estos y haberse desarrollado a la par. Tal sería el caso de los asentamientos Belén en el valle de Hualfín, área considerada nuclear de ese desarrollo socio-político (Sempé 2005). Según esta autora a los asentamientos de tipo "pueblos conglomerados defensivos" y "pueblos abiertos", elementos novedosos en la configuración territorial Belén, se suman "las aldeas formadas por recintos entre sistemas de andenes de cultivo y obras de irrigación como bocatomas, acequias y estanques para almacenaje del agua" (Sempe 2005:370). Estas constituirían unidades básicas de producción y reproducción social de escala familiar que van replicándose a los largo de varias quebradas (Sempé 2005). Se trata claramente de una lógica espacial y escala social afín a las que describimos anteriormente para momentos más tempranos. Más recientemente, Angiorama mostró un proceso con características similares en el sur de Pozuelos (Jujuy), donde un sitio correspondiente al PDR conocido como Pukara de Rinconada aparece vinculado a una extensa área ocupada por pequeñas unidades productivas, al parecer contemporáneas (Angiorama 2012).

Por otra parte, la perduración en el tiempo de prácticas de manejo diversificadoras que llevan a la recuperación de formas malezoides o híbridas durante el PDR (Lema 2012) sugieren la persistencia de un modo de relacionamiento y crianza mayormente estudiado y caracterizado para los desarrollos culturales más tempranos de la región. El espacio donde tuvieron lugar estas prácticas diversificadoras tampoco está claro para el PDR, pero se puede pensar en la existencia de ámbitos de crianza de tipo hortícola junto con áreas de agricultura con menor cantidad de cultivos más homogéneos, tal como ocurre en muchas comunidades actuales del NOA. De hecho, el estudio de microfósiles va mostrando esta tendencia para el PDR de modo diferencial: mientras que en ámbitos de agricultura de menor escala como El Bolsón, la diversidad de cultivos pareciera ser menor a la del Formativo pero aun conservando cierta diversidad, al menos hasta el momento, maíz, tubérculos y quínoa (Korstanje *et al.* 2013), en cambio no sucede lo mismo en las extensas áreas con andenes de cultivo tardíos comenzadas a muestrear en el valle Calchaquí Medio y Quebrada de Humahuaca, donde lo que predomina

hasta el momento es el cultivo de tubérculos, con una bajísima, y dudosa, presencia de maíz (Albeck *et al.* 2008; Korstanje 2012). Por otro lado, desde esta misma aproximación metodológica, se comienza a observar en las muestras de sedimentos de sitios agrícolas pertenecientes al PDR del valle de El Bolsón, un incremento en el registro diatomológico tanto en abundancia como diversidad, como así también el registro de espodogramas, lo cual podría sugerir una intensificación de la irrigación de los campos de cultivo para este momento. Esto contrasta marcadamente con lo que se observa desde el registro microfósil de sitios productivos del Primer Mileno de ese mismo valle (Korstanje *et al.* 2013).

Podemos decir entonces que el estudio de los paisajes agrarios durante las dos últimas décadas, con nuevas metodologías, pero también con mayor inversión en el trabajo analítico de campo y laboratorio para el estudio agrícola específico, ha contribuido a repensar algunos de los numerosos supuestos naturalizados y aceptados acerca de los procesos sociales pasados. Las investigaciones efectuadas en el área de Antofalla, valle de El Bolsón, el oeste Tinogasteño, Laguna Blanca, valle de El Cajón, valle Calchaquí y valle de Tafí han conseguido contribuir a objetar las ideas remanentes del neoevolucionismo como la creencia en una secuencia a través de la cual la intensificación de la agricultura habría llevado a la estratificación social y centralización política y/o que la progresiva complejidad de las sociedades llevó a la utilización de nuevas fuentes de energía haciendo que la sociedad produjera más, y en consecuencia, pudiera abastecer a vastas poblaciones. Otro ejemplo claro se manifiesta en la creencia de orientación evolucionista que considera un cambio abrupto de los asentamientos a partir del PDR. Como fue mencionado, estas afirmaciones no se han observado en áreas como Antofalla y valle de El Bolsón donde la vinculación casa-campo se ha mantenido hasta poco antes de la conquista española y aún en la actualidad (Quesada y Korstanje 2010). Asimismo, se han identificado modalidades de asentamientos con recintos residenciales segregadas de los espacios productivos similares a las propuestas para el PDR pero durante el Formativo –*v.g.* quebrada de los Corrales (Caria *et al.* 2010), Morro de Las Espinillas (Scattolin 2001, 2010), Antigal de Tesoro (Scattolin 2001) y La Mesada/Morro Relincho (Korstanje 2005)–. De modo que parece que los paisajes agrícolas no muestran formas de espacialidad propias de un momento o estadio de evolución particular, sino más bien de ciertas condiciones sociales y políticas de producción en los cuales las familias campesinas lograron mantener un cierto grado de autonomía en las decisiones vinculadas con el trabajo agrícola. Resulta claro también que aún nos queda mucho que aprender acerca de estos contextos y procesos.

COMENTARIOS FINALES: DE LOS CONTEXTOS CULTURALES A LOS PAISAJES AGRARIOS

Los estudios, reflexiones, avances y propuestas hasta aquí presentados nos han llevado a situarnos desde nuevas perspectivas de análisis que contrastan con diversos aspectos que se fueron cementando en relación con el rol de la producción de alimentos en la caracterización del Formativo. Como ya hemos visto, a pesar de que dicho rol tuvo un lugar central en las primeras definiciones del Formativo (González y Pérez 1972; Núñez Regueiro 1975), las investigaciones en torno a la agricultura no fueron relevantes en los trabajos arqueológicos por muchos años. Así, la arqueología del momento productivo más temprano, estuvo enfocada en el relevamiento y excavación de los sitios residenciales, funerarios, ceremoniales y en la interpretación del arte rupestre, relegando a un segundo plano el estudio de la agricultura

formativa o intentándola comprender a través del estudio de contextos no estrictamente productivos.

La paradoja es sólo aparente y no se debe, a nuestro entender, a que no hubiera interés de los equipos por estudiar la agricultura, si bien parecería ser que los espacios agrícolas no eran considerados los ámbitos en los cuales se encontraría las respuestas a los cambios culturales que estaban esperando mostrar para poder lograr una clasificación en cualquiera de los paradigmas teóricos vigentes (todos ellos con fuerte énfasis tipológico y clasificatorio). La producción de alimentos era integrada, tangencialmente, a partir de hallazgos arqueobotánicos en contextos ocupacionales o funerarios. En este sentido, el desarrollo de nuevas perspectivas teórico-metodológicas en el estudio de restos vegetales que hemos presentado, permitió vincular los hallazgos de esta clase de restos a las prácticas sociales que le dieron lugar. Es por ello que actualmente se interpretan las prácticas de gestión más allá de una secuencia lineal de adopción de formas domesticadas y un impacto consecuente en los sistemas productivos. El estudio macro y micro de restos vegetales arqueológicos –en particular, yendo más allá de lo taxonómico en el primer caso y atendiendo a la presencia de los mismos en las áreas de cultivo en los segundos– permite actualmente comenzar a tejer un vínculo entre las áreas de producción, manejo o fomento de los mismos y las áreas residenciales y funerarias, en el marco de una idea ampliada de agricultura. Las prácticas de domesticidad salen del ámbito residencial y se entretejen con los espacios de cultivo, integrando prácticas –antes dicotomizadas– en redes de significación que se piensan en términos de la crianza de un paisaje donde humanos y no humanos se intervienen recíprocamente.

El desarrollo reciente de estudios específicos y sistemáticos sobre los ámbitos productivos, sea desde la excavación de los mismos, de la historicidad de sus rasgos arquitectónicos, de su vínculo con otras manifestaciones materiales del paisaje, del desarrollo de métodos y perspectivas de análisis de macro y microrrestos botánicos recuperados en esos espacios y fuera de ellos, con una idea ampliada de la espacialidad ligada a la agricultura y las prácticas de manejo sobre el entorno vegetal, nos ha llevado a una mirada enriquecida. Hoy sabemos que la tecnología implicada –relevada en sus aspectos constructivos, en la conducción de agua de riego, en la detección de prácticas de rotación de cultivos, el uso de fertilizantes y el control de procesos erosivos, entre otros aspectos– es de mayor sofisticación que lo previamente asumido. Asimismo la excavación de los espacios agrícolas ha evidenciado la relevancia social de los mismos a partir de la detección y caracterización de prácticas de tipo ritual en su fundación (identificadas también en la fundación de espacios residenciales), las cuales vuelven una vez más nuestra mirada a una idea de espacialidad doméstica ampliada que surca un paisaje agrario donde la crianza recíproca hilvana prácticas y ámbitos previamente desatendidos.

Actualmente podemos decir que los primeros paisajes agrícolas se caracterizaron por prácticas que propiciaron la diversidad y la fluidez entre aquello que antes era conceptualizado como ámbitos distintos (residencial-productivo, silvestre-domesticado).

Finalmente, es por todo lo antes dicho que creemos que, entre aproximadamente el 1000 A.C. y 1000 D.C., existió un paisaje agrario criado desde múltiples prácticas con saberes técnicos sofisticados y específicos desarrollados a nivel de unidades domésticas articuladas entre sí. En ese territorio criado se desarrollaron diferentes prácticas de manejo que, antes que optar por formas plenamente domesticadas en una agricultura homogeneizante, generaron cultivos particularmente diversos. Hoy, más que como un período o etapa, podemos pensar al Formativo en términos de la gestión doméstica de la producción, representando quizá los inicios de la crianza de un paisaje agrario campesino que puede verse hasta la actualidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguirre, M.G.
2013 Recursos vegetales: uso, consumo y producción en la puna meridional argentina (5000-1500 AP). *Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata*, La Plata.

Albeck, M. E.
1993 Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy). Tesis doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata, La Plata.
1994 Sitios agrícolas prehispánicos: la búsqueda de indicadores cronológicos y culturales. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XIV(1/4):126-128.

Albeck, M. E. y M. C. Scattolin
1984 Análisis preliminar de los asentamientos prehispánicos de Laguna Blanca (Catamarca) mediante el uso de la fotografía aérea. *Revista del Museo de La Plata* (NS) VIII: 279-302.

Albeck, M. E., L. Lupo, M. Maloberti, M. Pigoni, J. Zapatiel, A. Korstanje y P. Cuenya
2008 An interdisciplinary approach for Coctaca: Stimulating results for the comprehension of an ancient agricultural complex. Trabajo presentado en el *7th International Meeting on Phytolith Research – 4th Southamerican Meeting on PhytolithResearch*, Mar del Plata. pp. 59.

Alvarez, S.
2001 Uso del Espacio para la producción agrícola y vida rural de grupos de filiación aguada en la quebrada de El Tala. Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Alvarez, S., M. López, E. Valverdi, A. Del Viso y G. Ariel
2007 Planificación agraria y tecnología agrícola prehispánica. Investigaciones en el tramo superior de la Quebrada de El Tala. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo 1:27-31. EdiUnju. Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy.

Angiorama, C.
2012 El formativo en el sur de Pozuelos (Jujuy) visto en perspectiva histórica. Trabajo presentado en el *Encuentro Arqueología del Periodo Formativo en Argentina: Un encuentro para integrar áreas y subdisciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso*. Tafí del Valle, Tucumán.

Berberián, E. E. y A. E. Nielsen
1988 Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa formativa del valle de Tafí (Pcia. de Tucumán - República Argentina). En *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el valle de Tafí*, editado por E. Berberián, pp.21-51. Ed. Comechingonia, Córdoba.

Caria, M. A., N. Oliszewski, M. Pantorrilla y J. Gómez Augier
2007 Relevamiento y clasificación del sistema agrícola prehispánico en la quebrada del río los Corrales (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *PACARINA. Número especial del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, I:49-54, Jujuy.

Caria, M., N. Oliszewski, J. Gómez Augier, M. Pantorrilla y M.Gramajo Bühler
2010 Formas y espacios de las estructuras agrícolas prehispánicas en la quebrada del Río de Los Corrales. En *Arqueología de la Agricultura. Casos de estudio en la Región Andina Argentina*, editado por M. A. Korstanje y M. Quesada, pp. 144-165. Ediciones Magna, S. M. de Tucumán.

Castro, V. y M. Tarragó
1993 Los inicios de la producción de alimentos en el cono sur de América. *Revista de Arqueología Americana* 6:91-124.

Cruz, P.
2004 Archéologie de la mortdans la Valleed´Ambato. Homme et milieudans le Bassin de Los Puestos (Catamarca-Argentine) durant la Périoded'IntégrationRégiona le (IVe-Xe siècleaprès J.-C.). Tesis Doctoral no publicada, Université de Paris I PanthéonSorbonne, Paris.

Delfino, D.
2005 Entre la dispersión y la periferia. Sentido de Presencias. Lagunización de La Aguada. En *La Cultura de La Aguada y sus Expresiones Regionales*, pp. 263-291. EUDELAR, La Rioja.

Di Lullo, E.
2010 El espacio residencial durante el 1er milenio d.C. en la Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán). Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Díaz, R. A.
2009 Historias de tierra y agua: Introducción a los espacios agrícolas prehispánicos de Laguna Blanca. El caso de estudio de la Aldea Arqueológica Piedra Negra (Dpto. Belén, Provincia de Catamarca).Tesis de Licenciatura no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Figueroa, G.
2008 Los sistemas agrícolas del Valle de Ambato, Catamarca, siglos VI a XI d.C. *Intersecciones en Antropología* 9:313-317.

Franco Salvi, V.
2012 Estructuración social y producción agrícola prehispánica durante el primer milenio d.C en el sector norte del valle de Tafí (Tucumán, Argentina). *Tesis Doctoral no publicada,* Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Franco Salvi, V. y E. Berberián
2011 Prácticas Agrícolas de Sociedades Campesinas en el Valle de Tafí (100 a.C.- 900 d.C.). *Revista Chilena de Antropología* 24:119-145.

Gómez Augier, J. P., N. Oliszewski y M. Caria
2008 Altitude Cultivation: Phytoliths Analysis in Archaeological Farming Structures of Quebrada del Rio de los Corrales Site (El Infiernillo, Tucumán República Argentina).Trabajopresentado en el *7th International Meeting on Phytolith Research – 4th Southamerican Meeting on Phytolith Research*, Mar del Plata. pp. 64 - 65.

Gonaldi, M. y M. Rodríguez
2010 Cultivando espacios. Estructuras productivas en el sitio La cuestecilla (dpto. Famatina, La Rioja, Argentina) *XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo II:407-412, editado por Bárcena y Chiavazza. Mendoza.

González, A. R. y J. A. Pérez
1972 *Historia argentina I. Argentina indígena, vísperas de la conquista.* Editorial Paidós, Buenos Aires.

Grillo Fernández E., V. Quiso Choque, G. Rengifo Vásquez y J. Valladolid Rivera
1994 *Crianza andina de la chacra*. PRATEC, Lima.

Guagliardo, J.
2008 Corporativismo y corporalidad en los paisajes ancestrales de las sociedades surandinas: prácticas en la cultura agrícola.*Cuadernos 34. Suplemento IX Jornadas Regionales de investigación en Humanidades y Ciencias Sociales*:142. FHyCS-UNJU, Jujuy.

Haber, A.
1997 La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 14:373-392.

Korstanje, M. A.
2004 Microfossils in Camelid Dung: Taphonomical Considerations for the Archaeological Study of Agriculture and Pastoralism. En *Biosphere to Lithosphere: new studies in vertebrate taphonomy,* editado por T. O´Connor, pp. 70-78. Oxbow Archaeological Series, Reino Unido.
2005 La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos, en sociedades agropastoriles formativas (Pcia. de Catamarca, Rep. Argentina). Tesis de Doctorado no publicada, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
2012 Andenes en los Andes: Despojando al Paisaje Agrícola Prehispánico de un Falso Cereal centrismo. *En: Racionalidades campesinas en los Andes del sur (Bolivia, Chile, Argentina): pasado, presente,* editado por P. Cruz, R. Joffre, A. Nielsen y T. Winkel. Institut de Recherchepour le Développement (IRD) e Instituto Francés de Estudios Andinos.

Korstanje, M.A. y M. del P. Babot
2007 A Microfossil Characterization from South Andean Economic Plants. En: *Plants, people and places: recent studies in phytolithic analysis, Proceeding of the 4th International Meeting on Phytolith Research* (eds. M. Madella y D. Zurro), pp. 41-72. Oxbow Books, Cambridge, UK.

Korstanje, M. A. y P. Cuenya
2008 Arqueología de la agricultura: suelos y microfósiles en campos de cultivo del Valle del Bolsón, Catamarca, Argentina. En *Matices Interdisciplinarios en Estudios Fitolíticos y de otros Microfósiles,* editado por A. Korstanje y P. Babot. BAR International Series 1870*,* pp. 133-147.
2010 Ancient agriculture and domestic activities in north western Argentina: a contextual approach studying silicaphytoliths and other microfossils in soils. En *Journal of Environmental Archaeology,* Vol 15, Nº 1:43-63. The Charlesworth Group, Wakefield.

Korstanje, M. A., P. Cuenya y V. Williams
2010 Taming the control of chronology in ancient agricultural structures. Non traditional data sets. En *Journal of Archaeological Science* 37:343-349.

Korstanje, M. A. y M. Quesada (editores)
2010 *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina.* Magna ediciones, San Miguel de Tucumán.

Korstanje, M.A., M. Maloberti y P. Cuenya
2013 Cambios y Continuidades Agrícolas a través de los Microfósiles: Dos Momentos de uso del Suelo en el Valle del Bolsón. Trabajo presentado en el *5to Encontro Latinoamericano de Fitolitos*. Río de Janeiro.

Krapovickas, P.
1984 La economía prehistórica de la Puna. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre* XIV:107-121.

Krapovickas, P., A. S. Castro, M. Meroni y R. Crowder
1979 La instalación humana en Santa Ana de Abralaite. Sector oriental de la Puna; Jujuy; Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XIII:27-48.

Krapovickas, P., A. S. Castro y M. Meroni
1980 La agricultura prehispánica en la Puna. *Actas y Publicaciones del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina* Tomo I:139-156. San Juan.

Kriscautzky, N.
1996-1997 Sistemas productivos y estructuras arqueológicas relacionadas con la producción agropecuaria en el valle de Catamarca. *Shincal* 6:65-69.

Lema, V.

2008 ¿De qué hablamos cuando hablamos de domesticación vegetal en el NOA? Revisión de antiguas propuestas bajo nuevos abordajes teóricos. En *Arqueobotánica y teoría arqueológica. Discusiones desde Suramérica* editado por S. Archila, M. Giovannetti y V. Lema pp. 97-126 UNIANDES-CESO, Bogotá, Colombia.

2009 Domesticación vegetal y grados de dependencia ser humano-planta en el desarrollo cultural prehispánico del Noroeste Argentino. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

2010 Procesos de domesticación vegetal en el pasado prehispánico del Noroeste argentino: estudio de las prácticas más allá de los orígenes. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXII:121-142.

2011 The possible influence of post-harvest objectives on *Cucurbita maxima* ssp. *maxima* and ssp. *andreana* evolution under cultivation at the Argentinean Northwest: an archaeological example. *Journal of Anthropological and Archaeological Sciences*. 3 (1):113- 139.

2012 Nuevas ideas sobre la domesticación ¿nuevas ideas sobre el Formativo? aportes para una relectura crítica. Manuscrito precirculado en el taller *Arqueología del periodo Formativo en Argentina: un encuentro para integrar áreas y sub-disciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso*, Tafí del Valle, Tucumán.

2013a Crianza mutua: una gramática de la sociabilidad andina. Manuscrito precirculado en el Grupo de Trabajo nº 21 Entre Andes y Amazonía: transformaciones de materias, sustancias y cuerpos, coordinado por I. Viana Caballero y F. Pazzarelli *X Reunión de Antropología del Mercosur*. Córdoba, Argentina.

2013b Criar y ser criados por las plantas y sus espacios en los Andes septentrionales de Argentina. En *Espacialidades altoandinas. Avances de investigación desde el Noroeste argentino*, editado por A. Benedetti y J. Tomasi, en prensa.

2013c ¿Doméstico o domesticado? aproximaciones a la espacialidad de las prácticas de crianza en comunidades andinas Manuscrito precirculado en la mesa temática Nº 19 "Cartografías de lo doméstico en los Andes: prácticas, relaciones y espacialidades en torno a casas, cocinas y canchas" coordinado por J. Tomasi y F. Pazzarelli. *Séptimo congreso de la Asociación de estudios bolivianos*. Sucre.

Maloberti, M.

2012 El Paisaje Campesino Visto desde Emplazamientos Agrícolas Particulares: Alto Juan Pablo (Dpto. Belén, Catamarca). Tesis de Licenciatura no publicada, Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Maloberti, M. y M.A. Korstanje

2012 Producción agrícola durante el Formativo. Una mirada desde el Valle de El Bolsón. Trabajo presentado en el *II Congreso Boliviano de Botánica y III Congreso Latinoamericano de Etnobiología*" (Simposio "Aproximaciones temporales en la interrelación entre seres humanos y plantas"). La Paz (Bolivia).

Martínez, G.
1976 El sistema de los Uywiris en Isluga. *Anales de la Universidad del Norte* 10:255-327.

Núñez Regueiro, V.
1975 El problema de la periodificación en arqueología. *Actualidad antropológica*. *Suplemento de Etnia* nº 16.

Oliszewski, N.
2012 La variabilidad racial del maíz y los cambios sociales durante el 1º y 2º milenio d.C. en el Noroeste argentino. En *Las Manos en la Masa. Arqueologías, Antropologías e Historias de la Alimentación en Suramérica*, editado por M.P. Babot, M. Marschoff y F. Pazzarelli, pp. 271-297. Ed. Corintios. Córdoba.

Oliszewski, N. y P. Babot
2013 Procesos de selección del poroto común en los valles altos del Noroeste argentino en tiempos prehispánicos. Análisis micro y macroscópico de especímenes arqueobotánicos En *Avances y desafíos metodológicos en arqueobotánica: miradas consensuadas y diálogos compartidos desde Sudamérica,* editado por C. Belmar y V. Lema. Univ. Int. SEK. Santiago, Chile, en prensa.

Oliszewski, N., J. Martínez y M.Caria
2008 Ocupaciones prehispánicas en una quebrada de altura: El caso de Cueva de los Corrales 1 (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXIII. Buenos Aires.

Olivera, D.
1988 La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo formativo del noroeste argentino. *Precirculados de las ponencias científicas presentadas a los simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
1991 Tecnología y estrategias de adaptación en el formativo (agro-alfarero temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, R.A.). Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
2001 Sociedades agropastoriles tempranas: El Formativo inferior del Noroeste argentino. En *Historia Argentina Prehispánica*, tomo 1:84-125 dirigido por E. Berberián y A.E. Nielsen. Editorial Brujas, Buenos Aires.

Ottonello de García Reinoso, M.
1973 Instalación economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite. *Publicaciones de la Dirección de Antropología e Historia de Jujuy* 1:23-68.

Pazzarelli, F.
2013 Sin lo de adentro, el chivo no se forma. Notas sobre 'interioridades' y 'exterioridades' en los Andes jujeños. Manuscrito precirculado en el Grupo de Trabajo nº 21 Entre

Andes y Amazonía: transformaciones de materias, sustancias y cuerpos, coordinado por I. V. Caballero y F. Pazzarelli *X Reunión de Antropología del Mercosur*. Córdoba, Argentina.

Puentes, H., S. A. Alvarez y N. Kriscautzky
2007 Arquitectura agrícola del periodo Formativo en La Quebrada del Tala y valle Central, Pcia. De Catamarca. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina.* Jujuy 2007. *Tras las huellas de la materialidad. Número especial de la Revista PACARINA,* pp. 41-44. Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Quesada, M.
2001 Tecnología agrícola y producción campesina en la Puna de Atacama, I milenio d.C. Tesis de licenciatura no publicada, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
2006 El Diseño de las Redes de Riego y las Escalas Sociales de la Producción Agrícola en el 1° Milenio d.C. (Tebenquiche Chico, Puna de Atacama). *Estudios Atacameños* 31:31-46.
2007 Paisajes Agrarios en el Área de Antofalla. Procesos de trabajo y escalas sociales de la producción agrícola. Primer y segundo milenio d.C. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
2010 Agricultura Campesina en el Área de Antofalla. En *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*, editado por A. Korstanje y M. Quesada, pp. 76-103. Editorial Magna, San Miguel de Tucumán.

Quesada, M., M. Gastaldi y G. Granizo
2012 Construcción de periferias y producción de lo local en las cumbres de El Alto-Ancasti. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVII (2):435-456.

Quesada, M. y M. A. Korstanje
2010 Cruzando estructuras: El espacio productivo y su entorno percibido desde las prácticas cotidianas. En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M. E. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 119-147. Editorial Crivelli, Salta.

Quesada, M. y M. Maloberti
2012 La expansión de los espacios agrícolas. Continuidades en la construcción del paisaje agrario en el sector septentrional del Valle de El Bolsón (siglos I a XV). En *Racionalidades campesinas en los Andes: pasado, presente…*, editado por P. Cruz, R, Joffre y Th. Winkel. Institut de Recherchepour le Développement. Montpellier, en prensa.

Raffino, R. A.
1973 Las aldeas del Formativo Inferior de la quebrada del Toro (Salta, Argentina). *Estudios Atacameños* 5:64-108.

1975 Potencial económico y modelos ecológicos en el NOA. *Relaciones de la Sociedad argentina de Antropología* nº IX:21-46. Buenos Aires.
1988 *Poblaciones Indígenas en Argentina*. Ed. TEA. Buenos Aires.

Ratto, N.
2007 Paisajes arqueológicos en el tiempo: la interrelación de ciencias sociales, físico-químicas y paleoambientales (dpto. Tinogasta, Catamarca, Argentina). En *Producción y circulación de bienes en el sur andino.* Carlos Aschero (*et al.*); dirigido por Axel Nielsen. 1ª ed. Ed. Brujas. Córdoba, Argentina.

Salazar, J.
2010 Reproducción Social Doméstica y Asentamientos Residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el Valle de Tafí, Provincia de Tucumán. Tesis Doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

Scattolin, M. C.
2001 Organización residencial y arquitectónica en el Aconquija durante el Primer Milenio A.D. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología*. Tomo I:439-449. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
2007 Un examen del espacio residencial y productivo en el Aconquija. *Shincal* 7:135-149.
2010 La organización del hábitat precalchaquí (500 A.C.–1000 D.C.). En *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, editado por M. E. Albeck, M. C. Scattolin y M. A. Korstanje, pp. 119-147. Editorial Crivelli, Salta.

Sempé, M. C.
2005 El Período Tardío en Azampay: El Señorío Belén y su Modelo Geopolítico. En *Azampay. Presente y Pasado de un Pueblito Catamarqueño. Antología de Estudios Antropológicos*, editado por C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia, pp. 365-380. Ediciones al Margen, La Plata.

Tarragó, M. N.
1980 El proceso de agriculturización en el noroeste argentino, zona valliserrana. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (1978). Tomo I:181-218. Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes. UNSJ, San Juan.

Williams, V., M. A. Korstanje, P. Cuenya y P. Villegas
2010 La Dimensión Social de la Producción Agrícola en un Sector del Valle Calchaquí Medio. En *Arqueología de la Agricultura. Casos de estudio en la Región Andina Argentina*, editado por M. A. Korstanje y M. Quesada, pp. 178-207. Ediciones Magna, S. M. de Tucumán.

Yacobaccio, H. y M. A. Korstanje
2008 Los Procesos de Domesticación Vegetal y Animal. Un Aporte a la Discusión Argen-

tina en los Últimos Setenta Años. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Volumen XXXII:191-215.

Zeder, M., D. Bradley, E. Emshwiller y B. Smith (editores)
2006 *Documenting domestication. New genetic and archaeological paradigms*. Berkley, University of California Press.

EPÍLOGO

Un epílogo que más que dar un cierre busca seguir abierto al estudio del Formativo

Las decenas de páginas precedentes, escritas sobre las sociedades del período Formativo, nos dejan una abundante y profunda visión sobre aquellos que poblaron el NOA en determinado momento de su historia, al tiempo que son informativas sobre cómo se ha ido generando y enriqueciendo este conocimiento del pasado y sobre cómo se sigue construyendo y deconstruyendo este conocimiento día a día.

Las síntesis logradas por los distintos equipos de investigación han demostrado la amplia variabilidad de modos de encarar e intervenir en la comprensión del pasado de acuerdo a las circunstancias históricas, sociales y académicas que permitieron o no el desarrollo más o menos continuo de líneas de investigación e intereses de estudio en cada área. Son innumerables los factores que intervienen en la formación y estabilidad de equipos de trabajo, la continuidad en el acceso a recursos para financiar la investigación y focos de interés en el desarrollo de la investigación. Este "encuentro-taller-posterior libro", mostró la diversidad y gran cantidad de datos disponibles para todas las áreas al tiempo que evidenció la dificultad de alcanzar síntesis maduradas y consolidadas. La propia dinámica de la investigación que día tras día enriquece el conocimiento alcanzado con nuevos datos que permiten sostener o cuestionar las ideas establecidas obligando a redefinirlas, implica una fluidez y dinámica difíciles de volcar en una síntesis apretada. Este libro constituyó un excelente ejercicio para imponernos tal esfuerzo.

Tanto el intento de reflexión colectiva efectuado en el marco del taller y a la luz de los diferentes avances en las investigaciones locales como las páginas precedentes abonan la idea, presentada en la introducción al libro, sobre la dificultad de establecer una definición cabal del Formativo que contenga toda la riqueza de situaciones reseñadas. Preferimos no suavizar la diversidad cultural dentro de estas sociedades sino por el contrario resaltar la variabilidad registrada al tiempo que descubrimos la gran interacción existente entre pueblos de zonas distantes, los cuales más allá de las conexiones y relaciones, mantuvieron formas particulares de ver, intervenir y construir el mundo.

Más allá de alcanzar conclusiones la pretensión es seguir cuestionando los conceptos establecidos hasta el momento y seguir interpelando al pasado a través de nuevos interrogantes o la reedición de antiguas preguntas a fin de seguir avanzando en la comprensión de la diversidad de formas en que las personas hicieron, vivieron y percibieron los paisajes del NOA.

En este sentido, el Formativo se presenta como una entidad relacional que vincula aspectos productivos, cronológicos, materiales y espaciales que se vuelven díscolos a ataduras fijas. Los diferentes aspectos que involucra se licuan y trasvasan límites temporales donde algunos

elementos de esta relación se presentan antes o después de los demarcadores cronológicos asumidos para el mismo. Tampoco existe una unicidad geográfica del Formativo, las páginas previas y los análisis regionales que los diversos equipos de investigación han plasmado en sus trabajos muestran que las situaciones son disímiles en la geografía del Noroeste Argentino, modos de vida aldeano se cristalizan en algunos sectores, en tanto en otros su detección es esquiva, llevando incluso a cuestionar la procura de su demarcación. La gestión de la escala doméstica se evidencia en algunos paisajes productivos en una temporalidad que es acotada en algunos casos y extensa en otros, la movilidad y redes de interacción, la vinculación con sectores diversos del paisaje y la coexistencia de prácticas no productivas proyectan a las aldeas más allá de límites fijos. En este sentido puede considerarse que un modo de vida aldeano agropastoril es y no es exclusivo del Formativo del primer milenio de la Era, que ese modo de vida se cristaliza en todo caso en ese momento y en algunas áreas del NOA, pero perdura posteriormente y de manera diferencial a lo largo de la región, en tanto en otras zonas no se constituye como tal cabalmente o de manera representativa en numerosos sitios. Quienes han colaborado en el taller y en este libro se han sentido motivados a aportar sus miradas a partir del término "Formativo" como disparador, algunos por la temporalidad de los sitios en los que trabajan, otros por los rasgos asociados a este término que consideran están presentes en las sociedades del pasado a las que se aproximan desde su quehacer como arqueólogos. Que el término haya podido convocar a un nutrido grupo de investigadores de procedencias, matrices teóricos e intereses de investigación diversos habla de su vigencia, no porque haya alcanzado un significado preciso, certero o al menos consensuado, como bien marcaba M. Cristina Scattolin en la apertura de este volumen, sino porque aún invita a pensar, sigue siendo camino y no destino. Cuestionar límites, indicadores, demarcadores y evidencias es lo que nos hace crecer como comunidad de investigadores, abrir el diálogo, comparar situaciones, sopesar dónde yace la diferencia y qué la genera es un acto de crecimiento y fortalecimiento como disciplina. Este libro compila estos abordajes múltiples y los matices que hoy por hoy reviste "el Formativo" que nos convocó en Tafí del Valle en abril de 2012.

Mara Basile, M. Fabiana Bugliani, Verónica Lema,
Lucas Pereyra Domingorena y Marcos Quesada

Buenos Aires, La Plata, Catamarca, Octubre 2015

ISBN 978-987-1280-27-8